Tomo V

VOLUMEN II
IMAGENES Y SANTUARIOS

José Julio María Matovelle

OBRAS COMPLETAS

José Julio Mª Matovelle

HISTORIA

VOLUMEN II

Imágenes y Santuarios Célebres de la Virgen Santísima en la América Española, señaladamente en la República del Ecuador.

Santuarios de la Virgen Santísima en Colombia.

Cuenca - Ecuador
1981

Esta edición de las Obras Completas del Rvdmo. P. Julio Mª Matovelle ha sido realizada por la Congregación de Padres Oblatos, Misioneros de los CC. SS. de Jesús y María, siendo Superior General el R. P. Jesús Rigoberto Correa.

Hizo la reordenación de las Obras Completas y dirigió la impresión, el Lcdo. Juan Chacón Zhapán.

Las fotografías han sido cedidas, gentilmente, por el Dr. Miguel Díaz Cueva.

Edición de 2.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta L. N. S., de Editorial "Don Bosco".

Cuenca - Ecuador — 1981

Círculo Católico de Jóvenes-Quito.

Explicación de la fotografía anterior:

De pie: Clemente Ponce — Ricardo Ruiz — Julio Varela.
Sentados: Manuel Mª Pólit — Julio Matovelle (fundador y director)
Aurelio R. Espinoza.

IMAGENES Y SANTUARIOS CELEBRES

DE LA

VIRGEN SANTISIMA

En la América Española, señaladamente en la República del Ecuador.

A LA MADRE SANTISIMA DE DIOS

M A R I A,

EMPERATRIZ AUGUSTA DE CIELOS Y TIERRA,

DEDICA ESTE HUMILDE TRABAJO

SU INDIGNO SIERVO,

J. Julio María Matovelle
Presbítero.

1909.

RAZON DE ESTA OBRA.

Dios ha formado a las naciones para que sean herencia de Nuestro Señor Jesucristo sobre la Tierra. Cada pueblo al nacer a la vida social trae una misión que cumplir en este mundo, la que, en último resultado, no es ni puede ser otra que glorificar de un modo especial al Verbo Encarnado, por quien y para quien han sido hechas las naciones. La Iglesia Católica es por excelencia el trono de Nuestro Señor Jesucristo sobre los hombres; al establecimiento, propagación, lustre y defensa de esta Iglesia Santa, están, pues, predestinados todos los pueblos, en el orden y grado que les ha señalado a cada uno la Providencia Divina. Los descubrimientos de la ciencia, las invenciones del arte, la civilización y el progreso son dones que hace el cielo con el único fin ya de preparar, ya de plantear o perfeccionar el reinado de Cristo en las naciones. Pero quien dice reino, dice también corte y dinastía; porque no se eleva únicamente a la persona del rey sino a toda su familia a los honores y preeminencias de aquella suprema dignidad. Por lo mismo en el reinado social de Cristo se comprende el de María que, como verdadera Madre de Dios, se halla íntimamente ligada con la misión excelsa y los altísimos destinos de su Hijo adorable.

Si los pueblos todos de la Tierra son herencia de Jesucristo, lo son también de María; si Jesús es Rey, María es verdadera Reina y Emperatriz soberana de las naciones. Como la aurora precede al sol, el reinado de María anuncia y precede al reinado de Jesús. En la economía admirable de la redención y de la gracia, la Virgen Inmaculada es el camino para ir al Salvador, como el Salvador Divino es el camino único y seguro para llegar al

Padre. Esta doctrina es verdadera tanto al tratarse de la santificación de cada individuo en particular, como hablándose de la salvación de los pueblos y naciones de la Tierra. No hay por lo mismo medio tan eficaz para propagar el reinado del Sagrado Corazón de Jesús en un país, como plantear en él sólida y establemente el reinado social de María.

Entendemos por reinado social de María las manifestaciones públicas, solemnes, populares y oficiales de la piedad católica de toda una nación, con las cuales se acata el imperio de María, y se rinde vasallaje de amor y sumisión a tan excelsa y amable soberana. Con este fin, por disposición misericordiosa de la Providencia, vemos que en los pueblos llamados a altos destinos sociales, se han levantado, mediante raras y estupendas maravillas, célebres santuarios nacionales, a donde acuden pueblos enteros a María, como a su común Reina, abogada y protectora.

La América, de igual modo que las demás regiones del mundo católico, ha sido favorecida por la Reina de los cielos, y con muestras de singular predilección: los portentos de Guadalupe, Chiquinquirá y Copacabana no son de todas las naciones. No hay por qué extrañarse por ello, pues la América fue convertida a la fe a tiempo que el protestantismo devastaba a la Europa, destruyendo por doquiera los altares elevados al culto de la Inmaculada Virgen. La América debía, pues, reparar con su piedad y devoción a la augusta Madre de Dios las injurias que le prodigaba el cisma de Lutero. Por esto también María se ha complacido en asentar el trono de sus misericordias en América con gran resplandor y gloria.

La República del Ecuador no ha sido entre las naciones del Nuevo Mundo la última en el amor y culto a la Santísima Virgen, ni la menos favorecida con sus celestiales dones. La aparición maravillosa de Nuestra Señora de la Nube, ocurrida en Quito el 30 de Diciembre de 1696; la manifestación no menos portentosa de Nuestra Señora del Amparo, verificada hacia esa misma época

en el Monasterio de Santa Clara de la misma ciudad; la poética y bellísima historia de Nuestra Señora del Quinche, etc., comprueban abundantemente la verdad de lo que decimos.

Juzgamos, pues, que será muy útil a la causa de la Religión, y muy conducente a acrecentar en nuestros pueblos el amor y devoción a la Madre Santísima de Dios, presentar en un solo cuadro así la historia abreviada de los más célebres santuarios de esta augusta Reina, en la América Española, como una reseña, histórica también, siquiera sea compendiosa, de las principales manifestaciones de la Inmaculada Virgen, en la República del Ecuador. Tal es el objeto de la presente obra que, conforme a los asuntos de que ella trata, la hemos dividido en dos partes; en la primera damos noticia de los más afamados y concurridos entre aquellos célebres santuarios, desde Méjico hasta la Argentina, y en la segunda nos ocupamos únicamente de las imágenes más portentosas de María Santísima en el Ecuador. A las dos partes antedichas juzgamos muy conveniente añadir una tercera, intitulada DOCUMENTOS, donde el lector encontrará las fuentes que nos han proporcionado los datos necesarios para la composición de estas narraciones. En países tan frecuentemente sacudidos por la revolución y la anarquía, como el Ecuador, las facciones políticas y los odios sectarios no respetan archivos ni bibliotecas; poseídos del furor de la devastación rompen, destrozan y queman cuanto se les viene a las manos; son innumerables los documentos de nuestra historia civil y religiosa que han desaparecido irreparablemente de esta manera. Para evitar en lo posible actos tan vituperables de vandalismo, al menos respecto de informaciones, procesos y otros escritos inéditos, o poco conocidos, que nos han servido para esta obra, los reproducimos en la parte tercera. (1)

(1) Desde 1895 hasta la fecha, apenas ha quedado en el Ecuador biblioteca pública, seminario, monasterio y curia eclesiástica que no hayan sido saqueados y destruídos por el radicalismo triunfante; ha sido aquello como una invasión de bárbaros en el suelo de la República.

A principios del presente año se dio a luz en Quito, en la tipografía de los Talleres Salesianos un opúsculo intitulado *SANTUARIOS DE LA VIRGEN SANTISIMA: FRAGMENTOS DE UNA OBRA PERDIDA, ETC.* En el prólogo de ese librito dice el editor lo siguiente, que comprueba muy bien nuestro anterior aserto: "El 25 de Agosto de 1896, los ilustres y beneméritos hijos de Don Bosco, establecidos en esta capital, fueron súbitamente, y en altas horas de la noche, arrancados de su domicilio y lanzados enseguida fuera de la República. El grandioso establecimiento del *PROTECTORADO CATOLICO* que, bajo la inteligente dirección de aquellos abnegados sacerdotes, se había levantado a una altura envidiable y tal que pocos planteles análogos de Sud América podían hacerle competencia, decayó de su esplendor, o mejor dicho, se eclipsó al instante, y quedó en un estado de abandono y en tan completo desbarajuste, como es fácil imaginarlo después de un golpe así violento como injusto y repentino".

"Entre las varias pérdidas causadas por este desastre, hay que contar las de obras que se editaban entonces en los talleres tipográficos de aquel establecimiento utilísimo, siendo una de ellas el *DICCIONARIO CASTELLANO—QUICHUA* del Dr. Luis Cordero, y otra, *LOS SANTUARIOS DE LA VIRGEN SANTISIMA EN AMERICA,* por el Sr. Dr. Julio Matovelle. De este último trabajo han desaparecido hasta los borradores; dividíase todo él en dos partes: en la primera se daba noticia de los principales santuarios consagrados a la Reina del cielo en la América Española, y, en la segunda parte, se hacía la historia de las imágenes milagrosas de la misma augusta Virgen, más célebres en esta República. El autor ha publicado después, esta última parte de su obra en "El Boletín Eclesiástico" de esta capital. Lo que ahora damos a luz, en este pequeño volumen, son algunos fragmentos, aunque incompletos y desordenados, pero de indiscutible importancia, que por casualidad han sido encontrados, al cabo de diez años".

"Los documentos relativos a la consagración del

Ecuador al Corazón Purísimo de María formarán, no lo dudamos, una de las páginas más hermosas e interesantes de la historia religiosa de esta República; por lo mismo creemos que serán leídos y conservados con especial agrado por las personas amantes de su Religión y su Patria, y que es labor útil y laudable el coleccionarlos para conocimiento de las generaciones venideras".

Esa obra que se creía irreparablemente perdida es la que compuesta de nuevo, merced a una labor paciente y sostenida, damos por segunda vez a la estampa, junto con varios de los más preciosos datos que nos han servido para escribirla.

No es colección de leyendas sino un trabajo rigurosamente histórico el que nos hemos propuesto hacer, para honor y gloria de la Inmaculada Virgen, y acrecentamiento de su culto en América, muy especialmente en nuestra República. Tenemos, pues, que advertirlo: las raras y portentosas relaciones que forman el tejido de esta obra, no son invención de la fantasía, ni una quimera forjada por el capricho de algunos escritores; todo al contrario; son hechos reales y positivos que han pasado a la vista de varias y sucesivas generaciones y que tienen por testigos a pueblos enteros. La autoridad eclesiástica, y a veces la civil, han intervenido en la indagación de estos hechos, y han pronunciado un justiciero fallo acerca de los mismos; sería pues, altamente temerario el revocarlos a duda, y mucho más el negarlos. Por desgracia el naturalismo, ese error soberbio que declara guerra a muerte a todo lo sobrenatural, ha penetrado más de lo que se piensa en la gente que se llama ilustrada y culta, aun en los países más declaradamente católicos. Hay muchos que pretenden pasar por sabios con sólo decir: "Yo no creo en milagros; aquello era bueno para la Edad Media. En nuestros tiempos todo lo que se reputa milagroso no es más que supercherías"; encastillados en esta fútil objeción no admiten prueba en contrario. Las reglas de la crítica no tienen valor para ellos, tratándose de hechos sobrenaturales. Pero el católico verdadero no procede de este modo; emplea sí, una prudente reserva,

como es justo, pesa, discute los hechos, no admite a ojos vistas, ni con insensata credulidad cuanto de maravilloso propaga el vulgo irreflexivo; mas, si un criterio desapasionado y los principios de la lógica le demuestran la verdad de un hecho, por sobrenatural que parezca, no lo niega. Sabe que lo sobrenatural es la vida de la Iglesia católica y que los milagros forman, por decirlo así, la trama de la historia de la única religión verdadera, y son su carácter distintivo y para no equivocarse en punto tan sustancial tiene una regla segurísima y es acatar los fallos de la Autoridad Eclesiástica.

Por nuestra parte, hemos empleado cuanta diligencia y cuidado hemos podido para averiguar la verdad de los hechos que vamos a narrar; y no hemos admitido sino aquellos que han pasado ya por la sanción de legítima autoridad, o que tienen a su favor los dictámenes prudentes de una sana crítica. Sujetándonos gustosos a lo que acerca de esta materia ha prescrito la Santidad de Urbano VIII, protestamos que cuanto decimos en esta obra lo sometemos sin restricción alguna al juicio y decisión de la Santa Sede; y que cuando damos a algún personaje el dictado de santo, o a algún hecho, el de milagroso, es conformándonos al modo común de hablar, y tratando de una credibilidad puramente humana, pero sin intentar con esto prevenir en nada el juicio de la Iglesia, a quien únicamente toca decidir en la materia.

PARTE PRIMERA

INTRODUCCION

I

Una de las páginas más interesantes y hermosas de la historia religiosa de los pueblos es la que nos refiere los prodigios y finezas de protección maternal dispensados por la Reina del cielo así a los individuos como a las naciones que se acogen a su poderosa mediación e imploran su amparo y auxilio. Los monumentos que atestiguan durante siglos la concesión de gracias tan extraordinarias y maravillosas son los santuarios erigidos por la gratitud de muchas y sucesivas generaciones. Nada sostiene tanto la fe ni fomenta la piedad como uno de esos centros de devotas romerías que, con el brillo de los portentos y el aliciente de otros favores celestiales menos ruidosos y más íntimos, pero a veces más preciosos que los anteriores, atraen a aldeas, ciudades y pueblos enteros, despiertan en ellos la vida cristiana, quizás por mucho tiempo amortiguada, los arrojan como en horno de generosa y férvida devoción, los purifican y renuevan, y los devuelven a sus casas y poblaciones convertidos en otros hombres que llevan en sus almas regeneradas el germen de sólidas virtudes y aun de la más alta perfección y verdadera santidad.

Naciones hay, como Méjico, que se reconocen deudoras a uno de esos santuarios benditos, de la conservación de la fe católica entre ellas, y de la preservación de pavorosas catástrofes y aun de su ruina total. ¿Quién podría decir lo que Francia debe a Lourdes y la Saleta, lo que España a Monserrat y Zaragoza?

La América Española no ha sido en este punto una de las menos favorecidas por el Cielo entre las razas que forman la gran familia católica. Desgraciadamente la anarquía y la revolución que desde hace un siglo azotan despiadadamente a las infortunadas repúblicas de esta vasta porción del Nuevo Continente, no les dan lugar para pensar en otra cosa si no es en el horrible tormento que las destroza y consume; ignoramos nuestras más legítimas glorias, y no nos damos cuenta siquiera de nuestras bellas y magníficas tradiciones religiosas. Más conocimiento tenemos de los sucesos de Europa que de lo acontecido en nuestro propio suelo; no hay americano que no hable de la maravillosa gruta de Masabielle o el poético santuario de Einsiedeln, mientras son poquísimos, hecha excepción de los que habitan el país propio, que saben ni aun los nombres de Chiquinquirá, Copacabana o Luján.

Juzgamos, pues, obra altamente útil y trascendental para la causa religiosa, dar a conocer la historia, ya que no todos, al menos de los principales y más célebres santuarios de la Virgen Santísima en la América Española. He aquí el fin que nos hemos propuesto en la parte primera de este trabajo.

II

Si nuestra labor se ha circunscrito a trazar, a grandes rasgos, la historia de ocho o diez santuarios únicamente, es por habernos propuesto hablar aquí sólo de los más afamados y célebres, o de aquellas imágenes de la Madre de Dios que han sido solemnemente coronadas en nuestro continente, pero sin desconocer que hay en él otros muchísimos templos y efigies de María que

atraen numerosas peregrinaciones y son focos clarísimos de fe y caridad para los pueblos. No hay nación católica del antiguo ni del nuevo mundo que no cuente con algunos de aquellos históricos y piadosos centros de devoción a la Santísima Virgen, y ciertamente sería muy precioso e interesante el libro que nos diese un cuadro completo de los existentes en América; por desgracia no sabemos que autor ninguno haya emprendido aún obra tan laudable y meritoria (1). Nuestro intento es más humilde, dar a conocer a nuestros compatriotas aquellos grandes santuarios de María que, en las jóvenes repúblicas de habla castellana, pueden rivalizar con los más renombrados y concurridos del viejo mundo.

Un distinguido escritor y estadista chileno, D. Carlos Walker Martínez, anunció la publicación de un libro en que expondrá, no la historia completa, pero sí alguna breve noticia de todos, o casi todos, los santuarios de la Inmaculada Virgen en la América Latina; la muerte, al segar tan preciosa existencia, rompió para siempre la pluma que había de ejecutar tan noble y difícil empresa. De los muchos y variados documentos que con tal designio había pacientemente reunido aquel denodado campeón de la causa católica, extrajo, poco antes de descender al sepulcro, un brevísimo resumen, que bastará sin embargo para demostrar lo que antes decíamos, esto es, que no hay Estado de la América Española que no cuente muchos y concurridos santuarios dedicados a la Madre Santísima de Dios. He aquí la parte de aquel escrito, en lo que toca a nuestro propósito.

Con el título de *Cartas de Jerusalén,* cuya segunda edición apareció en Santiago de Chile, en 1904, compiló el autor citado, algunos de sus escritos, y entre ellos el siguiente:

---

(1) Sabemos que, hace poco, se ha publicado en España un libro intitulado **La América Mariana;** pero esta obra no ha llegado todavía a nuestras manos, a pesar de los esfuerzos que hemos hecho para conseguirla.

"Un libro en proyecto.— Culto de la Virgen en América.— Yo también quiero llevar el concurso de mi grano de arena a las fiestas con que el mundo celebra la inauguración del siglo XX...

El concurso de mi grano de arena es un tributo de cariño a la Madre de Dios; y bajo este punto de vista y con este propósito vengo a la prensa a pedir la colaboración de los literatos cristianos de la América Española.

Cuando las naciones le doblan las rodillas al Hijo adorándolo y reverenciándolo como Rey y Señor, ¿no es justo venerar también a la Madre, que es la sangre de su sangre, el alma de su alma, la cuna dulcísima de su ser y la perfección de la naturaleza humana con el sello de la creación divina?— Pues esa es mi idea, y su realización es la siguiente:

Tal vez ninguno de mis lectores conoce la Vida de la Virgen del abate Orsini. Es un libro precioso, bastante bien escrito. En el segundo volumen, destina un capítulo a catalogar los diferentes santuarios consagrados al culto de María Santísima que son realmente innumerables; y su lectura interesa tanto más cuanto que se relaciona con las tradiciones más tiernas, las leyendas más hermosas y las manifestaciones más encantadoras de la fe sencilla de los antiguos tiempos.

Los viajeros del viejo mundo encuentran, en cada montaña, en cada playa, en cada rincón, algún emblema, algún símbolo, en esta materia. Excusado es recordar a la Judea, porque toda ella es un santuario. ¿Qué piedra, qué pedazo de tierra de su recinto no guarda un recuerdo sagrado? Pero se cruza el desierto, y allá, en medio de sus vastas soledades, a un paso de las pirámides de Egipto, se arrodilla el cristiano a los pies de un pequeño altar que da sombra a la fuente que abrieron los ángeles para apagar la sed del Divino Niño que huía de su patria perseguido por la maldad de Herodes.

Desapareció de Nazareth, hace algunos siglos y de

"Un libro en proyecto.— Culto de la Virgen en América.— Yo también quiero llevar el concurso de mi grano de arena a las fiestas con que el mundo celebra la inauguración del siglo XX...

El concurso de mi grano de arena es un tributo de cariño a la Madre de Dios; y bajo este punto de vista y con este propósito vengo a la prensa a pedir la colaboración de los literatos cristianos de la América Española.

Cuando las naciones le doblan las rodillas al Hijo adorándolo y reverenciándolo como Rey y Señor, ¿no es justo venerar también a la Madre, que es la sangre de su sangre, el alma de su alma, la cuna dulcísima de su ser y la perfección de la naturaleza humana con el sello de la creación divina?— Pues esa es mi idea, y su realización es la siguiente:

Tal vez ninguno de mis lectores conoce la Vida de la Virgen del abate Orsini. Es un libro precioso, bastante bien escrito. En el segundo volumen, destina un capítulo a catalogar los diferentes santuarios consagrados al culto de María Santísima que son realmente innumerables; y su lectura interesa tanto más cuanto que se relaciona con las tradiciones más tiernas, las leyendas más hermosas y las manifestaciones más encantadoras de la fe sencilla de los antiguos tiempos.

Los viajeros del viejo mundo encuentran, en cada montaña, en cada playa, en cada rincón, algún emblema, algún símbolo, en esta materia. Excusado es recordar a la Judea, porque toda ella es un santuario. ¿Qué piedra, qué pedazo de tierra de su recinto no guarda un recuerdo sagrado? Pero se cruza el desierto, y allá, en medio de sus vastas soledades, a un paso de las pirámides de Egipto, se arrodilla el cristiano a los pies de un pequeño altar que da sombra a la fuente que abrieron los ángeles para apagar la sed del Divino Niño que huía de su patria perseguido por la maldad de Herodes.

Desapareció de Nazareth, hace algunos siglos y de

una manera misteriosa, la modesta casa que dio abrigo a la Santa Familia mientras el Salvador quiso vivir en el retiro, y para ampararla, sobre espléndidas murallas, levanta hoy sus cúpulas la iglesia de Loreto, obra del ilustre Bramante, que es uno de los monumentos de arquitectura más notables de Italia. Monserrat, suspende en las nubes entre picos agrestes al célebre monasterio que le da nombre; y cuentan los hijos de la heroica Zaragoza que la Virgen del Pilar fue traída a España por el apóstol Santiago y que es el retrato verdadero del original hecho en Efeso por San Lucas antes de su gloriosísima Asunción a los cielos. Cada año se aumentan las peregrinaciones de Lourdes y la incredulidad se ha visto obligada a reconocerse vencida ante los milagros estupendos de aquellas aguas que fueron testigos de la visión de Bernardita.

He ahí lo que pasa en Europa y en Asia: y he ahí lo que allá se ve, se siente y se escribe.

Pero, ¿y en América? Aquí no tenemos un libro que nos haya compaginado la historia de nuestros santuarios.

Y entre tanto, también los tenemos muchos y muy respetables.

No habría podido ser de otra suerte: los españoles nos trajeron la devoción de la Virgen, y el primer ejemplo que de ella nos dieron es un episodio ternísimo que cuenta Solís en su historia de la conquista de Méjico. Los compañeros de Cortés quemaron sus naves y se lanzaron a la empresa más audaz de que hay memoria, para internarse en un país desconocido y arrancar su corona al monarca más poderoso de la América. A la orilla del mar, habían alzado un pequeño altar para implorar el auxilio de la Virgen de Mercedes. Pero, alguno de aquellos valientes aventureros hizo una observación muy característica: — ¿cómo dejar a la Virgen sola y abandonada? ¿cómo proceder así con tan poca caballerosidad con ella... con ella, que iba a protegerlos en su campaña? Significaría semejante acto una ingratitud y una ofensa.

Juan Torres se ofreció a quedarse de centinela; y al año siguiente, cuando volvieron a la costa algunos de los conquistadores a esperar refuerzos que les venía de Santo Domingo, encontraron al buen soldado montando la guardia con la misma noble serenidad que había manifestado al separarse de ellos.

Tal fue la primera página de la devoción de la Virgen en la América Española.

Naturalmente hubo después leyendas y tradiciones y, de consiguiente, santuarios.

Para el intento que me propongo en estas breves líneas no es del caso hacer enumeraciones que podrían extenderse demasiado. Me basta notar que no hay país ninguno entre los nuestros que no tenga sus historias especialísimas, de sello enteramente nacional y casi exclusivo.

La aparición de nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego fue aceptada por la Iglesia como verdadera, y figura su fiesta entre las principales de la Virgen y hay consagrada a su memoria una colegiata magnífica.

Hace unos cuantos años que sus devotos tuvieron la buena idea de llamar a todo el país a celebrar su coronación; y supera a todo elogio el esplendor que desplegó en esas funciones, proclamándola Madre de la nación mejicana.

A orillas del Titicaca, antigua cuna de los Incas, en las fronteras del Perú y Bolivia, en medio de una naturaleza salvaje, helada, triste, sin vegetación ni vida; cerrado el cuadro a la distancia, allá del lago, por la altísima cadena oriental de la cordillera; sin más población que unos pocos millares de indios pobres, abatidos, a medio civilizar todavía, pero mansos y humildes, existe el santuario de Copacabana, que fue en el siglo pasado el más famoso de América y que aun ahora, a pesar de la decadencia de las minas y del comercio de la

antiplanicie, reúne a su alrededor, en sus aniversarios, mayor número de peregrinos que todos los demás santuarios juntos de nuestro continente.

La iglesia es vasta, tiene el sello de la arquitectura colonial; y la coronación de sus blancas cúpulas le dan a la distancia los aires de una gran basílica.

El camarín de la Virgen, situado detrás del altar mayor, es espacioso y en otro tiempo fue de lujo. Aunque de sus tesoros gran parte ha desaparecido, la imagen, sin embargo, conserva alhajas valiosas: una rica corona de oro en la cabeza, hermosos pendientes en las orejas, un collar de finísimas perlas en el cuello, prendedores de brillantes en el pecho, un manto bordado de piedras preciosas, sortijas de gran valor en los dedos, y un bastón de oro en la mano derecha, regalo del Conde de Lemus, Virrey del Perú.

No está menos alhajado el Niño Jesús, sostenido en sus brazos. A la imagen vestida de esta suerte no se le ven sino las manos y el rostro. No tiene en realidad mérito artístico ninguno, pero sí tiene una cualidad especialísima que la hace singularmente notable, a saber, una expresión tan devota y simpática que infunde un respeto imposible de explicarse dentro del común sentir de las cosas.

¡Encontrarse en las fiestas que allí se celebran, oír esos cánticos sagrados en *aimará* con acompañamiento de quenas y tambores; sentir los ecos armoniosos de esas *Salves melancólicas,* que allí sólo se cantan y en ninguna otra parte del mundo! y todo eso confundido con el gemido del viento entre las ásperas y altísimas rocas que rodean como una fortaleza a la aldea y con el rumor de las olas del lago, que besan los pies del santuario; es algo indescriptible, algo digno de verse y sentirse, porque todo aquello es completamente original, todo tan absolutamente distinto de lo que hemos visto en nuestras fiestas religiosas, en nuestras iglesias y en nuestros viajes, que no hay término de comparación ni analogía en ninguna parte.

Del estilo de Copacabana, devociones más o menos parecidas, danzas de indios, plumas, adornos, tamboriles, flautas, disfraces, comparsas, etc., etc., eso es también Andacollo, situado en la provincia de Coquimbo, a pocas leguas de la Serena, que fue centro de mineros muchos años atrás y hoy venera a una Virgen que goza de la fama de muy milagrosa y recibe anualmente una concurrencia muy considerable en sus fiestas, que son en el mes de Diciembre.

Carácter muy diferente, aspecto enteramente distinto, ofrece el santuario de Luján en la República Argentina.

Aquellos son eminentemente americanos, esencialmente criollos, y todavía más que eso, casi exclusivamente indígenas; este último, por el contrario, es completamente europeo, no tiene sello nacional ninguno y así como está cerca de Buenos Aires, podría estar, sin mayor cambio en su modo de ser espiritual y material, al lado de cualquiera capital del Viejo Mundo. A Copacabana se llega a mula, cruzando la altura de la meseta andina; a Andocollo se llega en coche por malos caminos; a Luján, en ferrocarriles de todo lujo.

Su basílica de mármoles riquísimos cuesta más de dos millones de pesos y a juzgar por lo que queda por hacer, habrá necesidad de otro tanto.

Tiene una revista religioso-literaria a su servicio, que publica artículos muy interesantes y da cuenta constante de las inmensas peregrinaciones que recibe. Es un Lourdes transplantado a América.

Pues bien: ¿no sería muy interesante un libro que compaginase la historia de todos estos santuarios? ¿No sería un tributo propio de la inauguración del nuevo siglo ofrecido a los pies de la Virgen Santísima, como homenaje de nuestra adhesión cariñosa?

Tengo en mi biblioteca algunas publicaciones y folletos sobre la materia; pero bien comprendo que debe

de haber muchos santuarios que no conozco, y para suplir su falta quiero contar con la benevolencia de mis amigos de las Repúblicas hermanas.

Les pido su apoyo en forma de artículos, folletos, fotografías, etc.

¡Estoy seguro de no salir desairado ni de hablar en en vacío...!

Santiago de Chile, 1º de enero de 1901.

INDICE

DE LOS SANTUARIOS QUE FIGURARIAN EN LA OBRA A QUE SE REFIERE EL ARTICULO ANTERIOR, Y CUYOS DOCUMENTOS ESTAN EN PODER DEL AUTOR:

Nuestra Señora de Andacollo (Chile, provincia de Coquimbo).— La imagen que se venera en este santuario es del Rosario. Fue solemnemente coronada el 26 de Diciembre de 1901. Y desde un siglo atrás su peregrinación es muy numerosa, llegando más o menos en sus aniversarios de 20.000 a 30.000 personas.

Nuestra Señora de Arauco (Cautín, Chile).— Se la conoce también con el nombre de Santa María de las Gracias. La imagen es de bulto y mide cerca de un metro; esculpida en madera, antigua, de origen desconocido y misterioso.

Nuestra Señora de Caacupé (Paraguay).— Llámase también la Virgen de los milagros. Sus historiadores refieren su origen en los términos siguientes: un indio convertido, escultor de profesión, viéndose perseguido por la tribu de los Imbayaes y a punto de caer en sus manos, acordóse de María Santísima y prometió a la Vir-

gen hacerle con el mismo tronco detrás del cual se ocultaba, una imagen si se dignaba librarlo de tan terrible lance.— Existe el proyecto de alzarle una basílica nacional.

Nuestra Señora del Cisne (Loja, Ecuador).

Nuestra Señora de Chiquinquirá (Colombia).— La Virgen es del Rosario, se la venera en Boyacá.

Nuestra Señora del Carmen (Guatemala, Centro América).— Vino de España a principios del siglo XVII un ermitaño llamado Juan Corzs trayendo una imagen que Santa Teresa había destinado a América y cuya conducción le habían encomendado las Carmelitas de Avila. La vida penitente del ermitaño le dio gran prestigio y fama de santidad, de manera que pudo alzar una capilla que fue desde el principio concurrida con gran devoción. El día de su estreno, que se verificó con toda pompa, desapareció el ermitaño para no volverse a ver más. Destruída en 1773 la ciudad de Guatemala, los vecinos concurrieron al santuario para reedificarla bajo su amparo y de ahí nace la gran devoción que a ese santuario tiene el pueblo. Es conocido con el nombre de "la Ermita del Cerro del Carmen".

Copacabana (Bolivia).— Obra de un pobre indio, Tito Yupanqui, fue la imagen que se venera en este santuario. Su devoción, que se extiende a toda la antiplanicie de Sud América, está al nivel de la Virgen de Guadalupe, y su templo a orillas del lago Titicaca, se alza en el mismo sitio que fue en tiempos antiguos centro y santuario de las tradiciones misteriosas del imperio de los Incas. Nacieron en las islas de sus contornos Manco Cápac y Mama Ocllo. La fe cristiana reemplazó al ídolo del Sol por la Santísima Virgen y la obra piadosa del nieto de los fundadores del imperio del Perú ocupó el lugar que sus abuelos habían destinado a la idolatría.

Nuestra Señora de los Dolores se venera en el pueblo de Soriano. Estado de Querétaro, Méjico.

La Virgen de la Escalera (Michoacán, Méjico).— Su origen es un milagro obrado por esta imagen de María en favor de un franciscano de reconocida piedad llamado Fr. Pedro de la Reina. Construyó en su honor el Ilustrísimo Obispo de Michoacán la capilla que aún existe en el convento de Jarimbazo.

La Virgen de la Esperanza o de la Raíz (Jacona, Méjico).— Toma su nombre de la tradición que la supone formada con extraordinaria perfección de la raíz de un árbol encontrada por unos pescadores en la laguna de Chapala. Fue coronada por autorización de León XIII el 14 de Febrero de 1886.

Nuestra Señora de la Gracia (Bahía, Brasil).— Doña Catalina Alvarez Paraguasú, señora de la capitanía de Bahía en 1582, edificó el santuario en que se venera a esta imagen, que había sido encontrada por los indios a la orilla del mar y que tuvo desde el primer día grande veneración entre los naturales.

Nuestra Señora de Guadalupe (Méjico).— La aparición de la Virgen Santísima al indio Juan Diego tuvo lugar pocos años después de la conquista y fueron tan singulares los prodigios que la acompañaron, que el Sumo Pontífice concedió su culto a toda la Iglesia y así se reza en el Breviario un oficio especial. Fue solemnemente coronada el 12 de Octubre de 1895. Tal vez no hay ninguna iglesia en la América Española que no le tenga algún altar consagrado, y hay muchas que están a ella dedicadas. Son innumerables los libros que se han escrito sobre su aparición e infinitos los milagros que dan testimonio de sus favores.

Virgen de Itati (República Argentina).— Su especialísima situación sobre las márgenes de los grandes afluentes del Plata, El Paraná, Corrientes y el Uruguay le dieron gran popularidad, que concurrieron a aumentar los extraordinarios milagros de que fueron testigos los pueblos que rodeaban sus ríos, evangelizados por San Francisco Solano y el Venerable Fray Luis de Bola-

ños, autor que fue de milagros de notoriedad evidente. El 16 de Julio de 1900 fue solemnemente coronada.

Nuestra Señora de Izamal (Yucatán, Méjico).— Este santuario es el más popular y conocido entre los muchos monumentos y capillas que existen en Yucatán en honor de la Santísima Virgen. La devoción de María es tan popular en esta provincia que a su amparo se cuentan las siguientes advocaciones: Nuestra Señora de Calotmul, Nuestra Señora de Bical, Nuestra Señora de Buctzotz, Nuestra Señora de Setiz, Nuestra Señora Mani, Nuestra Señora de Tavi, Nuestra Señora de Nayma, Nuestra Señora de Jool, Nuestra Señora de Samahil, Nuestra Señora de Chapab, Nuestra Señora de Baca, Nuestra Señora de Cansahcab, Nuestra Señora de Chancensse, Nuestra Señora de Panabá, Nuestra Señora de Jojom, Nuestra Señora de Pixetá, Nuestra Señora de Tekax, Nuestra Señora de las Montañas, etc., etc.

Nuestra Señora de Fuquila (Méjico).— Su celebración tiene lugar el 8 de Diciembre. Fue introducida su devoción hace dos siglos por un misionero de la Orden de Santo Domingo, muerto en olor de santidad, Fray Jordán de Santa Catalina, y por un indio de Amialtepec, su fiel compañero en sus larguísimas correrías apostólicas por aquel país. Tiene un santuario hermoso que fue dedicado en medio de grandes regocijos públicos el año 1791.

Nuestra Señora de Loreto (Tierra Amarilla, Chile).

Nuestra Señora de Luján (República Argentina).— La Basílica es magnífica, al nivel de los templos más espléndidos de Europa, y su costo asciende a algunos millones de pesos recogidos por limosnas populares entre los numerosos peregrinos que por miles allí concurren. Su coronación que fue un acontecimiento extraordinario en ese país, tuvo lugar el 8 de Mayo de 1887 con la asistencia de más de 40.000 personas. Se han escrito varios libros sobre ella y en su santuario se publica un periódico que lleva por título LA PERLA DEL PLATA, y cuya circulación es muy considerable.

Nuestra Señora del Milagro (Salta, República Argentina).— Parece que los primeros colonos que llegaron a las provincias del norte de la República, trajeron consigo esta efigie, aunque algunos sostienen que fue un obsequio hecho a su diócesis por el Obispo de Córdoba del Tucumán, después de haber regresado del Concilio convocado en Lima por Santo Toribio de Mogrovejo. Se conserva el juramento que rindieron los principales vecinos de Salta, cuando se inauguró su altar, "de sentir y defender, dando la sangre y la vida, si necesario fuere, que la Virgen María fue preservada de la culpa original". ¡Este documento vale un poema de fe cristiana!

Nuestra Señora de la Nube (Quito, Ecuador).— El 30 de Diciembre de 1696 tuvo lugar el acontecimiento que recuerda la imagen de Nuestra Señora de la Nube. Y fue tanto más prodigioso el milagro a que dio origen, cuanto que lo presenció todo un pueblo que pudo repetir el verso del Exodo: *Ecce gloria Domini apparuit in nube.*

Nuestra Señora de Nazaret (Pará, Brasil).— Unos cazadores, hace dos siglos, encontraron la imagen de este nombre, y el pueblo, con una piedad muy viva, le edificó una capilla, que después se transformó en una magnífica iglesia. El bosque donde se verificó el hallazgo se ha convertido a su turno en grandes y lujosas avenilas, y se cuentan a propósito de la Virgen numerosos milagros que se recuerdan en grandes procesiones referentes a sus tradiciones singulares, llenas de ex-votos y de emblemas religiosos.

Nuestra Señora de la Piedad (Méjico).— Este santuario cuenta más de trescientos años de existencia.

Nuestra Señora del Pueblito (Querétaro, Méjico).— En 1745 se la juró solemnemente patrona principal de la Provincia. Este juramento fue confirmado algunos años más tarde en Roma. Se cuenta que en una ocasión solemne y durante diez y seis días se vio brillar en su frente una estrella reluciente. Prodigio que trajo a su presencia a todo el pueblo que acudió a ver tan grande maravilla. Forma el pedestal de la Virgen una hermosa estatua

de San Francisco que sostiene sobre su cabeza tres mundos, sobre los que descansa la sagrada efigie y que representan los tres solemnes votos de pobreza, castidad y obediencia.

Nuestra Señora del Quinche (cerca de Quito, Ecuador).— Es digno de notarse el rico manto que cubre la imagen, que lleva al Niño Jesús en los brazos.

Nuestra Señora de los Remedios (Naucalpán, Méjico).— La imagen es pequeña, como la mayor parte de las vírgenes americanas, y hermosísima. La cubre un manto azul, bordado de plata y un vestido amarillo, también bordado de plata. Cuando en 1850 el cólera azotaba la ciudad de Méjico el pueblo la trasladó a la capital para hacer cesar la epidemia, como efectivamente sucedió. Ultimamente, con gran pompa, la han vuelto a trasladar a la catedral de Méjico.

La Virgen del Río Blanco (Jujuy, República Argentina).— Las tradiciones antiguas del pueblo cuentan que en un combate que la raza española tuvo que dar contra las tribus bárbaras en las riberas del Río Blanco, se vio aparecer a la Virgen amparándola. La imagen que allí se venera fue encontrada después de la batalla, sin que nunca se haya podido averiguar su procedencia, precisamente con un pequeño bastón en la mano como la habían visto los indios, el mismo que conserva en la actualidad.

Nuestra Señora del Rosario (Córdoba, República Argentina).— En el día de un gran terremoto en el Callao, en medio del espanto natural del acontecimiento, la población en la playa fue testigo de un suceso extraordinario. Traídos por la corriente del mar se vieron acercarse por sí solas dos arcas que tranquilamente entraron al puerto. Fueron recibidas con gran sorpresa y creció el asombro cuando se leyeron sus rótulos: el uno, "A la matriz de Salta" y el otro, "Al convento de Predicadores de Córdoba". La primera contenía un Santo Cristo y la segunda una Virgen del Rosario, que es la que

se venera actualmente. Dada la misteriosa llegada, el momento en que la aparición ocurrió y el espanto producido por el terremoto, ¡la piedad cristiana explica la devoción a que dio origen!

Nuestra Señora del Socorro (Guatemala).— El monumento de piedad más antiguo que posee Centro América es la venerada imagen de Nuestra Señora del Socorro, a cuyos pies, la cuatro veces destruída ciudad de Guatemala, se ha reedificado, implorando su amparo. Esta efigie fue traída en la conquista por el capitán Francisco Garay, en la expedición de Alvarado, y en sus aras se celebró la primera misa que le dio culto, el 25 de Julio de 1524.

Nuestra Señora de Surumi (Méjico, Patzcuaro).— Esta imagen empezó a ser venerada en el hospital de Santa Marta, fundado más o menos en 1538 por el Ilustrísimo Señor Quiroga, obispo de Michoacán, uno de los prelados más distinguidos de la Iglesia mejicana. El artífice de esta escultura fue un antiguo sacerdote idólatra dirigido por el mismo obispo y auxiliado por un religioso franciscano. Coronada en medio de grandes y suntuosas fiestas el 8 de Diciembre de 1899.

Nuestra Señora de los Urdiales (Méjico).

Nuestra Señora del Valle (Catamarca, República Argentina).— En las breñas de Choya, en el lugar llamado Valle Viejo, empezó a desarrollarse la devoción a esta Virgen y es extraordinario el número de milagros que de ella se cuentan en todas las provincias argentinas. Fue coronada el 12 de Abril de 1891 y jurada patrona de Catamarca.

La Virgen de la Viñita (Santiago de Chile).— Bajo la advocación del Rosario o del Monserrate este santuario debe su origen a la esposa de uno de los primeros conquistadores de Chile, doña Inés de Suárez, valerosa mujer que ha dejado renombre en nuestra historia. La construyó su fundadora en el Cerro Blanco, en los arrabales de la capital, en un lugar hábilmente elegido para ase-

gurar la defensa de los ataques de los indios, y la dotó de tierras y rentas suficientes para su subsistencia desahogada, y a su sombra formó una cofradía que es la más antigua de Chile. Pío IX visitó esta ermita y celebró misa en ella en 1822. Más tarde le concedió numerosas indulgencias.

III

Ni es de extrañar que la América Española esté poblada de un extremo al otro, con tantos lugares de peregrinación y romerías, en honor de la Madre de Dios, pues a la protección manifiesta de esta incomparable Reina se debió el buen éxito de la empresa atrevida de Colón; de tal manera que sin vacilación podemos decir que América es el mundo de María. Prueba elocuente de ello es el santuario español de Nuestra Señora de la Rábida; por lo cual, en la gran Exposición Internacional de Chicago, realizada en 1892, para celebrar el cuarto centenario del Descubrimiento de América, se construyó en la parte más céntrica del vastísimo palacio dedicado a aquella fiesta de la industria, un exacto y admirable facsímile de aquel vetusto e histórico monasterio; una breve noticia de él será, pues, la mejor y más oportuna introducción a la piadosa visita que vamos a hacer a aquellos célebres templos dedicados en América a la Virgen Santísima.

IV

NUESTRA SEÑORA DE LA RABIDA (1) (*)

Ley ineludible del orden sobrenatural es que hemos de hallar siempre a la Santísima Virgen a lado de su Hijo Divino, concurriendo con su mediación poderosa a salvar al hombre del yugo del pecado, y hacerle parti-

(1) Para escribir esto nos hemos servido en gran parte de la erudita y apreciable obra publicada en España, con el título de **Colón y la Rábida**, por el P. Fr. José Coll, Menor observante.— 2ª Ed., Madrid, 1892.

(*) Publicado en "El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús", Nros. 12 y 13, págs. 133-148. (Ed.).

cipante de los frutos preciosísimos de la Redención. Ilustres y bien tajadas plumas se han dedicado a demostrar que el Descubrimiento de América por Cristóbal Colón fue obra preparada y dispuesta por la Divina Providencia; de manera que el sabio Pontífice León XIII ha reivindicado esta gloria como exclusiva y propia de la Iglesia Católica. El nombre de San Salvador impuesto a la primera isla del Océano descubierto por Colón; el estandarte santo de la Cruz izado en la carabela almirante; la sagrada Comunión recibida por los audaces marinos antes de partir; los principales sucesos del Descubrimiento acaecidos casi todos en viernes; estas y otras varias circunstancias análogas nos prueban claramente que el Nuevo Mundo es hijo de la Cruz y una porción predilecta de la herencia divina de Nuestro Señor Jesucristo. Pero si todas las gracias descienden a la Tierra por manos de la Santísima Virgen, ¿qué nos hace vislumbrar la historia acerca de la intervención sobrenatural de esta excelsa Reina en aquel gran descubrimiento? ¿Es o no ésta una gracia que la América debe a la intercesión de María?

A poca distancia del puerto de Palos, en las costas de Andalucía, levántase el histórico y célebre santuario de *Santa María de la Rábida*, tan memorable y caro para cuantos hemos nacido en este hermoso suelo de América. He aquí la descripción que nos hace de aquél un escritor distinguido.

"Hoy que tan grande como justa resonancia ha llegado a alcanzar en uno y otro hemisferio el convento de Santa María de la Rábida, creemos que se leerán con interés los siguientes apuntes histórico-geográficos. Dista el convento de la Rábida de la capital de Huelva de cinco a seis kilómetros en línea recta, y un doblado trayecto la separa del mar, cuyas aguas salobres se mezclan con las del Odiel y del Tinto, ríos ambos que verifican su confluencia un poco antes de llegar a aquel convento. El embarcadero de Palos está distante unos tres kilómetros de la Rábida. Fácil y agradable es la entrada de ésta, cuando se llega a ella por la parte del Oriente; no sucede otro tanto para los que proceden de cada uno de los

otros tres puntos cardinales. Si los que van en demanda de la Rábida llegan por la ribera, ora bajen de la parte de Palos, ora suban de la mar, necesitan atravesar las marismas, especie de yermos cuajados de juncales, cuyas puntas hieren como alfileres. Pero esto es lo de menos: lo peor del caso es lo muy peligroso del camino por la multitud de charcas y canales de que está inundado, gracias a las inundaciones del Tinto, pues como el nivel del terreno es tan bajo, las aguas de las mareas han abierto en él muchas y profundas cortaduras. El puerto de Palos está situado entre Huelva y la Rábida, guardando casi la misma equidistancia entre el uno y el otro de aquellos dos puntos. Al salir de Palos para tomar el derrotero del convento, este edificio que tan devota y gallardamente descuella sobre la punta o extremo de un promontorio en frente de los ríos Odiel y Tinto, que allí se juntan para desaguar en el mar de la vecina barra de Saltés, se registra de lleno y sin impedimento alguno leguas antes de llegar a él, siendo tan sorprendentes los efectos ópticos que su vista produce, que, merced a la capa de cal con que, a usanza andaluza, todos los años renueva la Diputación Provincial de Huelva su blancura, semejase a una inmensa pella de nieve desgajada de las nubes, o bien a un cisne colosal que se cierne con reposado vuelo en el espacio. El promontorio aquel hallábase cubierto en tiempos antiguos, por hermosas arboledas formadas de romerales, naranjos, palmeras, almendros y otros frutales que hacían aquel sitio en gran manera deleitoso y apacible; ahora en vez de aquellos hermosos frutales se ve únicamente un corto número de viñas con algunos perales y tal cual higuera, granado y moral".

"En la meseta donde está asentado el convento, y a unos cincuenta pasos antes de llegar a la portería, álzase una calada cruz de hierro de época reciente, sobre pedestal cilíndrico, cuya base se compone de tres órdenes de gradas circulares. El convento de la Rábida consta de dos claustros con arcadas de medio punto, y habitaciones en la planta baja y en el piso alto. En los bajos del primer claustro, que da a un patio todo cubierto de flores, se ven cuatro celdas, una de ellas provi-

sionalmente destinada para cocina, con más la puerta interior de la iglesia, y otra que da entrada a la sacristía. Hoy aquellas cuatro celdas desaparecen".

"El piso alto del indicado primer claustro no contiene más que un departamento con cuatro habitaciones, que servían de enfermería a la antigua comunidad".

"La parte baja del segundo claustro, o patio interior, consta de la estancia del *De profundis*, con asientos de piedra cubiertos por encima de ladrillos, en que caben como veinte personas; y el refectorio, que es anchuroso y claro, donde pueden muy bien acomodarse de cuarenta y cinco a cincuenta comensales. Saliendo del refectorio se entra en el claustro bajo, y en él se encuentran unas diez celdas. Total unas treinta celdas" (1).

Este humilde convento fue el lugar designado por la Providencia para centro eficaz de acción, respecto de una de las más grandiosas empresas que jamás han contemplado los siglos, y que más decididamente han influído en la suerte de la humanidad.

Era el último tercio del siglo décimo quinto, cuando se hallaba de guardián de la Rábida el P. Fr. Juan Pérez, de la Orden de Menores observantes, a que ese convento pertenecía. Un día, un pobre extranjero, que llevaba de la mano a un niño pequeñito, presentóse a las puertas de aquel convento pidiendo abrigo y pan, porque se hallaban ambos rendidos de hambre y de fatiga. El Guardián dio cariñosa acogida a aquel mendigo; y de aquella, al parecer, entrevista casual del religioso con el peregrino, sobrevinieron consecuencias tan portentosas como la de enriquecerse la humanidad con un Nuevo Mundo, y extender la Cruz sus dominios sobre dos hemisferios. En efecto, aquel franciscano humilde era el antiguo confesor de Isabel la Católica, y aquel peregrino era Cristóbal Colón: los dos personajes a quienes había

(1) Los rasgos descriptivos que preceden están entresacados, casi textualmente, de la obra antes citada.

destinado el Cielo para la gran obra del Descubrimiento de América. Además, "la Rábida es la primera cátedra en España donde Colón, asociado con Marchena, enseñó al mundo que existían por descubrir inmensos territorios y multitud de pueblos sumidos en la barbarie que no habían sido descubiertos hasta entonces; y que, dada la esfericidad de la Tierra, el camino más breve para llegar a las Indias Orientales era el navegar hacia el Occidente. El solo nombre de la Rábida electriza de entusiasmo a todo español, en cuyo pecho no se ha extinguido la llama de la fe y el amor de la patria". Otro tanto debemos decir de todo americano.

Según los cálculos más fundados de la crítica, Colón visitó la Rábida por tres distintas veces, antes de su gloriosa expedición. La primera cuando procedente de Portugal, y cansado de solicitar la protección del monarca lusitano, y al amparo de otras cortes de Europa, se resolvió a acudir a la de España; por cuyo motivo arribó a la rada de Palos y buscó un refugio en la Rábida, acompañado de su hijo Diego que contaba seis o siete años de edad. Entonces trabó amistad con el célebre Fray Juan Pérez, que entró de lleno en los grandiosos proyectos del marino genovés, y le recomendó eficazmente ante la corte y muchos grandes de España. La segunda visita tuvo lugar siete años después de la primera, cuando Colón fatigado de las dilaciones interminables que para la realización de sus proyectos encontrara ante los Reyes Católicos, resolvió acudir al de Francia; y así abandonó a Granada, y fue a despedirse de su amigo el Guardián de la Rábida, quien llenó de consuelos a aquel ánimo angustiado, y le decidió a volver por segunda vez ante la gran princesa de Castilla. La tercera visita de Colón a la Rábida fue ya para equipar en Palos la flota que había de conducirle a su ansiado descubrimiento.

¿Qué maravilloso imán atraía tan irresistiblemente a la Rábida al audaz y heroico navegante? ¿Qué estrella misteriosa brillaba en aquel pedazo de cielo andaluz, que con tan dulce encanto serenaba el ánimo conturbado del héroe, y guiaba tan felizmente sus pasos al término de la anhelada empresa? ¿Era únicamente el trato amable del

Padre Fray Pérez, o la conversación ilustrada y docta del sabio Padre Antonio de Marchena? No por cierto.

Desde hacía algunos años se veneraba en el santuario de la Rábida una devotísima imagen de la augusta Madre de Dios, con el título de *Nuestra Señora de los Milagros;* cuya breve, pero peregrina historia formará el remate del presente estudio. Las repetidas visitas a aquel claustro habían familiarizado al piadoso viajero con aquella santa efigie. ¡Cuántas veces se postraría ante ella, para implorar la soberana protección de la Reina de los Angeles, en favor de sus atrevidos proyectos! ¡Cuán ardientes lágrimas derramaría delante de los altares de la que es llamada *Auxilio de los cristianos y Consoladora de los afligidos!* Por otra parte, ¡qué grato es ver cómo las empresas más grandes y benéficas a la humanidad se han concebido, se han desarrollado y han logrado su éxito al amparo siempre de un santuario de María! Por manos de esta Virgen Inmaculada han venido y vendrán todas las gracias al mundo. No al acaso, sino la Divina Providencia, obligó a Colón por medio de un imprevisto temporal a desembarcar de arribada en Palos, cuando huyendo de Portugal iba en pos de otro país más hospitalario y generoso. Era que en los planes de Dios estaba ya resuelto que a Nuestra Señora de los Milagros había de deberse este portento más: el Descubrimiento de América. Por esto Colón encuentra en aquel ignorado claustro franciscano la protección que hasta entonces ha buscado inútilmente en toda Europa; allí, al ínclito Marchena que comprende su locura, y abraza sus proyectos. Años después, lanzaba el héroe esta sentida queja: *Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fray Antonio Marchena, después de aquella de Dios eterno.*

Bien testificada dejó el sabio y piadoso genovés la entrañable gratitud que por tantos beneficios profesaba a la Inmaculada Reina de los ángeles, Consumada finalmente su grandiosa empresa, mandó construir a expensas suyas, cerca de Palos, una hermosa ermita, dedicada a María, con el título de *Nuestra Señora de las Flores.* Dispuso que la expedición zarpara de aquel puerto el 3 de Agosto de 1492, al día siguiente de la fiesta de Nues-

tra Señora de los Angeles, que lo era también de la Virgen de la Rábida. El mismo día de la expedición, después de recibir en la iglesia de S. Jorge de Palos el Pan Divino de los fuertes, toda la tripulación se dirigió a la Rábida a despedirse de María y recibir la bendición de la que es llamada *Estrella de los mares.* La carabela almirante fue bautizada con el dulcísimo nombre de *Santa María,* en la que iba enarbolado el estandante de Castilla y pintado en él la imagen sagrada de Jesucristo crucificado. ¡Disposiciones admirables del cielo! Santa María debía ser quien nos trajese la Cruz a la América. ¡Desde la Santa María, el ojo avizor de Colón fue el primero en divisar aquella misteriosa llamarada que, en la noche del 11 de Octubre de 1492, anunció a los marinos que estaba ya encontrado el mundo que buscaban! Durante esta larga e incierta navegación, todas las tardes entonaba la tripulación, al acompasado rumor de las olas, el cántico sublime del *Salve Regina,* que encendía de nuevo la esperanza en aquellos ánimos desalentados ya y próximos al despecho y la rebelión.

Encantador espectáculo aquel, cuando Colón, a bordo de la Santa María, llevaba en sus manos ondeante y desplegado el estandante de la Cruz, y entre las notas dulcísimas del *Te Deum,* que entonaban a coro las dos restantes carabelas, saltó él primero a las playas de América, y plantó el signo santo de la Redención. ¡Hermosa imagen de la primera historia del Cristianismo: cuando sobre las ondas de los tiempos asomó María, llevando en sus entrañas virginales al Hacedor del orbe, y plantó en el Calvario la Cruz que ha salvado al mundo! (1)

---

(1) Leemos en un periódico extranjero de 1892, (**La Defensa Católica,** de Bogotá) el siguiente suelto, acerca de la manera como se celebró en España el recuerdo de la memorable expedición de 3 de Agosto de 1492. "La fiesta del Puerto de Palos.— Bajo el cielo azul de la hermosa Andalucía, mostrábase el 3 del mes pasado, el histórico puerto de Palos de Moguer, alegre y risueño, como candorosa virgen en el día de sus desposorios, y era que el mundo celebraba el cuarto centenario de la fecha en que Cristóbal Colón principiaba la empresa más valerosa que recuerdan los tiempos antiguos y modernos, confiado únicamente en su inquebrantable fe en la Divina Providencia.

La corta, pero singular historia de Nuestra Señora de la Rábida, nos hace también entrever que este santuario estaba preparado por la Providencia para teatro de los grandiosos hechos que en él se realizaron.

Refiere una tradición no despreciable que, en una ermita vecina a Palos, se veneraba, desde remotísimo tiempo, una prodigiosa imagen de la Santísima Virgen, con el título de Nuestra Señora de los Milagros, o de los Remedios; muy célebre en toda la comarca por las gracias que dispensaba a sus devotos. "Estuvo la celestial Reina en su casa obrando multitud de portentos desde el año 313 hasta el 719. Por este tiempo dos de los sacerdotes que la custodiaban y cuidaban en su culto, viendo que los moros iban haciéndose dueños de todo el territorio de aquella provincia, clamaban al cielo con continuas plegarias para que los enemigos de la religión no llegasen a ultrajar aquella milagrosa copia de la excelsa Madre del Verbo; y, según narra la tradición, les fue revelado que, si querían salvarla, la escondieran en el mar, como así lo hicieron, acompañados de dos seglares, ambos muy piadosos" (1).

Pasaron setecientos años, y la milagrosa imagen

"Desde varios días antes, multitud de viajeros de diversas naciones llenaban a Huelva y poblaciones cercanas, ansiosas de asistir a tan simpática celebración.

"En la mañana del día 2, los buques de la escuadra española zarparon de Huelva para Palos, llevando a bordo al Señor Ministro de Marina y a varios Delegados españoles, y en la madrugada del 3 se celebró el santo sacrificio de la misa en la misma iglesia en que ahora cuatrocientos años el ilustre genovés recibía el Sacramento de la Comunión, como fervoroso católico.

"El ministro de la Marina, en nombre del Gobierno español, y los delegados a la fiesta asistieron a la Misa, y una vez terminada ésta, un modelo de la carabela Santa María bajó el río a la vela, pasando por entre los buques de guerra, que se hallaban colocados en dos filas.

"No bien hubo la carabela cruzado la barra del río, como para hacerse a la mar, cuando todos los buques de guerra extranjeros dispararon repetidos saludos y después la escoltaron, encabezando la flotilla el blindado francés **Du Guesclim**, al cual seguían los buques ingleses y argentinos. Al día siguiente los buques italianos se fondearon cerca de la barra a fin de llevar la delantera, pero los demás buques se acercaron al lugar de la partida dejando atrás los buques italianos. La fiesta del puerto de Palos será, sin duda, una de las más bellas de la celebración del presente Centenario" (del Descubrimiento de América por Colón).

(1) El P. Coll, en la obra citada.

permanecía aún oculta en el fondo de las aguas. En esto llegó la fiesta de la Inmaculada Concepción, ocho de Diciembre de 1472. Los pobres pescadores de aquella costa, viéndose faltos de lo necesario a la vida, dirigiéronse a los religiosos de la Rábida, en demanda de permiso, para ejercer su arte en aquel día. El Padre Juan Bautista Pedroso les repuso: "que en manera alguna se debía quebrantar el precepto de la fiesta, pero que bien podían echar un lance para comer ellos y la Comunidad". Hiciéronlo así, a presencia del mismo religioso; pero, cuál no fue su asombro cuando, en vez de sacar la pesca que buscaban, miraron salir en las redes una hermosa imagen de la Santísima Virgen, con el Niño Jesús en los brazos. Sin embargo, este gozo no fue completo, porque la imagen del Divino Infante estaba truncada. Volvieron a lanzar las redes, y a poco apareció en ellas el busto del Savador, que fue devotamente tomado entre las manos del Padre Juan Bautista, quien aplicándolo al lugar correspondiente de la estatua, lo ensambló maravillosamente con ella, hasta formar una sola escultura.

Con la noticia de tan singulares portentos acudió la gente de todos los contornos, a venerar aquella peregrina imagen de la augusta Madre de Dios. Luego pleitearon entre sí los vecinos de Palos y los de Huelva; éstos, porque querían para su pueblo la estatua, por haberla, decían, sacado en sus redes; aquéllos, porque trataban de hacerla quedar en su iglesia, por haberla, encontrado en su puerto. La cuestión fue resuelta por el Guardián de la Rábida, de esta manera: mandó colocar la imagen en un barquichuelo, y que se abandonara éste al impulso de las olas y los vientos. Grande fue la admiración de todos cuando el débil esquife, rompiendo la corriente de las aguas, dejó el mar, y abriéndose paso, a través de las corrientes del Odiel y del Tinto, fue a parar en el desembarcadero de la Rábida.

¡Rara y bellísima coincidencia! ¡Aquella santa imagen sumergida por tantos siglos en la mar, iba a tener, pocos años después, postrado ante sus plantas a Colón, que con la inspiración y auxilios poderosísimos de Ma-

ría, iba a arrancar a un Mundo por largos siglos sepultado entre las brumas del Océano! Cuántas veces, en los momentos de agitación y duda, la historia de Nuestra Señora de la Rábida ocurriría al ánimo apenado del heroico Almirante, como un presagio consolador y una estrella de espezanza (1).

La veracidad del relato que precede se comprueba no sólo por el testimonio de una respetable tradición, sino por un hecho muy significativo, y es el haberse averiguado de modo indudable que la imagen santa permaneció por largo tiempo oculta entre las aguas. Consta esto del siguiente certificado expedido por un ilustrado artista, en 1718, por el cual se puede formar una idea, siquiera remota, del aspecto original y primitivo de aquella célebre escultura. Dice así el referido docu-

---

(1) En un curioso artículo intitulado **Colón devoto de la Santísima Virgen (La Revista Católica de Lima,** núm. 556), se comprueba nuestro aserto, esto es, que el insigne marino recurría siempre a María en todos sus conflictos. Dice así:— "Antes de darse a la vela comulgó Colón (otros afirman en Palos) en el monasterio de Nuestra Señora de la Rábida, implorando el auxilio de la celestial Señora, y a las 3 de la mañana del 3 de Agosto de 1492, favorecida por suave brisa del Este, partió la pequeña flota con rumbo a lo desconocido, confiando siempre el Almirante en la protección de María, cuyo nombre llevaba por orden suya en la proa la nave capitana, antes llamada "Gallega" o "Marigalante", y todas las noches la tripulación, para obtener próspero acierto, entonaba la Salve, plegaria tan invocada por los marinos en los momentos de peligro en mares aciagos y tormentosos. Surgió la codiciada tierra, y **Santa María de la Concepción** fue el nombre con que designó Colón a la mayor de las islas, y después llamó a otras **Estrella de los mares y Puerto de la Concepción y Mar de Nuestra Señora.**

"Llegó el 8 de Diciembre y las carabelas, empavesadas con gallardetes y banderolas, y al ruido de salvas de artillería, celebraron la fiesta de la Patrona de España, invocando las tripulaciones a Santa María del occidente para unirse en espíritu y en oración a sus lejanos compatriotas. Trabó después Colón estrecha amistad con el cacique Guaraní; como recuerdo suyo le puso al cuello una medalla de la Virgen, y pensando siempre en las glorias de María, llamó a un montículo, **Cabo del Angel,** en memoria de la Anunciación.

"De regreso a España el 17 de Febrero de 1493, suscitóse tan terrible tempestad que los marinos imploraron el auxilio del Cielo. ¿Y qué mejor intercesora podían tener que la Madre de Dios? Propúsoles Colón hacer el voto de ir uno de ellos con los pies descalzos y un cirio de cinco libras en peregrinación a Santa María de Guadalupe, célebre santuario situado en Extremadura. Echóse en suertes quién había de ser el peregrino, y tocóle a Colón representar a aquel puñado de valientes ante la bendita y venerada imagen. Pero la tempestad no cedió; y las olas encrespadas, con furia vertiginosa, cual si fuesen movidas por

mento: "D. Juan de Henestrosa, natural de la ciudad de Moguer, Profesor del arte de la pintura, certifico: —Que habiendo sido llamado al convento de Nuestra Señora de la Rábida de Religiosos Recoletos de la Orden de N. Sco. P. San Francisco,... para el efecto de dorar y estofar la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Milagros, que se venera en dicho convento en el altar y capilla del comulgatorio, se bajó a dicha imagen del altar, y registrada hallé ser de piedra alabastro, barnizado el rostro y manos sobre colores a temple, muy obscurecidos por la antigüedad, con barnices resinosos y no con encarnación de pulimento en mate, como hoy se estila; y todo el ropaje floreado a lo gótico, con ramalajos de oro, sentado con la misma especie de barniz, y no con las sisas que hoy suelen usar, cuyo adorno era sobre el blanco de la piedra, sin tener más añadido de colores que las vueltas del manto. Por lo que toca a fondo nunca se pudo percibir si sería azul o verde, por lo tomado y obscuro que estaba del tiempo. Que puesto por obra el empezar a disponer la imagen para darle aparejos correspondientes para el dorado y estofado,... fue preciso empezar a limpiarla de los dichos barnices y adorno antiguo que tenía y llegando a los fondos del manto, vueltas de él y demás ropajes, se le halló cantidad como de barro o lama introducida en dichos fondos; por cuya razón se llamó la mayor parte de la comunidad que la vieron verdaderamente, y

---

espíritus infernales, amenazaron sumergir las zarandeadas naves, y en vista del amenazador peligro determinaron ofrecer otro voto: ir al Santuario de Loreto, en los Estados Pontificios, cayendo la suerte a un marinero llamado Pedro Villa, de la dotación de la barca **Santa María**, encargándose del coste del viaje el Almirante. Aún no satisfechos prometen todos ir en procesión con los pies descalzos y penitentes a la primera iglesia de la Virgen que hallaren al desembarcar, cuando un viernes, al rayar el alba, gritó el vigía: "¡Tierra al Nordeste!", y el lunes desembarcaron en Santa María, la isla más meridional de las Azores, cumpliendo en seguida su voto la tripulación. Embarcados de nuevo el 3 de Marzo, suscitóse nueva borrasca, y se sorteó otra vez cual había de ser el marino que penitente fuese a Nuestra Señora de la Cinta, en la provincia de Huelva, y la suerte designó otra vez al Almirante. Al fin el 15 desembarcaron en Palos; el 16 fueron en peregrinación a Nuestra Señora de la Rábida, y el mismo religioso franciscano que celebró la misa de partida celebró también la solemne de acción de gracias, concurriendo muchísima gente, que presenció con edificación y conmovida la recogida actitud y fervorosa devoción, no sólo de Colón, sino de toda la tripulación, desde el pequeño grumete hasta los segundos comandantes que llevaron a cabo, y entre espantosos peligros, tan gloriosa expedición".

que el estar aquella materia en aquel sitio, no podía proceder de otra cosa que de haber estado la Santísima Virgen debajo del agua tanto tiempo como estuvo, según tradición...".

Otro hombre instruído en el arte ha hecho una descripción circunstanciada del estado en que al presente se encuentra la célebre imagen; extractaremos lo sustancial (1). "Labrada en mármol de efigie de Nuestra Señora de los Milagros (de la Rábida), ofrécese totalmente colorida y con poco arte encarnada; hállase en ella representada la Santa Madre de Dios en pie, teniendo sobre el brazo izquierdo a su Divino Hijo. En actitud de caminar, muestra en la inclinación del cuerpo el esfuerzo natural con que soporta el peso del Santo Niño, cuyas extremidades inferiores apoya en la cadera izquierda; viste larga túnica, que desciende en pliegues paralelos y algún tanto regulares hasta el suelo, asomando por debajo de ella la punta del pie derecho, la cual excede de la peana, sobre la cual asienta la figura púdicamente descotada; cierra la túnica sobre el pecho, dejando al descubierto la garganta y el nacimiento del seno, y tiene la cabeza algún tanto inclinada hacia adelante, siendo la expresión de su rostro reflexiva. Cubierta por un manto que permite ver el nacimiento del cabello sobre la frente, donde se parte al uno y otro lado; simula tener ambas puntas del manto recogidas a la izquierda para abrigar al Niño; y mientras al presente deja caer el brazo derecho a lo largo del cuerpo, no sin naturalidad y por debajo del manto, el cabo derecho de éste, en ondulantes y escasos pliegues que acusan cierta rigidez, cayendo sobre la túnica la envuelve horizontalmente y sin gracia".

La gratitud que movió a toda América a celebrar, en 1892, con espléndidas fiestas, la memoria de Colón y de su grandioso descubrimiento, debe con mayor razón impulsarnos a honrar a la Reina de los ángeles, por cuya intercesión poderosa ha recibido nuestro Continente la

(1) El Señor Amador de los Ríos, citado por el P. Coll.

dádiva inestimable de la *FE CATOLICA* y la civilización verdadera. ¡El recuerdo de tan imponderables beneficios, darán por resultado, lo esperamos, un aumento de devoción y amor de parte del Nuevo Mundo, hacia la Inmaculada Virgen! Ojalá que entre los títulos de gloria que se han complacido los pueblos en dar a esta dulcísima Reina, pudiera contarse este otro que, con tanta justicia le corresponde, de: *¡NUESTRA SEÑORA DE AMERICA!*

SANTUARIOS PRINCIPALES
DE LA
VIRGEN SANTISIMA EN LA AMERICA ESPAÑOLA

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Méjico

La Reina de los Cielos ha demostrado muchas veces, con raros y admirables portentos, cuánto ama a la América; de modo que bien podemos llamar a nuestro continente, *la tierra predilecta de María.* Poco tenemos que envidiar al viejo mundo a este respecto. El descubrimiento de América fue obra de la Inmaculada Virgen, como lo comprueba el nombre sólo de la Rábida; verificado aquel descubrimiento grandioso, y anunciado el Evangelio a los principales pueblos americanos, la augusta Madre de Dios se apresuró, por decirlo así, a tomar posesión de su nuevo reino, por medio de manifestaciones sobrenaturales, de las más admirables y hermosas que nos ofrece la historia de la religión. Así nos lo atestiguan esos múltiples y celebérrimos santuarios dedicados a María, en toda la América Española: Nues-

tra Señora de Guadalupe en Méjico, Nuestra Señora de Chiquinquirá en Colombia, Nuestra Señora del Quinche en el Ecuador, Nuestra Señora de Copacabana en Bolivia, Nuestra Señora de Luján, llamada la *Perla del Plata*, en la República Argentina, y otros más que callamos, garantizan la verdad de nuestro aserto. La desgracia es que siendo americanos hemos olvidado las glorias de América (1). Esto nos mueve a ofrecer a nuestros lectores algunos apuntes históricos relativos a los santuarios siquiera sean los principales, levantados a honra de la Santísima Virgen en el Nuevo Mundo. Principalmente por el de Guadalupe que es, sin duda, el más justamente famoso entre todos.

En cuanto a la hermosísima aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, creemos que lo más acertado será reproducir textualmente el relato hecho por el Bachiller D. Luis Becerra Tanco, presbítero, un siglo después del suceso; relato el más veraz y auténtico que queda de aquella maravilla. El autor dice en el prólogo, que la historia que nos refiere es traducción exacta de algunos escritos mejicanos, donde primitivamente constaba aquella; traducción que ofrece al público, "por haber sabido a los principios del año de 1666, que el muy venerable deán y cabildo de la Santa Iglesia de Méjico, pretendían hacer averiguación jurídica sobre la aparición de la Virgen María Señora Nuestra, que se llama de Guadalupe". Nos servimos para ello de la *Historia de las apariciones*, publicada en 1885, en Durango, en la *tipografía guadalupana* de Vicente Vera.

(1) En una sola iglesia de las nuestras, en Guápulo, cerca de Quito, hemos visto expuesta a la veneración pública la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico que hicieron pintar al intento algunas Hermanas de la Caridad que vinieron al Ecuador, expulsadas de aquella República; ahora ese lienzo está colocado en el altar mayor de la iglesia parroquial de San Blas de esta capital. Las demás imágenes del mismo nombre son reproducciones de la que con el propio título se venera en las montañas de Extremadura, en España.

TRADICION DEL MILAGRO

Corriendo el año del nacimiento de Cristo Nuestro Señor de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra y habiendo comenzado a florecer en aqueste reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana antes de esclarecer la aurora, a nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos a nuestra fe católica, el cual en el santo bautismo se llamó *Juan* y por sobrenombre *Diego;* natural, según fama, del pueblo de *Cuautitlan,* distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte del Norte de la nación mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía,* de la misma ciudad que su marido, venía del pueblo en que residía (dícese haber sido el de *Tolpetlac,* de que era vecino) al templo de Santiago el Mayor, patrón de España, que es el barrio de *Tlatelolco,* doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, a oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper el alba al pie de un cerro pequeño que se decía *Tepeyacac* que significa *extremidad o remate agudo de los cerros,* porque sobresale a los demás montes que rodean el valle y laguna en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá después de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo y en una ceja de peñascos, que se levantan sobre el llano a orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que según dijo le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose a coro los unos a los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde a su estimación se formaba el canto, vio en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arroba-

miento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: "¿Qué será esto que oigo y veo? ¿o a dónde he sido llevado? ¿o en qué lugar me hallo del mundo? ¡por ventura he sido trasladado al paraíso de los deleites, que llaman nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores o tierra celestial, oculta a los ojos de los hombres?". Estando en esta suspensión y embelesamiento y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decía, que se acercase: subió a toda prisa a la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

* * *

Vio en medio de aquella claridad una hermosísima Señora muy semejante a la que hoy se ve en su bendita imagen, conforme a las señas que dio el indio de palabra; antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiera visto: cuyo ropaje dijo, "que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la sequedad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre le pareció de jaspe matizado de colores diferentes"; y hablándole le dijo "Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como a pequeñito y delicado" (que todo esto suena la locución del lenguaje mexicano) "¿a dónde vas?" Respondió el indio: "Voy, noble dueña y Señora mía, a México y al barrio de Tlatelolco a oír la misa, que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos". Habiéndole oído María Santísima le dijo así: "sábete, hijo mío muy querido, que soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo

Señor del Cielo y de la Tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio donde como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y me buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y a donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de México y al palacio del Obispo que allí reside, a quien dirás que yo te envío, y como es gusto mío que me edifiquen un templo en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto tú, que te agradeceré de lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres". Postrándose el indio en tierra le respondió: "Ya voy, nobilísima Señora y dueña mía, a poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora". Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia cogió la calzada que se encaminaba a la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al occidente. En ejecución de lo prometido fue vía recta Juan Diego a la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era este el ilustrísimo Sr. D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo comenzó a rogar a sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era muy de mañana, o porque le vieron pobre y humilde obligáronle a esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando a la presencia de su Señoría, hincado de rodillas le dio su embajada diciéndole "que le enviaba la Madre de Dios a quien había visto y hablado aquella madrugada"; y refirió todo cuanto había visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó ni le dio entera fe y crédito juzgando que fuese

imaginación del indio, o sueño; o temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos a nuestra sagrada religión: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que había referido, y le halló constante; con todo le despidió diciendo que volviese de allí a algunos días, porque quería inquirir el negocio a que había ido, muy de raíz, y le oiría más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo a la deliberación. Salió el indio del palacio del Señor Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le haba dado entera fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

*
* *

Volvió Juan Diego este propio día sobre la tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivía, y a lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac,* que cae a vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua a la parte del Nordeste. *Tolpetlac,* significa *lugar de esteras de espadaña* porque sería en aquel tiempo, única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio a la cumbre del cerrillo, en que por la mañana había visto y hablado a la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vio postrándose en su acatamiento, le dijo: "Niña mía muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste: y aunque no tuve luego entrada a ver y hablar con el Obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención; mas a lo que yo vi en él, y según las preguntas que me hizo, colegí que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio a que iba, y escudriñarlo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides que se te labre, es ficción mía o antojo mío y no voluntad tuya: y así te ruego, que envíes para esto alguna persona noble y princi-

pal, digna de respeto a quien deba darse crédito; porque ya ves, dueña mía, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio a que me envías: perdona, Reina mía, mi atrevimiennto, si en algo he excedido a el decoro que se debe a tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignación; o te haya sido desagradable con mi respuesta". Este coloquio, en la forma que se ha referido, se contenía en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mía, sino es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase. Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído, le dijc así: "Oye, hijo mío muy amado, sábete que no me faltan sirvientes ni criados a quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera y que harían lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo; y así te ruego, hijo mío, y te ordeno, que vuelvas mañana a ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, que quien te envía es la Virgen María, Madre del Dios verdadero". Respondió Juan Diego: "No recibas disgusto, Reina y Señora mía, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazón a obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto ni bien oído, o ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere; y así queda en paz, alta Niña mía, y Dios te guarde". Despidióse el indio con profunda humildad, y se fue a su pueblo y casa. No se sabe si dio noticia a su mujer o a otra persona de lo que había sucedido, porque no lo decía la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió a decirlo hasta ver el fin de este negocio.

El día siguiente, Domingo diez de Diciembre, vino Juan Diego al templo de Santiago *Tlatelolco* a oír misa, y asistir a la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que

acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola y muy dilatada la de Santiago *Tlatelolco*, que se dividió después en otros cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Señor Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia le dijo con lágrimas y gemidos: "cómo por segunda vez había visto a la Madre de Dios en el propio lugar que le vio la vez primera: que le aguardaba con la respuesta del recado que le había dado antes, y que de nuevo le había mandado volver a su presencia a decirle que le edificase un templo en aquel sitio que le había visto y hablado; y que le certificase cómo era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba y la siempre Virgen María". Oyóle con mayor atención el Señor Obispo, y empezó a moverse a darle crédito, y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba; amonestándole que viese muy bien lo que decía, acerca de las señas que tenía la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito a la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: "que no era bastante lo que le había dicho para poner luego por obra lo que pretendía; y que así le dijese a la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase un templo". Respondió el indio: "que viese cual señal quería para que le pidiese", habiendo hecho reparo el Señor Obispo que no había puesto excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbación alguna había dicho que escogiese la señal que le pareciese, llamó a dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que le reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento, y que sin perderlo de vista y sin

que él sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado, y en que afirmaba haber visto a la Virgen María; y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razón de todo cuanto viesen y entendiesen; hízose así conforme al orden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que lo advirtiese, llevándolo siempre a los ojos. Luego que Juan Diego llegó a un puente por donde se pasaba el río, que por aquella parte, y casi al pie del cerrillo, desagua en la laguna, que tiene esta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que le seguían y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no le hallaron, y teniéndole por embaidor y mentiroso o hechicero, se volvieron despechados con él: y habiendo informado de todo al Señor Obispo, le pidieron que no diese crédito y que le castigase por el embeleco, si volviese.

* * *

Luego que Juan (que iba por delante y a vista de los criados del Señor Obispo) llegó a la cumbre del cerrillo, halló en él a María Santísima que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia, le dijo: "cómo en cumplimiento de su mandato, había vuelto al palacio del Obispo, y le había dado su mensaje: y que después de varias preguntas y repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relación, para tomar resolución, en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio". Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese al día siguiente al mismo paraje, y que allí le daría la señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortésmente prometida la obediencia.

Pasó el día siguiente, lunes 11 de Diciembre. sin que Juan Diego pudiese volver a poner en ejecución lo que se le había ordenado, porque cuando llegó a su pueblo, halló enfermo a un tío suyo llamado *Juan Bernardino,* a quien amaba entrañablemente, y tenía en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli;* y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos para que le aplicase algún remedio; y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y echósele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó a su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago Tlatelolco a llamar a uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Unción, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día Martes doce de Diciembre, caminando a toda diligencia a llamar uno de los sacerdotes y volver en su compañía por su guía, y así como empezó a esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde había de subir a la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino a la memoria el no haber vuelto el día antecedente a obedecer el mandato de la Virgen María, como había prometido; y le pareció que si llegase al lugar en que la había visto, había de reprenderlo, por no haber vuelto, como le había ordenado; y juzgando con su candidez que cogiendo otra vereda, que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría. y porque requería prisa el negocio a que iba, y que desembarazado de este cuidado, podría volver a pedir la señal que había de llevarle al Señor Obispo; hízole así y habiendo pasado el paraje donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba a volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

*
* *

Viola el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con

la claridad que la vio la primera vez, y díjole: "A dónde vas hijo mío, ¿y qué camino es el que has seguido?". Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas: "Niña mía muy amada, Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo, un siervo tuyo y mi tío, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlatelolco en la ciudad, a llamar un sacerdote, para que venga a confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos a la muerte, y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar a obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento que no me excuso de hacer lo que has mandado a este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy; que mañana volveré sin falta". Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte: "Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano". (Y fue así, según se supo después, como se dirá adelante). Así que oyó Juan Diego estas razones quedó tan consolado y satisfecho, que dijo: "Pues envíame, Señora mía a ver a el Obispo y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito". Díjole María Santísima: "Sube hijo mío muy querido y tierno, a la cumbre del cerro en que me has visto y hablado y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas a mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir". Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no había flores en ese lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó a la cumbre donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla, frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta o

tilma, como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas a la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol que llaman Quauzahual los indios, que es lo mismo que telas de araña, o árbol de ayuno, el cual no produce fruto alguno y es árbol silvestre, y sólo da unas flores blancas a su tiempo; y conforme al sitio juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro a cuyo pie pasa una vereda, por donde se sube a la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y que fue sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen; porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que había cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y recibiéndolas el indio en su manta, se las volvió a echar en el regazo de ella, y le dijo: "Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno: y ten cuidado hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de ti. No muestres a persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo". Y dicho esto le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

* * *

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado a varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla; y aunque resistió lo posible a su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas

intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas, y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas o tejidas con arte en la manta. Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo: y habiendo entrado el indio a su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le había mandado pedir a la Señora que le enviaba; y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vio en ella pintada la imagen de María Santísima, como se ve el día de hoy. Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa Imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó a su oratorio; y colocada con decencia la imagen, dio las gracias a Nuestro Señor y a su gloriosa Madre.

Detuvo aquel día el Señor Obispo a Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y al día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio, en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase templo. Llegados al paraje señaló el sitio y sitios en que había visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir a ver a su tío Juan Bernardino, a quien había dejado enfermo; y habiéndola obtenido envió el Señor Obispo a algunos de su familia con él, ordenándoles que si acaso hallasen sano al enfermo lo llevasen a su presencia.

* * *

Viendo Juan Bernardino a su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacían, cuando llegó a su casa, le preguntó la causa de aquella novedad: y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le había asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre

del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto había visto a la misma Señora, en la forma que le había dicho; y que le había dado entera salud; y le dijo, *cómo era gusto suyo que se le edificase un templo en el lugar que su sobrino le había visto: y asimismo que su imagen se llamase SANTA MARIA DE GUADALUPE:* no dijo la causa: y habiéndole entendido los criados del Señor Obispo, llevaron a los dos indios a su presencia; y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que había cobrado su salud, y qué forma tenía la Señora que se la había dado, averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo a su palacio a los dos indios a la ciudad de México.

Ya se había difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudían los vecinos de la ciudad al palacio episcopal a venerar la imagen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la Imagen Santa a la iglesia mayor, y la puso en el altar donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que había señalado el indio, en que se colocó después con procesión y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradición sencilla y sin ornato de palabras: y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa: porque la forma en que se ha referido, es muy conforme a la precisión, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos, e historiadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de *GUADALUPE,* no lo dijo: y así no se sabe hasta que Dios sea servido declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradición primera, más antigua y más fidedigna, por lo que se dirá después.

Algunos ingeniosos se han fatigado en buscar el origen del apellido *Guadalupe,* que tiene el día de hoy esta Santa Imagen, juzgando que encierra algún misterio. Lo que refiere la tradición sólo es que este nombre no se le oyó a otro que al indio Juan Bernardino, el cual ni lo pudo pronunciar así, ni tener noticia de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe del reino de Castilla. A que se llega la poca similitud que tienen estas dos imágenes, si no es ser ambas de una misma Señora, y ésta se halla en todas; recién ganada esta tierra, y en muchos años después no se hallaba indio que acertase a pronunciar con propiedad nuestra lengua castellana; y los nuestros no podían pronunciar la mexicana, si no era con muchas impropiedades. Así que, a mi ver, pasó lo siguiente: esto es, que el indio dijo en su idioma el apellido que se le había de dar; y los nuestros por asonancia sola de los vocablos le dieron el nombre de Guadalupe, al modo que corrompieron muchos nombres de pueblos y lugares, y de otras cosas de que hoy usamos, de que se pueden traer aquí muchos ejemplos. Y porque no nos apartemos mucho, este nombre *Tacubaya,* de un lugar tan cercano a México, se llamó así porque en la lengua mexicana le llamaron los naturales *Atlauhtlacoloayan;* y no pudiendo pronunciar los nuestros, lo llamaron, sincopando el nombre, *Tacubaya,* y es tan propio el nombre mexicano, que su significado es *lugar donde tuerce el arroyo,* como es verdad en el hecho. Llegaron los españoles al pueblo de *Cuernavaca,* y porque oyeron a los indios llamarlo *Quanhnahuac,* que significa *cerca de la arboleda,* que es lo mismo que al *pie de la montaña,* como se ve por la asonancia de las voces, se llama *Cuernavaca.* Lo mismo pasó con el nombre de la ciudad de *Guadalajara,* porque los naturales la llaman *Quauhaxallan,* que diferencia en pocas letras el nombre de "Guadalajara". De lo dicho se deja inferir que lo que pudo decir el indio en su idioma fue "Tecuatlanopeuh", cuya significación es "la que tuvo origen en la cumbre de las peñas": porque entre aquellos peñascos vio la vez primera Juan Diego a la Virgen Santísima, y la cuarta vez, cuando le dio las rosas y su bendita imagen; u otro nombre pudo ser también que dijese el indio: esto es *"Tequantlaxopeuh",* que significa "la que ahuyentó o apartó a los

que nos comian"; y siendo el nombre metafórico, se entiende por las bestias, fieras o leones. Y si el día de hoy le mandásemos a un indio de los que no son muy ladinos, ni aciertan a pronunciar bien nuestra lengua que dijese "De Guadalupe", pronunciará "Tecuatalope", porque la lengua mexicana no pronuncia ni admite estas dos letras g, d, la cual voz pronunciada en la forma dicha, se distingue muy poco de las que antes dejamos dichas. Y esto es lo que siento del apellido de esta bendita imagen.— Hasta aquí el bachiller Becerra Tanco.

*
* *

Este suceso prodigioso fue muy luego conocido no sólo en América, sino también en Europa, y de este modo la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe vino a ocupar un lugar distinguido en los corazones católicos. Esta aparición contribuyó poderosamente a mejorar la suerte de los indios, estimulando a los conquistadores a que tratasen como a hermanos, a quienes la Divina Madre dio el título dulcísimo de hijos y colmó de gracias y favores tan señalados. Este portento fue como una confirmación anticipada del dogma de la Inmaculada Concepción; pues se verificó durante la octava en que la Iglesia celebra este misterio; y hay relaciones y puntos de contacto admirables entre la aparición de Tepeyacac y la de las rocas de Masabielle, a las orillas del Gave. La actitud de la hermosísima imagen de Guadalupe nos recuerda asimismo la de Lourdes; en esta como en aquella, la Santísima Virgen tiene sus virginales manos humilde y devotísimamente unidas ante el pecho, y osténtase como sumida en profunda oración. Además, la Inmaculada de Méjico tiene la luna ante sus pies, y cercada de resplandores descansa sobre un ángel que con los brazos extendidos sirve de pedestal a todo el cuadro. Aunque muy propagada en toda la América la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, no es, sin embargo, la imagen mejicana la que generalmente se venera, sino la que, regalada por San Gregorio Magno a su ilustre amigo San Leandro, es muy célebre en toda España, y es objeto de piadosísimo culto en la *Sierra de Guadalupe*, en

Extremadura; pues, por el relato que precede se comprende cómo los españoles se persuadieron de que la aparición de Tepeyac se refería a esta última imagen, y no a! establecimiento de una nueva devoción, especialmente americana, para la Santísima Virgen.

La devoción a Nuestra Señora de Guadalupe es el principal sostén de la nacionalidad mejicana. Un ilustrado viajero dice: "Guadalupe es para todo mejicano el corazón de la patria, un punto de unión entre la Tierra y el Cielo. ¿Quién podrá enumerar las oraciones, los gemidos, las acciones de gracias, los actos de amor que suben cada día de la tierra mejicana hacia Guadalupe?". Tan general es en aquella República el amor y culto a la Inmaculada Virgen, que hasta los mismos radicales e incrédulos se han visto obligados a rendir tributo a la devoción predilecta de su pueblo; uno de ellos ha hecho la siguiente confesión: "El día en que no se adore a la Virgen de Tepeyac en esta tierra, habrá desaparecido, seguramente, no sólo la nacionalidad mejicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la Méjico actual". (1)

El viajero arriba citado, el R. P. Gallén de las Misiones Africanas de Lyon, describe de la siguiente manera el culto que los mejicanos tributan a su amada Virgen del Tepeyac:— "El pueblo mejicano ha conservado siempre una gran veneración por la imagen milagrosa de Guadalupe. El 21 de Diciembre se celebra el aniversario de las apariciones con grandes fiestas que duran muchos días. Acúdese a esta peregrinación nacional de las provincias más lejanas. Todos los mejicanos, bien sean descendientes de los Aztecas, bien de los españoles, le tributan el mismo culto filial. Los indios ostentan en estas fiestas sus usos primitivos, tolerados desde los primeros misioneros; y para testificar su alegría y reconoci-

---

(1) **Historia, leyendas y tradiciones mejicanas.**— Por D. Ignacio Altamirano.- Los radicales ecuatorianos se hallan tan atrasados en cultura social, tan ajenos a los sentimienos delicados del corazón, que uno de los órganos más acreditados de aquel partido, "El Tiempo" de Guayaquil, se ha atrevido a fisgarse de Nuestra Señora del Quinche que es, para el Ecuador, casi lo que Nuestra Señora de Guadalupe para Méjico.

miento para con su celestial Madre, vienen a cantar y danzar ante su imagen, hasta dentro del santuario, como acostumbran hacer siempre en todos sus regocijos. De lejos estas cosas parecen chocantes, de cerca se las extraña menos; aquellas danzas sencillas, aquel aire de candor, y casi diríamos de piedad, de los danzantes, todo eso tiene algo que conmueve a los que presencian tales ceremonias. Nada más modesto que esas danzas de niños y de jovencitas. Estas últimas llevan una vestidura blanca, y sobre ella una banda roja cruzada sobre el pecho, y cubren sus cabellos con un pañuelo de color; llevan a la mano un bastón, con el que golpean cadenciosamente la tierra. Esta danza, que mejor dicho es un moverse lento, va acompasada por un canto monótono de las danzarinas que siguen unas después de otras en hilera. A lado de ellas un grupo de niños ejecuta con bastante uniformidad otra danza de carácter diferente. Tres o cuatro indios acompañan esos cantos y danzas con sus violines. Los niños van vestidos a la indiana, y llevan sobre la camisa y pantalón blancos un *rebozo* bordado con bastante riqueza. Todos desempeñan sus respectivas funciones con mucha seriedad; pues aquello es una ceremonia recibida". Con la fe sencilla de los indios compite la piedad de las más altas clases sociales de Méjico para honrar a su excelsa Soberana. "Consuela ver, dice el mismo viajero, cuán profundamente está arraigada la fe en aquellas familias, qué piedad tan tierna se profesa ahí al Santísimo Sacramento, qué devoción a la Santísima Virgen. Creo no haber encontrado una sola casa que no tenga su imagen de la Santa Virgen, bajo el título de *Nuestra Señora de Guadalupe.* Muchos almacenes y talleres tienen esta imagen, y frecuentemente una lámpara arde noche y día en honor de la Santa Virgen, representada por aquella imagen".

He aquí ahora una descripción, siquiera sea breve, del sitio donde se eleva aquel célebre santuario. "En las faldas de la colina de Tepeyac se levanta una ciudad bastante importante, conocida en Méjico con el nombre de *villa de Guadalupe,* o más sencillamente, *La villa.* Además de la capilla construída en la cumbre de la colina, se ha edificado a sus faldas una magnífica basílica que

en estos mismos días (1890) se le está restaurando. La iniciativa de estos trabajos se debe a la piedad del Arzobispo de Méjico (Monseñor Pelagio Antonio Dávalos y la Bastida, que murió un año antes, o sea en 1889) para con Nuestra Señora de Guadalupe. Es secundada esta obra por un sobrino suyo, sacerdote muy celoso, el Señor Plancarte, que ha consagrado su tiempo, talentos y afanes a la realización de esta magnífica empresa. La veneración de todo un pueblo tan magnífica siempre, a pesar de los esfuerzos de la impiedad, los milagros que se han realizado, y las gracias recibidas forman una prueba muy fuerte en favor de la aparición de Guadalupe. Otra prueba es la imagen misma. Artistas y especialistas han estudiado el dibujo y el género de pintura de la imagen depositada sobre el *rebozo* de Juan Diego, y nadie ha podido decir hasta hoy lo que tenía a sus ojos, si una acuarela, o si una pintura al fresco o al óleo. Hace poco, el ministro plenipotenciario de Estados Unidos, en Méjico, ha practicado informaciones sobre este hecho singular, y la conclusión del relato interesante que ha remitido a la prensa americana es que la composición y aplicación de la pintura de Guadalupe es inexplicable para la ciencia moderna... En la base de la colina se encuentra la basílica, la iglesia de las Capuchinas, y otra capilla construída cerca de la fuente mineral ferruginosa, encerrada en una especie de vestíbulo de esta capilla. Detrás de ésta se halla un cementerio, donde muchas familias piadosas hacen enterrar a sus muertos... Desde la explanada que se extiende delante de la capilla, se descubre un paisaje inmenso; toda la llanura de Méjico con su círculo de montañas, sus árboles y campos, con los domos de las iglesias de la capital al medio; luego al Este el lago de Texcoco, cuyo tinte azul claro contrasta agradablemente con los tonos sombríos de las montañas coronadas por los dos picos nevados del Ixtaccihualt y el Popocatépetl. La primera vez que miré esas dos cimas deslumbrantes por su blancura sobre el fondo del cielo tan límpido y puro en estas regiones, quedé verdaderamente conmovido. Es uno de los espectáculos más hermosos que he contemplado en mi vida. La cumbre del Ixtaccihualt dicen que se asemeja a un ataúd, y su nom-

bre significa en el idioma mejicano, la *mujer blanca.* Popocatépetl, quiere decir *montaña que humea.* Hoy su cráter está cubierto por una sábana de nieve perpetua, y sólo las nubes oscurecen a veces su cima". (1)

Esta celebérrima Imagen fue solemnemente coronada, por expresa autorización del sabio Pontífice León XIII, quien dedicó a Nuestra Señora de Guadalupe una de sus poesías. La ceremonia, atrajo a casi todos los prelados y a una inmensa multitud de fieles de la República, y se celebró con una pompa y magnificencia sin ejemplo en América. El Concilio Latinoamericano dispuso que la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe se conmemore en todo nuestro Continente con fiesta doble de primera clase.

(1) Les Missions catholiques, de Lyon.— Tom. XXII. Páginas 253 y 270.

NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD, DEL COBRE

Cuba.

La advocación de la Santísima Virgen más amada y célebre en toda la isla de Cuba, es la de *Nuestra Señora de la Caridad,* Imagen portentosa venerada casi desde los principios de la conquista española, en un gran asiento minero llamado *El Cobre,* por el metal que de aquella tierra se extrae y elabora. Tan grande es la devoción que en toda la gran Antilla se profesa a aquella preciosa efigie, que se han fundado innumerables congregaciones y erigido muchos templos bajo ese título, y organizado suntuosísimas fiestas y romerías en su honor; y por el mismo motivo el nombre de Caridad es el más apetecido y común entre las damas cubanas. Apenas habrá familia verdaderamente católica, entre aquellos insulares, donde no se dé un fervoroso culto a Nuestra Señora del Cobre, y donde no esté expuesta su santa Imagen con especiales muestras de amor y devoción.

El santuario del Cobre es indudablemente uno de los más ricos de la América Española, por los innumerables exvotos y joyas abundantes y valiosísimas obsequiadas por la piedad de los fieles a aquel milagroso simulacro de la Madre de Dios. Desgraciadamente ese afamado y venerando templo fue profanado en la guerra entre España y Estados Unidos, por un sacrílego robo, que hizo desaparecer gran parte de aquel sagrado tesoro; calcúlase como en un millón de pesetas el valor de las joyas tan inicuamente arrebatadas. Sin embargo, esta misma profanación ha estimulado hoy más que nunca la piedad de los Cubanos para embellecer aún más que antes su santuario predilecto y multiplicar las demostraciones de su fe ardiente y generosa en honra de su celestial y poderosísima Reina y protectora.

La historia de esta portentosa y célebre Imagen, tal como la traen los autores más bien informados y dignos de crédito, es la siguiente. (1)

*
* *

"La historia de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, aunque el principio de su culto data del reinado de Felipe III, algunos la hacen ascender a una época mucho más remota, que se remonta tal vez a aquellos años en que los españoles tomaron posesión de la isla, y se vieron algunas veces obligados a recurrir a las armas para sojuzgar a los indígenas. Según los que defienden este aserto, hubo entre los naturales del país un reyezuelo o cacique que, estando en guerra con otros reyezuelos, les vencía siempre, porque, a imitación de los cristianos españoles, aunque su religión no era la de Cristo, llevaba en su ejército y conducía a las batallas una imagen de la Madre de Dios, a la que, tanto él como sus mismos enemigos, atribuían las victorias que conseguía. Este cacique, abandonado de los suyos, hubo de retirarse a uno de los extremos de la isla, y allí, ya sea porque se halló a las puertas de la muerte, ya sea también para impedir que cayera en poder de los demás indígenas, depositóla sobre unos maderos y la entregó a la merced de las olas. Esto refiere la tradición, y de ello se hacen cargo el padre Novarino y fray Antonio de Santa María, los cuales parece que quieren deducir que esta santa Imagen es la misma que, con el título de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, se venera no lejos de Santiago de Cuba sobre unas antiguas minas de cobre, de las que sacaba el Estado el mineral necesario para todo lo referente a la artillería. Nosotros no nos atrevemos a resolver sobre esta materia, porque tiene sus inconvenientes y dificultades, y no es obra la presente para que en ella nos entregue-

(1) La breve noticia que ponemos a continuación está tomada de la **Revista Católica de La Habana**, uno de los periódicos religiosos más notables de Cuba, noticia que la inserta el Sr. D. José Pallés, en su muy conocida obra intitulada **Año de María**, el 17 de Mayo, en la **historia del día**, y que la reproducimos textualmente aquí.

mos a disertaciones de muy diverso carácter: consignamos, pues, sólo el hecho, dejando a nuestros lectores en la libertad de apreciarle en lo que valga. Pero vengamos ya a la historia, de todos los cubanos conocida, de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.

A cuatro leguas de la ciudad de Santiago de Cuba existe un lugar, llamado en otro tiempo el Real de las Minas del Cobre, denominado también, por otro nombre, Santiago del Prado. Dicho lugar fue fundado en tiempo del Rey D. Felipe III con el objeto de explotar las minas de cobre que en él existen, y cuyos productos metalúrgicos se destinaban, como hemos dicho, a la construcción de las piezas propias del arma de artillería.

Era el año de 1627 o, todo lo más, el 1628, cuando tres dependientes de la indicadas minas, llamados Rodrigo y Juan de Foyos, y el otro, que era un esclavo negro de nueve años, se llamaba Juan Moreno, salieron del Hato de Barajahua con el objeto de ir a buscar sal a la bahía de Nipe. Llegados al lugar llamado Cazo francés o la Vigía, se alojaron en él con el objeto de recoger allí la sal en cuya busca iban, pero no pudieron verificarlo por el gran viento y la agitación del mar. Dos días más duró el mal tiempo, al cabo de los cuales pudieron emprender por fin su viaje, lo que hicieron al despuntar el alba en un bote que tripulaban. Poco tiempo hacía que se habían dado al mar, cuando a merced de la escasa luz del crepúsculo matinal, vieron sobre las olas un objeto blanco que iba en dirección contraria a la suya, el que se les figuró una ave marina, y por tal le tomaron.

Ya más claro el día, y hallándose más cerca del objeto que llamaba su atención, pudieron enterarse, con no poco contento de sus corazones, que el objeto blanco, creído por ellos una gaviota tal vez, no era otra cosa sino una imagen de la Madre de Dios, que sola, a merced de las ondas y colocada sobre unos maderos, iba acercándose a tierra, como si en ella quisiera tomar puerto, para ser el puerto de salvación de los que a Ella acudieran. En vista de este portento, los tres indígenas de Cuba de que hemos hablado, alborozado el corazón

y llena el alma de respeto, encaminaron su barquilla a la prodigiosa imagen, y tomándola en sus brazos vieron que la Virgen Santísima llevaba en el brazo izquierdo un niño hermosísimo y en la mano derecha una cruz de oro. Cuando el encanto que experimentaron con este motivo hubo dado lugar a que examinaran la tabla de cortas dimensiones en que se hallara colocada la santa Imagen, los tres compañeros observaron que en ella había una inscripción que, leída por Rodrigo de Foyos vieron que decía: *Yo soy la Virgen de la Caridad.*

Hecha esta preciosa adquisición, juntamente con la de la tabla en que navegaba la imagen, prosiguieron con tan sagrada compañía su viaje los indios y el negrito, y recogida la sal, regresaron al lugar de donde partieron, que, como hemos dicho, era el Hato de la Barajahua, distante quince leguas de la Vigía, y habiendo otras tantas del dicho Hato al Real de las Minas de Cobre, a donde en último lugar se llevó el precioso hallazgo, mas no sin que antes se le tributara culto por un hombre llamado Miguel Angel, mayoral del Hato antes citado, quien dio parte del portentoso suceso al administrador del Real de minas, que lo era a la sazón D. Francisco Sánchez de Moya.

Este administrador, tan probo como devoto, no bien tuvo noticia del portentoso hallazgo, ordenó que se fafricase a la sagrada imagen una ermita lo más pronto y decentemente que se pudiera, porque no era regular que una imagen tan portentosa dejara de recibir culto público, cuando tanto había hecho para favorecer a la isla que eligiera para ser venerada. El mayoral del Hato con gran satisfacción se apresuró a cumplir las órdenes de su superior, y en su consecuencia, hízola construir una ermita pajiza junto a la casa de su vivienda, y poniéndola al cuidado de Juan de Foyos, hombre de buena vida. Colocóse la sagrada imagen en el altar al efecto erigido, junto al cual se puso una lámpara que siempre había de permanecer encendida.

Cierta noche fue Diego de Foyos a atizar la lámpara, y entonces reparó que no estaba la santa Imagen

en el altar lo cual le llenó de sorpresa, impulsándole a que diera voces y avisara a los que en el Hato estaban. Trasladados estos a la ermita, y viendo en efecto que faltaba en ella la imagen de Nuestra Señora, sospecharon que alguno de los que le habían hallado en la bahía de Nipe pudiera tenerla oculta por considerarla propiedad suya, y procuraron hacer las debidas indagaciones, pero quedaron estas sin resultado alguno: mas a la mañana siguiente volvió a presentarse la Virgen Santísima en su altar, por lo que dieron rendidas gracias a Dios los que sin Ella se consideraban tal vez huérfanos y desamparados. Renovóse, no obstante, dos veces más el misterioso caso de faltar de su altar la imagen de la Virgen Santísima, por lo que dieron cuenta de lo ocurrido al administrador, quien para inspeccionar minuciosamente el caso y conducir al mismo tiempo la sagrada Imagen al Real de las Minas del Cobre, comisionó a fray Francisco Bonilla, religioso franciscano y cura del pueblo, con el que fue alguna gente dispuesta a acompañar procesionalmente al Real la portentosa Imagen. Púsose a la Santísima Virgen en unas andas, llevándola en procesión las quince leguas que, como hemos dicho, medían entre el Hato de Barajahua y las Minas del Cobre.

Llegados a las inmediaciones, de este último lugar, detúvose la piadosa comitiva, despachando un propio al alcalde mayor para anunciarle que la procesión se hallaba a la vista, y el alcalde, con notable regocijo, acompañado de la gente del pueblo, salió a recibir la sagrada imagen. Para el efecto, convocó al pueblo, y dispuso la esperaran en un lugar llamado Hatillo, y llegado a él, se postró ante la sagrada imagen con el estandarte real que llevaba en la mano, y la veneró, dando muchas muestras de regocijo con que la recibía y reverenciaba. Después de esta demostración de la autoridad local, la tropa que le acompañaba hizo una salva, mientras que el pueblo entregábase alegre a rendidas demostraciones de devoción, después de lo cual la procesión siguió su curso, y la sagrada imagen fue colocada con gran contento de todos en el altar mayor de la iglesia parroquial.

Púsose desde luego la sagrada imagen al cuidado de un ermitaño, llamado Matías de Olivera, a quien un piadoso señor encontrara en las asperezas de la montaña haciendo vida penitente y retirada, y le indujo a ponerse al servicio de Nuestra Señora de la Caridad, en cuyo servicio murió a la edad de ciento veinte años, después de haber edificado a toda la comarca, y contribuído muy notablemente al aumento del culto y devoción de la santa efigie. A su muerte pasó a sustituirle un portugués, llamado Melchor Fernández Quinto, y a éste en particular se debe el gran crecimiento que tomó la devoción a Nuestra Señora, y de un modo particular el que muchos la conozcan, no sólo con el título de la Caridad, sino también con el de los *Remedios*. Era Melchor Fernández muy devoto de Nuestra Señora de los Remedios, y habiendo sido despojado en alta mar de casi todas sus riquezas, por unos corsarios ingleses que le arrojaron sobre las costas de Bayamo, tomó la resolución de abandonar el mundo y consagrarse a Dios en la soledad, pensando elevar a Nuestra Señora de los Remedios una ermita, cuando el canónigo de Santiago de Cuba, D. Juan Lísana, le determinó a consagrarse al servicio de la Madre de Dios en el santuario del Cobre, y como allí el piadoso portugués recibiera remedios de Nuestra Señora para todos sus males, empezó a invocarla también bajo el título de Nuestra Señora del Remedio. A este ermitaño, repetimos, se debe de una manera singular el aumento y esplendor del culto de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, a cuyo servicio empleó el resto de la fortuna que le quedaba, teniendo el consuelo, al morir, de ver frecuentado el santuario por numerosos devotos de todas las partes de la isla, que acudían a las plantas de Nuestra Señora para interesarle a favor de todas sus necesidades.

Así ha ido creciendo el culto de la santísima efigie hasta nuestros días, en que el rico templo que la piedad de los fieles ha consagrado a la Virgen Santísima es un verdadero tesoro material y moral, porque en él los corazones hallan un consuelo y la Virgen Santísima un lugar donde se demuestra la gratitud de los devotos por medio de presentes de una riqueza y de un precio muy

considerables, bastando sólo decir, que una de las andas en forma de trono con que se le expone a la veneración de los fieles, es de riquísimo carey incrustado de plata, oro y marfil.

La Isla de Cuba profesa a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, un singular y ternísimo afecto, y la mira como su patrona, y acude a Ella con toda confianza: por su parte, la Virgen Santísima protege grandemente a los que la invocan bajo aquella advocación, habiendo obrado numerosos milagros, los cuales han acabado de enfervorizar la advocación. Prosiga la Isla de Cuba siendo fiel al amor de la Virgen Santísima, y Ella seguirá a su vez protegiéndola, porque nunca se ha oído decir que haya abandonado a los que a Ella han acudido".

NUESTRA SEÑORA

BAJO EL TITULO DE

MADRE DE LA DIVINA PROVIDENCIA

PATRONA DE BORINQUEN

Puerto · Rico

Bajo el expresado título es muy célebre, no solamente en Puerto-Rico, sino en todas las Antillas, una hermosa imagen de la Virgen Santísima, coronada solemnemente hace pocos años, y convertida en centro de numerosas y frecuentes romerías. Sin embargo su historia no ofrece el cuadro de esos hechos extraordinarios y portentos magníficos que admiramos en la de casi todos los grandes santuarios americanos dedicados a la Inmaculada Reina; el de Puerto-Rico contrasta con aquellos precisamente por esta su nota distintiva, que es el motivo porque nos ocupamos aquí de esa Efigie veneranda, porque su origen, al parecer tan sencillo, encierra una provechosísima enseñanza, a saber, que allí donde la piedad de los pueblos acude a solicitar el amparo y protección de María, ábrese al momento una fuente celestial copiosa de inexhaustas gracias y bendiciones para los hombres. La Santidad de León XIII, en una de sus sabias encíclicas acerca del Rosario, exhorta a los fieles a multiplicar, en todas partes, los santuarios de la Emperatriz de la Gloria, como uno de los medios más fáciles, atractivos y eficaces de despertar la fe y caridad amortiguadas en los pueblos; la catedral de Borinquén nos demuestra prácticamente cuán verdadera y exacta es esta doctrina de aquel gran Pontífice.

Antes de referir el origen de esta ya afamada Imagen, diremos dos palabras acerca de la isla en que se venera.

Puerto-Rico, llamado por los indígenas *Borinquén*, fue descubierta por Cristóbal Colón el 19 de Noviembre de 1493, y recibió del Almirante el nombre de San Juan Bautista, entrando desde entonces a formar parte de las posesiones españolas en América, hasta hace poco, en que los Yankees se apoderaron de ella. Vicente Yáñez Pinzón uno de los más activos y constantes auxiliares del ilustre genovés en la gran empresa del descubrimiento de América, fue nombrado por los Reyes Católicos capitán y corregidor de la isla; pero absorbido por otros cuidados, que creía más importantes no se aplicó según debía, al desempeño de aquel cargo, y luego traspasó todos sus derechos a un compañero suyo de aventuras, Martín García de Salazar, que tampoco hizo nada en favor de Borinquén. Fue el célebre y atrevido Juan Ponce de León quien, en 1508, con permiso del Teniente de gobernador de la Española, se dedicó seriamente a la colonización de la isla, y echó en ella los cimientos de la primera ciudad española, a que dio el nombre de Caparra, situada frente a la que hoy es capital de San Juan de Puerto-Rico.

II

A mediados del siglo XIX fue regida la isla, en el orden espiritual, por uno de sus obispos más ilustres y beneméritos, el Ilmo. Sr. D. Gil Estévez, español de nacimiento, pero puertorriqueño entusiasta, por sus sentimientos y afecciones. Apenas tomó posesión de su sede, dedicóse a reformar las costumbres, despertar la fe y encender la piedad en la grey que le había sido confiada. Desgraciadamente éstas, tan fundamentales y excelentes virtudes cristianas, hallábanse muy descuidadas en Borinquén, por el tráfago de los negocios, la sed del lucro y amor a los placeres, que casi siempre son los defectos distintivos de los pueblos abundantes en riquezas y dedicados a la navegación y el comercio. Era cosa notable, y muy para llorarse, dicen cuantos han

escrito de este asunto, que mientras en todas las demás colonias españolas se encontraba siempre alguna imagen célebre de la Virgen Santísima, como centro religioso para los pueblos comarcanos, sólo en Puerto-Rico no se hallaba ninguna de especial devoción ni renombre. Esto mismo advirtió con dolor el Ilmo. Sr. Estévez, y al punto concibió la idea de dotar a la isla, que formaba el territorio de su diócesis, con un gran santuario nacional en honor de la Reina de los Cielos.

Habiendo, pues, el benemérito Prelado concluído las costosas y muy bellas reparaciones de su iglesia catedral, resolvió fuese singularmente venerada en ella una hermosa imagen de María, bajo el título de Virgen Madre de la Divina Providencia, que legada a la posteridad fuese en todo tiempo el consuelo de la grey puertorriqueña (1).

"Inspirado sin duda por el amor a sus ovejas, quiso el ilustre prelado que la rica joya que embargaba su pensamiento y su esplendor futuro fueran ofrendas que la piedad de su pueblo presentara al cielo; y para alcanzarlo, tocó un resorte de resultados infalibles, de ese bellísimo ornamento de la Iglesia Católica, instrumento poderoso de las obras de Dios, grande auxiliar de la religión, foco fecundo de piedad (la mujer devota).

"Era el 12 de Octubre de 1851.— Correspondiendo a la invitación de su obispo se reunieron en la morada episcopal señoras muy respetables de esta ciudad, que determinaron secundar el pensamiento de su venerado pastor, constituyéndose desde luego en iniciadoras de un culto futuro que tanta honra había de dar a Puerto-Rico, y en breve espacio alcanzaron de la piedad de los fieles, recursos bastantes para adquirir la sagrada efigie de la Virgen Madre de Dios, y levantarla un hermoso altar en una de las capillas de la iglesia catedral.

---

(1) **Memoria relativa al culto con que se honra en Puerto—Rico a la Santísima Virgen María en su título glorioso de Madre de la Divina Providencia:** por D. Domingo Romeu, capellán arcediano de Puerto—Rico y luego deán de La Habana.— 1894.

"Venida que fue de Barcelona la venerada Imagen, se depositó en el palacio episcopal mientras se terminaban las obras de la capilla que le estaba destinada, y el día 2 de Enero de 1863, en solemnísima e imponente procesión presidida por el venerable sucesor de los apóstoles, en medio del entusiasmo y aplauso general, penetró triunfalmente en nuestra augusta catedral la excelsa Madre de la Divina Providencia, y triunfalmente tomó posesión de la artística capilla y del altar que el amor del pueblo tenía destinado a la que ya veneraba como su prenda más preciada, adivinando las hermosas bendiciones que desde el cielo había de derramar benignamente sobre el redil puertorriqueño.

"Como aniversario de este hecho, quedó designado el 2 de Enero para la fiesta con que se había de honrar cada año a la Augusta Madre de la Divina Providencia, fiesta que es precedida de una Salve solemnísima y de un brillante Novenario.

"Loor al Excmo. e Ilmo. señor don Gil Estévez, que legó a su grey prenda tan querida...: paz a sus restos y séanos siempre grata su memoria...

"Iniciado de este modo el nuevo culto, que mereció desde el principio la especial bendición del cielo, lo confió el benemérito obispo al celo del piadoso sacerdote, canónigo, y luego arcediano de esta iglesia, don José María Báez, quien, con entusiasmo digno de toda alabanza, se consagró hasta su muerte, ocurrida el año 1879, a infundir en los corazones el amor a la gloriosa Madre de la Divina Providencia; habiendo el Señor recompensado cumplidamente su celo fervoroso, porque tuvo el consuelo de ver a todo el pueblo puertorriqueño postrado delante del altar de la celestial Señora, dándole inequívocas pruebas de su amor, reconociéndola por su áncora preciosa, y acogiéndose cual hijo a su regazo maternal en todas las angustias y reveses de la vida.

"Al ser colocada en la santa iglesia catedral la Sagrada Imagen de que nos ocupamos, se estableció, para honrarla, una misa cantada en su altar todos los lunes

primeros de cada mes, y un ejercicio devoto conocido con el nombre de *Trisagio de la Virgen*, que tiene lugar en la capilla todos los domingos del año, al toque de las oraciones de la tarde, cuando el templo no está ocupado por otros cultos. Ese piadoso ejercicio que va acompañado de sermón doctrinal, se practicó modestamente hasta el año 1864, en que se le añadió la solemnidad de órgano y cantores.

"Al fallecimiento del primer capellán, el culto de la Virgen Madre de la Divina Providencia era popular, la Imagen, la capilla y el altar, poseían hermosas prendas y objetos de ornamentación, procedentes de las dádivas de los fieles y de las del mismo capellán, quien, inspirado por su fervor y amor al culto que por el largo espacio de veintiocho años sostuviera con tan rara brillantez, dejó al morir una fundación religiosa a su favor, para que su rédito anual se destinara al esplendor de la fiesta que cada año se celebra. Esta fundación que auxilia todos los años el culto de Nuestra Señora con la cantidad de doscientos cincuenta pesos, de los cuales se deducen veinticinco para distribuirlos entre pobres vergonzantes, en cumplimiento de la voluntad del fundador, es el único haber fijo con que cuenta el mismo culto, que cubre por lo demás sus muy crecidos compromisos y sostiene a una gran altura su esplendor, merced a las limosnas y donativos de este pueblo tan entusiasta por su Virgen de la Providencia.

"¡Ojalá que encontrara imitadores la conducta laudable de tan celoso varón, para que asegurara en todo tiempo, por medio de legados píos, el culto edificante de la gloriosa Madre de la Divina Providencia!

"La Virgen Santísima, que corresponde con su amor a aquellos que le aman, habrá adornado con la diadema de los bienaventurados la frente de aquel distinguido capellán, a trueque de las bellas coronas de elocuencia que tejiera en la tierra por Ella.

"El 27 de Diciembre de 1880, el Excmo. e Ilmo. Sr. don Juan Antonio Puig y Monserrat, nombró con delica-

do acierto al señor Deán de esta santa Iglesia, doctor don Jaime Agustí y Milá, para suceder al señor arcediano Báez, en el honroso cargo de capellán de la Santa Virgen, cargo que desempeñó brillantemente hasta Octubre de 1885, en que hubo de ausentarse de esta diócesis. Le sucedió el señor canónigo penitenciario, don Félix Barrot, y, por renuncia de éste, fundada en motivos de salud quebrantada, el 12 de Noviembre de 1886, S. E. I., nombró capellán del culto que nos ocupa, al que lo es en la actualidad.

"Durante el período de la dirección del señor Agustí, adquirió grandes proporciones por su lucimiento, y alcanzó un esplendor extraordinario y una maravillosa popularidad este culto precioso, que ha llegado a ser el más espléndido y brillante que se rinde al cielo en Puerto-Rico, siendo digno de los pueblos que hayan llegado al más alto grado de piedad, de gusto y de cultura.

"Entonces, en 1882, estableció la misa solemne que se celebra en honra de la Virgen todos los sábados del año, a las seis de la mañana, habiéndose suprimido la de los primeros lunes de cada mes.

"Entonces también, en 1882, creó el mencionado señor deán la institución conocida en esta capilla con el nombre de *Escolanía de Infantes de Nuestra Señora de la Providencia,* institución destinada a propagar el conocimiento de la música, enseñándola gratuitamente a treinta y tres niños pobres, a quienes, además del profesor, se les proporciona, gratis también, los métodos de estudio, los instrumentos para que manifiestan disposición, y todo lo necesario para instruirse en dicho arte, como igualmente el traje uniforme, azul y blanco, con que concurren a procesiones y actos públicos; todo lo cual se costea con los donativos y limosnas que hacen los devotos de la Madre de la Divina Providencia. Estos niños, sujetos a un reglamento conocido del público, por el cual se atiende a su moralidad y a su educación religiosa y social, corresponden por su parte al beneficio que se les dispensa, desempeñando la parte del canto, no sólo en las misas que se celebran en el altar de la Virgen, que los protege, y en el ejercicio piadoso del trisagio con que

honran los domingos a la Madre de Dios, sino también en el brillante novenario de la festividad, que hacen más bello sus voces infantiles y más grato los himnos que ejecutan con su instrumental.

"Es un espectáculo verdaderamente edificante el que, en los días del novenario, salve y fiesta de la Virgen, presenta nuestra catedral, cuyas naves espaciosas son estrechas para contener la muchedumbre de fieles que acuden a rendir el homenaje de su amor a las plantas de la augusta Madre de Dios, que desde el trono deslumbrante en que se ostenta ataviada bellamente, risueña y piadosa, parece detener su plácida mirada sobre sus amantes hijos de la Tierra...; espectáculo magnífico en estos tiempos de indiferencia religiosa.

"Allí, el alto representante, en esta provincia, de la Majestad Católica, allí el ilustrísimo Cabildo catedral, siempre fervoroso y munífico para promover la gloria de la Virgen, allí la Excma. Diputación Provincial, las aristocráticas inteligencias de esta ciudad, y las personas aristocráticas por su condición social, allí los centros y corporaciones, brillantemente representados, las señoras y los caballeros, los ancianos y los jóvenes, los ricos confundidos con los pobres, los sabios con los indoctos, confundidos los doctores con el pueblo, los sacerdotes con los seglares, las almas virtuosas con los pecadores, todo a la par, entre las espirales del incienso, elevan los suspiros de su amor hasta las plantas de su augusta Protectora, cuyo trono escoltan los encumbrados querubines; mientras el príncipe de esta iglesia, padre de esas almas que suspiran y pastor vigilante de esa grey que ora, abre su mano paternal para derramar con munificencia tesoros de gracias espirituales sobre aquellos hijos que elevan sus plegarias y cánticos al cielo, cánticos y plegarias que, bajo sus alas, recogen con respeto los ángeles custodios de aquella muchedumbre, testigos invisibles de la fiesta celestial que se celebra en la Tierra, para volar rápidos con aquel tesoro a depositarlo delante del trono de la gloriosísima Virgen, Madre de la Divina Providencia.

"No terminaré estas páginas sin dirigir un aplauso

al entusiasmo con que el pueblo puertorriqueño consagró, como homenaje de amor a su ilustre protectora, el 23 de Diciembre del pasado año de 1893, el artístico altar que se ostenta; obra primorosa ejecutada en Barcelona, que es el más bello ornamento que posee nuestra santa iglesia catedral. Ese aplauso lo hago extensivo de un modo especial al noble comercio de nuestra capital, por la generosidad con que contribuye al esplendor del culto de la Madre de la Divina Providencia, y por la piedad de que ha dado prueba manifiesta, en el pasado año y en el presente, cerrando sus establecimientos hasta después del medio día del 2 de Enero, con el fin de facilitar a sus dependientes la asistencia a la solemne fiesta de la Virgen.

"Tampoco terminaré esta Memoria, sin dejar consignado el voto más expresivo de gracias a la Excma. Diputación Provincial, que impulsada por sentimiento profundamente religioso, e interpretando fielmente el sentimiento de la provincia que representa, se complace en proteger con mano espléndida el culto de la Reina de los Cielos, y en rodearle de prestigio, presidiendo sus funciones principales, y habiendo declarado, hace dos años, fiesta provincial la del 2 de Enero, en que se celebra la festividad de la gloriosa Madre de la Divina Providencia. ¡Dichosos los pueblos donde corporaciones tan prestigiosas dan este magnífico ejemplo de piedad...!

"Tal es la historia de la Virgen Madre de la Divina Providencia, que tanta importancia ha alcanzado en Puerto-Rico en el espacio de cuarenta años. Que lo bendiga siempre el Señor para que transmita su fe perpetuamente de unas a otras generaciones. Cuiden de transmitirlo las madres a sus hijos como riquísimo legado, y apreciarlo los hijos, como el mejor legado de sus madres, gloriándose en venerar lo que ellas veneraron. Ame eternamente nuestra hermosa juventud y la juventud del porvenir a la Madre Augustísima de Dios, a la Virgen de las vírgenes, a esa mística azucena, prototipo de amor que sabe dominar dulcemente los corazones, enfrenar los ardores juveniles, e infundir en los pechos de los jóvenes aquella virtud bella y celestial que les eleva hasta hacerles semejantes a los ángeles".

NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRA

Colombia (*)

El Santuario más célebre consagrado a la Santísima Virgen en la vecina república de Colombia es, sin duda alguna, el de *Nuestra Señora de Chiquinquirá,* cerca de la ciudad de Tunja. Las copias de aquella hermosa Imagen son muy conocidas en el Ecuador, por habérsela profesado en otro tiempo muy fervorosa y popular devoción aquí; sin embargo, la historia de aquella aparición portentosa es conocida de pocos, por cuyo motivo vamos a hacer de ella un sucinto relato (1). Diremos antes que Chiquinquirá es hoy una populosa villa, a cargo de los RR. PP. Dominicanos que sirven el santuario y mantienen junto a él uno de los noviciados más florecientes de su ínclita Orden; prestan además auxilios importantes a los numerosos peregrinos que de todas partes acuden a aquel hermoso sitio, a implorar gracias y favores de Nuestra Señora del Rosario.

"Entre los primeros conquistadores del Nuevo Reino de Granada, mostróse especialmente devoto a la Madre de Dios del Rosario, D. Antonio de Santa Ana, vecino de

---

(*) Publicado en "El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús", N: 20, págs. 444 - 457. (Ed).

(1) Extractamos esta relación de la obra publicada en Madrid, en 1694, por el P. Fr. Pedro Tobar, Prior del convento de Chiquinquirá, con el siguiente título: "Verdadera histórica relación del origen, manifestación, y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la Santísima Virgen María Madre de Dios. Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, que está en el Nuevo Reino de Granada de las Indias, a cuidado de los Religiosos de la Orden de Predicadores".— El autor asegura que todo lo que refiere está sacado fielmente de las informaciones originales recibidas, por orden de la autoridad eclesiástica, para comprobación de aquellas maravillas.

la ciudad de Tunja; y por sus servicios Encomendero de los pueblos de Suta (que al presente se llaman de Marchán) y de Chiquinquirá, que dista del de Suta ocho leguas. Fabricó Antonio de Santa Ana en el pueblo de Suta sus aposentos, y en frente de ellos una capilla pequeña de vara en tierra, y paja, y con deseo de poner en ella una imagen de la Madre de Dios del Rosario, se fue a la ciudad de Tunja, que dista del pueblo de Suta catorce leguas, y mandó a Alonso de Narváez que era el pintor que había en dicha ciudad, que le pintara una imagen de Nuestra Señora del Rosario en una manta de algodón (que era el lienzo que había en aquel tiempo). Era la manta más ancha que larga, y porque no quedasen en blanco los campos que quedaban a los lados de la Madre de Dios, mandó pintar a un lado a San Andrés Apóstol, y al otro a San Antonio de Padua. Como ideó Antonio de Santa Ana la imagen, así la pintó Alfonso de Narváez; mas al parecer con un defecto, que ha sido siempre reparado de muchos, y sabida la causa de pocos: porque debiendo pintar a San Andrés Apóstol al lado derecho de la Santísima Virgen, lo pintó al izquierdo; y discurro yo, sería la causa por parecerle que quedaría más a gusto de Antonio de Santa Ana la imagen, viendo en mejor lugar a San Antonio, de quien tenía su nombre".

Recibió la imagen Antonio de Santa Ana, pintada en la manta de algodón con los colores al temple, y por su trabajo dio al pintor veinte pesos en oro. Acomodó el lienzo en un bastidor de madera, y lo expuso en el altar de la capilla a la veneración y culto así de los españoles como de los indios recién convertidos. Pasáronse algunos años, y por el de mil quinientos y sesenta y cinco se reconoció que la santa imagen estaba sumamente deteriorada, la tela rota en varias partes, los colores perdidos, y toda la pintura casi borrada "a causa de haberse mojado muchas veces, por haber tenido poca cuenta de empajar la capilla: de manera que en el altar donde estaba (el cuadro) entraba cuando llovía mucha agua, que caía sobre el lienzo". Habiendo sido poco después cura de Suta el sacerdote Juan Alemán de Leguisamón, pidió al Encomendero le diese otra imagen para el altar, y no habiéndola obtenido se dirigió a otro caballero, quien le en-

vió una de Cristo crucificado pintada en un lienzo. El cura entonces colocó la nueva imagen en el altar de su pobre templo, y la de Nuestra Señora del Rosario se la devolvió a Antonio de Santa Ana, quien la destinó para otro pueblo suyo, el de Chiquinquirá, porque allí no tenía por adornos de capilla más que una cruz de madera y estampas de papel.

Chiquinquirá ocupa una hermosa planicie, cercada por todas partes de altas sierras y bañada por un caudaloso río; antes de los sucesos que relatamos, dice el P. Tobar, que aquel sitio era un páramo muy frío, y casi inhabitable por las continuas lluvias y neblinas, pero después, por un gran favor visible de la Santísima Virgen, se ha serenado su cielo, y ha llegado aquel lugar a ser en gran manera apacible y ameno, y muy abundante además en producciones propias de semejantes parajes. "En este sitio, donde tenía Antonio de Santa Ana sus aposentos, había una choza pajiza con el nombre de capilla, sin puertas, en el mismo lugar donde está hoy la iglesia. Pusieron, pues, en aquella capilla el roto y maltratado lienzo, en que estaba la borrada imagen de la Madre de Dios del Rosario, que del pueblo de Suta remitía el Encomendero de Santa Ana el año de mil quinientos y sesenta y cuatro; y desde dicho año quedó la imagen en la capilla, hasta que pasados once años, por el de mil quinientos y ochenta y cinco, llegó al sitio de Chiquinquirá una mujer de buena vida llamada María Ramos".

Era esta piadosa señora española de nacimiento, de la villa de Guadalcanal, y casada con Pedro de Santa Ana, hermano del Encomendero; y habiendo dejado la península por seguir a su marido, se había avecindado con él en la ciudad de Tunja. Pero el ingrato caballero se cansó pronto de su consorte, y aunque ella como verdaderamente virtuosa sufrió largo tiempo sus desvíos, al fin creyó más acertado buscar otro refugio. En esto murió el Encomendero, y María Ramos con pretexto de visitar a la viuda, la señora Catalina de Irlos, dejó a Tunja, y con consentimiento de Pedro de Santa Ana se trasladó a vivir en Chiquinquirá. Devotísima como era de la Santísima Virgen, hirióle en el alma ver tan desamparada y

maltrecha la imagen hermosa de esta dulce Madre. Halló el precioso lienzo arrojado entre el polvo de la capilla, y arrancándolo de aquel basurero, después de arreglarlo como mejor pudo, tornó a colocarlo en el altar para la pública veneración. Los cuidados y afanes de esta virtuosa mujer, y el magnífico premio que alcanzaron, nos enseñan una gran verdad: el celo que hemos de tener por venerar las imágenes de los santos, y que no las hemos de echar en olvido, ni mucho menos despreciarlas, porque las veamos ajadas y descoloridas. Ilustres santuarios de la cristiandad son testimonio elocuente de lo que decimos. Citaremos uno solo: el de *Santa María de los Montes* en Roma, la iglesia predilecta de San Benito Labré, la cual se dice fue construída con el siguiente motivo.— El día 26 de Abril de 1579, un trabajador removía heno en un pajar, y al dar un golpe con la horquilla en la pared, oyó una voz misteriosa que le dijo: "¡Cuidado, que me vas a herir!"; y como el labriego no hiciera caso alguno de ello, y diera nuevamente otro golpe, tornó la misma voz a clamar "¡Al menos no hieras a mi hijo!"... Semejante prodigio excitó vivamente la piedad de los fieles, pues se vio que la voz maravillosa había sido nada menos que de una hermosa imagen de María, con el Niño Jesús en los brazos, pintada en otro tiempo en la pared del refectorio de un antiguo convento de Clarisas; el cual habiéndose trasladado las religiosas a otra parte, se había transformado en granja y el refectorio en pajar. Gregorio XIII hizo construir en aquel sitio el magnífico templo de Nuestra Señora de los Montes, donde hasta hoy se ven las huellas del golpe de la horquilla en las imágenes del Divino Niño y su Santísima Madre.

Contenta la piadosa matrona española de haber rescatado del olvido de los hombres y de las injurias del tiempo aquel venerado simulacro de la Madre de Dios, hizo de él el centro de sus generosos afectos y el blanco de sus continuos ejercicios de piedad. Pero grandemente afligida de ver casi borrada la devota pintura, "apenas entraba en la capilla a hacer oración, cuando con lágrimas y sollozos significaba a la Madre de Dios el dolor grande que afligía su corazón de ver que no veía entre los rasgos del lienzo ni un rasgo de su imagen; mirábalo y remirá-

balo, y viendo que no veía prorrumpía en estas razones: "¡Hasta cuando Rosa del Cielo habéis de estar tan escondida!: ¡cuándo será el día en que os manifestéis y os dejéis ver al descubierto, para que mis ojos se regalen con tu soberana hermosura que llene de gustos y alegrías mi alma!"— Estas afectuosas deprecaciones repetía María Ramos todos los días a esta Soberana Señora, que como madre piadosa la consoló concediéndole lo que le pedía".

Un viernes, veintiséis de Diciembre del año mil quinientos ochenta y seis, la piadosa mujer instaba como de costumbre, pero con más fervor que el ordinario, a la Santísima Virgen, para que se dignase glorificar su imagen: más de dos horas había permanecido en oración, elevando al cielo sus plegarias.— Levantóse al fin, entre eso de las ocho a las nueve de la mañana, y saludando a María con una profunda genuflexión y reverencia iba a salir de la capilla, cuando a este tiempo pasó por ahí una india cristiana llamada Isabel, que llevaba de la mano a un niño mestizo, de edad de cuatro a cinco años, llamado Miguel. "Al pasar por la puerta de la capilla le dijo el niño a la india: Madre, mira a la Madre de Dios, que está en el suelo; volvió la india a mirar hacia el altar y vio que la imagen de la Madre de Dios del Rosario estaba en el suelo parada, despidiendo de sí un resplandor celestial y tan grande luz, que llenaba de claridad toda la capilla: quedóse asombrada la india, viendo aquel prodigio, y muy despavorida y asustada le dijo a María Ramos, que iba saliendo de la capilla, estas razones: Mira, mira, señora, que la Madre de Dios se ha bajado de su lugar, y está allí en tu asiento parada y parece que se está quemando. Volvió María Ramos el rostro y vio que la imagen de la Madre de Dios estaba de la manera que decía la india, y admirada de ver tan estupendo portento, llena de asombro y pasmo, dando voces y derramando lágrimas, fue corriendo al lugar donde estaba la milagrosa imagen y arrojándose a sus santísimos pies con mucho temor puso los ojos en ella, y vio cumplidos sus deseos, porque estaba manifiesta la Madre de Dios, con una hermosura celestial y divina, y con unos colores muy vivos y alegres, y con el rostro muy encendido y colorado.

despidiendo de sí grandísimo resplandor, que bañando de luz a los santos que tenía a los lados llenaba de claridad toda la capilla, y el alma de María Ramos de un celestial consuelo; y derramando ésta lágrimas de alegría y devoción, prorrumpió en estas razones: Madre de Dios, Señora mía, dónde merezco yo que os bajéis de vuestro lugar y estéis en mi asiento parada, que yo me iba a ver a aquella pobre ciega.

A los clamores de María Ramos y de la india Isabel acudió Juana de Santa Ana, y juntas las tres piadosas mujeres, llenas de espanto y admiración, postradas de rodillas y con afectos de devoción inexplicables, se estuvieron contemplando aquellos maravillosos resplandores que inundaban de luz la capilla. Estaba la santa imagen en el suelo donde María Ramos tenía su asiento y acostumbraba orar de rodillas. La imagen de la Santísima Virgen, e igualmente las de los Santos estaban completamente renovadas con vivos y celestiales colores; bien que las roturas del lienzo no habían desaparecido, sino que estaban como antes. Después de algún rato cesaron los resplandores, y entonces las piadosas espectadoras de aquel singular portento levantaron el cuadro y lo subieron a su propio lugar. A este tiempo llegó Catalina García de Irlos con varias personas de su servicio, y todas quedaron estupefactas mirando la imagen santa completamente renovada y con aquella tan singular hermosura y viveza de colores, pues el rostro de la Santísima Virgen por todo aquel día permaneció encendido, y sólo al siguiente tomó el color que conserva hasta ahora. Todo aquel reducido pero devotísimo concurso asombrado de tanta maravilla acompañó fervoroso a la Divina Madre en su pobre capilla, orando y dando gracias a Dios por tantas mercedes; distinguiéndose entre todas María Ramos, que no se cansaba de manifestar su gratitud a la Inmaculada Virgen, muy especialmente por haberla honrado colocándose en el mismo sitio que aquella buena señora ocupaba de ordinario en aquel miserable templo.

A este prodigio se siguieron otros muchos, sobre todo curaciones súbitas de innumerables y desesperadas enfermedades, con lo que en poco tiempo llegó la san-

ta Imagen a ser famosísima no solamente en Nueva Granada, sino en toda la América, y hasta en España. Numerosos peregrinos acudían de todas partes a venerarla, sacábanla en procesión en las calamidades públicas, especialmente en las epidemias, y no pocas veces era conducida en triunfo hasta Tunja, y aún hasta Bogotá. Por orden del arzobispo de esta última ciudad, el Ilmo. Sr. Fr. Luis Zapata de Cárdenas, se siguió una prolija información canónica de todos estos portentos. A consecuencia de lo cual en vez de la primera choza se edificó en el mismo sitio una hermosa iglesia, y para servirla convenientemente se estableció a lado un espacioso convento de la Orden de Predicadores.

Entre las raras y estupendas maravillas que se siguieron a la renovación del cuadro merecen no olvidarse las siguientes. La primera es que paulatina y muy suavemente fueron desapareciendo los agujeros y roturas del cuadro, hasta el punto de no quedar después ni un leve rastro de ellos. La segunda es que a distancia de una vara del sitio donde apareció cercada de resplandores la Imagen, brotó un agua dulce y clara que aplicada con fe ha curado enfermedades, apagado incendios, fertilizado campos estériles, y obrado un sinnúmero de asombrosas maravillas. No solamente el agua, hasta la tierra misma de tan dichoso lugar ha sido empleada con igual éxito. "El color, olor y sabor que tiene esta tierra, dice el P. Tobar, es admirable: el color es de ceniza blanca, el olor muy suave, y el sabor a modo de almidón". De esta tierra hace el pueblo varias imágenes, y unas como cuentas de muy curiosos rosarios y gargantillas, objetos todos de que se ha valido la Santísima Virgen para realizar innumerables portentos. La tercera maravilla es que una lámpara con que constantemente se alumbra el santuario, hallándose varias veces exhausta de pábulo, ha rebosado súbitamente de aceite, derramándolo en tanta copia, que el pueblo ha acudido a recogerlo en botellas; y este portentoso líquido se ha convertido también en instrumento de muchas y estupendas curaciones.

La descripción que de este cuadro admirable hace el citado autor es la siguiente:— "El lienzo en que está pin-

tada la bendita Imagen es una manta de algodón que tiene de alto vara y tres cuartas poco menos. La estatura de la Madre de Dios es de cinco palmos, la disposición de su santísimo cuerpo es peregrina, las proporcionadas facciones de su rostro son soberanas, y el todo de hermosura tan superior que causa asombro y pasmo a cuantos la ven, con una gravedad tan majestuosa, acompañada de tan agradable y extremada modestia y compostura, que arrebata los ojos y la atención, embelesa los entendimientos, y se roba los corazones tan insensiblemente, que lo mismo es poner en ella la vista que quedar presa de sus afectos la voluntad. Sólo quien la ha visto y experimentado éste su poderoso atractivo (que creo que son todos los que entran con devoción en su templo) puede hacer entero concepto de esta verdad. Tiene los ojos esta Señora casi cerrados e inclinados con el rostro a su precioso Hijo, que tiene sobre el brazo izquierdo en graciosa disposición; y tan a lo natural, que más parece vivo que pintado; en cuya mano derecha tiene un hilo, que pende del pie de un pajarito de varios colores, que está pintado sobre el pecho de su Santísima Madre: de cuyo rostro el color casi es indeterminable a la vista, y a lo que parece es el blanco, color de plata. Tiene en su soberana cabeza una toca blanca, que dejándole cubierto todo el rostro y la garganta, cae por los lados en bien sombreados dobleces, y lo recoge sobre el pecho. En la mano derecha tiene un rosario de color de coral; los trazos del ropaje son primorosos, porque la túnica es de color rosado claro con sombras de carmín oscuro, y del mismo color es el paño en que está envuelto el Niño Jesús del medio cuerpo para abajo, y para arriba está desnudo. El manto es de color azul celeste, y baja de los hombros por los lados, recogiéndose la punta del derecho debajo del brazo izquierdo, y a sus santísimos pies tiene una luna con las puntas para arriba.— En los gloriosos santos, San Andrés Apóstol y San Antonio de Padua, que están pintados a los lados de la Madre de Dios, hay también mucho que admirar, así en la hermosura de sus rostros como en la primorosa disposición de sus cuerpos. Está San Andrés al lado izquierdo, vuelto el rostro a la Santísima Virgen, muy grave y severo, con los

ojos puestos en un libro que tiene abierto en la mano derecha, con tanta propiedad, que parece que está leyendo, y debajo del brazo izquierdo tiene la santísima cruz, signo de su martirio. El color de la túnica es rosado encendido con oscuras sombras de carmín; el manto que ajusta el cuello es de color de muy fina grana; tiene descubiertos los pies, y la estatura es de cinco palmos. Del mismo tamaño es la de San Antonio de Padua, que está al lado derecho de la Madre de Dios. Tiene el rostro penitente y devoto, y calada la capilla; en la mano izquierda un libro cerrado, y sobre él parado un Niño Jesús con el mundo en la mano; en la derecha tiene el santo una palma verde, signo de su virginidad, y los pies descubiertos".

A los muchos y encantadores prodigios con que el cielo ha cercado esta santa Imagen de María, y que hemos indicado ya, "se añada otro muy singular que de ordinario se experimenta, y es, que desde la grada del altar se ve esta milagrosa imagen con tan perfectas facciones, hermosura y viveza de colores en toda la pintura, que excede toda ponderación, y dejamos referido: subiendo encima del altar a ver de más cerca aquel prodigio de maravillas, lo que se ve en el portentoso lienzo es un género de sombras de unos colores muertos que parece haber sido lavados, y las facciones de la Madre de Dios no se perciben con aquella perfección que vista de lejos; desde donde atendida no sólo se ve muy extremadamente hermosa y toda la pintura de vivos colores, sino que parece es la Imagen de la Madre de Dios de relieve y que se sale del lienzo, con hermosura y graciosidad tan divina y colores tan inimitables, que aunque muchos de los excelentes pintores que ha habido en aquel reino han querido copiarla, jamás han podido dibujarla con perfección, ni han sabido determinar si la pintura está al óleo o al temple, porque parece lo uno y lo otro, y no es lo que parece. Bastantemente se prueba esta verdad con una declaración que hizo como testigo de vista el Alférez Baltazar Figueroa. Pues siendo tan primoroso pintor, como lo acreditan sus obras, y queriendo sacar de esta milagrosa Imagen un retrato, se le turbó la vista, de manera que confesó públicamente a voces

en la Iglesia, no poder principiar el bosquejo por la mucha turbación que le había causado la vista de esta Soberana Señora. Y siendo el autor (de este relato) Prior de su santa casa vio que sucedió lo mismo a Juan de Cienfuentes, pintor; pues habiendo querido a vista de la milagrosa Imagen sacar de ella un retrato, le dio un trasudor y temor tan grande, que no se atrevió a dar pincelada alguna; ni ha sido posible que pintor alguno haya podido sacar de esta admirable Imagen un diseño que con verdad se diga corresponde al original".

Chiquinquirá es actualmente uno de los santuarios de la Santísima Virgen más concurridos y célebres en América. Un viajero moderno, el Doctor Saffray, en su muy conocida obra "Viaje a Nueva Granada", nos hace traslucir, en pocas palabras, la grande y general devoción que en aquella República se profesa a la portentosa Imagen de María. "Las Vírgenes milagrosas (o sea, Imágenes más veneradas de la Madre de Dios) tienen, dice, muchos devotos en Nueva Granada; hasta se ha creado en favor de ellas una cierta competencia en el pueblo; pero hay una especialmente que se invoca a cada momento, oyéndose decir con mucha frecuencia: *¡Válgame la Virgen de Chiquinquirá!*— Chiquinquirá significa *brumas:* los indios llamaron así a un valle donde las nubes solían con frecuencia aproximarse a la tierra, valle que formaba parte de los terrenos concedidos a D. Antonio de Santa Ana, compañero del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada. Aquel caballero fundó allí una ciudad, o mejor dicho, mandó construir algunas cabañas". Hace en seguida una breve relación de los sucesos que dejamos ya referidos, y continúa: "El arzobispo Fr. Luis Zapata de Cárdenas aprobó (las informaciones recibidas acerca del prodigio) y acto continuo erigióse una iglesia... En 1823 se levantó un nuevo templo. En este último, sobre el altar mayor, y bajo un dosel con adornos de plata, se ve el famoso cuadro, cubierto de pedrerías y joyas, entre las cuales se observa una media luna de oro con filigrana y esmeraldas, que se ha colocado a los pies de la Virgen. La santa Imagen tiene además un cinturón de diamantes, regalo de la Duquesa de Alba, y una corona de oro con piedras preciosas: el lienzo desaparece casi

bajo tantos adornos. Todos los años van a visitar a la Virgen de Chiquinquirá unos 30.000 peregrinos, procedentes de todos los puntos de Nueva Granada, el Ecuador, el Perú y hasta de España".

En 1829 la Santidad de Pío VIII, a petición de algunos Prelados de Colombia, concedió un rezo especial para conmemorar la manifestación prodigiosa de Nuestra Señora de Chiquinquirá; en el Ecuador se celebra anualmente su fiesta el 9 de Julio, en cuya fecha rezan todos los sacerdotes de la República el oficio propio asignado a esta solemnidad por la Santa Sede.

NUESTRA SEÑORA DE LAS LAJAS

Colombia

Después de Chiquinquirá, es grandemente célebre en Colombia el lugarcillo de *Las Lajas,* situado al Sur de aquella República, no lejos del punto donde parte ésta límites con la del Ecuador; de suerte que aquel centro de edificante piedad, dedicado a la Virgen Santísima, atrae numerosas romerías así de la una como de la otra nación, y ha venido a ser un santuario muy querido para entrambas.

Llámase de *Las Lajas,* por estar colocado entre los más ásperos riscos de la Cordillera de los Andes, donde, sobre la pared de una desnuda roca, trazó la naturaleza uno como boceto o sombra de imagen de la excelsa Reina, que perfeccionado después por un pincel artístico, dio por resultado una hermosa pintura al óleo de Nuestra Señora del Rosario, que se conquistó luego el amor y veneración de los pueblos por las muchas extraordinarias gracias concedidas a cuantos acuden a ese paraje, para implorar la protección soberana de la Santísima Madre de Dios.

La afluencia creciente siempre, y jamás interrumpida, de peregrinos, movió a algunos devotos de la Virgen a construir sobre aquellos peñascos abruptos uno de los santuarios más pintorescos y atrevidos de cuantos se han dedicado a María en el vasto continente de América. Viendo el arquitecto que era imposible construir templo ninguno, por diminuto que fuese, sobre la pendiente rápida y casi perpendicular, donde se veneraba el precioso Simulacro, asentó en los flancos de la mon-

taña una base artificial, a modo de un enorme edificio de tres pisos, por cuanto los macizos muros de aquella fábrica aparecen perforados por tres simétricas series de ventanas; en la alta y espaciosa plazoleta con que fue coronada aquella mole de piedra y de cemento colocó el bello y gracioso templo que encierra aquella Imagen veneranda, el cual ostenta una airosa cúpula y un elegante frontispicio flanqueado por dos muy proporcionadas y hermosas torrecillas.

Tal es el santuario a donde, en apiñadas muchedumbres, afluyen constantemente innumerables peregrinos. Uno de los más notables entre ellos, el Ilmo. Señor González Suárez, actual arzobispo de Quito, ha hecho de Las Lajas, la siguiente poética y muy interesante descripción.

I

En los primeros días del mes de septiembre (de 1886) saliendo de Tulcán, última población del Ecuador en el Norte, me dirigí a la ciudad de Ipiales en el territorio de Colombia, con el objeto de visitar el célebre santuario de Nuestra Señora de Las Lajas, tan frecuentado por peregrinos ecuatorianos.

De Ipiales se toma el camino hacia el oriente; y después de recorrer una llanura bastante accidentada, se principia a descender poco a poco hasta el punto en que está el Santuario. El aspecto que presenta la naturaleza es hermoso: praderas extensas se descubren a lo lejos, y allá, como en los términos del horizonte, lomas empinadas, que levantándose a enorme altura, forman la ancha base de la gran Cordillera de los Andes, dividida ya en aquel punto en dos ramales paralelos, que corren de Norte a Sur. Una parte de la pendiente es suave, y, haciendo curvas prolongadas, va el camino descendiendo lentamente, con dirección hacia la hoya del caudaloso río Guáitara: preséntase entonces a la vista del viajero un espectáculo bello, pero imponente; pues en el aspecto hermoso de la naturaleza hay mucho de majestuoso y hasta de terrible.

La hoya del río está formada por la ruptura violenta del suelo de la cordillera, que en aquella parte de los Andes próxima al Ecuador, parece haber sufrido sacudimientos y trastornos geológicos espantosos: dos paredes inmensas de rocas se levantan a muy poca distancia, una en frente de otra, formando un valle angosto y estrecho, por cuyo fondo, a una profundidad enorme, corre el Guáitara, apretando y comprimiendo entre peñascos agrestes el grueso caudal de sus aguas.

El santuario no se ve ni se divisa, sino cuando uno está encima de él: bajando la cuesta, al voltear uno de los ángulos de la pendiente, de pronto se descubren las torrecitas de la capilla, y causa sorpresa agradable mirarlas debajo, como si estuviesen puestas en el aire: la cúpula y las torrecitas se ven a vista de pájaro, mientras se va bajando al santuario; y cuando uno llega a éste y se pone a observar al derredor, se le figura la capilla como colgada y suspendida en medio de un abismo.

La situación del edificio es atrevida y muy pintoresca: una serie de cuerpos o departamentos, sostenidos por arcos, puestos uno encima de otro, forman uno como castillo cuadrangular adherido y pegado a la roca por una de sus caras laterales: por la base se apoya en la peña, tocándola ligeramente o al descuido: la parte superior está de todo al aire y hace una placeta cuadrada, sobre la que descansa la capilla.

En los bosques orientales de nuestra República, conocí una avecillas que fabrican de barro primorosamente su nido, dándole la forma de una como casita, la cual arriman por un lado al tronco de los árboles, dejando todo el resto del cuerpo suspendido y libre: así me parecía el santuario uno como nido de aves, puesto entre las breñas sobre un abismo: arriba la enhiesta pendiente de la cordillera; abajo el descenso brusco por entre rocas y trozos de granito; al frente las agrestes peñas cubiertas a trechos de gramíneas verdes, o coronadas de retama silvestre. Las flores amarillas de la retama esmaltaban, como con granos de oro, la blanca espuma de las aguas del río, que apretadas entre el muro colosal de la cordi-

llera, forman un remanso, el cual, desde el atrio de la capilla, no puede contemplarse sin una especie de horror.

El camino baja por la roca, haciendo curvas, que, poco a poco, le conducen a uno hasta el puente, desde donde principia de nuevo a subir por una cuesta menos agria, dando frente al santuario. La obra del edificio es, por cierto, admirable; y no puede menos de ponderarse la habilidad y hasta la audacia del arquitecto que lo construyó. Grato me es recordar que éste fue un ecuatoriano, un hombre de veras modesto y sencillo: el Sr. D. Mariano Aulestia, natural de Quito.

II

Entremos ahora al santuario y postrémonos delante de la sagrada Imagen de la Virgen. Ocupa ésta el fondo del altar mayor o retablo de la capilla, aunque no precisamente en el centro, sino inclinada un tanto hacia el lado derecho: representa a la Reina del Cielo con el Divino Niño en sus brazos; a los pies, arrodillados y con las manos puestas devotamente al pecho, están los dos patriarcas, Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís. Nuestra Señora está en pie, pisando el cerco de la luna.

La obra es digna de atención como pintura al óleo, hecha en la roca viva; pero considerada según las reglas del arte, al punto se nota que la mano del pintor fue poco diestra y que, al trazar el cuadro, no ejecutó una obra perfecta, ni mucho menos una obra maestra: los toques del pincel manifiestan cuán poco hábil fue la mano del artista. No obstante, hay en el conjunto del cuadro un aire de sencillez y de gracia espiritual que mueve a devoción; y el rostro de la Virgen tiene cierta expresión de dulzura y de seriedad, por el que no puede mirársele con indiferencia; sobre todo, los ojos parecen como si se fijaran de propósito en uno, para preguntarle calladamente, con una mirada de ternura, cuáles son las necesidades que le afligen, para remediarlas al instante. Cuando uno alza la vista y la fija en el cuadro, los ojos de la Virgen le previenen, le salen al encuentro y se quedan co-

mo mirándole con expresión de bondad y de señorío. ¡Oh! entonces, ¿quién podrá repetir con indiferencia esa exclamación misteriosa: Vuelve a nosotros esos tus ojos llenos de misericordia?... *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte.*

La Iglesia clama a la Virgen que vuelva hacia nosotros sus ojos misericordiosos, pues le basta a la Virgen ver nuestras necesidades, para remediarlas inmediatamente.

Nada se sabe con certidumbre acerca del primer origen o motivo que hubiera para pintar esta imagen de la Virgen en un punto agreste y retirado de toda población humana. Tal vez, los peligros que ofrecía para los caminantes la bajada por tan escarpadas pendientes; acaso, también los desastres que no dejarían de sufrir, ya en sus mismas personas ya en sus acémilas, al vadear el peligroso río, sería parte para que se encomendaran a la Santa Madre de Dios, implorando su poderosa protección en los peligros del tránsito por aquellos precipicios, horribles y espantosos. Y, como un seguro refugio para los caminantes, y un consuelo en aquella soledad, se mandaría pintar, por algún devoto, (quién sabe si por algún sacerdote o religioso) esa bendita imagen de la Virgen Santísima, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, para que, teniéndola a la vista, los pasajeros oraran con mayor confianza. (1)

La Providencia Divina, aun en lo sobrenatural, gobier-

(1) "Refiere la leyenda que una indiecilla que se dirigía con su haz de leña al cecano poblado, vio claramente en una de las grutas de la sierra la imagen de la Virgen del Rosario, que despedía luminosísimos resplandores. Corrió a dar noticia del hallazgo al cura de Ipiales, Presbítero Eusebio Megía, quien habiéndose trasladado con varios vecinos al sitio señalado por la joven campesina, halló efectivamente, sobre la roca desnuda, pulida por los siglos, una bella pintura de la Virgen del Rosario. Resolvióse entonces construir en el mismo lugar un templo, y la obra se emprendió, en efecto, hasta lograr consagrarlo solemnemente el 21 de abril de 1803. Posteriormente se han hecho nuevas mejoras al edificio primitivo... El templo es relativamente pequeño, pues su única nave mide 18 metros de largo por 6 de ancho". Lázaro M. Girón ("Papel Periódico Ilustrado" de Bogotá, núm. 109).

na y dirige las cosas humanas, con admirables condescendencias y paternales miramientos para con sus criaturas. Todo lugar es a propósito para orar; todo tiempo es oportuno para levantar nuestro corazón a Dios; no hay imagen sagrada, así de los santos que reinan con Dios en el Cielo, como de la Virgen Inmaculada, que no sea un medio exterior poderoso para despertar nuestra fe y avivar nuestra confianza; pero, con todo, hay ciertos tiempos y lugares que han sido acogidos y predestinados, dirélo así, por el mismo Dios para hacerlos ocasión e instrumento de mayor y más especial misericordia. Era necesario movernos, estimularnos con algo que hiriese nuestra imaginación y moviese a nuestros afectos, a fin de que lo común, lo ordinario, lo cuotidiano, a que ya estamos habituados, se nos presentara como nuevo y como extraordinario. ¿No vivimos bajo las alas de la Providencia? ¿No estamos siempre al amparo de sus cuidados paternales para con nosotros? Y, no obstante, el mismo Señor, que conoce cuán miserables somos, acondiciona de tal manera la distribución de sus misericordias, que hace que las recibamos hasta los que somos más indignos de ellas; y sobre todos las derrama con extraordinaria abundancia.

Insistamos aún en esta verdad.

Orar es levantar el corazón a Dios, elevar nuestra alma hacia Dios, para alabarle, bendecirle, darle gracias por los beneficios que nos hace, implorar sus misericordias, para remedio de las innumerables necesidades que padecemos, y pedirle perdón por los pecados, que cada día cometemos. Dios está en todas partes, y de cualquier parte podemos elevar nuestras oraciones a Dios; sin embargo, hay ciertos lugares, donde Dios quiere ser glorificado de una manera especial: ¿no designó el mismo Señor a Abraham el monte donde quería que le fuese sacrificado Isaac? Dios mandó el sacrificio y señaló también el lugar donde debía consumarse.

Si muchas necesidades nuestras no son remediadas como deseamos, la causa de ello es nuestra oración mal hecha, de una manera indebida: no oramos con confianza, no pedimos con seguridad de alcanzar lo que pedi-

mos; y Dios, siempre bueno y condescendiente con la flaqueza de la condición humana, nos proporciona auxilios oportunos y medios poderosos para despertar nuestra fe y avivar nuestra confianza: esas imágenes portentosas de la Virgen María son instrumentos providenciales de gracia y misericordia, de los cuales se sirve Dios Nuestro Señor para hacernos beneficios. Tienen esas santas imágenes una influencia misteriosa sobre nuestras almas; y, al ponernos en presencia de ellas, sentimos uno como aire de bendición, que refresca nuestro espíritu, lo hace revivir, lo recrea y lo conforta, y esto muchas veces, aun a pesar nuestro.

Toda imagen de la Virgen Santísima tiene no sé qué poder maravilloso sobre nuestras almas; no obstante, hay algunas imágenes, en las que se experimenta mayormente esa influencia, que bien merece el nombre de santificadora. Y la paternal Providencia de nuestro buen Dios ha multiplicado esas imágenes portentosas de la Virgen, poniéndolas en todas partes. Delante de ellas los milagros son frecuentes, porque se ora con más confianza y con más viva fe.

Estas reflexiones no puede menos de hacer todo el que visite algún santuario célebre, como éste de Nuestra Señora de Las Lajas en Colombia.

En este santuario ha puesto, pues, Dios uno de esos tronos especiales de misericordia para beneficio y consuelo de todos los que acudan necesitados de socorro y de auxilio, ya para el alma, ya para el cuerpo; y a nadie le ha dejado burlado su confianza en la divina Virgen. De todas partes se ve llegar al santuario constantemente innumerables devotos, que vienen de remotísimas provincias para pedir a la Virgen el remedio de toda necesidad, el consuelo de toda aflicción, el alivio para todo dolor.

III

Consideraba yo la situación topográfica del santuario y ponderaba sus circunstancias: un santuario consa-

grado a la Madre de Dios, en medio de estos abismos, donde a cualquiera parte que se vuelva la vista, se encuentran peligros espantosos; y esto en medio de un camino público muy frecuentado, me parecía cosa no vacía de cierta significación mística. La vida ¿no es un camino? Vivir ¿no es peregrinar? De la cuna al sepulcro, del tiempo a la eternidad, las generaciones humanas van pasando por el mundo, sin pararse, sin detenerse ni un solo instante, y sus olas son más rápidas e impetuosas, que las aguas del Guáitara, que corren bramando, para no volver jamás. Y en esta peregrinación, en este viaje de la vida, hay tantos peligros, nos amenazan tantos desastres que, en verdad, andamos como sobre un abismo; pero en nuestro camino están la gracia, la fe, la esperanza... Sólo la Religión está inmutable, en medio del trastorno de todo cuanto nos rodea.

El cansado caminante, que conduce su cansada acémila por entre breñas y precipicios: el campesino, que se descuelga por bruscas pendientes: el viajero que asoma en la cumbre de cerros enormes y desciende, con paso precipitado, hasta el fondo del abismo, donde ruedan mugiendo las comprimidas aguas del río, ¿no representarán esa laboriosa peregrinación de la familia humana, yendo hacia sus eternos destinos? Sentado en las rocas del puente veía descender a los caminantes: unas generaciones vienen, me decía, cuando otras se van ya: los jóvenes principian a subir alegres por la pendiente de la vida, mientras otros vamos bajando ya tristes y meditabundos. ¡Dichosos mil veces los que, al hacer el viaje de la vida, han caminado bajo el amparo y la protección de María!

El santuario de Las Lajas levantado sobre los abismos, oculto entre breñas y precipicios, hace resonar la argentina voz de la campana de la oración en medio de una agreste soledad, como el grito de alerta que nos diera una persona amiga, advirtiéndonos de los peligros que en la vida nos amenazan. ¡Quién de la peregrinación a un santuario de la Virgen no vuelve mejor! ¡Quién no regresa a su hogar, trayendo uno como olor a cielo, en la fragancia del incienso que perfuma sus vestidos...!

Es que el culto de la Virgen es santificador y tiene eficacia poderosa para transformar a las almas. ¡Felices los que, una vez siquiera en su vida, hubiesen orado conmovidos ante alguna de las milagrosas imágenes de la Virgen, porque habrán recibido en su alma una impresión celestial, que será prenda de la vida eterna!

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

La Imagen de la predilección de Santa Rosa de Lima

I

De todos los países de América el más favorecido en el orden de la gracia y la santidad, es el Perú, cuya capital, Lima, ha tenido la incomparable dicha de que floreciesen en su suelo siervos de Dios tan insignes como un Santo Toribio de Mogrovejo, un San Francisco Solano, un Beato Martín de Porres, un Venerable Camacho y otros varios, uno solo de los cuales habría bastado para hacer célebre e ilustre a una ciudad. No hay ciertamente en todo el territorio de aquella nación un santuario que pueda competir con los de Guadalupe, Copacabana o Luján, por el concurso extraordinario de peregrinos o el brillo de las maravillas en aquellos realizadas; pero, en cambio, Lima ostenta a una Rosa de Santa María, cuya vida portentosa suple por todos los demás milagros y casos extraordinarios que han podido realizarse en otros puntos privilegiados de nuestro continente. El viajero que arriba a Lima, por poca que sea la fe que abrigue en el alma, se esfuerza por conocer y visitar los sitios santificados por alguno de los grandes acontecimientos de la vida de Santa Rosa; lo cual no es empresa difícil, puesto que la piedad de los peruanos se ha complacido en construir suntuosas iglesias en los principales de esos lugares benditos, como son aquellos en que nació y murió la incomparable heroína.

Pero entre todos esos templos, el más perfumado, por decirlo así, con los recuerdos y la presencia de Rosa, es el de Santo Domingo, construído en el centro de

la antigua capital de los Virreyes y sobre la margen derecha del Rímac; en aquel santuario se realizaron los sucesos más importantes y decisivos de la vida de la Santa, allí recibió las comunicaciones más altas del cielo, allí contrajo sus místicos desposorios con el Rey de la gloria, y mereció escuchar de sus labios Divinos estas admirables palabras: *Rosa cordis mei, tu mihi sponsa esto:* Rosa de mi corazón, sé mi esposa.

El instrumento de que principalmente se valió el Cielo para prodigar dones tan valiosos a la ínclita virgen limeña, fue un antiguo y devoto simulacro de Nuestra Señora del Rosario, venerado en el templo de Santo Domingo, desde la conquista española. Parécenos, por lo mismo, que esta santa Imagen debe ocupar un lugar preferente entre las más célebres de la Madre de Dios, veneradas en América; daremos por tanto algunos datos históricos concernientes a tan famosa y veneranda efigie.

II

"En los primeros días del año de 1535 (1) puso el P. Fr. Tomás de San Martín la primera piedra del celebérrimo convento del Rosario de Lima. Cuán acertado anduviese el memorable padre al elegir por patrona de la nueva fundación a la Inmaculada Madre del Rosario, lo comprueba el esplendor, que a la sombra de esta ilustre advocación, este convento alcanzó. Cuéntanse entre sus hijos diez y siete obispos, multitud de doctores, escritores ilustres, y, lo que es más, una verdadera legión de varones de Dios, que, como Santa Rosa de Lima y el bienaventurado Porres, lo han sobremanera esclarecido.

"Desde tiempos muy remotos la iglesia de este convento ha sido muy frecuentada por el devoto pueblo, en razón de ser el santuario de la antiquísima y devota imagen de Nuestra Señora del Rosario, imagen de cuyo ori-

(1) Tomamos estas citas de la obra publicada en Lima, en 1904 con el título de **Album Mariano,** en el artículo: **El Santísimo Rosario. La Orden de Santo Domingo y el culto de María en el Perú.**

gen más adelante hablaremos: es aún èn el día la única iglesia de Lima, que abriéndose a las cinco de la mañana se cierra a las nueve de la noche, pues nunca faltan almas piadosas que con el salterio mariano entre las manos, imploran la clemencia de la Virgen sin mancilla.

"1573.— En este año y en la sexta domínica después de la Trinidad, celebró la Provincia de Predicadores del Perú, su nono Capítulo Provincial; en él, entre otras cosas, se ordenó que todos los sábados del año se cantase en la capilla y altar de Nuestra Señora la votiva *Salve radix*, costumbre que hasta el día se observa invariablemente. Esto mismo había ordenado ya el capítulo de 1563, donde también se encomendó vivamente a todos los religiosos la predicación del Santísimo Rosario, como medio eficacísimo para extender entre los pueblos la devoción a María. A mérito de todo lo cual, dice el P. Meléndez lo siguiente: "Fue siempre nuestra provincia, como heredera del primitivo espíritu de la Orden, devotísima del Rosario Santísimo de la Emperatriz de los Cielos y de la Tierra, María, Madre de Dios, Abogada y Señora nuestra, y a la protección de devoción tan del cielo, por ser su primer convento consagrado al Santísimo Rosario, confiesa haber debido tantas medras espirituales, ya de ilustrísimos hijos con que la ha honrado Dios en todo tiempo, ya de frutos celestiales en provincias enteras reducidas al gremio y yugo suave de nuestra Madre la Iglesia, por medio de su predicación; y así siempre agradecida, como en protesta de gratitud y reconocimiento especial a tan grandes beneficios, desde sus mismos principios ha traído por señal y divisa en todos sus hijos (lo que siempre se ha observado en todas las Indias) un Rosario manifiesto, y patente sobre el hábito, que todos usan al cuello, sin que se sepa quién fue el primero que lo instituyó y mandó, o en qué provincia tuvo principio este uso, al menos en cuanto yo he alcanzado ver y leer, no he podido averiguar el origen y raíz de tan loable costumbre, más de que nació en las Indias: porque siendo así que toda la religión en común vive atenta a este cuidado de ampliar y extender entre los fieles esta altísima devoción, como único mayorazgo que heredamos de nuestro Patriarca Santo Domingo, ningu-

na de sus provincias, sino sólo las de Indias, usa de esta insignia al cuello; señal cierta de que en ellas se comenzó a usar así, porque todas a una voz confiesan lo que la nuestra: que por el Rosario son lo que son, y que en tanto serán lo que siempre fueron, en cuanto a todos sus hijos les durare el predicar y enseñar con caridad encendida, y humilde reconocimiento a los divinos favores, que por ella recibimos de la mano del Altísimo, devoción tan agradable a tan soberana Reina y a su Santísimo Hijo.

"1594.— En el capítulo que se celebró este año en el convento de Lima, se dispuso que todos los sábados se añadiesen a la *Salve Regina*, (que ya entonces se acostumbraba cantar en la Capilla de Nuestra Señora) las letanías Lauretanas, y el rezo del Santo Rosario, práctica que en el decurso de tres largas centurias no ha sufrido alteración, pues en la fecha, la ordenación del Capítulo citado está en todo su vigor.

"1596.— En este año la ya célebre Archicofradía del Rosario del convento de Lima compró a la comunidad de éste la capilla y altar de la Virgen, por el precio de 4.200 pesos, cantidad correspondiente a su justa tasación.

"1643.— El 10 de mayo del año 1643, despachó Felipe IV una real cédula instituyendo patrona de sus reales armas a la excelsa Reina de las Victorias. La cédula es del tenor siguiente: Por cuanto, en la devoción, que en todos mis reinos se tiene a la Virgen Santísima y en la particular, con que yo acudo en mis necesidades a implorar su auxilio, cabe mi confianza, de que en los aprietos mayores ha de ser nuestro amparo y defensa: y en demostración de mi afecto y devoción, he dispuesto, que en todos mis reinos se reciba por Patrona y Protectora, señalando un día, para que en las ciudades, villas y lugares de ellos se hagan novenarios, habiendo todos los días misas solemnes con sermones, de manera que sea con toda festividad, y asistiendo mis Virreyes, Gobernadores y Ministros, por lo menos un día, y haciéndose procesiones generales en todas partes, con las imágenes de mayor devoción de los lugares, mudando las que

no estuvieren en los altares mayores a otros, para que, con grande solemnidad y conmoción del pueblo se celebre esta fiesta, y porque en esta conformidad se ha dado principio en estos reinos a la devoción referida, y lo mismo deseo se ejecute en todas mis Indias occidentales, os encargo y mando, que luego como recibáis esta mi cédula, os juntéis con el Arzobispo de esa ciudad de los Reyes, para tratar y disponer que, de aquí en adelante se celebre en todas esas provincias la dicha fiesta, el domingo de Cuasimodo de cada año, y que la primera se haga con novenario, y con las demás solemnidades indicadas; y las siguientes con sólo vísperas, misa y sermón, empezando el mismo domingo de Cuasimodo por la tarde, y continuando el lunes, que es la forma en que la dicha fiesta se ha ejecutado en estos reinos, la cual se ha de hacer a la imagen de Nuestra Señora de mayor devoción que haya en esa ciudad, a que asistiréis vos con esa audiencia y los demás tribunales y ministros de ella un día de los del dicho novenario a la misa y sermón, y también en las fiestas siguientes, que todos los años se han de celebrar, etc.

"Como se ve, quedaba la elección de la Imagen al arbitrio del virrey; éste, pues, sin vacilar eligió a la Imagen del Rosario del Convento Grande de Predicadores. Hízosele la primera fiesta con la magnificencia que en aquellos felices tiempos se estilaba: se condujo procesionalmente a la Iglesia Catedral la misma Imagen de la Santísima Virgen que hoy todos veneramos, siendo entonces la vez primera que, después de una centuria, se separó de su trono; en la metropolitana se le consagró un solemne novenario, se dispuso una magnífica procesión, y se la restituyó a la antigua y venerada capilla de su templo, en donde se continuaron las reales fiestas, hasta el tiempo de nuestra emancipación.

"1647.— En febrero de este año se despachó en Madrid otra real cédula, y por el mismo Felipe IV, en la que más explícitamente se declaró a la Virgen del Rosario del Convento de Predicadores de Lima, Patrona y singular defensora de las reales armas en todos los dominios del Perú.

"1807.— Con motivo de la prisión de Fernando VII de la invasión francesa, y de otras calamidades que afligían a la Metrópoli, se hicieron este año en Lima unas solemnes rogativas a la Santísima Virgen del Rosario, como a patrona y tutelar de las reales armas: empezaron estos magníficos y pomposos cultos el día 16 de octubre, del año arriba indicado, y concluyeron el 24 del mismo.

"La elegante pluma del doctor don Justo de Figuerola, se encargó de trasmitirnos lo que la opulenta Lima hizo entonces en obsequio de la Madre del Rosario; cederemos pues la palabra a este encumbrado escritor: "La ciudad profesa la más cordial devoción a Nuestra Señora del Rosario, que se venera en el convento grande de Ntro. P. Sto. Domingo, y a quien siempre ha recurrido en las urgentes necesidades que la han afligido, verificándose prontamente el consuelo, como sucedió en los años 1759 y 1765, en que consternada Lima por la peste que desolaba a sus habitantes, habiendo implorado el auxilio de Nuestra Señora, y sacándola en solemne procesión, experimentó el poder de su alto patrocinio, calmando inmediatamente el azote con que nos hería el Cielo. A principio de la conquista obsequió el emperador Carlos V esta Santa Imagen a la ciudad, y desde que fijó su residencia en la América Meridional, su culto ha ido en aumento, pues se nota con edificación general que diariamente en cuanto dan las cinco de la mañana, a cuya hora se abre el templo, hasta las diez de la noche en que se cierra, está el pueblo en un perpetuo flujo y reflujo de entrar y salir a tributarle adoraciones, a suplicar su intercesión, a dar gracias o a pedir consuelos en sus aflicciones. La ilustre Hermandad, que cuida del culto de Nuestra Señora, se compone de lo primero en toda clase, y cada uno de sus individuos se esmera en acreditar el celo con que se dedica al servicio de la Madre Santísima, que nos dio Nuestro Señor, cuando consumaba en el Calvario la redención del género humano. La natural devoción a Nuestra Señora ha crecido en el pueblo por las singulares gracias que ha obrado el Cielo por medio de esta Santa Imagen, siendo señaladas las que constan en la bula de la canonización de nuestra paisana

Santa Rosa. En dicha constitución consta que habló con la Santa, Nuestra Señora, en el desposorio de su Hijo Santísimo con esta virgen del Nuevo Mundo, que fue como la primicia escogida de esta iglesia reciente, ofrecida al Señor. Consta igualmente que cuando entró al templo el cadáver de la Santa, resplandeció el rostro de esta Señora, de un modo que se hizo notar de todo el pueblo.

"Como el pueblo ha experimentado tan repetidas veces el auxilio de Nuestra Señora en sus aflicciones; el voto universal fue para dar principio a la rogativa, que había de hacerse en la iglesia Catedral implorando el auxilio del Dios de los ejércitos, se condujese a Nuestra Señora en solemne procesión de su santuario a la Iglesia Metropolitana, con aquel rito religioso y magnífico que exigen las constituciones de la Hermandad en tal caso. El Excmo. Jefe que nos gobierna, el Ilmo. Prelado de esta iglesia, y el Excmo. Cabildo, que como digno órgano de esta nobilísima y devotísima ciudad, había con acuerdo de ambos superiores meditado dicha rogativa, condescendió a esta justa solicitud del pueblo, y pasó a la ilustre Hermandad el oficio de estilo: pues sin esta formalidad no puede verificarse el que salga Nuestra Señora, que debe ir acompañada, en su ida y vuelta, de los señores Virrey, Arzobispo, Real Audiencia, individuos del Excmo. Ayuntamiento, demás tribunales y clero secular y regular. Resuelta el 15 la salida de Nuestra Señora para el 16, todo hombre creyó seguro el triunfo de nuestras armas, y en casas, tiendas, plazas y calles, no se hablaba de otra cosa. Hubo hombre que no se separó de la Iglesia de Santo Domingo en toda la noche, y todo el pueblo ansiaba con una religiosa impaciencia la venida del nuevo día, que había de atraer el iris sagrado en tan horrenda tormenta.

"A las cuatro de la mañana un gentío inmenso se hallaba agolpada en la plazuela de la iglesia de Santo Domingo, esperando se abriese el templo: y sin embargo del concurso, era notable el orden observado en este devoto tropel. Se abrieron por fin a las cinco las puertas del templo, y entró el pueblo conducido en alas de su

fervor a postrarse a los pies de las andas, en que estaba colocada Nuestra Señora. No se oía sino un sollozar dulce, un suspirar gozoso, y una plegaria perpetua. O fuese por el lugar elevado en que estaba puesta la devotísima imagen, o fuese por los afectos de que estaba penetrado el concurso, o por gracia especial que se dignó hacer a la fervorosa ciudad, lo positivo es que se dejó ver tan linda y hermosa, que parecía descendida de los cielos para consolar la Tierra Santa. No podían fijarse los ojos en su amable rostro, sin que se arrasasen en lágrimas vivas, y sin que el corazón no cupiese en el pecho. Medias salves, medias avemarías, y preces interrumpidas por un santo asombro que inspiraba el sagrado simulacro, eran las primeras salutaciones. Desahogado un tanto el placer religioso, cada individuo hizo una oración más tranquila, y habló con la Madre de Dios en aquel lenguaje que le dictaba el fervor, su fe, su esperanza, y las tristes coyunturas de la monarquía. El alto sacrificio de la misa era repetido en todos los altares del templo, y la Víctima Adorable del Cuerpo y Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo, que reconcilió el Cielo y la Tierra, era ofrecida en todos los lugares del santuario, y de su plenitud se difundía el consuelo a la América angustiada.

"A las 9 del día se había determinado la salida de Nuestra Señora, a cuya hora estaban en la Catedral el Exmo. señor Virrey y Real Audiencia con el Real Tribunal de Cuentas, el Ilmo. señor Arzobispo, con el V. Deán y Cabildo Metropolitano, el Excmo. Ayuntamiento con los Tribunales del Consulado y Minería, la Real Universidad, Convictorio de San Carlos y Seminario de Santo Toribio, el clero y comunidades religiosas, los jefes militares de la Real Hacienda, y todo lo más florido del vecindario. No ha habido concurso igual en Lima, y sólo pudo igualarle el que se notó el día del regreso de Nuestra Señora a su santuario".

En esta ocasión como en otras ciento, así en tiempos de la Colonia, como de la República, la capital del Perú se ha esmerado siempre en tributar el culto más ferviente y entusiasta a Nuestra Señora del Rosario; pero veamos ya los homenajes de amor con que Santa Rosa

honró a esta preciosa Imagen, y la manera tierna y delicada con que la augusta Madre de Dios recompensó la piedad y devoción de aquella su fidelísima sierva.

III

La Capilla del Rosario donde Santa Rosa de Lima fue tan favorecida, estuvo colocada en la nave correspondiente al lado de la epístola. En la actualidad no existe dicha capilla, pues la Santa Imagen, ha sido trasladada al nicho central del retablo que se levanta sobre el altar mayor de la mencionada iglesia.

Escuchemos ahora a uno de los principales biógrafos de la Santa, el P. Fr. Leonardo Hansen (1), los favores celestiales que *Rosa de Santa María* recibió del Cielo en aquel privilegiado santuario. "Pero antes de entrar en el hilo de la historia, dice el citado autor, para mayor claridad será forzoso decir algo de la imagen tan célebre en la ciudad de Lima, de la Virgen del Rosario, la que, desde que se difundió en el Perú la fe, se dio a conocer a todos con públicos beneficios; y muy en particular fue propicia a nuestra Rosa y fue muy amada de ella. Esta imagen, a la que tan grande devoción se tiene en todo el Perú, representa a la Reina de los Cielos con el Niño en los brazos. Se halla en actitud de dar el rosario a los hombres, como remedio poderosísimo contra todas las dolencias de alma y cuerpo. Lo llevaron al Nuevo Mundo desde España los primeros conquistadores por norte feliz, y para que les ayudara en el descubrimiento y conquista de las Indias de Occidente; y cuando fundaron la ciudad de Lima le edificaron el primer templo que hubo en aquella ciudad, dándole el nombre del Santísimo Rosario, haciendo allí un convento de Hermanos Predicadores que fuesen sus capellanes. Este nombre fue felicísimo principio para propagar la fe en aquellas extensas y dilatadas provincias. Aquel templo fue la única y primera parroquia de aquel reino, debajo del patrocinio, advocación y

(1) En su obra intitulada **Vida admirable de Santa Rosa de Lima, Patrona del Nuevo Mundo.**— Obra escrita en latín, por el autor, y traducida al castellano por el P. Fr. Jacinto Parra, religiosos ambos de la Orden de Predicadores.

tutela del Santísimo Rosario. Aquí fue donde primero se puso la fuente bautismal para los adultos catecúmenos, que bien dispuestos e instruídos se reducían al gremio de la Iglesia, y desde aquí comenzó a propagarse la semilla santa de la fe, que tan abundantes frutos de virtud y perfección evangélica ha producido después.

"Por los años 1535, junto a Cajaguán, en el Cuzco, se alistaron más de doscientos mil indios contra el ejército cristiano, que no subía de seiscientos soldados. Era tan excesivo el número de los indios, que no parece posible que pudieran ser vencidos, si el Cielo con algún prodigio singular no daba la victoria a los campeones de la fe. Hallándose los católicos con algunos religiosos Dominicos en su campo, implorando en su socorro a la Reina Soberana del Santísimo Rosario, consiguieron que al tiempo de acometer se mostrase claramente en el aire para infundirles valor; la bienaventurada y siempre Virgen María, con el mismo rostro y en la misma actitud que tiene la imagen de Lima, muy conocida de todos. Esgrimía diestramente la Madre de Dios una vara contra los enemigos infieles, amenazándoles con rostro severo su destrucción y su ruina si luego no se rendían al ejército cristiano. Atónitos los idólatras con tan divino espectáculo, quisieron más pedir paz que experimentar los rigores de la guerra, y arrojando las armas ofensivas y defensivas con que peleaban, sujetaron las cervices con piadosa competencia, con gozo y conformidad, al suave yugo de la fe católica. Desde aquel tiempo creció la devoción de los pueblos a la Santísima Imagen y con la fama de tan ilustre milagro se extendió por todo el reino y regiones comarcanas la devoción saludable de la imagen milagrosa.

"Deseando nuestro Católico Rey asegurar y establecer con más firmeza los reinos del Perú contra los muchos peligros que le amenazaban, valiéndose para ello de la protección augusta de tan celestial Señora, mandó que la eligiesen por protectora y que pusiesen los ojos en su imagen, la más celebrada de todas y la que más favores había hecho a todo aquel reino. Obedecióse el mandato, y el Virrey con el Arzobispo, juntándose los

dos brazos eclesiástico y seglar, fueron tomando los votos, y de común consentimiento eligieron por Patrona a la Imagen Milagrosa del Santísimo Rosario de la ciudad de Lima. Este es el origen de la procesión general que se hace el lunes después del domingo de Cuasimodo, para visitar la Santa Imagen en su capilla del convento de Santo Domingo; asistiendo el Virrey y el Arzobispo y todas las religiones con los ministros del Rey que viven en la ciudad. Cuando sale en procesión fuera de casa, que es por el mes de octubre, el día octavo de la fiesta del Rosario, dispuesta la milicia y ordenada en dos hileras, se la hacen salvas reales en la plaza, disparando los mosquetes; y todas las banderas que se tremolan tienen grabados el nombre y la imagen de la Virgen del Rosario. En todo el año no cesa el concurso numeroso de los devotos que la visitan en su capilla; y crece más siempre que en los terremotos, la peste, el contagio, las enfermedades o cualquier otra calamidad les avisa el cielo que allí está el asilo cierto donde han de buscar socorro los de aquella república, en todas sus necesidades. Basta haber dado de paso noticia breve de la Santísima Imagen del Rosario de Lima; volvamos ahora a tomar el hilo para continuar la historia de nuestra virgen" (en lo relativo al culto de Nuestra Señora del Rosario).

IV

"Desde sus primeros años tuvo Rosa por imán Divino a su Santísima Imagen. No mueve tan eficazmente aquella piedra el hierro y lo llama para sí, como esta Santa Imagen robaba el corazón de nuestra virgen, trayéndola a su capilla... Prodigios obrados por este medio. Cuando tomó Rosa el hábito de la Orden delante de la sagrada imagen de la Virgen del Rosario y en su capilla, estuvo presente su madre, celebrando con muchas lágrimas, el nuevo estado de su hija. Vio ésta que favoreciéndola con caricias la misma Madre de Dios, se iba elevando Rosa hacia el cielo, con cuya dichosa vista, trocando en gozo las lágrimas, comenzó tácitamente a dar plácemes a la feliz doncella, a quien tanto favorecía la Reina del Cielo. Feliz pronóstico y digno de observanse, por lo mismo que con este prodigio se daba a enten-

der que daba su voto a la novicia la que tiene su trono sobre las estrellas; y que siendo feliz puerta del cielo, le daba entrada en la gloria, cuando la admitían al gremio de las Terceras en la Orden Dominicana.

"Cuando se resolvía Rosa a pedir a Dios con instancia y alcanzar del Cielo algún favor singular o particular socorro, ya para sí, ya para bien de los prójimos, el medio que elegía era postrarse humilde delante del altar del Santísimo Rosario. Allí presentaba su petición, llena de seguridad y confianza. Hacíase ojos mirando y atendiendo al semblante de la imagen; decíala mil ternuras, y pendiente de su rostro como de oráculo, esperaba feliz despacho. Notó muchas veces Dña. María de Usateguí que cuando volvía la virgen a casa, habiendo estado en la capilla del Rosario, en el mismo modo de andar apresurado y alegre daba a conocer las mercedes que recibía, y parece que rebosaban por todos los sentidos el alborozo, el fervor y los consuelos que Dios le comunicaba. Eran los indicios tan manifiestos, que no podían encubrirse ni engañar a la que piadosamente curiosa andaba siempre observando, notando, escudriñando y advirtiendo todas las acciones, movimientos y ademanes de la virgen. Y así, a título de la estrecha amistad y familiaridad que tenía esta señora con nuestra virgen, por darla habitación en su casa, se atrevió en una ocasión, viendo su recato y recogimiento, a decirla: "Hoy, Rosa, bueno va, paréceme que ha llovido el Cielo grandes favores". Y respondió ella con modestia y apacible risa: "Aquella afabilísima Señora, Reina del Cielo, no se cansa en cargar la mano, concediendo mercedes a esta miserable pecadora". Acordándose asimismo Rosa que esta señora por haber asistido al examen de su conciencia y vida..., era sabedora de los secretos, tratos, hablas y visiones que tenía con esta imagen milagrosísima, sin recelo y sin empacho se declaraba con ella desde allí adelante, comunicándola los favores que había expuesto y declarado a los examinadores; aunque siempre lo hacía con toda la modestia posible, refiriéndolos con candidez sencilla.

"Preguntada una vez de qué modo entendía y percibía lo que le hablaba la Madre de Dios en esta Santa Imagen, respondió con llaneza y sin artificio alguno: "Que no hablaba la imagen dando voces, ni usando de particular idioma, ni con movimiento de los labios; que este admirable modo de hablar se obraba por oculta simpatía y que daba a entender todo lo que quería decir sólo con el modo con que despedía lucientes rayos de la frente apacible y serena; y que estas eran para su espíritu unas señas tan distintas, tan claras, tan diestramente formadas, que le significaban todo lo que esperaba entender con más certeza que pudiera el más retórico, más fecundo elocuente, si al oído le respondiera a lo que ella preguntaba". Decía también: "Que lo mismo hallaba en el rostro del Niño, que como en trono estaba en los brazos de María; que en ambas partes, como en animado libro, leía el despacho, las respuestas de todo cuanto pedía, y mucho más claramente que si fuese deletreando en un libro donde lo mirara escrito con hermosos caracteres; y que por estos indicios de íntimos conceptos se excitaba en el alma la atención luminosa, para penetrar sin discurso, sin error y con limpia inteligencia cuanto se le proponía. Finalmente en la postura de los labios del Hijo y Madre, en los ojos y mejillas le parece que veía un reloj animado, de tal diversidad de señales para explicar sus secretos, que exceden toda locución humana y explican más a lo claro los conceptos que si la lengua formara palabras ordenadas y compuestas". Era fama pública que Rosa alcanzaba cuanto pedía a la Reina de los Cielos delante de aquella Imagen. De aquí se seguía que si la rogaban que pidiese esto o aquello a la Majestad Suprema, fácilmente se encargaba de hacer la súplica, si le parecía que importaba para el bien público o para la salud espiritual de los prójimos. Y así en haciendo oración a la Imagen del Rosario, prometía con tanta seguridad los buenos sucesos, como si tuviese en su poder decreto con sello y firma, en que tuviese el despacho de la gracia que pedía.

"Por justa permisión del Cielo sucedió que satanás, enemigo de los hombres y envidioso de su bien, sembró gran cizaña de discordia en una comunidad religiosa de

la ciudad de Lima. Crecía por momentos la yerba maldita; y lo que al principio sólo había sido discordar en opiniones, con el empeño de la contradicción, degeneró poco a poco en declarada enemistad de voluntad, con rompimiento de la paz y ofensa grave de Dios, que sólo habita en la concordia de afectos. Llegó a noticia del confesor de la virgen el daño que en los ánimos se iba introduciendo, mandóla que en la capilla del Santísimo Rosario y delante de la Imagen encomendase a Dios y a la Virgen Soberana la necesidad urgente de aquella congregación, que del todo se iba a pique, y que no desistiese de la oración hasta conseguir de Dios el remedio. Pronta obedeció la virgen, porque era muy inclinada a ejercitarse en oficios de caridad con los prójimos. Mas después de haber gastado muchas súplicas y largo tiempo en pedir el sosiego y quietud de aquella comunidad, se hubo de volver a la casa, lastimado el corazón y llena de melancolía, fuera de lo acostumbrado. Repitió al día siguiente con más fervor la oración; gastó más tiempo en solicitar el remedio de Dios y llamar a las puertas de la misericordia Divina. Postróse a los pies de la milagrosa imagen, vertió copiosos raudales de lágrimas y esperó el pretendido despacho. Después de tan larga detención tenía los ojos y la atención colgados de sólo el rostro de la Santísima Virgen, resuelta a no levantarse hasta llegar a entender que eran bien oídas sus súplicas. Al fin, llenándose de nueva alegría que le sobrevino de repente, levantóse en pie, diole devotamente las gracias y volvióse a toda prisa a su casa. La mujer del contador (D. Gonzalo de la Maza, muy amiga de Rosa) aunque sin hablar palabra había reparado en ambas ocasiones en la cara de la virgen cuando volvía de la iglesia, y admirado la diversidad del semblante, ayer triste y melancólico, hoy alegre y risueño, preguntó la novedad. A lo que respondió resueltamente la virgen sólo aquello que podía conducir a la respuesta. Examinándola después su confesor más por menudo, no atreviéndose a callar nada de lo sucedido, refirió puntualmente y por su orden todo el caso. "Dijo que el primer día, importunando con los ruegos a las dos Majestades de los Cielos, Madre e Hijo, había visto sus divinos rostros, no sólo inexorables y ásperos y más duros que el acero, sino severos también,

austeros y encapotados, amenazando venganza con manifiestas señales de indignación y de ira; que en vano había procurado serenar y aplacar al Hijo, poniendo a la Madre por medianera; que viéndose despedida se hubo de volver a casa con pesar y con tristeza, cosa que con tales circunstancias jamás le había sucedido. Además de esto refería cómo al día siguiente, volviendo a su petición, a costa de muchas lágrimas, había vencido a la Madre de piedad para que hiciese el oficio de intercesora en aquel negocio, aunque el Hijo no admitía al principio las súplicas de la Madre, diciendo que no podía poner término a sus iras estando aquella comunidad tan discorde y tan opuesta. Contaba Rosa lo mucho que había temido el salir bien despachada, oyendo lo que pasaba entre la Madre y el Hijo y lo que se decían; instando piadosamente la Madre por la gracia y el perdón, y volviendo severamente el Hijo por su justicia y por el justo castigo. Finalmente templándose el enojo del Hijo, había condescendido con los poderosos gemidos (1) de su Santísima Madre; y así le volvió los ojos y el rostro, mirándola con apacible risa, y después miró también a Rosa con benigno agrado. Y con eso, desde aquel punto tuvo por cierto que estaba ya concedida la gracia que había pedido, y que no dudase el padre confesor que en breve se tocaría el efecto con las manos". Sucedió así puntualmente, porque pasado algún tiempo, que fue poco, con admiración de todos se fueron reconciliando los opuestos ánimos de aquella congregación, desvaneciéndose como humo la manzana de la discordia y desbaratóse el grueso escuadrón de satanás que había causado la división.

"Es fuerza que volvamos, aunque brevemente, a la capilla del Rosario... Era el primer cuidado de Rosa, durante todo el año, recoger todos los sábados, del huerto, rosas, que por su mano cultivaba, formar vistosos ramilletes, llevarlos por sí misma o enviarlos por otros para adorno del altar. Era admiración de cuantos conocían el hermoso jardín, ver que nunca faltasen en sus cua-

(1) Los gemidos de la Madre de Dios, en este lugar, simbolizaban la eficacia de su oración para alcanzar el perdón de aquella comunidad culpable.

dros flores que dedicar a la Virgen en el altar del Rosario; ya el ardiente sol de la canícula despojase la tierra de la pomposa gala de las flores; ya el frío excesivo las marchitase en los demás jardines, siempre en el pequeño huerto de Rosa quedaban flores que ofrecer a la que es Reina de todas ellas. Mas, quisiera nuestra virgen en vez de ramilletes, ofrecer a la sagrada imagen ricos vestidos, mantos preciosos, sembrados de lazos de oro, de finísimos diamantes, de aljófar y perlas; pero no lo permitía su limitado caudal. Suplió esta falta la industria ingeniosa de su devoción y afecto. Así que para vestir espiritualmente dos veces al año a la soberana Reina del Santísimo Rosario, inventó una nueva traza con que tener muy a mano materiales más preciosos, arte y forma de vestirla, al modo con que abrigaba a Jesús recién nacido... La idea de un vestido de estos se halló escrita después de su muerte en un libro de memoria y apuntación de la virgen. Y el tenor suyo era éste.

"Memoria del vestido que yo, Rosa de Santa María, indigna esclava de la Reina de los Angeles, comienzo a urdir y tejer a la Virgen Madre de Dios, con ayuda del Señor. Primeramente han de fabricar la túnica interior seiscientas avemarías, de salves el mismo número, con quince días de ayuno, en reverencia del gozo purísimo que recibió con la Anunciación del Angel, cuando supo que en sus entrañas castísimas había de vestirse de carne el Verbo Eterno del Padre. Lo segundo, el paño para el vestido se ha de tejer con seiscientas avemarías, seiscientas salves, quince Rosarios y quince días de ayuno, en reverencia del alegrísimo gozo que tuvo visitando a su prima Santa Isabel. Lo tercero, las orillas, orlas y flecos de este vestido serán seiscientas avemarías, otras tantas salves, etc., en reverencia del altísimo gozo que tuvo en el parto de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Lo cuarto, para cintas y broches, seiscientas avemarías, etc., en reverencia del gozo íntimo que tuvo ofreciendo a su Hijo en el templo. Lo quinto, para collar se gasten seiscientas avemarías, salves, ayunos, etc., en reverencia del felicísimo gozo que tuvo cuando después de tres días halló a su Hijo en el templo disputando entre los doctores. Lo sexto, el ramo que ha de llevar en las manos

virginales se ha de componer de treinta y tres padrenuestros, otras tantas avemarías con gloria patri, tantos Rosarios de alabanzas divinas y otros tantos de alabanzas de la Virgen, en reverencia de los treinta y tres años que mi Señor Jesús vivió en la Tierra". Y poco más abajo: "Ya el vestido está acabado; Dios sea bendito, y su Santísima Madre con su gran piedad supla mis defectos y perdone mi atrevimiento".

"Otro vestido semejante a este, aunque de mucha más obra, hizo Rosa a la Virgen Santísima el primer día del año de 1616, y para que fuese más costoso y de más gasto y precio, no se contentaba ya con centenares de padrenuestros y avemarías; estas oraciones entraban a millares. Mas no hay lugar al presente para referir por menudo los ejercicios de devoción en que se empleaba; han llegado los menos a nuestra noticia, siendo ellos innumerables".

V

El acontecimiento más trascendental y hermoso que ocurrió a Santa Rosa en aquella ya tan preciosa capilla, y a las plantas de la bella imagen de Nuestra Señora del Rosario, fue la escena admirable de los místicos desposorios de la virgen limeña con el Salvador. Algunos anuncios había ya ella recibido, antes, de gracia tan singular y soberana. "El primero de los que se saben fue el que sigue. Cuando aquella mariposa listada de dos colores, negro y blanco (que según el P. Hansen fue la que decidió a Rosa a entrar en la Orden Tercera de Santo Domingo) se le apareció volando, desde lo alto, hizo asiento sobre Rosa, advirtieron los presentes que iba trepando por el lado izquierdo de la virgen con movimientos varios e inciertos, hasta ponerse sobre el mismo corazón. Allí la veían detenerse más tiempo y con más cuidado, y que al modo de una abeja, ocupada en fabricar su panal, giraba y revoloteaba alrededor del mismo. Al poco tiempo voló y desapareció; viéndose dibujado en el mismo instante sobre el vestido de Rosa un corazón muy perfecto retocado de colores. Esto vieron y observaron las doncellas que estaban haciendo labor con Rosa dentro

de la misma pieza, aunque estaban ignorantes del misterio que indicaba aquel corazón dibujado sobre el corazón de Rosa. Ella sola era la que sentía, aunque entonces entre oscuridades, la voz lejana del Esposo que le decía: "Dame tu corazón". Conjeturaba con fundamento que la mariposa con la librea de varios colores no sólo la incitaba a que vistiese el hábito, conforme en el color al de Santa Catalina de Sena, sino que la señalaba con la divisa del corazón, lo que en otro tiempo sucedió a la virgen de Sena, cuando cambió su corazón con el de Jesucristo"... Más claramente aún le significó el Señor que la tenía prevenida aquella estupenda gracia, cuando se le apareció en forma de cantero, y la propuso se desposase con El.

"Después de tan maravillosos preámbulos sólo faltaba que se declarase el Esposo, y convidase a Rosa a la gloria de su tálamo, no en sueños ni velando, sino sin disfraz y sin rebozo. Sucedió esto, como se ve en el caso siguiente. Llegó el día del Domingo de Ramos, en que después de haberlos bendecido el preste con sus ministros, es uso que los sacristanes los repartan a dos coros, mientras se prepara la procesión. En el ínterin estaba esperando Rosa con las demás beatas la diesen su palma, y estaba de rodillas en la capilla del Rosario. Pero ya fuese yerro o descuido del sacristán, que andaba de prisa, o disposición singular del Cielo, que es más creíble, al fin se quedó la virgen sin palma, fuera de lo acostumbrado; porque en los años antecedentes nunca le había sucedido siendo Tercera. Confusa con esta novedad la virgen, como suele acontecer a las conciencias tiernas y delicadas, temió no fuese la causa de quedarse sin la palma alguna culpa que la hiciese indigna de ir con ramo en aquella procesión. No por eso dejó de asistir a ella como las otras beatas; pero iba triste y vergonzosa; y en acabando fuese derecho otra vez a la capilla del Rosario, que era el puerto de sus penas y asilo de sus desgracias. Postrada allí a los pies de la Virgen Madre, derramó su corazón, que salía por los ojos en copiosas fuentes de lágrimas; allí se acusaba a sí misma, juzgando que había perdido la palma bendita, o por haber puesto demasiado deseo, o por ser demasiadamente floja y

remisa en pedirla. Después, clavando los ojos en la Santísima Imagen, viendo su rostro más sereno que solía, y más propicio y risueño, reparando que también parece la halagaba dulcemente con apacible semblante, volvió luego sobre sí y se tranquilizó, dando por bien empleado cuanto le había sucedido. No trocara ya su suerte con las que habían llevado palma en aquella procesión, y así dijo a la Emperatriz del Cielo: "No quiera Dios, Reina mía, que yo reciba la palma de mano de los mortales. Tú, Señora, Tú que eres la palma que se exalta y se remonta en Cades, Tú me has de dar de tu mano ramos que no se marchiten; con eso quedaré ufana, rica, próspera y feliz". Al decir estas palabras, enfervorizándose y casi fuera de sí, vio que la Reina Celestial con cara afable y rostro alegre se volvía al Hijo que tenía en sus brazos y desde allí la miraba con más suavidad y benevolencia, dando indicios manifiestos de la buena suerte que le esperaba. Rosa entonces, rebosando el corazón con gozo tan crecido como no esperaba de su humildad encogida, puso los ojos en el Dios Niño y vio que también la miraba con agrado y con cariño.

Suspensa entre los dos rostros tan cariñosos y tan dulces, no sabía Rosa qué hacer; fijaba la vista, bien en la cara del Hijo, bien en la de la Madre; como abeja solícita que salta de una flor a otra, para extraer la miel dulcísima de los consuelos inefables que aquel espectáculo la proporcionaba... ¿Mas, para qué nos detenemos, sin decir de una vez la dicha inefable de nuestra virgen? El Divino Infante Jesús, abrasado en amores, sin poder disimularlos, habló finalmente y le dijo estas palabras llenas de fervor y ternura: "Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa". Estas voces penetraron el corazón de la virgen; y herida el alma con las saetas y dardos del amor, sin poder tenerse en pie, cayó de improviso desmayada; y tras una breve lucha de afectos de amor y de temor, de temblor y de alegría, se hundió en el abismo de su nada. Luego, como nadadora diestra, subió sobre sí misma en alas de la alegría que le comunicaban favores tan altos; no sabía qué decir, conociendo mercedes tan milagrosas, ni se le ocurrieron palabras más adecuadas que las que pronunció la humildísima

Madre del Redentor al ser escogida para tal dignidad: *Ecce ancilla Domini,* dijo. "Aquí tenéis, Señor, vuestra sierva, aquí tenéis una esclava dispuesta siempre a serviros. ¡Oh Rey de Majestad Eterno! tuya soy, confieso que soy tuya y seré tuya eternamente".

"Y para que la memoria de tan alto beneficio no se apartase jamás de ella, apenas volvió a casa, Rosa, comenzó luego a tratar consigo de hacer un anillo que ajustase el dedo del corazón y fuese testigo público que siempre testificase la dicha del desposorio, y fuese despertador del feliz estado que gozaba con su Dios. A este fin llamó aparte a su hermano Fernando. Le explicó brevemente su deseo, aunque le ocultó el misterio. El, por darle gusto delineó con un compás en un papel la forma del anillo, el tamaño y la medida, describió la figura y el lugar donde se había de esculpir el Niño Jesús, en vez de esmeralda o de diamante. Sólo faltaba el mote con que había de esmaltarse la sortija por la parte de fuera. Aquí, Rosa, suspensa, puestos los ojos en su hermano, esperaba su elección para no errar en la empresa. El, advirtiendo el cuidado de su hermana, con desahogo, sin detención, ni embarazo, como si hubiera sido testigo llamado a los desposorios, escribió estas palabras:— "Rosa de mi corazón, yo te admito por esposa"; que fueron las mismas que había dicho a la virgen el Niño Jesús en los brazos de su madre. Enmudeció entonces Rosa, quedó fuera de sí llena de pasmo y de asombro, viendo que su hermano, sin deliberación propia, movido de impulso soberano, había dado con el mote, que era el blanco y punto propio del misterio, y que había escrito al pie de la letra aquello que había dictado el Esposo".

VI

Finalmente la Virgen Santísima que tantas gracias obtuvo a Rosa durante la vida, no la favoreció menos en la muerte y aun después de ella, y siempre mediante aquella portentosa imagen de Nuestra Señora del Rosario. Citaremos un solo rasgo.

Cuando en medio de pompa triunfal y magnífica fueron llevados los despojos mortales de la Santa, para sus exequias e inhumación, al templo de Santo Domingo, "estando parado el féretro a la puerta del templo, cuyos umbrales tantas veces había pisado en vida, para echarle agua bendita, a muchos les pareció que el rostro virginal se había bañado de nueva y singular hermosura, aumentando de este modo su belleza. La blancura de las tocas y de todo el hábito, con que la habían amortajado, indicio de la pureza de la virgen, prestaban a ésta increíble gracia y vistoso aliño. El cadáver tenía tratable el cuello y los artejos de todo el cuerpo, lo que causó admiración profunda en todo el concurso. Después de entrar en la iglesia fue colocada en un majestuoso túmulo, que por medio de gradas se iba elevando desde el suelo hasta las bóvedas; y con portento más prodigioso parece que también le daba la bienvenida la Reina de los Angeles, pues en esta sazón vieron cuantos allí estaban, que la imagen del Santísimo Rosario, que estaba en su capilla, despedía gran resplandor del rostro. Concurrió, visto este prodigio, a la capilla gran multitud del pueblo, que, indeciso entre temor y alegría, soltó la rienda a las lágrimas, crecieron los gritos de los que la invocaban y pedían mercedes; y no faltaron muchos que decían, que también había sudado la Santa Imagen; pero averiguando mejor el caso, se sacó en limpio, que sólo era resplandor que despedía la imagen, indicio manifiesto de que la Reina de las Vírgenes aplaudía la pureza de su Rosa".

VII

Para concluir diremos que al par de Santa Rosa los otros grandes siervos de Dios, que han florecido en Lima, han sido también, como todos los predestinados, fervientes devotos de la Virgen Santísima, y casi todos han dejado, en testimonio de ello, alguna imagen portentosa de la Reina del Cielo, por cuyo culto y honor se esmeraron en vida; así el santuario de Nuestra Señora de Copacabana, situado en la parroquia de San Lázaro, nos recuerda a Santo Toribio; Nuestra Señora de los Desamparados, al Venerable Francisco del Castillo; etc. Pero entre todas estas imágenes, la más universalmente

venerada y célebre es, indudablemente, la de Nuestra Señora del Rosario, cuya compendiosa historia acabamos de hacer.

Como remate y prueba de lo anterior, citaremos al gran historiador Rohrbacher que al tratar, en el libro ochenta y siete de su obra, del bienaventurado Arzobispo de Lima, y de cuanto hizo por arraigar la fe católica en el Perú, dice: "En seguida del segundo concilio de Lima, bajo Santo Toribio, en 1591, viene un breve de Paulo V, dado el 2 de Diciembre de 1605, que concede indulgencias a una muy amable devoción de los peruanos para con la Santa Madre de Dios. Todos los sábados, a la tarde, Indios y Españoles se reúnen en la iglesia, al fin de Completas para cantar u oír cantar la *Salve Regina*, y las Letanías de la Santa Virgen, letanías más largas, variadas y, a nuestro parecer, más piadosas aún que las de Loreto. Nos han parecido aquellas tan hermosas que las ponemos al fin". He aquí las preces tan encomiadas por el célebre historiador.

INCIP. LITANIA IN LAUDEM BEATISSIMAE VIRGINIS MARIAE APUD PERUVIAM

Ave, Maria,
Ave, Filia Dei Patris.
Ave, Mater Dei Filii,
Ave, Sponsa Spiritus Sancti,
Ave, Templum Trinitatis,
Sancta Maria,
Sancta Dei Genitrix,
Sancta Virgo virginum,
Sancta Mater Christi,
Quem tu peperisti,
Mater purissima,
Mater castissima,
Mater inviolata,
Mater intemerata,
Mater charitatis,
Mater veritatis,
Mater amabilis,
Mater divinae gratiae,

Ora pro nobis

Mater sanctae spei,
Mater dilectionis,
Mater pulchritudinis,
Mater viventium,
Filia Patris luminum,
Virgo fidelis,
Dulcior favo mellis,
Virgo prudentissima,
Virgo clementissima,
Virgo singularis,
Stella maris,
Virgo sancta,
Fructifera planta,
Virgo speciosa,
Pulchra velut rosa,
Speculum justitiae,
Causa nostrae laetitiae,
Gloria Hierusalem,

Ora pro nobis

Altare thymiamatis,
Civitas Dei,
Luminare coeli,
Vas spirituale,
Vas honorabile,
Vas insigne devotionis,
Thronus Salomonis,
Favus Sansonis,
Vellus Gedeonis,
Pulchra ut luna,
Inter omnes una,
Ut sol electa,
Deo dilecta,
Stella matutina,
Aegris medicina,
Coelorum regina,
Rosa sine spina,
Rutilans aurora,
Valde decora,
Lux meridiana,
Flos virginitatis,
Lilium castitatis,
Rosa puritatis,
Vena sanctitatis,
Cedrus fragrans,
Myrrha conservans,
Balsamum distillans,
Terebinthus gloriae,
Palma virens gratiae,
Virga florens,
Gemma refulgens,
Oliva speciosa,
Columba formosa,
Vitis fructificans,
Navis abundans,
Navis institoris,
Mater Redemptoris,
Hortus conclusus,
Rubus incombustus,
Gloria saeculi,
Nutrix parvuli,

Ora pro nobis

Radix gratiarum,
Levamen molestiarum,
Puteus viventium aquarum,
Mater orphanorum,
Auxilium christianorum,
Salus infirmorum,
Refugium peccatorum,
Consolatrix afflictorum,
Mater pia minorum,
Regina Angelorum,
Regina Seraphim,
Regina Cherubim,
Regina Patriarcharum,
Regina Prophetarum,
Regina Apostolorum,
Regina Martyrum,
Regina Confessorum,
Regina Virginum,
Regina Sanctorum omnium,

Ora pro nobis

Ab omni malo et peccato,
A cunctis periculis,
Nunc et in hora mortis nostrae
Per Immaculatam Conceptionen tuam,
Per sanctam Nativitatem tuam,
Per Praesentationem tuam,
Per coelestem Vitam tuam,
Per admirabilem Annuntiationem tuam,
Per Visitationem tuam,
Per felicem Partum tuum,
Per Purificationem tuam,
Per Dolorem de Christi Passione,
Per gaudium de illius Resurrectione,
Per gloriosam Assumptionem tuam,
Per Coronationem tuam,

Libera nos Dómine

Peccatores,
Ut illos tuos misericordes oculos ad nos convertere digneris,
Ut veram poenitentiam nobis impetrare digneris,
Ut cuncto populo christiano pacem et salutem impetrare digneris,
Ut omnibus fidelibus defunctis requiem aeternam impetrare digneris,
Ut nos exaudire digneris,
Mater Dei,
Genitrix Dei,
Ave, de coelis alma, succurre nobis, Domina,
Ave de coelis pia, fer opem nobis Domina,
Ave de coelis dulcis, intercede pro nobis, Domina,

Te rogamus audi nos

Antiphona

Recordare, Virgo Mater, dum steteris in conspectu Filii, ut loquaris pro nobis, et ut avertas indignationem suam a nobis.

V/. Ora pro nobis, Sancta Dei Genitrix.

R/. Un digni efficiamur promossionibus Christi.

Oremus

Preces nostras, quaesumus. Domine, apud tuam sanctissimam clementiam, Dei Genitricis, semperque Virginis Mariae, commendet oratio, quam idcirco de praesenti saeculo transtulisti, ut pro peccatis nostris apud te fiducialiter intercedat.

Cordibus nostris, quaesumus, Domine, benedictionis tuae rorem, meritis et intercessione beatae Barbarae virginis et martyris tuae, benignus infunde; ut qui ejus imploramus auxilium, tuae propitiationis sentiamus effectum. Per Christum Dominum nostrum qui tecum vivit et regnat, Deus, per omnia saecula saeculorum.

R/. Amen.
V/. Dominus vobiscum.
R/. Et cum spiritu tuo.
V/. Benedicamus Domino.
R/. Deo gratias.

NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA (1)

Bolivia

I

Méjico y el Perú fueron las dos principales naciones que existían en América al tiempo del descubrimiento, y fueron por lo mismo los dos centros primordiales del paganismo en el Nuevo Mundo. Para derrocar la idolatría profundamente arraigada en este Continente eran necesarios auxilios poderosos y excepcionales del Cielo. La Santísima Virgen que es llamada con razón *Puerta del Cielo* y *Estrella de la mañana*, acudió solícita a la conversión de aquellos dos grandes pueblos americanos, haciendo valer en favor de ellos su eficaz patrocinio, y ostentando el poder de su mediación con abundancia rara de los más hermosos e insignes prodigios. *Nuestra Señora de Guadalupe*, en Méjico, y *Nuestra Señora de Copacabana*, en el Perú, vinieron a ser los dos más célebres santuarios de la Madre de Dios en América, dos fuentes inagotables de gracia y misericordia para los desventurados Indios que tan rudamente hubieron de padecer a los principios de la conquista. Nadie podrá calcular jamás todos los beneficios que debe América a la Santísima Virgen; para recordarlos, al menos en parte, después de haber hablado de la aparición de Guadalupe en Méjico, damos

(1) Extractamos estas noticias de una obra publicada en Lima en 1621, con el siguiente título:— "Historia del célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana, y sus milagros, e invención de la Cruz de Carabuco. Por el P. Fr. Alonso Ramos Gavilán, predicador del Orden de N. P. S. Agustín".— Preferimos este autor a otros varios, por ser contemporáneo y testigo ocular de la mayor parte de los sucesos que relata; de modo que los hechos que este artículo contiene son auténticos y merecen entera fe.

ahora alguna idea del santuario de Copacabana en el Perú. (1)

La historia de este santuario es sencilla al par que encantadora; no encontraremos en ella las maravillosas apariciones con que fue favorecido Juan Diego en la colina de Tepeyac, ni el manantial portentoso de Lourdes. Ni siquiera es la invención inesperada de alguna antigua imagen de la Reina de los Cielos lo que excita y mueve la fe de poblaciones enteras. Un escultor novel e inexperto formado al acaso entre la desheredada raza de los Indios, labra por devoción una humilde estatua de María, y la coloca en un olvidado y desconocido lugarejo; pero bien pronto aquel apartado rincón del Perú llega a ser centro de frecuentes y numerosas romerías, y el nombre de Copacabana adquiere extraordinaria celebridad en América y hasta en Europa; porque la Madre Santísima de Dios ha hecho de aquel lugar el trono predilecto de sus misericordias en favor de la raza decaída de los Incas: este es el resumen de la presente historia.

El lago de Titicaca es muy célebre en las tradiciones del Perú incásico, por suponerse que de la isla que ha dado nombre al lago salieron Manco–Cápac y Mama–Ocllo; por cuyo motivo vino a ser aquel lugar como el asiento de todas las supersticiones idolátricas del Perú. En aquella isla estaba construído el templo más rico y venerado de aquel imperio, a donde iban en peregrinación Túpac-Yupanqui, Huayna-Çápac, y otros soberanos. Pues este mismo fue el lugar que eligió el Cielo para erigirlo en trono de las grandezas de María.

El lago de Titicaca o Chucuito está situado entre las dos Repúblicas del Perú y Bolivia, que parten límites por la mitad de sus aguas. Está situado a 3.808 pies sobre el nivel del mar, en la antiplanicie de Oruro, a 15 leguas al O. de la Paz. Sustenta el lago numerosos manantiales de agua, y principalmente los ríos *Ramis, Llave y Coata*. El

(1) Copacabana pertenece actualmente a Bolivia, pero por su importancia histórica y religiosa es el Santuario principal no sólo de Bolivia sino también del Perú.

lago vierte sus aguas en el del Aullaga por el río llamado *Desaguadero.* El paisaje es de lo más ameno y pintoresco que hay en toda la América del Sur. Las aguas dulces, tranquilas y cristalinas del lago surcadas por numerosas y variadas especies de pescados que proporcionan un alimento tan delicado como abundante, las islas de lozana y hermosa vegetación, las bandadas de aves que anidan en los totorales de la orilla: todo contribuye a hacer del Titicaca un sitio encantador.

A la ribera oriental del lago, y recostado a las faldas de una colina está el pueblo de Copacabana, de manera que desde su renombrado santuario se contempla el paisaje más bello y admirable del mundo. Este fue el lugar escogido por el Cielo para teatro de las maravillas de bondad y ternura de la Reina de los Angeles. *Copacabana,* según el P. Ramos, es una palabra compuesta de otras dos, que en el idioma de los incas significa *lugar donde se ve la piedra preciosa.* Lo cual parece, dice el citado autor, que anunciaba el grandioso destino señalado por la Providencia a aquel rincón de la Tierra, "pues, en él ven los fieles aquella piedra preciosa (María Santísima), de quien parece que habló Dios cuando dijo por un profeta: *Dabo lapidem in sanctuarium*".

II

Cuando los españoles conquistaron el Perú, encontraron todas las tierras contiguas al Titicaca, así como sus principales islas, habitadas por numerosas tribus de indios, entresacados de todos los dominios de aquel vasto imperio, según el sistema seguido por los Incas para asegurar sus conquistas. Los que de este modo eran arrancados de su suelo natal, y conducidos a extrañas tierras, llamábanse *Mitimaes* o advenedizos. No solamente en la gran isla de Titicaca, en el mismo asiento de Copacabana se veneraba por los peruanos un ídolo famosísimo, y muy celebrado por aquellos extraviados gentiles. "Copacabana, dice el historiador cuyo relato compendiamos, entre otros pueblos, es el que se pobló con más copia de diferentes naciones, para custodia y autoridad del falso santuario de Titicaca. Transportó allí el

Inca a los Anacuscos, Hurincuscos, Ingas, Chincaisuyos, Quitos, Pastos, Chachapoyas, Cañaris, Cayambis, etc., etc. De estas cuarenta y dos naciones, puso de cada una tantos indios casados, con orden, que si por discurso de tiempo faltase alguna, la trajesen de su (suelo) natal". Verificada la conquista del Perú con los sangrientos excesos que la codicia y la ambición pusieron por obra, la Religión se apresuró a curar tantas llagas, atrayendo suavemente al yugo suave del Evangelio a aquellos míseros pueblos, que de este modo aprendieron a buscar a Dios, y su Madre Santísima, como remedio de todos sus males.

"El asiento de Copacabana y sus tierras, era infestado con los continuos hielos que a principios de febrero despedía el cielo contra sus sementeras, que por aquel tiempo comienzan. Este tan ordinario azote traía acosadísimos a los miserables indios, que no les daba lugar a ningún descanso: estando sobre ellos el temor del hambre, con las demás calamidades que tras ella vienen. Determinaron, pues, poner sus suertes en manos de Dios, y en las de su Madre sus peticiones. Tomaron la mano para esto las cabezas de la parcialidad Anansaya, y trataron de fundar una cofradía a honra de Nuestra Señora, cuya principal fiesta y advocación fuese de la Candelaria, que cae a dos de febrero, cuando, como digo, eran los hielos. No faltó contradicción a esta singular obra, que no lo fuera, si no tuviera a sus principios contradicción. La parcialidad Urinsaya alegó que aquello tocaba a todo el pueblo, y que ellos tenían puesto en plática fundar una cofradía de San Sebastián, y que un lugar cuya gente era tan pobre, cuanto mal avenida, no sufría tantas cofradías; pudo por entonces esta contradicción hacer que la obra cesase. Pero poco después sucedió que a D. Alonso Viracocha Inga, Gobernador de los Anansayas, se le ofreció hacer jornada a la villa imperial de Potosí, a donde halló a D. Francisco Tito Yupangue, deudo suyo; allí trataron de su nueva cofradía, y de lo que en el caso debían hacer".

Pues fue el caso que Tito Yupangue se hallaba, precisamente en aquellos días, ocupado en hacer una esta-

tua de Nuestra Señora de la Candelaria para obsequiarla al pueblo de Copacabana, para realizar una antigua promesa que con tal intento había hecho a la Santísima Virgen. Para ello el devoto y humilde indio se preparó previamente con muchas oraciones y ayunos, y anduvo recorriendo los templos en busca de una imagen de aquella advocación, hasta que finalmente encontró una que le dijeron era de la Candelaria; con la cual dio principio a su obra el 4 de Junio de 1582. Animado con las conversaciones de Alonso Viracocha Inga, continuó entusiasta su trabajo, de manera que cuando por segunda vez se le presentaronn el citado Viracocha y un hermano suyo llamado Pablo, con ocasión de haber ido a Potosí a solicitar del Obispo de aquella diócesis, permiso para erigir en Copacabana la anhelada Cofradía de Nuestra Señora de la Candelaria, la Imagen estaba muy adelantada, y tenía casi concluído el busto. Alonso y Pablo Viracocha hallaron muchas dificultades para lograr su intento, porque un criado del Obispo con quien primeramente trataron del asunto, con el fin de lucrar, dijo a los indios que no llevasen adelante su propósito si no tenían rentas para la cofradía que querían establecer. Muy desalentados quedaron con esto los solicitantes, porque eran pobres; pero quiso el Cielo que encontrasen un piadoso sacerdote, quien abrió el camino a aquellos sencillos y devotos indios para que se entendiesen con el Prelado, aconsejándoles el modo de salir bien en el asunto.

Tito Yupangue que se unió con los Viracochas en aquella santa empresa, supuso que el mejor medio sería presentar al Obispo una pintura de la Imagen en cuyo honor se quería erigir la Cofradía; pero como el improvisado artista era tan inexperto así en pintar como esculpir, la Imagen salió tan imperfecta que al verla no pudieron menos de reírse el Prelado y los eclesiásticos que le acompañaban; y aconsejaron al indio que no se metiese más a pintor, pues aquel arte era buena únicamente para los españoles. De esta manera el ardid que se tomó para alcanzar más fácilmente la gracia, sirvió para hacerla fracasar. Sin embargo, el cuitado Yupangue, aunque muy triste por lo sucedido, no quedó desanimado; antes, según lo declaró él mismo después, se sintió más inflama-

do para realizar su propósito, y acompañando a la promesa, oración y ayunos, hacía violencia a Dios, pidiendo a su soberana Majestad en humildes ruegos "facilite en él lo que por ser indio rudo imposibilitaban los españoles"; el Señor le concedió con creces lo que pedía, puesto que a un escultor tan ignorante se debe una de las imágenes más famosas que tiene la América.

Lo que acaba de referirse ocurrió en la ciudad de Chuquisaca, o Sucre como se llama hoy, donde por entonces se hallaba el Obispo. Tito Yupangue después de aquel revés dejó a sus compañeros en la ciudad mencionada, y se regresó a Potosí a terminar su obra que tenía ya muy adelantada. Mientras Alonso y Pablo Viracocha trabajaban por alcanzar la licencia de la cofradía, lo que no lograron sino al cabo de algunos meses, nuestro escultor continuó tallando su estatua, y cuando la tuvo casi concluída salió de Potosí en dirección a Chuquiabo donde pensaba dar la última mano a esta Imagen antes de presentarla en Copacabana; pues faltaban todavía los dorados, follajes y demás adornos acostumbrados entonces en tales obras. Acompañado Yupangue de algunos indios de su propio pueblo, que le ayudaban a llevar la estatua, emprendió el camino con mucha angustia y sobresalto, porque no sabía cual iba a ser el término definitivo de tantos afanes. Anduvieron de este modo todo el día, y al anochecer llegaron al pueblo de Hayohayo, y "pusieron la Imagen al zaguán de las casas del Cabildo, donde en esta coyuntura estaba aposentado un Corregidor de Arecaxa, y entrándose a recoger como viese bulto a la puerta, y en una manera de andas, pensando que era cuerpo muerto le dio un puntapié, riñendo a los indios porque allí habían puesto aquello; decíanle lo que era, y él no entendiéndolos mandaba con mucha cólera que lo echasen fuera". Pero enterado después el español que se trataba de una Imagen de la Santísima Virgen, la recibió gustoso en su casa, avergonzado de lo que acababa de sucederle.

III

Después de esto llegaron a la ciudad de la Paz o Chuquiabo, como se la llamaba entonces, donde Yupangue "supo que estaba a la sazón un español dorando un retablo del convento del seráfico Padre San Francisco. Determinó verse con él, y aun servirle, esperando por paga algún aprovechamiento en el arte, como lo había hecho en Potosí con otro oficial, maestro de talla. Como lo pensó así lo hizo, y de lance en lance le vino a dar cuenta de su imagen, descubriéndole el deseo que tenía de verla ya en perfección, y que sólo le faltaba dorarla, y que la viese y le dejase lo que era menester de panes de oro, pues lo entendía, para dorarla. Quedaron en que el día siguiente, que era fiesta, iría el hombre a ver la Imagen, con que el indio volvió muy contento a su casa, y desenvolviendo su obra para tenerla a punto, cuando viniese el dorador, la halló, como otras veces le había sucedido en Potosí, muy descompuesta y maltratada, sin poder rastrear la causa de aquel daño. No fue pequeño el disgusto que el afligido indio tuvo de esto, y estuvo cerca de dar de mano a aquel su prolijo cuidado, pues tan al revés le salía de su deseo. Fue menester gastarse el indio otros tres meses en reparar el santo bulto, y quedó de modo que viéndola el dorador, sintió grandes deseos de querer dorar, y acudiera luego a ello si la obra del convento no se lo estorbara. Pero al fin conformándose ambos se resolvieron en traer la Santa Imagen de parte de noche, cuando no fuese sentida de los religiosos, y entrarla en el taller y oficina del español. Como lo platicaron así lo hicieron, y entrambos trabajaban de día en la obra del retablo, y hurtando de noche al sueño muchos ratos, los entretenían en dorar la Imagen".

Al fin de tantos esfuerzos y contrariedades quedó terminada la estatua. Recreábase en ella Francisco Yupangue, por haber dado cima, aunque tan a costa suya, a aquella piadosa y ardua empresa; cuando para colmo de gozo llegaron a la Paz, Alonso y Pablo Viracocha, con las licencias y provisiones episcopales convenientes para establecer en Copacabana la deseada Cofradía de Nuestra Señora de la Candelaria. El Ilmo. Sr. D. Alonso Grane-

ro, Obispo de Potosí, además de conceder las provisiones antedichas, había querido que su nombre fuese el primero en la lista de los nuevos cofrades, para prueba de la singular estimación que hacía de la institución piadosa que iba a fundarse en Copacabana.

Fácil es imaginarse el contento que así Yupangue como los Viracochas tuvieron recíprocamente al ver tan a punto de realizarse sus deseos; por lo cual Alonso fue apresuradamente a Copacabana, a tratar con los de este pueblo el establecimiento de la Cofradía y la adquisición de la Imagen. Todos convinieron en lo primero, ya que tenían en las manos la licencia del Obispo; pero en cuanto a la Imagen fue dictamen general, muy especialmente de los Urinsayas, que no debía recibirse aquella de ninguna manera, pues debía ser obra no de un indio sino de un artista español muy entendido, y, si era necesario, debía ser trabajada en España. Tan grande fue la oposición que hicieron los del pueblo a Alonso Viracocha, tan destemplados los gritos y airadas las voces con que cercaron al pobre indio, que desalentado por completo escribió a Yupangue aconsejándole que vendiese la Imagen y se aprovechase de su precio, pues los Urinsayas no querían ni oír hablar de obra suya. Sumamente disgustado con tal noticia el desairado escultor resolvió poner en ejecución el consejo de su amigo. Presentáronsele al efecto muy buenos compradores, como fueron los habitantes de Guaqui, en Calamarca y Huachacachi; y con tanto ahínco procuraron comprar la estatua que se trabó entre estos dos pueblos una inesperada competencia sobre cuál había de ser el preferido. "Estas cosas vinieron a noticia de D. Gerónimo Marañón, que a la sazón era corregidor de Omasuyo y pueblo de Copacabana, que en este tiempo hallábase en Chuquiabo, y luego dio orden como ninguno de los conciertos pasase adelante, pues la Imagen se había hecho para Copacabana; y porque el escultor no tratase de la venta fuera de su pueblo, dio cuarenta pesos de limosna para ayuda de costa, asegurando al dueño que él la haría admitir en su pueblo pues estaba buena. Hallóse asimismo a esta coyuntura en Chuquiabo, Don Diego Churotopa, cabeza y gobernador de los Urinsayas, el cual vista la Santa Imagen, y la determinación

de su corregidor, quiso traerla él mismo en persona a su dichoso pueblo de Copacabana". Lo que realizó en seguida con diez indios que contrató a su costa, quienes formando unas andas, que llaman *huando,* dice el P. Ramos, trasladaron la estatua desde la ciudad de la Paz, hasta las orillas del Titicaca; y como debiesen pasar a la otra parte del lago, que es donde está situada Copacabana, lo hicieron por el estrecho de Tiquina. En este punto encontraron al P. Antonio de Montero, cura de Copacabana y pueblos circunvecinos, que de igual modo que los Urinsayas se había opuesto a admitir en su iglesia la Imagen, deseando que esta fuese obra no de Yupangue, sino de un artista español hábil y entendido en estatuaria; mas, luego que el buen sacerdote miró la Imagen quedó tan prendado de ella, que ordenando se detuviese la Santa Imagen algunos días en la pequeña capilla de Tiquina, se adelantó él en persona a Copacabana, para persuadir a los indios que depusiesen su caprichosa obstinación y admitiesen en el pueblo una obra que había salido tan hermosa. Sin embargo, la opinión de los indios era tan tenaz, que no pudo vencerla el cura con todos sus razonamientos, de manera que pasaban días y días, y la Santa Imagen continuaba confinada en Tiquina. En esto como se acercase ya la fiesta de la Candelaria, quiso pasarla en su propio pueblo de Copacabana el Corregidor de él Don Gerónimo Marañón; salió, pues, con tal intento de Chuquiabo, y al llegar a Tiquina y encontrar detenida allí la Santa Imagen, y más todavía al saber el motivo de aquella detención, se airó en gran manera; y así como llegó en Copacabana, sin perder tiempo en estériles discursos, dio orden para que una partida conveniente de indios marchase inmediatamente a traer la venerada efigie. Al siguiente día, que era fiesta de la Candelaria, se dispuso una procesión solemne para salir al encuentro de la Imagen; iban en ella el Corregidor, el Cura, y toda la población de Copacabana y sus alrededores; de este modo entre señales del más intenso regocijo, entró la Reina de los Cielos a tomar posesión de aquella humilde aldea, y convertirla en trono de sus grandezas, el 2 de Febrero de 1583.

IV

El ídolo que en tiempos del gentilismo habían levantado los peruanos en Copacabana "era de piedra azul vistosa, y no tenía más que la figura de un rostro humano, destroncado de pies y manos. Miraba aqueste ídolo hacia el templo del Sol, (templo fabricado en la isla principal del Titicaca) como dando a entender que de allí le venía el bien". La Providencia Divina se encargó de desvanecer esas necias supersticiones enseñando a aquellos pueblos sencillos que Jesucristo es el verdadero Sol de justicia, y María, la Aurora que le precede y anuncia. Borrar los últimos restos de la idolatría, afirmando a los descendientes de Manco-Cápac en las verdades de nuestra Santa Fe Católica: he aquí el gran portento que venía a realizar, en el centro del antiguo Perú, Nuestra Señora de Copacabana. La nueva devoción originada en tan oscuros y humildes principios se desarrolló suave y paulatinamente y creció hasta llenar toda la América; porque el Reino de María, como desarrolllo que es del de Jesús, es semejante al grano de mostaza, la más diminuta entre las simientes, pero que cuando germina y crece llega a convertirse en árbol.

¿Quién lo había de suponer?: aquella tosca imagen, obra de un improvisado artista, vino a ser el instrumento de las gracias más sorprendentes del Cielo, y canal de los más ricos y estupendos milagros de la Madre Santísima de Dios. Siendo muy de advertirse que la mayor parte de estos prodigios se realizaron en favor de los indios; con lo cual María declaró que tomaba bajo su especial protección a la raza americana, y obligó a los conquistadores españoles a ser dulces y benignos con los que declaraba escogidos por vasallos e hijos suyos.

La ciudad de Chuquiabo (actualmente la Paz) fue teatro del primer portento realizado por la admirable Imagen. Mientras Francisco Tito Yupangue se hallaba en dicha población, poco después de haber terminado su obra, fue ésta confiada a un religioso franciscano "llamado Fray Francisco Navarrete, gran siervo de Dios, y hombre contemplativo, (a quien) todas las veces que entraba en

su recogimiento, a deshoras le deslumbraban unos rayos que salían de la Santa Imagen; y viendo aqueste religioso al don Francisco, y a sus compañeros, les decía: no sé hijos que es esto que veo en vuestra Imagen que me parece que echa rayos de fuego".

El mismo día que entró la Santa Imagen en Copacabana aconteció un hecho extraño y "fue que el Corregidor sacó el guión para acompañar la Santa Imagen, y el guión como de pueblo pobre tenía por remate una cruz de bronce, la cual o por no estar bien puesta, o ya porque la Santa Imagen quería mostrar sus maravillas, cayó sobre la cabeza del Corregidor, y con ser pesada la Cruz no le hizo daño alguno, cosa que admiró a todos".

Poco después de esto, queriendo los Anansayas proporcionarse recursos para atender al culto de Nuestra Señora y sostener la cofradía erigida en su honor, "determinaron hacer sementera y sembrar una chácara, en nombre de la Madre de Dios, para que de los frutos se comprasen las cosas necesarias para el servicio de la Santa Imagen. A esta sementera no trataron de acudir los Urinsayas, que todavía les había quedado unas reliquias de su rebelde contradicción, y aún bullían en sus pechos ciertos resabios rabiosos de que esos otros hubiesen salido con su intento; alegaron, para afeitar (o sea, dorar) su poca devoción, la sequedad del tiempo, que tan rebelde tenía la tierra, pues no se dejaba barbechar. Pero no obstante todo esto los Anansayas, no sé con qué actos de fe, se fueron a la parte donde la sementera se había de hacer, y tomando sus taclas o arados, comenzaron a romper la dura tierra, ablandándola con el sudor de sus rostros, que por ellos corría con gran prisa a regar aquel áspero suelo; y estando el aire muy sereno, apenas hubieron comenzado cuando les cubrió una espesa nube, que defendiéndoles del riguroso calor con que casi tenían tostadas las entrañas, les regó la tierra tan a medida de su deseo, que dejó envidiosos a los otros indios, pues sólo se dejó en el sitio que, para la chácara o sementera de la Virgen, estaba señalado". El negar las lluvias a los campos de los otros indios era una nueva misericordia de María, para que los obstinados Urinsa-

yas depusiesen sus odios y rencores, y reconociesen que la Madre de Dios es amparo eficacísimo para todos los cristianos. "Dio, en efecto, la Virgen de Copacabana a los Urinsayas incrédulos agua también, porque depuesta la obstinación se la pidieron. Hacía el tiempo sequísimo por ser los años calamitosos que señaló aquel portentoso cometa el año de 1587. Los Anansayas hicieron decir una misa cantada a la Soberana Virgen, pidiéndole socorro en aquella necesidad; no desdeñó esta Señora y Madre de toda piedad de oír a estos humildes devotos, y llovió de suerte sobre las tierras de los Anansayas que dejándolas hechas casi unos estanques de agua, la negó a los otros que habían sido contradictorios, sin que una sola gota alcanzase a sus tierras, no estando muy distantes las unas de las otras. Con tan manifiestos y conocidos milagros, acabaron los de la parcialidad Urinsaya de caer en la cuenta y conocer el bien que en su casa tenían, dando muestras de este conocimiento, pues con grandes lágrimas hicieron decir otra Misa, pidiendo a la Virgen agua; llovió después generalmente sólo en Copacabana, dando el cielo agua suficiente para las chácaras de todos, y negando este favor a las tierras convecinas".

Siguióse a esto una serie no interrumpida de los más extraordinarios portentos, de modo que el nombre de Nuestra Señora de Copacabana llegó a ser muy célebre, primero en el Perú, después en toda América, y finalmente hasta en Europa; no siéndonos posible aquí referirnos todos, ni siquiera los más principales, nos contentaremos con entresacar algunos tomándolos como al acaso, de la obra citada, para presentarlos por muestra de los demás que callamos.

V

Los innumerables y maravillosos favores concedidos por la Santísima Virgen en Copacabana hicieron muy pronto de este lugar un centro de frecuentes y piadosas romerías; los tullidos y los ciegos, los que tenían causas desesperadas o eran víctimas de dura y tiránica opresión, todos los enfermos, todos los atribulados acudían a Copacabana como a la piscina donde se remediaban

los males tanto morales como físicos. Estas curaciones eran súbitas y acompañadas muchas veces de apariciones de la Santísima Virgen y otros tan raros y singulares portentos, como apenas se leen semejantes en la historia de los más célebres santuarios del antiguo mundo.

"El año 1589, vino a esta santa casa una india ciega llamada Juana Aimará, natural del Cuzco, y estando en sus novenas un sábado, quedó sana y con vista; vido muchas lumbres de ángeles junto al altar de Nuestra Señora, y quedó tan consolada con aquella visión que vino a decir, no una sino muchas veces, que no había tal cosa como servir a Dios, y a su Madre Santísima, acudiendo a favorecerse siempre de ella".

Un año después, caminando tres indias del Cuzco hacia la ciudad de Potosí, resolvieron visitar al paso el Santuario de Copacabana. Faltando pocas jornadas para llegar a este pueblo, enfermó de muerte una de las viajeras, que era muchacha de pocos años. Las otras dos indias, madre y abuela de la enferma, imploraron el socorro de la Santísima Virgen, y ofrecieron que si sanaba la niña la consagrarían desde aquel momento al amor y servicio de María; entonces, cuando juzgaban todos que iba a morir la doncella, he aquí que despierta por la noche dando voces, y clama que la Madre de Dios le exhorta a que se levante y acuda pronto a Copacabana; y como madre y abuela la reprendiesen, diciéndole que callase, que estaba loca, la niña repuso: "no estoy loca; mirad que está ahí la Divina Señora". Y sin haber conocido jamás la portentosa Imagen, hizo de ella una descripción exactísima, y al punto quedó sana.

Por el mismo tiempo, hallándose próxima a la muerte una india de Yunguyo, llamada Inés Chura, se le apareció la Santísima Virgen, le curó de su mal, y le ordenó que en agradecimiento hiciese una romería a Copacabana. A otros varios enfermos aconsejó lo mismo.

Pero iba más adelante aún que todo esto la condescendencia y dulce amabilidad de María con los pobres indios. Uno de éstos, del pueblo de Hilabi, tullido hacía

tres años, se hizo conducir a Copacabana para la fiesta de la Candelaria; una vez allí pidió y obtuvo permiso para pasar la noche de la festividad en la Iglesia, velando a la Santa Imagen. Luego que estuvo solo púsose a llorar pidiendo a voces a la Santísima Virgen que le concediese la salud; entonces la Divina Madre habló desde su estatua a aquel devoto indio, y con dulce y delicada voz le dijo: "deja, hijo mío, esas muletas, que ya te he concedido la salud; anda sin ellas y te encontrarás sano". Otro indio, mozo de diez y ocho años, e igualmente tullido, que adoptó el mismo expediente de quedarse por la noche en la Iglesia, para con más libertad y fervor pedir la salud a María, obtuvo otro favor semejante, pero aún más señalado; pues, mientras que con lágrimas y clamores elevaba su oración, contempló a la Santa Imagen moverse de su lugar, dejar el nicho en que se hallaba, acercarse al altar, y reclinar en él al Niño Divino. Luego llegándose María a donde estaba el tullido le hizo cruces en las rodillas, y le dejó enteramente sano. Loco de gozo el indio con tan estupenda merced, púsose a dar saltos y gritos en la Iglesia, de modo que acudió a ella gente, y todos quedaron estupefactos ante semejantes maravillas.

Si con tanta benignidad se prestaba María a curar a los indios de sus enfermedades, no fue menos la solicitud que mostró en libertarles de la tiranía de sus opresores y aliviarles en sus trabajos. Citaremos algunos ejemplos.

Todos saben que el laboreo obligado en las minas fue uno de aquellos abusos que hicieron la conquista sobremanera intolerable y pesada para los infelices aborígenes. Los repartimientos forzosos que con el nombre de *mitas* arrancaban a centenares de su suelo natal, arrasaron las antiguas poblaciones, porque la mayor parte de aquellos desgraciados perecían víctimas de las rudas faenas a que se les había sujetado. Pues bien, Nuestra Señora de Copacabana se mostró repetidas veces defensora y abogada solícita de aquellos miserables. El año 1590 cien indios que trabajaban en una mina de Potosí, quedaron sepultados en ella, porque se derrumbó una

parte de los socavones y obstruyó la salida. Ocho días aquellos infelices estuvieron encerrados en las entrañas de la tierra; durante este tiempo clamaban sin cesar a Nuestra Señora de Copacabana, que oyó benigna sus ruegos, y al fin les sacó de aquellos espantosos calabozos. Poco después ocurrió otro desastre semejante con seiscientos indios dedicados a la misma labor en la propia ciudad de Potosí. Quedaron por ocho días encerrados en una mina, hasta que se les apareció Nuestra Señora de Copacabana, les consoló con su presencia, y les enseñó la salida.

Pero aún más maravilloso que los anteriores es el siguiente caso. "Las máquinas e invenciones, dice el P. Ramos Gavilán, que para moler (el cuarzo y otras tierras y extraer la plata) ha maquinado la industria de los hombres en estos reinos, no son fáciles de referir; pero la que entre todas, por el artificio, se aventaja es la que se llama *ingenio*, y con razón, pues con sólo el herido del agua tiene su movimiento una grandísima rueda que perpetuamente gobierna unos mazos, del tamaño de medianos cuartones, calzados de acero, y levantando unos y derribando otros, muele sin parar instante, dentro de un gran mortero, durísimas piedras y guijarros que tienen escondida dentro de su dureza la plata". Sucedió, pues, en la villa imperial de Potosí, que trabajando un indio en cierto ingenio, "enojado el mayordomo de la flema con que lo hacía, de un puntillazo que le dio con increíble cólera, le arrojó dentro del mortero del metal para que cayendo sobre él los mazos le desmenuzasen los huesos como muelen las piedras. Apenas ejecutó su hecho cruel cuando advertido de su delito se arrodilló de presto invocando el favor de la Virgen de Copacabana. ¡Oh, admirable portento...! Apenas invocó el arrepentido mayordomo el nombre de la Virgen, cuando visiblemente se detuvieron en el aire todos los mazos que habían de coger debajo al miserable indio, y los otros que no alcanzaban a ofenderle molían los metales, moviéndose al compás de la rueda. Sacaron del mortero al indio, y luego los mazos que estuvieron detenidos y suspensos hasta entonces, prosiguieron su ejercicio como antes".

El mismo autor refiere varias resurrecciones de muertos ocurridas en su tiempo por intercesión de Nuestra Señora de Copacabana. Para muestra bastará el siguiente ejemplo.

El año de 1610, en el asiento de Tupisa, provincia de Chichas, se le murió a Francisco Fernández de Burgos una niña de seis meses. Los padres que amaban con extremo a la niña pusiéronse a clamar a Nuestra Señora de Copacabana, que a todo trance les devolviese a su hija. "Aunque se llegó la hora de llevar la criatura a enterrar, no desconfiaron de la misericordia de Dios, y de la de su Santa Madre; acudieron al entierro, y la madre que tenía por nombre doña Catalina Cañizares, llegando a la iglesia donde había de ser enterrada la niña, tomándola en los brazos la puso en el altar de Nuestra Señora, delante de los sacerdotes y seculares que allí estaban invocando a la Madre de Dios de Copacabana. ¡Fue cosa milagrosa: que luego la niña resucitó con admiración de todos!".

VI

La salud y demás bienes temporales concedidos por la Santísima Virgen en Copacabana no fueron más que el principio, y como camino, para otras gracias más excelentes que esta Madre bondadosa se proponía otorgar a sus devotos. Ilustrar a los infelices indios en las verdades de nuestra Santa Fe, hacer florecer en ellos las costumbres y virtudes cristianas, y extirpar los vicios heredados del paganismo: tales fueron los frutos escogidos que proporcionó al Perú el santuario de Copacabana.

Muchos son los prodigios que se refieren realizados por la Santísima Virgen para restituir a jóvenes extraviados al seno de sus familias, aplacar rencores y odios inveterados, reconciliar a consortes mal avenidos, y otros casos semejantes. Veamos algunos.

Un indio perverso para deshacerse de su mujer legítima la sacó con engaños al campo, y allí la estranguló. Consumado su crimen huía a toda prisa el asesino,

cuando recordó que si dejaba insepulto el cadáver de la víctima, sería descubierto seguramente el cuerpo del delito, y de esta suerte castigado el malhechor. Tornóse, pues, a enterrar el cadáver; pero cuál no fue su sorpresa cuando al llegar al sitio del atentado, encontró a la india sana y buena, sentada tranquilamente y con los ojos levantados al cielo; y lo que es más admirable todavía, sin mostrar señal ninguna de odio ni resentimiento contra su inhumano marido. La india explicó el portento diciendo que la Santísima Virgen de Copacabana le había restituído la vida, y con sus piadosas y virginales manos había desatado el lazo de la garganta de la infeliz. Desde entonces vivieron los dos consortes en paz inalterable hasta su muerte.

Un cierto Francisco Gómez, de Chucuito, fue a Copacabana en busca de un enemigo suyo para vengarse de él matándolo. Mientras realizaba su intento fue a la iglesia del pueblo por curiosidad. Dos veces entró al santuario, pero ambas sintió dolores tan intensos de cabeza que hubo de salirse fuera. Además la Imagen de la Santísima Virgen le pareció sin gracia ni hermosura alguna, y tan marchita y ajada como si fuese copia de mujer macilenta y anciana. Con esto reconoció el vengativo su culpa, se arrepintió de ella, y al punto se vio curado de su mal, y contempló a la prodigiosa Imagen con la hermosura y encantos que le son peculiares.

Pero en tan grandes y extraordinarias maravillas, ninguna nos parece más digna de ser referida que la siguiente. Entre las diferentes poblaciones de indios que por aquel tiempo moraban junto al Titicaca, la más degradada, infeliz y miserable era la de los Uros, indios tan abyectos que vivían como las bestias alimentándose de raíces y yerbas silvestres. Uno de estos indios desgraciados, tullido a nativitate, fuese arrastrando a Copacabana, por ver si con la protección de la Santísima Virgen recobraba la salud. Tan ignorante era el miserable y tan cortos sus alcances que no sabía cosa alguna de la doctrina cristiana, y jamás pudo aprender ni el Ave María, por más que se lo enseñaron. Con todo, hizo una fervorosa novena a Nuestra Señora de Co-

pacabana, acudiendo todas las noches al santuario, y permaneciendo largas horas postrado a las plantas de la Santísima Virgen. Al fin de la novena se levantó repentinamente del suelo, púsose en pie y quedó completamente sano. Lo más portentoso de todo fue que aquel indio rudo "sacó de las novenas aprendido un cantar, en su lengua, a manera de himno, que estaba hecho en puntual compostura, y contenía en su significación el misterio de la Sagrada Pasión de Cristo Redentor nuestro. Este himno lo cantaba él que no sabía el Ave María, en un devoto y triste tono, a cuyo son se le caían las lágrimas por las renegridas mejillas. Preguntado quién le había enseñado aquel cantar, respondió: que aquella Soberana Señora, la Virgen Santísima de Copacabana, que estaba en el altar, se lo enseñaba cada noche de las que estuvo en el novenario. Lo cual se prueba ser cierto, porque otro autor no se le halló, que en aquella tierra no había dos que en aquella lengua lo pudieran componer, ni se halló que otra persona, fuera de aquel indio, supiese letra ni tonada; ni aun la aprendiera, según era rudo, de otro maestro, que de la que milagrosamente le dio entera salud". Este cántico se hizo muy popular entre los indios del Perú, "que traducido, dice el Padres Ramos, es del tenor siguiente:

Aquel agraciado esposo
Sobre todo lo criado
Que sin tener culpa alguna
Sus queridos le afearon.
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
¡Su Sangre derramó por nuestro amor!

Los rudos falsos sayones
Con fiereza le trataron;
Sus brazos, manos y cuello
A una columna apretaron.
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
¡Su Sangre derramó por nuestro amor!

Con fuerza azotes descargan
En el cuerpo sacrosanto,
Siendo resplandor de gloria

Sus carnes hacen pedazos.
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
¡Su Sangre derramó por nuestro amor!

Duros espinos de juncos
La cabeza taladraron;
La Sangre viva corría
Por el uno y otro lado.
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
¡Su Sangre derramó por nuestro amor!

Al que da la vida y gloria,
Honra y vida le quitaron;
Como si fuese ladrón
En un palo le enclavaron.
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
¡Su Sangre derramó por nuestro amor!

Con hiel amarga y vinagre
En la Cruz, ¡ay! lo abrevaron;
Y con una cruel lanzada
El Corazón le rasgaron.
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
¡Su Sangre derramó por nuestro amor! (1)

El historiador, cuyo relato compendiamos, dice que el prodigio precedente lo ha tomado de una obra escrita por el licenciado Diego de Flores que fue testigo presencial del milagro, y añade: "Refieren también este milagro los Padres de la Compañía de Jesús, en sus Anales de las cosas singulares sucedidas en el Perú. Este indio Uro vivió entre aquellos santos religiosos, y con el gran regalo que de ellos tenía, vino a olvidar su aldehuela, connaturalizándose en Juli; y según la cuenta de dichos Padres, sucedió este milagro el año de 1587".

(1) Estos versos fueron enseñados por la Santísima Virgen en quichua; pues dice el P. Ramos, que lo que él traduce por ¡Ay dolor!, en el original decía: ¡Alau, Alau! Para la inserción de las coplas que damos en el texto, hemos comparado la traducción del P. Ramos con la del P. Fr. Rafael Sanz, que no hace mucho fue Cura de Copacabana, y ha compuesto una Novena de la Milagrosa Imagen con bastantes noticias del Santuario.

VII

De las maravillas, que son innumerables, concernientes al santuario de Copacabana, la más estupenda de todas es la misma Imagen. Creemos que no hay otra ni más hermosa ni más célebre en la América del Sur.

Francisco Tito Yupangue era del linaje real de los Incas, pero fuera de esta recomendación, y, sobre todo, de su grande y singular piedad, no tenía otra. Había, con no sé con qué motivo hecho "promesa de dar a su pueblo (de Copacabana) una Imagen de la Virgen que fuese de su mano, aunque en la demanda gastase y padeciese mucho. Había acompañado esta promesa con afectuosas oraciones y ayunos, pidiendo gracia para acertar a hacer la Imagen, conforme su devoción". Visitó para ello todas las iglesias que pudo, hasta que al fin en una iglesia de religiosos dominicanos del Potosí halló una estatua que, le dijeron, era de Nuestra Señora de la Candelaria; entonces, el 4 de Junio de 1582, principió a tallar en madera la estatua de la Santísima Virgen que luego había de ser tan famosa. Pero antes de esto había hecho un ensayo que le salió muy mal. Había trabajado en barro una estatua de la Madre de Dios, y con permiso de un cura de Copacabana, llamado Antonio de Almeida, había colocado la Imagen en la iglesia. Pero luego vino otro cura, el bachiller Montoro, que encontró tan tosca, imperfecta y grosera la estatua, que mandó sacarla del templo y arrinconarla en la sacristía. Grandemente lo sintió Yupangue, y fue con este motivo que marchó al Potosí para aprender la escultura bajo la dirección de un maestro en el arte, y poder luego cumplir su promesa tallando en madera la proyectada estatua. Hízolo así y el resultado sobrepujó a las esperanzas.

Una obra tan acabada y primorosa, de belleza tan peregrina y sobrenatural, no pudo en manera alguna deberse sólo a los esfuerzos de aquel artista improvisado y novel; hubo seguramente de intervenir un prodigio en la ejecución de la Imagen. Todos cuantos la conocen y hablan de ella no encuentran expresiones para ponde-

rar la gracia, hermosura y majestad que le son propias. Cuando apareció por primera vez en Copacabana, dice el P. Ramos: "su belleza resplandeció tan extraña que se arrebató los ojos de todos, no con menos dulzura que reverencia, por ser esta Santa Imagen un asombro de naturaleza, un pasmo de ojos humanos, y un éxtasis de cualquier entendimiento, que no acaba de entender tanta grandeza como encierra en sí aquel rostro sobrenatural, a cuya vista titubean todos los que la miran, por los más y más aventajados primores de peregrina belleza que por instantes parecen en aquel rostro Divino".

Al prodigio de la transformación del rostro de la Santa Imagen, siguióse luego otro no menos sorprendente. El escultor poco advertido había levantado tanto al Niño, que al ponerle la corona quedó cubierto el semblante de la Madre Santísima. El cura Montoro ordenó al instante que se corrigiese el yerro; convino en ello el artista, y para realizar su intento ordenó que al día siguiente se bajase del nicho la estatua. Pero cuál no fue el asombro de todos, al advertir que el Divino Infante había variado súbitamente de postura; pues en vez de estar sentado en la mano izquierda de María, según lo había tallado el artista, ahora se veía recostado horizontalmente en los dos brazos de la Santísima Virgen, tal como se mira hasta el día de hoy.

Poco después un devoto soldado queriendo regalar un anillo, encontró que la Imagen tenía los dedos de las manos tan unidos entre sí, que formaban una sola pieza; ideando estaba cómo podría remediarse el mal, cuando al repetir la visita al santuario halló que los dedos estaban ya separados entre sí, de modo que pudo con toda facilidad realizar su piadoso deseo.

Añádase a lo anterior que la venerada Imagen ha cambiado repetidas veces de aspecto. "Este milagro de mudar la Virgen de rostro y semblante, y no estar siempre de una manera, es ordinario, porque todas las veces que la descubren la hallan diferente: unas muy encendida, y otras algo pálida, otras tan grave que causa terror mirarla, y otras que consuela; finalmente el ros-

tro Santísimo y los ojos los tiene tales que parece estar viva. Por curiosidad y devoción de algunas personas, han querido pintores famosos retratarla, mas no han podido salir con su intento, porque cotejando el retrato hallan diferente el original. Otro milagro se ve de ordinario en esta santa casa de la Virgen, que no entra persona por desalmada que sea, que al punto que pone los pies en su santo templo no se halle tan trocada, que al punto no sienta dolor y compunción de sus culpas y trate de confesarse".

En cuanto a la singular belleza de Nuestra Señora de Copacabana y poderoso influjo que ejerce en las almas, es muy notable el hecho siguiente. Refiere el P. Sanz que allá en tiempos de la colonia, en la ciudad de la Plata, andaba un caballero español, doctor en jurisprudencia y gran letrado, perdido en las sendas del vicio, y muy enredado en amores profanos. Traicionado una vez en sus afectos, y ardiendo en celos, salió de su casa resuelto a cambiar de amistades, pero no de vida. Mientras iba por una calle se le hizo encontradizo un pintor que, con grandes instancias, le propuso que le comprase una cierta escultura que llevaba en un pequeño cajón. Accedió a ello el caballero y, sin darse casi cuenta de lo que hacía, tornóse a su casa y abrió el cajón para ver lo que había comprado. Encontróse con una estatua de Nuestra Señora de Copacabana, y al contemplar la celestial hermosura de la imagen

"Yo, exclama, buscaba amor
A quien rendirme cautivo:
¿Quién más hermosa que Vos,
Madre del amor Divino?".

Tan prendado quedó el caballero de los hechizos castos de la Inmaculada Virgen, que trocado en otro hombre, renunció en el mismo instante al mundo y decidióse a entrar en el claustro. Al efecto, despidiéndose del foro y la magistratura, partió a Arequipa, donde se hizo religioso agustino, y vivió y murió santamente.

Réstanos dar a los lectores alguna idea, siquiera sea breve de la maravillosa Imagen. "Tiene ésta vara y y cuarta de estatura, el rostro de agradable proporción, y en todo virginal y gravísimo, no moreno sino entre blanco; a veces parece estar tan encendido como una ascua, y a veces juzgan muchos que se le encienden los ojos y arrasan casi como cuando uno quiere llorar; otras veces parece pálida". Tiene los ojos dulcemente inclinados al suelo; en la mano derecha tiene un cirio encendido, y pendiente una cestilla con dos palomas dentro de ella; en la mano izquierda descansa el pecho del Niño, como hemos indicado ya más arriba. La estatua está vestida de telas preciosas, a semejanza de las antiguas imágenes españolas, ostenta una riquísima corona imperial en la cabeza, y anillos de mucho valor en las manos.

En Bolivia es popular y cada día más célebre la devoción a la portentosa Imagen. No hay doncella ni persona medianamente devota, en aquella República, que no lleve al pecho un relicario con la miniatura de la Santa Imagen. Los indios sobretodo la invocan con el dulce y familiar título de "Mama de Copacabana, favoréceme". Que la devoción filial y constante a la Madre Santísima de Dios preserve a Bolivia y todas las Repúblicas americanas de las fauces devoradoras de la revolución y la impiedad.

NUESTRA SEÑORA DE ANDACOLLO

Chile

I

Otro santuario de la Santísima Virgen devotísimo y célebre en América, es el de Andacollo, en la República de Chile. La antigüedad de la Santa Imagen en él venerada, que linda con los primeros tiempos de la conquista española, el número siempre creciente de piadosos romeros que visitan cada año aquel lugar venerando, y más que todo, la originalidad sencilla y conmovedora del ferviente culto tributado en ese sitio a la Reina de los Cielos, por un pueblo creyente y entusiasta, han dado al de Andacollo un puesto de honor entre los innumerables sitios consagrados por el orbe católico al amor y devoción de María.

En atención a estas circunstancias a fines del siglo último el Venerable Capítulo de la insigne Basílica de San Pedro del Vaticano, en Roma, facultó, previo el beneplácito de la Santa Sede, al Ilmo. Señor Obispo de la Serena, en cuya diócesis está el mencionado pueblo, para coronar solemnemente a Nuestra Señora de Andacollo; augusta ceremonia que se verificó con grande pompa y regocijo el 26 de Diciembre de 1901.

He aquí ahora una breve noticia de ese célebre santuario y de la portentosa Imagen en él venerada. (1)

---

(1) Extractamos estas noticias: 1º de un folleto intitulado **El Santuario y la Fiesta de Nuestra Señora de Andacollo**, impreso en Barcelona en 1900, previa censura del Ilmo. Sr. Obispo de la Serena; 2º de **La Estrella de Andacollo**, revista religiosa que desde hace pocos años se publica quincenalmente en Santiago de Chile, y 3º del librito impreso en 1904, en la misma ciudad, con este título: "**Novena y Devocionario en obsequio de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo** — por un Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María".

II

"Al S. E. del puerto de Coquimbo y doce leguas distante de él, encuéntrase en la cima de altas montañas, a 1.031 metros sobre el nivel del mar, el antiguo y pequeño pueblo de Andacollo, formado por 1.500 habitantes. Sus viviendas son de escasa importancia; la ocupación y la vida de ese pueblo es esencialmente minera.

"Andacollo está rodeado de centenares de minas de cobre, manganeso y oro, siendo este último metal el más abundante. Los pobres recogen las tierras y en pequeñas máquinas lavadoras benefician el rico metal, adquiriendo así fácil sustento.

"¡Secretas y admirables disposiciones de la Providencia! El pueblo tiene allí su despensa inagotable. Siglos hace que el oro diseminado en las tierras de los contornos de Andacollo, da vida a los pobres. Grandes empresas han querido explotar en mayor escala esas tierras auríferas, pero todas han fracasado; parece que Dios ha determinado sea sólo en beneficio de sus pobres de Andacollo.

"Escritores y cronistas del siglo XVII dicen que "Andacollo es un pozo de riquezas", "un río de oro", y ese pozo y ese río no se agotan después de tantos siglos de diario laboreo.

"Por la fertilidad de sus terrenos y por la bondad de su clima, Andacollo es un lugar de promisión; los pastos y los árboles no necesitan de riego alguno; aun cuando está a tanta altura, basta cavar dos o tres metros para encontrar agua abundante y cristalina.

"Para visitar este bendecido pueblo, tiene el viajero diversos caminos que lo ponen en comunicación con los pueblos y lugares de los alrededores. Todos ellos son largos y pesados; el más cómodo, y por lo mismo el más frecuentado, es el de Coquimbo, que se hace en ferrocarril hasta la estación del Peñón o Andacollo, en dos ho-

ras, y desde allí en carruaje, que demora cuatro horas, hasta llegar al histórico pueblo.

"Hermosísimo cuadro presenta este camino a la vista del que lo recorre en los días de la popular peregrinación: millares de romeros que envueltos en nubes de polvo y bajo los rayos de un sol abrasador ascienden la abrupta montaña a pie, en caballos, en coches y carretelas por variados y pintorescos senderos.

"La gran mayoría de los treinta mil peregrinos que por término medio visitan Andacollo en las festividades de la Pascua, son pobres que de lejanos pueblos y a costa de enormes sacrificios van a tributar anualmente a su Reina y Madre el filial homenaje de su amor y gratitud.

"¡Ah! sí: María del Rosario ha elegido para trono de su gloria la montaña de Andacollo desde cuya solitaria cumbre se complace en derramar sus gracias y favores a todos los que con piedad y devoción van a honrarla en su célebre Santuario y a invocarla con el nombre dulcísimo de la *Virgen de la montaña,* cuyo nombre modula el viento en la agreste altura y repite el eco al través de las sierras que, cual rosario gigantesco, circunda el legendario pueblo". (1)

Para formarnos una más cabal idea de este agreste y muy pintoresco Santuario de la Virgen, añadiremos que la "montaña de Andacollo se halla asentada en el centro del triángulo formado por las aguas del Pacífico y dos ríos. Por el Norte la ciñe el Claro, que unido al Turbio forman el río Coquimbo, cuyas aguas fertilizan el pintoresco valle de Elqui; por el Sudeste el Hurtado, que, descargando sus aguas en el Río Grande, forman el Limarí, y por el poniente la inmensa franja del Océano. En las márgenes de ambos ríos y en las orillas del camino que cruza de Norte a Sur, lamiendo las faldas de la montaña, álzanse numerosos templos y modestas capillas, que bien pudiéramos llamar fortalezas del santuario de Andacollo. A la sombra de esas capillas viven los más entu-

(1) "El Santuario y la Fiesta de Andacollo".

siastas admiradores de la Virgen de Andacollo; a la sombra de esas capillas se organizan los *bailes y danzas* que suben a festejar a su adorada Reina en su augusto Santuario; y esos templos y capillas fueron levantados en su mayor parte para tributar homenaje a la sin par María" (1).

"Después de la portentosa Imagen de la Virgen, el suntuoso templo en que ella se guarda, es lo que más excita la admiración del peregrino, en el pueblo de Andacollo. La primera piedra de este grandioso edificio fue colocada en 25 de Diciembre de 1873, por el Ilustrísimo Sr. Obispo de la Serena, Dr. D. José Manuel Orrego, principal promotor de la obra; la cual ha sido felizmente coronada en estos últimos años, por el digno sucesor de aquel prelado, el Ilmo. Sr. Dr. D. Florencio Fontecilla.

Vengamos a la descripción, aunque sucinta, de ese magnífico santuario. "Sus sólidos cimientos, de piedra y cemento romano, tienen seis metros de altura y abarcan una extensión de sesenta metros de largo por treinta de ancho. El material de sus paredes es de escogida y firme madera; sus robustas vigas, de una sola pieza, miden diez y ocho metros de largo; los altos muros están revestidos de capas de betunes y argamasas que hacen absolutamente incorruptible todo maderamen, y por la parte exterior están forradas con planchas de hierro galvanizado y perfectamente pintadas. Todo el material de construcción fue expresamente importado de San Francisco de California.

"Sin duda ninguna, la parte exterior más culminante es la gallarda cúpula que domina todo el soberbio edificio, y que se eleva majestuosa trayendo a la memoria del viajero el recuerdo de aquel monumento en que se cierne el genio de Miguel Angel.

"El vasto templo con sus capillas laterales y hermosas galerías ofrece capacidad para más de diez mil personas.

(1) "La Estrella de Andacollo", núm. 24..

"El templo en su interior tiene la belleza propia de las grandes obras: armonía, hermosura, y las proporciones todas del conjunto, que le dan un golpe de vista grandioso.

"La altura general de la bóveda mide veinte y dos metros, teniendo en el centro de la cúpula treinta y seis.

"Su estilo arquitectónico es el romano - bizantino.

"Viajeros que han visitado las famosas basílicas y catedrales de Europa, han manifestado que el santuario de Andacollo es digno de figurar en cualquiera capital europea. Sin disputa, es uno de los mejores templos americanos.

"El altar mayor está formado por tres grandes cuerpos. El primero lo compone la mesa del sacrificio, levantada tres pies sobre el nivel del presbiterio, lo que permite que los fieles puedan presenciar desde todas partes el esplendor y majestad que la Iglesia sabe dar a sus sagradas ceremonias.

"El frontal de la mesa está formado por un hermoso retablo en cuyo centro se ve un grupo que representa la aparición de la Santísima Virgen a Santo Domingo de Guzmán, revelándole la hermosa y salvadora devoción del Rosario. A los lados están las imágenes de los cuatro Evangelistas. Todas las imágenes del retablo están ejecutadas de relieve en finísima madera de tilo.

"Sobre la mesa del altar se levanta el Sagrario, que es de bronce dorado a fuego; tiene un metro de altura, está hecho con tan delicado gusto que atrae todas las miradas.

"A ambos lados del Sagrario y en un fondo azul aparecen las imágenes de los Doce Apóstoles que resaltan con vivos colores sobre una reluciente plancha de cobre dorado.

"El segundo cuerpo lo forman cuatro pares de esbeltas columnas en las que se enredan preciosas guirnaldas de flores. En el centro de aquellas aparece el Tabernáculo destinado a la exposición solemne del Santísimo Sacramento. Su todo lo compone un gracioso templete sostenido por cuatro columnitas de bronce, terminando en una pequeña cúpula del mismo metal coronada por una cruz.

"Detrás del Tabernáculo, y formándole elegante marco se destaca un artístico cuadro que contiene los quince misterios del Rosario.

"A media altura de las columnas principales se levanta el majestuoso trono donde se ostenta esplendorosa la Reina del Rosario, sostenida por dos hermosísimos ángeles.

"El trono está hecho con tanto arte, que el espectador sufre la ilusión de que está suspendido en los aires y sostenido únicamente por ángeles: feliz idea que permite que la milagrosa Imagen resalte mejor en su trono de Reina.

"En las columnas del centro se ven dos nichos que están ocupados por las imágenes de San Joaquín y de Santa Ana, de porte natural. Este grupo es de una belleza incomparable: el escultor se supo inspirar en la historia de estos santos personajes cuando se presentaron al Templo para consagrar la Virgen Niña al servicio de Dios.

"El tercer grupo perfecciona el todo. En él se representan las imágenes de San Pedro y San Pablo. A uno y otro lado de dichas imágenes se leen en caracteres de oro, fijados en piezas decorativas, las palabras *Fides, Charitas;* palabras que compendian admirablemente las virtudes más sobresalientes de los dos santos Apóstoles.

"En su parte central y para encerrar todo el conjunto brilla en resplandores celestiales, desde un hermoso fondo azul, una inspirada alegoría que representa la co-

ronación de la Virgen por la Santísima Trinidad como Reina y Señora de todo lo criado.

"En lo más alto del altar se alza, coronándolo grandiosamente, el signo de nuestra redención, al que sirve de base un significativo escudo que publica que así el bello altar como el suntuoso templo, están consagrados en honor de María bajo la gloriosa advocación del Rosario".

III

"Muchas y variadas son las tradiciones que nos hablan sobre el origen de esta milagrosa Imagen; empero la más común, y atestiguada por respetables historiadores, dice que ella fue traída por los primeros conquistadores, de España al Perú, desde donde fue trasladada a la ciudad de la Serena. Poco tiempo después, viéndose los colonos de la ciudad de Francisco de Aguirre acosados por los indios que amenazaban saquear e incendiar la ciudad, huyeron con la Imagen a la montaña donde, transcurriendo los años, fue encontrada por providencial disposición de Dios". (1)

Pero veamos más detalladamente aún cómo aconteció esto, según la tradición más común y autorizada.

"He aquí lo que en la oscura noche de los tiempos primitivos parece vislumbrarse acerca del origen de la venerada Imagen de Nuestra Señora de Andacollo. En 1544, el capitán Bohón, obedeciendo las órdenes del gobernador don Pedro de Valdivia, echaba los cimientos de la ciudad de la Serena, que debía ser con el tiempo una de las ciudades más importantes y religiosas de la nación chilena. Los primeros colonos de la ciudad trajeron consigo una imagen de la Virgen del Rosario, la misma que por disposición admirable de la Providencia había de recibir fervoroso culto en las alturas de Andacollo. Es, pues, la Virgen Santísima de Andacollo protectora que

(1) "El Santuario y la Fiesta de Andacollo"

la Divina Providencia señaló a la nación chilena desde los primeros albores de su existencia como pueblo civilizado y cristiano.

"Cinco años después de fundada la ciudad de la Serena fue totalmente destruída por los indios que moraban en los alrededores, escapando de la mortandad apenas unos pocos de sus habitantes, que lograron ocultarse en la espesura de los bosques. Al emprender la fuga, fue su primera diligencia llevar consigo la veneranda Imagen de María, la que escondieron en la montaña de Andacollo, para librarle de las profanaciones de los indios, que todavía eran infieles y enemigos del nombre cristiano.

"¡Oh admirables designios de la Divina Providencia! Aquellos mismos infieles habían de ser los primeros en descubrir aquel rico tesoro y los primeros también en aprovecharse de él.

"Según cálculos probables era a fines del siglo décimo séptimo cuando fue encontrada providencialmente la Sagrada Imagen, oculta por espacio de tantos años, y que había de convertirse en fuente de tantos bienes para Chile. En la mísera población indígena que habitaba las alturas de Andacollo existía una familia cuyo jefe, según tradición de los naturales, se llamaba Collo. Cierto día salió Collo con algunos de su familia en busca de leña al vecino bosque, cuando he aquí que, removiendo la tierra para arrancar unas raíces, de pronto distinguen aún medio oculta la Imagen de María con el Niño Dios en el brazo izquierdo. Su vista los llenó de admiración y asombro, y luego resolvieron llevarla a su cabaña y conservarla con religiosa veneración y respeto; piadosos sentimientos que muy pronto fueron comunes a todos los habitantes de aquellos contornos, y después se propagaron por todo Chile y aun por las naciones vecinas.

"De este modo, el pueblo de Andacollo, antes desconocido, ha llegado a ser célebre en todo el mundo merced a los muchos prodigios que allí ha obrado María a favor de los que la invocan.

"De muchas y muy singulares maneras hase ostentado la tierna devoción del pueblo cristiano a su Reina y Señora la Virgen de Andacollo, desde el feliz hallazgo de su bendita Imagen. Desde luego comenzó a recibir un sencillo y fervoroso culto en la rústica choza del afortunado indio que le había encontrado, y allí mismo fue donde la Santísima Virgen comenzó a manifestar con prodigios cuán gratos le eran los obsequios de sus devotos.

"Aquel culto primitivo y peculiarísimo con que los indios honraban a su buena Madre y Señora háse perpetuado hasta nuestros días. Lo que más admira quien asiste por vez primera a las fiestas de Andacollo es la piedad y ternura filial con que a su manera honran a María los llamados *danzantes, turbantes y chinos* que divididos en grupos ejecutan los famosos bailes de Andacollo, únicos en todo el mundo". (1)

"Según documentos que obran en el archivo del Santuario, a fines del siglo XVII ya Nuestra Señora del Rosario de Andacollo recibía los mismos solemnes cultos que hoy y en los mismos días que se hacen ahora las grandes romerías, esto es, el 24, 25 y 26 de Diciembre. Ellos nos hablan también de los *bailes* con sus *compañías de chinos, turbantes y danzantes,* de sus vistosos y peculiares trajes, de sus característicos instrumentos y de sus originales loas y graciosos cánticos en honor de la que con toda la efusión de sus sencillas almas llaman su Reina y Patrona.

"La Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo es una estatua de madera de cedro perfectamente tallada, de un metro de altura; está hábilmente vestida y con gracia en la misma madera, y así se veneraba antes; su rostro es pequeño, de color moreno, y su mirada es tierna y dulcísima. Nótase una pequeña hendidura en el ojo izquierdo, lo que confirma la tradición que cuenta

(1) Noticia tomada del librito intitulado **Novena y devocionario en obsequio de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo** por un Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María.— Santiago de Chile.— Imprenta de Emilio Pérez L.— 1904

que el indio alcanzó a herirla con el instrumento de que se servía para cortar la leña.

"A principios del siglo XIX fue vestida la Imagen con riquísimas telas, que es como se conserva en la actualidad.

"El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Justo Donoso, de ilustre memoria, fue quien en 1853 ordenó de una manera definitiva el culto de nuestra Señora del Rosario de Andacollo y aprobó canónicamente la constitución por la cual hasta la fecha se rige la Cofradía".

IV

"Muchos prodigios pudiéramos narrar, y con milagrosos caracteres no pocos, acontecidos en distintos lugares y épocas y de un modo especial en su Fiesta, realizados por la valedera intercesión de Nuestra Señora de Andacollo. Mas, a fuer de lacónicos, nos contentaremos con enumerar los más culminantes.

"Hay uno sobre todos, por nadie contradicho, por todos admirado y que es digno de mencionarse. En esos días de tanto bullicio y alegría, en que todos en Andacollo viven en las calles y en la plaza; en esos días en que allí se ve reunida tan enorme multitud que por lo común sube de treinta mil personas, no se oye una palabra descompuesta, no se alza una sola voz de discordia, no hay pendencias ni altercados, no hay embriagueces, ni escándalos; todo es orden, paz, armonía y piadosa compostura en medio de tantos y tan entusiastas regocijos. No hay allí necesidad de ordenanzas, de gendarmes, de amenazas y de castigos. Allí reina el fraternal espíritu de caridad cristiana; todos los corazones laten unísonos y acordes, ligados por el común amor y veneración a la Madre de Andacollo.

"Manifestaremos además algunos otros hechos que publican los favores alcanzados por María del Rosario de Andacollo, y que por sus condiciones de credibilidad no dejan lugar a duda alguna.

"Mercedes Palma, del departamento de Elqui, tenía la edad de 70 años cuando refirió al Cronista del Santuario que en esa época, año de 1883, lo era el presbítero Juan Ramón Ramírez, el caso siguiente:

"Desde la infancia sufría yo de una terrible enfermedad del estómago, que se agravaba de tal manera, que en muchas ocasiones me ponía al borde de la tumba. Más de una vez me preparé para la muerte con los Santos Sacramentos. Un día la Virgen me inspiró la idea de prometerle asistir todos los años a la Fiesta de Andacollo, subiendo a pie la elevada cuesta. Hice la promesa que debía cumplir si me mejoraba. Pues bien, confieso con toda la sinceridad de mi edad que desde ese día sentí alivio y que en poco tiempo sané completamente de mi vieja enfermedad. Dios ha permitido que pueda cumplir mi promesa hace ya cinco años".

"En la Fiesta del año 1887, en presencia de trescientos o cuatrocientos testigos, tuvo lugar el sorprendente prodigio que sigue:

"Juan Alberto Gómez, minero de Tamaya, de cincuenta y tantos años de edad, se encontraba postrado en cama hacía cuatro o cinco meses, desahuciado por el médico del lugar. Acercándose la Fiesta de Andacollo, concibió el pensamiento de hacerse llevar a los pies de la augusta Patrona, a pesar de hallarse a las puertas de la muerte. Obtuvo de sus compañeros de trabajo el servicio de que lo condujesen en camilla hasta el Santuario, a donde llegaron a las 5 de la mañana después de un viaje penosísimo de tres días. Inmediatamente se hizo conducir hasta los pies de la Santísima Virgen. Animado entonces de gran fe, bañado en lágrimas y con palabras entrecortadas por la emoción y por la fatiga de la dolencia, le expresó los sacrificios que había hecho para llegar hasta sus plantas y de que no se movería de ahí sin que Ella le concediera la salud solicitada. La concurrencia se electrizó al contemplar aquel cuadro; mas, he aquí que de repente el enfermo hace un esfuerzo, pónese de pie y exclama con aire de victoria: *¡Me ha oido! ¡Me ha oído!* Siéntese entonces con fuerzas, y embargado por

las dulces lágrimas de la gratitud, suplica a los que le asisten y acompañan le ayuden a dar gracias a la bendita Madre por el milagro que acababa de operar en él. Momentos después la multitud asombrada le vio salir del templo por sus propios pies, y encaminándose hacia la oficina de la Cofradía a dar cuenta del milagro hecho".

"Refieren las crónicas del Santuario, entre muchas otras, la curación milagrosa de Rosario Galleguillos. Esta pobre niña sufría desde sus primeros años de una parálisis tan general y tan absoluta que no podía valerse ni aun para tomar el alimento. Los padres de la desgraciada niña no omitieron sacrificios de ningún género para devolverle la salud. La ciencia médica se declaró impotente para curarla; todos los cuidados y atenciones fueron inútiles. En este estado y accediendo a sus repetidas instancias, sus padres la trasladaron a Andacollo en 1859. Allí permaneció cerca de un año, haciéndose conducir diariamente al templo, donde después de recibir la sagrada comunión, pedía a la Santísima Virgen con todo el fervor de su alma le concediera la salud. No había en Andacollo ninguna persona que no conociese a la *tullida* Galleguillos; pero todo en vano. Sus padres la hicieron volver a la Serena, resignados ya con la desgracia que pesaba sobre la querida hija. Mas ella no desconfiaba y mediante sus ruegos obtuvo ser llevada nuevamente a Andacollo, donde, por fin, su fe y su constancia iban a obtener el más espléndido triunfo. Era la mañana del día 26 de Diciembre. Temprano se hizo llevar al templo; recibió al Señor con toda la piedad de su alma candorosa y en seguida se quedó en profunda oración. Pasadas las doce del día, su madre intentó sacarla de la Iglesia, pero ella le suplicó la dejara allí todo el día. Muchos se aproximaban y le decían: "¿Qué piensa hacer Ud." —"Andar", les contestaba ella con viva fe.— "¡Dios lo quiera!" repetían los interlocutores. Uno de estos agregó además: "La Virgen lo puede todo; el año pasado le dio vista a un ciego que yo conozco".

"La *tullida* se reanima más y más, porque conocía que sus miembros iban cobrando fuerza y vigor extraños. Llegó, por fin, la hora de la procesión. Cuando el anda

de la Virgen pasaba frente al sitio en que estaba ella colocada, hizo un esfuerzo para levantarse y lo consiguió; se afirma primero, da con dificultad los primeros pasos, pero luego después continúa sola. Su madre no se da cuenta de lo que ve, se queda estupefacta de admiración; repuesta algún tanto del asombro, toma a su hija del brazo temiendo una caída; pero ella exclama llena de gozo y de entusiasmo: "¡Dejadme sola, quiero acompañar toda la procesión!".

"Grande fue el asombro y ansiedad de los circunstantes cuando hubieron notado el prodigio. Una sola voz atronó entonces los aires, diciendo: "¡Milagro! ¡Milagro"!

"La que un instante antes era llamada la *tullida*, atraviesa con firme y segura planta por en medio de la muchedumbre atónita y de los sacerdotes que cantan con voz conmovida el *Ave Maris Stella*, y esperando la vuelta de la procesión, va a postrarse ante el altar para deshacerse en acciones de gracias a la Divina Majestad y a la Virgen misericordiosa, por el singular milagro por Ella alcanzado.

"Desde entonces Rosario Galleguillos siguió gozando de perfecta salud.

"El ilustre Obispo de aquella época, doctor don Justo Donoso, de recordada memoria, hizo levantar el correspondiente sumario canónico sobre el patente y célebre milagro que dejamos descrito.

"Sea el último milagro el que a continuación consignamos:

"Aún se recuerda con tristeza y con lágrimas el horroroso naufragio del vapor "Atacama", que en la noche pavorosa del 29 de Noviembre de 1877 zozobró en las costas del Pacífico en una horrenda tempestad, pereciendo muchos de sus tripulantes y pasajeros. Salvóse Agustina Vera con su pequeño hijo mediante el auxilio milagroso de Nuestra Señora de Andacollo. Ella misma refirió el hecho de la manera siguiente: "De en medio de las

olas que ya cubrían totalmente el buque, logré coger este salva-vidas que me acompaña. Provista de él y próxima a arrojarme a las revueltas aguas desde la borda ya sumergida del barco, invoqué con toda mi alma a Nuestra Señora de Andacollo y le prometí ir a su Santuario en la misma actitud en que mereciera ganar tierra. Confiada en la protección de tan buena Madre, nadé cuanto pude con el niño en los brazos hasta que el frío entumeció de tal modo mis miembros que me quedé sin sentidos y a merced a los furiosos elementos. Sin saber cómo, las olas me arrojaron a la playa, después de haber recorrido siete millas y de estar treinta y dos horas en el mar".

"¡Bendita sea la protección poderosa de la sin par Virgen de Andacollo!" (1)

V

Un distinguido religioso de la Compañía de Jesús (2) ha hecho la siguiente descripción, como testigo presencial, de las grandiosas fiestas que anualmente se celebran en Andacollo:

"A venerar la Santa Imagen acuden (numerosas romerías de peregrinos) no sólo de Chile, sino del Perú, de Bolivia, del Ecuador, de la República Argentina y de más lejanas regiones aún, hasta las cuales ha llegado desde hace muchísimos años la fama del Santuario chileno. No son dos mil, ni tres mil, ni gentes sólo rudas y de humilde condición las que allí se dan cita cada año, sino una sorprendente muchedumbre, gente de toda condición y estado, ricos y pobres, hombres de estudio y hombres de taller, personas altamente colocadas y humildes mineros, campesinos y peones.

"De treinta a cuarenta mil suelen pasar los espectadores de la triunfal carrera de la Virgen de Andacollo que

(1) **El Santuario y la Fiesta de Andacollo.**

(2) El R. P. Estanislao Soler, citado en el folleto **"El Santuario y la Fiesta de Andacollo".**

cubren la espaciosa plaza del pueblo, el holgadísimo atrio del templo y hasta las hermosas colinas que, a manera de abierto balcón, frente al Santuario y plaza se levantan. Ni bajan de diez mil los que en el sagrado recinto se congregan, llenando naves y tribunas, coro y presbiterio, altares y graderías, sin dejar vacío espacio donde quepa una persona de pie.

"Y todos tienen un solo corazón y una alma sola puestos a los pies de Aquella a quien la Sagrada Imagen representa. Nadie tiene allí ojos sino para contemplar a su Madre, ni lengua sino para ensalzarla y darle fervientes gracias por las mercedes recibidas.

"Quién quiera que por primera vez a tan piadoso espectáculo asiste, siente el alma presa de profunda y desconocida emoción y llenos, sin quererlo, de lágrimas los ojos al ver cómo bajan a la aldea de todas direcciones y por todos los caminos, millares y millares de *promeseros* y devotos, como tantos y tantos penetran en el templo de rodillas, con gemidos, sollozos y entrecortadas voces de gratitud y amor dirigidas a la querida Madre. Espectáculo grandioso que ni por un momento se interrumpe durante los días 24, 25 y 26 de Diciembre.

"Un grupo de romeros sigue a otro que va más adelante, una familia a otra familia. Recorren los peregrinos descalzos o de rodillas varias cuadras, sostenidos y ayudados los unos por los otros, la esposa por el esposo, la hermana por el hermano, los padres por sus pequeñuelos hijos, los cuales al pisar el atrio pónense también de rodillas para acompañar al fatigado peregrino. ¡Cuán enternecedor es verlos llegar así hasta los pies de la Sagrada Imagen, besar reverentes la orla de su manto, y quedarse allí derramando dulces lágrimas, fijos los ojos en los de la Divina Madre, que ellos llaman la querida Patrona, balbuceando, con labios trémulos de emoción, secreta y cariñosa plegaria...! Hay que presenciar aquello para saber lo que viéndolo se siente. Para comprender el respeto y enternecimien-

to que al alma produce aquel espectáculo, es preciso ver al robusto y nervudo hombre, venido de las minas o de las calicheras, cuyo corazón parece debiera ser duro como el acero y frío como el mármol. Hay que ver, cómo no bien ponen las rodillas sobre las losas del extenso atrio, brotan de sus ojos lágrimas ardientes y de sus labios sentidas palabras de amor y reconocimiento, de penitencia, de gozo, y de paz. Hay que escuchar con qué sublime simplicidad ya desde lejos saludan a la Patrona, preguntándole cómo está; con qué cariño y entusiasmo se acercan a Ella; dánle gracias por los beneficios recibidos; le exponen quejas y cuéntanle fielmente sus más secretas e íntimas penas".

VI

Lo altamente original, singular y poético en Andacollo, lo que más admira a los piadosos viajeros que visitan ese lugar, y aun a los más escépticos e indiferentes que por acaso se encuentran en él, es el culto extraordinario que la Santísima Virgen recibe allí, de parte de un numerosísimo pueblo entusiasmado y casi enloquecido de amor y ternura hacia la gloriosa Reina de los Cielos. Miles de hombres fervientes y sencillos, vestidos con galanos y pintorescos trajes y organizados en simétricas comparsas, danzan mesurados y graves delante de la portentosa Imagen, llevada en triunfo entre los cánticos y hosannas de una multitud innumerable: este espectáculo imponente y conmovedor, en que se manifiesta tan espléndidamente la fe religiosa de todo un pueblo, es dado contemplar únicamente en Andacollo, donde, desde hace tres siglos, se renuevan año tras año, con fervor cada día más creciente, las mismas escenas de piedad y abnegación.

"Los vecinos de los fundos y pueblos más cercanos a Andacollo están organizados en grupos o coros regimentados, que se denominan *Bailes,* y cuyo origen es antiquísimo, destinados a honrar a la Santísima Virgen de Andacollo de un modo peculiarísimo y lleno de cristiana y poética piedad. Tres son los grupos principales, y se

llaman el de los *Danzantes*, el de los *Turbantes* y el de los *Chinos*.

"De este último, que es el más antiguo, es jefe el del *Baile* de Andacollo, a quien los demás grupos reconocen con el nombre de *Cacique* por ser sucesor y heredero del indio que encontró la Imagen. En los días de la solemne festividad todos los *bailes* le rinden acatamiento y obediencia, como a su señor feudal pudieran hacerlo los vasallos de un castillo.

"El *Baile* de Andacollo, según consta del libro que guarda el *Cacique*, cuenta con 306 años de existencia y está formado de 102 *Chinos*, que en él sirven a la Virgen.

"Los diversos *Bailes*, en tiempo de las Fiestas, hacen sus jornadas en el silencio de la noche, y se detienen en las cumbres desde las cuales se divisa ya el Santuario. Desde lejos siéntense en el pueblo los acordes de los sencillos instrumentos que anuncian la llegada de cada *Baile* a las alturas. Al clarear el alba bajan al son de sus flautas, guitarras, tambores y organillos, que dejan oír armonías henchidas de tristeza. Van precedidos de pendones en que sobre el fondo de seda o terciopelo se destaca la Imagen de la Virgen, y formados en dos filas llevan en medio a los Romeros, que bañados en lágrimas y cubiertos de polvo van a cumplir sus promesas en el Santuario.

"Mas, no bien llegan los *Bailes* al pie de la Virgen, callan los instrumentos de triste son para dar lugar al admirable y tierno concierto de acciones de gracias y plegarias en que confunden sus voces niños y ancianos, pobres y ricos, hombres y mujeres; y, por fin, pedida a la Divina Madre su bendición, comienza el más puro y cristiano regocijo.

"El día 25 de Diciembre es el primero de la gran Fiesta. Ese Andacollo que el resto del año ha vivido solitario y silencioso, siéntese de súbito henchido de animación y alegría ruidosa, exuberante, entusiasta, pero,

a la vez, piadosa. La gente entra y sale de la iglesia, siempre llena, siempre resonando con el murmullo de mil devotos que cumplen sus promesas.

"A la hora señalada y al sonoro repique de campanas que llaman a la solemne Misa, aparecen los *Bailes* en la plaza con sus variados, vistosos, peregrinos y característicos trajes especiales.

"Terminada la Misa, sácase con gran pompa y regocijo, en ricas andas, la Imagen de la Augusta Patrona y se la coloca en el atrio del magnífico templo, para celebrarla y honrarla allí con cantos, músicas y danzas.

"Júntanse los jefes y *abanderados* de los *Bailes* y así se adelantan hasta los pies de las andas, donde esperan la licencia del párroco para sacar la Imagen de la Divina Madre. Obtenida la cual y hecha la señal por el *Cacique*, agitan los *Bailes* sus banderas y, retrocediendo, porque sería desacato volver las espaldas a su Reina, se dirigen hacia la puerta del templo, mientras el clero y todo el coro canta el *Ave Maris Stella*. Simultáneamente todos los *Bailes* que por el atrio y la extensa plaza se hallan escalonados, rompen con sus peculiares y graciosas danzas y tañen a la vez sus instrumentos, formando un conjunto de sonidos y colores de efecto singularísimo que halagan el oído, alegran la vista y conmueven el corazón. Y todo con un orden perfecto y un maravilloso concierto porque hay alguien que todo lo organiza, dispone y dirige y es el alma de aquel movimiento: el *Cacique*.

"Vienen después los particulares homenajes de cada *Baile*. Por turno van presentándose a la Santa Imagen colocada en el atrio, y cumplen su devoción danzando durante un cuarto de hora delante de Ella y *echando* versos a su *Chinita*, como con sencilla y cariñosa piedad llaman a la Reina del Rosario y de Andacollo.

"Celébranla los *Danzantes y Turbantes* el 25, reservándose para el 26, que es el propio día de la gran Fiesta, los llamados *Chinos*, que por número y antiguedad gozan de reconocidos y respetados privilegios.

"¿Qué cantan, qué dicen en sus versos aquellos hombres? Exhalan amorosas endechas de simplicidad sublime, celebran con candor las grandezas de su Madre; quéjansele con filial ingenuidad de sus desgracias y pesares; ruegan por sí mismos, por los suyos; preséntanle en brazos a sus tiernos hijitos; ruegan por Chile y su prosperidad, por el Jefe del Estado, por la Iglesia, por su amado Obispo, por el Papa, hablan a la bendita Madre de Andacollo con la familiar ternura y confianza con que pudiera un hijo necesitado a su Madre poderosa.

"El momento más solemne para cada *Danza* es aquel en que le corresponde bailar por turno en el pórtico de la Iglesia y elogiar a la Virgen del Rosario, en los discursos en prosa o verso que un individuo de cada *compañía* pronuncia en nombre de los demás.

"En los cantos, los que llevan el coro pronuncian una estrofa por lo general asonantada; y, concluída ésta, todos los miembros de la *compañía* repiten, cantando en el mismo tono, los dos últimos versos.

"He aquí algunas de esas singularísimas estrofas:

"De Andacollo, Madre mía,
tus devotos hijos, los **chinos**
cantan y gozan a porfía
en tus ojos peregrinos".

"En tu hermoso Santuario
con humilde devoción
y por tu santo Rosario
te pedimos el perdón".

"Por tus ojos hechiceros
ten piedad, Madre amorosa,
y haz que los años venideros
te veamos siempre gloriosa". (1)

(1) El Santuario y la Fiesta de Andacollo.— Véase el Apéndice

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, DE CORDOBA

República Argentina

Otra Imagen célebre de la Virgen Santísima, solemnemente coronada por decreto del Ilustre Capítulo de la Basílica del Vaticano, es la de Nuestra Señora del Rosario, venerada en Córdoba, ciudad importante de la República Argentina. He aquí la curiosa noticia, que, poco antes de realizarse la ceremonia de la coronación, se publicó acerca de aquella venerada efigie en un periódico religioso de la ciudad mencionada, noticia que fue reproducida por varios órganos de la prensa, en Europa y América, entre otros por *La Revista Católica* de Lima, en el número 508, del cual tomamos textualmente, con muy pocas variaciones, lo que sigue:

LA IMAGEN DEL MILAGRO

Corría el año de 1592. Medio siglo había transcurrido después que los ejércitos de D. Gonzalo Pizarro y Diego de Almagro pasearon sus armas victoriosas por el Alto y Bajo Perú, y plantaron sobre las ruinas del imperio incásico el estandarte de la civilización cristiana.

La ciudad de Lima, asiento de los virreyes españoles, y corazón del movimiento civilizador en aquel tiempo, destacábase galana y bella a 14 kilómetros del puerto del Callao, sobre el Océano Pacífico.

Gobernaba el virreinato del Perú y Río de la Plata el ilustre marqués de Cañete, Sr. García Hurtado de Mendoza, fiel súbdito de S. M. Felipe II; y la naciente iglesia Sud-Americana contaba entre sus pastores a uno de los

prelados más ilustres del siglo XVI, Santo Toribio de Mogrovejo, prez y honra de España, en cuyos dominios servía, y gloria purísima de la silla arzobispal de Lima.

Amaneció el día 19 de Junio del indicado año, y una niebla densa envolvía, como ordinariamente sucede en invierno, la ciudad de los virreyes, y principalmente la pequeña población del Callao, teatro de los sucesos que vamos a narrar. Sus laboriosos habitantes habíanse entregado ya a las faenas ordinarias, sin sospechar siquiera los acontecimientos que, por ocultos designios de la Divina Providencia, debían tener lugar en aquel día memorable.

En efecto: serían las diez de la mañana poco más o menos, cuando un fuerte sacudimiento de tierra, que puso en peligro la población del Callao, hizo latir con violencia todos los corazones; pero acostumbrados los habitantes de las costas del Pacífico a esos fenómenos de la naturaleza, muy luego se habría restablecido en ellos la calma, y olvidaríanse del momento del peligro, si a las dos horas después no se hubieran repetido, y aun con mayor violencia, los temblores, ocasionando algunos derrumbamientos en los edificios: entonces la alarma se apoderó de todos; alarma que se convirtió en general consternación cuando los movimientos de la tierra se sucedieron unos después de otros como las olas del océano.

Los habitantes no se creyeron seguros ya ni en las calles ni en la plaza, y abandonaron en precipitada fuga la población yendo a situarse en la descubierta playa sobre la ribera del mar. ¡Oh inescrutables designios de la Divina Providencia...! ¿Quién creería en aquel momento de angustia y desesperación, que era sin duda el Angel del Señor que en otro tiempo sacudía también las aguas de la piscina probática para manifestar un prodigio de Dios en favor de su desgraciada criatura, el que sacudía ahora la tierra para sacar con su invisible mano a los pobladores del Callao, a ser testigos de otro prodigio que el Dios de bondad iba a obrar en favor de los

cristianos de América...? Este fue por lo menos, el juicio de todos sobre el suceso que historiamos.

Habían transcurrido algunas horas de angustiosa expectativa en aquel paraje, cuando la niebla azotada por una fuerte e inesperada brisa, principió a retirarse y a despejar la atmósfera, y el rey de los astros que se inclinaba ya a su ocaso, se dejó ver a través de nubes fugitivas, como el emblema de la esperanza que debía restablecer la paz en aquellos atribulados corazones.

Fue entonces dice un historiador del suceso, "cuando ojos muy experimentados a ver a la distancia alcanzaron a distinguir en la dirección del Sud-Oeste dos objetos que surcaban la mar serenos y tranquilos, cual si un hábil piloto los dirigiera al puerto. Y como esta novedad pasó rápida y veloz de boca en boca, muy pronto se aumentó aquel río humano con la venida de algunos curiosos que atraídos por aquella nueva inesperada, venían provistos de excelentes larga-vistas, que nunca faltan en los puertos marítimos. Efectivamente, a pocos instantes se supo ya que aquellos dos objetos eran dos enormes cajones que, impelidos por la corriente, seguían su curso natural aproximándose al muelle y al puerto del Callao...

Luego que los cajones estuvieron a una corta distancia, mandó el gobernador del Callao que la falúa del resguardo y dos o tres botes más, salieron a encontrarlos, remolcándolos hasta el muelle, para poder allí sacarlos con más facilidad. Media hora bastó para esta operación, después de la cual estuvieron ya los cajones en el suelo de los Incas.

Conducidos a tierra y viendo el gobernador que traía cada cajón un título grabado sobre la tapa con caracteres hechos a fuego, que indicaban su destino, no se creyó autorizado para abrirlos, y dispuso dar aviso al virrey de Lima, resolviendo como medida previa, que quedaran aquella noche cuidados por una guardia de ciudadanos que voluntariamente se ofrecieron a desempeñar dicha función.

Instruído el virrey de lo sucedido, y sabiendo por los rótulos de los cajones que contenían las venerandas efigies de Jesucristo y de su purísima Madre, quiso dar a la apertura toda la solemnidad posible; y ordenó en consecuencia que tanto las corporaciones eclesiásticas, como las civiles y militares, vestidas de rigurosa etiqueta, asistieran al puerto del Callao el día 20 de Junio a las 10 de la mañana.

La noticia del decreto del virrey y de la causa que lo motivaba se extendió por la ciudad con la rapidez del rayo, y en las primeras horas de la mañana, del indicado día muchas carrozas, grandes caravanas de hombres a a caballo y una multitud considerable de gente a pie, movidos por un mismo y espontáneo sentimiento, por la piedad cristiana, se dirigían al Callao para venerar los primeros aquellas prodigiosas imágenes, que de una manera tan extraordinaria habían arribado a sus playas.

A la hora designada para la augusta ceremonia el representante de S. M. Felipe II se encontraba ya en el puerto del Callao y leía sobre la tapa de uno de los cajones la inscripción siguiente:

"Nuestra Señora del Rosario, para el Convento de Predicadores de la ciudad de Córdoba, Provincia del Tucumán. Remitido por Fr. Francisco de Victoria, Obispo del Tucumán".

Y en el otro cajón:

"El Señor Crucificado, para la iglesia Matriz de la ciudad de Salta, provincia del Tucumán. Remitido por Fr. Francisco de Victoria, Obispo del Tucumán".

Hizo en seguida levantar la cubierta de los cajones y veneró con religiosa piedad las sagradas imágenes; mandó en seguida, para satisfacer los deseos de la multitud, que fuesen levantadas en alto y enseñadas al pueblo, que al verlas cayeron todos de hinojos, ofreciendo al Redentor del mundo y a la Reina de los Angeles el tributo de sus corazones Dispuso después, que las efi-

gies fuesen colocadas de nuevo en sus respectivos cajones y conducidas procesionalmente hasta Lima, escoltadas por una guardia de soldados, que había de ir y cerrando aquella marcha triunfal el representante de uno de los monarcas más poderosos del mundo.

Indecible fue el entusiasmo de los limeños al ver entrar por las calles de la princesa de las ciudades sudamericanas aquella regia procesión, en medio de los repiques de campanas y salvas de artillería, y dirigirse solemnemente a la catedral donde la esperaban su ilustre Arzobispo y el cabildo eclesiástico vestidos de gala; y donde debían quedar las imágenes hasta el día siguiente, en que, después de una solemne función ordenada por el Ayuntamiento, debían permanecer ocho días expuestas a la pública veneración de los fieles.

Durante aquellos días la catedral de Lima fue el centro de una verdadera romería. La noticia del prodigioso arribo de las imágenes al puerto de Callao y del entusiasmo religioso que habían despertado en la población se divulgó por la campiña, y numerosas peregrinaciones acudían de todas partes a la espaciosa catedral a postrarse ante las augustas efigies de Jesús y de María del Rosario, y a ofrecerles los votos de sus sencillos corazones. Confundidos se encontraban allí y unidos en fraternal consorcio el español de luenga barba y rostro tostado por el sol y el aire de la campiña, con el humillado indígena barbilampiño y de tez cobriza, dirigiendo una común plegaria y aclamando a María como a Madre común, y al Salvador como a Redentor de todos.

Pero entre los votos y plegarias que en aquellos días se elevaron hasta el trono del Eterno, ninguno fue, sin duda, más puro ni se alzó con fe más viva que los tributados por aquellos dos abrasados ángeles que la Divina Providencia había colocado en el suelo americano, Santo Toribio de Mogrovejo y la tierna y fervorosa Rosa de Santa María.

Qué consuelos tan puros experimentarían al ver la señal de la predilección con que el Señor demostraba su

amor a los nuevos cristianos de América, enviándoles de una manera tan extraordinaria esas imágenes protectoras a las que debían acudir en todas las necesidades de la vida... ¡Qué acciones de gracias tan fervorosas elevarían al cielo durante aquellos ocho días...!

Satisfecha, de la manera indicada, la piedad de los limeños, ordenó el virrey que las efigies fueran conducidas al Potosí, debiendo los ricos propietarios de las famosas minas de plata, hacerlas llegar de la misma manera hasta sus respectivos destinos. Y a fines de Junio se puso en marcha aquella regia procesión, compuesta de hombres de todas las clases sociales, y la más larga y devota que registran los anales de nuestra historia. Abría la marcha un escuadrón de caballería, y la cerraban los bagajes que conducían las provisiones necesarias a tan larga peregrinación.

Durante el trayecto desde Lima al Potosí, a través de montañas casi inaccesibles y de valles encantadores, fue una continua ovación de parte de los habitantes de la campaña y de las pequeñas poblaciones por donde pasaban, porque todos querían venerar las augustas efigies, y bendecían al Señor por la gracia especial que les dispensaba.

En el Potosí fueron recibidas de la misma manera y con igual entusiasmo que en Lima. Los ricos potosinos no tenían menos fe que los limeños, ni eran menos fastuosos que los de la metrópoli, e hicieron a las prodigiosas imágenes espléndidas demostraciones de fe y de cristiana piedad. Y no sólo acataron la orden del Virrey sino que ellos mismos con un entusiasmo digno de encomio se aprestaron a la marcha acompañando a las imágenes hasta la ciudad de Salta. Enviaron ante todo un expreso *(un chasqui)* avisando al Gobernador de aquella ciudad el día de la salida a fin de que preparara un solemne y digno recibimiennto a las imágenes protectoras que el cielo les había destinado, y por cuyo medio obtendrían de Dios y de su Madre Inmaculada gracias y favores extraordinarios. Fácil es de suponer el entusiasmo con que el pueblo salteño recibió tan fausta nueva. La

piedad, que siempre marcha en razón directa de la sencillez de las costumbres, la fe que asienta siempre su trono en los corazones sencillos y en los entendimientos menos avasallados por las pasiones, formaban el carácter y constituían la fisonomía moral de los hijos de Salta, como de todos los pueblos mediterráneos y argentinos: de modo que aquella noticia electrizó los corazones de aquel pueblo de creyentes, y se aprestaron en masa para celebrar espléndidas fiestas en acción de gracias a la Divina Providencia a la llegada de las imágenes. Y apenas tuvieron noticia de la aproximación del convoy, mejor dicho, de la procesión, hombres, mujeres y niños de toda edad y de toda condición, esto es, la población en masa puede decirse, salió con su ilustre Gobernador a la cabeza a recibirlas a una legua de distancia, repitiéndose allí las mismas demostraciones de fe y de piedad que en Lima y en el Potosí.

De Salta pasó siempre procesionalmente nuestra Imagen del Smo. Rosario a Córdoba. La tradición de tres siglos nos cuenta que se hicieron espléndidas fiestas que duraron tres días, en la ciudad de Santiago del Estero, asiento entonces de la silla episcopal de esta vastísima Diócesis, y que su marcha hasta Córdoba fue, durante todo el trayecto, una verdadera marcha triunfal.

Los favores que la provincia de Córdoba ha recibido de la Sma. Virgen, por la invocación de la prodigiosa imagen, no son para contarlos en esta breve sucinta noticia; basta decir para justificar los propósitos de nuestro ilustre y celoso Obispo Fray Reginaldo Toro, que en tres siglos que hace que poseemos este tesoro del cielo, y en innumerables calamidades públicas que se ha invocado su protección, no hay tradición de que el pueblo cordobés, y el de la República toda, no hayan sido consolados, obteniendo inmediatamente el remedio de los males que les afligían.

NUESTRA SEÑORA DE LUJAN (1)

República Argentina

La América es el mundo de la Inmaculada Concepción, pues bajo este hermoso título ha querido la Virgen Santísima tomar posesión del nuevo Continente, con los dos más célebres santuarios erigidos en él a su nombre, a saber, el de Guadalupe, en Méjico, y el de Luján, en la República Argentina.

La pequeña ciudad, o villa de Luján, está situada como a treinta y cinco leguas de Buenos Aires, hacia el interior; antiguamente se hacían tres jornadas para ir del uno al otro punto, pero hoy una cómoda y bien construída vía férrea pone en rápida comunicación a las dos poblaciones; de las que, si la segunda es muy importante por ser capital de la Confederación Argentina, la primera no lo es menos, como centro religioso de tres florecientes repúblicas. Nuestra Señora de Luján es conocida con el título de *la más hermosa Perla del caudaloso Plata;* y, en efecto, acuden a venerarla en su templo numerosas y frecuentes peregrinaciones procedentes no sólo de la Confederación antedicha, sino también del Uruguay y el Paraguay, esto es, de todas las Repúblicas del Plata.

---

(1) Para la presente compendiosa noticia, nos han servido: 1º la **Historia de Nuestra Señora de Luján,** obra extensa y bien trabajada, publicada en Buenos Aires por su autor, el Dr. D. Pedro Goyena; 2º el **Manual del devoto de Nuestra Señora de Luján,** por un Sacerdote de la Congregación de la Misión, libro editado en la misma capital en 1889; y 3º algunos artículos de diferentes revistas religiosas.

II

El origen de este celebérrimo santuario americano en honor de la Madre de Dios, es tan antiguo como poético y hermoso.

Por los años de 1620, cuando España y Portugal formaban una sola corona, y el Brasil era una parte de las extensísimas posesiones ibéricas, donde el sol no se ponía, los habitantes de la expresada colonia traficaban libremente con los del territorio del Plata, como vasallos del mismo soberano. Ocurrió entonces que un portugués, cuyo nombre no dice la historia, avecindado en la ciudad de Córdoba del Tucumán, y que era dueño de una estancia o hacienda llamada Sumampa, deseoso de erigir un oratorio o capilla, en su heredad, se dirigió a un conterráneo y amigo suyo que vivía en el Brasil, pidiendo hiciese trabajar y le remitiese una imagen pequeña de la Limpia y Pura Concepción de María Santísima, pues bajo este título quería el devotísimo propietario construir su capilla a la Reina de los Angeles.

El portugués aquel del Brasil cumplió exactamente el encargo que se le había hecho, y envió para su amigo no una sino dos imágenes de la Virgen Santísima, la una que le representaba en el misterio de la Inmaculada Concepción, y es la venerada hasta hoy en Luján, y la otra, con el Niño Jesús en los brazos, que, bajo el título de Nuestra Señora de la Consolación, se conserva también hasta estos mismos días en el santuario de Sumampa.

Como ambas estatuas son de arcilla cocida, y por lo tanto muy deleznables y frágiles, para remitirlas con seguridad a su destino, se las acondicionó con gran esmero y cuidado en dos cajones separados. Condujo tan preciosa carga desde el Brasil hasta el puerto de Santa María de Buenos Aires, un capitán de navío, y portugués igualmente, según es tradición, quien experimentó desde luego la protección soberana de la Reina del empíreo, pues en toda su larga y peligrosa navegación no padeció el menor contratiempo.

Luego que arribaron al puerto antedicho las hermosas imágenes, el conductor de ellas se procuró un carretón, dentro del que acomodó los dos cajones, con las precauciones debidas, y emprendió su camino hacia Córdoba, adjuntándose a otros viajeros que seguían la misma ruta. Caminaron así dos días; al tercero, habiendo vadeado por la mañana el río "a que diera su nombre la muerte del capitán Luján, y después de haber andado cuatro leguas, poco más o menos, se hizo imposible arrastrar, por más que se aumentaron los medios de moción, el vehículo en que era conducido el simulacro de Nuestra Señora. Resultando inútil cuanto esfuerzo se hiciera con tal objeto, se vio y no pudo menos de verse en ello, una orden de lo alto, un designio providencial, con arreglo al que era forzoso reconocer que se había llegado al punto en que se debía terminar el itinerario asignado por el Cielo a la Sagrada Imagen" (1). En efecto, la carreta en que iban los cajones tornóse inmoble y fue imposible hacerla salir de su sitio, aunque se cambiaron y duplicaron las yuntas de bueyes que tiraban de aquella, los acerados aguijones con que herían a las pacientes bestias no lograron hacerlas dar ni un solo paso adelante; al fin quitaron los cajones de la carreta, y ésta recobró al punto su anterior movilidad, la que no desapareció tampoco al echar encima la estatua de Nuestra Señora de la Consolación; la de la Inmaculada únicamente dejaba inmóvil y clavado en su sitio al vehículo. Por lo cual todos cuantos presenciaban esta maravillosa escena hubieron de advertir y confesar que la Inmaculada Virgen quería ser venerada y honrada en aquella portentosa estatua, en ese privilegiado sitio. Tal es el origen del celebérrimo santuario de Nuestra Señora de Luján.

III

Muy cerca del lugar donde acontecía este portento, había una hacienda perteneciente a otro caballero portugués, llamado Rosendo de Oramas; depositóse allí la Sagrada Imagen y se le construyó una ermita, para

(1) El Dr. Goyena

su culto, mientras la de Nuestra Señora de la Consolación fue conducida a Sumampa, lugar de su destino.

Muy pronto, a la noticia de tales prodigios, la Inmaculada de orillas del río de Luján llegó a hacerse celebérrima, no sólo en aquellos contornos, sino hasta en la misma ciudad de Buenos Aires, de donde, igualmente que de otras importantes poblaciones, principiaron a afluir numerosas romerías a la rústica y pobre ermita construída en honor de la Madre de Dios.

Pero lo que más contribuyó a cimentar sólidamente y extender el culto de la maravillosa Imagen fue el celo abnegado y piadosísimo de un pobre esclavo africano, que en esta peregrina historia es conocido con el título familiar, dado por el pueblo, de: *el Negrito Manuel;* el cual hallándose todavía en la infancia, había sido violentamente arrancado del seno de su familia y patria, Angola, y conducido al Brasil, donde fue vendido en público mercado. Dueño de tal prenda era el portugués, conductor de las imágenes, quien, en vista del ruidoso milagro antes referido, le donó a la portentosa Imagen de la Inmaculada, para que la sirviese como esclavo suyo, aquel dichoso pequeñuelo que no contaba sino ocho años de edad; hecho esto prosiguió adelante su camino, después de haber dejado en la estancia de Oramas así la Santa Efigie como al niño africano, encargado de rendir a la Reina del Cielo todos los homenajes de amor y veneración que pudiese, ya por sí mismo, ya excitando a otros a cumplir este deber.

Era el muchacho de excelente índole, había sido cuidadosa y sólidamente instruído en las verdades fundamentales del catolicismo, por todo lo cual aceptó de corazón y muy gustosamente su consagración a la Virgen Santísima, considerándola como a su legítima Señora y Dueña, y teniéndose él por verdadero esclavo de la Reina de los Cielos. "Puso todo cuidado en mantener limpio y decente el altar de la ermita, y se aplicó con tanta solicitud al culto de la Virgen, que nunca tenía a la Imagen desprovista de lumbre. Permaneció cerca de cuarenta años sirviendo con este filial esmero a su úni-

ca y bien amada Patrona, hasta que una inesperada y grave tribulación vino a poner a prueba su amor y devoción a la Inmaculada Reina".

"Fue el caso que, a la muerte de D. Rosendo de Oramas, el heredero de éste, D. Juan de Oramas y Filiano, que a la sazón era cura rector en la catedral de Buenos Aires, obligó al africano a trasladarse a aquella capital para que le sirviese, cual si fuese esclavo de él y no de la Santísima Virgen. El pobre Manuel defendió como pudo, ante los tribunales eclesiásticos, los derechos de Nuestra Señora de Luján, hasta que una mujer devota de la Santa Imagen dio al Maestro Oramas cien pesos, y se transó el pleito, y el piadoso negro pudo regresar tranquilamente a su muy amada ermita".

"Libre de las angustias que le ocasionara aquel enfadoso pleito, se dedicó con mayor esmero al culto de la Santa Imagen. A su lado perseveró todo el resto de su vida, ora ofreciendo a María todos los obsequios a que se extendía su posibilidad, ora haciendo oficio de predicador de la dulce Virgen, con los devotos que concurrían al Santuario, a los que narraba complacido las maravillas y favores que él mismo había presenciado".

"La virtud habíale totalmente transformado. Su semblante, aunque veladas sus facciones por la tez propia de los africanos, era dulce, sin embargo, al par que austero, dominando en el conjunto de su fisonomía aquel sello que suèle imprimir la santidad, y que comunica un atractivo irresistible".

"Aquel negro, despreciado por su mismo origen y condición a los ojos de los opulentos de la Tierra, mereció por su fervor, su espíritu de oración y la inocencia de su alma sencilla como una paloma, que María se comunicara familiarmente a él, en íntimos e inefables tratos, y a su vez era tal su ingenuidad, que se dirigía a la Divina María y le hablaba con la sencillez y confianza propia del hijo que habla con su madre".

"En ciertas ocasiones, en efecto, yendo el negrito

Manuel a visitar de noche a la Santa Imagen, notó, con indecible asombro que faltaba del nicho, y por la mañana ya la volvía a encontrar en él, pero con el ruedo de su manto azul mojado de rocío, y con la saya llena de abrojo y cadillos; hallaba también cubiertas las fimbrias, de polvo, menuda arena y algún barro. En estas ocasiones, solía clamarle el negrito: ¿Pero, Señora mía, qué hacéis? ¿qué necesidad tenéis Vos, de salir de vuestro nicho para remediar cualesquiera necesidad, siendo como sois tan poderosa para obrar toda maravilla sin salir de él? ¿Y cómo se hace que seáis Vos, tan amiga de los pecadores, que salgáis en busca de ellos, cuando veis que ellos no os hacen caso y os tratan tan mal?".

"Su devoción era comunicativa y su piedad sumamente edificante. Caminaba constantemente en la presencia de Dios, y no se pasaba hora, en el día, que no trajera, una y varias veces a la memoria, el recuerdo de su amada Señora".

"Cuando llegaba la hora de entregarse al reposo, el pobre negro respetado de todos como un patriarca, reunía en la ermita, a los pies de su querida prenda, a todos los presentes, y rezaba junto con todos ellos el santo Rosario, con un fervor tal, que aun en los más tibios infundía el espíritu de devoción; y luego, en un lenguaje todo perfumado de unción y de campestre simplicidad; daba exhortaciones a los peregrinos que venían atraídos de los favores que obraba la Santa Imagen, para que pusiesen en María toda su confianza, porque teniéndola por intercesora con su Divino Hijo, seguros alcanzarían los beneficios que fuesen ordenados a su bien espiritual y temporal".

"Y cuando todos los demás se habían retirado, para buscar sobre las toscas pieles que formaban todo su apero, y les servían de lecho en esos desiertos, un bien merecido sueño, él prolongaba, hasta altas horas de la noche, sus oraciones y prodigaba sus finos obsequios a su carísima protectora". (1)

(1) Párrafos extractados del **Manual** citado arriba.

IV

Otro celosísimo propagador del culto de Nuestra Señora de Luján fue un abnegado y piadoso sacerdote llamado D. Pedro de Montalvo, primer capellán de aquel histórico y célebre santuario.

Padecía aquel eclesiástico de una inveterada afección de asma y tisis, que al fin le pusieron en los dinteles de la muerte. "En tal extremidad y desahuciado ya de los médicos, resolvió visitar a la Santa Imagen venerada en el Río Luján, de la cual había oído desde niño innumerables portentos. Con este objeto, corriendo el año de 1682, salió un día de la ciudad de Buenos Aires, en un carretón. Iba en tal estado de postración que los que le conducían dudaban si se encaminaban al santuario o al cementerio erigido junto a él. Pero el buen sacerdote lleno de fe exhortaba a sus conductores diciéndoles no desconfiasen de su completa curación, pues tenía formado el propósito de servir perpetuamente hasta la muerte a la Virgen Santísima de Luján. Hallándose ya como a una legua de la capilla le apretó de suerte el accidente, que todos le tuvieron por muerto: recobró las fuerzas, pero al llegar delante del templo padeció otro desmayo. Entonces el *Negrito Manuel* se acercó al enfermo, reanimó su fe, le ungió con el aceite de la lámpara que ardía delante de la Santa Imagen, díole a beber un cocimiento de los cadillos y abrojos aquellos mezclados con un poco del barro que a veces aparecían en las fimbrias del ropaje de la estatua; y el moribundo prometió que si recobraba la salud se dedicaría todo el resto de su vida a servir como capellán en aquel rústico santuario; y al punto mismo se sintió libre de sus males y recobró por entero la salud" (1).

Contaba ya la prodigiosa Imagen con un esclavo y un capellán: unidos los esfuerzos de ambos es incalculable el vuelo que tomó en los fieles la devoción a Nuestra Señora de Luján. El celoso sacerdote proporcionaba

(1) Ib.

los auxilios espirituales a los numerosos romeros que no solamente de Buenos Aires, sino de los territorios más distantes de aquella colonia, acudían diariamente a venerar la Santa Imagen, y a implorar sus gracias y favores celestiales; el caritativo negro daba hospitalidad a los peregrinos, cuidaba a los enfermos, y atendía a todos, de modo que llevasen del santuario el recuerdo más grato y consolador. Inflamado cada día más en amor a la Santísima Virgen concibió el proyecto de levantar en su honor un templo espacioso y bello, en vez de la humilde ermita construída a los principios, y con tal actividad recorrió toda la comarca pidiendo limosnas para la obra que había ideado, que a su muerte ascendió la colecta a la suma muy grande para entonces de catorce mil pesos.

Cuanto más adelantaba en edad el fiel y ejemplarísimo esclavo de la Virgen, dedicábase con nuevo ardor a las prácticas de una austera penitencia; andaba vestido de cilicio a raíz de la carne, vivía a modo de los antiguos ermitaños, y, al fin, colmado de méritos, murió en olor de santidad.

Edificante y preciosa fue igualmente la muerte del abnegado sacerdote que fundó el santuario de Luján. "En agradecimiento del gran beneficio (antes referido) quedóse de capellán de la Virgen hasta el fin de sus días, y la sirvió diez y nueve años continuos con singular devoción y esmero... Según el primitivo historiador del santuario, agradecido dicho Pedro de Montalvo al beneficio de su milagrosa salud, promovió con esfuerzo la devoción a la Santa Imagen, celebrando anualmente y con toda solemnidad la fiesta de la Inmaculada Concepción, el día 8 de Diciembre; con lo que tomó la devoción a la Virgen de Luján tanto incremento que de las provincias más remotas venían, en romería, a buscar en este Santuario el remedio de sus males... El Ilmo. Señor D. Antonio de Ascona Imberto, Obispo del Río de la Plata, no sólo confirmó la capellanía de Nuestra Señora de Luján en D. Pedro de Montalvo, sino que también le dio facultad para la administración de los

santos sacramentos y demás funciones parroquiales. Es tradición que en los últimos años de su vida se oía decir con frecuencia, a D. Pedro de Montalvo, estas palabras: *No tengo más heredero de mis bienes que a mi Madre* (así acostumbraba llamar a Nuestra Señora de Luján); y en efecto, constituyó a la Virgen su universal y única heredera. Falleció D. Pedro de Montalvo en el año de 1701". (1)

V

Sólidamente establecida la devoción a Nuestra Señora de Luján en los vastos territorios del Río de la Plata, el Cielo se encargó de suscitar almas nobles y generosas, dedicadas al culto de la Santa Imagen, las cuales con multiplicados esfuerzos y abnegada piedad han transformado paulatinamente, en el transcurso de tres siglos, la humilde y rústica ermita de los principios en el hoy magnífico templo, orgullo y gloria de los católicos argentinos.

En este cuadro de honor ocupa el primer lugar una respetable matrona de Buenos Aires, llamada Ana de Mattos. Viendo esta excelente Señora que la pequeña capilla construída en la Cañada de la Cruz, hacienda de D. Rosendo de Oramas, a la muerte de éste, quedó en estado que amenazaba próxima ruina, y siendo, por otra parte, el sitio aquel expuesto a las continuas y devastadoras incursiones de los indios bárbaros, obtuvo, mediante una suma de dinero, que el heredero de Oramas, antes citado, le cediese la Milagrosa Imagen con todos los objetos de culto existentes en el diminuto santuario; todo lo cual trasladó a la hacienda de su propiedad, llamada el *Río de Luján*, por estar situada a orillas del caudal de aguas del mismo nombre, distante cinco leguas del sitio anterior.

Gozosísima la buena matrona con tan valiosa adquisición, colocó el devoto simulacro en una de las mejores piezas de la estancia, transformándola en capilla

(1) El Manual.

provisional. Entonces, según es tradición, ocurrió un raro prodigio y fue que, hasta por tres veces, desapareció la Imagen de la casa de la Señora de Mattos, y se tornó llevada por los Angeles, a la ruinosa ermita de la Cañada de la Cruz. Noticiosas las Autoridades Eclesiástica y Civil de Buenos Aires, de este portento, por aviso que oportunamente se les diera de lo ocurrido, resolvieron de común acuerdo el obispo de la diócesis, que lo era el Ilmo. Señor D. Fray Cristóbal de Mancha y Velasco, y el gobernador de la provincia y presidente de la Real Audiencia, que lo era el mariscal de campo D. José Martínez de Salazar, constituírse en el lugar del prodigio, averiguar cuidadosamente lo que hubiese de verdad en el caso, y proveer lo más oportuno para fomentar el culto de la Virgen Santísima. Acompañáronles muchísimas personas de la ciudad, entre ellas no pocos eclesiásticos, varios miembros de ambos cabildos y otras personas de la más alta posición social en la Colonia. Hecha la debida información del suceso, así el Obispo como el Presidente determinaron que fuese trasladada la Santa Imagen desde la pobre y vetusta ermita, en que la encontraron, hasta el nuevo y decente oratorio erigido en la hacienda de Doña Ana de Mattos. Fue aquel un triunfo espléndido de la fe, porque los numerosos concurrentes organizados en vistosa y piadosísima procesión, presididos por el Presidente y el Prelado, todos a pie, descalzos no pocos, recorrieron el largo trayecto de cinco leguas, que separa los dos sitios, y entre rezos y cánticos condujeron la maravillosa Efigie desde la Cañada de la Cruz hasta el Río de Luján. Siendo muy de advertir que el *Negrito Manuel* que no había asistido a las traslaciones anteriores, ni se apartó un punto de su antigua morada, ahora que el cambio se había decretado por autoridad legítima, fue el primero y el más empeñado en alistarse en la romería, para acompañar como fiel esclavo a la hermosa Imagen de su Señora y Reina; desde entonces fijó su domicilio junto al nuevo oratorio, allí pasó el resto de sus días, y allí entregó su alma en manos del Creador.

Pronto la capilla del Río de Luján, aunque más vasta que la anterior, pareció diminuta y estrecha para la

afluencia cada día más numerosa de peregrinos. Hallábase ya entonces encargado del santuario su primer capellán D. Pedro de Montalvo, quien ocurrió a la necesidad dedicándose a construir el primer templo propiamente dicho, fabricado en honor de Nuestra Señora de Luján, obra a la que contribuyeron con sus esfuerzos así el Esclavo de la Virgen, como la ejemplar matrona Doña Ana de Mattos, quien donó a la Virgen no solamente el área necesaria para la capilla, sino también un extenso terreno que formaba como una hacienda aparte al otro lado del río de Luján, "a fin de que se aumentase el culto de la Divina Señora, y para que se celebrara anualmente su fiesta con más magnificencia".

Muy luego todo aquel sitio principió a rebosar de gentes que atraídas de su tierna devoción a la Virgen Santísima, y deseosas de vivir y morir junto al venerando santuario, fijaron cerca de él sus hogares. Tal fue el origen de esa célebre población, erigida en parroquia por la Autoridad Eclesiástica de Buenos Aires en 1730, y en villa, por el gobernador Andonaegui, quien en la resolución dictada al efecto dice que la titula con el nombre de *Villa de Nuestra Señora de Luján, por ser esta milagrosa Señora, su primera fundación, y el atractivo de la cristiana común devoción, y a consecuencia de dicho titulo se apellide con él.* "El Rey D. Fernando VI confirmó, por Real Cédula de 30 de Mayo de 1759, el Título de Villa de Nuestra Señora de Luján" (1).

Cincuenta años habían transcurrido y ya la capilla construída por D. Pedro de Montalvo no ofrecía capacidad bastante a las muchedumbres apiñadas y cada día más numerosas de peregrinos que en oleadas sucesivas, a modo de las que arroja la creciente marea, inundaban el santuario. Entonces, no solamente un sacerdote cualquiera, sino uno de los más distinguidos pontífices de Buenos Aires, el Ilmo. D. Fray Juan de Arregui, oriundo de una de las más nobles y antiguas familias del país, acometió la ardua empresa de levantar un templo suntuoso y magnífico en honra de Nuestra Señora

(1) **Manual.**

de Luján. La obra iniciada con tanta abnegación por aquel piadosísimo prelado sufrió durante largos años pesados accidentes, interrupciones y contrariedades, pero al fin fue llevada a cabo por un virtuoso y activo caballero español, llamado D. Juan de Lezica y Torrezuri, quien con motivo de algunos negocios "había bajado del Alto Perú donde residía, a la ciudad de Buenos Aires, en el año 1737. Pero luego que llegó a esta capital, enfermó por más de nueve meses, en tal extremo que le desahuciaron los médicos. En este estado, y viéndose a los umbrales de la muerte, hizo voto de visitar la Santa Imagen de Nuestra Señora de Luján, de la que había oído frecuentemente ponderar el poderío, prometiendo seguir en su presencia un novenario a fin de alcanzar por su intercesión el restablecimiento de su salud". La alcanzó efectivamente de modo maravilloso, y "desde la fecha de su portentosa curación, profesó el más acendrado amor a Nuestra Señora de Luján, y un gran celo por el acrecentamiento de su culto". (1) Este ejemplar caballero, tras nueve años de fatigas y sudores, auxiliado por el no menos piadoso y emprendedor capellán del santuario, Dr. D. Carlos Bejarano, concluyó felizmente la obra iniciada por el obispo Arregui, la cual fue solemnemente dedicada el 8 de Diciembre de 1763.

Este es el templo que ha subsistido hasta nuestros días. Pero aunque bastante espacioso y sólidamente construído no correspondía ya al alto grado de prosperidad y cultura que ha alcanzado la República Argentina; era pues indispensable que su gran santuario nacional ostentase la magnificencia y el esplendor correspondientes al lustre y las riquezas del pueblo en que está situado; para lograr este intento, así la Autoridad Eclesiástica de Buenos Aires como los más fervientes devotos de Nuestra Señora de Luján resolvieron poner manos a la obra, y emprendieron en la construcción de una nueva y monumental iglesia, en honra de la prodigiosa Imagen.

(1) El **Manual**.

"El último día de la octava (de la fiesta de la coronación de la Efigie), que fue el Domingo 15 de Mayo (de 1887), tuvo lugar la colocación de la piedra fundamental del Santuario Nacional de Nuestra Señora de Luján. Se organizó, por la tarde, una solemnísima procesión al sitio donde debía tener lugar la ceremonia; en esta procesión tomaron parte los representantes de las Provincias, y de las Asociaciones católicas, llevando cada cual su respectiva bandera o estandarte. El Excmo. Señor Arzobispo (Federico Aneiros) acompañado de los Ilmos. Señores Obispos de San Juan de Cuyo y de Montevideo, de los Vicarios Capitulares de Córdoba y de Salta, de los delegados de los Obispos del Paraguay y del Paraná, del Venerable Cabildo Metropolitano, de un numeroso clero regular y secular, y de un gentío inmenso dio principio a la ceremonia, conformándose en todo a las prescripciones litúrgicas. Levantóse una acta, sobre pergamino, en que constaba todo lo relativo a este acontecimiento, colocándose en seguida en una cajita de plomo juntamente con medallas, monedas, etc., todo lo cual se encerró en la lápida. Acto continuo, el Excmo. Señor Arzobispo pronunció una hermosísima alocución alusiva al acto". (1).

El grandioso edificio iniciado en 1887 avanza rápidamente, y dentro de muy poco será uno de los templos más suntuosos de toda América. Hablando de él, en 1901, un notable escritor chileno, citado ya en la Introducción a la primera parte de esta obra, decía "A Copacabana se llega a mula, cruzando la altura de la meseta andina; a Andacollo se llega en coche por malos caminos; a Luján en ferrocarriles de todo lujo. Su basílica de mármoles riquísimos cuesta más de dos millones de pesos, y a juzgar por lo que queda por hacer, habrá necesidad de otro tanto. Tiene una revista religioso-literaria a su servicio, que publica artículos muy interesantes y da cuenta constante de las inmensas peregrinaciones que recibe (el santuario). Es un Lourdes transplantado a América".

(1) El **Manual.**

VI

La celebridad extraordinaria del Santuario que nos ocupa se debe a los muchos y constantes prodigios que desde hace cerca de tres siglos alcanza allí la fe viva y ardorosa de los pueblos. Desde el principio, y en los más antiguos documentos, llámase siempre *muy milagrosa* a la preciosa Imagen de Nuestra Señora de Luján. En la primera mitad del siglo XVIII, el Gobernador eclesiástico de la Diócesis de Buenos Aires, Dr. D. Francisco de los Ríos Gutiérrez, informó al Cabildo de su Iglesia acerca de este punto, tratando del cual menciona expresamente "la constante e inmemorial fama de prodigios y milagros, con que ha relucido el poder de Dios, en la Imagen de la Santísima Virgen que se venera en el Santuario de Luján". Añade que esa fama es tal que "se halla esparcida y cada día se va difundiendo más, no sólo por las tres Provincias del Río de la Plata, Tucumán y Paraguay, sino también por las demás del Reino de Perú, en que, dice, es célebre la advocación de Nuestra Señora de Luján, tan invocada por los fieles, así en la tierra, en toda suerte de necesidades, como en el mar por los navegantes que transitan de la Europa al Puerto de Buenos Aires". Lamenta "no haya habido un libro en que se asentase tantas maravillas como la Virgen ha obrado y obra incesantemente"; y finalmente, "para que haya memoria perpetua de tantos milagros, y que sea glorificado más el Señor en esta Santa Imagen y también para que se enfervorice más la devoción de los fieles, manda que se forme un libro, donde queden consignados, guardando escrupulosamente las formas jurídicas, todos los milagros auténticos, que desde un principio consta, por medios ciertos y autorizados, haber sido obrados por la invocación de Nuestra Señora de Luján". (1)

El mismo testimonio han rendido en favor de los prodigios realizados en aquel bendito santuario, escritores tan graves como el P. Lozano, autor de la *Historia del Paraguay, Tucumán y el Río de la Plata,* D. Félix de Azara,

(1) El **Manual**, cap. 6º.

y otros. "Finalmente, el Cabildo secular de la Villa, en varias ocasiones, agradecido a Nuestra Señora de Luján, por los milagros patentes alcanzados por su intercesión a favor de los habitantes de su jurisdicción, la reconoce y proclama en sus acuerdos oficiales, por la Reina y Soberana, por su milagrosa Protectora y Abogada, pues Ella los protege con especialidad, preservándoles de las epidemias que con frecuencia inundan la campiña y mostrándoles que en su Villa predilecta, no solamente sus devotos no caen víctimas de los azotes que a tantos afligen, sino que cuantos vienen enfermos de afuera, luego recuperan la salud". (1)

Pondremos aquí algunos solamente de aquellos portentos, tomándolos al azar de las dos obras que venimos citando.

Poco después de trasladada la Santa Imagen a la hacienda de Doña Ana de Mattos, "un niño, de nombre Ignacio, hijo de un vecino de esa comarca, llamado Juan Méndez, en tiempo del capellán D. Pedro de Montalvo, habiéndose extraviado se encontró al otro lado del río. Ocurrió entonces que viniese un gran temporal, y habiendo crecido extraordinariamente la corriente de las aguas, imploró el pobrecillo con su infantil inocencia y con sus clamores y lágrimas, a la Virgen Santísima de Luján, para que tuviera lástima de él, le ayudara a pasar el río y le restituyese a la casa de sus padres; en aquel mismo momento se apareció al niño una gran Señora que le tomó de la mano y le hizo pasar el río sobre las aguas embravecidas, sin riesgo alguno".

Público y notorio a todos los vecinos de Luján, contemporáneos del distinguido y piadoso sacerdote D. Pedro de Montalvo, fue "lo acaecido en 1686, cuando acabada la capilla erigida en las tierras de Doña Ana de Mattos y colocada la Imagen, estando en la faena de asentar las puertas para la clausura, vino una creciente tan grande que, saliendo el río de madre, llegó hasta dicha capilla el agua; y dicho capellán, y los demás que con

(1) Ib.

él estaban, se acogieron a la capilla, y estuvieran en vela toda una noche, con el cuidado de que si se anegaba, cargar dicha Imagen y sacarla de allí; pero hallaron que en toda la noche no había entrado gota de agua en la capilla; y saliendo a ver con el día, donde había llegado el agua, hallaron haber pasado de la capilla muchas varas; con que atribuyeron a milagro de la Virgen Santísima el no haberse anegado dicha capilla".

"Asimismo por los años 1710, no se habla en la capital de Buenos Aires de otro asunto sino de la prodigiosa curación del licenciado D. Bernabé de Gutiérrez, beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, pues él mismo certifica públicamente y por documento conforme a derecho que habiendo ido a Luján a la fiesta de la Santísima Virgen, hallándose con la boca y paladar hechos pedazos desde ya algún tiempo con llagas malignas, sin haberle en ninguna forma aprovechado los remedios que se había aplicado; acudiendo por último recurso, al aceite de la lámpara que ardía delante de la Santísima Imagen de la Virgen, en medio de la noche, vencido por el dolor se había hecho con él alguna unción en aquella parte dolorida, y al otro día sin más que esta corta diligencia amaneció sano y bueno".

Digna también de imperecedero recuerdo es la protección maravillosa dispensada por la Santísima Virgen, en 1780, a su predilecta villa de Luján. Subleváronse en aquel año todos los indios bárbaros, moradores de las vecinas pampas, arrasaron villorrios, caseríos y haciendas, robando, asesinando y cometiendo toda clase de espantosas violencias. Una partida de cerca de dos mil rebeldes encaminóse en dirección al santuario, para perpetrar en él otras iguales o mayores depredaciones; hallábanse ya a cinco leguas solamente de Luján, cuando los habitantes de la villa llenos de consternación, ante tan horrendo e inminente peligro, acudieron al amparo de la soberana Reina de los Cielos. Al punto una niebla densa y oscura envolvió a toda la comarca; extraviáronse los bárbaros, y no pudieron proseguir su marcha; y el desenlace final de este espantoso drama

fue que el santuario y la villa de Luján permanecieron ilesos en medio de la ruina y devastación universales de aquel extenso territorio.

El testimonio más elocuente de los innumerables portentos realizados por la Virgen Santísima de Luján, son los incontables y valiosos exvotos que decoran el santuario. Un piadoso viajero español hace de él la siguiente curiosa descripción: "Penetré en el templo de la milagrosa Virgen de Luján. ¡Cuán bellas me parecieron sus blanqueadas paredes...! La nave única del templo casi estaba sola. El altar mayor, de escasísimo gusto arquitectónico, me atraía; buscaba la Virgen y sabía hallarla. Me mostraban los mil exvotos de que el frente del altar está tachonado, las lápidas conmemorativas que hay a ambos lados; todo lo veía sin verlo; yo no buscaba el templo ni sus adornos; yo buscaba a la Virgen, y la Virgen de Luján no se mostraba. Por fin me acompañaron al camarín: subí con latente emoción aquella alfombrada escalera y entré en la reducida concha de la hermosa Perla del Plata... Guardaré mientras viva el recuerdo del primer oficio a que asistí en Luján. Cuando el sacerdote se entró en la sacristía, sentí pesar de que tan pronto hubiese terminado la ceremonia. Con concurrencia o sin ella, el santuario de Luján es prueba tangible de lo que pueden las creencias de un pueblo. Junto a la humilde ofrenda del humilde devoto de la Virgen, está la tajante hoja del fervoroso militar; al lado de las joyas, perlas y brillantes, dádivas de agradecidos creyentes, figura la simbólica corona de azahares, depositada allí por la pudorosa mujer cristiana; en fin, en la corona, en el manto, en los adornos todos que embellecen la Sagrada Imagen y el templo, se confunden los anillos pastorales, regalo de ilustres y santos Prelados, con las más modestas joyas de la inocente virgen, y los más humildes presentes de oscuros e ignorados católicos". (1)

---

(1) Rasgos extractados de un extenso artículo publicado en 1890 en las "Misiones Católicas" de Barcelona, bajo el título de **Nuestra Señora de Luján.**

VII

La portentosa Imagen de Nuestra Señora de Luján es, según se ha dicho antes, de arcilla cocida, mide cincuenta y ocho centímetros desde la cabeza hasta los pies; si bien parece más grande, por cuanto las preciosas telas con que hoy la visten cubren no solamente la estatua sino la peana de cedro dorado en que se asienta. El título primitivo de la Efigie es de *La Limpia y Pura Concepción del Río de Luján;* representa a la Santísima Virgen de pie sobre un trono de nubes esmaltadas con cabecitas de querubines, entre las cuales se asienta la media luna cincelada de finísima plata. La Reina del Cielo tiene el rostro suavemente inclinado a la tierra, y ambas manos unidas devotamente al pecho, en actitud de recogida y profunda oración.

La estatua no es ciertamente una obra de arte, pero es bien proporcionada, no carece de una cierta grave y austera belleza, e infunde devoción el contemplarla. He aquí la descripción que de ella nos hace un autor digno de crédito por haber visto de cerca y manejado repetidas veces a la Santa Imagen.— "Es ésta de rostro ovalado; tiene el semblante modesto, grave y dulcemente risueño, que inspira amor y respeto al mismo tiempo. La frente es espaciosa; los ojos grandes, claros y azules; las cejas, negras y arqueadas; la nariz algo aguileña, la boca, pequeña y recogida; los labios, iguales y encarnados; las mejillas, sonrosadas; las demás facciones bien proporcionadas, y las manos bien formadas, delicadas y finas. El color del rostro, aunque muy agraciado, es algo moreno. La Imagen, despojada de los adornos postizos, aparece con su propio ropaje tallado o modelado en la arcilla, el cual se compone de una túnica encarnada y un manto azul sembrado de blancas estrellas; con el transcurso del tiempo los vivos colores del manto y la túnica se encuentran ya muy desmayados. Al principio y durante largos años la Imagen fue venerada con las únicas vestiduras con que le figurara el artista; pero al presente cúbrenla con riquísimas telas de seda y brocado, bordadas de oro y plata y sem-

bradas de perlas, diamantes y toda clase de piedras preciosas; de la Efigie primitiva no aparecen ya sino el rostro y las manos, todo lo demás está velado con aquellas riquísimas joyas". (1)

Nuestra Señora de Luján ha sido en todo tiempo el centro de la fe y de la piedad para todos los pueblos asentados en el vasto territorio del Plata. Devotísimos de la Santa Imagen han sido los Obispos y los Arzobispos de Buenos Aires, así como casi todos sus gobernadores y, después, los virreyes, en tiempos de la Colonia. Los generales más brillantes de la Argentina, al par de sus más renombrados héroes de la Independencia, tales como Belgrano y Puirredón, se consideraban felices al rendir sus armas y abatir las banderas y demás gloriosos trofeos arrebatados al enemigo, en muy reñidas batallas, ante las plantas de la Inmaculada Reina de los Cielos. Pero entre los muchísimos y muy célebres personajes que han visitado ese santuario, ninguno más grande ni digno de ser recordado aquí que el inmortal Pío IX, el Pontífice de la Inmaculada, quien, en su juventud, y cuando era solamente el Canónigo Juan Mastai Ferreti, hallándose en Buenos Aires, de tránsito para Chile, en compañía del Nuncio Apostólico, Monseñor Muzzi, hizo también una devota peregrinación a Luján, y dejó su memoria y su nombre vinculados indeleblemente a ese bendito e histórico lugar.

Finalmente ha puesto un glorioso sello a todas estas hermosas y no interrumpidas manifestaciones de piedad en honra de la Santa Imagen, la imponente y magnífica ceremonia de su coronación, verificada a fines del siglo pasado. Al efecto, con espontáneas y generosas erogaciones, colectadas principalmente entre distinguidas señoras de Buenos Aires y de toda la República Argentina, construyóse de oro y pedrería una espléndida y riquísima corona, en que el arte y la piedad ostentaron sus primores. "Su Santidad, el Sumo Pontífice León XIII, dignóse bendecir personalmente esta corona el día

(1) Extractos del **Manual**.

30 de Setiembre de 1886, y accediendo benignamente a la súplica del episcopado argentino y oriental, coronar por su suprema autoridad la milagrosa Imagen de Luján, delegando por Breve de 1º de Octubre del mismo año, para proceder en su nombre, a tan importante e imponente ceremonia, al dignísimo metropolitano argentino. La solemne coronación de Nuestra Señora de Luján tuvo lugar el día 8 de Mayo de 1887. Revistió las proporciones de una solemnidad nacional, de un verdadero acontecimiento, cuyo recuerdo será imperecedero en los millares de católicos que lo presenciaron. Jamás se vio en Luján, ni en pueblo alguno de esta República ni quizá en otro de América alejado de la capital, una concurrencia semejante a la que invadió a esta Villa en el día de la coronación. Calculóse en 40.000 el número de personas que asistieron a esa imponente manifestación de fe religiosa, venidas de Buenos Aires, de Montevideo, y puede decirse de todos los pueblos de las provincias de la República, desde algunos días antes de la coronación". (1)

Esta la hizo el Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Federico Aneiros, como representante del Papa y acompañado de una brillante comitiva de Prelados de las tres repúblicas del Plata.

VIII

Para concluir la presente noticia acerca del santuario de Luján, diremos que, desde sus principios, ha sido él uno de los principales y más eficaces factores de civilización y verdadero progreso para la República Argentina; él ha constituído un centro de unión y caridad para todas aquellas poblaciones divididas frecuentemente por odios políticos en facciones enemigas, inconciliables; él ha sido un punto de cita para todos los verdaderos católicos de esa hermosa nación, en épocas harto frecuentes de persecuciones religiosas. Nuestra Señora de Luján es el más firme baluarte de la verdade-

(1) El **Manual**, pág. 150.

ra fe en esas tierras australes de nuestro continente, tan trabajadas por añejas sectas, procedentes del Viejo Mundo.

Un ilustrado escritor argentino expone así la influencia bienhechora y decisiva que aquel bendito santuario de María ha ejercido en todas las clases sociales de esa nación hoy tan próspera y afamada. "La vida de la República, dice, ha sido tumultuosa; los partidos se han disputado furiosamente el gobierno del país; hemos pasado muchas veces por días aciagos; las pasiones han estallado estruendosa y fatalmente; la venganza ha inmolado millares de víctimas; el orgullo ha hinchado muchos corazones y oscurecido muchas inteligencias; hombres y pueblos se han extraviado en las sendas tortuosas de las falsas doctrinas, hasta llegar a una época de servil imitación de aquellos países donde se considera como halagüeño progreso, un positivismo mezquino y repugnante que pretende elevar a la categoría de principio la torpe sensualidad. Pero al través de todas las alternativas y vicisitudes de nuestra historia, jamás dejó de lucir la antorcha de la piedad, encendida por la Misericordia Divina en el Santuario de Nuestra Señora de Luján. Se pregona muy ruidosamente y con frecuencia, por espíritus candorosos o fatuos, la eficacia de las instituciones y de las leyes humanas para suavizar las costumbres y levantar el nivel de la moralidad pública, y se desatiende y pasa por alto la verdadera causa del progreso moral de los pueblos, a saber la Religión traída al mundo por su inefable Salvador. Cuando se considera la situación desgraciada de los antiguos moradores de nuestra vasta campiña; cuando se piensa que ocupados exclusivamente en las faenas y trabajos del primitivo ganadero, sin núcleo de sociabilidad, sin comercio de ideas, domando los brutos y en contacto sólo con una naturaleza agreste y monótona, en que todo conspiraba a mantenerlos en hábitos de barbarie y grosería, —el espíritu se admira y complace, reflexionando

sobre la influencia bienhechora del catolicismo en nuestras masas populares". (1)

Dígnese la Inmaculada Reina de los Cielos echar una mirada compasiva sobre toda la América Española, desde hace tanto tiempo presa de la Francmasonería atea y el Liberalismo anárquico que tanto le dividen, empequeñecen y degradan, y le impelen y precipitan más y más cada día a los abismos de insondable ruina; ya que a pesar de tantas miserias; esta porción preciosa de nuestro Continente no ha olvidado aún el culto de la Madre de Dios, y ha erigido y sostiene numerosos y devotísimos santuarios en su honor, desde la colina de *Tepeyac*, en Méjico, hasta las orillas del *Río de Luján*, en la Argentina, la Virgen poderosa y fiel que ha aplastado con sus purísimas plantas la cabeza de la serpiente infernal y ha deshecho todas las herejías, alcance a la Iglesia americana triunfo completo y decisivo sobre la Revolución y la impiedad.

(1) El Dr. Goyena, en la obra antes citada.

PARTE SEGUNDA

INTRODUCCION

El tema desarrollado en la parte primera de esta obra, es ya bastante conocido en el orbe católico, por tanto no habrá tenido el atractivo de la novedad, para muchos de nuestros lectores; sin embargo, era conveniente que tratáramos previamente de ello, a fin de conocer que América es el *Mundo de María,* y esto nos sirviera de introducción a la *Parte Segunda,* cuyo asunto es el que más directamente nos atañe y ha puesto la pluma en nuestras manos.

Juzgamos, en efecto, de muy alta y trascendental importancia la publicación por la prensa de muchos documentos y verídicas noticias concernientes al culto de la Virgen Santísima en la República del Ecuador, pues esta ha sido, sin duda alguna, entre las demás naciones de nuestro Continente, una de las más favorecidas por el Cielo en cuanto a manifestaciones sobrenaturales y maravillosas de la Reina del Empíreo; sería suma ingratitud no recordarlas ni trasmitirlas cuidadosamente a la posteridad; eso equivaldría a arrancar de nuestra historia sus páginas más bellas y gloriosas para sepultarlas entre las cenizas del olvido. Los relatos, de que vamos a ocuparnos ahora, hállanse generalmente enlazados con las noticias relativas a imágenes o santuarios célebres de la Madre de Dios, según dijimos ya en el prólogo de esta obra; por consiguiente, hablar de ellos es prestar no pequeño servicio a la causa social y religiosa, en nuestra República.

Mientras hábiles plumas se encarguen de hacerlo con los encantos literarios y el primor artístico que el asunto exige, la nuestra humilde y mal tajada, habrá de contentarse con una labor preparatoria, como es recoger los datos que hasta ahora nos ha sido posible encontrar acerca de tema tan precioso. Pretendemos, pues, escribir un trabajo histórico, no simplemente leyendas populares forjadas por la imaginación, siquiera sea de gente ilustrada y piadosa; si alguna vez recurrimos a ellas ha de ser para colocarlas en último término, y a falta únicamente de documentos verídicos en qué fundar nuestra narración. La publicación presente es, a no dudarlo, demasiadamente útil y necesaria, porque hay documentos y tradiciones muy expuestos a desaparecer si no se les da cuanto antes el lugar que les corresponde en nuestros anales eclesiásticos. Hoy que la imprenta vocinglera echa a rodar por los cuatro vientos cuanto suceso insignificante y baladí se le presente ¿únicamente ha de callar tratándose de Religión? ¿Ha de relegar a la oscuridad y el olvido la bellísima historia del reinado de la Madre de Dios en esta porción aunque pequeña, pero no despreciable, de América?

En prueba de lo dicho citaremos un ejemplo. La aparición de Nuestra Señora de la Nube, ocurrida en 1696, a pesar de hallarse comprobada por una información auténtica, había llegado a olvidarse de tal suerte, que apenas si algunos eruditos tenían noticia de ella. Había transcurrido solamente un siglo, y ya el alcalde Montúfar pudo afirmar que "este suceso, por la incuria de las personas a quienes tocaba inmortalizarlo, se había apenas tocado por tradición y estaba casi confundido con los apócrifos".

Juzgamos oportuno advertir que no vamos a ocuparnos en esta obra, de todas las Imágenes de la Virgen Santísima veneradas en el Ecuador, sino únicamente de aquellas que se han hecho célebres por sus prodigios o lo concurrido y atractivo de sus santuarios: y aun entre estas últimas, no hablaremos de las que son ya bien conocidas y renombradas en toda la Iglesia, como las efigies de nuestra Señora del Carmen, del Rosario, del Perpetuo

Socorro, etc. y que como tales son también objeto de grande devoción en esta República; sino únicamente de las que por circunstancias extraordinarias aparecen revestidas de cienta distinción y originalidad que las constituyen en un centro especial y nuevo de piedad para nuestros pueblos. Acerca de ellas diremos cuanto hemos podido encontrar de más exacto y verídico, así en documentos escritos como en algunas pocas tradiciones orales conservadas hasta nuestros días.

No todas las tradiciones de que venimos hablando permanecen inéditas: algunas forman ya parte de la historia patria; otras constan de antiguas pinturas, inscripciones y otros monumentos semejantes, en que por falta de imprenta (1) dejaban nuestros antepasados consignado el recuerdo de los sucesos memorables; y que a los ojos de una sana crítica merecen igual crédito y respeto que las aseveraciones mejor fundadas de la prensa. Invocaremos pues confiadamente su testimonio cuando sea necesario.

La Capital, centro del movimiento religioso y ciudad primera de todo el Ecuador, abunda más que ningún otro lugar en esta clase de tradiciones históricas; por lo mismo principiaremos por ella nuestros estudios, sin sujetarnos rigurosamente al orden cronológico, sino atendiendo más bien a la ilación del asunto y mejor trabazón de las materias. Partiendo de Quito, continuaremos nuestra excursión piadosa por las demás provincias, y visitaremos en ellas a imágenes y los santuarios más renombrados de la Santísima Virgen, hasta el del Cisne, situado en la extremidad meridional de la República.

Queda explicado el asunto que nos proponemos tratar en la Segunda Parte de la presente obra. Ojalá contribuyera ella en algo para acrecentar el amor y devoción a la Santísima Virgen, en tiempos en que es de ur-

(1) La primera imprenta que hubo en el Ecuador fue establecida en Ambato por los Jesuítas, poco antes de su expulsión de 1767.

gente necesidad robustecer la fe santa que profesamos, tan combatida entre nosotros por toda clase de sectas, especialmente el protestantismo, la masonería y la impiedad. Acudamos pues a la que es *Auxilio de los Cristianos*, y ha alcanzado en todo tiempo victoria completa sobre todas las herejías, según confiesa la Iglesia: *Gaude Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.*

Concluiríamos aquí lo que intentamos decir, por vía de introducción, si no se nos hiciese imprescindible añadir algunas reflexiones contra una tentación, que el debilitamiento de la fe suscitará quizás en ciertas almas contagiadas de incredulidad y radicalismo. Fingiendo asombrarse de nuestro piadoso propósito, exclamarán, entre compasivas y desdeñosas: "¡y ocuparse, de imágenes...!".

Los católicos veneramos a las imágenes no como si fueran Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen o los Santos en persona, sino sólo como una mera representación de ellos. El culto que la Iglesia tributa a las imágenes no termina en el lienzo, la madera o la piedra de que han sido hechas, sino se refiere al personaje por ellas representado. Los grados del culto son diversos, según el objeto en que últimamente termina; pues a Nuestro Señor Jesucristo adoramos como a Dios, con verdadero culto de latría, porque la persona del Salvador es Divina, la persona Adorable del Verbo; a la Virgen María Nuestra Señora y a los demás Santos veneramos como a criaturas únicamente, pero como a criaturas insignes por la santidad y gloria altísima de que gozan en el Cielo, por lo cual son poderosas ante Dios, y nuestros medianeros en el acatamiento Divino. La Santísima Virgen es muy especialmente objeto de nuestro amor y culto, porque siendo verdadera Madre de Dios y la más santa de todas las criaturas, ha sido constituída por su Hijo Divino Tesorera de todas las gracias, Refugio de Pecadores, Auxilio de los Cristianos, Reina de Todos los Santos y Emperatriz del Universo. Ella sola nos puede favorecer con su mediación más que todos los

bienaventurados juntos. Y como ordinariamente nos colma de los más preciosos dones, valiéndose, como de instrumento, de sus sagradas imágenes, hacer la historia de éstas y sus portentos en narrar una parte muy considerable del Reinado del amor y gracia de la Santísima Virgen sobre los hombres.

Siendo la presente colección de historia la primera de esta clase que se publica en el Ecuador, forzosamente habrá de adolecer de algunas inexactitudes y no pocos vacíos; pero se irán corrigiendo las primeras y llenando los segundos, paulatinamente, en las siguientes ediciones, así como logremos nuevos y mejores datos acerca de la materia. Mientras tanto esperamos que la humilde labor presente no dejará de prestar algún servicio a nuestra historia religiosa, salvando del olvido muchos rasgos de la especial protección dispensada, por la Virgen Santísima, a favor de esta República.

IMAGENES PORTENTOSAS
DE LA VIRGEN SANTISIMA
VENERADAS EN LA REPUBLICA DEL ECUADOR

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED,

la Peregrina de Quito

I

ORIGEN DE LA PORTENTOSA IMAGEN

Dios Nuestro Señor infinitamente bueno es también soberanamente libre en la distribución de sus gracias; las da cuándo, cómo y a quiénes quiere: *Spiritus ubi vult spirat* (Joan. III, 8); válese de las circunstancias e instrumentos que le placen; y derrama sus copiosos manantiales en las ciudades populosas como en la soledad de los desiertos. Así nos lo demuestra la siguiente historia.

Entre todas las Imágenes de la Santísima Virgen, objeto de culto especial a los principios de la República, la más portentosa y célebre ha sido, sin duda, la de Nuestra Señora de la Merced, conocida bajo el título de la *PEREGRINA DE QUITO*, por los muchos y dilatados viajes, en que, a causa de sus singulares portentos, fue conducida por los religiosos de la Orden, a través de América y aun de España, como luego diremos. Sepamos primeramente de dónde trae su origen esta maravillosa Imagen.

Fundada la ciudad de San Francisco de Quito, por el Mariscal D. Diego de Almagro, el 28 de Agosto de 1534, la conquista de esta parte del imperio de Atahuallpa fue llevada a efecto por el intrépido capitán D. Sebastián de Benalcázar, el primer europeo que asentó sus plantas en la antigua capital de los Shyris. Uno de los capellanes de Benalcázar fue el P. Fray Martín de Victoria, religioso mercedario; y pacificada ya toda esta tierra por las armas castellanas, accedieron los conquistadores muy gustosos a la solicitud que se les presentó para el establecimiento de aquella Orden en la recién fundada ciudad. Poco antes se habían instalado en ella los religiosos de San Francisco. "El segundo convento que hubo en Quito fue el de los Padres de la Merced, pues el cuatro de Abril de 1537 concedió el Cabildo de la ciudad al P. Fr. Hernando de Granada mercedario, solares para que edificase iglesia y convento de su Orden, y además dos fanegas de tierra para sembrar, las cuales, según se lee en el acta del Cabildo, estaban en frente de la casa de placer del rey Inca Huayna-Cápac. Entre los primeros religiosos mercedarios que vinieron a Quito se distinguió Fr. Martín de Victoria, castellano, por su mucha facilidad en aprender las lenguas indígenas, pues, en muy breve tiempo llegó a hablar expeditamente la del Inca, y fue el primero que ejercitaba en ella, en su convento, a varios clérigos y a los religiosos de su Orden. Pocos años después de fundado el convento tenía ya un número considerable de religiosos, entre los cuales se cuentan Fray Sebastián de Trujillo, primer Comendador, y pariente de Pizarro, y Fray Miguel de Orenes, que llegó a vivir ciento diez años y fue dos veces Provincial de su Orden en el Perú". (1)

Contribuyó en gran manera a hacer muy amada esta Orden, y de las más populares en el antiguo Reino de Quito, el culto que en ella se dio, desde los principios, a la celebérrima Imagen de piedra de Nuestra Señora

(1) El Ilmo. Sr. González S. en su celebrada obra, intitulada Historia General de la República del Ecuador. Tom. II, pág. 238.

de la Merced; pues transcurridos cuarenta años solamente desde la fundación referida, los pobladores de estas regiones acudían a aquel santo y devoto simulacro como al amparo más seguro y poderoso en cuantas necesidades públicas de trascendencia y gravedad ocurrían, como luego lo veremos. ¿Pero cuál era el origen de la portentosa Imagen que ahora nos ocupa?

A los principios de la conquista todo era pobre y miserable en las nacientes colonias españolas. He aquí la descripción que el historiador citado hace del aspecto que entonces presentaba la que es hoy capital de la República del Ecuador: "Hecha la distribución de solares, comenzaron los primeros pobladores de Quito a construir con afán casas de tabique, donde habitar; deshaciendo las chozas de los indios, para aprovecharse en las nuevas fábricas de los materiales de las antiguas... Domadas ya las tribus comarcanas, y reducidas de paz, los indios fueron deponiendo las armas y los conquistadores se ocuparon en fabricar mejores y más cómodas casas en la ciudad: destruyeron las primeras que habían hecho al principio y fabricaron otras de adobe con cubierta de paja; delinearon la plaza principal y a un lado de ella, el que da al Mediodía, construyeron, también de tapias y con techumbre de paja, la primera iglesia parroquial. El aspecto que debió presentar entonces a la vista la naciente ciudad era un grupo de chozas pajizas, diseminadas a trechos, en unas cuantas hileras, en los declives de la falda oriental del Pichincha". (1) El Emperador Carlos V reinó en España desde 1519 hasta 1556, en que abdicó el trono a favor de su hijo Felipe II, retirándose en seguida al convento de Yuste, donde murió en 1558. Bajo su dominación se realizó la conquista del Perú; él fue quien favoreció liberalmente no sólo a las ciudades sino también a los conventos e iglesias que iban erigiéndose en sus nuevas colonias de América, y hacíalo con una llaneza y dignación verdaderamente paternales; a este templo obsequiaba una campana, a aquel

(1) Ib. páginas 229 y 277.

otro una imagen, al de más allá los paramentos sagrados necesarios, y a no pocos, rentas y donativos cuantiosos. A los Padres dominicanos, cuyo convento fue fundado en Quito, en 1541, por Fr. Gregorio de Zarazo, "el Rey mandó regalarles un ornamento, una campana y que, por el primer año, de la real hacienda se les diese lo necesario para que costeasen todo el vino y el aceite que gastaran en el Culto Divino". (1)

Los Padres de la Merced no quedaron tampoco olvidados en las liberalidades del Monarca; Carlos V que los apreciaba en gran manera por la eficaz cooperación que prestaron a la colonización de estas regiones, y el celo y fervor con que se dedicaron a evangelizar a las varias tribus indígenas que las habitaban, les envió desde España, en muestra de su imperial benevolencia, varios objetos de culto, y algunas Imágenes de la Madre de Dios, entre ellas la que forma el asunto de la presente historia (2). Al arribo de la preciosa efigie a las cercanías de Quito, la ciudad entera concurrió a venerarla en el sitio en que fue depositada, hasta su traslación al propio templo, la que se verificó con gran solemnidad y con asistencia de las autoridades eclesiástica y civil, el clero, los magistrados y todo el vecindario, mediante una procesión espléndida, una de las primeras y más piadosas que en honor de la Reina de los Cielos se celebrara en esta región de los Andes. La Santísima Virgen manifestó entonces cuanto se complacía en estos homenajes fervientes a la par que sencillos de aquel devoto pueblo, por medio de varios portentos que se verificaron durante el desfile de la procesión mencionada.

Entre el apiñado concurso hallábase un sacerdote ciego, que a pesar de este grave inconveniente quiso salir en persona al encuentro de la Santísima Virgen;

---

(1) Ib. página 239.

(2) En un antiquísimo lienzo, propiedad del autor de estas líneas, y obra de un célebre artista quiteño, está representada la piadosa estatua de que nos ocupamos y se lee al pie de ella esta inscripción: **Verdadero retrato de la milagrosa Imagen de María Santísima de la Merced, la Peregrina de la ciudad de Quito.**

venciendo dificultades avanzó efectivamente a incorporarse con la devota procesión fuera de la ciudad; pero apenas se acercó a la hermosa Imagen recuperó súbitamente la vista con gran admiración y júbilo de cuantos presenciaron el prodigio.

Pero no todos lograron la dicha de contemplar la entrada triunfal de la portentosa estatua. Una pobre mujer yacía, varios años, tullida y muda, en su lecho de dolor. Sabiendo lo que ocurría desatábase en llanto por verse privada del consuelo de asistir a aquella piadosa función religiosa en honor de la Madre de Dios; sumergida estaba en tristes pensamientos, y encomendándose a la Reina de Misericordia, cuando he aquí que se halló totalmente curada de ambas enfermedades, tanto que pudo ir por sus pies a visitar personalmente a la Santísima Virgen, y entonarle sus alabanzas.

Fácil es concebir cuánto se acrecentarían la confianza y devoción populares hacia nuestra Señora de la Merced con estos admirables prodigios, de modo que esta advocación llegó entonces a ser la más célebre en el antiguo Reino de Quito. En las enfermedades desesperadas, en los más azarosos peligros y en toda clase de necesidades graves de la vida, las gentes piadosas prorrumpían generalmente en esta dulce oración: "¡Madre mía de la Merced: ayúdame!". Poco después de la gran procesión que dejamos descrita, una infeliz mujer mientras atravesaba uno de nuestros caudalosos ríos, cayó en sus corrientes, y al verse arrastrada por ellas y perdida ya sin remedio, invocó a la Santísima Virgen

---

que donó a dicha ciudad el Emperador Carlos V, Patrona de los RR. PP. Mercedarios misioneros.— Alrededor de la Imagen están representados los cuatro milagros que referimos en el texto y debajo de cada una de esas pinturas se lee en una corta inscripción la historia del prodigio.— El P. Bernardo Recio, jesuita español que escribió a mediados del siglo XVIII, y de quien daremos una breve noticia en el **Apéndice** dice hablando de Nuestra Señora de Monserrate, venerada en Montecristi, que fue una parroquia o doctrina de las muchas que en esta República fundaron los Padres Mercedarios: "Se sabe que (esa efigie) es una de aquellas sagradas imágenes que el piadosísimo emperador Carlos V envió a aquellas nuevas conquistas". (Tratado 2º cap. 8º).

de la Merced, y al instante mismo se le apareció la Divina Madre, y dándole la mano, la condujo a la orilla y la libertó de la muerte.

Sacáronse al pincel varias copias de la preciosa Efigie, y esparciéronse por comarcas las más apartadas; especialmente en las que dependían de la antigua Presidencia de Quito, apenas había casa ni familia donde no fuese venerada una de aquellas, obrándose por su medio muchos y singulares portentos.

Nos haríamos interminables si quisiésemos llevar adelante la relación de favores semejantes, concedidos a toda clase de personas, y con circunstancias verdaderamente extraordinarias y maravillosas; bástenos decir que a esta Santa Imagen se debe en gran parte la inmensa popularidad que tiene la devoción a Nuestra Señora de las Mercedes, no solamente dentro, sino aun fuera de esta República, pues la fama de aquellos portentos llenó los ámbitos de la América Española, en toda la costa del Pacífico, y avanzó hasta España, como lo vamos a ver. Pero antes es necesario que tratemos de conocer, siquiera en boceto, una tan célebre y milagrosa Imagen, como no ha habido muchas en este continente.

Por las noticias que tenemos de esta Efigie, y algunos retratos auténticos que nos quedan de ella, sabemos que la Peregrina de Quito es una estatua de madera, de tamaño algo menor del natural; reproducción bastante exacta de la afamadísima imagen española conocida bajo el título de la *Matrona de Barcelona*, venerada en aquella ciudad desde los tiempos de San Pedro Nolasco. Conforme al original, la escultura que nos ocupa representa a la Virgen Santísima sentada en su trono, en actitud imponente y regia; con la mano izquierda sostiene al Divino Niño que aparece sentado también, en el regazo maternal, y con la diestra que se apoya en uno de los brazos de la silla, levanta en alto el cetro. El rostro de la Imagen es majestuoso, y lleno al mismo tiempo de gracia y decoro virginales; tiene la mirada baja y

dulcemente inclinada hacia su preciosísimo Hijo; el cual abre sus infantiles brazos y eleva los ojos al Cielo, en ademán de dirigir una fervorosa súplica a su eterno Padre. Ambas Imágenes, conforme a la costumbre española, se visten de brocados y otras telas de gran precio; Nuestra Señora con el hábito, escapulario y manto de la Orden Mercedaria, y el Divino Infante con túnica encarnada.

La construcción del gran templo de la Merced de Quito, principió por una capilla, situada ahora junto al presbiterio, a lado del Evangelio, y conocida con el título de *San Juan de Letrán;* allí se colocó la preciosa Imagen, y allí fue venerada durante dos siglos y medio, hasta su traslación a España, a fines del diez y ocho. En ese mismo sagrado recinto esperamos será en breve restaurada la histórica y tradicional devoción a Nuestra Señora de las Mercedes, *la Peregrina,* de imperecederos recuerdos para toda esta República.

II

PROPAGACION DEL CULTO A LA SANTA IMAGEN

Célebre y muy amada era ya en todo el antiguo Reino de Quito esta magnífica Imagen, cuando una circunstancia inesperada, pero dispuesta claramente por la Divina Providencia, hizo que fuese conocida y venerada en toda América, y su renombre avanzase a Europa, hasta la metrópoli española, para que una vez más se advirtiese que la Inmaculada Virgen acoge bajo su manto piadosísimo y maternal a todos los pueblos de la Tierra, sin distinción de razas ni naciones.

En un voluminoso y bien escrito devocionario, cuyo título es: *"Día Lleno. Ejercicios devotos para gastar el día en servicio de Dios.* Por el Padre Francisco García, de la Compañía de Jesús", impreso en Madrid, en 1760, hallamos entre otras muchas prácticas de piedad muy preciosas, una *Novena a la Santísima Virgen María de la Merced, en su prodigiosa Imagen la Peregrina, de la*

ciudad de Quito. Este solo dato nos demuestra que en el siglo XVIII la fama de esta Imagen, después de haberse difundido por América, había traspasado los mares y llegado hasta la Corte misma de España, de manera que se hizo preciso proporcionar a los madrileños piadosos una Novena en honra de Nuestra Señora de la Merced, la de Quito. Y así fue en verdad, a tal punto que no vacilamos en decir que la estatua milagrosa, cuya reseña histórica escribimos, es de las más célebres entre las esecialmente veneradas en la Orden de San Pedro Nolasco.

Contribuyó grandemente a propagar el culto de esta preciosa efigie, en las antiguas colonias españolas del Nuevo Mundo, la siguiente circunstancia. El templo primitivo de la Merced construído en Quito, a raíz de la conquista, fue fábrica sencilla y humilde, y por lo mismo de poca duración, en suelo tan de continuo agitado como el nuestro por convulsiones volcánicas. Vínose, pues, a tierra en 1703. Resolvieron entonces los religiosos levantar una iglesia magnífica que excediese incomparablemente en amplitud, solidez y hermosura a la anterior, para lo cual organizaron una cuestación general en América; con este fin acordaron llevar en su compañía la Milagrosa Imagen regalada a Quito por Carlos V, y tomando consigo la devota escultura avanzaron hasta Bolivia y Chile por el Sur, y hasta Méjico por el Norte, en demanda de limosnas. Al entrar y salir por las poblaciones, donde tocaban, conducían procesionalmente el precioso simulacro; y como en tales circunstancias se realizaron no pocas veces portentos verdaderamente singulares, todos acudían a la Santa Virgen con viva fe y firmísima confianza, llegando por este medio a hacerse celebérrima, hasta los más remotos países, Nuestra Señora de la Merced, la Peregrina de Quito.

El magnífico templo actual fue terminado y solemnemente bendecido en 1737. Celebróse al efecto un triduo de espléndidas fiestas, a partir del 24 de Septiembre en que principiaron, y que fueron costeadas, por la Real Audiencia la del indicado día 24, la del segundo,

por el Obispo y el Cabildo Eclesiástico, y la del tercero, por la Comunidad Mercedaria; siendo Comendador de este Convento el P. Fray Francisco Javier Espinoza y provincial, el P. Fray José Portillo. El Comendador fue uno de los que anduvieron peregrinando con la Imagen de Nuestra Señora, en demanda de limosnas para la fábrica expresada que duró más de treinta años; recorrió no solamente las provincias del antiguo Reino de Quito, sino también gran parte de las del Perú. Referiremos algunos de los muchísimos casos maravillosos realizados así en los viajes del P. Enríquez como en los de otros religiosos que se encargaron de conducir esta Santa Efigie por varias y muy dilatadas regiones de América.

En Oruro, villa importante de Bolivia, o Alto Perú, como se llamaba entonces, al entrar la Imagen prodigiosa recobraron muchísimos enfermos la salud; y entre estos tan admirables sucesos fue muy singular el siguiente. Una pobre mujer yacía más de siete años postrada en su lecho de dolor, víctima de una parálisis general que extendiéndose hasta la lengua la tenía privada del uso de la palabra. Al saber que Nuestra Señora de las Mercedes, la Peregrina de Quito, era recibida triunfalmente por sus conciudadanos, encomendóse interiormente, con mucha fe, a la Santísima Virgen, y al instante mismo se sintió curada, se vistió por su propia mano y se levantó sin rastro alguno de la terrible enfermedad.

En Piura, otra infeliz mujer hallábase en peligro inminente de perder la vida, a manos de su colérico marido, quien habiéndose ausentado algún tiempo de la casa, y sabiendo que la consorte le había sido infiel, tornaba resuelto a hacerla expiar con la muerte su delito. La cuitada acudió llorosa a la Santa Imagen que por entonces se hallaba en la ciudad, e imploró con gran fervor la protección poderosa de la Reina de Misericordia. No se hizo esperar mucho el resultado de esta oración, pues un parto prematuro y maravilloso salvó a la madre y al niño de una muerte violenta y segurísima, y devolvió la virtud y la paz a ese hogar mancillado.

Un hombre, natural de Castrovirreina, población cercana a Lima, trabajaba en las minas de Pariapati, cuando presa de un accidente súbito murió sin que le valiesen de nada los auxilios de la medicina. Las personas que le asistían no perdieron por esto la esperanza, sino al contrario, se encomendaron con más viva fe a Nuestra Señora de las Mercedes, tomaron una estampa de la Virgen peregrina, acercáronla al cadáver, y al instante mismo el muerto recobró la vida.

El cura de un pueblecillo próximo a la ciudad de Guatemala, el piadoso e ilustrado Doctor Don José de Caravantes, hacía tiempo que padecía una grave y molestísima dolencia de que ningún médico había podido aliviarle. Arribó entonces al lugar la devota comitiva de Mercedarios que, en demanda de limosnas para su templo en Quito, llevaban consigo a la Santa Imagen peregrina. Recibióles contentísimo el buen Párroco, quien aprovechó, lo mejor que pudo, ocasión tan propicia para encomendarse a Nuestra Señora de las Mercedes, pidiendo le alcance la deseada salud. Mientras tanto hízose la cuestación, y terminada ésta acordaron los religiosos proseguir su viaje. En el día señalado salieron de la aldea conduciendo procesionalmente la Imagen Milagrosa que había prodigado favores a todos, aunque el pobre Párroco continuaba tan enfermo como antes. Sin embargo, no por eso disminuyó su devoción el atribulado sacerdote, pues, a pesar del accidente que le aquejaba, quiso acompañar a la Santísima Virgen hasta muy lejos del pueblo. Salía ya la procesión fuera del recinto formado por el caserío, cuando de repente se armó una tempestad con truenos y pedrisco. Iba a dispersarse amedrentado aquel piadoso concurso, pero he aquí que advirtieron un extraordinario fenómeno. Cesó la tempestad, y como resultado de ella notaron caído en el suelo un granizo singular por el tamaño, y de forma piramidal; tomáronlo en las manos, y vieron con asombro que en cada una de sus caras aparecía clarísimamente esculpida en la nieve una hermosa Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Alzaron entonces todos un grito de admiración, publicando el prodigio; repicáronse las campanas de la iglesia y convocóse a la población

entera para que acudiesen a contemplar esta nunca oída maravilla. Reunióse efectivamente el vecindario, y fueron todos testigos de un nuevo portento "como fue, el que al liquidarse el granizo no se desperfeccionase la Imagen Peregrina (de la Santísima Virgen de la Merced) que en él estaba esculpida, sí sólo se redujese a menor tamaño, conservando su peregrina belleza". Al mismo tiempo que esto ocurría, el ejemplar y devoto Párroco, Sr. Caravantes, quedó repentinamente curado en presencia de aquel numeroso pueblo, que no se cansaba de aclamar a la Soberana Reina, dispensadora generosa de tantos portentos y gracias.

Esta célebre Imagen fue conducida a España, ignoramos con qué motivo, si no es acaso por el de hacer cuestaciones en la Península; donde quedó retenida por disposición expresa de los Prelados de la Orden. Venérasele hoy, según tenemos noticias, en la ciudad de Cádiz, siempre con el título de Nuestra Señora de las Mercedes, la de Quito. Llamábase a ésta la Peregrina, por los continuos viajes en que era llevada, como queda dicho (1).

Uno de los religiosos más devotos de esta preciosa efigie fue el P. Maestro Fray José de Yépez y Paredes, que tenía a honra titularse *Capellán de Su Majestad* (la Santísima Virgen) *en su Pregrinación*, por haber sido uno

---

(1) Después que salió a luz la primera edición de esta obra, publicó el Ilmo. Sr. González Suárez el tomo V de su importante y erudita **Historia general de la República del Ecuador**, que venimos citando; en el capítulo undécimo de este tomo consigna algunos interesantes detalles acerca de la Imagen que nos ocupa; entre otras cosas dice de ella: "La Imagen de la Santísima Virgen llamada la **Peregrina**, quedó depositada en la Catedral de Cádiz, donde se venera hasta ahora. La efigie fue llevada a España, después de haber recorrido por segunda vez gran parte de la América Española, con el objeto de colectar limosnas para la fundación del nuevo convento de la Merced, que por entonces se efectuaba en Quito, y que es conocido hasta hoy con el título de "El Tejar", y para la adquisición de una librería para el convento máximo de la misma ciudad. Los religiosos que acompañaron a la Santa Imagen, en esta segunda peregrinación, fueron el Padre José de Yépez y Paredes, el Padre Pedro Saldaña y un Hermano donado. Recorrieron gran parte del territorio ecuatoriano desde Quito hasta Pasto; desde esta última ciudad bajaron a Barbacoas, y de Barbacoas se embarcaron a Panamá: luego pasaron a la isla de Cuba y de ahí a Guatemala y a Méjico: de Méjico el Padre Saldaña regresó a Quito y el Padre Yépez se hizo a la vela para

de los conductores de la Imagen. Escribió e hizo imprimir en Madrid, en 1760, un opúsculo piadoso, con este lema: *"Novena a la Santísima Virgen María de la Merced, en su prodigiosa Imagen la Peregrina y Cautiva* (haciendo alusión a haberse quedado retenida en España) *de la ciudad de Quito.* De esa obrita, de un escritor no sólo contemporáneo sino, a veces, testigo de los sucesos que refiere, hemos tomado los cuatro portentos puntualizados en este capítulo.

III

CONCLUSION.

Causa dolor confesarlo, pero es preciso: el culto, y hasta el recuerdo, de tan prodigiosa Imagen han desaparecido casi totalmente en el Ecuador; después de trasladada aquella a España, quedó huérfana y solitaria la antes concurridísima capilla de Letrán, en la Merced de Quito; poco a poco dejó el pueblo de invocar a su Celestial Protectora, bajo la célebre advocación de la *Peregrina,* y el olvido acabó por sepultarlo todo, como una inundación volcánica, bajo oleadas de lava y de cenizas. Pero, ¿y no sería posible restaurar una devoción que tan amada y preciosa debía ser para toda nuestra República...? Sí que lo es; y, efectivamente, se ocupan ya y tratan de ello algunos de los más fervientes y píos religiosos de la Merced. Por felicidad quedan todavía no pocas auténticas y hermosas copias de la perdida efigie; bastaría acaso colocar una de ellas en la mencionada Capilla, sobre aquel mismo trono desde el cual prodigó en otro tiempo la Virgen Santísima tantos favores sobre los fieles que imploraban sus misericordias, para que éstas tornen a derramarse de nuevo copiosas y admirables sobre la sociedad entera. *¡Fiat, fiat...!*

España y visitó Castilla y la nueva Andalucía". Acerca del primero de dichos religiosos, da el Ilmo. autor citado las siguientes noticias: "Era el Padre Fray José de Yépez y Paredes varón íntegro, muy instruído, naturalmente elocuente, gran improvisador y de exquisita cultura en su trato y conversación: estaba envanecido de que por sus venas corriera la sangre de Mariana de Jesús, y su conducta no desmentía de tan noble parentesco".

LA VIRGEN DEL TERREMOTO

Imagen portentosa de Nuestra Señora de la Merced, venerada en el templo de este título, en la Capital del Ecuador.

I

LA PROTECTORA CELESTIAL DE QUITO.

Apenas habrá ciudad notable en el orbe católico que no se proclame deudora a alguna Imagen célebre de la Virgen Santísima, de grandes portentos y gracias escogidas del cielo, especialmente en tiempos de calamidades públicas. Quito, acaso más que ninguna otra población del mundo, puede testificar de esta verdad, pues hace más de tres siglos que habría sido borrada del haz de la Tierra, y permanecería convertida en informe hacinamiento de ruinas, y sepultada bajo la enorme losa de colosales lavas volcánicas, sin una repetida y manifiesta intervención de la Reina del Empíreo en favor de esta tan de continuo atribulada ciudad. Edificada a las faldas del Pichincha, volcán no extinguido aún, y a distancia relativamente corta del Cotopaxi, motivo incesante de terror para las mesetas interandinas de la parte central del Ecuador, Quito, a pesar de todo, no ha sido destruída todavía como las antiguas Riobamba e Ibarra, ni ha experimentado el rigor de otras catástrofes físicas con que son probadas frecuentemente las otras secciones de la República. Indudablemente se debe esto a una gracia extraordinaria de preservación que el pueblo y las autoridades civiles y religiosas han atribuído de consuno a la mediación poderosa de la Virgen Santísima en su advocación de las Mercedes y la Misericordia.

En una piadosa novena compuesta para perpetuo recuerdo de tan singulares beneficios, se hace una relación compendiosa de todos ellos, en los términos siguientes: "Para manifestar su gratitud a María Santísima, y a la vez para tenerla siempre propicia en lo futuro, hicieron los dos Cabildos, Eclesiástico y Civil, en representación del pueblo todo, un voto jurado de celebrar una Fiesta anual en honor de Nuestra Madre Santísima de la Merced; este hecho se verificó el día 15 de Setiembre de 1575, por el favor recibido con ocasión de la erupción del Pichincha, acaecido el 8 de dicho mes y año; renovaron el juramento el 15 de Diciembre de 1660, por otra erupción del Pichincha, sucedida el 27 de Octubre, del mismo año, ofreciendo además dar a la iglesia de la Merced doce velas de cera o 24 pesos en plata; volvieron a ratificar el voto del día 29 de Abril de 1755, a causa del terremoto del día 26 del dicho mes y año; los mismos votos se hicieron con ocasión de las erupciones del Cotopaxi, acaecidas el 4 de Abril de 1768, y el 7 de Diciembre de 1843. En las sequías, en las amenazas de guerra, en las pestes y en todas las grandes desventuras ha acudido el pueblo de Quito al templo de la Merced a pedir a María Santísima su protección, y ¡cosa admirable! nunca ha dejado de experimentar cuán buena y misericordiosa es; nadie puede negar que cuantas veces se ha sacado en procesión su venerada Imagen, o se ha hecho alguna solemne y pública manifestación de fe y de piedad, se ha conseguido lo que se le pedía.

"Este es el origen de la Fiesta que se celebra en honor de Nuestra Santísima Madre de la Merced en el mes de Abril; cuyo origen histórico, como ligeramente acabamos de indicar, es bastante para que el pueblo de Quito ni se desaliente en los reveses que sufre, ni decaiga en su fe y en su amor a la Virgen Santísima de la Merced; antes bien, ahora más que nunca debe avivar esta fe y esa devoción, pues no son pocos ni pequeños los males cuyo remedio debe pedir a María".

La Imagen de la Madre de Dios a la cual Quito se reconoce deudora de tan señalados portentos, es una antigua estatua de piedra, de tamaño natural, de la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, pero que es conocida también con el título de la *Virgen del Terremoto*, venerada en la Iglesia del convento máximo de los Mercedarios, en un nicho del retablo principal.

¿Cuál es el origen de esta venerada y preciosa efigie? Una antigua tradición, conservada en el pueblo, asegura que fue maravillosamente encontrada a las faldas del Pichincha. Efectivamente la piedra en que se ha tallado la estatua es de la misma clase que las que se extraen de las canteras situadas en la vertiente oriental de aquel cerro; por tanto, si no es un prodigio, será el cincel de algún muy hábil escultor español, al cual se deba esta hermosa y magnífica escultura; pues no faltaron distinguidos artistas entre los peninsulares que conquistaron estas tierras y establecieron estas colonias (1). El hecho es que pocos años después de fundada la ciudad de Quito, la gran estatua de piedra de Nuestra Señora de Mercedes vino a ser el centro principal de la devoción a la Virgen Santísima, en toda esta porción del reino antiguo de los Incas; y conquistados y conquistadores acudían confiadamente a la Virgen del Terremoto, en las no pocas ni leves calamidades públicas que ya por entonces afligieron a estas comarcas.

Contribuyó, además de lo dicho, a hacer celebérrima a esta Imagen la devoción acendrada que le profesaron varios y muy grandes siervos de Dios, y los multiplicados prodigios que por medio de ella se ha complacido en todo tiempo la Reina Augusta del Cielo en

---

(1) Nos inclinamos a creer que el origen de esta Santa Imagen sea verdaderamente un prodigio, o, al menos, que el bloque de piedra en que está labrada, se encontró con cierta forma o apariencia de estatua, que habría sido perfeccionada después, por un artista entendido en la materia; opinamos así, por el ademán enteramente raro y original con que está representado el Niño, como suspendido del cuello de su Madre Santísima, vacilando en el aire, y a punto de caer al suelo. Difícil es que a ningún escultor se le hubiese ocurrido esculpir al Divino Infante en actitud tan peregrina y excepcional.

dispensar a Quito. Daremos de todo esto una noticia lo más exacta que podamos, aunque breve y sucinta, conforme a lo que nos hemos propuesto al escribir esta obra.

II

SIERVOS DE DIOS DEVOTISIMOS DE ESTA SANTA IMAGEN. EL VENERABLE URRACA.

Era una mañana de fines de 1603. Un joven español, estudiante del colegio de San Luis, acudió al templo de Nuestra Señora de la Merced para asistir al adorable sacrificio de la Misa, derramar su corazón ante el acatamiento Divino, e implorar del Cielo una gracia muy grande, cuya consecución deseaba vivamente hacía tiempo. Entre todas las iglesias de Quito la más grata a nuestro estudiante era la de la Merced, por estar dedicada de modo especial a la Santísima Virgen y venerarse en ella la prodigiosa Imagen de que venimos ocupándonos. El piadoso mancebo aspiraba a la vida religiosa, pero no sabía dónde ni cómo abrazarla; pues aunque de varios conventos de esta misma capital había recibido no pocas invitaciones al respecto, no se decidía aún por ninguno. Esta era cabalmente la gracia que anhelaba impetrar, por la poderosa intercesión de Nuestra Señora; para esto había acudido esta vez más al templo, para saber cuál era el Instituto Religioso en que quería Dios le sirviese. Dominado de tan santos pensamientos entró el adolescente en el sagrado recinto, y fue a arrodillarse en un rincón, pero de modo que pudiese tener a la vista la Imagen maravillosa. Estando pues ahí haciendo con fervor la ordinaria súplica a la Virgen, vio que salía la Comunidad a la Capilla Mayor, llamada de Letrán, a cantar un responso, y como mientras tanto prosiguiese él contemplando atentamente la Imagen de Nuestra Señora, colocada en el Altar Mayor, advirtió que ésta se inclinaba y "mirando a su Hijo Santísimo, que tenía en los brazos, meneando la mano derecha, hacía una acción como que le hablaba por alguno que estaba abajo; absorto de la novedad (el joven) bajó los ojos, y

vio a la Comunidad de los religiosos que se iba entrando al convento, y que al pasar por el Altar Mayor, como iba cada uno hincando las rodillas al Santísimo y haciendo la humillación al pasar, iba la Virgen Santísima alcanzando de su Hijo precioso un favor para cada religioso, y como Madre y Maestra, enseñando todo a cada uno lo que había de hacer; acabado de pasar el Prelado con quien también hizo las mismas acciones que con los demás, aunque más dilatadas, mirando la Virgen con ternura su Comunidad le echó una bendición, y luego poniendo los ojos (en nuestro estudiante) le llamó con la mano señalándole a la Comunidad, como mandando la siguiese; él bañado en gozosas lágrimas, al punto obedeció, y levantándose del rincón donde estaba fue por los mismos pasos que había ido la Comunidad: llegó a la grada donde todos los religiosos habían hincado las rodillas, y haciendo él lo mismo le volvió a hacer señal la Virgen que se entrase en el convento siguiendo la Comunidad, y al humillarse le echó la bendición". ¿Quién era este joven afortunado, y de dónde procedía?

"La Francia ha sido hecha por los obispos, como una colmena por las abejas": esta célebre confesión de un impío podríamos aplicar a muchos pueblos de la América Latina, pues también ella ha sido hecha por los religiosos como una colmena por las abejas. Lima y Quito eran, en tiempos de la dominación española, dos focos de luz, dos centros activos y fecundos de donde la semilla evangélica se esparcía por regiones las más apartadas del nuevo Continente. De Quito salieron los misioneros que evangelizaron a los Mainas y demás tribus salvajes de las vastísimas selvas amazónicas; de Quito, los obreros abnegados que plantaron la civilización cristiana en una inmensa extensión de la costa del Pacífico, o Mar del Sur, como se le llamaba entonces. Por esto el distinguido historiador de las *Misiones del Marañón*, Padre Chantre y Herrera, hablando de la fundación de Quito, dice con mucha justicia: "El fundador de esta ciudad tenía sus miras en intereses puramente temporales, pero el Señor le dirigía y ayudaba en la ejecución, queriendo poner en aquella parte del mundo un

castillo roquero contra el poder del infierno, que por tantos años tiranizaba a un gentilismo innumerable" (Lib. I, cap. 2).

Uno de los institutos que más se distinguió por su celo infatigable y abnegada laboriosidad, en empresa tan ardua como civilizadora, fue la Real y Militar Orden de la Merced. Su claustro de Quito fue un seminario fecundo de preclaros misioneros desde sus comienzos, pues "los primeros conventuales fueron los santos religiosos Fr. Sebastián de Trujillo, Fr. Miguel de Orenes, Fr. Juan de Vargas, ínclito mártir, el milagroso, Fr. Diego Martínez y Fr. Miguel de Santa María", además de Fr. Martín de Victoria, de quien hablamos antes. De allí partieron los Padres Fray Dionisio de Castro, Fray Miguel de Santa María y Fray Francisco Ruiz que "convirtieron toda aquella provincia (de que se formaron las actuales de Manabí y Esmeraldas): fundaron a Villanueva de Puerto-viejo, día de San Gregorio, y por eso el emperador Carlos V le dio nombre después de ciudad de San Gregorio". De Quito salieron los religiosos mercedarios que fueron a establecer casas de su Orden en Popayán, Cartagena de Indias y hasta en las mismas costas del Brasil. La Imagen prodigiosa de Nuestra Señora de la Merced era el imán que atraía en torno suyo a tantos y tan ilustres religiosos, encendía su devoción e inflamaba su celo por la conversión de los gentiles. El Vble. P. Fray Pedro de la Rúa, antes de partir al Brasil, a donde le enviaban de misionero, cambió previamente el apellido, y quiso que desde entonces se le llamase Fray Pedro de Santa María "por devoción de la Milagrosa Imagen que dejaba en su convento". Citemos otro ejemplo. "El Vble. P. Fray Gaspar de Torres, de quien la Real Audiencia escribió a la majestad de Felipe II: —El Vble P. Fray Gaspar Torres, de la Merced, es varón verdaderamente escogido de Dios para convertir almas a su fe— hizo diversas misiones, saliendo de su convento de Quito a las provincias de los Cayapas y Barbacoas, indios barbarísimos; estando tan ajeno de comodidades, que iba a pie, y en parte descalzo, sin cama, ropa, ni prevención de sustento alguno; toda su compañía y consuelo era el breviario, y una imagen de la Madre de Dios".

Esta devotísima efigie, al par que incentivo de celo apostólico, fue también un centro de retiro, silencio y contemplación para aquellos religiosos santos que acudían al claustro como a una nueva Tebaida y un seguro asilo contra las seducciones del mundo. El Vble. P. Fray Juan Bautista González, llamado del Santísimo Sacramento, fundador de la reforma española de Mercedarios Descalzos, ¿cuántas luces y gracias alcanzaría por la intercesión poderosa de la Santísima Virgen en favor de la gran obra que proyectaba realizar, las repetidas veces en que con seráfico fervor oraba a las plantas de esta Santa Imagen, durante el tiempo que permaneció en el convento de Quito? De aquella misma fuente el Vble. P. Bolaños sacó aquella fe y constancia heroicas con que llevó a cabo la fundación de la Recoleta Mercedaria, llamada del *Tejar*, de esta misma capital. Pero el más célebre por su tierna devoción a la Reina de los Angeles, entre todos estos ilustres siervos de Dios, es el Vble. P. Urraca, cuya causa de beatificación pende ante la Sagrada Congregación de Ritos, y que, lo esperamos, será promovido un día a la gloria de los altares. Los pocos rasgos que vamos a citar de este varón extraordinario, nos harán entrever la ternura, la suavidad y los carismas con que Nuestra Señora de la Merced acostumbraba favorecer a aquellos sus fieles y abnegados servidores; y rendirán al mismo tiempo un testimonio brillante en honra de nuestra Imagen muy amada, pues se ha notado que los simulacros de la Madre de Dios especialmente venerados por los santos han sido después famosísimos en toda clase de prodigios.

La vocación admirable del P. Urraca a la Orden Mercedaria hemos referido ya al principio de este capítulo. Digamos ahora brevemente quién haya sido este ínclito religioso (1). Nació en España, en la villa de Jadraque, el año de 1583, de padres muy distinguidos,

(1) Las citas todas de este capítulo, así las precedentes como las que pondremos después, están tomadas de la obra impresa en Madrid, en 1790, con el siguiente título: "El Job de la ley de gracia, retratado en la admirable vida del Siervo de Dios, Venerable Padre Fray Pedro Urraca".— Por el Maestro Fray Felipe Colombo.

más por la piedad que por la nobleza de su linaje. Muy joven aún fue enviado a Quito a visitar a un hermano suyo, franciscano descalzo, que murió después en Tulcán con fama de santidad, el Vble. P. Fr. Francisco García. El héroe de nuestra historia recibió en el bautismo el nombre de Pascual, y en la confirmación el de Pedro; pero al hacer su profesión religiosa quiso llamarse de la Santísima Trinidad, por la gran devoción que siempre tuvo a este Misterio Augusto. A punto ya de embarcarse en un puerto de la península para venir a América, "se cayó Pedro en el agua, y se hundió, estando muchísimo tiempo dentro, hasta que invocando a la Virgen Santísima, vio que una Señora hermosísima cogiéndole de la mano lo sacó, con admiración de todos los que le vieron salir a la orilla". Hubo, pues, de diferir su viaje para otra ocasión, en que le sobrevino otra terrible prueba, pues, hallándose ya en alta mar, el navío en que iba padeció tan recia tormenta, que todos los tripulantes se creyeron perdidos; entonces el joven Urraca prometió con voto a la Santísima Virgen hacerse religioso, aunque sin determinar el instituto. Protegido visiblemente por el Cielo, venciendo dificultades y contratiempos innumerables arribó felizmente a Quito, donde su hermano le puso a estudiar en el Colegio de San Luis, hasta que ingresó en la Orden de la Merced.

Tanto durante el noviciado como después de la profesión fue Fray Pedro singularmente favorecido por la Virgen Santísima, en premio de la ardiente devoción con que la honró siempre en aquella su portentosa Imagen. Llegó en efecto el joven religioso a encenderse tanto en amor a la Reina de los Cielos, que hizo de ella, después de Dios el imán de sus afectos y el tesoro más preciado de su corazón. No se cansaba de contemplarla; permanecía largas horas como estático ante el altar de la maravillosa efigie, y si la obediencia se lo hubiera permitido, habría pasado noches enteras en tan dulce arrobamiento. Alcanzó licencia de los superiores para hacer las veces de sacristán y campanero, con el propósito de visitar con la mayor frecuencia posible el objeto de su amor, y detenerse más a sus anchas a contem-

plar su hermoso rostro y ofrecerle los homenajes de su angélica piedad. La Divina Madre que tanto se complace en las almas inocentes y puras, aceptó benigna estos abnegados obsequios de su fidelísimo siervo, recompensándole por ello con gracias las más extraordinarias y preciosas.

Como todos los grandes santos el Vble. Urraca fue muy perseguido del diablo, pero salió triunfante de todos sus infernales ataques mediante la protección eficaz y oportuna de la Reina del empíreo. Vaya una muestra de ello. Ofreciéndose cierto ejercicio de piedad, para lo cual era necesario hacer señal con las campanas, dijo el Maestro de novicios, a los que se hallaban presentes: "Hermanos, vaya uno a tocar, Fray Pedro que estaba cerca, con el deseo de volver a ver a su querida Imagen de la Virgen, porque para ir al campanario se pasaba por el coro bajo, se ofreció a ir. Entróse por una puertecilla, junto a la cual había una bóveda muy honda de la capilla de San Juan de Letrán, cubierta por una losa: hizo su genuflexión a la imagen, diciendo tiernos requiebros, y subió a tocar". El fervoroso novicio al mismo tiempo que tañía las campanas rezaba salves a la Santísima Virgen; irritado de lo cual el diablo se le apareció en forma de espectro gigantesco. "Nada de esto fue bastante para que dejase de rezar sus nueve salves, hasta que dicha la última oyó un ruido tan grande que pensó caía, sobre él todo el campanario: empezó a huir con el miedo, y al querer salir por la puertecilla vio al demonio, tan horrible y espantoso que quedó atemorizado; y dándole un golpe en las espaldas le pareció que había dicho: *ahora morirás* y lo arrojó en la bóveda de la capilla que había destapado. Del golpe y la caída perdió Fray Pedro el sentido". Pero entonces acudió a su amparo la Santísima Virgen, y sano y salvo "sin saber quién, o cómo le llevara", se halló hincado de rodillas en el oratorio del noviciado.

Cuando más tarde se vio obligado a dejar Quito y trasladarse a Lima "tuvo en el camino otras persecuciones del demonio. En todas ellas quedó vencido (este

enemigo infernal) , y Fray Pedro, con la ayuda de Dios, victorioso. Refirió a su confesor, que en un paso estrecho se le apareció visible el demonio con una figura la más horrible que vio en su vida. Era de noche y obscura; pero echaba por los ojos tanto fuego que se veía bien aquella fiereza. Abrazóse con el siervo de Dios, pretendiendo despeñarle. Entonces vio (Fray Pedro) delante de sus ojos la Milagrosa Imagen de María que dejaba en el Altar Mayor de Quito. Conque cobró tal ánimo, que le dijo (al diablo): *Fiera bruta, ¿no sabes que con la ayuda de Dios no te temo?* Y en viéndose fuera del mal paso fue Fray Pedro tras él con el escapulario en la mano, diciéndole: *Aguarda, soberbio: verás abatida tu altivez al golpe de este escapulario de mi Madre la Virgen Santísima de la Merced:* conque se desapareció (la infernal visión)".

En las circunstancias solemnes de la vida, y en todas las necesidades graves de ella, el P. Urraca encontraba siempre propicia y lista a favorecerle a la que es llamada por la Iglesia, Madre de Misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra. Estando todavía en Quito, enviáronle sus superiores a que recorriese los campos pidiendo limosna para el convento que era muy pobre: "disposición de Dios, según reflexiona muy bien el biógrafo del Venerable, para que los rayos de su virtud saliesen de las paredes de la religión para el aprovechamiento de los prójimos". Y así sucedió efectivamente, por la protección poderosa de María que el humilde Misionero atrajo sobre sí por sus fervientes plegarias. "La tarde antes de salir previnc Fray Pedro el ajuar de su viaje, que todo paró en una taleguilla o bolsa de cuero en que puso el breviario y cuadernillos, y dos libros espirituales, sus disciplinas y cilicios. Pasó aquella noche en ejercicios y oración, pidiendo a la Virgen Santísima le empare en aquel viaje. Tuvo una visión de unas luces como estrellas, y una hermosísima en la frente de la Virgen, otra en la frente del Niño Jesús, y otra en el corazón de una imagen de pintura de San Pedro Nolasco, que estaba en el Altar Mayor. Estas luces a ratos se le venían a los ojos deslumbrándole, y otras veces tira-

ban sus rayos hacia el corazón, llenándole de gozos celestiales, de que participó toda la noche". No solamente en esta ocasión, en otras muchas, la Sagrada Imagen de Nuestra Señora se le mostró con aquellas estrellas o luces; viniendo a ser ésta una de las visiones más frecuentes del Siervo de Dios.

Tornando a la excursión aquella que hizo por los campos circunvecinos a Quito, en demanda de limosnas, aconteciéronle varios sucesos maravillosos, siendo uno de ellos el siguiente. "Un día llegó a una estancia u obraje, en un desierto, donde era mayordomo un mestizo muy soberbio, que hacía muchos años vivía torpemente, escandalizando a todos los de la familia; el cual, bien contra su condición, recibió con muchos agasajos a Fr. Pedro, movido sin duda de verle tan pobre y tan cansado: diole de cenar, y mandó prevenir una cama. Díjole Fr. Pedro, que antes de acostarse tenía que hablarle en la capilla de la casa. Retiráronse a ella, y cerrando Fr. Pedro la puerta, con gran celo empezó a reprenderle su mala vida, el escándalo que daba a indios y a negros, tiernas plantas de la fe, que corría por cuenta suya su enseñanza; y porque no se excusase, le fue diciendo su vida como si la leyera en su conciencia. Avisóle de que tenía muy indignado a Dios; notificóle que estaba cercana su muerte, porque cenando con él había visto que le amenazaba detrás de su silla un feo demonio; y que por la caridad que había usado le enviaba Nuestro Señor, por intercesión de su Madre la Virgen de la Merced, aquel aviso". Aterrado el hombre con aquel anuncio, movido de profunda y sincera contrición, pidió unas disciplinas al Siervo de Dios, y en compañía suya pasó toda aquella noche en ejercicios de devoción y austera penitencia. Cuando amaneció llamó al Párroco del lugar, hizo una confesión general con él y dispuso todas sus cosas como si estuviera a punto de muerte. En esto Fr. Pedro dejó la hacienda, y continuando su viaje se trasladó a otro lugar. Mientras tanto "el hombre arrepentido fuese a la capilla solo; y, de allí a buen rato, buscándole el Padre doctrinero (esto es, el Párroco), le halló muerto en la capilla, hincado de rodi-

llas con una cruz, y el rosario en la mano izquierda, y con una piedra en la mano derecha, con que se había dado muchos golpes en los pechos: indicio manifiesto de su contrición".

Otro favor señalado de la Santísima Virgen recibió Fr. Pedro el día de su profesión religiosa, la cual tuvo lugar en Quito, el 2 de Febrero del año mil seiscientos cinco. ¿Quién podrá decir el torrente de gracias en que fue inundada su alma en circunstancia tan solemne? Por la tarde, "con licencia de su maestro, se bajó a la iglesia, y puesto en el mismo rincón donde por señas le ordenó aquella Santa Imagen tomase el hábito de su Religión, empezó a darle gracias de la piedad que con él había usado. Aquí le habló la Reina de los Angeles, exhortándole al cumplimiento de lo que había prometido, y ofreciéndole de nuevo su asistencia. Estando en lo más dulce de tan singular favor tocaron a maitines, y besando a toda prisa el suelo, se levantó, y con una devota sencillez dijo a la Virgen: *Adiós, Señora, que voy a maitines, donde me llama la obediencia.* La Santa Imagen, como calificando (de heroica y grandemente meritoria) su observancia, le echó su bendición al hincar la rodilla, como había hecho la primera vez".

Hecha la profesión religiosa y adquirida la ciencia eclesiástica necesaria, Fray Pedro de la Santísima Trinidad fue ordenado de subdiácono, en el pueblecillo de Guápulo, por el obispo de Quito, el Ilmo. Sr. López de Solís; pero no se resignó la profunda humildad del ferviente religioso a ingresar en las órdenes sagradas, sino cuando "la Santa Imagen del Altar Mayor le mandó que obedeciese a sus Prelados", y estos efectivamente llegaron a prescribirle que ascendiese a ese grado.

"A esta sazón vino a visitar el convento de Quito el R. P. Maestro Fr. Mateo de Yanguas; y deseoso de que los rayos de la virtud de Fr. Pedro se explayasen para gloria de Dios y crédito de la Religión, le mandó que fuese a Lima, asignándole por conventual de la recoleta de Belén, entonces recién fundada. Divulgóse en

la ciudad de Quito esta mudanza, y fue muy general el sentimiento de todos, dentro y fuera de casa. Mucho sintió también Fray Pedro el salir de Quito, no por dejar a su hermano, que aún vivía, ni por la ciudad, que casi tenía por patria, sino por apartarse de aquella Santísima Imagen de la Virgen, de quien había recibido tantos favores. ¿Quién dijera las lágrimas que derramó en su presencia?, ¿las ternuras que le decía?, ¿los cariños con que la miraba?, ¿las asistencias delante de su altar (las noches enteras y lo más del día, sin apartarse de allí, con aquel sentimiento y consideración de que no le había de ver más?". Una noche, la última que pasó en el convento de Quito, "acabada la disciplina quedóse en oración, diciendo mil ternuras y afectuosas jaculatorias a la Virgen Santísima: *¿Cómo es posible vivir yo sin vos? ¿Qué ha de ser de mí, faltándome vuestra presencia? Más quisiera ¡oh Madre mía! quedar enterrado delante de vuestro altar, que vivo en otra parte.* Estando en estos afectos le habló la Santa Imagen, y le dijo: *Anda Pedro, que yo voy contigo, y te aseguro que siempre me has de tener presente".* Y así fue.

En consecuencia de todo esto despidióse de Quito el Venerable, y se trasladó a la Ciudad de los Reyes. Una vez allí, "ordenóle de evangelio y de sacerdote el Ilmo. Sr. D. Fray Domingo de Valderrama, de la Orden de Predicadores, en la capilla de la Vera - Cruz de Santo Domingo de Lima. Preguntándole su confesor: que si al ordenarse o antes había recibido algún favor de Nuestro Señor, dijo: —que la noche antes de las órdenes le había consolado la Virgen Santísima, asegurándole que siempre había de tener su amparo, y que nunca había de decir Misa que no fuese del agrado de su Hijo: de que cobró un esfuerzo espiritual grandísimo.— Otro favor recibió: vio colocada en el altar, con un resplandor celestial, la Imagen de la Madre de Dios, del altar de Quito, y a su lado, hincado de rodillas, al apóstol San Pedro, y al lado izquierdo, a San Pedro Nolasco; y al levantar la Hostia vio, sin saber decir cómo, si con visión corporal o imaginaria, representadas las tres personas de la Santísima Trinidad, en la forma que otras veces".

En Lima brilló el P. Urraca, por sus heroicas virtudes, como estrella de primera magnitud. Adornado con los dones más preciosos que Dios suele conceder a sus santos, ejerció una saludable influencia no solamente en el pueblo sino en todas las clases sociales y hasta en los Virreyes; la bien merecida fama de santidad de este ilustre Siervo de Dios se extendió por América, traspasó los mares y llegó a la corte misma de España. Es uno de los héroes de virtud más notables que han derramado el olor suavísimo de Cristo en el Nuevo Continente. Murió en la capital del Perú, a la edad de setenta y tres años, el siete de agosto de mil seiscientos cincuenta y siete.

Uno de los raros dones que concediera el Cielo al Venerable Urraca fue el de bilocación. He aquí un ejemplo. Próximo ya a su tránsito, hallábase postrado en la enfermería del convento central de Lima, víctima de atroces sufrimientos, sin poder cambiar siquiera de postura en el lecho, ni mover por sí mismo una sola articulación de su cuerpo. Una noche, en que agonizaba en el propio convento otro religioso también de santa vida, el V. P. Redondo, con quien Fray Pedro, cuando sano, había solido acompañarse para sus ejercicios de piedad, como en tales circunstancias subiesen al campanario unos religiosos que tocaban a maitines, "a eso de las once y tres cuartos, vieron en el segundo descanso de la escalera del coro a los dos Padres, de rodillas, orando delante de Nuestra Señora del Socorro, una de las estaciones (o paradas piadosas que cuando tenían salud) estos siervos de Dios hacían cada noche. Conociéronlos y pasáronse. Tuvieron más aliento, y llegaron a mirarlos con la luz: entonces les habló el P. Fray Pedro, como reprendiendo su curiosidad. Y aunque sabían el estado de los enfermos, fueron a verlos: al uno hallaron con un Santo Cristo, oyendo la Pasión que leía un religioso; al otro en su enfermería, pidiendo a Dios N. Señor por su venerable compañero". Probablemente acudirían, en tan solemnes momentos, ante las plantas de la Madre de Misericordia para pedirle su bendición, antes de emprender el arduo viaje de la eternidad. Y si

esto fue así ¿cuántas veces no se habrá trasladado en espíritu Fray Pedro, a Quito, ante las aras de Nuestra Señora de la Merced? ¿Qué gracias tan escogidas no habrá recibido por la mediación poderosa de esta Virgen fidelísima, que se complace de modo especial en asistir a sus siervos en el trance decisivo de la muerte? La del Venerable Urraca fue dulce y preciosa como propia verdaderamente de un santo. Cercándole con sus preces fervorosas la Comunidad del convento, despidióse con una amable y expresiva mirada de cada uno de los miembros presentes de ella; luego fijó los moribundos ojos en un Santo Cristo que estrechaba en las manos; y al cantar los asistentes el credo, cuando hincaron todos las rodillas al *incarnatus est* "respiró como quien se desahogaba de una gran fatiga", al término de una trabajosa jornada, y a las palabras: *ex María Virgine*, entregó su espíritu en manos del Creador.

Asegura el autor de esta admirable historia que, según declaración que hizo al confesor el mismo Vble. Urraca, "desde que salió de Quito apenas hubo día ni noche que no viese a la Santa Imagen de Nuestra Señora de la Merced tan claramente como si estuviera hincado de rodillas delante de su altar; continuándose este favor por más allá de cuarenta años que faltó de Quito". Un ejemplo más que demuestra que la devoción constante y fiel a la Santísima Virgen eleva a las almas a las eminentes cumbres de la perfección cristiana y les abre las puertas del paraíso.

III

ORIGEN DE LA ADVOCACION DE NUESTRA SEÑORA DEL TERREMOTO

Ninguna región de América ha sido probada a par del Ecuador por cataclismos tan espantosos y frecuentes como los que han arruinado nuestras poblaciones y sumergido al país entero en la desolación y la muerte. Para no hablar sino de los últimos tiempos: a mediados del siglo XVIII, la ciudad entonces hermosa y florecien-

te de Latacunga, adornada con esbeltos campanarios y vistosas cúpulas de numerosos templos, viose de repente convertida en un vasto y horrible cementerio. Principiaban apenas los pobladores de nuestras mesetas interandinas a rehacerse de la catástrofe, cuando a fines de ese mismo siglo, un terremoto más espantoso todavía dejó a la noble y antigua Riobamba convertida en tétrico hacinamiento de ruinas. A mediados del siglo XIX le tocó el turno a Ibarra: la noche del 15 de Agosto de 1868, fue la desgraciada ciudad, en un abrir y cerrar de ojos, reducida a un informe montón de escombros. Sobrábale motivos al célebre Barón de Humboldt para admirarse de cómo los ecuatorianos podían habitar tranquilos sobre una tierra tan de continuo agitada por convulsiones formidables. Sin embargo, aún más digno de admiración que todo esto es que la ciudad de Quito, edificada precisamente en las faldas de un volcán, y visitada aún más que las otras secciones de la República por tales sacudimientos geológicos, no haya sido sin embargo arruinada jamás; aunque teniendo muchas veces que lamentar la destrucción parcial de varios templos y otros edificios notables. ¿Cuál será la razón de este imponderable privilegio...? Las leyes físicas no pueden explicárnoslo, es necesario para ello recurrir a causas del orden sobrenatural únicamente.

Dios Nuestro Señor, autor del universo visible, lo es también del invisible y sobrenatural; y ha armonizado de tal suerte todas sus obras, que las de un orden inferior obedecen al superior, y la creación entera no forma sino un reino solo, el Reino de Cristo, único Señor y Salvador nuestro. Todo lo ha hecho Dios para sus elegidos: *Omnia propter electos,* que deben referirlo todo a su primitiva fuente, en esta gradación magnífica: *Omnia enim vestra sunt: vos autem Cristi: Cristus autem Dei.* Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo, de Dios. El pecado es lo único que viene a turbar este orden soberano y bellísimo; pero como la voluntad de Dios debe triunfar en todo caso, impónese entonces la ley de la expiación, de necesidad imprescindible, para restaurar el orden violado. Las grandes

calamidades públicas no son otra cosa que castigos solemnes infligidos por la Justicia Divina a los pecados de un pueblo. El Reino de Cristo en este mundo no es en resumen sino la aplicación de las gracias de la Redención Divina a los distintos miembros de la familia humana; por lo mismo, amor y misericordia son los distintivos de este imperio sublime y maravilloso; la justicia divina interviene en él cuando la malicia del hombre obstinado y rebelde se declara en abierta pugna contra la ley santa del Señor. Pero aún entonces, si hay almas justas que quieran interponerse entre Dios irritado y el pueblo prevaricador, la justicia hará lugar a la misericordia, y la deprecación del inocente impedirá el suplicio del criminal. Hasta Sodoma y Gomorra, merced a la poderosa mediación de Abraham, se habrían salvado del diluvio de fuego en que perecieron, si hubiese habido en ellas diez justos.

La preservación maravillosa de Quito, en medio de tantos cataclismos, se debe pues a los intercesores que han abogado por ella ante el acatamiento divino. La Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores ofrenda la vida en sacrificio, para libertar a su ciudad natal de los temblores de tierra que le amenazaban; acepta Dios el holocausto de la inocente virgen, y Quito se salva. ¿Y cuántos otros siervos de Dios, que en torno a aquella purísima Azucena han florecido igualmente en este suelo, habrán interpuesto su valimiento ante el Altísimo en otras muchas circunstancias análogas? En la vida de nuestra heroína escrita por el P. Morán de Butrón, se refiere que mientras el Pichincha enlutaba el cielo, en cierta ocasión, con una de sus más rabiosas erupciones, amenazando la vida de cuantos moraban a sus faldas, el Venerable Padre Fray Domingo Brieba, de la Orden de San Francisco, tuvo esta visión: apareciósele un religioso de la Compañía de Jesús, muerto algunos años antes, el Venerable Padre Juan Pedro Severino, que fue tres veces Rector del Colegio de Quito, varón insigne en letras, santidad y milagros, quien colocado en el cráter del volcán desviaba el curso de la lava, y con el manteo aventaba en otra dirección las piedras, ceniza y

demás materias inflamadas que se precipitaban sobre la ciudad. Pero si tanto logra la súplica de los siervos, ¿quién nos dirá lo que alcanza el poder de la Reina? Los sucesos siguientes nos convencerán de que más aún que por la mediación de estos ilustres valedores, Quito existe por la protección soberana y excelsa de Nuestra Señora de la Merced.

Cuarenta y un años apenas habían transcurrido desde la fundación de la ciudad por Almagro, y ya se veía ésta en riesgo inminente de perecer, amagada por una erupción repentina y espantosa del Pichincha. Era el 8 de Setiembre de 1575; amaneció el día despejado y claro, mas, súbitamente, y en las primeras horas de la mañana, oscurecióse el horizonte de manera que necesitaron los habitantes valerse de luz artificial para discurrir en sus casas o transitar por las calles. Tinieblas densísimas y, por decirlo así, palpables, envolvían a Quito, como resultado de una lluvia o tempestad de ceniza que principió a caer en tal abundancia que temieron todos quedar en breve sepultados vivos, como en otro tiempo los moradores infelices de Pompeya y Herculano. El horror de la escena se aumentaba con los bramidos del volcán que remedaban el fragor del trueno, y por los relámpagos y siniestras llamaradas que surcaban aquella infernal oscuridad, de modo que la población entera viéndose ya en las fauces de la muerte, gemía desolada y presa de insólito pavor. En tan congojosas circunstancias, todos, hasta los más olvidados de sus deberes religiosos, clamaban al Cielo, e imploraban las Divinas Misericordias. Precipitóse la ciudad, sin distinción de clases, en apiñadas muchedumbres, hacia los templos, muy señaladamente al de la Merced, que era ya célebre por la prodigiosa Imagen de la Santísima Virgen que en él se veneraba.

Eran las once del día cuando un piadoso y penitente concurso llenaba no solamente este santuario de la Madre de Dios, sino también la placeta contigua y las calles adyacentes, con el propósito de sacar en solemne procesión la efigie venerada y alcanzar así la cesa-

sión del terrible flagelo. En consecuencia los Alcaldes y Regidores de la ciudad acercáronse al Altar Mayor, para sacar del nicho la Sagrada Imagen y cargarla en hombros; pero no habían calculado que se trataba de una gran estatua de piedra, así halláronla tan pesada que apenas lograron ni moverla. Clamó entonces el pueblo pidiendo que fuesen sacerdotes los que acometiesen esta piadosa empresa; llegáronse efectivamente varios, pero tampoco salieron bien sus esfuerzos, porque eran menester más brazos. A este tiempo estaba junto a la puerta de la Iglesia un religioso lego, de santa vida, llamado Fray Alonso, elevando al Cielo fervientes súplicas; al verlo ahí el Comendador del convento, que era otro religioso de ejemplar virtud, el padre Fray Alonso de Ambia, lo llamó, diciéndole en alta voz: —"Venga acá, Fray Alonso, que puede ser que para ostentar más su misericordia, reserve la Virgen Santísima esta merced a los mayores pecadores;— llegaron los dos, y con asombro de todos, siendo la Imagen de piedra, pareció de pluma; porque la sacaron con la facilidad que si fuera de cartón, y la llevaron hasta la puerta de la iglesia, donde volvió a repetir su inmovilidad" Con esto no fue ya posible organizar la procesión que se deseaba, por lo cual, dirigiéndose a aquel numeroso y contristado pueblo "hizo el Padre Comendador una plática diciendo cómo la Virgen no quería salir de su casa; que pidiesen allí misericordia con humildad, y que se previniesen a recibir sus favores con actos fervorosos de dolor. Y diciendo entre las lágrimas de todos el de contrición, sucedió de repente ver caer la ceniza mezclada con agua. Creció con tanta fuerza la lluvia que lavó los tejados, y limpió las calles, sin que quedase en parte alguna de la ciudad señal de ceniza. Cesó el agua y descubrióse el sol. (Habiendo de esta manera cesado la calamidad, por una protección manifiesta y visible de Nuestra Señora de la Merced), volvieron la Santa Imagen a su trono, no desocupándose en toda la noche la iglesia de los muchos que daban a Dios gracias" (1).

(1) Fray Felipe Colombo, en la obra citada, páginas 36 y 37.

La ciudad entera proclamaba a voces que Dios Nuestro Señor se había dignado concederle este insigne beneficio, de libertarle de una ruina cierta, por la mediación poderosa de la Reina de las Mercedes. "Por esto, en reconocimiento y memoria perpetua, resolvieron ambos Cabildos, el Eclesiástico y el Secular, celebrar todos los años una fiesta solemne, el día ocho de Septiembre, en la Iglesia de la Merced. El día siete por la tarde, se cantaban con gran solemnidad en la Catedral las vísperas de la Natividad de la Virgen, y el día siguiente se celebraba la fiesta en la Merced, con asistencia de entrambos Cabildos. En la fiesta oficiaban los canónigos; y todos los miembros del Cabildo secular, nuevamente nombrados, al principiar a ejercer sus cargos, prestaban juramento de cumplir religiosamente, por su parte, con el voto que, a nombre de la ciudad, habían hecho sus predecesores" (1).

Este voto fue hecho por el Cabildo secular a nombre de toda la ciudad, y ratificado el día siguiente por el Cabildo Eclesiástico. Principia así: "En la ciudad de Quito, miércoles, catorce días del mes de Septiembre de mil y quinientos y setenta y cinco... Por cuanto el día de la Natividad de Nuestra Señora la Virgen María, que fue el jueves próximo pasado, que se contaron ocho deste presente mes, en esta ciudad y distrito acaeció una afección y tormenta muy tempestuosa causada por el volcán que está próximo a esta ciudad, que se dice Pichincha, de tal suerte que habiendo amanecido el dicho día sobrevino tanta oscuridad que oscureció de tal manera como si fuera noche tenebrosa y muy oscura, de que estuvo a punto de entender que se perdía esta ciudad por causa de la ceniza, que llovió, y sobrevino de la que el dicho volcán echó con muchos truenos y relámpagos de fuego, y porque el dicho día, a las once horas dél, fue Nuestro Señor servido, mediante la intercesión de la Bienaventurada Santa Virgen María Nuestra Señora, su gloriosa Madre, que volviese a esclarecer y alumbrar y cesase la dicha tormenta y oscuridad, y en

(1) El Ilmo. González Suárez, en su obra antes citada, Tom. III. página 94.

hacimiento de gracias... acordó que perpetuamente en cada un año para siempre jamás, esta ciudad (y a nombre de ella los dos Cabildos)... irán al monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes desta dicha ciudad, y allí asistirán a oír las vísperas y hallarse en ellas, etc." (1).

Parece que con el transcurso del tiempo llegó a resfriarse la piedad del pueblo y a echarse en olvido esta sagrada promesa; el hecho es que treinta y siete años después, probablemente a causa de un nuevo temblor, el *Cabildo, Justicia y Regimiento desta ciudad de Quito, estando en su Ayuntamiento,* como reza el acta de aquella corporación, de 21 de Agosto de 1612, ratificaron solemnemente el Voto y promesa emitidos en 1575.

Cerca de un siglo había pasado desde aquel acontecimiento memorable, cuando Quito se vió nuevamente amagado por otra erupción espantosa del Pichincha. El flagelo entonces permaneció levantado sobre la ciudad no solamente por algunos horas, sino por treinta y seis días continuos. He aquí cómo describe la situación angustiosa de esta capital, en aquellas circunstancias, un autor que ha estudiado detenidamente los documentos relativos al suceso: "El 24 de Octubre (de 1660) se sintieron roncos estruendos, sordos y misteriosos ruidos que preludiaban la próxima erupción. El 27 por la mañana los ruidos se hicieron más alarmantes y parecían venir del Pichincha. Muchos salieron de Quito para ver en qué consistía aquello. Observaron en efecto que el cráter del volcán arrojaba densas columnas de humo, llamaradas que se confundían con las nubes, y peñascos incandescentes. A las ocho de la mañana no fue posible permanecer sólo en alarmas, la consternación se hizo extrema. La ceniza impregnó de tal modo el aire que el día se convirtió en noche. Los temblores repetidos a cada instante, el bronco y estrepitoso ruido causado por las avenidas de (piedra) pómez y escorias

(1) Consérvase íntegro este documento importante y célebre en el libro de actas del Cabildo eclesiástico de Quito.

que inundaban las faldas del monte, aumentaron el terror de la manera más desesperante. La oscuridad disminuyó el 28, o 29 por la tarde, y continuó en ese estado hasta el 1º de Noviembre; pero los ruidos y temblores se fueron repitiendo con pequeñas interrupciones hasta el 28 de Noviembre" (1).

El pueblo y las autoridades así eclesiásticas como civiles, acudieron al único recurso que queda en tales circunstancias: la oración. Multiplicáronse las rogativas, las procesiones de penitencia, y cuantas otras manifestaciones piadosas se pudieron organizar; pero sobre todo se imploró el amparo y patrocinio de Nuestra Señora de la Merced. "El 27 de Octubre, el Obispo, la Real Audiencia y el Cabildo de la ciudad salieron en procesión de la Catedral con el Santísimo Sacramento, en dirección a la Merced; luego que hubieron llegado a esta Iglesia, la Real Audiencia, a nombre del pueblo, juró, sobre los Evangelios, y en manos del Obispo, que serían perpetuos esclavos de María; después acompañaron la procesión del Santísimo con la Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Al volver la procesión a la Merced disminuyó la oscuridad". La Santísima Virgen escuchó benignamente las súplicas de la ciudad angustiada, y por segunda vez la libró de una ruina al parecer inevitable. "Los religiosos mercedarios iban en la procesión descalzos y sin capilla. El pueblo se agolpaba en las iglesias; hasta los enfermos se hacían llevar cargados. Los sacerdotes apenas se bastaban para oír las confesiones; predicaban en las calles y plazas... Esta vez el Cabildo ratificó la fiesta que había ofrecido a Nuestra Señora de las Mercedes en 1575 y 1612, y ofreció además dar cada año para la fiesta doce velas de a libra, o veinticuatro pesos en plata" (2).

Pero mucho más terrible aún que las dos calamida-

(1) El Rvmo. Valenzuela, General de la Orden Mercedaria, en la nota 5ª de su "Sermón predicado en la Fiesta llamada del Terremoto", en Quito, en 1876, cuando era uno de los miembros del convento de su Instituto, en esta capital.
(2) Ib.

des precedentes fue la que visitó a Quito en 1755. No ya solamente una oscuridad insólita o sacudimientos extraños del suelo sobresaltaron entonces a sus míseros habitantes, sino un verdadero terremoto sepultó a gran parte de la ciudad; habría perecido ésta por completo y quedado tal vez borrada para siempre del mapa de América, si no hubiera intervenido nuevamente en favor suyo una protección marcada de la Santísima Virgen.

La catástrofe ocurrió de esta manera. El Cotopaxi, cuyo cráter permanecía apagado por más de dos siglos, de repente recobró la actividad perdida, y por sus erupciones continuadas tornóse en amenaza incesante para Latacunga y las poblaciones circunvecinas. Varias de éstas se arruinaron en los repetidos temblores de tierra que por años consecutivos devastaron parte considerable de la antigua Presidencia. Quito únicamente venía preservándose, por alto y misterioso privilegio, de esta calamidad común, cuando de súbito fue también ella probada por un sacudimiento recio el 26 de Abril de 1755. A este temblor siguiéronse otros varios hasta el día 28, en que ún formidable terremoto zarandeó a la ciudad tan despiadadamente que los más sólidos edificios se balanceaban cual endebles cañas al ímpetu del huracán. Arruináronse muchos templos, y parte considerable de la ciudad quedó reducida a escombros. Creíase ya inevitable la destrucción total de Quito. Los que no perecieron en el terremoto abandonaron al punto sus habitaciones y buscaron un refugio en chozas provisionales construídas a la ligera en las plazas o colinas más próximas. La iglesia de la Merced fue una de las más rudamente probadas, pues su elegante cimborio cuarteóse por completo y se vino al suelo. Las autoridades y el pueblo recordaron en tal conflicto el voto que la ciudad había hecho a Nuestra Señora de las Mercedes, para impetrar las misericordias del Altísimo, en otras circunstancias igualmente duras y aflictivas. Acudieron, pues, todos al santuario de la Madre de Dios, y por entre las ruinas amontonadas por el pavoroso cataclismo, sacaron en procesión la tradicional y venerada Imagen. "Y como no era posible frecuentar los templos por el funda-

do temor de que un momento a otro podían sepultar bajo sus ruinas a los asistentes, improvisaron un altar en la plaza mayor y allí colocaron la estatua de la Virgen. Allí se hacían novenarios y rogativas, allí se predicaba y confesaba. La comunidad de la Merced se turnaba por mitades, y estaba día y noche orando ante el altar de María. El Cabildo se reunió (al día siguiente de esta procesión), el 29 de Abril, en la misma plaza mayor y ratificó la promesa de la fiesta anual a María de las Mercedes, que otras dos veces en idénticas circunstancias hiciera" (1). Fue cosa verdaderamente admirable: desde que Quito, reparando su descuido y tibieza, se acogió al amparo de la Reina de todas las gracias, los temblores del suelo, aunque continuaron todavía por algunas semanas, aplacaron progresivamente su violencia hasta cesar completamente, y no causaron ya desde entonces perjuicio grave en la ciudad.

Para testificar la gratitud inmensa de toda la población, por beneficio tan singular e insigne, la solemnidad religiosa con que antes se honraba a Nuestra Señora de las Mercedes el ocho de Septiembre, se trasladó a la domínica siguiente al 28 de Abril, con el título de *Fiesta de Nuestra Señora del Terremoto,* la que se celebra hasta hoy con puntualidad ejemplar por la Comunidad Mercedaria. Juró además la ciudad guardar, como fiesta de precepto, la propia de la Santísima Virgen de la Merced, el 24 de Septiembre, obligándose al ayuno de la víspera, cual se practica en las grandes vigilias.

Desgraciadamente con el andar de los tiempos desmayó bastante la piedad de Quito para con su constante y excelsa Protectora; por esto, con motivo de la ruina de Ibarra, cuyos sacudimientos formidables se comunicaron en parte a la Capital, el Ilmo. Sr. Checa, de santa memoria, recientemente promovido a la sede arzobispal, publicó el auto siguiente: —"Agosto 19 de 1868.— Las aflictivas circunstancias en que actualmente nos hallamos, y en medio de la más grande amargura hemos

(1) Ib.

recordado que nuestros padres representados por el Ilustre Concejo Municipal, para aplacar la ira de Dios, cuando en otro tiempo sufrieron el terrible azote de los terremotos, se obligaron con voto solemne a asistir a la fiesta de la Santísima Virgen de Mercedes, que se celebra en el mes de Abril, en traje de penitencia, con una soga al cuello, cubiertos de ceniza y con los pies desnudos, implorando con esos actos de humildad la intercesión de la Madre de los pecadores, porque cubra con su manto de protección esta ciudad, víctima siempre del azote de los terremotos excitados por los pecados del pueblo. Mas, vemos con dolor que estas saludables prácticas han desaparecido en su totalidad, y debemos creer con razón que una de las causas de las actuales calamidades que deploramos es sin duda la violación de ese sagrado compromiso... Necesario es pues que recordemos esos sagrados deberes con que se ligaron nuestros padres y que se hicieron trascendentales a nosotros. Pero como los tiempos se mudan y las circunstancias cambian, teniendo presente el espíritu de nuestra Santa Madre Iglesia que mitiga en lo posible su disciplina para facilitar a sus hijos el camino de la justificación, hemos resuelto, en virtud de las facultades apostólicas de que nos hallamos investidos, conmutar el voto de que hemos hecho mención sustituyendo al traje de penitencia con que se obligó el Ilustre Cuerpo Municipal, con una procesión que debe celebrarse el día de la Fiesta llamada del Terremoto, circuyendo el santuario de la Merced por unas tres o cuatro cuadras, cantando las letanías de los Santos y las lauretanas de la Santísima Virgen" (1).

Con la presente historia va íntimamente enlazada la de otra preciosa Imagen, que exige por lo mismo digamos algunas palabras. Acerca de ella el Padre Morán de Butrón, biógrafo de la Beata Mariana de Jesús, nos da la noticia siguiente (libro I, cap. VIII). En 1575, con motivo de la terrible erupción del Pichincha, de aquel mismo año, determinó el Cabildo Secular de Quito colo-

(1) Ib. Nota 6ª.

car a cinco leguas de la ciudad, en sitio próximo al cráter del volcán, una efigie de la Santísima Virgen, que fuese escudo de defensa para esta capital, tan de continuo amenazada por aquel su implacable enemigo. Encargóse un diestro escultor de hacer la estatua, y de una piedra tosca y ordinaria sacó una obra hermosa de arte. El campo desierto y abandonado en que se fijó aquel devoto simulacro se convirtió pronto en centro de peregrinaciones piadosísimas, hasta que el tiempo y la humana desidia hicieron que se olvidase. "Frecuentáronse por algunos años, dice el autor citado, las visitas que hacían (a la Santa Imagen) los vecinos (de Quito); pero con el tiempo olvidaron ingratos el celebrarla, dejando a su Protectora tan sin aliño, tan sin respeto y reverencia, que sólo le visitaban los que ociosamente divertidos en la caza, corrían los ciervos en esa montaña; y quizás la hubiesen dejado hasta estos tiempos (1721), si los devotísimos Padres Recoletos de San Diego, no la hubieran traído y colocado, como preciosa reliquia, en lo mejor de su templo, en donde la tienen con reverencia y adorno, en un curioso tabernáculo, y la celebran con mucha frecuencia de sacramentos. Está su capilla esmaltada de votos que expresan los milagros que repetidos obra su patrocinio". Consérvase hasta ahora esta histórica y piadosa Imagen, en el propio templo, pero no ya con la veneración y el culto espléndido de tiempos mejores.

Cuando se encontraba todavía en la cima del Pichincha, ocurrió un hecho digno de eterna memoria. Una tierna y hermosa niña, de una de las familias más notables y ejemplares de Quito, sabiendo que la Imagen de la Augusta Madre de Dios estaba abandonada en aquellas arduas y poco accesibles soledades, resolvió dejar furtivamente su casa y trasladarse a aquel paraje inculto, para hacer allí vida eremítica y cuidar de la Santa Efigie, tributándole el amor, la reverencia y los homenajes olvidados hacía tiempo por sus conciudadanos ingratos. Comunicó el designo a otras tres niñas de la misda edad, sobrinas suyas las dos, y la otra, amiga solamente, y todas aprobaron unánimes la empresa, com-

prometiéndose a llevarla a cabo. Sin embargo, como una de ellas objetase que sería imposible hallar alimento alguno en aquellos ásperos desiertos, la tierna heroína les propuso este plan: que así como hubiesen ascendido al yermo, habían de desfigurarse todas el bello e infantil rostro, abriéndolo con fragmentos de vidrio, e introduciendo en las heridas carbón molido; luego vestirse de andrajos, y disfrazadas de este modo, cual mendigas desconocidas salir por turno a las vecinas poblaciones a pedir de limosna el necesario sustento. "Vamos las cuatro a ser esclavas de María, sirviéndole en su ermita del monte, platicaban entre sí las pequeñuelas; por lo mismo debemos desfigurarnos el rostro llevando perpetuamente en él la marca indeleble de nuestra dichosa esclavitud". Como lo concertaron lo hicieron. Un día, a eso de las tres de la tarde, cuando nadie en la casa se daba cuenta de ello, abandonaron su hogar las cuatro peregrinas, y grandemente ufanas y contentas salieron de la ciudad y principiaron a escalar la empinada y agria cuesta del Pichincha, sin otro rumbo ni norte que la vehemencia de sus deseos de consagrarse enteramente al amor de Dios y servicio de la Santísima Virgen. Tomando por la Cantera caminaron infatigables más de media legua de asperísimo repecho, dice el autor antes citado, en dirección al sitio llamado la *Chorrera*. Celebraban ya gozosas su triunfo, cuando al asomarse a un pequeño prado, les salió de repente al encuentro un bravísimo toro, y como embistiese contra ellas, no tuvieron más recurso que arrojarse todas cuatro a una zanja contigua. Aguardaban allí pacientemente que cesase el peligro para continuar la marcha, pero la fiera en vez de alejarse se acercó más a ellas, y plantada en el sitio escarbaba la tierra y bufaba rabiosa. Viendo lo cual la conductora de la pequeña caravana se puso en oración, y conociendo en ella no ser voluntad de Dios que se santificasen en el yermo sino en sus propias casas, se lo advirtió así a sus compañeras; al instante mismo se amansó el toro, y se retiró del lugar, con lo que pudieron ellas regresar tranquilamente a sus hogares. Esta sierva devotísima de María, esta admirable imitadora de los antiguos Padres del desierto, que no contaba aún dos lustros de edad,

esta tierna émula de Santa Rosalía, era la angelical Mariana de Jesús, que muy en breve iba a embalsamar la América toda con el perfume de sobrehumanas y heroicas virtudes y bajo el bellísimo renombre de Azucena de Quito.

Tornando a ocuparnos de la Santísima Virgen de la Merced, los hechos arriba referidos han motivado el título de *Nuestra Señora del Terremoto* que también le da a esta Milagrosa Imagen; y como a protectora señaladísima de Quito contra esta horrenda calamidad honrábasele antes en no pocas de nuestras iglesias, dedicándole algunos altares especiales. Sobre la puerta lateral del hermoso templo de Guápulo, hacia la parte de afuera, se ve una antigua pintura conservada hasta hoy, donde está representada la Reina del Cielo, en esta su preciosa advocación, en un nimbo de gloria y coronada por la Beatísima Trinidad. A sus plantas aparecen Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, San Ignacio de Loyola y San Pedro Nolasco, es decir los Santos fundadores de las principales Ordenes Religiosas existentes desde el principio en esta capital, los cuales elevan suplicantes las miradas a la Madre de Clemencia, pidiéndole interceda ante el acatamiento Divino por esta ciudad y la libre del azote de los terremotos. Quiera el Cielo escuchar benignamente a tan eficaces medianeros, y preservarnos no solamente de las ruinas materiales, sino también de aquellas otras más espantosas y terribles, especialmente de la pérdida de las buenas costumbres y la fe, que causan el radicalismo y la impiedad en los pueblos.

IV

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED AMPARA A QUITO EN LAS CALAMIDADES PUBLICAS

Habiendo la Reina del Cielo tomado a esta ciudad bajo su especial protección, no solamente le ha preservado de una ruina pavorosa y completa en las muchas veces que ha estado ya a punto de perecer por las erup-

ciones volcánicas y conmociones geológicas, sino que ha amparado a sus habitantes en otras varias calamidades con que ha sido probada esta región. Las guerras civiles que nada respetan e inundan con diluvios de sangre a las míseras poblaciones de que llegan a apoderarse; las epidemias que las diezman; las sequías que talan los campos y ocasionan los negros horrores del hambre; todo ese cúmulo de miserias, en fin, que afligen a la humanidad y visitan con harta frecuencia a nuestra República, al desplomarse también sobre Quito han ido a estrellarse en el dique de diamante, levantado por la eficaz y soberana protección de María en torno de esta dichosa capital. Un solo ejemplo nos bastará para demostrar plenamente esta verdad consoladora.

El año de 1890 presentóse en nuestro suelo la funesta epidemia conocida con el nombre de *influenza,* célebre ya en la historia de las desgracias humanas por los estragos mil que ha causado así en Europa como en América, sembrando la muerte a su paso, y cebándose de preferencia en las grandes ciudades. Su aparición en Quito difundió inmediatamente alarma y terror en todas las clases sociales, pues se llenaron las casas de enfermos, y en muy pocos días fallecieron hasta mil cien apestados. La medicina se declaraba impotente para conjurar el flagelo: ¿qué recurso en tan apuradas circunstancias? ¡Ah! Quito lo sabía muy bien; por esto el benemérito Prelado que regía entonces a la Arquidiócesis hizo un caluroso llamamiento al pueblo fiel, exhortándole a acudir a Nuestra Señora de las Mercedes, como al amparo poderoso y refugio segurísimo de esta ciudad en todas sus necesidades.

He aquí las principales disposiciones dictadas al intento por la Autoridad Eclesiástica: —"Nos, José Ignacio Ordóñez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Arzobispo de Quito, etc.— Por cuanto la santa fe que profesamos nos enseña que en épocas calamitosas como la presente, debemos implorar de la Clemencia Divina el remedio que no podemos obtener por nuestros esfuerzos naturales, a fin de alcanzar de Dios la extin-

ción de las epidemias que actualmente nos afligen, hemos tenido por bien ordenar lo siguiente... 3º Los rectores de iglesias induzcan a los fieles a rezar en sus casas con más fervor y diariamente el santo Rosario, y a arrepentirse de sus pecados y prepararse para la muerte que amenaza hoy más que en ningún tiempo. 4º En nuestra iglesia metropolitana se celebrará una novena en honor de la Virgen Santísima de Mercedes, Patrona de la República, y Protectora de esta ciudad. Con este fin el domingo próximo, 4 del presente mes, a las diez de la mañana, Nos, acompañados de nuestro Venerable Capítulo y de las Comunidades Religiosas, bajaremos procesionalmente a la Sagrada Imagen de las Mercedes desde su iglesia a la Metropolitana, cantando las letanías mayores. Invitamos, pues, a todos los fieles de esta Capital a que acudan a implorar la protección de Nuestra Madre y Señora. La Misa de la novena será a las siete de la mañana, y a las once se descubrirá al Santísimo para rezar el Trisagio y cantar algún salmo de penitencia... Dado en Quito, a 1º de Mayo de 1890.— José Ignacio, Arzobispo de Quito.— J. Joaquín Borja Y., Subsecretario".

Efectivamente el domingo 4 de mayo fue trasladada a la Catedral la Santa Imagen con gran pompa y solemnidad. Asistieron a la procesión el Ilmo. Metropolitano, el Vble. Capítulo, las Comunidades Religiosas, varias cofradías y asociaciones de piedad y pueblo innumerable. Iba escoltada la Sagrada Efigie por religiosos de la Orden, catorce coraceros y el cuerpo de Artillería con su respectiva banda de música, ricos y pobres, notables y plebeyos, acudían sin distinción a implorar de la Divina Madre el remedio de la gran necesidad que aquejaba a la población en masa, el término pronto y feliz de la plaga mortífera. Estas fervorosas y multiplicadas oraciones fueron acogidas favorablemente por la Reina de clemencia; pues al regresar la Imagen prodigiosa al templo de la Merced, el 16 del propio mes, concluída ya la

rogativa, la epidemia había desaparecido totalmente de Quito y su comarca (1).

V

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES PATRONA DEL EJERCITO

Bien conocida es de todos la historia hermosa de la fundación de la benemérita y célebre Orden de la Merced. La barbarie musulmana triunfante en Africa y Asia llegó a extender sus conquistas más adelante todavía, hasta apoderarse de no pocas regiones las más florecientes de Europa. España especialmente gemía aherrojada por los Moros y no había pueblo cristiano que no echase de menos a muchos de sus hijos cautivos en Argel, Túnez y las otras poblaciones berberiscas. Para obligar a estos desgraciados a renunciar la fe santa que profesaban, sujetábanlos sus crueles opresores a vejaciones imponderables y atormentábanlos de terribles maneras. En tan penosa situación, la Reina del Empíreo aparécese simultáneamente a San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort y el rey D. Jaime el Conquistador, y funda la Orden heroica destinada a redimir a los cristianos aprisionados entre los hierros y mazmorras del Islam. Los hijos de ese admirable Instituto llamado, con razón, *de la Misericordia* o Merced, exponen su propia libertad y hasta la vida por salvar a sus hermanos, imitando así muy al vivo al Divino Redentor que bajó del Cielo por rescatar a los hombres del cautiverio durísimo del demonio y el pecado. Pero la Virgen Benignísima no se contentó con ejercer esta gran misericordia por medio de los religiosos únicamente, sino que llevando al extremo sus finezas, cual Madre compasiva, rompió muchas veces con sus propias manos los cepos

(1) Los hechos referidos en este capítulo han pasado en nuestros días y a vista de muchos de nuestros lectores; sin embargo, para mayor abundamiento, citaremos, en comprobación de lo dicho, el folleto impreso en Quito, en 1890 (imprenta de "La Novedad") con este título: Un Recuerdo de la solemne Rogativa a la Santísima Virgen de las Mercedes.

y cadenas de aquellos cautivos desgraciados. En la curiosa obra impresa en Madrid, en 1725, con el título de *La Merced Coronada,* se refiere que en Orán, posesión española en Africa, enclavada en medio de poblaciones mahometanas, era tan frecuente este prodigio de cristianos libertados de la tiránica opresión de los Moros, por una intervención manifiesta de la Santísima Virgen, que, dice el autor, "se tenía observado que en el día que se celebraba la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, o en su octava, se venían (a la mencionada ciudad) por mar o por tierra cautivos cristianos (que habían recobrado milagrosamente la libertad); y esto era ya tan común que no se dudaba, sino que se suponía, y por eso los que padecían las miserias de la esclavitud, en acercándose estos días solían decir (los unos a los otros): *Ea, amigos, ya llegan los días de la libertad*". Cita en confirmación varios portentos declarados auténticos por la autoridad eclesiástica, y constantes de informaciones prolijamente recibidas al respecto.

Pero la Santísima Virgen ha hecho ostentación de sus misericordias no sólo en favor de individuos aislados sino también de naciones y pueblos enteros. ¿Y cómo no, si es ella la Corredentora de todo el linaje humano? Un ejemplo nos ahorrará de desarrollar más ampliamente esta materia. El P. Fr. Diego Córdova Salinas, historiador de la Orden Franciscana en el Perú, refiere, en su *Crónica de la Provincia de los Doce Apóstoles* (lib. V. cap. 24), un hecho que, según asegura, consta de las informaciones recibidas por el Arzobispo de Lima acerca de la vida, virtudes y milagros de la sierva de Dios Doña Isabel de Porres. He aquí sus palabras: "Cuando el año de 1615, víspera de la gloriosa (santa) Magdalena, cercó el puerto del Callao el corsario Jorge Sperbert, de nación holandés, de religión hereje, con su escuadra de galeones, con que desembarcó por el estrecho de Magallanes, siendo Virrey de estos reinos (del Perú) el Excelentísimo Sr. Marqués de Montes-Claros, estando nuestros españoles en grande aprieto, el puerto sin defensa, y la ciudad de Lima en gran peligro, tuvo esta bendita mujer (Doña Isabel de Porres) un mara-

villoso rapto, y vuelta de él declaró a su confesor que la asistía, *que en aquel éxtasis vio a Nuestra Señora de las Mercedes, vestida de hábito blanco, y con el escudo de aquella Religión al pecho, con corona real, de precio inestimable, en la cabeza. Venía dentro de una hermosísima nube, más blanca que los ampos de la nieve, cercada de Angeles innumerables, tan hermosos y resplandecientes como si fuesen muchos soles juntos; y que la Serenísima Virgen con mirar alegre y agradable bendecía la ciudad y la amparaba, extendiendo sobre ella su manto blanco, bordado de cambiantes de luz y hermosos rayos"*. Estas fueron las precisas palabras de aquella venerable religiosa. El P. Salinas dice: "El efecto (de esta maravillosa protección de María) lo sentimos todos, pues el mismo día, sin ningún daño nuestro, a toda prisa, cortando anclas y dejando cables, alzaron velas los holandeses, y se fueron del puerto (del Callao); y la ciudad (de Lima) fue restituida a su primera paz y sosiego". Igual visión tuvo al mismo tiempo otro gran siervo de Dios, el venerable Fray Gonzalo Díaz, religioso lego del convento de la Merced del Callao, muerto en olor de santidad tres años después de aquel suceso.

La amable Redentora de cautivos y poderosísima Auxiliadora de los pueblos cristianos no ha olvidado al Ecuador, pues no solamente Quito sino la República entera había de participar de sus gracias y favores. El Radicalismo tiránico e impío viene renovando, desde hace un siglo, en los desgraciados países de la América Española, así las crueldades de la barbarie musulmana como los destrozos desalmados del filibusterismo. Cuando aquella pérfida y maldita secta llegó a hacerse del gobierno en una nación católica, la oprime, humilla y veja hasta reducirla a cautiverio a veces más penoso que aquel en que gemían los cristianos de otro tiempo bajo la dominación mahometana, o los antiguos colonos españoles de América al ver invadidas sus ciudades y tierras por corsarios heréticos. Cuando, por ejemplo, el famoso pirata Morgan llegó a apoderarse de la antigua Panamá ¿qué hizo? Dictó de la tarde a la mañana órdenes impías sin respeto ninguno a las creencias católi-

cas de la ciudad, apresó a los habitantes, saqueó sus propiedades, deshonró a las más nobles familias... ¿No son semejantes a éstas las hazañas del radicalismo impío, inmoral y disociador?

Por esta pendiente iba despeñada una de las noveles repúblicas sudamericanas, cuando plugo al Cielo arrancarle compasivo de aquel horrendo precipicio. El instrumento de que se sirvió el Altísimo para esta gran obra de salvación fue el insigne Magistrado católico que ha merecido el glorioso dictado de *Vengador y Mártir del Derecho Cristiano:* García Moreno. Consumíase el Ecuador en una prolongada y encarnizadísima guerra civil de inciertos resultados, cuando el Dios de los Ejércitos quiso conceder una victoria decisiva al caudillo destinado a realizar la gran obra de la restauración cristiana de esta República; y esa victoria que tanta influencia había de tener en la suerte de la nación, fue alcanzada en la fiesta de Nuestra Señora de la Merced.

"El 24 de Septiembre (de 1860), en efecto, obtuvieron las armas nacionales en Guayaquil completo triunfo sobre las fuerzas del Gobierno de Franco, siendo ésta una de las campañas más brillantes y notables de la historia ecuatoriana. Era menester atravesar el Salado, y llevar provisiones de boca y canoas arrastradas a cola de caballo, y transportar los obuses (que se fabricaron en Chillo) sobre las raíces flexibles y quebradizas de los mangles; burlar las embarcaciones del enemigo; combatir las guerrillas colocadas cerca del río; vencer la artillería compuesta de un batallón numeroso y sostener un fuego nutrido en la ciudad; todo lo que se efectuó con serenidad, valor y audacia. Franco y sus generales huyeron a guarecerse a bordo de los vapores peruanos, después de haber abandonado a sus soldados". (1)

La Asamblea Constituyente reunida en Quito, a raíz de estos acontecimientos, para reorganizar la des-

(1) Apuntes biográficos del gran Magistrado ecuatoriano Dr. D. Gabriel García Moreno, por el Dr. D. Pablo Herrera.— Página 21.

quiciada República, se proclamó deudora de tan grande beneficio a Nuestra Señora de las Mercedes, como consta del siguiente decreto legislativo:

"LA CONVENCION NACIONAL DEL ECUADOR

Considerando:

Que el triunfo de la causa nacional y el restablecimiento de la tranquilidad en la República han sido efectos visibles de la protección y amparo de la Divina Providencia, mediante la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María en su advocación de Mercedes, cuyo día será memorable entre nosotros por el completo triunfo que alcanzaron en él las armas de la Nación,

Decreta:

Art. 1º Se reconoce a la Santísima Virgen María, en su portentosa advocación de Mercedes, como Patrona y Protectora especial de la República.

Art. 2º Se declara cívica la fiesta de la enunciada advocación, y se mandará celebrar el 24 de Septiembre con asistencia de primera clase en la iglesia que aquella se venera.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento.— Dado en la sala de sesiones en Quito, a 22 de Abril de 1861.— El Presidente de la Convención, **Juan José Flores.**— El Secretario, **Pablo Herrera.**— El Secretario, **Julio Castro.**

Quito, Mayo 1º de 1861.— Ejecútese.— **GABRIEL GARCIA MORENO.**— Por S. E.— El Secretario General, **Manuel López y Escobar".**

Esta disposición legislativa no tuvo sin embargo el curso que debía, porque no se elevó a Roma solicitud ninguna al respecto, ni se llenaron las demás prescripciones canónicas del caso. Más tarde, habiéndose consagrado solemnemente el Ecuador al Adorable Corazón de Jesús, fue este Corazón Divino proclamado Patrón de la República; pero como la Congregación de Ritos

observase años después que Jesucristo como Rey, Señor y Dios de todos los pueblos, no convenía fuese tenido únicamente como Patrón de alguno de ellos, al fin la Santísima Virgen en el título de su Corazón Purísimo, ha sido declarada Patrona especial de la República del Ecuador, por decreto de la misma Sagrada Congregación de 4 de Marzo de 1895.

No obstante, hasta que el radicalismo tornara últimamente a apoderarse de las riendas del Estado, Nuestra Señora de las Mercedes había sido siempre honrada con fervoroso culto en el Ecuador, como Patrona del Ejército y fidelísima Protectora de la ciudad de Quito; su fiesta del 24 de Septiembre contada entre las cívicas, y celebrada con asistencia oficial, procesión solemne y pompa extraordinaria; y su advocación, una de las más amadas y populares en toda la República. Tres magistrados, notables por muchos respectos, el Sr. Rocafuerte, el Sr. García Moreno y el Sr. Caamaño, han dejado un recuerdo hermoso de la grande veneración que tenían a la Santa Imagen, regalándole el valioso bastón presidencial de carey con puño de oro, que sucesivamente lo manejaron.

En vista de todo esto levántase desde lo más íntimo del alma un grito de indignación y protesta contra el desalentado proceder de la Asamblea incrédula de 1900, que no temió declararse en guerra abierta contra el Cielo al dictar la siguiente ley impía:

"EL CONGRESO DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR

Decreta:

Artículo único.— Deróganse los decretos legislativos de 22 de Abril de 1861, 18 de Octubre de 1873 y 4 de Agosto de 1892; el primero que declara Patrona de la República a la Virgen María, en su advocación de Mercedes; el segundo que consagra la misma al Santísimo Corazón de Jesús; y el tercero que acuerda la erección de una estatua de bronce de la Santísima Virgen en el Panecillo de Quito.

Dadò en Quito, capital de la República del Ecuador; a 23 de Octubre de 1900".

¿Qué estará para venirnos en castigo de la apostasía oficial del Gobierno de la República? ¿No estaremos en vísperas de una catástrofe más espantosa que la de 1755...?

VI

DESCRIPCION DE LA IMAGEN Y SU SANTUARIO

La Imagen portentosa que nos ocupa mide metro y medio de altura, y está labrada toda ella, inclusive el Niño, y el pedestal, de un solo bloque extraído de las canteras del Pichincha, como lo demuestra el aspecto y naturaleza de la piedra. La Santísima Virgen tiene el rostro un tanto inclinado hacia su Divino Hijo, a quien sostiene con la mano izquierda, mientras con la diestra empuña el cetro y presenta el escapulario. El Infante Divino tiene los ojuelos clavados en el rostro de la dulcísima Madre, y está más que abrazado, como suspendido de su cuello, y cual si se esforzara en hallar apoyo a los vacilantes y descalzos piececillos, en el regazo materno. Ambas figuras aparecen vestidas con sencilla túnica talar; la Virgen lleva además un manto que le circunda el rostro a modo de toca, cubre el talle y desciende en anchos pliegues por las espaldas. En el pedestal está esculpido un serafín con las alas extendidas. Toda la estatua ha sido pintada al óleo, dorada y estofada; mas el brillo del metal y la viveza de los colores han desmayado de tal suerte, con el transcurso del tiempo, que casi han desaparecido por completo. El candor antiguo de las vestiduras propio de la Reina de las Mercedes hase tornado amarillento y oscuro con el frecuente manejo de la estatua y el humo de los cirios.

Vista ésta de cerca aparece tosca y de no mucho primor y gracia; pero si el espectador desciende del

nicho de la Virgen, y va a colocarse a sus plantas, allá abajo, en el escabel del altar, transfórmase inmediatamente la Sagrada Imagen, y osténtase con tan soberana majestad, dulzura y belleza a un mismo tiempo, que es imposible no experimentar algo de extraordinario y sobrenatural, algo que no se halla en otras esculturas por devotas que sean. Aquella piedra inerte parece animarse en realidad con la presencia de la Madre Santísima de Dios, de manera que se siente uno como impulsado a exclamar con la Escritura: verdadermente que ésta es María, la verdadera casa de Dios y puerta del Cielo.

Por desgracia, la antigua y general costumbre en América, de vestir con telas de seda y brocado las imágenes de santos, ha ocasionado en la nuestra deterioros muy lamentables y de no pequeña trascendencia; pues para lograr tal intento se ha hecho desaparecer el pie izquierdo del Niño, y se ha mutilado la estatua de la Virgen, quitándole las manos primitivas de piedra, y, en lugar de ellas, adjuntándole manos y brazos de madera. De la escultura original y auténtica apenas se divisan solamente los rostros de la Virgen y el Niño, todo lo demás se oculta y desaparece bajo las vestiduras postizas.

Quien desee conocer la propia y primitiva Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, la prodigiosa y afamada de Quito, debe dirigirse al templo de San Diego; allí, en la pequeña estatua de piedra, de sesenta centímetros poco más o menos, que antiguamente se veneraba cerca del cráter del Pichincha, encontrará una copia exactísima de la venerada efigie que describimos, copia mandada hacer por el Cabildo Secular de esta ciudad, inmediatamente después de la erupción de 1575, según arriba dejamos dicho. La advocación histórica de esta pequeña estatua es *de la Merced*, a par de la primera; sin embargo, en la segunda, ignoramos por qué motivo ni en qué tiempo, la nívea candidez del hábito mercedario ha sido reemplazado con el rojo escarlata de la túnica y el azul oscuro del manto de la actual y olvidada la *Virgen del Volcán.*

Una Imagen tan singular y célebre como la que forma el objeto de esta historia exigía un santuario bello y suntuoso, en el centro de Quito; y esto es cabalmente lo que la piedad del pueblo y el celo activo y abnegado de la Orden mencionada han realizado a maravilla, construyendo el actual templo de la Merced, uno de los más hermosos y ricos de esta ciudad. He aquí la descripción que hace de esta obra el opúsculo intitulado "La Orden de la Merced en el Ecuador", impreso en esta capital en 1900: "Tal como está ahora (la iglesia) fue concluída en el año 1735; es de estilo algún tanto pasado, pero no deja de ser muy elegante, clara y espaciosa; adornos de relieve la cubren por completo en la bóveda y las paredes de las tres naves de que consta. Un muy elegante dombo se alza majestuoso sobre cuatro grandes pilastras de piedra labrada en relieve, que guardan uniformidad con el estilo general del templo. Esta cúpula es de reciente construcción, pues no data sino desde el año 1863, en el que, habiendo sido destruída por el terremoto del año 1859 la anterior, fue reconstruída esta nueva... Tiene de longitud total la iglesia 57 metros, por 23,85 de latitud, incluídas las tres naves, de los cuales 8,95 pertenecen a la nave central. A la parte derecha del presbiterio se extiende la capilla de San Juan de Letrán, la primera, según se cree, que fue edificada en la ciudad de Quito. Se halla enriquecida con todas las gracias e indulgencias de la Basílica de San Juan de Letrán de Roma... Detrás de la testera del altar mayor se halla la gran sacristía, construída toda de piedra sillar; es indudablemente una de las mejores obras de arquitectura que posee Quito; es de mejor estilo que la iglesia, sólida, clara con la abundante luz que le comunican las grandes ventanas que tiene por sus tres costados; magníficos celajes, cuadros de gran mérito artístico, en mármol unos, en lienzo otros, la adornan en su parte interior... La misma torre (de 45 metros de altura) no es una obra despreciable. Su estructura es de ladrillo y cal; las paredes de una espesura considerable, pues miden de grueso más de dos varas... La forma es cuadrada, adornada, a trechos, en toda la longitud por hermosas y sólidas balaustradas de cal y ladri-

llo, y lleva en su última corona un buen pararrayo". Tal es, descrito a grandes rasgos, el santuario ecuatoriano construído en honor de nuestra célebre y prodigiosa Imagen.

VII

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, PATRONA ESPECIAL DE LA CIUDAD DE QUITO

Conclusión.

Del relato precedente dedúcese cuanta sea la deuda de gratitud que la ciudad de Quito tiene contraída con Nuestra Señora de las Mercedes, por los beneficios imponderables que de su munificencia maternal ha recibido. A la protección soberana de la Reina de Misericordia debe esta capital su existencia y conservación, pues habría desaparecido tiempo ha del mapa de América, sepultada bajo las cenizas y lava del Pichincha, en las repetidas erupciones de este volcán, o arruinada por formidables terremotos, si no hubiese intervenido en favor de ella, de manera indudable y manifiesta, la mediación poderosa de la Augusta Madre de Dios.

Por su parte esta noble y católica población ha testificado siempre, con variadas y espléndidas demostraciones, el reconocimiento que debe a la Santísima Virgen. De manera que la historia del culto a Nuestra Señora de las Mercedes en el Ecuador va íntimamente enlazada con los más célebres y trascendentales acontecimientos de la República, desde la conquista española hasta nuestros días. En prueba de ello nos contentaremos con citar un hecho solamente, pero elocuentísimo, y es el *Acta popular de Quito, del 29 de Mayo de 1822,* en que se proclamó nuestra Emancipación de España. Dice así el Acta: "En la ciudad de San Francisco de Quito, capital de las provincias del antiguo reino de este nombre, representadas por su Excma. Municipalidad, el Venerable Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, los Prelados de las comunidades religiosas, los

Curas de las parroquias urbanas, las principales personas del comercio y agricultura, los padres de familia y notables del país... esta Corporación, pues, expresando con la más posible y solemne legitimidad los votos de los pueblos que componen el antiguo reino de Quito, ha venido en resolver y resuelve:... 5º Establecer perpetuamente una función religiosa en que celebrar el aniversario de la emancipación de Quito, la cual se hará trasladando en procesión solemne, la víspera de Pentecostés, a la Santa Iglesia Catedral, la Imagen de la Madre de Dios, bajo su advocación de Mercedes, y el día habrá Misa clásica, con sermón, a que concurrirán todas las Corporaciones, y será considerada como la primera fiesta religiosa de Quito, cuando tiene por objeto elevar los votos de este pueblo al Hacedor Supremo por los bienes que le concedió aquel día".

Este documento basta para demostrar la ardiente devoción que Quito profesara en todo tiempo a Nuestra Señora de la Merced, de modo que no reputaba fiesta cabal y solemne aquella en que no intervenía por algún lado el culto de la tradicional y querida Imagen. De hecho, por una sucesión no interrumpida de portentos y favores verdaderamente singulares, habíase declarado la Protectora especial de Quito y su comarca. La Asamblea constituyente de 1851, lo reconoció así, y, para satisfacer los votos de toda la población, proclamó este excelso Patrocinio, por medio del siguiente decreto legislativo.

"LA CONVENCION NACIONAL DEL ECUADOR:

Vista la solicitud, de los Reverendos Provincial y Comendador de la Religión Mercedaria, y

Considerando:

Que es justa dicha solicitud, por cuanto la Santísima Virgen María, en su advocación de Mercedes, ha manifestado su especial protección a esta ciudad (de Quito) en los terremotos de que ha sido frecuentemente amenazada, y en particular en el de 28 de

Abril de 1755, en que este vecindario y su Ayuntamiento la proclamaron Patrona y Protectora,

Decreta:

Artículo único.— Se reconoce a la Santísima Virgen María en su advocación de **Mercedes,** como Patrona y Protectora especial de esta ciudad contra los terremotos. La fiesta de la expresada advocación se declara cívica para esta capital, y se celebrará con asistencia de primera clase.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su publicación y cumplimiento.

Dado en la sala de sesiones, en Quito, capital de la República, a veintitrés de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, séptimo de la libertad.— El Presidente de la Convención,— **Antonio Muñoz.**— Los Secretarios, **Antonio Mata, José Subía.**

Palacio de Gobierno en Quito, a veinticuatro de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, séptimo de la Libertad.— Ejecútese y promúlguese.— **DIEGO NOBOA.**— El Ministro del Interior y del Culto, **José Modesto Larrea".**

Dado que entre todas las provincias de la República la del Pichincha ha sido más favorecida por Nuestra Señora de la Merced, las Autoridades Eclesiástica y Civil de aquella cumplirán un deber sagrado de gratitud si se empeñaran cerca de la Santa Sede para que llenados los requisitos canónicos del caso, fuese la Santísima Virgen, en esta su hermosa advocación, proclamada, de conformidad con la Ley anterior, *Patrona y Protectora especial de la Arquidiócesis de Quito.* Sería esto desagraviar a la excelsa Reina del ultraje que le irrogara la ley impía de 1900.

Concluyamos. Verdaderamente magnífico y excepcional ha sido el regalo que el Cielo hiciera a esta ciudad dichosa. La estatua devotísima de María de las Mercedes, gloria y honor de la capital antigua de los Shyris, ha venido a ser la piedra fundamental de esta

incipiente República. La Imagen portentosa de Nuestra Señora de la Merced es ahora signo de gracia y Misericordia interpuesto entre Dios justamente irritado por nuestros pecados, y el pueblo ecuatoriano, grandemente culpable es cierto, pero ya arrepentido de sus extravíos y deseoso de mantener incólume el depósito sagrado de la Fe.

La Madre de Clemencia, al constituírse en protectora y auxilio nuestro, exígenos confianza y abandono en su amorosa solicitud, para concedernos los favores y gracias de que es generosísima dispensadora. Si así lo hacemos, bien podemos estar seguros de que no nos negará cosa de cuanto imploremos por su eficaz mediación. Acudamos pues sin vacilación ni miedo al trono de la benignísima Libertadora de cautivos, y pidámosle que rompa las ominosas cadenas en que el radicalismo y la impiedad tienen aherrojada a esta infeliz República; pidámosle que ilumine con lumbre celestial a esos ciegos voluntarios que a sí propios se encarcelan en las negras y densísimas tinieblas de la incredulidad, y presa de inconcebible frenesí se arrojan luego a sabiendas en el insondable y pavoroso vórtice de la perdición eterna: pidámosle nos arranque del diluvio de males en que naufragamos, y nos conduzca al puerto tan deseado de la paz y ventura sociales, al amparo de la Cruz. Unamos nuestras pobres súplicas a las fervientes y poderosas de la Iglesia Santa, y postrados ante las aras de la Reina de Mercedes, entonemos este cántico dulcísimo:

Solve vincla reis,
Profer lumen caecis,
Mala nostra pelle,
Bona cuncta posce.— Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

Venerada en el Monasterio de la Concepción, de Quito

I

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

La historia del culto de la Reina de los Cielos, en el Ecuador como en los demás países católicos, nos enseña esta consoladora verdad: la Virgen Santísima acoge bajo su protección maternal y cobija con su manto al justo y al pecador, al potentado y al desvalido, a todas las clases, en fin, de la sociedad, sin distinción alguna; bien que sus preferencias sean por los humildes y pobres, los de espíritu sincero y recto y los de atribulado y contrito corazón. Hay también una porción de la Iglesia que forma como la herencia peculiar de María, en la que, por lo mismo, esta Reina dulce y amable encuentra todas sus complacencias; esta porción selecta y preciosa son las almas consagradas a Dios por medio de los votos religiosos. ¿Ni qué hay de extraño en ello? De Cristo Señor Nuestro, el Cordero Inmaculado, dice la Escritura que se apacienta entre lirios: *pascitur inter lilia:* su Madre Sacratísima que anda siempre a su lado y jamás se aparta de él, tiene también que recrearse y fijar sus tabernáculos entre lirios y azucenas. Por esto vemos a la Virgen Inmaculada favoreciendo y consagrando con apariciones portentosas y milagros estupendos el establecimiento y propagación de las principales Ordenes Religiosas en el orbe católico. Prueba de ello es la hermosa Imagen de Nuestra Señora de la Paz, venerada en el monasterio de religiosas de la Inmaculada Concepción, de esta capital.

Apenas realizada la fundación de Quito estableciéronse en ella conventos de religiosos, de Ordenes tan antiguas y célebres como las de San Francisco, la Merced y Santo Domingo, que atendían activa y celosamente al bien espiritual de los colonos y a la evangelización de las poblaciones indígenas recién conquistadas por las armas españolas. Sin embargo, la piedad de los quiteños no estaba satisfecha, deseábase con ardor hubiera en la nueva ciudad un monasterio de religiosas, y del título de la Inmaculada Concepción, por la devoción singularísima que desde los principios se profesó a este hermoso misterio de María en toda la América Latina, especialmente en Quito. Así lo declaró la Real Audiencia, en el Acta de Fundación del tan anhelado convento, por estas palabras: "En la ciudad de San Francisco de Quito, del Reino del Perú, a doce días del mes de Octubre de 1574 años, los Señores Presidente, Oidores de la Audiencia y Cancillería Real de su Majestad, dijeron: que de muchos años a esta parte se ha tratado de fundar en esta ciudad un Monasterio de monjas, por ser cosa muy conveniente y necesaria al bien de esta República y ciudades del distrito de esta Audiencia. Y aunque diversas veces se ha platicado sobre ello, y procurado por muchas vías, no se ha puesto por ejecución, por la pobreza de esta ciudad, y la mucha cantidad de moneda que será necesario gastarse. Y al presente dio principio a esta obra Juan Yáñez, clérigo que ya es difunto: el cual mandó para el Monasterio y fundación de él tres mil pesos de plata corriente marcada, etc." (1). Venciendo obstáculos de toda clase, merced al celo de la Real Audiencia, la generosidad del Cabildo Eclesiástico y los donativos de algunos particulares, logró realizarse por fin obra tan apetecida. Veamos cómo.

"Casi desde los principios de la fundación de la ciudad (de Quito, realizada en 1534) se había deseado que se fundara en ella un convento de monjas, pero hasta el año 1575 no se pudo poner en ejecución semejan-

(1) **Libro de la Fundación** del Monasterio de la Inmaculada Concepción la Real, de Quito.

te proyecto, por falta de recursos necesarios para ello. Un clérigo llamado Juan Yáñez, dio tres mil pesos, el Cabildo Secular contribuyó también con alguna cantidad y, a fin de completar la necesaria para dar principio a la fundación, la Audiencia nombró una persona encargada de pedir limosna en los pueblos. Compráronse cuatro casas en el mismo sitio donde está ahora el monasterio de la Concepción (en el ángulo noroeste de la plaza principal de Quito), y se determinó que en ellas se fundase un convento de monjas de la Inmaculada Concepción, de la Orden de San Francisco, con todos los estatutos y privilegios que en España a dichos monasterios había concedido el Papa Julio II. Por acuerdo de la misma Audiencia, se encargó el gobierno del nuevo Monasterio a los Padres Franciscanos; Fr. Antonio Jurado, entonces Comisario de los Frailes de Quito, lo aceptó en nombre de la Orden, y, el día 12 de Octubre, tomó posesión de las casas compradas, celebrando el sacrificio de la Misa en una de ellas, a presencia de numerosos concurrentes: se puso aquel mismo día una cruz grande en el patio, y se colocó una campana, con la cual se hizo señal para la celebración de la Misa.

"Casi dos años después, arreglada y compuesta la casa de una manera cómoda para convento, se celebró con grande solemnidad la instalación de las primeras religiosas que debían habitarlo, las cuales recibieron el velo de manos del mismo P. Jurado, el día 13 de Enero de 1577. La fundadora y primera abadesa fue Doña María de Taboada, descendiente de una casa noble solariega de Galicia: en el claustro, después de su profesión, se llamó Sor María de Jesús; con ella profesaron doce jóvenes más, las cuales fueron las primeras religiosas del monasterio de la Concepción de Quito. Por Patrón principal fue declarado el Rey, de quien se esperaba que haría merced al monasterio de las rentas que le faltaban para sustento de las religiosas; y, como el Cabildo de la ciudad había cooperado tanto a la fundación, la Real Audiencia lo instituyó Primer Patrono después del Rey. Se fijó el precio de la dote en mil pesos de plata corriente marcada, y se encargó a los Prelados, Abadesa

y Patronos que no recibieran para religiosas en el nuevo monasterio ni mestizas, ni gente ruin, sino niñas de sangre limpia. En efecto, según aparece en el Libro de Profesiones, en el primer siglo de la fundación del convento las religiosas fueron hijas de las más nobles familias del país" (1).

Una de las fundadoras, probablemente Doña María de Taboada, llevó consigo al convento una pequeña estatua de madera de la Santísima Virgen, trabajada en España; y por no tener todavía una efigie de la Inmaculada Concepción, colocaron aquella en la Iglesia del monasterio, en el nicho principal, como a Patrona. Fue precisamente esta Santa Imagen el objeto de uno de los portentos más insignes y auténticos que se registran en nuestros anales religiosos. Creemos agradará a nuestros lectores les hagamos conocer esta preciosa escultura, antes de referirles el prodigio con ella acontecido.

Esa obra de talla muy bien ejecutada, por un artista no vulgar, seguramente. Representa a la Santísima Virgen de pie, con el cetro en la mano derecha, mientras con la izquierda estrecha y sostiene al Divino Niño. Mide la estatua ochenta centímetros, fuera de la peana, y aparece vestida con túnica y manto bien figurados y esculpidos en la madera, aunque todo ello desaparece hoy bajo el brocado y las franjas metálicas de las vestiduras postizas. El rostro de la preciosa Imagen es verdaderamente hermoso y de regia majestad, con aquel aire de grandeza y señorío que caracteriza las más célebres producciones de la antigua escuela española.

Nuestra Señora de la Paz es el título que, según tradición no interrumpida, dan a la Santa Efigie las religiosas del monasterio; título con que es venerada en la península la Aparición de la Divina Madre a San Ildefonso, arzobispo de Toledo, a tiempo de regalarle aquella preciosísima casulla, fabricada por ángeles, en pre-

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez, en su **Historia Eclesiástica del Ecuador**, Tomo 1º páginas 293 y siguientes.

mio de haber defendido aquel ilustre y santo Doctor, en una brillante apología, el dogma de la perpetua virginidad de la excelsa Reina, contra los herejes helvidianos que la impugnaban. Llamábase *de la Paz*, por haberla concedido maravillosamente a Toledo, al ser invocada contra las iras del rey D. Alfonso VI que marchaba a esa su capital, resuelto a hacer en ella ostentación de severidad inflexible, y entonces plugo a la Virgen Sacratísima desarmar los enojos del monarca, y devolver la calma a la afligida ciudad. Nuestra Señora de la Paz, la Reina de las Vírgenes, la Inmaculada desde el instante primero de su Concepción purísima, hizo otro portento admirable en Quito, para demostrar cuanto se complace en el establecimiento y propagación de aquellos jardines de nardos y azucenas que llamamos claustros religiosos.

II

MANIFESTACION PRODIGIOSA DE LA SANTA IMAGEN, EN 1577.

El lunes 21 de Enero de 1577, pasadas las siete de la noche, la Comunidad del recién fundado monasterio hallábase congregada en el coro, rezando maitines; entonces aconteció lo que vamos a referir. Pero antes es necesario recordar que las visiones maravillosas difieren sustancialmente de las de orden puramente natural, por cuanto en las primeras no ve el hombre todo lo que quiere, sino sólo aquello que place a Dios manifestarle y no más; mientras que en las segundas, tratándose de un fenómeno ordinario, todos los que se hallan a él presentes, contemplan el mismo e idéntico espectáculo, sin que haya otra discrepancia que la proveniente del distinto grado de atención, o de los objetos sobre los cuales ésta se aplica de preferencia. En el caso que nos ocupa, mientras cierta religiosa miraba una circunstancia del portento, su compañera advertía otro incidente muy diverso; algunas contemplaron el hecho maravilloso en todo su esplendor, y otras no vieron nada. Señal muy clara de que se trataba de un hecho sobrenatural,

no de un fenómeno puramente físico. Reuniendo en un solo haz estos diversos rayos de luz, y formando de todos ellos un solo y armónico cuadro, he aquí lo que se presentó a la mirada atónita de las religiosas, en aquella memorable noche. Procuraremos que nuestro relato sea reproducción exacta de las declaraciones rendidas ante la autoridad competente, por los testigos presenciales del suceso (1).

El nuevo claustro de religiosas era todavía sumamente pobre, apenas si tenía lo indispensable para la vida. A consecuencia de esto, no ardía siquiera una lámpara en la Iglesia, y es de creer, por lo mismo, que no estaría aún colocado en ella el Santísimo Sacramento; todo yacía pues envuelto en profundas tinieblas, entre las cuales resonaba el rezo acompasado y piadoso de las monjas. De repente una de ellas advirtió que una luz maravillosa penetraba en el templo y desgarraba aquel triste y pesado velo de obscuridad; otras, más tarde o más temprano, llegaron a contemplar lo propio: entonces, introducidos ya el asombro y cierto pavor religioso en la Comunidad, quedó interrumpido de hecho el rezo de maitines que sin duda lo iban ya a terminar, puesto que estaban a oscuras; agrupándose todas ante las rejas del coro clavaron sus miradas en el sombrío y silencioso recinto del santuario. ¿Y qué fue lo que vieron? Apareciéronseles estrellas misteriosas que penetrando, a manera de relámpagos, por las puertas y ventanas del templo fueron a fijarse unas en el altar mayor, otras sobre las sagradas imágenes que lo decoraban, muy especialmente en la de la Santísima Virgen que ocupaba el centro del Retablo; aquellas se lanzaban en distintas direcciones, esparciendo un suave y misterioso resplandor. De la efigie de un Santo Cristo pintado en la pared, sobre el altar principal, desprendiéronse torrentes de luz; todas las otras imágenes irradiaban igualmente una tenue y argentada claridad que las circundaba a manera de nimbo, hasta quedar todas mani-

(1) Lo extractamos de la información auténtica y original del prodigio, cuyo expediente se guarda en el Monasterio de la Concepción, de Quito.

fiestas y visibles en el fondo de aquella oscilante penumbra. Un arco iris de vistosos colores vino de pronto a dibujarse en torno del altar, y se escuchó una música peregrina, como formada del armonioso gorjeo de innumerables pajarillos. Ráfagas repentinas de vivísima lumbre cruzábanse a veces por el desierto santuario, causando en las espectadoras los más variados sentimientos de júbilo, respeto, veneración y temor al mismo tiempo.

En el fondo de aquel cuadro extraordinario y singular destacábase la estatua de la Santísima Virgen, que principió a accionar y moverse, de modo maravilloso, cual si súbitamente se le hubiese infundido espíritu de vida; luego, como desapareciese el Divino Niño, quedó transformada en una imagen muy bella de la Inmaculada Concepción. Al instante se vieron varias figuras de ángeles que colocándose bajo las plantas de la Sagrada Efigie, la levantaron en alto, cual si quisiesen arrebatarle al cielo.

Las religiosas atónitas ante semejante maravilla, que duró bastante espacio de tiempo, lloraban unas, otras corrieron a repicar las campanas, algunas se encaminaron al dormitorio a dar noticia de lo que que pasaba a las enfermeras, y traerlas al templo para que presenciaran el prodigio; otras finalmente se deshacían en gemidos y clamores. Uno de los testigos del suceso, D. Rodrigo Núñez de Bonilla, describe así esta escena, según consta de su declaración en las informaciones: "Oyó (hallándose todavía el declarante fuera de la iglesia) grandes voces en el coro de las monjas. Unas decían: *¿Dónde merecí yo tanto bien, que es veros?* (Esta exclamación se dirigía a la Santísima Virgen).— Y a la Abadesa oyó y conoció en la voz, que decía: *¡No merezco yo veros, Señora mía, Madre de Dios!* y otras muchas cosas que este testigo no se acuerda que decían. Estando este dicho testigo hincado de rodillas entre las junturas de la puerta de la dicha Iglesia (que continuaba cerrada), oyó una voz (de las monjas) en que decían: *¡Ya te veo, Madre de Dios! ¿dónde te llevan?...*

Y este testigo a esta sazón le parece que viendo por entre las junturas gran luz de dentro, en la iglesia, y que dentro de ella salía grandísimo olor de mucha suavidad, este testigo dijo a Baltazar González y a otros muchos que allí estaban, que olieran aquel olor, y en esto vino la llave de la puerta de la iglesia, y abierta, fue el dicho testigo el primero que entró por la puerta de dicha iglesia; y en entrando volvió el rostro al altar de la dicha iglesia (y) vio la Imagen de Nuestra Señora que en él está, tan clara y tan manifiestamente como después que en la Iglesia se metió la lumbre, con no haber en ella ni en el coro lumbre ninguna; y viéndola este testigo (a la Santa Imagen), cayó en el suelo, sin poderse tener en los pies, y no pudiendo levantarse, fue de rodillas y hasta el altar, que son más de treinta pasos, poco más o menos, y luego que llegó al altar, llegó gente y Miguel Cantos con lumbre. Vio este testigo la Imagen, y la miró que estaba encendida en mucha manera, y muy diferente de lo que antes y después ha estado, de manera que se conoció no ser aquella la color de la dicha Imagen; y que esto es la verdad de lo que sabe y vio, etc."

Efectivamente, ya por los muchos resplandores que del templo se escapaban hacia fuera, ya por el inusitado clamor de las religiosas, ya, sobre todo, por los repiques de campanas, acudieron primeramente a las puertas de la iglesia los moradores de las casas más próximas a ella; abierto ya el templo, concurrió a él una parte muy considerable del vecindario, hasta de los barrios más apartados de la ciudad. Los repiques de la iglesia de la Concepción fueron secundados por los de la parroquia del Sagrario, con lo cual en breve cundió por todo Quito la noticia del maravilloso acaecimiento. No solamente personas del pueblo, sino clérigos y hasta religiosos volaron solícitos al teatro del portento, deseosos de contemplar algo de caso tan extraordinario. Uno de los testigos, llamado Antonio Maldonado, declara en el proceso, bajo la gravedad del juramento, que al salir de su casa, que era *una cuadra más arriba de la carnicería,* y encaminarse en compañía *del presbítero Obando,* hacia el templo de la Concepción, *vio este*

testigo que colgaba del cielo (sobre dicho templo) *un arco de estrellas;* y según la aclaración hecha por el sacerdote mencionado, viose *a manera de un arco como se hace en tiempo de aguas, todo el dicho arco lleno de estrellas, que daban gran luz, y parecía que bajaba del cielo hasta los tejados.*

El Guardián de San Francisco, como prelado del monasterio de la Concepción, exigió a las religiosas de él, que declararan, bajo juramento, cuanto habían visto en aquella manifestación prodigiosa de la Santísima Virgen; la Real Audiencia recibió las declaraciones de los testigos de fuera, y todo el proceso se sometió al fallo de la Autoridad eclesiástica. Y por cuanto el Obispo de Quito estaba ausente de la ciudad, cuando ocurrió este suceso, y el Vicario General enfermo, reunidos para tratar de este asunto la Real Audiencia, los Prelados de las Ordenes Religiosas y el Comisario de la Inquisición, hecha la advertencia previa de que sería acatado por todos lo que determinase al respecto la Curia Episcopal, resolvieron que "el sábado próximo venidero que se contará veintiséis días del dicho presente mes (de Enero de 1577) se haga una procesión solemne al rededor del dicho monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, y, en la iglesia, que se diga una Misa Cantada y Oficios Divinos con toda solemnidad que se pueda, y que dicho día haya sermón en la iglesia, para que la gente del pueblo concurra a alabar a Nuestro Señor y suplicarle... y que de esto se dé nota al Señor dicho Provisor de este obispado, y se le pida licencia para ello, y lo firmaron". Todo se hizo a medida del deseo de esta respetable asamblea.

El Ilmo. Sr. González Suárez, en la obra citada, aunque se abstiene de calificar la naturaleza del suceso, sin embargo lo reconoce como "un acontecimiento histórico, de cuya verdad consta (dice) por los documentos contemporáneos que actualmente tenemos a la vista. En la información seguida por orden de autoridad competente, encontramos testimonios de personas respetables, así eclesiásticas como seculares". Cuál haya

sido en el asunto el juicio de la Autoridad Eclesiástica es fácil colegir del permiso otorgado por ella, en virtud del cual se ha celebrado anualmente una fiesta en honor de la Milagrosa Imagen, desde 1577 hasta nuestros días, según testifica el mismo respetable historiador, con estas palabras: "La Imagen se conserva todavía en el monasterio, y la Misa se solía celebrar todos los años hasta hace muy poco tiempo". Desgraciadamente los años y el olvido lo destruyen todo: suprimida la fiesta y relegada la prodigiosa Imagen al recinto interior del monasterio, ha desaparecido la devoción que antes se le profesara por el pueblo, y se ha borrado en él hasta la memoria de tan extraordinario y grandioso acontecimiento.

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SUCESO

Mayor culto y veneración que la anterior tiene en el propio monasterio la Imagen de *Nuestra Señora del Buen Suceso.* Su noticia histórica consta, no de proceso ni información alguna, que probablemente no se hicieron jamás, o si existieron han desaparecido por completo, sino sólo de una antigua Novena manuscrita, que se reza públicamente todos los años, en el templo de la Concepción, en los días precedentes a la solemne fiesta que en honor de la advocación indicada se celebra en Enero. El origen prodigioso de ella es en tales ocasiones referido además, desde la cátedra del Espíritu Santo, al pueblo, por el orador sagrado que pronuncia el panegírico; y como nada de esto se hace, ni ha podido hacerse, sin permiso expreso de la Autoridad Eclesiástica, podemos tener como aprobada por ella la breve pero interesante historia que vamos a narrar.

Era el año de 1640. Una religiosa del monasterio que nos ocupa, amantísima de la Santísima Virgen, estaba cierta ocasión en el coro encomendándose con mucho fervor a la Inmaculada Reina, cuando ocurrió la visión maravillosa a la cual debemos que se arraigara en Quito la devoción a Nuestra Señora del Buen Suceso, muy popular entonces en España y sus colonias. Pero antes de referir aquella, es necesario demos alguna noticia de esta hermosa y singular advocación española.

Una de las construcciones religiosas más elegantes y ricas que tiene actualmente Madrid, es la real iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso, que situada antes en la Puerta del Sol, con motivo de dar mayor ensanche a ésta, ha sido nuevamente edificada en otro lugar, con

magnificencia extraordinaria. El origen del santuario es el siguiente. Bernardo de Obregón, brillante caballero de la corte de Felipe II, movido por gracia eficaz y victoriosa, renunció de repente cuantas glorias y ventajas le ofreciera el siglo, y en la flor de la edad, se dedicó al cuidado de los enfermos, cual otro San Juan de Dios. Sacrificio tan heroico admiró grandemente a toda la sociedad madrileña, de manera que varios jóvenes nobles se propusieron imitar este ejemplo sublime, y se asociaron a Bernardo para seguir el mismo género de vida; con lo cual llegó a establecerse una nueva congregación de religiosos hospitalarios, bajo la denominación humilde de *Mínimos*.

Muerto el piadoso fundador, fue elegido para reemplazarle en la dirección del Instituto el Hermano Gabriel Fontanet, quien dedicó desde luego todos sus cuidados a la consolidación de la naciente sociedad religiosa. Para esto determinó hacer un viaje a Roma, que llevó a feliz término, en compañía de otro miembro del propio Instituto, el Hermano Guillermo Rigosa. "Emprendieron, dice un historiador, el camino a pie, arrostrando toda clase de fatigas y contrariedades, y deteniéndose sólo el tiempo preciso para tomar algún descanso y alimento". Pasando por el pueblo de Traigueras, de la jurisdicción de Tortosa, sucedióles, una noche, que fueron sorprendidos en el campo por una tempestad terrible; sin tener donde guarecerse en medio de aquel despoblado, divisaron felizmente, al fulgor de los relámpagos, algunas concavidades abiertas entre una aglomeración de peñas, e inmediatamente acudieron a este asilo hasta que pasara la borrasca. Hallándose allí dentro miraron con sorpresa que el sitio aquel estaba iluminado por una claridad suave y misteriosa que descendía desde lo alto de las rocas; movidos por lo extraño y singular del caso, escalaron como pudieron aquellas breñas, hasta tocar el sitio de donde se escapaba aquel maravilloso resplandor. Pero cuál no fue entonces su asombro, al encontrar que la antorcha que iluminaba aquel solitario paraje era una imagen preciosa de la Santísima Virgen, depositada allí por ignorada mano, probablemente al

tiempo de la conquista sarracena. Los dos piadosos peregrinos estimaron aquello como un regalo del Cielo; tomaron consigo la devota Efigie y la llevaron hasta Roma. Recibidos en audiencia por la Santidad de Paulo V, al ver el Pontífice una cestilla en manos de los viajeros, les preguntó lo que era; ellos enseñaron entonces la Santa Imagen al Papa, y refirieron la manera prodigiosa con que la habían hallado. "Postróse reverentemente Paulo V ante la Sagrada Efigie (a la que dio el título de Nuestra Señora del Buen Suceso), y quitándose una cruz de oro y esmalte que llevaba pendiente del cuello, adornó con ella a María Santísima, enriqueciéndola con infinidad de indulgencias, encareciendo en gran manera a los dos religiosos peregrinos que le profesasen singular afecto, y que depositaran en ella su confianza, nombrándola especial Protectora de la Congregación".

Los religiosos de vuelta a España colocaron la Imagen primeramente en Valencia, de aquí le trasladaron después con solemnidad extraordinaria a Madrid, al templo construído en su honor en la célebre Puerta del Sol, donde llegó a ser fuente inagotable de gracias y portentos, cuya fama se extendió por Europa y hasta las más apartadas regiones de América.

Volvamos ahora a nuestra historia, y para no apartarnos un punto de ella, nos contentaremos con trasladar fielmente el relato contenido en el documento arriba indicado, sin más variaciones que algunas muy indispensables y precisas de lenguaje. "Corría el año de 1640, cuando una religiosa de gloriosa memoria (pero cuyo nombre se ha perdido completamente) se hallaba orando en el coro de dicho monasterio (de la Concepción de Quito), y con insistentes súplicas pedía a la Reina del Cielo remediase las necesidades, así de su convento como de toda la República, y que enjugase las lágrimas de la Iglesia. En el fervor de su plegaria alzó los ojos al Cielo, a cuyo tiempo se presentó repentinamente a su vista una Señora de extraordinaria hermosura, y circundada de resplandores más vivos que los del sol. Sostenía con el brazo izquierdo a su bellísimo Niño

y en la mano derecha un cetro, en tanto que una preciosa corona le ceñía la cabeza. Sobrecogida de estupor la religiosa ante aquella aparición, oyó que ésta le decía: "Yo soy María del Buen Suceso, a quien con tierno afecto has invocado; tu oración me ha sido muy grata, y en vista del amor que me tienes, vengo a decirte que es voluntad de Dios y mía que mandes trabajar una estatua que me represente tal cual ahora me contemplas". Repuso la religiosa que esto sería difícil, por cuanto ningún escultor podría reproducir tan peregrina belleza, ni fijar tampoco con la conveniente precisión la estatura y demás proporciones de la obra. La Santísima Virgen con rostro benigno y complaciente satisfizo a las observaciones de su sierva: "No temas, le dijo, que todo saldrá bien. En cuanto a mi estatura, trae acá esa cuerda bendita con que te ciñes, y toma con ella la medida". Y como no se atreviese a hacerlo, por natural e invencible timidez, la Aparición maravillosa tomó la cuerda por un extremo, fijándola en la parte más alta de la frente, mientras el opuesto se lo entregó a la religiosa, para que aplicándolo sobre las plantas de la Visión, tuviese la medida exacta que debía darse a la escultura. Hecho lo cual, y devolviéndole el cíngulo o cordón: "Ahí tienes, le dijo, señalada la altura que debe tener la estatua. Cuando ésta se concluya, será colocada aquí en el coro, arriba del asiento que ocupa la abadesa; pues yo soy vuestra Prelada. Por el mismo motivo se pondrán en mis manos un báculo y las llaves que guardan la clausura, porque quiero ser especial Abogada y Protectora de este monasterio". Dicho esto desapareció la visión y la sierva fiel de María cumplió exactamente cuanto en aquella se le ordenara. Esta es la Imagen que se venera hasta hoy en el Monasterio indicado, bajo el título de "Nuestra Señora del Buen Suceso".

La Efigie esculpida en madera, de conformidad con la descripción anterior, es muy hermosa, llena de dulzura y majestad juntamente; mide 1 metro 60 centímetros de altura. Adórnanle las religiosas con preciosas joyas y ricas vestiduras de brocado, ámanle como a verdadera Madre, venéranle como a su celestial Prelada,

y profésanle muy tierna y ferviente devoción. La novena y fiesta con que le honran anualmente son muy suntuosas, concurridas y devotas. Atribúyense a esta Santa Imagen portentos multiplicados y singulares, y entre ellos gracias escogidas dispensadas en todo tiempo a aquella antigua y venerable Comunidad.

NUESTRA SEÑORA DE LORETO

Venerada en el Templo de la Compañía de Jesús, en Quito

I

LA VIRGEN DE LA AZUCENA

En 1744 ocurrió en Roma un suceso maravilloso. Una joven novicia del convento de la Trinidad del Monte, pintó en su claustro una imagen de la Santísima Virgen, representándola en una escena de la vida íntima de Nazaret. La Reina de los Angeles aparece allí cual tierna adolescente, sentada en una pobre silla, con la rueca y el huso en las manos, frente a un jarrón de frescas y entreabiertas azucenas, y absorta en profunda contemplación. Un ruidoso prodigio vino luego a demostrar que este cuadro provenía no de impulso puramente humano, sino de inspiración del Cielo; pues como la improvisada artista no fuese entendida ni diestra en el manejo de pinceles, salió la pintura tan imperfecta que no quedaron satisfechas de ella ni la misma autora, mucho menos las demás religiosas. Para corregir el error llamaron a uno de los maestros más hábiles en la materia; pero cuál no fue el asombro de aquellas buenas monjas, cuando al ponerse el pintor ante aquel fresco exclamó, que en su vida había visto otro más delicado y primoroso, y que modificar o añadir en él una pincelada sería una execrable profanación. Efectivamente, el diseño informe trazado por la inexperta novicia había sido corregido y reformado de modo admirable por una mano invisible; era aquello no el producto del arte humano, sino un verdadero portento, una imagen de la Santísima

Virgen que aparecía allí trabajada repentinamente por los ángeles. A este milagro se siguieron otros muchos, y en poco tiempo llegó esa celestial efigie a hacerse célebre en la ciudad eterna, bajo el título de la *Madonina del Giglio*, la Virgen de la Azucena.

Un siglo antes de este prodigio contempló la América otro semejante, con la diferencia de que aquí la Imagen de la Santísima Virgen apareció reproducida no en el estuco frío e inerte de una pared, sino en una hermosa y casta doncella, que fue un lirio de candor y un dechado de toda clase de virtudes a las jóvenes del siglo. La Bienaventurada Mariana de Jesús Paredes fue esta insigne heroína, en quien la Divina Providencia quiso hacernos entrever algo de la vida sublime de María en los albores de su adolescencia incomparable; con lo cual quedáramos una vez más advertidos de cómo la Gracia Divina puede enaltecer a una criatura humana hasta hacerle émula de los Angeles. "Bien sabido es que siempre floreció en la Iglesia la virginidad, virtud la más esclarecida e ilustre entre todas, con la cual la frágil naturaleza de los hombres se aproxima muy de cerca a los Angeles" (1): con esta sola frase nos hace conocer el Vicario de Cristo cuál fue la misión especial de esta sierva de Dios en el mundo: florecer a modo de lirio, embalsamando a toda la sociedad con el celeste perfume de pureza virginal.

La devoción tierna y constante a la Virgen Inmaculada fue la senda por donde ascendió Mariana a la ardua cumbre de la perfección. Nuestra Señora de Loreto fue la advocación de sus amores, mediante la cual recibió gracias señaladísimas del cielo, se preservó de los peligros de esta vida y arribó a la bienaventuranza eterna. Podríamos, pues, con toda justicia llamar a esta preciosa Imagen: *La Virgen de la Azucena*. Nuestra Señora de Loreto, es decir, María viviendo en la casa sagrada de Nazaret, y contemplada en el cuadro suave y atractivo de las virtudes domésticas, había de ser la Madre y

(1) Así principia el Breve de Beatificación de la Azucena de Quito.

Maestra de la Santa suscitada por Dios para ejemplar y modelo de vírgenes seculares.

Santa Rosa de Lima recibió los más altos favores del Cielo ante un altar de Nuestra Señora del Rosario; por medio de esa Santa Imagen fue llamada a desposarse místicamente con el Cordero Inmaculado, y escuchó de labios del Divino Infante estas dulcísimas palabras: "Rosa de mi Corazón, sé mi esposa". Su hermana gemela en gracia y santidad, la Azucena de Quito, obtuvo carismas semejantes ante Nuestra Señora de Loreto. Ordinariamente los grandes santos son quienes más se han complacido en tributar culto especialísimo a una determinada efigie de la Santísima Virgen. ¿Quién ignora el fervor con que el Serafín de Asís veneraba a Nuestra Señora de los Angeles, en su predilecto Santuario de la Porciúncula? Y precisamente la indulgencia celebérrima de este nombre, el apostolado fecundo de la Ilustre Orden Franciscana, y otras gracias innumerables que por medio de ella se han derramado sobre el haz de la Tierra, reconocen por centro y fuente primitiva a aquel diminuto templo. De Santo Domingo dice Lacordaire, que "era particularmente afecto a Nuestra Señora de Prulla, en cuya iglesia había orado muchas veces en sus peregrinaciones apostólicas", donde le fue revelada la preciosa devoción del Rosario, que luego, partiendo de allí, inundó cual lluvia de celestiales bendiciones a todo el orbe cristiano. De modo que las imágenes de la Madre de Dios señaladamente veneradas por los santos han alcanzado, por lo regular, más celebridad por la copia extraordinaria de gracias y la esplendidez de los portentos. Nuestra Señora de Loreto es acreedora por tanto a un culto y amor muy distinguidos de parte de todo corazón verdaderamente católico y americano.

II

ORIGEN DE LA IMAGEN

El establecimiento de la Compañía de Jesús en el antiguo Reino de Quito es el hecho del cual arranca el

origen de esta Santa Imagen; lo restante de su historia se enlaza con la de esta benemérita Orden, por entre las mil borrascosas vicisitudes que ha tenido que atravesar en esta República.

Los primeros Jesuitas que, con su provincial el P. Jerónimo Ruiz de Portillo, vinieron al Perú, derramaron con tal suavidad el buen olor de Jesucristo en toda la América Española, que luego otras ciudades principales del continente, envidiosas de la buena suerte de Lima, los desearon para sí. Quito fue una de las más solícitas en procurárselos y con tal acierto procedió en el asunto, que no tardó mucho en ver coronados felizmente sus esfuerzos. "Los primeros Jesuitas que llegaron al Perú vinieron mandados por San Francisco de Borja, a petición de Felipe Segundo. Eran ya como veinte años ha, que se habían establecido en Lima y otras ciudades del Perú cuando pasaron a Quito... Cuatro fueron los primeros Jesuitas que vinieron a Quito: el P. Baltasar de Piñas, dos Sacerdotes más y un hermano lego, los cuales llegaron a la parroquia de S. Bárbara y allí estuvieron alojados, mientras se les proporcionaba lugar para vivir y fundar colegio de su Orden. La Real Audiencia se dirigió al Cabildo Eclesiástico, pidiéndole para los Padres Jesuitas la parroquia de Santa Bárbara... Los Canónigos cedieron a los Padres Jesuitas la parroquia de Santa Bárbara... el 31 de Julio de 1586" (1). Allí permanecieron tres años, hasta que adquirieron local propio, en el centro de Quito, muy cerca de la iglesia parroquial del Sagrario. Finalmente en virtud de contrato celebrado con el Ilmo. Sr. López de Solís, cambiaron la casa aquella situada en la manzana de la Catedral, con otra de en frente, que es donde se halla hoy edificado el bello y suntuoso Templo de la Compañía de Jesús, uno de los mejores de la América del Sur.

Esta magnífica iglesia, cuya construcción duró cer-

(1) El Ilmo. Sr. González. **Historia General de la República del Ecuador.** Libro III, cap. 5.

ca de dos siglos, principió por una capilla humilde dedicada a Nuestra Señora de Loreto. La devoción marcada y ferviente que los Jesuitas recién venidos a Quito profesaban a esta advocación tan célebre se explica sin dificultad, pues hacía pocos años que se había establecido una casa de la Orden cerca del santuario de Loreto. Trabajábase entonces por propagar en toda la Iglesia el rezo de las Letanías conocidas con el nombre de *Lauretanas*, por haberse originado en aquel lugar bendito, a fines del siglo precedente, esto es, en 1483; los Jesuitas fueron los religiosos que con más ardor quizás se dedicaron a difundir esta práctica piadosa, al menos en nuestro país; para fomentarla establecieron congregaciones, popularizaron pinturas y estatuas, y se valieron de otras santas industrias. Todavía se intitula Nuestra Señora de Loreto una de las principales reducciones de salvajes, realizadas por la Compañía en las selvas amazónicas. Aún en esta misma ciudad queda otro testimonio de lo que decimos, y es el antiguo y hermoso lienzo donde está representada la Reina del Cielo, entre las invocaciones de las Letanías, acompañadas de graciosos emblemas que las simbolizan. Esta pintura se conserva en el *Hospicio*, establecimiento de Caridad que reemplazó al Noviciado y casa de ejercicios que tenían allí los Jesuitas, al tiempo de la inicua expulsión decretada por Carlos III.

La devoción a Nuestra Señora de Loreto fue establecida en Quito, sostenida y desarrollada con fervor y celo verdaderamente apostólicos por un joven religioso venido a la ciudad, poco después de realizada en ella la fundación de la Compañía. Este hijo ilustre de San Ignacio hizo venir de España, según todas las probabilidades, la imagen preciosa que tantos portentos había de realizar en este suelo, y la colocó en la capilla levantada por él mismo en honor de aquella advocación. Antes de dar a conocer a este ilustre jesuita que con sus heroicas virtudes contribuyó eficazmente a hacer amable y respetada la Orden a que pertenecía, la dotó con una suntuosa capilla origen del magnífico templo actual, y más que todo con la prodigiosa efigie que nos

ocupa, digamos previamente algo del misionero infatigable que llevó a cima la grande obra de plantar la Compañía de Jesús en el antiguo Reino de los Shyris.

"Fue el P. Baltasar de Piñas catalán de nación, dice el P. Eusebio Nieremberg (1), y recibido en la provincia de Aragón en tiempo de N. P. San Ignacio, del cual fue muy querido y estimado. Desde novicio buscó de veras la perfección: leyó un curso de Artes en Gandía, y tuvo por discípulo al P. Jerónimo de Ripalda, y era en tiempo que no se comía más que unas yerbas y se profesaba tan estrecha pobreza, que porque colgó a la cabecera de su cama una esterilla vieja, le dieron pública reprensión en el refectorio. Después fue enviado con el P. Francisco Antonio a fundar la Compañía en Cerdeña... Halló-se (años) después el P. Baltasar de Piñas en la fundación del Colegio de Zaragoza, y en aquella gran persecución que padecieron allí los de la Compañía... De allí a poco tiempo fue enviado a la provincia del Perú, siendo de cincuenta años; predicó en la ciudad de los Reyes, con gran moción y concurso, y cuando predicaba en la plaza se despoblaba la ciudad por oírle, y el mismo virrey D. Martín Enríquez (cosa no usada) le iba a oír a la plaza... Comparábanle a San Vicente Ferrer y al Apóstol San Pablo, por el gran espíritu con que predicaba. Enviáronle a fundar la Compañía al Reino de Quito. Fundó aquel colegio y dejó movida aquella ciudad con sus sermones, y entablada la frecuencia de los Sacramentos, y entre los muchos que por su medio se convirtieron, fue un caballero que pretendía del virrey un oficio y vivía mal. Confesóse generalmente con el P. Piñas, y dejó todas las ocasiones, frecuentando de allí adelante los Sacramentos muy a menudo y dándose a la oración de veras, y pareciendo que el no alcanzar el oficio que pretendía era porque el P. Piñas no le favorecía, enfadado de esto determinó no confesarse más con los de la Compañía; y saliendo de su casa para ir a confesarse a otro convento, oyó una voz sensible que le dijo: "Vuelve a la Compañía, que no les llamé yo pa-

(1) En su conocida obra **Varones ilustres de la Compañía de Jesús.**

ra que ayudasen a los hombres en negocios temporales, sino en los de sus almas, que este es su oficio y no es otro": lo cual contó este caballero después de algunos años, siendo varón perfecto, y teniendo cada día hablas sobrenaturales de Dios y un trato muy familiar y regalado con Su Majestad".

III

NUESTRA SEÑORA DE LORETO Y EL P. ONOFRE ESTEBAN

Fue verdaderamente una bendición para Quito el establecimiento de la Compañía de Jesús en ella; tuvo sobrada razón la Santidad de Paulo V para felicitar a esta ciudad, como lo hizo por medio de un Breve, por la adquisición valiosísima de tan benéfico y apostólico Instituto. En efecto, apenas plantado éste en nuestro suelo principió cual árbol lozano y frondoso a lanzar en todas direcciones vigorosas ramas cargadas de odoríferas flores y frutos bien sazonados de gracia. La educación de la juventud y el cultivo de las letras tomaron grande impulso con la fundación del Seminario de San Luis y la Universidad de San Gregorio Magno; las poblaciones así de españoles como de indios fueron evangelizadas por celosísimos misioneros; y finalmente las inmensas selvas del Napo y Marañón vieron surgir en su seno reducciones numerosas tan ordenadas y ejemplares como no las tenía mejores el Paraguay. Entre los activos, inteligentes y piadosos operarios de esta parte de la viña del Señor, destacáronse no pocos varones si por la santidad de vida los unos, otros por el lustre de la doctrina, o por ambas cosas a la vez. Los Venerables Padres Alvarez de Paz y Juan Pedro Severino fueron de este número. Las misiones de Mainas contribuyeron también en gran manera a abrillantar la aureola de la Orden con una pléyade numerosa de mártires y varones apostólicos, tales como los Padres Rafael Ferrer, Lucas Majano, Raimundo de Santa Cruz, Francisco Figueroa, Pedro Suárez, José Casado, y otros igualmente dignos de inmortal renombre.

Una de estas estrellas de extraordinaria magnitud en el cielo de la Compañía fue el Venerable P. Onofre Esteban, que habiendo venido muy joven a Quito, recientemente ordenado de sacerdote, pasó sesenta años en esta República, empleados todos en evangelizar a los humildes y pobres, con gran provecho de las almas. Este es el Siervo de Dios a quien debemos la preciosa Imagen de la Santísima Virgen, objeto de la presente historia. "El primer fundamento que echó para su apostólico ministerio, dice el mejor de sus biógrafos (1), fue una capilla de Nuestra Señora de Loreto en la (naciente) iglesia de nuestro colegio, a donde colocó una devotísima imagen suya con todo el adorno, aparato y magnificencia que alcanzó su pobreza; este fue el baluarte que levantó para hacer guerra al infierno; esta su plaza de armas a donde se vestía el arnés de su invencible espíritu; aquí tenía su defensa, su guarida, su nido y su descanso, a donde tomaba aliento en sus fatigas, consejo en sus dudas y fuerzas para sus batallas, llevando siempre por guía y por amparo a esta celestial Señora".

Nació el P. Esteban en Chachapoyas, ciudad del Perú, de padres ricos, nobles y de mucha virtud. A la temprana edad de 14 años ingresó en la Compañía, en Lima, donde resplandeció así por el ingenio como por la piedad. "Formado, pues, en un perfecto religioso, y acabados sus estudios, se ordenó de sacerdote con inefable consuelo de su alma; y aunque pudiera por sus buenas letras seguir escuelas y leer cátedras en ellas, quiso por su humildad aplicarse a la conversión de los indios y al ministerio humilde y trabajoso de ellos, en que trabajó incesantemente al pie de sesenta

(1) El P. Andrade S. J., en los **Varones Ilustres** de la Orden. La fuente donde tomó los datos necesarios para su trabajo lo indican las siguientes palabras: "Su vida (la del P. Esteban) escribió el P. Juan Pedro Severino, Rector que era de Quito en el tiempo de su muerte y le trató muchos años, y así habla como testigo de vista en lo que dice, y después se puso en la **Historia de los Varones Ilustres** de aquella provincia". De esta última obra seguramente sacó el P. Patrignani la noticia que acerca del mismo Siervo de Dios nos da en su célebre **Menologio**, tomo 4º —Entrambas obras hemos consultado para el presente relato.

años. Para cumplir sus deseos y dar pasto a su fervoroso espíritu, le enviaron los superiores a la ciudad de Quito... Aquí tuvo su apostolado el P. Onofre Esteban; aquí trabajó casi toda su vida, aquí dio los resplandores de su santidad y trajo a Dios innumerables almas, con que enriqueció la Iglesia y pobló las sillas del Cielo... En el discurso de tiempo que moró en este colegio (de Quito) le gobernó algunas veces, unas de Rector de él y otras por ausencia de los Rectores".

Principió su ministerio apostólico por la ciudad, donde realizó verdaderos prodigios de celo. "Predicaba en los templos, en las plazas y en las calles, adonde se juntaba el concurso de la gente, con tal fuego de espíritu que sus palabras eran flechas que pasaban los corazones y llamas que los encendían en el fuego de la contrición, dolor de sus culpas, deseos vivos de penitencia y desprecio del mundo. Los ojos de los oyentes derramaban lágrimas, de sus bocas salían dolorosos gemidos; no se oían en el auditorio sino lamentos, sollozos y suspiros; y muchos, antes de salir del sermón, se reconciliaban con sus enemigos, pidiéndose perdón con entrañable amor y caridad; otros, heridos de la fuerza de sus razones, corrían como ciervos a la fuente de la confesión, y la hacían generalmente de toda su vida. Fue tanta la moción que hubo en la ciudad de Quito y la mudanza de vida y reformación de costumbres, que muchos, por satisfacer por los escándalos públicos que habían dado, salieron con públicas penitencias, unos con disciplinas, otros con cruces: y fueron tantos, que hicieron procesiones como si fuera Semana Santa, con igual ejemplo y edificación del pueblo... Fue tan rara la mudanza que hubo en toda la ciudad con su predicación, que parecía haberla trocado en otra totalmente diferente de la que era cuando entró en ella". Realizó conversiones admirables como la de una dama célebre por su hermosura y también por sus desórdenes que a la mitad de un sermón, herida por contrición vivísima, y derramando torrentes de lágrimas "dio voces en medio del auditorio, clamando al cielo y al predicador por el perdón de sus culpas; y quitándose las galas, como

otra María Magdalena, se arrojó a sus pies y mudó de vida, siendo tan ejemplar en adelante, como escandalosa había sido".

Iguales portentos se realizaron cuantas veces tornó el P. Onofre a ejercer su ministerio en la capital, bien que la mayor parte de su vida pasó en predicar la buena nueva a las gentes humildes y pobres de los campos, especialmente los indios, así cristianos como bárbaros y salvajes. Los Jesuitas tenían entonces las misiones de Santo Domingo de los Colorados y otras tribus vecinas a la costa, conocidas entonces bajo el nombre genérico de *Yumbos;* este fue el campo que desbrozó el P. Esteban con sus apostólicos sudores. La cosecha fue tan pingüe como se podía esperar de un terreno virgen, y de un tan hábil sembrador: innumerables de aquellos infelices abandonando las supersticiones idolátricas, abrazaron la fe cristiana y la moral evangélica; formáronse nuevos pueblos o reducciones, y al paso del misionero cubríanse de flores y frutos de virtud esas tierras antes estériles y malditas. Por los prodigios que realizara en Quito la predicación del P. Onofre, calcúlese cuanto habrá hecho en los campos, terreno casi siempre mejor dispuesto para las operaciones de la gracia, que las grandes ciudades. "Todos los pueblos le deseaban y pedían con ansias de tenerle y gozar de su doctrina; y, para alcanzarle, ponían por medianeros a los gobernadores y Prelados: cuando venía, le salían a recibir en procesiones mucho trecho, con repique de campanas, con tamboriles, flautas y demostraciones de alegría, como si recibieran a un apóstol o a un santo bajado del cielo, llegando todos a porfía a besarle la mano: esta estima mostraban también los Obispos en la honra que le hacían, y los jueces, remitiéndole los litigantes, y el Padre con su mansedumbre y apacibilidad los componía y concordaba con gusto de ambas partes".

Fructuosísimos como todo esto fueron los trabajos en que transcurrió la vida admirable de este gran Siervo de Dios. Sus viajes los hacía siempre a pie. "Fue ejemplo de mortificación y penitencia, vistiendo a raíz

de las carnes uno como saco de cilicio que le llegaba desde el cuello a cerca de las rodillas; las disciplinas cotidianas y los ayunos casi continuos; su cama fue una tarima con una piel seca por colchón y una pobre manta por abrigo, que no fue pequeña penitencia en tierra de tan continuo frío". Andaba constantemente en la presencia de Dios; dedicaba a la oración gran parte de la noche, y todo el tiempo que le quedaba libre entre el día. En una palabra, fue un verdadero santo. El Cielo le favoreció además con el don de milagros y el de profecía. Habiéndose por entonces desarrollado una mortífera epidemia entre los indios "como eran tantos los enfermos que se contaban a millares, corriendo la fama de la milagrosa salud que daba el P. Onofre sólo con tocarlos, los traían de todas partes, aunque con trabajo, para que los tocase; y el siervo de Dios, con una candidez columbina, lleno de confianza en Dios, los tocaba y sanaban, obrando la Divina Majestad por su medio los milagros a millares".

Entre todas las virtudes, la que más distinguió al V. Padre fue una tierna y fervorosa devoción a la Santísima Virgen, en que se hizo notable desde novicio, aventajándose por ello a sus demás compañeros. Elevado al sacerdocio constituyóse apóstol de aquella devoción preciosa, valiéndose, para propagarla en los fieles, de la poderosa influencia de que gozaba, y de cuántos medios ponía a su alcance el ministerio sacerdotal. De manera que de esto se ocupaba en el púlpito, el confesonario y las conversaciones familiares; fundó cofradías y estableció muchas prácticas piadosas con el mismo objeto. En las misiones que daba así en las ciudades como en los campos, una de las santas industrias de que ordinariamente se valía, para obtener gracias de lo alto y conmover al pueblo, era disponer una hermosa procesión en honra de la Santísima Virgen, con alguna devota Imagen suya. "Hacía, dice el P. Andrade, muchas veces estas procesiones a Nuestra Señora; a quien tenía tan cordial devoción, que no pensaba ni hablaba de otra cosa así con los seglares como con los de casa; y para hacerlas más solemnes, tenía pintados todos sus mis-

terios en tablas, y los llevaban entre dos niños con luces, muy bien aderezados; prevenía carros con muchos ramos y flores y en ellos iban algunos niños ricamente vestidos y bien industriados en el canto, dando música a la Virgen, que parecía música de ángeles; y la fiesta remataba con una espléndida comida que daba a todos los pobres".

No pocas veces el Cielo demostró con prodigios cuanto se complacía en este amoroso afán del P. Onofre por honrar a la Madre de Dios. Estando una vez para salir una procesión solemne de Nuestra Señora, que había ordenado en una fiesta suya, se entoldó la atmósfera de nubes, "y comenzaron a bramar los aires y a caer tal agua, que bastara a anegarlos; pero el siervo de Dios, con su acostumbrada fe, mandó a los aires que cesasen y a las nubes que se detuviesen en nombre de Dios y de la Reina de los Angeles, y luego cesaron los vientos y las aguas, y, serenado el cielo, se hizo la procesión con igual gozo y admiración de todos, alabando a Dios que daba poder a su Siervo sobre los vientos y las aguas".

Pero en lo que principalmente resplandeció la piedad heroica de este santo misionero fue en el culto constante y cada día más ferviente que se esmeró en tributar a Nuestra Señora de Loreto, en la hermosa Imagen que él mismo había hecho traer de España, y colocado en la capilla levantada por esfuerzos suyos en honra de esta advocación. No contento con hacerla amar de cuantos podía, esforzábase por visitarla a menudo, y hacerle la corte como vasallo fidelísimo de esta soberana Reina. "Las vigilias eran largas y su oración mayor, retirándose a la capilla de Nuestra Señora todos los tiempos que le daban lugar los ministerios que traía entre manos, si bien en ellos mismos procuraba no perder a Dios de vista". Cuando Rector del Colegio, acudía con más frecuencia aún a la Santísima Virgen, a quien había tomado por "su Consejera, y de cuya asistencia y favor se valía como de Patrona y Madre suya".

Quien tan de veras consagró toda la vida al servicio y amor de la serenísima Reina de los Angeles, no podía dejar de ser muy atendido de la Madre de Gracia y Misericordia. El biógrafo antes citado nos referirá esta parte la más importante y hermosa de la historia del Siervo de Dios, y su relato, como de testigo tan abonado, tendrá para los lectores precio e interés que no podríamos darles a nuestra propia narración.

"Pagóle, dice, estas finezas la Beatísima Virgen con singulares favores; porque tres años antes de morir, estando desahuciado de los médicos, le visitó y consoló, y le ofreció tres años de vida para que celebrase sus fiestas, y así lo dijo él, y dilató recibir la extremaunción que le querían dar, aseverando que no moriría de aquella enfermedad, de la que convaleció luego.

"Hallándose algunas veces acosado de aflicciones y angustias, nacidas de la sequedad de espíritu que Dios envía a su tiempo a sus mayores siervos para aumento de su corona, valiéndose de su amada Madre la Imagen Santa de Loreto, le apareció Nuestra Señora, y le confortó, y consoló, y le recreó, con músicas celestiales que le dieron los ángeles; y, entrando un religioso nuestro a hablarle, y hallándole como transportado, cuando volvió en su acuerdo dijo: "Padre, ¿no oye esta música celestial y estos cánticos de los ángeles?". Tan tomado estaba de la suavidad de aquel vino, que no reparó en lo que decía, aunque después quiso ocultarlo.

"En otra ocasión fue otro religioso a buscarlo a la capilla (de Nuestra Señora de Loreto, que era su paradero), y sintió, antes de llegar, que hablaba con otra persona porque oyó dos voces diferentes, y se detuvo a que acabase la plática: entró luego y hallóle de rodillas delante de la Santa Imagen, y reconoció que hablaba y conversaba con la Santísima Virgen, como si fuera una persona familiar suya: tales eran los favores que recibía de su mano.

"En estos ejercicios y santa ocupación llegó a los

ochenta y dos años de su edad, cumpliéndose los tres que la Virgen le había alcanzado; y, con la certidumbre que tenía de su cercana muerte, se iba siempre preparando; y, como el fuego cuanto más se acerca a su esfera, más se enciende, así este siervo de Dios, abrasado en el fuego de su amor, cuanto más se acercaba a su vista, más se encendía en deseos de verle y unirse íntimamente con El.

"Sintiéndose acometer de algunos accidentes, avisos de su partida, salió dos días de casa a despedirse de las personas devotas que le habían ayudado en la capilla, adorno y fiestas de la Santísima Virgen... Finalmente poco antes de la fiesta de Todos los Santos le rindió el accidente en la cama, a donde le vinieron a visitar el Obispo, el Gobernador y Presidente de la Audiencia; el Cabildo, la gente principal, los religiosos y gran suma de indios y ciudadanos...

"Trajéronle al aposento la devota Imagen de Nuestra Señora de Loreto, con quien gastó los pocos días que le duró la calentura en dulcísimos coloquios; recibió todos los sacramentos muy a tiempo, y a 3 de noviembre de 1638 acabó el curso de su peregrinación y lleno de merecimientos, pasó a las moradas del cielo".

A sus exequias concurrió toda la ciudad y gente innumerable de los campos circunvecinos, especialmente los indios, aclamándole todos por santo y llorando inconsolables su pérdida. El entierro se hizo al día siguiente, aunque con mucha dificultad, pues apenas sacaron el venerable cuerpo de la capilla interior a la iglesia, toda la multitud se abalanzó en torno de él deseosa de verle por última vez, y obtener algunas reliquias; por cuyo motivo le despedazaron las vestiduras y arrancaron los pelos de la barba, los cabellos y las uñas "guardándolas y estimándolas por reliquias preciosas de un varón tan santo, de vida tan inculpable, de virtudes tan heroicas, acreditado con tantas revelaciones y milagros".

Tal fue el V. P. Onofre Esteban, fundador entre no-

sotros de la devoción a Nuestra Señora de Loreto, y a quien debemos la prodigiosa Imagen de este título.

IV

LA AZUCENA DE QUITO ANTE LOS ALTARES DE LA SANTISIMA VIRGEN

A principios del siglo XVII embalsamaba a Quito, con ejemplos de acendradas virtudes domésticas, una noble y piadosa familia, cuya morada era conocida en toda la ciudad con el renombre glorioso de *Casa de la Oración*. El jefe de ese hogar era un hidalgo español, nativo de Toledo, casado con una distinguida señora quiteña, hija de Gabriel de Granobles, natural de Guadalcanal, y de Doña María Jaramillo, de Alcalá de Henares, en la península, venidos a América entre los primeros conquistadores; mediante aquel enlace se estableció nuestro caballero en la antigua capital de los Shyris, y obtuvo el alto honor de dar una ilustre santa a la Iglesia de Dios. El 31 de Octubre de 1618, por la noche, ocurrió en casa un extraño prodigio, y fue que hallándose la señora de ella, en los momentos críticos de peligroso alumbramiento, viose aparecer repentinamente sobre el aposento de la ejemplar matrona, una hermosísima estrella de magnitud singular, que servía de base o núcleo a una esbelta palma formada de otras estrellas más diminutas y menos resplandecientes. Todos los habitantes de aquella mansión tan favorecida del Cielo, contemplaron atónitos el portento. Poco después, cerca de media noche, nació al mundo la ínclita niña, que iba a ser en breve el mejor ornamento de su Patria y todo el Nuevo Continente, bajo el simbólico dictado de Azucena de Quito.

Sus padres, el Capitán Jerónimo Flores Zenel de Paredes y Doña Mariana Granobles Jaramillo, conocieron luego, a la luz de aquel anuncio maravilloso, que la niña que acababa de confiárseles a sus cuidados estaba destinada a ser un ángel de pureza y un tesoro de santidad, que, andando el tiempo, había de consagrar con

las más heroicas virtudes aquel hogar bendito; agotaron, pues, sus paternales y solícitos desvelos por darle la educación más esmerada, conforme su clase y condición distinguidas lo pedían. Pero quien más cuidadosamente aún velaba por la niña, el astro benéfico bajo cuyos auspicios había ella venido al mundo, era la excelsa Virgen, saludada por la Iglesia con el significativo título de Estrella del mar: *Ave Maris Stella*. Indicio de esta soberana protección en favor de la hija de Zenel de Paredes, era haber nacido ella en sábado, frente por frente, casi bajo el techo, de un santuario muy devoto dedicado a la Reina de los Angeles. A más de esto, a dos cuadras solamente de distancia levantábase el templo de la Compañía, y en él la célebre capilla de Nuestra Señora de Loreto, bajo cuyo amparo poderoso iba a crecer y desarrollarse aquella flor del paraíso. Dios suscitó a Mariana de Jesús para ofrecer en América un modelo a las jóvenes que no pudiendo ingresar en un claustro anhelan por santificarse en el seno de la familia; para reproducir en este suelo algo de los sublimes ejemplos dados por la Reina de las Vírgenes en su condición de hija y súbdita. ¡Trazas admirables de la Providencia: plantar en Quito el amor y culto a Nuestra Señora de Loreto, para que al calor suave de esta devoción preciosa, se formara una peregrina copia de la Virgen de Nazaret, que fuese en el Nuevo Mundo recuerdo viviente de las sublimes y escondidas virtudes practicadas por María en el recinto del hogar doméstico!

Quien traía una misión semejante había de ser, por necesidad, discípula y sierva predilecta de la Madre Santísima de Dios: y lo fue realmente. "Las primeras palabras que formaron sus labios, siendo niña, fueron las del Ave María", dice el Padre Morán de Butrón, el mejor biógrafo de nuestra Bienaventurada, y añade: "La devoción de Mariana a esta Divina Señora era tan fina y tan cordial que no sabrá explicar mi pluma. Teníala por Madre, por su Reina y Señora, y por seguro rumbo de sus acciones, valiéndose de su patrocinio en todas sus necesidades, y procurando aumentar su culto y pegar a todos su devoción. Desde que tuvo uso de razón

rezó el Rosario, y después ella misma, juntando a la gente de la casa, lo rezaba en el cuarto de su sobrina Doña Juana... Las festividades de María Santísima las celebraba con especiales devociones y mortificaciones, precediendo siempre un novenario de penitencias y otras obras espirituales; y en cada festividad, con licencia de su cuñado (el Capitán Don Cosme de Caso), daba alguna limosna especial a los pobres" (1).

Estos y otros generosos obsequios de la fervorosa doncella fueron correspondidos, desde su más tierna edad, con singulares portentos realizados en favor de ella por la Reina Augusta de los Cielos. Hallábase, nos refiere el mismo biógrafo, un día Mariana, siendo todavía muy pequeñuela, con un dedo tan maltratado y enfermo que para salvarle parecía no haber otro remedio que una muy dolorosa operación quirúrgica. Así se lo significó una de sus amigas; pero la niña le repuso con alegre rostro: "Aguarda y verás cómo me curo". Postrándose entonces a las plantas de una Imagen de la Santísima Virgen, oró algunos momentos, y al instante quedó completamente sana. En otra ocasión se halló gravemente enferma de los ojos "que los tenía bellísimos", dice el citado autor: el dolor que padecía era muy vivo y el riesgo de perderlos, inminente. Los remedios que se le aplicaban, en vez de curar el mal servían sólo para acrisolar su paciencia. En tales circunstancias pidió Mariana a la misma amiga que le acercase al rostro de aquella Santa Imagen; y apenas lo hizo, desapareció el accidente, "quedándole los ojos tan claros, tan hermosos y limpios como si nunca hubiese estado enferma de ellos" (2).

Pero en nada brilló tanto la protección especial de la Santísima Virgen en favor de esta su devota sierva, como en el cúmulo de gracias extraordinarias y singulares con que la enriqueció, y de que es soberana dispensadora; fue esto de manera que a la temprana edad

(1) **La Azucena de Quito.**— Lib. III, cap. V.
(2) Lib. I, cap. VI.

de veintiséis años, en que Mariana rindió la vida, había ascendido ya a la ardua cumbre de la más consumada santidad. Todas las virtudes evangélicas resplandecieron en ella, especialmente el candor virginal, un amor encendidísimo a Dios y al prójimo, y una sed insaciable de inmolación. Sus ayunos continuos, sus sangrientas maceraciones, su vida toda penitentísima, renovaron en Quito los ejemplos admirables de un San Pedro de Alcántara o los antiguos Padres del yermo. Fue verdaderamente como lirio entre espinas, según lo demostró un estupendo prodigio: pues, habiendo muerto ya y volado al cielo esta insigne heroína, como brotara un ramo de azucenas fragantísimas en el huerto de su casa, al arrancar esta flor milagrosa se advirtió, con asombro, que las raíces que sustentaban el tallo y elaboraban la savia, eran hilos de aquella sangre virginal que arrancada al rigor de férreas disciplinas y depositada allí, se había conservado fresca, líquida, rubicunda y olorosa.

Digamos ahora algo de la devoción particular que Mariana profesaba a Nuestra Señora de Loreto.

V

NUESTRA SEÑORA DE LORETO Y LA BEATA MARIANA DE JESUS

Muy pocos años contaba aún Mariana, cuando tuvo el dolor imponderable de perder a los autores de su existencia, y hubo de sufrir las terribles pruebas de la orfandad. Felizmente tenía una virtuosa hermana, Doña Jerónima de Paredes, casada con un honrado y piadoso caballero, el Capitán Don Cosme de Caso, quienes se encargaron de la niña cual si fueran sus propios padres, y la tuvieron y guardaron siempre como a hija predilecta. Distinguíase esta cristiana familia por todo linaje de virtudes, especialmente por una sólida y delicada piedad. Privaba entonces en Quito la devoción a Nuestra Señora de Loreto, cuyos fervorosos apóstoles eran los Padres de la Compañía, y estando su iglesia y colegio tan próximos a la casa de que hablamos, prendió fácilmente en ésta aquella devoción preciosa. Bajo las ce-

lestiales influencias de ella creció Mariana en virtudes y en edad. Sus padres naturales, o quizás los adoptivos, habíanle obsequiado una pequeña estatua de madera de Nuestra Señora de Loreto, con el Niño Jesús en los brazos, efigies que vinieron a ser instrumento de gracias admirables para la tierna e inocentísima doncella. Este fue el origen del culto singular que tributó ella toda su vida a aquella célebre y prodigiosa advocación.

Desde muy niña se buscó en la casa, que era espaciosa, un sitio retirado y a propósito, donde erigió un pequeño altar a las dos Santas Imágenes, adornándolas con flores y otros aderezos que en tan tierna edad podían proporcionársele. "Tanto la entretenía este divino embeleso, que observaron los domésticos, que la parte que le cabía de algún regalo o fruta, la guardaba para su altar; y por disimular el ayuno que ya observaba, les decía con gracia, que su altar era el primero en el adorno". Con estas mismas imágenes hacía continuas y fervorosas fiestas, principalmente en las principales que celebra la Iglesia en honra de la Santísima Virgen. "Desde las vísperas comenzaba el festejo y aparato; y a la tarde hacía, con la ostentación que permitía su devoción y niñez, una piadosa procesión en que sacaban (Mariana) y las sobrinas al Niño Jesús y a su Santísima Madre, y en las cuatro esquinas de los corredores altos, que estaban en forma de claustro, ponían otros cuatro altares, donde haciendo pausas la procesión, cantaban las niñas dulcísimas letras que aumentaban el festejo" (1).

Con ocasión de estas infantiles procesiones realizó Mariana uno de sus primeros milagros, siendo todavía muy niña, al decir del mismo historiador. "Celebraba ella una de las fiestas de Nuestra Señora, a que fueron mayores las prevenciones: colocó en las andas la Imagen de la procesión (esto es la pequeña estatua de Nuestra Señora de Loreto), y por aumentar la gala le puso un curioso velo de seda rosada; ardían en frente

(1) Lib. 1. cap. IV.

de la Imagen, en las andas, dos velitas de cera, que para este fin labraba con sus manos la venerable niña, sin fiar de otro cuidado ocupación tan devota. Habíase juntado toda su parentela y algunas señoras... Comenzó la procesión, aplaudiendo todos la fiesta; y cuando estaba la venerable virgen más divertida en ella, quizá con algún aire violento cayó una vela sobre la toca (de la Imagen); comenzó a abrasarse (la toca), levantándose tan crecida llama que (puso en sobresalto y) lastimó a todas (las personas concurrentes la imprevista) desgracia. Afligióse en extremo nuestra Mariana, y con un impulso Divino y gallarda intrepidez, echó mano del velo, que estaba ardiendo, y, en el breve espacio que lo tuvo al desplegarlo, volvió a ponerlo tan entero y tan vistoso, como si no lo hubiese tocado el fuego" (1). Maravilla que dejó estupefactos a todos los presentes, y convencidos de que aquella prodigiosa niña era una alma extraordinaria y muy favorecida de Dios.

Quien era tan solícita y ferviente, entre los divertimientos y distracciones de la infancia, para honrar a la Reina del Cielo, ¿qué haría después, cuando le inundaban resplandores de fe vivísima, y ardía entre los incendios de caridad seráfica? Cuanto más adelantaba nuestra insigne virgen en los caminos de la santidad, más pura, tierna y afectuosa era su devoción a la Augusta Madre de Dios.

Cuando a la edad de doce años se apartó de la familia, y emprendió en su propia casa aquella admirable vida de penitencia, soledad y retiro, la única joya que llevó consigo al yermo de su pobre celda, fue la preciosa Imagen de Nuestra Señora de Loreto, para cuyo honor y culto organizada cuando más niña aquellas tan devotas procesiones. Uno de los testigos de vista que declaran en el *Proceso de las virtudes* de la Sierva de Dios, describe así el desnudo y humilde aposento donde habitaba Mariana: "Era muy amiga de la pobreza, pues no tenía (en su celda) más que... un altar, y en él un

(1) Ib.

lienzo grande de la Santísima Trinidad, el Niño con quien se recreaba, una Imagen de Nuestra Señora de Loreto" y algunas muy pocas de Santos de su especial devoción. Estas recreaciones celestiales de la angelical doncella con el Divino Niño las refiere otro testigo ocular, en los siguientes términos: "En muchas ocasiones, en presencia de esta testigo (Catalina de Paredes), decía (Mariana) hablando con la Reina de los Angeles, cuya imagen tenía en su aposento con el Niño en los brazos: "Reina mía, Señora mía, dame licencia para que te ayude a cargar tu Hijo"; y quitándole de sus manos, tendía sobre sus faldas un tafetán y sobre él ponía el Niño, y... le decía mil amores y requiebros, y le besaba los pies y las manos".

Cada año, en la Navidad, hacía a su modo una pomposa fiesta en honra de la misma Santa Imagen, siendo esas las únicas veces en que por excepción invitaba a la familia a concurrir a su aposento, donde por lo ordinario, no admitía a nadie. Oigamos al Padre Morán de Butrón (1). Acercándose aquella solemnidad, no contenta Mariana con haberse ejercitado en rigurosas penitencias, disponía, en los nueve días precedentes al veinticinco de Diciembre, que toda la gente de casa ayunase, para lo cual ella misma les guisaba y servía la comida. "Llegada la noche de la Navidad, hacía en su cuarto un pequeño Nacimiento; juntaba a sus sobrinas y demás gente de la casa, y con singular ternura les obligaba a que ofreciesen al Dios recién nacido, los ayunos de los nueve días: ella derretida en lágrimas, y enajenada de gozo, en considerar al Niño Dios, hincada de rodillas, besándole pies y manos, le decía: *Séais bien venido, Señor y Pastor mío, que os habéis dignado de venir a buscarme, como a oveja perdida, por mis culpas; aquí me tenéis: ya me habéis hallado: llevadme, Señor, con vos...* Con María Santísima tenía otros afectuosísimos coloquios, con lágrimas en los ojos y el corazón en las manos". Pulsaba en seguida la vihuela para enardecer y recrear a aquel piadoso concurso con tonadas religiosas,

(1) Lib. III, cap. V.

"diciéndoles que quería dar esa música entre los ángeles que allí asistían, y decía: *¡Oh! ¿cuándo será ese día que yo tenga esta fiesta en la Gloria?" (1)*

Esta pequeña Imagen de Nuestra Señora de Loreto, tan preciosa por los portentos y gracias dispensados por su medio a Mariana de Jesús, se conserva hasta hoy, entre varias reliquias de la Sierva de Dios, en el claustro del antiguo monasterio del Carmen, edificado en el propio sitio donde tuvo su casa el Capitán Zenel de Paredes. Sería de desear que aquella pequeña estatua, de recuerdos venerados, fuese colocada en una iglesia pública, para que así pudiese recibir el culto y veneración especialísima a que es tan acreedora.

Todavía más que a la efigie anterior amaba Mariana a la que con igual título se veneraba en el templo de la Compañía. "Con la Imagen prodigiosa de Nuestra Señora de Loreto, que está en la Compañía, tenía Mariana sus delicias y consuelos", dice el biógrafo tantas veces citado, porque a su altar acudía en todas las necesidades, "visitándola todos los días para pedirle la dirección en sus obras, y alivio en sus aflicciones. Sus comunes jaculatorias con esta Divina Señora no eran otras que las que dicta un corazón todo encendido en amor. Llamábala: *Reina mía, Señora mía, Madre mía, Virgen de Vírgenes,* y otros nombres tan humildes como amorosos" (2). Una amiga de la Sierva de Dios, que después se hizo religiosa de Santa Clara, Petronila de San Bruno, declara en los Procesos, que "Mariana era muy devota de la Virgen Santísima, cuya esclava fue, en su Imagen de Nuestra Señora de Loreto, en la iglesia de la Compañía de Jesús; rezábale todos los días con gran devoción el salterio de ciento y cincuenta Avemarías, y su oficio menor por sus horas".

La Madre de misericordia que no se deja ganar en finezas, correspondió a las de Mariana colmándole de

---

(1) Consta esto igualmente de la declaración de Catalina de Paredes, antes citada.

(2) Ib.

gracias, y despachando pronta y favorablemente todas sus peticiones, como lo prueba el suceso acontecido con una de las sobrinas, la venerable Sebastiana de Caso. Esta piadosísima joven, muy adicta a nuestra Bienaventurada, y educada cuidadosamente en la escuela de tan sublimes ejemplos y doctrinas, salió aprovechadísima en todo linaje de virtudes. Muy niña aún hizo voto de castidad perfecta, obligándose a no tener jamás otro esposo que Jesucristo, y tan heroicamente mantuvo esta resolución generosa que renunció a la vida antes que faltar a su sagrado compromiso. Al celestial encanto de la virtud juntábanse en Sebastiana el atractivo de la nobleza y una peregrina hermosura, tanto que varios jóvenes de las primeras familias de Quito solicitaron con empeño la mano de doncella tan virtuosa y cumplida. Contaba ya ella diez y nueve años, cuando sus padres ignorando el voto con que estaba ligada, aceptaron el partido que les pareció más ventajoso y pactaron el matrimonio; éste, al parecer, se presentaba como una colocación lucida a su hija, y un recurso salvador para la familia, que a consecuencia de accidentes desgraciados había venido a caer en pobreza. La situación era verdaderamente crítica; sin embargo, Sebastiana, apenas supo la determinación de sus padres, les declaró con entereza, que le era imposible aceptar ningún enlace por ilustre y beneficioso que fuese, porque desde muy niña se había desposado ya con el Rey del Cielo, con voto de perpetua castidad. Su santa tía la animaba a no cambiar de resolución, asegurándole que si era necesario le sobrevendría la muerte, antes que faltase a su voto. Al siguiente día fueron ambas a su ordinario refugio, el templo de la Compañía; Mariana para encomendar el buen éxito del caso a Nuestra Señora de Loreto, y Sebastiana a consultarlo con su confesor, el P. Juan Camacho. Este, apenas oyó la consulta, dijo a su penitente: *¿De eso se aflige señora? Pida a su Esposo que, atendiendo a su honra, le quite la vida, si no hay otro remedio, y se la lleve a celebrar sus bodas en la Gloria.* Dirigiéronse entonces las dos pudorosas vírgenes, a la capilla de Nuestra Señora de Loreto, para implorar esta gracia; postradas allí en ferviente oración, Sebastiana

ofreció al Señor la vida en holocausto, y Mariana impetró que fuese aceptado el sacrificio. El Cielo recibió inmediatamente, en olor de suavidad, una oblación tan pura; al instante mismo, la generosa mártir de la virginidad fue acometida de violentísima fiebre, que en pocos días le arrancó de este mundo y le condujo al paraíso con la resplandeciente aureola de las esposas del Cordero.

Mariana no tardó en seguirle; exhortándole a reñir el último combate, le dijo estas proféticas palabras: "Anda, hija, delante, que pocos meses me llevarás la delantera. La Pascua que viene del Espíritu Santo nos veremos juntas en el Cielo". Y así se verificó. La hija de Cosme de Caso murió cual hostia de limpieza y castidad, y nuestra santa heroína se inmoló cual víctima expiatoria de la Patria. Como una parte considerable del antiguo Reino de Quito fuese por entonces sacudida de terribles temblores de tierra, y se temiese ver, de un momento a otro, arruinada su capital, Mariana se ofreció en rescate de sus conciudadanos; el Altísimo aceptó la ofrenda, y la magnánima doncella consumó su preciosa y corta vida en aras de la más pura y abnegada caridad. De este modo, apenas desplegara al sol la tersa y ebúrnea corola, fue trasplantada al cielo esta Azucena fragantísima de candor inocente y virginal.

Acercándose el dichoso tránsito de esta heroína de caridad, los cortesanos del Empíreo se disputaron el honor de comunicarle nueva tan esperada y venturosa. Santa Ursula y el glorioso escuadrón de sus compañeras vírgenes y mártires le anunciaron, en una visión, que era ya llegado el tiempo de la partida. Santa Gertrudis le visitó igualmente, y reveló que el Esposo Divino le aguardaba en la Gloria con siete riquísimas sortijas, que simbolizaban el galardón eterno que le estaba preparado. En los días últimos de su vida Mariana perdió el habla, pues había pedido a Dios esta gracia para aislarse más de las criaturas y prepararse mejor para aquel momento de que pende la eternidad. Por este motivo no se comunicó ya con nadie, sino con sus

confesores y el Hermano Hernando de la Cruz, que era uno de sus directores espirituales, y aun con ellos solamente lo muy necesario y por escrito. La moribunda virgen recibió entonces un favor señaladísimo de Nuestra Señora de Loreto: una celeste embajada con la cual la Emperatriz de los Cielos hacía saber a su fidelísima sierva la hora y el momento precisos de su anhelada muerte. "Estando ya (Mariana) sin habla, en presencia del Hermano Hernando de la Cruz, pidió por señas recado de escribir, y sentándose en la cama, como si no tuviera achaque alguno, le dio cuenta de su alma, escribiendo estas razones: Mi Madre Santa Catalina de Sena me ha venido a visitar, y me ha mostrado una guirnalda hermosísima, para que con ella me corone el día de mi partida; y me dice, que el viernes a la noche, entre las nueve y las diez, han de venir mi Esposo y mi Señora, la Reina de los Cielos de Loreto su Madre, por mí" (1).

El día anterior a su muerte, que fue el veinticinco de Mayo de 1645, fiesta de la Ascensión, y "segundo de perdida el habla, escribió otro papel, si bien diferente del pasado, pero lleno de virtudes, como por testamento de su última voluntad" (2). En ese escrito pidió, entre otras cosas, que revelaban su espíritu humildísimo, "que le diesen de limosna una mortaja, y sepultura en la iglesia de la Compañía de Jesús"; pues, dice un testigo en los Procesos: "Siempre tuvo deseo de enterrarse en la iglesia de la Compañía de Jesús, a los pies del altar de Nuestra Señora de Loreto, cuya devota fue y esclava; y algunas veces tomaba la medida de su cuerpo y señalaba su sepultura en la peana de dicho altar" (3).

El viernes siguiente a aquella fiesta, entre las nueve y diez de la noche, aconteció el glorioso tránsito de esta insigne sierva de Cristo. Asistiéronle en tal trance

(1) Lib. V. cap. 3.
(2) Ib.
(3) Declaración de Doña Juana de Peralta.

algunos padres de la Compañía y el santo Hermano Hernando de la Cruz. Petrona de San Bruno, confidente de Mariana, declara en los Procesos: "que se halló esta testigo en su muerte que fue con grandes muestras de amor de Dios, lágrimas y fervor de espíritu, abrazándose con un Santo Cristo y venerándole tiernamente, y con una Imagen de la Virgen Santísima", probablemente la de Nuestra Señora de Loreto. Poco antes de expirar, alzó la moribunda virgen los ojos a lo alto, radiantes de júbilo, y, por la expresión del rostro y además reverente de las manos, hizo comprender que recibía en ese momento alguna gracia muy extraordinaria del Cielo. El hermano Hernando de la Cruz, como favorecido igualmente con semejantes carismas, y tan entendido en materia de visiones, advirtió a los circunstantes que Jesucristo y su Inmaculada Madre, entre inmenso cortejo de espíritus angélicos, santificaban con su presencia sacratísima aquel humilde aposento, pues habían venido por Mariana, trayéndole la palma y corona de triunfo. Conociendo entonces que aquellos eran los instantes últimos de vida tan preciosa, el Padre Alonso de Rojas tomó el Crucifijo en las manos y, con palabras inspiradas por la más tierna piedad, exhortó a la agonizante a refugiarse en las llagas sacratísimas de Jesús, dándoselas a besar las manos, pies y costado; después de lo cual Mariana con un movimiento rápido fijó los labios en la corona de espinas, y en el ósculo amoroso de esta sangrienta diadema del Redentor, entregó su espíritu en manos del Eterno.

Las exequias de la Sierva de Dios se celebraron más como fiesta espléndida que como ceremonia fúnebre. Las autoridades eclesiásticas y políticas de la Colonia, personajes de la más alta distinción y pueblo innumerable, concurrieron a honrar los despojos venerados de la virgen. La traslación de ellos, desde la casa al templo de la Compañía, se hizo a hombros de sacerdotes, vestidos con sobrepellices, y dábanse tal prisa en rendir aquel homenaje "que apenas comenzaban unos (a cargar el féretro) cuando entraban otros" al decir de un testigo. "Convidaba a ello el suavísimo olor que des-

pedía el venerable cuerpo, pues parecía que la calle por donde iba se exhalaba en perfumes". Llegaron por fin, aunque con grande dificultad, a la iglesia de los Jesuitas, donde, entre otros muchos prodigios, aconteció el siguiente. Oigamos referirlo al P. Morán de Butrón.

"Sobrevino muy misteriosa casualidad ese día, y fue, el que habiéndose transferido la fiesta de Nuestra Señora de Loreto, que suele hacerse la segunda domínica de la Pascua de Resurrección, se celebró aquel año el mismo día del entierro de Mariana; con que colgada por esta circunstancia la iglesia con festiva pompa y aparato, quedó la peregrina efigie de Nuestra Señora en el Altar Mayor, en frente de la portada, sin haberla llevado a su capilla, como si quisiese la Madre de Mariana salir de su casita de Loreto a recibirla, y honrarla aún en esta vida, con caso tan singular. Probó un suceso prodigioso no ser acaso; porque, al entrar el cuerpo por la puerta de la iglesia abrió un ojo, tan hermoso y resplandeciente que parecía un lucero en su brillar, causando admiración en los circunstantes que lo vieron, que con piadosos susurros formaban mayores estimaciones de la difunta. Confirmóse la aclamación, cuando al ponerla en el féretro abrió el segundo ojo, fijándolos entrambos en la Imagen de María, tan claros, hermosos y lucientes, que atónito del prodigio el P. Alonso de Rojas, exclamó diciendo: *¡Válgame Dios! ¡Qué prodigio tan grande!* Y porque con mayor ímpetu se conmovió la gente, que no cabía en la capacísima iglesia, temiendo se abalanzase para hacer pedazos... al cuerpo, se subió al túmulo, y con devota atención le cerró los ojos". (1)

Finalmente, conforme a los deseos tantas veces manifestados en vida por la Bienaventurada, sus sagradas reliquias fueron depositadas en una bóveda construída bajo el altar de Nuestra Señora de Loreto; esto se verificó algo después del primer entierro, hecho en la capilla de San José, porque entonces se hallaba to-

(1) Ib. cap. V.

davía inconcluso aquel nicho mortuorio. En una *Noticia* escrita en 1771, en esta capital, acerca de las varias traslaciones de esas reliquias preciosas, hallamos lo siguiente: "Habiendo muerto la Sierva de Dios, el 26 de Mayo de 1645, en la temprana edad de 26 años, seis meses y veintiséis días, con fama y aclamación de santidad; al tercer día fue depositado su venerable cadáver en la bóveda de la capilla de San José, de la iglesia de los Padres de la Compañía del Nombre de Jesús, de esta ciudad... Pasado un mes fue extraído de dicha bóveda, para trasladarlo a la capilla de Nuestra Señora de Loreto, donde había pedido ser enterrada la Venerable; lo que no se había ejecutado por no estar acabada de construir esta bóveda al tiempo de su muerte". Tres años después se construyó en ese mismo sitio otro pequeño sepulcro, con esta inscripción: *Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes.*

Esta es la Azucena fragantísima de Mayo que nuestra República ha ofrendado en los altares de la Madre Santísima de Dios.

VI

COFRADIAS EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO

Contribuyeron no poco a la celebridad de esta Santa Imagen, además de los sucesos referidos, dos piadosísimas Cofradías establecidas en su honor, en el templo de la Compañía, y compuestas la primera, de indios, y la segunda, de españoles.

El padre Onofre Esteban, en su afán por sujetar a los aborígenes al dulce y amable yugo del Evangelio, no contento con verlos cristianos, se esforzaba por establecerlos en la frecuencia de sacramentos y la práctica de virtudes fundamentales y sólidas.

Una de las santas industrias de que se valía para lograr este laudabilísimo objeto, era la creación de asociaciones y cofradías piadosas. Fundó dos con aquel

fin, la una bajo el patrocinio y título de Nuestra Señora de la Presentación, para indios ignorantes aún del idioma castellano, a quienes se predicaba y adoctrinaba en quichua; la otra para indios *ladinos*, esto es, que entendían ya el habla castellana y tenían alguna mayor cultura que los otros.

Esta segunda cofradía era la de Nuestra Señora de Loreto. Espectáculo de veras edificante proporcionaban a la Colonia ambas congregaciones; pues en los días de reunión de ellas rebosaba el templo espacioso de la Compañía, con la apiñada y ferviente multitud de indios que acudían, hasta de parroquias muy distantes, para escuchar la Palabra Divina, confesarse, comulgar, y cumplir con las demás prácticas piadosas de su respectiva asociación. Un jesuita notable de aquellos tiempos, el P. Manuel Rodríguez, en su obra intitulada *El Marañón y Amazonas*, impresa en Madrid, en 1684, nos da las noticias siguientes acerca del asunto que nos ocupa (Lib. I. Cap. VII):

"*La Congregación de los Indios ladinos* (es decir, la de nuestra Señora de Loreto), que por su mayor comunicación, o continuo trato con los españoles, hablan buen castellano, además de las pláticas y otros ejercicios de las demás Congregaciones, añadían demostraciones de liberalidad, en que era menester modelarlos. Un año se les permitió juntar y disponer muchos vestidos, que repartieron entre indios pobres... Ambas Congregaciones de indios patrocinadas de María Santísima, andan muy hermanadas en las acciones de piedad y devoción. De estas dos Congregaciones, comulgan los que tienen licencia y aprobación de los Padres, según los ven capaces en la inteligencia de los misterios. Y aun en aquellos principios (de la Compañía de Quito) había ya de trescientos a cuatrocientos indios o indias, que comulgaban; y todos entablaron, como dura hasta ahora, el dar el día de año nuevo, una pública y solemne limosna, en la calle de aquel Colegio, poniendo en ellas mesas muy largas, para todos los pobres de la ciudad, que de los indios hay muchos, y aun vienen de los pueblos cerca-

nos. Traen por sus parcialidades y parroquias gran cantidad de comida y guisados, no menos que de aves, gallinas y pavos, que se pudieran poner en cualquier convite principal; todo adornado con muchas flores sobre las toallas, que a veces traen los manjares en carros, o unas como andas; y a lo menos se juntan al convite unos doscientos pobres, y es tanta la abundancia que llevan a su casa para otros días... En estas Congregaciones hay indios muy virtuosos, y algunas indias de singular piedad y grande ejercicio de virtudes". ¡Qué bien tan grande harían aún a nuestros pobres indios, Congregaciones como éstas, si llegaran con el tiempo a restaurarse!

Cuando el célebre jesuita, P. Raimundo de Santa Cruz, entró en Quito, en medio de una procesión solemnísima, trayendo por cortejo muy lucido las primicias de las recientes cristiandades fundadas entre los salvajes del Napo y Marañón, salieron sus hermanos en religión a recibirle con la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Loreto, siendo la Congregación de este título una de las que más contribuyeron a dar pompa y realce a aquel espléndido acompañamiento.

Poco después de la muerte del P. Onofre Esteban, allá por los años de 1640, se estableció otra confraternidad piadosa en honor de la misma Santa Imagen, en su templo de la Compañía; intitulábase esta asociación "Los Esclavos de Nuestra Señora de Loreto". En su origen la formaban solamente señoras de la primera nobleza de Quito, después fueron admitidas otras de condición inferior, y aun también hombres, entre quienes se cuentan varios sacerdotes y religiosos. En el archivo del Colegio de los PP. Jesuitas, de esta capital, existe un antiguo libro manuscrito, con este título: *Catálogo de las Señoras Esclavas de la Virgen de Loreto.* Lo que da un valor subidísimo a esta asociación, es haber sido miembro de ella la Azucena de Quito. En efecto, a los principios de aquel catálogo, entre los apellidos más preclaros entonces de la Colonia, encontramos este precioso nombre: *Doña Mariana de Paredes;* y a conti-

nuación, en la página de la vuelta, aparecen inscritas: *Doña Jerónima de Paredes — Doña Juana de Caso y su hija — Doña Andrea de Caso — Doña Catalina de Caso y Salazar*... y otras. Es, por tanto, indudable que la Beata Mariana y las señoras más distinguidas y cercanas de su familia fueron las primeras en alistarse en aquella edificante Cofradía. A los miembros de ella se les repartía una hoja impresa, encabezada con una imagen de la Santísima Virgen y las Letanías lauretanas; al pie de la devota Imagen están grabados una S. y un clavo, para designar con las dos cosas, conforme al gusto de la época, la palabra *esclavo*. En seguida viene el acto de consagración a la Santísima Virgen, que es el que Mariana, como las demás socias, debió hacerlo y firmarlo, obligándose seguramente a renovarlo todos los días de su vida; este acto de consagración como hecho por una gran sierva de Dios, es de precio inestimable, y dice así:

CARTA DE ESCLAVITUD A NUESTRA SEÑORA

"Soberana Princesa, Serenísima Reina, Augustísima Emperatriz de Cielos y Tierra, Clementísima Abogada, Medianera y acogida de los pecadores, Hija muy amada del Eterno Padre, Madre amable y admirable de su Unigénito Hijo, Dignísima Esposa del Espíritu Santo, Sacrosanto Sagrario de la Santísima Trinidad, Virgen Purísima, y Dulcísima María, yo (1)... aunque por todas partes indignísima de parecer delante de vuestro divino acatamiento, con todo, movida de vuestra inmensa benignidad, y del deseo, que os habéis servido de darme, de ser vuestra esclava, pecho y corazón por tierra, humildemente postrada a vuestros sacratísimos pies, con todo el afecto de mi corazón me ofrezco y entrego por vuestra humilde y mínima sierva, y esclava perpetua, y como tal propongo firmemente, de serviros fidelísimamente toda mi vida, y procurar en cuanto pudiere, que otros hagan lo mismo y, en señal desto traeré conmigo

(1) Súplase aquí, por el lector, el nombre y apellido de nuestra Bienaventurada.

el Rosario, que me sirva de cadena, y una S. y un clavo en memoria y recuerdo que soy vuestra esclava. Bien veo yo cuán indigna soy desta soberana merced, y honroso título de vuestra esclava; pero suplícoos, piadosísima Señora, por aquel afecto con que os ofrecisteis por esclava del Señor, y por el con que vuestro Benditísimo Hijo muriendo en la cruz nos dejó debajo de vuestra protección y amparo, que no mirando a mi indignidad tengáis por bien recibirme y admitirme en el número de vuestras esclavas, que yo desde luego os escojo y recibo por mi Señora y Reina y todo mi bien. Santo Angel de mi guarda, y demás Cortesanos del Cielo sedme testigos desta mi voluntad y promesa, medianeros y fiadores de su cumplimiento, alcanzándome gracia para que en todo y por todo acierte a servir y agradar a esta gran Señora, y a su Benditísimo Hijo Jesús, y antes perder mil veces la vida, que una sola ofenderles con culpa mortal, y así lo firmo".

Con la expulsión de los Jesuitas decretada por Carlos III, desaparecieron ambas Cofradías, hasta no quedar ni recuerdo de ellas. Restablecida la Compañía de Jesús en Quito, en la segunda mitad del siglo pasado, organizóse una nueva Congregación de Nuestra Señora de Loreto, compuesta exclusivamente de señoras, bajo el patronato de la B. Mariana de Jesús; esta confraternidad piadosa es la que subsiste hasta nuestros días, con grande provecho espiritual de sus asociadas y no poca edificación del público; ocúpase ella, entre otras, desarrollar el culto de nuestra Santa Imagen, mantener limpia y decentemente adornada su capilla, y celebrar la fiesta que en honra de aquella advocación tiene lugar cada año con solemnidad y pompa extraordinarias.

VII

TRASLACIONES DE LA EFIGIE PRODIGIOSA

El establecimiento de nuevas casas religiosas en América, bajo la dominación española, no era cosa tan hacedera como acaso se supone; la Compañía de Jesús

tuvo que vencer múltiples y serias dificultades para cada una de las fundaciones que llevó a efecto en el antiguo Reino de Quito. La que más fatigas y sudores le costó fue la del Noviciado. El Rey D. Felipe IV, por una cédula expedida en El Escorial, en 1626, prohibió que se realizara en sus dominios del Nuevo Mundo la erección de tales casas sin que se hubiese obtenido previamente permiso expreso de la Corona. Agregándose a todo esto la oposición tenaz de la Audiencia y los Cabildos, era empresa peligrosa y ardua, que requería ánimo más que esforzado y varonil, cualquiera obra de esta clase. Los Jesuitas de Quito que harto lo conocían, acudieron a la soberana protección de Nuestra Señora de Loreto, para alcanzar lo que deseaban, y que tan difícil se les presentaba de lado de los hombres. La Reina del Cielo escuchó benigna estos fervorosos ruegos, y, por su mediación, lo que hasta entonces había parecido imposible, llegó a convertirse en dichosa realidad. En 1622, adquirió la Orden el obraje de San Ildefonso, a algunas leguas de esta capital, donde se estableció el primer noviciado, abierto en Quito; la escritura de fundación de esta importante casa se firmó en la capilla de Nuestra Señora de Loreto, siendo provincial el P. Ayerve, y fundadores o patronos de la obra, D. Juan de Vera Mendoza y Doña Clara Núñez de Bonilla.

Medio siglo después fue trasladado el noviciado al asiento de Latacunga. "La casa de Latacunga fue erigida en noviciado con licencia del Rey, el año de 1673: su fundador fue Don Juan de Sandoval y Silva... La toma de posesión y apertura de la iglesia provisional se verificaron el 1º de Noviembre de 1674" (1). Para acrecentar el fervor de los novicios, y poner bajo égida poderosa la nueva fundación, que tantos sacrificios había costado, se creyó conveniente trasladar a aquella casa la Imagen prodigiosa de Nuestra Señora de Loreto, tan célebre ya por los favores dispensados al P. Onofre Esteban y a Mariana de Jesús. Da testimonio de esta tras-

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez, en su **Historia General de la R. del Ecuador.**— Tomo IV. pág. 437.

lación, como de un hecho público y constante a todos, el P. Morán de Butrón, que, en su obra impresa en 1724, hablando de aquella estatua de la Santísima Virgen, la señala como una "Efigie que al presente está colocada en la iglesia del noviciado de la Compañía de Jesús, en el asiento de Latacunga" (1)

Allí permaneció efectivamente cerca de dos siglos. El formidable terremoto que arruinó por completo aquella ciudad, en 1755, obligó a los Jesuitas a pasar el noviciado a Quito, al sitio espacioso y pintoresco, donde hoy se levanta el *Hospicio,* a consecuencia de los sucesos que antes hemos recordado ya. En Latacunga quedó solamente una residencia. La Santa Imagen, de que venimos ocupándonos, no pereció en aquel cataclismo, porque si bien se arruinó el templo, se conservó ileso el Altar Mayor, donde estaba colocada. Debemos esta curiosa noticia a un autor contemporáneo. "Hallábame en Quito, dice. Era segundo día de carnestolendas (del año 1755), y me acuerdo que habiendo yo predicado a la función de las Cuarenta Horas, siendo como las cuatro de la tarde... sentimos todos que balanceaba el aposento, y echando a huir otros, los que allí conmigo quedaron, puestos de rodillas y compungidos, pedían a Dios misericordia... Pasó el temblor, aunque duró hartos minutos, sin otro estrago que la ruina de algunas paredes débiles en Quito y sus alrededores. ¿Pero en Tacunga? ¡Oh Santo Dios! no me puedo acordar sin horror de lo que pasó... Cayeron todos los templos, hundiéronse las casas, murieron muchas personas (inclusive varios religiosos de la Compañía), y fue muy general el llanto, porque las circunstancias de la universal ruina, aumentaron grandemente el dolor de toda una ciudad consternada. Hacíase aquí también en nuestra iglesia (es un jesuita el que esto escribe) la función de las Cuarenta Horas, y habiéndose concluído el sermón, quedando todavía mucha gente en la iglesia, se desplomó la bóveda, falsearon los arcos, arruináronse las paredes y cogieron debajo a casi todos, porque muy pocos pudieron esca-

(1) **La Azucena de Quito.**— Lib. V. Cap. 3.

par... Cuentan una cosa bien singular, y es, que no habiendo caído el frente del Altar Mayor donde estaba colocado el Santísimo Sacramento, y expuesto con aparatos de adorno y luces, se conservaron los cirios ardiendo como si tal cosa no hubiera sucedido" (1).

No habían transcurrido sino doce años desde aquella catástrofe, cuando otra del orden moral vino a trastornar profundamente a la tranquila sociedad de esos tiempos de la Colonia, y fue la inicua expulsión de los ilustres hijos de San Ignacio, de todos los dominios españoles, decretada tan despótica y cruelmente por Carlos III. En consecuencia, el gobierno del Rey se apoderó de los bienes de la Orden, o mejor dicho, los entregó a la rapacidad de unos pocos. En el inventario hecho con motivo del secuestro de los bienes pertenecientes a la residencia de Latacunga, se enumera, entre otras cosas, la Imagen de Nuestra Señora de Loreto. Habría ésta desaparecido como tantos otros objetos propios de los religiosos expulsos, si el Cura de la parroquia matriz de la ciudad mencionada, al ver que se vendía aquella estatua preciosa en pública subasta, no hubiese acudido a la piedad de los fieles, con cuyo auxilio colectó cien patacones, suma en la cual remató para su iglesia aquella histórica y prodigiosa Efigie.

Permaneció, pues, ésta en Latacunga, por otro siglo más, siendo objeto de un culto muy ferviente, y de suntuosísimas fiestas, con que se esforzaban en honrarla así los blancos como los indios de esa extensa provincia. Sin embargo, al andar del tiempo, aquella piedad tan activa y ardorosa llegó a desmayar de suerte que una Imagen de recuerdos tan sagrados vino a quedar relega-

(1) **Compendiosa relación de la Cristiandad en el Reino de Quito.**— Tratado 2º cap. 15.— Esta obra inédita del P. Bernardo Recio, último Procurador General de la Provincia Quitense de la Compañía de Jesús, al tiempo de su expulsión de América, en 1767, está dividida en tres tomos, y contiene noticias y datos interesantes y curiosos acerca de la situación religiosa, política y social de esta parte de las antiguas colonias españolas, conocida bajo el título de **Presidencia de Quito.** La obra original se conserva en España; el Colegio de la Compañía de Quito posee una copia.

da, como cosa de menos valer, en el rincón de una sacristía. Como esto se supiese en la capital, la asociación de Nuestra Señora de Loreto, que anhelaba muchísimo hacerse de aquella inestimable escultura, acudió para lograr su intento, al Ilmo. Sr. Arzobispo Ordóñez, de feliz memoria, quien accedió gustoso a la demanda, tomando en cuenta el riesgo en que la Efigie estaba de desaparecer, por causa del abandono en que yacía. Para efectuar la traslación de joya tan valiosa fue comisionado por la Curia uno de los más respetables miembros del Coro metropolitano, quien marchó inmediatamente a Latacunga, y auxiliado eficazmente por el oportuno concurso de dos señoras distinguidas de la Congregación mencionada, logró hacer conducir para Quito la preciosa Imagen, sin contradicción ninguna.

Cuando la Imagen hubo llegado felizmente a su destino, se detuvo a las puertas de la ciudad, y al otro día hizo su entrada en ella, en medio de acompañamiento numeroso. Finalmente, hechos los convenientes preparativos, y repartidas numerosas invitaciones, la efigie de Nuestra Señora de Loreto fue devuelta al templo de la Compañía, al cabo de dos siglos de ausencia, el 30 de Noviembre de 1887, en medio de una solemnísima procesión que, partiendo de la casa de la Señora Josefina Flores viuda de Barriga, se extendía hasta la iglesia expresada. Fue aquello un triunfo extraordinario y espléndido de la Reina Inmaculada, lo cual habrá atraído ciertamente del Cielo muchas bendiciones sobre Quito y toda la República.

Mientras tanto en Latacunga se armó un motín muy ruidoso contra el Cura de la Matriz, porque el pueblo le suponía autor de la entrega de la Imagen; y llegó a tal punto la exacerbación de los ánimos, que para calmarlos fue necesaria nada menos que la intervención directa del Jefe del Estado. Manifestación elocuente pero tardía, del gran aprecio que aquella ciudad tan católica hacía de la efigie prodigiosa de Nuestra Señora de Loreto, que un tiempo fue su más bello adorno y su mejor tesoro, y que ahora lo es de la capital.

VIII

DESCRIPCION DE LA IMAGEN; SU CULTO Y SUS PRODIGIOS

El diez de Mayo de 1291 ocurrió en Dalmacia un hecho para siempre memorable. En Rauniza, pequeño lugar situado a las orillas del Adriático, entre las dos ciudades de Tersato y Fiume, unos pobres campesinos advirtieron con asombro, que sobre una colina, donde la víspera se apacentaban tranquilamente algunos rebaños, aparecía de repente un extraño edificio que, sin ser sostenido por cimiento alguno, descansaba sobre la verde y fresca grama. ¿Qué era aquello? El santuario más augusto del universo, la Casa de la Santísima Virgen, donde se realizó el misterio inefable de la Encarnación, y habitó el Verbo Encarnado por treinta años; era la Casa de Nazaret que, transportada por los Angeles, había sido milagrosamente arrancada de Palestina, para preservarse de las profanaciones de los musulmanes, y venía a situarse a lado de Roma, en el centro de la Europa Cristiana. En efecto, pocos años después la Santa Casa fue nuevamente trasladada a Italia, primero al territorio de Recanati, y después a otro sitio próximo que se denominó *Loreto,* por haber sido un bosque de laureles, según unos, y según otros, por ser propiedad de una señora piadosa llamada Laureta. Entre los objetos encontrados en aquel preciosísimo santuario, llamó la atención de todos una antigua imagen de madera de la Virgen Santísima, con el Niño Jesús en los brazos. Este es el origen de la celebérrima advocación de Nuestra Señora de Loreto.

La prodigiosa Efigie, cuya reseña histórica escribimos, difiere de aquella Santa Imagen venerada en Loreto, bajo muchos respectos, especialmente por la forma y la actitud; la de Italia es de color moreno, por haberse ennegrecido la madera con el largo transcurso del tiempo y el humo de los cirios; está de pie; no lleva cetro ni otra insignia semejante, porque la estatua no es completa, y carece de brazos; pero si se prescinde de esa falta, es una obra hermosa y devotísima. La ve-

nerada en Quito es de tamaño natural, mide un metro cuarenta y cinco centímetros de estatura; se asienta en una silla de estilo romano antiguo, tiene al Niño, que mide sesenta y cinco centímetros, atravesado en el regazo, ligeramente reclinadas las espaldas en el brazo izquierdo de su Madre Santísima, que le estrecha con la mano siniestra, y con la derecha empuña un sencillo y pequeño cetro. Ambas Imágenes aparecen coronadas, y con expresión y ademán muy naturales. Visto de lejos el grupo no es tan atractivo y hermoso como de cerca. La Virgen viste una túnica de rojo violáceo y un manto azul con esmaltes de oro. El rostro y las manos, en ambas estatuas, son de madera; el ropaje, de linón acartonado. El estilo y la ejecución de esta escultura anuncian, de conformidad con la tradición, una obra española, ya sea realizada en la Península con materiales enviados quizás de América, o hecha aquí por un artista europeo.

Desde que la Compañía de Jesús se estableció en Quito, se tributó en todo el antiguo reino de este nombre, un culto general y muy ferviente a Nuestra Señora de Loreto; y la devoción a sus Letanías creció de modo que llegó a equipararse con la del Rosario, hasta formarse de las dos una sola práctica de piedad, según hasta hoy se acostumbra en toda la República. Santo Toribio Mogrovejo había, poco antes, alcanzado de la Santa Sede aprobación e indulgencias para unas letanías de la Santísima Virgen, compuestas para la arquidiócesis de Lima; preces muy hermosas, y dignas de alta estimación como aprobadas por un santo, tan piadoso como docto; sin embargo, han desaparecido aquellas casi por completo, suplantadas, como tenía que suceder, por las bellísimas e incomparables Letanías lauretanas; muchas de cuyas invocaciones han sido confirmadas por el Cielo con estupendos prodigios, de manera que la historia de ellas forma una de las páginas más interesantes de los anales de la Iglesia. Bástenos recordar, en prueba de lo que decimos, las dos fiestas instituídas en honor de estos títulos de la Virgen: *Auxilium Christianorum y Refugium Peccatorum*. Queda todavía un vestigio de la obra del santo Arzobispo, en esas cuatro salutaciones

que el pueblo devoto suele intercalar entre las decenas del Rosario: *Dios te salve, María Santísima, Hija de Dios Padre: Dios te salve, María Santísima, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María Santísima, Esposa del Espíritu Santo: Dios te salve, María Santísima, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.*

La devoción extraordinaria que en toda la provincia quitense de la Compañía se profesaba a Nuestra Señora de Loreto, se demuestra por las cuantiosísimas donaciones que los fieles hicieron, en aquellos tiempos, no solamente a la prodigiosa Imagen venerada en esta capital, y después en Latacunga, sino también a las otras que con el mismo título existían en otras varias iglesias y casas de la Orden, tales como las de Ambato, Riobamba, Cuenca, haciendas de Portete y San Javier de Yunguilla, Loja, hacienda de Catamayo, Ibarra y Popayán, según consta del recuento hecho de 1773 a 1790, de las alhajas de que el gobierno del Rey se apropiara, luego después de consumada la expulsión de los Jesuitas, advirtiendo que muchas de estas alhajas eran riquísimas: únicamente la plata de que estaba labrada la silla de la efigie venerada en Quito, pesó treinta y un marcos y cinco onzas.

No contentos los devotos de la Santísima Virgen en aquella su célebre advocación, de enriquecer sus imágenes y altares con donativos tan generosos, pasaron más adelante: alcanzaron de la Santa Sede gracias verdaderamente preciosas en favor de los santuarios donde aquellas santas efigies eran veneradas. En 1671 Clemente X concedió indulgencia plenaria, por quince años, a los que con las condiciones acostumbradas visitasen en la Domínica segunda de Pascua la capilla de Nuestra Señora de Loreto, de Quito, durante la exposición de Cuarenta Horas que se hacía en su altar. Benedicto XIV, por un Breve de 2 de Diciembre de 1743, concedió varias indulgencias, y facultad de sacar almas del purgatorio, a ciertas prácticas piadosas hechas ante el altar de Nuestra Señora de Loreto, de Latacunga.

El motivo principal de esta grande devoción de magnates y plebeyos, ricos y pobres, a aquella santa imagen, procedía en gran parte de los portentos con que la Reina del Cielo favorecía a los amantes de esa advocación preciosa. En el inventario del secuestro del Colegio Máximo consta que, en la iglesia de este último, había "Tres cuadros grandes viejos de los Milagros de Nuestra Señora de Loreto. Item otro grande del Milagro de Nª Señora de Loreto". Habiendo desaparecido por completo aquellos lienzos, se ha perdido también el recuerdo de las gracias constantes en los mismos. Podemos, sin embargo, calcular que aquellos Milagros habrán sido semejantes al que nos refiere el biógrafo del P. Onofre Esteban, y es el siguiente: "Estando (aquel santo religioso) en Quito, vino a él una india con una niña casi muerta en los brazos, llorando y lamentando su desgracia, y pidiéndole remedio con más lágrimas que palabras: el buen Padre la consoló y la persuadió que tuviese confianza en Dios y en su bendita Madre, que, si le convenía, daría salud a su hija; la cual tomó el Padre en sus manos y la puso sobre el altar de Nuestra Señora de Loreto, pidiéndole de rodillas que consolase a su afligida madre: dentro de breve rato volvió a tomar la criatura buena y sana, con el gozo que se deja entender de la madre, que la lloró por muerta".

Pero la maravilla más insigne y esplendorosa que debemos a esta devota y célebre Imagen, es que bajo sus soberanas influencias haya florecido en América aquel portento de la gracia, que está con la suavidad de su aroma deleitando a la Iglesia entera, la angélica y virginal Azucena del Paraíso, Mariana de Jesús.

LA REINA DE LOS ANGELES

En uno de los puntos más frecuentados y centrales de esta capital, a tres cuadras de la Catedral metropolitana, álzase, en la sección meridional de la *Carrera García Moreno*, una vistosa y notable obra arquitectónica, denominada el *Arco de la Reina*. Como esta construcción viene de los tiempos coloniales, a vista de ella pregúntase naturalmente el viajero: ¿cuál fue la soberana española de la casa de Austria o de Borbón, que supo con sus beneficios captarse el amor y gratitud de Quito, hasta merecer que se le erigiera un tan singular y gracioso monumento?

El Hospital de caridad, junto al que se levanta la obra expresada, fue fundado el 9 de Marzo de 1565, siendo Presidente de la Real Audiencia D. Hernando de Santillán, con fondos pertenecientes en su mayor parte al Fisco, por lo que se declaró al Rey único Patrono del establecimiento, y el pueblo se dio en llamar a éste, *Hospital Real*, cambiando así el título que primitivamente se le diera de, *Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo* (1). Al principio fue servido por la *Hermandad de Caridad*, que era una cofradía piadosa compuesta de seglares, dirigidos por un capellán; y siglo y medio después, el 6 de Enero de 1706, fue confiado a los *Bethlehemitas*, orden de religiosos hospitalarios fundada en la ciudad de Guatemala, por el V. Pedro de Betancour.

En aquellos tiempos de fe viva y ardiente, la Religión campeaba con absoluto señorío en todas las esfe-

(1) Véase la **Historia General de la República del Ecuador**.- Tomo 3º, cap. 2º.

ras del orden social. Una de las manifestaciones más hermosas de la piedad cristiana, en ese entonces, consistía en el culto que se tributaba a varias imágenes del Redentor y su Madre Santísima, expuestas en calles y plazas, de modo que la ciudad entera semejaba un vasto templo, donde se respiraba un ambiente oloroso a incienso, y conmovido por oleadas de místicas y arrebatadoras melodías. No había semana en que no saliese alguna devota procesión, cantando a coros el Santo Rosario por las calles. En las principales de ellas aparecían lienzos hermosos donde estaban representadas las estaciones del Vía Crucis. La *Calle de la Sábana Santa* conserva hasta hoy, en su nombre, un recuerdo de aquellas prácticas de piedad edificante y generosa; y no hace muchos años que fue arrancado, de una de las vías más concurridas de esta ciudad, un devotísimo cuadro del encuentro del Salvador con su angustiada Madre, en el camino del Calvario.

Conforme a tan ejemplares costumbres, apenas inaugurado el Hospital Real, en 1565, principió a ser muy venerada, en una de las esquinas exteriores del nuevo establecimiento, una Imagen preciosa de la Madre de Dios, invocada bajo el título de *Reina de los Angeles*. ¿Cuál era el origen de ella? Antes de referir lo que en este punto atestigua la tradición, advertiremos que a fines del siglo XVI era ya aquella tan famosa, en todo el Reino de Quito, que vino a ser objeto de suntuosísimas fiestas y el término de numerosas romerías; de modo que se hizo necesario construir en torno de la celestial pintura un recinto murado en forma de capilla. Frente por frente de ella, sin otra división que la calle pública, estuvo situada la casa de la Beata Mariana de Jesús; por lo que esta Virgen admirable profesó siempre, hasta la muerte, la devoción más ferviente y abnegada a aquel su predilecto Santuario; y después de Nuestra Señora de Loreto, la Reina de los Angeles fue de las imágenes de María Santísima la más amada de la Azucena de Quito.

Cuarenta años después que esta santa heroína hu-

bo partido para el cielo, fue demolida la capilla primitiva, y edificada en su lugar otra, no más grande, pero sí mas elegante y sólida. Para ensanchar en lo posible sus dimensiones, alzaron sobre la calle pública un arco, a manera de templete, que sirviese de pórtico al oratorio. Este permanece todavía en pie, pero desierto ya, desmantelado, solitario y silencioso, por haber sido arrancada de allí la Santa Imagen que era todo su honor y gloria. El arco de que hablamos es hecho de cal y ladrillo. Sobre un sencillo zócalo de piedra levántanse cuatro columnas macizas que sostienen una graciosa cúpula, con la cual, en el espacio de algunos metros, se cobija todo el ancho de la calle intermedia entre el Hospital y el monasterio antiguo del Carmen. En el interior de este airoso domo, en el lado que se adhiere al Hospital, se advierte la antigua fachada de una pequeña capilla, cuyos umbrales quedan como a ochenta centímetros sobre el nivel del suelo; allí, sobre dos piedras colocadas a la entrada del edificio, se ve esculpida con algunas abreviaturas, la siguiente inscripción: "Acabóse esta Capilla de Nuestra Señora de los Angeles, a 14 de Septiembre, año de 1682; siendo Mayordomos José H. de Luna y Diego Ruiz, sus Esclavos". Este es el monumento levantado por Quito, en honor, no de una vulgar princesa de la tierra, sino de la Emperatriz Augusta de todo el Universo; este es el *Arco de la Reina de los Angeles.*

Digamos ahora algo acerca de la historia de esta Santa Imagen, valiéndonos de los poquísimos datos que de ella nos han dejado algunos escritores de tiempos de la Colonia.

El P. Bernardo Recio describe en los siguientes términos el pequeño santuario, tal como lo conoció a mediados del siglo XVIII: "Volviendo a Quito, debo celebrar a la Reina de los Angeles, que así llaman a una Imagen que está en frente de la casa que fue de la Venerable Mariana de Jesús, y a quien la bendita Virgen mucho se encomendaba. Está en una honda y muy adornada capilla, a la que sirve de atrio un hermoso arco o

crucero, que sirve de camino real. Había en mi tiempo un clérigo que como capellán la servía, y los sábados hacía con aparato sus devociones y una plática de su excelencia" (1).

Más detallada e interesante que la anterior es la noticia que acerca del mismo santuario nos ha dejado el P. Morán de Butrón. Dice que en "La capilla del Hospital Real de esta ciudad (de Quito), se venera una hermosísima Imagen de nuestra Señora, que llaman *de los Angeles*, por común tradición que hay de haberla pintado los Angeles en la pared (exterior de dicho Hospital); y en Quito es (esta Imagen) el refugio para todas las necesidades, por muchos milagros que ha obrado Dios por ella: siendo muy singular el adorno, muy precioso el altar, y mucho mayores las demostraciones de devoción. Porque los sábados se canta Misa con toda solemnidad; y a la noche con armoniosa música la Salve; y cada año (se celebra) su fiesta principal con muchos regocijos: y en este día (de la fiesta anual), entabló la piedad de un caballero se diese de limosna a una pobre doncella, para su remedio, el dote de quinientos pesos, como se hizo por algunos años, con festivas aclamaciones de obra de tanto agrado de Dios. Ahora se ha dispuesto otra no menos, en alabanza, honra y gloria de esta Señora, que es rezar en esta capilla todas las noches, a coros el Rosario Sacratísimo de María, experimentándose que estas rosas (del salterio de la virgen) son rosas que dan frutos medicinales" (2).

Habríamos deseado conocer siquiera los principales de *los muchos milagros* hechos, según el citado autor, por la Reina de los Angeles, mediante esta su hermosa y pía representación; pero desgraciadamente, con el transcurso del tiempo, ha perecido hasta la memoria de aquellos portentos. Uno solo se ha librado del olvido y llegado hasta nosotros, pero es tan magnífico que bas-

(1) **Compendiosa Relación de la Cristiandad en el Reino de Quito.**— Tratado 2º, cap. 8º.

(2) **La Azucena de Quito.**— Lib. III. cap. V.

ta para darnos una idea de la filial y tierna confianza con que acudían nuestros mayores a implorar la protección del Cielo, en este histórico y célebre santuario, y la prontitud y benignidad con que la Madre de misericordia despachaba tales súplicas.

El siete de Septiembre de 1632, víspera de la gran fiesta de la Natividad de María Santísima, murió en el Colegio de la Compañía de Jesús, de Quito, un joven religioso de la Orden, en olor de santidad; como la historia de este siervo de Dios va ligada, por lo que después diremos, a la de nuestra Santa Imagen, nos es forzoso trazar aquí algunos rasgos, siquiera sean los más salientes, de su edificante vida, antes de referir el estupendo milagro con que fue favorecido por la Reina de los Angeles. Lo que vamos a decir lo extractamos de la carta de edificación escrita, a la muerte de aquel héroe de la virtud, por el P. Baltasar Mas, que entonces era Rector del mencionado Colegio, y desempeñó después el cargo de Provincial en esta misma República; habiéndonos también servido las noticias que acerca del mismo asunto consigna el P. Manuel Rodríguez, en la obra anteriormente citada, *El Marañón y Amazonas* (Lib. I. cap. 13).

Un estudiante de la ciudad de Cali, tenido en reputación de virtud entre sus compañeros, que generalmente le llamaban *el santo,* habiendo conocido y tratado en su país a algunos jesuitas de relevante mérito, y acaso también al célebre P. Rafael Ferrer, mártir después entre los Cofanes, se resolvió a dejar el mundo e ingresar en la Compañía de Jesús, para lo cual abandonó su patria y familia, y se vino a Quito. Serias y, al parecer, insuperables dificultades se opusieron desde luego a la realización de su piadoso designio; acudió entonces al amparo de la Reina de los Angeles, y mediante un espléndido milagro de esta dulcísima Madre, se allanaron todos los obstáculos, y fue al cabo recibido entre los hijos de San Ignacio.

Si entre el aire pestífero del siglo había nuestro adolescente conservado intacta la inocencia del alma,

creció como gigante entre el ambiente límpido y embalsamado del claustro. Fue un ejemplar de todas las virtudes religiosas siendo todavía novicio y estudiante, y mucho más aún, cuando sacerdote. Su amor a la pobreza era tal que carecía gustosamente de todo; habitaba en los aposentos más incómodos y oscuros; y no vestía sino los hábitos viejos y raídos, que por inservibles dejaban otros. Su castidad fue verdaderamente angélica, y para mantenerla incólume, en medio de las asechanzas del demonio y la carne, usaba continuamente de rudas y asperísimas mortificaciones. "Con ser pobrísimo, dice el P. Rodríguez, era muy rico en instrumentos de penitencia; pues cuando murió le hallaron tres disciplinas y siete cilicios, unos más ásperos que otros, y de todos usaba. Topóle una vez uno de los padres provinciales que gobernaba en su tiempo, una mañana muy fría, y (al verle) con un rostro casi difunto, encogidos los hombros, y con accidentes de gran dolor, le preguntó (el Provincial): qué tenía, y si por ventura traía cilicio; y sabiendo que sí, le replicó: ¿pues, cómo en día tan riguroso y de tanto frío? Díjole entonces el santo Hermano: pues, Padre ¿cómo guardaremos la castidad?".

Pero en lo que más se señaló este Siervo de Dios fue en el desprecio de sí mismo, y en la virtud de la obediencia. Mientras se encaminaba a Quito, hallándose de tránsito en la ciudad de Pasto, "le suplicó una deuda suya, dice el P. Mas, que fuese al rastro a comprar carne, y el fervoroso mancebo se ofreció con agrado; (y luego que la compró) no aguardando quien la cargase se la echó, siendo aún seglar, sobre sus hombros, por todas las calles, con admiración de todos, diciendo que quería comenzar a despreciar el mundo. Muchas veces repitió esta acción después de religioso, y otras iba a la plaza por agua, sobre un jumento, aun después de sacerdote". Y añade el P. Rodríguez, que nuestro santo religioso practicaba estas humillaciones a vista de sus parientes, *que los tenía en Quito muchos y honrados.* "En la misericordia con los pobres, refiere el mismo autor, era tan señalado, que no contentándose con darles de comer muy a menudo a los de la portería, era de los

primeros en llevar las ollas a las cárceles, a horas muy incómodas, con muy ardientes soles, pasando por todo esto con grande alegría. Dióse mucho a lavar los pies a los Padres y Hermanos de casa, y en los aposentos de los enfermos hacía los oficios más humildes, perdiendo en estas ocupaciones muchas horas de sueño."

La carta de edificación concluye así el cuadro de las admirables virtudes de este Siervo de Dios: "Su obediencia fue rara: mandándole un día el maestro de novicios que sacase agua del pozo con un harnero, para regar la casa, el obediente novicio sin dificultar la acción se fue al brocal del pozo a sacarla; premiando Dios su obediencia ciega, con hacer que las aguas se subiesen a lo alto hasta el brocal, donde la cogió con un harnero, sin que se derramase gota, sustentándose milagrosamente (el agua sobre la criba) por su obediencia. Luego que le ordenaron de sacerdote le encargó la santa obediencia la Congregación de los negros (establecida por los jesuitas en su Iglesia de Quito), donde mostró bien el celo de las almas que tenía, tratando rudos con admirable cordura; predicábales todos los domingos, enseñándoles antes la doctrina cristiana, de que se aprovechaban de suerte que, los que antes ni aún confesarse sabían, con su enseñanza repetían muy a menudo el confesar y comulgar, enmendando su vida, con admiración de todos. Apenas estuvo dos años en tan santos ejercicios, cuando Dios viendo que en breve había llenado el término de sus gloriosos méritos, le llamó para sí, siendo de edad de veintiocho años, con universal sentimiento". Sus exequias fueron concurridísimas, especialmente de los negros y demás gente pobre, a quienes tan esmeradamente había adoctrinado y socorrido; "y a voces pedían los presentes que tratasen de canonizar a religioso tan santo y hombre tan angelical. Antes de su muerte previno a un confidente suyo que le hiciera dar el Viático (porque conociendo por un aviso extraordinario del Cielo que la violencia de la enfermedad le había de privar del uso de sus facultades, le dijo que estando a punto de muerte), le había de faltar el juicio, como de hecho le faltó. Finalmente acabó con fama de santo".

Este venerable y humildísimo religioso fue el P. Diego Caicedo, a quien la Reina de los Angeles favoreció con la siguiente maravilla, según refieren los Padres Mas y Rodríguez ya citados. "Trató con muchas veras (el generoso mancebo, tan luego como arribó a Quito), que le recibiesen en la Compañía, pero como los superiores (de ella) le veían flaco, y aún con algunas llagas en el cuerpo, que por viejas se tenían ya por incurables (según otra versión, el accidente del joven no consistía en llagas simplemente, sino en *un contagioso achaque de lepra, que aun a sus condiscípulos les causaba horror),* le daban (los jesuitas) largas, y aún trataban con desvío; y aunque oían sus razones e instancias, no determinaban, el admitirle, por verle imposibilitado con enfermedades tan porfiadas. Viendo pues que el principal estorbo de su consuelo, era la enfermedad, que naturalmente parecía imposible curarse, dejó los remedios humanos, que tampoco aprovechaban, y se valió de los divinos, especialmente de la soberana Virgen, y de una Imagen suya, a quien él tenía particular devoción, y frecuentaba muy a menudo a rezar de día y de noche, que es la que en esta ciudad veneran todos, en una pared del Hospital".

Hallándose, pues, una noche el afligido joven conforme a su costumbre, en el pequeño santuario de la Reina de los Angeles, encomendándose fervorosamente a esta Santa Imagen, con el fin de alcanzar el remedio de aquella terrible enfermedad que le impedía el ingreso en la Compañía, "en medio de su oración oyó una voz que le dijo, que no se acongojase, porque cobraría salud, mandándole se untase con el aceite de la lámpara que alumbraba (a aquella milagrosa Efigie): hízolo el piadoso mancebo con viva fe, quedando limpio del achaque; con que se facilitó su entrada a la Compañía, donde comenzó una vida angelical".

Este y otros semejantes prodigios extendieron por todo el antiguo Reino de Quito, la fama de Nuestra Señora de los Angeles; pero nada hizo tan célebre esta preciosa Imagen, como la especialísima devoción que

le profesara la Beata Mariana de Jesús. Ya hemos dicho que la casa donde nació y habitó, hasta la muerte, esta ilustre Sierva de Dios, estaba situada frente por frente y bajo la sombra del diminuto santuario, de manera que éste vino a ser el oratorio doméstico de Mariana; como las ventanas de su aposento miraban al altar de la capilla, sin salir de su retiro asistía la santa joven a las misas que se celebraban y ejercicios devotos que se hacían en aquella. Uno de los testigos, la india Mariana de Paredes, que declara en el *"Proceso de las Virtudes* de la Bienaventurada, dice: "Algunas veces la mandaban (a la heroica doncella, para ejercitarla en la humildad), sus confesores, que no fuese a la iglesia a confesar y comulgar y oír misa, y la dicha Mariana de Jesús se quedaba con mucho gusto, diciendo que era hija de obediencia, y que así había de hacer lo que le mandaba su padre espiritual; pero no por eso se quedaba sin oír misa, porque desde la sala de su casa, por una ventanita que caía en frente de la dicha capilla de Nuestra Señora de los Angeles, que está en la esquina del Hospital Real de la Caridad, de esta ciudad, de mucha devoción, y donde se dicen muchas misas todos los días, la oía, haciendo primero cerrar y echar aldaba a las puertas de la sala".

La amantísima esposa de Cristo y fidelísima esclava de María no se contentaba con saludar a su Reina y Señora, sino se esforzaba además por obsequiarla y servirla cuanto le permitían la suma pobreza y carencia de todo, que voluntariamente había abrazado. Cuenta a este propósito, el P. Morán de Butrón, lo siguiente: "Era Mayordomo de esta capilla de Nuestra Señora de los Angeles, Juan Toribio de Guevara, hombre virtuoso y de verdad, el cual jura y declara que, en los dos años que fue Mayordomo, traía una india (a la capilla), todos los sábados, unos ramilletes de flores muy olorosas, y plateadas, con dos velas de cera; y sin decir quien las enviaba, las ponía encendidas ante la imagen, sirviendo de adorno los ramilletes. Entró (Guevara) en curiosidad de saber quién fuese la persona tan devota de María, que con tanta perseverancia la cuidaba; y aunque pre-

guntaba a la india, quién las enviaba (aquellas flores y velas), jamás se lo quiso decir, por industria de su señora; hasta que empeñado en ser curioso, se fue una vez en pos de la india, siguiendo los pasos para ver donde entraba. Hízolo así: al disimulo se entró en la casa de Mariana, y muy cerca de su cuarto, y por el olor y fragancia... (que en él habían dejado los ramilletes), conoció ser ella la que había despachado las flores. Edificado le dio (a la santa doncella) las gracias del servicio que hacía a la Reina de los Angeles; Mariana entonces le respondió sólo estas razones: *Dios nos dé su gracia y conocimiento para servir a su Madre. Dichoso Vuestra Merced que sirve a tan gran Señora: sea ahora y para siempre" (1).*

La admirable Virgen perseveró en esta su filial devoción a la Reina de los Angeles, hasta la muerte. El último día de su vida, sabiendo por revelación del Cielo, que en aquella misma noche había de terminar su destierro y volar su alma a la mansión de la gloria eterna, no quiso salir de este mundo sin despedirse previamente de aquella maravillosa Imagen. Oigamos al P. Morán de Butrón: "Amaneció el tercer día de habérsele quitado (a Mariana) la expedición de la lengua, y para mayor felicidad de su jornada (y tránsito a la eternidad), pidió por señas la llevasen a la ventana de su cuarto, para oír una misa que se decía en el altar de Nuestra Señora de los Angeles, y pedir a su soberana Efigie licencia para ver su original en la gloria: fue tan devota su súplica, aunque con mudas voces, que hubieron de condescender a su deseo llevándola en brazos a la ventana, de donde oyó una misa, ofreciendo en ella su alma toda al Padre Eterno, de quien era devotísima. Acabado el sacrificio, y renovado el de Mariana, le volvieron a llevar al cuarto de su hermana Doña Jerónima, por haber dispuesto no morir en el suyo, sino como pobre en el ajeno. Aquí volvió a ratificar la noticia de su muerte, diciendo por señas, en un solo dedo que mostraba de la mano,

(1) **La Azucena de Quito.**— Lib. III. cap. V.

cómo ese día era el único (que le restaba) de su vida". Efectivamente murió en aquella misma noche.

Tales son las pocas noticias que nos quedan de la Imagen de Nuestra Señora de los Angeles, tan célebre en los tiempos coloniales, pintada, según el autor últimamente citado, de modo portentoso, a la que tributó la Azucena de Quito los más fervientes homenajes de amor y veneración, y el pueblo todo testimonios espléndidos y duraderos de ardiente gratitud, por *los muchos milagros* de que se reconocía deudor, como lo demuestra el histórico monumento denominado, hasta hoy, el *Arco de la Reina.* Una efigie tan preciosa y de tan dulces y hermosos recuerdos, no existe ya, desgraciadamente: hace un siglo, poco más o menos, que desapareció, por haberse destruído la pared a que estaba adherida. Cuál haya sido la causa de esta ruina, lo ignoramos: si fue por haberse desplomado y caído aquella parte del muro, o si la derribaron adrede para hacer nuevas construcciones en el Hospital; de todas maneras es una pérdida inmensa e irreparable. Aconteció esto mientras aquel establecimiento de beneficencia se hallaba en manos de los Bethlehemitas. Por gran ventaja nuestra se conservan todavía en Quito algunas copias tomadas directamente del cuadro original, antes que la mano del tiempo o del hombre pulverizara la tapia en que estaba pintado. Probablemente una de estas copias es el lienzo que sustituyó a la Imagen primitiva en la capilla del Arco, hasta que fue arrancada de ese sitio y trasladada a la iglesia del Hospital, a mediados del siglo XIX, para promover la reconstrucción de este templo, que había sido notablemente destrozado por los varios temblores de tierra que por entonces se sucedieron.

La Reina de los Angeles, si hemos de estar a la pintura en tela que se venera en el Altar Mayor de la iglesia mencionada, es una efigie de tamaño natural; estrecha y sostiene con la mano derecha al Niño Jesús, cuyo amable rostro se vuelve a los espectadores, invitando a recurrir a la Madre de Misericordia. A los pies de ella aparecen los bustos de San Francisco a la derecha, y Santo

Domingo a la izquierda; bien que no se muestra el Rosario en ningún punto del cuadro, por lo cual sería arbitrario dar este título a la pintura que nos ocupa, cuando la tradición constante le ha llamado siempre la Reina de los Angeles. El color de la túnica de la Santísima Virgen es encarnado y el del manto, azul; todo cubierto con esmaltes de oro. En torno de las dos figuras principales asoman ocho de ángeles, como flotando en el aire, dos de ellos en la parte superior, en actitud de coronar a la augusta Soberana de todo el universo.

¡Cuánto sería de desear que la piedad jamás desmentida del Pueblo quiteño restaurara el Santuario de Nuestra Señora de los Angeles, de recuerdos tan preciosos, y que tan distinguido lugar ocupa en la vida admirable de Mariana de Jesús, Azucena de Quito, gloria de América y espléndida margarita de la diadema de la Iglesia!

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO

Venerada en el Monasterio de Santa Clara, de Quito

I

La Iglesia, en uno de sus más hermosos himnos, hace la siguiente deprecación a la Santísima Virgen: Oh Madre Inmaculada del Redentor, que eres camino y puerta del cielo, y al mismo tiempo estrella de la mar, para proteger a los viajeros y a los náufragos, entre las tempestades de esta vida: ven, en socorro de tantas almas infelices como caen y se esfuerzan por levantarse de sus miserias: *Alma Redemptoris Mater, sucurre cadenti, surgere qui curat populo.* Esta Madre dulcísima es el refugio de los pecadores, la salud de los enfermos, la fortaleza de los débiles, y nuestro principal socorro y auxilio en todas las necesidades; porque tal es la voluntad de Dios, dice San Bernardo, que todo lo hemos de recibir por medio de María: *Quia sic est voluntas, ejus, gui totum nos habere voluit per Mariam.* Hasta aquí hemos contemplado a la Reina del Empíreo, en algunas de sus manifestaciones portentosas en nuestra República, y la hemos visto presidiendo, mediante ellas, a la fundación de casas religiosas y establecimientos de beneficencia; vamos ahora a admirarla como a restauradora de ruinas causadas, a veces, hasta en el recinto del santuario, por la inconstancia y fragilidad humanas.

Refiere Santa Teresa, en el hermoso libro de su Vida, escrita por ella misma (cap. 32), que hallándose en el convento de Carmelitas de la Encarnación, de Avila, el Señor le reveló haberle elegido para que llevara a cabo la reforma de aquella célebre Orden, diciéndole: "que aunque las Religiosas estaban (en aquel tiem-

po) relajadas, que no pensase se servía (Dios) poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos?". Sin embargo, el mundo no quiere entender esta sublime verdad, esto es, que si no fuera por las virtudes que se practican en los claustros, y que son el contrapeso de las iniquidades del siglo, la tierra sería visitada constantemente por la Justicia Divina, a modo de Gomorra y de Sodoma; por esta caúsa Dios vela con providencia especial por los Institutos religiosos para levantarlos de sus ruinas, e impide su desaparición.

"El convento de Santa Clara (de esta ciudad) fue fundado por Doña Francisca de La-Cueva, viuda del Capitán Juan de Galarza, Alguacil Mayor de Quito... Verificóse la fundación el 9 de Noviembre de 1596. Para tomar posesión de la casa, se colocó el Santísimo Sacramento, se cantó en seguida el *Te Deum*, y la fundadora, vestida ya con el sayal de monja clarisa, prestó obediencia al P. Fr. Juan de Santiago, Guardián del convento de Franciscanos de Quito, pidiéndole que aceptara en la Orden de los Menores al nuevo Monasterio, en que deseaban vivir en pobreza evangélica, observando la regla de San Francisco, ella y María y Francisca, sus dos hijas legítimas. El P. Guardián, a nombre del Comisario y General de la Orden, aceptó el nuevo convento y nombró por su primera abadesa a la misma fundadora. Fue designado para primer Capellán el P. Fr. Luis Martínez. Las primeras religiosas de Santa Clara, fundadoras del monasterio de Quito, fueron, pues, Francisca de La-Cueva y sus dos hijas María y Francisca" (1).

Este convento que como todos los otros edificó en sus comienzos grandemente a Quito, con ejemplos de austeras virtudes religiosas, al andar de los tiempos se apartó mucho de su primitivo fervor y vino a caer en una lamentable relajación. Una de las causas principales de ello fue la admisión inconsiderada de sirvientas; cada religiosa mantenía en su celda a varias de estas cria-

(1) **Historia General de la Rep. del Ecuador.**— Tom. III. pág. 294.

das, con las cuales se introducían personas extrañas, hasta niños, en lo más interior del monasterio. Para sustentar a toda aquella gente, por demás nociva a la vida claustral, las celdas llegaron a convertirse en obradores de costura y otras labores mujeriles, con cuyo producto atendían las monjas a la manutención de sus respectivas subordinadas. Con esto, de aquel santuario de la oración y la penitencia desaparecieron en breve el silencio, el recogimiento, la pobreza y otras virtudes esenciales a la profesión monástica (1). Sin embargo, el Señor que de modo admirable protege a los Institutos religiosos, y vela por ellos, no solamente en los albores de su fundación, sino también, para volverles a su antiguo lustre y primitiva observancia, cuando han decaído de ella, acudió en auxilio de la casa religiosa que nos ocupa, haciendo que se trocara en remedio lo que era ocasión y causa de ruina.

¡Qué misteriosos y escondidos son los caminos de Dios en las almas! Para reformar el convento de Santa Clara, el brazo del Altísimo eligió por instrumento principal de obra tan difícil, a una de las jóvenes seglares empleadas en el servicio doméstico de aquel, y la educó y formó en las más arduas virtudes de la perfección cristiana, hasta que llegara a ser dechado y modelo de las mismas que debían ser en esto sus maestras, las religiosas. Estas vestían de telas finas, usaban calzado, y servíanse de adornos para su tocado curioso y nada pobre; pues, para corregir estos abusos, manda el Señor a esa doncella humilde y fervorosa, que se vista de tosco sayal, se ciña con una áspera cuerda, se descalce y lleve una toca de tela burda y verdaderamente franciscana, premiándola en retorno con ilustraciones, carismas y gozos inefables.

Esta santa y humildísima virgen fue la célebre y venerable Juana de Jesús, favorecida con dones extra-

(1) Véase el cuadro que se traza de estos abusos, en la bien conocida obra **Vida prodigiosa de la Venerable Vírgen Juana de Jesús,** —escrita por el P. Fr. Francisco Javier Antonio de Santa María: e impresa en Lima en 1755.

ordinarios del Cielo, la cual floreció en la segunda mitad del siglo XVII, y murió el 26 de Septiembre de 1703. Elevóse desde la oscura e ínfima condición de sirvienta de un convento, hasta la más alta perfección. El Señor la prescribió primeramente que pidiese el hábito franciscano de la Tercera Orden, "dos años después que tuvo el hábito, le intimó la regla, que había de observar como religiosa. Ordenóle (en seguida) que el manto fuese del mismo género del hábito. En otra ocasión le mandó que usase de sandalias; y para decidirle a que del todo se descalce y use tocado (humilde y pobre), le previno con repetidos regalos y favores". Juana de Jesús hizo su profesión religiosa en medio de un éxtasis; en él se le presentó un suntuoso templo, donde "vio al Señor y al seráfico Patriarca San Francisco, con todos los Santos de su Orden, quienes cantaron el himno *Veni Creator Spiritus;* y Santa Clara, con un azafate (o canastillo) en las manos, estaba administrando un hábito de sayal recoleto, con una cuerda tosca... Púsole el (Señor) el hábito y ciñóselo con la cuerda, sirviéndole de maestra y madrina la virgen Santa Clara". En otra visión contempló Juana al Señor que "vestido de pontifical le puso un tocado de lienzo grueso y ajustado al rostro, que le infundió notable devoción y compostura; y puesto en forma de comunidad los Angeles, cantaron con gran suavidad la antífona *Veni Sponsa Christi*" (1).

Al mismo tiempo que Juana de Jesús, para que ella no quedase sola en empresa de tanta magnitud, fue suscitada entre las mismas religiosas la Venerable Madre Gertrudis de San Ildefonso, que murió a principios del siglo XVIII, con fama de santidad. Favorecida también esta otra Sierva de Dios con revelaciones y demás gracias altísimas y nada comunes, después de haber edificado a su comunidad con ejemplos de rara virtud, entregó su espíritu en manos del Creador; y al momento se percibió por todos los claustros una fragancia suavísima, símbolo del alma justa que en ese instante volaba

(1) El **P. Fr. Antonio de Santa María**, en la obra ya citada.

a los Cielos, después de haber embalsamado el claustro donde vivió con el heroísmo de su caridad y penitencia.

Tales fueron las piedras fundamentales sobre que se edificó la reforma del convento de Santa Clara. Veamos ahora cómo intervino la Santísima Virgen en obra tan difícil, preciosa y trascendental. Nos limitaremos en esta parte a transcribir la relación de un respetable autor contemporáneo, testigo no solamente de oídas, sino de vista, de varios de los hechos que refiere (1).

II

"Por los años del Señor de mil seiscientos ochenta y nueve, próxima la fiesta de Navidad, vivía en este monasterio de Santa Clara de Quito, una religiosa lega, llamada Catalina del Santísimo Sacramento, muy dada al retiro, oración y penitencia, cuyo fervor se comunicaba con almas contemplativas, o para enseñar a muchas, o para que todas la adoctrinaran, según era de humilde. Puso los ojos en la que era ejemplar de humildes, Gertrudis de San Ildefonso, para que con su trato y ejemplo se adelantara en las virtudes que deseaba conseguir, para con ellas agradar a Dios. Se enfervorizaron (las dos) tanto que puesta la mira en el norte de sus acciones, María Santísima, le suplicaban las favoreciera en todo lo que fuera más del gusto y agrado de su Hijo precioso. Para cuyo efecto hacían novenas, mandaban decir misas, frecuentaban las disciplinas, los cilicios eran ordinarios, los ayunos continuos, y la oración y lágrimas que presentaban al Señor (para alcanzar la reforma del monasterio) dijeron el fervor de sus espíritus.

"Al poner en una de estas novenas una imagen de María Santísima Señora Nuestra, se levantó (en las dos) un deseo (de que se dirimiese en honra de la Santísima

(1) El P. Fr. Martín de la Cruz, carmelita descalzo, en el tomo 3º de su obra intitulada, **La Perla mística, escondida en la concha de la humildad, la Venerable Virgen Gertrudis de San Ildefonso:** obra que se guarda inédita en el convento de Santa Clara.

Virgen, la disputa que algunas religiosas habían levantado) sobre si era hermosa y devota la imagen; y sin dar lugar a los votos de algunas que (en ese momento a la celda) concurrían, dijo la dicha religiosa lega, Catalina del Santísimo Sacramento: "Ojalá yo viera en esta pared de mi oratorio donde estamos, otra semejante". Y como Dios pone estos deseos cuando quiere y han de ser para honra y gloria suya, los llevó adelante. Fervorizóse la petición, y (en virtud de ella) la que no tenía (antes) en su oratorio y pared más de un cuadrito mediano, en breves días reparó sobresalían por los lados del dicho cuadro unas líneas o perfiles con apariencias o sombras de imagen, que demostraba algún misterio. Y como no dieron luego asenso al (testimonio de sus ojos, ni se inclinaron a tratar con) favor o culto (aquello que veían), hicieron juicio sería (eso) polvo o polvos de varios colores, sin más averiguación que mandar a una criada los limpiara con un plumero. Y al repetir los ejercicios hallaron ser los colores más vivos; y juzgando había la criada omitido el mandato de sacudir con el plumero el polvo, le dijeron: "¿cómo faltas a la verdad, en decir que habías limpiado el polvo?: mira, mira cómo está esa pared".— (Repuso la criada entonces): "Señora, ya hice lo que me mandó, y (aquel polvo) no se quiere quitar".— Ahora, en acabando los ejercicios (de la novena, añadió la religiosa) verás como yo lo quito". Hícelo (refería después Catalina del Santísimo Sacramento) así, yo en persona, a tarde y mañana por muchos días, y viendo se avivaban más y más los colores, y era imposible (quitarlos) por más que todas las que ahí estábamos hacíamos, aún con paños refregando la pared, nos parecía se incorporaban más y más en ella, (por lo que) se determinó (al fin) quitar el lienzo y marco, y de una vez limpiar la pared con blanquearla o lavarla.

"Al punto que retiraron el lienzo y marco, como quien quita una nube, que luego se manifiestan con más claridad los rayos del sol, a este modo se manifestó el rostro y faz hermosa e imagen de María Santísima, con el Niño Jesús al lado izquierdo, tan hermoso y agracia-

do, como sol místico de las eternidades, en los brazos de la aurora brillante, María Santísima, de cuyos resplandores todas (las personas presentes al prodigio) participaron.

"Y como el Señor para hacer ostentación de su poder y mostrarse maravilloso, permitió saliera la dicha Imagen con colores algo apagados, y al determinar los avivara el pincel, se hallaron admirados los que de la tarde a la mañana vieron había corrido algún espíritu angélico las líneas, y puesto a lo Divino el rostro e Imagen Celestial. Y para dar a entender el Señor no permitía su Majestad llegara pincel humano a tocar en el retrato Divino que su poderosa mano había sacado a luz, estuvo esta Santa Imagen por algunos días sin brazo izquierdo; y al punto que el Señor Ilustrísimo, Dr. D. Sancho Andrade y Figueroa, acompañado de personas graves, (tales como) D. José Fausto y La-Cueva, Deán de esta santa iglesia catedral, y Comisario del Santo Oficio, el R. P. José de Cases, de la Compañía de Jesús, docto, santo y entendido (que por bastante tiempo fue confesor de la V. Juana de Jesús), y otros, vieron la Santa Imagen, y supieron los prodigios referidos (maravilláronse grandemente de todo ello), y los pintores que (habían sido llamados por las monjas para que completaran lo que faltaba a la Imagen) suspensos y admirados (también ellos), con tabla y pinceles, se hacían lenguas de lo que habían visto y veían, y esperaron a lo que su Ilustrísima y varones tan doctos, en orden a pintar el brazo izquierdo, determinaban. Después de varios pareceres determinaron, por quedar según lo natural el Niño como en el aire, sin el brazo (de su Santísima Madre) donde estribar, se le pintara (este brazo que faltaba), para perfección de la Imagen. Hízose así a vista de todos. Y el día siguiente apareció la Santa Imagen con otro brazo miraculoso, un poco más arriba del pintado. Corrió la voz (de este otro prodigio), vino (nuevamente) el Señor Obispo con los ya mencionados, quienes dieron por milagro el presente; y más que en su presencia se fue como desvaneciendo el brazo pintado. Aunque (con este suceso manifestó el Cielo que ningún pincel

humano debía atreverse a tocar aquella Sagrada Imagen) después el Señor permitió a la devoción (de un piadoso pintor) dibujar esos esmaltes dorados (puestos sobre los ropajes de las dos figuras del cuadro, como se ven hasta ahora).

"Y quedando a la vista (de este postrer portento) nuevamente maravillados (el Prelado y los que le acompañaban), dispusieron dar y poner nombre a esta Santa Imagen, (para lo cual) registró su desvelo los varios nombres y apellidos de las imágenes que la iglesia venera; (como fruto de esta diligencia) se determinó se llamase esta Santa Imagen *Nuestra Señora del Amparo.* Y así desde luego la invocaron diciendo: *¡Oh María: Amparo del Alma mía!* Y todas las religiosas en sus aflicciones la invocaban con devoción y alegría de esa suerte...

"Fue tanto lo que se fervorizó este monasterio en el amor de María Santísima (después de este prodigio), que luego manifestaron (las religiosas) en novenas su amor, (así como en acudir) a tarde y mañana a visitarla y ponerle luces, esperando de tan poderosa Madre el remedio de sus penas y aflicciones. Cuál le presentaba una memoria (o exvoto) de cera por el favor conseguido; cuál se presentaba con sus penas y dolores, y avivada la fe conseguía su demanda; cuál desde su lecho y celda, por impedida y no poder en su oratorio visitarla, la llamaba, le pedía, le rogaba se sirviera como Madre, como Médica y poderosa curarla de dolencias tan penosas. Y como toda (la Santísima Virgen) es la misma caridad, no se extrañaba en visitar a quien con tanta fe llamaba, consolando a unas, animando a otras; y más de dos veces se dejó ver esta Señora, que saliendo de su (pequeñísima) capilla (en que se transformó la celda donde apareció la Imagen), iba visitando las celdas de sus hijas, y santificando con su presencia los claustros, y defendiendo de su adversario a sus devotas. De estos casos había muchos y singulares...

"Mucha parte le tocó a la venerable virgen Gertru-

dis de San Ildefonso (en las gracias dispensadas por Nuestra Señora del Amparo), pues en sus mayores trabajos ocurrían con luces y novenas al *amparo* de María; y aunque murió la compañera (Catalina del Santísimo Sacramento), no por eso dejó la frecuencia de este santuario; hasta pocos días antes de su fallecimiento puso velas, e hizo novenas, como despidiéndose de su Majestad en su imagen, para verla cara a cara, mediante la misericordia de Dios, en la patria celestial.

"De aquí tomó la devoción mano para festejar a esta Señora con cantares de salves, letanías y misas, que con orden de los Señores Obispos, asistente toda la Comunidad, públicamente le cantaban los capellanes, un día señalado del año. (La Venerable Gertrudis de San Ildefonso compuso, para dar más realce a aquella solemnidad, la letra y la música de un himno muy devoto, que, en honra de aquella Santa Imagen, se solía por entonces cantar en el monasterio)".

Añade el P. Martín de la Cruz que la aparición milagrosa de Nuestra Señora del Amparo fue un hecho cuidadosamente examinado por los más graves teólogos y doctores que entonces existían en Quito, y sometido al fallo de la Santa Inquisición, tribunal que, con Autoridad Eclesiástica y Política, juzgaba en aquel tiempo y con mucha escrupulosidad, de causas semejantes, para evitar que el pueblo, especialmente las personas devotas, fuesen presa de alguna superchería. Por consiguiente, el suceso que nos ocupa tiene a su favor el fallo de la Autoridad Eclesiástica, y es uno de los más maravillosos que en nuestros anales religiosos se registran. He aquí el testimonio que de ello nos ha dejado el referido autor. "El Ilustrísimo y Rvdmo. Sr. Dr. D. Sancho Andrade y Figueroa, Obispo de esta Santa Iglesia de Quito, hizo junta de los Ministros de la Santa Inquisición, con teólogos y más ministros entendidos en esta facultad, a que declararan sobre este milagro, si había alguna duda. Y vistas todas las circunstancias declararon serlo; y favor grande el de Nuestra Señora de la Concepción (Patrona de la Orden Franciscana), que ha-

cia a este monasterio. Y confirmando (el Prelado) el dicho de todos, le pusieron por nombre (a la Santa Imagen, el de) *Nª Señora del Amparo;* y bendijo su Ilustrísima en oratorio la tal celda (en que se había aparecido la milagrosa Efigie), donde le celebran fiestas con Misa, el día de su aparición, (en el oratorio) que el capellán de dicho convento cuida con mucha devoción".

Este acontecimiento prodigioso fue acompañado y seguido de otros varios extraordinarios, felices no pocos, como ciertas curaciones y gracias atribuídas a la intercesión de la Santísima Virgen, y temerosos algunos, como el siguiente, que cuenta el mismo autor, en estos términos: "Al tiempo que Nuestra Señora de El Amparo se apareció, se dejó ver un toro negro bramando por todos los claustros y celdas del convento, persiguiendo a las monjas, que todas lo vieron, y que (seguramente) era el diablo, y haciendo oración a Dios Nuestro Señor, vio, entre otras, una monja, llamada San Bernardo, a Nuestra Señora con el Niño en sus brazos, vestida de una túnica blanca y el manto azul, echando al toro hecho demonio (o mejor dicho, el demonio en figura de toro), de todos esos claustros, a los infiernos, para que no se oyesen más los bramidos de tan infernal toro. Con este favor quedó el convento en quietud y sosiego, dando (las religiosas) gracias a Dios y a María Santísima por tan singular favor".

Nuestra Señora del Amparo es, según consta del respetable testimonio y sencilla relación que acabamos de insertar, como también de la tradición fielmente conservada en el monasterio de Santa Clara, una Imagen aparecida milagrosamente sobre una pared de adobes, en el interior del expresado Convento; podemos pues sin vacilación decir, que Quito posee una efigie de la Santísima Virgen, pintada verdaderamente por los Angeles (1). Otra prueba y muy convincente, del origen mi-

(1) Decimos **pintada por los Angeles,** porque los autores místicos atribuyen generalmente tales obras a los celestiales espíritus, y no a la acción inconsciente de causas puramente materiales.

lagroso de este fresco, es el hecho de encontrarse obra tan acabada y preciosa, de grandes dimensiones, en una oscura y estrecha celda, lugar nada a propósito para oratorio, ni para que pudiese trabajarse un cuadro semejante. Pero si ésta es pintura de los Angeles, ¿qué se propusieron los celestiales espíritus al trazar ese admirable dibujo? Seguramente que alguna enseñanza muy alta quisieron darnos, algún misterio de amor revelarnos, en esa muda pero elocuente manifestación del Salvador y su Madre Santísima. La extraña y singular actitud en que están representados, junto con la historia del monasterio, nos darán bastante luz para entrever el profundo y grandioso significado de esta celestial aparición.

Uno de los prelados más piadosos y ejemplares que ha habido en América, un verdadero discípulo de Santo Tomás de Villanueva, el Ilmo. Señor D. Fray Agustín Coruña, Obispo de Popayán, fue injústa y sacrílegamente ultrajado por la Real Audiencia de Quito, que mandó prenderle en su diócesis, y traerlo preso a esta ciudad, sin otro crimen que haber ese santo y digno príncipe de la Iglesia sostenido, como era su deber, los derechos sagrados de la inmunidad eclesiástica. Esto acontecía allá por los años de 1581 a 1583. El ejecutor de esta monstruosa iniquidad que escandalizó grandemente a estas tierras recientemente conquistadas a la fe católica, fue el capitán Juan López de Galarza, en razón de su cargo de Alguacil Mayor de Quito. Dios castigó severamente a los perpetradores de semejante atentado. Esta justicia inexorable alcanzó también al Capitán, que murió en edad temprana, bien que arrepentido de su falta, y después de haber dado por ella una condigna reparación. Pues bien, el convento de Santa Clara fue fundado por la viuda precisamente del desventurado Galarza; y si esta piadosa señora cedió todos sus bienes para el establecimiento del nuevo monasterio, y se encerró en él con sus hijas, es decir toda su familia, fue movida en gran parte por "la temprana muerte de su marido y el deseo de reparar el escándalo que éste había

dado", como fundadamente supone el respetable historiador de quien tomamos estas noticias (1).

Medio siglo después de fundado este convento, fue profanada su iglesia con un horrendo sacrilegio que, por lo raro de este crimen en aquellos tiempos de fe viva, causó grande escándalo en toda la América Española; con cuyo motivo se ofrecieron solemnes desagravios a la Majestad Divina, no solamente en Quito, sino también en Lima y otros lugares. El caso fue que el 19 de Enero de 1649, unos indios miserables, tentados por sacrílega codicia, penetraron audazmente, por la noche, en el templo de Santa Clara, y hurtaron de él la custodia y el copón con las Santas Formas, las arrojaron ahí cerca ocultándolas entre la tierra, y se llevaron consigo los vasos sagrados. Descubiertas aquellas Santas Formas prodigiosamente, al cabo de muchos días, fueron trasladadas al templo, en medio de una magnífica procesión de penitencia, en que tomaron parte las autoridades Eclesiástica y Política, el Clero, las Comunidades Religiosas, distinguidos caballeros y pueblo innumerable. Para perpetua reparación de aquel sacrílego atentado, se construyó después en el sitio donde fueron encontradas las Adorables Especies, el pequeño santuario conocido hasta hoy con el nombre popular de *Capilla del Robo*, aunque su título propio es de *Jerusalén*, denominación que se ha aplicado a la quebrada profunda junto a la cual está construída aquella.

Nuestro Divino Salvador se dignó entonces hacer resplandecer el dogma de su Presencia Real en la Adorable Eucaristía, por medio de dos bellísimos portentos: el primero fue que la Hostia profanada por aquel horrible atentado se encontró en un gracioso cerco o viril de menudos granos de arena, formado por las hormigas que como vigilantes centinelas se habían agrupado en torno del Pan de los Angeles, tributándole, a su modo, la adoración que le negaban los hombres. El segundo fue, que

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez, en su **Historia General de la República del Ecuador.**— Ib.

cinco meses después de perpetrado aquel hurto sacrílego, como se ofreciese, en la pequeña población de Eten, situada en la costa del Perú, una función piadosa de desagravio a la Majestad Divina, por aquel sacrilegio, apareció en la Sagrada Hostia expuesta en la Custodia, el Niño Jesús, con el rostro hermosísimo, coronado por ondeantes bucles de dorada cabellera, que le caían graciosamente sobre los hombros, y resaltaban, por el contraste, en la túnica de color morado o violeta, que vestía.

Cuarenta años después de este admirable suceso, en vísperas de la fiesta de Navidad de 1689, tornó a manifestarse el mismo Divino Niño, no ya en la Hostia Consagrada, sino pintado por los Angeles en una pared del monasterio de Santa Clara, y muy cerca del sitio donde fue arrojada por los indios sacrílegos la Divina Eucaristía; pero en esta ocasión no se mostró el Salvador solo sino acompañado de su Madre Santísima, y en los amantísimos brazos de ella. Recordados estos antecedentes podremos ya descifrar el misterio y enseñanza que encierra la aparición de Nuestra Señora del Amparo, y nos daremos razón de su actitud verdaderamente singular y peregrina.

Esta preciosa Imagen es de tamaño natural; representa a la Santísima Virgen, cual si acabara de descender de los Cielos, pues el manto azul turquí se levanta ondeante a la derecha, mientras toda la figura se inclina hacia el lado izquierdo, que es donde aparece el Infante Divino en brazos de su Inmaculada Madre, la que se muestra como haciendo un esfuerzo para alzar del suelo a su Hijo amadísimo, arrojado allí a la inclemencia, por la sacrílega maldad de los hombres. El rostro del Niño es hermoso sobre manera, y está circundado de muy vivos resplandores, a modo de sol, de quien recibe lumbre y colorido toda aquella escena celestial; lanza juntos entrambos brazuelos a lo alto, en dirección a María, como pidiéndole auxilio; y con la expresión del semblante y todo el ademán del cuerpo está diciendo a su Madre Santísima: *¡Por qué me has desamparado!* El

semblante de la Virgen, como que está vuelto a la izquierda, aparece un tanto de perfil, y es de notable belleza; flótale el abundoso cabello en la misma dirección del manto, entre las irradiaciones del nimbo que resalta muy bien sobre la túnica de rojo carmesí. Los esmaltes de oro que brillan entre el manto y túnica, se deben al arte profano de los hombres, todo lo demás, en esta admirable pintura, es obra de los Angeles, según la relación antes citada.

¿Y qué ha hecho Quito en honra de esta celestial Imagen? ¿Con qué muestras de amor ha recogido esta dádiva riquísima de lo alto?... ¡Ah! lo sentimos decir, pero es preciso: la peregrina efigie de que nos ocupamos está expuesta a desaparecer en breve, sin que Quito se dé siquiera cuenta de la joya inestimable que posee. Uno de los más recios temblores, de no hace mucho tiempo, ha cuarteado la pared, sobre la que está trazada la maravillosa pintura, surcando con una grieta, como en aviso de próxima destrucción, aquel cuadro dibujado por un estupendo prodigio.

Tiempo es ya que se construya en torno de esa preciosa Imagen un santuario, digno de ella, que podría fácilmente abrirse al público, puesto que el muro en que está ella pintada se levanta junto a la calle denominada Carrera de Cuenca. ¡Qué sorpresa tan grata sería para todo Quito, hallarse, al cabo de dos siglos, en presencia de una valiosísima joya que posee sin conocerla!

Nuestra Señora del Amparo es la Inmaculada y ferventísima reparadora de los ultrajes irrogados por la maldad de los hombres a la Divina Eucaristía. ¿Y cuándo esta reparación se ha hecho más necesaria en nuestra República que en los tristísimos tiempos en que vivimos? Un Arzobispo ilustre, envenado sobre la mesa sagrada del altar, la Hostia Divina profanada el 4 de Mayo en Riobamba, y tantos otros atentados semejantes, exigen hoy como nunca que se tribute un culto especial a esta Santa Imagen, por medio de la cual nos enseña el Cielo la práctica de la hermosa virtud de la reparación.

Además, Nuestra Señora del Amparo se ha dignado manifestarse como protectora especial de los Institutos religiosos, ya para levantarlos a su propia perfección, si han caído de ella, ya para preservarlos de una inminente ruina; es, pues, necesario recurrir a esta advocación preciosa como al mejor escudo contra los dardos del radicalismo impío, asestados ya contra los asilos santos de la oración, el recogimiento y la penitencia.

El dulce y amable imperio de María Santísima en el Ecuador, es como un grandioso edificio, que cuenta ciertamente con ricas y hermosas piedras de construcción, pero cuya fábrica está todavía por levantarse. Sería, por tanto, muy laudable dar el mayor realce posible, a estas manifestaciones portentosas de la Reina del Cielo, cercándolas del honor y gloria que de justicia les corresponde.

NUESTRA SEÑORA DE LA ESCALERA

Observación antigua y muy verdadera es que, ordinariamente, las imágenes más portentosas de la Santísima Virgen son las que de un modo especial han sido veneradas por algún gran santo; como en testimonio de la singular complacencia con que la Reina del Cielo ha escuchado en todo tiempo las súplicas dirigidas a ella por los fieles servidores de su Hijo Divino. Prueba elocuente de lo que acabamos de decir es la breve historia de Nuestra Señora de la Escalera, preciosa Imagen que debe su origen a la extinguida Recoleta dominicana de Quito.

La benemérita Orden de Santo Domingo se estableció en la capital de nuestra República a mediados del siglo XVI, poco después de conquistadas estas tierras por los Españoles.

"Aunque el P. Fr. Alonso de Montenegro, acompañó a Benalcázar en la conquista de Quito, los Padres Dominicanos no fundaron convento de su Orden en esta ciudad sino cinco años más tarde; pues el 1º de Junio de 1541, concedió el Cabildo a Fr. Gregorio de Zarazo sitio para que edificase convento, a petición del mismo Padre, quien alegaba la falta que había en esta tierra de sacerdotes que se ocupasen en la predicación de la Divina Palabra" (1). Desde entonces acá la ilustre Orden de Frailes Predicadores no ha dejado de producir en nuestro suelo varones eminentes en letras y virtud, y no pocos que han muerto en olor de santidad. Entre todos ellos es altamente célebre el Padre Fr. Pedro Bedón, de quien han hecho muy grandes elogios escritores tan

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez, en la obra citada, tomo 2º, página 239.

distinguidos como Meléndez, en sus *Tesoros verdaderos de las Indias*, y el Ilmo. López, obispo de Monópoli, en su afamada *Historia de la Orden de Santo Domingo* (1).

Nuestro historiador nacional, el Ilmo. Sr. González Suárez, a quien acabamos de citar, nos da un breve compendio de la vida del Venerable Bedón, en los siguientes términos: "Casi al mismo tiempo que se fundaba (en Quito) el monasterio de San Diego, se hacía también la fundación de un nuevo convento de Dominicos, el cual recibió el nombre de *Recoleta*, porque los frailes que se retiraron a vivir en él tenían el propósito de guardar, con cuanta perfección les fuera posible, las reglas y constituciones de su Orden. El fundador fue el Padre Fray Pedro Bedón, nativo de esta ciudad, y nieto, por parte de madre, del capitán Gonzalo Díaz de Pineda, uno de los más famosos conquistadores de estas provincias: su Padre fue Pedro Bedón, español, y su madre Juana Díaz de Pineda. Vistió el hábito de Santo Domingo en el convento de Quito: hecha su profesión, fue enviado por sus superiores a Lima, donde continuó sus estudios y enseñó Filosofía. Ordenado de sacerdote, regresó a Quito, y aquí, durante quince años, fue profesor de Teología. También tuvo a su cargo por algún tiempo la enseñanza de la lengua del Inca.

"El año 1592, con motivo del dictamen que dio acerca de la revolución de las alcabalas, fue desterrado de esta provincia a la del Nuevo Reino de Granada, y residió como cuatro años en Bogotá y Tunja...

"El Padre Bedón era muy íntegro, de costumbres austeras y de exterior edificante: andaba siempre lleno de modestia, con la capilla calada y los ojos bajos, por lo cual, su autoridad para con el pueblo era inmensa...

"En 1598 fue elegido Provincial, pero renunció el cargo...

(1) Véase en el Apéndice, lo que dicen estos historiadores acerca del P. Bedón.

distinguidos como Meléndez, en sus *Tesoros verdaderos de las Indias,* y el Ilmo. López, obispo de Monópoli, en su afamada *Historia de la Orden de Santo Domingo* (1).

Nuestro historiador nacional, el Ilmo. Sr. González Suárez, a quien acabamos de citar, nos da un breve compendio de la vida del Venerable Bedón, en los siguientes términos: "Casi al mismo tiempo que se fundaba (en Quito) el monasterio de San Diego, se hacía también la fundación de un nuevo convento de Dominicos, el cual recibió el nombre de *Recoleta,* porque los frailes que se retiraron a vivir en él tenían el propósito de guardar, con cuanta perfección les fuera posible, las reglas y constituciones de su Orden. El fundador fue el Padre Fray Pedro Bedón, nativo de esta ciudad, y nieto, por parte de madre, del capitán Gonzalo Díaz de Pineda, uno de los más famosos conquistadores de estas provincias: su Padre fue Pedro Bedón, español, y su madre Juana Díaz de Pineda. Vistió el hábito de Santo Domingo en el convento de Quito: hecha su profesión, fue enviado por sus superiores a Lima, donde continuó sus estudios y enseñó Filosofía. Ordenado de sacerdote, regresó a Quito, y aquí, durante quince años, fue profesor de Teología. También tuvo a su cargo por algún tiempo la enseñanza de la lengua del Inca.

"El año 1592, con motivo del dictamen que dio acerca de la revolución de las alcabalas, fue desterrado de esta provincia a la del Nuevo Reino de Granada, y residió como cuatro años en Bogotá y Tunja...

"El Padre Bedón era muy íntegro, de costumbres austeras y de exterior edificante: andaba siempre lleno de modestia, con la capilla calada y los ojos bajos, por lo cual, su autoridad para con el pueblo era inmensa...

"En 1598 fue elegido Provincial, pero renunció el cargo...

---

(1) Véase en el Apéndice, lo que dicen estos historiadores acerca del P. Bedón.

"El año de 1600 fundó la Recoleta, con el propósito de predicar (como el Padre decía), más con el ejemplo de la austeridad de la vida, que con la palabra: eligióse un sitio apartado del centro de la población, en una planicie sobre la hoya del Machángara, y se dio principio a la obra con las limosnas de los fieles. Como las constituciones de los Dominicanos prescriben la abstinencia perpetua de carnes, los frailes de la Recoleta abrieron cerca del río, en una cañada estrecha que está junto al puente, un estanque, y allí establecieron un vivero, donde criaban un bagrecillo pequeño, del cual se proveían en su refectorio.

"Tanto la Recoleta de Quito, como el convento de Ibarra, fueron dedicados a la Santísima Virgen, en su advocación de Nuestra Señora de la Peña de Francia, por la devoción que el fundador profesaba a la célebre imagen, venerada en España con ese nombre...

"Distinguióse el Padre Bedón por su fervor en propagar la devoción del Rosario, y por su piedad a la Santísima Virgen, de cuyas manos se asegura que recibió desde muy tierno, singulares beneficios. Era no sólo docto en ciencias eclesiásticas, sino también hábil en la pintura, y solía ocuparse en pintar cuadros de asuntos sagrados: su estilo y su manera revelan que aún en la ejecución de sus cuadros estaba dirigido el Padre por un propósito místico, pues sus pinturas inspiraban siempre devoción a los que las veían.— Falleció el Venerable Fray Pedro Bedón en Quito, el 27 de Febrero de 1621, cuando estaba ejerciendo el cargo de Provincial de la provincia dominicana: sus funerales fueron honrados por el concurso del pueblo, que acudió a venerar los restos mortales del que había sido considerado siempre como varón ejemplar".

Hízose notable este Siervo de Dios por una ferviente y muy tierna devoción a la Virgen Santísima, siendo en retorno favorecido por ella con gracias extraordinarias y singulares. He aquí algunos hechos que lo comprueban. "Desde niño le vistieron sus padres, por de-

voción singular que tenían a nuestro gloriosísimo patriarca Santo Domingo, dice el P. Meléndez en la obra citada (1), del hábito de la Orden, y estimábale Fray Pedro más que todas las galas del mundo, hasta que años adelante se le quitaron por parecer del Obispo, nuestro Fraile Don Fray Pedro de la Peña, y encerrándose el virtuoso mancebo en un aposento oculto de su casa a llorar su despojo, se le apareció la Virgen María Señora nuestra cercada de resplandores y le dijo: Dime, Pedro, ¿es ése el hábito en que me prometiste, que habías de vivir, y morir? Ponte el que te quitaron, que en él te han de amortajar cuando mueras. Dio luego aviso a sus padres de esta visión, y acreditando la relación del suceso con la experiencia de su virtud, le volvieron el hábito, que le habían quitado, y con él aprendió la latinidad hasta los catorce años, que cumplidos no quiso esperar más, resolviéndose a vestirle, más de veras, en el mismo Convento de San Pedro Mártir de Quito".

Hallándose el P. Bedón, de estudiante todavía, en el convento de su Orden, en Lima, enfermó gravemente, y habiendo llegado ya a los últimos términos, y casi a las agonías de la muerte, como se encomendase con gran fervor a la Virgen Santísima, le favoreció esta soberana Reina con una visión, pues, "le pareció que levantaban la antepuerta de su celda, y que entraban muchas doncellas vestidas de blanco y azul, y le rodeaban la cama; y luego entraba una Señora de rara majestad y grandeza, y oyó una voz que decía: Esta es la Madre y Reina de Misericordia: y aunque estaba ya con las congojas de la muerte, recreado con tan soberana vista se sentó, y como pudo se derribó, humillándose con todo el cuerpo, haciendo reverencia a la Soberana Virgen, y luego le pareció que la Soberana Virgen llegó a él, y le dijo estas palabras: ten confianza, siervo mío, que no morirás de esta enfermedad. En lo por venir no vivas con el descuido que has tenido; anímate, y desde hoy sírveme con más puntualidad y devoción, y cree que si lo hicieres, se-

(1) **Tesoros verdaderos de las Indias**, en el lugar citado.

rá muy cierto mi favor. Con esto cesó de todo punto lo que había visto. Volvió en sí, cubierto de un maravilloso sudor, y lleno de confusión y vergüenza, lloró y dio gracias a la Virgen de quien había sido visitado y enriquecido con tan gran favor. Sintióse luego aliviado. Vínole a deshora un sueño tan grande, y rogó a los Religiosos, que conforme el estilo de la Orden le estaban velando, que le dejasen descansar y dormir un rato. Hiciéronlo así; pero con miedo y tratando entre sí si era imaginación y sueño, que con él se hallaría en la otra vida, que podían bien pensarlo de hombre que tan en lo último se hallaba. En efecto durmió desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana, y quedó sin calentura. El médico habiéndole dejado tan trabajado en manos de la muerte, tuvo por cierto que a la mañana no le hallaba vivo, y viéndole sin calentura, aseguró que milagrosamente había cobrado salud, y que ni había en la naturaleza fuerzas para tan extraña mudanza, ni en la medicina ni en los médicos cómo ayudarla, y más no habiéndole hecho ni remedio ni beneficio, dejándolo todo por negocio desahuciado y sin provecho. No respondió a lo que el médico decía, ni quiso que se entendiese la merced que la Reina del Cielo le había hecho, y con este acuerdo con sólo su profesor comunicó el caso" (1).

Otro escritor que nos ha trasmitido noticias acerca de las glorias de la Orden Dominicana, en nuestra República, hablando del Padre Bedón, dice: "En su feliz tránsito le consoló la Reina de los Angeles con su celestial presencia, aliviando su vista las congojas del achaque." (2).

Este gran Siervo de Dios, entre otras obras artísticas de no escaso mérito, pintó al óleo en una de las paredes del antiguo convento dominicano, llamado *La Recoleta*, de Quito, una bellísima Imagen de Nuestra Señora del Rosario, de tamaño natural, conocida con el

(1) El Ilmo. López, en la obra y lugar citados.

(2) El doctor Francisco Antonio de Montalvo, en su célebre **Epístola** a los Religiosos Dominicanos de Quito, escrita en Roma, año 1687.

título de la *Virgen de la Escalera*, por el sitio en que estuvo colocada, según nos dice el escritor últimamente citado: "Entre las muchas gracias que dispensó la Divina Providencia a este su Siervo fiel (el Venerable Padre Bedón), fue maravilosa la de pintar; y así delineó de su mano en el claustro de la Recoleta de Quito, la vida del B. Enrique Susón, para que la representación de sus penitencias estimulase a los que buscan el lirio entre las espinas. En la misma casa pintó una imagen, que por el sitio en que está, la llaman de la Escalera". Añade que esta Santa Imagen, se hizo muy célebre por sus prodigios; y la pequeña capilla en que se la veneraba, vino a ser muy frecuentada por los fieles, por las extraordinarias que de continuo alcanzaban en ella, por la mediación poderosa de la Virgen Santísima; y así llama dicho autor a aquella diminuta capilla "célebre Santuario de prodigios, que frecuenta continuamente la devoción de los fieles con sus plegarias y votos".

En 1871 fue esta bellísima Imagen arrancada del antiguo y ya extinguido Convento de la Recoleta, y trasladada, una cuadra más arriba del sitio primitivo, a otro ángulo de la misma plaza, en que se le construyó una capilla adecuada y espaciosa, donde hasta hace cerca de un año se le tributaba devoción ferviente por todo el pueblo de Quito, de manera que su culto se ha difundido por otros varios lugares de la República, y hasta se le ha dedicado una de las principales iglesias parroquiales de la Arquidiócesis. Diremos algo, brevemente, acerca de las causas que han motivado las traslaciones de esta célebre Efigie, y la pompa excepcional con que esas grandes procesiones religiosas se han verificado.

Extinguido por falta de personal el afamado e histórico convento de la Recoleta Dominicana, pasó a ser residencia de las Religiosas del Buen Pastor que, en 1871, vinieron a esta República, traídas por el ínclito Presidente Mártir, Sr. García Moreno. Entonces a causa de las reformas y reparaciones que fue indispensable hacer en aquel vetusto claustro, para adaptarlo a las ne-

cesidades de la nueva Comunidad que lo ocupaba, se resolvió demoler la pared donde estaba pintada Nuestra Señora de la Escalera. Sabedores de esta determinación los vecinos de La Recoleta, muy especialmente la distinguida y piadosísima Señora Doña Carmen Ante viuda de Correa, obtuvieron de las respectivas autoridades permiso para hacer cortar el trozo de paredón en que estaba la Santa Imagen, y trasladarlo al ángulo nordeste de la placeta contigua, ofreciendo que se edificaría allí una capilla especialmente dedicada a aquella tan popular advocación de la Virgen Santísima en Quito. Así se verificó efectivamente, y la nueva capilla fue bendecida solemnemente el 3 de Agosto de 1873.

En este modesto santuario ha permanecido la bellísima Imagen durante treinta y seis años, siendo objeto de fervoroso culto, para toda la población sinceramente católica de esta capital, hasta que un incidente inesperado ha venido a hacer necesaria una nueva traslación.

El 10 de agosto de 1909 completábase el primer centenario del movimiento inicial de nuestra emancipación política, suceso que el Gobierno Ecuatoriano resolvió celebrar con una gran Exposición Industrial y Artística, cuyo palacio debía levantarse en esta capital, frente a la plaza de La Recoleta, a lado precisamente de la capilla de la Virgen de la Escalera. El radicalismo impío se aprovechó de esta coyuntura para ostentar una vez más su odio encarnizado y gratuito a nuestra santa Religión; en consecuencia ordenó que se echase por tierra el diminuto santuario, sin otra causa que estar a algunos metros del palacio en construcción. Como se decretó, se hizo; quitóse repentinamente el techo de la capilla, y la Santa Imagen quedó expuesta a desaparecer de un momento a otro, por la acción destructora de los elementos y lo deleznable y vetusto de la pared en que estaba pintada.

La Autoridad Eclesiástica y, con ella, todas las personas piadosas de esta capital alarmáronse grandemen-

te al saber lo ocurrido, y resolvieron salvar a todo trance aquella bellísima pintura mural, de precio inestimable. Al intento, ofreció trasladarla al lienzo un inteligente artista, el Sr. Joaquín Albuja, por medio de procedimientos de él solo conocidos. Aceptada la oferta, llevóse ésta a cabo con perfección admirable que satisfizo plenamente todas las aspiraciones. Organizóse entonces una procesión magnífica, para conducir solemnemente, desde La Recoleta al templo de Santo Domingo, la peregrina Imagen, fijada ya en la tela; aquel edificante y majestuoso concurso compuesto del Clero, las Comunidades Religiosas, señaladamente la Dominicana, los Colegios y pueblo innumerable, fue presidido por el piadoso Obispo de Portoviejo, Ilmo. Fr. Juan María Riera. Así que la procesión hubo entrado en el templo de Santo Domingo, el Ilmo. Obispo de Quito, Monseñor Federico González Suárez, subió al púlpito, y en una elocuente improvisación, que conmovió hondamente a todo el auditorio, recordó la historia de Nuestra Señora de la Escalera, exhortó a los fieles a que crecieran más y más en el amor y devoción a la amabilísima Reina del Cielo, y reprobó altamente los ultrajes que a su Santa Imagen irrogara el radicalismo impío y disociador. Tal fue el solemne desagravio que la capital ecuatoriana tributó, el 15 de Agosto de 1909, a Nuestra Señora de la Escalera, por los desacatos referidos.

Desde entonces la veneranda efigie se encuentra colocada en el indicado templo, hasta que se le construya otro santuario más espacioso y bello que el últimamente destruído.

NUESTRA SEÑORA LA BORRADORA

A espaldas del palacio presidencial de Quito, dentro de su misma área, y en el lado ruinoso y vetusto, que confina con la vía pública, llamada la *Calle Angosta*, vese hasta hoy el frontis de una pequeña y humilde capilla, y, sobre el arco de la puerta, este letrero: *Refugium peccatorum :ora pro nobis!* Una invocación tan piadosa en un lugar tan profano, del cual desde hace algún tiempo emanan anualmente las leyes más perniciosas y hostiles contra la Religión y la Iglesia, llama sin duda la atención de los transeúntes, señaladamente de los extranjeros, que ignoran que aquellos son los últimos restos de un pequeño pero concurridísimo santuario, en honra de la Reina del Cielo, donde, hace como dos siglos, se realizó un bellísimo y admirable portento, en testimonio y prueba de la singular misericordia con que la Virgen Santísima acoge a todos los desgraciados y desvalidos que a ella acuden, solicitando su protección y amparo. Antes de referir este hecho maravilloso expondremos algunos antecedentes, que debemos tomar en cuenta, para la mejor apreciación del suceso.

"El palacio de la Audiencia o las *Casas Reales*, como se decía en esos tiempos, no estaban en la plaza principal de la ciudad, sino dos cuadras hacia el Norte, en la manzana situada entre la esquina setentrional del convento de la Merced y el edificio principal de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; tenían delante una plaza pequeña y ocupaban casi toda el área de la manzana o cuadrado actual.

"Con motivo de la revolución de las alcabalas se determinó trasladar las Casas Reales a la plaza principal, y con ese objeto se compraron a los particulares, que las poseían, todas las casas situadas en el lado oc-

cidental de la plaza; y en ellas se dispuso el Palacio de la Audiencia. El nuevo edificio estuvo concluído en tiempo del Presidente Fernández de Recalde. La inauguración del tribunal, y la traslación solemne del sello real se verificó el 3 de Julio de 1612, con ceremonias curiosísimas" (1).

Había por entonces en Quito, en tiempos de la Colonia, tres cárceles públicas, una para mujeres, con el título de *Casa de Santa Marta,* la otra del Municipio, y la tercera, de la Real Audiencia. Los tiempos de la Colonia eran de fe muy viva y piedad sincera; la Religión embellecía y santificaba todo, derramando el tesoro de sus consuelos y esperanzas hasta en los últimos confines de la sociedad. Así el P. Bernardo Recio, en la obra anteriormente citada (2), nos refiere la visita periódica que los religiosos de la Compañía solían hacer a las tres mencionadas cárceles. "De mucha edificación, dice, servía la limosna que se hacía a las tres cárceles de Quito, de la ciudad, de la Audiencia, y de Santa Marta, de mujeres; pues una vez al mes salían de nuestra portería tres como escuadrones de religiosos, que llevaban sobre sus hombros las grandes y buenas ollas de carne, el pan y la miel para postres, armados otros con los cucharones y cazos para repartir".

La cárcel de la Audiencia estaba situada dentro de la casa real o palacio donde este alto tribunal ejercía sus funciones, y donde, a veces, habitaba el presidente de esta muy ilustre corporación. Dentro de dicha cárcel, en el lienzo o porción de edificio contiguo a la Calle Angosta, había una pequeña capilla, donde recibían los últimos auxilios de la Religión los reos condenados a muerte. En la testera de la capilla se veneraba una imagen de Nuestra Señora del Rosario, con Santo Domingo y San Francisco a los pies, pintura hecha al óleo, sobre una pared de adobe, por un ignorado, pero no inhábil

(1) **Historia General de la República del Ecuador**, tomo 4º cap. 11º.
(2) Tratado 2º cap. 4.

pincel. Este devoto simulacro de la Madre Santísima de Dios era el principal refugio y consuelo de los presos encerrados en aquella tétrica mansión, por orden de la Real Audiencia, en causas de la competencia de ese tribunal.

Por una tradición antigua, conservada hasta nuestros días, sabemos haberse verificado con esa preciosa Imagen el siguiente singular y bellísimo portento.

Quizás no muchos años después del 3 de Julio de 1612, ocurrió en Quito un homicidio, cuyo autor supo ocultarse de tal suerte, que la justicia pública no pudo dar con él. Sin embargo, como recayesen vehementes sospechas sobre un individuo, fue este desventurado reducido a prisión y sometido a juicio, el cual terminó en breve con la sentencia de muerte que se dictó contra el supuesto culpable, aunque protestaba constantemente de su inocencia, y rehusaba confesarse reo del crimen que se le imputaba. Puesto en capilla, y en vísperas del suplicio, recurrió el infeliz a la protección soberana de la Reina de Misericordia, y postrado humildemente ante la Santa Imagen, pintada en aquel recinto sagrado, pedía con instancia acudiese en su socorro y le librase de aquella injusta e inmerecida muerte. Al día siguiente, congregados en la capilla los ejecutores de la terrible sentencia, como el notario tomase ésta en manos, para leérsela en alta voz al reo, según estaba mandado y prescrito por la ley, se advirtió, con gran sorpresa de todos los circunstantes, que la parte dispositiva de la sentencia y las firmas de los jueces y escribanos estaban completamente borradas. Nadie podía explicarse cómo hubiese ocurrido esto; pero de todos modos hubo de suspenderse la ejecución del reo, hasta el día siguiente, mientras pudiesen los jueces reunirse por segunda vez, ratificar su fallo anterior, y firmarlo. Llenado este requisito, y congregados nuevamente los agentes de la justicia, en la misma capilla, para notificar al reo la terrible sentencia, tornó esta a aparecer borrada, exactamente como en la ocasión primera. Entonces, exclamaron todos, que aquello no había podido ocurrir sin un evidente prodigio, que testificaba en fa-

vor de la inocencia del indio injustamente condenado a muerte. Se recibieron nuevas pruebas, y quedó éste justificado del homicidio que se le imputaba, y fue puesto en libertad, como era consiguiente.

Lleno de gratitud el feliz campesino, para con la Virgen Santísima, que de modo tan portentoso le había librado de la muerte, resolvió consagrar su vida entera al amor y servicio de la maravillosa Imagen; para lo cual obtuvo de las autoridades que le permitiesen continuar habitando en la misma cárcel, bien que con entrada y salida libres, para atender mejor al culto de tan precioso simulacro; y le sirvió con fervor tan sostenido y constante que estando para morir pidió se le enterrase a sus pies, como se verificó en efecto, y hasta ahora se conserva, delante de la Santa Imagen, un fragmento del cráneo de aquel siervo fiel y abnegado de la Reina de Misericordia.

Tal es, según la tradición, el origen del culto tributado desde tiempo inmemorial a Nuestra Señora del Rosario, bajo el título popular de *La Borradora,* con que hasta ahora es grandemente venerada en Quito. Título singularmente amable y profundamente significativo para un verdadero católico, pues nos recuerda que la Madre Santísima de Dios tiene en sus manos las llaves de la vida y de la muerte, y dispone, como Reina, del cielo y del infierno; por lo cual esta soberana Virgen aboga tan victoriosamente en favor de sus devotos, que muchas veces borra con sus ruegos (1) los decretos de la Justicia Eterna dictados contra los pecadores, y les alcanza perdón y misericordia, mediante gracias eficaces de conversión derramadas sobre los mismos. Con razón San Efrén llama a la Virgen Santísima, *la Esperanza de los desesperados.*

Con el largo transcurso del tiempo la humilde capilla de que hemos hablado, se vino al suelo, y la cár-

(1) San Pedro Damiano, en su sermón primero acerca de la Natividad de la Santísima Virgen, hablando con esta Reina de Misericordia le dice así: "¿Quién podrá decirnos las veces que aplacas la ira del Eterno Juez, cuando estalla el rayo de su justicia ante el acatamiento de su Deidad?" **Quis scit quoties refrigeres iram judicis, cum Justitiae virtus á praesentia Deitatis agreditur?**

cel se transformó en cuartel, con lo cual la Imagen portentosa habría desaparecido en breve, sin los esfuerzos de una piadosa señora que, mediante sus instancias, obtuvo del General Ignacio de Veintemilla, Presidente entonces de la República, permiso para reconstruir la arruinada capilla, y dar acceso al público abriendo las puertas de ella hacia la *Calle Angosta.* En tal ocasión se pintó en el modestísimo frontispicio aquella hermosa invocación, mencionada arriba: *Refugium peccatorum: ora pro nobis!* Cerca de treinta años ha sido la santa Imagen venerada en ese diminuto santuario, con no pequeña pompa y grande concurso de pueblo, hasta que en 1895 sobrevino la dominación radical; entonces, para impedir que fuese demolida aquella preciosa efigie de tan venerados recuerdos, los entusiastas vecinos y feligreses de la parroquia urbana de San Roque resolvieron trasladar a toda costa a su iglesia, el trozo de paredón en que estaba pintada la milagrosa Imagen; así lo verificaron, en efecto, empleando mucha paciencia y no poco dinero. En aquel templo se le construyó un altar y un retablo adecuados y suntuosos, y vino a ser Nuestra Señora la Borradora más amada y venerada que nunca; desgraciadamente ese templo amenazaba ruina, y habiendo sido necesario demolerlo, la santa Imagen ha sido trasladada por segunda vez, pero sólo provisionalmente al monasterio de Santa Clara, de esta Capital, donde se encuentra depositada hasta que se erija en la nueva iglesia, de San Roque, el altar en que ha de ser colocada definitivamente; allí quedará expuesta al amor y veneración de los fieles.

La Imagen de Nuestra Señora la Borradora mide un metro treinta y cuatro centímetros, desde la cabeza a los pies; junto a ella aparecen los bustos de Santo Domingo, a la derecha, y San Francisco, a la izquierda. La Virgen Santísima da con la diestra el rosario, al primero de dichos santos, y con la siniestra estrecha al Divino Niño, que entrega el cordón al seráfico Patriarca. Todo el conjunto del cuadro es bello y piadoso, e inspira devoción el contemplarlo, siendo innumerables las gracias que ante sus aras se han alcanzado en todo tiempo.

NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACION DE GUANGACALLE.

El P. Bernardo Recio, varias veces citado en esta obra, hablando de los antiguos santuarios de la Virgen Santísima, en esta capital, dice: "Al mismo salir de Quito, en el barrio de San Blas, está en linda basílica, y es visitada como milagrosa, una imagen de la Virgen que llaman de Guangacalle. Es pintura y reparte misericordiosa sus bendiciones". Desgraciadamente aquella *linda basílica* llegó a deteriorarse de tal suerte, con el transcurso del tiempo, que durante muchos años pasó cerrada, por el estado completamente ruinoso del edificio, a consecuencia de su extremada vetustez y el pobre material de que había sido construida. En nuestros días se han hecho algunas reparaciones en aquella antiquísima fábrica, y se le ha abierto nuevamente al culto público, pero siempre con peligro próximo de destrucción.

La capilla de Nuestra Señora del Consuelo, conocida más comúnmente con el nombre de *Guangacalle*, colocada en sitio muy pintoresco, a la extremidad Norte de esta Capital, fue muy concurrida y célebre desde principios del siglo XVIII, tanto que, en 1743, el Ilmo. Sr. Paredes concedió indulgencias en favor de los romeros piadosos que la visitasen. Los Ilmos. Prelados Sr. Nieto Polo del Aguila y Sr. Ponce y Carrasco ampliaron todavía más estas gracias. La fama del pequeño templo se extendió hasta el Perú, de modo que el Obispo de Trujillo y aun el mismo Arzobispo de Lima, en 1793, se constituyeron protectores de él, enriqueciéndolo con nuevas concesiones. Pero ¿cuál era el motivo de esta celebridad? ¿Cuál la historia que de ella procedía? Lo ignoramos por completo; apenas ha llegado hasta noso-

tros un eco débil y confuso de la tradición perdida, el cual afirma que allá, en el siglo XVII, un joven cazador se internó un día, persiguiendo a una ave de bellísimo plumaje, entre los zarzales y breñas de la falda occidental del Ichimbía, y a punto ya de apoderarse de la codiciada presa, sucedió que ésta, huyendo de su perseguidor, fue a refugiarse en una roca; acercósele el joven y entonces ¡oh prodigio! encontró diseñada en ella, no de mano de hombre, sino por la misma naturaleza, una hermosa imagen de la Santísima Virgen; la que revestida con los adornos y el colorido que le prestara un pincel hábil, vino a ser el centro de devotas peregrinaciones, y el origen del santuario de Nuestra Señora del Consuelo.

Esta hermosa imagen es una pintura al óleo, sobre la desnuda roca, y representa a Nuestra Señora del Rosario, con el Niño Jesús en los brazos, y con Santo Domingo y San Francisco a los pies; tendrá de cincuenta a sesenta centímetros de altura, y está encerrada en un antiguo retablo de madera, de estilo plateresco, y bien deteriorado por el transcurso del tiempo y la acción destructora de los varios incendios que han ocurrido en ese pequeño santuario, por el poco cuidado que de él han tenido sus guardianes.

Actualmente la capilla de Guangacalle es todavía un centro notable de piedad; celébrase en ella muchos días a la semana, especialmente los domingos, la santa Misa; no faltan romerías, y los vecinos de la parroquia urbana de San Blas acuden los sábados a rezar el rosario a las plantas de la devota Imagen, y a implorar de la augusta Madre de Dios, invocada por la Iglesia con el hermoso título de *Consoladora de los Afligidos*, el remedio en las continuas tribulaciones de la vida.

LA DOLOROSA DEL COLEGIO

I

El 16 de Junio de 1892 ocurrió en Italia un suceso altamente triste y lamentable. Siendo ese día la gran solemnidad de Corpus Christi, el Obispo de la pequeña ciudad de Osimo, la antigua *Auximium,* recorría, acompañado de no pequeño concurso de clero y pueblo, las calles de la población, conduciendo triunfalmente al Santísimo Sacramento, en la magnífica procesión acostumbrada en aquella fiesta, cuando he aquí que un grupo de socialistas desalmados arrojaron mechas encendidas sobre el palio que cobijaba la custodia. Indescriptibles fueron el asombro y la indignación de los concurrentes ante la sacrílega audacia de aquellos criminales. La tarde del mismo día, en una pequeña capilla situada al pie de la montaña, donde se asienta la ciudad mencionada, aconteció un estupendo prodigio: una pequeña imagen de Nuestra Señora de los Dolores, en que está representada la Divina Madre con el Cuerpo Santísimo del Señor recién bajado de la cruz, en los brazos, cubrióse de sudor, movió los ojos y derramó abundantes lágrimas. Este portento repetido muchas veces, a presencia de innumerables testigos, y debidamente comprobado por la autoridad eclesiástica, ha dado origen al santuario, celebérrimo ya, de Nuestra Señora de Campocaballo, en las inmediaciones de Loreto.

Otros sucesos, semejantes en el fondo, aunque revestidos de muy distintas circunstancias, han motivado la advocación ecuatoriana de Nuestra Señora, *la Dolorosa del Colegio.*

El 24 de Mayo de 1897, algunos cuerpos de ejército del General Alfaro, el *Pichincha* y el *Sesenta de línea,*

después de derrotar a algunas partidas que hacían armas contra aquel caudillo del radicalismo, en esta República, impulsados de odio fanático contra la verdadera Religión, arremetieron furiosos al templo de la Compañía de Jesús, en Riobamba, asesinaron vilmente al superior de la casa, destrozaron el Tabernáculo, y profanaron con toda clase de infamias las Sagradas Formas. Cerca de nueve años después, una pequeña imagen de Nuestra Señora de los Dolores, colocada en el interior del Colegio de los Jesuitas, en Quito, ha venido a revelarnos cómo repercuten en el Cielo los atentados sacrílegos perpetrados con tan negra ingratitud por los hombres, en la tierra.

La Providencia Divina ha permitido que, en nuestros mismos días, y pudiéramos decir, a nuestra vista, se realice una manifestación portentosa de la Virgen Santísima, para que advirtamos una vez más que lo sobrenatural es la vida de la Iglesia Católica, y que en todo el curso de la historia, hasta la consumación de los tiempos, se han verificado y continuarán realizándose acontecimientos análogos.

Antes de hacer la relación detallada de un suceso tan maraviloso, digamos algo acerca de los antecedentes que lo prepararon.

El 10 de Junio de 1892 se consagró solemnemente el Ecuador al Corazón Purísimo de María, en virtud de lo cual la Santa Sede declaró a la Virgen Santísima en la advocación expresada, Patrona especial de la República. Desgraciadamente tres años después, el partido radical derrocó al Gobierno católico, que regía los destinos de este país, y se entronizó en el poder, declarando guerra a muerte a la Iglesia y a todas sus santas y benéficas instituciones. Uno de los principales puntos de ataque, para los modernos sectarios, es la instrucción cristiana de la niñez y la juventud; en su afán desapoderado de descatolizarlo todo, los secuaces del radicalismo vienen dictando, un año tras otro, leyes encaminadas a secularizar la enseñanza y a arrancar al niño de

la próbida y maternal tutela de la Religión. ¿Qué será de las nuevas generaciones formadas adrede en el indiferentismo y la corrupción?

La Virgen Santísima, como madre solícita y cariñosa del pueblo que le ha sido especialmente confiado, ha querido con dignación admirable demostrarnos que se interesa vivamente por la suerte de la niñez y juventud ecuatorianas, que nuestras penas son suyas, y que contamos con una abogada poderosa ante el acatamiento divino. La manifestación portentosa del 20 de Abril de 1906, en Quito, es una respuesta elocuente y muy significativa a la plegaria piadosamente alzada en la misma capital el 10 de Junio de 1892.

II

El suceso maravilloso de que nos ocupamos aconteció de la siguiente manera (1) "El viernes 20 de Abril (de 1906), a las ocho de la noche, terminada la frugal cena, conversaban los alumnos internos del Colegio de los Jesuitas, antes de ir a la capilla a rezar las últimas oraciones para acostarse, cuando tres de los más pequeños, los niños Jaime Chaves, Carlos Herrman y Pedro Donoso, que ocho días antes habían hecho la Primera Comunión e inocentemente se estaban animando a ser virtuosos, advirtieron con suma sorpresa y espanto que una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, que pendía del próximo muro, abría y cerraba suavemente los ojos. Mientras dos de ellos se ponían de rodillas para rezar, un tercero se levanta apresuradamente de su asiento, y dirigiéndose al Prefecto del Colegio, P.

(1) Reproducimos, por ser la más exacta, la relación del prodigio hecha en el número LXII de la célebre revista religiosa "Razón y Fe" redactada en Madrid por Padres de la Compañía de Jesús.

El autor del artículo es el R. P. Lorenzo López Sanvicente, uno de los últimos y más amados y beneméritos superiores que ha tenido aquella Orden en nuestra República; el cual, por lo mismo, con conocimiento perfecto del lugar y las personas, y en vista de los datos que le han suministrado, ha podido mejor que nadie referir como lo ha hecho, el acaecimiento prodigioso, con el cuidado e interés que el caso exigía.

Andrés Roesch, llama su atención sobre el acontecimiento. Creyó el Padre, que con otros alumnos y en otra mesa se entretenía, que aquel niño se chanceaba, y aún le reprendió, diciéndole que suspendería aquel rato de recreo; pero éste insistía, y los demás alumnos empezaron a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Dirige, por fin, su vista el Padre al objeto de la admiración, y apenas si puede dar crédito a lo que atestiguan sus ojos y los de todos los presentes, creyéndose víctima de una ilusión óptica. Cambia de sitio, observa la posición de las lamparillas eléctricas, investiga si hay algún objeto intermedio que produzca efecto tan extraordinario; pero nada encuentra que dé lugar a una explicación satisfactoria. Los niños todos, agrupados en torno de su Prefecto y del Inspector, penetrados de profundo estupor y temor reverencial, siguen el movimiento de los ojos de la imagen, y sin poder dudar de lo que estaban presenciando, se estrechan, se asen de las manos y, con la vista fija en la oleografía, que representa los Dolores de la Virgen, sin poderse contener, al reparar en los cambiantes del afligido rostro, la suma palidez y el movimiento de los ojos, cual si fuera representación animada de la que tantas lágrimas derramó por su Divino Hijo y nuestros pecados, que fueron la causa, dicen simultáneamente y a media voz: *Ya abre..., ya cierra los ojos; ahora abre el ojo derecho... ahora el izquierdo.* Acuden varios de los sirvientes, que en la próxima cocina se ocupaban de sus faenas, y presencian como los demás, el suceso, que se repite durante quince minutos. Sobremanera impresionados los alumnos y asombrados aun los mismos Padres, y resistiéndose a dar crédito a sus ojos, encárgales el P. Prefecto que guarden secreto sobre el acontecimiento. Pero ¿quién pone diques al torrente ni vallas al vendaval? Los niños, varios de los cuales amanecen con los ojos hinchados de tanto llorar, y todos en extremo conmovidos, no se pueden contener, y unos con el candor de la inocencia y otros con la profunda convicción de que no se engañan, por tener suficiente criterio para juzgar de lo que han visto sus ojos, propalan el maravilloso acontecimiento, con todos sus pormenores, entre sus condiscípulos externos. Terminadas las

clases, la noticia circula por la ciudad con la rapidez de una chispa eléctrica; y allí fue el concurrir de toda clase de personas, unos por devoción y otros por curiosidad, a visitar el humilde cuadro, retirado del lugar del prodigio.

"Es aquel una cromolitografía de medio cuerpo, que representa, como es dicho, los Dolores de la Santísima Virgen. El rostro, pálido y adolorido, expresa una suprema resignación; de sus ojos se desprenden lágrimas. Tiene el corazón al descubierto, traspasado por siete espadas; la mano derecha sobre la izquierda, con los tres clavos en ésta y la corona de espinas en aquella. Las dimensiones son 52 centímetros de largo por 40 de ancho. El simple aspecto de la imagen inspira devoción, y artista tan aventajado en la pintura como Salguero la califica de "perfecta, así por los delineamientos y sombra, como por las proporciones de las diversas partes del rostro y del conjunto en general".

"Interesados los habitantes de Quito en que se confirmara de una manera auténtica el maravilloso acontecimiento, objeto de todas las conversaciones, se tachaba ya la morosidad de la Autoridad Eclesiástica, que se había encerrado en prudente reserva. No había permanecido, sin embargo, indiferente el Rvmo. Sr. Vicario Capitular, Dr. D. Ulpiano Pérez Quiñones, antiguo alumno del mismo Colegio. El 25 de Abril dictó un auto para que se procediera al examen de los testigos y mientras que no constara del valor y autenticidad del acontecimiento, no se expusiera al público la imagen ni se diera por la prensa publicidad al suceso. Con fecha 27 del propio mes se constituyó, con su Secretario y Notario Mayor de la Curia Eclesiástica, en el salón de estudios del Colegio; y reunidos en él los 35 alumnos presentes (dos estaban ausentes por enfermos) y los dos religiosos que habían presenciado el movimiento de los ojos de la imagen, después de dirigirles la palabra, encareciéndoles la necesidad de que con toda verdad y sencillez manifestaran lo que habían presenciado la noche del suceso en referencia, hizo que cada uno, en su pre-

sencia, y sin comunicarse con los demás, escribiera su atestado. A continuación recibió la declaración jurada de los criados. De ella resultó que 40 testigos, uniformemente y sin género alguno de vacilación, daban testimonio del milagro. Solo uno, de doce años, cuya primera educación parece haber sido deficiente, dio una respuesta menos satisfactoria, aunque sin oponerse al dicho de los demás. En buena parte de las declaraciones escritas contrasta la redacción defectuosa, como no podía menos de suceder, tratándose de niños de diez a doce años, con la ingenua sinceridad y sencillez con que manifiestan la realidad del hecho.

"El día siguiente, 28 de Abril, el Vicario Capitular decretaba que se convocara una junta de teólogos, compuesta de las personas más caracterizadas del clero secular y regular. Esta junta resolvió el 30: 1º, que ratificaran todos los testigos, previo juramento, las declaraciones prestadas, y se hicieran nuevas preguntas; 2º, que se constituyera una comisión de personas seglares competentes para que, estudiando el acontecimiento en las mismas circunstancias en que se verificó, y examinada la imagen, declarara si tenía explicación natural, y 3º, que otra comisión de médicos examinara el estado higiénico de los alumnos con respecto a su nerviosidad y aptitud sugestiva. Estas tres comisiones cumplieron amplia y concienzudamente su cometido, como aparece de los respectivos informes. La comisión eclesiástica se personó en el local del Colegio, y examinando privadamente a cada alumno, desde el 2 al 8 de Mayo, halló que, no sólo confirmaban plenamente las declaraciones escritas, sino que a las nuevas preguntas o repreguntas contestaban con nuevos y más apreciables datos, que llevaban la convicción al ánimo más prevenido. Igualmente satisfactoria fue la indagación pericial de las otras dos comisiones, firmada la una por físicos y artistas de nota, y la otra por facultativos de crédito universalmente reconocido; los cuales con diligencia exquisita hicieron cuantas investigaciones pudieran exigir los más resistentes y pertinaces enemigos de lo sobrenatural, confesando paladinamente

que nada hallaban que oponer al maravilloso suceso objeto de la expectación general.

"Con estos antecedentes, el Rmo. Sr. Vicario Capitular convocó el 31 de Mayo, por segunda vez, la junta de teólogos sobredicha, y leída ante ella una relación jurídica sucinta de lo actuado, hecha por el Dr. López, Secretario de la Curia, propuso a la resolución de los presentes las tres cuestiones siguientes: 1ª El hecho verificado en el Colegio de los Padres Jesuitas el 20 de abril pasado, ¿está comprobado como históricamente cierto? 2ª El hecho que nos ocupa, en las circunstancias en que acaeció, ¿se explica por causas naturales? 3ª Este hecho, tenidos en cuenta sus antecedentes y consecuencias, puede atribuirse a influjo diabólico? A los tres puntos contestaron los concurrentes *negativamente*, después de leídos los informes periciales, y sobre todo el muy notable de la comisión teológica, y, hechas todas las observaciones conducentes, firmaron todos el acta; es decir, cinco Canónigos efectivos, dos honorarios y cinco Superiores de Ordenes Religiosas, con exclusión de los Jesuitas. Y como el Sr. Vicario consultara a la junta si aún debería darse algún otro paso antes de pronunciar el fallo decisivo, contestó ésta que "lo hecho era más allá de lo suficiente".

"Efecto de esta seguridad moral fue, por fin, el auto que con la misma fecha —memorable en España por el atentado en Madrid contra sus Reyes— publicó el muy Rmo. Sr. Vicario Capitular. Hele aquí en su tenor literal (1). Omitimos por evitar prolijidad la alocución pastoral que le precede, y que termina con estas palabras: "Para que la piedad de los fieles tenga el consuelo de mirar a la imagen, que desde hoy se llamará la *Dolorosa del Colegio*, hemos propuesto que se la traslade solemnemente a la iglesia de la Compañía, y allí se celebre un fervoroso triduo".

(1) Este auto lo reproducimos al fin del presente artículo.

III

La noticia de un acontecimiento tan portentoso se extendió al punto, primeramente por la capital, y en seguida por toda la República y aun fuera de ella, como acaba de verse. Por cuyo motivo el Prelado eclesiástico de la Arquidiócesis se vio obligado a intervenir, según queda referido, y ordenó se tomara una información detallada del suceso, la que, una vez recibida sometió al examen y consideración de una junta de teólogos; nombró otra de médicos, y otra de profesores de ciencias físicas para que asociados a algunos artistas entendidos en pintura, opinasen sobre si el suceso maravilloso en cuestión era una realidad o invención antojadiza de personas alucinadas por la fantasía, un estado morboso cualquiera, un juego de luces, cierto defecto quizás de la pintura oleográfica, un artificio empleado intencionalmente en la confección de esa obra, o cualquiera otra causa semejante. Las diferentes comisiones, compuestas cada una de personas muy competentes en la respectiva materia, llenaron cumplida y esmeradamente su cometido, y juzgaron, por unanimidad, que lo acontecido no provenía de ninguna de las causas antedichas, sino que era un hecho verdaderamente prodigioso y del orden sobrenatural. En vista de todo esto el Prelado metropolitano, autorizó el culto de la Santa Imagen, dándole el título de la *Dolorosa del Colegio,* así en el *auto* que reproducimos más adelante, como en la *alocución pastoral* dirigida acerca de este acontecimiento a todos los fieles de la arquidiócesis.

En virtud de la autorización antedicha, y por mandato expreso del mismo Prelado eclesiástico, fue la Santa Imagen trasladada solemnemente del interior del Colegio al templo contiguo de la Compañía de Jesús, donde se celebró un espléndido triduo de prácticas piadosas en honor de aquella manifestación portentosa de la Virgen Santísima. El folleto impreso, por orden de la autoridad eclesiástica, tocante a lo actuado por ella,

acerca del memorable suceso (1), nos da así de la traslación como el triduo mencionados la siguiente noticia.

"*La Procesión*. El día señalado (3 de Junio de 1906), a las tres de la tarde, contra la previsión general que auguraba lluvia para esos momentos, la tarde estuvo hermosa, y desfiló de la portería del Colegio la Procesión en la que tomaron parte: escuelas y colegios de niños y niñas con vistosos uniformes y gallardetes, cofradías y asociaciones piadosas con sus símbolos y estandartes, gremios sociales, el Centro Católico de Obreros, la Congregación de señores de la Inmaculada, las asociaciones piadosas de caballeros y señoras, donde toman parte las personas más caracterizadas de nuestra sociedad, las Corporaciones Religiosas, los Seminarios, el Cabildo Eclesiástico; pero llamó la atención entre todos el Colegio y Comunidad de los PP. Jesuitas. Los niños, unos escoltaban a la Imagen con coronas de flores, y otros la llevaban sobre sus hombros, y los religiosos formándole una corona de honor. Numeroso pueblo le seguía.— El trayecto que fue de ocho cuadras las más centrales de la ciudad, resultó escaso tanto para la apiñada y devota concurrencia como para el desfile mismo de la compacta procesión, pues había llegado la cruz alta a la Iglesia, con las primeras corporaciones, y aún no salía la Imagen del Colegio.— Las calles estuvieron hermosamente decoradas y el concurso fue piadoso: todos miraban con respeto el acto, y a la *Dolorosa del Colegio* con afecto y piedad indecibles.— Llegada la Procesión al templo, fue recibida la Imagen con un solemne *Magnificat*, luego el Rmdo. Sr. Vicario Capitular dirigió desde el púlpito una corta y patética exhortación a los fieles que, como nunca, llenaban completamente las anchurosas naves de la hermosa Iglesia, y luego delante del Smo. Sacramento se cantó un *Te Deum*. La prodigiosa Imagen quedó expuesta a los fie-

(1) El título de esa publicación es el siguiente:— **La Dolorosa del Colegio. Proceso canónico instruido en la Rma. Curia Metropolitana de Quito acerca del acontecimiento maravilloso acaecido en el Colegio de los Padres Jesuitas, el 20 de Abril de 1906.**— Quito 1906.— Imprenta del Clero.

les que la honraron sin cesar, éste y los tres días siquientes, en que se verificó un solemnísimo Triduo".

Este se verificó en el orden siguiente:... "Los oradores repartieron sus temas probando, cómo el milagro ocurrido era confirmación de la fe, el primero; aliento de las esperanzas, el segundo; y el tercero, estímulo de la caridad.— El último día fue tan numerosa la comunión de los fieles, repartida por el Sr. Vicario, como rara vez se puede ver.— Durante todas las distribuciones matutinas y vespertinas la concurrencia llenó el templo, y abundó la piedad y entusiasmo. Fuera de las distribuciones el público no abandonó un instante a la Sagrada Imagen. Las luces y flores, los rezos y cantos fueron tributo continuado de la devoción.— Después del triduo ha continuado el fervor de modo que no hay momento en que no rodee a la Santísima Virgen una muchedumbre compacta de fieles.— Se dice que se ha repetido de nuevo el prodigio, sobre lo cual la autoridad eclesiástica se reserva hacer la inquisición conveniente; así como acerca de algunas conversiones que se asegura haberse verificado por influjo de esta advocación de María.— Son de pública notoriedad las repeticiones del mismo prodigio en días distintos a presencia de testigos de varia condición".

IV

Las solemnes y fervientes manifestaciones de la piedad ecuatoriana en honor de la Virgen Dolorosa, al ser aprobado su culto por el Prelado de la Arquidiócesis, se han renovado con no menor entusiasmo cuantas veces la Santa Imagen ha sido sacada del recinto interior del colegio al templo contiguo de la Compañía de Jesús, renovándose hasta aquí en todas aquellas ocasiones el movimiento milagroso de los ojos. Esto aconteció principalmente durante la novena celebrada en 1906 en preparación a la fiesta de Nuestra Señora de los Prodigios, que se celebra en Julio, y que fue instituida por la Iglesia para conmemorar sucesos sobrenaturales, análogos al que nos ocupa, acaecidos en Roma y otras

ciudades de los Estados Pontificios, a fines del siglo XVIII. "La Revolución Francesa acababa de invadir los Estados del Papa; Pío VI partía para el destierro; y he aquí que al terminar ese siglo que moría ahogado en sangre y entre los excesos del pillaje y todos los horrores de la guerra, un gran número de imágenes de la Virgen María y el Divino Crucificado agitaron los ojos con movimientos evidentemente milagrosos, desde Julio de 1796 hasta Enero de 1797. La autoridad eclesiástica, conmovida por semejantes prodigios, formó acerca de ello procesos severísimos, y al fin hubo de rendirse a la evidencia y confesar que eran reales aquellos hechos maravillosos. Muchos de dichos procesos han sido impresos. Para recordar estos prodigios a la posteridad se instituyó una nueva fiesta en honor de la Virgen María, bajo el título de *Festum Prodigiorum Beatae Mariae Virginis;* fiesta que se celebra cada año en Roma, el 9 de Julio" (1).

Refiriéndose a los portentos acontecidos en el Ecuador a tiempo de celebrarse la mencionada fiesta, y durante su novena preparatoria, dice la revista española, en el artículo ya citado: "Cartas y periódicos recibidos en los últimos correos nos traen noticias circunstanciadas del entusiasmo religioso excitado en la ciudad de Quito por la repetición del portento en presencia de toda clase de personas. En una de esas cartas se dice: "El prodigio del parpadeo se ha repetido hasta siete veces, y en cada ocasión delante de personas de distinta clase y condición; de modo que todas las esferas sociales pueden estar representadas y tener testigos idóneos en caso de un proceso canónico completo". En otra de persona caracterizada, se dan estos pormenores: "Acabamos de celebrar una novena en honor de la Dolorosa del Colegio, con una comunión tan extraordinaria, como creo que jamás se habrá visto en Quito. Como antes de que se la sacara de la capilla privada, donde la teníamos después del triduo que se la

(1) **Faits merveilleux de Campocavallo**— par D. Veirinot A. M. A.— Roma, 1866.

hizo, a raíz de la traslación al templo, se había repetido el milagro del movimiento de los ojos, había en Quito grande expectación de que se repitiera en público. En efecto, han presenciado el portento multitud de personas, y entre ellas varios religiosos y aún jóvenes *despreocupados* muy conocidos en la ciudad. Es indescriptible la algazara que resultaba a veces en la iglesia con los gritos, llantos, jaculatorias y ataques nerviosos de las mujeres, con el asombro de los hombres que veían y el deseo de acercarse al cuadro bendito, de los que no tenían la dicha de ver el parpadeo. Noche hubo en que las mujeres se pusieron tan nerviosas que fue preciso bajar el velo para cubrir la Virgen, y como ni esto bastara, se hubo de subir el cuadro a la capilla doméstica del Colegio".— Y para que no se crea que estas noticias provienen de parte interesada en sostener la creencia del milagro, he aquí lo que con fecha 9 de Julio comunicaba a *El Grito del Pueblo,* el periódico liberal de más circulación en el Ecuador, su corresponsal en Quito, hablando del entusiasta recibimiento hecho al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Federico González Suárez, nombrado por la S. Sede, sin intervención del Gobierno ecuatoriano, dice: "A la hora en que entraba en la ciudad se me aseguraba que la Dolorosa del Colegio repitió el milagro del parpadeo, a presencia de más de mil personas y por espacio de media hora; de modo que pudieron verlo cuantos quisieron. Se produjo un verdadero laberinto, pues en alta voz rezaban todos el Avemaría, la Salve, el *Magnificat;* pedían perdón, hacían deprecaciones, sin que nadie se entendiera. Para que se viera mejor, acercaron luces a la efigie, y en la hora de mayor entusiasmo comenzaron a entonar un canto popular en el coro, contestando el pueblo a gritos: "Vuelve, Señora, tus ojos, llenos de misericordia". Hubo muchas personas a quienes dieron ataques nerviosos, algunas se accidentaron y todas estaban fuera de sí. Fue, por fin, preciso que los jesuitas cubrieran con un velo la imagen... Después de la fiesta celebrada ayer, en la que comulgaron más de 4.000 personas, se subió la Dolorosa a la capilla del Colegio, lo que ha ocasionado profundo dolor; porque no había hora del día en que no estuviese visitada

por numerosas personas y con profusión de alumbrado. Hoy sólo está visible para los hombres hasta el segundo domingo de Septiembre, en que bajará a la Iglesia de la Compañía para un suntuoso triduo ofrecido por una acaudalada devota... —La prensa radical, continúa el comunicante, ha abierto terrible campaña contra la efigie milagrosa; pero la fe ha crecido tanto que hasta incrédulos anteriores son hoy fervorosos creyentes... Quisieran esos periódicos hacer guerra hasta con las tropas al milagro; pero como éste es evidente y aún muchos entre los impíos lo han presenciado, es imposible".

La Sagrada Imagen háse hecho tan célebre en poquísimo tiempo, dentro y fuera de la República, que es invocada ya con maravilloso éxito hasta en España; he aquí un hecho que lo comprueba (1).

"La Santísima Virgen ha concedido algunos favores en esta ciudad de Valladolid (España) por medio de las fototipias de la Dolorosa de Quito, y especialmente uno muy extraordinario, el cual, ya que se nos presenta la ocasión no quiero dejar de contárselo a Ud.; porque sé que recibirá en ello sumo gusto... Una Religiosa Reparadora de esta Capital hacía ya dos años que estaba muy enferma y 18 meses paralítica. Bastaba que se incorporara para experimentar fuertes accesos de tos; porque tenía también una grave enfermedad en el pecho. Los médicos la tenían casi desahuciada. Por consejo de su Provinciala que les envió una de estas fototipias de la Dolorosa de Quito, empezaron las Reparadoras a hacer una devota novena, en honra de esta Señora. El octavo día de la novena se encontraba sola en su cuarto la enferma, a eso de las 11 de la mañana. Sentía grandes ánimos para levantarse y creía estar ya curada. Más temía no fuera una ilusión y decía así a la Dolorosa que tenía delante: "¿Es verdad, Madre, que me habéis curado?". Por fin se decidió, y confiada en la Virgen se levantó, y al poco rato se presentó en la celda de su Superiora. Es-

(1) Noticia publicada en el número 37 de la revista religiosa de Quito, intitulada "El Voto Nacional".

ta, llena de admiración, llamó en seguida a toda la comunidad, y reunidas en el coro entonaron un Magníficat en acción de gracias. "Desde el 2 de Enero, decía dicha religiosa Reparadora a dos de nuestros PP., me siento completamente buena, ha desaparecido mi grande inapetencia, puedo hacer la oración de rodillas: en fin sigo en todo a la comunidad". Ahora está haciendo los 30 días de Ejercicios.— (De una carta del P. Juan Arregui, fechada en Valladolid el 9 de Febrero, a un Padre residente en este Colegio de Málaga)".

V

Para concluir, reproduciremos aquí, del proceso levantado para la averiguación del hecho maravilloso, las dos piezas más importantes de aquel, a saber, la declaración de uno de los principales testigos presenciales del acontecimiento y el auto del Rmo. Vicario Capitular.

El suceso aconteció después del formidable terremoto que arruinó por completo la hermosa ciudad de San Francisco de California. Uno de los testigos más abonados del prodigio, el R. P. Andrés Roesch, lo refiere, en la información canónica, de la manera siguiente: "J.H.S.— El viernes 20 de Abril de 1906, sucedió en este Colegio de la Compañía de Jesús el hecho siguiente:— Ya cerca de acabarse la cena de los alumnos, a las 8 p.m., entré en el comedor y contra la costumbre establecida y casi sin darme cuenta de ello, di *Deo gratias* a los niños, con gran sorpresa de ellos.— Conté en varias de las mesas, lo ocurrido en San Francisco de California, esto dio margen a los alumnos que ocupaban la primera mesa (de los que el Jueves Santo habían hecho su Primera Comunión) para hacer reflexiones sobre el caso y entablar conversación sobre la Santísima Virgen. Uno de ellos, Jaime Chávez, alzó los ojos sobre una oleografía de la Virgen de los Dolores, colgada en la pared, a un metro y medio de distancia. Con asombro vio que la Imagen cerraba los ojos; lleno de espanto, se tapó la vista con la mano y avisó a su vecino Carlos Herrmann, quien notó de igual modo la maravilla; fuera de

sí se arrodillaron entre la mesa y la banca y rezaron un Padre Nuestro y Ave María. En seguida llamaron a otro y a otro hasta que con gran empeño fue uno de ellos a instarme a que fuera a ver lo que sucedía. En un principio rechacé al que me llamaba diciéndole que se dejara de dislates, porque me parecía ilusión de los niños, pero al fin instado y llamado por todos los que estaban presenciando el prodigio, me dirigí a la mesa que se hallaba más cerca de la Imagen, con la resolución formada de desvanecer la idea. Me cercioré con mucho empeño de que las lámparas eléctricas no se movían o si algún rayo se reflejaba en la efigie: nada de esto aparecía. —Puesto en frente de la imagen, rodeado de los niños, clavé en ella los ojos sin pestañear y noté que cerraba la Virgen Santísima los párpados con lentitud, pero no creyendo aún que fuera cierto me aparté del lugar; viendo lo cual el H. Alverdi, que se hallaba más cercano que yo, me dijo extrañado de lo que hacía: "Pero Padre, ¡si esto es un prodigio! ¡Si esto es un prodigio!". Volví de nuevo al puesto que ocupaba al principio, entonces sentí como un frío que me helaba el cuerpo, viendo sin poder dudar que la imagen cerraba efectivamente y abría los ojos. Cuando esto sucedía, todos los niños que presenciaban el hecho clamaban a una sola voz: *"¡Ahora cierra! ¡Ahora abre! ¡Ahora el izquierdo!"*; pero, es de notar que a veces cerraba el ojo izquierdo solamente, o al menos con más claridad que el derecho, pues aparecía más cerrado. El hecho se repitió varias veces y duró como 15 minutos poco más o menos. Cesó cuando viendo que era ya muy tarde para la oración de la noche y temiendo siempre llamar demasiado la atención, di para los alumnos la señal de retirarse, lo cual hicieron ellos muy a pesar suyo, pues querían arrodillarse y rezar; rehusé toda manifestación ruidosa por no alborotar, pues me parecía que si el hecho era maravilloso no faltaban testigos para comprobarlo.— De todo esto doy fe y lo firmo en Quito, a 27 de Abril de 1906.— Andrés Roesch".

El otro documento, el más decisivo en este asunto, dice así:

AUTO

NOS. DR. D. ULPIANO PEREZ QUIÑONES, DIGNIDAD DE CHANTRE DE LA METROPOLITANA Y VICARIO CAPITULAR DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO.

Como el Santo Concilio Tridentino en su sesión XXV en la que trata de la invocación, veneración y reliquias de los Santos, y de las Imágenes Sagradas, después de sentar la verdadera doctrina sobre el culto de las Imágenes tan recomendado, dentro de sus límites, por la Iglesia, declara ser de competencia de los prelados ordinarios el reconocimiento y aprobación de nuevos milagros, nos así que tuvimos conocimiento del hecho acaecido en el Colegio de los RR. PP. Jesuitas de esta capital, el 20 de Abril próximo pasado, con una imagen de la Virgen Santísima de los Dolores, que se decía haber abierto y cerrado los ojos, creimos de nuestro deber, como lo hemos verificado, formar el proceso canónico conducente a reconocer y comprobar lo que hubiere de cierto en el caso, y procediendo al tenor del mismo S. Concilio y según las decisiones de las Sagradas Congregaciones romanas, hemos tomado consejo y luces de teólogos y de varones instruidos y piadosos, con cuyo auxilio hemos venido en decidir los siguientes puntos, que en nuestra condición de Prelado Ordinario los aprobamos y hacemos nuestros

1º El hecho verificado el 20 de Abril en el Colegio de los Padres Jesuitas está comprobado como históricamente cierto.

2º Este hecho en las circunstancias que acaeció no puede explicarse por leyes naturales.

3º Este hecho por los antecedentes y consecuencias no puede atribuirse a influjo diabólico.

Por consiguiente puede creérselo con fe puramente humana, y por lo mismo puede prestarse a la imagen que lo ha ocasionado el culto público permitido por la Iglesia, y acudir a ella con especial confianza.

Queda por tanto terminada la disposición de nuestro Auto del 25 de Abril pasado, por el que se prohibió exhibir la imagen, y como ésta no es una advocación nueva, sino de la Virgen Santísima de los Dolores, aceptada en la Iglesia universal, se la puede exponer solemnemente.

Publíquese este Auto, así como el proceso completo, por la imprenta.

Dado en el Palacio Arzobispal el 31 de Mayo de 1906, sellado

con el sello del V. Capítulo Metropolitano y refrendado por nuestro Notario Mayor.

Ulpiano Pérez Q.

J. Alejandro López
Secretario

Víctor María Gómez Jurado
Notario Mayor Eclco.

El auto precedente fue acompañado de una *Alocución pastoral*, en que el Prelado de Quito después de hacer una breve relación del prodigio, manifiesta el prolijo examen que se ha hecho de él, y los fundamentos sólidos en que se apoya el fallo de la Autoridad eclesiástica; son en este asunto tantos y tan serios, dice, los motivos de credibilidad, que no se puede negar el portento que nos ocupa, sin faltar a las reglas más elementales de la lógica. Habla en seguida de los planes que acaso la Providencia Divina se ha propuesto en bien de las almas, con esta manifestación maravillosa de la Virgen Santísima; pues tan grandioso suceso es una prueba incontestable de la especial ternura que la Inmaculada Reina tiene al Ecuador. Si a diario dice, estamos recibiendo gracias y beneficios de María; si fundados en la experiencia de lo que ella es con nosotros no dejamos de invocarla y honrarla con incansables muestras de gratitud: el acontecimiento (del 20 de Abril de 1906) debe avivar aún más nuestra confianza y encender nuestro amor para con la Santísima Virgen, especialmente en la abvocación de sus Dolores. Termina la alocución ordenando que a la milagrosa Imagen se la invoque con el sencillo título de la *Dolorosa del Colegio*, en vez de la *Virgen del parpadeo* que la dieron los escritores radicales.

La última palabra de esta hermosa historia sea la oración que la Iglesia dirige a la Virgen Santísima: *¡Eja ergo, Advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte!* ¡Ea pues, Señora, poderosísima y elocuente Abogada nuestra, no apartes del Ecuador esos tus amabilísimos ojos, llenos de compasión y ternura maternales!

NUESTRA SEÑORA DE GUAPULO

I

Origen de la Santa Imagen.

Con el don inestimable de la fe católica, España implantó en América un amor tierno y acendrado a la Madre de Dios. Los títulos más célebres y populares bajo los que esta excelsa Reina es venerada en la península ibérica, llegaron a serlo igualmente en el Nuevo Mundo. Una prueba de ello es la historia del santuario de Guápulo.

Fundada la ciudad de Quito el 28 de Agosto de 1534, varios vecinos de ella establecieron una devota cofradía en honor de Nuestra Señora de Guadalupe, advocación que se hizo muy pronto famosa en la colonia, por el sinnúmero de portentos en favor de los fieles, así españoles como indios recientemente convertidos. Los Cofrades no contentos con honrar a la Reina del cielo en la nueva ciudad, quisieron tener un pueblo especialmente consagrado a la Inmaculada Virgen, y que fuese conocido y llamado con el nombre de Guadalupe, para lo cual eligieron un sitio abrupto y agreste, pero muy pintoresco, contiguo a la antigua capital de los Shyris. Tan a prisa fue este proyecto que en 1561, venerábase ya en la indicada comarca una hermosa pintura en lienzo, de Nuestra Señora de Guadalupe (1), y trabajábase por adquirir una estatua y levantar un templo que estimulasen más activamente la piedad de los ha-

(1) Entre los portentos de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya memoria se conserva en varios cuadros al óleo suspendidos en la iglesia de Guápulo, uno de aquellos se remonta a 1561, es decir, veintisiete años solamente después de la conquista.

bitantes; esfuerzos tan generosos y abnegados se vieron felizmente coronados en 1587, pues en ese año quedó fundado definitivamente el pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe (1). Poco antes, en 1586, estuvo terminada la bellísima Efigie que iba a ser todo el honor y gloria del nuevo santuario. A petición de los mismos Cofrades, Cristóbal López contrató con el escultor español, Diego de Robles, que andaba por estas tierras, que tallase en madera una estatua de la Virgen Santísima, que fuese en lo posible trasunto exacto de la celebérrima imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, venerada en la sierra de este nombre, en Extremadura. Terminada la obra de talla, "el pintor Luis Rivera llevó cuatrocientas sesenta pesetas por dar colorido a la escultura y dorarle el vestido". (2) La Imagen salió hermosísima y a gusto de todos, tanto que muy luego se sacaron copias de ella, al buril y al pincel, varias de las cuales, al par que el original, se convirtieron en el suelo ecuatoriano, en centro de numerosas y muy renombradas peregrinaciones.

Tal es el origen del antiguo y célebre santuario de Guápulo. Pero ¿cómo vino este nombre a sustituir al de Guadalupe? La explicación es obvia y muy sencilla. Los aborígenes no acostumbrados todavía a la pronunciación de las palabras castellanas, alteraron pronto el título del lugar, pues en vez de Guadalupe, decían, sincopando, *Gualupe, Guapule y Guapolo,* de donde al cabo resultó el nombre de *Guápulo* con que hasta hoy es conocida la devota y poética aldea (3). Antes de hablar de las glorias

---

(1) Consta esto, de un antiguo lienzo, propiedad del santuario de Guápulo, que se veneraba hasta hace poco en él, pero que al presente existe en poder de una familia particular; en ese cuadro está representada Nuestra Señora en medio de un grupo de españoles, a un lado, y de indios, al opuesto, y debajo se lee este letrero: "Nuestra Señora de Guadalupe que fundaron los Cofrades el año de 1587".

(2) Nuestra Señora del Quinche.— Por el **Dr. Carlos Sono, cura conónigo.**— Quito. 1903.

(3) El P. Bernardo Recio que residió largos años en este suelo, y escribió a mediados del siglo XVIII, dice, hablando de Guápulo, que esta palabra "es síncope de Guadalupe", en el Tratado II cap. 8º, de su obra inédita, intitulada **Compendiosa Relación de la Cristiandad en el Reino de Quito.** En los antiguos manuscritos que hablan de este pueblo, llámasele indistintamente Guadalupe o Guápulo.

de ella, es necesario demos noticia, siquiera sea breve, de Nuestra Señora de Guadalupe.

Intitúlase Guadalupe una empinada sierra, situada en Extremadura, en el corazón de España. "Toma este nombre, dice el P. Villafañe, de un río que nace de una altísima montaña, que se llama Villuerca, y corre hacia el oriente buscando el sol: es su nombre Guadalupe, voz arábiga, impuesta por los Moros, y en nuestro castellano es lo mismo que río del lobo, porque *guada* significa río, como se conoce de algunos ríos de España; y *lupe* es lo mismo que lobo; y acaso le apropiaron tal vocablo, por la abundancia de lobos que se criaban en aquellas montañas" (1). En ella es venerada la antiquísima Imagen, cuya historia nos traza el autor citado, en los siguientes términos:

"Por los años de 1326, reinando en Castilla y León D. Alonso el XI, presidiendo en la Cátedra de San Pedro Juan XXII, un pastor, cuyo nombre se ignora, vecino de Cáceres, cuidaba un buen número de vacas, junto a un castillo nombrado Halia, en la jurisdicción y término de la Villa de Talavera: No obstante su cuidado y diligencia, se le desmandó una de las vacas, y se separó tanto de las otras, que obligó al pastor a buscarla a todo trance, para lo cual anduvo tres días subiendo montes, y bajando valles, sin poder hallar rastro alguno de ella; y viendo frustrado su cuidado por aquella parte, no desistió del intento, antes dando vuelta hacia la contraria, y subiendo río arriba al lado del poniente, fue penetrando sus mayores asperezas; y llegando a una fuente, que en medio de la ladera de un collado, o montecillo manifestaba sus cristalinas aguas, se paró el pastor un poco para descansar algo del trabajoso camino, y apagar la sed, que le causaba la fatiga, en el raudal de la fuente. Satisfecha su necesidad levantó los ojos a mirar la di-

(1) "Compendio histórico en que se da noticia de las milagrosas y devotas Imágenes de la Reina de Cielos y Tierra, María Santísima, que se veneran en los más célebres santuarios de España".— Por el P. Juan de Villafañe, de la Compañía de Jesús, Madrid, 1740.

versidad de árboles, que poblaban el vecino terreno, y como a un tiro de piedra descubrió la vaca, que tanto tiempo había buscado; pero la vio tendida en el suelo, y muerta: con la novedad, apresuró el paso hacia el sitio: llegándose a ella, procuró saber la causa, o motivo de su muerte, y registrándola toda no halló daño, lesión o herida que indicase la ocasión de su muerte. Por no perderlo todo quiso a lo menos el pastor quitarle la piel, y sacando el cuchillo de que iba prevenido, la comenzó a abrir por el pecho, formando con la herida una semejanza de cruz; pero apenas la tenía formada, cuando con asombro y admiración suya, la vaca se levantó sana, y se puso con presteza en pie. Absorto la miraba el pastor y respetándola ya por el prodigio, se retiraba un paso sin atreverse a llegar a ella, cuando con nueva maravilla se ofreció a su vista la Reina del Cielo, María Santísima, cercada de gran resplandor y hermosura; y dando ánimo y aliento al desmayado corazón del venturoso pastor, le habló la Sacratísima Reina de los ángeles y con suavísimas palabras le dijo: "No desmayes, cobra esfuerzo; yo soy la Madre del Redentor del Mundo: lleva tu vaca restituida a la vida por mi intercesión; y en señal de que yo te hablo, te prometo tendrás de ella copiosa granjería. Ve a Cáceres y da cuenta de lo que has visto; y de mi parte dirás a los sacerdotes y pueblo, que vengan al sitio mismo en que hallaste la vaca muerta, y allí junto a unas grandes piedras, cavando con reverente diligencia, hallarán una imagen mía preciosa, debajo de tierra; y luego que la encuentren fabricarán en el mismo lugar una capilla, en que sea reverenciada...". Gozosísimo el pastor con tal aparición, comunicó a sus compañeros de oficio cuanto acababa de sucederle, y alentado con los buenos consejos de ellos partió a Cáceres, para cumplir el encargo que le había hecho la Virgen Santísima; pero al llegar a aquella población, y entrar en su casa, salió a recibirle "su mujer toda llorosa y afligida, dándole la triste noticia de haberse muerto un hijo que tenía. Afligió al pastor, como padre, tal desgracia; pero alentado con el valor que (íntimamente) le daba la soberana Emperatriz María, cuyo embajador era, la procuró consolar diciéndole que se alen-

tase, y tuviese gran confianza en Dios, que quien había podido resucitar un irracional, también podía volver a la vida una criatura racional, si fuese para mayor gloria suya; y postrándose luego en tierra, imploró el auxilio de la gran Reina, que se le había aparecido... A este tiempo llegaron a la casa los sacerdotes que venían por el cadáver para darle sepultura; cuando, con estupendo milagro, ven todos que el joven se levanta y comienza a hablar a su padre, pidiéndole con instancia que le lleve al lugar en que la soberana Princesa, María, le había favorecido con su hermosa presencia". En vista de éstos y otros estupendos portentos, reuniéronse el Clero, las Autoridades políticas y civiles e innumerable pueblo de Cáceres, y resolvieron poner en práctica lo que la Santísima Virgen había pedido al pastor; fueron pues en compañía de éste al sitio designado, y removiendo unas piedras cavaron el suelo, y a no grande profundidad hallaron en una cueva subterránea "la Santa Imagen de la Virgen con la misma hermosura, que si se hubiese encerrado en aquella lóbrega estancia pocos días antes, habiendo corrido desde que los sacerdotes la ocultaron en aquella cueva, como 611 años. Hallaron también la relación, que dejaron con la devota Imagen, por testimonio, y noticia de lo que había pasado, y junto a ella una pequeña campana, que acaso habían traído también con las otras piadosas alhajas". Con el transcurso del tiempo se edificó allí un bello y grandioso templo en honor de Nuestra Señora de Guadalupe, imagen que se tornó muy célebre por el número y magnitud de los portentos realizados en aquel renombrado santuario.

Pero de ¿dónde y cómo se encontraba en esa cueva aquella Imagen?

En tiempo de San Gregorio Magno era muy venerada en Roma una escultura de la Virgen Santísima, con la cual se dice haber acontecido aquel portento, de que mientras era llevada por las calles de la Ciudad Eterna en devota rogativa, con motivo de una terrible epidemia que diezmaba a la capital del orbe católico, se oyó en los aires a los ángeles que cantaban con celestial me-

lodía la antífona *Regina coeli letare, alleluya,* a la cual añadió entonces el Santo Pontífice, que iba también en la procesión, estas palabras:*Ora pro nobis Deum, alleluya.* Y al instante se dejó ver de pie, sobre la mole adriana, un ángel, que limpiaba una espada teñida en sangre, guardándola luego en la vaina. Esta misma Santa Imagen, de recuerdos tan venerandos, es la que el Papa San Gregorio obsequió, enviándola por medio de una respetable embajada que conducía otros varios regalos para el rey Recaredo, a San Leandro obispo de Sevilla, con ocasión de la conversión de los Godos a la fe católica.

Esta preciosa Imagen fue en la catedral hispalense objeto del más ferviente culto, hasta que aconteció la invasión sarracena; entonces para librar esa inestimable joya de los insultos y profanaciones de aquellos bárbaros, varios sacerdotes tomaron el devoto simulacro, y habiendo llegado a las montañas de Guadalupe, lo ocultaron allí en una cueva, dejando junto con la Imagen una relación detallada del hecho de la ocultación y origen de la estatua. Tal es en compendio la historia del celebérrimo santuario español de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyo culto, desde Cristóbal Colón hasta nuestros días, ha florecido espléndidamente en América, dando lugar a otras varias advocaciones de la Virgen Santísima, tan populares y famosas como la de Nuestra Señora de Guápulo, en el antiguo Reino de Quito.

Apenas colocada la nueva Imagen de la Reina de los Cielos en su santuario de Guápulo, atrajo, por su hermosura y multiplicados prodigios, de tal suerte el amor y veneración de los pueblos, que aquel rincón de tierra llegó en breve a ser famoso no sólo en América, sino hasta en algunos reinos de Europa.

El número incontable de enfermos curados, de pleitos felizmente concluidos, de pecadores convertidos, y de toda clase de necesidades remediadas, por la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe, transformó pronto a Guápulo en centro de piadosas e incesantes

romerías, en que tomaban parte no solamente los habitantes de Quito y las parroquias circunvecinas, sino individuos de comarcas las más distantes del nuevo continente, y hasta de España. Por todo lo cual el culto de la prodigiosa Imagen de Guadalupe se propagó rápidamente hasta a regiones muy remotas. El santuario de Guápulo es el primero de cuantos en nuestra República se han construido en honor de la Virgen Santísima, así por el tiempo de su erección, como también por su celebridad y grande influencia religiosa. A semejanza del templo de Guápulo, y con copias más o menos exactas de la célebre Imagen venerada en él, se erigieron los santuarios de Nuestra Señora del Cisne, en Loja; de Nuestra Señora de Baños, en Cuenca; de Nuestra Señora de las Nieves, en Azogues; y así otros muchos, de los que el más justamente renombrado es el del Quinche, próximo a la Capital (1).

A estas imágenes se las denominaba a unas con el título de Guadalupe, y a otras con el de las Nieves, porque también a Nuestra Señora de Guápulo se aplicaban ambas invocaciones, por suponer algunos antiguos escritores que la celebérrima efigie extremeña era reproducción en madera del cuadro de la Virgen pintado por San Lucas, que se venera en la basílica liberiana de Santa María la Mayor, en Roma. Así la fiesta principal de Nuestra Señora de Guápulo se celebraba bajo el título de las Nieves, el cinco de Agosto, y en los documentos del archivo de aquella parroquia, que han llegado hasta nosotros, se llama, tanto a la Imagen como a la cofradía establecida en su honor, con el título de Nuestra Señora de Guadalupe o de las Nieves, indistintamente.

Prueba manifiesta del desarrollo sorprendente del culto de la prodigiosa Efigie es la riqueza extraordinaria, para aquella edad, que llegó a acumular el santuario de Guápulo, en poquísimo tiempo. El retablo era curio-

(1) Véase la historia de esta última imagen.

sísimo, cubierto con incrustaciones de coral; las alhajas de la Santísima Virgen, muchas, variadas y valiosísimas; no pocas de oro, la mayor parte de plata, cuajadas casi todas de corales, perlas, topacios, diamantes y toda clase de piedras preciosas. La Cofradía de Nuestra Señora de Guápulo era no menos rica por las cuantiosas capellanías y muchas tierras, de cuyas rentas disfrutaba, de suerte que era la Cofradía más opulenta de cuantas existían por entonces en la antigua Presidencia de Quito.

Entre aquellas tan ricas joyas sobresalían, llamando la atención por el primor del trabajo, un cáliz, unas vinajeras, una campanilla, seis candelabros, y otros utensilios de altar que formaban juego completo, exornado de corales, el cual era nada menos que una dádiva regia, un exvoto enviado por los reyes de Portugal a Nuestra Señora de Guápulo. ¿Pero cómo pudo acontecer esto? El hecho es indudable, pues consta no solamente del testimonio de la tradición, sino de los antiguos inventarios practicados, a fines del siglo XVIII, de todos los objetos que componían el haber de aquella parroquia. El origen y la causa de tal donativo fueron acaso los siguientes.

Sábese por tradición que la corte de Felipe IV, en especial la reina, fue devotísima de Nuestra Señora de Guápulo, sin duda, por haber obtenido por su mediación algunas gracias bien singulares. A insinuación suya la familia real de Lisboa acudiría también a la portentosa Imagen en demanda de nuevos favores, que le serían otorgados igualmente; tal debió ser la ocasión del donativo antedicho. Lo indudable es que el mismo Felipe IV dispuso, por una real orden, que nuestra Señora de Guápulo fuese proclamada por el clero y las autoridades políticas de la antigua Presidencia de Quito, Patrona de las Armas españolas, en el territorio de esta parte de sus colonias; lo que se verificó exactamente con esplendidez inusitada, en Julio de 1644, como consta del documento siguiente:

"Voto solemne de la ciudad de Quito a la Santísima Virgen de Guápulo.— Para que sea notorio y manifiesto en todas las edades, Serenísima Reina de los Angeles, el amor con que os veneramos y servimos, siguiendo el ejemplo de los nobles de Tiro, que os ofrecen dones y tributan votos, y juntamente obedeciendo los preceptos de la Majestad el Rey nuestro señor, Felipe IV el Grande, que manda por su real cédula os juren, Señora nuestra, por protectora de sus armas y dueño de sus aciertos y felicidades, la Real Audiencia y Chancillería de la gran ciudad de Quito, su Presidente, Oidores y más Ministros, el Cabildo de su Iglesia, Obispo y prebendados, el muy noble y leal Cabildo de la Ciudad, su Corregidor, Regidor, y Justicia, Comunidades y Religiones, nobles y plebeyos, habitantes de ella, postrados ante el Divino Acatamiento, en presencia de los Coros angélicos y de toda la Corte celestial, os elegimos, Soberana Señora, en vuestra imagen de nuestra más ardiente veneración, de la Madre de Dios de Guadalupe, retrato hermosísimo de vuestra belleza, que tanto lugar se hace entre las milagrosas imágenes del mundo, único consuelo de esta Ciudad, oficina de las mercedes y beneficios que de nuestro Omnipotente Señor recibimos, por Patrona, Protectora, Defensora y Auxiliadora de las Armas católicas, por Capitana de nuestros Ejércitos y por Abogada con Dios para todas nuestras felicidades; y hacemos voto, juramento y promesa de celebraros fiesta, ahora de presente con el novenario solemnísimo que se ha hecho de misas y sermones, y adelante todos los años con un día festivo, que será el lunes inmediato a la domínica de Quasimodo, con vísperas solemnes, misa cantada y sermón; y que, porque aún lo habemos de hacer y cumplir, lo prometemos, votamos y juramos. Así Dios nos ayude y estos santos cuatro Evangelios.—

En Quito, a seis de Julio de 1644".

Desde entonces cada año, pasada la pascua de Resurrección, era trasladada la santa Imagen, desde su santuario de Guápulo a la Catedral de Quito, donde se le honraba con un novenario solemne que terminaba con

la renovación más solemne todavía de aquel antiguo voto, hecho por todas las autoridades eclesiásticas y civiles de la Colonia. Consta así del libro de cuentas de la mencionada Cofradía, en el cual se anota cada año una partida de gastos con el título: *Para la Fiesta de las Armas.*

Y que la Santísima Virgen escuchó favorablemente las súplicas que se le dirigieron con tal intento, concediendo por largos años a la nueva Colonia, el don inestimable de la conservación del orden y la tranquilidad pública, lo comprueba el hecho siguiente.

El 23 de Noviembre de 1778, tomó posesión de su destino Don José García de León y Pizarro, vigésimo quinto Presidente de Quito, en tiempos de la Colonia; duró el gobierno de aquel magistrado, hasta 1783. En todo este lustro, la antigua Presidencia además de ser rudamente probada por calamidades tan terribles como los terremotos, epidemias, etc., hallábase de continuo amagada por las azarosas vicisitudes de la guerra civil que hervía por todas partes, en torno de esta no pequeña porción de las antiguas colonias españolas. "A cortos intervalos se recibieron en Quito las noticias de haberse roto la paz entre España e Inglaterra, de haber venido una armada enemiga a las aguas del Atlántico, de haberse librado varios combates con las fuerzas que defendían las costas mejicanas, de haberse rebelado Túpac–Amaru en el Perú y de haberse levantado los comuneros en el Virreinato de Nueva Granada. Estas noticias llegaban a Quito exageradas; y, despertando la más viva curiosidad, causaban inquietud a los gobernantes españoles y los tenían alarmados, esperando que también en estas provincias prendieran la llama de la insurrección.

"Ejemplos recientes había de lo mal avenidos que estaban los quiteños con el Gobierno de la Metrópoli, y muchos motivos de temor ofrecía el carácter inquieto y acometedor de la gente del pueblo, aficionada a los motines y levantamientos.

"La inquietud de Pizarro subió de punto con la denuncia que se le hizo de que, desde esta ciudad, se le enviaban comunicaciones secretas a Túpac–Amaru animándole a continuar en su empresa, y ofreciéndole que estas provincias estaban prontas a cooperar a su levantamiento, con tal que el Inca se resolviera a venir a estas comarcas con la gente que le obedecía".

En tales angustias, el Presidente D. José García de León y Pizarro recurrió a Nuestra Señora de Guápulo, implorando de su protección soberana la conservación de la paz en todo el territorio en que era venerada como Patrona especial de las armas españolas, y la Virgen Santísima oyó los fervientes votos del piadoso Presidente, y la paz se conservó aquí inalterable; y así, en reconocimiento de tan señalada merced, obtenida por la mediación poderosa de la Reina del cielo, se celebró una solemnidad desacostumbrada y suntuosísima, en que tomaron parte todas las autoridades de Quito, especialmente el Cabildo civil (1); pues el Presidente declaró "que había hecho a la Virgen Santísima una promesa de celebrarle una fiesta en la Catedral, si conservaba en paz estas provincias; y así invitó al Cabildo civil a la función, la cual debía tener lugar el 5 de Agosto de 1783, trayendo para aquel objeto la Imagen de Nuestra Señora de Guápulo, declarada patrona de las armas reales en el Reino de Quito. La función fue solemnísima, y se celebró con toda aquella pompa y aparato del culto externo público, en que los quiteños eran tan esmerados y ostentosos; precedió un novenario espléndido, y el día de la fiesta predicó el panegírico un frayle franciscano, que en aquel tiempo gozaba de la fama de orador insigne: llamábase Fray Antonio José Calisto". "La proposición del sermón fue ésta:— María desempeñando

(1) "En la carta que dirigió al Cabildo, dice el historiador que citamos, hizo (el Presidente) la declaración de que, por amor a Quito, había ofrecido a la Justicia Divina su propia vida en holocausto poniéndola a los pies de la Virgen María, para que la ciudad y todas las provincias que dependían de ella fuesen libradas del azote de la guerra civil que la amenazaba". El Presidente Pizarro era sinceramente católico y piadoso, aunque estas virtudes suyas quedasen deslustradas con defectos no pequeños ni excusables.

la confianza del Rey de España por medio del Presidente Pizarro: el Presidente Pizarro cumpliendo sus votos a María".

"Pizarro obsequió a la Imagen de nuestra Señora de Guápulo un bastón de marfil con empuñadura y cadenilla de oro, y mandó que en el templo se pusiera un cuadro votivo para recuerdo de la fiesta del 5 de Agosto de 1783" (1). Efectivamente, el cuadro votivo fue colocado en el templo de Guápulo, donde se conserva hasta hoy. En él está representado el Presidente Pizarro de rodillas, y en el acto de ofrecer a la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guápulo, el bastón presidencial, con cadenilla y empuñadura de oro. A un lado del lienzo se ve, en la parte superior, el escudo de armas del magistrado, escudo que está orlado con la cinta azul de la lujosa insignia de la real Orden de Carlos III; debajo del escudo, se lee esta inscripción: "Para perpetua memoria y eterno reconocimiento de haber preservado Dios a todas las provincias de Quito del fuego de la sedición y rebelión en que ardieron las del Perú, y Santa Fe, por los años de 1780, 1781 y 1782, por intercesión de la Sacratísima Virgen Madre de Dios, con el título de Guápulo, a quien, así por este dichoso acaecimiento, como por haber concluido felizmente sus delicadas e importantes comisiones, se encomendó, y ofreció poner esta lámina: con efecto, en cumplimiento de su voto, la puso en este su templo el Sr. Dn. José García de León y Pizarro, Caballero de la real y distinguida Orden de Carlos III, del Consejo de S. M. en el Real y Supremo de las Indias, Presidente Regente de la Real Audiencia de Quito, Visitador General de ella, Tribunales de Justicia y Real Hacienda de su Distrito, Gobernador y Comandante General de todo su reino por el Rey nuestro Señor, & Año de 1784".

---

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez, en su **Historia General de la República del Ecuador:** tomo 5º capítulo 6º.

Uno de los escritores ecuatorianos más notables, de principios del siglo XVIII, el P. Jacinto Morán de Buitrón, de la Compañía de Jesús, en su muy conocida obra *La Azucena de Quito*, impresa en Madrid en 1724, da la siguiente noticia de la grande y extraordinaria devoción que Quito y toda la Presidencia profesaban a Nuestra Señora de Guápulo, cuyo santuario era entonces, sin disputa, no sólo el primero, sino el más rico, hermoso y célebre de cuantos se habían dedicado a la Santísima Virgen en estas tierras. "Nuestra Señora de Guápulo, dice, es el refugio de esta ciudad (de Quito), remedio de sus necesidades, y esmalte de sus grandezas. Está la soberana Efigie colocada en un pequeño pueblo de indios, llamado Guápulo, distante de la ciudad una legua. Fabricóle la devoción un templo, que por lo primoroso de su arquitectura, riqueza y preciosidad en sus alhajas, y vistosos arreos en su culto, puede competir con los mejores de Quito. Tiene por reclamos de sus soberanas influencias muchos lienzos, donde se ven estampados milagros notorios, y pendientes afectuosísimos votos, que dictó a muchos la obligación de agradecidos. De esta casa se valen los necesitados y delincuentes de la Divina Justicia, siendo muy frecuente el concurso de la Ciudad, en celebrar a su Bienhechora. De modo que se juzgara por maravilla, si alguna persona no la visitara... Suelen traer esta soberana Imagen a la Ciudad muy de ordinario, a la iglesia Catedral, para la mejora del tiempo, o para otras calamidades, así corporales como espirituales. A lo menos una vez al año no deja de venir para la fiesta que se celebra, del Patrocinio de las Armas Españolas. Cuando viene, la sale a recibir toda la Ciudad con sus Cabildos y Religiones, siendo muy plausible la pompa, devoto el aderezo de las calles, y común en todos el regocijo; porque mirándola todos como a templo de la Misericordia dejan cualesquiera ocupaciones por ir a recibir alegres a tan sagrada Arca del Testamento. Aun el más necesitado oficial deja la ocupación, por no privarse de ver a su Protectora. Las campanas de las iglesias repican sus júbilos, sin quedar persona en los retiros de una casa, que no vaya a recibirla al camino o aguardarla en la iglesia, o a visitarla después" (libro II, cap. 12).

III

ALGUNOS PORTENTOS DE LA SANTA IMAGEN

Los documentos antiguos que hablan de Nuestra Señora de Guápulo, llámanle "Imagen de la mayor devoción de esta Provincia y las demás de estos Reinos, por los muchos prodigios que por medio de esta Santa Imagen ha obrado su Divina Majestad" (1). En una de las vetustas pinturas conservadas hasta hoy en la Iglesia de Guápulo, se lee esta inscripción: "Esta Imagen (de Nuestra Señora de Guadalupe) se venera en este Santuario de Guápulo con una cofradía aprobada por el Santo Padre Clemente X, obrando Dios infinitos portentos y favores a sus devotos". Desgraciadamente de todos aquellos *infinitos portentos y favores* no ha quedado más recuerdo que el que se conserva en los poquísimos lienzos suspendidos a manera de exvotos, en las paredes de la sacristía, los más antiguos, y en el recinto principal del templo, los más recientes; de unos y otros, tomamos las pocas y muy lacónicas noticias que siguen (2).

Habiéndose convertido Guápulo en fuente inexhausta de gracias y bendiciones para cuantos invocamos a la Virgen Santísima, bajo aquella tan popular advocación, convirtióse bien pronto la pequeña aldea en centro de numerosas y continuas romerías, en las que tomaban parte innumerables personas, quienes, implorando el remedio de necesidades públicas, quienes socorro en las variadas y penosas ocurrencias privadas de la vida.

En uno de los pequeños cuadros de la sacristía se ve a los labradores de esta comarca implorando de Nuestra Señora de Guápulo su protección soberana, pa-

---

(1) Así dice el escribano que recibió las informaciones relativas a la aparición de Nuestra Señora de la Nube.

(2) Los cuadros de la sacristía parecen pintados allá por los siglos XVII y XVIII; los de la nave son obra del reputado artista Tadeo Cabrera, y fueron trabajados en la primera mitad del siglo XIX.

ra obtener buenas y abundantes cosechas. Más allá aparecen unos segadores solicitando la misma gracia, mientras acumulan sus gavillas. Al pie del cuadro tercero se lee esta inscripción: "En el año de 1621 hubo en la ciudad de Quito, una seca grande, que se abría la tierra en muchas grietas, y llegó a morir todo el ganado, y en punto de perecer la gente, si no acordaran llevar a la Virgen en procesión, y la pusieran en Santa Bárbara, de donde le llevaron a la Catedral. Y al punto con lluvias socorrió la necesidad". Al pie del cuadro sexto se lee: "Con el sol, con el agua, por todos tiempos, a pedir de boca, a los labradores, Nuestra Señora de Guadalupe nos ampara".

Cuán pronta, manifiesta y eficaz hubiese sido la protección dispensada por la Virgen Santísima, a toda esta República, en tiempos de la Colonia, concediéndola los inestimables bienes de la paz y prosperidad políticas, lo demuestran el hecho de haber sido proclamada la Reina del Cielo, en aquella su advocación de Guápulo, Patrona especial de las Armas, en la antigua Presidencia de Quito, y la grande y ferviente devoción que le profesaron los reyes de España, y los más distinguidos obispos y magistrados de esta región.

En tiempo de temblores y terremotos, cuando Quito y las ciudades próximas se veían amenazadas por alguna de esas horrendas catástrofes sísmicas, que reducen las poblaciones a informes hacinamientos de escombros, Nuestra Señora de Guápulo era inmediatamente trasladada desde su santuario a esta capital, donde se la honraba entonces con suntuosos y devotísimos novenarios, sin que jamás haya salido fallida la confianza de los fieles. En una de tales ocasiones aconteció un hermosísimo prodigio. El 9 de Diciembre de 1742, se verificó una de las más terribles erupciones del Cotopaxi; derretida la nieve, los ríos que traen su origen de las vertientes de aquel nevado, salieron de madre y causaron terribles y desastrosas inundaciones. En un anejo de la parroquia de Tanicuchí, donde se veneraba una copia de la célebre Imagen de Guápulo, como la iglesia de la población estuviese muy cerca de uno de

aquellos ríos, sucedió que de repente un mudo avisara a gritos que el río venía hinchándose desmesuradamente; a cuyas voces un tullido de muchos años se levantó, acudió a la capilla, tomó en brazos la Santa Imagen, y la salvó con tanta presteza, que si tardara algunos momentos habría sido todo perdido, pues el río que se venía encima le arrebató un capote que llevaba al hombro; y desde aquel momento el tullido recobró perfectamente la salud. Fue este prodigio tan notorio y auténtico, que el pueblo de Tanicuchí juró a dicha santa Imagen, por Patrona del Volcán (1).

Si tan solícita ha sido Nuestra Señora de Guápulo para socorrer a sus devotos en las calamidades públicas, no lo ha sido menos para ampararles en sus necesidades privadas; testigos de ello son los exvotos mencionados. Al pie del cuadro undécimo se lee: "En el año 1561, Manuel Gómez encontró (sic) en la puerta de su casa un toro y le dio una herida en la pierna, de que estuvo desahuciado del Dr. Eugenio Bravo, del Dr. Juan Martín y los Capachos y de Sebastián Rodríguez, y como no hallaron remedio humano se puso una medida de la Virgen y sanó dentro de una noche". Más allá, en otro cuadro, se ve a una señora postrada en el lecho del dolor, a la cual hallándose ya casi en agonía, como hubiese invocado a Nuestra Señora de Guápulo, se le apareció esta benignísima Señora, y le devolvió instantáneamente la salud.

---

(1) Referimos el suceso casi con las mismas palabras de un testigo contemporáneo: véase si no el texto original: "Yo don Pedro Muñoz Chamorro escribano público de Cabildo de los del número de este asiento de Latacunga, Certifico, doy fe y verdadero testimonio... como el año de 1742... en día domingo, 9 de Diciembre, volvió a reventar dicho volcán (el Cotopaxi) con mayor furia... Experimentándose en esta reventazón tan singulares prodigios y maravillas obrados de la mano poderosa de Dios, pues por librar su Santa Imagen en el anejo de Guápulo hizo que un mudo avisara a gritos venía el río, a cuyas voces un tullido de muchos años se levantó y acudió a la capilla y la sacó en brazos, llevándole dicho río el capote del hombro, quedando desde esta ocasión recuperada la salud, por cuyos portentos la juraron en el pueblo de Tanicuchí, a dicha Santa Imagen por ante mí el presente Escribano, por patrona del volcán". Consta esta maravilla en el apéndice de un folleto escrito por el R. P. Luis Sodiro S. J., con este título: "Relación sobre la erupción del Cotopaxi, acaecida el día 26 de Junio de 1877. Por Luis Sodiro S. J.".

En otros lienzos están pintados varios caminantes, milagrosamente socorridos por la misma bondadosa Reina, cuando aquellos se encontraban a punto de perecer, el úno por haber sido arrojado a tierra por un caballo furioso, el ótro por ser atacado por bandidos, aquél por hallarse a merced de un río caudaloso, o encontrarse hecho presa de una fiera. El cuadro cuarto de la sacristía lleva este letrero: "Viniendo de Panamá D. Diego de la Peña a la Punta de Santa Elena, queriendo saltar a tierra en una balsa con el piloto y dos marineros, estuvimos a riesgo de ahogarnos, e invocando a la Santísima Virgen de Guápulo, se apaciguó la mar, y llegamos al puerto en 21 de Agosto de 1670 años". El letrero del cuadro 1º suspendido en la nave, en el muro del lado del evangelio, dice: "En el año de 1654, bajando por el río de Guayaquil en un barco, Juan de la Cruz y Zúñiga, habiéndose echado a nadar le siguió un horrible caimán, y no pudiendo defenderse del animal, que ya lo iba a devorar, invocó a Nuestra Señora de Guadalupe, quien se le apareció y lo libró de este trabajo, en presencia de Antonio Gómez, Tomás Redondo y otras personas que iban en dicho barco".

Dentro de su mismo templo la Virgen Santísima salvó la vida milagrosamente a un pobre indio devoto suyo. La inscripción del cuadro cuarto, de la nave, suspendido junto a la puerta, al lado de la epístola, dice así: "El día 24 de Octubre de 1843, a la media noche, sucedió un admirable prodigio en esta iglesia de Guápulo. Es que habiendo ido a mover entre tres indios un escalón de dos hojas de ambas gradas de madera, de un peso enorme, que existe debajo del coro, se cayó, cogiendo debajo a uno de ellos llamado Cecilio Bolaños, y viéndose en el conflicto de quedar aplastado y muerto, invocó a la Virgen Santísima, y quedó con vida y sin lesión alguna, siendo testigos el sacristán, el alcalde y otros indios".

Si tanta solicitud desplegó la soberana Reina para favorecer a sus devotos en las necesidades del cuerpo, ¿cuánta mayor habrá empleadó para socorrerles en las del alma? Valga un ejemplo por todos, y sea el que aparece pintado en el cuadro quinto de ese mismo lado

de la epístola: "Nuestra Señora de Guadalupe, dice la inscripción, hace el portento de libertar a un indio gran hechicero, lo mismo que a su mujer, de las garras del diablo, con quien había hecho pacto el espacio de cuarenta años, hallándose por sus graves delitos tullido de pies y manos, y que no podía dar paso sino con muletos; pero habiendo hecho voto de ir a visitar su santuario, confesándose, mereció quedar sano en el alma y cuerpo, con el favor de la piadosísima y Santísima Virgen" (1).

Gracias tan señaladas eran concedidas por la Madre de Dios, no solamente en su Santuario de Guápulo, sino allí donde se la invocaba, aunque fuese en regiones muy distantes, como lo comprueban varios de los portentos ya mencionados y los donativos enviados al templo desde otras ciudades remotas de América, y aun desde España y Portugal. Varios de los hermosos lienzos que adornan el retablo de San Pedro de Alcántara, muy venerado antiguamente en aquel Santuario, llevan inscripciones como las que siguen. Al pie del cuadro en que está representado el Santo elevándose en los aires, abrazado de un árbol, se lee: "Dio de Lima este lienzo al Dr. D. Gabriel Zuleta de Reales". En el correspondiente que está al lado de la epístola, se lee: "Dio de Lima este lienzo al Sr. Dr. D. Nicolás Sisniega, y se acabó a 28 de Febrero de 1709 años".

Aunque la mayor parte de los portentos de Nuestra Señora de Guápulo se realizaron para remediar las varias necesidades de las personas piadosas que reclamaban su soberana protección, algunos pocos se efectuaron también para adoctrinar a corazones ingratos y duros, por medio de ejemplares castigos, acerca del deber estricto y sagrado que hay de cumplir los votos y compromisos contraídos con el cielo. Al pie de uno

(1) A la entrada de la sacristía, en un antiquísimo lienzo, sin inscripción, está representado un hombre tendido en el suelo, en medio de numerosísimo concurso, y arrojando un demonio por la boca lo cual simboliza seguramente la curación de un endemoniado, realizada por intercesión de Nuestra Señora de Guápulo.

de los antiguos lienzos que existen en la sacristía, se ve este letrero: "Habiendo prometido Francisco Romo de ir a pie a un novenario, fuese a mula, y le arrastró (la bestia después de haberle derribado, por algún trecho) desde la esquina de la plaza, en el año de 1695; por milagro de esta Señora. Y a un hijo suyo (del mismo indevoto Romo), estando comiendo se le atravesó un hueso. Le sacaron lleno de sangre, por milagro de esta Señora". De ambos accidentes, que pudieron ser mortales, salieron padre e hijo con felicidad, pero bien advertidos, para en adelante, de la fidelidad y exactitud con que deben llenarse las promesas hechas a la Virgen Santísima.

IV

LA MILAGROSA IMAGEN Y SU SANTUARIO DE GUAPULO

Imagen tan célebre y portentosa no existe ya, sino en la memoria de sus devotos, y en algunas copias más o menos exactas que de ella nos quedan. Una de ellas, y de las mejores seguramente, es la venerada actualmente en aquel antiguo e histórico santuario; la cual se muestra de pie, mide un metro veinticinco centímetros de altura, lleva corona imperial en la cabeza y sostiene con la mano izquierda al Divino Niño, mientras con la derecha levanta el cetro; la escultura es tallada en madera, y la visten con brocados y otras telas de seda, de que se forma la desceñida túnica y el amplio manto, a modo de las antiguas imágenes españolas (1). A mediados del siglo anterior (2), como se celebrase en aquel templo una de las fiestas más suntuosas de la Santísima Virgen, la de 5 de Agosto probablemente,

(1) La Imagen desaparecida era del mismo porte y tamaño que la de Nuestra Señora del Quinche; así lo asegura la tradición, y se deduce de la capacidad de los nichos antiguos que hasta hoy se conservan, hechos para presentar a la veneración pública aquella devotísima estatua.

(2) A pesar de las más prolijas averiguaciones, no nos ha sido posible fijar la fecha precisa de este suceso; lo que se sabe de cierto es que la destrucción de la Santa Imagen ocurrió mientras hacía de Cura de Guápulo el Sr. D. José Olaiz, quien tomó posesión de la parroquia en 27 de Agosto de 1797, y salió de ella en 19 de Junio de 1837, algún tiempo después del incendio.

descuidáronse sus guardianes de apagar los numerosos cirios y lámparas que ardían delante del altar mayor, donde estaba la Imagen, y ocurrió que se declarara un gran incendio dentro del templo, y entre aquellas voraces llamas fue consumida la Santa Imagen junto con su precioso retablo y todas las valiosísimas joyas que la adornaban; y aunque se repuso otra escultura, que es la que acabamos de describir, no ha vuelto el santuario de Guápulo a levantarse de la postración en que le sumiera aquella pérdida, ni ha recobrado hasta hoy su primitivo lustre. La devoción cada día más creciente a Nuestra Señora de la Nube, que se dignó aparecerse sobre Guápulo, ha dado a este sitio nuevo interés y derramado sobre él la suave luz del rosario de la aurora; esperemos que este resplandor crepuscular se convertirá muy pronto en fulgente y magnífico día, para aquel vetusto y piadosísimo santuario. Hablemos ahora de él.

Guápulo ha sido para el Ecuador, lo que Einsiedeln para Suiza y Zaragoza para España: el centro primero de las devotas peregrinaciones, la cuna de la devoción nacional a la Santísima Virgen.

Saliendo de Quito en dirección al Nordeste, después de atravesar la hermosa llanura del Ejido, al cabo de una hora escasa de camino encuéntrase el pueblecillo de Guápulo, situado en uno de los escalones de la rápida pendiente que desde las alturas del Ejido conduce hasta las profundidades del río Guayllabamba. Al asomarse a los últimos bordes de la planicie mencionada y dirigir la vista hacia las profundidades en donde se precipita el sendero, se ve allá dentro, resaltando en medio de obscuros y densos bosquecillos, una hermosa iglesia coronada por elegante cúpula, flotando entre el pintoresco pero algo sombrío paisaje que le circunda, a semejanza de una abadía benedictina oculta entre los riscos de los Alpes, o un monasterio de Maronitas velado por un boscaje del Líbano. Frente por frente del espectador, allá a la distancia, se destaca el ancho y dilatado valle de Puembo, surcado por quiebras paralelas y profundas, que descienden desde las cimas de la cordillera oriental, a cuyas faldas descansa aque-

lla extensa planicie. Entre la atmósfera vaporosa y opalina que le envuelve, divísanse como puntos blancos, situados a grandes trechos, los pueblos de Tumbaco, Pifo, Puembo y el Quinche; la silueta fantástica de la torre de este último convida a saludar a la milagrosa Imagen que en su templo se venera.

Tal es el santuario de Guápulo. Si se penetra en él hállase una de las más suntuosas iglesias que se han construido en el suelo de Quito; sus altos y calados muros, aunque hoy desiertos y silenciosos, parecen todavía perfumados con las nubes del incienso, y envueltos en las ondas de armonía de las antiguas y renombradas romerías con que acudían los pueblos a venerar a la desaparecida imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. A este devoto santuario acudía una vez cada semana el santo y célebre Obispo, Fray Luis López de Solís, religioso agustino, que gobernó la diócesis de Quito por los años de 1594 y siguientes. "Los viernes, terminada su oración, en avanzadas horas de la noche, salía de su palacio acompañado de alguno de sus domésticos, y así que llegaba a una cruz que había entonces a la salida de la ciudad, cerca de la iglesia de San Blas, se desnudaba las espaldas, se descalzaba completamente, e hincado de rodillas principiaba de nuevo su oración, y, al mismo tiempo, la disciplina con una cadena de hierro hecha tres ramales; levantándose, después de un breve rato, continuaba su camino hasta el pueblo de Guápulo, sin cesar de azotarse: delante de la cruz que está en la bajada antes de llegar al pueblo, volvía a postrarse por algunos instantes lo mismo hacía en la puerta de la iglesia: al día siguiente celebraba el sacrificio de la misa con gran devoción en el altar de la Virgen, y regresaba a la ciudad montado en mula. En una ocasión de éstas le acompañó el presbítero Ordóñez de Cevallos, autor del *Viaje y vuelta del Mundo,* y dice que, cuando el Obispo estaba arrodillado delante de la cruz, era tal la devoción que la infundió, que le parecía estar viendo a San Agustín o a San Nicolás de Tolentino: así, mientras el Obispo oraba y se mortificaba, el clérigo besaba en silencio los zapatos que le había dado a guardar".

El santuario fue por dos siglos una de tantas iglesias de aldea, como las construidas a principios de la Colonia; el bello, artístico y suntuoso templo que hoy adorna a Guápulo es obra de uno de sus más ilustres y celosos párrocos, de quien el erudito historiador que venimos citando, nos da la siguiente noticia (1). En Quito encontró (el Ilmo. Sr. Dn. Luis Francisco Romero, décimo cuarto Obispo de Quito, exaltado a esta sede en 1717), motivos de edificación y consuelo en varios sacerdotes de costumbres ejemplares: distinguióse entre todos ellos D. José de Herrera y Cevallos, Cura de Guápulo, insigne por su celo y fervor. Este eclesiástico fue quien levantó el hermoso templo dedicado a la Santísima Virgen en aquella aldea: lo construyó desde cimientos con auxilio de las limosnas que colectó, peregrinando más de seis mil leguas en la América Española. A fin de hacer más fructuosa la limosna, fundó una asociación piadosa, llamada de los *Esclavos de la Madre de Dios de Guadalupe,* y cada blanco que en ella se inscribía daba por una vez un patacón, y cada indio cuatro reales. Deseoso de perpetuar el culto divino en el tradicional santuario de la Virgen, procuró fundar una Congregación de sacerdotes seculares con el título de *Oratorio de San Felipe Neri;* pero aunque le adjudicó en propiedad una gruesa suma de dinero, y aunque alcanzó del Papa Alejandro octavo el Breve de aprobación de los estatutos, murió sin lograr el consuelo de ver realizados sus propósitos, porque el Rey negó el permiso para la fundación, apoyándose en que era ya no sólo crecido, sino excesivo el número de casas religiosas establecidas en Quito. Mientras en el Consejo de Indias se ventilaba lentamente el asunto, satisfizo los reclamos de su devoción el buen Cura Herrera Cevallos, instituyendo cuatro capellanes para que todos los días rezaran en comunidad las horas canónicas y solemnizaran las demás funciones del culto divino. Este piadoso sacerdote falleció casi a los cuarenta años de Cura de Guápulo, y, nos complacemos en alabar sus virtudes, arrancando, aunque tarde, su nombre del injusto olvido en que yacía sepulta-

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez en su **Historia General de la República del Ecuador**, tomo 5º, pág. 13.

do". El Ilmo. Sr. González S. añade en una nota las siguientes noticias: "Nos parece indudable que el Dr. Herrera y Cevallos fue ecuatoriano. En aquel tiempo la parroquia de Guápulo contaba cuarenta familias de indios en su feligresía. La Iglesia fue enriquecida por el mismo Cura con reliquias, entre ellas un pedazo del cráneo de Santa Rosa, traído de Lima por el propio párroco. Este destinó una buena librería para el Oratorio de Filipenses, el cual debía constar de doce sacerdotes, uno de los cuales sería el Cura de la parroquia: el prepósito lo nombraba el Obispo. Los síndicos de Guápulo fueron opuestos a esta fundación, y la contradijeron en Madrid constituyendo, al efecto, allá un apoderado. El Cura Herrera salió a peregrinar pidiendo limosna, en 1676, con licencia del Obispo Montenegro. En Quito reunió más de tres mil pesos, y la obra del templo se principió con fondos de la cofradía de la misma parroquia. El Breve del Papa Alejandro VIII, para la fundación del Oratorio en Guápulo fue expedido el 19 de Junio de 1690" (1).

Este bello e histórico templo sufrió enormes desperfectos en su fábrica, a consecuencia del terrible temblor de tierra que el 3 de Febrero de 1870 arruinó una parte considerable de esta capital; la hermosa cúpula del crucero se vino al suelo, arrastrando en su caída una porción no pequeña de los muros en que aquella se asentaba. Vióse entonces una protección señaladísima del cielo en favor de los que concurren a aquel Santuario; pues, a pesar de que en el momento en que aconteció la catástrofe había muchas personas en el templo, que asistían a la Santa Misa que se celebraba en el altar de la Virgen, todas salvaron sus vidas, pues unas, con el celebrante, se asilaron en el presbiterio, y las otras, en la extremidad inferior de la nave; y así no quedó nadie aplastado por los escombros de la cúpula.

(1) Hablando de la iglesia actual de Guápulo, el P. Bernardo Recio, en la obra anteriormente citada (tratado 2º, capítulo 3º) dice: "Guápulo es pueblo de indios muy pequeño, donde se admira un grandioso templo, que tiene la forma y elegancia del Escorial, cuya fábrica se debe a un muy celoso Cura, llamado Herrera".

El Prelado de la Arquidiócesis se puso inmediatamente en acción para impedir que desapareciera aquel precioso templo, y se restaurara cuanto antes su cúpula. El integérrimo Magistrado que regía entonces los destinos del Ecuador, el Excmo. e inmortal Sr. García Moreno, fue uno de los más empeñados en esta reconstrucción, según aparece del siguiente documento, escrito todo él de su mano: "El que suscribe informa con el juramento legal, que para la reconstrucción de la cúpula de Guápulo, derribada por el temblor del 3 del presente mes, es de utilidad y aún de necesidad la enajenación de las alhajas de la Iglesia y Cofradía de Nuestra Señora de Guápulo.— Quito, febrero 22 de 1870.— G. García Moreno". Vendiéronse, en efecto, dichas alhajas en pública subasta, y con su producto se reconstruyó el templo. Podremos calcular la riqueza de aquellas joyas, por el valor de una sola, la corona de la Virgen, que fue vendida a un comerciante extranjero en cuatro mil trescientos pesos.

A pesar de tantas vicisitudes causadas así por el transcurso del tiempo, como por la violencia de los elementos y la desidia de los hombres, nos atrevemos a esperar que la piédad generosa del pueblo quiteño devolverá muy pronto su antigua esplendidez al hermoso y monumental santuario de Guápulo, que continuará siendo para toda la República, un trono predilecto de la Madre Santísima de Dios, punto de contacto entre la tierra y el cielo, y fuente de bendiciones y gracias para innumerables generaciones.

NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

I

IMPORTANCIA DE ESTA ADVOCACION

Entre las manifestaciones portentosas de la Santísima Virgen, en América, pocas hay tan auténticas, hermosas y significativas como la de Nuestra Señora de la Nube, ocurrida en Quito el 30 de Diciembre de 1696. El gran número de milagros, especialmente curaciones súbitas de enfermedades desesperadas, que la Divina Madre se ha dignado realizar en favor de quienes imploran su poderoso auxilio bajo aquella tan poética y bella advocación, ha hecho a ésta, célebre en alto grado, y revela el grande tesoro de gracias que en ella se encierra para el porvenir. De las devociones ecuatorianas a la Reina del Cielo, la que nos ocupa y la de Nuestra Señora de las Mercedes, la Peregrina, son acaso las dos únicas que han salvado los lindes de la República y han ido a implantarse en extranjeras playas.

Otras dos circunstancias igualmente hermosas y dignas de atenta consideración han ocurrido también a realzar grandemente esta advocación preciosa, y son: primero, que ella está relacionada con otras de la más remota antigüedad y alta nombradía en la Iglesia, y segundo, que esta manifestación portentosa de la Virgen Santísima en el Ecuador es como la reproducción de una grandiosa escena bíblica que es tenida, en el Viejo Testamento, como uno de los tipos más claros y expresivos de la Virgen Madre.

La vetusta y veneranda pintura, atribuida por una respetable tradición cristiana al pincel del evangelista San Lucas, y las famosas advocaciones españolas de

Nuestra Señora de la Antigua y Nuestra Señora de Guadalupe, vienen a engranarse, por extraña y maravillosa coincidencia, con la historia de Nuestra Señora de la Nube, derramando sobre esta advocación americana de María, torrentes de esplendorosa luz acerca de la solicitud maternal infatigable desplegada por la Reina del Cielo en favor de la Iglesia católica, desde los tiempos de los Apóstoles hasta nuestros días, y desde los confines del Asia hasta el corazón del Nuevo Mundo. La devoción tan popular y universal del santo Rosario, tan ensalzada por la Santa Sede, y magníficamente embellecida con los triunfos más gloriosos de la Fe, halla también una prueba más de sus excelencias y sus frutos en la aparición de Nuestra Señora de la Nube.

Con ella hemos dicho que se liga el recuerdo de uno de los tipos más hermosos de la Virgen Santísima en el Antiguo Testamento, y así es, en efecto. "María, dice un escritor piadoso (1), tomó posesión de la montaña del Carmelo después de una grande y solemne ejecución de la Justicia Divina contra los enemigos de la fe. El profeta Elías acababa de dar muerte a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, a orillas del torrente Cisón que corre al pie del Carmelo; aquellos hombres de perdición, al seducir al pueblo de Israel, habían merecido que el cielo permaneciese cerrado durante tres años, conforme al mandato de Elías, y que la tierra, falta de lluvia y de rocío, se tornase estéril, como el corazón de los malvados.— Pero la destrucción de la impiedad iba a hacer descender de pronto la bendición del Cielo.— Cuando la espada de Elías, devoradora como el fuego, hubo acabado con los sacerdotes de Baal, el profeta dijo a Acab: "Vete a comer y a beber, porque oigo el ruido de una gran lluvia". Acab fue pues a comer y a beber. Elías subió a la cima del Carmelo y se postró en presencia del Señor. Después de haber orado, dijo a su criado: "Sube y mira al lado del mar". El criado subió y después de haber contemplado la tranquila inmensidad de las olas, volvió a decir al pro-

(1) **Vidas de Santos ilustradas**— por los Agustinos de la Asunción; en la historia de Nuestra Señora del Carmen, correspondiente al día 16 de Julio.

feta: "No veo nada". Elías le dijo: "Vuelve allá hasta siete veces". A la séptima vez, he aquí que surgió del mar una nubecilla, semejante a la huella del pie de un hombre. Ve, dijo Elías y dile a Acab: "Prepara tu carro y apresúrate a bajar para que no te sorprenda la lluvia". —En tanto que Acab, asombrado, miraba en torno suyo, se obscureció el cielo de pronto, amontonáronse las nubes, sopló el viento con violencia y cayó abundante lluvia. —En el oficio de Nuestra Señora del Carmen se dice que la nubecilla que se levantó del mar era la figura de la Virgen.— Porque, así como la nube se levanta del mar sin conservar la densidad ni la amargura de las aguas, del mismo modo se levanta María de la raza de los hombres, corrompida por el pecado, sin contraer ninguna de sus manchas.— Por esta razón la doctrina de su Inmaculada Concepción ha sido siempre objeto de veneración especial en la Orden del Carmen.— San Metodio, que vivía a fines del siglo III, dice que Elías fue instruido de un modo sobrenatural en lo relativo a estos misterios; que conoció en la señal de la nube la pureza de la Santísima Virgen y que se resolvió a imitarla de antemano". Tal fue el origen, según el Breviario romano, de la antiquísima y celebérrima Orden Carmelitana.

La magnífica visión de Elías en el Carmelo se ha reproducido en cierto modo, en el Ecuador; tal es la historia de Nuestra Señora de la Nube. Antes de narrarla, digamos algo acerca de las principales advocaciones con ella relacionadas.

II

NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA

El descubrimiento de América por Colón tuvo lugar poco después de la conquista de Granada por los Reyes Católicos; de aquí la importantísima parte que a la capital de Andalucía corresponde en aquel hecho colosal de la historia moderna: a ninguna ciudad española debe tanto el Nuevo Mundo como a la hermosa Sevilla. De ella nos vinieron infatigables misioneros,

de ella los primeros maestros de la Religión, de la ciencia y las bellas artes, que difundieron la luz de la civilización cristiana en América. En Sevilla se erigió la célebre *Junta Real*, con cuyos auxilios, dirección y consejos debían contar los Conquistadores; y el alma de aquella Junta fue el Deán de la Catedral hispalense, D. Juan Rodríguez Fonseca. Las catedrales de Quito, Lima y de otras de América reconocen por modelo suyo a la de Sevilla, y siguen hasta hoy sus usos y costumbres. De aquí que los sacerdotes y misioneros y conquistadores españoles hayan propagado de preferencia en este suelo las devociones sevillanas, una de las cuales y la más renombrada entre todas fue la de *Nuestra Señora de la Antigua*, que al presente casi ha desaparecido entre nosotros.

El Deán Rodríguez de Fonseca "Capellán devotísimo de esta Soberana Reina, dio muchas copias (de la santa Imagen de la Antigua) a los descubridores de estas Indias, para que les favoreciese, y que estas gentes ciegas, la primera especie que concibiesen de la Madre de Dios, y a la que primero, como tal adorasen, fuese a esta santísima advocación (1)... Y la verdad de que estas copias fueron conducidas desde un principio por los conquistadores, desde Sevilla, lo acredita un acuerdo tenido por el Ilmo. Cabildo de aquella metropolitana Iglesia Catedral, el día 26 de Febrero del año de 1524, cuyo contenido literal es el siguiente.— *En dicho día cometió el Cabildo al Señor Arcediano de Sevilla, y a Pedro Pinelo, fagan que en la cofradía de la Antigua ganen los perdones de ella, como se ganan en esta ciudad, en las Indias, en Yucatán y en todas las partes de Ultramar, fagan que les manifiesten los perdones que tiene la capilla e imagen; y si fuese menester dar las insignias, esto es, estampas y pinturas suyas, que las den y*

(1) Estas y las siguientes noticias, acerca de Nuestra Señora de la Antigua, extractamos de la **Vida del V. Siervo de Dios Fr. Francisco Camacho**, por el P. F. Domingo de Soria, impresa en Lima en 1778; Estos extractos son tomados del capítulo VI, que tiene por rubro. **Origen de la milagrosísima Imagen de Nuestra Señora de la Antigua.**

fagan todo lo que conviniere en este caso". Cristóbal Colón edificó una suntuosa capilla dedicada a esta santa Imagen, en la Catedral de Santo Domingo. Hernán Cortés fue celosísimo propagador de esta devoción en Méjico; colocó a Nuestra Señora de la Antigua en los principales templos y adoratorios aztecas, principalmente en aquel en que estaba levantado a honra del más famoso de sus ídolos. Los mejicanos admirando la alta estatura de la milagrosa Imagen, la llamaban la gran *Tecle Ciguata,* esto es, la Señora Grande de Castilla.

Igualmente que en Méjico era muy popular en todo el Perú y el antiguo reino de Quito la devoción que nos ocupa: no había iglesia donde no se venerase una Imagen con el título de la Antigua. Cuando Lima fue erigida en arzobispado por Breve de Paulo III, en 1544, el Deán de Sevilla, Dr. D. Juan Federegui, hizo sacar una copia exactísima de la milagrosa Imagen, y se la remitió a la Ciudad de los Reyes, para que la venerasen como la principal advocación de la Santísima Virgen en la nueva metrópoli; lo que se verificó en efecto, pues los capitulares dedicaron un riquísimo altar a la Madre de Dios, y pusieron todo empeño en honrarla con singular y fervoroso culto.

La hermosa y monumental Sevilla es muy conocida en la historia del arte cristiano por sus pasmosas y nunca bien alabadas pinturas. La Catedral solamente, prescindiendo de otras iglesias, monumentos y colecciones de particulares, contiene tan gran número de preciosidades en esta materia, que no es posible enumerarlas. "Algunos escritores propusiéronse enumerar tantas riquezas, y se sintieron impotentes ante el número y la valía de todas ellas. Y ¡cómo no, si las creaciones más admirables de Murillo, Campaña, Cano, Pacheco, Vargas, Zurbarán, Valdez, los Herrera, Montañez, Roldán, Delgado, y cien más, pródigamente repartidas, pasan allí, tal es su número, como objetos vulgares y baladíes, indignos de recibir otra luz que la semi-oscuridad que los envuelve en el recóndito rincón de una capilla solitaria! Preciso es conocer su existencia para sorprender su

mérito; y matar horas y más horas para hacerse débil cargo de una centésima parte de las preciosidades que atesora el edificio" (1). Y sin embargo la devoción popular no tiene por centro a una de las portentosas obras de Murillo o Zurbarán; obras de distinto carácter comparten el amor y la piedad de los sevillanos: *Nuestra Señora de los Reyes* y *Nuestra Señora de la Antigua* son las dos imágenes de la Santísima Virgen más afamadas en la Capital de Andalucía. La primera es una pequeña estatua de marfil que el rey San Fernando acostumbraba llevar suspendida en el arzón de su caballo, y a la cual se reconocía deudor de sus victorias; y por la gran devoción que le han profesado los monarcas españoles se la llama Nuestra Señora de los Reyes. Pero es más célebre aún que la anterior, y el tesoro principal de la Metropolitana hispalense, Nuestra Señora de la Antigua, acerca de cuya historia nos es necesario dar aquí una breve noticia.

Graves y concienzudos autores aseguran, de consuno con la tradición popular, que esta Santa Imagen se remonta a los primeros tiempos del Cristianismo; parece indudable que es anterior en mucho a la dominación gótica, por lo que se le ha dado generalmente el título de la Antigua, como a una de las primeras efigies españolas de la Santísima Virgen. Habíasele pintado en una pared de la Catedral de Sevilla, y allí fue venerada con singular devoción por toda la península hasta que llegaron los tiempos de la invasión agarena. Faltándonos los documentos históricos concernientes a esta época desgraciada, recordaremos algunas de las tradiciones populares relativas a Nuestra Señora de la Antigua (2).

Conquistada España por los Moros, Muza se apoderó de Sevilla, y Abdelasís, hijo del Conquistador, hizo pasar a cuchillo a gran parte de la población desgracia-

(1) **Viaje por Andalucía,** —por D. J. Olivares de la Peña.

(2) Los datos que consignamos aquí hemos tomado de una preciosa obrita del conocido escritor español, D. Manuel Polo y Peirolón, intitulada **Apuntes históricos sobre Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla.**

da de aquella mísera ciudad. Su hermosa Catedral quedó convertida en mezquita mayor: destruyéronse todos los objetos del culto católico, y empeñáronse especialmente en hacer desaparecer la Imagen veneranda de la Santísima Virgen. Raspáronla dos, tres y muchas veces; pero ¡oh portento!: no bien los musulmanes juzgaban haber terminado su obra, tornaba la santa Imagen a mostrarse más bella y resplandeciente que nunca. Dieron aviso de ello a Abdelasís, que fue en persona a enterarse de lo que ocurría; pero apenas el moro se presentó delante de la efigie maravillosa, cuando una fuerza extraordinaria obligó a que se arrodillaran él y todo su séquito; lo cual se repitió siempre que los infieles tornaban a su inicuo propósito. Finalmente se dieron por vencidos, y no hallaron otro arbitrio para hacer desaparecer la imagen de la Santísima Virgen, que cubrirla con una pared maciza de piedra. Sin embargo, por un nuevo favor del cielo, muchos católicos sevillanos lograron la dicha de seguir contemplando a su hermosa Reina, cual si el muro que la cubría fuese sólo una lámina del tersísimo cristal.

Con tan grandes y repetidos prodigios el recuerdo de Nuestra Señora de la Antigua permaneció indeleble en la memoria y el corazón de los cristianos mozárabes. Llega con esto el siglo XIII. "Sevilla gime aún bajo la ley del Korán; pero hay indicios de que la justicia divina está plenamente sastifecha. Un santo ciñe las coronas de León y Castilla, y empuñados ambos cetros por el valor y la virtud, los sectarios del Islam se creen amenazados de muerte. El paredón con que Abdelasís mandó cubrir la sagrada pintura de Nuestra Señora de la Antigua despide rayos de resplandor, que los hijos del profeta tienen por presagio de su ruina. Vanos son sus sudores para volver a cubrirla, y el sabido prodigio de quedar involuntariamente arrodillado todo infiel que osa mirarla se repite de nuevo".

Efectivamente por este tiempo emprendió San Fernando la reconquista de Sevilla, movido según se dice por una visión maravillosa; pues, mientras oraba cierta

ocasión, se le apareció San Isidro, y le advirtió ser voluntad de Dios que recobrase del poder de los infieles aquella ilustre ciudad, sede un día de su glorioso arzobispado. El 20 de Agosto de 1247 se presentó el santo Rey a las puertas de Sevilla, y puso a todo su ejército y la obra heroica en que iba a emprender bajo la soberana protección de Nuestra Señora de la Antigua. Ardía el piadoso Monarca en deseos de conocer y venerar la maravillosa Imagen, y el Cielo satisfizo sus ansias colmadamente, aun antes de la toma de la ciudad, como refiere la tradición; pues en medio de un éxtasis fue el Santo conducido por una guardia de ángeles a las plantas de la portentosa Efigie, y después de haberla venerado a su sabor regresó al campamento, sin que los Moros hubiesen podido nada contra la persona del augusto guerrero. Finalmente "el 23 de Noviembre de 1248 capitularon los moros sevillanos, y el 22 de Diciembre, las huestes cristianas, conducidas en procesión por sus Prelados, siguieron al Rey desde su campo a la gran mezquita, que ha venido a ser una de las más hermosas Catedrales del mundo".

No solamente San Fernando, muchos otros reyes de España han profesado devoción grande y marcada a Nuestra Señora de la Antigua. D. Fernando, llamado de Antequera, instituyó en su honor una Orden de caballería; el emperador Carlos V la amaba con singular ternura, y propagó su culto en Alemania, como remedio contra la herejía protestante. Antes de él los reyes católicos, Fernando e Isabel, se distinguieron por su celo en honrar a la celebérrima Imagen.

Cosa digna de notarse, en esta sorprendente historia, es que la América del Sur despertó del sueño del paganismo a la vida de la Fe, al contacto, por decirlo así, de Nuestra Señora de la Antigua. Sabido es que de todo este rico y vasto Continente no fue, por muchos años, conocida de los españoles otra porción de tierra que Panamá: la exploración del Mar del Sur era en aquel entonces un problema por resolverse. Ahora bien, el Catolicismo se implantó en aquella porción de tierra su-

damericana a la sombra protectora de la Reina milagrosa de Sevilla. "En Panamá la primera Misa que se celebró, año de 1513, fue en honor de Nuestra Señora de la Antigua; a su intercesión debió el bachiller Martín Fernández de Enciso la conquista del país, en el que le erigió un templo, elevado después a Catedral por bula de León X, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Antigua" (1).

En vista de esto no será de admirar que en la América del Sur se hayan verificado raros y estupendos prodigios de Nuestra Señora de la Antigua. Uno de ellos tuvo lugar en Lima con el gran Siervo de Dios, Fr. Francisco Camacho. Venerábase, como se ha insinuado antes, en la metrópoli del Perú, desde 1544, una hermosa y fiel copia de Nuestra Señora de la Antigua, colocada en "la capilla principal (de la Catedral) al respaldo del Coro, por la parte que da frente a la plaza, en un curioso y costoso retablo de primorosa talla, adornado de un soberbio arco, mallas, marialetas, atriles y frontal de plata ardiendo continuamente tres grandes lámparas de igual metal, y teniéndolo todo con el mayor primor, aseo y curiosidad", debido esto a la piedad de los Canónigos y al celo de la Real Universidad de San Marcos, esto es, de sus estudiantes y doctores, los que recibían "la borla ante esta Divina Señora, reconociéndola propicia, y confesando deberse a ella la reducción de este vasto imperio al Evangelio". (2) Por la singular devoción con que por todos era visitada la santa Imagen, celebrábanse diariamente misas en su altar desde el alba hasta el mediodía, siempre con concurso extraordinario de gente. A mediados del siglo XVII un joven español que había profesado por varios años la carrera militar, resolvió de súbito dejar el mundo y consagrarse a Dios, movido por un sermón del V. Padre Francisco del Castillo. Lleno de tan santos propósitos entró el joven en la Cate-

(1) Polo y Peirolón, en la obra ya citada.

(2) Vida del V. Camacho.— Actualmente el altar de Nuestra Señora de la Antigua hállase colocado en la Catedral de Lima, en una de las capillas que se abren en la nave correspondiente al lado del evangelio.

dral para asistir al santo Sacrificio de la Misa ante el altar de Nuestra Señora de la Antigua; pero ¡oh dolor! encontró por esta vez el altar desierto, no había quien ofreciese en él a la Divina Víctima; y era un día de fiesta. Desconsolado el piadoso mancebo alzó sus ojos a la Imagen de María, y quejándose amorosamente la dijo: "¿Es posible, Madre y Señora dulcísima, que no ha de haber hoy Misa en tu altar?" Al punto la Sagrada Efigie le contestó con voz sensible y clara: "Espera, hijo, tendrás Misa". Entonces el Niño Jesús descendió de los brazos de su Madre Santísima, y transformándose en varón perfecto revistióse de ornamentos sacerdotales; en seguida "púsose a decir Misa en el mismo altar, ayudándosela los apóstoles y evangelistas San Juan y San Mateo; los cuales del mismo vino que habían propinado en el cáliz, le dieron a beber, con lo que quedó tan dulcemente enajenado de sus sentidos, como el alma santa en los Cantares". Aquel éxtasis hizo del dichoso joven un verdadero santo. Desde ese momento principió la heroica vida del venerable siervo de Dios Fr. Francisco Camacho, a quien la Iglesia peruana espera ver muy pronto colocado en los altares; enloquecido con aquel vino misterioso, salió el imitador admirable de San Juan de Dios dando gritos, y como fuera de sí, por las calles de Lima, y se entregó tan de veras a la perfección cristiana que alcanzó ser uno de los más hermosos prodigios de santidad que la América ha poseído (1).

Hacia fines del mismo siglo otra maravilla, que parece debemos atribuir a Nuestra Señora de la Antigua, ocurrió en Quito, y vino a demostrar elocuentemente la singular predilección con que la Reina del empíreo ha acogido al Nuevo Mundo. Este suceso extraordinario es la aparición de Nuestra Señora de la Nube, suceso durante el cual fue trazada por mano de ángeles y en el terso azul del firmamente la imagen sevillana de María Santísima, para dicha, gloria y consuelo de la hoy República del Ecuador. Pero antes de narrar este pere-

(1) Ib. cap. V.

grino portento, tratemos primero de conocer la santa Efigie que de modo tan hermoso fue dibujada en nuestro cielo.

III

LA VIRGEN DE SAN LUCAS

La imagen más célebre de la Santísima Virgen en todo el orbe católico es, sin duda alguna, la que con el título de San Lucas, por reputarse obra de este evangelista, se venera en la gran basílica liberiana de Santa María la Mayor, en Roma. Autores ligeros han pretendido probar que esta famosa pintura venía sólo de la Edad Media, pero una crítica más diligente y sabia ha demostrado que aquel simulacro precioso no puede traer su origen de la Edad Media, sino de los tiempos primitivos del Cristianismo; por tanto, mientras no se compruebe lo contrario, la tradición de tantos siglos permanece en su derecho para continuar atribuyendo aquella pintura admirable al Evangelista de María.

Existen en diferentes países varias copias de este cuadro, como la del santuario popular de Bolonia, conocido con el nombre de Nuestra Señora de la Guardia: una de estas copias es la imagen de Nuestra Señora de la Antigua, según lo asegura el autor de quien tomamos estos datos (1). "Si se observa bien esta pintura (la de Sevilla), se conocerá, dice, en la semejanza de cuerpo y rostro de tan prodigiosísima efigie la identidad que guardó con aquella (la Virgen de San Lucas);... y así el que la cotejare con el original del Evangelista, hallará en cuanto lo permite la simetría de mayor estatura, una gran semejanza en las facciones, aire del rostro, postura del manto, movimiento del cuerpo, modo de sostener al niño, y aspecto de la vista; encontrando sólo la

(1) El P. Soria, en la Vida del V. Camacho.

diferencia en el color del traje, pues el de la primera (la pintura de San Lucas) es tal, cual lo usó la Virgen en esta mortal vida, llano y sin adornos, y el de la segunda está floreado y guarnecido de oro". En apoyo de esta opinión algunos pintores representan a Nuestra Señora de la Antigua en el fondo de la fachada esbelta y grandiosa de la basílica romana de Santa María la Mayor. ¡Cosa verdaderamente providencial y digna de ser meditada: cómo tienen forzosamente que referirse a Roma las tradiciones primeras y más venerandas de todos los pueblos católicos!

Nuestra Señora de la Antigua es de estatura mayor de la ordinaria, esto es, un tanto agigantada: siguiendo probablemente la costumbre de los Romanos, que figuraban sus personajes más famosos en formas colosales, como se ve en las estatuas de los dioses y emperadores. Lleva un manto blanco guarnecido de oro; pues las vestiduras cándidas eran igualmente insignia de nobleza, majestad y gloria. En la mano derecha tiene una rosa, y con la izquierda sostiene y estrecha al Niño Jesús. El Divino Infante vestido con amplia y graciosa túnica, mira al pueblo con dulce y sereno rostro; está en ademán de bendecir con la diestra, y con la siniestra estrecha un pajarillo, como si se entretuviese en jugar con la simple y tímida avecilla. La estatura agigantada, el manto blanco, la rosa en la diestra de la Virgen, y el pajarillo en la siniestra del Niño, son detalles por los que se diferencia la imagen de la Antigua del cuadro de San Lucas. Además, la Virgen sevillana está cercada por tres ángeles;el uno le sirve de peana, y los otros dos están en actitud de ceñirla con imperial corona (1). Esta Imagen tan hermosa, y de un origen tan augusto, es la

(1) El Señor Polo y Peirolón,, en la obra que venimos citando, dice que la Efigie de la Antigua lleva una diadema en que se leen "unas letras romanas de ejecución perfecta, lo cual prueba que es anterior a los godos, pues estos usaban de signos muy groseros"; asegura también que "algunos autores atribuyen esta imagen al evangelista San Lucas". Aunque la primitiva catedral de Sevilla ya no existe, el trozo de la pared en que está la maravillosa pintura se ha conservado con grandísimo esmero, a través de todas las edades, y es el mejor adorno de la catedral magnífica de nuestros días.

que dibujaron y esculpieron los ángeles, el 30 de Diciembre de 1696, ya no en paredes de ladrillo, sino en el templo de la creación, sobre el terso azul de los cielos, dentro del horizonte de Quito; es decir, hacia la región media del Nuevo Mundo, en el grandioso domo formado por nuestros gigantescos nevados y la bóveda celeste iluminada con la llama de los volcanes y el esplendor de los astros que, como se expresa Humboldt, parece que en el Ecuador brillan con luz más intensa que en lo restante del orbe.

Tal es la aparición de Nuestra Señora de la Nube, ocurrida al canto melodioso y suave del Ave María. De modo que en este hecho portentoso han concurrido, como si se hubiesen dado cita, las tradiciones más venerandas de Roma y España acerca de la Santísima Virgen, con la devoción del Rosario, la más hermosa y popular de las Edades media y moderna; y todo esto en la ciudad más alta del globo, bajo el espléndido cielo ecuatorial.

IV

APARICION PORTENTOSA OCURRIDA EL 30 DE DICIEMBRE DE 1696

De varias y hermosas maneras había demostrado la Santísima Virgen, a la colonia española formada del antiguo reino de los Shyris, haberla acogido bajo su soberana protección. Las célebres imágenes llamadas del Quinche, Guápulo, el Cisne y otras manifiestan esta verdad. ¿Qué más podía exigirse de la Divina Madre en favor de esta pobre tierra ecuatoriana?... Pues, sí, restaba aún que la Inmaculada Virgen se ostentase a la faz de una ciudad entera, a los resplandores del día; no en el silencio de una ermita o la soledad de una roca, sino en la capital de la República y en la mitad de su cielo; no para atender solamente los gemidos de una alma atribulada, sino para acoger bajo su manto maternal al Clero, las Autoridades y el Pueblo todo: faltaba que la Reina augusta del Empíreo se declarara explícitamente

Reina de esta Nación, y tomara posesión de sus dominios con cetro en mano, y corona imperial en las sienes ¿Es esto exigir demasiado? Pues es precisamente lo que de admirable modo se realizó en la auténtica y prodigiosísima aparición de Nuestra Señora de la Nube.

A fines de 1696 hallábase gravemente enfermo, en Quito, uno de sus más dignos Obispos, el Ilmo. Sr. Dr. D. Sancho de Andrade y Figueroa, "de un achaque de *dolor de costado y tabardillo,* en tanto aprieto y desconfianza de su vida, a juicio de los médicos", que ordenaron éstos recibiese el Prelado los santos sacramentos, como lo hizo efectivamente el viernes 28 de Diciembre del expresado año. Era el Ilmo. Señor Andrade muy amado de su pueblo, por las preclaras dotes y virtudes que le adornaban. Un cronista del siglo pasado hace de él el siguiente elogio: "Fue este Prelado vigilantísimo en su gobierno, y especialmente en las visitas; destruyó vicios, reformó costumbres, puso en gran disciplina los monasterios. Son admirables los autos de buen gobierno que proveyó, y constan en varias iglesias y lugares del Obispado" (1).

Profundamente contristados los habitantes de Quito, por la enfermedad de su Pastor, resolvieron acudir al supremo de los recursos, la oración. Era muy afamada entonces la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que, con el título de *Guápulo,* se veneraba hasta hace poco en el pueblecillo de este nombre; (2) "Imagen, dicen las informaciones recibidas acerca del suceso que

---

(1) **Documentos literarios del Perú colectados por D. Manuel de Odriozola.** —Tomo 4, en la Crónica de los Obispos de Quito.

(2) Guápulo está a una hora de Quito, en un lugar algo sombrío, pero que no deja de ser pintoresco, principalmente por la hermosa iglesia que le adorna. Esta iglesia estaba dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, copia de la célebre imagen española de este mismo título, no de la de Méjico. La prodigiosa estatua era del mismo tamaño y forma que la del Quinche; se referían de ella grandes y portentosos sucesos, como lo atestiguan hasta hoy los varios cuadros que adornan el santuario. Desapareció esta imagen devorada por un incendio ocurrido en el templo de Guápulo, a mediados de este siglo. Véase lo que acerca de todo esto decimos en la noticia precedente acerca de Nuestra Señora de Guápulo.

nos ocupa, Imagen de la mayor devoción en estos Reinos, por los muchos prodigios que por medio de esta Santa Imagen ha obrado su Divina Majestad". Al día siguiente en que el Obispo recibió los postreros sacramentos, esto es, el 29 de Diciembre, fue trasladada la veneranda Efigie desde su santuario de Guápulo a la iglesia catedral, entre numeroso concurso de fieles que con lágrimas y gemidos pedían a la Santísima Virgen la salud de su Prelado. El Canónigo Doctoral y Vicario General de la Diócesis, Dr. D. Pedro de Zumárraga, dispuso con igual fin, se celebrase en la Catedral una piadosa rogativa. Acostumbrábase por aquel entonces, en Quito, rezar solemnemente el Rosario, a cuyo intento de las principales iglesias de la ciudad salía una procesión en el día de la semana que estaba determinado a cada una; los domingos habían sido asignados a la Catedral por auto del mismo Ilmo. Andrade y Figueroa.

El domingo 30 de Diciembre de 1696, tanto por razón de la rogativa como de la costumbre últimamente indicada, salió por la tarde, de la Catedral, la procesión del Santo Rosario, a la cual concurrió multitud extraordinaria de personas, y entre ellas varias de las más distinguidas de la ciudad, tales como el Presidente de la Real Audiencia, D. Mateo de la Mata Ponce de León, el Corregidor y Justicia Mayor de Quito, General D. Pedro García de la Torre, el Fiscal de la misma Real Audiencia, Licenciado D. Ignacio de Aibar y Eslaba, el Canónigo Maestrescuela, Dr. D. Luis Matheu y Sanz, y otros. Serían entre todos como quinientas personas, dicen las informaciones. Iban cantando las preces del Rosario, con tono pausado y grave, y con el fervor que puede suponerse, dado el grande empeño que tenían en conseguir la salud del Obispo, que se hallaba a los últimos de la vida. Eran las cuatro y tres cuartos de la tarde cuando la procesión atravesaba la plaza de San Francisco; gran parte del piadoso concurso había desembocado ya por la calle que va hacia el templo de Santa Clara, y la restante se hallaba aún en la extremi-

dad del atrio contigua a la iglesia de Cantuña (1): iba también a descender la ancha escalinata de piedra que hay en este sitio, cuando se hizo señal con la campanilla para que se arrodillasen a cantar el *Gloria Patri*. Hiciéronlo así todos; a cuyo tiempo un sacerdote, el Licenciado D. José de Ulloa y la Cadena, Capellán del monasterio de la Limpia Concepción la real de Quito, dirigiendo su vista hacia el oriente, divisó en la región media del aire, una visión maravillosa; lleno de intenso júbilo principió entonces a clamar: "¡La Virgen, la Virgen!" señalando con la mano el punto del cielo donde se ostentaba aquel magnífico prodigio. A lo último de la procesión iba el coro principal de los cantores llevando el guión, en el cual había pintada una Inmaculada; en torno del guión marchaban las personas más distinguidas de todo el concurso. A las voces del presbítero de Ulloa y la Cadena pusiéronse en pie el Presidente de la Real Audiencia y el Corregidor, y volviéndose, así ellos como los demás que a su lado estaban arrodillados, hacia el punto que se les señalaba, contemplaron estupefactos que flotaba en el aire una colosal imagen, muy perfecta de la Virgen Santísima, formada de una blanca y transparente nube: llevaba corona en la cabeza, en la mano derecha un ramo de azucenas a manera de cetro, y con la izquierda sostenía al Niño Jesús, hacia quien tenía dulcemente inclinado el rostro. Asemejábase mucho esta aparición a Nuestra Señora de la Antigua, tanto en lo agigantado de la estatura y la actitud del cuerpo, como en la forma de las vestiduras.

Al parecer, la maravillosa imagen estaba como a dos leguas de los espectadores, en dirección del palacio episcopal y los pueblos de Guápulo y el Quinche; siendo estos dos últimos los santuarios de la Santísima Vir-

(1) El antiguo espaciosísimo Convento de San Francisco de Quito remata en tres iglesias paralelas, la de San Francisco, que está al norte, la de San Buenaventura (que se llama hoy San Carlos y pertenece a las Hermanas de la Caridad) que está al medio, y la de Cantuña, perteneciente a los Terciarios Franciscanos, que está al sur; todas tres iglesias abren sus puertas hacia el atrio vasto y hermoso que tienen delante, limitado por un alto y macizo pretil; la procesión había pasado frente a todas tres iglesias, por la mitad del atrio.

gen más célebres entonces en Quito. Atónitos y llenos del más intenso júbilo contemplaron los concurrentes aquella manifestación inesperada y sorprendente de la Reina de los cielos. Duró la visión por bastante espacio de tiempo, esto es, mientras se cantó con tono lento y pausado el Gloria Patri, se anunció el tercer misterio del Rosario: la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y continuó cantándose todo el Padre-nuestro y principios del Ave-María. Durante todo este tiempo permaneció aquel celeste simulacro sin alteración ninguna, hasta que una nube densa y obscura que le servía de peana, se levantó de la base, y a manera de un velo cubrió súbitamente a la imagen maravillosa, que se ocultó al punto y desapareció de la vista de aquel ferviente y piadoso pueblo. Sintióse luego en la ciudad un viento impetuoso y fuerte que pasó como un huracán. La tierna piedad y dulce compunción que experimentaron en lo profundo del alma todos los allí presentes fueron extraordinarias e indecibles: quedaron persuadidos íntimamente de que el cuadro hermoso que acababan de admirar no era un fenómeno del orden físico, sino una visión sobrenatural.

Terminada la procesión, las personas principales que habían intervenido en ella acudieron inmediatamente, en ese mismo día, al Vicario General de la Diócesis, a darle cuenta de lo ocurrido. Este prelado que, como lo hemos dicho ya, era el Canónigo Doctoral Dr. D. Pedro de Zumárraga, ordenó que se recibiese una información minuciosa de lo ocurrido, en la cual bajo la gravedad del juramento prestaron sus declaraciones el Presidente de la Audiencia, y otros testigos de los más calificados, hasta el número de once. Todos con admirable concordancia e ingenuidad expresaron lo que habían visto, ponderando la dicha incomparable que les había cabido en suerte, de presenciar uno de los mayores prodigios que se hayan verificado jamás en el suelo americano.

El portento de la Nube fue confirmado por la curación inesperada y rápida del Ilmo. Obispo Andrade y Figueroa; pues desde el momento preciso de la apari-

ción comenzó a mejorarse de su enfermedad, tan felizmente, que en pocos días quedó del todo sano, y vivió seis años más sin novedad alguna en su salud. Era devotísimo de la Santísima Virgen en las dos renombradas advocaciones de Guápulo y el Quinche; el santo Rosario era la práctica de piedad de su especial predilección, como lo demuestra el uso establecido por aquel Prelado de salir todos los domingos de la Catedral la procesión arriba mencionada. La augusta Madre de Dios premió generosamente a este su celoso siervo favoreciendo, durante su Obispado, a Quito con dos famosas y auténticas apariciones, la de la Nube, y la de Nuestra Señora del Amparo, ocurrida dentro del monasterio de Santa Clara; y concediéndole a él mismo una santa y dichosa muerte. El cronista antes citado la refiere en estos términos: "Después de su acertado gobierno, el día 2 de Mayo de 1702, estando enfermo en cama rezando el Rosario a la Reina de los ángeles y hombres, a las dos de la tarde, en el segundo misterio lo llevó su amante devota María a descansar en paz".

V

APRECIACIONES CRITICAS DEL SUCESO

La verdad del acontecimiento maravilloso que nos ocupa consta de la *Información canónica* recibida al respecto por el correspondiente Prelado eclesiástico, información cuyo proceso original y auténtico se conserva hasta hoy en el archivo arzobispal de Quito; en ella declaran como testigos presenciales hasta once personas, muchas distinguidísimas por su elevada jerarquía social, y notables todas por su honradez y piedad; el Presidente de la Real Audiencia, el Corregidor, las primeras autoridades de los órdenes civil, político y militar, el Canónigo Maestrescuela, un religioso cartujo, tales son los deponentes. Es imposible, pues, reducir a duda un hecho tan claro y magníficamente testificado. Pocas manifestaciones sobrenaturales de la Madre de Dios habrá tan rigurosamente comprobadas como la presente.

Las declaraciones son unánimes, en cuanto al hecho de la aparición, la semejanza de ella con la imagen de Nuestra Señora de la Antigua, y demás circunstancias principales del suceso. Nótase es cierto, a primera vista, algunas diferencias en los detalles; pero esas mismas diferencias demuestran la verdad del acontecimiento, pues se ve que los testigos no se han confabulado cual si trataran de hacer triunfar una impostura, sino que se expresan con sinceridad; esto es, aunque de distinta manera en la forma, concordes todos en el fondo. Así algunos dicen que la aparición se manifestaba en dirección de los pueblos de Guápulo y el Quinche; otros, del palacio episcopal; otros del templo de la Compañía; pero es de advertir que todos cuatro puntos se hallan en la misma dirección. También se nota, pesando bien aquellas pequeñas variantes, que el espectáculo fue uno mismo para todos, empero de manera que cierto incidente llamó más la atención de este testigo, y aquel del otro; resultando precisamente de esta diversidad de detalles, la unidad armoniosa y completa del cuadro.

Admitida la verdad del suceso, resta la dificultad de calificarlo. Personas ha habido, y no poco ilustradas, que han temido contar este hecho entre los portentos de la Santísima Virgen, juzgando que aquella aparición fue simplemente un efecto de espejismo, o una forma rara, sí, pero muy natural tomada casualmente por las nubes, y perfeccionada quizás por la imaginación exaltada de los espectadores. Ambas hipótesis son tan gratuitas como temerarias; para combatirlas y deshacerlas basta leer desapasionadamente los procesos. No puede admitirse la primera, porque ninguno de los testigos habla de refracción de luz en la atmósfera, de espectro luminoso, ni cosa semejante; todos dicen haber visto una nube contorneada, a modo de una estatua, que representaba a una imagen de la Santísima Virgen, la de la Antigua, que se veneraba en una capilla interior de la Catedral. ¿Cómo podía tener lugar el espejismo en tales circunstancias? ¿Sería aquello una conformación rara y casual de las nubes? ¿Pero una imagen tan acabada y perfecta de la Santísima Virgen con el Niño Je-

sús en los brazos, un ramo de azucenas en la mano derecha, vestida con amplio y majestuoso ropaje, descansando sobre una peana, y en actitud tan peregrina y artística, todo esto podrá nunca ser obra de la mera casualidad?... Casuales podrían ser entonces las mejores obras atribuidas a Rafael o Miguel Angel. La imagen de Nuestra Señora del Buen Consejo aparece repentinamente pintada en las paredes de un templo, en Italia; y esto es, al punto, reconocido por todos como un milagro; lo es igualmente cuando se muestra dibujada la Santísima Virgen en la tilma de Juan Diego, en la aparición de Guadalupe: ¿será menos admirable la imagen de la Madre de Dios trazada por los ángeles en una nube, que pintada en una pared o sobre tela? Tampoco puede imputarse el suceso a la imaginación exaltada de los espectadores; porque si ello es posible en alguno, es difícil en dos, e imposible tratándose de un numeroso y respetable concurso. El Fiscal de la Real Audiencia, Aibar y Eslaba, declara que cuando oyó clamar "¡la Virgen! la Virgen!", pensó que se hablaba de alguna efigie, que en esos momentos se llevaba por las calles; que preocupado por esta idea llevaba la vista de aquí para allá, cuando halló de súbito en el cielo lo que vanamente buscaba en la tierra. La imaginación de los espectadores no estaba, pues, predispuesta en favor sino en contra del portento: a nadie se le habría ocurrido colocar en las nubes lo que no se había figurado todavía ni sobre el suelo.

Una sola circunstancia atestiguada en el proceso basta para desvanecer por completo estas hipótesis, y vindicar victoriosamente para el hecho que nos ocupa su carácter de sobrenatural y milagroso. La aparición de Nuestra Señora de la Nube no fue vista por todos los que la quisieron ver, sino única y exclusivamente por los que iban formando la procesión del Rosario; de manera que cuando algunos religiosos de San Francisco, y entre ellos el Guardián, se asomaron a las ventanas de las celdas que daban hacia el atrio, y se informaron del prodigio que ocurría en esos momentos, por esfuerzos que hicieron no lograron jamás contemplar la imagen mara-

villosa que los de la procesión les señalaban como visible y manifiesta a todos. Fue pues aquello una insigne gracia concedida sólo a los que cantaban el Rosario; y aún entre éstos hubo unos pocos que no la consiguieron, quizás por la escasa o ninguna devoción que llevaban; las demás personas de dentro y fuera de la ciudad no tuvieron ni sospecha del maravilloso acontecimiento, y eso que fue sobremanera extraordinario y magnífico, según se colige de las vivas y entusiastas expresiones de los declarantes. "Dicha visión, confiesa uno de ellos, le ha causado mucha devoción por haber sido cosa tan espantosa y memorable"; otro dice haberle dejado lleno de estupor "escandalizándose de haber visto a la Madre de Dios, Señora Nuestra, premeditando se aparecía dicha visión por medio de rezarse el santo Rosario". De todo lo cual se deduce que el hecho de que tratamos no fue resultado del espejismo, ni nube que se presentara de tal o cual forma, ni ningún otro fenómeno de la naturaleza, sino un suceso superior a las leyes del orden físico, una visión verdaderamente sobrenatural y milagrosa de la Santísima Virgen. No fue visión puramente imaginaria sino real, esto es, contemplada con los ojos, y a esta clase de visiones las califica Santo Tomás de verdaderos milagros. Explica esto por qué entre las personas que presenciaron el prodigio, unas veían la celestial imagen con rara perfección y claridad, y otras no alcanzaban a mirarla sino como un bosquejo; cada una a proporción del recogimiento, compostura, piedad y devoción que observaba en aquella solemnidad.

Finalmente es indudable que las primeras autoridades eclesiásticas de la Colonia, después de recibidas las informaciones, reconocieron en lo acontecido un milagro, una verdadera aparición de la Santísima Virgen; pues tanto el Obispo de Quito como el Arzobispo de Lima permitieron la publicación del prodigio y autorizaron el culto de Nuestra Señora de la Nube, como consta de lo que se dirá más adelante.

VI

FORMA VERDADERA DE LA APARICION.

Reconocido ya el carácter sobrenatural y milagroso de la Aparición, brota inmediatamente un vivo deseo de conocerla, y una santa envidia de los que la contemplaron con los propios ojos, en el cielo espléndido de Quito, el día 30 de Diciembre de 1696. Las declaraciones de la *información* no son tan minuciosas que digamos, pero tienen sencillez y claridad; nos valdremos, pues, de sus palabras textuales, y con ellas tendrá el lector una pintura, si no del todo perfecta, algo aproximativa de la maravillosa visión.

Coloquémonos ante todo, en el atrio elevado y espacioso de San Francisco, en su extremidad sur, teniendo a las espaldas las iglesias de Cantuña y San Buenaventura (1), y, a unos cuantos pasos más a la izquierda, la fachada imponente y grandiosa del templo dedicado especialmente al Patriarca seráfico, y dirijamos desde aquí la vista hacia el Nordeste, más allá de la plaza que se encuentra a continuación del atrio. Frente por frente tenemos un ángulo de la misma, y asomando entre él la esquina occidental del Colegio de la Compañía de Jesús, coronado por la cúpula y torre del hermoso templo de este nombre. Luego otras torres y otras cúpulas resaltando entre un mar de tejados ya rojizos, ya grises, limitados por las verdes y graciosas colinas del *Ichimbía* y la *Chilena,* cuyas cimas ligeramente onduladas ciñen como un marco esta parte de la Capital ecuatoriana. Allá en lontananza, en último término, las altas y azuladas crestas de la cordillera oriental, e incrustados en ella a trechos, como diamantes gigantescos, el Cayambe y otros nevados. Son las cuatro y tres cuartos de la tarde:

(1) Ignoramos la época en que se construyeron el atrio de S. Francisco y los templos de Cantuña y S. Buenaventura; pero en una pintura antigua de la Iglesia de Guápulo, se ve el atrio y el santuario de Cantuña figurados en el cuadro de Nuestra Señora de la Nube.

el sol declina hacia el ocaso, y desde los riscos del Pichincha que se levanta a nuestra espalda, derrama torrentes de luz sobre el pintoresco y encantador panorama que tenemos delante. Este es el cuadro de la escena maravillosa que va a desplegarse a nuestros ojos. Oigamos a los testigos que bajo la fe del juramento van a declararnos lo que han visto.

"En la región media del aire, sobre los pueblos del Quinche y Guápulo, (apareció) la Virgen María, Sacratísima Madre de Dios y Señora Nuestra, en pie y de cuerpo agigantado, coronada: (tal) que se podía ver de distancia de dos leguas, tenía un cetro grande en su mano derecha, (formado de) un ramo de azucenas; y en el brazo izquierdo a su preciosísimo Hijo, inclinado el rostro para él, si bien vuelto el cuerpo derechamente a la ciudad; (la santa Imagen estaba formada) de una nube blanca y clara; (el oidor Aibar y Eslaba dice: formada de nubes tan transparentes y blancas como nunca las había visto); a espaldas (de la Imagen) campo azul celeste, y a los lados muchas nubes gallardas y bien dispuestas" (1). La celestial Aparición estaba "en pie sobre una nube densa que le servía de trono (2), y daba aire a Nuestra Señora de la Antigua, según su retrato (que existe) en diferentes lugares del Reino (de Quito)". El Presidente de la Audiencia declara que tiene uno de estos retratos en su palacio; y el Maestro Miguel Jiménez: que todos los que han visto la Aparición están de acuerdo en que ésta se asemejaba a la imagen de Nuestra Señora de la Antigua "pintada y colocada en la santa iglesia catedral (de Quito) en el altar y capilla (de) fundación de los Figueroas". Convenían entre sí las dos imágenes en lo agigantado de la estatura, el aire, expresión de actitud, y forma del ropaje " si bien el vestuario que por la parte inferior se formaba de la misma nube, era más ancho que la superior (en lo cual la Aparición se asemejaba a las efigies de) la Virgen Santísima del Quinche o de Guápulo, porque así visten estas santísimas imá-

(1) Declaración del Presidente de la Audiencia.
(2) El presbítero Ulloa y la Cadena.

genes" (1); advirtiéndose que Nuestra Señora de la Nube "estaba vestida naturalmente, sin follaje" (2), es decir, sin adornos, bordados, ni pliegues en el manto y la túnica. La santa Imagen despedía de sí "iluminaciones resplandecientes" (3), y era tan acabada y completa que el Capitán Antonio de Ascencio declara que "reconoció que la corona que tenía puesta (la celestial Aparición) estaba esmaltada con piedras muy preciosas, de mediano tamaño y de innumerables colores; y el rostro (de ella tan perfecto y hermoso que vio y divisó este declarante distintamente ojos, nariz y boca, tan claro que no tiene razones como ponderarlo... y que el vestuario de la Imagen (aunque sencillo y natural, era sin embargo tan hermoso a la vista que) daba a entender ser de tela muy rica según las aguas y labores que (en él) había". Según el religioso cartujo, la Imagen "tenía el pelo muy volado que tiraba a toca, formada de una nube blanca y clara medio aplomada". Era, pues, la Efigie maravillosa, perfecta y bella sobremanera, y estaba vestida o "cubierta de dicha nube clara y resplandeciente" (4) a modo de un blanquísimo armiño. "Al lado izquierdo de Nuestra Señora estaba a sus pies un hombre vestido con manteo, puesto de rodillas, las manos juntas, y la cabeza inclinada hacia el pueblo del Quinche; (este bulto) estaba formado de nube" (5), y llevaba en la cabeza un algo parecido a "cogulla o mitra" (6).

Esta es la pintura que las Informaciones nos han dejado de Nuestra Señora de la Nube. Nada nos dicen de la forma del Divino Niño; pero dada la semejanza de la Aparición con las Imágenes de la Antigua, Guápulo y el Quinche, no es arbitrario suponer que el Infante Divino tendría la mano derecha en actitud de bendecir al pueblo, el rostro vuelto a su Madre Santísima, y el ves-

(1) El Fiscal Aibar y Eslaba.
(2) El Maestre de campo Solá y Ros.
(3) El presbítero Ulloa, y el Capitán Ascencio.
(4) El escribano Baltasar Maldonado de Mendoza.
(5) Ulloa y la Cadena.
(6) El hermano lego de San Bruno, Francisco de Mendoza Villaseñor.

tuario y demás detalles poco más o menos como en los simulacros antedichos.

Por lo demás, la Visión hermosa de la Nube, aunque en parte nos recuerda a las famosas Efigies españolas de Guadalupe y la Antigua, no fue sin embargo reproducción completa de ninguna de ellas. Como un pintor hábil y prudente que se inspira ya en esta, ya en aquella obra maestra, para trazar otra nueva, así el artista celestial que en un celaje formó la maravillosa imagen que nos ocupa, bien que regalándonos con un cuadro singularmente original y magnífico, ha querido al mismo tiempo darnos en él un recuerdo y un como reflejo de las más célebres efigies de la Santísima Virgen en todo el orbe católico. ¡Gracias incesantes sean tributadas al Cielo por tantas misericordias acumuladas en un solo acontecimiento, a favor de nuestra República! El Divino Niño que en brazos de su Madre Santísima vino a tomar posesión, en forma tan solemne, del pueblo que un día había de llamarse la *República del Sagrado Corazón,* nos proteja y defienda de los enemigos que por todas partes cercan a esta nación incipiente, empeñados con cruel encarnizamiento en su destrucción y ruina.

Aunque hemos hablado ya largamente, en la noticia anterior, de Nuestra Señora de Guadalupe, añadiremos aquí, que en la preciosa obra del abate Orsini intitulada *Historia de la Madre de Dios,* se da la siguiente concisa historia de la celebérrima imagen española de ese título: "Septiembre 13. Nuestra Señora de Guadalupe en España: esta imagen, que estaba ya en gran veneración por sus milagros (en Roma), fue enviada por el Papa San Gregorio a San Leandro, obispo de Sevilla; y habiéndose apoderado los Moros de España, fueron causa de que los habitantes de Sevilla la ocultasen con el cuerpo de San Fulgencio en la cueva de Guadalupe (en las montañas de este nombre, en Extremadura); donde permaneció cerca de seiscientos años, hasta que Nuestra Señora lo reveló a un pastor". También el P. Juan de Mariana, en su *Historia general de España* (libr. VI, cap. 1º), cuenta esto mismo refiriéndose a una tra-

dición popular, conforme a la cual la milagrosa Imagen fue conducida a Sevilla por los embajadores que el rey Recaredo envió a San Gregorio Magno, los que a su regreso a la península llevaron varios y preciosos regalos del ilustre Pontífice, así para el monarca godo como para el prelado de Sevilla; y ésto último consta no solamente por tradición sino por documentos auténticos, como lo asegura el mismo P. Mariana.

Al par de la Antigua y otras advocaciones españolas igualmente célebres de la Santísima Virgen, la de Guadalupe se propagó rápidamente en América. En Quito llegó a alcanzar extraordinaria nombradía merced al santuario de Guápulo.

Se ve, por lo que precede, que la celestial Aparición que nos ocupa sin ser traslado servil de las afamadas efigies de Guadalupe o la Antigua, tiene algo de cada una, especialmente de la segunda; de manera que es abreviado trasunto de ambas, y reflejo aunque lejano del cuadro de San Lucas; es también manifestación elocuente de cuanto se complace la Madre de Dios en el rezo piadoso y constante del Rosario. Roma, España y Quito han proporcionado los originales, digámoslo así, de que se ha servido un ángel para trazar en el cielo la peregrina imagen de Nuestra Señora de la Nube. Parece que con este prodigio hubiese querido la Virgen Inmaculada manifestarse a la faz del Nuevo Mundo, en el resplandor de una de sus más gloriosas prerrogativas, su Maternidad Divina, repitiéndonos con simbólico, pero clarísimo lenguaje, aquellas palabras de la Escritura: "Yo hice nacer en el cielo la Luz indeficiente, y a manera de niebla cubrí toda la tierra. Yo tengo mi morada en lo más alto de los cielos, y el trono mío en una columna de nubes" (1).

(1) Eccli. XXIV, 6 y 7.

VII

ESTABLECIMIENTO Y PROPAGACION DEL CULTO A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

El 2 de Julio de 1687 aconteció en Lima un prodigio que conmovió grandemente a toda la población. Una Imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, que se veneraba en el oratorio de una piadosa matrona, se cubrió repentinamente de sudor misterioso y principió a derramar abundantes lágrimas. Cerca de cuatro meses no interrumpidos continuó verificándose el mismo portento, esto es hasta el 20 de Octubre, día en el cual un espantoso terremoto redujo a escombros la capital hermosa del Perú. El Virrey, Duque de la Palata, dio a la Santa Imagen el título de *Nuestra Señora del Aviso*, en recuerdo del anuncio hecho a la ciudad con aquel milagro, que fue comprobado en debida forma por la Autoridad eclesiástica.

El 28 de Octubre de 1746 se renovó la catástrofe extendiéndose desde allí a otros lugares del Virreinato, y aun, fuera de él, a varias y apartadas comarcas de la América del Sur; en el espacio de un año contado desde la última fecha, se sintieron en todo el Perú sobre 568 temblores. Solamente en la Ciudad de los Reyes fueron arruinados 36 conventos, 16 colegios, 8 hospitales, 4 beaterios, 3 palacios o casas reales, algunas iglesias e innumerables casas particulares. Para aplacar la cólera divina y obtener la cesación del horroroso flagelo, se organizaron fervorosas rogativas, procesiones de penitencia, retiros espirituales, comuniones frecuentes y numerosas; pero, sobre todo, se acudió a la intercesión y amparo de la Santísima Virgen que con sus purísimas lágrimas había manifestado cuánto se condolía de la suerte de aquel desgraciado país.

Una de las más solemnes demostraciones de la piedad limeña, en tan apretadas circunstancias, fue una muy devota y concurrida procesión que salió del tem-

plo de las *Nazarenas* (1); las imágenes principales de la procesión fueron el Señor de los Milagros y Nuestra Señora de la Nube. Uniéronse para ello los lienzos en que estaban representadas cada una de estas dos santas efigies, de modo que los concurrentes a aquella función edificantísima pudiesen ver en un mismo cuadro: en el anverso a Cristo Señor Nuestro en la cruz, y en el reverso a su Madre Santísima intercediendo por los pecadores. Puede calcularse por este hecho que era muy grande la celebridad que había alcanzado en el Perú la Aparición de 30 de Diciembre de 1696, pues se le igualó en importancia con la afamadísima del Señor de los Milagros, cuya historia es la siguiente.

Un pobre negro, nada entendido en el arte de Apeles, pintó un simulacro de Cristo crucificado, en un lugar poco frecuentado de Lima. Lo grosero de la pintura y lo desierto del paraje fueron ocasión para que los libertinos y desalmados hicieran frecuentemente mofa de la santa imagen, y se atrevieran a insultarla con toda clase de desacatos. Sabedor de esto el Virrey, Conde de Lemus, se puso de acuerdo con el Prelado eclesiástico; y entrambas autoridades dispusieron de consuno, para remediar el escándalo, que se hiciese desaparecer el simulacro de aquel sitio profanado. La comisión nombrada al efecto iba ya a realizar esta orden; mas luego que uno de los operarios puso el pie en la escala que se había arrimado a la pared, y trató de subir para raspar la pintura, sintió un estremecimiento terrible en todo su cuerpo, y luego quedó inmóvil sin poder adelantar un paso más; creyendo que este suceso era resultado de alguna enfermedad natural, vino un segundo a

(1) La Venerable Madre Antonia Lucía del Espíritu Santo, nativa de la ciudad de Guayaquil, fundó en Lima, a principios del siglo XVIII, una nueva orden de religiosas, conocidas con el título de **Nazarenas**, que tienen por fin honrar de modo especialísimo la pasión de Nuestro Divino Salvador. El Papa Benedicto XIII aprobó la nueva Orden y constituciones de ella, por bula expedida en Roma, el 26 de Agosto de 1726, dándole por regla la de las Carmelitas descalzas con algunas modificaciones. En este Carmelo americano es donde ha fijado su trono Nuestra Señora de la Nube, y donde se ha conservado intacta su devoción, aun después que casi había desaparecido ya del Ecuador.

sustituir al anterior, y le aconteció lo propio. Pero como ni aun con esto desistiesen todavía los comisionados de su propósito, he aquí que se oscureció súbitamente el sol, y se armó una furiosa tempestad. En presencia de estos y otros semejantes prodigios se conoció claramente no ser voluntad de Dios que se destruyese aquella sagrada imagen; con lo cual se principió a venerarla con culto y magnificencia extraordinarios. Un rico y piadoso mercader resolvió emplear su fortuna en construir un templo a aquel milagroso Crucifijo; hízolo así, y junto al santuario logró que se fundara un monasterio de las Nazarenas, para atender perpetuamente al culto de la imagen; la cual con la pared en que está pintada vino a quedar en el altar mayor de la nueva iglesia.

Oigamos ahora a un testigo presencial muy respetable hacer el relato de la procesión arriba mencionada.

"En este día (17 de Octubre de 1747) por la mañana, en devota procesión que duró cinco días, visitando calles, ramadas, templos y monasterios (de la arruinada Lima), salió de su iglesia de Religiosas Nazarenas la imagen de Cristo crucificado con el título de *los Milagros,* pintado en un lienzo, copia del original (que se venera en el altar de la misma iglesia)... En el reverso de este milagroso Crucificado se ve también otro lienzo con una imagen de Nuestra Señora, formada de una blanca nube, que es copia de la misma que el día 30 de Diciembre de 1696, entre las cuatro o cinco de la tarde, se apareció en la ciudad de Quito, en el cielo, a tiempo que más de cien personas distinguidas (1) que la vieron con el Presidente de aquella Audiencia, iban rezando el Rosario a coros con una prodigiosa imagen de la Virgen de Guadalupe (2), que se venera con singular culto en el pueblo de Guápulo de la jurisdicción de aquella ciudad.

---

(1) Las personas que contemplaron el prodigio serían como ciento: es esto un detalle que no consta del proceso informativo, pero que se habrá tomado de la Relación impresa en Lima, que se indica más abajo; las que asistían a la procesión eran quinientas.

(2) Es otro detalle importante que no se lee en las informaciones.

Gozaron de esta divina visión todo lo que tardó el coro en cantar el *Gloria Patri* con su responsorio, el *Padre nuestro* y la primera *Ave María,* como consta de su relación que se imprimió en Lima, año de 1697" (1).

Del relato anterior se deduce que las informaciones recibidas sobre la aparición de Nuestra Señora de la Nube fueron aprobadas tanto por el Prelado de Quito como por el de Lima, pues sin este requisito no se habría impreso la *Relación* que se menciona, y en 1697, es decir, poco después del suceso. Despréndese también de aquel pasaje, que aquellas dos autoridades eclesiásticas reconocieron el hecho de la Aparición como milagroso y sobrenatural, y autorizaron en sus respectivas Diócesis el culto de la nueva advocación de la Santísima Virgen, pues de otro modo no habrían sido sus imágenes veneradas en los templos ni sacadas en procesión. Y es muy de advertir que todo esto ocurrió en tiempos en que el tribunal de la Inquisición pesquisaba con activo celo y castigaba rigurosamente todo embuste y superchería en materias religiosas.

En cuanto al Ilmo. Señor Andrade y Figueroa, consta por un testimonio fidedigno que este piadoso Obispo no solamente autorizó el culto de Nuestra Señora de la Nube entre sus diocesanos, sino que erigió en la Catedral de Quito un altar especial a tan santa y hermosa advocación. El cronista, que hemos citado ya varias veces, dice: "Fabricó (el Ilmo. Señor Dr. D. Sancho de Andrade y Figueroa) los tabernáculos de Santo Toribio, San Liborio, y el de Nuestra Señora de la Nube, en reverencia de haberse aparecido hacia la parte de Guápulo, al tiempo de rezar el Rosario por la salud de su ilustrísima, etc." (2).

---

(1) Estos fragmentos y noticias están sacados de un folleto impreso en Lima en 1784 con este título: —"Observación diaria crítico-histórico-meteorológica. Contiene todo lo acaecido en Lima, desde primero de Marzo 1747, hasta 28 de Octubre del mismo. —Por D. Joseph Eusebio de Llano y Zapata. —Con licencia".

(2) Odriozola.

Desgraciadamente la inconstancia y volubilidad humanas fueron causa para que Quito olvidara pronto el favor insigne que le había dispensado la Reina de los Cielos. El hecho es que un siglo después del prodigioso acontecimiento, un Alcalde de la ciudad, el Señor D. Joaquín Montúfar, dirigió al Obispo de la misma, Ilmo. Dr. D. Miguel Alvarez y Cortez, la comunicación que sigue, firmada a 20 de Noviembre de 1797. —"Ilmo. Señor.— Por una rara casualidad se ha encontrado en la notaría la información recibida por el Dr. D. Pedro Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia, Provisor y Vicario General, actuada el siglo pasado, la que contiene uno de los mayores prodigios con que su Divina Majestad quiso esclarecer esta ciudad; pues vino a visitarla la Reina de los Angeles, como especial protectora de ella; la misma información que se servirá Usía Ilma. pedirla, de la cual se han sacado varios testimonios, que se han pasado al Señor Presidente, Señor Oidor Decano y el Ilustre Cabildo, con inserción de un auto proveído por mí, cuya copia en testimonio acompaño. Suplicando a Usía Ilustrísima que como tan devoto de la Santísima Virgen y de su santo Rosario, contribuya por su parte a perpetuar la memoria de un favor tan singular de que hay tan pocos ejemplos". Efectivamente la Información original y auténtica recuperada en 1797 se conserva hasta hoy en el archivo arzobispal de Quito, y varias copias legalizadas de aquella existen en otras oficinas públicas, y también en poder de personas particulares (1).

El Alcalde Montúfar, en representación del Municipio de Quito, organizó una solemne y bellísima fiesta para celebrar la aparición de Nuestra Señora de la Nube, al cabo de un siglo, con la diferencia solamente de un año, de haber acontecido aquel portentoso suceso. Fue aquello como la *Fiesta del primer Centenario de la*

(1) Una copia exacta y confrontada con el original se publicó en 1890, en los números 54 y 55 de la revista religiosa intitulada "La República del Sagrado Corazón de Jesús", por el autor de estas líneas. Ver Apéndice "A" (ed).

Aparición. La solemnidad se celebró en Quito, el propio día 30 de Diciembre del año 1797 a eso de las diez de la mañana, en el grandioso atrio de San Francisco; delante de la portada del templo se había colocado un altar portátil cobijado por un magnífico dosel de telas de seda, dispuesto todo con pompa y aparato extraordinarios. Ofició en la misa la Comunidad franciscana, y asistieron a la fiesta los Prelados eclesiásticos, el Clero secular y regular, las primeras autoridades políticas y civiles de la Colonia, muchas personas respetables y numerosísimo concurso de pueblo. Tanto agradó esta solemnidad a todos, que se comprometieron a celebrar perpetuamente en adelante, en cada aniversario de la Aparición, lo que se practicó con exactitud hasta muy entrado el siglo XIX (1).

El *Auto* del Alcalde Montúfar, en que se ordena celebrar la indicada fiesta, siendo como es muy importante para la historia de la devoción a Nuestra Señora de la Nube, merece ser consignado por entero. Helo aquí: "En la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito, en veintitrés de Mayo de mil setecientos noventa y siete años, el Señor D. Joaquín Montúfar y Frazo, Alcalde Ordinario de ella dice: Que el día treinta de Diciembre de mil seiscientos noventa y seis, a las cinco de la tarde, apareció en forma visible la Reina de los Angeles María Santísima, hacia el Norte de esta ciudad, sosteniendo en el brazo izquierdo a su Divino Hijo en figura de Infante, y en el derecho el cetro: suceso que por la incuria de las personas a que tocaba inmortalizarlo, se había apenas tocado por tradición y está casi confundido con los apócrifos, por no hallarse documento auténtico, que afianzase su crédito. En cuyo estado de ambigüedad y duda, por una especial Providencia, se ha encontrado entre varios papeles despreciables, la infor-

(1) El distinguido literato y hombre público, y sobre todo inquebrantable católico, Dr. D. Pablo Herrera, a quien debemos las noticias que acabamos de consignar, y cuya muerte sentirá por largo tiempo el Ecuador, testificaba haber concurrido personalmente a algunas de las mencionadas fiestas en honra de Nuestra Señora de la Nube.

mación del hecho que comenzó a recibir el mismo día del milagro el Dr. D. Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta santa Iglesia, Provisor y Vicario General, entonces por el Ilustrísimo Don Sancho Andrade y Figueroa, con testigos oculares los más autorizados, de que es el primero el Señor Don Mateo de la Mata, Presidente de esta Real Audiencia. Y respecto de que ninguna cosa por grande y memorable que sea puede contribuir a la gloria de esta ciudad, tanto como haber sido visitada por la Madre de Dios y El mismo Humanado, que acaso contarán muy raras ciudades y provincias del Orbe, y deba por tanto, tener el primero y más distinguido lugar en sus fastos, para recuerdo perpetuo del beneficio, ya que la calamidad presente no permite se erija en monumento un templo magnífico, que lo manifieste perpetuamente a la posteridad, para su reconocimiento y gratitud: se sirvió mandar y mandó que por lo menos se agregue un testimonio público del expediente al libro de actas de este ilustre Cabildo, respectivo al año de mil seiscientos noventa y seis, se dé noticia de su invención por oficios a los Señores Presidente y Decano de esta Real Audiencia, y al mismo Cabildo, para que como conviene, se acuerde, que a expensas de todo el vecindario se haga a lo menos, por una vez, fiesta solemne, en memoria de tan especial favor, y dignación del Cielo; y en virtud sólo de este auto se franqueen cuantos testimonios públicos se pudieren, y cualesquiera que sean las personas que los pidan, para que por la multiplicidad de los ejemplares se ponga el caso menos expuesto al olvido, e injurias de los tiempos. Pásese igual oficio al Ilustrísimo Señor Obispo, suplicando a Su Ilustrísima se sirva por su parte contribuir al citado acto de gratitud, y disponer que la información original se guarde en una caja de plomo bien cerrada, con inscripción del monumento que encierra, a fin de preservarlo de la corrupción y polilla. Así lo proveyó, mandó y firmó, por ante mí el presente Escribano, de que doy fe.— Joaquín Montúfar, —Por su mandado.— Bernardo de Saona, Escribano de su Majestad y Receptor".

VIII

DEVOCION DE CUENCA A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

Ha transcurrido otro siglo, y Quito ha tornado a olvidar el prodigio de 1696. Pero la Providencia divina que se sirvió de un incidente al parecer oscuro y baladí, como fue encontrarse un proceso perdido entre papeles despreciables, para promover las grandes y solemnes manifestaciones piadosas de 1797 que quedan referidas, valióse en nuestros días de otro suceso humilde para suscitar nuevamente en el Ecuador la casi extinguida devoción a Nuestra Señora de la Nube.

En el convento de la Merced, de Cuenca, actualmente confiado a la Congregación diocesana de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón, hallábase en 1890 peligrosamente enfermo uno de ellos, desahuciado ya, y próximo a la muerte, que los facultativos reputaban casi inevitable. El Superior del Instituto acudió entonces a la protección soberana de María Santísima en su gloriosa advocación de la Nube, ofreciendo si se obtenía la salud del paciente, colocar un cuadro de la Aparición milagrosa en la Iglesia del Convento. Escuchó el cielo con benignidad esta súplica; la gracia fue otorgada al punto; y al cabo de poco tiempo un hermoso cuadro de Nuestra Señora de la Nube fue colocado, con permiso de la Autoridad eclesiástica, en la iglesia mencionada.

Aquel cuadro y aquel nuevo altar de la Santísima Virgen principiaron desde luego a ejercer un atractivo oculto pero irresistible en las almas; muchas personas sin conocer la historia de la Aparición, ni saber lo que esa pintura representaba, convencidas sólo de que era una imagen rara y desconocida de la Madre de Dios, cobrábanle grande amor, y acercábanse a venerarla con intensa y profunda devoción. Verdad es que la sagrada Efigie apenas presentada a la veneración de los fieles dejó sentir en favor de ellos las más dulces y benéficas influencias; los enfermos principalmente han venido a ser el blanco de gracias insignes y maravillosas debi-

das a la nueva advocación; de manera que el pueblo piadoso se complace en saludar a Nuestra Señora de la Nube con aquella tierna y consoladora invocación de las Letanías lauretanas: *¡Salus infirmorum: ora pro nobis!* ¡Salud y Medicina de los enfermos: ruega por nosotros!

No siéndonos posible referir todos los favores portentosos que se atribuyen a la mediación poderosa de María en su gracioso título de la Nube, consignaremos aquí los tres primeros más generalmente conocidos, y que se hallan comprobados por el testimonio imparcial de inteligentes facultativos.

Un joven aquejado de una dolorosa y aguda afección hepática, no confiando mucho en los recursos de la medicina, imploró la protección de la Santísima Virgen; para ello acudió al altar donde se venera la santa Imagen, mas arrastrándose que caminando, porque la enfermedad terrible apenas le permitía dar un paso libremente. Asistió al adorable sacrificio de la Misa, comulgó en él, y después de haberse colocado bajo el amparo de la Reina de las Misericordias, se despidió del templo y tornó a su casa. Desde aquel mismo día principió a restablecerse de su mal, y a poco estuvo perfectamente sano.

Una señorita, alumna de un colegio, contrajo una fiebre tenaz y maligna, por lo cual hubo de salir del establecimiento, y buscar la salud en una curación dilatada y prolija, que sin embargo no le fue de ningún provecho; al contrario púsose tan mal, que por algunos momentos se la reputó ya por muerta. La madre de la paciente no desesperaba, a pesar de todo; antes bien, entonces con más confianza que nunca llamó en su auxilio a la gran Reina que es vida, dulzura y esperanza nuestra; ofreciendo, si curaba la niña, visitar la santa imagen de la Nube, y hacer celebrar en sus aras el Divino Sacrificio. La súplica de esta angustiada madre fue recibida en olor de suavidad, y obtuvo inmediatamente lo que ambicionaba: contra toda esperanza sanó la señorita de su mal y alcanzó en breve completa y estable salud. Llá-

manle los suyos: *la hija de Nuestra Señora de la Nube*, aludiendo a que estando ya como muerta, ha nacido a una segunda vida por una protección manifiesta de la Reina de los cielos.

Una piadosa matrona gemía atormentada por las incomodidades crueles que le ocasionaba un monstruoso pólipo; el pudor le impedía sujetarse a una operación quirúrgica, que en tan apretadas circunstancias era el único remedio, y sobre peligroso no seguro, sino solamente probable. ¿Qué hacer? Resuelve impetrar su curación de la que todo lo puede ante el acatamiento divino. Principia, pues, una novena en honra de Nuestra Señora de la Nube; hallábase apenas en el segundo día, rezando sus preces ante la milagrosa Imagen, cuando sintió de súbito que le sobrevenía un desmayo; y no era nada, sino que en ese momento acababa de arrojar íntegro el pólipo.

Estos y otros numerosos, y aun más notables portentos, han hecho popular y célebre en Cuenca la imagen de Nuestra Señora de la Nube; los enfermos quisieran tenerla junto a su lecho de dolor, los atribulados ansían por visitarla en medio de sus angustias: con cuyo motivo se han multiplicado no poco las copias de la sagrada Imagen. El treinta de Diciembre de cada año se celebra en su honor una suntuosa y concurrida fiesta; así como todos los sábados por la tarde se reza el Rosario y se cantan las Letanías lauretanas y una Salve solemne, ante el altar donde está representada la maravillosa Aparición.

Esto nos demuestra que el portento de 1696 no es ni puede ser un hecho pasajero: es una fuente de gracias que no espera sino que le abramos cauce para desbordarse a torrentes sobre toda la República; cegado el manantial en un punto busca luego salida por otro, porque es fuente no artificial sino viva, de abundantes e impetuosos raudales, que trae su origen no de la invención humana, sino de las alturas del cielo: desde el trono mismo de la Madre Santísima de Dios.

IX

FIESTAS Y ROMERIAS EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE: SUS IMAGENES, SUS PRODIGIOS.

El olvido lamentable que durante algún tiempo hubo en la República respecto de la grandiosa Aparición de que nos ocupamos, ha sido magníficamente reparada con las solemnes fiestas y numerosas romerías organizadas en Quito, a fines del siglo pasado y principios del presente, para conmemorar aquella portentosa manifestación de la Virgen Santísima en nuestro suelo.

Cerca de completarse el segundo centenario de aquel suceso memorable, casi todos los Prelados de las Diócesis ecuatorianas lo recordaron a sus fieles respectivos en hermosas y elocuentes cartas pastorales, exhortándoles a celebrar tan fausto acontecimiento con las demostraciones más sinceras y entusiastas de la piedad cristiana (1). Así se verificó efectivamente, tanto en varias capitales de provincia como en poblaciones secundarias, pero, sobre todo en Quito, donde las fiestas del centenario revistieron una magnificencia y esplendor verdaderamente inusitados. El Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Rafael González Calisto, para dar digno remate a aquellas suntuosísimas solemnidades de la capital, dedicó, en su pastoral exhortación, el santuario de Guápulo, al culto de Nuestra Señora de la Nube, con los siguientes términos: "Con el fin de que se conserve siempre vivo en esta Arquidiócesis (de Quito) y aún en toda la República el recuerdo de aquella Aparición portentosa de la Madre de Dios, dedicaremos también la iglesia parroquial de Guápulo a Nuestra Señora de la Nube, deseando que aquel santuario torne a ser, como en otro tiempo, uno de los centros de la devoción popular a la Santísima Virgen, a donde acudan en edificantes peregrinaciones cuantos se afanan por honrar a la Madre de Dios y tratan de venerarla en la manifestación portentosa de la Nube".

(1) Ver Apéndice "B" (ed.)

Los deseos del piadosísimo Arzobispo se han cumplido plenamente: una bella y artística estatua de Nuestra Señora de la Nube ocupa, desde hace algunos años, el nicho principal del altar mayor de Guápulo, y en la parte superior del mismo se ostenta un bello cuadro al óleo, obra de un distinguido pincel quiteño, donde está representada al natural la grandiosa escena de la Aparición; numerosas romerías frecuentan el antes desierto y olvidado santuario, inundando la espaciosa nave con el místico perfume del incienso y el eco repetido de los cánticos sagrados.

Del libro de informaciones abierto en Guápulo, por uno de sus últimos y más celosos párrocos, acerca de los sucesos notables de aquel Santuario, extractamos lo siguiente: "Con motivo de las grandes fiestas religiosas que se organizaron en todo el mundo católico, en honra de Cristo Redentor, por el advenimiento del siglo XX, tuvo lugar el 30 de Diciembre de 1901 una peregrinación espléndida a Guápulo, conduciendo un hermoso cuadro en que está representada la Aparición de Nuestra Señora de la Nube. Fue presidida esa peregrinación célebre, la primera que se ha hecho a Guápulo en honra de Nuestra Señora de la Nube, por el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Rafael González Calisto, acompañado de muchos Señores Canónigos, los Seminarios Mayor y Menor, muchos distinguidos miembros del Clero secular, representantes de todas las Comunidades religiosas existentes en Quito, Cofradías y Asociaciones de piedad, y un pueblo numerosísimo, que, según un cálculo prudente, ascendió a doce mil personas, de las que cinco mil comulgaron en Guápulo, y otras muchas personas vinieron a este pueblo después de haber comulgado en Quito.

"El año siguiente, esto es, el 30 de Diciembre de 1902, tuvo lugar otra peregrinación a Guápulo, aunque no tan numerosa como la precedente; tomaron parte en ella como seis mil personas, y comulgaron como dos mil quinientas. Fue presidida la peregrinación por el Rvmo. Sr. Vicario General de la Arquidiócesis, Dr. D. Manuel

María Pólit, acompañado de muchos y muy respetables miembros del Clero secular y regular, colegios, escuelas, cofradías y pueblo piadoso de la Capital y sus alrededores. El objeto especial de esta segunda peregrinación fue colocar en Guápulo una hermosa estatua de Nuestra Señora de la Nube"...

Esta peregrinación fue precedida de un devoto y muy piadoso triduo celebrado en la catedral metropolitana, hablando del cual dicen las citadas informaciones: "Según publica la fama, tanto durante el triduo, como principalmente en la Romería, la Santísima Virgen de la Nube ha dispensado gracias y favores extraordinarios a muchas personas que en tales circunstancias acudieron a su protección soberana. Apuntaremos aquí algunas solamente de aquellas gracias que han llegado a nuestra noticia, eligiendo para esto las que hemos podido comprobar por el testimonio de personas fidedignas. Una señorita que hace años padecía de una disentería maligna, que ningún médico había podido curar, asistió a una de las distribuciones piadosas del triduo, se encomendó fervorosamente a la Santísima Virgen, y al punto quedó curada, renovándose en ella en cierto modo el milagro operado con la hemorroisa del Evangelio. Una señora de respetable edad, que adolecía de un reumatismo inveterado, que apenas le permitía caminar dentro de su casa, resolvió hacer un esfuerzo supremo, y trasladarse en peregrinación a Guápulo, con toda aquella devota muchedumbre que iba acompañando a la santa Imagen; efectivamente realizó aunque con mucho trabajo su piadoso propósito, y al regreso se halló completamente curada".

De entonces acá se han multiplicado los prodigios en Guápulo, de suerte que serán muy raras las personas que habiendo ido en peregrinación a ese santuario, no se confiesen deudoras a la Santísima Virgen de la Nube, de alguna gracia extraordinaria y singular. Pondremos aquí algunos de los más notables entre esos celestiales favores, consignados en el precitado libro, bajo la fe del juramento, y garantizados y corroborados por el tes-

timonio del párroco y de dos o más respetables testigos.

"Un pobre hombre del pueblo que por todo haber y hacienda tenía un mulo, viendo a este a punto de morir, y sin saber a qué remedio apelar, imploró la protección de Nuestra Señora de la Nube; y, al siguiente día, cuando pensaba iba a encontrarse con el cadáver de la bestia, la halló curada del accidente, en entera y completa sanidad.

"Cierto estudiante de uno de los Colegios de Quito, temeroso del resultado de faltas que había cometido, huyó repentinamente de la casa paterna y tomó el derrotero hacia lejanas tierras. La madre del joven, desesperada e inconsolable por semejante extravío, multiplicó sus afanes, e hizo más de cuarenta telegramas por dar con el paradero de este nuevo pródigo; pero pasaban días y semanas sin tener noticias de él. Al fin se resolvió a hacer una romería a Guápulo, para impetrar de Nuestra Señora de la Nube el remedio de esta apremiante necesidad: fuese al santuario, derramó allí el corazón en fervientes súplicas, y al regreso a la casa se encontró con que el fugitivo se había devuelto ya al propio hogar, y esperaba arrepentido el abrazo indulgente de la madre".

Agonizaba un niño, víctima de violenta enfermedad; en uno de cuyos accesos el paciente quedó muerto, o al menos lo tuvieron por tal sus padres; éstos, sin desesperar por ello de la protección de la Santísima Virgen, se encomendaron fervorosamente a Nuestra Señora de la Nube, ofreciendo visitarla en su santuario en devota romería si el niño recobraba la vida y la salud. "Efectivamente la Santísima Virgen atendió nuestras plegarias (dicen los padres en la información seguida acerca del suceso), y el niño tornó a la vida. Nosotros los padres del niño Homero que se halla completamente sano y bueno, damos testimonio de la gracia concedida por la Santísima Virgen de la Nube; este testimonio lo damos precisamente en la fecha de hoy en que hemos dado cumplimiento a la romería ofrecida. Quito y Guá-

pulo, Diciembre, a diez y seis de mil novecientos tres.— Héctor Augusto Iturralde. Alejandría Proaño".

Un anciano respetable de Otavalo, el Sr. Dr. Rafael Andrade, refiere así, en el precitado libro de informaciones, una gracia obtenida por mediación de Nuestras Señora de la Nube: "A principios de Octubre de 1904 comencé a sufrir del oído, no percibiendo sino confusamente los sonidos. Con empeño comencé a conjurar el mal, viniendo a Quito para consultar a los médicos". Efectivamente muchos, y de los más excelentes facultativos de esta capital atendieron al enfermo, mas el desgraciado no obtuvo alivio con todos los recursos de la ciencia, pues, según él dice: "día por día iba ensordeciendo más y nada pude conseguir. Un pariente mío radical se reía de mi suerte diciendo: "Es Ud. un hombre anciano, no ha de curarse". No por esto perdí mis esperanzas. Mi esposa y yo, viéndonos ya sin remedio en lo humano, a mediados de Febrero de 1905, convinimos en hacer una romería muy devota a Nuestra Señora de la Nube, de Guápulo, con el fin de conseguir mi curación. Cuando, en efecto, del Girón bajaba al Santuario, en el momento mismo que divisé la torre y cúpula sentí que de mis oídos se desprendía un espíritu, algo como vientecillo. Entonces, como instintivamente exclamé: ¡Madre mía de la Nube! siento en mis oídos vuestras suaves y benditas manos... ¡Yo estoy curado!... Pues oía clara y distintamente cuanto me decía mi mujer asombrada. Llegué al Santuario publicando las grandezas de María, a cuyas plantas le di mis cordiales agradecimientos, acercándome a recibir los santos Sacramentos".

Y con esto, basta de prodigios; pues seríamos interminables si quisiéramos referir todos, o siquiera los más principales.

Réstanos dar idea, siquiera sea breve, de algunas imágenes de Nuestra Señora de la Nube. Hasta hace pocos años existían cuadros de la maravillosa Aparición en los templos de Santo Domingo y Cantuña en Quito, y en los de Guápulo y el Quinche. Hoy quedan solamen-

te en estos dos últimos. El de Guápulo se remonta probablemente al siglo pasado, y hubo de pintarse quizás con ocasión de las fiestas promovidas por el Alcalde Montúfar: representa una parte del atrio de San Francisco, y en ella la procesión del Rosario; los que la forman tienen la vista y los brazos levantados hacia una imagen de la Santísima Virgen, formada de una nube, que descansa sobre el santuario de Guápulo. El cuadro del Quinche es más sencillo, pues semeja una copia de la sagrada imagen de este título, formada igualmente de nube. Ambos cuadros son de pobre mérito, sino es el de figurar, aunque imperfectamente, el prodigio que recuerdan.

Mucho más notables son los trabajados últimamente, hechos por el distinguido artista quiteño Sr. D. Joaquín Pinto: producción suya es la imagen que tantos portentos ha realizado en Cuenca. Representa a la Santísima Virgen de talla agigantada, campeando cual hermosa nube en azulado cielo, y flotando al parecer sobre la plaza de San Francisco, en Quito. En los cuadros de este artista la Santísima Virgen es la imagen principal, mientras que en el de Guápulo, es lo accesorio y secundario: defecto imperdonable que afea el mérito ya de suyo escasísimo de la obra.

El pintor español Sr. D. Tomás Povedano, que tenía hasta hace poco una escuela de su arte en Cuenca, ha empleado también sus pinceles en este bellísimo tema. Ha figurado a la Virgen Inmaculada en actitud majestuosa y con aire regio, aunque algo a costa de la suavidad y dulzura que le son propias. Levántase la santa Imagen sobre un trono magnífico de nubes, y a sus plantas se extiende Quito, cual si se le mirara de lo alto, y a vista de pájaro; de modo que resulta un contraste hermoso entre el colorido del paisaje, y la refulgente blancura de las nubes. En otro trabajo, un boceto relativo al mismo asunto, está la Reina de los cielos sentada, con un rosario en la mano, y cercada de serafines que, vistos de lejos, parecen otras tantas dispersas nubecillas.

Lástima es que ninguna de estas imágenes ha sido pintado en perfecto acuerdo con la verdad histórica: échase aún de menos al artista que, inspirándose en la lectura atenta del proceso informativo, ha de trasladar un día al lienzo una copia exacta de la grandiosa Aparición, tal como la contemplaron los testigos afortunados de ella.

CONCLUSION

El sello propio de las obras de Dios es la sencillez hermanada con la grandeza, con artificio tan perfecto que, al través de una humildad desprovista de pompas y atractivos, resplandece con claridad deslumbradora una amplitud tan profunda de miras, que se hace forzoso exclamar que aquello no puede venir sino del cielo. Los espíritus orgullosos se escandalizan de la aparente pequeñez de esas obras sublimes; por esto las menosprecian, y ni siquiera se dignan considerarlas; pero reciben en esto mismo el castigo de su soberbia, pues las invenciones más hermosas de la Sabiduría infinita quedan para ellos perpetuamente desconocidas y ocultas. El milagro al cual se han concretado estos apuntes históricos nos ofrece un ejemplo de esta verdad: para algunos no ha pasado de ser un suceso trivial y oscuro; pero quien se ha detenido un tanto a considerarlo, pesando las circunstancias extraordinarias que le revisten, no ha podido menos de confesar que es un prodigio verdaderamente inaudito, un acontecimiento de trascendencia incalculable, y un cuadro de belleza acabada. Para concluir este trabajo digamos una palabra sobre los destellos de radiante hermosura que esta Aparición divina nos ofrece, tras el velo de simplicidad vulgar con que se esconde.

El culto propio de los Shirys y los Incas era un grosero sabeismo; adoraban los astros y los grandes fenómenos de la naturaleza, como el rayo, el iris, las nubes, cual si fuesen otros tantos dioses, o por lo menos númenes secundarios. Después del Cuzco, Quito contenía los más famosos y ricos adoratorios del imperio incásico; en ellos el sol y la luna estaban representados en ma-

cizas planchas de oro y plata, y recibían un culto asiduo y solemne, y a veces sanguinario. El cielo de Quito estaba, pues, profanado con el humo de los sacrificios idolátricos ofrecidos a aquellas mentidas deidades. Para purificar y reconciliar, digámoslo así, el mancillado recinto de la creación, preséntase María en ese mismo cielo, llevando en los maternales brazos al Salvador del mundo, al único Dios a quien son debidos el amor, la adoración y el sacrificio. Desde que los Angeles trazaron la Imagen de la Inmaculada Madre del Verbo Encarnado en un pedazo de nuestro cielo, el Ecuador todo ha quedado convertido en un templo, que tiene por altares las argentadas cimas del Chimborazo y el Cayambe, y por antorchas los inflamados cráteres de nuestros volcanes. La República entera es el santuario de Nuestra Señora de la Nube.

A la luz de estas consideraciones ¿no es ciertamente encantadora la Aparición en que ha querido representársenos María, figurada no en lienzo ni madera, sino en el mármol fantástico y vaporoso de una nube colosal? Milagro que a los principios de la Iglesia americana puso de manifiesto la verdad del culto católico y la santidad de los dogmas que en el Rosario se invocan y recuerdan, como los de la Trinidad augusta, la Encarnación del Verbo, la Maternidad Divina de María, y los misterios de gozo, dolor y gloria de que se forma la historia admirable del Redentor. La aparición tiene lugar a tiempo que se anuncia la Natividad del Salvador en Belén, y precisamente en los días en que la Iglesia conmemora con fiesta solemne este misterio, y subsiste intacta mientras dura el canto del *Gloria Patri, el Pater Noster* y el *Ave María.* ¿No es un portento sublime que los devotos del Rosario y los amantes de María deberían esforzarse por inmortalizarlo, erigiendo un monumento magnífico en su honor?

Cuando el pueblo de Israel salió de la servidumbre de Egipto para encaminarse a la conquista de la tierra de promisión, Dios le dio una nube milagrosa para que le sirviese de guía en el desierto, le protegiera de los

ardores del sol, y le iluminara durante la noche; esa nube misteriosa le defendió en el paso del Mar Rojo, interponiéndose entre los escuadrones de sus tribus y el ejército de Faraón. También a la República del Ecuador Dios le ha enviado una Nube conductora para que le proteja y guíe a la posesión de sus destinos providenciales: esa Nube es María... *NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE*: ¡ruega por el Ecuador!

NUESTRA SEÑORA DEL QUINCHE

I

EL PUEBLO DEL QUINCHE

De todas las imágenes de la Santísima Virgen veneradas como milagrosas en el Ecuador, la de que ahora vamos a ocuparnos es, sin disputa, la más célebre, más generalmente conocida y amada, y aquella cuyo culto en vez de resfriarse o desaparecer con el transcurso del tiempo, ha venido siempre en aumento hasta nuestros días; de manera que el santuario del Quinche es ciertamente el primero entre todos los de la República, así por su nombradía y el brillo de los portentos en él verificados, como por lo hermoso y poético de su historia. Esta maravillosa Efigie merece lugar preferente entre las varias de la Reina del cielo singularmente veneradas en América, y debe ser colocada junto a las de Guadalupe, Chiquinquirá, Copacabana o Luján. Esperamos por lo mismo que pronto se realizará el deseo de algunos de los más piadosos arzobispos de Quito, de hacer coronar a esta santa Imagen, como a una de las más portentosas del orbe católico, por decreto del Capítulo de la insigne Basílica Vaticana de Roma.

Transportémonos ahora al lugar en que se eleva el tan venerado santuario.

Al N. E. de Quito, y a una jornada de esta ciudad, asiéntase el pintoresco pueblecillo del Quinche, en las faldas de la cordillera oriental, en un suave declive que se eleva desde el caudaloso río Guayllabamba hasta los primeros contrafuertes de dicha cordillera. Entre el ver-

de obscuro de la arboleda de los huertos y el rojo ceniciento de las casas de la aldea, se destaca a la distancia la blanca mole de la torrecilla y fachada del templo; y desde que la fantástica silueta de dicho edificio es divisada por los peregrinos, hincan estos la rodilla en tierra, y saludan alborozados con armoniosos cánticos y fervorosos rezos a la Imagen encantadora de María, desde muy remotos tiempos venerada en ese sitio.

Cuando por primera vez se penetra en el sagrado recinto, a pesar de que la grande y vetusta iglesia no ofrece en su arquitectura nada que pueda llamar la atención del peregrino, pues todo lo que se ve al primer golpe de vista es una ancha y obscura nave que remata en un retablo sencillo y de formas arcaicas, sin embargo, todos experimentan en lo más íntimo de su alma la impresión de lo sobrenatural, y dicen espontáneamente, como Jacob, en Betel: esta es la casa de Dios y la puerta del cielo. Luego al recorrer aquellas paredes tapizadas con innumerables cuadros al óleo, donde están pintados los principales milagros obrados por la Virgen Santísima en aquel su privilegiado santuario, al sentir el perfume del incienso de que están como saturados esos antiguos muros, testigos de tantas y tan continuadas maravillas, al contemplar la actitud piadosa y edificante de los muchos peregrinos que diariamente, y casi de continuo, llenan el templo poblando sus ámbitos con el eco de sus sollozos y el apacible rumor de sus plegarias, advierte el viajero más distraído y desatento que aquella es una tierra bendita, un punto de contacto entre el mundo sublunar y el cielo, y una casa de oración donde la Virgen Santísima da audiencia a cuantos imploran sus favores, sentada en trono de gracias y misericordias.

Aunque la iglesia actual es espaciosa, alta y sólidamente construida, no corresponde por su extremada sencillez y falta de gusto arquitectónico al alto y trascendental propósito con que se la erigiera; por cuyo motivo, y a iniciativa de los Prelados de Quito, se ha emprendido últimamente levantar de cal y canto un templo mas

suntuoso y menos indigno de la celebérrima advocación de Nuestra Señora del Quinche. Están puestos los cimientos de la obra, y ésta avanza rápidamente; en pocos años más, aquel histórico y tradicional santuario ostentará airosas sus tres vastas y bien proporcionadas naves, coronadas por elegante cúpula, precedidas de un bello atrio y su correspondiente campanario, y rematadas por un presbiterio y ábside grandiosos.

El aspecto del paisaje, en medio del cual se ostentará ese templo, está como hecho para elevar el corazón a Dios por lo austero y grandioso. Entre las primeras cumbres de la cordillera oriental y el río Guayllabamba, tiéndese una inmensa llanura, como de treinta leguas de longitud, cortada a trechos por hondas cimas paralelas, y sembradas de pueblecillos que como blancos cisnes que flotan en las aguas de un inmenso lago, aparecen aquí y allá esparcidos en aquella vasta y monótona meseta, amarillenta y desnuda de vegetación, si no es el grupo de tupidas arboledas que se levantan detrás de las casas y campanario de cada aldea. En el invierno, ese suelo agostado y pulverulento cúbrese de un tapiz no interrumpido de dehesas y sembrados que por todas partes ofrecen la abundancia y la vida. "Hermosa es la planicie en que se asienta el pueblo del Quinche, unas siete leguas al noreste de Quito, al pie de uno de los cerros de la cordillera oriental. Se halla cortada en todas direcciones por enormes y profundas grietas y regada por algunas acequias que fertilizan su suelo, naturalmente arenoso, cubriéndole de vegetación. A un extremo de esta planicie, célebre por haber servido de base a la primera triangulación de los Académicos franceses, en 1736, descansa el pueblecito del Quinche, alegre y pintoresco por la situación topográfica que ocupa. El horizonte, por lo común despejado y sereno, termina en la grandiosa cordillera de los Andes, con sus empinadas cumbres, ora cubiertas de perpetua nieve, ora vestidas del manto sombrío de su raquítica vegetación. El Cayambe de majestuosa forma, el Cotopaxi, sobre cuyo terrible cráter, ondula ceniciento penacho, el irregular y negruzco Pichincha que ocupa todo el frente del

pueblo, el Sincholagua, el Ilaló, innumerables colinas, ramblas, arenales, sembradíos y dehesas: tal es el panorama especial y magnífico que se presenta al espectador. En el centro mismo de la población ábrese una muy espaciosa plaza delante de la iglesia, cuya graciosa fachada y elevada torre, vistas de lejos, recrean la vista del cansado peregrino, al par que el alegre repique de las campanas le regocijan anunciándole su pronta y feliz llegada. Circundan la plaza las demás viviendas, unas cubiertas de tejas y otras pajizas, y en las cuales se albergan de dos a tres mil personas" (1).

Tracemos ya la historia, siquiera sea breve y compendiosamente, de aquella portentosa Imagen (2).

---

(1) El Dr. Espinosa, en el artículo indicado en la nota siguiente.

(2) "Respecto de la imagen de **Nuestra Señora del Quinche**, dice el Ilmo. Sr. González Suárez (en la obra citada, tomo 3º, pág. 381, en la nota) pueden consultarse la **Relación** anónima de la fundación de Quito y serie de los Obispos de esta ciudad, en el tomo 4º de la "Colección de documentos literarios del Perú" de Odriozola, y lo que refieren Rodríguez de Ocampo en su "Descripción histórica de los Obispos de Quito", Ascaray en su "Serie cronológica de los Obispos de Quito", y finalmente la "Historia de la Imagen y del santuario del Qhinche", publicada en esta ciudad (Quito), por un sacerdote, el año 1883 (Un volumen en 16º.— Imprenta del Clero'. El autor de esta última obrita es el Dr. Carlos Sono, canónigo primeramente, y en la actualidad, cura de una de las más importantes parroquias de la diócesis de Riobamba. Para la narración presente nos serviremos, ya de uno, ya de otro, según fuere necesario, de los trabajos de los escritores citados, y también de un notable artículo publicado con el título de "El Quinche" en el Nº 12 del tomo 2º de la revista religiosa intitulada **La República del Sagrado Corazón**, por nuestro distinguido amigo el Dr. Aurelio Espinosa. Merece igualmente mencionarse "El Romero del Quinche", precioso devocionario compuesto por el P. Ricardo Vázquez de la Compañía de Jesús, del Colegio de Quito, y publicada en 1902. Entre todas estas obras acerca del santuario del Quinche, la más detallada y completa es la del Dr. Sono, quien, para formar su libro no solamente ha consultado a Odriozola y Ascaray, sino que además ha tenido en manos los restos del antiguo archivo del Quinche, ha indagado las tradiciones conservadas entre los habitantes de ese pueblo, y ha estudiado pacientemente las inscripciones y pinturas conmemorativas de los principales sucesos acaecidos allí, que decoran las paredes interiores del santuario. El relato que vamos a hacer tiene, pues, a favor suyo un número respetable de testimonios auténticos y acordes, y, por lo mismo, verdaderos.

II

LA VIRGEN DE OYACACHI

Poco más de medio siglo después que las armas castellanas iniciaron la conquista de estas tierras para la corona de España, un pueblecillo miserable de indios llamados Oyacachis, situado en la falda superior de la cordillera oriental, sobre el río Guayllabamba, principió a llamar grandemente la atención de Quito y toda su presidencia. ¿Qué acontecimiento extraordinario se había verificado en él, o qué valiosa mina se había descubierto en aquel suelo, para atraer desde enormes distancias a tantas y tan diversas multitudes de todas clases y condiciones? Ese rústico caserío de pobres chozas pajizas, diseminadas entre bosques de alisos y nogales, no ofrecía ciertamente, en el orden natural, atractivo alguno para arrancar a nadie del propio hogar, y hacerle emprender una marcha pesada y trabajosa; alguna joya celestial había de ocultarse entre esas breñas para realizar tan inusitado portento.

Erigido, en 1586, el pequeño santuario o ermita de Guápulo, los indios de Lumbicí, lugarcillo perteneciente al pequeño pueblo de Cumbayá, desearon tener una copia lo más exacta posible de la bellísima y ya afamada Imagen de Nuestra Señora de Guápulo, a cuyo fin contrataron con el mismo artífice. D. Diego de Robles, que esculpió esta preciosa estatua, que trabajara también el trasunto, con el cedro y otros maderos que le habían sobrado de la primera. El escultor que era entendido y hábil, realizó admirablemente la obra que se le había pedido; hizo la segunda efigie del mismo tamaño y facciones que la primera, y tanto, o quizás más hermosa que la primera.

Los de Lumbicí, o no quisieron, o no tuvieron con qué pagar a Robles el precio convenido; el hecho es que éste se llevó la estatua, y sabedor de que los Oyacachis ansiaban tener una, fuese a ese pueblo, y la vendió por unas cuantas tablas, único artículo industrial

que proporcionaba algún provecho, y daba con qué vivir a los moradores indigentes de aquellos bosques, y artículo de que necesitaba no poco el artífice, por ser no solamente escultor, sino también carpintero (1).

Dueños ya los piadosos indios de una tan inestimable joya, afanáronse por darla el culto más fervoroso y entusiasta que pudieron. Aunque la estatua había sido tallada íntegramente y no necesitaba de adornos postizos, quisieron sin embargo vestirla, a usanza española; pero eran tan pobres que no hallaron tela adecuada al objeto, y así cubrieron a la santa Imagen con una sencilla túnica de esparto, que se ha conservado hasta nuestros días (2). Engalanada con tan rústico aderezo la celestial Reina había de ser colocada dentro de algún templo, y en un altar; pero ¿dónde ni cómo hallar un recinto que fuese adecuado a tan sublime fin? Acomodaron pues, a la bendita Imagen en la hendidura de una peña; allí no tenía más techo que el verde y frondoso ramaje de los árboles, otra alfombra que el musgo que tapiza-

(1) El Sr. Sono, en la obra mencionada, página 3ª, pone en una nota las pocas variantes con que los escritores antes citados refieren el origen de la estatua; lo relatado en el texto, parece lo más probable. Habla el Sr. Sono: "Oigamos lo que dice el Señor don Manuel de Odriozola: —Se fabricó la sagrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, a pedimento de sus naturales, por Juan Manuel Robles (es Diego y no Juan Manuel) europeo. A este artífice le pidieron los indios del anejo de Lumbicí, del pueblo de Cumbayá, otra imagen de María Santísima para colocarla en su iglesia: en efecto fue construida de la sobra de dicho madero de la otra imagen de Guadalupe, y conducida a Lumbicí, sucedió que visiblemente manifestó la Soberana María no gustar quedarse entre esos naturales, pues unas veces se acortaba el nicho y otras se alargaba; por lo cual el dicho Juan Manuel de Robles se retiró a Quito, donde supo que los indios de Oyacachi, que residen en la cordillera mayor, Norte al Quinche, deseaban tener por su protectora una sagrada imagen de María, y habiéndola conocido, la cambió con tablas de madera, mercadería de estos naturales". El Sr. Ascaray, a quien cita el doctor González Suárez en su interesante Historia eclesiástica del Ecuador, dice que fueron los mismos de Lumbicí, quienes la cambiaron con tablas con los Oyacachis; en todo lo demás conviene con Odriozola, aun en lo del Nicho". Añade el autor de la historia del Quinche, que en lo demás de ella "la tradición y documentos fidedignos, tales como los manuscritos del santuario, están acordes".

(2) Y ha desaparecido hace poco, distribuida, durante años, en menudos fragmentos a tantos peregrinos como solicitaban llevar consigo algún recuerdo del santuario, y por los muchos portentos que, según se asegura, ha obrado la Santísima Virgen, mediante aquellos pedacitos de esparto.

ba aquellas rocas, ni otro incienso que la fragancia del tomillo y el aroma que exhalaban las campestres flores.

Al punto el Cielo con repetidos prodigios suplió a la indigencia de aquellos buenos y sencillos aldeanos. Advirtióse, en efecto, que apenas la Efigie había ocupado aquel agreste nicho, bandadas de canoras avecillas revoloteaban constantemente en torno de ella, posándose en los vecinos árboles y rocas, y alegrando a todo el bosque con la variedad y dulzura de sus trinos. Y cuando al descender la noche retirábanse los pajarillos a sus nidos, entonces otro portento reemplazaba al primero; un resplandor hermoso y suave circundaba a la estatua de María, y derramaba por aquellos riscos los tintes nacarados de la aurora.

Atónitos los neófitos con estos inauditos portentos crecían cada día en amor y devoción a la milagrosa Imagen; no se cansaban de mirarla, ni honrarla con sus rezos y piadosos cánticos, acompañados de tonadas de la quena y otros instrumentos músicos; íbanse frecuentemente al terminar sus pesadas faenas a elevar sus preces a María, arrodillados al pie de la abrupta peña, donde tenían su paraíso, su consuelo y las delicias de su espíritu.

Pronto la Virgen de Oyacachi llegó a ser famosa en toda la comarca. Numerosas romerías de los pueblos vecinos y hasta de Quito principiaron a frecuentar ese sitio antes tan olvidado y desconocido; por lo cual los indios se vieron en la necesidad de construir una capilla o pequeña iglesia, para depositar en ella decentemente a la sagrada Imagen. Entonces nuevos y más asombrosos prodigios demostraron la especial complacencia que tenía la Reina del cielo en que se le erigiera ese santuario, por pobre y diminuto que fuese.

Ocurrió primeramente que D. Diego de Robles, el mismo que trabajó la estatua, tornara a Oyacachi, sea para comprar tablas, o bien, atraído por la fama de los

portentos que en ese lugar se realizaban por mediación de la Virgen Santísima. Los indios al verlo se regocijaron no poco, y con grandes instancias le suplicaron se quedase unos días entre ellos para construir de madera el nicho o altarito en que había de ser colocada la santa Imagen. Robles se negó a ello tercamente, y sin atender a los ruegos y clamores de aquellas buenas gentes, emprendió al punto su viaje de regreso a Quito. Había ya andado un espacio no pequeño, cuando de súbito, al pasar un caudaloso río, la cabalgadura en que iba se encabritó, dio un salto y lo lanzó fuera de la silla. El citado escultor iba a caer en lo más hondo de las aguas y ahogarse sin remedio, cuando de modo inesperado se sintió detenido en los aires, por un pie, y era que una de las rodajas de las espuelas que calzaba, se había enredado entre unos nervios o bejucos que ligaban los maderos y tablazón del puente. Viéndose en tan horrible situación e inminente riesgo de perecer, clamó a la Virgen de Oyacachi, ofreciéndole que si salvaba del peligro tornaría en el acto a aquel pueblo, a hacer la obra que se le había pedido. Al punto mismo atravesaron el puente dos o tres caminantes que, llenos de piedad y compasión, se acercaron al desventurado Robles, y le sacaron del peligro. Cuando quiso él darles las gracias por tan insigne y oportuno favor, los transeúntes aquellos habían desaparecido. Con lo cual el escultor se convenció de que su salvación la debía a una protección manifiesta del cielo; volvióse, pues, a Oyacachi, construyó el nicho expresado, y no salió del pueblo sino cuando la obra estuvo completamente acabada.

Mientras tanto los vecinos de esa aldea habían puesto manos a la obra, y con celo y actividad dignos de todo elogio trabajaban empeñadamente en levantar la proyectada iglesia; unos cortaban madera en los bosques, otros construían las paredes del templo, y a todos bendecía copiosamente la agradecida Virgen que jamás deja sin recompensa ni una flor que se pone en sus altares.

"Había en Oyacachi una india de costumbres muy puras y de igual candor de alma, la cual tenía que ir todos los días con la comida para los que se hallaban cortando madera para la iglesia, en el interior del bosque, y no teniendo a quien confiar el cuidado de su pequeño campo, cuya mies se hallaba ya en sazón, se volvía a su Virgen de la peña y con sencilla confianza le decía: Yo soy sola, Señora mía, y no tengo a quien encomendar el cuidado de mi trigal, cuidadlo Vos, ya que voy a dar de comer a los que están trabajando en vuestro servicio. Y ¡oh amorosa complacencia de la Reina de los Angeles!... no se desdeñó de bajar en persona a cuidar el campo de una infeliz india, ocupada en atender a los que trabajaban para su servicio, y repetidas veces al volver la india del bosque la encontró cuidando de su trigal, en medio de la sementera, en la misma forma con que se la veía en su nicho de la peña" (1).

"Un indio llamado Francisco Guamán, cortando madera en el monte para la construcción de la iglesia, errando el golpe de hacha, en vez de descargarlo en el tronco del árbol, dióselo sobre una pierna con tal fuerza que, hendidos la carne y el hueso juntamente, le quedó colgada de dos nervios. Pobre indio, sin pensar ni siquiera en acudir al mal, lo primero que hizo fue recurrir a su Virgen de la Peña, en cuyo servicio le había sucedido tamaña desgracia, y empezó a rezarle la *Salve*. No fue vana su esperanza; era imposible que la soberana Reina del Cielo dejase de mirar a aquel a quien por amor suyo iba a sobrevenir la desventura de perder un miembro tan necesario y con él tal vez la vida.. Apenas pues, había acabado de rezarle una segunda *Salve*, cuando con grande asombro suyo y de los que le rodeaban, ve la parte cortada tan perfectamente unida al resto de la pierna, que no le quedaba el menor vestigio de la herida" (2).

---

(1) Milagro cuyo recuerdo se conserva por tradición en el Quinche, según el Dr. Sono, en la obra citada.

(2) Ib.

Más admirable aún que los anteriores fue el suceso siguiente. Una india, llamada Marta Sumangilla, había acudido con su consorte y su niño a la obra del templo. Los dos esposos dejaron al pequeñuelo dormido a la sombra de unos árboles, y fuéronse allí cerca a cortar madera asociados con los demás del pueblo. Al cabo de un rato, dejada su faena, tornaron al lugar donde habían puesto al niño. Entonces ¡qué horror! un terrible espectáculo se presenta a su vista: un enorme oso estaba devorando al niño. "Imposible pintar lo que pasó por el corazón de esos infelices. Arrojáronse inmediatamente sobre la fiera, y como estaba armado el padre, de una hacha, logran alejarla; mas cuando se acercaron al niño ya era cadáver, y devorado un brazo por el oso, yacía desangrándose a torrentes. El dolor no les dejó acuerdo para otra cosa que para correr a depositarlo a los pies de la Santísima Virgen, sin atender a la grandeza del milagro que le pedían, diciéndole que, pues el haber ido al bosque a cortar madera para su iglesia había sido ocasión para tal calamidad, a Ella tocaba devolvérselo resucitado. El sentimiento aviva su fe y un secreto instinto que les decía que la Santísima Virgen les había de restituir sano a su hijo, les hacía insistir en su demanda, llorando y suplicando y repitiéndole el mismo cargo de que, habiéndoles sucedido esa desgracia ocupados en su servicio, ella lo había de remediar. Si es difícil pintar el dolor y la amargura de un padre o de una madre en trances semejantes, debe serlo por lo menos otro tanto el querer explicar el gozo y la alegría al pasar de un extremo a otro, como cuando volviendo los padres a mirar a su mutilado hijo, lo ven riéndose con una angelical sonrisa, y jugando con el manto de la Santísima Virgen, que trataba de asir con sus manecitas. Se arrojan al nicho, toman al niño en brazos y encuentran restituido el miembro que había alcanzado a devorar el oso, y sin la menor señal de herida. Suceso que llenó de asombro a los Oyacachis y cuya noticia habiéndose esparcido por Quito y por otros puntos, contribuyó mucho a que de varias partes concurriera gente a adelantar la fábrica y a que se aumentasen los peregrinos, y las dádivas

y donativos de todas clases para el nuevo santuario" (1).

Tan espléndidos y repetidos prodigios hicieron sobremanera célebre el pueblo de Oyacachi; de suerte que quince años después de colocada en ese sitio la santa Imagen, su fiesta anual se oficiaba con grande pompa y solemnidad, con asistencia de dos canónigos enviados ex profeso para este acto por el Cabildo eclesiástico de Quito, de tres jesuitas y otros muchos sacerdotes y gente piadosa que acudían de la expresada ciudad y toda su comarca. La fiesta consistía en una misa solemne con sermón, y luego en una procesión bien ordenada y devota que se hacía con la efigie de Nuestra Señora alrededor de la espaciosa plaza del pueblo, yendo todos los concurrentes con cirios encendidos en las manos, y acompañados de músicas militares que para el intento se llevaban de Quito.

"En una de esas procesiones acaeció un prodigio que, repetidos los años sucesivos, parecía ya una ley física invariable. Debiendo salir la procesión según costumbre, quedaron súbitamente indecisos en la puerta, por temor de una próxima lluvia con que amenazaban las nubes: mas luego resolviéronse y se puso en marcha la procesión; pero a poco de haber salido de la iglesia, las nubes empezaron a descargar un fuerte aguacero, de tal suerte dirigido, a lo que se vio, por la mano de la Santísima Virgen, que ni una sola gota cayó en la carrera que debía recorrer la procesión, cayendo muy abundante fuera de la área de la plaza y volviendo por tanto los concurrentes a la iglesia tan secos como habían salido. Al año siguiente volvieron a presentarse las nubes amenazadoras, mas animados los concurrentes con el suceso del año anterior, no vacilaron ya un momento, y desfiló la procesión con la más grande confianza. Este año empero no cayó lluvia ninguna, sino que al presentarse en la plaza la cruz alta con los ciriales, las nubes se deshicieron, quedando el cielo limpio y se-

(1) Ib.

reno como en el más hermoso día de verano. Esto mismo se siguió verificando los años siguientes, de suerte que en lo sucesivo jamás fue el menor obstáculo para que se sacase la procesión el que las nubes amenazasen con próximas lluvias" (1).

NUESTRA SEÑORA DE LA PRESENTACION DEL QUINCHE

III

Cerca de tres lustros permaneció la milagrosa Imagen en el pueblo de Oyacachi, al cabo de los cuales fue trasladada al lugar donde actualmente es venerada ¿Qué extraños sucesos motivaron esta traslación ¿Por qué el primitivo santuario levantado con tanta fe y devoción, al resplandor de tan raros y magníficos portentos, se eclipsó súbitamente y desapareció para siempre? La respuesta es que, la ingratitud humana olvida fácilmente los más insignes beneficios del cielo, e inutiliza y deshace las grandes obras de la misericordia divina en favor de los pueblos.

El cacique o gobernador de Oyacachi llevaba muchos años de casado, y no había obtenido de su enlace fruto alguno de bendición; por lo que impetró de la Santísima Virgen que, entre tantos favores que dispensaba a todos en su santuario, le otorgase a él la gracia de tener sucesión. La Divina Madre oyó benigna estos ruegos, y le nacieron al cacique dos hermosos niños gemelos que regocijaron grandemente no sólo a sus padres sino a toda la tribu. Para festejar este fausto acontecimiento congregó el cacique a los principales de su pueblo y del de los indios llamados Amelizas, sus amigos y vecinos. Reunido con ellos celebró un festín, y hallándose en medio de la zambra, escandecido con los vapores del licor, olvidado de cuanto debía a la fe católica, y recordando las supersticiones e infamias del paganismo, en que había nacido, ordenó traer la cabeza de un

(1) Ib.

oso, y se la colocase en un sito a modo de altar. Para adornar aquello acudieron a los vestidos y joyas de la milagrosa Imagen de María, y consumada esta execrable profanación, el cacique y todos los concurrentes adoraron en aquel horrible despojo de una fiera, convertida ya para ellos en ídolo y objeto de su culto.

Apenas llegó a Quito la noticia de semejante atentado, apoderóse la indignación de todos los ánimos; las personas más respetables acudieron a la autoridad eclesiástica de la diócesis, y le hicieron presente que era indispensable y necesario que se arranque la sagrada Efigie de manos de aquellos pérfidos idólatras y se traslade a pueblo de cristianos de fe más depurada y segura. Esto acontecía por los años de 1604, quince años después que Diego de Robles dejara la hermosa estatua en poder de los Oyacachis, y cuando en aquel entonces era obispo de Quito el celosísimo y piadoso Fray Luis López de Solís, religioso de la orden de S. Agustín, que había tomado posesión de su elevado cargo en 1594. Este Prelado prudente y dignísimo, bien informado de todo lo acaecido, ordenó que la portentosa Imagen de la Santísima Virgen fuese trasladada del pueblo naciente de Oyacachi al vecino del Quinche, más antiguo y mejor cimentado en las costumbres y vida cristiana; quizás fue movido a hacer esta elección por el Cura de esta última parroquia, el licenciado D. Diego de Londoño, que trabajó con más empeño y ardor que nadie en arrancar la estatua de María a las profanaciones de los idólatras. Ya antes de esto el Cielo había castigado la ingratitud y apostasía de aquellos tristes indios, de modo ejemplar y terrible, pues murieron súbitamente los dos niños gemelos del cacique, en medio del impío y crapuloso festín, causa y principio de tantas desventuras.

Cuál haya sido el dolor que sintió el pueblo todo de Oyacachi, al ver que se le arrancaba la veneranda Imagen, y que su caserío poco ha tan floreciente tornaba al aislamiento y la desolación, lo demuestra bien una práctica piadosa conservada fielmente hasta nuestros días, durante tres siglos: "Con la salida de la Santísima

Virgen, el pueblo de Oyacachi volvió en breve a su antiguo estado, de unas pocas rancherías esparcidas entre sus breñas; sus montañas y bosques de alisos no fueron ya frecuentados sino por uno u otro traficante en tablas; el rezo y los cantos de los romeros no volvieron a dejarse oír en sus soledades, ni su silencio fue alterado si no es por el ruido de alguna ave al huir entre las ramas. Los Oyacachis, arrepentidos de su culpa y reconociendo la justicia de la pena con que se había castigado su idolatría, jamás se han olvidado de la que un tiempo colmó su suelo de bendiciones, y cada año bajan a confesarse al Quinche acompañados de sus mujeres e hijos, trayéndole a la Santísima Virgen veinticuatro tablas, en tributo, como atestiguando con ese acto que no dejan de reconocerse por sus siervos y vasallos" (1).

Desde la traslación mencionada, la prodigiosa Efigie es conocida en nuestra historia religiosa, y por todo el Ecuador, con el título de *Nuestra Señora de la Presentación, del Quinche*. La primera denominación parece habérsela dado por cuanto el 21 de Noviembre fue colocada la santa Imagen entre las solitarias breñas de nuestra cordillera, y por conmemorar la Iglesia en esa propia fecha el misterio de la Presentación de la Virgen Santísima en el templo. Efectivamente, desde el primer santuario, ese es el día en que se ha celebrado siempre la fiesta principal de esta magnífica advocación ecuatoriana.

IV

EL NUEVO SANTUARIO

La maravilosa y ya célebre estatua de María fue desde luego puesta en la iglesia parroquial del Quinche, convertida en su nuevo santuario; pero, como continuasen los favores del cielo en favor de cuantos a él acudían, y la concurrencia de peregrinos fuese mayor cada día, hízose necesario pensar en la construcción de otro templo más vasto y mejor proporcionado a su alto y no-

(1) Ib.

bilísimo fin. Se dio principio a la obra, por mandato del Ilmo. Sr. Fray Pedro de Oviedo, sucesor del Señor Solís en el obispado de Quito, y que algunos años después fue promovido al arzobispado de Charcas.

Al punto todos los pueblos comarcanos, y sobre todo el de la capital de la Presidencia, devotísimo, desde el principio de Nuestra Señora del Quinche, prestaron gustosos su activo y eficaz concurso a la ardua y trascendental empresa; quienes cooperaban con abundantes limosnas, quienes, al meños, con su trabajo personal. Merced a tan general y piadoso empeño, la obra fue concluida en poco tiempo; de manera que en 1630, la santa Imagen fue por segunda vez trasladada a otro santuario, distante del anterior quince cuadras. El templo arrastró a la población, la que abandonando paulatinamente el antiguo caserío vino a formar el nuevo pueblo del Quinche, que surgió como por encanto en torno a aquella modesta fábrica dedicada al culto de la Virgen Santísima (1).

Esta soberana Reina demostró con repetidos prodigios cuanto se complacía en los generosos sacrificios de sus devotos por construirle ese templo. Referiremos una de aquellas maravillas. Estaba la portentosa Imagen al descubierto, y como presidiendo los trabajos, y animando con su presencia a cuantos en ellos tomaban parte. En esto, uno de los que habían acudido desde Quito a prestar su concurso en la obra de la iglesia, fue derribado del corcel en que cabalgaba, y quedó muerto de contado, o así lo supusieron todos. Condolidos los circunstantes de tan terrible y súbito desastre, llevan al que juzgaban ya cadáver a los pies de la Virgen: pídenla, entre gemidos, devuelva la vida y la salud a aquel desgraciado; y al punto mismo el hombre levántase en pie, sin lesión alguna, entre el estupor y los clamores de esa piadosa y creyente multitud.

---

(1) Según el Dr. Sono, de todo el antiguo Quinche no queda ya ni una sola casa, y todo el sitio ocupado antes por la población es ahora una espaciosa dehesa.

El bello y espacioso templo dedicado en 1630, ha sufrido después varias modificaciones, ya por la piedad de los fieles deseosa de añadirle nuevos adornos de que antes carecía, como el camarín y la fachada, ya por los terremotos que tan de continuo y rudamente sacuden todo nuestro suelo. Esto ha dado lugar a otros hermosos portentos de María en favor de sus fieles servidores.

Cuando en 1869 todo el norte de la República se vio repentinamente sembrado de espantosas ruinas, el Quinche no se preservó tampoco de la catástrofe. "Nunca como entonces, dice el citado historiador del santuario, tuvo éste tanto que sufrir. Cayó su hermosa y bella torre, y su caída trajo la del coro, con sus dos tribunas, la de la mayor parte de la iglesia, y de toda la cubierta; vino también a tierra la sacristía; el órgano que (entonces) se reputaba uno de los mejores del Ecuador, y los ocho altares laterales se vieron de igual manera envueltos en escombros". Para reparar tantas ruinas eran necesarios empeño y actividad extraordinarios, y la piedad del pueblo parecía por ahora adormecida; pero muy luego vino a despertarla un suceso calificado, por sus testigos, de portentoso. Al precipitarse la torre cayó con ella una enorme campana de setenta quintales de peso, que descendió sobre el bautisterio, y quedó inclinada de un lado entre un informe hacinamiento de escombros que por todas partes la cercaban. La mañana de un sábado, a eso de las cuatro, se oyó de repente un espantoso estruendo hacia el lado en que estaban las ruinas de la torre, y ven todos con grande asombro y cierto religioso terror que la colosal campana se ha enderezado por sí misma, cual si indicase estar pronta a convocar nuevamente a los fieles al culto y las alabanzas de la Reina de los cielos. Fue aquello una sonora campanada que desperezó a Quito y toda su comarca; acudieron los pueblos, con el fervor y solicitud de otros tiempos, y muy luego quedó reparado en todas sus partes aquel predilecto santuario de María.

Durante esta reconstrucción se verificaron algunos

notables portentos. Un indio llamado Juan Cadena conducía una pesada carga de ladrillos para la fábrica alta de la torre; íbase un tanto descuidado por los andamios, cuando dio un traspié y se vino a tierra. Todos los presentes se estremecieron de terror, pues creían ver ya al mísero jornalero, no solamente muerto, sino reducido a fragmentos. Efectivamente la carga de ladrillos se esparció en todas direcciones como lluvia de menudas flores, dice el relato del portento; y sin embargo el indio se levanta del suelo sano, salvo y sin contusión alguna. De éste y del anterior prodigio se recibió por la autoridad eclesiástica la correspondiente información canónica.

"Siguióse otro suceso que tuvo por testigos oculares a cuantos se encontraron en la plaza del Quinche, y fue igualmente con ocasión de reparos en la iglesia. Creemos más conveniente citar con sus propias palabras la declaración jurada por sí y por otros testigos, que presentó el Señor Daniel Garzón ante el Vicario foráneo y Cura del Quinche, Doctor Juan Bautista Vaca. "En el Quinche, cuando se construía el frontispicio del templo de Nuestra Señora, ocurrió el milagro siguiente: hallábase al rematar la obra; la que trabajaba un albañil Mijares, con algunos peones, cuando notó un desplome de todo lo trabajado; avisó inmediatamente a los peones del peligro que corrían, estos eran Juan Montenegro y José Venegas. Este comenzó a bajar inmediatamente por una escalera, debiendo advertirse que eran tres pisos los del andamio que debía bajar, mas sin tener tiempo para nada, se desplomó, y todo lo construido se vino abajo. Venegas pudo abrazarse de una viga más elevada; y Montenegro que estaba más arriba cayó debajo de todos los materiales de construcción con todo lo trabajado; refería éste que en ese momento la palizada formó una especie de casuchita, se abrió de suyo la puerta de la iglesia, que a todos les constaba que estaba cerrada, y conociéndose libre e ileso, penetró en ella y corrió a prosternarse a los pies de la Santísima Virgen. Los habitantes de la plaza que presenciaron aquel tremendo espectáculo, volaron a favorecer o sacar los muertos de

notables portentos. Un indio llamado Juan Cadena conducía una pesada carga de ladrillos para la fábrica alta de la torre; íbase un tanto descuidado por los andamios, cuando dio un traspié y se vino a tierra. Todos los presentes se estremecieron de terror, pues creían ver ya al mísero jornalero, no solamente muerto, sino reducido a fragmentos. Efectivamente la carga de ladrillos se esparció en todas direcciones como lluvia de menudas flores, dice el relato del portento; y sin embargo el indio se levanta del suelo sano, salvo y sin contusión alguna. De éste y del anterior prodigio se recibió por la autoridad eclesiástica la correspondiente información canónica.

"Siguióse otro suceso que tuvo por testigos oculares a cuantos se encontraron en la plaza del Quinche, y fue igualmente con ocasión de reparos en la iglesia. Creemos más conveniente citar con sus propias palabras la declaración jurada por sí y por otros testigos, que presentó el Señor Daniel Garzón ante el Vicario foráneo y Cura del Quinche, Doctor Juan Bautista Vaca. "En el Quinche, cuando se construía el frontispicio del templo de Nuestra Señora, ocurrió el milagro siguiente: hallábase al rematar la obra; la que trabajaba un albañil Mijares, con algunos peones, cuando notó un desplome de todo lo trabajado; avisó inmediatamente a los peones del peligro que corrían, estos eran Juan Montenegro y José Venegas. Este comenzó a bajar inmediatamente por una escalera, debiendo advertirse que eran tres pisos los del andamio que debía bajar, mas sin tener tiempo para nada, se desplomó, y todo lo construido se vino abajo. Venegas pudo abrazarse de una viga más elevada; y Montenegro que estaba más arriba cayó debajo de todos los materiales de construcción con todo lo trabajado; refería éste que en ese momento la palizada formó una especie de casuchita, se abrió de suyo la puerta de la iglesia, que a todos les constaba que estaba cerrada, y conociéndose libre e ileso, penetró en ella y corrió a prosternarse a los pies de la Santísima Virgen. Los habitantes de la plaza que presenciaron aquel tremendo espectáculo, volaron a favorecer o sacar los muertos de

debajo de los escombros; pero pasando por encima de dichos escombros, encuentran la puerta abierta, entran a la iglesia, y ¡qué asombro! lo ven hincado de rodillas, juntas las manos, dando gracias a su libertadora (1).

"Concluida la reparación de la iglesia y quitados los andamios, sólo quedaba una viga de once varas de largo, la cual con los esfuerzos que hacía un indio que se hallaba en la punta, desatándola, se rompió por la base que estaba apolillada, y siguiendo la inclinación que ya tenía, iba a dar contra el pavimento de la iglesia, arrastrando tras de sí al indio. Hallábase presente el cura Dr. Tomás Lastra, y al ver cómo ese infeliz hombre iba a matarse, estrellándose contra el suelo, invocó a la Santísima Virgen, y en el mismo punto, describiendo la viga un cuarto de círculo, lejos de seguir su impulso natural, fue y se apoyó suavemente en el hueco de una de las ventanas que caen al cementerio, dando ocasión a que sin peligro ninguno pudiera descender el indio.

"Estos mismos maderos de los andamios dieron ocasión a otra gracia de la Santísima Virgen: estaba debajo de dichos andamios un hombre de edad bastante avanzada, y cogiéndole descuidado una viga de ocho varas de largo y de espesor proporcional a su longitud, que se desprendía de toda la altura del techo, iba tal vez a matarlo; pero invocando a la Santísima Virgen el mismo Dr. Lastra que se hallaba presente, cayó la viga sobre la cabeza y resbaló al suelo sin haberle causado el más pequeño daño, ni dejarle señal ninguna del golpe, que apenas lo sintió, como si la viga hubiese sido un cuerpo blando, de poco peso y que se desprendía de muy poca altura. —Por remate de estos sucesos pondremos uno que describía como testigo el Dr. Juan Bautista Vaca, en una carta al autor de estas líneas, autorizándolo con su juramento, y permitiéndole hacer de ella el uso que le pareciere conveniente. He aquí con sus mismas palabras: "Francisco Rivera, ya difunto, subió a des-

(1) Ib.

componer unas colgaduras del altar (nueve metros), descendió con una columna rota, y cayó sobre una mariola de plata maciza, que se encontraba sobre las piedras sillares que formaban la mesa del altar, la cual se hizo pedazos, y el individuo no sufrió la más leve lesión. Yo me encontraba a una cuadra de distancia, y habiendo oído un estruendo terrible, corrí a la iglesia y me encontré con este acontecimiento, de que fueron muchos testigos presenciales, entre ellos mi sacristán Vidal Montenegro" (1).

He aquí la descripción que el autor que venimos citando hace del santuario, tal como era antes del terremoto de 1869: "Fue hecho de ladrillo crudo o sea de adobe; era desahogado y espacioso, con una hermosa torre de cal y ladrillo, que por lo esbelta podía colocarse junto a las mejores de la capital. Se desplegó sobre todo mucho esmero en el ornato interior: su retablo, si bien churrigueresco, del gusto de entonces, de mucho mérito por lo delicado de sus labores; su techo artesonado con altos relieves dorados, y los muros decorados con magníficas molduras doradas y adornadas con profusión de labores". Esas *magníficas molduras doradas* servían de marcos a preciosos lienzos, donde estaban pintados al óleo, por los más hábiles artistas quiteños, así los principales misterios de la vida de la Santísima Virgen, que ocupaban las paredes del presbiterio, como los más célebres milagros de Nuestra Señora del Quinche, expuestos a ambos lados de la nave. Las dimensiones del templo y de las obras a él anexas, después de la reconstrucción de 1869, son las siguientes: "Fachada, 33 metros de ancho con 13 de alto; la torre, 22 de elevación y 8 metros de ancho por lado; la iglesia, 63 de largo, 9 de ancho y 9½ de alto; el camarín de la Virgen, 9 de largo con 7 de ancho" (2).

Detrás del altar mayor está el camarín, que comunica con aquel por el nicho de la Santísima Virgen, la

(2) Ib.
(1) Ib.

cual se asienta en un trono giratorio que se vuelve a voluntad de los guardianes del templo, tanto al interior de éste, como al del camarín; con la circunstancia de que en el último recinto halla el peregrino a la prodigiosa estatua muy cerca de sí, de suerte que puede besar la orla de su manto, contemplar su hermosísimo rostro y bañar con lágrimas sus plantas. "El camarín, dice un escritor (1), es obra regular y esbelta. Su oblonga cúpula está sostenida por cuatro grandes arcos, que forman un artesón de bóveda muy elegante. Construyóse en 1767 a expensas de la Sra. Dña. Luisa María Esterripa, esposa del Sr. D. Luis Muñoz de Guzmán, Presidente de la Real Audiencia de Quito, en recuerdo de una curación milagrosa obrada repentinamente en ella por intercesión de la Sma. Virgen del Quinche, a quien acudió cuando la ciencia humana la tenía desahuciada. Los retratos al óleo de estos dos insignes benefactores se conservan todavía en el camarín. Las paredes interiores están adornadas con lindos cuadros de la escuela italiana, pintados en cobre, y con objetos que recuerdan los milagros de la Stma. Virgen. Los han colocado allí algunos peregrinos, como prenda de su fe, gratitud y amor para con Ntra. Señora; siendo de notarse que algunos de estos dones, como aquellas mismas pinturas, han venido desde Europa, a donde en otro tiempo llegó la fama de los portentos de María Sma. del Quinche" (2).

V

LA REINA DE MISERICORDIA, SALUD DE LOS ENFERMOS Y REFUGIO DE PECADORES.

La historia del Quinche es relación de una serie no interrumpida de portentos, tan múltiples, tan variados, tan hermosos y sorprendentes, que uno solo de ellos habría bastado para hacer célebre a cualquier santua-

(1) El Dr. Espinosa, en el artículo antes citado.

(2) Las principales campanas de la torre del Quinche, dice el Dr. Sono, son de colocación posterior a la fábrica de la iglesia. La mayor, de un hermoso y sonoro timbre, fue regalo de la ciudad de Quito, contribuyendo a su fundición

rio; por lo cual muy pocos de América pueden competir con el nuestro en cuanto a la magnificencia y número de tales gracias sobrenaturales. Estas se han verificado desde el principio hasta nuestros mismos días, con tal profusión y notoriedad, que los guardianes del santuario han juzgado inútil, o muy trabajoso, el apuntarlos, defraudando así al honor y gloria de la Santísima Virgen lo que concedían a la pereza y el descuido. Las no muchas piezas de que constaba el archivo del Quinche han desaparecido roídas por los ratones; los cuadros conmemorativos de los más insignes milagros han corrido en gran parte una suerte semejante, pues a causa de su vetustez, o con ocasión de los terremotos, se los ha descolgado con la intención de repararlos, se los ha llevado a la capital, y allí la incuria los ha reducido a polvo o sepultado para siempre. Sin embargo de todo esto, es tal la copia de los milagros, tanto antiguos como modernos, realizados en el santuario, y de los cuales nos quedan testimonios verídicos y hasta auténticos, que hay con ellos lo bastante para tejer una historia bellísima y singular. Resurrecciones de muertos, restitución de miembros, curaciones súbitas o imposibles para la ciencia, conversiones admirables, remedio de calamidades públicas desesperadas: todo esto ha hecho y hace diariamente Nuestra Señora del Quinche, en favor de cuantos acuden a sus plantas y confiadamente la invocan.

¿Cómo engolfarnos en ese mar de portentos? Admiremos primeramente a nuestra bondadosa Madre manifestándose como Reina de misericordia, Salud de los enfermos y Refugio de pecadores.

La compasión es aquel sentimiento generoso y delicado del alma que nos mueve a hacer nuestras las miserias ajenas, y a prestar al prójimo cuantos servicios están a nuestro alcance para aliviarle en sus tribulaciones; y cuando esto hacemos en favor de menesterosos

---

el Señor Don José de Villalengua, Presidente de la Real Audiencia, y el Ilmo. Sr. Don Blas de Minayo y Sobrino. Probablemente en acción de gracias por algún favor especial que esta capital recibiera de la Santísima Virgen.

y desvalidos, olvidados por el mundo y sumidos quizás en abismos de abyección y dolor, entonces aquella virtud magnánima toma el nombre dulcísimo de misericordia. Nuestro Divino Redentor es el primero y el más alto modelo de esta sublime virtud; y después de El, la Virgen Santísima, a quien la Iglesia saluda con el amable título de Reina y Madre de misericordia: *Salve Regina, Mater misericordiae:* título hermoso, admirablemente comprobado por los siguientes sucesos.

"Volvía en cierta ocasión de la Capital, a su santuario del Quinche, la milagrosa Imagen de la Santísima Virgen, y acertaron a pasar los que la conducían por junto a un barranco, donde hacía tiempo pasaba la vida una pobre india leprosa, arrojada del seno de la familia y privada de todo consuelo humano. Entendiendo la infeliz que pasaba la Santísima Virgen, empezó a clamarle con gran fervor, rogándola se compadeciera de su estado tan lastimero. Oyóla la piadosa Virgen, y en ese punto quedó la india repentinamente libre de la lepra, siendo testigos del prodigio todos los que conducían la Sagrada Efigie, y después todos los que habían conocido leprosa por tantos años a la que vieron luego tan dichosamente curada" (1).

Dos piadosos consortes con un hijo suyo, niño de pocos años, habían ido en cierta ocasión en romería al Quinche. Después de haber honrado a la Santísima Virgen con la visita y otros actos de devoción, quisieron recorrer los huertos y el caserío, y andando en esta excursión fueron a dar junto a una acequia llamada Patalarca, cuyas aguas dan impulso a un molino situado junto a la población. Tranquilos contemplaban aquel sencillo y campestre panorama, cuando de repente el pequeñuelo que jugaba a su lado, resbala en la húmeda hierba, cae en el canal, y en un abrir y cerrar de ojos desciende al cárcavo, y es lanzado por entre las aspas de la rueda del molino. Los afligidos padres dando gritos de terror se precipitaron en seguimiento de su hijo, a quien juzga-

(1) El Romero del Quinche.

ban ya triturado por el rodezno de la máquina, pero no dejaban sin embargo de implorar el auxilio soberano de María para que haciendo uso de su poder se dignase conservar la vida del niño.

Cuando he aquí que encuentra a éste el otro lado del molino, luchando con las aguas ciertamente, pero sin lesión alguna. Apenas daban crédito a lo que contemplaban con sus ojos. Para cerciorarse mejor de la realidad del portento, arrojaron un gallo en el mismo punto en que había caído el niño, y al momento el ave fue lanzada de las aspas completamente destrozada.

Por lo que hace a curaciones de enfermos, son tantas y tan continuas como maravillosas las que desde el principio se han verificado en el Quinche, que merece éste ser reconocido como otra probática piscina. Referiremos algunos solamente de aquellos casos portentosos.

"Tiempo hacía que un caballero de Popayán padecía de una enfermedad muy contagiosa y peligrosa. Pocas fuerzas le quedaban para ningún viaje, cuanto más para uno tan largo y difícil como de Popayán al Quinche; sin embargo, pudiendo en él más la fe y la seguridad de recobrar la salud por medio de la Santísima Virgen del Quinche, contra el parecer de todos los médicos se puso en camino con una cuantiosa limosna para el Santuario. Venía por el camino casi agonizando; mas con tanta devoción y confianza, que al entrar en la jurisdicción del Quinche, quiso apearse y hacer el resto del camino a pie. Dirigióse inmediatamente a la iglesia; presentó a la Virgen el donativo que le traía, rogándole no permitiese que después de un viaje tan trabajoso tuviera que regresarse a su tierra tan enfermo como había salido; que bien reconocía ser necesario un milagro, por no haber, en lo natural, remedio para su dolencia; pero que por lo mismo imploraba su auxilio con mayor confianza, por la gloria de su nombre que sería loado y ensalzado dondequiera que se contase esta nueva manifestación de su poder y bondad. En fin, dio principio con mucha fe a una

novena, y con ella empezó a sentirse cada día mejor, de tal suerte que, en concluyéndola, pudo emprender la vuelta a su patria, pero tan perfectamente curado que en muy pocos días llegó a su casa, donde todos sus parientes y conocidos oyeron y vieron con admiración una muestra de las maravillas que la Madre de Dios no cesa de obrar en su santuario del Quinche".

"Por los años de 1832 vivía en Ibarra Fray Pablo Suárez, converso de la Orden de la Merced, al cual se le había formado, de resultado de otro mal anterior, una fístula de todo punto incurable que llegaba a la vejiga. En este estado, fue un día a visitar a una señora que acababa de llegar de una peregrinación al Quinche, y que, fervorosa como estaba con las cosas que había visto y oído en el Santuario de la Virgen, le animó mucho a que recurriese en aquel su trabajo a la Santísima Virgen del Quinche, y le dio un pedacito de esparto, reliquia del manto que los indios de Oyacachi habían ofrecido, allá en los principios, a la *Virgen de la Peña.* Fray Pablo volvió a su convento muy animado y gozoso con la reliquia de la Virgen, y esa misma noche, después de reducirla a cenizas, se la aplicó al cuerpo mezclándola con un poco de sebo. Así se acostó encomendándose con mucho fervor a la Santísima Virgen; y al día siguiente se despertó completamente curado de su mal y con la fístula cerrada: cosa que los médicos atestiguaron no podía haber sucedido sino por un milagro de La Virgen" (1).

Veamos ya como esta piadosísima Reina se ha ostentado también, en el Quinche, como Refugio de pecadores y Esperanzas de los desesperados, conforme al hermoso título que la da San Efrén.

"Hallándose la ciudad de Quito afligida con el azote de una peste espantosa, a principios de 1806, se dio orden de que fuese llevada a la capital la Santísima Virgen del Quinche, que ha sido siempre el Refugio en

(1) El Romero de la Virgen del Quinche.

todas las calamidades públicas; y habiendo concurrido según costumbre mucha gente para conducir la Imagen milagrosa, quiso tomar parte a su modo un tal Juan Villázquez, que vivía en relaciones ilícitas con una mala mujer, y en esta ocasión le llevó consigo al Quinche, sin que ni la piedad del pueblo, ni el respeto debido a la Madre de Dios, bastasen siquiera para hacerle más recatado. Mas el mismo día que llegaron al Quinche, se vio abandonado de su cómplice, la cual, seducida por otro, se fue con él y desapareció del pueblo. Poseído Villázquez de la pasión de los celos, y arrebatado de un furor frenético, tomó una soga, y sin más detenerse como si el mismo demonio moviera sus pies, se encaminó al cementerio, donde había visto un gran nogal. Subido al árbol, amarra él un cabo de la soga a una de las ramas principales, y haciendo un lazo corredizo en el otro, se lo echa a la garganta y se precipita del árbol. ¡Qué espectáculo tan funesto iban a contemplar aquel día los devotos romeros y conductores de la Virgen!: un ahorcado ahí junto al santuario, y, como si dijésemos, a la vista y en la presencia de la Santísima Virgen. Luchaba ya el desesperado con las ansias de la muerte; el lazo íbale estrechando más y más la garganta; las convulsiones eran horribles; hinchado el pecho, falto de aire los pulmones, la circulación de la sangre súbitamente interrumpida; paran finalmente las convulsiones...; unos momentos más, y el infeliz habrá expirado; ¿y su alma? Pero la Santísima Virgen no quería que lo que iba a ser principio de salvación para muchos, lo fuese de condenación para aquel desgraciado, y así le acudió en ese mismo punto y le iluminó el entendimiento con una luz celestial extraordinaria. Clamó entonces con el corazón e imploró la divina misericordia, por medio de María, el que ya se consideraba presa del infierno; y la piadosísima Virgen, que ya no podía consentir que esa alma cayese en manos del demonio, se presenta en el aire y hace que la rama que sostenía el cuerpo laxo del moribundo se desgaje de improviso y caiga al suelo con cierta lentitud y suavidad. Como el ruido que hizo la rama al troncharse fue muy grande, la gente que andaba cerca penetró luego en el campo santo a ver qué podía

ser aquello, y encontraron a Villázquez tendido en el suelo, atado a la rama y con todas las señales de un ahorcado; sólo que se maravillaban de ver que se hubiese desgajado una rama tan gruesa, capaz de sostener aún mucho mayor peso, cuando más natural parecía que se hubiese roto la soga, en caso de que el peso del cuerpo venciese la resistencia que lo sustentaba; pero eso precisamente había de demostrar con más evidencia la intervención de la Virgen del Quinche en la salvación de aquella alma. En efecto, volviendo en sí el ahorcado con admiración de todos y alzando la vista a los que le rodeaban, confesó con lágrimas su criminal intento y la causa que lo había motivado, asegurando que al invocar a la Santísima Virgen del Quinche, la vio en ese instante aparecérsele en los aires, y que sólo a su piedad y clemencia debía el hallarse sano y salvo, cuando ya debiera haber perecido para siempre. Los que penetraron en el cementerio repararon mucho en que un personaje de aire siniestro, que habían visto junto a Villázquez, desapareció súbitamente sin saber por dónde, así que entró la gente; por donde entendieron que no podía ser sino el demonio que aguardaba su presa; pero que la Santísima Virgen se la arrebató de entre las uñas" (1).

VI

DELICADEZA Y TERNURA MATERNALES DE LA SANTISIMA VIRGEN PARA CON SUS DEVOTOS.

El pío y docto padre Juan Eusebio Nieremberg dice (2): "A proporción de la inmensa grandeza y bondad de María son su misericordia, su humildad, y todas las demás virtudes, y, lo que suele cautivar mucho los corazones, su agradecimiento, por ser gran motivo para robarnos el alma ver que así agradezca lo que se hace por Ella, aun no haciendo lo que debemos; y es que como Ella tiene tan ardiente afecto y deseo de hacernos bien, anda buscando ocasiones en que darse por obliga-

(1) Ib.
(2) En su precioso opúsculo intitulado **La Amabilidad de María**, capítulo XIX.

da. Tal agradecimiento tuvo esta gran Señora, en vida; y ahora le continúa desde el cielo con notables extremos. San Bernardino en una dulce sentencia, y de gran consuelo, significa la agradecidísima humildad (aun allá en la gloria) de esta Señora, y dice así: "Cortesanísima es la gloriosa Reina Virgen María, que no puede ser saludada sin que Ella torne a saludar de un modo admirable. Si dijeres cada día devotamente mil Avemarías, mil veces serás saludado de la Virgen. De Adán de San Víctor sabemos, que porque saludó a la Virgen, diciendo: Salve, Madre de piedad y triclinio de la Santísima Trinidad, la Virgen le saludó y dio las gracias". En la historia del Quinche hallamos varios casos que comprueban admirablemente esta consoladora verdad.

"Hacía muchos años que una buena mujer vivía en el pueblo del Quinche, tullida por completo, que no podía moverse sin la ayuda de dos muletas y el auxilio de alguna persona, cuando le vino la inspiración de pedir a la Santísima Virgen la curación de su enfermedad, prometiéndole que, si recobraba el uso de sus miembros paralizados, le barrería la iglesia en todo el tiempo que le restare de vida. Hízose llevar a presencia de la milagrosa Imagen, e hincada de rodillas con mucha dificultad, tanto que era menester la sostuviesen dos indios, renovó su promesa con viva fe y confianza de alcanzar la salud del cuerpo, si así le convenía para la salud del alma. Pasado que hubo un rato de fervorosa oración, cuando quiso enderezarse se encontró completamente restablecida, con los miembros expeditos y desembarazados, de suerte que, después de agradecer a la Santísima Virgen la gracia que acababa de recibir, con admiración de cuantos presenciaron el caso, volvió por sus pies a su casa, y de ahí en adelante no pensó sino en cumplir su voto, ocupándose con toda devoción en servir a la Virgen del Quinche en su Santuario".

"En el mismo pueblo del Quinche vivía un hombre de costumbres muy arregladas y tan devoto de la Santísima Virgen, que sólo por el gusto de obsequiarla, le tocaba el arpa en la iglesia todos los sábados y siempre

que se le ofrecía ocasión. Murió el piadoso arpista, y fue sepultado, como pobre, en el santo suelo. Al cabo de algunos años, como cavasen en el mismo lugar para enterrar otro difunto, dieron con un esqueleto perfectamente conservado, con los huesos descarnados y muy limpios, pero sobre todo con las manos hasta las muñecas tan sanas y frescas como si acabase de morir. Divulgada la noticia del suceso, acudieron muchos a contemplar el esqueleto que no dudaban en calificar de prodigioso, aunque sin acertar a decir cuyo fuese. Finalmente después de muchas averiguaciones dieron con que en esa sepultura habían enterrado al devoto arpista de la Virgen del Quinche, cuya piedad y edificante conducta recordaban muchos del pueblo, y todos reconocieron en el caso un prodigio con que la Reina del Cielo había querido manifestar cuánto le agradaban los obsequios de sus devotos" (1).

"Una noble y rica matrona de Popayán sin poder resistir a las ansias y vehementes deseos de visitar a Nuestra Señora del Quinche en su mismo santuario, se puso en camino trayéndoles ricos donativos y seguida sólo de un indio. Luego que llegó a su término, dejó el caballo, y partió inmediatamente a la iglesia, pidiendo por favor que se la abriesen; pero con inexplicable dolor oyó que por entonces no podían complacerla, porque el sacristán que tenía las llaves estaba entonces lejos del pueblo. Siéndole muy duro tener que esperar, dirigióse a la puerta de la iglesia, para al menos desde allí saludar y venerar a la que aun antes de conocer había cautivado su corazón con su amor. Empero allí precisamente era donde la misericordiosísima María le preparaba el galardón con que había de remunerar su ardiente caridad; pues la que tan benigna y misericordiosa se mostraba con los que iban a buscarla movidos de su interés y necesidad, justo era que dispensase iguales favores a los que lo hacían llevados de sólo su amor. Cuál, pues, el regocijo, la admiración y la sorpresa de la religiosa señora, cuando al caer de rodillas delante de las puer-

(1) El Romero de la Virgen del Quinche.

tas de la iglesia, ve que estas se le abren, y avanzando hacia dentro, ve que el velo del nicho que ocultaba la Imagen se eleva de suyo, y aquella en su peana corrediza resbala sobre las ruedas, entregándose a sus ansiosas y absortas miradas y a todo el anhelo y arrebato de su corazón, cayendo ese momento de rodillas en el pavimento, inundados sus ojos de dulcísimas lágrimas, y su alma transportada a un paraíso de delicias desconocidas hasta entonces" (1).

Habiendo sido llevada, en cierta ocasión, la santa Imagen a Quito, regresaba ya al Santuario con numeroso acompañamiento de peregrinos. Iba la devota comitiva por la agria y empinada cuesta que conduce al río Guayllabamba, cuando los que marchaban al fin, y se encontraban todavía en la parte de arriba, miraron con profundo terror que desprendiéndose de repente de entre aquellas abruptas peñas un enorme peñasco, se desgalgó en dirección al numeroso grupo de romeros que caminaban en torno de la portentosa Efigie; parecía que estaban ya a punto de ser aplastados por aquella ingente mole, y así todos los que se daban cuenta de la inminente catástrofe, lanzaron un grito de fervorosa plegaria a la Virgen Santísima, y al instante la roca, cual impelida por fuerza superior invisible, torció el curso de su vertiginosa caída, y se salvaron maravillosamente todos los allí presentes, sin que nadie hubiese tenido que lamentar en ello el menor daño.

Indicio elocuente y hermoso de la ternura maternal dulcísima de que están repletas las entrañas virginales de la Reina del Cielo en favor de los hombres, es la facilidad y prontitud con que ha atendido y despachado en su santuario del Quinche las súplicas que algunas madres piadosas le han dirigido por sus hijos desgraciados.

A los principios del santuario de Oyacachi, una india casada, sencilla y buena, de aquel pueblo, había to-

(1) Nuestra Señora del Quinche.

mado la piadosa costumbre de ofrecer a la Santísima Virgen los niños que daba a luz, para que la Divina Madre se dignase recibirlos por hijos suyos. Ocurrió que uno de ellos le nació muerto; pues también lo presentó ante el altar de María, quien con benignidad admirable acogió las súplicas de aquella infeliz, y así que el cadáver fue puesto ante el altar de la santa Imagen, al punto mismo el niño recobró la vida.

"El suceso siguiente ocurrió en nuestros días, y viven aún los protagonistas del drama. Una señora hacía su viaje de Quito a Otavalo, y con tal motivo había entregado un tierno niño que tenía, a una nodriza para que lo condujese. A esta última se le había secado de repente la leche, y en dos días de camino no proporcionó alimento alguno a aquella criatura. Cuando llegaron a la parroquia de Malchinguí, el niño había muerto ya. Al recibir en los temblorosos brazos ese cadáver, la madre como fuera de sí postróse en la plaza del pueblo, pidiendo a gritos a Nuestra Señora del Quinche que devolviese la vida al inanimado infante, ofreciendo ir en romería al santuario, celebrar allí una suntuosa fiesta, y hacer cuanto le sugería su espíritu contristado. Mientras tanto, los habitantes del lugar habíanse acercado a la desolada Señora, y se esforzaban por encontrar un rastro de vida en aquel cuerpecillo yerto, pero no lo hallaban. La madre, después de su fervorosa súplica, en un arranque sublime de fe, toma nuevamente el cadáver del hijo en el regazo, abre los marchitos labios, y destila en ellos algunas gotas de leche; la Santísima Virgen premió al instante tan intrépida confianza, devolviendo instantáneamente la vida y la salud al niño" (1).

No pocas veces Nuestra Señora del Quinche se ha dignado prevenir con portentos las súplicas que se preparaban a dirigirle sus devotos; demostrándonos con esto, que más lista y solícita se halla Ella para socorrernos, que nosotros en darnos cuenta de nuestras más premiosas necesidades.

---

(1) El Dr. Sono en la obra citada.

"Habiendo un caballero rico de Pasto sufrido durante catorce años de una hernia dolorosa y agotado sin fruto ninguno todos los recursos de la medicina, apretado por los dolores que le causaba su enfermedad cuyas inflaciones iban siendo cada vez más frecuentes, se determinó a buscar alivio en los remedios sobrenaturales, ya que en lo natural reconocía ser su dolencia de todo punto incurable. Púsosé, pues, en camino hacia el santuario de la Virgen del Quinche, donde sabía que la Madre de Dios prodigaba sus favores a los peregrinos que acudían allá de todas partes atraídos por la fama de tantas maravillas. Después de un viaje muy penoso llegaba ya al término de su romería, y divisando muy cerca el santuario de la Virgen ya le parecía penetrar en su sagrado recinto y quedar completamente curado al instante de llegar y postrarse a los pies de la Reina de las gracias; cuando, tropezando de repente el caballo en que venía, y echando luego a correr por esos campos de Urapamba, fue arrojado de la silla violentamente y cayó en tierra nuestro romero con peligro de quedar muy mal parado a causa de la enfermedad y lesión que padecía. Mas con asombro de los criados que le acompañaban, lo mismo fue caer del caballo que levantarse con gran prontitud y partir en seguimiento del animal, como si no hubiese conocido qué era padecer los dolores de una hernia que en tanto tiempo le había imposibilitado para todo movimiento rápido, cuanto más para una carrera semejante. Efectivamente estaba ya perfectamente curado, y todo el susto así del enfermo como de los criados paró en grandísimo regocijo, cuando reconocieron que la caída y lance pasado habían sido enderezados por la Divina Providencia, para que más resaltase el milagro de la Santísima Virgen del Quinche, y para que el gozo y la devoción de sus devotos fuesen mayores viendo que no tenía ya que presentarse a ella para implorar su protección, sino para agradecerle sus bondades" (1).

---

(1) El Romero de la Virgen del Quinche.

VII

NUESTRA SEÑORA DEL QUINCHE AMPARA A QUITO Y OTROS LUGARES EN LAS CALAMIDADES PUBLICAS.

La sincera, grande y cada día más ferviente devoción que profesa Quito a nuestra Señora del Quinche, se funda en los portentos mil con que la Reina del cielo le ha favorecido constantemente, así como a toda su comarca, en tiempos de calamidades públicas; de suerte que al iniciarse cualquiera de aquellas terribles y destructoras catástrofes, no hay para las autoridades y el pueblo de la mentada capital refugio más seguro que la prodigiosa Imagen, a la cual invocan todos, y es conducida, en tales circunstancias, con grande pompa y solemnidad, desde su lejano y campestre santuario a alguno de los principales templos de esta ciudad creyente y piadosa.

La primera de estas traslaciones se verificó en 1632, dos años después que la estatua de la Virgen fue colocada en el Quinche, y con motivo de impetrar la salud del Presidente de la Real Audiencia, D. Martín de Arriola, estimado y generalmente querido como uno de los mejores magistrados que haya habido en estas tierras, en tiempo de la Colonia, y que a la sazón se hallaba en grave peligro de la vida. Fueron la primera visita de Nuestra Señora del Quinche a la Capital, y el recibimiento que se la hizo, tan espléndidos y magníficos, como después se dirá. Desde entonces hasta nuestros días son muchísimas las veces que la santa Imagen ha dejado su santuario para encaminarse a Quito, calculándose alrededor de ciento el número total de ellas; y siempre la benignísima Madre ha escuchado favorablemente las súplicas de la atribulada ciudad, y ha otorgado la gracia que se le pedía u otra más trescendental y mejor.

Uno de los terribles flagelos con que la justicia divina suele castigar a los pueblos prevaricadores es el hambre, que viene precedida de sequías asoladoras, y acompañada de epidemias, revueltas y otros grandes

trastornos sociales. Y bien, cuantas veces el cielo nos niega sus benéficas lluvias y se torna cual de bronce, Quito tiene un segurísimo refugio en Nuestra Señora del Quinche, pues entrar la maravillosa Imagen en la ciudad, y liquidarse las nubes en vivíficos raudales que derraman la fecundidad y la abundancia en los agotados campos, todo es uno. Portento tan repetido y constante, que ocupándose de él el historiador del Quinche, dice: "Hablamos de un hecho del que pueden dar fe más de ochenta mil almas, que son las que forman la población de esta capital (Quito), y daríamos con gusto por falso y apócrifo todo nuestro relato, si hubiera uno solo que pueda probarnos no ser verdad el hecho que afirmamos: que en las innumerables veces en que la Santísima Virgen del Quinche ha sido traída por causa de dilatadas sequías, ni una sola ha dejado de enviarnos lluvias; aconteciendo muy repetidas veces que, apenas ha entrado la Santísima Virgen en la ciudad, cuando en medio de un cielo enteramente terso y despejado, se han armado repentinamente las nubes, descargando tan repentino aguacero que, los que han venido acompañando a la Santísima Virgen, apenas han tenido tiempo para retirarse a sus casas" (1). Y en otro lugar de la misma obra: "En cuanto al visible y manifiesto milagro de las lluvias, en ocasiones de prolongadas y devastadoras sequías... nadie hay que lo ignore, nadie que lo niegue, todos hemos sido testigos y hemos visto súbita y repentinamente armarse el cielo, y descargar abundantes aguas, apenas entrada la Virgen Santísima en Quito sin dar casi tiempo a los acompañantes a ponerse en seguro, y muy poco hemos vivido, si los que ahora somos no hemos presenciado más de cuatro sucesos de esta naturaleza. Pero ¿cuántos han sido estos? no lo sabemos; sólo sí, podemos afirmar que en la mayor parte de las veces, que se ha traído la santa Imagen a la ciudad." (2).

Por lo que hace a la protección dispensada por la Santísima Virgen a Quito y toda su comarca, en tiempo

(1) El Dr. Sono en la obra citada.
(2) Ib.

de epidemias, oigamos al mismo autor que venimos citando. "El suceso más antiguo de cesación de pestes por la intercesión de Nuestra Señora del Quinche y del cual exista memoria auténtica, es del año 1648, por un cuadro que mandó a pintar D. Manuel Morejón, canónigo de la Catedral de Quito, cuya leyenda que se ve, al pie, dice que habiendo sobrevenido una gran peste de viruelas en la ciudad de Quito, y en toda la provincia, luego que se presentó esta santa Imagen, desapareció con general asombro.— Más ruidoso que el anterior y más moderno es el que recuerda el cuadro quinto de la izquierda en la primera fila. Habían vuelto a ensañarse las viruelas y tanta riza hacían en personas de todas edades, que eran muchos los que diariamente morían no sólo de párvulos pero también de adultos. Hallábase consternada la ciudad; no había casi familia que no tuviese que llorar alguna víctima de la cruel enfermedad; caían todos los niños como espigas. Se ocurrió pues, por la Santísima Virgen del Quinche: salieron a recibirle el Obispo, los Cabildos, las Comunidades religiosas y pueblo innumerable; y, caso verdaderamente portentoso, desde el momento en que la Santísima Virgen se presentó por las puertas de la ciudad, no volvió a oírse ningún nuevo caso de contagio, ni que muriese ninguno de los que ya lo tenían. Este suceso llamó tanto la atención que prescindiendo de documentos que lo recuerdan muy circunstanciadamente, es el que más fresco ha conservado la tradición en la memoria del pueblo.— A más de estos testimonios auténticos que recuerdan la asistencia especial de la Santísima Virgen en esta espantosa plaga, particularmente en Quito, nos quedan las actas del Cabildo Civil de esta ciudad, las cuales son el más concluyente testimonio en favor de estos prodigios, pues en todas ellas se da por razón para decretar la traída de la santa Imagen en tiempos de pestes, el haberse experimentado la soberana protección de Nuestra Señora del Quinche en ocasiones anteriores. En 1667 se hallaba Quito atacada de fiebres violentas y horribles pleuresías, y el Cabildo que había sido testigo de lo que había favorecido en ocasiones anteriores, la manda traer a la ciudad. En 4 de Septiembre de 1672 volvió el Cabil-

do a disponer que se la trajera, por hallarse la ciudad sumamente apestada, decía, y porque en otras ocasiones habían experimentado los efectos de su misericordia. En 9 de Junio de 1673 enviaba el Cabildo diputados al Quinche para que trajeran la Imagen de Nuestra Señora de Oyacachi, así la llamaban todavía; pues Ella, prosiguen las actas, ha protegido visiblemente la ciudad contra las pestes, y entonces de tal manera se hallaba infestada que moría mucha gente. En 26 de Septiembre de 1674 se volvía a traer la misma Imagen por disposición del Cabildo, por hallarse de nuevo apestada la ciudad. Tres años después, en 1677 volvía a ordenar el Cabildo se la trajese a la ciudad, dando por razón los terribles estragos que hacían las viruelas y otras enfermedades. En 1691 por igual disposición y por idéntica causa era otra vez conducida a Quito; y en 1693 se celebraban a la Santísima Virgen del Quinche novenarios de misas con rogativas públicas, por la mucha gente que moría, a consecuencia de una de las más espantosas pestes que han asolado la República, las viruelas, alfombrilla, sarampión y otras enfermedades todas juntas a la vez" (1).

"La protección de la Virgen Santísima del Quinche se ha manifestado también en otro de los azotes que nos han afligido, el más terrible sin duda y entre nosotros el más desastroso, el de los terremotos. Y en efecto, uno de estos daba motivo para que la ciudad de Quito por medio de su Cabildo Civil la reconociese y jurase por su patrona el año de 1698, en que sobrevino, a consecuencia del hundimiento del Carihuairazo, aquel terrible terremoto, uno de los mayores sin duda que ha experimentado nuestro suelo, y que arruinó por completo los asientos de Ambato, Latacunga, parte de la villa de Riobamba, toda la provincia de Alausí, el asiento de Mocha, y todas las dependencias de estos puntos, con muerte de más de diez y ocho mil personas. Hallábase entonces la sagrada Imagen en la Catedral, y a pesar de haberse experimentado el estremecimiento de tierra

(1) Ib.

tan fuerte y violento en Quito como en los lugares arruinados, sin embargo por un prodigio y una especial protección de la Santísima Virgen, como se expresan las actas del Cabildo, no sólo no tuvo que deplorar la ciudad desgracia ninguna en la vida de los ciudadanos, pero ni siquiera en lo material de sus edificios. He aquí una de las actas posteriores del Cabildo, del 28 de Junio de 1757, que recuerda ese hecho: "En este Cabildo acordaron, con vista de lo determinado en los Cabildos celebrados en los años de setecientos cincuenta y cuatro y setecientos cincuenta y seis, próximo pasado, sobre el asunto de las fiestas anuales que hace este Cabildo, el que el Mayordomo de propios de él, gastase cien pesos, y en el dicho año de setecientos cincuenta y seis se restringió, para que el dicho año celebrase las fiestas sin sermón, que fue por el motivo de hallarse la santa iglesia Catedral maltratada del terremoto y temblores, por lo que se suspendieron los sermones hasta el presente, en que se experimenta de la piedad divina el haber cesado dichos temblores, por hallarse en dicha santa Iglesia Nuestra Señora del Quinche, patrona jurada por este Cabildo desde el año de seiscientos noventa y ocho, en que se experimentó el terremoto grande que asoló los asientos de Latacunga, Ambato y villa de Riobamba, y esta ciudad, protegida de tan soberana Señora, no padeció ruina alguna por lo que este Cabildo, en debido agradecimiento, le erigió fiesta solemne, para que se celebrase el día veinte de Junio de cada un año; para cuyo costo se impusieron mil y quinientos pesos de principal a censo con que contribuyeron parte de los señores Capitulares que lo fueron en aquel entonces, y los demás los vecinos con devoto reconocimiento. Por lo que se ordena al presente Mayordomo celebre la fiesta con toda la solemnidad que pudiere, continuando tan debida gratitud a la Soberana Señora del Quinche" (1).

Todo el año de 1756 y los principios de 1757 fueron fatales para la Presidencia de Quito, por los repetidos

(1) Ib.

temblores que sacudieron este suelo, ocasionando incalculables desastres. Con tal motivo la santa Imagen fue trasladada nuevamente a la ciudad. Hallábase en ella cuando ocurrió aquella horrenda catástrofe del martes de carnaval, 22 de Febrero del citado año de 1757, causado por "un solo sacudimiento breve y casi instantáneo, y sin embargo tan recio que vinieron a tierra la iglesia del noviciado de la Compañía de Jesús de Latacunga, recientemente fabricada y muy hermosa, otros templos y conventos de regulares y la mayor parte de las casas, quedando las restantes destrozadas e inhábiles, con muerte de muchos de sus moradores. Créese que fue causado por el Cotopaxi, por los bramidos y ruido subterráneo que le sucedieron... Cuando aconteció pues aquel violento terremoto, del martes de carnestolendas, se hallaba la Imagen en Quito, librándose la ciudad segunda vez, por intercesión de la Madre de Dios, de verse reducida a escombros. He aquí un documento que lo prueba, el acta del Cabildo de 1º de marzo de 1757: "Hallándose esta ciudad en el gran conflicto de haberse experimentado el recio temblor, y estremecimiento de tierra, la tarde del martes de carnestolendas, el cual llegó a esta ciudad, después de haber dejado arruinado, casi en el todo, el asiento de Latacunga, donde ha perecido mucho número de gente, que mató en la ruina de los edificios y templos, cuyo sentimiento damos a este Ilustre Cabildo, para que en acción de gracias de no haber padecido esta ciudad semejante ruina, lo que se atribuye a la piedad misericordiosa de Nuestra Señora del Quinche, que hallándose en la santa Iglesia Catedral, continuándose desde los pasados temblores, manifiestamente se reconoce el piadoso resguardo con que nos mira su Majestad Divina, por intercesión de su Santísima Madre, por lo que acordaron que por este beneficio recibido se le haga a Nuestra Señora un novenario solemne, concurriendo a él los señores de la Real Audiencia, los dos Cabildos y sagradas Religiones, como interesados todos en la piedad divina, para que nos libre de los dichos temblores y terremotos, haciéndosele saber al Mayordomo de propios de este Cabildo, pase a dar noticia a los señores de dicha Real Audien-

cia, al Venerable Deán y Cabildo y Sagradas Religiones, para que concurran a dicho novenario, y por parte de este Cabildo ejecute lo que debe contribuir por el día de la novena; y dicho Mayordomo lo cumpla sin omisión alguna" (1).

No ha sido menos manifiesta la protección de la Santísima Virgen del Quinche en favor de Quito, en tiempo de revoluciones y guerras civiles o internacionales, ya alejado de la ciudad este terrible flagelo, ya aminorando sus desastrosos efectos, ya, sobre todo, impidiendo en ocasiones, que el partido vencedor realizara todas sus proditorias miras, en especial las tendientes a la ruina de la verdadera Religión y de las creencias católicas en el pueblo.

Veamos ahora un rasgo de la protección soberana concedida, mediante aquella Imagen portentosa, a otros pueblos de la República. "El más reciente y uno de los más señalados casos de este género, entre todos los que se conocen desde hace más de tres siglos, es el acaecido en 1889 y que todavía recuerdan con gran júbilo y agradecimiento los habitantes de Imbabura. Ellos cuentan aún conmovidos cómo sobrevino en toda la provincia una prolongada sequía, habiéndoseles vuelto el cielo de bronce, como allá en los tiempos del profeta Elías aconteció al pueblo de Israel; cómo se les echó encima una plaga de langostas devastadoras y pestíferas; cómo prendió luego por todas partes a manera de fuego abrasador la peste, de la cual morían tantos que apenas podían los vivos dar sepultura a los muertos; el hambre extremábase más de día en día; la consternación de los pueblos, la pobreza de las familias, la angustia de los corazones no podían ser mayores. En esto se acuerdan felizmente que años antes recorrió sus pueblos, como peregrina, la Santísima Virgen del Quinche, con el fin de recoger limosnas para la reparación de su Santuario; que si ahora los visitase, sin duda se acordaría de sus antiguos obsequios y los consolaría en la pre-

(1) Ib.

sente calamidad. Corren luego al Santuario del Quinche y sacan con solemne acompañamiento la bendita Imagen; llévanla a su tierra, paseándola en triunfo por toda la Provincia; todos tienen el gusto de contemplar con sus ojos a la Reina del cielo, de presentarle sus obsequios, de rendirle sus homenajes; y todos también quedan consolados y remediados, con la bendición de su Madre queridísima. Puesto que lo mismo fue terminar su visita Nuestra Señora del Quinche que desaparecer las plagas, y empezar los pueblos a recobrarse de su abatimiento y consternación como respirando nuevas auras de vida" (1).

VIII

LA FUENTE INEXHAUSTA DE BENDICIONES PARA TODO EL ECUADOR

El Santuario del Quinche, lo hemos dicho ya, es en el Ecuador como una otra piscina probática, a donde acuden los enfermos para implorar de la Reina del Cielo la curación de inveteradas dolencias, cuyo remedio no está al alcance de la ciencia; y hoy, como en otros tiempos, son tan numerosas y frecuentes estas gracias, que ese lugar bendito debe ciertamente ser tenido como fuente de inexhaustas bendiciones para todo el pueblo ecuatoriano. En prueba de ello narraremos aquí algunos de aquellos hechos portentosos verificados en los últimos años, o en nuestros mismos días, y que no constan por tanto, en los libros o artículos anteriormente publicados acerca de Nuestra Señora del Quinche (2).

Un piadoso misionero jesuita, el R. P. N. López, español de nacimiento, a consecuencia de los muchos trabajos y fatigas inherentes a su ministerio, había llegado a perder la vista, de manera que apenas distinguía los objetos, y ningún médico había podido curarle de

(1) **El Romero de la Virgen del Quinche.**

(2) Es muy de desear que el Santuario del Quinche tuviera una revista propia, siquiera no fuese sino anual, en que se consignasen los sucesos más notables que frecuentemente acontecen en él. Sin hablar de Lourdes, ni de Pompeya,

ese achaque. Lleno de fe y confianza en la protección soberana de María, acudió al Quinche, con ocasión de unos ejercicios espirituales que debía predicar ahí, muy deseoso de alcanzar el remedio de aquella fastidiosa ceguera que cada día se agravaba más. Cierta vez, sintiéndose más animoso que nunca, a tiempo de subir al púlpito, dijo al religioso que le acompañaba: "Va Ud. a ver que la Santísima Virgen me cura, y ahora mismo". Y así fue; porque apenas principió en la plática a hablar de la Reina del Cielo, cuando sintió que se le descorría aquel velo de oscuridad echado sobre sus ojos; y al bajar de la Cátedra Sagrada estaba ya completamente sano. Algunos años después murió en Pasto, sin rastro alguno de aquel tan penoso accidente (1).

Antonio Baldón, vecino del pueblo de Tabacundo y paralítico de medio cuerpo abajo, fue al Quinche, en 1898, para implorar de la Virgen Santísima la curación de la enfermedad que le aquejaba durante largos años, sin que los médicos hubiesen podido devolverle el uso expedito de sus miembros. En el camino se encontró con algunos buenos religiosos de Pifo, que le exhortaron a sostener su confianza en la mediación poderosa de María, con lo que prosiguió más animado su jornada. Habiendo felizmente llegado al pueblo, se dirigió apoyado en muletas al santuario de la Reina de Misericordia; allí se confesó y comulgó, precisamente en el día de la fiesta de Nuestra Señora del Quinche, 21 de Noviembre. A la hora de la procesión, se hizo el enfermo colocar en el atrio del templo; y así que en las puertas

---

y viniendo a países más próximos al nuestro, en Chile no más, tenemos "La Estrella de Andacollo", revista religiosa quincenal, dedicada a fomentar el culto de la santa Imagen que en aquel histórico sitio se venera: ¿por qué el Quinche no había de tener un órgano de publicación que hiciese conocer las maravillas que se complace en obrar allí constantemente la Madre Santísima de Dios? Los portentos de que ahora vamos a ocuparnos nos han sido referidos por un testigo libre de toda excepción, y de los más abonados al intento, el Sr. Dn. Félix Granja, muy activo y celoso párroco del Quinche, que es precisamente quien ha emprendido en la obra del nuevo templo, actualmente en construcción, y que tiene a cargo suyo ese importante curato, desde 1903.

(1) Este portento no lo presenció el Sr. Granja, sino se lo refirieron otros testigos del hecho milagroso, y algunos religiosos de la Compañía.

de él se presentó la prodigiosa Imagen, el paralítico clamó en alta voz: "Madre mía, si quieres puedes curarme". Y al instante quedó sano. En el camarín del santuario guárdase hasta hoy las muletas del paralítico, con una inscripción que atestigua la verdad de este milagro.

El año de 1904 se presentó ante el párroco del Quinche, un militar, como de cuarenta años de edad, que ofreció como exvoto, a la Imagen maravillosa, un ojo de plata, y le refirió lo siguiente. El Comandante Rivadeneira (este era el militar) había padecido de varios accidentes a la vista, especialmente un reumatismo agudo que, en los años precedentes, le causaron dolores imponderables, y al fin le ocasionaron la ceguera y la pérdida total de un ojo. El otro quedó contagiado de la misma dolencia, y en situación tan terrible que parecía iba a saltársele de la órbita. Ningún médico de Quito pudo curarle de tan tremendo mal, ni siquiera aliviarle los dolores; por lo que el triste Comandante resolvió al fin acudir a la soberana Virgen llamada, con razón, *Salud de los enfermos*, y se encaminó al Quinche. Al pasar por delante de su cuartel el pobre enfermo, le salieron al encuentro sus camaradas, y el jefe del cuerpo le dijo: "¿A dónde va Ud.? ¿Qué va a hacer?... La ciencia le ha desahuciado ya: no tiene Ud. a quien acudir".— "Acudo a Nuestra Señora del Quinche", contestó Rivadeneira, y prosiguió su penosa marcha, hasta arribar al término. Llegado al santuario hizo celebrar una Misa en el altar de la portentosa Imagen, y al descorrerse el velo que la cubre, haciéndose señal con una campanilla, según es costumbre, el adolorido y ciego Rivadeneira contempló por primera vez una vislumbre, a modo de neblina, que pasó por delante de su rostro, y luego volvió a quedar tan ciego como antes. Sin embargo, no desconfió de la Santísima Virgen, y continuó pidiéndole la salud, con más fervor que nunca. Haciéndose tarde, salió de la iglesia y tornó a su alojamiento; pero allí ¡oh prueba bien dura para la fe del sufrido militar! se le acrecentaron los dolores sobre todo extremo, hasta que abrumado de tanto padecer se quedó dormido. Pero al despertarse, advirtió estaba hecho el prodigio: se halló

con el ojo completamente sano, y con una vista tan limpia y clara, como jamás había disfrutado antes en toda la vida (1).

No es menos maravilloso el caso siguiente. Un súbdito de la república vecina de Colombia fue una de las víctimas del lamentable desastre ferroviario ocurrido en febrero de 1909, cerca de Riobamba; pues habiendo el infeliz, al tiempo de la catástrofe, saltado del carro en que viajaba, cayó en tierra, pero, con tan mala suerte, que una de las ruedas de la máquina le pasó encima del pie, llevándose todo el talón con la parte del calzado que le cubría. Trasladóse inmediatamente a Guayaquil, lugar de su residencia, y fue admitido en el hospital donde se le prodigaron toda clase de cuidados; sin embargo, la avería era tan grave que, a pesar de cuanto hicieron los médicos y cirujanos, se pronunció la gangrena en el pie mutilado, y los facultativos declararon que era necesaria la amputación de aquella parte llagada de la pierna, para salvar la vida del enfermo. Este se resistía a dejarse operar, cuando hallándose en este conflicto se le presentó una buena mujer que le aconsejó hiciese un supremo esfuerzo, y se encaminase en romería al Quinche, y esperase de la Virgen Santísima el remedio de su mal. El paciente acogió regocijado este consejo, y se trasladó por tren a Quito, donde efectivamente se sintió muy mejorado de sus llagas, tanto que alquiló una cabalgadura, y provisto de unas muletas prosiguió su viaje al Quinche. En medio trayecto creyéndose aún mejor de lo que estaba cuando salió de esta capital, echó pie a tierra, y apoyado en sus muletillas, en homenaje de respeto a la Reina del Cielo, continuó así lo que le restaba de camino... ¡Portento inaudito!: al llegar al Quinche, estaba completamente sano; una carne tierna y rubicunda sustituía a la úlcera putrefacta; un talón enteramente nuevo y milagroso ocupaba el

(1) El párroco del Quinche, Sr. Granja, añade que, para la debida constancia de este portento, condujo él mismo al Comandante Rivadeneira, ante la autoridad Eclesiástica, de la Arquidiócesis, para que en su presencia declarara cuanto queda referido.

lugar del antiguo: la curación había sido súbita y completa. Innumerables personas, inclusive el Sr. Cura, fueron testigos de esta maravilla. El dichoso romero agraciado con ella, en prenda de su reconocimiento, dejó por exvoto las muletillas, y obsequió a la milagrosa Imagen un manto y una túnica de una muy hermosa lama de plata. Esto aconteció en Agosto del año próximo pasado.

El 21 de Noviembre de ese mismo año, otro suceso admirable demostró una vez más la protección soberana que la Madre Santísima de Dios no se cansa de dispensar a cuantos acuden a honrarla en aquel su privilegiado santuario. De uno de los pueblos de la provincia de Imbabura habían salido varias familias que, organizadas en piadosa caravana, marchaban con dirección al Quinche, para asistir a la gran fiesta que en la fecha mencionada se celebra. Distante de este pueblo como tres horas y media, se halla la parroquia de Otón, a donde llegaron los romeros el 20 por la noche, y deseosos de hallarse temprano en la solemnidad del día siguiente, después de descansar muy pocas horas, salieron de este último lugar, a la una de la mañana, y continuaron la marcha. Como la noche era obscura sucedió que uno de los hombres de la caravana, que iba montado en un borrico, al llegar junto a un precipicio, no lo advirtió, y desbarrancándose con la cabalgadura fue a dar a lo más profundo de la sima. Los socios de la peregrinación volaron en auxilio del desgraciado, pero cuando llegaron cerca de él, lo encontraron lleno de heridas y casi agonizante. Acomodáronle lo mejor que pudieron en una camilla improvisada, y condujéronle consigo, para que no muriese sin los socorros divinos de la Religión. Llegadas al Quinche, el primer cuidado de aquellas buenas gentes fue implorar del párroco que administrase al moribundo los últimos sacramentos, es decir la absolución condicional y la Extrema-unción, pues no se advertía en aquél, otro signo de vida, sino es la respiración únicamente. Pero, ¡oh maravillas jamás bien loadas de la Madre de Misericordia!: ese mismo agonizante, al día siguiente de la escena que acabamos de describir, se ha-

lló con las heridas cicatrizadas, y tan plenamente restablecido en su salud, que se confesó y comulgó en el santuario, y por sus propios pies se volvió a su casa, sin que se le haya administrado medicina alguna, ni otro alimento que unas pocas cucharadas de caldo.

Si tan benigna y compasiva se ha ostentado siempre Nuestra Señora del Quinche, en favor de sus servidores y devotos, no menos indulgente y misericordiosa se ha mostrado con los pecadores arrepentidos que recurren a ella, por grande que sea su degradación y sus delitos. He aquí un caso que lo comprueba.

Un desgraciado caballero, olvidado de su cristiana fe y precedentes honorables de familia, se arrojó en brazos del radicalismo y lanzó por el despeñadero del más desenfrenado libertinaje. Cierta noche en que, más olvidado que nunca de Dios y de la conciencia, había proferido toda clase de obscenidades y blasfemias, entre las liviandades crapulosas de una orgía, como saliera de ella, a eso de media noche, a despedir a sus compañeros de desorden, hirióle súbitamente la vara de la indignación divina, pues se le paralizó la lengua y no pudo pronunciar palabra. Varios médicos de los más ilustres de esta capital atendieron al enfermo, y todos unánimemente declararon que aquella mudez era un accidente incurable. Entonces el incrédulo recordó de la fe que había abjurado, la cual nos enseña que tenemos en el Cielo una Madre bondadosísima que es salud de los enfermos y esperanza de los desamparados. Emprendió pues una romería al Quinche, deseoso de reconciliarse con Dios, y con el fin de implorar de la Virgen el remedio de su mal; iba acompañado de un médico que, en todo el camino, no cesaba de advertir al enfermo que aquella parálisis era incurable, y había de resultar, por lo mismo, totalmente inútil esa marcha. El caballero convertido ya no lo juzgaba así. Habiendo arribado al Quinche, su primera visita fue al santuario de la Virgen; en seguida se presentó al párroco, y por señas le indicó el motivo porque se hallaba allí, y le pidió sus oraciones. Por la noche asistió a la distribución piadosa que

se acostumbra hacer en honor de María, y en ella pidió a la Celestial Reina, con el fervor que puede suponerse el remedio de su mal, ofreciéndola que se confesaría y comulgaría, así que recobrase la salud. Terminada la distribución religiosa, entró el enfermo en la sacristía, y con el rostro bañado en dulces lágrimas se acercó al párroco y le dijo: "Señor Cura, estoy ya sano: confiéseme". Comulgó al siguiente día, y luego se regresó a su casa perfectamente curado. Esto aconteció el año de 1908. En el siguiente, el agradecido caballero tornó a hacer otra romería al Quinche, y a confesarse y comulgar, acompañado de algunas personas de su familia, para testificar su gratitud sin límites a la Madre Santísima de Dios.

No acabaríamos si quisiésemos relatar todos los portentos que Nuestra Señora del Quinche realiza constantemente, dentro de su santuario y fuera de él, en favor de cuantos la invocan con viva fe y humilde confianza; ahora es una madre que viendo a su hijo herido por un rayo, corre a postrarse ante los altares de esta benignísima Virgen, y al tornar a su casa encuentra sano y sonriente al niño; ya es un caminante que arrastrado por las corrientes de un caudaloso río, exclama: "¡Reina Santísima del Quinche, no me dejes morir en pecado mortal", y al instante una ola impetuosa le impele fuera de las aguas, y deposita incólume en la orilla. Prescindiendo, pues, ya de esta clase de maravillas, referiremos aquí una sola, verificada no hace mucho, en prueba de la amorosa dignación y complacencia con que esta augusta Reina mira la actual reconstrucción de su santuario. El 28 de Enero de 1906, el activo y amprendedor párroco del Quinche, Sr. D. Félix Granja, dispuso se cocieran algunos miles de ladrillos, para la prosecución de la obra; y mientras estos se colocaban dentro del horno, y otros muchos estaban amontonados cerca de él, he aquí que, contra toda previsión, se descuelga una furiosa tempestad, la cual, principiando a las cuatro de la tarde, continuó hasta las siete de la noche, y en forma de ordinaria lluvia hasta las cuatro de la mañana del día siguiente. La población toda suponía que, con tan deshecha tempestad, los ladrillos allí abandonados a la

intemperie se habrían convertido en una masa informe de barro; pero su sorpresa y admiración fueron extremadas al ver renovado el portento del vellocino de Gedeón, pues, ni dentro del horno que era abierto y sin techumbre ninguna, ni fuera de él, en todo el sitio que ocupaban los ladrillos, no había caído una sola gota de agua. De este hecho maravilloso se ha recibido la correspondiente información canónica, y su expediente reposa en el archivo de la V. Curia Metropolitana.

Daremos remate a estas breves noticias históricas relativas al celebérrimo santuario del Quinche, con un caso temeroso que nos enseña la inexorable justicia con que ordinariamente son castigados los impíos y temerarios que se atreven a insultar a la Reina del Empíreo, y a hacer burla de sus solemnidades y fiestas. El 21 de Noviembre de 1903, a tiempo que la portentosa Imagen que nos ocupa recorría la población del Quinche, en una de las imponentes y grandiosas procesiones que en aquella fecha se celebran, presentóse en una de las esquinas de la plaza un hombre a caballo, y sin sacarse el sombrero, ni hacer el más pequeño acatamiento a aquel numeroso y piadosísimo concurso, principió a vociferar como un energúmeno, y en voz muy alta, contra la procesión y la Imagen de la Santísima Virgen, diciendo: "Este es un pueblo estúpido que pone su confianza en una estatua de madera". Sacó en seguida un revólver y apuntando con él a la sagrada Imagen, añadió: "Van a ver cómo de un balazo hago desaparecer ese trozo de palo, y que nada me sucede...". A este tiempo quiso tornear al caballo, pero éste súbitamente se irguió sobre las dos patas traseras y se desplomó sobre el jinete, dejándole muerto de contado y con la blasfemia en la boca. Este hecho aconteció a presencia de toda aquella inmensa multitud que componía la procesión, y que se detuvo helada de terror ante aquel instantáneo y formidable castigo del joven iconoclasta, tan libertino como impío. Siendo muy de notarse que la bestia furiosa que molió a coces al perverso, y le causó aquella espantosa muerte, quedó luego después de sobrevenida ésta, tan queda y mansa como siempre lo había sido.

IX

LA SANTA IMAGEN Y SU CULTO

La efigie de Nuestra Señora del Quinche es una estatua de madera, de unos sesenta y dos centímetros de altura, desde los pies hasta la coronilla de la cabeza; cuidadosamente tallada en toda su extensión, pintada y estofada con algunos adornos de oro en el vestido: "Se encuentra ahora muy bien conservada, pues sin duda la hicieron de cedro escogido e incorruptible. Realzan su hermosura el ovalado rostro, gracioso semblante y tez morena. No son ya las vestiduras de esparto los arreos con que tan bella se manifiesta en el santuario; ostenta lujosísimos brocados de oro y plata con finos encajes y piedras preciosas. Llaman la atención el cetro, que es de oró, así como la corona del Niño Jesús y la de la Santísima Virgen, con engaste de resplandecientes esmeraldas. Son de plata maciza y de labor esmerada la media luna que está a sus pies y la peana en que descansa" (1).

El escultor español que trabajó la obra era probablemente de la escuela sevillana, y así imprimió, en el rostro de la Imagen, algo de esa belleza ideal y toda del cielo que se admira en las vírgenes de Murillo. Tiene la nuestra una dulzura, gravedad y modestia encantadoras; el aire y majestad de una reina; el atractivo y ternura de una madre; las facciones todas bien proporcionadas, suaves y delicadas; los labios finos, las cejas negras y bien arqueadas; en suma, es una de las efigies más hermosas de cuantas de la Virgen Santísima se veneran en América. Vístenla de brocados y otras telas preciosas, engalánanla con joyas de alto valor, y asiéntanla sobre una elevada peana de madera, cubierta de planchas de plata maciza y adornada con una media luna del propio metal. El rostro del Niño no es menos hermoso: tiene la diestra levantada en actitud de bendecir,

(1) El Dr. Espinosa, en el artículo citado arriba.

y con la siniestra sostiene el globo coronado de la cruz. La Inmaculada Madre empuña con la mano derecha el cetro, y con la izquierda estrecha al divino Infante.

En cuanto al culto de que esta devotísima Imagen ha sido objeto desde el principio, diremos que no hay otra advocación de la Santísima Virgen que tanto despierte el fervor y entusiasmo de Quito y los demás pueblos y ciudades de todo el norte de la República. La nueva de mayor júbilo para la Capital es hacerla saber que va a trasladarse a ella la veneranda Efigie de María; porque eso equivale a anunciarle que va a ser bañada por raudales de celestes y extraordinarias bendiciones. Todas las clases sociales se ponen en movimiento para honrar a la Virgen; no pocas personas avanzan hasta el Quinche, y las demás se preparan a asociarse al magnífico recibimiento que la ciudad entera ha de hacer a la Reina del Cielo.

Oigamos la descripción que de aquellas suntuosas fiestas nos hacen dos hijos de Quito, y testigos presenciales, más de una vez, de los hechos que relatan.

Antiguamente "a la primera nueva de la venida (de nuestra Señora del Quinche a Quito), multitud de devotos acudían en piadosa peregrinación a traerla de su santuario, juntábanseles las gentes de los pueblos del tránsito, que salían a recibirla con arcos y con sus músicas, acompañándola hasta la ciudad, marchando todo el camino, para que el número no turbase el orden, repartidos en coros, unos, rezando el rosario, otros, repitiendo las Letanías; éstos cantando la Salve, aquellos entonando tiernas y conmovedoras letrillas, tan antiguas como la Efigie, y tan sencillas como la fe del pueblo que las compuso, mas siempre tan expresivas como el amor que las inspiró. En los caminos adonde parecía haberse trasladado la población de Quito veíanse grupos de gente que la aguardaban, todos con banderas colocadas en las puntas de largas cañas. Media legua antes de la ciudad empezaban los arcos cubiertos de vistosas telas; y en el Ejido, que se halla en las afueras de Quito, la

aguardaban el Cabildo con su venerable Prelado al frente, el Clero, las Comunidades religiosas, los gremios todos y las tropas formando larga calle en dos alas divididos, con las músicas militares y más de dos mil alumbrantes. Allí se veían confundidos la criada con su ama, el plebeyo con el noble, el pobre menestral con el rico y opulento señor, porque cuando la fe y el amor son el lazo que une a las voluntades, son imposibles esas distinciones. Entraba, pues, la soberana Reina de cielos y tierra a hombros siempre de las más distinguidas matronas de la Capital, quienes se disputaban la dicha de cargar de sus sagradas andas, queriendo cada cual, si fuese posible, llevar sola todo ese bendito peso. Las calles por donde debía pasar estaban todas vistosamente colgadas y adornadas con banderas, hasta las más miserables tiendas; y en su marcha iba la Santísima Virgen por entre una lluvia de flores arrojadas de todos los balcones, donde la fragancia natural desaparecía ante las suaves y exquisitas esencias con que las perfumaban" (1).

Este religioso entusiasmo de tiempos de la Colonia no ha pasado aún: "Trescientos años ha que la sagrada Imagen viene siendo objeto de la general veneración, y en el transcurso de este largo período, lejos de cansarse o desmayar, como acontece siempre entre los hombres, va tomando esta devoción cada vez mayores creces, y en el pueblo aumentándose el amor y la ternura hacia ella, a quien reconoce como su bienhechora y la llama su refugio y su consuelo. Hoy, como al principio, contemplamos llenos de edificación esas largas caravanas de peregrinos que, imitando religiosas prácticas de mejores tiempos, marchan muchas veces a pie, aun personas las más delicadas, con el rosario en la mano, añadiendo a las dificultades del camino las de voluntarias asperezas, en dirección al Santuario, a satisfacer alguna deuda de gratitud por algún señalado beneficio que aseguran haber recibido de la Soberana Reina de los

(1) El Dr. Sono, en la obra citada.

Cielos, o a implorar algún nuevo favor de su bondad. Hoy, como al principio, al solo anuncio de una nueva visita suya, vemos agolparse a los caminos inmensas oleadas de gente, despoblarse los lugares por donde debe pasar, para salir a su encuentro, y penetrar en nuestros pueblos en medio de las más extraordinarias señales de regocijo y de un entusiasmo muy más significativo que el que pudo admirar ninguno de los antiguos generales romanos en el más glorioso de sus triunfos, con que aquel pueblo hubiese galardonado al más feliz de sus conquistadores o al más poderoso subyugador de sus enemigos. Sí, hoy, como al principio, observamos los diversos templos, en donde sucesivamente se la expone a la veneración de los fieles, siempre que se la trae a la Capital, frecuentados sin interrupción por grupos de gente que se suceden durante el día, sin que se pueda afirmar con verdad que dichos templos se hallan un momento solos. Escribimos esto cuando hace un año, que se hallaba entre nosotros, a pesar de las reclamaciones de los de su pueblo, retenida por la íntima convicción de los católicos del país, de que la feliz solución de nuestros más sagrados intereses sociales pende de esa singular y admirable providencia, de que pruebas tan consecutivas y evidentes le ha dado en todo el decurso de los angustiosos acontecimientos, por los que el Señor ha querido que atravesara la nación; y en todo este tiempo ¿en qué ha remitido el primer fervor, aquel increíble entusiasmo, esa pompa magnífica con que fue recibida, cuando vino reclamada por las públicas necesidades de hambres, pestes y otros azotes de que nos hallábamos afligidos? Lucen constantemente numerosas luces delante de su altar, las fiestas se suceden sin interrupción; los diversos ángulos de la ciudad se disputan la dicha de merecer sus visitas, y en sus traslaciones de un templo a otro, hemos contemplado la misma suntuosidad y magnificencia, el mismo concurso inmenso de pueblo, muchos centenares de alumbrantes en larga calle iluminando su paso, los mismos arcos, vistosamente colgadas las calles del tránsito, el mismo amor, la misma fe, las mismas lágrimas" (1).

"Apenas se divulga la noticia de la traslación de la Imagen, grupos numerosos de gente del pueblo se trasladan a pie desde la Capital al Quinche, venciendo todos los obstáculos, despreciando la fatiga, la sed abrasadora y aun el peligro de enfermarse en un camino de más de siete leguas, al través de arenosas llanuras y de uno de los valles más profundos y malsanos de la meseta andina. Emprende, pues, la sagrada Imagen esta larga jornada a hombros de sus devotos, que se disputan el honor y la dicha de cargarla. El viaje dura a veces dos y tres días, pues en todos los pueblos y caseríos del tránsito ansían por detenerla, siquiera algunos momentos, para contemplar su amoroso semblante, y exponerle cada uno sus cuitas y rendirle el tributo de su amor. Los devotos peregrinos, entre los cuales se cuentan débiles mujeres y tiernos adolescentes, rodean a Nuestra Señora, y en alternados coros van rezando el santísimo rosario, entonando las letanías, y los himnos con que la Iglesia alaba a la Madre de Dios, o los melancólicos y dulces cantares que el pueblo de estas montañas le ha dedicado. Bello y conmovedor es el espectáculo de esta procesión que se extiende por más de mil metros, ofreciendo las escenas más pintorescas, ora trasmonte una colina o se interne en profundas *quebradas*, ora se desarrolle en toda su longitud al través de las dehesas y sementeras, que van a cobrar nueva vida a la presencia de la celestial y Dispensadora de todo beneficio y toda gracia. Cansada y cubierta con el polvo del camino, llega la piadosa comitiva a las puertas de la ciudad: allí se la incorpora otra más numerosa aún, y la Sma. Virgen atraviesa las calles de la populosa villa como no las atravesó jamás ningún triunfador, en medio de fragantes flores y de fervorosas plegarias, pintándose en el rostro de todos la expresión del más encendido afecto" (2).

Y es muy de advertir que "esta fe, este amor y entusiasmo del pueblo quiteño no han sido sino la expresión de gratitud, con que se ha reconocido deudor a fa-

---

(1) Ib.
(2) El Dr. Espinosa, en el artículo citado.

vores extraordinarios con que ha querido obligarlo su voluntad soberana; pues en más de noventa veces que ha sido traída, jamás ha visto burladas sus esperanzas, ni que saliese fallida su fe en su protección amorosa, en ocasiones en que nuestro suelo se ha encontrado afligido de duros y terribles azotes.— Con tales prodigios, nada extraño que su fama se hubiese dilatado tanto que, salvando los mares, más allá de América, se extendiese hasta Europa, desde donde la obsequiaban con ricos presentes, entre los cuales uno fue de gran cantidad de bronce, que mandaba un devoto de Cádiz para la fundición de las campanas, y otro el de un precioso relicario de oro macizo de un decímetro de largo, con ocho centímetros de ancho, guarnecido dentro de una caja de plata; más precioso tal vez por los delicados camafeos que adornaban una de sus tapas, que por el valor de su material. Muy natural era también que en naciones vecinas fuese mucho más conocida quien lo era tanto en tan apartadas regiones, y así vemos que la fama de sus milagros atraía desde la Nueva Granada multitud de peregrinos que acudían a su Santuario, ya para satisfacer las ansias de un corazón piadoso, deseoso de venerar lugares tan bendecidos, o ya en busca de remedio a sus dolencias" (1).

La mayor parte de los presidentes de la Real Audiencia de Quito, en tiempos de la Colonia, los prelados, los cabildos, tanto el civil como el eclesiástico, todos los altos poderes de la nación y las clases todas de la sociedad, se han esmerado en tributar a Nuestra Señora del Quinche los homenajes de tierna y filial devoción. El Ilmo. Señor Arzobispo Checa, de santa memoria, poco antes de inmolar su vida en aras de la fe católica, se trasladó al Quinche, se encerró en el camarín de la maravillosa Imagen, y allí derramó su corazón a las plantas de la Reina de los Cielos, preparándose, sin saberlo, para su próximo y glorioso martirio.

(1) El Dr. Sono, en la obra citada.

En cuanto al amor ferventísimo que todo el pueblo de Quito profesa a Nuestra Señora del Quinche, baste decir que no hay otra advocación de la Virgen Santísima, tan querida a toda la Capital, como aquélla. Aparte de las romerías concurridísimas y frecuentes, de que antes hemos hablado, son también prueba del mismo ardor religioso los varios piadosos cantares que se entonan con entusiasmo indescriptible, así en el interior del hogar como en los templos, en honor de Nuestra Señora del Quinche. Concluiremos esta mal pergeñada noticia acerca de la portentosa Imagen, con algunas estrofas del más popular de esos cánticos que, desde hace quizás tres siglos, se entonan en las peregrinaciones que visitan aquel santuario; siendo muy de advertir que el milagro del 20 de Abril de 1906 que ha dado origen a la ya célebre advocación de la *Dolorosa del Colegio,* parece ser la respuesta que la Virgen Santísima se ha dignado dar a la plegaria con que, desde tiempo inmemorial, le saluda Quito, diciéndole: "Vuelve a nosotros, Señora, tus ojos llenos de misericordia". En el mencionado cántico alternan el coro y el pueblo, aquel con una invocación, y éste con la repetición de la misma súplica, en esta forma:

CORO: ¡Salve, Reina Inmaculada,
Salve, oh excelsa Señora!

PUEBLO: **¡Vuelve a nosotros tus ojos**
Llenos de misericordia!

¡Salve mil veces, oh Reina,
Madre de bondades toda!

¡Vuelve a nosotros tus ojos
Llenos de misericordia!

Vida y dulzura del alma
De quien tus gracias implora:

¡Vuelve a nosotros tus ojos
Llenos de misericordia!

Porque nacistes al mundo
Cual bella y cándida aurora:

¡Vuelve a nosotros tus ojos
Llenos de misericordia!

Nuestros suspiros y ruegos
Oye clemente y piadosa

¡Vuelve a nosotros tus ojos
Llenos de misericordia!

Danos a gustar el fruto
De bendición en la gloria.

¡Vuelve a nosotros tus ojos
Llenos de misericordia!

NUESTRA SEÑORA DE LOS MOLINOS

Ibarra

En el antiguo convento de Santo Domingo de Ibarra venerábase desde sus principios una hermosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario, muy célebre por sus grandes y singulares portentos, no sólo en aquella importante provincia, sino en todo el Reino de Quito. Desgraciadamente el espantoso terremoto que en 16 de Agosto de 1868 destruyó por completo aquella ciudad, reduciendo todos sus monasterios, templos y demás edificios a un hacinamiento informe de ruinas, ha hecho desaparecer muchos monumentos de la fe y piedad religiosas de los primitivos habitantes de la afamada villa de Ibarra. Con todo, en la nueva iglesia de Santo Domingo de la reconstruida ciudad consérvase hasta hoy una vetusta efigie de la Virgen del Rosario, con el título de *Nuestra Señora de los Molinos,* tenida por muy portentosa, y honrada con tal motivo con no pequeño concurso de pueblo, frecuentes fiestas y devotas romerías. Sin atrevernos a decir, porque carecemos de datos, cuál sea el origen de aquella santa Imagen, reproduciremos aquí algunas preciosas y fidedignas noticias que nos ha trasmitido la historia acerca de dos hermosos simulacros de la Madre de Dios venerados antiguamente en aquel templo y convento arruinados.

La Corona de María, interesante revista religiosa mensual, redactada y publicada por los Padres Dominicanos de Quito, dice en el número 81: "El Venerable Padre Maestro en sagrada Teología, Fray Pedro Bedón (de quien hemos hablado ya al tratar de Nuestra Señora de la Escalera), en 1606 era aún Prior dignísimo de la Recoleta de Santo Domingo de Quito, fundada por él mismo en 1600, fue el Fundador también del Convento de los

Hermanos Predicadores de Ibarra, el cual, primitivamente, estuvo erigido ya en el valle y pueblo de Caranqui, bajo la advocación de *Nuestra Señora del Rosario de la Peña de Francia*, cuando los españoles, presididos por el benemérito y discreto Capitán Don Cristóbal de Troya, fundaron la villa de San Miguel de Ibarra, el 28 de Septiembre de 1606". Añade el autor de ese escrito (1), que el P. Bedón y el P. Arcaya fueron dos de los numerosos testigos, a cuya presencia se fundó la villa de Ibarra. "El Convento, continúa, de Santo Domingo, establecido en sus principios como Recoleta de rigurosa observancia y como Vicaría, trasladóse, algo más tarde, al sitio en que hasta hoy se halla, en el extremo norte de Ajaví-chiquito, junto al puente de Taguando, y se lo elevó entonces, antes de 1610, a la categoría de Priorato. El primer Vicario de la Recoleta y frailes de Santo Domingo, desde luego ubicados en Caranqui, fue el M. R. P. Fr. Juan de Arcaya; y uno de los primeros priores, si no el primero, el mismo Venerable Fundador Fr. Pedro Bedón, a quien los antiguos documentos nos le presentan ya investido de este cargo, en Febrero 10 de 1611.— Ya erigidos y fabricados Convento e Iglesia, después de unos cinco o seis años de la fundación de Ibarra; no contentos los Padres con los actos ordinarios, aunque importantísimos, de su ministerio, inherentes al sacerdocio y ejercidos ora en el altar, ora en el confesonario, ora en el púlpito; quisieron atraerse así más y más la población, tanto de indios, como de españoles, para llevarla, con rapidez y seguridad mayor, a Dios, mediante el avivamiento de la fe, y el fervor y de la oración; y a ese fin establecieron canónicamente en su iglesia dos Cofradías, ambas a dos beneficentésimas a las almas, no menos que esclarecidas, —la Cofradía del Dulcísimo Nombre de Jesús".

Así el Convento de Caranqui, como el primitivo de Ibarra adquirieron mucho lustre por los grandes y repetidos portentos de una preciosa Imagen de Nuestra

(1) Intitúlase **El tercer Centenario de Ibarra y la Orden de Santo Domingo establecida en esa Villa.**

Señora del Rosario con que les dotó el venerable P. Bedón. "Fundó este Padre, dice el Obispo de Monópoli (1), un convento en la villa de Caranqui, y para él hizo una Imagen que la llamó Nuestra Señora (de la Peña de Francia y) del Rosario. Hubo diversos pareceres entre la gente de la tierra sobre el sitio donde se había de edificar la casa. Declaróla el Señor con una maravillosa visión; y fue, que un día antes de la Natividad de Nuestra Señora, andando por aquel camino tres hombres, un español con dos indios, llegando junto al sitio donde después se edificó el convento, vieron una Imagen de Nuestra Señora cubierta con un manto blanco, y la ropa cubierta con preciosas joyas, la cual iba caminando por el aire causando grande resplandor dos blandones, y dentro de poco rato vieron que el rostro de la Santa Imagen echaba de sí un grande y maravilloso resplandor, y por todo el valle se vio una claridad grande, que unos pastores viendo alborotadas las ovejas y los perros del ganado, despertaron, y vieron la claridad que ocupaba todo el valle. Desapareció la visión, cuando llegó al sitio donde el bendito Padre había acordado edificar el Convento. Con el ruido que en toda la tierra hizo este milagro fue grandísimo el concurso de toda la gente que acudió a pendón herido (como dicen) a la devoción de la imagen, enriqueciéndola con limosnas, y juntamente se vieron diversidad de milagros, que a la devoción de la santa Imagen obraba Dios, de que por abreviar no se habla aquí. En ocasiones de grandes secas, en sacando la bendita Imagen tienen los pueblos agua en abundancia. Pasóse esta Imagen a la Iglesia nueva, y visiblemente se echó de ver que el demonio puesto en un gran santuario en que le adoraban los Indios, partió de la tierra. A la fama de estos grandes milagros vinieron algunos indios infieles. Hablóles el bendito Padre, y dijeron que venían con deseo de convertirse y hacerse cristianos. Hanse bautizado más de tres mil almas, y puede decirse que se debe este buen suceso a la devoción y milagros de la Imagen.

---

(1) Ilmo. Fr. Juan López, en la quinta parte de la notable **Historia de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores**, citada anteriormente en esta obra.

Acerca de Nuestra Señora de los Molinos nos da *La Corona de María,* en el precitado número, la noticia siguiente: "Entre las advocaciones (de la Virgen Santísima honrada con culto especial en el antiguo convento dominicano de Ibarra) merece recuerdo aparte la de *Nuestra Señora de los Molinos,* en cuya honra tan espléndidas y concurridísimas fiestas se celebraban, desde principios del siglo décimo octavo, en la Capital que, a cargo de sus Capellanes, los Padres de Santo Domingo, tenía aquella tan venerada como prodigiosa Imagen, sobre la colina izquierda del Taguando, o sea junto a la cascada del molino de Ajaví. Según toda probabilidad, tan renombrada Imagen es la misma que, con la recomendación de milagrosa, obsequió a los Padres del Convento de Santo Domingo de Ibarra, en 1867, el M. R. P. Maestro Fr. José de Valderrama, entonces Prior de Ipiales y Vicario Provincial: fue este mismo fervoroso Padre quien constituyó, en dicho año, con licencia del M. R. P. Maestro y Prior Provincial nuestro, Fr. Bartolomé García, un censo de cien pesos, para costear misa cantada anual a aquella "Imagen de Nuestra Señora del Rosario, trasuntada en tabla, y que él la había experimentado milagrosa" cuando en su celda le conservaba, y cuidó de levantarle, a su costa, un altar propio, allí en Ibarra. De su altar, erigido en nuestra Iglesia, fue luego trasladada a la Capilla pública propia, la del Ajaví; tenía esta un lujoso altar, un campanario y todo lo requerido para la decente celebración del divino culto, y por medio de pinturas ostentaba a uno y a otro lado, en sus paredes, los milagros obrados por la Virgen Santísima de los Molinos. Nuestra Señora de los Molinos continuó viéndose honrada con fiestas y romerías, en la que aún los pueblos comarcanos tomaban parte, hasta el 16 de Agosto de 1696, en que el famoso terremoto dejó asolado con la Capilla todo, pero se salvó tan devota Imagen que se la conserva hasta hoy en Santo Domingo, junto al altar del Santo Cristo". (1)

(1) Véase en el Apéndice una importante carta del R. P. Prior de Santo Domingo de Quito, acerca de esta santa Imagen.

NUESTRA SEÑORA DEL SALTO

Imagen de la Santísima Virgen, venerada en la Ciudad de Latacunga.

Una de las poblaciones del Ecuador más rudamente probadas por terribles catástrofes de la naturaleza, es Latacunga, destruida varias veces por terremotos formidables, y arrasada por inundaciones, y que, sin embargo, ha vuelto, como el fabuloso fénix, a surgir de sus cenizas, siempre con la dolorosa expectativa de ser tarde o temprano visitada por algún otro espantoso cataclismo.

Hállase asentada esta ciudad al sur de una hermosa y vasta llanura; dominada por la mole airosa y gigantesca del Cotopaxi, que es el principal adorno y también el terror de toda esa región. Al lado occidental de la ciudad corren tres ríos que descienden de las nieves perpetuas del Illiniza y el Cotopaxi, y son el *Pumacunchi*, el *Cutuchi* y el *Yanayacu;* este último, en tiempos ordinarios, es apenas un riachuelo que corre de norte a sur, dividiendo la ciudad en dos partes desiguales, de las que la menor, comprendida entre el Yanayacu y el Cutuchi, se denomina el *Barrio Caliente*, por las corrientes de encendida lava que sobre él ha arrojado tantas veces el volcán.

Los que han presenciado alguna de esas horrendas erupciones del Cotopaxi, la describen cual una escena digna de ser colocada en el *Infierno* del Dante. Colinas y montañas líquidas de inflamada lava se deslizan lentamente en la llanura, con horrísono fragor, por los cauces desecados de los ríos, haciendo retemblar el suelo a muchas leguas a la redonda, cual si innumerables ejércitos corrieran en derrota; la formidable inundación se dilata

y avanza arrasando cuanto encuentra a su paso: sembrados, árboles y casas, y arrastrando entre sus ondas de espeso cieno a hombres y rebaños que, sin tiempo bastante para huír, fueron miserablemente sorprendidos por la catástrofe. El refugio ordinario para los habitantes de Latacunga, en tales circunstancias, suele ser una pequeña colina, llamada *el Calvario*, que se levanta al este de la ciudad, y muy contigua a ella; en casos de terremotos o inundación, la población entera se traslada en masa a las cimas de ese montículo, sobre cuyas desnudas y calcáreas rocas se postran todos a implorar la misericordia divina.

Un testigo de vista de uno de estos pavorosos dramas de desolación y muerte, ocurrido en Noviembre de 1744, nos ha dejado del suceso la siguiente curiosa relación. En el año precedente de 43 hizo ya el volcán una erupción furiosa, el 4 de Octubre, "habiendo precedido para esto el haber empezado a bramar su víspera desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de dicho día sin terminar un punto. Espeliendo en el intermedio de las reventazones sobredichas, tantos penachos de humo, si deleitosos a la vista no menos espantosos y temerosos a los ánimos contribulados con los acontecimientos pasados.— Pero el suceso más lamentable es lo que sucedió el día lunes 30 de Noviembre del año próximo pasado del 44, día del glorioso apóstol San Andrés y fue que habiendo antecedido a esta fatalidad, cuatro días antes, tremendos bramidos del cerro y espantosos vómitos con más furia y, a eso de las siete se encendió todo él, haciéndose una ascua pura con espanto universal de todos los que veían; motivo de habernos acogido a nuestro antiguo refugio del Monte Calvario, de donde a poco rato oímos el ruido furioso de la avenida, con tantos tremendos truenos y espantosas centellas de fuego que exhalaba dicho volcán, que temimos sin duda que esta noche fuese la última de nuestras afligidas vidas y en este supuesto cada cual se prevenía de veras para la partida subcediéndose a este terror el cascajo que empezó a caer sobre nosotros, y a poco rato llegó a la avenida y destrozó todo el barrio caliente, adentrándose a las

casas y sacando cuanto hubo en ellas y llenándolas de lodo, piedra, sespedones y otras muy grandes de nieve y asolando los molinos del doctor Don Pedro Ortega, los de don Francisco de Vega con su batán, los de doña Gabriela de Quiroz y los de don José Paz Villamarín, y arrasando las calles y casas que se hallaban situadas a las orillas de dicha quebrada, Lecheyacu, y las que habían escapado de la avenida del 9 de Diciembre precipitado, inundando sus raudales todo el llano de Rumipamba, y poco después de una hora volvimos a oír que indicaba otra avenida, la que llegó echando un vapor pestífero e incorruptible por la Siénega que se halla a las cabeceras de este asiento y quebrada nombrada *Cutugchi,* metiéndose en la quebrada de Mapayacu de donde por no haber encontrado ámbito capaz que recibiera su furia, reventó por encima del *Carmen* e inundó el llano de *San Blas,* fluyéndose por delante y por detrás del Sagrado Colegio de la Compañía de Jesús, cuyos novicios se habían acogido a nuestro antiguo refugio, durante la tempestad de rayos y sentellas por espacio de cuatro horas y cayendo tanta tierra que parecía la cernían por arneros, la que fue de diferentes colores, la primera verde, la segunda amarilla, la tercera blanca y la última colorada y ésta en tanta cantidad que por su peso naufragaron varias casas dando con sus edificios en el suelo. Con los sustos y penalidades sobredichas pasó la tremenda y terrible noche, hasta que el misericordioso Dios nos alumbró con la luz del día para todos deseado, en el que los miserables que habían perdido sus casas se ocuparon en ver si podían recuperar los trastes perdidos, siendo todo un caso de confusión" (1).

Hasta principios del siglo XIX, la tan de continuo atribulada ciudad de Latacunga no tenía otro recurso, en momentos de peligro, que escalar la pequeña colina del

(1) El escribano D. Pedro Muñoz Chamorro antes citado, en la **Relación sobre la erupción del Cotopaxi acaecida el día 26 de Junio de 1877— por Luis Sodiro S. J.,** interesante folleto de que hemos hablado ya en otro lugar. El fragmento de la narración mencionada lo reproducimos con todos sus defectos ortográficos y de lenguaje, tal como lo trae el P. Sodiro, en el apéndice de su obra.

Calvario; pero de entonces acá el Cielo le ha dotado providencialmente de un sólido e inexpugnable baluarte, así contra los terremotos, como contra las inundaciones tan frecuentes y temidas, causadas por el Cotopaxi, y ese baluarte es una modesta capilla dedicada a la Santísima Virgen, bajo el título de *Nuestra Señora del Salto.* Antes de referir el origen de esta antigua y hermosa Imagen, tan venerada y querida por toda la extensa provincia de León, y centro de numerosas peregrinaciones hasta para los pueblos de la Costa, describiremos primeramente el simulacro prodigioso y el santuario que lo guarda.

En la extremidad septentrional del Barrio Caliente, junto a una de las vías principales que sale de la ciudad, en dirección a Quito, sobre unas rocas de lava volcánica, que se levantan como a metro y medio de altura sobre el cauce del Yanayacu, aparece una humilde capilla con su desierta plazoleta y dos torrecillas de aspecto ruinoso; dentro de ese modesto edificio, sobre el altar principal, y encerrada en sencillo retablo, se venera la ya célebre imagen de Nuestra Señora del Salto. Es una antigua pintura al óleo sobre una grande lámina de piedra calcárea, especie de mármol amarillento de baja calidad que abunda en el territorio de Latacunga; la pintura está encerrada en un gran cuadro o moldura tallada según el gusto dominante en aquel tiempo. La imagen representa a la Santísima Virgen sentada, teniendo al Niño Jesús de pie, sobre el regazo, y estrechándole con la mano derecha, mientras apoya la siniestra sobre el hombro del santo niño Juan Bautista, que estrechando a su corderito aparece reclinado sobre la rodilla izquierda de la Virgen. Viste ésta una túnica roja, con un manto azul sembrado de flores de oro; y una túnica blanca es el ropaje sencillo con que se cubre el Divino Infante. El rostro de la Virgen es hermoso, casi de tamaño natural, de color trigueño; mira al pueblo con ternura inefable, con esos sus negros, grandes y bien rasgados ojos. Las otras dos figuras son igualmente bellas y proporcionadas; la de San Juan no muestra sino el busto. Toda la pintura es muy antigua, está muy deteriorada, y hasta

destruida a trechos, por el transcurso del tiempo y otras circunstancias menos favorables. La piedra toda con su respectivo marco tiene la altura de un metro treinta y cinco centímetros, por ochenta y siete centímetros de latitud.

¿ Cuál es el origen histórico de este devoto simulacro? El sitio en que está edificada la mencionada capilla tenía desde tiempo inmemorial el nombre de *Salto*, por el que tenían que dar todos los transeúntes, para pasar el riachuelo que, sumergido en estrecho y profundo cauce abierto por los aguas en la roca volcánica que cubre aquel terreno, corta en ese punto el sendero público. Para evitar este inconveniente tomaron al acaso una de las grandes piedras labradas, tiradas ahí cerca entre las ruinas del antiguo noviciado de la Compañía de Jesús, y la pusieron a modo de puente, atravesada sobre las corrientes del Yanayacu. Así permaneció, por algún tiempo, ese fragmento de roca, hasta que a alguien se le ocurrió, no sé por qué motivo, voltear la piedra e inspeccionar el lado más liso y pulido de ella. Grande fue entonces el asombro de todos los allí presentes, cuando vieron en ese lado que, quizás por años había estado mirando al río, pintada una antigua y hermosa imagen de la Virgen Santísima, venerada probablemente en el templo de los Jesuitas, antes que aquel fuese destruido en el espantoso terremoto de 1755, que arrasó por completo la ciudad de Latacunga, como antes hemos dicho. Al asombro se unió la pena de haber tenido olvidada, y con tan poca veneración, una efigie verdaderamente preciosa; de todo lo cual surgió en las personas devotas el deseo de desagraviar a la Santísima Virgen, de aquel descuido y ultraje inconscientes, erigiéndole en el mismo sitio un pequeño santuario, donde recibiese en adelante el culto y los homenajes de amor que le son tan debidos.

Hízose así efectivamente; pero el edificio construido resultó demasiado pequeño para la grande afluencia de gente piadosa que concurría a honrar en ese sitio a la Madre Santísima de Dios, por lo cual se emprendió

en la obra de la capilla actual, más bella, espaciosa y adecuada a su objeto. El primer santuario, que subsiste aún, parece fue levantado a fines del siglo XVIII, y el segundo, cerca de cincuenta años más tarde.

Las constantes romerías que de las provincias más remotas de la República se hacen al santuario del Salto, son prueba evidente de los singulares favores que en él prodiga a sus devotos la Madre Santísima de Dios. Pero la gracia más grande de que los habitantes de Latacunga se confiesan deudores a la Reina del Cielo, en aquel sitio venerando, es haberles preservado de la ruina, al parecer inevitable y total, con que les amenazaba la erupción formidable del Cotopaxi acontecida el 26 de Junio de 1877. Montañas de cieno y lava se precipitaron sobre la ciudad, inundando con sus pútridas ondas todo el Barrio Caliente; sin embargo, al estrellarse contra la capilla del Salto, como que perdieron toda su fuerza, pues apenas si se elevaron a mediana altura, y lamiendo las paredes interiores del templo, sin atreverse a subir hasta el nicho de la Virgen, se retiraron luego del recinto sagrado, sin haber ocasionado en él otro perjuicio, que arrojar a gran distancia la alfombra que cubría el piso del presbiterio. Entretanto el sacristán o custodio de la capilla, que fue sorprendido por la inundación, mientras se hallaba en la torre, echaba a vuelo las campanas de ésta, en son de apremiante plegaria, temiendo de un momento a otro perecer sumergido en aquel diluvio de lodo que tantos edificios y vidas arrebató; pero ese asolador torrente al llegar al Salto, aplacó sus furores, respetó el templo, y se salvó la ciudad, mediante la protección manifiesta e indudable de la Santísima Virgen.

El pequeño santuario del Salto, baluarte inexpugnable de la importante ciudad de Latacunga, está, por su posición y la afluencia cada día más creciente de peregrinos que la visitan, destinado según parece, a tener un gran desarrollo en el porvenir.

LA NIÑA MARIA

Imagen de la Santísima Virgen, venerada con este título, en la Parroquia de

Sanmiguelito de Píllaro.

En la provincia del Tungurahua, cerca de la villa populosa e importante de Píllaro, se verificó, hace setenta años, un suceso oscuro y de ninguna resonancia, al parecer, el cual sin embargo ha impulsado la creación de una nueva parroquia y ha sido el origen de la construcción de un muy concurrido santuario en honor de la Reina del Cielo, a donde acuden numerosos peregrinos de las poblaciones vecinas, en demanda de gracias y favores extraordinarios. En épocas de fe más viva y generosa que la nuestra, visitaban ese templo romerías organizadas en puntos tan distantes de él, como Angamarca, Zapotal, Catarama, Guaranda o Ibarra; actualmente ha disminuido, es verdad, esa corriente de piedad abnegada y fervorosa, pero no se ha extinguido. Daremos, pues, aquí brevemente la historia de ese santuario de María, según las relaciones más auténticas y dignas de crédito, que hemos podido encontrar al respecto (1).

En un pequeño villorrio, que era como anejo de Píllaro, vivía, en la primera mitad del siglo XIX, un hombre ya bastante entrado en años, padre de numerosa familia,

(1) Debemos estas noticias al celoso y pío sacerdote, Sr. D. Néstor Villalva, actual párroco de Sanmiguelito, que ha consignado las tradiciones relativas a la Imagen, que en aquel pueblo se conservan, en un escrito intitulado **Relación histórica del Santuario de la Niña María de Jerusalén, venerada en Sanmiguelito de Píllaro.**

honrado, pacífico, virtuoso y de costumbres patriarcales: llamábase José Robalino. En una de esas algaradas políticas tan ruidosas y frecuentes entonces, nuestro D. José, deseoso de sustraerse a la recluta y otras vejaciones consiguientes a tales revueltas, huyó en compañía de uno de sus hijos, y fue a refugiarse entre unos riscos casi inaccesibles, de un pequeño ramal de la cordillera oriental, denominado *Quillán Chico*, situado como a un cuarto de legua de la población. No había memoria de que en ese lugar se hubiesen posado jamás las plantas de un hombre; apenas si las alimañas silvestres tenían allí sus guaridas, y las aves del cielo sus nidos. Tan luego como se hubo instalado en medio de aquel yermo, llamó su atención un fragmento de roca caído en el suelo, que brillaba a los rayos del sol como un trozo de mica, "por unas como lentejuelas de plata incrustadas en la piedra, que hasta hoy existen". Acercóse nuestro buen hombre para examinar qué fuese aquello, y al revolver el guijarro miró que en la superficie más tersa y plana de él estaba trazada, como en bosquejo, una imagen de la Virgen Santísima, pero tan obscura e imperfectamente que, en vez de alegrarse con semejante hallazgo, sintió pena y se inflamó en deseos de que Dios Nuestro Señor, por un prodigio, se dignase darle acabada y hermosa esa imagen de María, de modo que pudiese ser presentada a la veneración de los fieles. Sentíase ciertamente, por su humildad, indigno de alcanzar tan singular gracia y merced, sin embargo, pudiendo más su confianza que su temor no dejaba de elevar ardientes súplicas al Cielo, para obtener lo que tan vivamente anhelaba.

Pacificada un tanto la República, Robalino bajó de su escondite; mas no habían transcurrido tres meses, cuando nuevamente tuvo que volver a él, a consecuencia de otros trastornos y revoluciones; y entonces, como en la vez primera, multiplicó las preces y piadosas aspiraciones para obtener el portento de que se perfeccionase la imagen aquella en honor de la Madre Santísima de Dios.

Pasado algún tiempo de esto, un domingo 21 de Septiembre de 1844, nuestro virtuoso aldeano salió de su casa, en compañía de su familia, y se encaminó a la iglesia parroquial de Píllaro para asistir al sacrificio augusto de la Misa y demás ejercicios de religión con que había de santificar el día del Señor; pero luego se vio obligado a cambiar de ruta y ascender a aquellos consabidos riscos, con grande sentimiento de su alma, por cuanto acababa de estallar otra revolución contra el Gobierno del General D. Juan José Flores, y éste había decretado se hiciesen levas en toda la República.

Llegó, pues, Robalino, acompañado siempre de su hijo, al lugar de su refugio, y su primer cuidado fue inspeccionar el fragmento de roca que, en las veces anteriores, había tan fuertemente atraído su atención. Acércase y mira, y ¡oh portento! advierte con el más grande estupor que aquel esbozo tan imperfecto, indeciso y oscuro háse convertido en una imagen acabada y hermosa de la Virgen Santísima, artísticamente esculpida en la piedra por manos invisibles, pintada y estofada con vivos y bien distribuidos colores. ¡El Cielo había escuchado benignamente sus plegarias y satisfecho todos sus deseos! El piadoso campesino, en el colmo de su alegría, no pensó ya más ni en la revolución ni en la recluta; temiendo ahora en nada los peligros que tanto temor y zozobras le causaran en la mañana de ese mismo día, ordena al hijo echarse a cuestas la ponderosa piedra del portento, y toma aceleradamente el camino para Píllaro.

Era entonces párroco de ese pueblo el respetable sacerdote D. Juan José Roca, quien, por hallarse gravemente enfermo y postrado en un lecho, había encargado el ministerio de la cura de almas a un religioso que le servía como de coadjutor, el R. P. Fr. Domingo Benítez. Cura y coadjutor recibieron a Robalino, y quedaron no poco maravillados al escuchar al piadoso feligrés la relación del suceso, y al contemplar la peregrina imagen objeto del mismo. No dudaron los dos sacerdotes en calificarlo de milagroso, atendiendo a que en toda la comarca no había en ese tiempo ni escultores, ni pintores,

ni artífice alguno que hubiese podido tallar la portentosa imagen ni darle el colorido que tenía. En consecuencia el P. Benítez bendijo la efigie y la presentó a la veneración de los fieles, bajo la advocación de *Nuestra Señora de Copacabana.* El pueblo todo de Píllaro acogió con indecible entusiasmo a la maravillosa efigie y la constituyó en blanco del culto y devoción populares; de todas partes afluían inmensos grupos de gente piadosa para conocer y venerar a la nueva imagen de María, y a impetrar, por su medio, importantes gracias y favores del Cielo; todos los días se celebraban pomposas Misas ante la imagen de Nuestra Señora de Copacabana.

Así seguían las cosas hasta que transcurridos seis meses de la maravillosa aparición, se presentó la Santísima Virgen, en una misma noche, durante la tranquilidad del sueño, al P. Fray Domingo Benítez, al síndico de Píllaro, Mariano Estrella, y a José Robalino, y les advirtió y dijo: "que la advocación de la nueva Imagen no era Nuestra Señora de Copacabana, sino *Niña María de Jerusalén,* y que así debía llamarse en adelante" (1). Con esto la devoción a la santa Efigie adquirió mayor incremento y desarrollo, y las peregrinaciones a Píllaro, en honor de la *Niña María,* llegaron a ser numerosísimas y casi diarias, y el culto con que se le veneraba, suntuoso y solemnísimo.

El prudente párroco, Sr. Juan José Roca, advertido acaso por la Curia episcopal de Quito, quiso cerciorarse mejor del origen maravilloso de la imagen, y la ocultó por diez meses; transcurridos los cuales, y persuadida ya la autoridad eclesiástica de la autenticidad del prodigio, tornó la efigie a ocupar el alto puesto que se había conquistado en el amor y veneración de los fieles. Al inten-

(1) La tradición, atestiguada por los más antiguos Padres y por San Juan Damasceno, nos enseña efectivamente, que la Santísima Virgen fue concebida y nació en Jerusalén. El santuario donde se conmemoran estos bellísimos misterios hállase actualmente a cargo de la Congregación religiosa de los Misioneros de Argel, fundada por el Cardenal Lavigérie; religiosos conocidos vulgarmente con el nombre de **Padres Blancos.**

to, el mismo cura entregó la imagen a José Robalino para que la conservase en su casa, pero ordenándole que dedicase a este fin una habitación aparte, decentemente adornada a modo de oratorio.

"Mientras Sanmiguelito fue anejo de Píllaro, se llevaba la Imagen a la Iglesia, todos los días, para las misas de romería. A la muerte del Dr. Roca, Sanmiguelito fue separado de Píllaro, y se erigió en parroquia aparte. Su primer cura propio fue el Dr. Miguel Flórez, quien alcanzó licencia de la Delegación Apostólica, para celebrar la santa Misa en el oratorio de la Virgen, hasta levantar en el honor una capilla o santuario especial, bajo el título de la *Niña María*. Concluido y bendecido el nuevo templo, y colocada allí la efigie maravillosa, su devoción tomó un vuelo increíble, y se extendió a los más apartados confines de la República, merced a los raros portentos que la Virgen Santísima se ha complacido en obrar, en todo tiempo, bajo esta tierna como hermosa advocación, según lo comprueban los numerosos exvotos de plata ofrendados por los peregrinos a la santa Imagen".

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, DE BAÑOS, O LA VIRGEN DE AGUA SANTA.

I

EL PUEBLO DE BAÑOS

A la falda oriental del Tungurahua, y a orillas del caudaloso Pastaza, asiéntase una población singularmente hermosa y pintoresca, llamada *Baños*, por las aguas termales abundantes y variadas que brotan en aquel sitio, el cual es reputado como el más importante balneario de toda la República. La naturaleza ha acumulado en ese paraje cuadros asaz grandiosos y terribles en medio de perspectivas suaves y tranquilas. Por entre un laberinto de cerros cubiertos perpetuamente de verdor primaveral, asoma allá, irguiéndose entre las nubes, el cono blanquísimo y diamantino del nevado; y por entre las grietas abruptas y sombrías de la montaña, descuélganse en todas direcciones murmurantes y cristalinos arroyuelos, por cuyos estrechos cauces han descendido a veces mares de lava destructora, desde el vecino e inflamado cráter. Enormes capas sobrepuestas de toba volcánica forman el suelo, que aparece cortado perpendicularmente por una abra estrechísima y profunda, por entre la cual corren apretadas, hirvientes y atronadoras las aguas del Pastaza, formando vorágines que causan espanto y miedo al contemplarlas, mientras la vasta campiña, que se extiende a uno y otro lado de aquella sima infernal, se ostenta tapizada con sementeras de mieses y caña de azúcar, cuyas mullidas alfombras de verde anaranjado contrastan graciosamente con el tinte oscuro de las vecinas arboledas, entre las que ondea el elegante penacho de la palma y el airoso follaje

del banano. No a mucha distancia el caudaloso río que baña estas regiones, precipítase de súbito desde una enorme altura, formando la imponente y vistosísima cascada de Agoyán, cuyas aguas al chocar contra la roca bajan revueltas en espuma, o se deshacen en menudísima niebla o en impalpable lluvia de rocío (1).

En medio de esta naturaleza exuberante y tropical se asienta el pueblo de Baños, con sus numerosas casas pajizas divididas por varias calles anchas y rectas, al término de las cuales se destaca la iglesia del pueblo con su hermoso campanario. Tal es, a grandes rasgos, la aldea de Baños, en que se encuentra uno de los santuarios más antiguos y célebres, de la Virgen Santísima, en el Ecuador.

---

(1) El célebre escritor liberal Dn. Juan Montalvo ha hecho en alguna de sus obras la descripción siguiente de Baños: "Al pie del Tungurahua, una de las montañas mayores del globo y más hermosas de los Andes, hay una aldea llamada Baños, a causa de las aguas termales muchas y distintas que brotan de sus faldas. Esa aldea es una égloga de Virgilio puesta en carnes por Salvator Roza: si hay paisaje bello en el mundo, ése es. Naturaleza ha hecho un horrible gesto a orillas del Pastaza: después de una revolución de piedras condenadas y rocas feroces que están protestando en eterna mudez contra la paz y el orden de las cosas, se apacigua y cobra el aspecto con que brilla por la hermosura que condecora ese recodo selvático de la creación. Allá gustaba yo de hacer mis incursiones de hijo melancólico de la soledad y el silencio, llevando a veces mi amor por las cosas de la tierra hasta exponer la vida en los despeñaderos del río formidable, o en los riscos del monte que sobresalen en forma de torres arruinadas, templos caídos o agujas de piedra viva". Wolf, en su muy importante **Geografía y Geología del Ecuador**, dice también hablando del valle en que se asienta Baños: "El **río Pastaza** nacido de la unión del **Patate** y el **Chambo**, en la altura de 1.800 metros, corta la cordillera oriental de O. a E. en un hondo valle, que se extiende por unas 8 leguas entre los ramales que al lado sur salen del Tungurahua, y al lado norte de la cordillera de los Llanganates. Al principio el Pastaza se llama también **río de Agoyán**, hasta la catarata grande de este nombre, formada unas dos leguas abajo de su nacimiento, es decir de la confluencia del Chambo. Aquí el río, estrechado entre peñascos negros, hace un salto de 60 metros con un ruido atronador y presentando un espectáculo muy grandioso, especialmente cuando se contempla del lado de abajo la inmensa cantidad de agua transformada en espuma blanca. Este sitio pertenece a los más pintorescos de los Andes, y su belleza se realza también, por la vegetación hermosísima, que aquí en la altura de solo 1544 metros, ya lleva todo el carácter tropical".

"La parroquia de Baños (1) fue fundada el año de 1553; y el mismo año por una cédula del Rey, fue adjudicada a los Dominicos junto con las Misiones de Canelos": A la misma Orden fueron también confiadas las populosas parroquias de Patate y Pelileo, vecinas de Baños, la cual, en aquellos tiempos primitivos de la Colonia, apenas si contaba con unos pocos pobladores; por cuyo motivo, los curas de Patate, unas veces, y los de Pelileo, otras, pasaban los viernes a Baños para celebrar en este último punto el sacrificio adorable de la Misa, los sábados y domingos, administrar los sacramentos a sus feligreses, y regresar luego a sus parroquias. Así continuaron las cosas hasta mediados del siglo XVII, época en la cual entre los feligreses de Baños se contaba un distinguido y patriota caballero de Riobamba, el General D. Antonio Palomino de Flores, casado con una noble dama criolla, la Sra. María Villavicencio y Rivera; ambos poseían en aquel paraje una extensa y hermosísima hacienda, que principiando en la cascada del Cusúa se extendía hasta el punto llamado San Vicente, junto al que, en pésimas condiciones y en muy estrecho sitio, se levantaba la pobre y destartalada iglesita del pueblo. Como aquellos dos piadosísimos consortes no tuviesen sucesión, y se hallasen entrados en años, resolvieron, de común acuerdo, adjudicar la valiosa propiedad ya mencionada para la mejora y adelantamiento de aquella parroquia. Al efecto, por escritura firmada, *en la* (antigua) *villa de Riobamba, a quince de Mayo de mil seiscientos sesenta y cuatro* (2) dividieron toda aquella hacienda en varias y pequeñas fracciones pa-

---

(1) Tomamos estos datos del calendario de los Padres Dominicos, formado para 1906, en vista de documentos históricos dignos de toda fe, poseídos por dichos religiosos. El pasaje íntegro del mencionado calendario, en lo relativo a nuestro asunto, dice así: "La parroquia de Baños fue fundada el año de 1553; y el mismo año, por una cédula del Rey, fue adjudicada a los Dominicos junto con las Misiones de Canelos, Macas y Quijos; secularizada el año de 1854 por el Presidente Rocafuerte, fue devuelta a la Orden en 1858; fue secularizada nuevamente con todas las parroquias de regulares, por decreto de la Santa Sede, el año de 1870, pero fue restituida otra vez a la Orden el año de 1887.

(2) Palabras textuales de la escritura, cuyo original reposa en el archivo parroquial de Baños.

ra adjudicarlas a los que quisiesen residir en Baños, y reservaron la principal, más llana y valiosa, para que en ella se edificase el nuevo templo y contribuyese con sus rendimientos al sostenimiento de este último, añadiendo que era expresa voluntad de los donantes que la parroquia y el templo corriesen siempre a cargo de los Padres Dominicos. La escritura se cumplió en todas sus partes, y, de este modo, el General Palomino Flores y la Sra. Villavicencio y Rivera vinieron a ser los verdaderos fundadores de la población que nos ocupa. Los actuales vecinos de ella lo han reconocido así, y han creído pagar una deuda de gratitud imponiendo el nombre de aquel generoso caballero a una de las principales calles de la villa. Tal es el origen de uno de los más hermosos, concurridos y célebres santuarios de la Santísima Virgen en el Ecuador. Este curato fue servido desde sus principiós por religiosos de la orden de Predicadores hasta 1854, en que pasó a manos del clero secular; el primer sacerdote, no religioso, que hizo de párroco en Baños, fue el Señor Sáenz de Viteri.

De entonces acá la parroquia de Baños ha estado atendida unas veces por clérigos, y otras por religiosos, hasta 1887, tiempo en el cual, habiendo los Dominicanos tornado a encargarse de las misiones de Canelos, asumieron nuevamente el servicio de aquel su antiguo curato, por ser el camino y puerta por donde se entra al territorio de las citadas misiones. La acción de los beneméritos hijos de Santo Domingo ha sido sumamente benéfica a toda aquella región, pues merced a la constante abnegación y heroicos esfuerzos de ellos, Baños que figuraba como un insignificante cortijo, de muy escasos pobladores, es hoy una parroquia de seis mil almas, dotada de bien dirigidas escuelas de niñas y niños, un hermoso hospital, carreteras y varios magníficos y atrevidos puentes de madera tendidos sobre el Pastaza; de suerte que esa antes tan reducida población, está actualmente llamada a ser la capital hermosa y próspera de todo nuestro vasto y fértil territorio oriental. Las obras antedichas son debidas en su mayor parte al celo y generosidad del benemérito dominico

belga Fr. Tomás Halflants, cuya memoria vivirá perpetuamente en el agradecido corazón de los vecinos de Baños.

II

LA VIRGEN DE AGUA SANTA Y CULTO DE QUE ES OBJETO

Fundado y servido constantemente el pueblo de Baños por Dominicos, ninguna devoción había de florecer en él más lozana que la del santo Rosario; y así aconteció efectivamente. Para fomentar aún más entre los fieles el fervor por aquella excelente práctica de piedad, esforzáronse los religiosos en conseguir un simulacro hermoso de la Virgen Santísima, y lo obtuvieron a medida de sus deseos, pues el que forma el asunto de esta narración es uno de los más bellos y preciosos entre cuantos de la Madre de Dios se veneran en el Ecuador. Su origen nos es completamente desconocido; no sabemos si es obra europea o americana, aunque esto último parece lo más fundado; algún escultor quiteño, de los más hábiles y entendidos, es probablemente el artista a quien debemos esta devotísima imagen. El vacío de la historia, en esta parte, ha sido suplido con las poéticas invenciones de la leyenda, de que hablaremos después.

La estatua de Nuestra Señora de Baños es de madera, a excepción de la mascarilla del rostro, que es de plomo; mide un metro y treinta y cuatro centímetros de altura; asiéntase en el trono con gracia y decoro regios; con el brazo izquierdo sostiene al Divino Niño que descansa en el regazo maternal, y con la derecha empuña el cetro y ostenta el rosario; finalmente, le cubre la cabeza una corona imperial de plata sobredorada, de forma bizantina y algo colosal. La imagen es bien proporcionada, airosa, elegante, y llena de una modestia, dulzura y majestad que inspira amor, respeto y devoción en cuantos la contemplan. Llámanla de Agua Santa, porque, según es tradición, habiéndose en algún tiempo cegado la fuente termal, conocida con el nombre *de la*

Virgen, acudieron los vecinos de Baños a su celestial protectora, condujeron en procesión la Imagen junto al sitio del desaparecido manantial, y a poco de cavar el suelo, dieron nuevamente con aquellas aguas medicinales, que desde entonces acá no han dejado de correr un solo día.

La piedad de los fieles no se cansa de cercar a tan devota efigie, con los homenajes más rendidos y generosos de un amor verdaderamente filial, manifestado en el número y valía de los dones no escasos ofrecidos al Santuario. La Imagen está siempre cubierta con ricos vestidos de seda y brocado y engalanada con anillos, pendientes y otras joyas; hállase colocada junto al altar mayor, en un levantado, artístico y muy vistoso nicho coronado con elegante dosel. El templo es de una sola nave, con sus brazos en forma de cruz latina; y, aunque de antigua construcción, es alto, espacioso y bien proporcionado. El actual digno párroco de Baños, y director del santuario, construye detrás de esta iglesia, como a doscientos metros de ella, otra nueva, de cal y piedra, conforme a un bien ideado diseño trabajado en Bélgica, la cual si llega a concluirse será uno de los templos más sólidos y hermosos de la República (1).

Todos los años, el martes que antecede a la cuaresma, es honrada Nuestra Señora de Agua Santa con una fiesta solemne, precedida de novena suntuosísima, concurridas ambas por numerosos peregrinos. Entre el año acuden también éstos, a veces en copiosas, ordenadas y edificantes multitudes, que al regresar del santuario pregonan las extraordinarias mercedes y gracias de que han sido objeto o testigos en Baños. En los últimos tiempos es digna de recuerdo y aplauso la Peregrinación de 15 de Abril de 1903, en que tomaron parte los párrocos y numerosas personas de Ambato, Pelileo, Pasa y muy especialmente el pueblo de Santa

(1) Cuando esto se escribió vivía aún el anciano Párroco de Baños, R. P. Halflants, quien pasó a mejor vida a mediados de 1909.

Rosa de la misma provincia que las parroquias anteriores, pueblo célebre y distinguido por su piedad y adhesión inquebrantable a la fe religiosa de sus mayores. Los que tomaron parte en aquella romería pasaban de mil quinientos; presididos por sus respectivos párrocos y otros venerables sacerdotes, atravesaron las poblaciones del tránsito cantando el rosario y otras devotas oraciones, edificando a todos con su porte verdaderamente cristiano y piadoso. En Baños, después de asistir a varias funciones religiosas ordenadas al intento, participaron de la Mesa eucarística, y dejaron embalsamada la población con sus virtudes; y al fin regresaron a sus casas, dejando por todas partes el buen olor de Jesucristo.

III

ALGUNOS RASGOS DE LA PROTECCION ESPECIAL DISPENSADA POR LA VIRGEN SANTISIMA A BAÑOS

La posición excepcional de Baños, a las faldas del Tungurahua, volcán en ignición y actividad casi continuas, le habría hundido ya, más de una vez, en horrendo cataclismo, si no hubiese sido preservado de tales desastres por una protección marcada y visible de la Virgen Santísima. Temblores de tierra, y no pocos terremotos; inundaciones formidables de lava destructora; lluvias o diluvios de ceniza; estas y otras plagas semejantes han destruido en ocasiones los pueblos circunvecinos, y Baños se ha escapado siempre milagrosamente de todas ellas, por la intervención manifiesta de la Reina del Cielo en su favor. He aquí algunos rasgos de esta protección maravillosa.

El autor anónimo (1) de la célebre *Crónica del siglo XVIII*, relativa al antiguo reino de Quito, año de 1773,

(1) Probablemente el mismo laborioso presbítero D. Pedro de la Roa, a quien debemos la **Serie cronológica anual y curiosa de los Señores Obispos y Presidentes** —de Quito, en tiempo de la Colonia.

dice (1): "A veinte y tres de Abril (de dicho año) reventó el famoso Tungurahua, el que hizo gravísimos perjuicios en todos sus contornos, vomitando incomparable copia de fuego, agua ardiente, y piedras de considerable y diversa magnitud. Pero el pueblo de Baños, que está muy inmediato a él, y en su falda, no perdió ni una alma de sus habitadores, respecto a que cuando la gente vio el tremendo incendio, y bocanadas que el Cerro echaba, todo se acogió a la iglesia, a pedir favor, y misericordia, a la Majestad de Dios, por intercesión de su Santísima Madre, que la tenían allí en una Imagen, como Patrona del pueblo, con la advocación de Nuestra Señora de los Baños, consolándose solo en lo natural, con cerrar las puertas de la Iglesia, que es pequeña, y mira su puerta rectamente al Cerro, y sucedió el caso más raro, que bajando la mayor porción de agua contra el Pueblo, y su Iglesia, se dividió estando ya inmediata a dicha Iglesia, y aun tocando a sus puertas, y paredes, la dejó aislada, y por consiguiente quieta, y seca, corriendo solo esas caudalosas avenidas, por el resto del Pueblo, cargando con todas las casas, y muebles, dejando solo pobrísimos a los escapados" (2).

En mil setecientos noventa y siete, un formidable terremoto destruyó a Riobamba y todas las villas y aldeas de su comarca; Baños sufrió también las consecuencias de la catástrofe, pero no en el grado ni con la intensidad de sus vecinas. En el archivo parroquial del

---

(1) Reproducimos este fragmento con todas sus incorrecciones gramaticales tal como se publicó en el número 53 de "La Ley", periódico que se redactaba en Quito, en 1903.

(2) Fue este portento tan manifiesto y ruidoso, que su noticia se extendió a países muy remotos del nuestro, en la América Española. He aquí una prueba de ella. En una obra muy conocida y afamada, de un autor extranjero, hallamos lo que sigue:

"Tiene mucha celebridad el volcán nombrado Tungurahua. Este hizo una erupción formidable el 3 de Abril de 1773: vomitó muchas lavas, agua caliente y piedras de gran magnitud; destruyó el pueblo de Baños: y todos sus habitantes se salvaron en la iglesia que no padeció, quedando aislada y seca en medio de la inundación general".

Historia de la Revolución de Colombia, por José Manuel Restrepo: 1858. Tomo 1º pág. 575, nota 3ª.

santuario que nos ocupa se conserva una relación de lo acontecido, desgraciadamente incompleta y truncada, por el descuido imperdonable de los que debieron ser sus solícitos custodios. Copiaremos íntegro aquel fragmento, antes que desaparezca todo. Dice así: *Lastimosa noticia, que se da a la posteridad, del terremoto sucedido el día 4 de febrero del año del Señor de mil setecientos noventa y siete.*— Este fatal día sábado, en que se celebra la fiesta de San Andrés Corsino, a las siete y media de la mañana, hubo un movimiento de tierra, que según el cómputo más preciso duró más de tres minutos, con tan fuerte violencia, que ni los hombres, ni las bestias pudieron mantenerse en pie. Todos los cerros se despedazaron, y su tierra bajó a los llanos como fuertes avenidas, tapando y destruyendo cuanto encontraban. Si esta tierra se envolviera con algún río llenaba su avenida las quebradas más hondas. No quedó templo que no se arruinase; entre otras provincias que padecieron, cogiendo de entre ellos una multitud innumerable de gentes, Riobamba lugar célebre, que competía con Quito en nobleza, riqueza y profanidad, quedó hecho un teatro lastimoso; destruidos enteramente sus famosos templos, las casas arruinadas, otras tapadas del cerro de Cullca, y toda la hermosura antigua quedó una Sodoma espantosa y abominable. Muerta su ilustre clerecía, muertos los religiosos de las sagradas comunidades, muerta la mayor parte de las monjas; muertos sus magistrados, muerta casi toda la nobleza e infinidad de la plebe. Ambato perdió su magnífico templo, que servía de iglesia matriz, con todos los demás que así dentro como en toda su jurisdicción se hallaron. Se cayeron casi todas sus casas, y murieron más de 400 habitantes. Pero además de su destrucción con el temblor, bajó del cerro una fuerte avenida de lodo y tapó su población, con muerte de mucha gente. Pero el mayor enojo de la divina venganza cayó sobre el infeliz y grande Pelileo. Pueblo a la verdad grande por su singular templo, y su mucho gentío y sus bellas fábricas en las más de sus buenas casas, en un instante se vio destruido enteramente. Al temblor, arruinado su fortísimo templo, arruinadas todas sus casas, hasta las más pequeñas chozas;

pero lo más espantoso, tras el temblor, siguió la inmensa avenida de lodo que salió de un potrero que estaba a su cabecera, llamado la Moya, y lo tapó enteramente, cogiendo abajo millaradas de gente, muchos caudales, y dejando todo el sitio con una espantosa vista, que no hay lengua que baste a ponderarlo. Murió en la iglesia un sacerdote que cantaba la Misa a Nuestra Madre, y todos los que la oían.— En su jurisdicción había un obraje del General Dn. Baltazar"... Hasta aquí el fragmento de esa interesante relación; en lo restante de ella se refería seguramente cómo Baños y su templo se salvaron de la catástrofe; pero esa es, por desgracia, la parte del documento que ha desaparecido. Hablemos, por tanto, de otras muestras de predilección de la Sma. Virgen en favor de su santuario.

Hacía más de un siglo que se creía al Tungurahua un volcán completamente extinguido, cuando el 11 de Febrero de 1886 recobró nuevamente su actividad e hizo una de las erupciones más espantosas y destructoras de que se haga mención en la historia de nuestra República. Torrentes de lava incandescente descendieron del cráter del volcán, que amenazaban a cada instante sepultar a Baños como a una otra Pompeya o Herculano. La lluvia de cenizas avanzó hasta Cuenca, por el sur, y hasta más allá de Ibarra, por el norte; las extensas planicies de Riobamba, Ambato y Latacunga, inundadas con aquel diluvio de arena calcinada, ofrecían el espectáculo de la más triste desolación; las poblaciones de Penipe y Puela quedaron literalmente sepultadas bajo algunos pies de ceniza; parecía inevitable la destrucción de Baños, y, sin embargo, fue el pueblo que menos sufrió entre todos los de aquella comarca. Casi todos los habitantes huyeron despavoridos a lejanas regiones, apenas si quedó el animoso párroco, rodeado de un puñado de valientes, resueltos a custodiar el santuario a toda costa; pero aun ellos, al ver que continuaba a cortos intervalos las erupciones del volcán, acordaron finalmente abandonar el pueblo, y llevarse consigo a la santa Imagen. Entonces aconteció un incidente mirado por todos como prodigioso, y fue, que cuantas ve-

ces salieron de Baños, llevando consigo a cuestas la maravillosa efigie de María, al acercarse la comitiva a la quebrada de Batcung, descendía de repente por ella una avenida formidable de lava volcánica, que les impedía proseguir la marcha y les obligaba a volver atrás; hasta que hubieron de reconocer y confesar que no era voluntad de la Reina del Cielo que se sacase su Imagen de aquel santuario, pues ella lo conservaría ileso, en medio de los más destructores cataclismos; y así se realizó en efecto. La Divina Madre ha hecho en todo tiempo ostentación de tener a Baños bajo su protección especialísima, de defenderlo y conservarlo, como a santuario principal y privilegiado del Rosario en la República del Ecuador.

IV

OTROS PORTENTOS DE LA MADRE DE DIOS, MEDIANTE ESTA SANTA IMAGEN.

No bien fue erigida la parroquia de Baños, cuando la Virgen Santísima se dignó hacer de este pueblo un teatro bendito de sus más escogidas gracias y copiosos favores; de modo que son innumerables los enfermos que han recobrado allí la salud, los calumniados a quienes se les ha devuelto la honra, y los necesitados de toda clase que han alcanzado, invocando a María, el remedio de las graves y penosas necesidades de la vida. Desgraciadamente han desaparecido, con el transcurso del tiempo, casi todos los documentos del archivo parroquial, y aún algunas pinturas conmemorativas que decoraban antiguamente, a modo de exvotos, el templo. Queda sin embargo el recuerdo de una que representaba a cierto religioso dominicano, a quien por haber invocado a Nuestra Señora de Agua Santa, se le rompieron maravillosamente los grillos y esposas que le tenían cautivo en una cárcel, víctima de la calumnia; pero ignoramos los demás detalles del portento.

Otro hecho de los antiguos tiempos, que se tiene por uno de los más ciertos y averiguados, es éste. Un

párroco de Patate o Pelileo se trasladó a Baños, en altas horas de la noche, y en medio de una deshecha tempestad, para atender, como era la costumbre, a las necesidades espirituales de este pueblo, en los dos últimos días de la semana; a cada paso temía el buen Cura ir a dar en un precipicio, y así, para asegurarse la protección del Cielo, fue encomendándose muy fervorosamente a Nuestra Señora de Agua Santa, durante todo el camino. Aconteció que mientras arreciaba el temporal, cayó uno de los puentes tendidos sobre el Pastaza, y se hizo por lo mismo imposible que nadie pudiese vadear el río. Muy grande fue pues el asombro de toda la gente, cuando al segundo día encontraron al Cura en la iglesia de Baños.— Padre: ¿cómo ha atravesado el Pastaza, cuando el puente está ya caído?— Pues, yo no lo he advertido; he pasado por él con la misma facilidad que las veces anteriores.— El Cura y el pueblo van al punto al sitio del portento para cerciorarse de cómo ha acontecido aquella maravilla, y advierten que el último vestigio del puente destruido es un muy delgado madero, sobre el que estaban visibles todavía las huellas de la mula, en que cabalgaba el Padre la noche precedente. Todos atribuyeron tan insigne maravilla a la protección manifiesta de la Reina del Cielo en favor del sacerdote que tan fervorosamente se había encomendado a ella.

De las gracias concedidas por la Santísima Virgen, en aquel su predilecto santuario, en tiempos más recientes, referiremos las que siguen, que las hemos recogido de labios del anciano y venerable religioso que hace de cura en esa parroquia, y se merecen, por lo mismo, entero crédito (1).

Después de uno de los últimos y más destructores incendios de Guayaquil, un comerciante de esta ciudad, que había ido en peregrinación a Baños, se presentó al párroco citado, y le pidió celebrara una misa solemne

(1) Al escribir esto nos referíamos al R. P. Halflants, cuya reciente muerte deploramos, y que nos dio las apuntaciones conforme a las cuales van los siguientes relatos.

en acción de gracias a Nuestra Señora de Agua Santa, dándole para ello los estipendios respectivos, por haber obtenido de la Divina Madre el siguiente señaladísimo favor. Durante el memorado incendio, destruyóse todo el barrio donde habitaba el mercader, a quien le tocó también el turno fatal, pues, a poco, el fuego se apoderó de su almacén; en este conflicto acordándose de Nuestra Señora del Rosario de Baños, se encomendó a su eficaz protección, y tomando una oleografía de la Virgen Santísima que la representaba en esa advocación, la colocó sobre los umbrales de la tienda. Al punto mismo, ¡oh hermoso prodigio! recogiéronse las llamas, y formaron un arremolinado globo de fuego, que se desprendió brusca y repentinamente del almacén, y voló lejos a una incalculable distancia; salvando así el pobre hombre su fortuna, y quizás hasta la vida, de aquella, al parecer, inevitable catástrofe.

No hace mucho se presentó al mismo párroco, un caballero del Perú, que desde Lima había venido en peregrinación a Baños, para hacer celebrar una misa solemne de acción de gracias, en honor de Nuestra Señora de Agua Santa, por un insigne beneficio recibido por su mediación. El párroco entonces con santa y legítima curiosidad exigió al caballero le refiriese lo ocurrido, y de este modo llegó a enterarse del suceso siguiente. Una señora ecuatoriana casada en el Perú, y residente en Lima, cayó gravemente enferma, y aunque se hizo ver de varios facultativos inteligentes de aquella capital, nadie logró curarle, ni siquiera aliviarle las dolencias. Hallábase la paciente en estas angustias y perplejidades, cuando una noche tuvo este sueño maravilloso: parecióle ver a una Señora de singular hermosura y majestad, que le dijo: "Yo soy la Virgen de Agua Santa, de la parroquia de Baños, en el Ecuador: encomiéndate a mí, y te sanaré". La enferma que jamás había oído hablar de aquella advocación, ni le profesaba devoción especial, no dio crédito al sueño, ni hizo caso de él, desechándolo como una alucinación de la fantasía. Pasados algunos días, tornó a presentársele en otro sueño la misma visión, y con tono más grave le dijo: "Si no te

encomiendas a mí, se agravará tu enfermedad"; pero la incrédula enferma tampoco paró mientes en este segundo aviso, aunque se cumplió exactamente la amenaza profética, porque el accidente recrudeció con gran fuerza, y parecía ya desesperada la salud. Entonces la Santísima Virgen se dignó manifestársele en una tercera visión, en que le dijo estas terribles palabras: "Si te obstinas en no recurrir a mí, sábete que en breve morirás de este achaque, sin que nadie te lo pueda curar". La desgraciada señora acató agradecida y dócilmente este tercer aviso: recurrió a Nuestra Señora de Agua Santa, con fervientes y multiplicadas súplicas, y a poco se vio libre de aquella tenaz dolencia, y quedó enteramente sana.

Daremos remate a esta noticia transcribiendo la información canónica recibida en Baños acerca de otro prodigio auténtico, acontecido a vista y en presencia de todo aquel pueblo. "En Baños, población de la provincia del Tungurahua, y parroquia de la Arquidiócesis de Quito, a los veintitrés del mes de Enero del año del Señor de mil ochocientos noventa y cinco. Ante el R. P. Fr. Tomás C. Halflants O. P. y párroco de esta iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa de Baños, para dar cumplimiento a la nota oficial del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Pedro Rafael González Calisto, actual arzobispo de Quito, por la que ordena se proceda a una información sumaria, acerca de un milagro obrado por la Santísima Virgen, en la persona de Paulino Gavilanes, a quien, con previa explicación de las penas del perjurio, se le recibió el juramento de derecho, en legal forma, y examinado minuciosamente sobre el suceso referido, contestó: "Que por el año de 1889, en el mes de Junio, y un día de Lunes, sin recordar la fecha, a las once poco más o menos del día, encaminándose a la tarabita para ir a trabajar en *Illuchi* encontró que las fuertes lluvias habían remojado los cabestros, y cuando se colocó en el zurrón, y se halló en la mitad, sintió que sonaron a un tiempo todos ellos; se encomendó a la Virgen, siguió haciendo esfuerzos, cuando he aquí que se arrancaron todas las cuerdas completamente; cayó al fondo del río

Pastaza: que al momento de caer, *¡Madre mía de Agua Santa!* fue su única exclamación: que el río le envolvió en su negro manto de lodo siguiendo con la corriente, que sintió un fuerte golpe de las olas y que no sabe quien le tomó de una mano y le sacó a una rotura de la peña de la orilla izquierda del río, sobre un pequeño banco de arena: que entonces sin saber cómo se le presentó la Santísima Virgen del Rosario de Agua Santa iluminada de vivos resplandores (1), y poniendo en él tierna y amorosa su dulce mirada: que elevó sus oraciones a ella con las veras de su corazón, siendo así que la miraba tan clara y palpable que aun distinguió sus rubios cabellos y los anillos que adornan sus manos virginales; por último habiéndole ciertos hombres arrojádole unos lazos, con las extremidades de estos se ató lo mejor que pudo, y una vez que se halló fuera de peligro, observó que la Stma. Virgen había desaparecido, y que el banco de arena de donde acababa de salir desapareció en un instante por un aluvión que vino. Dijo también que en la caída no sufrió otro daño que un corte en el talón del pie izquierdo y la pérdida de su sombrero que se le arrebató el río: que desde esa época está viviendo en este pueblo con su esposa: que reconoce que Dios, por su bondad infinita y por medio de la Santísima Virgen María, le libró milagrosamente de una muerte cruel en el Pastaza; pero como no escuchó su portentoso llamamiento, al aniversario exacto de esa gracia singular que le había dispensado la *Santísima Virgen del Rosario de Agua Santa,* perdió la mano derecha en el trapiche de la misma hacienda *Illuchi,* en la que se hallaba moliendo caña... Leída que fue esta su declaración se afirma y ratifica en ella con el juramento que tiene emitido, siendo todo lo expuesto tal como le sucedió, expresando ser mayor de treinta y cuatro años, casado, vecino de la parroquia de Puela, y hoy residente en ésta, católico, apostólico, romano y de oficio agricul-

(1) Añade el declarante, que creyó para sus adentros que movido el pueblo por aquel fracaso, había sacado de la iglesia y llevado a orilla del río a la santa Imagen; sin advertir entonces que era imposible se hiciese esto en tan breve tiempo.

tor". Siguen las firmas. Esta declaración fue ratificada pocos años después, ante el mismo Prelado metropolitano, cuando Monseñor González Calisto hizo la visita canónica de Baños; por tanto este hecho prodigioso es indudable, y cualquiera puede cerciorarse de ello, pues viven todavía los testigos y las personas que más directamente tomaron parte en este suceso. Para que se calcule lo portentoso de él, advertiremos que desde el punto en que estaba suspendida la tarabita, hasta la superficie del río, se mide una altura de sesenta metros por lo menos.

V

TRADICIONES Y LEYENDAS

Aunque al emprender este trabajo nos hemos propuesto escribir una obra rigurosamente histórica, depurada por la crítica, no una colección de leyendas novelescas, por piadosas y bellas que sean; sin embargo, diremos aquí algo acerca de algunas relativas al santuario de Baños, por encerrarse quizás en ellas el recuerdo de verdaderos portentos históricos, aunque desfigurados por los aliños con que les ha revestido la fantasía popular.

Acerca del origen de la santa Imagen, el R. P. Fr. José María Magalli, Prefecto Apostólico de Macas y Canelos, publicó en 1889 en la revista religiosa de París, intitulada L'Anneé Dominicaine, la relación siguiente (1): "A la sombra de elevadas montañas que lo dominan en todas direcciones, y casi a las faldas mismas del volcán del Tungurahua, Baños debe su actual celebridad no tanto a su posición geológica y topográfica, como a la milagrosa estatua de Nuestra Señora del Rosa-

(1) Reproducida después por el P. Pierre, en su conocida obra **Voyage d' exploration d'un Missionnaire dominicain chez les tribus sauvages de l'Equateur**, en el apéndice. El P. Magalli publicó en 1890 la traducción castellana de ese relato, en la **Colección de cartas sobre las Misiones Dominicanas del Oriente**. El fragmento que insertamos en el texto es tomado de aquella traducción.

rio de Agua Santa, que se venera en la iglesia parroquial. He aquí un brevísimo resumen de su historia, según la tradición que se conserva.

"A fines del siglo próximo pasado, cuando la pequeña población acababa de fundarse por los Padres Dominicos (1), hallábase en la pequeña choza que entonces servía de iglesia, una imagencita de la Santísima Virgen, muy venerada por los sencillos moradores del lugar. Una noche, el sacristán vio que la santa efigie abandonaba el sitio que ocupaba y, acompañada de dos hermosísimos jóvenes, se iba por los aires, viniendo a descansar al pie de un chorro de agua (punto en donde se fundó, algo más tarde, la iglesia parroquial que actualmente existe). Habiendo este hecho maravilloso renovádose varias veces, el Padre Cura y el pueblo se reunieron unánimes en la pequeña capilla, y con fervientes ruegos suplicaron a María se dignase manifestar, de manera más inteligible y clara, cuál fuese su soberana voluntad.

"Y he aquí que en la noche siguiente, María aparécese al Padre, y le declara ser su voluntad que se le fabrique un templo a raíz de la chorrera; asegurando la Señora al propio tiempo, que los leprosos que en aquel paraje se bañasen, veríanse, a tener viva fe, libres de aquella enfermedad.

"Todo se hizo conforme a esta disposición divina, manifestada por la augusta Virgen. Mas, incidente misterioso, el día en que el Cura y la población pusiéronse en movimiento con el objeto de trasladar la Imagen, de la antigua capilla al nuevo templo, no la hallaron. Cuál sería la tristeza y desolación de todo el pueblo, más fácil es imaginarlo que describirlo.

---

(1) Esta es una equivocación manifiesta del R. P. Magalli; la parroquia de Baños fue fundada a fines del siglo XVI, como hemos dicho antes; por lo mismo, hacia aquella época debe fijarse el origen de la preciosa Efigie y de su santuario.

"Un día, sin embargo, vióse llegar a la plaza, en donde acababa de establecerse la nueva iglesia, una mula cargada de una caja. ¿Cuyo era ese animal? ¿Qué es lo que traía en aquel cajón? ¿De dónde había venido? He aquí un misterio que nadie podía descifrar. Como quiera, los moradores de la villa, la condujeron al Convento y la entregaron en manos del Sr. Cura. La mula fue descargada, y hubo de guardarse el cajón hasta que apareciese el dueño. Transcurrieron así dos meses, sin que nadie se presentara a reclamarlo, y sin que ninguna de las diligencias practicadas para descubrir al dueño, surtiese efecto. Finalmente un día el Padre Cura, a presencia del pueblo todo, se resuelve abrir el sigiloso cajón. ¡Cuál fue el asombro de todos al hallar en él, no ya la antigua imagen de María, sino otra nueva de mucho mayores dimensiones, la misma que hasta hoy día es venerada en el templo parroquial de Baños".

Entre las fuentes termales que abundan en este pueblo hay una, la más copiosa, que es conocida con el título, *de la Virgen;* a las aguas de aquella acude de preferencia todo enfermo, no solamente por las propiedades medicinales de que les ha dotado la naturaleza, sino por la confianza de obtener, por el uso de ellas, una protección especial de la Reina del Cielo. Acerca de esta fuente corren en Baños variadas, graciosas y poéticas leyendas. La Virgen de Agua Santa, según el decir del pueblo, sale a veces por la madrugada a recorrer las cercanías del santuario, pasea cortejada de ángeles por las rientes praderas, y complácese en sumergir las plantas virginales en aquella su fuente predilecta; de modo que, en ocasiones, al estar a la leyenda, la orla así del manto como de la túnica de la santa Imagen, se ha visto empapada en rocío, y prendida con las púas de los rastrojos, y olorosa a violetas y a tomillo.

Las tardes todas de la estación de las lluvias, como si dijéramos desde fines del otoño hasta los comienzos de la primavera, una blanca y hermosa neblina cobija las cumbres vecinas del santuario; esas neblinas son, según la creencia popular, los cándidos velos de la Vir-

gen, son una señal de su amorosa protección en favor de Baños, y merced a ellas jamás el hielo ha agostado las tiernas sementeras en toda aquella comarca.

De todos los santuarios de la Virgen Santísima en nuestra República, el de Baños, por su singular posición topográfica, es el más poético y pintoresco y está, por tanto, llamado a tener un auge extraordinario, en tiempos no remotos.

NUESTRA SEÑORA DE MACAS

I

SEVILLA DEL ORO

No bien Pizarro hubo realizado la rápida y asombrosa conquista del vasto imperio de los Incas, los españoles no contentos con haber avasallado las poblaciones numerosas de la costa y de la altiplanicie de los Andes, lanzáronse, en busca de nuevas aventuras, a la inmensa hoya amazónica, esperanzados de encontrar entre aquellos bosques seculares el imaginario y famosísimo El Dorado, donde saciar su sed, cada día más exigente, de nuevos tesoros y riquezas. Llevado de tan poderoso estímulo Gonzalo Pizarro, hermano menor del conquistador del Perú, traspuso la cordillera y se internó, al azar, en la ignota y no explorada aún región oriental; y tras él otros varios compañeros de armas, no menos intrépidos y denodados, acometieron la misma empresa, aunque siempre con éxito desgraciado.

"El año de 1557 formóse en Loja una expedición considerable para entrar a la región oriental y conquistar aquellas comarcas: era caudillo de esta expedición un caballero español, llamado Juan de Salinas, a quien, en remuneración de sus servicios al Rey, se le había concedido la gobernación de Yaguarzongo y la de Macas, dándole además el corregimiento de Piura, Loja y Zamora, para que así pudiera con más facilidad realizar la empresa de explorar la región oriental y verificar en ella la fundación de nuevas poblaciones españolas" (1). De esta manera, tras Zamora de los Alcaides, fundada algunos

(1) Historia General de la República del Ecuador —tomo 6º pág. 69.

años antes, surgieron, de entre las selvas, Santiago de las Montañas, Santa María de Nieva, Logroño de los Caballeros y Sevilla del Oro. Esta última ciudad fue fundada por el capitán José Villanueva Maldonado, y acerca de ella "hubo disputa entre Juan de Salinas y Rodrigo Núñez de Bonilla; pues el uno sostenía que el asiento de la ciudad estaba en la provincia de Macas, y el otro pretendía que se hallaba dentro de los términos de la gobernación de Quijos. Entonces con el nombre de provinvia de Macas se designaba todo el distrito oriental, desde Loja hasta Riobamba: ocho ciudades había, pues, en la gobernación de Salinas, y eran Jaén, Zamora, Valladolid, Loyola, Nieva, Santiago, Logroño y Sevilla del Oro" (1).

Esta última estaba fundada, según el parecer más respetable, a orillas del río Upano, en una hermosa planicie regada por cristalinas corrientes y vestida con todo el lujo y magnificencia de una exuberante vegetación tropical. Figurémonos una población naciente, formada de casas alineadas en calles y construidas de cañas, con techumbre de hojas y cortezas de palmera, y al centro del pueblo una modesta iglesia, coronada por un rústico campanario, en medio de espesos bosques seculares, entre los que se teje una tupida red de lianas trepadoras; donde en revuelta confusión se ostentan mil y mil árboles gigantescos, el banano, la quina, y donde derrama sus perfumes la vainilla y crecen otras innumerables plantas de precio inestimable, por el valor de la madera o sus cualidades textiles o medicinales, y apenas tendremos una idea de lo que era la tan afamada Sevilla del Oro (2). Para el servicio de los colonizadores

---

(1) Ib.

(2) El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, en su **Resumen de la Historia del Ecuador** (tomo II, cap. 3º), hablando de nuestro territorio oriental, hace la siguiente descripción de sus tierras:— "Descubierto de grado en grado por los primeros conquistadores, y posteriormente por los sacerdotes misioneros, fueron entonces consideradas como las mejores del reino, tanto por su extensión como por las riquezas que encerraban en oro y producciones vegetales. Dilatábanse a vueltas de nueve grados hacia el oriente, y algo más de seis por el sur; eran y son el lecho de unos cuantos orígenes del Amazonas, llamado justamente el **Monarca**

había en aquella población un párroco, con el título y las atribuciones de vicario, y algunos otros eclesiásticos enviados allá por el obispo de Quito.

Tal era la incipiente ciudad de que nos ocupamos, y donde se verificó uno de los más insignes y auténticos portentos de la Virgen Santísima en América, antes de que las belicosas y feroces tribus salvajes, que poblaban aquella región, se levantasen en armas contra las pocas familias españolas y no muchas de indios convertidos que formaban aquella diminuta población cristiana. "La ciudad de Logroño, dice el historiador a quien venimos citando, no tuvo convento ninguno de monjas: tampoco hubo convento de monjas en Sevilla del Oro, ni en Zamora, ni en ninguna otra de las ciudades de la banda oriental fundadas en territorio ecuatoriano; lo que se refiere, pues, acerca de la suerte de las monjas en el alzamiento de los Jíbaros carece absolutamente de verdad. Ninguna de esas poblaciones llamadas ciudades contaba con elementos de conservación y menos de prosperidad... Se fundó la ciudad de Sevilla del Oro en distintos puntos, la primera fundación la hizo el capitán Alvaro de Paz, con el nombre de *Nuestra Señora del Rosario*" (1).

Este fue el teatro donde se desarrolló la bellísima historia que vamos a narrar.

---

de los ríos; abarcaban y abarcan preciosas y abundantes maderas, innumerables y exquisitas frutas, no conocidas en otras provincias, gomas, resinas, bálsamos, aceite, canela, pimienta, izpingo, vainilla, cera y mieles diferentes, cacao, cortezas, raíces y yerbas medicinales; y viéronse que eran aptas para el cultivo del algodón, caña de azúcar, arroz y tabaco de distintas calidades, porque se aclimataron fácil y prodigiosamente cuando se llevaron las semillas. Sobre tener tanto que admirar y de que gozar, se encontraron abundantes en carnes de cacería, principalmente puercos, ciervos y liebres, pejes regalados, y, para complemento de todo, el oro tras el cual se andaban devaneando los sucesores de Pizarro, y por el cual se habían visto los prodigios de su conquista".

(1) Ib., en la nota de la pág. 79.

II

EL HERMANO JUAN DE LA CRUZ.

Cerca de Sevilla del Oro, perdido entre aquellas vastas y solitarias montañas, hacía vida eremítica, a fines del siglo XVI, un célebre penitente y servidor de Dios. "Llamábase, éste, Juan Gavilanes, y era generalmente conocido con el sobrenombre de *el ermitaño Juan de la Cruz*, porque largos años había vivido en las montañas, que están al otro lado de la región oriental, haciendo vida solitaria, entregado a la contemplación y penitencia. Juan Gavilanes era español, oriundo de Asturias, y había seguido en el Perú la profesión de las armas: desabrido de la milicia y deseando hacer penitencia por sus pecados, vino al pueblo de Guano, de donde partió al territorio de Quijos y estableció su morada en las selvas orientales, apartado de todo trato y comunicación con gente civilizada. Pronto las costumbres pacíficas del desconocido llamaron la atención de los salvajes que vagaban por aquellas montañas: y acudieron a verlo, trabaron relaciones de amistad con él y se le sometieron dócilmente. Gavilanes los catequizó; y, cuando los puso en estado de recibir el Bautismo, les aconsejó que fueran a la ciudad de Sevilla del Oro y pidieran allí un sacerdote, que los bautizara. Obedecieron los salvajes; presentáronse al corregidor de Macas y le dieron noticia de la existencia de Gavilanes en aquellas selvas. Las inclemencias del clima y la aspereza de la vida, absolutamente privada de toda clase de comodidades, habían gastado la salud y las fuerzas del pobre soldado: débil y achacoso lo encontraron los hombres que el corregidor de Macas mandó para que lo condujeran a la ciudad de Sevilla del Oro. Bautizados los salvajes, el ermitaño no puso resistencia ninguna para quedarse en la ciudad, condescendiendo con los moradores de ella, que se lo rogaban.— Diéronle, pues, un sitio solitario, lejos de la población, y allí le construyeron una ermita o capilla, pobre y humilde, a medida de los escasos recursos de la tierra. Esto sucedía antes de la venida del Ilmo. Señor Solís a este obispado.

"Como en el primer sínodo que celebró el Prelado en Quito se prohibió el hacer vida de ermitaño sin expresa licencia de la autoridad eclesiástica, Gavilanes se vio en la necesidad de salir de Macas y venir a Quito, a pedir licencia para continuar llevando el mismo género de vida, en que hasta entonces había perseverado. Concediéndosele, sin dificultad, la licencia que solicitaba, y además se mandaron practicar informaciones acerca de cierto hecho extraordinario, que se decía haber acontecido con una estampa de la Santísima Virgen en la misma ermita o capilla de Juan Gavilanes. Hechas las averiguaciones, en las cuales muchos testigos declararon bajo juramento, resultó haber sucedido lo siguiente".

III

MANIFESTACION PRODIGIOSA DE LA SANTISIMA VIRGEN

"Concluida la ermita, que fabricaron para Gavilanes los vecinos de Sevilla del Oro, manifestó el ermitaño su propósito de dedicarla a la Virgen, consagrándola al misterio de su Concepción Inmaculada: pero Gavilanes no tenía más que un Crucifijo, y en la ciudad de Sevilla del Oro no se encontró de la Inmaculada Concepción otra Imagen sino una estampa de papel, rota y tan ennegrecida por el humo, que apenas se dejaban percibir los rasgos del dibujo. La estampa era de Inés Toscano, viuda de Cristóbal Calvo, la que, al dársela a Gavilanes, se esforzó en vano por asearla limpiándola con un paño: la sombra de la estampa era causada por humo de copal, del que no fue posible limpiarla. Como además estaba rota, diose modo la piadosa viuda para remendar su estampa con papel de cartas, y así, medio reparada, por no haber otra en el pueblo, se la colocó en el altar de la ermita.— El 20 de Noviembre de 1592 se empeñó Gavilanes en hacer una fiesta a la Virgen en su ermita, para solemnizar el misterio de su Presentación en el templo, que se conmemora al día siguiente: adornóse la capilla con flores del campo; y, por la tarde, hubo víspe-

ras cantadas, a las que acudió gran número de devotos" (1).

Durante esa función piadosa ocurrió el siguiente prodigio que vamos a referir con las propias palabras de la información canónica recibida acerca del suceso, dos años después. Pero antes añadiremos a la relación precedente algunos detalles que constan de la información mencionada. El hermano Juan de la Cruz después que, con aprobación del Ilmo. Sr. Luis López de Solís, tomó el hábito de ermitaño, permaneció en el desierto de las selvas ocho meses, al cabo de los cuales salió a Sevilla del Oro, donde el Vicario y el pueblo le instaron se quedase, en atención a las enfermedades que había contraído el buen hermano, ofreciéndole construir cerca de la ciudad una ermita, para que se encargase del cuidado de ésta; todo lo cual se realizó puntualmente. "El hermano Juan la dedicó (terminada ya la obra de la ermita) a la pura y limpia Concepción de Nuestra Señora, por la mucha devoción que la profesaba, por lo cual buscaron entre aquellos vecinos una Imagen de esta advocación para colocarla en la pobre capilla. No encontraron sino una en la casa de Pedro de Almenara (Isabel Toscano no fue dueña de la Imagen, sino quien la compuso y arregló); la imagen estaba en papel de pliego entero, sumamente percudida y ahumada, con los colores (de la pintura) totalmente perdidos, de modo que no se veía cosa de pintura, y apenas se distinguía la figura de la imagen y las demás insignias que en la estampa había; porque, a consecuencia de la pobreza del país, se alumbraban (los vecinos de Sevilla del Oro) con cera y copal que hace mucho humo; pero como no se hallase otra estampa mejor, la colocaron en el altar de la ermita, el día lunes 16 de Noviembre de 1592, para quitarle de ahí cuando consiguiesen otra. Cinco días después llegó la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora: en la ermita se celebraron las vísperas solemnes, a las que

(1) **Historia General de la República del Ecuador** — tomo III, pág., 375 y siguientes.

concurrieron el Sr. Vicario Gonzalo Hernández, el Capitán Antonio Albornoz, que era Justicia Mayor, y mucha gente" (1).

Veamos ya lo que en tales circunstancias aconteció, según refiere en las informaciones uno de los testigos presenciales del suceso, la Señora Inés Toscano, viuda de Calvo: "Digo que esta testigo y sus hijos aderezó dicho altar y puso a la dicha Imagen sobre unos lienzos que esta testigo colgó; y asimismo sabe que llegada la festividad de Nuestra Señora que fue de hoy a cuatro o cinco días, esta testigo y dos hijos suyos fueron a la dicha ermita a aderezarla para decir las Vísperas solemnes que aquel día se dijeron; y estando hincada de rodillas esta testigo, ya querían entrar en las dichas Vísperas: estaba un hijo suyo, llamado Tomás Toscano, niño de doce años, hincado de rodillas en las gradas del altar, el cual le dijo con alguna turbación, como espantado: ¡Señora, no ve vuestra merced aquellos castillos de la Imagen que se están ardiendo con aquellos colores tan nuevos que parece fuego! A lo cual le contestó que callase, que no señalase con el dedo, y el dicho niño tornó otra vez con gran ahínco: ¡Pues, no ve, Señora, aquel fuego tan nuevo y encendido que está en aquellos castillos de la Imagen!; y esta testigo, por mucho que miraba, no acababa de ver y comprender el misterio tan grande que el niño veía con revelación del Señor: a lo cual otro hijo menor llamado Juan Toscano, que Dios haya, estando hincado de rodillas a la puerta de dicha ermita, dijo a este testigo: ¿Señora, no ve vuestra merced aquellos colores tan lindos que están en la dicha Imagen, y cuán linda y resplandeciente se ha vuelto? A lo cual esta testigo estaba tan congojosa de no poder ver lo que los dichos sus hijos le decían; y le parece a esta testigo, que al cabo de un rato que alzó los ojos a la Imagen, se le quitó un velo de los ojos, que no

(1) Por gran dicha, a pesar de tantas catástrofes físicas y morales que han arruinado al país varias veces, se conserva aún, en el monasterio de la Inmaculada Concepción de Riobamba, una copia auténtica de las **Informaciones** recibidas por la Autoridad eclesiástica acerca del portento. El párrafo copiado en el texto es un extracto de las mismas, hecho por las religiosas del convento.

le daba lugar a ver lo que el niño había visto, y al cabo fue Nuestro Señor servido por su santa bondad y misericordia, que viese con los ojos corporales palpablemente que la Imagen que esta testigo había puesto tan percudida y sin colores, transformada en tan linda y renovada, con unos colores tan encendidos y tan al vivo que penetraban hasta las entrañas, que mientras más la miraba, más linda y más hermosa la veía; unas veces veía los colores rosados y otras veces de mil maneras que la causaban grandísimo consuelo, que no se hartaba de dar gracias al Señor ella y sus hijos y los demás vecinos que se hallaron en estas vistas; y asimismo vio esta testigo al día siguiente a la hora de Misa, que se juntó el pueblo a la Misa solemne: vieron todos los que allí se hallaron, como la Imagen estaba tan linda y hermosa con muchas perfecciones y colores que verdaderamente parecía cosa del Cielo, y así notó esta testigo que mientras más miraba la Imagen, la hallaba más linda y perfecta, que la causaba grandísimo consuelo y regalo para el alma, que no se hartaba de verla; y desde entonces hasta el día de hoy, que habrá dos años poco más, todas las veces que va a Misa, y a rezar a la ermita por su devoción, la encuentra siempre más linda y hermosa con los colores tan encendidos y tan al vivo que no hay lengua que pueda explicar lo que su alma y corazón siente de este misterio tan grande; y que esto que dicho tiene es la verdad y público y notorio, etc."

Además de Isabel Toscano declararon otros seis testigos, entre los que se contaba el párroco y vicario del pueblo, cuanto habían presenciado y visto acerca del prodigio. Para que no se perdiese la memoria de él trasladóse a Quito dos años después, en 1594, el hermano Juan de la Cruz, y dio cuenta de todo lo ocurrido al Prelado eclesiástico, que lo era entonces el Sr. D. Cristóbal Loarte, como Vicario General del Ilmo. Sr. Solís, quien se hallaba ausente de aquella ciudad, probablemente con motivo de sus continuas visitas pastora-

les. Pidió el hermano a la autoridad eclesiástica "que confirmase (con su beneplácito el establecimiento de) la ermita, para que ninguna persona le impidiese (al dicho Hermano) el uso y servicio de ella. Obtuvo la aprobación y que se puedan celebrar los divinos oficios así cantados como rezados, por los vicarios y beneficiados de la ciudad de Sevilla del Oro, y demás personas eclesiásticas que acudieren a la ermita, y que los demás fieles continúen en su devoción, pues de ello era servido Dios Nuestro Señor, sin que persona alguna de cualquier calidad que fuere pueda poner impedimento alguno, en virtud de santa obediencia y so pena de excomunión mayor, y también le mandó al Vicario que conduzca las procesiones del año a la ermita. Después que regresó el Hermano Juan de la Cruz a su ermita presentó estos autos al Visitador General, quien mandó se cumpla, e hizo se le notifique al Vicario Luis Gutiérrez".

El hermano Juan logró además entenderse personalmente con el Ilmo. Sr. Solís, el cual habiendo oído la relación circunstanciada que le hizo del suceso maravilloso, ocurrido en Sevilla del Oro, ordenó al Vicario de esta ciudad que recibiese información canónica de todo lo relativo a aquel extraordinario y prodigioso acontecimiento. Lo que se ejecutó puntualmente en 1595, declarando uniformemente todos los testigos que presenciaron el milagro que "vieron la transformación de la Imagen con unas perfecciones, unos matices, colores tan lindos, y rayos de luz tan al vivo, que no hay lengua que lo pueda explicar; y así la encontraban siempre en el transcurso de estos dos años, cuando acudían a la ermita para oír Misa o rezar, por lo cual bendecían a Dios, por tan gran merced. El actual Vicario hizo la misma declaración, y que al decir Misa le causaba gran ternura y devoción hasta derramar lágrimas por el consuelo que experimentaba, que muchas veces no quisiera se acabase la Misa tan presto, por el regalo que su alma tenía". (1).

---

(1) Extractos sacados de la Información canónica, por las religiosas del monasterio.

IV

FUNDACION DEL MONASTERIO DE LA INMACULADA CONCEPCION, EN LA VILLA DEL VILLAR DON PARDO.

Terrible y espantosa catástrofe arruinó en breve las nacientes ciudadas fundadas en el territorio oriental del antiguo Reino de Quito; causa de ello fueron la ferocidad indómita de las tribus salvajes, moradoras de aquellos bosques, y también la codicia insaciable de los conquistadores.

Con motivo de la exaltación de Felipe III al trono de España, ordenó la Real Audiencia se hiciese la jura del rey en todas las provincias, ocasión de la cual se valió el gobernador de Macas para imponer a sus subordinados un crecido tributo, bajo pretexto de que todos debían contribuir con un donativo para la celebración de las fiestas reales y corridas de toros. Grandemente irritada por tal exacción la aguerrida tribu de los Jíbaros, puesta de acuerdo con otras de la misma gobernación, resolvió en un día dado caer sobre las poblaciones de los blancos, y arrasarlas por completo. Efectivamente así lo ejecutaron con Logroño de los Caballeros; asaltáronla a media noche, hiciéronse de la persona del Gobernador, y le dieron cruelísima muerte, obligándole a beber derretido el oro que habían reunido para pagar el tributo o donativo de las fiestas reales; en seguida asesinaron a cuantos encontraron en la ciudad, sin dejar a un solo español con vida, reservándose eso sí a las mujeres jóvenes, para "condenarlas a la deshonra y a morar con los salvajes" (1).

Sevilla del Oro habría tenido igual suerte que Logroño, si no hubiese sido preservada de tamaña desgracia por una protección visible de la Virgen Santísima; pues, advertidos a tiempo por algunos indios, tomaron los habitantes de la ciudad las armas, resistieron vale-

(1) **Resumen de la Historia del Ecuador**, por Pedro Fermín Cevallos.— Tomo II, Cap. 3º, §. III.

rosamente a los rebeldes, y aunque de una y otra parte murieron muchos en la refriega, pero al fin los blancos quedaron victoriosos, y los Jíbaros se declararon en derrota. Sin embargo, fue tal el pánico que estos acontecimientos funestos causaron en los sevillanos, que resolvieron abandonar por completo a su ciudad naciente, y trasladarse a Macas, como lo ejecutaron; por lo cual esta última población, que subsiste hasta el presente, se llama en los documentos de aquel tiempo, a veces Macas (como hoy), y, a veces, Sevilla del Oro.

La destrucción de esta ciudad y de la de Logroño sucedió en 1599, siete años después de la manifestación portentosa de la Santísima Virgen, en la ermita del hermano Juan de la Cruz. Viendo éste el peligro inminente en que estaba de desaparecer en breve la Imagen maravillosa, si continuaba en medio de aquellas inhospitalarias selvas, emprendió nuevamente viaje a Quito, para alcanzar del Obispo que se trasladase la devota efigie a lugar más poblado y seguro. Esto fue ocasión de que se pensase en la fundación de un convento de religiosas, en la antigua ciudad de Riobamba, conocida entonces con el nombre de Villa del Villar Don Pardo (1); religiosas que habían de encargarse de la conservación y culto de la Imagen portentosa, por cuyo motivo el nuevo monasterio había de establecerse bajo la advocación y el patronato de la Inmaculada y Limpia Concepción.

Tan activa y eficazmente trabajó el hermano Juan de la Cruz con la Curia eclesiástica y la Real Audiencia de Quito, no menos que con las autoridades de Riobamba, que obtuvo se verificase todo a medida de sus fervientes deseos. "El Ilmo. Sr. Solís dio la licencia canó-

---

(1) La vieja Riobamba fue fundada de 1588 a 1589, con el título de villa, en un sitio llamado **Riobamba**, denominación que ha prevalecido sobre la que le dieron los españoles. "Como la fundación se hizo en tiempo de Don Fernando de Torres y Portugal, Virrey del Perú, se le puso el nombre de Villa del Villar Don Pardo, que era el título del condado del Virrey, y con ese nombre fue conocida y designada durante algunos años. Fue su fundador y primer corregidor de su distrito el célebre caballero Don Martín Aranda de Valdivia".— **Historia General del Ecuador**, tomo III, pág. 366.

nica para dicha fundación el 24 de Mayo de 1605, con todas las formalidades de ley acostumbradas entonces; y el 2 de Junio del mismo año, encontrándose el Prelado en Ambato, escribió a la Madre María de los Angeles, religiosa de gran virtud, del convento de la Concepción de Quito, mandándola con precepto formal de obediencia, trasladarse asociada con otras dos religiosas, para la fundación indicada. Veinte días después llegaban las tres religiosas en Riobamba, y con ellas varios sacerdotes y algunos seglares, parientes suyos, que por acompañarlas habían hecho el mismo camino; el Ilmo. Sr. Solís, revestido de pontifical recibió a las monjas fundadoras, en la Iglesia Matriz de la villa, desde donde fueron conducidas en procesión, en medio de innumerable y regocijado concurso de pueblo, a la casa destinada al objeto. Verificóse esta fundación el miércoles 22 de Junio de 1605. Seis días después el Ilmo. Sr. Solís, a petición del mismo hermano Juan de la Cruz, colocó la preciosa Imagen, conocida ya entonces con el título de *Nuestra Señora de Macas,* en el altar de la iglesia del recién fundado convento; levantándose de todo lo relacionado una acta, por ante escribano público" (1).

Apoyada en tan sólidos fundamentos la devoción a Nuestra Señora de Macas tomó incremento y esplendor extraordinarios. Háblanos de ello un documento auténtico, a saber la información recibida, a solicitud del hermano Juan, a diez de las más respetables personas del lugar, acerca de la regularidad y pobreza del convento, con el fin de impetrar del Rey una renta de seis mil pesos anuales a favor de dicho monasterio; declaran en esa información el Vicario de la ciudad, los priores de San Agustín y Santo Domingo, el guardián de San Francisco y otros. Oigamos al segundo de dichos testigos: "En la villa del Villar Don Pardo, en doce de Noviembre de mil seiscientos diez años, Francisco de Escobar, en nombre del convento de la Pura y Limpia Concepción,

(1) Extractos de los libros de fundación del monasterio, hechos por una religiosa.

presentó por testigo al Rvdo. P. Fray Miguel Ramírez de Andrade, Prior del Convento del Señor San Agustín, de esta dicha Villa, y Definidor de esta Provincia, del cual fue recibido juramento, puesta la mano en el pecho *in verbo sacerdotis* y prometió decir verdad... A la 3ª dijo: que no sabe cierto las Monjas que hay en dicho Convento, pero que hay las veintidós profesas y ocho donadas, contenidas en la pregunta; y en el tiempo que ha estado de Prior en dicho Convento de San Agustín, y antes por vista y publicidad, sabe que son muy grandes siervas de Dios Nuestro Señor, y es el Convento de más virtud y santidad que hay en toda esta Provincia, y tiene para sí por muy cierto, que a esta República, Dios, por su intercesión y oraciones, la sustenta; y que respecto de tener por su advocación la Santísima Imagen de la muy Limpia Concepción, tan milagrosa en su aparición y estampa, porque mueve, compunge y atrae a tanta devoción su efigie y variedad de colores; con lo cual, y el ejemplar vivir de dichas Monjas, es una devotísima casa y convento muy frecuentado de todos, así españoles como naturales, con novenarios, y donde se acude más a las devociones, necesidades y casos fortuitos, porque allí parece que Dios Nuestro Señor, milagrosamente, por intercesión de la Sacratísima Imagen, se halla remedio para todo; y esto es notorio en esta Provincia, y particularmente los naturales que toda su devoción y advocación es de la Sacratísima Imagen; y esto responde y certifica, que en negocio propio suyo le ha puesto tanto pavor su rostro, y su devoción ha sido tan efectiva, que en cosas muy imposibles ha hallado remedio muy fácil, y las veces que dice Misa en su altar, que no tiene otro su Convento, y las veces que la descubre, le amilana y pone tan temeroso que teme volver a verla otra vez por su indignidad y poco merecimiento de ver tan grandiosa Imagen" (1).

(1) El texto original de esta información se conserva hasta hoy en el archivo del mencionado monasterio.

V

PROPAGACION DEL CULTO A LA SANTA IMAGEN

La fama de los muchos y continuos portentos obrados por la Inmaculada Virgen, bajo su advocación de Macas; la devoción más viva y ardorosa cada día al misterio de la Inmaculada Concepción, así en España como en todas sus colonias; finalmente, el celo abnegado de las religiosas de la antigua Riobamba, por honrar a su Reina y Señora; estas y otras varias causas contribuyeron poderosamente no sólo a sostener sino a propagar el culto de la maravillosa Imagen en lugares los más apartados de esta República, llamada entonces Reino de Quito.

En Riobamba, la fiesta de Nuestra Señora de Macas se celebraba cada año, el 8 de Diciembre, con pompa y esplendor inusitados en casos semejantes. En 1616 llegó a tan alto grado el entusiasmo de los fieles, en la mencionada fiesta, que la ciudad entera hizo voto de defender, si fuese necesario a precio de la vida, la creencia católica (hoy dogma de fe) tocante a la Concepción Inmaculada de la Virgen. Consérvase hasta hoy, en el monasterio que nos ocupa, el acta de aquel voto o juramento, desgraciadamente truncada e incompleta. He aquí los principales fragmentos "En la noble Villa del Villar Don Pardo, viernes, a ocho días del mes de Diciembre de mil seiscientos diez y seis años, después de haber celebrado la fiesta de la muy Limpia Concepción de la Sacratísima Reina de los Angeles... en el convento de Monjas de esta dicha villa, de la advocación de su Inmaculada Concepción... asistiendo el Clero y Padres de las Religiones, Cabildo y Regimiento, nobles y plebeyos de todos estados, toda la dicha Villa, unánimes... inspirados con celo y fervor a la fe y creencia de la Santa e Inmaculada Concepción... Todos los fieles que estamos y habitamos en esta dicha Villa, que milita debajo del estandarte de esta Sacratísima Virgen, de su grado y voluntad juran, prometen y se obligan, por Dios Todopoderoso y a El mismo y su bendita Madre y Seño-

ra nuestra, desde ahora para siempre jamás, defender en paz y en guerra, en público y en secreto, la Santísima Concepción de aquesta Virgen soberana haber sido sin pecado original; y en esta defensa arriesgarán y expondrán sus personas, haciendas, vida y almas, todas las veces que se ofrecieren; vivirán y permanecerán y morirán en esta opinión, fe y verdad tan cierta y meritoria; y protestan que si, por ilusión del demonio y sus secuaces, les hagan contradicciones, no se apartarán de este propósito, ni en vida ni en muerte; y para más seguridad dan su fe y palabra".

No solamente en la ciudad de Riobamba, sino en todo el territorio oriental, conocido en aquel tiempo con el nombre de Provincia de Macas, continuaba propagándose con gran fervor el culto a la prodigiosa Imagen de este título. He aquí, en prueba de ello, el siguiente, curioso documento, cuyo original se guarda en el propio monasterio de que venimos hablando.

"*Milagros que hizo la Santísima Virgen de Macas, que está en esta ciudad de Sevilla del Oro* (1):— trasunto del original que está en Riobamba, a que se halló presente el Capitán Francisco Ortiz, el año de 1635.

—"Se prendió fuego en la casa de Andrés González, vecino encomendero en ella, por haber metido una india una vela encendida, por apagarla entre las gaichas, que son unas cañas con que cercan las casas, y esto fue en medio de la casa: prendió el fuego con mucha velocidad a las nueve de la noche, por ser toda la casa de madera y paja: acudió todo el pueblo, y no pudiendo apagarlo, pidieron al Cura, que era el Licenciado Gonzalo Delgado, sacase la santa Imagen; y luego que llegó a dar vista al fuego, se amortiguó, cesó su voracidad, se apagó con poca diligencia, y quedó la casa dividida en dos pedazos, sin quemarse más que una braza de toda ella por medio.

(1) Esto es, la población conocida actualmente con el nombre de **Macas.**

—"El año de 1640, siendo Teniente en esta ciudad el Capitán Francisco Ortiz, y Cura el canciller Lucas N., se pegó fuego a la una de la tarde, en las casas del Capitán Navarrete, vecino encomendero, con un viento muy recio que venía de la parte del Noreste, con que de improviso se encendió toda ella, sin dar lugar a sacar nada, y la gran llama que se alzaba con el viento, dio sobre la de Melchor González de Acosta; se encendió toda de golpe, y viendo el dicho Capitán, el imposible de poder remediar el fuego, por el mucho viento, y que iba el fuego a toda prisa caminando sobre las casas del Cabildo, y de allí a todo el pueblo; pidió al dicho Cura sacase la Santa Imagen; al instante que la sacó a la plaza se mudó el viento a la parte contraria, y juntamente cayó un tan grande aguacero que apagó el fuego: lo cual se tuvo por gran milagro de la Virgen Santísima; porque a no suceder así, era imposible que dejase de abrasarse todo el pueblo, por ser todo pajizo y de madera de cañas, que es todo yesca.

—"En 1636, sucedió que, pasando el río grande de esta ciudad, en una canoa, el licenciado D. Cristóbal Zapata con el capitán de Atienza y el N. Franco, y los canoeros; se trastornó la canoa, y todos se arrojaron a nadar, fiados en que sabían; excepto dicho licenciado que, al trastornarse, invocó el nombre de la Madre de Dios de Macas, y con esto se quedó debajo de la canoa por gran espacio de tiempo; y visto por dicho capitán Atienza que no parecía para socorrerle, no viéndole fue a la canoa que iba boca abajo por los raudales que hacía. En la parte donde le parecía que se había puesto al embarcarse metió la mano y lo halló y sacó invocando a la Madre de Dios que le había sustentado allí sin ahogarse; y lo puso al caballero sobre la canoa, y lo fue guiando a un recodo del río donde salieron libres, y se ahogó N. Franco, gran nadador, y un canoero; y se tuvo por todos de gran milagro de la Virgen.

—"El año de 1652, a la fama que hacía milagros y sudaba una imagen que hizo trasuntar de ésta, un indio llamado Juan Aneba, del pueblo de San Miguel de la Ca-

nela, por relación de todos los indios de aquel pueblo; el licenciado Andrés Pérez, Cura y Vicario de esta ciudad, y el General Don Jerónimo Santander, dieron orden de traerla a esta ciudad, donde le celebraron solemne novenario, y en todo él estaba tan resplandeciente como una plata bruñida. Habiéndola sacado de una choza donde el indio, por ser viejo, era todo humo, noche y día. En este festejo gastaban los mozos del pueblo mucha pólvora con sus escopetas en las Misas y Salvas; y Tomás de Aguayo, por aventajarse más que los otros, cargó un mosquete con una libra de pólvora; y además de ello, le atacó encima otra tanta tierra, porque diese más estruendo al alzar la Hostia consagrada. Diole luego de rodillas e fijada la cos en tierra, y con la gran opresión que halló el fuego, reventó por la parte del costado derecho del dicho Tomás, y arrojó un pedazo del mosquete de la cámara de más de una libra, sin tocarle, y las astillas de la caja con la ropa se le metieron por entre las costillas y le abrió un gran boquerón sin lastimarle la tela del redaño; y al tocarle el otro pedazo que saltó, lo atravesara de parte a parte; y todos los circunstantes lo tuvieron a milagro de la Virgen.— Concluyó el novenario, que fue víspera de la Madre santísima Señora Santa Ana: se dispuso una solemne procesión para llevarla a colocar en la iglesia de San Miguel, donde la habían traído, con día claro y sereno; cuando salía la procesión de la Iglesia, ya que iba saliendo la Virgen, cayó tan grande aguacero que ni se pudo continuar y se aguardó más de una hora a ver si escampaba; y visto que iba a más, dijo el capitán Ortiz: Obra es esta de la Virgen que se quiere hallar mañana en la festividad de su Madre Santísima; y entendiendo todos a esta razón, dijo el Corregidor y el Cura: Pues dispóngase celebrar la fiesta con solemnidad; y apenas se propuso cuando aclaró el día. El siguiente día de Santa Ana se celebró con mucho festejo, y acabado, se llevó con buen día, a colocar a la dicha iglesia, donde está obrando grandes misericordias con los naturales de aquel pueblo, donde está con toda veneración en su sagrario".

VI

DESCRIPCION DE LA SANTA IMAGEN Y NOTICIA DE LAS VICISITUDES POR LAS QUE HA ATRAVESADO HASTA EL PRESENTE

Una Imagen tan preciosa, así por lo milagroso de su origen como por las hermosas tradiciones y venerandos recuerdos a ella anexos, desgraciadamente no existe ya, según lo referimos después; por ventaja quedan aún no pocas personas que la vieron con sus propios ojos: el testimonio de ellas y algunos rasgos descriptivos, conservados en los documentos antes citados, servirán para formarnos una idea bastante cabal de lo que fue la afamada efigie de Nuestra Señora de Macas.

En cuanto a su tamaño, nos dicen las informaciones que "estaba pintada en papel de pliego entero"; sería por lo mismo en forma de un rectángulo, de cuarenta centímetros de altura, poco más o menos, y de una latitud proporcionada; para dar más consistencia al papel se le había adherido a una tabla, y tan bien que no era posible separarlo de ella sin romper las dos cosas; todo el cuadro estaba encerrado en una valiosa y artística moldura. La Imagen, después de su renovación portentosa, aparecía cual si fuese una pintura al óleo sobre un fondo obscuro, "con unas perfecciones, matices, colores tan lindos, y rayos de luz tan vivos que no hay lengua que pueda explicarlo". Este devoto simulacro era reproducción de algunas antiquísimas pinturas muy en boga en la Orden franciscana, y también de ciertos grabados intercalados en los más vetustos breviarios seráficos, donde se representa a la Virgen Santísima, en el misterio de su Concepción Inmaculada, con aire juvenil, cual una niña de doce años; con la cabellera suelta sobre los hombros, la mirada inclinada hacia la tierra, las manos devotamente unidas delante del pecho, en la humilde y piadosa actitud de orar, el talle envuelto por los flotantes pliegues de airosa túnica y anchuroso manto. A los dos lados de la Imagen algunos símbolos del misterio, tales como la puerta del cielo, la torre de David,

el pozo de aguas vivas y el huerto cerrado: *Porta coeli, Turris davidica, Puteus aquarum viventium, Hortus conclusus*. De estos símbolos bíblicos hablaba el pequeñuelo de Inés Toscano, cuando con grande admiración decía a su madre, en el momento del prodigio: "Señora, ¿no ve vuestra merced aquellos colores tan nuevos; que parece fuego?". Delante de la Virgen estaba pintado un Niño Jesús, ceñido de fajas, y cual si se mantuviese de pie sobre el seno de su Madre Santísima, para significar que la Inmaculada Concepción era un fruto anticipado de la encarnación del Verbo Divino en aquellas virginales y purísimas entrañas.

Conocida ya la preciosa Imagen, digamos algo acerca de las vicisitudes por las que ha atravesado, desde que fue puesta en el altar del monasterio de religiosas concepcionistas, en la antigua Riobamba, por manos del célebre y piadosísimo obispo Señor Solís.

Luego que este celoso y benemérito Prelado ordenó la traslación de la efigie a la ciudad mencionada "los moradores de Macas, viéndose privados de la Santa Imagen, acudieron al Metropolitano de Lima para que se la mandara devolver, pero en Lima se confirmó lo dispuesto por el Señor Solís, y la estampa fue venerada en Riobamba con la advocación de Nuestra Señora de Macas, y también del Milagro, aludiendo sin duda a su maravillosa renovación" (1). "Cuando a fines del siglo pasado (esto, en el siglo XVIII), se destruyó la antigua Riobamba, se arruinaron también el convento y la Iglesia de la Concepción, pero la Imagen de Nuestra Señora de Macas fue sacada de entre los escombros y llevada a la población, que se formó de nuevo: allí se colocó en la iglesia del convento de las monjas edificado en la nueva ciudad, donde permaneció hasta el año de 1830, en el cual los habitantes del pueblo de Macas reclamaron su Imagen, y la autoridad eclesiástica mandó devolvérsela" (2).

---

(1) **Historia General de la República del Ecuador**, en el tomo y página citados últimamente.

(2) Ib., en la nota de la página 379.

Mientras se conservó la Imagen en el monasterio de la antigua Riobamba, honrósele con grande pompa y esplendidez; los donativos hechos para su culto eran muchos y preciosos; la devota efigie estaba encerrada en un marco macizo de finísima plata, y una lámpara ardía constantemente delante de su altar. "Después del terrible terremoto de 1797, las pocas religiosas que se salvaron de él fueron trasladadas en 1800 a la Riobamba nueva, donde se les había preparado una humilde habitación que se transformó después en el convento actual; y cuando lograron construir una iglesia, en el altar mayor de ella colocaron a la Santa Imagen pero ya no transfigurada, como se la había visto antes. Las religiosas de este segundo monasterio no tributaron a la Virgen de Macas el culto entusiasta y fervoroso de que era objeto en el primero; de manera que se resfrió notablemente la devoción que antes se la había tenido. En 1862, siendo cura de Macas el Dr. Daniel Cepeda, reclamó por la Imagen, que le entregaron sin mayor dificultad, pero sin el marco de plata ni las demás joyas que habían desaparecido en la mencionada catástrofe" (1).

En 1887 la Provincia Dominicana de Quito se hizo cargo nuevamente de su antigua misión de Macas y Canelos, con cuyo motivo la prodigiosa Imagen vino a poder de aquellos religiosos que se esmeraron por honrarla del mejor modo que les fue posible. Desgraciadamente ocho días antes de la gran fiesta de Navidad de 1891, un formidable incendio, cuya causa se ignora hasta el día, destruyó totalmente todos los edificios de la misión de Macas, esto es, el templo y la casa de los misioneros. Cuando estos, que eran dos sacerdotes y un hermano lego, advirtieron el siniestro, volaron a la Iglesia con el intento de salvar lo que pudiesen; pero al entrar en ella vieron, con pena incomparable, que el altar mayor, donde estaba colocada la efigie maravillosa, ardía todo como una sola hoguera, y entonces desapareció

(1) **Apuntaciones acerca de Nuestra Señora de Macas**, comunicadas al autor de esta noticia, por las religiosas de la Concepción de Riobamba, en 1903.

para siempre el cuadro original del hermoso y venerando simulacro de Nuestra Señora de Macas.

Con todo, el Ilustrísimo Señor Dr. D. Arcenio Andrade, dignísimo y celoso Obispo de Riobamba, al aproximarse la gran fiesta jubilar del Ocho de Diciembre de 1904, en honra de la Inmaculada Concepción, ordenó se restaurase en aquella ciudad el culto de la milagrosa Imagen, mediante una copia de ella, que había de colocarse solemnemente en el templo de su título, como se verificó en efecto.

Dígnese la Inmaculada Virgen, desde el nuevo trono de amor que le han levantado en Riobamba, dirigir una mirada de misericordia sobre el vasto territorio oriental de esta República, donde tantas y tan desgraciadas tribus de indios yacen aún sumidas en las densas tinieblas del gentilismo y la barbarie.

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA EN PUNGALA

Riobamba.

Al S. E. de la ciudad de Riobamba, y lindando con las faldas occidentales del Altar, asiéntase el hermoso pueblo de Pungalá, al cual pertenece el pintoresco y antiquísimo santuario de *Nuestra Señora de la Peña,* el más célebre de toda esa extensa Diócesis, así por la grande y continua afluencia de peregrinos que de todos los puntos de ella acuden a venerar a la Reina del Cielo, como por lo agreste y abrupto del sitio en que está colocada la Santa Imagen. La bella y extensísima llanura que circunda a la capital del Chimborazo se halla cortada, cerca de los últimos declives de la cordillera oriental, por el abra vertical y profunda que sirve de cauce al Chambo, río que arrastra tan considerable caudal de aguas que, unido más abajo al Patate, forma desde luego el Pastaza. A uno y otro lado del Chambo, en el punto que nos ôcupa, se levantan las dos importantes y graciosas poblaciones de Licto y Pungalá, frente a frente la una de la otra; con la advertencia de que la primera está a cuatrocientos metros de altura sobre la segunda. A la orilla izquierda del río, o sea lado de Pungalá, como una colmena de abejas adherida a una enhiesta roca, el santuario de Nuestra Señora de la Peña se destaca, rodeado de su enjambre de peregrinos, entre las solitarias asperezas de esos riscos, dominando imponente y majestuoso las plácidas corrientes del Chambo.

¿Cómo tuvo origen esa renombrada Imagen de María, y cuál es la historia de sus gracias y portentos?... No lo sabemos. Lo que atestigua la tradición y está com-

probado por el detenido examen de la pintura, es que proviene ésta de los primeros tiempos de la Colonia. Todas las noticias que hemos podido obtener acerca del santuario de Pungalá se reducen a las pocas líneas que siguen (1).

"La Diócesis de Bolívar se gloría también de poseer un Santuario célebre de María: el de *Nuestra Señora de la Peña*, desde antiguos tiempos frecuentado por peregrinos de toda la Provincia y situado a unos 15 kilómetros al S. E. de la ciudad de Riobamba, en las inmediaciones del pueblo de Pungalá.

"La Imagen venerada es una pintura al óleo de la Santísima Virgen del Rosario, hecha en un peñón suspendido a la altura de unos 150 metros sobre el río que unas dos leguas más abajo toma el nombre de Chambo, afluente del Pastaza; y arreglado, naturalmente, en tal disposición que presenta la forma de un gran sitial asentado sobre una eminencia compuesta por siete colosales piedras, yuxtapuestas unas y sobrepuestas otras, y alguna de las cuales tiene hasta veinte metros de longitud. La piedra que sirve de fondo al rústico sitial presenta hacia el sur un corte vertical perfectamente recto de dimensiones suficientes para contener la figura de la Virgen, puesta de pie y de tamaño natural, y las de Santo Domingo y San Francisco colocadas de rodillas a uno y otro lado de Nuestra Señora. Los dos lados del sitial son dos enormes moles de granito que sustentan una tercera cuya cara inferior plana y notablemente saliente hace veces de dosel: todo el conjunto recuerda el *dolmen* de la arqueología.

"El paraje es de imponente belleza: es un pliegue de la cordillera oriental: el romero que, después de haber ascendido trabajosamente la empinada rampa, llega

---

(1) El autor de ella es el muy inteligente y digno secretario de la Rvdma. Curia episcopal de Riobamba, Canónigo Sr. Dr. Enrique Flores, cuyo escrito ha merecido la aprobación del Ilmo. Sr. Machado, dignísimo y benemérito Obispo de aquella importante Diócesis.

a la estrecha plataforma que sirve como de subsuelo al célebre peñón, tiene sobre su cabeza la inmensa falda de la cordillera, que es al mismo tiempo su contrafuerte; delante de sus ojos la colina erizada de rocas de las cuales cuelga, como nido de águilas, la misteriosa gruta; a sus pies la profunda hoya por la que corre en caudalosa y turbia corriente el río Chambo; a sus lados las dos hermosas campiñas donde se asientan las pintorescas poblaciones de Licto y Pungalá que se miran frente a frente, separadas por la gran cuenca del Chambo.

"Es de sentir que no se conserve documento histórico alguno que compruebe el origen del culto a la Santísima Virgen en aquel lugar: la tradición lo hace remontar a los primeros tiempos de la Colonia. Lo que consta es que allí se han construido sucesivamente por lo menos dos santuarios, entrambos de pobre arquitectura y escasas dimensiones. En Abril de 1905 se hizo la solemne bendición de la piedra conmemorativa de un nuevo edificio de elegante construcción y grandes proporciones, principiado unos meses antes. Los trabajos continuaron con calor hasta el año 1908, gracias a la piedad y auxilios del V. Sr. Cura de Pungalá, D. Luis B. Cepeda".

Ojalá el santuario de *Nuestra Señora de la Peña* tomara más incremento y lustre, y se convirtiera en centro de propaganda de la devoción al santo Rosario, en toda la extensa Diócesis de Riobamba; la Reina del Cielo, que es generosa y agradecida sobremanera, derramaría en todo ese piadoso pueblo las gracias abundantísimas que están prometidas a los que practiquen con el debido fervor y constancia esa preciosa devoción.

NUESTRA SEÑORA DE CICALPA

Después de las dos imágenes de que acabamos de hablar, la que sigue en celebridad, dentro de la diócesis de Riobamba, es la de *Nuestra Señora de Cicalpa,* llamada así por el lugar en que se conserva y es venerada.

Todos los años es trasladada procesionalmente esta preciosa Efigie, desde el pueblo de su título hasta la capital del Chimborazo, en el mes de Octubre, con gran solemnidad y pompa y entre un concurso innumerable de fieles que, mediante esta advocación allí tan popular, de la Madre de Dios, esperan alcanzar de esta Reina bondadosísima el remedio de todas las necesidades públicas y privadas: como lluvias en tiempo de sequía, la conservación de la paz cuando amenazan guerras y trastornos sociales, cesación de epidemias y otras calamidades semejantes; en una palabra, el amparo eficaz y poderoso de María en los incesantes y variadísimos males y necesidades de la vida. En Riobamba la Santa Imagen es llevada, de uno en otro, por los principales templos de la ciudad, en todos los cuales se la honra con suntuosos y muy concurridos novenarios.

Ignórase el origen de este devoto simulacro; probablemente fue esculpido en Quito, a semejanza de Nuestra Señora de Guápulo, bajo la advocación de las Nieves o Guadalupe, para el primitivo pueblo de Cicalpa, situado cerca de la antigua Riobamba. Como todas esas poblaciones fueron reducidas a hacinamientos de escombros por el espantoso terremoto de 1797, han perecido los documentos relativos a la historia, muy interesante sin duda, de esta afamada Imagen, y apenas quedan en

el vulgo piadoso algunas tradiciones o, mejor dicho, leyendas relativas a ella. Según estos fantásticos relatos, la Santísima Virgen se apareció cerca de una fuente a una niña muda, le curó de su accidente y le ordenó fuese a buscar a dos compañeras tan inocentes y candorosas como la agraciada, y cuando las tres jovencitas llegaron al punto de la cita, encontraron, no ya a la Celestial Señora, sino a la Imagen portentosa que depositada en la Iglesia del pueblo vino a llamarse la Virgen de Cicalpa.

Más digna de crédito, por ser más circunstanciada, es la tradición del siguiente portento. A principios del siglo XVIII cuidaba de Cicalpa un cura apellidado Dávalos, cuyo vicario o coadjutor era un sacerdote de santa vida y piadosísimo, llamado Pedro. Este último tuvo una noche un sueño, en el que le pareció que la maravillosa Efigie le llamaba desde la Iglesia, diciéndole: "Pedro: acude acá pronto, que me llevan". Despertóse inmediatamente y muy sobresaltado el buen vicario, fuese al templo y halló efectivamente a unos ladrones sacrílegos en los afanes de robar la Imagen con las valiosas joyas que le adornaban, todo lo cual habían encerrado ya dentro de un cajón; pero el solícito siervo de María impidió se llevase a efecto un atentado tan odioso como impío, pues levantó al pueblo y puso en fuga a los bandidos.

Lo muy cierto es que Nuestra Señora de Cicalpa fue objeto de constante y fervoroso culto para los habitantes de la antigua Riobamba. Construyéronle un hermoso templo, y las fiestas de su dedicación se celebraron con magnificencia extraordinaria. En las calamidades públicas la veneranda efigie era trasladada desde su santuario a la ciudad, en medio de una procesión solemnísima en que tomaban parte las autoridades, el clero, las comunidades religiosas y pueblo innumerable. Endoselábanse las calles de la ciudad, alfombrábase el suelo con muy costosos tapices, y el *Chagrillo* (1) que

(1) Tal es el poético nombre que se da en el Ecuador a lo que se llama **mixtura** por el diccionario de la lengua.

se derramaba en todo el trayecto de la procesión era un compuesto de hojuelas de plata y recortes de tisú y de brocados, con puñados de cintas de varios colores; tales eran las flores que se deshojaban ante las plantas de la Reina de la Gloria, para testificar que todo Riobamba con sus tesoros y riquezas era un vasallo humilde y fiel de tan excelsa soberana. Los niños y niñas de las familias más aristocráticas tenían a mucha honra salir vestidos de ángeles en medio de esta grandiosa solemnidad, "en que se hacía la Santa Imagen un generoso derroche de todo lo más precioso, más rico, y más espléndido de que podían disponer los antiguos riobambeños" (1).

El origen de estas traslaciones fue el siguiente. "Después del terremoto del año de 1745 que (aunque no tanto como el de 1797, pero siempre) causó notables perjuicios y destrozó gran parte de los edificios de la antigua Riobamba, sus pobladores, en medio de su inmenso dolor y amargura, volvieron las angustiadas miradas a la Santísima Virgen, venerada ya en su célebre Imagen de la vecina parroquia de Cicalpa, para alcanzar el remedio de la pesada tribulación que les había visitado. Entonces fue cuando el Cabildo de la antigua Riobamba proclamó a Nuestra Señora de Cicalpa, Patrona de la ciudad y su distrito, e hizo juramento solemne de trasladar, todos los años, la Santa Imagen a la ciudad con la mayor pompa y solemnidad posibles". La capital del Chimborazo cumple hasta hoy religiosamente ese edificante voto, a cuya fiel observancia irán ligadas indudablemente gracias abundantes y riquísimas para toda esa hermosa y muy cristiana provincia.

Para promover más eficazmente la devoción a esta preciosa Efigie se estableció en la antigua Cicalpa una Cofradía, en que se alistaron numerosos fieles de uno y otro sexo, y se impetraron de Roma indulgencias y otras gracias importantes en favor de ella. El Papa Clemente

(1) Apuntaciones que acerca de esta célebre Imagen nos ha proporcionado el actual distinguido párroco de Cicalpa, Sr. Dr. D. Javier Bayas.

XIII accedió benignamente a las preces que se le dirigieron con este objeto, y por Breve de 17 de Marzo de 1772 autorizó la erección de la Cofradía mencionada, bajo la advocación especial de Nuestra Señora de Cicalpa.

El formidable terremoto del 4 de Febrero de 1797 que, en un abrir y cerrar de ojos, sepultó a Riobamba y a todos los pueblos circunvecinos bajo un informe hacinamiento de ruinas, destruyó igualmente la hermosa Iglesia de Cicalpa, que se levantaba sobre un grandioso atrio, en cuyos escalones de piedra se habían esculpido curiosísimos y bellos símbolos religiosos; sin embargo, la preciosa Imagen se preservó de la catástrofe de modo maravilloso, pues desplomado el templo y reducido todo él a escombros, quedó en pie el altar mayor y su retablo, en que estaba colocada la Efigie, sin que se hubiesen desprendido de él ni un candelero ni los vasos de flores ordenadamente dispuestos ante el devoto simulacro. Este inesperado espectáculo reanimó no poco el espíritu profundamente abatido y contristado de los pocos sobrevivientes, y confiados con más fervor que nunca, en la protección soberana de la Virgen Santísima, se acogieron a su poderoso amparo. Cuando, a principios del siglo siguiente, se emprendió la reconstrucción de Riobamba en el sitio que ocupa ahora, los cicalpeños abandonaron también el área antigua de su demolido pueblo, y se trasladaron a habitar entre las ruinas de la vieja Riobamba, donde, aprovechándose de los muchísimos materiales de fábrica amontonados en ella, fundaron a la nueva Cicalpa, que es hoy la porción más poblada, hermosa y próspera de la Villa de la Unión. Actualmente se construye un bello y espacioso templo para santuario de Nuestra Señora de Cicalpa.

NUESTRA SEÑORA DEL GUAICO

La provincia de Bolívar, situada dentro de la diócesis de Riobamba, tiene también un santuario célebre, dedicado a la Virgen Santísima bajo el título de *Nuestra Señora del Guaico,* y que data de los tiempos de la Colonia (1).

Llámanse *guaicos,* así en el Ecuador como en Colombia, esas quiebras anchas y profundas abiertas en el descenso de nuestras cordilleras, por las lluvias torrenciales del invierno. En esas hondonadas por donde se deslizan bulliciosos arroyuelos, ya entre zarzas y matorrales, ya en medio de frondosas arboledas, hay a veces sitios pintorescos y amenísimos. En uno de estos se levanta el santuario que nos ocupa, en los pliegues últimos de las faldas occidentales del Chimborazo, como a tres horas de la ciudad de Guaranda, en los límites postreros de la región de la paja y las gramíneas, y antes de entrar en la más abrigada y montuosa que precede a las playas de la costa. La historia de este pequeñuelo templo se ha conservado no solamente en las tradiciones populares sino también en una antiquísima

(1) Para esta noticia nos hemos servido: 1º de **La Virgen del Guaico,** que es uno de los **Artículos** publicados, en la colección de este título, por el distinguido escritor guarandeño y Coronel de ejército, Dr. Angel Polibio Chaves; y 2º de los datos que, acerca de este mismo asunto, nos ha comunicado el Sr. Dr. D. Félix Granja, antiguo Cura de Chapacoto, parroquia a la cual pertenece este santuario. A semejantes tradiciones no les damos más valor que el de los documentos en que se fundan; pero es de advertir que el mismo santuario es una garantía de su veracidad, pues la autoridad eclesiástica no habría permitido que fuese construido, ni quedase en testimonio de invenciones mentirosas y quiméricas; el santuario equivale, pues, a una información canónica, al menos en cuanto a la sustancia del hecho prodigioso que lo ha motivado.

inscripción trazada en los dinteles de ese edificio, y en algunos documentos del archivo parroquial de Chapacoto. He aquí, en resumen, lo que esa historia nos refiere.

"Con los restos de la valerosa tribu de los (indios) Pacatones, que con las demás de la antigua provincia de Chimbo dieron tanto que hacer a Alvarado, fundaron los españoles a la Magdalena, pueblo de importancia en otro tiempo", del cual se ha formado la parroquia actual de Chapacoto. Predicado el Evangelio en esa comarca, y convertidos sus habitantes a nuestra santa fe, nadie contribuyó más eficazmente al establecimiento de la doctrina de la Magdalena, que Chela, jefe principal de la mencionada tribu; la fe viva y piedad generosa del cacique se hicieron hereditarias en su familia, que contribuyó varias veces con cuantiosas erogaciones para el sostenimiento del verdadero culto en esa parroquia. Descendiente de aquel era María Chela, que regaló a la Iglesia de su pueblo un ostentorio o custodia de gran precio, y un terreno para la fundación de una cofradía, la que, con los rendimientos de esa finca, había de costear todos los jueves del año la celebración de una Misa solemne delante del Santísimo Sacramento expuesto. Dios premió estos piadosos donativos y sacrificios con la gracia encerrada en el suceso siguiente.

A principios del siglo XVIII llamaba la atención de Chapacoto una tierna indiecita, llamada María de la Luz Chela (acaso la misma que más tarde hizo la fundación antes referida), último vástago de los antiguos caciques de ese pueblo, la cual se distinguía así por su rara hermosura, como por la inocencia de costumbres y una extraordinaria piedad. Amábanle extraordinariamente sus progenitores, y se esforzaban solícitos por apartarla de las redes que el mundo podía tender al sencillo candor de la niña, señaladamente por parte de la insolencia y el arrojo de un famoso libertino que por entonces habitaba en la comarca. Habían advertido con sorpresa que Luz se ausentaba en ocasiones de la casa, y no acertaban a dar con el motivo de tan extraña conducta; la madre

que era de carácter impetuoso y duro, en vez de advertir a la hija que jamás saliera del hogar sin su permiso y bien acompañada, callaba recelosa, esperando remediarlo todo con un fuerte y ruidoso castigo, en vez de averiguar primero si era por inexperiencia o por malicia que procedía de esta suerte.

Habiendo pues un día, el 8 de Septiembre de 1708, salido la niña a una de estas excursiones misteriosas, regresó con el rostro encendido, la mirada absorta, y toda fuera de sí, como si algo insólito le hubiese acontecido. La madre que lo advirtió, arrebatada de la ira, desfogó su ciega e insensata pasión maltratando tan cruelmente a la pobrecilla, que la cubrió de heridas y contusiones. La heroica joven, que se dice contaría de trece a catorce años de edad, aunque grandemente abatida y sonrojada, lo sufrió todo en silencio, sin lanzar una queja ni excusarse de los deslices que se le imputaban, esperando tranquila que el Cielo viniera en defensa suya y justificara su inocencia. Así sucedió efectivamente: la tarde de ese mismo día tornó a presentarse Luz delante de sus padres completamente curada de sus contusiones y heridas, y más hermosa y rozagante que nunca. Admirados los caciques de esta maravilla, dieron aviso de ello al Párroco, quien, en uso de su autoridad, obligó a la joven a salir de su reserva y darle cuenta exacta de todo lo ocurrido. Ella entonces, con sencillez infantil, refirió delante de todos que, allá en las soledades del Guaico, vivía una majestuosa y bella Señora, que le amaba y acogía como hija predilecta, y que para gozar del trato y conversación de esta soberana Princesa, que le hablaba solamente de cosas del Cielo y la virtud, había acostumbrado salir algunas veces de casa, por cuyo motivo había sido duramente reprendida esa mañana; pero que la misma bondadosísima Señora se había dignado aparecérsela, y después de haberle consolado, le había dejado sana de todas sus heridas, tocándola amorosamente con sus delicadas manos.

El pueblo en masa acudió a la morada de Chela, a la nueva de estos sucesos prodigiosos; y Cura y feligre-

ses, enardecidos con lo que acababan de oír de labios de la niña, resolvieron ir al punto en busca de la admirable Señora. "Guióles Luz, y a pocas cuadras hallaron una Imagen de la Virgen Santísima, y que a sus pies brotaba un hilo de agua cristalina. Se hizo una ramada y comenzaron a acudir devotos de todas partes; aumentando la admiración el que en la intemperie quemaran las luces sin apagarse; así en el verano con el viento, como en el invierno con las lluvias. El Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Ponce Carrazco (obispo de Quito) visitó a la portentosa Imagen, dejando orden para que se fabricara una capilla; lo que no pudo efectuarse, por estar la Virgen en una peña cortada a pico, a cuyo pie corre un río que en el invierno es caudaloso.

"En 1771 vino de Corregidor al asiento de Guaranda el muy magnífico Sr. D. Fernando Antonio de Echeandía y Soloa, descendiente de los Marqueses de su nombre, naturales de Vizcaya. Para matar el tiempo sabía darse a todo género de placeres, lo que causó una grave enfermedad que puso a S. Señoría a las puertas del sepulcro. Acudieron médicos de Guayaquil a repararle, le vieron cuantos tocaron en su casa, de paso para Quito; pero todo fue inútil, y la enfermedad agravaba.

"Su mujer, Doña Bárbara de Valencia, era muy piadosa, y muchas veces había querido convencer a su marido para que fuera a bañarse en el agua del Guaico; pero no pudo conseguirlo, hasta cuando inutilizado D. Fernando, tuvo que, como último recurso, hacerse cargar en guando (1) y trasladarse a la Magdalena en busca de la salud que le negaba la ciencia.

"Salieron el Cura y los notables del pueblo a recibir al Sr. Corregidor, para conducirle a casa del primero; pero Doña Bárbara se negó tenazmente, e hizo apearan el guando al pie mismo del barranco. El enfermo fue conducido en brazos hasta la gruta, y casi vestido le pu-

(1) Palabra quichua con que se designa una especie de lecho portátil para enfermos o cosa que se quiere trasladar de un punto a otro.

sieron al pie del chorro que caía de los pies de la Virgen. A los pocos instantes era otro D. Fernando; y después de celebrada una devota misa, en que comulgaron todos los asistentes, regresó al cuarto día a Guaranda, bueno y con admiración de todos.

"A poco se le trasladó a la Magdalena, que más tarde vino a llamarse Chapacoto, y mandó edificar la capilla sobre arcos, por debajo de los cuales pasa el río; bendiciéndose solemnemente el día ocho de Septiembre de 1786, con asistencia de un sin número de personas atraídas, así por la curiosidad, como por el convite que hizo el Sr. Corregidor. La inscripción dejada en esa fecha se lee hasta ahora en el interior del santuario.

"Desde entonces la fiesta de la Virgen, que se celebra en la fecha indicada, fue creciendo en fama hasta que con los tiempos vino a ser causa de una de las ferias más concurridas de la República.

"La capilla está situada sobre un río, según indiqué ya, y de lado y lado de ella tiene colinas que la rodean, dejando apenas un plano de trescientas varas cuadradas al lado derecho de la quebrada: éste es el sitio en que construyen *Chinganas* para los comerciantes que la toman con anticipación y pagando crecidas sumas por el arrendamiento.

"Se hacen innumerables barracas en las colinas, que quedan completamente cubiertas de gente, y con el aspecto más pintoresco por la variedad de los vivos colores de los vestidos. Por la noche hay cien mil lucecitas que titilan y se mueven en todas direcciones...

"En la primera visita que en 1866 hizo el Ilmo. Sr. Ordóñez a la hoy provincia de Bolívar, abolió la fiesta del Guaico, prohibiendo hasta que se abriera la Iglesia en el ocho de Septiembre; motivo por el cual decayó por completo el Guaico.

"En 1884 la Gobernación de Guaranda permitió se hiciera la feria el 9 de Septiembre, para que no se viole

la ley que prohíbe el mercado en días de fiesta, y no privar, al mismo tiempo, a la provincia de una de las mejores ocasiones para el expendio de sus productos. Con todo, hoy no es la mitad de lo que fue antes, especialmente porque los *montubios* no salen ya a la romería, y, por tanto, ha escaseado el oro" (1).

El santuario del Guaico está como a un cuarto de hora de la población de la Magdalena; asiéntase sobre un arco de cal y canto, de altura como de seis metros, robustecido por dos estribos o contrafuertes de mampostería apegados a las dos paredes de la *quebrada* (2); de modo que el pequeño templo se asemeja a un puente tendido sobre el Pacatón que, en verano, es un riachuelo imperceptible, y, en invierno, un río de caudalosas corrientes. La primitiva Imagen del portento parece no fue otra cosa que un hermoso dibujo trazado con líneas negras sobre la superficie tersa y amarillenta de una roca granítica; pero luego el pincel de un artista dio colorido a ese boceto, y quedó el cuadro tal como se le ve hasta el día, en la testera del santuario y encerrado en un curioso marco. En esa pintura está representada la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos, y San Joaquín y Santa Ana a sus dos lados; todas las figuras son de reducido tamaño, pero no carecen de gracia y proporción. La capilla tendrá unos diez y seis metros de longitud, y ocho de latitud; es de ladrillo crudo, con cubierta de teja; el retablo y el púlpito son de madera labrada al estilo churrigueresco. El marco en que están encerradas las imágenes tendrá la altura de un metro, con la anchura proporcionada. En este pequeño santuario se celebra el adorable sacrificio de la Misa todos los miércoles y sábados del año.

La grande y famosa fiesta, en honor de Nuestra Señora del Guaico, tiene lugar el 8 de Septiembre; al día siguiente principia la feria, que es una de las más rui-

---

(1) El Dr. Chaves.

(2) Palabra que, en el Ecuador, equivale a la quichua **guaico**; embos vocablos significan **quiebra**.

dosas y concurridas de todo el país, pues acuden a ella, cada año, innumerables personas así de la sierra como de la costa, atraídas no solamente por el estímulo del lucro, sino también por el aliciente de los desórdenes y bacanales a que se entrega esa multitud abigarrada y poco timorata, que se ve allí a sus anchas, por lo retirado del sitio y la falta de habitaciones. "Mientras de día se compra y se vende, de noche se bebe, se canta y se baila", dice el escritor, cuyas apuntaciones citamos. ¡Cosa verdaderamente extraña y deplorable: un centro tan antiguo y célebre de piedad, en honor de la Santísima Virgen, transformado en incentivo de placer y disolución! El Cielo se ha manifestado ya airado por ello: pues, apenas el establecimiento de la feria trajo el desenfreno de costumbres, desaparecieron los portentos en ese profanado sitio. "Desde cuando se hizo la Iglesia, cesaron por completo los milagros, siendo hoy ineficaz el agua del Guaico", dice el autor citado.

El modo de restaurar el santuario sería consagrarlo únicamente a las manifestaciones de piedad y religión, y trasladar la fiesta, con su feria, al pueblo de la Magdalena. Un santuario es un lugar bendito, una especie de Sinaí o de Tabor, donde el Cielo entra en comunicaciones con la Tierra; es una piscina probática donde se curan todas las miserias humanas; es, en fin, un atrio de la bienaventuranza eterna, a donde no deben llegar los ecos licenciosos de la crápula, sino únicamente los cánticos de la piedad y los gemidos de la oración. *Te decet hymnus, Deus, in Sion* (Ps. LXIV. 1).

NUESTRA SEÑORA DEL ROCIO Y EL SANTUARIO DE BIBLIAN

I

En el laberinto hermosísimo e inextricable de montañas, en esa caprichosa y variada mezcla de cerros y valles, desde donde, como sobre una inmensa peana, se levanta el nudo gigantesco del Azuay, destácase un modesto ramal conocido con el nombre de Atar; desprén-dese de él un monte aislado y culminante en cuyas faldas onduladas y rientes se asienta el pintoresco pueblo de Biblián. Hállase éste situado a una hora escasa de la ciudad de Azogues, a tres de la villa de Cañar, y a una jornada de Cuenca. Por el corazón del pueblo atraviesa uno de los caminos más frecuentados de la República, el que pone a las dos expresadas ciudades en comunicación con las provincias del Norte; por lo cual en esta vía, como en una grande arteria, vienen a confluir otras sendas secundarias, como las que conducen a las importantes parroquias de Déleg y el Tambo. Biblián es una población laboriosa, de aspecto alegre y animado, de abundantes recursos para la vida, y notable, sobre todo, por la fe y piedad ardorosas de sus habitantes. Este es el lugar que ha elegido la Santísima Virgen para hacer de él un trono de sus grandezas y misericordias.

Desde hace ya más de veinte años, Biblián es el término de frecuentes, numerosas y edificantes romerías. ¿Qué buscan allí esos grupos de viajeros que acuden no sólo de Azogues, Cañar, y otros pueblos circunvecinos, sino hasta de comarcas muy distantes de dentro, y tal vez hasta de fuera de la República?

Al partir de la plaza del pueblo y encaminarse hacia el oriente, principia a ascenderse por una cuesta suave y caprichosa que luego se empina más y más, hasta chocar con una pared de rocas graníticas cubiertas con ramilletes de floridas yerbecillas y verdes festones de parásitas silvestres. Aquellas rocas abruptas y solitarias a donde no se atreven a subir los rebaños, ni aun las cabras trepadoras, aquellas cimas dispuestas al parecer, no para morada del hombre, sino para abrigar el nido y los polluelos del cóndor, ese paraje tan áspero y agreste contienen un santuario encantador y tranquilo de la Santísima Virgen. Terminada la cuesta, y en la base misma de aquella enhiesta muralla de peñascos, serpentea un bien construido escalón de sillares que conduce a una plataforma circundada de balaustres, en el fondo de la cual se destaca un pequeño templete de madera, dentro del que, como incrustada en las peñas, se venera una Imagen de la Inmaculada Virgen, con el niño Jesús en los brazos. He aquí el privilegiado sitio a donde concurren las frecuentes romerías de que antes hemos hablado. ¿Qué prodigio famoso se ha realizado en medio de esas rocas? ¿Acaso una de esas portentosas apariciones con que la Madre de Dios suele favorecer a los hijos de su predilección? No ciertamente: la historia del ya célebre santuario es más humilde que todo esto, y, sin embargo, en su misma graciosa simplicidad resplandece clara y visible la diestra del Señor.

Pero antes de hacer conocer a los lectores esta tierna e interesante historia, fijemos nuestras miradas en el paisaje andino que nos circunda, con sus variados tonos de luz, y esa riqueza de tintas y de cuadros, con que nos encanta el espectáculo grandioso de nuestra cordillera.

Desde el andén de madera, cerrado por una barandilla, que hace las veces de atrio del pequeño santuario, se contempla un vasto y delicioso panorama. En contorno del espectador divísanse los maizales y otras sementeras que tapizan como pintada alfombra los flancos del monte, que desciende en pendiente rápida has-

ta la plaza del pueblo; el caserío de éste resalta entre aquel océano de verdura, como mata de floridas amapolas en medio de un trigal. Mas allá, en el fondo del valle, aparece, a modo de cintas destrenzadas de plata, el caprichoso y cristalino río de Burgay, que arrastra perezosamente sus aguas junto a las amenas quintas que tanto hermosean los alrededores de Biblián; pues aquí y allá, en todas partes, asoman las casitas de campo cercadas con sus huertos de olivos, naranjos, capulíes y duraznos. En el lado opuesto del río, frente por frente de la gruta, levántase el páramo de *el Verde*, sitio histórico y memorable por haber sido dos veces teatro de combate, en tiempo de las guerras de Independencia; en las faldas se ven, como a este lado, innumerables y retazadas heredades, cada cual con su modesta vivienda, su terreno de cultivo, y algunos grupos de árboles frutales, y en la mitad del declive, el anejo de *San Pedro*, situado en una estrecha planicie, con una grande y esbelta cruz de piedra, que hace como de centinela de ese templo. Allá, al occidente, en el límite extremo del paisaje, descuellan las azuladas cimas donde nace el Burgay, las que formando una curva van a perderse tras de las alturas más próximas del *Salto*. A la izquierda tenemos una estrecha garganta de rocas, perpendicularmente cortadas como a pico, por donde se han abierto curso las aguas de Biblián. Este es el cuadro en el cual se destacan las antes ya descritas alturas del Atar, y en una de ellas aparece colgante de un peñasco, cual nido de palomas adherido a los muros de antigua fortaleza, el bellísimo santuario de *Nuestra Señora del Rocío*.

II

Un piadoso sacerdote, elegido párroco de Biblián, quiso poner a su amada grey bajo el patrocinio de María. Era el año de 1893 (1). El hambre, cuyos funestos estragos han desolado más de una vez a nuestras poblaciones, comenzaba a reaparecer por aquel tiempo con todos sus horrores. Una idea feliz surgió, con tal moti-

(1) Extractamos estas noticias del opúsculo impreso en Cuenca el año de 1895, con el título de **Novena de Nuestra Señora del Rocío.**

vo, en la mente del celoso Cura, y fue acudir a la Reina de los Cielos, demandándole protección y amparo. Buscóse para ello un sitio hermoso que dominara por su elevación al caserío del pueblo, y a no mucha distancia de éste. Tal, en una palabra, que fuese a propósito para fijar allí una Imagen de la Santísima Virgen, a cuyas plantas pudiesen acudir las personas piadosas a implorar el remedio de la inminente y temida calamidad. Hízose así, y el deseo de alcanzar lluvias para aquellos agostados campos, movió a dar a la Santa Imagen el expresivo título de *Nuestra Señora del Rocío*. Colocada la estatua entre aquellas breñas, al instante se despertó la piedad en toda la comarca; la cual, secundada por los esfuerzos y exhortaciones del diligente párroco, en poco tiempo fue el teatro de multiplicados prodigios de actividad, entusiasmo y desinterés. Abrióse un cómodo y anchuroso camino desde la plaza del pueblo hasta la recién excavada gruta, levantóse sobre ella un vistoso edificio provisional, y todo quedó concluido en brevísimo tiempo. La provincia de Cañar hallóse dotada, como por encanto, de un lugar de peregrinación tan buscado y concurrido como los de Baños o el Cisne. ¡Obras propias de la Madre de dulzura y misericordia!

Apenas colocada la imagen de la Santísima Virgen entre las ásperas y solitarias breñas del Atar, un atractivo poderoso e irresistible principió a sentirse en Biblián, Azogues y demás poblaciones próximas; luego en otras más distantes como Cuenca, y por último en provincias más lejanas todavía. Desde el sencillo y humilde campesino hasta el altivo letrado, todos experimentaban un algo como llamamiento interior que les impelía a visitar el nuevo santuario; cada cual se acercaba al trono recientemente erigido a la Madre de misericordias, llevando en el alma la valiosa ofrenda de fe pura y devoción ardiente, e implorando en cambio el remedio de alguna oculta necesidad. Fue entonces cosa de verse cómo en aquellas incultas y estériles rocas se agolpaba la gente en oleadas, cual si hubiera brotado repentinamente allí una misteriosa piscina dotada de la virtud portentosa de curar los males y sanar las enfermedades todas.

Y cierto que era una piscina no terrestre sino celestial, no de aguas materiales y turbias de este suelo, sino de las purísimas, invisibles y divinas de la gracia, la que ofrecía allí sus límpidos raudales a los que se acercaban a venerar en ese agreste recinto la Santa Imagen de María.

La fama pública no estuvo ociosa largo tiempo, pues divulgó muy luego la noticia de insignes curaciones, hallazgos de cosas que se juzgaban irreparablemente perdidas, y otros favores semejantes. Sin atrevernos a calificar de milagroso ninguno de ellos, ni detenernos en relatarlos, puesto que ignoramos se haya recibido información de autoridad competente, como sería de desearse, acerca de tales sucesos, haremos solamente notar que es un hecho que no puede menos de llamar la atención y que comprueba la realidad de los favores que se dicen recibidos, el concierto de los pueblos en acudir con tanto entusiasmo y constancia a esa pobre gruta que no tiene otro adorno que una pequeña imagen de María; así como el sinnúmero de exvotos que cuelgan de las paredes de aquella diminuta capilla.

A falta de toda otra información invocaremos el testimonio unánime de la ciudad de Cuenca, que viéndose en Agosto del año de 1896 amenazada por una invasión formidable de las tropas dictatoriales, y no teniendo para defenderse, en aquella espantosa guerra civil, más que un puñado de valientes, acudió a la mediación poderosa de Nuestra Señora del Rocío, y la Virgen prudentísima escuchó solícita los clamores de la atribulada ciudad, y si bien le negó la victoria en los campos de batalla, porque así estaba decretado en los planes del soberano Señor y Dueño de la suerte de los pueblos, pero en cambio le otorgó que se atenuara la persecución religiosa, y le concedió la paz política de que tanto necesitaba esa angustiada Provincia.

Ahora bien, en presencia de estos repetidos como innegables portentos, nos preguntamos: ¿cómo explicar el origen del santuario de Biblián? ¿Bastará acaso colo-

car una imagen de la Virgen Inmaculada en un lugar cualquiera, para que luego ese sitio se convierta en un célebre santuario? Los secretos del Cielo no son ciertamente para que nuestra débil capacidad se atreva a escudriñarlos. ¿Podrá nadie señalar con exactitud las razones por qué Lourdes, Monserrat y Loreto han sido elegidos por la Madre Santísima de Dios para trono de su gloria y teatro privilegiado de sus gracias? Sin embargo, en cuanto alcanza nuestra limitada comprensión, no faltan motivos de conveniencia que explican la predilección amorosa que en tales casos manifiesta la augusta Reina por un sitio más bien que por otro; motivos que casi siempre se reducen ya a dar testimonio de su ternura maternal hacia un pueblo que le es especialmente devoto, ya a satisfacer la necesidad que otro tiene de su protección y amparo poderosos. Si vemos que un manantial se desata en altos y copiosos surtidores, deducimos al punto que el origen de esa fuente viene de muy arriba, y de abundantes y multiplicados raudales. De modo semejante, los favores sin tasa obtenidos en Biblián de la munificencia divina, nos están diciendo que esa fuente trae su origen de más arriba de lo que alcanzan nuestras miradas, del canal repartidor de todas las gracias, esto es, del Corazón Santísimo de María. Veamos ahora los profundos y solidísimos cimientos en que se asienta este, al parecer improvisado, Santuario.

III

Era el año de 1886. El párroco de la ciudad de Azogues afligíase al considerar que con todos sus esfuerzos no había conseguido santificar a los jóvenes de su pueblo. Ocurriósele entonces a la mente la hermosísima historia de la *Archicofradía del Corazón Santísimo de María* establecida en París, en la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, por el célebre y piadoso cura Desgenettes. El Corazón bondadosísimo que alcanzó gracias tan eficaces de santificación para aquel cuartel incrédulo y corrompido de la gran capital de Francia, no sería bastante rico en misericordia para obtener otras igualmente poderosas en favor de la juventud de Azo-

gues... Resolvió, pues, que si la Divina Madre escuchaba sus súplicas, fundaría la asociación aquella en la Iglesia de su parroquia. ¿Cosa admirable? El sábado siguiente, reuniéronse espontáneamente los jóvenes azogueños los más descuidados en sus creencias y costumbres, y resolvieron hacer celebrar todos los sábados del año una Misa en honor del Corazón Santísimo de María, y concurrir fielmente todos a aquella función religiosa. Este fue el principio de un movimiento inusitado de piedad en todo el pueblo. En consecuencia, la Archicofradía de París fue establecida en Azogues (1), y vino a ser un tesoro de inagotables bendiciones para toda la ciudad y sus contornos.

El impulso potente y generoso dado por los jóvenes continuó adelante. Consagráronse solemnemente al Corazón amantísimo de la Inmaculada Virgen los padres y madres de familia, los niños y niñas del pueblo, y finalmente el Clero y todas las Autoridades principales del Cantón y la Provincia. Celebráronse fiestas espléndidas no tanto por la magnificencia exterior del culto, cuanto por lo numeroso de las comuniones y lo sincero y espontáneo de una piedad popular; no se había visto nunca en Azogues un movimiento tan general y ferviente, no sólo en los individuos sino hasta en las clases sociales, para honrar a la Santísima Virgen (2).

No se detuvo aquí el entusiasmo, pasó más adelante. El Clero, las Autoridades y el Pueblo resolvieron elegir Patronos especiales de la Ciudad y Cantón de Azogues al Corazón Santísimo de Jesús y al Purísimo de María. Al efecto, el Concejo Municipal de Azogues expidió el siguiente Acuerdo.

---

(1) La Archicofradía del Corazón Santísimo de María se halla establecida canónicamente en Azogues, y agregada en forma a la primaria de París; siendo este el primer pueblo del Ecuador donde se ha fundado en regla la celebérrima Asociación del venerable abate Desgenettes.

(2) Puede verse la relación de fiestas estas en el Nº XXX de "La República del Sagrado Corazón".

"EL CONCEJO MUNICIPAL DE AZOGUES

Considerando:

1º Que todas las naciones y pueblos han sido creados para gloria de Nuestro Señor Jesucristo, a cuyo Corazón Sacratísimo está ya dedicada la República del Ecuador; y

2º Que después del Sacratísimo Corazón de Jesús el Inmaculado y Purísimo de María es el más poderoso y seguro amparo así de los individuos como de las sociedades;

Acuerda:

1º Consagrar de un modo especial la nueva Ciudad de Azogues, y todo el Cantón de este nombre al Santísimo Corazón de Jesús y al Purísimo e Inmaculado de María;

2º En consecuencia, elige por Patronos principales de la nueva Ciudad y Provincia a estos dulcísimos Corazones.

3º En testimonio de esta Consagración, el Municipio construirá, a su costa, en el centro de la ciudad, una capilla pública, en cuyo frontispicio se pondrá una inscripción que acredite esta consagración perpetuamente, y a su lado se colocarán dos estatuas de estos Sacratísimos Corazones.

4º Todos los años, en las fiestas de los Corazones Sacratísimos de Jesús y María, el Municipio asistirá a ellas en corporación; y

5º Por último, para que el presente acuerdo surta todos sus efectos, este Municipio se dirigirá al M. I. de Cañar, y a las Autoridades eclesiásticas y civiles correspondientes, para los arreglos del caso que fuesen necesarios.

Comuníquese a la Jefatura política para su ejecución y cumplimiento.

Dado en la sala de sesiones del I. Concejo Municipal de Azogues, a 24 de Enero 1887".

Para mayor solemnidad se puso este Acuerdo en conocimiento del Supremo Gobierno, que contestó con la siguiente nota:

"República del Ecuador.—

Ministerio de Estado en el Despacho de lo Interior.—

Quito, Febrero 5 de 1887.
Señor Gobernador de la Provincia de Cañar.—

Muy satisfactorio ha sido para S. E. el Sr. Presidente de la República saber, por el oficio de V. S. Nº 10 de 29 del mes último, y el documento adjunto, que la I. Municipalidad de Azogues, por acuerdo del 27 del mes expresado, ha resuelto consagrar el Cantón al Santísimo Corazón de Jesús y al Purísimo e Inmaculado Corazón de María. Honra a esa Corporación esta solemne protesta de su fe y piedad, con que interpretando las de los vecinos de ese Cantón, rinde un público testimonio oficial concordante con el espíritu católico de los Legisladores de 1873.— Dios guarde a V. S.— Por enfermedad del Sr. Ministro de lo Interior, el de Hacienda, **Vicente Lucio Salazar** (1).

Finalmente el Clero, el Gobernador de la Provincia, el Concejo Municipal del Cantón y el Pueblo dirigieron una solicitud al Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, para que recabase de la Santa Sede la gracia tan anhelada de tener por Patronos de la ciudad y Cantón de Azogues a los Corazones Santísimos de Jesús y María. No se hizo esperar la contestación. Pocos meses después la Sagrada congregación de Ritos expidió el siguiente Rescripto, bajo el número 208:— "Cuenca en las Indias.— Como por la insigne piedad con que honran al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Purísimo Corazón de María, el Clero Concejales y Pueblo de la Ciudad de Azogues y de su Cantón en el obispado de Cuenca, en las Indias, quieren celebrar todos los años sus fiestas con pompa solemne como de Patronos; pidieron a Nuestro Santísimo Señor el Papa León XIII, en una súplica común, apoyada por la recomendación del Reverendísimo Obispo de Cuenca, que se dignase elevar a rito de primera clase dichas fiestas. Su Santidad, pues, oída la relación del infrascrito Secretario de la Congregación de Sagrados

(1) Los documentos relativos a este asunto pueden verse colectados en el Nº antes citado de "La República del Sagrado Corazón".

Ritos, ensalzando con grandes alabanzas la insigne piedad de los Postuladores, se ha dignado benignamente elevar a rito doble de primera clase con octava en la sobredicha ciudad y territorio de Azogues, observándose empero las rúbricas, las fiestas del Sacratísimo Corazón de Jesús y del Purísimo Corazón de María, como de sus Patronos, sin que obste nada en contrario.— Día 31 de Agosto de 1887.— Por el Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Domingo Bartolini.— A. Cardenal Loresta.— (Hay un sello).— Lorenzo Salvati, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos" (1).

El Corazón Inmaculado de María quedó, pues, nombrado canónicamente Patrono especial de la Ciudad de Azogues y su cantón; ya que respecto del Corazón Santísimo de Jesús no había que hacer innovación alguna, puesto que desde 1873 era Patrono principal de toda la República. En virtud de la insigne concesión pontificia, la fiesta del Purísimo Corazón de María principió a celebrarse en Azogues y todo el Cantón del mismo nombre, con rito doble de primera clase y con octava.

Ya no restaba otra cosa sino que la augusta Reina de los Cielos manifestase de alguna manera que había aceptado la consagración de Azogues a su Corazón In-

---

(1) El texto original del Rescripto dice así: —"Conchen Indiis. Quum ob summum pietatis studium, quo Clerus, Municipes ac Populus civitatis, vulgo **Azogues**, ejusque territorii, **Cantón** nuncupati, intra fines Dioeceseos Conchen, in Indiis, Sacratissimum Cor Jesu ac Purissimum Mariae Cor prosequuntur, horum festa solemni pompa, ceu Patronalia, quotannis velint recolere: Sanctissimum Dominum Nostrum Leonem Papam XIII, communibus datis precibus, Reverendissimi Episcopi Conchen commendationis oficio suffultis, humillime exorarunt, ut eadem Festa potissimo ritu cohonestare dignaretur Sanctitas porro Sua, ad relationem infrascripti Sacrorum Rituum Congregationis Secretarii, insignem Postulantium pietatem egregiis laudibus prosequuta, festum Sacri Cordis Jesu atque Purissimi Cordis Mariae ad ritum Duplicis primae classis cum octava, tamquam Festa Patronaiia pro memorata civitate ac territorio de Azogues, benigne elevare dignata est, servatis Rubricis. Contrariis non obstantibus quibuscumque. Die 31 Augusti 1887. Pro Emmo. et Reverendissimo Domino Cardinali Dominico Bartolinio S. R. C. Praefecto. —A. Card. Loresta (Hay un sello)— Laurentius Salvati, S. R. C., Secretarius".

maculado. Esta manifestación preciosa tampoco se hizo esperar mucho tiempo: el Santuario de Biblián vino a comprobar que la Santísima Virgen se había constituido verdaderamente Madre, Reina y Protectora de Azogues y toda su comarca. Todo el pueblo, desde entonces, buscaba instintivamente un altar y un templo donde tributar un culto especial al Corazón Santísimo de María; hasta se habían señalado algunos lugares amenos y pintorescos como bien proporcionados para el objeto; quién pensaba erigir una suntuosa Iglesia, quién solamente una capilla humilde. El Municipio de Azogues resolvió construir a su costa una Iglesia hermosa; al intento se escogió el área, pero al hacerse las excavaciones para los cimientos se notó que el paraje no era adecuado, por no ofrecer la consistencia necesaria para obra semejante. Era que María había ya elegido por sí misma el sitio más a propósito para su deseado templo, y ese sitio era Biblián.

IV

La Imagen de Nuestra Señora del Rocío es de pequeñas proporciones, no tendrá más de veinticinco centímetros de altura; representa al Corazón Santísimo de María teniendo en brazos al Niño Jesús, que muestra igualmente su Corazón Divino, como invitando a que se apoderen de él, a los piadosos romeros que visitan el santuario. La estatua es de yeso, modelado a semejanza del famoso cuadro alemán de Deger; el artista italiano o francés que trabajó el estuco ha variado algunos detalles accesorios, en el ropaje solamente. La Imagen es hermosa e infunde piedad y devoción; muéstrase cercada de rayos de plata dorados, descansa en una nube fabricada del mismo metal, y está guarnecida del polvo y la intemperie por una campana de cristal terso y limpio. Arden continuamente cerca de ella numerosos cirios y antorchas, y casi nunca deja de estar visitada por personas de todo estado, clase y condición, que, en grupos compactos y con el rosario en la mano, rezan o cantan las alabanzas de la Reina de los Cielos.

El santuario de Biblián es uno de los más pintorescos de la República, por la amenidad del sitio en que está colocado, y lo atrevido y original de su construcción. Esta es toda de cal y piedra, en los dos principales tramos del gigantesco edificio que, arrimado a unas rocas abruptas y cortadas a pico, semeja algo así como un castillo feudal de la Edad Media, con sus dos órdenes de galerías sobrepuestas, cuyos simétricos y bien rasgados ventanajes se abren hacia Biblián, dando vista a la estrecha y tortuosa vega bañada por el río Burgay. Esta obra maciza y monumental está coronada por un templete de madera, en forma de rotonda, uno de cuyos lados es formado por la roca inculta y primitiva, entre cuyas ásperas sinuosidades cubiertas de musgo se destaca el sencillo y elegante retablo coronado por la preciosa Imagen que acabamos de describir. Asciéndese al santuario por una escalinata de piedra que serpentea graciosa y caprichosamente entre los riscos, y se compone de sesenta y dos peldaños, en memoria de los años que, según se cree, vivió la Santísima Virgen en este mundo.

La escalera aquella desemboca en una plataforma cercada por una barandilla de hierro; este corredor o andén, cuyo piso es de cimiento romano, circunda al santuario por sus tres lados, a manera de atrio, y desde él se contempla el vasto y poético paisaje que hemos descrito arriba. La capilla, aunque algo estrecha para su objeto, es obra verdaderamente artística y costosa, dispuesta con inspiración y buen gusto, de manera que cuantos penetran en ella se sienten recogidos y devotos.

Al descender de los páramos de Cañar, en dirección hacia Cuenca, algunas leguas antes de Biblián, se divisa ya a la distancia la blanca mole de su santuario, destacándose sobre el fondo azulado de la montaña que le sostiene a modo de un ventisquero, o grande pella de nieve, recogido en el invierno en las altas cimas de los Andes. ¡Qué grato y consolador es entonces para el viajero saludar a la Reina del Cielo con el hermoso título

de la Virgen del Rocío, y pedir su maternal amparo y protección en los arduos senderos de la vida!

¡Plegue al Cielo que no sólo en Biblián sino en muchos lugares de la República se construyan Iglesias semejantes, se acreciente la piedad, se multipliquen los centros de edificantes romerías, y sea cada día más conocida y amada la Madre Santísima de Dios! ¿Y no son éstos precisamente los deseos manifestados por nuestro Santísimo Padre León XIII, en una de sus más hermosas encíclicas acerca del Rosario? Quiere el sabio Pontífice que se multipliquen más y más en el orbe católico los santuarios de María, y reflorezcan las peregrinaciones y otras costumbres santas de los tiempos heroicos de la Fe, para por medio de la oración pública y solemne alcanzar las misericordias del Señor, derretir el hielo del indiferentismo impío, materialista y destructor. Estos son los medios más eficaces y seguros de precaver a los pueblos de todos los males sociales, y hacerlos adelantar en la senda del verdadero progreso cristiano.

En cuanto al santuario de Biblián, esperamos que su resplandor no será pasajero, como el de un meteoro, sino permanente y fijo, como el de una estrella; pues nos atrevemos a creer que su origen viene de arriba, y que las maravillas realizadas allí son la respuesta dada por el Cielo a la humilde Provincia de Cañar, cuando ésta por un acto espléndido de piedad y de fe se consagró solemnemente al amor y servicio de la Reina soberana de todos los pueblos. El raudal de gracia abierto repentinamente en ese rincón, olvidado hasta entonces, de nuestras cordilleras, no viene de la tierra sino del empíreo; desciende por las alturas del Vaticano, del canal bendito que atesora y reparte entre los hombres las gracias todas de la Redención preciosa, desciende del Corazón Inmaculado y Santísimo de María.

NUESTRA SEÑORA DEL EXTASIS
O LA VIRGEN DE LOS HERVIDEROS, DE BAÑOS.

Cuenca

I.—La *Virgen dormida, la Virgen del Extasis y Nuestra Señora de los Hervideros,* son los tres títulos con que es conocida en Cuenca una hermosa imagen de la Madre de Dios, prodigiosamente encontrada en una parroquia rural de la misma diócesis, hace medio siglo.

La ciudad mencionada del Ecuador ha tenido, al par de otras importantes de la República, sus santuarios dedicados a la Reina del Cielo, tales son: 1º el de Baños, donde hasta hoy se venera una antigua Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, copia de la de Guápulo, según es tradición; 2º la capilla construida a orillas del Matadero, con el título de la *Virgen del Río,* donde hasta hace poco se daba culto a una efigie de la Inmaculada Concepción, pintada al óleo sobre lienzo, la cual, a fines del siglo XVIII o principios del XIX, fue colocada en el mencionado sitio para contener las frecuentes inundaciones de aquel río sobre el extenso y poblado valle del Egido. Desgraciadamente esa histórica y vetusta capilla ha desaparecido ya. Igual suerte le ha tocado a la mucho más reciente de *Nuestra Señora de Cullca,* y que principiaba apenas a levantarse en la colina de este nombre, al noroeste de la ciudad. Este otro lienzo que representa a Nuestra Señora del Rosario, de tamaño natural, con el Niño Jesús en los brazos, y santo Domingo y san Francisco a los pies, hallábase en el descanso de una escalera de una casa de campo, perteneciente a una familia piadosa. Cierta ocasión, el mayordomo de la quinta fue apresado violentamente y encerrado en un cuartel; entonces la atribulada familia del

mísero recluta acudió confiadamente a la protección de María, en aquella su hermosa Imagen, y al punto el pobre cautivo recobró su libertad de modo extraordinario. Con este y otros varios portentos, Nuestra Señora de Cullca se hizo famosísima no solamente en la vecina ciudad, sino hasta en provincias lejanas de la República; por desgracia ese santuario, que parecía destinado a ser un centro de numerosas e importantes romerías, ha dejado ya de existir, por la incuria de quienes debían ser los más interesados en conservarlo.

II.— Mucho más célebre aún que las tres anteriores imágenes, es la de Nuestra Señora del Extasis, cuya breve historia vamos a hacer.

Baños es una población muy conocida en toda la provincia, aparte de los motivos religiosos que le asisten, por las fuentes termales que brotan en su suelo, y son continuamente visitadas por los curiosos, en gracia de los variados y singulares hacinamientos calcáreos a que han dado lugar. El sabio geólogo de la República, Dr. Teodoro Wolf, en su *Relación de un viaje geognóstico por la provincia del Azuay* (pág. 63), describe así los depósitos de *tobas calizas* formados por esas fuentes: "En Baños salen las *fuentes termales* sobre unas cinco o seis grietas de la tierra, cuya dirección está indicada por las colinas de caliza que se han formado sobre ellas. Estas grietas no corren paralelas, y se cruzan en distintos ángulos; las principales ocupan un extremo plano al Este del pueblo. El agua de las fuentes, que tendrá la temperatura de unos 60º C., está muy cargada de bicarbonato de cal y desprende mucho ácido carbónico libre con un poco de gas hidrosulfúrico. Luego que sale al aire libre deposita el carbonato de cal en forma de incrustaciones y de toba alrededor de la boca de la fuente y a lo largo de su curso, y así nace una colina de piedra caliza por la sobreposición sucesiva de muchísimas capas concéntricas. que se distinguen muchas veces por diferentes colores, alternando capas blancas, amarillas, rojas, &a, las últimas debidas al óxido de hierro que se deposita junto con la cal. Como el conducto y las bo-

cas de la fuente se obstruyen poco a poco por la misma cal, estas cambian frecuentemente de lugar, prorrumpiendo sobre la misma grieta terrestre en los lugares de menor resistencia. Actualmente existen cuatro o cinco fuentes caudalosas en Baños, siendo los manantiales pequeños, innumerables; las colinas de toba caliza que han formado tienen de 4 a 8 metros de altura y hasta 200 de largo, siendo su ancho en la base de unos 10, y en la cima solamente de 2 metros. Fuera de estas colinas, que se presentan precisamente como las vallas de una fortificación, en toda la cercanía del pueblo, el suelo está cubierto de una costra más o menos gruesa de caliza incrustante. Las capas superficiales y más modernas de la toba son muy porosas y esponjosas, por esto ligeras, como la piedra pómez, y no sirven ni para quemar cal, ni para material de construcción; mientras las capas inferiores y más antiguas ya se han consolidado por el peso de las capas sobrepuestas y por la filtración continua del agua que sigue depositando las partículas de cal en los poros de la toba, y la convierte poco a poco en una masa dura y cristalino-granosa que entonces no se distingue en nada del *mármol* del Tejar".

Las fuentes termales de Baños son conocidas vulgarmente con el nombre de *Hervideros*. El agua que se desborda de ellos, se eleva a la temperatura de 60° C., y en constante ebullición lanza espesos vapores; apenas si es posible introducir la mano por breves instantes en aquel ardiente líquido.

III.— Baños ha sido y es todavía centro de piadosas y frecuentes romerías para la vecina población de Cuenca; pero nunca habían sido aquellas tan numerosas y repetidas como en la época a que este relato se refiere, cuando aquel pueblo tenía por párroco al ejemplar y celosísimo sacerdote Dr. J. Joaquín Toledo. Había recibido del Cielo, este virtuoso Cura, don especial para apartar a las jóvenes doncellas de las seducciones del mundo, e inclinarlas a la vida religiosa, de modo que muchas debieron a sus exhortaciones el desengañarse de las vanidades del siglo, y acogerse al seguro asilo de

un claustro. Hemos oído a varias y edificantes religiosas reconocerse deudoras de la gracia de su vocación a aquel venerable párroco. Como que la Inmaculada Virgen de Guadalupe se complacía en colectar en su santuario las azucenas con que había de embellecer los jardines del divino Esposo. Era tal el atractivo que ejercía entonces el santuario de Baños en las vírgenes cuencanas, que muchas de ellas no contentas con visitar aquel pueblo en determinadas ocasiones, fijaron su habitación en él, para servir más de cerca y continuamente a su Inmaculada Reina.

Sucedió, pues, que el año de 1857 una de estas fervorosas doncellas, la Señora Teresa Moscoso, perteneciente a una de las familias más respetables del país, persona adulta, así por los años como por la seriedad de su carácter, incapaz de doblez ni mentira, de un candor y sencillez columbinos, que formaban como el fondo de su ser moral, hizo también como otras amigas suyas la romería a Baños (1). Visitó la Imagen prodigiosa de la Santísima Virgen con el recogimiento y piedad que podemos suponer, y después de satisfecha su devoción fue a solazarse inocentemente en los alrededores del pueblo, recorriendo, como es costumbre en tales ocasiones, las fuentes y colinas curiosísimas de los *Hervideros*. Acercóse al que, en ese entonces, era el más caudaloso de todos ellos, o acaso el único; y se quedó suspensa al ver aquel remedo de volcán o vórtice infernal, aquellas grietas oscuras y misteriosas, desde cuyas profundidades sale el agua hirviendo en borbollones. Contemplando estaba aquel espectáculo tan natural como raro, cuando de improviso miró salir como impelido desde lo más interior y recóndito del hervidero, un ex-

(1) El mes y el día en que estos sucesos se verificaron no hemos podido precisarlos en manera alguna a pesar de las indagaciones que hemos hecho al respecto; réstanos solamente calcular que debió ser en Septiembre o acaso Diciembre, por ser estos meses consagrados al Culto de Nuestra Señora de Guadalupe, y los que más peregrinaciones atraen a Baños. En cuanto a la Señora Moscoso, éra su virtud tan ejemplar y notoria que nadie habría extrañado verla favorecida con un don extraordinario del Cielo.

traño objeto, que apareció flotando entre las ondas puras y cristalinas de la fuente. "¡La Virgen...!", exclamó, e inmediatamente y sin detenerse por el peligro a que se exponía, introdujo el brazo en el agua, y extrajo alborozada, de entre aquellos torrentes bullidores de fuego, una joya encantadora, la dádiva preciosísima y singular que por medio de los ángeles acababa el Cielo de hacer en aquel instante a la humilde República del Ecuador.

Era aquella nada menos que una hermosa piedra calcárea en la cual se hallaba esculpida en alto relieve una perfectísima Imagen de la augusta Madre de Dios, con el Niño Jesús en los brazos, y en actitud tan original y peregrina, que no sabemos se haya cincelado jamás por mano de hombre otra escultura semejante, ni en los siglos pasados ni en el presente.

IV.— Dejando la descripción de la maravillosa estatua, y el estudio de lo que pudiera significarnos su singular actitud, para remate del presente artículo, diremos solamente que esta aparición prodigiosa llenó de santo júbilo a la cándida y fervorosa doncella, que ufana de su inapreciable tesoro lo dio a conocer a todas sus compañeras y amigas. La noticia del portentoso hallazgo fue muy pronto sabida en Cuenca, y desde entonces principió a tributarse a la Sagrada Imagen el culto con que es venerada hasta hoy. Un movimiento general de asombro y alegría circuló por la población; todos deseaban ver con sus propios ojos y tocar con las manos aquella singular efigie, y todos al contemplarla exclamaban atónitos: "¡La Virgen!... No hay duda: es la Santísima Virgen que ha sido esculpida por los ángeles!... ¡Es una cosa inaudita; es un milagro!"... Los enfermos, los atribulados principiaron a encomendarse a María en esta su nueva copia y representación; todos deseaban tenerla en sus casas, hasta el punto en que se temió que por una piedad indiscreta llegara a quebrarse y desaparecer una joya tan preciosa. Con este motivo la obsequió su dueña a un digno y celosísimo sacerdote de Cuenca, después Ilmo. Prelado de esa diócesis, el Sr. Dr. Miguel León, quien habiéndola conservado por largo

tiempo en su oratorio doméstico, la confió a su vez a la Congregación religiosa de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón de Jesús.

V.— La existencia de la Santa Imagen es un hecho innegable qué está a la vista de todos, y no necesita por lo mismo de justificación. En cuanto a su procedencia, los que no quieren convenirse con un origen prodigioso recurren a hipótesis que nos parecen inadmisibles, por las razones que expondremos. La veracidad del relato que precede no ha sido reducida a duda, por nadie; bastaba conocer a la Señora Moscoso para persuadirse de que era incapaz de mentira; podía acaso ser víctima de ajeno engaño, pero nunca autora de supercherías; su virtud y candor ingénitos la ponían a cubierto de toda sospecha. Por otra parte, no se necesita sino un ligero análisis para convencerse de que la Imagen está formada de un fragmento de caliza, como todas las de Baños, que ha estado sumergida en los Hervideros, como lo demuestra la forma esponjosa de la piedra, y aquel color rojo oscuro de la superficie, debido al óxido de hierro.

Las suposiciones que suelen hacerse en contra del prodigio son éstas: —o aquella piedra es un producto espontáneo y natural de los Hervideros, o bien un escultor, para alucinar a la piadosa inventora, cinceló la estatua, y la depositó en la fuente, con el dañado intento de fingir una maravilla. Ambas suposiciones son imaginarias y destituidas de todo fundamento real. Es cierto, primeramente, que, en virtud de la composición química propia de las aguas termales de Baños, depositan éstas en los objetos que se sumergen en ellas, precipitados de cal, a manera de incrustaciones, de mil variadas y caprichosísimas figuras, pero, como es natural, todas irregulares e imperfectas, y tanto que sólo un esfuerzo de imaginación puede asemejarlas a alguna obra de arte. Si con tales incrustaciones se hubiera formado alguna vez una cruz completa, sería cosa para admirar; ¿qué diremos ahora tratándose de una escultura hermosísima de la Santísima Virgen, con el Niño Jesús en los brazos, y en una actitud excepcionalmente artística y

original? Si semejante imagen fuera obra del acaso o producto espontáneo de la naturaleza, habríamos dado con el secreto para echar por tierra las prescripciones más severas de la lógica y las reglas de la crítica; nada difícil sería suponer entonces que Murillo y Rafael no han existido, y que las producciones inmortales de su genio pueden ser resultado de una combinación fortuita de colores en una tela. Las célebres y portentosas apariciones de Nuestra Señora del Buen Consejo y la Anunciata de Florencia, habría que relegar entre los fenómenos casuales de la naturaleza. Pero quien raciocinara de este modo no daría pruebas de cordura y sensatez, sino, al contrario, de haber perdido el juicio.

No es menos vana y gratuita la segunda suposición. ¿Háse visto jamás a un artista tan necio, que vaya a sepultar el fruto de sus desvelos en las profundidades de una zanja? Y si ésta es a modo de caldero hirviente, ¿cómo ni imaginarse haya quien arriesgue a desollarse la piel para buscar una cosa desconocida? Pero aun admitidas como razonables hipótesis tan descabaladas, ¿no habría bastado una sola noche de inmersión en los Hervideros, para desfigurar las delicadísimas facciones de la Santa Efigie, con las nuevas incrustaciones de cal que las aguas hubieran depositado en ella?... Se ve que todas las obras del Cielo llevan en sí mismas su apología y defensa, y que para convencernos de su origen portentoso no exigen de nosotros sino un poco de detenimiento y reflexión.

VI.— Desvanecidas estas suposiciones, resta todavía que esclarecer una duda. ¿Quién nos certifica de que la Imagen es al presente lo que al tiempo de su invención?

Es verdad que la Señora Moscoso cometió el yerro imperdonable de confiar la maravillosa escultura a un artista para que la pintara, como si no estuvieran demás los colores en una obra del Cielo; y el pintor ramplón en vez de hermosearla con el colorido, la afeó. Para corregir en lo posible este desatino, el Ilmo. Señor León acu-

dió a la reconocida habilidad del célebre y malogrado Señor Miguel Vélez, quien sin tocar en lo mínimo la parte escultural, se limitó a enmendar los colores aplicados por el pintor. Testifican de ello cuantas personas existen todavía que vieron la estatua antes de que hubiera tocado en ella el pincel profano, y todas se lamentan con razón de que no haya conservado la obra en su estado primitivo; a juicio de no pocas, aun después de las enmiendas hechas por el Señor Vélez, ha perdido la Imagen bastante de su hermosura y gracia originales.

Los sucesos que relatamos fueron tan públicos y célebres en Cuenca, que la autoridad eclesiástica intervino, como era de su deber, en ellos. El Rvdmo. Provisor y Vicario General del Obispado, que lo era a la sazón el Sr. Dr. D. Tomás Torres Arredondo, recibió una información canónica acerca de todo lo ocurrido, en la cual declararon personas ilustradas y graves, que en su mayor parte viven todavía, lo que sabían respecto a la invención de la Imagen, y el estado en que la conocieron antes y después que se la pintara. Por desgracia se ha perdido aquella información, o al menos no hemos podido hasta el presente dar con ella, a pesar del esmero y diligencia que hemos empleado para encontrarla. Según el decir de testigos respetables, el proceso de las informaciones lo tomó el Ilmo. Señor Checa, que poco después de los sucesos referidos pasó por Cuenca para hacerse cargo de la administración eclesiástica de Loja; y fue tan grande el entusiasmo que se encendió en el generoso pecho de aquel piadoso Prelado, por la aparición maravillosa de Nuestra Señora del Extasis, que resolvió impetrar de Roma un oficio especial para conmemorar una gracia tan insigne de la Santísima Virgen; pero entonces precisamente fue elevado a la sede arzobispal de Quito, y se confundió el proceso y no se efectuó el proyecto. Felizmente otro prelado de Cuenca, el Rvmo. Señor Administrador Apostólico de la diócesis, Dr. D. Benigno Palacios, ha cuidado de que se reponga, en la parte que ha sido posible, con nuevas declaraciones re-

cibidas canónicamente, el antiguo proceso lamentablemente perdido (1).

Al juicio y sentir favorables de los antedichos prelados, añadiremos el testimonio de dos personajes, los más ilustres que ha tenido el Ecuador en los últimos tiempos: García Moreno y el Padre Solano. Cuando su primer viaje a Cuenca, el insigne Presidente, en quien la piedad cristiana estaba al nivel de su grande alma, no bien hubo llegado a la ciudad quiso conocer personalmente la ya celebérrima Imagen de la *Virgen del Hervidero* después de haberse informado minuciosamente de todo lo acontecido en su invención maravillosa, tomá la estatua en sus manos, la estudió muy despacio, valiéndose para ello del conocimiento cabal que tenía en ciencias naturales, principalmente en la química, y, al fin, exclamó con acento de verdadero estupor: "¡Esto es admirable!... Es imposible que sea obra de los hombres!... Es una Imagen de la Santísima Virgen, labrada por manos de los ángeles!"... Fue tan adelante su entusiasmo y amor por la Santa Imagen, que deseó adquirirla a toda costa, y llegó hasta a ofrecer por ella una gruesa suma de dinero; sin embargo, el Ilmo. Sr. León prefirió disgustar al Presidente, antes que despojar a Cuenca de la posesión de joya tan valiosa.

El R. P. Fr. Vicente Solano, aquel docto y ejemplar hijo de San Francisco, tan severo y acertado en sus apreciaciones críticas, examinó igualmente despacio la maravillosa Imagen, y fue de parecer que tenía un origen ciertamente sobrenatural. "Una escultura semejante, decía, es imposible que sea producto espontáneo de la naturaleza; tampoco puede ser obra de ningún artista humano, porque los hombres hasta en sus invenciones se limitan a copiar, pero esta Imagen no tiene precedente en la historia, ya es por lo mismo una obra celestial y milagrosa".

VII.— En verdad, de todos los testimonios que pueden darse en favor del origen prodigioso de la estatua,

(1) Véanse en el Apéndice algunos fragmentos de las segundas Informaciones.

ella misma es el mayor, pues siendo tan frágil y esponjosa la caliza, difícilmente puede ser trabajada con tanto primor y delicadeza por el martillo y el cincel; sobre todo la actitud de la Santísima Virgen y el Niño está diciendo a voces que aquello no es obra de la tierra. A esto se añade cierta influencia suave y misteriosa que ejerce la Santa Imagen en el ánimo de quienes la contemplan, dejándolo empapado en dulce y suavísima unción; de modo que es imposible verla sin sentir conmoción íntima y profunda. Cuéntase que un sacerdote ilustrado en verdad, pero inficionado no poco del naturalismo pestilente de este siglo, deseó ver la estatua para reírse a sus anchas de la necia credulidad de los que la tenían por un portento.— "¿Está ya bendita acaso?", preguntó en tono burlón y desdeñoso; pero apenas hubo visto la copia de la Inmaculada Virgen, cambió repentinamente la risa en recogimiento, y el desdén en admiración, y exclamó: "¡Oh! esto no necesita bendecirse; esta Imagen ha traído la bendición desde el Cielo, de donde ha descendido!".

VIII.— Si hasta hoy no circunda a la Sagrada Efigie la aureola de extraordinarias gracias y milagros, ¿no deberemos acaso atribuirlo al olvido en que se le ha dejado, y a no haberla vuelto al sitio en que se apareció? ¿No es allí, donde la piedad fervorosa de los católicos azuayos debió, hace tiempo, fabricar un hermoso santuario a su Reina y Protectora?... Las gracias del Cielo exigen cooperación de nuestra parte, de otro modo quedan estériles y no producen los frutos de bendición que el Cielo encerrara en ellas.

Sin embargo, antes que un olvido culpable preferimos ver en lo acaecido una disposición amorosa de la Divina Providencia. El Ecuador se ha consagrado al Corazón Inmaculado de María; ahora la Imagen de Nuestra Señora del Extasis, que era un enigma para todos antes de este solemne acto de fe, después de él es un libro abierto en que todos podemos leer los más grandiosos destinos reservados en el orden sobrenatural, para nuestra República. Aquella aparición al parecer tan

sencilla y sin brillo, es en realidad sobre modo extraordinaria y magnífica, pues bajo símbolos misteriosos, y hasta hoy ininteligibles, nos ha anunciado proféticamente los sucesos principales del Ecuador en los últimos treinta años. ¿Acaso está interrumpida toda comunicación entre el Cielo y la tierra? —En la diminuta Imagen que nos ocupa tenemos una carta que nos ha venido de lo alto, cerrada hasta hoy y sellada; abrámosla y leámosla con piedad y recogimiento.

IX.— La Imagen de Nuestra Señora del Extasis mide siete centímetros desde los pies hasta la corona que le ciñe; es de alto relieve, tallada en una piedra caliza de forma cónica, de catorce centímetros de alto; la Imagen ocupa la mitad superior del cono. Hemos dicho que la actitud de esta sagrada efigie es singularmente rara y original, pues representa a la Santísima Virgen dormida, la que, con ese abandono y languidez propios del sueño, mantiene al Niño Jesús dormido también, y que descansa no en el brazo o el pecho, sino en el regazo de la Divina Madre; ésta, con la mano derecha sostiene la cabeza y la diestra, y, con la izquierda, estrecha suavemente las rodillas del hermoso Infante. María, en esta extraordinaria escultura, tiene el aire de una persona que hallándose de camino y rendida de fatiga se arrimara por acaso a una roca del sendero, y hubiese cerrado por un instante los párpados abrumados por el sueño; hállase, pues, de manera que no se puede decir si está sentada o de pie, y como si doblara ligeramente la rodilla izquierda, tratando de dar más cómodo arrimo, o tal vez de adorar en ese momento, al Divino Niño. Tiene graciosamente inclinada la cabeza sobre el hombro derecho, y vuelta la faz plácida y serena hacia el rostro de Jesús. Lleva túnica roja de anchos y abundosos pliegues, que se extienden por el suelo, dejando ver solamente una parte del calzado del pie izquierdo. Cúbrele el pecho un angosto chal o manteleta blanca, y sobre ella un azulado manto, cuya extremidad izquierda está recogida al cinto, y sobre la cual descansan los pies descalzos del Divino Niño, que viste a su vez amplia y graciosa túnica blanca. Tanto la Madre como el Niño muestran

un tanto descubierto el brazo por llevar la túnica arremangada hacia los codos. El cabello de María desciende por la espalda, suelto y abundoso, sobre el manto; y ostenta en las sienes virginales una muy hermosa imperial corona, que remata en una cruz; ésta y los colores de la estatua son, se nos ha dicho por testigos dignísimos y fidedignos, lo único que el arte humano ha puesto en aquella obra singular. Al mirar muy de cerca la Imagen, sus facciones aparecen vulgares y sin gracia; mas apenas el piadoso espectador se coloca a distancia respetuosa y conveniente, se sorprende al contemplar una belleza verdaderamente extraordinaria y celestial que no halaga los sentidos, pero atrae el alma y eleva dulcemente el corazón. Para convencerse de que el origen de esta escultura es prodigioso, basta ver que tiene facciones y aire que en nada se asemejan a las obras conocidas de los más célebres artistas de Cuenca.

X.— Hemos llamado a esta hermosa Imagen con el título de *Nuestra Señora del Extasis,* porque es sin duda alguna, entre los que hemos oído aplicarle, el más propio y que con más exactitud le conviene: porque los sueños de María, nos dice San Francisco de Sales en el *Teótimo,* eran otros tantos suaves y dulcísimos éxtasis, que le apartaban del trato de las criaturas y el comercio con el mundo sensible, para acercarla más a Dios (1). Tenemos aquí copiada por mano de ángeles una escena de la vida íntima de María, cuando al contemplar en sus brazos al que es encanto de los Cielos, cerraba *extasiada* los ojos, sin poder contener los torrentes de gozo y caridad que le inundaban.

XI.— ¿Qué se habrá propuesto la Virgen Santísima al manifestársenos de modo tan extraordinario y singular, dormida junto a una roca, y con el Niño Jesús dormido también en el regazo? No nos es dado escudriñar los secretos del Cielo, pero sí podemos decir que por

(1) Santo Tomás de Villanueva (en el tomo 4º de sus obras, página 195), dice: **Virginis Mariae tota vita extasis fuit.**

tentos semejantes no se verifican jamás sino por muy altos y trascendentales designios de la Providencia en favor de los pueblos. Séanos, pues, permitido exponer una humilde conjetura.

"Las colinas de toba caliza de Baños, dice el sabio geólogo antes citado, se presentan precisamente como las vallas de una fortificación. Por un capricho verdaderamente singular de la naturaleza, aquellas curiosas fuentes han depositado los hacinamientos calcáreos con orden y regularidad sorprendentes, como pudiera haberlo hecho un entendido arquitecto; levántanse aquellas colinas como muros de mármol de "ocho metros de altura y doscientos de largo"; como fortificaciones y defensas de una ciudad invisible. En la cima de aquella no interrumpida construcción mural, tuvo lugar la bendita aparición. Osténtase la Santísima Virgen como en la cúspide de enhiesto montecillo: como centinela apostada en la garita de una atalaya. El Señor había hecho por medio del profeta este anuncio a la Ciudad Santa: "Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto centinelas; todo el día y toda la noche estarán alerta: no callarán jamás". *Super muros tuos Jerusalem constitui custodes, tota die et nocte in perpetuum non tacebunt* (Isai. 62, 6). Esta espléndida profecía se ha cumplido ya en favor de nuestra República: esas misteriosas fortificaciones de Baños figuran las murallas invisibles que para protegernos ha levantado en torno nuestro la Divina Providencia; desde lo alto de esas vallas, Jesús y María velan por nosotros. Pero observad que los centinelas se han dormido: María está sumergida en éxtasis profundo, y un sueño apacible y celestial ha entornado los párpados del Divino Niño. ¡Centinelas dormidos!... ¿no es lo mismo que muros a disposición del enemigo?... Pero no; fuera de nosotros todo cuidado. El centinela amoroso de los Cantares nos contesta: *Ego dormio, et Cor meum vigilat.* "Yo duermo, pero mi Corazón está velando!". El Señor ha cerrado los ojos para poner más alerta en favor nuestro el Corazón. La República ecuatoriana se ha consagrado solemnemente a los Corazones Santísimos de Jesús y María, y estos Sagrados Corazones

quieren demostrarnos que han acogido verdaderamente a este pueblo bajo su soberano amparo, y que son Centinelas vigilantes de esta felicísima nación. ¿Qué importa duerman los ojos, si el corazón está despierto? Nuestra Señora del Extasis es la Virgen prudentísima que aunque dormida no por esto ha apagado su lámpara, antes bien, la tiene preparada y encendida; y esa lámpara es su Inmaculado y amantísimo Corazón. *Haec est Virgo sapiens quam Dominus vigilantem invenit.*— Nuestra Señora del Extasis es el *CORAZON VIGILANTE DE MARIA*.

XII.— Baños reclama de la piedad generosa de Cuenca un espléndido santuario en honra del Corazón Inmaculado de María; y este Corazón dulcísimo exige de toda la República gran acrecentamiento de fe en su excelsa Protectora, y el homenaje del más encendido amor a su Divino Hijo; bajo condiciones tan fáciles y tan cómodas, el Ecuador asegurará para siempre el glorioso título de *República del Sagrado Corazón de Jesús.* Nuestra Señora del Extasis sostiene entre sus manos la cabeza divina y la poderosa diestra del Niño Soberano; y mientras la augusta Madre está ceñida con imperial corona, Jesús no ostenta otra diadema que la que forman a sus sienes los estrechos abrazos de María. ¿No nos enseña esto claramente que el Sagrado Corazón de Jesús reinará en el Ecuador, pero por medio de la Inmaculada Virgen?

Y pues es ocasión oportuna, recordemos lo que enseña a este propósito, el B. Grignión de Montfort, en su incomparable *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen,* y con esto terminaremos la presente noticia. "Ahora más que nunca, María debe ser conocida y amada, a fin de que por Ella sea más conocido, amado y servido Jesucristo. María es el medio seguro y el camino recto e inmaculado para ir a Jesucristo y hallarlo perfectamente. Quien halle a María, alcanzará la vida, es decir, a Jesucristo: mas no es posible encontrar a María si no se la busca, ni se la puede buscar si

no se la conoce; es menester, pues que María sea ahora más conocida que nunca para mayor conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad". Y como nada contribuye tanto a hacer conocer y amar a la Reina del Cielo, como la multiplicación de los santuarios erigidos en su honor, resulta que este es un medio eficacísimo para sostener la fe y piedad entre los pueblos.

NUESTRA SEÑORA DEL CISNE

I

Otro de los santuarios célebres de la Virgen Santísima, en el Ecuador, es el del *Cisne*, situado en la importante provincia de Loja, al sur de la República.

El origen de aquel devotísimo centro de piadosas romerías para el pueblo ecuatoriano, es el siguiente. Como se hubiese hecho famosísima, en poco tiempo, la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, colocada en la aldea de Guápulo, cerca de Quito, cuantos, por cualquier motivo venían a esta ciudad y eran testigos de la extraordinaria devoción con que era honrada la santa efigie, y quizás también de los singulares portentos obrados en su templo, empeñábanse en tener una copia de ella, para participar en algo de los muchos y estupendos favores que la Reina del Cielo dispensaba, mediante aquella advocación, a las nacientes cristiandades formadas en esta parte de América. Ocurrió, pues, que algunos indios nativos de un lugarcillo llamado el *Cisne*, próximo a Loja, hiciesen un viaje a Quito, donde con esfuerzos y sacrificios que ya pueden imaginarse, consiguieron una hermosa estatua de madera, copia bastante exacta de la de Nuestra Señora de Guápulo, y gozosos con la posesión de tan valiosa joya regresaron a sus hogares; llegados a su villorrio colocaron a la preciosa Imagen en una rústica choza, principiando desde entonces a rendirle el fervoroso culto de amor y veneración que no ha cesado hasta nuestros días.

Pero a poco de esto sobrevino una gran sequía, que arrasó los sembrados, y destruyó en varios años, con-

secutivamente, las escasas cosechas de la población del Cisne; por lo cual, uno de los principales magistrados de la Colonia, el licenciado D. Diego de Zorrilla, Oidor de la Real Audiencia, en la antigua Presidencia de Quito, ordenó que todos los moradores del Cisne se trasladasen al vecino pueblo de San Juan de Chucumbamba. Obedecieron los indios, tomaron consigo a la Santa Imagen y fuéronse a Chucumbamba; mas no bien llegaron en este lugar desatóse tan terrible huracán, que arrancaba los árboles de cuajo, llevábase las cubiertas o techumbres de las casas y asolaba las sementeras. Aterrados los recién llegados, de los destrozos ocasionados por la tormenta, resolvieron regresarse inmediatamente a su abandonada comarca, y así efectivamente lo hicieron; pero las autoridades tornaron a compelerles a que obedeciesen lo mandado, por vez segunda y tercera, hasta que obstinándose los indios en quedarse en su terruño, les quemaron las casas, para precisarles a dejar de fuerza, ya què no de agrado, el inhospitalario suelo del Cisne. Sin embargo, acontecía que cuantas veces los de este último lugar regresaban a Chucumbamba, se repetía aquí aquella asoladora tormenta, por lo cual fastidiados sus habitantes rehusaron por fin recibir a los del Cisne. Estos no tuvieron entonces otro partido que tomar sino volverse defintivamente a su pueblo y reconstruir como mejor pudieron sus incendiadas chozas.

Con tan multiplicados y extraordinarios sucesos hubieron al fin de reconocer todos, así las autoridades como los pobres indios, que no era voluntad de Dios que se desamparase el sitio del Cisne, ni se arrancase de allí a la maravillosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. En vista de ello los tan zarandeados indígenas hicieron de común acuerdo una solemne promesa, o mejor dicho un voto, de no abandonar jamás su nativo suelo, trasladándose a vivir en otro, por cómodo y ventajoso que éste les pareciese, y de construir un modesto santuario a la hermosa efigie de María que de tan prodigiosa manera les había demostrado tenerles bajo su especial tutela y protección. Dentro de poco tiempo quedó cumplido el voto de aquellos sencillos indios, y

el santuario del Cisne llegó a ser uno de los más concurridos y piadosos de la Virgen Santísima, en estas tierras.

II

Consta todo lo referido del testimonio verídico y auténtico de algunos escritores contemporáneos de los mencionados sucesos. Uno de ellos es el Padre Córdova y Salinas que, en su *Crónica Franciscana de las Provincias del Perú* (libro VI, cap. XI, pág. 596), reproduce un certificado del P. Fr. José Luzero, religioso de aquella Orden, el cual, a mediados del siglo XVII, fue vicario o párroco de la doctrina del Cisne. Dice así, copiado textualmente con todas sus incorrecciones de escritura y de lenguaje, el aludido documento: "Yo, Fr. Joseph Luzero, Predicador y Vicario de esta Doctrina de Nuestra Señora de Guadalupe del Cisne, certifico, cómo en dicho pueblo está una Santa Imagen de Nuestra Señora, de poco más de una vara de alto, con un Niño en la mano, la cual dicen los naturales Indios traxeron de la ciudad de Quito mas de cuarenta años, y colocaron en una capilla pequeña, porque había pocos Indios, y que por ser tan pocos, el Licenciado Diego de Zorrilla, Oydor de la Real Audiencia de San Francisco del Quito, mandó les quemassen los ranchos en que vivían, y se reduxessen al pueblo de San Juan de *Chucumbamba,* tres leguas de distancia; y haziéndolo así los Indios llevando esta Santa Imagen, se levantó tan gran tempestad de aires que se hacían pedazos los árboles, y las casas se descubijaban. Y visto esto por los Indios de San Juan de Chucumbamba, dijeron a los del Cisne, que se llevasen su Imagen otra vez a su pueblo, que era muy gran tempestad la que veían; con que al punto que torcieron con la Imagen sossegó la tempestad. Con este primer principio, luego se assentaron por esclavos y mayordomos de esta Santísima Señora muchos. Corrió la fama a la ciudad de Loja, nueve leguas de este lugar, a la Villa de Zaruma, ocho leguas y todos hicieron una hermandad y cofradía, que confirmaron los Señores Obispos de Quito, y acuden todos a la fiesta, que es a 8 de Septiembre, así los de Loja como los de Zaru-

ma, y veinte leguas en contorno, a novenas, y promesas que hacen con tan gran devoción y frecuencia de todos los pueblos en rededor, que se dan infinitas gracias a nuestro Señor; a cada día va a más esta devoción, por los continuos milagros que está haziendo su Divina Majestad por intercesión de su Santísima Madre. Y esta es la verdad, y juro in verbo Sacerdotis ser assí. En testimonio de lo qual lo firmé en este pueblo de nuestra Señora de Guadalupe del Cisne, en seys de Abril año de mil seiscientos y quarenta y siete.— Fr. Joseph Luzero".

El Ilmo. Sr. González Suárez, en su tantas veces citada *Historia General de la República del Ecuador* (tomo 3º, pág. 382, en la nota) dice: "De Nuestra Señora del Cisne, nos dan noticias el *Anónimo* adicionador de los "Anales" de *Montesinos,* el Padre Luzero franciscano, cuya relación copia textualmente el Padre *Córdova y Salinas* en su "Crónica de los franciscanos en el Perú" (Libro sexto, capítulo undécimo). Aunque a primera vista hay contradicción entre las dos relaciones; no obstante, se pueden concordar muy bien. La Imagen fue llevada de Quito, con la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe: el Oidor Diego de Zorrilla dispuso que los indios del Cisne pasaran a Chucumbamba, y, para obligarlos a obedecer, hizo que les quemaran las casas: los indios entonces cogieron la Imagen y se trasladaron al punto que se les había señalado, pero con cuanta pena dejaban sus hogares fácil es calcular: llegar los huéspedes, y desencadenarse vientos impetuosos y huracanes en Chucumbamba todo fue al mismo tiempo: esto sucedió en más de una ocasión, pues, aunque los indios del Cisne regresaban a su antiguo lugar, las autoridades les obligaban a trasladarse a Chucumbamba; hasta que los habitantes de este último pueblo no los quisieron recibir, temiendo que otra vez hubiera vientos y tempestades. Tal es la leyenda tradicional relativa, a esta Sagrada Imagen.— Las tempestades de viento eran tan fuertes, se dice, que tronchaban los árboles y arrebataban las cubiertas de las casas, dejándolas descobijadas".

Basándose en estas fuentes, el Ilmo. escritor hace, en el lugar ya citado de su obra, la siguiente compendiada historia del santuario del Cisne: "El año de 1594, una sequía desoló el pueblo del Cisne; y, estando ya todos sus moradores a punto de abandonarlo, yéndose por diversas partes para no perecer de hambre en sus propios hogares, resolvieron entregarse en manos de la Providencia, y formaron un voto de construir una Iglesia en aquel mismo lugar, y dedicarla a la Santísima Virgen. La construcción del templo fue el lazo de unión, que estrechó más las relaciones de los moradores del Cisne, que se felicitaban a sí mismos, viéndose todos juntos en su propio suelo nativo, donde con la propicia sucesión de las estaciones habían vuelto a gozar de abundancia. La pequeña imagen de la Santísima Virgen, venerada en la provincia de Loja con la advocación de Nuestra Señora del Cisne, es un recuerdo de este suceso".

III

De 1594 para acá, la devoción a Nuestra Señora del Cisne ha ido siempre en aumento; la imaginación ardiente y poética de nuestros pueblos ha exornado la sencilla historia del santuario con graciosas leyendas, y la ciudad piadosísima de Loja háse acogido bajo el soberano amparo de la Virgen de Guadalupe, constituyendo a esta Santa Imagen en el centro predilecto de sus edificantes romerías y de su más espléndido culto. Oigamos a un escritor de aquella localidad, referirnos aquellas pintorescas leyendas, y describirnos, como testigo de vista, las solemnes fiestas que anualmente se celebran en Loja en honor de Nuestra Señora del Cisne (1).

"Una doncella indígena, inocente y recatada, de esos contornos, que salía todos los días a apacentar sus

(1) Reproducimos a continuación, con pocas variaciones, algunos párrafos de un pequeño folleto impreso en Loja, hace pocos años, con el título de la **Virgen del Cisne.** El ejemplar que hemos podido conseguir parece incompleto, pues no aparecen en él ni el pie de imprenta, ni el nombre del autor.

rebaños por aquellas quiebras y encañadas, encontraba con frecuencia en su camino una hermosísima partorcilla coronada de fragantes flores y llena de limpieza y majestad, aunque vestida con el humilde traje de las campesinas, que la acompañaba en la custodia del ganado y le ayudaba a hilar, en las horas de la siesta, cuando acogida a la sombra de algún árbol dejaba pasar los ardores del sol. Todo era sobrehumano en el rostro precioso y en la gracia, dulzura y suavidad de aquella compañera que de un modo tan singular favorecía a la joven india, feliz mil veces y envidiable por ser privilegiada con visitas celestiales...

"Bien pronto tuvo allí un altar erigido por la piedad de algún indio, la *Divina Pastora*, que para renovar en nuestros tiempos los prodigios de su amor, no había buscado los suntuosos templos, ni magníficos palacios, sino la solitaria colina y la pobre cabaña del labrador. Hoy el altar es una buena Iglesia, edificada por D. Pedro de la Vega a fines del siglo XVIII, y en torno suyo los moradores de las comarcas vecinas han formado un pueblo.

"Ese pueblo es el del Cisne, situado en la altura y los riscos difícilmente accesibles de uno de los ramales de la cordillera occidental de los Andes, dominando el risueño valle del Catamayo, cubierto de ingenios de azúcar. Compruébase allí la verdad de este pensamiento: "Las montañas acercan la tierra al Cielo: son el zócalo providencial de los santuarios y de las ermitas: en ellas se encuentra la paz del alma y la salud del cuerpo". Dista de Loja como doce leguas al occidente; es su población escasa y en su mayor parte compuesta de individuos de raza *quichua*, cuya lengua, vestido y costumbres patriarcales conservan con pocas variaciones.

"La devoción de los peregrinos atrajo poco a poco la concurrencia de otras personas, y la fiesta de la Virgen vino a ser ocasión de una feria anual en que se reunían comerciantes de distintos puntos y se realizaban transacciones de algún valor, favoreciéndose así la in-

dustria provincial y el fomento de relaciones entre los pueblos fronterizos del Ecuador y el Perú.

"El Libertador (D. Simón Bolívar) trasladó la feria a Loja por petición de sus vecinos y a pesar de que los del Cisne lograron volverla a tener en su pueblo; hoy está definitivamente establecida en aquella ciudad y celébrase a principios de Septiembre.

"La Imagen quedó no obstante en su antiguo santuario, y esta circunstancia ocasiona frecuentes procesiones entre el Cisne y la capital de la provincia, procesiones que ofrecen cuadros peculiares y variados, y escenas conmovedoras y patéticas.

"La Virgen es conducida en hombros desde su santuario, y la acompañan los indios de la parroquia, además de un capellán, que regularmente es el cura, y de un consejero, nombrados por la Municipalidad de Loja, de conformidad con una antigua práctica que tuvo tal vez origen en la época del corregimiento. Aumentan la concurrencia los danzantes tradicionales, y muchos devotos de ambos sexos, que se disputan la dicha de cargar tan suave y bendito peso.

"El concurso va creciendo al pasar por los caseríos y posesiones del tránsito; y en la capilla de La Toma, hacienda del Catamayo, termina la primera jornada de este místico viaje. Este valle regado por dos ríos, y que se tiende perezosamente a la sombra de las gallardas palmas, está matizado de lozanos cañaverales, plátanos y naranjos y de festivos rebaños. Colócase allí la imagen en un altar sencillamente adornado con silvestres violetas y verdes ramas, y por la noche se reúnen los vecinos de la hacienda y los peones, casi todos de sangre africana, a rezar el rosario, o a entonar la salve, con la dulzura de la voz y el acento expresivo propios de esta raza tan maravillosamente aficionada a la música.

"Al día siguiente continúa el cortejo en el mismo orden, pero con mayor asistencia que el anterior, prin-

cipalmente al irse acercando a la población. Digno es de observarse el animado espectáculo que presentan las faldas del *Villonaco,* en las quiebras del camino y las calles que este forma en las planicies, entre las fértiles y risueñas estancias comarcanas. La naturaleza ha entretejido en esos sitios, vistosos arcos de flexibles festones de *Chincha* (1), y de trecho en trecho se levantan arbustos graciosos en que cuelgan los fieles campanillas sonoras que el viento hace vibrar por intervalos. Los labriegos dejan su arado entre los surcos, y los pastores sus ovejas en las encañadas, para salir a la vera de los bosquecillos de retamas floridas o al lado de las cercas, a saludar de rodillas, con lágrimas brotadas de lo íntimo del alma, a la *Madre de los pobres.* Los niños salen corriendo de las chozas y luchan por abrirse campo al través del numeroso acompañamiento, para ir a juntar sus manecillas delante de la *Purísima Protectora de la inocencia,* que parece sonreirlos y acariciarlos, mientras ellos la bendicen y riegan rosas a su paso.

"Cuando el gentío aparece en la altura que domina la ciudad y desde la cual se divisan sus templos, casas y palmeras entre un marco de verdura, abrazado por dos límpidos riachuelos, y al abrigo de frondosos capulíes, lócumos, alisos y sauces, todas las campanas con alegres repiques dan la buena nueva de que se aproxima la Huéspeda Santísima, y todos los ojos se dirigen hacia la suave pendiente de la cuesta por donde baja la procesión con lentitud. La variedad de grupos de a pie y de a caballo, los vivos colores de los vestidos de las mujeres del pueblo, la algazara de la juventud, el bullicio, el movimiento general, el vago rumor, los ecos confusos del canto lejano, y todo ese conjunto de circunstancias especiales, forma el cuadro más bello y grato para un viajero que por primera vez le contempla, y le recuerda las fiestas de su patria y las escenas religiosas de otros países.

"Muchas jóvenes y matronas distinguidas suelen ir

(1) Especie de caña delgada de hojas finas y pequeñas.

con sus familias *a encontrar a la Virgen*, algunos hasta la deliciosa estancia de la *Suiza*, otros hasta la bajada del *Villonaco*, y muchos a la orilla del tibio *Malacatos*. Es tal el fervor de las virtuosas hijas del Zamora, que ruegan se les deje llevar por algunos trechos sobre sus hombros delicados la urna en que va la Imagen de María.

"En esas riberas encantadoras y apacibles preséntanse escenas de otro orden: allí aguardan el clero, las autoridades civiles y militares, y muchos sujetos respetables, la llegada de la procesión que los demás habitantes esperan con anhelo en la plaza y las calles, graciosamente decoradas con gallardetes, arcos, cortinas, cintas y laureles, y alfombradas de flores. El canto religioso y la música, el humo del incienso y las *salves* del pueblo anuncian que ha llegado la *Patrona milagrosa*, y todas la saludan de rodillas con oraciones e himnos de ternísimo amor y reconocimiento.

"Trasladada la Imagen, de la urna a las andas y vestida la celestial Viajera con su traje de peregrina, es conducida en triunfo desde la rústica enramada que se le construye a las márgenes del río, para recibirla en un altar portátil, hasta el templo, donde deben celebrarse su novena y solemne fiesta, que se repite muchas veces, siendo la principal y la de más nombradía la del 8 de Septiembre de cada año".

IV

Nada ha contribuido tanto a sostener y propagar el culto de nuestra Señora del Cisne como el sinnúmero de portentos obrados por la Virgen Santísima, mediante esta su hermosa efigie. Cuarenta años después de colocado el precioso simulacro en el naciente santuario, el P. Luzero daba este formal testimonio: "Cada día va a más la devoción (a Nuestra Señora del Cisne), por los continuos milagros que está haciendo su Divina Majestad por intercesión de su Santísima Madre". Desgraciadamente, por falta de un cronista que se encargase de hacer la historia, siquiera no fuese sino de los más señalados prodigios, la noticia de ellos se ha perdido irreparablemente para la posteridad.

En la vida del primer Obispo de Loja, Ilmo. Fr. José María y Vidiella, muerto en olor de santidad en Lima, el 15 de Enero de 1902, se menciona uno de aquellos portentos. Grande y singular era la devoción que aquel insigne siervo de Dios profesaba a Nuestra Señora del Cisne, y edificante el empeño y el celo que desplegaba para que la Santa Imagen fuese honrada con la veneración y el amor que le son debidos. Nos bastará referir lo acontecido a este propósito el año de 1877.

"A tres leguas de Loja, hacia el occidente, hay un valle llamado de Catamayo, pintoresco y fértil, pero sobremanera caluroso y malsano, y por este motivo sólo habitado por negros. La raza blanca difícilmente se preserva allí de fiebres perniciosas, por cuyo motivo los mismos propietarios de las haciendas del valle van allá rarísima vez, por urgente necesidad y tomando mil precauciones. Está el valle cruzado por tres ríos, que se unen para formar el Catamayo, el principal afluente que forma el caudaloso La Chira, que desemboca en Colán, cerca de Paita, en el Pacífico. El P. Masiá, sabiendo el abandono y desamparo en que vivían los pobres negros, quiso que fuesen los primeros que recibiesen el consuelo celestial, mediante una Misión.

"La principal hacienda, *La Toma*, tiene una regular capilla, y viene a ser la central, a donde acuden todos los de las haciendas vecinas cuando en ella se celebra Misa. Esta perteneció a los Padres Jesuitas hasta la supresión de la Compañía. El Señor Obispo habló al propietario de La Toma, manifestándole su deseo de dar una Misión en el valle del Catamayo. ¡Cuánto no se alegró el dueño de esta dignación del santo Prelado! Quedaron convenidos que empezase la Misión el 15 de Agosto, cuando la Santísima Virgen del Cisne toca en la capilla de la hacienda. Así se verificó, siendo aquel día de contento y regocijo general para los negritos de todo el valle. El fruto de la Misión, gracias al santo predicador y a la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Cisne, fue todo lo que podía desearse, pues la concurrencia, relativamente hablando, era innumerable, y a la invitación que el celoso pastor les hizo desde el primer

día para que todos se aprovechasen, a fin de ponerse en gracia de Dios, correspondieron unánimemente, con entera docilidad. Santificadas las amistades por medio del santo sacramento del Matrimonio; contentos los negros con su suerte, dulcificada con la esperanza del reino de los cielos; alegres como unas pascuas viendo la bondad paternal de su Obispo para ellos, la Misión fue una bendición del Cielo.

"El 29 fue el señalado para volver a Loja, acompañando la Santa Imagen de la Virgen del Cisne. La veneranda Imagen solía entrar en la ciudad en otros años infaliblemente el 20 de Agosto, en memoria de un gran terremoto que ocurrió en aquel día, y del cual se libró la ciudad implorando el patrocinio de su Divina Protectora (1). Por este motivo salía en dicho día a su encuentro toda la ciudad en procesión, con grande pompa, con asistencia de las Corporaciones y Autoridades eclesiástica y civil, e inmenso concurso del pueblo, no menos de quince mil almas; y recibían la sagrada estatua con arcos triunfales, discursos, música y repique general de campanas. Este año trasladaron la recepción al día 29, y fue más solemne que en ninguna otra ocasión. El Obispo y su acompañamiento hacían escolta a la Reina de los Angeles; y allí también los alegres negritos, para acabar de dar las gracias a Dios y a su Bienhechora. Al día siguiente empezó la solemnísima novena en la catedral, durante la cual predicó todas las noches el santo Prelado" (2).

Que la tierna y constante devoción a la Virgen Santísima sea el inexpugnable baluarte que preserve a la provincia de Loja, de la ruina formidable con que amenazan a toda la República las fuerzas combinadas de la anarquía, el radicalismo y la impiedad.

---

(1) Este portento de Nuestra Señora del Cisne debe hallarse registrado en las actas del Cabildo o Ayuntamiento de Loja, que, en reconocimiento de la gracia recibida, habrá hecho la promesa o voto de honrar a la Santa Imagen con la traslación indicada.

(2) **Biografía del Ilmo. y Rvmo. P. Fray José María Masiá, Obispo de Loja** —por el P. Fr. Bernardino Izaguirre, misionero franciscano del Colegio de Lima.— Barcelona, 1904.

IMAGENES PORTENTOSAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

VENERADAS EN LA COSTA DEL ECUADOR

Los santuarios ecuatorianos, cuya breve historia acabamos de trazar, se hallan situados casi todos en la meseta interandina, o entre las breñas de la sierra, y dos únicamente, Macas y Baños, en las faldas orientales de la cordillera. La extensa y fértil comarca de la Costa, sometida antes que los otros territorios, de esta parte del imperio de los Incas, a las armas castellanas, fue también de las primeras en abrazar la fe católica y dedicarse al culto de la Reina del cielo. Guayaquil, Portoviejo y otras ciudades de nuestro litoral se han distinguido siempre por una devoción fervorosa, abnegada y constante a la Madre de Dios, cuyas más célebres advocaciones, especialmente de la Merced y el Rosario, son amadas allí con general entusiasmo, y han tenido sus estatuas y sus templos que, por largo tiempo han sido centro de gran movimiento de piedad hasta para lejanas poblaciones, y motivo de muy conocidas y suntuosas fiestas. Desgraciadamente la mayor parte de esas devotas imágenes y antiguos templos han desaparecido, devorados por los incendios, tan frecuentes y devastadores en toda esa zona, o han sido destruidos por los terremotos y las revoluciones, plagas terribles al par de la precedente.

Por todo lo cual no existe, es cierto, en aquella vasta porción de nuestra República, un santuario de María que pueda competir con los del Quinche, Baños o el Cisne. El de Yaguachi sí, pero está consagrado a San Jacinto. Sin embargo, tanto en los tiempos de la Colonia,

como en los nuestros, han ocurrido tales portentos y venerádose efigies tan maravillosas de la Virgen Santísima, que han podido dar origen no a uno sino a muchos santuarios de la más legítima celebridad. Referiremos algunos pocos hechos que comprueban lo que acabamos de decir.

II

El Padre Bernardo Recio, en la obra que varias veces hemos citado anteriormente, da noticia de un estupendo portento realizado por la Santísima Virgen, mediante una imagen suya, muy venerada en otra época en Guayaquil, bajo el título de Nuestra Señora de Covadonga. Dice así: "Entre los gruesos comerciantes que en tiempos pasados hubo en Guayaquil fue muy distinguido Don Toribio de Castro que, aunque alegró a sus padres con su muy deseado nacimiento, más les turbó el gozo, al verle sin la mano derecha. Su buena madre muy devota de Nuestra Señora, fue a hacer una novena a Nuestra Señora de Covadonga: y ejercitando en ella los más tiernos actos de resignación y confianza, oyó que María Santísima le decía: "Ten buen ánimo, y confía que tus ruegos no serán en vano" y queriendo tomar el niño para ofrecerle, al mirarle advirtió que el infantillo extendía su manecita hacia la Virgen. ¡Oh qué gozosa quedó la Madre! ofreciéndose a sí y al niño, al obsequio de la gran Reina. Dícese que este Don Toribio fue gran limosnero, ¡y cómo podía dejar de ser liberal aquella piadosa mano! A verla y besarla como reliquia venían muchos a Guayaquil, de diversas partes. ¡Dichoso mercader que experimentó el poder y clemencia de la gran Señora!" (Tratado I, Capítulo 19 de la *Compendiosa Relación de la Cristiandad en el Reino de Quito).*

El mismo autor, en otro lugar de su obra, refiere lo siguiente: "De buena mano les vino a los indios de Montecristi la célebre Imagen de la Virgen de Monserrate que se venera en la falda de aquel monte, pues se sabe que es una de aquellas imágenes que el piadosísimo emperador Carlos V envió a aquellas nuevas conquis-

tas. Es tradicional que uno que pasaba para Lima, enamorado de la hermosura del rostro de esta Imagen, con piadosa alevosía la segó la cabeza y puso otra en el cuerpo, pero parece que después se restituyó. También fue don del mismo Emperador una campana de la torre del santuario, el cual frecuentan los fieles por tierra y mar. Pues acuden muchos de las ciudades y pueblos de Guayaquil y Portoviejo, y los navegantes luego que avistan la altura de Montecristi se dan mil parabienes con piadosa algazara, y empiezan a entonar salves a Nuestra Señora".— (Tratado II, Capítulo 8º de Id.)

III

Esperamos de la Misericordia Divina que la alta marea de indiferencia y radicalismo que ahora inunda a la costa ecuatoriana y la tiene sumergida en las turbias ondas de la relajación de costumbres e incredulidad, ha de pasar; entonces, al calor vivificante de la Religión, y merced a los sudores de buenos y celosos misioneros, han de reflorecer las costumbres y virtudes cristianas de mejores tiempos, en ese suelo hoy cubierto con los zarzales y cambroneras de mil preocupaciones sectarias; entonces los santuarios de la Virgen Santísima se levantarán por do quiera en esas hermosas y bien cultivadas regiones; y a modo de la rosa y la azucena que abren su cáliz al suave calor del sol naciente, así esos benditos templos quedarán patentes a las fervorosas multitudes, serán bañados por los resplandores matutinos de una fe resucitada, y difundirán a la distancia y por todas partes el místico perfume del incienso y el eco de sus celestes melodías.

EL SANTUARIO NACIONAL
DEL
CORAZON PURISIMO DE MARIA
CONSAGRACION SOLEMNE
DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR
A LA VIRGEN SANTISIMA

I

Digno coronamiento de la historia de gracias y favores otorgados por la Virgen Santísima a la Nación Ecuatoriana será el relato de la Consagración solemne de esta República a la augusta Madre de Dios.

Este hecho no es nuevo en la vida de la Iglesia. Desde las catacumbas hasta las grandiosas catedrales góticas, hállanse las imágenes de María al lado de las de Jesús; el regazo de esta Madre dulcísima es el trono predilecto, desde el cual el Salvador se ha complacido en reinar sobre todas las naciones de la tierra. Una docta revista francesa ("La Régne de Jesús-Christ", tomo 6º, página 239) hace notar que el Niño Jesús en los brazos de María era la representación más común del Redentor, durante la Edad Media. En Italia dábase el nombre de "Majestad" a estas hermosas Imágenes. "El nombre de "Majestad" *(Maestá)* es el calificativo de un género especial de retablos grandiosos que constituían en la Edad Media la *Obra maestra del arte* de los más grandes pintores, a contar desde la escuela de Umbría, engendrada por el genio reformador de San Francisco de Asís. En todos esos retablos se representa a la San-

tísima Virgen sentada, en actitud de mostrar a su Divino Hijo, cercado de legiones de ángeles adoradores. Cada ciudad de Italia exponía sobre el altar mayor de su Catedral, la *Maestá,* por orden del Pueblo y el Senado, y ante Ella la ciudad entera se consagraba oficialmente a la Majestad de Cristo Hostia, y venía cada año a renovar sus juramentos" (L'Institut des Fastes du Sacré Coeur.— 4 année. 16 cahier). No contentas con esto algunas ciudades se dedicaron a honrar de una manera todavía más especial a la Madre de Dios, como Sena, llamada por esto, *Ciudad de la Virgen.*

En cambio de estos homenajes de piedad y fe sinceros, María se ha complacido en hacer ostentación de sus larguezas en favor de los pueblos católicos: testimonio de ello son esos innumerables santuarios dedicados a la Reina de los cielos; lugares benditos, donde tiene su asiento la misericordia Divina, y que han venido a ser por esto mismo centro de atracción para todas las almas. Algunas naciones han escogido algún misterio particular de la Santísima Virgen para hacer de él un objeto predilecto de su devoción y culto. En el reinado de Carlos III, las Cortes españolas de 1760 eligieron a la Inmaculada Concepción Patrona especial de la Península y de todas sus colonias; por lo que aquellas son conocidas con el hermoso nombre de las "Cortes de María" ¡Lástima que aquel monarca no se haya guiado de iguales sentimientos religiosos al decretar la expulsión de los Jesuitas de todos sus dominios!

Estas y otras manifestaciones semejantes de piedad para con la augusta Virgen, forman el fondo de la vida católica, propia de todos los pueblos que profesan la religión verdadera. Sin embargo, en la historia de Francia y Austria hallamos dos hechos singularmente hermosos, por los que podemos llamar a ambas, *Naciones consagradas especialmente a la Santísima Virgen;* título de gloria que en adelante compartirá con ellas nuestra pequeña República del Ecuador.

"La Francia, a los principios de Luis XIII, fue largo

tiempo agitada por diversas facciones y entregada a todos los horrores de la guerra civil. Atacado a la vez dentro y fuera por muchos enemigos poderosos, ese príncipe comprendió sin dificultad la insuficiencia de todos los recursos humanos en medio de circunstancias tan críticas. Tornó, pues, todas sus esperanzas al cielo. Dirigióse con confianza a la Madre de Dios para obtener, por su poderosa intercesión, los socorros que le eran necesarios. Puso bajo su protección su persona, su familia, sus Estados y su cetro... La Santísima Virgen no hizo esperar mucho tiempo los felices efectos de su protección. El nacimiento de un príncipe que llegó a ser Luis el Grande, y una serie de victorias y prosperidades hicieron ver claramente que, jamás es vana ni estéril una devoción llena de confianza para con la Santísima Virgen. La declaración de Luis XIII fue renovada por los reyes Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. Después de la gran revolución, tan luego cómo Bonaparte se hizo de las riendas del imperio, se apresuró a hacer celebrar con pompa la procesión que Luis XIII había instituido. En fin, Luis XVIII y Carlos X pusieron de nuevo la Francia bajo la protección de la Santísima Virgen, queriendo imitar en todo la fe y la piedad de sus antepasados. En nuestros días el emperador de los franceses (Napoleón III), ha querido que el 15 de Agosto fuese la única fiesta nacional en el reino consagrado a María" (1).

Austria es otra de las naciones católicas solemnemente consagradas a la Virgen Santísima. Este hecho trascendental tuvo lugar en 1629; viéndose entonces Fernando II, soberano de Alemania, atacado por la Liga protestante, a cuya cabeza se había puesto el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, recurrió el piadoso Emperador a la protección de María: "Hizo elevar en la plaza mayor de Viena una columna magnífica adornada con emblemas y símbolos de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios; en el remate de la columna se puso la estatua de la Santa Virgen que oprime con su planta la

(1) Trésor historique des enfants de Marie —par le R. P. Huguet, tom. 2.

cabeza de la serpiente infernal. En la base del monumento se lee en latín la siguiente inscripción: "A Dios Optimo, Sumo, Soberano Emperador del Cielo y la Tierra, por quien reinan los reyes: a la Virgen Madre de Dios, concebida sin la mancha del pecado original, y por quien mandan los príncipes, elegida en este día por una devoción particular, por Soberana y Patrona de Austria; Fernando emperador, segundo de este nombre, entrega, dedica y consagra todo lo que posee, su persona, sus hijos, sus pueblos, sus ejércitos, sus provincias; y para perpetuo recuerdo de esta consagración ha erigido esta estatua". No se ha visto jamás fiesta más solemne que la bendición de este magnífico y piadoso monumento. Fue verdaderamente el triunfo de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios" (1).

II

En nuestros días el Ecuador ha dado al mundo un hermoso ejemplo de Consagración oficial de todo un pueblo a la Virgen Santísima.

Fue ocasión para ello la erección del templo nacional votivo en honor del Corazón Santísimo de Jesús. Determinaron los Prelados de la República, que en la Basílica del Sagrado Corazón, que iba a construirse en Quito, se dedicase una capilla especial, magnífica, al Corazón Purísimo de María; para que ambas devociones floreciesen de consuno en ese bendito santuario, debiendo la del Corazón Inmaculado de la Virgen ser el camino que nos lleve al pecho amante y herido del Salvador. Con este fin, al trazar los planos de la Basílica, se resolvió que ésta tuviera por complemento una hermosa capilla dedicada a la Santísima Virgen: como en efecto así se ha hecho; pues el ábside de aquel hermoso templo remata en la mencionada capilla, que la corona a modo de una pequeña y graciosa cruz. Determinóse además que la construcción de la Basílica principiase

(1) Ib.

por la capilla de la Santísima Virgen; y cuando los cimientos de esta obra monumental se concluyeron, hasta ponerse a flor de tierra, fue entonces cuando tuvo lugar la imponente y grandiosa ceremonia de la *colocación de la primera piedra*.

Conforme lo prescrito en el pontifical romano debía encerrarse dentro de aquella piedra un testimonio auténtico de los fines, motivos, personas y circunstancias concurrentes a la construcción del nuevo templo. Esta fue la ocasión prefijada por la Providencia Divina para que se efectuara la Consagración de nuestra República al Corazón Santísimo de María, con una solemnidad y magnificencia excepcionales y difíciles de describirse. En un rollo de pergamino limpio y terso, se escribió en latín, y en hermosos caracteres, lo que podríamos llamar el *Acta de Consagración*. Esta acta fue firmada por todos los altos poderes eclesiásticos y civiles de la nación y autenticada por los sellos del Excmo. Señor Presidente de la República, y el Ilmo. Señor Arzobispo de Quito, sellos que pendían suspendidos de vistosas cintas, de las dos extremidades del pergamino. Entre las veinte notabilísimas firmas que rubricaron aquella Acta, mencionaremos además de la del Jefe Supremo del Estado, y el Rvmo. Metropolitano, las siguientes: las de todos los Ilmos. Prelados o sus representantes, las de los Presidentes del Senado y Cámara de Diputados, las de los Ministros de Estado, y Ministros de la Excma. Corte Suprema de Justicia; la del Excmo. Vicepresidente de la República, la del Presidente del Ilustre Municipio de Quito, y la del Gobernador de la misma ciudad. Podemos decir, por lo mismo, que el 10 de Julio de 1892 debe contarse entre las fechas más gloriosas de la República, pues, en ella se ratificó solemnísimamente la Consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús, y se anunció su nueva Consagración al Corazón Inmaculado de María.

¡Qué espectáculo tan grandioso y conmovedor ofreció Quito esa mañana del diez de Julio. Daban las once en el reloj, cuando entre el estrépito armonioso de las

músicas militares y el repiqueteo alegre de las campanas de la ciudad, principió a salir de la iglesia metropolitana, en dirección a la colina de la Basílica, la procesión más bella que puede imaginarse. En medio de un gentío inmenso, y por entre innumerables y vistosísimos arcos de triunfo, atravesaron, formados en dos compactas hileras, todos los alumnos de las escuelas y colegios, los socios de todas las Congregaciones pías, las numerosas Comunidades religiosas, los Seminaristas, el Clero secular, el venerable Cabildo metropolitano, los representantes de los Prelados ausentes, los Ilmos. Señores Obispos, con el Rvdmo. Metropolitano a su cabeza; luego el Excmo. Señor Presidente de la República y los Ministros de Estado, los Excmos. Presidentes de las dos Cámaras del Senado y Diputados, los representantes de una y otra, la Excma. Corte Suprema de Justicia, el Tribunal de Cuentas, el Ilustre Concejo Municipal de Quito y, finalmente, el Ejército. Una hora entera tardó en desfilar la procesión por entre una multitud innumerable y compacta, que contemplaba atónita y recogida este grandioso y piadosísimo espectáculo. Llegada la procesión a su término, tuvieron lugar las ceremonias de la colocación de la primera piedra. Lo más conmovedor y augusto de aquellas ceremonias fue la lectura del Acta, que hizo en voz alta, pausada y sonora, el Rector del Colegio de San Gabriel, y visitador de la Compañía de Jesús en el Ecuador, Perú y Bolivia. He aquí el texto del Acta y su correspondiente traducción.

—Texto del Acta de Consagración al Corazón Inmaculado de María.—

Oratio.—

Cor Jesu Sacratissimum! Illumina, defende, sustine, tuoque patrocinio servare digneris Sacerdotes, Magistratos, universumque Aequatoris Reipublicae Populum, qui se tibi in perpetuum sempiternaque religione devovent.

Tibi autem, Cor Immaculatum Mariae, tamquam mundissimo altari hoc humillimum pignus commitimus, fore sperantes ut per te

divino nostro Servatori tam exiguum munus oblatum jucundissimum accidat. Amen.

Cor Jesu dulcissimum! hanc Aequatoris Rempublicam incolumem serva.

Cor Mariae Immaculatum! Jesum deprecare, illamque protege atque defende.

—**Versión castellana.**— Corazón Sacratísimo de Jesús, dígnate iluminar, defender, sostener y conservar bajo tu amparo soberano al Clero, la Magistratura, y todo el pueblo de la República del Ecuador, que se consagra a Tí perpetuamente con voto de eterna fidelidad.

¡Oh Corazón Inmaculado de María! en Ti, como en limpísimo altar, depositamos este humilde don, confiando que, por tu mediación poderosa, será nuestra pobre ofrenda bondadosamente aceptada por el Señor.

Corazón Sacratísimo de Jesús, conserva incólume a la República del Ecuador.

Corazón Inmaculado de María, ruega a Jesús por nuestra República, protégela y defiéndela.

III

Esta Consagración magnífica y solemne fue precedida de una Carta pastoral en que los Prelados todos de esta Provincia eclesiástica hacían saber a los fieles los motivos y razones que les había impulsado a verificar un acto tan espléndido y edificante de piedad; fue seguida de un decreto legislativo del Congreso del Ecuador en que se corroboró lo determinado por los Prelados; y, finalmente, fue coronada por la sanción suprema del Vicario de N. S. Jesucristo, la Santidad de León XIII, que nombró a la Santísima Virgen, en su advocación de Corazón Purísimo de María, Patrona principal de la República del Ecuador.

He aquí esos preciosos e importantes documentos.

Los Prelados ecuatorianos en su Carta Pastoral colectiva, dicen así: "Para hacer eficaz y práctica la Consagración de nuestra República al Corazón Divino de Jesús, es indispensable que la misma República se consagre también al Corazón Purísimo e Inmaculado de María. Nos hemos consagrado a Jesús como a nuestro único Dios y Señor, presentándonos ante su soberano acatamiento como una pobre ofrenda que debe ser inmolada en homenaje a la infinita soberanía y absoluto señorío que le compete sobre todos los pueblos, como que es el Rey de los reyes, y Señor de los señores; a María nos hemos de consagrar como los siervos a su Reina, como los hijos a su Madre, confiándonos a su poderosa intercesión, para que sea nuestra mediadora con Jesús. Principiamos hoy a construir un templo (*) en honor del Salvador, necesario es que ofrezcamos este don a Jesucristo Señor Nuestro, por medio de María.

"En esta virtud, como Pastores que somos de esta Iglesia, consagramos solemne e irrevocablemente la República del Ecuador al Corazón Purísimo e Inmaculado de María; obligándonos a reconocer desde hoy a la Madre Divina del Redentor por Patrona, Protectora y Abogada especial de nuestro Pueblo, y nuestra intercesora eficaz para ante el trono de las misericordias.

"Cada una de las Diócesis de esta República ratificará esta consagración celebrándola con la mayor solemnidad posible, en el tiempo y forma que designarán separadamente los Prelados en sus Diócesis respectivas. Esta designación se hará tan luego como se obtenga de Roma la gracia que vamos a implorar de la benignidad pontificia, de que el Corazón Inmaculado de María sea declarado, después del de Jesús, Patrón principal de la República del Ecuador.

"En testimonio perpetuo de esta consagración, he-

(*) La Basílica del Sagrado Corazón.

mos acordado que adjunta a la Basílica del Voto Nacional, y rematándola en forma de hermosa cruz, se construya una suntuosa capilla dedicada en nombre de toda la República, al Corazón Purísimo de María; siendo de desearse que en cada una de nuestras Diócesis se dedique además a este Corazón Inmaculado un templo, o por lo menos una capilla, con el mismo objeto.

"Si nos empeñamos en hacer efectiva esta consagración por un aumento cada día mayor de devoción a la augusta Madre de Dios, no vacilamos en asegurar que esta Reina poderosísima derramará sobre toda esta República los tesoros de gracia y salvación que están encerrados en el Corazón Divino de Jesús, de los cuales María es dueña y soberana Dispensadora. Que estas gracias sean otorgadas primeramente al Episcopado y al Clero de la República, hoy fuertemente combatidos por las pasiones sectarias, y puestos de blanco de inmerecidos enconos; que lo sean, en segundo lugar, al Jefe del Estado, a la Representación Nacional y a todos los Magistrados y Jueces encargados de dirigir al país por la senda de la cristiana civilización; y, en tercer lugar, al Pueblo todo de la República, para que por la protección de María conserve siempre intacta la santa fe católica, y sea preservado del contagio de la revolución y la impiedad; y pueda así tener con justicia el título glorioso que lleva de *REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS*.— Dado en Quito, a nueve de Julio de mil ochocientos noventa y dos.— † José Ignacio, Arzobispo de Quito, etc.".

La Legislatura del mismo año acogió gustosa el acuerdo de los Prelados, ratificándolo, por su lado, con la siguiente ley:

"EL CONGRESO DEL ECUADOR,

Considerando

1º Que los Ilustrísimos Prelados de esta Provincia eclesiástica han consagrado la República al Corazón Inmaculado de María, y

2º Que en todo tiempo ha alcanzado esta Nación los más señalados favores y gracias del Cielo por la mediación poderosa de la Santísima Virgen,

Decreta:

Artículo 1º La Legislatura, por su parte, consagra también el Ecuador al **CORAZON INMACULADO DE MARIA,** y reconoce a la augusta Madre de Dios por excelsa Reina, amantísima Madre y especial Protectora de esta República.

Artículo 2º El Poder Ejecutivo de acuerdo con los Ilustrísimos Prelados, impetrará de la Santa Sede que el Corazón Inmaculado de María sea declarado, después del Divino de Jesús, Patrón principal de esta República.

Artículo 3º Para recuerdo y testimonio perpetuos de la Consagración antedicha, se erigirá en esta Capital, en la cima del Panecillo, y con fondos de la Nación, una estatua de bronce de la Santísima Virgen con esta inscripción en el pedestal: **El Ecuador a la Madre de Dios, Augusta Reina, Amabilísima Madre y Soberana Protectora de esta República.** Dado en Quito, capital de la República del Ecuador, a cinco de Agosto de mil ochocientos noventa y dos, etc.".

La estatua votada por la ley precedente no se ha erigido aún; pero en cambio se ha colocado una bellísima del Corazón Purísimo de María, en la capilla absidial de la Basílica dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, en Quito, templo que acaba de consagrarse solemnemente, el 12 de Diciembre de 1909. Los Gobiernos liberales y descreídos del Ecuador, que desde 1895 vienen sucediéndose hasta nuestros días, han derogado las leyes por las que antes se regía cristianamente esta nación; en consecuencia, se ha roto el Concordato celebrado por la Santa Sede, y se ha dictado al país una constitución atea. Sin embargo de todo esto, la gran mayoría del pueblo ecuatoriano continúa siendo sinceramente católico, y ha protestado más de una vez contra los ultrajes irrogados a sus creencias religiosas por el imperio de la fuerza, y contra todos aquellos vanos alardes

de incredulidad. Además, hay que advertir que la solemne Consagración de esta República así al Corazón Santísimo de Jesús como al Inmaculado de María, se hizo por los Prelados de esta Provincia eclesiástica, que no han retractado jamás su piadosísima resolución, que ha sido repetidas veces ratificada con júbilo por la nación entera, y ha surtido ya todos sus efectos.

Finalmente, la Santa Sede ha puesto el sello a esta Consagración del Ecuador al Corazón Purísimo de María, por medio del siguiente decreto de la Sagrada Congregación de Ritos:

"Causa elevada a la Congregación de Sagrados Ritos por Quito y las Diócesis sufragáneas.— Los fieles de Cristo, así en la Arquidiócesis de Quito como en las Diócesis sufragáneas, veneran desde hace tiempo a la Beatísima Virgen Madre de Dios bajo el título de *Purísimo Corazón de María*, con tan acendrada piedad que la han elegido, con voto unánime, por Patrona principal delante de Dios, de toda la Nación Ecuatoriana. Así, pues, los Reverendísimos Prelados de la mencionada Provincia eclesiástica, representando los votos suyos, igualmente que los de todo el Clero sometido a su jurisdicción, y los de los Magistrados civiles de la República del Ecuador, han pedido humildemente a nuestro señor el Papa León XIII que se digne confirmar con su autoridad suprema la elección de aquel modo verificada. Su Santidad pues, recibiendo gustosísimo las antedichas preces que le fueron presentadas por el infrascrito Secretario de la Congregación de Sagrados Ritos, se ha dignado constituir y declarar a la Madre de Dios María, en el título de su Corazón Purísimo, principal Patrona ante Dios, de toda la República del Ecuador, con todos los privilegios y honores que por derecho competen a los Patrones principales de cada lugar; y, por tanto, ha concedido que en adelante, se celebre cada año, en la República del Ecuador, la fiesta del mismo Purísimo Corazón de la Bienaventurada Virgen María, con rito doble de primera clase con octava. Sin que pueda obstar cosa alguna en contrario. En el día 4 de Marzo de 1895.— Cayetano

Cardenal Aloysi Masella, Prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos.— A. Tripepi, Secretario de la Congregación de S. R. (*).

IV

Al extremo septentrional de la ciudad de Quito, avanza, dividiendo a ésta del extenso valle del Ejido, uno de los contrafuertes del Pichincha, cuyos últimos estribos rematan en un montículo, conocido ya con el nombre de *Colina del Sagrado Corazón*, por el gran templo gótico que en su cima se construye actualmente; de esa suntuosa fábrica está ya terminada y consagrada la capilla absidial, que es una hermosísima Iglesia en forma de cruz latina, coronada por una cúpula, y revestida de magníficas decoraciones. Catorce vidrieras de color derraman torrentes de luz en los ámbitos del templo, y representan cada una, con no pequeño primor artístico, los principales misterios de la vida de la Santísima Virgen, principiando por el de su Concepción Inmaculada y terminando con el de su triunfante Coronación en los cielos. Una bella y airosa estatua del Corazón Purísimo de María, esculpida en madera, en uno de los más acreditados talleres de escultura, en Barcelona,

(*) El texto original de este rescripto reposa en el archivo de la Curia Metropolitana, según aparece de la siguiente copia conferida por secretaría.— "Quiten et Dioecesium Sufraganearum.— Beatissimam Virginem Deiparam titulo **Purissimi Cordis Mariae** eo pietatis studio Christifideles Quiten. Archidioeceseos ac Sufraganearum jampridem venerantur, ut Ipsam tamquam totius AEquatorianae Ditionis apud Deum Patronam unanimi voto elegerint. Itaque ejusdem Ecclesiasticae Provinciae Rmi. Sacrorum Antistites totius Cleri quoque sibi commissi et Civilium Reipublicae AEquatorialis Moderatorum vota depromentes Sanctissimun Dominum Nostrum Leonem Papam XIII humillime rogarunt, ut ejusmodi peractam electionem suprema auctoritate sua confirmare dignaretur. Sanctitas porro Sua, has preces ab infrascripto S. Rituum Congregationis Secretario relatas peramanter excipiens, Dei Genitricem Mariam sub titulo Purissimi Cordis praecipuam totius Reipublicae AEcuatorialis apud Deum Patronam constituere ac declarare dignata est cum omnibus privilegiis atque honorificentiis quae praecipuis locorum Patronis de jure competunt; atque ideo festum ejusdem Purissimi Cordis Beatae Mariae Virginis amodo sub ritu duplici primae classis cum octava in universa Republica AEcuatoriali quotannis recolendum indulsit. Contrariis non obstantibus quibuscumque. Die 4 Martii 1895.— Cajetanus Card. Aloysi Masella S. R. C. Prefectus.- A. Tripepi S. R. C. Secretarius".

es la imagen principal, venerada en aquella monumental Iglesia; la Inmaculada Virgen está figurada de pie sobre un precioso grupo de alados querubines, y en actitud de mostrar su Corazón maternal a los fieles, invitándoles a refugiarse en ese segurísimo asilo, con la mirada dulce y penetrante de unos muy expresivos ojos, y con el ademán digno y amoroso de sus entreabiertas manos.

Tal es el santuario nacional que el Ecuador ha erigido a su Celestial Patrona y Reina, la Santísima Virgen, en la advocación de su Corazón Purísimo. Podemos esperar, que la augusta Madre de Dios no quedará indiferente a estas sinceras demostraciones de piedad de todo un pueblo en honor de Ella; desde luego, el admirable movimiento de los ojos de la hermosa oleografía conocida bajo el título de *Dolorosa del Colegio,* es una prueba inequívoca de que María ha acogido verdaderamente bajo su amparo poderoso al Ecuador, y de que tiene puestos en él sus miradas y su Corazón. ¿Cuál será el torrente de gracias y bendiciones, que, desde esa bendita colina, se ha de derramar, en el porvenir, sobre toda la República? No lo sabemos, porque esto pertenece aún a los secretos inescrutables de Dios; pero, mientras tanto, no ignoramos que la Iglesia aplica a la Virgen Santísima estas hemosas y consoladoras palabras del libro de los Proverbios: "Bienaventurado el que me escucha y vela continuamente a las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella. Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación: *Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet solutem á Domino* (VIII. 34, 35).

PARTE TERCERA

DOCUMENTOS

Dijimos en el prólogo de esta obra, que constaría ella de tres partes, y que en la tercera reproduciríamos los Documentos que nos han proporcionado los datos de que nos hemos servido para tejer las precedentes narraciones; cumplimos ahora lo que nos habíamos propuesto, pero no con la extensión que deseáramos, por haber resultado el libro impreso mucho más voluminoso de lo que se había calculado al fijar el precio de las suscripciones. Por este motivo nos vemos obligados a reducir notablemente esta última Parte de la obra, dejando para otra ocasión más propicia la publicación de documentos tan importantes como las informaciones canónicas recibidas, por la Autoridad eclesiástica, acerca de algunos milagros auténticos de Nuestra Señora del Quinche, y las manifestaciones portentosas que han dado origen a las advocaciones ya célebres de *la Paz, Macas, la Nube, la Dolorosa del Colegio, etc.* Nos limitaremos, pues, a entresacar de estas piezas históricas, las más desconocidas, y aquellas que hasta hoy han permanecido inéditas, o que han sido dadas a luz en libros tan raros ya por su antigüedad, que para la generalidad de los lectores son como si no existiesen.

Consultando la facilidad de confrontar el texto de la narración con los documentos en que ella se apoya, dividiremos a los últimos en *Apéndices*, con indicación de la página a que cada cual se refiere. En esta selección, a que las circunstancias nos obligan, preferiremos los documentos concernientes a la *Parte Segunda*, por cuanto nuestro principal intento ha sido hacer conocer los

santuarios e imágenes más célebres de la Virgen Santísima, existentes en la República del Ecuador (1).

(1) Incluimos en esta **PARTE TERCERA** los **APENDICES A y B** no colocados por el autor en esta obra, pero que se publicaron en: **Nuestra Señora de la Nube.** Cuenca: Imp. del Clero, 1900.

Igualmente incluimos, como **APENDICE VIII La Virgen del Vergel, Blazema Gospa.** (Ed).

APENDICE 1º

El Santuario de Andacollo en Chile, Pág. 119

Este célebre centro de romerías piadosas, en honor de Nuestra Señora del Rosario, adquiere anualmente mayor importancia, según las aseveraciones de la prensa religiosa de Chile. En prueba de ello citaremos la siguiente noticia que nos da de las fiestas celebradas en Andacollo, en Diciembre de 1906, un periódico, no religioso sino profano, el *Zig—Zag*, revista semanal ilustrada de Santiago, en su número 98.

"Desde los primeros días de Diciembre, opérase por mar y tierra, de Iquique a Punta Arenas, y de San Juan en la Argentina a la costa del mar Pacífico, un doble movimiento de concentración hacia el Santuario de Andacollo. Y no se crea ver solamente gente del pueblo la que emprende la romería: van también numerosas y distinguidas familias de la capital y de muchas otras ciudades de la República. Cálculos aproximados hacen subir a 50.000 el número de peregrinos en los días 25, 26 y 27 del próximo pasado mes de Diciembre. ¡Qué cúmulo de sacrificios y privaciones impone la presencia de aquella pobre aldea de Andacollo a tanta muchedumbre! Sin embargo, nadie se queja de las molestias, antes quedan todos con deseo de volver otro año.

"La mayor parte suben a pie y a caballo y aún descalzos por mortificación, y algunos acaso por economías. Los vapores del norte llegan repletos de romeros durante todo el mes de Diciembre: Iquique envió este

año 2.000, Taltal más de 1.000, Antofagasta muchísimos, pero no hemos podido averiguar el número ni siquiera aproximadamente. Los trenes de Coquimbo al Peñón que dejan a los peregrinos a unas siete leguas del Santuario, son insuficientes a pesar de ocuparse en la conducción de peregrinos hasta los carros de carga y los metaleros. En todas direcciones se divisan caravanas de hombres y mjeres, formando el más vistoso y pintoresco panorama.

"El año presente era el quinto aniversario de la solemne coronación de la milagrosa Imagen de la Virgen de Andacollo. Tal vez esta circunstancia contribuyó a que fuese tanta la concurrencia. También habrá contribuido no poco la reciente publicación de una hermosa revista, órgano del Santuario, titulada *La Estrella de Andacollo*, muy leída en toda la República Pero más que todo habrá contribuido la terrible catástrofe del terremoto del 16 de agosto, pues muchos hicieron mandas de visitar el Santuario, si la Santísima Virgen los protegía; y por cierto que muchos experimentaron la intervención sobrenatural de modo muy admirable.

"Entre algunos distinguidos peregrinos surgió la idea de enviar al Santo Padre un cablegrama de adhesión y condolencia por las aflictivas circunstancias porque está pasando en Francia la Iglesia Católica, y así se hizo. He aquí el cablegrama:

"Andacollo, 26 de diciembre: Excmo. Merry del Val: Prelado, clero y 40.000 peregrinos, Santuario Andacollo, acompañan Santo Padre aflicciones presentes, suplicando consagre el universo al Corazón de María y bendiga peregrinos.— *Florencio*, obispo Serena".

"Su Santidad Pío X contestó luego por medio de su secretario con el siguiente cablegrama:

Excmo. obispo Serena. Su Santidad, agradecido testimonio adhesión bendice peregrinos, Santuario de Andacollo.— Cardenal Merry de Val".

"De la gran caballada que se reunió en los alrededores del Santuario, como 5.000, desaparecieron unos 50 caballos, que acosados por la sed saltaron las vallas en busca de agua. En un principio se temió fuera una profanación de la fiesta por alguna banda de malhechores, mas, luego, aparecieron los caballos perdidos".

APENDICE II

Nuestra Señora de los Molinos, Pág. 433

Acerca de esta advocación de la Santísima Virgen hemos recibido la importante comunicación siguiente, del R. P. Prior del Convento máximo de Santo Domingo, de esta capital.

Quito, Convento de Santo Domingo, a 28 de Diciembre de 1909.

Al Rvdmo. Sr. Dr. Dn. José Julio Matovelle, digno Superior de los Padres Oblatos del Sagrado Corazón de Jesús.

En la ciudad.

Mi respetado y querido amigo:

Después de saludar de corazón a Ud. y su religiosa Comunidad, me es grato comunicarle que cumplo con la oferta que a Ud. hice, en la Casa de la Basílica el 19 del presente, enviándole los datos que entre mis apuntes sobre nuestro Convento de la Virgen Santísima del Rosario de Ibarra he podido sacar, respecto a la tan prodigiosa y venerada, como querida y popular advocación de **Nuestra Señora de los Molinos.**

La Imagen de la Virgen Santísima, en su célebre advocación de **Nuestra Señora de los Molinos,** como después se la llamó, desde los últimos años del siglo XVII, por los Religiosos de Santo Domingo y por el Pueblo, perteneció primitivamente a uno de los nuestros más piadosos, instruidos y autorizados Padres de la Provincia Dominicana de Quito, el M. R. P. Maestro en Sagrada Teología, **Fray José de Valderrama.**

Varios años había permanecido el Padre Valderrama en el Nuevo Reino de Granada (República, hoy de Colombia), como Prior del Convento del Santísimo Rosario de Ipiales, perteneciente hasta el primer tercio del siglo XIX a nuestra Provincia Ecuatoriana, y como Vicario Provincial de ese Partido. El mencionado Padre era un Religioso lleno de piedad y especialmente devoto de la Virgen; y aún, no contento con honrarla en su Imagen de Nuestra Señora del Rosario, entronizada en la iglesia conventual de Ipiales, honrábala también, con culto del todo particular, en otra Imagen de ella misma, pintada al óleo sobre tabla de madera, que representaba a la Madre de Dios con el Niño adorable en sus brazos, y que la tenía, decentemente exornada y frecuentemente iluminada, en un pequeño altar de la celda.

Entre tanto, el Padre Valderrama, que con tan notorio y recomendable celo había trabajado en bien de las almas mediante el cultivo y la difusión del Santísimo Rosario, y que tan cumplidamente se había desempeñado en el gobierno de nuestro Convento y Doctrinas de Ipiales, oyóse llamado por la voz de la obediencia que le quería de Prior en Quito (como lo fue, en efecto, hasta algo después de 1690); y en consecuencia, púsose en camino, acompañado siempre de su muy amada Imagen. Después de algún tiempo de haber hecho pie en Ibarra, bien fuese que el mismo hubiese querido enriquecer al Convento de su tránsito con aquella joya tan prodigiosa y devota, como artística, o bien que sus propios hermanos los Religiosos se la hubiesen pedido para aumento de su devoción y de la del Pueblo a nuestra Madre del Rosario; el hecho es que un día el Padre Valderrama, aprovechándose de que su Prelado, el M. R. P. Maestro y Provincial Fray Bartolomé García, estaba de paso en nuestro Convento de Ibarra, compareció ante él y, obtenida la correspondiente licencia, adjudicó en forma legal a ese Convento la expresada Santa Imagen, en 30 de Julio de 1687, ante el escribano público de la villa, Don Blas Rubio de Pereira.

Cuatro meses más tarde, en 17 de Noviembre de 1687, no contento el Padre Valderrama con la adjudicación, hizo entrega efectiva y solemne del precioso cuadro en manos de la Comunidad, regida entonces por el M. R. Padre Prior y

Varios años había permanecido el Padre Valderrama en el Nuevo Reino de Granada (República, hoy de Colombia), como Prior del Convento del Santísimo Rosario de Ipiales, perteneciente hasta el primer tercio del siglo XIX a nuestra Provincia Ecuatoriana, y como Vicario Provincial de ese Partido. El mencionado Padre era un Religioso lleno de piedad y especialmente devoto de la Virgen; y aún, no contento con honrarla en su Imagen de Nuestra Señora del Rosario, entronizada en la iglesia conventual de Ipiales, honrábala también, con culto del todo particular, en otra Imagen de ella misma, pintada al óleo sobre tabla de madera, que representaba a la Madre de Dios con el Niño adorable en sus brazos, y que la tenía, decentemente exornada y frecuentemente iluminada, en un pequeño altar de la celda.

Entre tanto, el Padre Valderrama, que con tan notorio y recomendable celo había trabajado en bien de las almas mediante el cultivo y la difusión del Santísimo Rosario, y que tan cumplidamente se había desempeñado en el gobierno de nuestro Convento y Doctrinas de Ipiales, oyóse llamado por la voz de la obediencia que le quería de Prior en Quito (como lo fue, en efecto, hasta algo después de 1690); y en consecuencia, púsose en camino, acompañado siempre de su muy amada Imagen. Después de algún tiempo de haber hecho pie en Ibarra, bien fuese que el mismo hubiese querido enriquecer al Convento de su tránsito con aquella joya tan prodigiosa y devota, como artística, o bien que sus propios hermanos los Religiosos se la hubiesen pedido para aumento de su devoción y de la del Pueblo a nuestra Madre del Rosario; el hecho es que un día el Padre Valderrama, aprovechándose de que su Prelado, el M. R. P. Maestro y Provincial Fray Bartolomé García, estaba de paso en nuestro Convento de Ibarra, compareció ante él y, obtenida la correspondiente licencia, adjudicó en forma legal a ese Convento la expresada Santa Imagen, en 30 de Julio de 1687, ante el escribano público de la villa, Don Blas Rubio de Pereira.

Cuatro meses más tarde, en 17 de Noviembre de 1687, no contento el Padre Valderrama con la adjudicación, hizo entrega efectiva y solemne del precioso cuadro en manos de la Comunidad, regida entonces por el M. R. Padre Prior y

Predicador General Fray Jacinto de Villafuerte, y fundó a la par, una Capellanía con un capital censítico de 100 pesos de a ocho reales, para que con sus réditos pudiese el Convento celebrar de la mejor manera, en el mes de Octubre, una Misa anual solemne en honor de aquella Santa Imagen, el día siguiente de la fiesta de Nuestra Señora de la Naval (Nuestra Señora del Rosario).

Dos circunstancias expresó el piadoso donante, cual motivadoras de su deseo de que su Virgen lograse en la Villa de Ibarra un culto público, esmerado y solemne: fue la primera, el interés que tenía de propagar más y más, en beneficio de los fieles, la devoción del Santísimo Rosario; y la segunda fue, el hecho de que a aquella "Imagen de Nuestra Señora del Rosario, trasuntada en tabla, la había él experimentado milagrosa cuando la tenía en su celda".

Más todavía avanzó la piedad fervorosa del Padre Fray José de Valderrama; puesto que, además de lo dicho, ofreció también levantar, a expensas propias suyas, y levantó efectivamente en nuestra Iglesia de Santo Domingo de Ibarra, un altar particular, consagrado al culto público de su Virgen, que algunos años después empezó a llamársela la **Virgen de los Molinos.**

A esta nueva advocación dio origen el traslado que de la prodigiosa Imagen hicieron los Padres Dominicanos a otro sitio, más en consonancia con el ensanche de veneración que ella merecía y que la conveniencia espiritual del Pueblo reclamaba. Desde la época del Prior de nuestro Convento de Ibarra, Fray Juan de Villalpando (Mayo 30 de 1642) tenía ya la Comunidad, en la margen izquierda del Tahuando y junto a la chorrera del Ajaví, un Molino público, al que muy pronto se agregó otro: adyacentes a estos Molinos, teníamos también, en propiedad, unos solares de tierra. Deseando, pues, nuestros Religiosos, desde los últimos años del siglo XVII, que la devoción y el culto, tributados en nuestra Iglesia de Ibarra, a la Virgen del Padre Valderrama, tuviesen para provecho de los fieles más notoriedad y se volviesen verdaderamente populares, trasladáronla desde su altar primitivo a una Capilla propia, que se habían anticipado a construir en

la misma área ocupada por los Molinos. Pronto se convirtió la Capilla en un Santuario, y la piedad popular que lo llenaba bautizó a la mencionada Virgen con un nombre el más natural, invocándola y llamándola **Nuestra Señora de los Molinos.**

En la fábrica de la Capilla, de extensión suficiente para albergar bajo su techo, de 400 a 500 almas, no se omitió gasto ninguno: fue debida su construcción, lo mismo que su ornamentación, tanto al dinero de la Comunidad de Santo Domingo de Ibarra, como a los donativos y limosnas de los fieles: había en aquella, además de la respectiva torrezuela con su campanario, también Sacristía, a la cual desde el principio se cuidó de tenerla provista de paramentos y vasos sagrados propios y decentes: en el interior de la Capilla, aliñada aunque no lujosa, lo más digno de verse y contemplarse, después de la santa, devota y prodigiosa Imagen, colocada, en compañía de los dos Patriarcas Santo Domingo y San Francisco, sobre modesto trono en el retablo del altar Mayor, eran los cuadros al óleo (en número de ocho a diez) en los que, colocados a derecha e izquierda en las paredes, se leía expresivamente pintada la historia de los milagros que **Nuestra Señora de los Molinos había otorgado a sus devotos.**

Capellán nato de la Capilla, por voluntad del Padre Valderrama y designación de los piadosos fundadores de élla, era el Prior **ad tempus** del Convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia, de Ibarra; y él, por sí o por medio de su comisionado, daba allí en honor de la Virgen titular, todos los miércoles del año, misa rezada, al son del órgano; todas las tardes de esos mismos días había en la Capilla, y con descubierta solemne de la veneranda Imagen, **Salve** cantada, a la que asistía, en considerable número, el vecindario de la ciudad.

Pero en realidad, cuando más se conmovía de fervor la población entera, y aun las de las parroquias circunvecinas acudía entusiasmada, en oleadas de gentes sucesivas, a honrar, alabar, bendecir, agradecer, pedir nuevos favores a la poderosa y querida Virgen de los Molinos, era en el mes de

Octubre, al llegar después del respectivo solemne Novenario, el gran día de su fiesta: la colina entonces de **Ajaví chiquito,** junto al puente del río Tahuando, parecía toda ella un templo inmenso, en donde a par de la confraternidad cristiana y la animación más pura, bullía, entre luces, flores, repiques de campanas, y armonías de música popular, la fe más viva y la piedad más fervorosa. La función sagrada entonces, verificábase con misa solemnemente cantada y panegírico de Nuestra Señora; y por la tarde, con distribución concurridísima. Los que en unión con nuestros Religiosos, cuidaban del orden entre los romeriantes de afuera y los demás fieles eran los socios de la **Cofradía de Nuestra Señora de los Molinos.**

Estas romerías y cultos piadosos fueron, por su mayor parte, dignos de la Madre de Dios y grandemente benéficos para el pueblo católico en razón del aumento de fe, devoción y moralidad que en él, durante largos años, venían produciendo; mas como en el mundo no hay cosas de que, por la flaqueza y torcida voluntad humanas, no se abuse, la misma concurrencia abigarrada de pueblos empezó a dar margen, avanzado ya el siglo XVIII, a inconveniencias reñidas con el espíritu cristiano. Necesitábase, pues, restituir las cosas a su primitivo estado; y así, el que, por disposición providencial de Dios, las compuso prohibiendo las romerías y dejando a salvo de profanidad las fiestas de **Nuestra Señora de los Molinos,** así como las de todas las demás Capillas de Regulares, adyacentes a la Villa, fue el señor Presbítero Dr. Dn. Ignacio de Olazo, Promotor fiscal del entonces obispado de Quito, Examinador Sinodal y Juez Visitador del Distrito de Ibarra, cuando en 24 de Diciembre de 1779, practicó por comisión del Obispo de Quito, Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor Don Blas Sobrino y Minayo, la Visita apostólica en Ibarra.

A pesar de todo, a vueltas de no mucho tiempo revivió, por movimiento espontáneo de los pueblos, la edificante costumbre de las romerías, exentas de disturbios ya; y siguió en vigencia hasta el año de 1868, sin interrupción ninguna y con notable aumento de devoción hacia la querida Imagen. Tal vez nunca como por ese tiempo, de 1856 a 1868, bajo el priorato de los Padres Fr. José Dávila, Fr. Fernando Vásquez

y Fr. Joaquín Dávila, habían llegado a tanto auge la adhesión filial y el culto de Imbabura para con su bienhechora Madre, ni acaso jamás tampoco habíase visto tan frecuentado su Santuario.

Desgraciadamente, a causa de las infidelidades de los pueblos, sobrevino el asolador y espantosísimo terremoto de 16 de Agosto del mismo año de 1868; y en la catástrofe general, de que Ibarra especialmente fue sacudido teatro, quedó también, junto con los demás edificios, hecha escombros la Capilla pública de los Molinos; todo amaneció, al siguiente día, envuelto entre las ruinas y despedazado, salvo el prodigioso cuadro de Nuestra Señora. Horas después del cataclismo, dirigiéronse algunas almas piadosas a la colina de Ajaví, y hallándola intacta a la bendita Imagen, lleváronla a Santo Domingo, en donde nuestros Padres tuvieron el cuidado de guardarla, primeramente en el lugar de la Sacristía, y, desde la época del Vicariato (1903) del R. P. Fr. Pedro Guerrero Sosa, en la Iglesia del Convento, a mano izquierda de la entrada, junto al nicho del altar del santo Cristo.

Todos los primeros domingos del año, mes tras mes, se la sacaba a **Nuestra Señora de los Molinos** en pública y piadosa procesión; y al verla sus antiguos devotos, sobrevivientes del terremoto, no podían menos de verter lágrimas de amor y gratitud, recordando en su bendita Imagen la historia de los innumerables consuelos, gracias y aun prodigiosos favores que de su mano de Madre amante habían recibido.

Soy de Ud. mi respetado y querido amigo, afectísimo y fiel servidor.

Fr. Alfonso A. Jerves,
S. O. P.

APENDICE III°

Nuestra Señora de la Escalera, Pág. 291.

DATOS HISTORICOS

ACERCA DEL V. P. FR. PEDRO BEDON (*), AUTOR DE LA FAMOSA IMAGEN CONOCIDA CON EL TITULO DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESCALERA.

Estos datos históricos se hallan contenidos en dos obras célebres, que por desgracia han llegado a ser rarísimas, y, por lo mismo, más preciosas; a los escritores que traten de componer una noticia más detallada y completa de Nuestra Señora de la Escalera y de su venerable autor, el P. Bedón, les ofrecemos aquí los capítulos de los obras mencionadas, donde se habla de aquel santo religioso.

La primera de dichas obras es la de "Los Tesoros verdaderos de las Indias en la Historia de la gran Provincia de San Juan Bautista del Perú, de la Orden de Predicadores, al Rvdmo. Padre Antonio de Monroy Mejicano, general del dicho Orden. Por el Maestro Fr. Juan Meléndez, Natural de Lima, Hijo de la misma Provincia, y su coronista.— Tomo Primero.— En Roma. En la Imprenta de Nicolás Angel Tinassio.— M. DC. LXXX. I.— Con licencia de los Superiores".— El capítulo XII de esa obra se ocupa del Padre Bedón, y dice así:

(*) El apellido de este Padre escriben algunos autores con V, y otros con B; hemos seguido en esta obra a los que lo hacen del segundo modo, pero reproducimos las citas tales como las encontramos.

CAPITULO XII

DIVIDENSE LAS PROVINCIAS DE QUITO Y CHILE DE LA NUESTRA DEL PERU, Y DICESE EN ESPECIAL DE LA PROVINCIA DE QUITO Y DE LOS PADRES FRAY PEDRO BEDON, ETC.

El primero fue el Maestro Bedón, natural de la misma ciudad de Quito, hijo legítimo de Pedro Bedón, y Juana Díaz su mujer de los primeros españoles, que se avecindaron en aquella ciudad en sus principios. Comenzó a mostrar en sus primeros años, lo que importa a los hijos el ejemplo de los padres, y su buena educación, pues de verlos el niño Pedro recogidos y devotos, cuando había de tratar de niñerías y juegos tan propios de aquella edad, los procuraba emular con veras de hombre, y muy hombre en sus santos ejercicios, y cristianísimo modo de proceder. Comenzó el Señor muy temprano a ilustrarle el entendimiento, y aficionarle la voluntad a las cosas del espíritu, y para excusar el trato de los otros de su edad, que pudieran divertirle en algún distraimiento, se salía a la soledad del campo y escondido entre los árboles, y malezas, gastaba las tardes, que otros en travesuras y pasatiempos, en la lición del Libro del Venerable Maestro Fr. Luis de Granada de la Guía de Pecadores, o en la del Contemptus Mundi, o en rezar el Rosario de la Virgen Santísima, meditando sus Misterios, y en estas ocupaciones le hallaban entretenido, y embebido, los que por necesidad, o curiosidad le buscaban.

Desde niño le vistieron sus padres, por devoción singular que tenían a nuestro gloriosísimo Patriarca Santo Domingo, del hábito de la Orden, y estimábale Fray Pedro más que todas las galas del mundo, hasta que años adelante se le quitaron por parecer del Obispo nuestro Frayle Don Fray Pedro de la Peña, y encerrándose el virtuoso mancebo en un aposento oculto de su casa a llorar su despojo, se le apareció la Virgen María Señora Nuestra cercada de resplandores, y le dijo: Dime Pedro ¿es ese el hábito en que me prometiste, que

habías de vivir, y morir? Ponte el que te quitaron, que en él te han de amortajar cuando mueras. Dio luego aviso a sus padres de esta visión, y acreditando la relación del suceso con la experiencia de su virtud, le volvieron el hábito, que le habían quitado, y con él aprendió la latinidad hasta los catorce años, que cumplidos no quiso esperar más, resolviéndose a vestirle, más de veras, en el mismo Convento de San Pedro Mártir de Quito.

Profesó, y los superiores le trajeron al de Lima, a que estudiase las Artes, y Teología, en que salió tan suficientemente aprovechado, que pudo ocupar las cátedras de la Orden, y subir por todos sus pasos al grado del Magisterio. En el Convento de Lima, antes que se ordenase de Sacerdote le sobrevino una enfermedad tan grave, que por sus accidentes entendieron, y entendió, que realmente se moría, mas cuando más apretado se hallaba de la fiereza del mal, desesperados los médicos, y todos de su salud, se le aparecio otra vez la soberana Reina de los Cielos, honrando con su presencia santísima su pobre celda, y le dio milagrosa salud, encargándole se ocupase de su servicio.

Ordenóse de todas órdenes, e hiciéronle pedagogo de la casa de Novicios, en que también fue Maestro andando el tiempo, dando tan cumplida cuenta del uno y del otro cargo, que sacó grandes discípulos de Religión y observancia, y tales que pudieron ser maestros como lo fueron de muchos. Era hombre muy potente y muy dado a la oración, y el tiempo que le sobraba de esto, y de su grande estudio, por no perderse en la ociosidad, que a tantos buenos espíritus ha sabido perder y destruir, se ocupaba en pintar cuadros de Cristo Nuestro Señor, y de su Madre Santísima, y otros Santos, que hacía con gran primor, y se hallan pinturas de su mano en la Provincia de Quito, y en el Convento del Rosario de Santa Fe, del Nuevo Reino, que en su modo descubren, y manifiestan la devoción del Pintor.

Acabado el oficio del Maestro de Novicios, le pusieron en el de Capellán de la Cofradía del Rosario de

los Indios, en que sirvió con muy conocidos frutos, predicábales, oía sus Confesiones, y enseñábales en la fe, en que todavía eran tiernos: andaba todo ocupado en este misterio sin divertirse a otra cosa, y en especial se esmeró en asentar en sus corazones la devoción del Santísimo Rosario, y para que se diesen a ella con fruto les enseñó a rezarle, meditando, por sus misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, con que hizo en ellos una gran mudanza, y así le debe el Convento de Lima al Padre Maestro Fray Pedro Vedón, el punto en que se halla hoy la Cofradía del Rosario de los Indios.

Dividióse la Provincia (como está dicho) y luego instó con los Superiores, porque le diesen licencia, para irse a su Convento de Quito, y aunque le procuraron entretener algún tiempo, por lo que en su compañía interesaba la nuestra, no se pudo poner estorbo a sus ruegos, y conseguida se puso luego en camino, y recibido en el Convento de Quito con alegría común, así de los Religiosos como de los Seculares: halló en él al Padre Fray Rodrigo de Lara, que era Provincial, persona muy religiosa, y celosa del aumento de su Orden, y cuando le dio la bendición, le dijo fuese muy bien venido; porque fiaba de Dios Nuestro Señor había de ser la honra de su provincia, y fue así, que parece que habló Dios por boca del Provincial, pues la honró, y autorizó de suerte con su persona, como se dirá después.

Hízole el Provincial Lector de Artes, y acabado el Curso fue Maestro de Estudiantes, y Lector de Teología, aprovechando mucho a sus discípulos, pues a un tiempo aprendían de su lector virtudes y letras, con que salieron letrados, y buenos Frayles; y su Provincia le postuló, para Presentado, y después para Maestro, pero estos grados y honores eran en la persona del Padre Maestro Vedón, no grados para elevarse y subir, sino para descender y bajarse con el propio conocimiento a la nada de su ser, y al desprecio, que él mismo hacía de sí, porque sólo trataba de ser, y parecer Frayle, portándose en sus acciones y modo de vivir, como si fuera un novicio muy moderno.

Fue a la Provincia de Quito un Vicario General y Visitador (1) enviado por el Reverendísimo, y queriendo por su medio mortificar Dios al Padre Maestro Bedón, permitió que al Vicario General no le pareciesen sus cosas tan bien, como a los demás, y dio en darle pesadumbres, y apretarle los cordeles con desaires, y disgustos de manera, que aunque no llegó a perder los estribos de la paciencia (como dicen), llegó a temer, conocida la humana fragilidad, el perderlos: andaba con esto muy agitado, y turbado, no sintiendo los pesares que le daban, sino la ocasión, que podía haber dado para ellos, y la podía tener de incurrir en alguna mala voluntad a su Superior, y así, hacía oración continuamente por el Visitador y por sí: por él, porque Dios le alumbrase, y por sí, que también le diese luz el Señor, a él para corregirle con Religión, y así para sometérsele con sumisión y humildad.

Estando en esto una noche se le apareció su amigo y compañero el Padre Fray Cristóval Pardave (de quien luego haremos mención) que había años que se había ido al Cielo (según se puede creer de sus muchas virtudes) y muy de espacio se pusieron a tratar de las cosas, y sucesos del mundo, y de la Orden, y después de una gran plática, se despidió el Padre Fray Cristóval, y al llegar a la puerta de la celda el difunto volvió el rostro, y dijo al vivo: Padre Fray Pedro no tenga pena de lo que el Vicario General hace con su persona, que todo es cosa de risa, y dichas estas palabras se desapareció, y así fue, porque viendo el Vicario General su paciencia y tolerancia, mudó la proa, convirtiendo los desaires en estimaciones, y los pesares en cariños, de manera, que ya no sabía donde ponerle, y quisiera darle todos los puestos de crédito de la Provincia, y así se lo ofreció un día: pero el humilde Varón postrándose a sus pies le pidió que todo aquel favor se resolviese a dar licencia para fundar dos Conventos en que al pie de la letra y sin las dispensaciones, que se gozan en las Indias, se

(1) —1599— El Padre Armeria.

guardasen, y observasen nuestras sagradas Constituciones: concedióle la licencia el Vicario General y comenzó con sólo seis reales la fundación del Convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia (1), en la misma ciudad de Quito, estando todo a la mira de la fábrica, que emprendía, sin tener humanos medios, pero mientras duró la obra jamás le faltaron a su celo y confianza los necesarios, para proseguirla.

Siendo Prior de este mismo Convento de la Peña de Francia le sucedió, que una noche estando en el Coro para empezar los Maitines dijo a todos los Religiosos, que se hallaban con él: Padres, los que se llamen Antonios o Antoninos miren por sí porque a uno de estos amenaza una desgraciada muerte: y faltando el hebdomadario, salió a llamarle un hermano del Coro recién profeso que se llamaba Fray Antonio, y no reparando en que el sobreclaustro, por donde iba, no tenía pretiles, se arrimó tanto al perfil de la pared, que puso los pies en vago, y cayendo murió luego, porque dio con la cabeza entre piedras, y se hizo pedazos.

Acabado este Convento se ocupó en la fundación de otro, que es el de Riobamba, y andando en su fábrica, le eligieron por Prior en el suyo de Quito, de que se siguió, que por muerte del Provincial el Maestro Fray Alfonso Muñoz, quedó, por estar asignado a su Convento de San Pedro Mártir el Capítulo futuro, por Vicario General de su Provincia, y enamorados los Religiosos, así de su buen gobierno, como de su mucho celo y virtud, le hicieron su Provincial, y administró el nuevo oficio, como quien (según se dijo) tenía noticia cierta de que había de morirse sin acabarle. Confesábase muchas veces, decía misa todos los días, dábase a la oración, repartía los oficios según justicia, celaba las faltas, corregía los defectos, predicaba, y confesaba la observancia: de donde nació que no le faltasen enemigos, que después de su muerte intentasen obscurecer su memoria:

(1) La Recoleta.

plaga ordinaria que sigue a los que hacen bien sus oficios, porque como la justicia ejecutada lastima a muchos, porque son muchos los que temen la justicia, y hay tan pocos que conozcan sus defectos, hay también muchos que tienen a la justicia por injusticia y pasión.

En este tiempo, teniendo una hermana enferma distante del lugar en que se hallaba, a quien amaba con singulares afectos, por su mucha y conocida virtud, estando en oración vio una figura muy extraña, que fue una mujer de la cintura para arriba muy hermosa, y de ella para abajo horrible, porque era una viva estampa de la muerte hecha de solo los huesos secos y unidos por sola las coyunturas, luego cayó en que su hermana era muerta, dijo por ella un responso, y el día siguiente le aplicó una misa, y averiguóse después, que el día en que había muerto su hermana fue el mismo en que había visto la extraordinaria visión.

En fin hallándose el bendito Provincial en una Doctrina junto a la ciudad de Quito, comenzó a sentirse enfermo, y de hora en hora vino a declararse el achaque con dolores tan graves, que cogiéndole todo el cuerpo no le dejaban reposar un punto. Alborotáronse luego sus compañeros, y cada uno con el deseo que todos tenían de la salud le aplicaba el medicamento que sabía, o que oía decir que era a propósito, y todo era martirizar al enfermo, porque no entendían el mal, hasta que se descubrió, que era una opilación del estómago. Fuéle a ver un Regidor de la ciudad de Quito, que tenía allí sus casas, llamado Melchor de Villegas, devoto suyo, y compadecido de verle desamparado de médicos, y careciendo del regalo que tanto necesitaba para su alivio, cuando tanto le veía padecer de sus dolores; le rogó se fuese a su casa donde sería asistido de los Médicos, y se miraría por su salud con el cuidado que requería su achaque: hízose así, fue a casa del Regidor, visitáronle los Médicos, aplicáronle muchas medicinas, y viendo que el mal pasaba muy adelante, pidió licencia al amigo para irse a su Convento. Sentíase muy consumidas las fuerzas, y se hallaba ya tan flaco, que apenas podía mo-

verse en el lecho, pero con todo se alentó cuanto pudo, y un lunes víspera de su muerte, se vistió, y levantó, y dijo misa en casa del Regidor, y en el último Evangelio al hacer la genuflexión a las palabras *Et Verbum carum factum est,* no se pudo levantar aunque lo intentó, hasta que los asistentes lo levantaron y le fueron desnudando las vestiduras sagradas con que había celebrado, y llevándole a la cama, estuvo en ella hasta el día siguiente por la mañana, que llamando al Regidor, le dijo, que por haberle visto con algún sentimiento al proponerle su voluntad de irse a su Convento, se había querido entretener hasta entonces, pero que ya no era tiempo de dilatar su partida, y llamando a sus compañeros les mandó que le llevasen al Convento, y ejecutándolo así, descansó un rato en la cama, y luego pidió el Viático, y al mirarle en su presencia, comenzó a derretirse en ternuras trabando con su Divina Majestad un coloquio tan dulce y devoto, que los oyentes se desataron en lágrimas. Pidió perdón de sus faltas a sus súbditos y para mayor edificación suya, los convidó, a que con él diesen infinitas gracias a aquel Señor que estaba presente a todos, porque por su grande Misericordia y con su gracia, había conservado hasta aquel punto, la preciosísima joya de la Virginidad. Recibió el Santísimo Viático, y luego pidió le diesen la Extremaunción, a cuyo oficio estuvo muy en sí, respondiendo a los versos, y oraciones, y poco después con un semblante alegre, y apacible expiró: Martes veinte y siete de Febrero de 1621.

Quedóle el rostro hermoso, las manos tratables, y despidiendo de sí un suavísimo olor, el mismo daban sus hábitos, la ropa de su cama. Fue mucho el concurso de la gente que acudió, en sabiendo su muerte, al Convento, pusieron su cuerpo en la Capilla mayor de la Iglesia, y fue menester hacerle guarda a los Frayles, porque era tanto el gentío, que acometía a quererle cortar los hábitos para llevar prendas consigo de que todos entendían que ya reinaba con Dios, que si no le defendieran lo desnudaran los hábitos, según era la codicia de su devoción; no pudieron el Obispo, el Presidente, y la Audiencia entrar, para hallarse en el entierro por las puer-

tas de la Iglesia, y así entraron por la portería del Convento, cantáronle una Vigilia, y Misa de cuerpo presente, con mucha solemnidad, y entre clamores y vocería del pueblo, le dieron sepultura en la Capilla mayor, en el suelo, al lado del Evangelio.

El Padre Fray Cristóval Pardave fue hijo del Convento de León en España, y pasó a la provincia de Chiapa en compañía de otros Religiosos el año de 1544; después se pasó al Perú, y residió en el Convento de Quito, etc.

La segunda de las mentadas obras que trata de nuestro Padre Bedón, es la famosa "Historia de Santo Domingo, y de su Orden de Predicadores —Por D. Fray López, obispo de Monópoli, de la dicha Orden". La cita que hace a nuestro propósito es el *Capítulo 73 de la Quinta parte:* hélo aquí.

CAPITULO LXXIII

De los Siervos de Dios, el Padre Maestro Fray Pedro Vedón, y el Padre Fray Cristóval de Pardave, de la Provincia de Quito.

El Padre Maestro Fray Pedro Vedón tomó el hábito en la casa de Quito, y habiendo hecho profesión fue a estudiar al convento de Lima. Siendo diácono le aconteció un caso bien extraordinario, principio de sus acrecentamientos; y fue, que hallándose en la casa de novicios del dicho convento, enfermo, y en la cama, desahuciado ya de los médicos y recibidos los sacramentos; era devotísimo de la Virgen Nuestra Señora del Rosario (devoción que tuvo casi desde que tuvo uso de razón) y viéndose ya muy a punto de expirar comenzó a decir con lastimosas congojas, siendo la Virgen en quien tenía depositada todas sus esperanzas: Dulcísima María, Madre de Dios, Señora, mía, por cuya mano he vivido, y por cuya disposición tomé el estado de religión, y he llegado hasta este último término en que me veo; vos, Señora, que me asentastes en el número de vues-

tros capellanes y siervos devotos de vuestro santo rosario, siendo el menor y más humilde en merecimientos, volved a mí vuestros ojos piadosos, y remediadme con ellos, aunque yo por mi descuido y negligencia no os haya servido jamás, ni hecho por agradaros cosa que sea de consideración. ¿Es posible, Señora mía, que me habéis de dejar morir, rodeado de estas miserias, habiendo amanecido en mí el amor a un tiempo con la razón? ¿No será bien y obra de vuestra misericordia, que me otorguéis plazo, y me deis tiempo en que me provea en las cosas de mi alma, y lleve merecimientos que nacidos de buenas obras, puedan asegurar la salvación de mi alma? ¡Ay de mí!, Madre y Señora mía, bien de mi alma, si vos no me valéis en esta ocasión, y no intercedéis por mí en presencia de vuestro Santísimo Hijo indignado de mis descuidos y tibiezas, que ofenden mucho su divina persona, que habiendo muerto por mí, no he vivido con el agradecimiento que se debe a tan soberano beneficio. Entre estas razones tristes, y llenas de congojas, de sobresaltos y miedos, quedó como medio dormido; y aunque tenía ya como acabado el uso de los sentidos con la vecindad de la muerte, le pareció que levantaban la antepuerta de su celda, y que entraban muchas doncellas vestidas de blanco y azul, y le rodeaban la cama; y luego entraba una Señora de rara majestad y grandeza, y oyó una voz que decía: Esta es la Madre y Reina de misericordias: y aunque estaba ya con las congojas de la muerte, recreado con tan soberana visita se sentó, y como pudo se derribó, humillándose con todo el cuerpo haciendo reverencia a la Soberana Virgen, y luego le pareció que la Soberana Virgen llegó a él, y le dijo estas palabras: Ten confianza, Siervo mío, que no morirás de esta enfermedad. En lo porvenir no vivas con el descuido que has tenido; anímate, y de hoy más sírveme con más puntualidad y devoción, y cree que si lo hicieres, será muy cierto mi favor. Volvió en sí cubierto de un maravilloso sudor, y lleno de confusión y vergüenza, lloró y dio gracias a la Virgen de quien había sido visitado y enriquecido con tan gran favor. Sintióse luego aliviado. Vínole a deshora un sueño tan grande, y rogó a los Religiosos que conforme al estilo de la Or-

den le estaban velando, que le dejasen descansar y dormir un rato. Hiciéronlo así; pero con miedo y tratando entre sí, si era imaginación y sueño, que con él se hallaría en la otra vida, que podrían bien pensarlo de hombre que tan en lo último se hallaba. En efecto durmió desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana, y quedó sin calentura. El médico habiéndole dejado tan trabajado en manos de la muerte, tuvo por cierto que a la mañana no le hallaría vivo, y viéndole sin calentura, aseguró que milagrosamente había cobrado salud, y que si había en la naturaleza fuerzas para tan extraña mudanza, ni en la medicina ni en los médicos como ayudarla, y más no le habiendo hecho ni remedio ni beneficio, dejándolo por negocio desahuciado y sin provecho. No respondió a lo que el médico decía, si quiso que se entendiese la merced que la Reina del Cielo le había hecho, y con este acuerdo con sólo su confesor comunicó el caso. Desde aquel punto la salud fue tan entera, que hasta la última enfermedad la conservó, quedando el sujeto robusto para trabajar; y con esto puso toda su felicidad y cuidado en fundar muchas cofradías del Santísimo Rosario, del dulcísimo Nombre de Jesús y del Santísimo Sacramento. Acabados sus estudios, volvió a su convento, y fue el primer hijo que la casa tuvo, que dio principio a que en ella se profesasen letras y estudios. Leyó un curso de Artes, y luego Theología. Y aunque estas ocupaciones eran grandes, con ellas se ocupaba en asentar las cofradías que se han dicho, y en su convento había tres clases de cofrades en diversas hermandades del Santo Rosario. En una estaban asentados Españoles: en otra Indios de la tierra, y en otra Negros; habiendo en la Iglesia tres capillas diferentes. Acudía y acudió siempre a predicarles y enseñarles los soberanos misterios del Rosario. Fue esto de manera, que se le deben las gracias de haber introducido el predicar allí a los indios en su lengua; servicio que ha sido en notable beneficio, y que ha redundado en el acrecentamiento de la Fe. Este ejercicio se va continuando en el dicho convento con mucho aprovechamiento de los Indios, y reputación de la Orden. Con esta ocasión se asentó en el Convento una Cátedra de la lengua de la Provincia,

que la vienen a oír en el convento muchos Clérigos que salen a predicar. El Padre Maestro salía todos los domingos a la tarde con más de dos mil Indios en procesión, y en la plaza, después de haber rezado y dicho las cuatro oraciones, les predicaba en su lengua, con mucho ejemplo de los Españoles que allí se hallaban. Pasó a la Provincia del nuevo Reino de Granada, y en la ciudad de Santa Fe, cabeza de aquella provincia, entabló el estudio de las letras, y fue el primero que leyó Theología a frailes y seglares con mucho aprovechamiento. En la ciudad de Tunja, pueblo principal, fundó la cofradía del Rosario, que hasta hoy está con gran lustre. No tenía mucha gracia en predicar; pero en hablando de Nuestra Señora, en tomando en boca el nombre de María, era con tan singular devoción y ternura, que le corrían las lágrimas de los ojos, sin ser parte para atajarlas; con que se enternecía todo el auditorio (que esto puede la virtud y devoción del predicador). En hablando de los sentimientos y dolores de Nuestra Señora en la Pasión de su celestial Hijo, eran las lágrimas abundantísimas, acompañadas con las del auditorio. Lastimábale mucho que en las Indias no se hubiese predicado el Evangelio con el estilo y modo que los Apóstoles predicaron la Fe. Hizo ciertos conventos Recoletos, donde se viviesen a las leyes que Santo Domingo mandó en sus santas Constituciones. Salían los frailes a predicar a pie y con pobreza, con orden que no recibiesen de los Indios cosa alguna, sino que entendiesen en los sermones y confesiones, tenían solo por fin la salvación de sus almas (que es lo que San Pablo de sí decía). En fundar las cofradías dichas se ocupó toda la vida; que como varón verdaderamente apostólico, y criado con la leche de Santo Domingo, predicaba con espíritu y verdad. Conservó el don de la virginidad; pasó muchos trabajos y persecuciones. Siempre estaba ocupado, o estudiando o predicando, o confesando. Hablaba poco con mujeres, y esto en presencia de otras personas, y habían de ser personas de buena opinión, espirituales y virtuosas. Era muy devoto de las ánimas del Purgatorio, y era público entre muchos, que le visitaban (dándolas el Señor licencia para ello). No fundo convento que no fuese en advo-

cación de Nuestra Señora. Un caso sucedió en su tiempo en la ciudad de Quito, y fue, que llevando un Oidor de la Audiencia preso a su padre, procediendo en el caso arrojadamente y con poca consideración, y con un Alguacil le envió a la cárcel. Pasando el preso por la iglesia mayor, dijo al Oidor: Esta es mi casa y no la cárcel. Encolerizóse, y valiéndose de los Alcaldes del pueblo, quiso sacarle de la Iglesia. Informado el Obispo, mandó con censuras que no le sacasen de la Iglesia. Acompañando yerro a yerro, sin que le detuviese la descomunión de su Prelado, estando el preso asido de la peanna del altar de Nuestra Señora, dijo: Señora mía, este agravio a vuestra Majestad se hace, y no a este vil siervo vuestro. En fin asiendo del el juez, como si fuera alguacil, o corchete, le sacó de la Iglesia; y llegando a la plaza viole el Obispo, y afeó el caso. Estaba con el Obispo el Padre Fray Domingo de Valdes, hombre docto y de mucha autoridad y virtud. Advirtióle que en el sermón que había de predicar, afease mucho el caso, y la demasía y atrevimiento del Oidor. Hízole así, y el día siguiente, puesto en el púlpito de la Iglesia mayor, en el discurso del sermón, vuelto al Oidor, refirió la historia que la Sagrada Escritura cuenta del rey Ozías, que quitándole el turíbulo al levita a cuyo cargo estaba incensar en el templo, comenzó a incensar el arca del testamento. Salió un profeta a la reprehensión de tan arrojado atrevimiento, y notificóle que por aquel desacato lleno de lepra moriría luego; y así fue. Acabada la historia, con un espíritu grande dijo al Oidor: Oh triste juez, el oficio de predicador que tengo es el mismo que a este profeta Dios le había comunicado; y así en nombre del Señor os notifico la misma sentencia. Encolerizóse el Oidor. Atajóle Dios la cólera; porque al punto se sintió herido de lepra, de manera que no pudo salir de la Iglesia. Lleváronle a su casa, y dentro de veinticuatro horas se extendió la lepra por todo el cuerpo (enfermedad que jamás se ha visto en las Indias). Sacó al preso de la cárcel y pidióle perdón, y con todo esto se ejecutó la sentencia que el predicador le había notificado, y dentro de tres meses murió advirtiendo la ciudad el cumplimiento de la sentencia dada. No faltó a quien pareciese demasía lo

que el predicador había dicho y hecho, y preguntándole cómo se había arrojado a decir tan sentidas palabras al Oidor, respondió que no tuvo intento de decirlas de aquel modo, previniendo el término de que había de narrar: pero en comenzando (dice) al hacer memoria de la historia de Ozías, vino sobre mí una luz del Cielo que me tenía suspenso sin saber como dar a entender mi pensamiento. Entendióse que había sido Dios el autor de las palabras que al parecer tenía algo de libertad, de que aseguraba la religión, virtud, y letras del predicador. Fundó este Padre un convento en el valle de Caranqui, y para él hizo una imagen que la llamó Nuestra Señora (de la Peña de Francia y) del Rosario: hubo diversos pareceres entre la gente de la tierra sobre el sitio donde se había de edificar la casa. Declaróle el Señor con una maravillosa visión; y fue, que un día antes de la vigilia de la Natividad de Nuestra Señora, andando por aquel camino tres hombres, un Español con dos Indios llegando junto al sitio donde después se edificó el monasterio, vieron una Imagen de Nuestra Señora cubierta con un manto blanco, y la ropa llena de preciosas joyas, la cual iba caminando por el aire causando gran resplandor dos blandones; y dentro de poco rato vieron que el rostro de la Santa Imagen echaba de sí un grande y maravilloso resplandor, y por todo el valle se vio una claridad grande, que unos pastores viendo alborotadas las ovejas y los perros del ganado, despertaron, y vieron la claridad que ocupaba todo el valle. Desapareció la visión, cuando llegó al sitio donde el bendito Padre había acordado edificar el convento. Con el ruido que en toda la tierra hizo este milagro, fue grandísimo el concurso de toda la gente que acudieron a pendón herido (como dicen) a la devoción de la Imagen, enriqueciéndola con limosnas, y juntamente se vieron diversidad de milagros, que a la devoción de la Santa Imagen obraba Dios, de que por abreviar no se habla aquí. En ocasiones de grandes secas, en sacando la bendita Imagen tienen agua en abundancia. Pasóse esta Imagen a la Iglesia nueva, y visiblemente se echó de ver que el demonio que puesto en un gran santuario adoraban los Indios, partió de la tierra. A la fama de estos grandes milagros vi-

nieron algunos Indios infieles. Hablóles el bendito Padre, y dijeron que venían con el deseo de convertirse y hacerse cristianos. Hanse bautizado más de tres mil almas, y puédese decir que se debe este buen suceso a la devoción y milagros de la Santa Imagen. Después de una larga y santa vida, gastada muy en servicio de Dios y de la soberana Virgen del Rosario de quien fue devotísimo (como se ha dicho) y en beneficio de su Orden, falleció el 17 de febrero de este año 1621. Tres cosas sucedieron en testimonio de la santidad del siervo de Dios, con que su Majestad suele honrar la partida de sus amigos. La primera fue el concurso grande de la gente que procuraba cortarle los hábitos. Hallóse la Audiencia Real a su entierro, y todos por orden llegaron a besarle la mano, y tocar rosarios a su bendito cuerpo. Y cuando le llevaban a la sepultura, se sintió un maravilloso olor. Acabó la vida siendo Provincial; y cuando se hace el servicio con satisfacción y como Santo Domingo quiso que se hiciese, no puede ser con gusto de todos, porque no todos aspiran a vida muy penitente y rigurosa. Es bien verosímil, que el bendito Padre tenía algunas personas poco aficionadas: pero si muriera retirado en su celda, con sus propios cuidados, sin ocasión de cobrar algunos pocos desafectos, fuera prodigio su muerte, publicado y reverenciado de todos por santo, como verdaderamente lo era. Con todo eso en todas las provincias de Indias, donde anduvo, es tenido por santo. Nació en la ciudad de Quito, provincia del Perú.

El siervo de Dios Fray Cristóval de Pardave fue natural de la ciudad de León en Castilla la Vieja, etc.

APENDICE IV

Nuestra Señora del Extasis, Pág. 507

La Santa Imagen venerada en la ciudad de Cuenca, bajo el título de la *Virgen Dormida*, y también con los de *Nuestra Señora del Extasis* o de *los Hervideros*, fue encontrada en la parroquia de Baños, en 1587, probablemente el día 8 de Septiembre. Poco después del acontecimiento el Provisor y Gobernador eclesiástico de la Diócesis, Rvdmo. Sr. Dr. D. Tomás Torres Arredondo, recibió una información relativa al suceso prodigioso; pero desgraciadamente el proceso de aquellas informaciones se ha perdido. En 1896, el Rvdmo. Administrador Apostólico de la misma Diócesis, Canónigo Maestrescuela Dr. D. Benigno Palacios, ordenó se repusiera el expediente con las declaraciones de personas graves y contemporáneas de aquella invención maravillosa; así se hizo, y aunque para entonces habían muerto ya la Sra. Teresa Moscoso y otras personas que fueron testigos casi presenciales del acontecimiento, quedaban no pocas que vieron a la Santa Imagen en su estado primitivo, y tal como fue extraida de los Hervideros. Deseáramos reproducir aquí íntegramente esa información, pero ya que esto no nos es posible, por la brevedad a que debemos ceñirnos en estos Apéndices, extractaremos la parte sustancial de las principales declaraciones.

La 1ª es del respetable caballero Sr. D. Antonio Moscoso, sobrino carnal de la Sra. que encontró la Santa Imagen; dice así: "En la Ciudad de de Cuenca, a dos de Junio de mil ochocientos noventa y seis, etc... compareció el Sr. D. Antonio Moscoso Cárdenas... quien después de prestar juramento de decir verdad acerca de cuanto fuese preguntado... declaró: 1º que, poco más o menos por los años de mil ochocientos cincuenta y siete, dos tías paternas del declarante, las señoras Manuela y Teresa Moscoso y Benítez, muertas ambas

ha más de doce años, fueron a la parroquia de Baños, donde aconteció lo siguiente. Habiéndose acercado al punto llamado de los Hervideros a ver las aguas termales muy visitadas de ordinario por los curiosos, mientras veían una de aquellas fuentes, la señora Teresa Moscoso notó que entre el torrente de las aguas se presentaba esculpida en una piedra una Imagen de la Santísima Virgen, y exclamó: "¡La Virgen!"; y luego sin detenerse por el temor de ser quemada por aquellas aguas de muy elevada temperatura, se precipitó hacia la fuente, e introdujo allí las manos, y extrajo la Santa Imagen. Esta relación oyó el declarante muchas veces a la misma Sra. Teresa Moscoso, ya mencionada; y aun a su hermana la Sra. Manuela Moscoso. 2º Que el declarante vio la Santa Imagen en su estado primitivo, antes de que ningún escultor ni pintor hubiese puesto manos en ella. La Imagen representaba exactamente a la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos, era todo algo tosco, principalmente la Imagen del Niño, cuyas facciones se veían en confuso. Parece que el escultor ha pulido la estatua antes de pintarla. Pero sí era indudable, a cuantos veían aquella piedra, que lo que tenían delante era una Imagen de la Santísima Virgen, la misma que tuvo en su poder largo tiempo el Ilmo. Sr. Obispo León, y que actualmente se halla en el poder de los Sacerdotes Oblatos, etc."

La 2ª es del Sr. D. Luis Antonio Moscoso, quien juramentado según derecho dijo: "que estaría de edad de ocho años, poco más o menos, cuando ocurrió que la Sra. Teresa Moscoso, tía carnal del declarante, partió de la ciudad de Cuenca a la vecina parroquia de Baños, donde habiendo dicha Sra. acercádose a uno de los *Hervideros* de aquel lugar, en compañía de otra mujer con la cual hizo el viaje, vio de súbito como que salía del fondo de la tierra, entre el torrente de las aguas del Hervidero, un objeto que aparecía y desaparecía, en el cual divisó claramente esculpida una Imagen de la Santísima Virgen; movida del espectáculo de semejante prodigio la Sra. Moscoso, sin reparar en la temperatura ardiente de las aguas del Hervidero, introdujo el brazo

hasta más arriba del codo, y casi quemándose extrajo una piedra caliza, de las que abundan en aquel sitio, en la cual encontró perfectamente esculpida una pequeña estatua de relieve de la Santísima Virgen. Añade el declarante que como vivía en la misma casa y bajo la protección y vigilancia de la mencionada señora su tía, supo todo lo que acaba de expresar, por haberlo oído referir varias veces a la expresada señora; y que le consta al mismo por haber visto muchas veces con sus propios ojos la verdad de hallarse maravillosamente esculpida la Imagen de la Santísima Virgen en aquella piedra, y recuerda que era así: la Virgen Santísima estaba como recostada en una peña teniendo al Niño Jesús en el regazo, siendo muy claras y visibles a todos las facciones de ambos personajes; en la parte superior estaba muy visible el manto, y en la parte inferior venía a confundirse como en una sombra. Toda la piedra tenía el aspecto oscuro medio verdoso. Fue esta invención un hecho tan extraordinario que llamó la atención de toda la ciudad, tanto que venían las gentes en tropel a ver la Imagen prodigiosa, y todos salían convencidos de que era una Imagen de la Santísima Virgen la que se había encontrado en los *Hervideros* de Baños. Sabe el declarante que después ha sido iluminada la Imagen, pero él la vio en su estado primitivo, y tal como había sido encontrada en los *Hervideros,* antes de que ningún artista hubiese puesto en ellas las manos. Esto es lo que recuerda y declara bajo la gravedad del juramento que tiene prestado".

La 3ª es la del Sr. Dr. D. Manuel Coronel, ya finado, quien fue uno de los abogados distinguidos de Cuenca, y notable profesor de jurisprudencia en su universidad, por largos años; su declaración es como sigue: "Habiendo prestado previamente juramento de decir verdad en todo lo que supiese y fuese preguntado, expuso: Que según recuerda, en los años de mil ochocientos cincuenta y siete, o cincuenta y ocho, conoció una piedra calcárea, formada en los *Hervideros* de la parroquia de Baños de esta Diócesis, en la que se hallaba como formada la Imagen de la Santísima Virgen con el Ni-

ño Dios en el regazo, y que le aseguraron que una Sra. Moscoso, reparándola en el fondo de las aguas calientes, la sacó exclamando ser la Virgen, y sin temor de quemarse la mano; que pasado algún tiempo le mostraron la misma piedra, ya compuesta, y mejor delineada la Imagen antedicha, por algún artista, y que el declarante improbó aquella composición, porque quitaba todo el mérito de la obra primitiva de la naturaleza. Que entonces todo el pueblo cuencano se ocupó de este acontecimiento, teniéndolo por maravilloso; y que el exponente fue llamado a declarar sobre lo que lleva expuesto ante la Autoridad Ecca., que la desempeñaba el Pbro. Sr. Tomás Torres Arredondo, como Provisor y Vicario Capitular de la Diócesis, etc.".

Otra de las declaraciones, la del Rvdmo. Canónigo teologal (hoy maestrescuela) Dr. D. León Piedra, profesor de dogma en el Seminario, está concebida en los siguientes términos: "Que por los años de mil ochocientos cincuenta y ocho, poco más o menos, fue público y notorio en todo Cuenca que la Sra. Teresa Moscoso había encontrado prodigiosamente en la vecina parroquia de Baños, en una de las fuentes termales que abundan en el punto denominado *Los Hervideros*, una Imagen de la Santísima Virgen con el Niño Jesús, esculpida en una piedra calcárea. Luego que se difundió esta noticia, muchas personas no contentas con ver y admirar la Santa Imagen, marchaban a Baños a reconocer el lugar de aquella invención maravillosa; el exponente, que en aquel tiempo era estudiante en el Seminario de esta ciudad, hizo también varias excursiones a la mencionada parroquia, con el fin de visitar el sitio desde entonces célebre de *Los Hervideros*. Son estos, como se sabe, una pequeña colina calcárea, de varias cuadras de extensión que remedan algo las murallas de una fortaleza, y tiene la forma de una herradura; la parte convexa de ella mira hacia la Iglesia parroquial de Baños, y la cóncava hacia esta ciudad. Poco antes de la extremidad de aquella colina, en la parte contigua al camino que va de esta ciudad, en una curvatura que linda con el predio que fue del finado Sr. D. Melchor Maldonado, hay una especie de

antepecho o contrafuerte que remata en una pequeña planicie, algo más baja que la cresta de los *Hervideros;* en aquella planicie brotaba, al tiempo de la invención maravillosa, una fuente muy copiosa que tenía forma circular, y donde se miraba hervir el agua como en la taza de un surtidor, taza que tendría el diámetro como de dos varas, y de la cual descendían gruesas corrientes a unirse con los arroyos que circundan a los *Hervideros.* Esa es la fuente que se indicaba por todos como lugar en que se había verificado la invención portentosa de la Santa Imagen. Parece que después ha llegado a cegarse aquella fuente y abrirse en otro sitio de la colina, como acontece frecuentemente en los *Hervideros.* En cuanto a la Imagen prodigiosa ha sido constantemente venerada en Cuenca, y lo es hasta hoy, como una obra que no proviene de manos de hombres, sino de origen verdaderamente extraordinario y maravilloso. Expuso que lo que acababa de expresarse es cuanto sabe acerca de este asunto".

La última declaración que reproduciremos aquí es la del Ilmo. Obispo de la Diócesis, contenida en el siguiente informe: —"En la ciudad de Cuenca, a doce de Noviembre de mil ochocientos noventa y seis, el Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, Dr. D. Miguel León, informó lo que sigue, en forma legal... Dijo Su Señoría Ilma. que por los años de mil ochocientos cincuenta y siete o cincuenta y ocho, fue público y notorio en toda esta ciudad que habiendo ido la Sra. Teresa Moscoso, de estado célibe, miembro de una de las familias más respetables del país, y mujer de vida muy ejemplar y piadosa, a la vecina parroquia de Baños, como se hubiese acercado a ver una de las fuentes termales que hay en el punto denominado de los *Hervideros,* vio que salía impelida por las aguas una piedra que llevaba esculpida una Imagen de la Santísima Virgen; por lo cual entusiasmada la referida Sra. y sin advertir el riesgo que corría de quemarse, introdujo la mano en el *Hervidero* y extrajo de él aquella piedra exclamando "¡la Virgen, la Virgen!". Este acontecimiento fue tenido generalmente como un singular prodigio, por la ciudad de Cuenca,

tanto que todos se empeñaban por mirar con sus propios ojos a la maravillosa Imagen y tenerla en su poder, disputándose por llevarla a las casas especialmente de los enfermos, con el fin de alcanzar la salud de ellos por mediación de la Santísima Virgen. Conociendo por esto el peligro grande que había de que se perdiese luego aquella Santa Imagen, se empeñó su Ilma. en poseerla, lo que obtuvo no sin dificultad de la mencionada Sra. Moscoso, que convino en cederla porque la hicieron advertir que permaneciendo la Efigie en poder de una persona o familia particular habría desaparecido en breve, por hallarse expuesta a romperse fácilmente, pues, como se ha dicho, la Imagen está formada en una materia tan frágil, como es la piedra caliza. Para ponerla a cubierto de semejante fracaso, en cumplimiento de los propios deseos, los de la Sra. Moscoso y del público en general, trató su Ilma. de construir en la extremidad sur de esta ciudad, en el punto denominado *Cruz del Vado,* en el espacioso sitio que compró al efecto, y que lo posee hasta ahora, una hermosa iglesia dedicada a la *Virgen de los Hervideros;* había gastado ya como cinco mil pesos en aquella adquisición, en la apertura de cimientos y otros gastos concernientes a la realización de este designio, cuando el predecesor de Su Ilma. en el Obispado de esta Diócesis, el Ilmo. Sr. Toral, de feliz memoria, le insinuó ser su voluntad que dedicase todos sus afanes y recursos a la fundación de una *Casa de Huérfanas,* y, accediendo a los deseos de aquel Prelado, hubo de hacerlo así el Ilmo. informante, quedando por este motivo sin efecto el designio que había tenido de construir aquella Iglesia, por haberse aplicado de preferencia a sostener la mencionada *Casa de Huérfanas.* como es notorio a toda esta ciudad. Cuando el Ilmo. Sr. León recibió de poder de la Señora Moscoso la Santa Imagen, vio entonces que la Efigie primitiva había sido deslustrada por un mal pintor, que se había atrevido a poner sus manos en aquella obra maravillosa, dándole colores a su antojo; para remediar en algo este enorme yerro, hizo su Ilma. corregir los errores del anterior artista por otro más experto y entendido; y haciendo asegurar la Imagen bajo una bomba de vidrio, la colocó

en un altar de su oratorio privado, donde ha permanecido venerada de los fieles, hasta que hace pocos años se la cedió a la Congregación de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón, establecida en esta Diócesis. La Santa Imagen mientras permaneció en poder de su Ilma. fue visitada no sólo por individuos del pueblo, sino por personas de la más alta distinción. Un sacerdote muy ilustrado en ciencias eclesiásticas y afamado orador, no creía que hubiese nada de maravilloso en la invención de esta Imagen, por lo cual en son de burla pidió que se la mostrasen, preguntando si estaba ya bendita; pero luego que la hubo visto, cambióse su incredulidad en asombro, y exclamó: "Esta Imagen no necesita de bendición, porque la ha traido del cielo". El sabio y erudito religioso Fray Vicente Solano, nada inclinado a seguir las preocupaciones del vulgo, informado del modo como se había hallado la Imagen, y después que la hubo visto, dijo que lo que mas le convencía de que esta Santa Efigie era de origen verdaderamente portentoso, y no obra de hombres, era la singular actitud de la Virgen y el Niño; "pues los hombres se limitan a imitar lo que han visto, pero nadie hasta hoy ha visto una Imagen semejante", dijo el sabio franciscano; porque es de admirar que aquel precioso simulacro representa a la Santísima Virgen dormida y reclinada en una roca, y teniendo al Niño Jesús dormido también en su regazo. Uno de los presidentes más célebres de la República, el Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, vino a Cuenca poco después de la invención de la Santa Imagen y deseó verla por la gran fama que corría entonces en Cuenca acerca de este hallazgo prodigioso; cuando el Sr. García Moreno tuvo en sus manos la Efigie se resistió a creer que fuese encontrada en los *Hervideros,* juzgaba que era obra artificial de algún escultor cuencano; e insistiendo en su modo de pensar, sacó una navaja del bolsillo, y con los grandes conocimientos que tenía en ciencias naturales, especialmente en química, examinó la piedra, y se convenció que era formada en los *Hervideros,* y no obra de artista humano; entonces su duda se cambió en entusiasmo y se empeñó mucho en llevar consigo la Santa Imagen, tanto que llegó a ofrecer por ella hasta

quinientos fuertes, pero el Ilmo. Sr. León se negó constantemente a ello por no privar a la ciudad de Cuenca de una joya tan preciosa, regalada visiblemente por el Cielo; y en lugar de ella obsequió al piadoso Presidente un hermoso Crucifijo trabajado esmeradamente por el escultor D. Miguel Vélez. Como todos tuviesen por un hecho sobrenatural y milagroso la formación de este simulacro, la Autoridad eclesiástica de la Diócesis, que lo era el Sr. Dr. D. Tomás Torres Arredondo, Gobernador Eclesiástico y Vicario Capitular en Sede Vacante, recibió una información canónica acerca de todo lo ocurrido; dicha información permaneció en Cuenca, hasta que vino a esta ciudad el Ilmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Checa y Barba, Arzobispo que fue de Quito, quien prendado de amor y devoción a esta original y bella Imagen resolvió impetrar de la Santa Sede la concesión de un Oficio y Misa especiales en honor de aquella; y como algunos años después tratase de hacer un viaje a Roma, entre otros fines, con el de alcanzar la concesión proyectada, llevó consigo los Procesos, cuyo paradero se ignora en la actualidad; pues aunque el Ilmo Sr. Checa emprendió el viaje antedicho, tuvo que regresarse de Guayaquil, por los trastornos políticos que sobrevinieron entonces; pero poco después, como es sabido, una muerte súbita y violenta puso término a los preciosos días del benemérito Arzobispo; con lo cual se hizo imposible averiguar el paradero de la antedicha Información. Expuso el Ilmo. Sr. León que lo que deja dicho es cuanto sabe y le consta acerca de la Imagen de la Santísima Virgen, conocida con el título de Nuestra Señora del Extasis; aclarando que lo relativo al modo como se encontró la Santa Imagen, lo sabe su Ilma. no sólo por la voz pública, sino por haberlo oído repetidas veces de labios de la misma Sra. Teresa Moscoso.— † *Miguel*, Obispo de Cuenca".

APENDICE V

Imágenes y Santuarios célebres de la Santísima Virgen en el Ecuador (1). Pág. 161.

Nuestra Señora de la Peña de Francia (Ibarra).
Nuestra Señora de Lourdes, en San Pablo de la Laguna (Otavalo).
Nuestra Señora de Intag (Cayambe). *
Nuestra Señora de la Natividad (Tabacundo). **
Nuestra Señora de la Presentación (Quinche).
Nuestra Señora de Guadalupe (Guápulo).
Nuestra Señora de la Nube (Ib.).
Nuestra Señora de la Merced (Quito).
Nuestra Señora, la Peregrina (Ib.).
Nuestra Señora de la Antigua, de San Francisco (Ib.)
Nuestra Señora de la Concepción (Ib.).
Nuestra Señora de Copacabana (Ib.).
Nuestra Señora de la Escalera (Ib.).
Nuestra Señora de Chiquinquirá, de San Diego (Ib.).
Nuestra Señora de Loreto, de la Compañía (Ib.).
Nuestra Señora de Dolores, de Cantuña (Ib.).
Nuestra Señora del Cinto (Lloa).
Nuestra Señora del Salto (Latacunga).
La Niña María (Sanmiguelito de Píllaro).

---

(1) El ilustrado y piadoso canónigo de Guayaquil, Rdmo. Dr. D. Félix J. Rousshile, distinguido amigo nuestro, ha formado este elenco; lo reproducimos aquí, añadiéndole notas aclaratorias, por cuanto algunos de los santuarios e imágenes en él apuntados no han llegado antes a nuestra noticia, o, al menos, no conocemos su historia y, así, no constan en el cuerpo de esta obra; sin embargo, deseosos de que se conserve intacta su memoria, los ponemos aquí tal como los ha clasificado su respetable autor.

* Esta Imagen, venerada bajo la advocación del Rosario, se conserva en la hacienda de Miraflores, en una devota capilla situada a un cuarto de hora de la villa de Cayambe; todo el pueblo de ese cantón profesa a la Santa Efigie una devoción grandísima, porque en épocas de sequías jamás se le ha invocado sin haber obtenido inmediatamente el beneficio de las lluvias. Llámasela de **Intag**, porque parece que primitivamente fue colocada en las montañas de este nombre, y de allí, su dueño, la trasladó a Cayambe, al sitio ya mencionado.

** Esta efigie carecía, hasta hace poco, de celebridad y renombre; pero los muy católicos y entusiastas habitantes de ese importante pueblo, movidos por

Nuestra Señora de la Elevación (Santa Rosa de Ambato). *
Nuestra Señora de Agua Santa (Baños de Ambato).
Nuestra Señora de Macas (Riobamba antigua).
Nuestra Señora de Cicalpa (Ib.).
Nuestra Señora de la Peña (Pungalá).
Nuestra Señora del Rocío (Biblián).
Nuestra Señora de las Nieves (Azogues).
Nuestra Señora de Cullca (Cuenca).
Nuestra Señora del Río (Ib.).
Nuestra Señora del Extasis (Ib.).
Nuestra Señora de Guadalupe (Baños de Cuenca).
Nuestra Señora del Cisne (Loja).
Nuestra Señora de Chilla (Zaruma).

---

dignísimos párrocos, han construido últimamente, en honor de **Nuestra Señora de la Natividad**, su titular, un templo parroquial sólido, vasto y hermoso, y se han esmerado en ofrendar a la Santa Imagen de María los homenajes más sinceros y acendrados de su devoción. Al punto la Divina Madre ha premiado estos obsequios, haciendo algunas manifestaciones portentosas de su poder en favor de quienes confiadamente la han invocado. Algunos lienzos conmemorativos de gracias tan extraordinarias penden ya en las paredes de ese templo, a modo de exvotos. Esto nos demuestra que para obtener de la benignísima Reina de los cielos los más señalados portentos no son necesarias sino fe, piedad y oración fervorosas en quienes la claman e invocan. Por este motivo reproducimos aquí la Imagen ya milagrosa de Nuestra Señora de la Natividad de Tabacundo.

* Es una antiquísima pintura al óleo, y en lienzo, que probablemente se remonta a los primeros tiempos de la Colonia. La leyenda escrita al pie del cuadro, y la tradición conservada en el pueblo, refieren que había en la comarca un tierno pastorcillo, llamado Juan Chacarín, inocente, candoroso y muy favorecido con apariciones de la Santísima Virgen; en una de ellas, la celestial Reina, le pidió un lienzo de determinadas dimensiones, el que se lo devolvió luego con aquella Santa Imagen. Santa Rosa es centro de piadosas romerías, y actualmente se construye allí un hermoso templo, para santuario de María, en aquella su tradicional advocación.

APENDICE VI

Noticia de los principales Santuarios que, en tiempos de la Colonia, existían en el territorio sujeto a la Real Audiencia de Quito.

El autor de esta noticia es el P. Bernardo Recio, en su obra inédita intitulada *Compendiosa Relación de la Cristiandad en el Reino de Quito*, que forma un grueso volumen dividido en varios tratados, cada uno de los cuales se subdivide en capítulos. El manuscrito original se conserva en España, en el archivo de los Jesuitas, de la célebre casa de Loyola. Es obra muy interesante y curiosa por los abundantes detalles que contiene acerca de la población, usos y costumbres, etc., etc., del antiguo Reino de Quito. Una copia de este libro, dignísimo de ver la luz pública, nos fue proporcionada por la delicada atención del R. P. Lorenzo López Sanvicente, uno de los religiosos de la Compañía más notables que hayan venido al Ecuador en los últimos tiempos.

El P. Recio era español, vino a Quito en la primera mitad del siglo XVIII, en compañía del P. Polo del Aguila. Fue el P. Recio sacerdote distinguidísimo, y evangelizó a estas tierras por más de treinta años continuos, dando misiones casi en todas las parroquias del antiguo obispado de Quito, no una, sino varias veces. En los últimos años de su vida fue superior de la residencia que tenían los Jesuitas en la ciudad de Cuenca; en seguida fue nombrado Procurador de la provincia quitense de la Compañía; hallábase en España desempeñando este cargo, cuando sobrevino la expulsión de la Orden de todos los dominios de Carlos III. En los años de prisión que tuvo que sobrellevar el buen religioso, escribió la mencionada obra, para disipar el fastidio inherente a una reclusión tan prolongada. Puesto en libertad trasladóse a Italia, donde se dedicó nuevamente a la obra de las misiones. Finalmente murió en Roma en olor de santidad.

La cita de la mencionada obra que hace a nuestro propósito, es todo el capítulo 8º del tratado 2º que dice así:

"De la particular bendición de este país (el territorio conocido en la colonia con el título de Reino de Quito) en los santuarios que goza de Cristo Nuestro Señor, de su Santísima Madre y de algunos Santos.— Es muy particular bendición de toda esta tierra de Quito el verse asistida de varias imágenes de mucha devoción. Parece que por haber sido país de gentilismo y ser en él tan nueva la cristiandad, no había lugar para que fuese ennoblecido con tan preciosas y misteriosas imágenes. Pero, porque en los siglos anteriores cantó y pronunció el santo profeta Rey: *Rex omnis terrae Deus,* proveyó el Señor, para verificación del prenuncio, a esta tierra yerma de señales de su divinidad y rastros bien singulares de su soberana Providencia.

"En orden a la Imagen de Cristo Nuestro Señor, no puedo menos de empezar por la de Pomasqui, que es un pueblo de Indios al cuidado de los Padres de San Francisco, y es un Señor Crucificado construido naturalmente de un árbol donde se dejó ver con toda perfección, brazos, pies y rostro, todo es de una pieza de árbol. Tiénenle grande devoción aquellos pueblos y muchos van a ver aquella maravilla en que parece ostenta este Rey de la gloria lo que en su loa cantó David: *Regnavit a ligno Deus.* Hay allí cerca una hospedería de religiosos, con una Iglesia de mil primores, y sirve para aumento de la devoción de dicho santísimo Cristo.

"Hay otro Señor Crucificado de mucha devoción en Girón, pueblo de indios; de la ciudad de Cuenca distante solo siete leguas. Es un crucifijo de muy grande estatura y de tanta devoción que se han visto los nobles de Cuenca traerle sobre sus hombros, a pie descalzo, por todo aquel largo trayecto. Hallándome yo en Cuenca me recreaba en ver desde una posesión del Colegio, el templo que se deja ver en un apacible valle, con aumento del gran edificio a la moderna, y habiendo bajado a ve-

nerarle algunas veces tuve el consuelo de predicar una vez en una entrada que hizo su Majestad para remedio de una gran calamidad. Después de haberlo conducido con gran aparato y reverencia paró el inmenso pueblo a la entrada de la ciudad junto a una ermita de todos los Santos; y confieso que me causó grima la presencia de tan adorable Majestad, pues al paso que edifica con su presencia pasma con su altura.

"Aún es de mayor devoción y por consiguiente tiene mayor adorno y sagrado aparato el Santísimo Cristo de la ciudad de Buga, al cual suelen hacer romería de más de cien leguas. Es muy milagroso y tiene ante su altar grande número de presentallas, y lo más admirable es que cuando ha de obrar alguna maravilla o ha de suceder algún casc prodigioso se estremecen las muchas lámparas que le adornan, y vienen los fieles en conocimiento del misterioso suceso.

"En una playa del mar del sur de la jurisdicción de Quito, se admira y se venera en un alto peñasco grabado el Santísimo Cristo de Salondra, al cual se encomiendan los navegantes confiando mucho de su protección. En la misma ciudad de Quito hay un Santo Cristo Nazareno que llaman de la Loma, que está en una honda quebrada junto a una hermosa loma muy poblada de casas. Yo fui allá varias veces con la doctrina. Es pintura que representa al Señor coronado de espinas. Es tenido en mucha veneración y el sitio añade devoción y ternura. Omito el referir de otras imágenes de Nuestro Salvador, por hablar más extenso de las de su Santísima Madre, que en todas partes ha querido su Majestad sea sobresaltada.

"Y sin detenerme en singularizar la narración de cuatro imágenes de Quito, que tienen mayor nombre, es a saber: la del Rosario, que en Santo Domingo es gran Señora y goza una hermosísima capilla; la que llaman de Cantuña, que en San Francisco es imagen dolorosa y tiene Iglesia aparte; la de la Merced que es aquella misma que, extendiendo su mano, llamó a su servicio y re-

ligión al venerable Fray Pedro Urraca; y la de Loreto de la Compañía, que fuera de los favores que hizo a la venerable (hoy Beata) Mariana de Jesús, habló a un devoto Jesuita llamado Onofre Esteban. Al mismo salir de Quito en el barrio de San Blas, está en linda basílica, y es visitada como milagrosa, una imagen de la Virgen que llaman de Huangacalle. Es pintura y reparte misericordiosa sus bendiciones.

"Pero a media legua de la ciudad está en un vallecito o ensenada el célebre y ya mencionado santuario que dicen de Guápulo, que es síncope de Guadalupe. Hácese la fiesta mayor, día de las Nieves, y porque de la belleza de la Iglesia hablé ya, sólo añado que allí hay recogidos algunos sacerdotes seculares, que retirados del mundo, atienden allí con quietud al consuelo de su alma y al mayor obsequio de nuestra Señora. Tuve la fruición de peregrinar a pie a esta santa casa y recibí muy particular consuelo.

"A ocho o nueve leguas de la ciudad, en un alto que domina a la extendida campaña, está situado el santuario del Quinche bien célebre en toda aquella tierra. Es Quinche pueblo de indios, que por ellos vino a aquellas tierras nuestra Señora para verificar lo de la Escritura: *Cum simplicibus sermocinatio mea,* como constará por los demás santuarios todos en pueblos, o por respeto de los indios, a los que abriga como madre la gran Reina.

"Pues esta Virgen del Quinche es una imagen muy aplaudida. Tiene por eso un templo especial en que se ven muchas pinturas de los milagros que ha obrado y obra con los que se la encomiendan. Por haber estado yo en este santuario y hecho en él una misión muy cumplida, diré una cosa bien rara que nos sucedió. Es curato de clérigos seculares y en la casa grande hay varios cuartos. En uno de ellos se sienten varios fantasmas. Hay ruidos, golpes y cosas de horror. Esto es cosa que han experimentado muchos. Posando pues mi compañero en este cuarto, sintió estas pavorosas apariciones,

ya levantaban en peso la cama, ya se oía gemidos tristes, y golpes como de quien hace penitencia, y esto sucedía no sólo de noche, sino también a veces de día. Asistían a mi compañero dos mozos seculares y todos fueron testigos de aquellos horrores. Esto pasa, y podemos pensar que alguna alma tiene allí su purgatorio.

"En la ciudad de Cali hay una Imagen muy portentosa, que llaman nuestra Señora de los Remedios, cuya aparición cuentan así: En unos farallones o peñascos, como a dos o tres leguas de la ciudad, vieron unos indios una hermosa matrona con su niño en los brazos. Los indios le dijeron: ¿Qué haces aquí, Señora? y la regalaban a la madre y al bendito Niño con chontaduros, que es el fruto de una especie de palma. Avisaron a la ciudad y acudió lo más granado de ella con el clero y el obispo, que a la sazón se hallaba en Cali. Vieron y admiraron una bella Imagen de bello y hermoso pedernal que representaba una gran Señora. Llevároнla con la debida reverencia a la ciudad, y aunque de esta vez desapareció la Imagen volviéndose a su primer sitio, después labrándola una hermosa capilla en la Iglesia de la Merced se dignó su majestad de quedarse en este nuevo trono, para ser, como es, el remedio de toda aquella tierra con sus frecuentes milagros. El niño Jesús mantiene en sus manos el chontaduro, ostentando así su regalo que mira con agrado, como apreciándolo a los pobres indios.

"Es también muy célebre en el término de Ambato Nuestra Señora de los Baños. Después del muy apacible valle que llaman de Patate, en un sitio muy quebrado está situado ese santuario, el cual fue a visitar en mi tiempo el señor presidente de Quito. Es curato de Padres dominicos y lo más singular que allí reparé fue el sitio que escogió para su culto aquella gran Señora, que dice: *In omnibus requiem quaesivi*, y gusta a veces de colocar su trono en parajes asombrosos como lo es éste, pues el río caudaloso que explayado por el hermoso valle del Patate, causa asombro, comprimido después y fuertemente estrechado entre profundas peñas añade

tal grima que parece boca del infierno. Va tan profundo, que apenas se ven las aguas y causa la estrechez tal fragor que casi atolondra, está el puente difícil por donde se pasa al santuario inmediato.

"Otra Virgen denominada también de los Baños, y de mucha devoción, vi en otro pueblo de indios, como legua y media de la ciudad de Cuenca, cuyo cura clérigo me comunicó los nobles pensamientos que le asistían de fundar allí un beaterio de mujeres devotas de dicha ciudad para mayor obsequio de su Reina. Llámanse estos pueblos o imágenes *de los Baños* por las aguas minerales a cuyo beneficio acuden los enfermos, aunque la mayor confianza de los fieles mira a aquella Señora que como fuente de aguas vivas es verdaderamente *Salus infirmorum*.

"Con el nombre de Nuestra Señora de Agua Santa vi otra Imagen aparecida en el pueblo de Jipijapa, muy numeroso de indios bien ladinos y que tienen su cabildo y representación. Es una imagen pequeña, como de un palmo, y la etimología del nombre prueba que o se halló en fuente o que al descubrirla brotó alguna agua. Allí me mostraron el sitio donde se descubrió para bien y consuelo de aquellos indios, que es junto al púlpito de la Iglesia parroquial de San Lorenzo. Ahora allí no hay agua. Se ve colocada la Imagen en el altar mayor, y por la Natividad la festejan mucho los indios.

"Aquí se puede observar que estas imágenes aparecidas en América se elevan en cierto modo a mayor dignidad que muchas que se veneran en España, pues de otras sabemos que ocultadas por la persecución de los moros, alegraron después a los cristianos cuyos abuelos las preservaron del mahometano furor; pues las de América, ¿por dónde vinieron? ¿quién las ocultó? ¿qué manos las fabricaron? Resta sólo concluir que les vinieron a los indios por manos de ángeles.

"De buena mano les vino también a los indios del pueblo de Montecristi la célebre Imagen de la Virgen

de Monserrate que se venera en la falda de aquel monte, pues se sabe que es una de aquellas sagradas imágenes que el piadoso emperador Carlos V envió a aquellas nuevas conquistas. Es tradición que uno que pasaba para Lima, enamorado de la hermosura del rostro de esta imagen con piadosa alevosía la segó la cabeza y puso otra en el cuerpo, pero parece que después se restituyó. También fue don del mismo Emperador una campana de la torre del santuario, el cual frecuentan los fieles por tierra y mar. Pues acuden muchos de las ciudades y pueblos de Guayaquil y Puertoviejo, y los navegantes luego que avistan la altura de Montecristi, se dan mil parabienes con piadosa algazara y empiezan a entonar Salves a Nuestra Señora.

"En el pueblo de Píllaro vi también una devota Imagen de Nuestra Reina, que consiste en pintura en una piedra blanca como alabastro. Otra aún, de mayor devoción, hay en el pueblo de Chapacoto que está en la provincia de Chimbo. Llámanle nuestra Señora del *Huaicu*, por estar en una quebrada muy honda, a que me acuerdo fui una vez, andando en misiones, ordenando hacia ella una devota procesión de gente de todos aquellos contornos.

"Acerca de la villa de Ibarra, se venera otra en un alto, junto a una gran laguna, que llaman Yacuarcocha, que quiere decir "laguna de sangre", y este apellido tiene Nuestra Señora. No se la etimología ni el principio de su veneración. Sólo pasé por la ermita que está al cuidado de los Padres agustinos.

"Cerca de Riobamba y en paseo corto de esta villa tiene una magnífica capilla Nuestra Señora de Cicalpa, que es patrona muy singular de toda aquella tierra (1).

---

(1) Hoy se escribe, más generalmente, **Sicalpa**; sin embargo, al tratar de la Imagen de este título, hemos preferido denominarla **Nuestra Señora de Cicalpa**, para conservar el sabor antiguo y primitivo de esa advocación tan popular en la vieja Riobamba.

"En el mismo partido y en el territorio del pueblo de San Andrés, en una muy apacible soledad cerca del pie de un nevado monte, tiene su asiento y basílica una Virgen muy milagrosa que dicen de Chuquipoquio, que por ser el común refugio y consuelo de aquellas gentes, dos veces que pasé por allí, hallé que la habían llevado al pueblo para alivio de sus calamidades.

"Nuestra Señora del Cisne es el santuario que a competencia celebran la ciudad de Loja y la villa de Zaruma, en cuyo término cae. Vi este santuario, y predicando en él me recreé con ver el nuevo edificio de la Iglesia con muy buenas pinturas.

"Volviendo a Quito, después de esta larga peregrinación, debo celebrar a la Reina de los Angeles, que así llaman a una Imagen que está enfrente de la casa que fue de la venerable Mariana de Jesús, y a quien la bendita virgen mucho se recomendaba. Está en una honda y muy adornada capilla a la que sirve de atrio un hermoso arco o crucero que sirve de camino real. Había en mi tiempo un clérigo que como capellán la servía y los sábados hacía con aparato sus devociones y una plática de sus excelencias. Con esta y otras imágenes que omito, como con señales de salud y gloria parece que toda aquella tierra está aclamando a María Santísima y la dice lo que a Betsabé se dijo en el libro de los reyes: *Dominare nostri tu et filius tuus.*

"Finalmente en todo el reino de Quito es muy frecuente o común en las casas e Iglesias el retrato de María Santísima de Chiquinquirá, que está con dos Santos muy conocidos y venerados por eso en aquella tierra, como dos celestes capellanes. Estos son San Andrés Apóstol y San Antonio de Padua. Así aparecieron haciendo obsequio a la excelsa Señora, así se veneran siempre a su lado y así se juntan; y esto no ha sido pintar como querer, según dicen, sino como quiso la Santísima Virgen, que por oculto misterio eligió para que honrasen esta su aparición a dos Santos al parecer tan inconexos como San Andrés y San Antonio. Hállase este santuario yendo de Quito a Santa Fe, y está a cargo

de los hijos de Santo Domingo, que como capellanes tan aceptos a esta Señora, exaltan allí su gloria gloriándose de que la Virgen les haya elegido. Pasando yo al venir por Cartagena y obsequiando al Padre Provincial de Santo Domingo muy afecto nuestro con unos libritos de devoción que me llegaron de España, me correspondió su Reverencia presentándome una pintura de esta Señora que apreció mucho y dejé en el puerto de Santa María.

"Mas entre los Santos de mayor devoción y veneración en Quito, merece singular expresión San Jacinto, confesor, que como tan devoto de María Santísima, logró de antiguo en aquella tierra el mayor fruto. Hay un pueblo a la ribera del gran río de Guayaquil, donde San Jacinto tenía una imagen de pintura a la cual acudían las gentes como a célebre romería. Yo le vi y fui testigo de muchas maravillas, que Dios obró por su Santo. Mas hallándome yo aún en América se encendió la Iglesia y se quemó la Imagen. Acaso el Santo como fino patrono y abogado singular de aquellas gentes, por apartar de ellas la ira de Dios quiso consumirse. Prosigue la devoción pero la buena gente tenía librada toda su confianza en aquel lienzo ya viejo, de su antiguo abogado; Nuestro Señor Dios y Padre de misericordia conserve y aumente el bien de aquella tierra por los méritos de su Hijo preciosísimo, de su santísima Madre y por la intercesión de sus Santos".

A la interesante noticia que precede añadiremos otros datos concernientes a algunos santuarios principales que en honor de Cristo Señor Nuestro existen actualmente en la República.

La Imagen más justamente renombrada es la del *Cristo de la Portería, o Señor de la Buena Esperanza,* venerada en la iglesia de los Agustinos de Quito; Imagen cuyo culto se ha extendido por el Perú, Bolivia, Chile y hasta algunas regiones de Europa. Es muy conocida su historia por varias publicaciones hechas dentro y

fuera de esta República, y así no nos detendremos en este punto.

Otra imagen del Salvador grandemente venerada en toda nuestra Arquidiócesis es la del *Señor del Arbol*, existente en una devota capilla del pueblo de Pomasqui. Esta efigie, que representa el rostro del Salvador muerto en la cruz, fue esculpida en un árbol vivo que por dos de sus principales ramas, extendidas casi horizontalmente, semejaba el sagrado madero (1). Hace muchos años que ese árbol fue cortado y puesto dentro del nicho del altar de la mencionada capilla, donde el piadoso simulacro continúa siendo objeto de general devoción y centro de romerías, aunque ya no tan frecuentes ni numerosas como antes.

A imitación del Santo Cristo de Pomasqui se ha esculpido otra imagen pequeña del Salvador Crucificado, en otro árbol vivo, aunque hoy cortado igualmente, en la parroquia de Guaitacama, de la misma Arquidiócesis. Llámase a esta efigie el Señor de Cuicuno, del nombre del sitio en que está colocada, dentro de una pequeña pero hermosa capilla; la cual es frecuentada por numerosas romerías. Actualmente esta segunda imagen goza de más fama y celebridad que la primera.

En la Diócesis de Cuenca es igualmente muy renombrada la hermosa efigie del *Señor de Girón*, cuya historia es la siguiente.

---

(1) El P. Alfonso de Ovalle, de la Compañía de Jesús, en su **Relación histórica del Reino de Chile** (lib. 7, C. 20 y lib. 2, C. 23) refiere que, en 1634, en el territorio de las Misiones confiadas a aquella Orden, en Chile, un indio leñador encontró en medio de un bosque un hermoso crucifijo tallado maravillosamente por la naturaleza, en un árbol. Esta efigie se hizo muy famosa en toda América, y copias suyas se llevaron a España y hasta Roma. Probablemente el Ilmo. Sr. Obispo Romero trajo a Quito esta devoción, y este es el origen del santo Cristo de Pomasqui.

NOTICIA

DE LA CELEBRE IMAGEN DEL SANTO CRISTO DE GIRON

El español D. Juan de Salinas, uno de los conquistadores del Reino de Quito, a quien, en premio de sus servicios, el Rey de España había concedido la gobernación de Yaguarzongo y Macas (1), era dueño de las minas de metales preciosos, situadas en las hoy provincias del Azuay y Cañar, mucho antes de la fundación de la ciudad de Cuenca. Uno de aquellos asientos mineros de abundantes rendimientos hallábase encima del valle de Yunguilla, en un punto llamado Cañaribamba, donde se fundó el pueblo del mismo nombre, con los muchísimos indios que desde muchas leguas a la redonda eran arrastrados a la extracción de la plata y el oro, en aquella agria y desapacible sierra. La parroquia de Cañaribamba fue una de las primeras fundadas en ese suelo, probablemente antes aun que la de Santa Ana de los Ríos, como se llamó a la matriz de Cuenca.

En uno de sus viajes a España Salinas mandó trabajar un hermoso Calvario, compuesto de las tres principales figuras de él, esto es, el Crucifijo, la Dolorosa y San Juan, de tamaño natural, para la Iglesia de Cañaribamba. Hablando de los últimos años de aquel infatigable peninsular, dice el historiador citado: "En el año de 1569 hizo Salinas un viaje a España, para solicitar mercedes del Rey y ratificación de las concesiones que le había otorgado el Virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza; permaneció como cuatro años en la corte y regresó a América. Los últimos años de su vida fueron penosos para Salinas: viose reducido a prisión en Quito, y envuelto en un juicio criminal que le seguía la Audiencia, ante la cual se habían presentado quejas y acusaciones gravísimas: obtuvo, al fin, su excarcelación mediante ciertos obsequios cuantiosos, con que se desembarazó de la hipócrita severidad de sus jueces, y,

(1) El Ilmo. Sr. González Suárez habla largamente de **Salinas**, en el capítulo 2º del tomo 6º de su obra.

restituido a sus antiguos empleos, estableció su residencia en Loja, donde el año de 1582, acabó sus días, achacoso y enfermo del cuerpo, pero muy entero todavía en los devaneos de su juventud". El principal motivo de acusación contra Salinas fue el trato inhumano y cruel dado a los indios en el laboreo de las minas.

Cuando el Calvario llegó a América lo que sucedió probablemente a principios del siglo XVII, Salinas había muerto, y la población de Cañaribamba había desaparecido, por el hundimiento repentino de los socavones, que dejó cegadas las entradas principales de la mina y perdidos tal vez para siempre aquellos ricos filones metálicos. En sustitución de Cañaribamba principiaba a levantarse una nueva parroquia, la de Girón, en lugar más sano y apropiado a las necesidades de la vida; contándose como anejos de aquel, Chaguarurco y San Fernando. Entonces surgió un largo y ruidoso pleito, sustentado ante la Real Audiencia de Quito, por los tres mencionados puntos; pues Girón pretendía ser dueño del Calvario, como pueblo sustituto de Cañaribamba; Chaguarurco, por ser la población más próxima a la desaparecida; y San Fernando, por haber proporcionado en su mayor parte los indios ocupados por Salinas en la extracción de los metales. El tribunal dirimió la contienda, ordenando fuesen distribuidas las estatuas entre los colitigantes: a Chaguarurco se adjudicó la Dolorosa, a San Fernando el San Juan, y a Girón el Crucifijo.

Apenas colocada esta última Imagen en el templo de su destino, principió el Cielo a obrar, por medio de ella, grandes y repetidos portentos. Un sacerdote apellidado Torres, cura de Yúlug, parroquia denominada hoy Guanasán, perteneciente a la diócesis de Loja, hallándose gravemente enfermo, casi en las extremidades de la vida, quiso morir en Cuenca, su ciudad natal, y encaminóse hacia ella. Al pasar por Girón, suplicó que en la misma camilla portátil en que se hallaba, le condujesen a la Iglesia, delante del crucifijo milagroso. Todos vinieron en ello; encendiéronse varios cirios en el altar de la Santa Imagen, descubriósela, y al instante mismo saltó

el moribundo de su lecho, en perfecta salud y con el uso expedito de todos sus miembros (1).

Estas y otras maravillas convirtieron muy pronto a Girón en centro de muy frecuentes romerías. Hállase el pueblo a una jornada escasa de Cuenca, en el descenso occidental del nudo del Portete; la piadosa ciudad tornaba sus suplicantes miradas a aquel vecino santuario, con lo cual creció extraordinariamente la celebridad de la sagrada Efigie, y la devoción que le profesaban los pueblos. De entonces acá, ese hermoso Crucifijo es el seguro refugio de toda la provincia en las calamidades públicas, sin que jamás haya sido defraudada la esperanza de los fieles. Referiremos dos únicamente de estos casos, como ocurridos en nuestros días, y a vista de todos.

En los años de 1906 perdíanse totalmente las sementeras del Azuay y Cañar, y el horroroso flagelo del hambre amenazaba a esas poblaciones. Multiplicáronse entonces las oraciones públicas en muchas y variadas formas, pero sin éxito alguno. Un clamor general se levantó, en tales circunstancias, de todos los ámbitos de la diócesis, pidiendo se trasladase cuanto antes el Santo Cristo de Girón a la ciudad de Cuenca, pues hacía cerca de doce años se había dejado esta hermosa práctica de piedad. La Autoridad eclesiástica accedió a los deseos del pueblo; hízose una fervorosa rogativa, en la catedral, con la portentosa Efigie, y en el día último de esa edificante plegaria ambas provincias viéronse repentinamente regadas por abundante lluvia que dio fecundidad a los campos y salvó las cosechas.

El mismo prodigio, y casi con idénticos detalles, se repitió en el siguiente año de 1907. Todo Cuenca ha advertido una vez más que a esa devotísima Efigie están ligadas las más preciosas bendiciones para su suelo.

---

(1) De este milagro quedaba un testimonio auténtico en una antigua pintura mural del templo que fue destruido por el terremoto de 1894.

No es de extrañar por tanto el solemne culto con que en todo tiempo ha sido honrada aquella Santa Imagen. Dice el P. Bernardo Recio: "Hay otro Señor Crucifijo de mucha devoción en Girón, pueblo de indios; de la ciudad de Cuenca distante sólo siete leguas. Es un Crucifijo de muy grande estatura y de tanta veneración que se han visto los nobles de Cuenca traerle sobre sus hombros, a pie descalzo, por todo aquel largo trayecto. Hallándome yo en Cuenca, me recreaba en ver desde una posesión del colegio el templo que se deja ver en un apacible valle, con aumento del gran edificio a la moderna, y habiendo bajado a venerarla algunas veces, tuve el consuelo de predicar una vez en una entrada que hizo su Majestad para remedio de una gran calamidad. Después de haberlo conducido con gran aparato y reverencia paró el inmenso pueblo a la entrada de la ciudad y junto a una ermita de todos los Santos: y confieso que me causó grima su presencia de tan adorable Majestad, pues al paso que edifica con su presencia, pasma con su estatura tan soberana".

Esta renombrada Imagen se quemó en 1862, por la indiscreción de un devoto que colocó un cirio encendido sobre las tablas desnudas del retablo, y al llegar a ellas la llama devoradora fue reducido a cenizas el altar juntamente con la Santa Efigie, la techumbre toda y el coro de la Iglesia. Cuando a las cuatro de la mañana la población se dio cuenta de lo que sucedía, era ya tarde: la catástrofe estaba consumada.

La nueva Imagen, que es hermosísima y piadosa, es obra del célebre escultor cuencano, Sr. D. Miguel Vélez, que la trabajó en Girón, reproduciendo en lo posible los rasgos de la estatua destruida.

APENDICE VII

Un opúsculo acerca de un Santuario Ecuatoriano. Noticia histórica concerniente a Nuestra Señora de la Escalera, por Monseñor Francisco de Sales Soto, Obispo de la Diócesis de Huaraz, en la República del Perú (*)

La Virgen de la Escalera o Nuestra Señora del Rosario
— Reseña histórica de esta milagrosa Imagen —
1600—1872.— Con aprobación eclesiástica—
Quito —Imprenta del Clero— 1890.

Al Excelentísimo Señor José Macchi, Arzobispo de Amasea, Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario de la Santa Sede cerca de la República del Ecuador, Perú y Bolivia etc., etc., etc. —Homenaje de profundo respeto y alta estima.— F. de Sales Soto, SS. CC. —Quito, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, 1890.

I

QUITO

Hay en el mundo católico una ciudad célebre, más por la fe de sus habitantes y por sus tradiciones religiosas que por su física magnificencia.

Sentada en la falta del Pichincha y casi en la línea equinoccial, recibe del cielo con abundancia, calor y riego que fecundizando sus campos los transforman en verdaderos vergeles.

---

* El autor de esta noticia residió bastantes años en Quito, antes de su promoción a la dignidad episcopal. Contiene este escrito varios detalles curiosos, por cuyo motivo lo reproducimos aquí, y también por rendir este homenaje a la santa memoria de aquel dignísimo Prelado, y a la de la piadosa señora María del Carmen Ante viuda de Correa, principal promotora y patrona del Santuario de Nuestra Señora de la Escalera, destruido últimamente.

Es Quito, antigua ciudad incásica, residencia de Huayna-Cápac y Atahuallpa y capital hoy de una República modelo, única donde el derecho público eclesiástico es una realidad.

Vista de lejos, o de una de las colinas que la circundan, su aspecto es pintoresco y animado.

A pesar de sus 2.850 metros de elevación sobre el nivel del mar su clima es tan templado, que rara vez el termómetro baja de 10 grados ni excede de 20.

Sin duda que la mayor gloria de Quito consiste en ser patria de Mariana de Jesús, bellísima azucena de candor virginal, puesta ya por la Iglesia sobre los altares de la cristiandad.

En la monumental Iglesia de la Compañía, en una capilla del fondo, ricamente decorada, y guarnecida de artístico retablo se guardan y veneran sus preciosas reliquias en sepulcro de plata.

Cuando el viajero, después de haber recorrido algunas decenas de leguas al través de bosques y montañas, se acerca a la histórica ciudad, debe pasar primero por un puente de doble orden de arcos sobrepuestos; encuéntrase luego en una gran plaza de forma irregular, toda tapizada de verde yerba y regada por una fuente que lanza a buena altura su no siempre limpio surtidor.

Un paso más sin salir de la plaza, excita su curiosidad una columna de piedra, de orden salomónico y casi de cinco metros de elevación, que puesta sobre gradas circulares sostiene una estatua coronada de laureles; ésta empuña en la diestra el gorro frigio de la libertad mientras se apoya por su izquierda sobre un escudo que contiene esta fecha, 1830.

En el zócalo, esculpida en mármol, léese la siguiente inscripción:

QUITO

CUNA EGREGIA DE LA INDEPENDENCIA
HISPANO — AMERICANA
VIO CUMPLIDOS SUS VOTOS
EL 8 DE OCTUBRE DE 1830,
SANTO DIA EN QUE
JURO SOLEMNEMENTE
LA CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR.
EL CUERPO MUNICIPAL
ERIGE ESTE MONUMENTO
SIENDO POR SEGUNDA VEZ
PRESIDENTE DEL ESTADO
..... (*)
AÑO 1841

Si el observador se pone al frente a la columna, dejando al Ocaso la colina Yavirá el (Panecillo), tiene al Sur un Monasterio ocupado hoy por Religiosas del Buen Pastor, y al N. E. una Capilla en forma de Ermita.

Este Monasterio y esta Capilla son los puntos culminantes de nuestra Reseña histórica.

II

EL MONASTERIO

Allá por los años de 1600 los hijos de Santo Domingo establecieron en las afueras de Quito, sobre la margen izquierda del río Machángara una casa de recolección con su correspondiente iglesia. Se llamó la *Recoleta*, recogiéndose en ella todos los religiosos que deseosos de vida más austera preferían en la soledad la contemplación a los riesgos del ministerio.

Como es natural allí florecieron notables varones, y muy pronto fue aquel retiro lo que según el ideal cris-

* Corresponde a esta línea borrada en el mármol el nombre de **El General D. Juan José Flores.**

tiano debe ser un convento: casa de oración y penitencia: divino propiciatorio de los pecados del pueblo.

Uno de los más preclaros hijos de la Recolección fue el Rvdo. P. F. Pedro Bedón, su fundador, hombre apostólico y tan versado en las ciencias como hábil en las bellas artes.

El P. Bedón nació en Quito de Pedro Bedón y Juana Díaz, fundadores de esta ciudad probablemente, o a lo menos primeros pobladores de ella.

Hizo sus estudios en Lima, capital entonces del Virreinato, y cuando se dividió la provincia dominicana regresó a su patria hacia el año 1585, donde enseñó con aplauso filosofía y teología.

En 1621 murió en olor de santidad.

El Dr. D. Francisco de Montalvo, natural de Sevilla, en una obra que publicó en 1667, dice así: "Entre las muchas gracias que dispensó la Divina Providencia a este su siervo fiel (el P. Bedón) fue maravillosa la de pintar, y así delineó de su mano la vida del B. Susón, y *pintó en la misma Recoleta la Imagen de Nuestra Señora, denominada de la Escalera, célebre santuario frecuentado por los fieles con sus plegarias y votos.* Otras muchas imágenes de la Virgen hizo este Apeles Sagrado".

El sabio Meléndez, en su gran obra *Tesoros de las Indias,* se expresa así de este santo sacerdote:

"Niño aún se salía a la soledad del campo, y escondido entre los árboles y malezas gastaba las tardes, que otros en travesuras, en la lección del libro del V. Maestro Granada, de la *Guía de pecadores,* o en la de *Contemplus mundi,* o en rezar el Rosario de la Virgen Santísima, meditando sus misterios".

"Era hombre muy penitente y muy dado a la oración, y el tiempo que le sobraba de esto y de su gran estudio,

por no perderse en la ociosidad, se *ocupaba en pintar* cuadros de Cristo Nuestro Señor y de su Madre Santísima y otros Santos, que hacía con gran primor, y se *hallan pintados de su mano en la provincia de Quito* que en su modo descubren la devoción del pintor".

Consérvase aún el de Nuestra Señora de la Paz que pintó en el claustro principal.

El retrato de este venerable sacerdote existe hoy en la biblioteca del convento grande de Santo Domingo.

Inspirado el P. Bedón de su ardiente devoción a la Reina de los cielos determinó pues pintar una Imagen de Nuestra Señora del Rosario en una capilla de la portería del monasterio, cerca de la escalera principal.

Púsose a la obra y su diestro pincel produjo la primorosa obra que vamos a bosquejar y que cuenta hoy casi tres siglos de existencia.

III

LA PINTURA SOBRE TIERRA

Es un cuadro de tres metros de alto, por 2,50 de ancho, ejecutado al óleo sobre una pared de adobes.

En un fondo de nubes arreboladas se destaca la Imagen de María del Rosario, de tamaño natural. Viste túnica casi roja y manto azul con orla dorada, salpicados ambos de flores y estrellas doradas también.

La Virgen es esbelta y de actitud majestuosa; se inclina un tanto hacia su derecha, dejando caer de esa mano un rosario de cuenta de oro, y sosteniendo con la izquierda su cetro de reina.

De su corazón maternal, representado sobre la túnica entrerasgada, brota una hermosa azucena la cual

tiene entre sus pétalos a un gracioso Niño, el fruto bendito de las entrañas de la Virgen Madre (1).

El rostro de la Virgen circundado de rayos es encantador, reúne a una belleza poco común una dignidad y dulzura inimitables; sus ojos expresivos y castos parecen responder a aquella ardiente súplica de Ademar de Montiel, que repite cada día la Iglesia: *¡Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos!* En efecto su dulce mirada corresponde a todos los sitios de la Iglesia de donde se le ruega.

El conjunto en general es bellísimo, espiritual, atrayente y lleno de piedad, sintiéndose, el que ve tan primoroso cuadro, cautivado por la fuerza superior de una devoción desconocida.

¿No podría creerse con razón que el Venerable Pintor se inspiró, al trazar su cuadro, en algún ideal divino? ¿Qué mejor modelo pudo en efecto adoptar que ese que él mismo vio en éxtasis niño aún en Quito, y después en Lima antes de ser sacerdote?

Porque es de saber que el P. Bedón fue favorecido de Dios con gracias sobrenaturales.

He aquí como refiere el historiador Meléndez, ya citado, dos de esas inefables visiones:

"Desde niño le vistieron sus padres del hábito de Santo Domingo, hasta que años adelante se le quitaron, y encerrándose el virtuoso mancebo a llorar su despojo en un aposento oculto *se le apareció la Virgen María Señora Nuestra cercada de resplandores* y le dijo: "Dime, Pedro, ¿es ese el hábito en que me prometiste habías de vivir y morir? Ponte el que te quitaron que en él te han de amortajar, cuando mueras".

---

(1) El corazón no fue pintado por el P. Bedón; fue idea de la señora de Correa y ejecutada por el artista Cadena después de la traslación.

Y en otro lugar: "En el convento de Lima le sobrevino una enfermedad tan grave que por sus accidentes entendió que realmente se moría. Mas cuando más apretado se hallaba de la fuerza del mal, desesperados los médicos y todos de su salud, *se apareció otra vez la Soberana Reina de los Cielos* y le dio milagrosa salud, encargándole se ocupe en su servicio". Lo que cumplido el nuevo sacerdote ejercitando con celo no común, el apostolado del Rosario entre los indios, primero en Lima y después en Quito, Riobamba y hasta en Colombia.

Todos reconocen en esta obra mérito artístico indisputable, el que es realzado ciertamente, ante la fe, por haber sido sacerdotales las manos del autor. Delante de la Virgen de la Escalera se recuerda con emoción a San Lucas pintando también la Imagen de María, allá en los albores del cristianismo.

Rodean la Imagen de María seis Santos dominicanos todos que le hacen cortejo y aumentan su majestad.

Reposan sus bustos sobre otras tantas ramas de una vid, cuyo tronco nace al parecer de Santo Domingo acostado a los pies de María, y le sirve de pedestal. Sin duda que la idea del artista fue representar en ellos los frutos del Rosario.

Los dos superiores por ambos lados son San Jacinto y San Jacobo de Navaris, según lo indican las inscripciones que llevan debajo. De los cuatro restantes uno parece Santo Tomás de Aquino, otro San Antonio de Florencia, el tercero San Pedro Mártir y el cuarto nos es enteramente desconocido. Probablemente se han perdido los nombres en el retoque del cuadro.

Desde el modesto santuario de la Escalera, como de un trono de amor, se complacía la Benignísima María en dispensar sus gracias con abundancia; y en cambio de una mirada tierna o de una plegaria fervorosa que le dirigían sus devotos, ella derramaba sobre sus almas

celestiales consuelos y remediaba amable sus necesidades.

Así fue creciendo la fama de lo portentoso de la Sagrada Imagen, y muy luego fue tenida por milagrosa dentro y fuera del Convento.

IV

LA TRASLACION

Pasan los años y llega el de 1870. García Moreno, el Grande, asombraba al mundo, más que con su sabiduría como hombre de Estado, con su fortaleza y su fe de católico: y mientras operaba en el Ecuador la más saludable transformación que sufrió pueblo alguno, fundaba sobre base de granito la Constitución política de la Nación.

Su gran medio fue llamar de Europa Congregaciones activas y prestigiosas que trasplantasen a su país todos los adelantos de la civilización cristiana.

La Recoleta dominicana había perdido muchos de sus mejores hijos, al propio tiempo que los restantes se trasladaban al Convento grande con los reformadores recién llegados de Italia.

Ocurrióle al grande estadista sustituir a los pocos recoletos con religiosas del Buen Pastor, las que según su institución podrían atender a las necesidades más premiosas de la época; y en Febrero del 71 arribaban a Quito seis hermanas que ocuparon el viejo local.

Era necesario adaptarlo a las nuevas necesidades y especiales fines del Instituto. Emprendióse la obra; pareció indispensable dar otro destino a la Capilla, aquella en cuyo recinto la Virgen del Rosario dispensaba sus favores; y, sea que se ignorasen las tradiciones, o que Dios Nuestro Señor así lo permitiese con alto fin, no fue

menester gran discusión para que quedase decretada la demolición de la pared que contenía la pintura del Venerable Bedón.

Ibase ya a proceder a la destrucción cuando casi unánime se oyó esta exclamación: *¡No es posible que perdamos imagen tan linda y milagrosa! Salvémosla a costa de cualquier sacrificio.*

Luego se esparció en el vecindario la noticia de la fatal sentencia, y agrupándose poco a poco la gente alarmada, se agitaron en improvisado comicio diversos proyectos para salvar a la proscrita Señora.

Una india muy devota de la Santísima Virgen de la Escalera, viendo lo que acontecía se retiraba llorando, cuando encontróse con un atrevido operario, el que, sabido el motivo de su aflicción, le aseguró que era posible salvar la pintura cortando la pared y trasladándola a otro lugar.

La india alegre comunicó su idea a la Sra. Carmen Ante de Correa, persona notable de ese vecindario y matrona tan magnánima como piadosa. La Señora Ante, como ilustrada y de mejor criterio, desaprobó la temeraria empresa como irrealizable, a pesar de su tierna devoción a la milagrosa Imagen y de su ardiente deseo de salvarla.

No obstante, obstinada la india, y guiada sólo por la fe y amor de la Virgen, resolvió la ejecución de su proyecto contra todas las reglas del arte y hasta del buen sentido.

Entonces fue cuando la Señora Carmen Ante, no sólo dio su consentimiento, sino que también toda su cooperación, apoderándose desde luego de la obra en su dirección y gastos.

Bueno es hacer constar aquí que esta piadosa señora había recibido desde su infancia muy señalados

favores de la Virgen de la Escalera, siendo éste el origen de su ferviente devoción y amor filial hacia ella. No trepidó, pues, confiada en la Providencia, en aceptar todas las molestias y cargos de la difícil empresa, y ya veremos como le dio cumplida cima.

Prevaleció pues la opinión de cortar la pared, encajonarla y conducirle íntegra a otro lugar. Las autoridades, testigos casi de la actitud amenazante del pueblo, hubieron de deferir a su justa pretensión.

Procedióse a cortar el muro cuyo espesor era de un metro y algunos centímetros, encajonándolo entre gruesas tablas y asegurándolo con cuerdas. Esta operación, no menos difícil que peligrosa; se llevó a cabo con buen resultado.

Era necesario en seguida cargar esta pesadísima masa de tierra y siempre con toda precaución para que no sufriera la pintura.

Pero, ¿a dónde se le ha de conducir? ¿Quién y cómo dará hospedaje a la proscrita Virgen de la Escalera?...

Aquí ocurre el nombre de otra matrona de virtud y generosidad reconocidas. La Señora Mercedes Villasís v. de Guarderas, obsequió un trozo de terreno que poseía en el extremo N. E. de la misma plaza de la Recoleta, en donde la Señora Carmen Ante de Correa se encargará con abnegación y liberalidad de construir la nueva morada de la Madre de Dios.

Pero entablóse luego una piadosa competencia, que sin duda hace honor a los PP. de Santo Domingo. Estos y el pueblo se disputan el precioso tesoro: los fieles desean vivamente conservar la Imagen milagrosa allí mismo, en la proyectada capilla; y aquellos se empeñan en trasladarla a su Iglesia. distante seis cuadras de la Recoleta.

El Ilmo. Sr. Checa, dignísimo Arzobispo entonces,

suspenso entre las pretensiones de ambas partes, con su conducta indecisa parecía más bien aguardar que la fuerza de los sucesos le marcase la senda que debía seguir para acertar con la voluntad soberana de María.

Comenzóse la operación por parte de los dominicos: éstos habían adelantado 200 pesos al empresario encargado del trabajo, de los 400 que debía constar, según contrato. Después de quince días de labor preparatoria emprendióse definitivamente la traslación, o mejor dicho, arrastre de la pesada mole.

Trabajóse todo el día vanamente, logrando apenas que la Virgen recorriese diez metros, con haberse empleado gran número de hombres hábilmente dirigidos por un práctico de competencia. Pero es que el muro pesaba nada menos que 200 quintales o sean 10 toneladas.

A la puesta del sol los operarios pagados hubieron de retirarse, para empezar de nuevo su trabajo al día siguiente, dejando sus cuerdas, rodillos y palancas en poder del sacristán de la parroquia cercana.

La noche se anunciaba clara y serena. Desde el cielo no empañado por las importunas nubes del invierno, la luna, coronando el Yavirá, bañaba con plácida luz la plaza de la Recoleta, a cuyo alrededor los edificios y el Monasterio se destacaban blancos como ampos de nieve.

Reinaba en el suburbio general melancólico silencio interrumpido tan sólo por el manso ruido del Machángara y por el cuchicheo de muchos que, como si proyectasen un crimen, conferían en secreto sobre el modo de no perder su Virgen. Se agitaba, es cierto, toda una conspiración, nacida de la piedad e impulsada por el amor.

De pronto la Sra. Correa se presenta en la plaza y da voces llamando a los vecinos. Nadie resiste a la sim-

pática invitación, y en breve una multitud considerable ocupa la plaza en actitud resuelta y sumisa a la vez. Se vale de las mismas cuerdas y aparatos del empresario, y, excitando el entusiasmo del pueblo emprende resuelta la obra magna de arrastrar la mole, no por cierto en dirección de Santo Domingo, sino hacia el extremo opuesto de la misma plaza.

Se trabaja con tesón hasta media noche y con buen éxito: a esa hora la Virgen había recorrido casi todo el espacio de la plaza; y muy de madrugada un batallón se presta gustoso y concluye la tarea del pueblo ya cansado, y a pocas horas la Virgen Sagrada ocupa el área misma de su futuro Santuario.

La jornada de la noche había sido felizmente coronada; nada había que temer de los contrarios.

Cuando de mañana el empresario y sus hombres se presentan a continuar su labor, vieron con asombro que la fe y la piedad habían realizado lo que no pudo el dinero. Llevaron sus reclamos al Arzobispo, mas éste viendo en lo acontecido una señal clara de la voluntad de la Virgen Santísima, ordenó no inquietar a los fieles, con lo que los Padres y operarios tuvieron que resignarse aceptando el hecho consumado.

María había resuelto pemanecer en medio de su devoto pueblo.

Prolijo sería enumerar todas las dificultades con que se hubo de tropezar en la ejecución de tamaña empresa, ya de parte de las personas, ya de la obra misma de suyo dificilísima: la fe todo lo venció.

La piedad se complace en atribuir a especial protección de María el éxito alcanzado. En un momento, v. g., el enorme peso cayendo en una gran zanja se hundía profundamente: un oficial del batallón que realizaba la maniobra exclamó ¡"ahora ya es imposible moverla"! La señora de Correa grita, anima a los soldados y el muro se endereza y obedece dócil a la fuerza de los cables.

Un momento después el informe trozo de tierra queda adaptado a la pared preparado en el fondo, tan perfectamente, tan a plomo, y en posición tan equidistante de los costados que todos quedan maravillados! Una aclamación entusiasta resonó en los aires, y lágrimas de ternura inundaron los ojos de no pocos.

Pero el asombro llegó a su colmo cuando separadas las tablas que encajonaban la pared se encontró la pintura tan intacta como en su Capilla de la Escalera, después de movimientos tan bruscos y los más rudos golpes sufridos en la traslación! Todos bendecían a la Madre de Dios.

Dos accidentes ocurridos en la traslación prueban visiblemente la protección de María. Apenas desprendido el trozo de pared de su primitivo lugar, el sacristán Manuel Castillo fue cogido bajo el enorme peso; mas cuando todos lo creían aplastado lo vieron salir ileso con general asombro.

En la noche memorable del piadoso hurto acaecido lo mismo a uno de los peones que sólo sufrió ligeros araños en una pierna.

Y ¿nada significará ante la fe eso de resistir la pesada carga todo un día a la fuerza y arte de los que la querían conducir a Santo Domingo, rindiéndose después al esfuerzo del pueblo ferviente en pocas horas?... Ni parece casual la circunstancia de haber iniciado la traslación el empresario en tiempo favorecido por la luz de la luna.

V

LA CAPILLA

La Virgen de la Escalera una vez arrancada de su lugar, había permanecido nueve meses bajo una ramada al pie de su antiguo demolido Santuario, como el arca santa en las tiendas del desierto. Allí en la intempe-

rie y casi desamparada excitaba constantemente la compasión de los caminantes, y cautivó no pocas veces la piedad de los curiosos, que al mirarla de cerca tan linda, quedaron desde entonces sus prendados devotos.

Ahora incrustada en la pared del fondo de su futura morada, menester es que aguarde, casi a la intemperie también, el tiempo requerido para la construcción, que no será menos de un año.

Los trabajos se emprendieron con empeño. La señora Correa vendió sus alhajas, gastando en la obra más de 5.000 pesos, y el vecindario contribuyó también con su óbolo hasta la cantidad de 300 pesos.

He aquí una sucinta descripción del pequeño templo de Nuestra Señora de la Escalera.

Ocupa una área de 17 metros de largo y por 8 de ancho. Sus paredes de regular grosor son de adobes y el techo de tejado y cielo raso como se acostumbra en el país. Una pequeña puerta da entrada a la sacristía que ocupa la parte posterior.

Tres ventanas guarnecidas de vidrios por el lado derecho y dos por el del Evangelio le prestan luz con abundancia.

La construcción en general es sencilla pero de buen gusto. Un gracioso pórtico exterior, que sentándose sobre cuatro columnas de piedra le da todo el aspecto de una ermita, previene en su favor.

Sobre el arco de la puerta se han escrito las siguientes palabras de los Paralipómenos: *Elegí y santifiqué este lugar para que esté en él mi nombre y permanezca aquí mi corazón en todo tiempo.*

En el interior las paredes y el cielo decorados con vistosos colores ofrecen agradable perspectiva.

Un retablo de madera dorada resguarda y adorna el cuadro de la Santísima Virgen, quedando a los lados dos nichos para Santos.

El altar es a la vez elegante y bien acondicionado.

Tiene púlpito, y no le falta ni un pequeño coro para cantar los himnos de la Madre de Dios, ni su modesto campanario desde donde el bronce sagrado llama a los fieles para la oración.

En el pequeño arco toral que separa el presbiterio del cuerpo de la iglesia léese esta inscripción: *Yo soy la Madre del amor hermoso y Refugio de los pecadores.*

Está regularmente provista de vasos y ornamentos sagrados, y de todos aquellos adornos que, usados con arte, tanto contribuyen a realzar el culto católico.

Todo así preparado y hechos los últimos trabajos de ornamentación, el 2 de Agosto de 1873, multitud de fieles, y los vecinos todos de la Recoleta alborozados, asistían con transportes de la más pura alegría a la solemne bendición y extremo del nuevo santuario de Nuestra Señora de la Escalera.

Fue practicada esta gran ceremonia por el Ilmo. y Rdmo. Lizarzaburu, obispo de Guayaquil, que accidentalmente residía aquellos días en Quito.

Desde entonces el pueblo fiel, con ese instinto de fe que lo distingue, ha comprendido que en el nuevo santuario María no sería menos propicia a sus ruegos ni menos poderosa que en el antiguo, y por eso, apreciando en lo que vale una Imagen portentosa ha consagrado a la Ermita de la Escalera toda su veneración y su amor.

Allí son frecuentes las misas, novenas y fiestas celebradas por la piedad de sus devotos, y ese culto consolador y benéfico crece cada día impulsado por las gracias obtenidas.

Por eso de todo Quito y aún de sus comarcas acuden los fieles a la Iglesia de Nuestra Señora de la Escalera, en demanda de gracias espirituales y temporales que, una vez alcanzadas, publican con gratitud.

El indio fatigado que sube hacia la ciudad oprimido por el peso de su carga, se detiene y vuelto reverente hacia la Ermita saluda a María y le pide su bendición.

El viajero que, saliendo de la ciudad va a abandonarse en brazos de la Providencia a todos los azares del camino que lo llevará a los mares, para su caballo, y dirigiendo a la Capilla una mirada suplicante, implora de la Virgen de la Escalera viaje próspero y seguro regreso al seno del hogar; y prosigue alentado por la vista de la que se llama *¡Estrella del mar!*

Bien está pues allí ese santuario, en las puertas del camino, a la entrada de los campos. En él María es de veras alivio de los que sufren, consuelo de los pobres, esperanza y refugio de los pecadores.

¡Bendito el pueblo a quien María ha elegido como suyo, fijando en él su morada!

¡Loor eterno a las magnánimas matronas cristianas Dña. Carmen Ante y Dña. Mercedes Villasís, cuyos nombres permanecerán escritos para edificación de las generaciones venideras al pie de Nuestra Señora de la Escalera!

VI

EL ROSARIO

Siempre que Dios ha permitido la aparición en un pueblo de una imagen milagrosa, los acontecimientos posteriores han manifestado que su designio ha sido de misericordia sobre ese pueblo. Así Lourdes para la Francia moderna, Guadalupe para México, el Señor de los Milagros para el Perú, y el Quinche para el Ecuador

han sido y serán fuentes inagotables de favores y de consuelos para sus respectivos moradores.

Quito también había recibido con su Virgen de la Escalera un beneficio de ese género; y nada más natural, ni tan exigido por la gratitud, que se fomente, propague y perfeccione la devoción a esta insigne Imagen: así lo exigen los bien entendidos intereses de la ciudad, esto puede ser origen de nuevos favores y bendiciones del Cielo.

Creemos, pues, que el sacerdote y el pueblo, de acuerdo, deberían acrecentar sus cultos en la Capilla de la Escalera. Podríase, por ejemplo, establecer en ese santuario un *Rosario perpetuo*, el que repartido en *Coros*, fomentaría la peregrinación a ese lugar elegido por María para su morada.

Y al indicar esta práctica seguimos las inspiraciones de nuestro Santísimo Padre León XIII que tanto recomienda el Rosario, como medio eficaz de obtener la protección valiosísima de María en toda necesidad;— recordamos a Bernardita Soubirous, que rezando el Rosario mereció ver a María en las márgenes del Gave;— creemos procurar el mejor obsequio a la Madre de Dios, cuyo corazón se complace en esta oración suave y cadenciosa, respondiendo a cada *Ave* con una sonrisa maternal;— pensamos dar al pueblo cristiano su mejor lábaro en los combates de la vida, su más poderosa arma, contra los comunes enemigos.

El Rosario fue el instrumento del V. P. Bedón para la conversión de muchas almas, el gran elemento de su apostolado entre los indios.

¡El Ave María, sublime canción de un Arcángel prestada a la tierra en el momento feliz de la Encarnación, no cesará jamás, aunque los siglos, precipitándose en la insondable eternidad, hayan dejado de sucederse para dar paso sólo a lo que es ilimitado e inmutable! En el cielo el trono de la Reina Inmaculada estará siempre ro-

deado de coros que alternándose repetirán arrobados *¡Dios te salve!* a semejanza del trisagio de Isaías delante del trono de Dios.

Rezad pues el santo Rosario, ese oficio del alma sencilla, ese salterio de los indoctos, esa plegaria amorosa de los verdaderos hijos de María; ¡pero también libro profundo para la meditación del letrado y del sabio!

Pensad que cuando rezáis esta práctica benditísima millares de cristianos lo rezan también. En ese propio tiempo, a no dudarlo, las cuentas del Rosario se deslizan apaciblemente entre los dedos del Pontífice en su solio, de los monarcas en sus palacios, de los sacerdotes en el santuario, de las vírgenes en sus claustros, de los sabios en medio de sus libros, y multitud de lenguas infantiles, en nuestros colegios, repiten con armonía la misma divina oración porque es la oración de todos.

Es además la oración por excelencia fácil: lo mismo lo pueden decir el enfermo postrado en el lecho del dolor, el artesano en su taller, el transeúnte por las calles públicas y el caminante solitario, que el religioso postrado reverente con lugar y tiempo deputados para ello: es la oración de todo lugar.

Contribuid pues a este bellísimo universal concierto convirtiendo el santuario de la Escalera, por el *Rosario perpetuo,* en un coro de ángeles terrenales que regocijen el Corazón de María; así adquiriréis derecho cierto de ser agregados, después de la vida, a los coros celestiales.

Es firme creencia nuestra que al dulcísimo Rosario, en no lejano porvenir, deberá la Iglesia santa de Jesucristo su libertad y su triunfo.

En él están cifrados también el bienestar social, la paz de las familias y el progreso espiritual de cuantos aman esta práctica saludable.

Estad ciertos de que, como dice San Alfonso María de Ligorio, *entre todos los obsequios que se tributan a María, ninguno le es tan agradable como el Santísimo Rosario.* Y añade el Santo Doctor: *¡Oh! qué bella y fundada esperanza tiene de salvarse todos los que con devoción y perseverancia le recitan cada día!*

VISITA A LA VIRGEN SANTISIMA DE LA ESCALERA.

Dios te salve, María, Hija de Dios Padre.
Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo.
Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo.
Dios te salve, María, templo y sagrario de la Santísima Trinidad.
Dios te salve, María, concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de tu ser natural. Amén.

Antífona

Santa María, socorre a los desgraciados, ayuda a los débiles, consuela a los afligidos, ora por el pueblo, ruega por el Clero, intercede por el devoto sexo femenino: sientan y experimenten tu poderosa protección todos los que rezan tu Santísimo Rosario.

V/. Ruega por nosotros, Virgen Santísima de la Escalera.
R/. Para que seamos dignos de las promesas de Cristo Nuestro Señor. Amén.

Oración

Santísima María, Madre de Dios y Madre nuestra, portentosa Virgen de la Escalera, postrados en tu presencia te tributamos el homenaje de nuestro amor filial y nos reconocemos como tus fieles siervos y devotos.

Por los dolores de tu Corazón purísimo al pie de la Cruz, y por el gozo que experimentas cada día al escuchar el Santísimo Rosario que se reza en toda la cristiandad, te pedimos humildes y contritos el remedio de

nuestras necesidades espirituales y temporales. Mira, oh Madre compasiva, con ojos misericordiosos a tantos pecadores en peligro de condenarse, a tantos pobres, a tantos enfermos, a tantos degraciados que sufren toda clase de miserias, y principalmente a tantos infelices indios que gimen en las tinieblas de la infidelidad o de la ignorancia, y en el seno de los males de la más triste degradación. Acuérdate, buena Madre, que todas estas almas han sido rescatadas con la preciosa sangre de tu Divino Hijo, y que te fueron dadas por hijas en el Calvario, ilumínales, consuélalas y sálvalas.

Muy en especial te pedimos ardientemente por el remedio de... esta gran necesidad y aflicción en que nos hallamos.

Líbrenos tu ternura maternal de la corrupción de este mundo y del furor de nuestros enemigos; y seamos por tu mediación castos y humildes, caritativos y pacientes, como conviene a los verdaderos hijos de tan Santa Madre.

No se diga, Santísima Virgen de la Escalera, que los que vienen a este Santuario, donde fuiste trasladada de un modo tan portentoso, a implorar tu protección, salen desconsolados; antes bien oye nuestras plegarias, concédenos lo que te pedimos, bendícenos y ayúdanos ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Tres Ave Marías

APENDICE VIII

La Virgen del Vergel

Blazena Gospa

En las cercanías de Cuenca, en una campiña hermosa y amenísima situada al Este de la ciudad, entre los ríos Matadero y Yanuncay, se levantan una graciosa capilla dedicada a la Reina del Cielo bajo el título de la *Virgen del Vergel*, por llamarse así, y también *Paraíso*, el paraje en que está construida. Entre las espesas frondas de sauces, alisos, fresnos y capulíes, cerca de las cristalinas y bulliciosas ondas del primero de los dos ríos mencionados y a la sombra de aquel campestre santuario, es venerada, procedente de Dalmacia, una bellísima imagen de la Madre de Dios, de cuyo origen queremos dar aquí una breve noticia. Pero antes añadiremos que a los encantos con que la naturaleza ha enriquecido el Vergel, señaladamente a su tibia y deliciosa temperatura, deben añadirse los recuerdos históricos de pasadas edades. Frente de la graciosa y elegante capilla se levanta, al otro lado del río, una vistosa colina sobre la cual los soberanos del Cuzco que conquistaron esta región. Túpac-Yupanqui y Huayna-Cápac, construyeron uno de los más ricos, vastos y suntuosos palacios incaicos que existieron jamás en el antiguo territorio de Tomebamba, palacio cuyas ruinas son visitadas hasta hoy por arqueólogos y curiosos (1). Cerca de ese palacio estaba el templo del Sol, y todo aquel lugar fue, por lo mismo, centro de supersticiones idolátricas, y del culto no pocas veces inhumano y sangriento de los Incas. Aquella comarca está todavía como saturada del ambiente pagano que la envolvía en esos remotos tiempos; pero va ya a ser purificada por la oblación de la Víctima Divina que, en aquel santuario, será diariamente

(1) El Dr. **Adolfo Bastián**, sabio arqueólogo de Berlín, visitó esas ruinas; actualmente el Dr. Max Uhle, no solamente las ha visitado, sino que se ocupa en descubrir los cimientos e integrar el plano del grandioso edificio.

inmolada entre las augustas y santísimas ceremonias del único culto verdadero y digno de la majestad de Dios: el culto católico.

Pero ¿cuál es el origen de esa imagen, y cómo ha venido a parar en Cuenca?

Los más altivos dominadores del mundo, los Romanos, daban el nombre de *Escitas y Tracios* a los antiguos pueblos bárbaros situados al Norte de Europa; llamábanlos también *Slavos* o *Slavones*, como en desprecio, por cuanto de ellos se proveía de esclavos el soberbio imperio de los Césares. Al advenimiento del Cristianismo, fueron sucesiva y paulatinamente introducidas en el gremio de la Iglesia todas esas gentes tan numerosas y desheredadas de los beneficios de la verdadera civilización. Los más famosos apóstoles de la *Eslavos*, y que ejercieron sobre ellos una acción decisiva y permanente, para atraerles a la profesión de la fe cristiana, fueron San Cirilo y San Metodio. Eran nativos de la ciudad de Tesalónica, en Grecia, y siendo hermanos según la naturaleza, llegaron a serlo también según la gracia, pues ambos abrazaron la profesión monástica en un mismo convento, en Constantinopla. Después de haber pasado algunos años dedicados a los austeros ejercicios de la perfección fueron enviados a evangelizar a los Búlgaros, Cázaros y demás bárbaros situados a orillas del Ponto Euxino; luego avanzaron más adelante y llevaron la fe católica a Moravia, Polonia y hasta el interior de la Rusia; por lo cual son considerados como los principales y más célebres apóstoles de la raza eslavónica.

A ella pertenecen los *Morlacos*, que habitan en las costas de Dalmacia y profesan no todos, pero sí gran número, la religión católica; desde remotísimos tiempos veneran una célebre Imagen de la Santísima Virgen, bajo el título de *Blazena Gospa*, que vertido a nuestro idioma equivale a: *Bienaventurada Virgen*. Copia de este augusto y venerando simulacro es el que se halla expuesto al culto público de los fieles, en la capilla del Vergel. Su fiesta se celebra el dos de Julio, fecha en que

cada año conmemora la Iglesia el tierno y hermoso misterio de la Visitación de la Inmaculada Virgen a Santa Isabel.

¿Por qué se ha elegido esta imagen para dedicar a ella el santuario de que venimos hablando?... La respuesta es obvia y sencilla: porque llamándose *Morlacos* los habitantes de Cuenca, cualquiera que haya sido el fundamento para ello, la común denominación gentilicia de los dos pueblos debía naturalmente producir en ellos una cierta comunión de principios e ideales religiosos; por consiguiente, siendo *Blazena Gospa* la Patrona de los Eslavos católicos de Dalmacia, debe ser igualmente venerada por sus homónimos de la República del Ecuador.

La Imagen intitulada *Virgen del Vergel* o *Nuestra Señora de Morlaccia* representa a la Madre Santísima de Dios, sentada en elevado trono o cátedra, con el Niño Jesús en el regazo, y San Cirilo y San Matodio, de pie, a los lados: el primero a la derecha y el segundo a la izquierda: en ademán de rendir respetuoso acatamiento a la augusta Reina y su Hijo Sacratísimo.

Hace ya cerca de veinte y tres años se verificó en nuestro cielo un fenómeno extraordinario, que no calificamos de milagroso ni sobrenatural, pero sí de muy raro y sorprendente, con el cual, parece, quiso significarnos Dios Nuestro Señor que sería muy de su agrado la erección del santuario de la Virgen del Vergel, al par de los de Nuestra Señora de la Nube y la Virgen del Rocío; pues, no solamente por medio de milagros, también por medio de sucesos de orden natural nos manifiesta el Altísimo sus voluntades. Aconteció, pues, entre ocho y nueve de la noche del jueves 18 de agosto de 1898, que apareciera en Biblián, sobre la cumbre del cerro donde está el santuario del Rocío, un grande y muy resplandeciente aerolito que partió como una exhalación en línea recta sobre la ciudad de Azogues; detúvose allí algunos instantes sobre la colina en que se alza el san-

tuario de la Nube; desde allí ese errante sol continuó su marcha en el espacio hasta venir a colocarse delante de Turi, poco más o menos sobre el sitio en que se construye actualmentee el pequeño templo del Vergel; al llegar a este punto, paróse en su carrera, y mostróse a modo de esfera luminosa coronada por una cruz de fuego; luego se transformó en una corona imperial con la misma cruz encima; en seguida se deshizo la corona y quedó en su lugar una C luminosa a modo de pequeña luna en su creciente; ésta, a su vez trocóse en una delta, o sea triángulo, de líneas fulgurantes. Apagáronse también las últimas ráfagas de esta sidérica lumbre, y extendieron las tinieblas su manto sobre aquella tan curiosa como bella y admirable escena. Como era noche de jueves, y había muchísimos transeúntes en los caminos, el bólido luminoso fue visto en toda la trayectoria de su curso: en Biblián, Azogues y Cuenca; quedan aún innumerables testigos que nos han dado la información reproducida aquí. Nos limitamos a dejar constancia de ella sin hacer deducción alguna de dicho acaecimiento; lo que sí nos maravilla es que haya sido él como prenuncio del santuario del Vergel, en el cual nadie pensaba entonces. Quiera el Cielo llegue este humilde templo a ser un trono predilecto de la Reina de Misericordia y una fuente inexhausta de gracias y bendiciones para Cuenca.

Julio Matovelle.

APENDICE A

DOCUMENTOS

RELATIVOS A LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

Petición hecha al Ilmo. Señor Dr. D. Miguel Alvarez y Cortés, Obispo de Quito, por D. Joaquín Montúfar, Alcalde primero de esta misma ciudad, en 1797.

Ilmo. Señor.— Por una rara casualidad se ha encontrado en la Notaría la información recibida por el Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónico Doctoral de esta Santa Iglesia, Provisor y Vicario General, actuada el siglo pasado, la que contiene uno de los mayores prodigios con que su Divina Majestad quiso esclarecer esta ciudad; pues vino a visitarla la Reina de los Angeles, como especial protectora de ella: la misma información que se servirá Usía Ilustrísima pedirla, de la cual se han sacado varios testimonios, que se han pasado al Señor Presidente, Señor Oidor Decano y el Ilustre Cabildo, con inserción de un auto proveido por mí, cuya copia en testimonio acompaño. Suplicando a Usía Ilustrísima que como tan devoto a la Santísima Virgen y su Santo Rosario, contribuya por su parte a perpetuar la memoria de un favor tan singular de que hay tan pocos ejemplares. —Dios guarde a Usía Ilustrísima muchos años.— Quito, y noviembre veinte de setecientos noventa y siete —Ilustrísimo Señor.— Joaquín Montúfar.

En la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito, en veintitrés de Mayo de mil setecientos noventa y siete años, el Señor Don Joaquín Montúfar y Franco, Alcalde Ordinario de ella dice: Que el día treinta de Diciembre de mil seiscientos noventa y seis, a las cinco de la tarde, apareció en forma visible la Reina de los Angeles, María Santísima, hacia el Norte de esta ciudad, sosteniendo en el brazo izquierdo a su Divino Hijo en figura de infan-

te, y en el derecho el cetro: suceso que, por la incuria de las personas a que tocaba inmortalizarlo, se había apenas tocado por tradición y está casi confundido con los apócrifos, por no hallarse documento auténtico, que afianzase su crédito. En cuyo estado de ambigüedad y duda, por una especial Providencia, se ha encontrado entre varios papeles despreciables, la información del hecho que comenzó a recibir el mismo día del milagro el Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia, Provisor y Vicario General, entonces por el Señor Ilustrísimo Don Sancho de Andrade y Figueroa, con testigos oculares los más autorizados, de que es el primero el Señor Don Mateo de la Mata Presidente de esta Real Audiencia. Y respecto de que ninguna cosa por grande y memorable que sea puede contribuir a la gloria de esta ciudad, tanto como haber sido visitada por la Madre de Dios y El mismo Humanado, que acaso contarán muy raras ciudades y provincias del Orbe, y deba por tanto, tener el primero y más distinguido lugar en sus fastos, para recuerdo perpetuo del beneficio, ya que la calamidad presente no permite se erija en monumento un templo magnífico, que lo manifieste perpetuamente a la posteridad, para su reconocimiento y gratitud: se sirvió mandar y mandó que por lo menos se agregue un testimonio público del expediente al libro de actas de este Ilustre Cabildo respectivo al año de mil seiscientos noventa y seis, se dé noticia de su invención por oficios a los Señores Presidente y Decano de esta Real Audiencia, y al mismo Cabildo, para que como conviene, se acuerde, que a expensas de todo el vecindario se haga a lo menos, por una vez, fiesta solemne, en memoria de tan especial favor, y dignación del Cielo; y en virtud todo de este auto se franqueen cuantos testimonios públicos se pudieren, y cualesquiera que sean las personas que los pidan, para que por la multiplicidad de ejemplares se ponga el caso menos expuesto al olvido, e injuria de los tiempos. Pásese igual oficio al Ilustrísimo Señor Obispo, suplicando a Su Ilustrísima se sirva contribuir por su parte al citado acto de gratitud, y disponer que la información original se guarde en una caja de plomo bien cerrada con inscripción del monumento que encierra, a fin de preservarlo de la corrupción y polilla. Así lo proveyó, mandó y firmó, por ante mí el presente Escribano, de que doy fe.— Joaquín Montúfar.— Por su mandado.— Bernardo de Saona, Escribano de su Majestad y Receptor.

Es fiel copia del auto original que queda en mi poder, al que me remito en caso necesario; y doy la presente de mandato verbal del Señor Alcalde Ordinario de primera elección Don Joaquín Montúfar; en cuya virtud signo y firmo, en Quito, a diez y nueve de noviembre de mil setecientos noventa y siete años.— (Aquí el signo).— Bernardo de Saona, Escribano de su Majestad y Receptor.

Quito, diez y ocho de Diciembre de mil setencientos noventa y siete.— Recibida con el documento que acompaña: únase al expediente que se cita y tráigase para dar providencia, con la cual se le contesta al Señor Alcalde de primer voto.

INFORMACION AUTENTICA

ACTUADA DE ORDEN JUDICIAL SOBRE EL MILAGRO DE HABER APARECIDO MARIA SANTISIMA NUESTRA SEÑORA, EN UNA NUBE, EL DIA DOMINGO POR LA TARDE 30 DE DICIEMBRE DEL AÑO DE 1696.

Información auténtica mandada hacer por el Señor Provisor y Vicario General de este Obispado de Quito, sobre la aparición milagrosa de Nuestra Señora en la nube, el día domingo sobre tarde 30 de Diciembre del año de 1696; habiéndose aplicado el rezo del Smo. Rosario por la salud del Ilustrísimo Señor Doctor Don Sancho de Andrade y Figueroa mi Señor, que enfermó aquel año de tabardillo y dolor de costado, llegando a estar desahuciado de los médicos.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, en treinta días del mes de Diciembre de mil seiscientos noventa y seis años, el Señor Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral, Provisor y Vicario General de este Obispado: dijo que estando Su Ilustrísima el Obispo mi Señor enfermo de achaque de dolor de costado y tabardillo, en tanto aprieto y desconfianza de su vida a juicio de los médicos, que ordenaron recibiese los santos Sacramentos, como con efecto se ejecutó el día viernes que se contaron veinte y ocho de este dicho mes, y hallándose contristado el pueblo y rebaño reconocido de lo importante de la salud y vida de su Pastor; advirtió devoto recurrir al patrocinio de María Santísima Nuestra Señora de Guadalupe del pueblo de Guápulo, Imagen de la mayor devoción de esta Provincia y de las demás de estos Reinos, por los muchos prodigios que por medio e intercesión de esta Santa Imagen ha obrado su Divina Majestad; y habiéndola traído a esta dicha ciudad de su santuario el día próximo pasado y colocándola en la Catedral con acompañamiento del pueblo, con lágrimas y sollozos pidiendo su intercesión para con su preciosísimo Hijo, a fin que les diese el consuelo de la salud de su Ilustrísima; hoy dicho día después de las cuatro de la tarde salió el Rosario de dicha Catedral, como es uso y costum-

bre todos los domingos, y al recogerse y terminarlo, se vio patente la forma y efigie de dicha Santa Imagen formada de una nube en el aire y un hombre a sus pies de rodillas por espacio de un Paternoster y Ave María que se cantó con su Gloria Patri, causando admiración a todo el concurso que iba acrecentándose en la santa devoción del Santísimo Rosario, aplicándolo por la salud de su Ilustrísima. Y incontinente ocurrieron a este palacio muchas personas de la primera magnitud de esta República a participar la noticia, como fueron los Señores Presidente de esta Real Audiencia, Protector Fiscal, Corregidor y Teniente, y Maestrescuela de esta Santa Iglesia y otras muchas personas así eclesiásticas como seculares que iban en la procesión que comprobaron el caso; y para que en mayor honra y gloria de Dios y de la devoción eficacísima de su Santísima Madre por medio del Santísimo Rosario se haga más notorio y memorable este prodigio de tanto consuelo, y que los fieles se fervoricen en invocarla en todos sus conflictos: mandó su merced que, al tenor de este auto que sirva de cabeza de proceso se reciban las declaraciones de dichos señores y de las personas de mayor excepción y que fechas se traigan para proveer y proceder a lo que convenga Y así lo proveyó y firmó.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Ante mí, Tomás Fernández de Fraga.— Notario Mayor y público.

Declaración del Lic. D. Mateo de Mata Ponce de León, Presidente de la Real Audiencia.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, a treinta y uno días del mes de Diciembre de mil seiscientos noventa y seis años, el Señor Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral, Provisor y Vicario General de este Obispado, por el Ilustrísimo Señor Doctor Don Sancho de Andrade y Figueroa, mi señor Obispo de Quito, del Consejo del Rey Nuestro Señor. Estando en el palacio del Señor Licenciado **Don Mateo de Mata Ponce de León,** caballero del Orden de Calatraba, del Consejo de su Majestad, y su Presidente de esta Real Audiencia, le recibió a Su Señoría juramento por Dios Nuestro Señor, puesta la mano sobre su pecho y venera que trae puesta; y fecho prometió decir verdad y habiéndole mostrado el auto de esta otra parte, dijo: que Su Señoría tiene por costumbre el continuar en rezar el Santo Rosario del Ave María todos los días en esta ciudad con el concurso de gente que le acompaña, y que ha-

biendo ido con efecto rezando por las calles en voz alta Su Señoría con el concurso de ella, llegó al pretil del Convento del Señor San Francisco de esta dicha ciudad, y llegando al Gloria Patri se hincaron de rodillas todos los acompañantes y Su Señoría también, y oyó una voz que decía "¡la Virgen, la Virgen!" y reconoció era el Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena, Presbítero, Capellán del Convento de monjas de la Limpia Concepción la Real de esta ciudad, y alzando la vista hacia el lugar que aseñalaba, vio Su Señoría en la región media del aire o la parte del Norte que cae por elevación, según pareció, sobre los pueblos del Quinche y Guápulo, donde están dos santuarios muy milagrosos, a la Virgen María Sacratísima Madre de Dios y Señora Nuestra, en pie y de cuerpo agigantado, coronada, que se podía ver de distancia de dos leguas; y tenía un cetro grande en su mano derecha o ramo de azucena, y en el brazo izquierdo a su Preciosísimo Hijo y inclinado el rostro para El, si bien vuelto el cuerpo derechamente a esta ciudad: formada de una nube blanca y clara, y a sus espaldas campo azul celeste, y a los lados muchas nubes gallardas y bien dispuestas según pareció, sin que Su Señoría especificase con distinción sus vestiduras, mas de tan solamente que daba aire dicha Imagen a Nuestra Señora de la Antigua (que su retrato tiene Su Señoría en su palacio), vestida naturalmente sin follaje. Y Su Señoría continuó con dicho Rosario en compañía del Señor Licenciado Don Ignacio de Aibar y Eslaba, Caballero del Orden de Santiago, Fiscal Protector General de los naturales de esta provincia, Doctor Don Luis Matheu y Sanz, Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, el General Don Pedro García de la Torre, Caballero del Orden de Calatrava, Corregidor y Justicia Mayor de ella, Don Francisco de Sala y Ros, Teniente General de Corregidor, el Capitán Don Salvador Pérez Guerrero, el Maestre de Campo Luis Garrido y otros caballeros que acompañaban dicho Rosario. Y dicha visión vio Su Señoría en todo el rato que se cantó el verso del Gloria Patri, Paternoster, y principios del Ave María, que fue alguno por ser el tono espacioso y dilatado, y que esto es lo que vio y pasó el día Domingo treinta de Diciembre de este presente año, como a las cuatro y tres cuartos de la tarde, según pareció por el reloj.— Y asimismo declara Su Señoría que habiéndose divulgado lo referido en la ciudad se halló no haber persona en ella que lo hubiese visto, sino éstas que iban cantando el Rosario, de de tal suerte que, habiéndose asomado al ruido que se causó, algunos religiosos de San Francisco por ver de qué se causaba, y entre ellos el Padre

Guardián, le han asegurado a Su Señoría no haber alcanzado a ver la Imagen de María Santísima formada de la nube en la forma que ha referido, que es lo que más le ha admirado a Su Señoría, estando tan patente y descubierta y, es lo que juzga ser lo más especial que se debe ponderar en este caso. Y que todo lo que ha dicho y declarado Su Señoría es público y notorio, pública voz y fama, y la verdad so cargo del juramento que fecho tiene en que se afirmó y ratificó, habiéndosele a Su Señoría leído esta su declaración y lo firmó juntamente con su merced.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Licenciado Matheo de Mata Ponce de León.— Ante mí, Tomás Fernández de Fraga, —Notario Mayor y público.

Declaración del Dr. D. Luis Matheu y Sanz, Maestrescuela.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, a tres días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, su merced dicho Señor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral, Provisor y Vicario General de este Obispado, en cumplimiento del auto de esta otra parte le recibió (juramento) por Dios Nuestro Señor **et in verbo sacerdotis,** puesta la mano sobre su pecho y corona, al Señor Doctor Don Luis Matheu y Sanz, Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, y siéndole leído el dicho auto que está por cabeza, —Dijo que saliendo de la Catedral con el Rosario rezándole en voz alta como lo acostumbra en esta ciudad, donde asistía el Sr. Licenciado D. Matheo de Mata Ponce de León, Caballero del Orden de Calatrava del Consejo de su Majestad, Presidente de esta Real Audiencia, llegando a lo último del pretil de San Francisco y calle de Santa Clara de esta dicha ciudad, estando de rodillas al rezar el Gloria Patri, vio al Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena, Capellán del Convento de la Limpia Concepción de ella, que levantando la mano derecha daba voces diciendo ¡la Virgen! y volvió la cabeza y vio la región del aire y en ella una nube que formaba como en un bosquejo una imagen de la Virgen Sacratísima con un niño e Hijo precioso en la mano izquierda, e inclinada la cabeza hacia El, y en la mano derecha un cetro o ramo, inclinado el cuerpo hacia esta ciudad, y por detrás se aparecía el cielo claro y hermoso, con muchas nubes que lo hermoseaban, y su vestuario daba aire a Nuestra Señora de la Antigua que su retrato está colocado en la Santa Iglesia Catedral de esta dicha ciudad; y dicha visión pareció estar en la inmediación de los pueblos del Quinche y Guápulo,

donde hay y están dos imágenes muy milagrosas, y habría de distancia dos leguas poco más o menos, según pareció por el aire.— Y asimismo declara que muchas personas le han preguntado si era cierto había visto dicha imagen, y éstas que así preguntaban no habían ido en dicho Rosario, y tiene por cierto que todos los que acompañaron y rezaron el Santo Rosario la vieron y los que no, nó; y dicha visión le ha causado mucha devoción por haber sido cosa tan espantosa y memorable, y esta dicha visión fue hasta que se acabó de rezar el verso del Gloria Patri, Paternoster y principios del Ave María, y luego fue deshaciéndose dicha Imagen. Y que esto sucedió, vio y pasó el día domingo que se contaron treinta de Diciembre como a horas de las cinco de la tarde poco más o menos. Y que esto que ha dicho y declarado es público y notorio, pública voz y fama y la verdad so cargo del dicho juramento que fecho tiene en que se afirmó y ratificó, habiéndosele leído esta su declaración y lo firmó juntamente con su merced.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Doctor Don Luis Matheu y Sanz.— Ante mí Tomás Fernández de Fraga, —Notario Mayor y público.

Declaración del Pbro. D. José de Ulloa y la Cadena, Capellán de la Concepción.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, a tres días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, el Señor Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral de esta dicha ciudad. Provisor y Vicario General de este Obispado, en cumplimiento del auto de esta otra parte hizo parecer, ante su merced al Licenciado **Don José de Ulloa y la Cadena,** Presbítero, Capellán del monasterio de la Limpia Concepción la Real de esta dicha ciudad, del cual le recibió juramento por Dios Nuestro Señor **et in verbo sacerdotis,** puesta la mano sobre su pecho y corona y so cargo de él prometió decir verdad. y siéndole leído el dicho auto y examinado al tenor de él.— Dijo que, como a las cuatro y tres cuartos de la tarde poco más o menos según pareció, yendo cantando el Santo Rosario de Nuestra Señora que sale los domingos de esta Santa Iglesia Catedral,, asignados por auto del Ilustrísimo Señor Doctor Don Sancho de Andrade y Figueroa, mi Señor Obispo de este Obispado, del Consejo de Su Majestad: en las últimas escaleras del pretil del Convento de San Francismo de esta ciudad que caen derechas a la calle de Señora Santa Clara de ella, por donde iba lo más de la procesión,

tocaron la campanilla; y arrodillándose todos los del Coro principal al cantar el Gloria Patri, alzó los ojos al cielo y en la región media del aire, a la parte del Norte que cae por elevación sobre el pueblo de Perucho, vio una perfecta Imagen de Nuestra Señora la Virgen Santísima Señora Nuestra, con su corona, puesta en pie sobre una nube densa que le servía de trono, vuelta derechamente a esta ciudad, con algunas iluminaciones resplandecientes: era de crecida estatura como hay pintadas algunas imágenes de Nuestra Señora de la Antigua, y en el brazo izquierdo tenía a su Preciosísimo Hijo; y le pareció ser formada de una blanca y transparente nube, haciéndole campo a sus espaldas el azulado cielo y a los lados muchas nubes gallardamente dispuestas; de la mano derecha le salía un cetro grande parecido al de Nuestra Señora de Guadalupe (cuya imagen milagrosa se halla hoy en la Iglesia Catedral de esta ciudad, haciéndosele un novenario por la mejoría de Su Señoría Ilustrísima el Obispo mi Señor, que ha estado a lo último de la vida, con evidente peligro causado de un violentísimo dolor de costado y calentura maligna: habiéndola traído para este efecto el día antes que sucediese esta aparición). Al lado izquierdo de Nuestra Señora estaba a sus pies un hombre vestido con manteo puesto de rodillas, las manos juntas y la cabeza inclinada hacia el pueblo de Nuestra Señora del Rosario del Quinche, formado también de nube. Y habiendo acabado de cantar el Coro el verso Gloria Patri le dijo a Don Francisco de Mendoza que andaba en hábitos de San Bruno viese a Nuestra Señora en el cielo, señalándole la parte donde estaba y como permaneciese señalando y diciendo: **¡allí está Nuestra Señora!** la vieron todos los del Coro: el Señor Licenciado Don Matheo de Mata Ponce de León, Caballero del Orden de Calatraba, del Consejo de Su Majestad, Presidente de esta Real Audiencia; y los Señores Licenciados Don Ignacio de Aibar y Eslaba, Caballero del Orden de Santiago, Fiscal, Protector General de los naturales de esta Provincia, Doctor Don Luis Matheu y Sanz Maestrescuela de esta Santa Iglesia Catedral, y Doctor Don Clemente Carballo, Racionero de la Santa Iglesia Catedral de ella, y el General Don Pedro García de la Torre del Orden de Calatraba, Corregidor y Justicia Mayor de esta dicha ciudad, el Maestre de Campo Don Francisco de Sala y Ros, Teniente General de Corregidor de ella, el Capitán Don Salvador Guerrero y otros caballeros y demás gente que iba inmediata al Guión, que serían más de ciento. Asimismo la vieron todo el tiempo que se gastó en cantar el sicut erat in principio, Padre Nuestro y la primera Ave María, que fue

alguno por la gravedad del tono. Y se remite a las declaraciones de todos los dichosos que vieron tan grande signo en el cielo, siéndolo este declarante (aunque tan indigno) el primero que lo vio, disponiendo Dios Nuestro Señor por sola su bondad infinita, y que fue a tan santa devoción para servirse de este declarante y manifestarle a su Inmaculada Madre, y que fuese el instrumento para participar a los demás devotos de bien tan grande porque le da infinitas gracias, y a su Santísima Madre, por lo que nos favorece demostrándonos su agradecimiento en la devoción que se tiene y la tenemos aunque tibia de su Santísimo Rosario, mostrándosenos favorable a todos los de esta ciudad dichosa. Esto es lo que vio y así lo declara para mayor honra y gloria de Jesucristo Nuestro Señor y de su piadosísima Madre Reina de los Angeles y Señora Nuestra, que sean eternamente alabados.— Asimismo declaraba que ha sabido que algunos religiosos del Convento de San Francisco que se hallaron en las ventanas de sus celdas que caen hacia la parte donde vieron a Nuestra Señora al mismo tiempo que esto sucedió, no la vieron aunque atendieron cuidadosamente a las demostraciones que hizo este declarante: y elevación y a otros dos sacerdotes que iban en el dicho Coro les sucedió lo mismo, aunque despabilaron la vista. Y que esto es lo que pasó y vio el día treinta de Diciembre pasado de este presente año de noventa y seis, y la verdad so cargo del juramento que fecho tiene, en que se afirmó y ratificó habiéndosele leído esta su declaración, y lo firmó de su nombre juntamente con su merced dicho Señor Provisor, de que yo el Notario Mayor y público doy fe.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— José de Ulloa y la Cadena.— Ante mí, Tomás Fernández de Fraga,— Notario Mayor y público.

Declaración del General Don Pedro García de la Torre, Caballero de Calatraba.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco del Quito, a cuatro días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, el Señor Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral, Provisor y Vicario General de este Obispado, en cumplimiento del auto de la foja primera, hizo parecer ante su merced al General **Don Pedro García de la Torre,** Caballero del Orden de Calatraba, Corregidor y Justicia Mayor de esta dicha ciudad por su Majestad; y le recibió juramento por Dios Nuestro Señor puesta la mano en la cruz de la venera que trae

en los pechos, y fecho prometió decir verdad. Y siendo examinado al tenor de dicho auto de la foja primera —Dijo que tiene por costumbre el asistir en el santo Rosario que se acostumbra rezar en esta dicha ciudad y especialmente en que sale los domingos de la Santa Iglesia Catedral y yendo con efecto rezando el dicho Rosario con el concurso de gente que le acompañaba al Señor Licenciado Don Matheo de Mata Ponce de León, Caballero del Orden de Calatraba del Consejo de su Majestad, Presidente de esta Real Audiencia, y habiendo llegado al pretil del Señor San Francisco de esta ciudad hicieron seña con la campanilla para que se hincaran todos de rodillas para pronunciar el **Gloria Patri** y estándolo diciendo oyó una voz que decía: ¡la Virgen Santísima!, y aplicando la vista hacia el lugar que así oyó dicha voz, reconoció era el que tales voces decía el Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena, Presbítero Capellán del monasterio de la Limpia Concepción de esta ciudad; y alzando la vista hacia el lugar que señalaba vio su merced en la región media del aire a la parte del Norte que cae por elevación según pareció sobre los pueblos del Quinche y Guápulo, donde están dos santuarios muy milagrosos: a la Virgen María Sacratísima Madre de Dios y Señora Nuestra, en pie y de cuerpo agigantado, coronada, que se podía ver de distancia de dos leguas, y tenía un cetro grande en su mano derecha y en el brazo izquierdo a su Preciosísimo Hijo y inclinado el cetro para él, si bien vuelto el cuerpo derechamente a esta dicha ciudad, formada de una nube blanca y clara, y a sus espaldas campo azul celeste, y a los lados muchas nubes gallardas y bien dispuestas según pareció, sin que su merced distinguiese las vestiduras más de tan solamente que daba aire dicha imagen a Nuestra Señora de la Antigua que ha visto su retrato en diferentes lugares de este Reino; y habiendo estado el concurso de gente embelesados, los que estaban inmediatos al Guión, como fueron el Señor Licenciado Don Ignacio de Aibar y Eslaba, Caballero del Orden de Santiago, Fiscal Protector de esta Provincia, los Doctores Don Luis Matheu y Sanz, Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral, Don Clemente Carballo, Racionero de ella, el Capitán Don Salvador Pérez Guerrero, el Maestre de Campo Don Francisco de Sola y Ros, Teniente General de esta ciudad, el Maestre de Campo Don Luis Garrido y otros caballeros que acompañaban dicho Rosario: y dicha visión vio su merced y todos los que lleva referidos, en todo el rato que se cantó el verso del Gloria Patri, Pater Noster y principios del Ave María, que fue alguno por ser el tono espacioso y dilatado: y que esto es lo que

vio y pasó el día domingo treinta de Diciembre de este presente año como a las cuatro y tres cuartos de la tarde según pareció por el reloj. Y ha oído públicamente en esta ciudad decir no haber persona que hubiese visto dicha visión si no es la que iban cantando el Rosario, de tal suerte que aun algunos religiosos del Convento de San Francisco se asomaron a las ventanas de sus celdas y aplicaron la vista al lugar citado, no pudieron divisarla estando como estuvo tan patente y clara dicha visión; y que esta es la verdad so cargo del juramento que fecho tiene en que se afirmó y ratificó habiéndosele leído a su merced esta su declaración, y lo firmó juntamente con dicho Señor Provisor.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Pedro García de la Torre.— Ante mí, Tomás Fernández de Fraga.— Notario Mayor y público.

Declaración del Lic. D. Ignacio de Aibar y Eslaba Caballero de Santiago.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco del Quito, a cuatro días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, su merced el Señor Provisor y Vicario General de este Obispado, en cumplimiento del auto de fojas una, recibió juramento al Señor Licenciado **Don Ignacio de Aibar y Eslaba,** Caballero del Orden de Santiago del Consejo de su Majestad, Fiscal Protector de esta Real Audiencia y su distrito, el cual hizo por Dios Nuestro Señor, puesta la mano en la cruz de la venera que trae en su pecho y hecho prometió decir verdad y siendo mostrado el auto de fojas primera.— Dijo que contristado de la gravedad de los achaques que padecía y manifiesto riesgo en que estaba la vida del Ilustrísimo Señor Doctor Don Sancho de Andrade y Figueroa, deseándola como una de las ovejas, aunque la menos aprovechada de su santo ejemplo y enseñanza, quiso contribuir con sus oraciones aunque indignas por su parte de ser admitidas dignificándolas con la poderosísima intercesión de la Virgen Santísima de Guápulo que estaba y está para este fin en la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad; fue el domingo próximo pasado que se contaron treinta de Diciembre, a dicha Santa Iglesia a salir en la procesión que todos los domingos sale de ella, sabiendo que ésta y las demás que han salido estos días se aplicaban y ofrecían por la salud y vida de dicho Ilustrísimo Señor, y habiendo llegado a la lonja o pretil de la Iglesia del Seráfico Padre San Francisco, a lo último de él, se hizo señal con una campanilla de haberse rezado o cantado las diez

avemarías del segundo misterio de dicho Santísimo Rosario, para que puestos todos de rodillas se cantase el Gloria Patri, y entonces reparó en que el Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena, Presbítero, Capellán del real Convento de religiosas de la Purísima Concepción, de Nuestra Señora de esta ciudad, hacía ciertas señales con la mano derecha y decía: **¿no ven una imagen de Nuestra Señora?** a lo cual puesto en pie su merced con el Señor Licenciado Don Matheo de Mata Ponce de León, Caballero de la Orden de Calatraba del Consejo de su Majestad, Presidente de dicha Real Audiencia, a cuyo lado iba preguntó: **¿dónde está esta santa imagen?** porque ajeno del suceso sólo miraba las entradas de las calles para ver si alguna procesión venía, hasta que Su Señoría dicho Señor Presidente le señaló en el aire dicha imagen santísima; y entonces reconoció con asombro que a la parte del Oriente y como entre los pueblos del Quinche y Guápulo se mostraba y vio su merced una imagen de Nuestra Señora formada de nubes tan transparentes y blancas como nunca las ha visto, y que en el brazo izquierdo tenía al Niño Jesús Nuestro Señor, y en la mano derecha un cetro o ramo, y en la cabeza corona, como se pinta y está en esta Santa Iglesia y en otras partes de los Reinos de España, la Imagen de Nuestra Señora de la Antigua, según la estatura agigantada que parecía, si bien el vestuario que por la parte inferior se formaba de la misma nube, era más ancho que la superior, con que se persuadió que era la Virgen Santísima del Quinche o de Guápulo porque así visten siempre estas Santísimas Imágenes, y tenía otras nubes a los pies, mucho más densas y oscuras de que después se formó uno como velo que cubrió la imagen después que se cantó el verso del Gloria Patri, un Padre Nuestro y Ave María; y aunque siempre fue con cuidado de volver a ver dicha Imagen por las partes que las casas y edificios de esta ciudad, no lo impedían, nunca lo pudo conseguir; muchas y diferentes personas le han preguntado si es cierto, hasta ahora no ha encontrado persona que no yendo en el Rosario la viese, de que infiere que quiso la Virgen Santísima manifestar el agrado que tenía en la devoción de su Rosario. Y que por ella ha conseguido, de aquella misma hora el Ilustrísimo Señor Obispo la perfecta mejoría de que al presente goza. —Y aunque oyó decir allí que se veía una figura de hombre puestas las manos y de rodillas a los pies de dicha Imagen no lo vio porque toda su atención la llevó a la Imagen de Nuestra Señora. Y respecto de que en altas materias es necesario que los testigos nada fíen de sí, porque pueden padecer engaños,

en todo se remite a lo que han dicho y dijeren dichos Señor Presidente, Doctor Don Luis Matheu y Sanz, Maestrescuela de esta Santa Iglesia, Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena, General Don Pedro García de la Torre, Caballero de la Orden de Calatraba, Corregidor de esta ciudad, Don Francisco de Sala y Ros, su Teniente General, Don Pedro de León Maldonado, Caballero de la Orden de Santiago, el Capitán Antonio de Onagoitia, de cuya virtud y verdad se puede aún en tan grave materia fiar, como también de la de Don Baltasar de la Puente Maldonado, Escribano Mayor de Visitas, el Maestre de Campo Luis Garrido, Depositario General de esta ciudad, Don Salvador Guerrero. Regidor perpetuo de ella, y otras a su parecer más de quinientas personas de todas calidades que iban en dicho Rosario, eclesiásticas y seculares; y aunque con consulta de Teólogos muy religiosos, pudiera atribuir a causas muy naturales esta visión, tiene con algún instinto, fuera de lo natural esta aparición, por las circunstancias que ocurrieron dicho día, por mílagros, porque al antecedente la mayor parte de esta ciudad pedía a voces la salud de dicho Señor Obispo, pareció entre las dos Santísimas Imágenes del Quinche y Guápulo de quienes es muy rendidamente devoto dicho Señor Ilustrísimo Obispo, y lo que es más en favor de dicho Rosario: todo lo cual es cierto y verdadero debajo del juramento que tiene fecho. Y lo firmó juntamente con su merced —Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Ignacio de Aibar y Eslaba.— Ante mí, Tomás Fernández de Fraga, Notario Mayor y público.

Declaración del Maestre de Campo D. Francisco de Sola y Ros, Teniente General de Corregidor.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco del Quito, a cuatro días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, el Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral, Catedrático de Vísperas en la real Universidad del Colegio de Santo Tomás de esta dicha ciudad, Provisor y Vicario General de este Obispado por el Ilustrísimo Señor Doctor Don Sancho de Andrade y Figueroa mi Señor, del Consejo del Rey Nuestro Señor Obispo de este Obispado, en cumplimiento de lo contenido en el auto de fojas una, hizo parecer ante su merced al Maestre de Campo Don Francisco de Sala y Ros, Teniente General de Corregidor de esta dicha ciudad sus términos y jurisdicción por su Majestad, del cual le recibió juramento por Dios

Nuestro Señor y una señal de Cruz que hizo en toda forma de derecho; y siéndole leído el dicho auto de fojas una **de verbo ad verbum,** por mí el presente Notario Mayor y público, con asistencia de dicho Señor Provisor y Vicario General.— Dijo, que este declarante tiene por costumbre el asistir rezando el Santo Rosario del Avemaría, todos los días en esta ciudad, con el concurso de gente que sale en todas ocasiones; y que habiendo ido con efecto rezando por las calles en voz alta llegó con el concurso de ella al pretil del Convento del Señor San Francisco de esta dicha ciudad, y llegando al **Gloria Patri,** se hincaron de rodillas todos los acompañantes y este declarante también, y estando presenciando dicho verso del Gloria Patria, oyó una voz que decía aceleradamente, ¡la Virgen, la Virgen!, y alzando la vista, reconoció que el que dichas voces daba era el Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena Presbítero Capellán del Convento de monjas de la Limpia Concepción la real de esta ciudad, y volviendo a aplicar la vista hacia el lugar que así señalaba, vio este declarante en la región media del aire, a la parte del Norte, que cae por elevación, según pareció, sobre los pueblos del Quinche y Guápulo donde están dos imágenes milagrosísimas, a la Virgen María Sacratísima Madre de Dios y Señora Nuestra, en pie y de cuerpo agigantado coronada, que se podía ver de distancia de dos leguas, y tenía un cetro grande en su mano derecha, o ramo de azucena, y en el brazo izquierdo a su Preciosísimo Hijo, e inclinada el rostro para El, si bien vuelto el cuerpo derechamente a esta ciudad, formada de una nube blanca y clara, y a sus espaldas, campo azul celeste, y a los lados según pareció, sin que este declarante especificase con distinción sus vestiduras mas de tan solamente que daba aire dicho imagen a Nuestra Señora de la Antigua que su retrato está colocado en la Santa Iglesia Catedral de esta dicha ciudad, vestida naturalmente sin follaje, y después de haberse rezado dicho verso del Gloria Patri y principios del Ave María, continuóse con dicho Rosario, escandalizándose de haber visto a la Madre de Dios, Señora Nuestra, y premeditando se aparecía dicha visión por medio de rezarse el Santo Rosario.— Y ha oído decir públicamente en esta dicha ciudad, que los que no iban acompañando dicho Rosario, no la habían podido divisar; y a todo lo referido se hallaron los Señores Licenciados Don Matheo de Mata Ponce de León Castillejo, Caballero del Orden de Calatraba del Consejo de su Majestad Presidente de esta Real Audiencia, Don Ignacio Aibar y Eslaba, Caballero de la Orden de Santiago, Fiscal Protector General de los naturales de esta Provincia,

Doctor Don Luis Matheu Sanz Maestrescuela de esta Santa Iglesia Catedral, el General Don Pedro García de la Torre, Caballero de la Orden de Calatraba, Corregidor y Justicia Mayor de esta dicha ciudad, el Maestre de Campo Luis Garrido y Don Pedro de León, Caballero de la Orden de Santiago y otros caballeros que acompañaban dicho Santo Rosario; y que esto es lo que vio y pasó el día domingo treinta de Diciembre del año pasado de mil seiscientos noventa y seis, como a las cuatro y tres cuartos de la tarde, según pareció por el reloj.— Y asimismo declara que habiéndose divulgado lo referido en esta ciudad, se halló no haber persona en ella que lo hubiese visto, si no es las que iban cantando el Santo Rosario, de tal suerte, que habiéndose asomado al ruido que se causó, algunos religiosos del dicho Convento de San Francisco, de que se causaba dicha aceleración, y entre ellos el Padre Guardián de él, le han asegurado a este declarante no haber alcanzado a ver la imagen de María Santísima formada de la nube que lleva declarado, que es lo que más le ha admirado a este declarante: estando tan patente y descubierto, y juzga ser lo más especial que se debe ponderar en este caso; y que todo lo que ha dicho y declarado es público y notorio, pública voz y fama en esta dicha ciudad, y la verdad so cargo del juramento que fecho tiene en que se afirmó y ratificó, habiéndosele leído esta declaración, y lo firmó juntamente con su merced dicho Señor Provisor.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Don Francisco de Sola y Ros.— Ante mí, Tomás Fernández de Fraga— Notario Mayor y público.

Declaración del Capitán D. Antonio de Ascencio.

En la muy noble y leal ciudad de San Francisco del Quito, a cuatro días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, su merced dicho Señor Provisor y Vicario General de este Obispado, en cumplimiento del auto de la foja primera hizo parecer ante su merced al Capitán **Antonio de Ascencio,** vecino y mercader de esta dicha ciudad, del cual le recibió juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz, en forma de derecho, y so cargo dél prometió decir la verdad, y siendo examinado al tenor del dicho auto.— Dijo, que este declarante tiene por costumbre el acompañar al Santo Rosario que se acostumbra rezar en esta dicha ciudad y especialmente en el que sale todos los domingos de la Santa Iglesia Catedral de ella, y yendo con efecto rezando el dicho Rosario, al cual asistió asimismo, como lo tiene por cos-

tumbre el Señor Licenciado Don Matheo de Mata Ponce de León Castillejo, Caballero de la Orden de Calatrava del Consejo de su Majestad, Presidente de esta Real Audiencia.— Y habiendo llegado al pretil del Señor San Francisco de esta ciudad, hicieron seña con la campanilla que para este efecto traen, para que se hincaran todos de rodillas para pronunciar el Gloria Patri, y estándolo diciendo en voz alta, oyó una que decía, ¡la Virgen Santísima! y por haberla dicho con la voz apresurada, aplicó la vista hacia el lugar que así la había oído, y reconoció era el Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena, Presbítero Capellán del monasterio de la Limpia Concepción la real de esta ciudad, y alzando la vista hacia donde así señalaba, y vio este declarante en la región media del aire a la parte del Norte que cae por elevación, según pareció, sobre el Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad, a la Virgen María Sacratísima Madre de Dios y Señora Nuestra, con su corona, puesta en pie sobre una nube densa que le servía de trono, vuelta derechamente a esta ciudad, con algunas iluminaciones resplandecientes, de tal suerte, que aplicando la vista y despabilándola diferentes veces, reconoció que la corona que así tenía puesta estaba esmaltada con piedras muy preciosas, que según pudo divisar eran de mediano tamaño y de innumerables colores; y el rostro tan perpecto y hermoso que vio y divisó este declarante distintamente ojos, nariz y boca, tan claro que no tiene razones como ponderarlo: era de crecida estatura como hay y ha visto algunas pinturas e imágenes de Nuestra Señora de la Antigua, y en el brazo izquierdo tenía a su Preciosísimo Hijo, y inclinado el rostro para El, formada tan clara y transparente, y vestida naturalmente, que su vestuario daba a entender ser de tela muy rica según las aguas y labores que daba a entender había; sobre diferentes nubes, haciendo campo azul a sus espaldas el azulado cielo, y a los lados muchas nubes gallardas y hermosas y bien dispuestas.— De la mano diestra le salía un cetro o ramo grande y hermoso, parecido al de Nuestra Señora de Guadalupe.— Y habiendo acabado de cantar el coro el verso del Gloria Patri, Paternoster y principios del Ave María prosiguieron con dicho Rosario, y hasta este tiempo duró dicha visión como lo podrán decir los caballeros que acompañaban dicho Rosario, quienes la vieron clara y distintamente, a cuyas declaraciones se remite; y que esto es lo que pasó y vio el día treinta de Diciembre pasado del año de noventa y seis, y la verdad, so cargo del juramento que fecho tiene que se afirmó y ratificó, habiéndo-

sele leído ésta su declaración, y lo firmó juntamente con su merced dicho Señor Provisor.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Antonio Ascencio.

Declaración de D. Francisco de Mendoza Villaseñor, Hermano lego de San Bruno.

En la muy noble y muy leal ciudad del San Francisco del Quito, a cuatro días del mes de Enero de mil seiscientos noventa y siete años, su merced, el dicho Señor Provisor, por ante mí el presente Notario recibió juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz según derecho, a **Don Francisco de Mendoza Villaseñor,** natural de la Villa de Ocaña, Arzobispado de Toledo, Reinos de España, Hermano de la sagrada religión del glorioso Patriarca San Bruno en la Cartuja de Jerez, donde se le dio el hábito en que anda de Hermano de ella, para cuyo efecto se le hizo comparecer, y prometido decir verdad habiéndosele leído el auto que está por cabeza y principio de estos acerca de su contenido.— Dijo, que acostumbrando a rezar el santo Rosario este declarante, asistiendo a catorce Rosarios así de día como de noche, como persona que principió esta santa devoción, rezando por las calles en procesión en esta ciudad, con el concurso de gente que le acompaña, y que habiendo ido con efecto rezando por las calles en voz alta, este declarante con el concurso de ella, con asistencia del Señor Presidente de esta Real Audiencia, y de muchas personas de excepción, llegó al pretil del Convento del Señor San Francisco de esta ciudad, y acabado de rezar el segundo misterio y hincándose todo el concurso para decir el Gloria Patria con las caras vueltas al estandarte que se traía donde estaba Nuestra Señora de la Concepción, y estando este declarante junto con el Licenciado Don José Ulloa y Cadena, Presbítero, Capellán del Convento de monjas de la Limpia Concepción la real de esta ciudad, le dijo: "Don Francisco, mire la Virgen Santísima", señalándole con el dedo, y este declarante alzando la vista hacia el lugar que señalaba vio en la región media del aire, a la parte del Norte que al parecer de este declarante caía por elevación según pareció sobre las casas y palacio episcopal de Su Señoría Ilustrísima el Obispo mi Señor, enderezado a los dos pueblos del Quinche y Guápulo, donde están dos santuarios muy milagrosos; a la Virgen María Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra, en pie y de cuerpo agigantado, coronada, que se podía ver de distancia de dos leguas, y tenía un cetro gran-

de en su mano derecha o ramo de azucena, y en el brazo izquierdo a su Preciosísimo Hijo, inclinado el rostro para él, si bien vuelto el cuerpo derechamente a esta ciudad, y que tenía el pelo muy volado que tiraba a toca, formada de una nube blanca y clara media aplomada, y a sus espaldas campo azul celeste, y a los lados muchas nubes gallardas y bien dispuestas según pareció, sin que este declarante especificase con distinción sus vestiduras, más de tan solamente que daba aire dicha imagen a Nuestra Señora de la Antigua, vestida naturalmente sin follaje; y que dicha visión vio en todo el rato que se cantó el verso del Gloria Patri, ofrecimiento del misterio, Paternoster y principios del Ave María, que fue algo por ser el tono espacioso y dilatado, y en todo este rato vio a dicha Santísima Imagen parada sobre una nube clara a modo de peana y más abajo unas nubes prietas; y que esto es lo que vio y pasó, con más que al lado izquierdo con distancia de una vara, poco más o menos, estaba un cuerpo formado de nube, hincado al pie de dicha Santísima Imagen con ropaje y las manos puestas y en la cabeza según le pareció a este declarante con cogulla o mitra, que no distinguió lo que era, por la alegría que le causó; lo cual vio y pasó el día domingo treinta de Diciembre de este presente año, como a las cuatro y tres cuartos de la tarde según pareció por el reloj, y que todo lo que ha dicho y declarado es público y notorio, pública voz y fama y la verdad so cargo del juramento que fecho tiene, en que se afirmó y ratificó, habiéndosele leído ésta su declaración, y firmó juntamente con dicho Señor Provisor.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Francisco, esclavo de María.

Declaración de D. Salvador Pérez Guerrero, Regidor perpetuo.

En la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco del Quito, dicho día mes y año dichos, para más corroboración de lo contenido en el auto que está por cabeza de éstos, pareció ante su merced el Capitán **Don Salvador Pérez Guerrero,** vecino fundatario y Regidor perpetuo más antiguo de esta dicha ciudad, de quien por ante mí el presente Notario, recibió juramente por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz según derecho, so cargo de él prometió decir verdad y habiéndosele leído dicho auto cerca de su contenido.— Dijo, que el día citado en dicho auto fue este declarante en compañía de los que en él se citan y otras muchas personas, rezando como se practica en esta ciudad casi todos los días, y los

domingos que sale de esta Santa Iglesia Catedral, rezando el Santísimo Rosario de María Santísima Nuestra Madre y Señora, y llegando a lo último del pretil del Convento de San Francisco, habiendo pasado lo más de la gente a otra calle, oyeron unas veces prorrumpidas por el Maestro Don José Ulloa y la Cadena, Capellán del Monasterio de la Limpia Concepción la real de esta dicha ciudad, que decían, ¡la Virgen, la Virgen!; a cuyas voces volviendo el rostro este declarante y otras muchas personas y mirando hacia el cielo donde señalaba dicho Capellán, vio este declarante una nube muy resplandeciente y en ella una efigie de Nuestra Señora de cuerpo grande, con vestidura llana al modo y tamaño de la que pintan a Nuestra Señora de la Antigua, y concordando todos ser imitada a la pintura de dicha advocación de la Antigua que está colocada en esta Santa Iglesia Catedral, y en la mano izquierda tenía a su Preciosísimo Hijo, inclinada mirándole, y en la derecha a modo de un cetro o ramo de azucenas, y por los lados derecho a izquierdo hermoseaban otras nubes muy vistosas a dicha efigie, y por la espalda de ella se veía el cielo común claro y raso, y esta visión duró gran rato pues fue todo el en que se cantó el Gloria Patria, el Paternoster y parte del Ave María, que como cada palabra es cantada en tono, fue grande el que se deja entender precedió dicha aparición sin desfigurarse; y fue como al lado izquierdo mirando desde dicho pretil hacia el paraje de los santuarios de Guápulo y el pueblo del Quinche; y en cuanto a las segundas voces que prorrumpió dicho Maestro Don José de Ulloa, diciendo: "miren un bulto de un hombre que está a los pies de Nuestra Señora hincado de rodillas", por la cortedad de la vista, no distinguió bien la forma del bulto, pero el de Nuestra Señora, realmente claro y distinto; y que esto que lleva dicho y declarado es la verdad, so cargo del juramento que tiene fecho en que se afirmó y ratificó, habiéndosele vuelto a leer este su dicho y declaración, y que es de edad de cincuenta y cinco años, y lo firmó juntamente con su merced de que doy fe.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Doctor Don Salvador Guerrero.

Declaración del Sargento Mayor D. Baltasar Maldonado de Mendoza, Escribano.

En la muy leal ciudad de San Francisco de Quito, a nueve de Mayo de mil seiscientos noventa y siete años, el Señor Doctor Don Pedro de Zumárraga, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Ca-

tedral, Catedrático de Vísperas en Sagrados Cánones en la Real Universidad de Santo Tomás, Provisor y Vicario General de este Obispado por Su Señoría Ilustrísima el Obispo mi Señor, hizo parecer ante su merced al Sargento Mayor **Don Baltasar Maldonado de Mendoza,** Escribano Mayor de Visita del Distrito de esta Real Audiencia, del cual ante mí el presente Notario le recibió juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz, en forma de derecho, y habiéndolo fecho prometió decir verdad, y siendo preguntado por el tenor del auto de la primera foja.— Dijo, que este declarante tiene por costumbre de rezar el Santísimo Rosario todas las veces que sale en procesión cantándose así por los Conventos de religiosos que hay en esta ciudad, como los que salen los domingos de la Catedral de ella; y en esta conformidad fue este declarante el día citado en el auto, que fue Domingo, en concurso de gente cantando por las calles el Santísimo Rosario y sus Avemarías y Paternoster, y habiendo llegado al pretil de Nuestro Padre San Francisco se acabó un denario, y al cantar el Gloria Patri se hincaron todos de rodillas los que iban en dicha procesión, y este declarante entre ellos, vio que el Licenciado Don José de Ulloa y la Cadena Capellán del Convento real de la Limpia Concepción, señalando con la mano dijo, según se quiere acordar este declarante, ¡vean a la Virgen! o ¡he ahí la Virgen! que fijamente no resuelve este declarante las formales palabras que dijo, y revolviendo este declarante a reconocer lo que era por la parte que señalaba el dicho Licenciado, vio en una nube baja la forma y cuerpo de una imagen Santísima de Nuestra Señora, alta de cuerpo con su corona y el niño, que toda la dicha imagen estaba cubierta de dicha nube clara y resplandeciente, y no vio este declarante el ropaje de dicha imagen por lo dicho de estar cubierta de dicha nube, pero vio formalmente el cuerpo, corona y niño como lleva dicho, de que le causó a este declarante interiormente tanta ternura y compunción que casi estaba fuera de sí, de haber llegado a merecer la dicha de una visión tan alta; y oyó este declarante volver a decir el dicho Licenciado Don José de Ulloa: "reparen en un hombre que está hincado de rodillas a los pies de dicha imagen", y que como lleva dicho este declarante tan compungido y tierno de la dicha visión, no quiso hacer el escudriño con su vista de lo que decía el dicho Licenciado por hallarse tan indigno de tan alto favor; y como el día antecedente habían traído a Nuestra Señora de Guadalupe como a Patrona de todas las necesidades a hacerle novenario por la salud de nuestro Príncipe y Ilustrísimo Señor Doctor Don San-

cho de Andrade y Figueroa, Dignísimo Obispo de este Obispado, tuvo este declarante por cierto en su interior que era de vida su Ilustrísima y que sanaría de su dolencia de que se hallaba tan apretado que el vulgo lo lamentaba ya por de otra vida; y así como este declarante lo sintió, sucedió que luego desde esa noche se supo de su mejoría; y que todo lo que lleva dicho y declarado es la verdad, público y notorio, pública voz y fama en su esta ciudad; y que se acuerda que la dicha visión fue más adelante de San Blas, que encaraba como si estuviera puesto un nivel con el tejado de las casas de Su Señoría Ilustrísima, y inclinado el rostro a dichas casas, cuya semejanza le dio a que pensase lo que lleva dicho en lo interior de que era de vida Su Señoría Ilustrísima. Y a mayor abundamiento se remite a lo que habrán declarado los Señores Presidente de esta Real Audiencia y Protector General de ella, quienes con más distinción y mejor elocuencia lo habrán hecho. Fecho ut supra, y lo firmó juntamente con su merced.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Don Baltasar Maldonado de Mendoza.

Declaración de Miguel Jiménez, maestro mayor de oro.

En la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco del Quito, a nueve de mayo de mil seiscientos noventa y siete años, su merced dicho Señor Provisor y Vicario General de este Obispado hizo parecer ante sí a **Miguel Jiménez,** natural y vecino de esta ciudad, maestro mayor de oro y ensayador por este Gobierno, del cual por ante mí Notario recibió juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz según derecho, so cargo dél prometió decir verdad, y habiéndosele leído el auto que está por cabeza de estos cerca de su contenido, dijo y declaró lo siguiente.— Que el día que refiere el auto fue este declarante rezando el Santísimo Rosario que salió de la Santa Iglesia Catedral por ser domingo, día que le está asignado por Su Ilustrísima el Señor Obispo, y los demás días a los Conventos y parroquias, y que llegando al pretil del Convento de San Francisco a lo último dél, habiendo ya cogido mucha parte del concurso otra calle, al tiempo de cantar el Gloria Patri que se cantaba de rodillas, prorrumpió en unas voces altas el Maestro Don José de Ulloa y la Cadena, Capellán del Monasterio de la Limpia Concepción la real de esta dicha ciudad, diciendo, ¡la Virgen! ¡la Virgen!, y volviendo el rostro este declarante, el Señor Presidente y otras muchas personas de consecuencia y autoridad de esta ciudad, así eclesiásticas como seculares, mirando hacia

la parte que con la mano señalaba dicho Maestro Don José de Ulloa, y entonces en el aire vieron una nube, entre otras muy hermosas y vistosas, fuera de las ordinarias que suelen verse; un bulto con un verdadero retrato y figura de María Santísima y Señora Nuestra, de cuerpo, grande, vestida de ropaje parecido al que pintan generalmente a Nuestra Señora de la Antigua, acordándose todos de la que está pintada y colocada en esta Santa Iglesia Catedral en el altar y Capilla fundación de los Figueroas, de quien es patrón el Contador Don Diego Suárez de Figueroa, y en el brazo izquierdo tenía dicha Santa Imagen su precioso Hijo inclinado el rostro mirándole; y en el derecho un ramo, al parecer un hermoso cetro o ramo de azucenas, y la cara mirando a esta ciudad, y dicha nube sería como de dos leguas de distancia a la vista, y como entre el santuario de Guápulo y el Quinche, y las demás nubes de los lados eran asimimismo muy hermosas y vistosas, y el resto del cielo que le hacía espalda claro y raso, con lo cual dejaba sobresalir la nube o trono de dicha aparición: y a los pies de dicha soberana imagen vido asimismo este declarante, un bulto como de un hombre hincado de rodillas a los pies, como dicho lleva de dicha imagen, y que demostraba estar pidiendo o rogando, y que la cabeza era como si en ella tuviera un morrión puesto, por ser algo aguda, con la cara a la Imagen y la espalda a esta ciudad y la frente del costado como hacia el pueblo del Quinche, y que una y otra figura vido este declarante, real y formalmente con sus ojos, sin que padeciese ilusión alguna, por todo el tiempo que se cantó el Gloria Patri, el Paternoster y mucha parte del Avemaría que por ser todo en tono en coro y pausas, duró mucho tiempo como se deja entender naturalmente; y luego se fue desvaneciendo dicho trono y nubes, y entonces dijo la gente: vamos prosiguiendo el Rosario; como prosiguieron con notable gozo y admiración; y más advirtió y reparó este declarante, en que vino un viento como de torbellino en línea recta desde dicha nube o trono como diciendo mirad este soberano trono, por ir divertidos como iban cantando el Santísimo Rosario pues cogían las espaldas al trono; y para que volviesen los rostros a verlo, y que esto que lleva dicho para mayor honra, gloria y misericordia de Dios y de su Santísima Madre es la verdad so cargo del juramento que lleva fecho en que se afirmó y ratificó, habiéndosele vuelto a leer ésta su declaración y lo firmó juntamente con su merced de que doy fe.— Doctor Don Pedro de Zumárraga.— Miguel Jiménez.

RELACION TOMADA DEL CUARTO TOMO

DE LA "HISTORIA GENERAL DEL ECUADOR" POR FEDERICO

GONZALEZ SUAREZ, PRESBITERO, PAGINAS 370, 371, 372, 373.

En aquella época había en Quito la devota costumbre de rezar públicamente, por las tardes, el Rosario casi todos los días de la semana, saliendo en procesión de los conventos y de la Catedral, y recorriendo algunas de las principales calles de la ciudad: por un auto, el Ilustrísimo Señor Figueroa no solo aprobó sino que reglamentó esta práctica, designando un día de la semana para cada convento, y el domingo para la Catedral. El Presidente Don Mateo de Mata acudía todas las tardes a tomar parte en esta devoción y, pospuesto todo respeto humano, se mezclaba entre los fieles y daba ejemplo de fervor: la piedad del Presidente sirvió de estímulo a muchas otras personas graves y autorizadas, y los rosarios fueron cada día más devotos y concurridos. De esta costumbre ha quedado memoria entre nosotros, con el recuerdo de un cierto suceso maravilloso, que acaeció en la tarde del día 30 de Diciembre de 1696. Salió la procesión aquel día de la Catedral, a la hora acostumbrada: era un día domingo. El Obispo Figueroa se hallaba agonizante, con pulmonía, desahuciado de los médicos y recibidos ya los últimos Sacramentos: dos días antes, el viernes, 28 de Diciembre, se había traído de Guápulo a la Catedral la santa Imagen de la Virgen de Guadalupe, y se había comenzado una novena, para alcanzar la vida y la salud del Prelado: aquella tarde la concurrencia al rosario fue más numerosa, porque el Provisor había mandado que la rogativa se hiciera pidiendo a la Virgen la vida del Obispo. Llegó la procesión al atrio de San Francisco: dióse, con una campanilla, la señal convenida para indicar que estaba completa una decena de Ave Marías: púsose de rodillas todo el concurso, y los cantores principiaron el **Gloria Patri,** cuando, levantando la voz un clérigo, comenzó a exclamar ¡¡¡La Virgen!!! ¡¡¡la Virgen!!! A los gritos del sacerdote, volvieron todos la vista hacia el punto del cielo que él señalaba con el dedo: eran casi las cinco de la tarde, el aire estaba sereno, y al lado del Oriente, destacándose sobre el límpido azul del firmamento, asomaba una imagen gigantesca de la Santísima Virgen, formada como de una nube blanquísima y resplandeciente, suspendida entre el cielo y la tierra: alcanzábanse a percibir distintos los rasgos del rostro, un tanto inclinado hacia el

Divino Niño, que sostenía con el brazo izquierdo, mientras en el derecho, extendido, llevaba a manera de cetro uno como ramo de azucenas... La aparición se mantuvo en el aire por algunos segundos, y desapareció, así que comenzaron a entonar de nuevo los cantores la salutación angélica. Gozaron de la vista de tan inesperado espectáculo cuasi todos los que formaban parte de la procesión: otros preguntaban ¿dónde está la Virgen? y con la vista escudriñaban el cielo, pero no distinguían nada. Por algunos instantes se interrumpió el rezo y la procesión: las exclamaciones de admiración fueron tantas, que al ruido vinieron a prisa muchos curiosos, averiguando qué había sucedido; y la sorpresa, el asombro y el júbilo tenían como fuera de sí a los que con la maravillosa visión habían sido regalados.

Para que se conservara la memoria de este suceso, el Provisor y Vicario General que lo era el Doctor Don Pedro de Zumárraga, entonces canónigo Doctoral de Quito, sacerdote versado en ciencias eclesiásticas, instruyó un proceso, con declaraciones juradas de todas las personas más discretas que habían visto la aparición. El Obispo principió a convalecer desde aquella misma hora, y no solamente recobró la salud, sino que vivió todavía seis años más; y, en testimonio de gratitud y reconocimiento, edificó un altar a la Madre de Dios en la Catedral, y puso allí una imagen votiva, a la cual el pueblo piadoso comenzó a invocar, apellidándole **Nuestra Señora de la Nube.**

APENDICE B

EL SEGUNDO CENTENARIO DE LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE.

Preparativos Providenciales. Las Fiestas del Centenario. Resultados Benéficos.

I

Desde los tiempos de la Revolución francesa hasta nuestros días, la Iglesia Católica viene siendo terriblemente probada por un género de persecución tan astuto, encarnizado y constante como raras veces se ha presentado igual en otras épocas de la historia. La Masonería corruptora, aliada con el materialismo sensual y ateo, empéñase por degradar al hombre hasta reducirlo a la condición de bestia, cual si no hubiese Dios, cielo, ni alma, y todo el universo no fuese más que obra inconsciente del acaso, o mejor dicho, el caos y la nada. Para sacar a las naciones modernas de este profundo abismo de incredulidad y perversión, aconséjanos nuestro ilustre Pontífice reinante, el sabio y piadoso León XIII, recurrir a la oración, especialmente a aquella que se hace en común, y mejor todavía, si es pública y solemne; entre las varias prácticas de oración el santo Rosario ha sido, desde Santo Domingo que lo estableció por inspiración divina, el arma favorita del pueblo católico contra los enemigos de la fe; por lo mismo, esta es el arma que la Santa Sede nos aconseja embrazar de preferencia en medio de la crisis universal que atravesamos. El Cielo ha corroborado visiblemente estas saludables enseñanzas con los estupendos prodigios del santuario de Pompeya; y merced a estas enseñanzas, y a tan repetidos portentos, la devoción del Rosario ha tornado a florecer en el seno del Catolismo con una pom-

pa y lozanía comparables sólo a la magnificencia piadosa de los felices tiempos de Santo Domingo y San Francisco.

Al Ecuador le ha tocado también la inapreciable dicha de ser teatro de uno de los más hermosos y singulares portentos a favor del Rosario, y esperamos por lo mismo que esta devoción admirable ha de arraigarse y prosperar en nuestro suelo, como frondosa palma, con más vigor y consistencia quizás que en otras partes. Desde luego es muy de notar que la aparición de Nuestra Señora de la Nube aconteció en Quito, en 1696, a tiempo que las procesiones del Rosario se hacían, en esa ciudad fervorosamente católica, con exactitud, piedad y concurso edificantes, como en premio del fervor y celo con que esta devoción amable se practicaba entonces; pues bien, faltando diez años cabales para que se completaran dos siglos desde la realización del portento, háse levantado otra vez ese mismo espíritu de fe en toda la República, y ha restablecido en ella esas bellísimas costumbres de nuestros mayores en lo tocante al amor y culto a la Reina de los ángeles.

En 1886 se celebró en Quito el primer Congreso Eucarístico de América; una de las preciosas prácticas que más contribuyeron a solemnizar esa magnífica asamblea fue el *Rosario de la aurora*, cantado triunfalmente por las calles de la capital ecuatoriana; estos tan dulces y atractivos cánticos a la *Estrella de la Mañana, Stella matutina*, como le invoca la Iglesia, gustaron tanto a nuestro piadosísimo pueblo, que desde la Capital pasaron a las provincias, y en poquísimo tiempo llenaron los ámbitos de la República desde el Carchi al Macará. Era Nuestra Señora de la Nube que, al amanecer del Segundo Centenario de su maravillosa Aparición, había diseminado a los ángeles que circundan su trono, sobre la faz de esta nación, para que tornaran a inspirar a sus piadosos habitantes esos cánticos del cielo que la obligaron a manifestarse gloriosa y resplandeciente en 1696.

Sin embargo no faltaron a veces contradicciones y

dificultades que obstruían o retardaban el curso de esta corriente de gracias; pero ¿dónde se hallará obra buena sin obstáculos, y acaso las espinas no son guardas del rosal? Estos obstáculos y espinas en vez de ahogar esa devoción preciosa han dado ocasión a nuevos portentos y favores de María. Podríamos referir aquí muchos si tratásemos de tejer la historia del Rosario, mas siendo distinto nuestro objeto, nos limitaremos a dos hechos, sin calificarlos de milagrosos ni sobrenaturales, mas sí de auténticos y verdaderos, y como que unidos a otros análogos o semejantes, han contribuído a difundir rápidamente en la República la práctica de piedad que nos ocupa (1). Un celoso cura estableció en su parroquia el Rosario de la aurora, pero el entusiasmo duró poco tiempo, por lo cual cesaron luego estos devotos cánticos de la alborada. Después de esto, una mañana, ciertas gentes piadosas que habían madrugado para alabar a María, hallábanse rezando sus preces ante una imagen de esta celestial Reina, cuando oyeron de súbito que pasaba por las calles el Rosario de la aurora; levántanse entonces admiradas, y corren a unirse a la matinal procesión, más al salir afuera calla todo; y no encuentran nada. ¿Fue aquello un coro de ángeles que reparaban con sus cánticos el silencio culpable de los hombres? ¿Fue solamente una ilusión?... El hecho es que la noticia de este caso cundió por todo el pueblo, y la olvidada y extinta devoción tornó a florecer con nuevo brío. Otro sacerdote ansiaba vivamente establecer esta bellísima práctica en su iglesia, pero retrocedía en sus deseos temeroso de los desórdenes que con ocasión de aquella pudieran cometerse. Una noche que batallaba entre estos dos encontrados pareceres durmióse fatigado; y entonces tuvo este misterioso sueño. Parecióle tener delante de sí un cuadro en que se representaba la Anunciación de la Santísima Virgen; debajo estaban escritas estas palabras: *Ave María;* y arriba se veían varias figuras horrorosas de demonios que caían precipitadas de lo alto, como barridas por un ejército de ángeles santos que se cernían

(1) Los hemos recogido de labios de sacerdotes respetables, que intervinieron como actores principales en los sucesos que van a referirse.

en la atmósfera, en torno de su Reina amabilísima. El sacerdote no vaciló ya más, e inmediatamente después fundó en su pueblo el Rosario de la Aurora.

Un distinguido literato del Azuay, el Sr. Dr. D. Tomás Rendón, ha dedicado a este hermoso tema la siguiente composición poética, escrita, según se expresa el autor "con motivo de la piadosa práctica que consiste en salir del templo los días sábados, antes de que amanezca, y recorrer las calles de la ciudad, con la efigie de la Santísima Virgen, cantando el rosario, al son de una música religiosa y patética".

HIMNO

A LA SANTISIMA VIRGEN DEL ROSARIO

Antes de que despunte
La luz del día,
Y empiecen a dorarse
Nuestras colinas,
Mil corazones,
Señora, te dirigen
Tiernos clamores.

¡Qué inefable consuelo,
Qué dulce calma
Nos traen los rosarios
De la alborada!
Bellos cantares
A tu gloria se entonan
En nuestras calles.

Con devoción sincera,
Como es debido,
Tus gozos y dolores
Cantan tus hijos.
¡Madre benigna!
Acepta los encomios
Que te prodigan.

Conmovido y ferviente,
Un gran gentío
Proclama, en altas voces
Tu poderío.
Reina te llama,
Y entona con dulzura
Tus alabanzas.

Con el alba que viene
Vertiendo perlas,
Vengan también tus gracias
Sobre la tierra.
¿Qué puede el hombre,
Si tu bondad, Señora,
No lo socorre?

Estrella de los mares,
Norte seguro,
Guíanos en los riesgos
Del mar del mundo.
Luzcan tus rayos
Sobre el revuelto golfo
Que atravesamos.

Como al fresco rocío
De la mañana,
A recobrar su vida
Vuelven las plantas
Los pecadores
Así a la virtud vuelan
Con tus favores.

Enséñanos, Señora,
Reina del cielo,
La ciencia de tus héroes
Para vencernos.
Quien no se vence
Ningún caudal reserva
Para la muerte.

Con corazones puros,
Con obras dignas,
Al expirar tendremos
Un bello día.
Para aquel trance
Desde ahora te clamamos
Los miserables.

Aquí las avecillas,
Con suaves trinos,
A suspender nos fuerzan
Tus sacros himnos
A Dios, Señora,
Ya concluye la noche.
Y el alba asoma.

Permite que, a tu imperio,
También concluya
La noche del pecado
Que nos circunda.
Tu lumbre clara
Disipe las tinieblas
De nuestras almas.

Por donde quiera el mundo
Nos hiere impío,
Y a lanzar nos obliga
Tristes gemidos.
En tantas penas.
Rosarios de la aurora
Bálsamo sean.

II

Preparada ya providencialmente la República para conmemorar las glorias y excelencias de la Reina Santísima del Rosario, bastó la publicación de los *Apuntes históricos* que preceden para despertar en todas las provincias ardiente y sostenido entusiasmo en pro del Segundo Centenario de la Aparición portentosa de la Nube. Los Reverendísimos Prelados se pusieron en todas partes a la cabeza de este movimiento de amor y devoción a la Santísima Virgen; sin que hubiese mediado entre ellos acuerdo previo, de una manera espontánea, y, cual si hubiesen procedido inspirados por el Cielo, publicaron casi simultáneamente hermosas cartas pastorales exhortando a los fieles de sus respectivas diócesis a celebrar el Centenario antedicho con muestras extraordinarias de gratitud y piedad a la Reina del Empíreo. Esos documentos importantes, los más valiosos que se hayan publicado en aquellas circunstancias, acerca de Nuestra Señora de la Nube, produjeron el resultado que debía esperarse. De las siete diócesis que forman la provincia eclesiástica del Ecuador, las cinco conmemo-

raron con gran solemnidad religiosa la fecha inolvidable del 30 de Diciembre de 1696; las dos restantes, que fueron Loja y Manabí, viéronse casi en la imposibilidad de hacerlo, por el rudo golpe que acababa de herirlas con el extrañamiento violento e inmotivado de sus beneméritos Pastores. Es cierto que la persecución religiosa llevaba adelante su obra de exterminio en todo el territorio de la República, pero que daban al menos los Prelados para consolar a sus Iglesias en la calamidad que las oprimía; mientras que para las de Manabí y Loja la viudez y orfandad eran su único lote.

Para dar una idea, siquiera sea breve, del modo como se celebró el Segundo Centenario de la Aparición de Nuestra Señora de la Nube, extractaremos las noticias que de ello dieron varios periódicos y revistas. *El Monitor popular*, Nº 195, dijo: "Se ha celebrado con mucha pompa y entusiasmo en Quito, Cuenca, Riobamba e Ibarra el 30 de Diciembre último (1896) el 2º Centenario de la aparición de Nuestra Señora de la Nube. También aquí (en Guayaquil) en el Corazón de María hubo Misa solemne y sermón". Como en las Pastorales, que se insertan a continuación de este escrito, se dispone la manera como debía celebrarse esa festividad en cada diócesis, remitimos a ellas a nuestros lectores; aquí nos contentaremos con relatar lo verificado en Quito y Cuenca, por ser las ciudades donde con más pompa acaso se celebró el Centenario.

En *El Industrial*, semanario católico de Quito, Nº 184, leemos el siguiente suelto: "1896 ¡Maldito seas en los anales de la historia! (alude el escritor a los males sin cuento causados a la República por la Convención radical reunida en Guayaquil el 9 de Octubre del expresado año)... Pero no. Los días del Señor no deben ser maldecidos sino las perversas obras del hombre que traen el azote de Dios como medio de corrección. Si los 363 días han sido amargos, en el penúltimo día del vetusto año hemos visto una brillante aureola que augura felicidad y bienestar para la Patria azotada de mil modos.

"El día 30 ha sido un solemne mentís a los que dicen *que los ecuatorianos para progresar necesitamos la libertad de cultos*, necesitamos adorar al zancarrón de Mahoma o la cabeza de cerdo que adoran los chinos. No: el pueblo ecuatoriano ha manifestado solemnemente que es católico; que sólo puede rendir culto al Dios de las Alturas; que es hijo de María, que honra y honrará siempre a su augusta Madre.

"He aquí la descripción de la solemne protesta del católico pueblo quiteño y en su nombre de todo el Ecuador.

"Harto edificante y solemnísima estuvo la popular manifestación que (el día 30 de Diciembre), dio Quito de seria piedad, de fe y amor a la Santísima Virgen María. Bastó el llamamiento, que por una Pastoral llena de celo y unción, hizo el Ilmo. Sr. Arzobispo, para que los Sacerdotes prepararán en muy pocos días un solemne triduo de misas cantadas con sermón en la Catedral, y para que se entusiasmara el fervor católico de toda la población, a fin de hacer la fiesta más grandiosa e imponente que se haya visto hasta hoy.— Así se verificó.

"A las seis de la mañana estaban repletos de gente los templos de la Catedral y de Santo Domingo, pues en una y otra iglesia se repartía la Sagrada Comunión, previo fundamento de verdadera devoción y logro de la indulgencia plenaria concedida por el Ilmo. Prelado. No habiendo sido suficiente una hora, como se dispuso, para repartir el Pan de los ángeles a la multitud ansiosa de santificar el alma con el divino manjar, tardó la salida de la hermosa imagen del Rosario de su iglesia de Santo Domingo.

"A las siete y media "en procesión solemne de más de 3.000 personas" se puso en marcha hacia la Catedral en donde el dignísimo Pastor vestido de pontifical y rodeado de su Cabildo, de su clero y de su numeroso Seminario esperaba a la Reina del Cielo para entonar el *Pax vobis* tan solemne y conmovedor en estas ocasiones.

"*¡Pax vobis!* ¡Ah! los representantes de ese innumerable pueblo acababan de rasgar el pacto de paz entre la Iglesia y el Estado, después de rechazar con desdén la solicitud compacta de los Obispos, de los Sacerdotes y de todos los habitantes del Ecuador, sobre consideración del artículo que abre las puertas de la República a cultos disidentes del Catolicismo; cerrándolas a los Sacerdotes extranjeros del culto católico; y el manso Pontífice, en conformidad con el rito del Catolicismo, abre sus manos, como para abrazar a todos, y con dulce acento les dice: "Pax vobis". Sólo Jesucristo Dios, con su Doctrina y ejemplo ha podido establecer entre los hombres una sociedad que así trata a sus enemigos. ¡Oh Iglesia Santa, eres divina, y son sacrílegos ingratos los que te persiguen...!

"Difícil y acaso imposible era dar cabida a todas las comunidades religiosas, congregaciones, escuelas, gremios y colegios que, precedidos de sus estandartes venían con innumerable pueblo formando la procesión que iba entrando a la Catedral ya de antemano llena de señoras y hombres de lo más granado de la sociedad que se apresuraban a ganar su puesto para asistir a los divinos oficios.

"Estrechándose y apiñándose, todos ocuparon las naves laterales y sus capillas e invadieron el callejón del centro de la nave principal, dejando apenas espacio para que pasara la hermosa y bien adornada imagen del Rosario que pisando un trono de vaporosas nubes ostentaba su gallarda figura cubierta de blanca túnica y de brillante manto regio que colgaba atrás con elegancia. La refulgente corona de oro con diamantes hacía muy simpático su modesto y dulce rostro que inclinado a la izquierda miraba con ternura, el bello y bien vestido Niño que cargaba en su brazo siniestro, mientras con la diestra llevaba el cetro de cándidas y lucientes azucenas.

"Emoción indescifrable de ternura conmovió a toda la concurrencia al contemplar el majestuoso movimiento con que entraba en el templo la imagen cuya presen-

cia electriza los corazones de pueblos tan favorecidos por María, como el nuestro. ¡Cómo que se repetía el prodigio de 1696!

"A las ocho y media, el Seminario mayor entonó el majestuoso *Introito,* alternando el Seminario menor con el solemne *Kyrie* y demás cantos propios del conmovedor culto católico.

"El Dr. D. Ulpiano Pérez Quiñónez, dignidad Tesorero del Cabildo Metropolitano, desenvolvió en conceptuoso y poético discurso, ya el hecho histórico del favor que recibiera en Quito ahora doscientos años en la aparición de la Santísima Virgen, ya el simbolismo místico que representa la nube en muchos pasajes de la Escritura Sagrada; dejando gratamente impresionado y piadosamente conmovido al auditorio.

"A las diez y cuarto, con la santa bendición, despidió el Pontífice a su querido pueblo, que debía descansar, para volver a la una de la tarde, a fin de recorrer con la imagen el trayecto por donde, caminando devotos nuestros antepasados, lograron el favor cuyo segundo centenario conmemorábamos.

"En efecto, a la hora señalada duplicó el número de concurrencia de la mañana. Los que hacen de su cuerpo objeto de regalos y cuidados, como si no tuvieran otro fin al haber sido criados, estaban ya de pie... Todo Quito concurrió a la procesión; el templo estaba muy lleno de personas devotas, y después del acto de Consagración a la Santísima Virgen pronunciado con expresiva unción por el mismo Señor Arzobispo desde el púlpito, desfiló la procesión por la calle de la Compañía, subió de aquí hasta topar con el convento de San Francisco y recorrido el pretil, bajó rectamente a la plaza de Santo Domingo. Todo este trayecto estaba completamente ocupado por millares de curiosos, por las dos hileras de gente que con cera en mano y fervor en el alma recorría rezando, cantando y dirigiendo mil fervorosos afectos a su Reina.— Plazas, calles y balcones adornados con col-

chas y banderas, todo estaba ocupado por el pueblo, que si curioso por naturaleza, muestra siempre que le interesan en extremo los actos religiosos de la Madre Iglesia Católica.— ¡Qué diferencia entre las pobladas necias e impías que han promovido gentes de la apostasía moderna y las magníficas y ordenadas manifestaciones con que sabe el pueblo católico protestar contra los que procuran arrancarle la convicción de su creencia!

"Con la salve entonada por el Ilmo. Sr. Arzobispo y otros cánticos a coro de las congregaciones de Señoritas terminó la función a las tres de la tarde".

El Nº 3 de *La Defensa,* periódico igualmente católico de la Capital, dio cuenta, en los siguientes lacónicos pero muy expresivos términos, de la solemnidad que nos ocupa: "*Procesión.*— No olvidarán en mucho tiempo la del Segundo Centenario de Nuestra Señora de la Nube, cuantos la vieron. Como manifestación del sentimiento religioso de los quiteños, pocas le habrán igualado, mas ninguna superado.

"Una procesión en que de la manera más espontánea, sin preparación y sin trabajos previos, toman parte más de doce mil personas, bien merecía tener por espectadores a los habitantes todos de la República. ¡Y cuánto orden, composturas y arreglo!... 30 de diciembre; de hoy más, serás fecha clásica en los anales del pueblo católico de Quito".

Hasta *El Nuevo Régimen,* Nº 42, diario radical de Quito, no pudo por menos que ocuparse de aquella grandiosa solemnidad, e hizo de élla la siguiente descripción: "Hoy (30 de Diciembre de 1896), a las siete de la mañana tuvo lugar la solemne procesión del Rosario, que salió del templo de Santo Domingo en medio de cofradías, tanto de hombres como de mujeres con sus insignias y estandartes y numerosísima concurrencia, que se dirigió a la Iglesia Metropolitana, por la carrera de Guayaquil, en seguida por la de Bolivia rodeando la plaza de la Intendencia; llevando la imagen de Nuestra Señora del Rosario.

"Una vez que entraron a la Catedral, se celebró la Misa pontificada por el Ilmo. Sr. Arzobispo, quien dio la Bendición Pontificada, y se pronunció además un panegírico adecuado en conmemoración del 2º centenario de la aparición en el cielo de Quito de *Nuestra Señora de la Nube.*

"A la una de la tarde, desfiló nuevamente la procesión saliendo de la Catedral, por la carrera de García Moreno y Sucre, pasando por el pretil de San Francisco, desde donde descendió, por la carrera de Bolívar, con dirección al mismo templo de Santo Domingo.

"La asistencia fue mayor; asistieron el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, el de Hacienda y el de Guerra. El Sr. Arzobispo iba con su Cabildo, Seminario Mayor, corporaciones religiosas y las mismas cofradías con sus respectivos estandartes. También asistieron los niños y niñas de las escuelas; y cerraba la marcha la banda del Nº 1º de Línea. Las calles, muy adornadas y endoseladas con colchas, pañolones, cortinas, banderas, flores, etc. Reinó el mayor orden. Terminó la procesión a las dos y media en punto".

En la *Semana literaria del Nuevo Régimen,* revista adjunta a aquel diario, se añadían al relato anterior estos detalles: "La nota dominante de esta semana ha sido la procesión del día miércoles (30 de Diciembre)... Que hubo gente, pero mucha gente, es innegable... ¿No era digno de loa y aplauso, en el día citado, el Sr. Ministro Gómez de la Torre, tan serio y circunspecto, con el pendón en las manos, llevando a derecha e izquierda, de borleros a los Sres. Ministros de Hacienda y de Guerra y Marina, de mucho frac, y mucha ceremonia?". El tono fisgón con que el periódico relataba lo ocurrido en la grandiosa fiesta, está diciendo a las claras el despecho y rabia con que los incrédulos presenciaron este triunfo hermoso de la Santísima Virgen.

Respecto de la Capital del Azuay, la siguiente noticia impresa en esta ciudad, el mismo día 30 de Diciem-

bre, refiere lo que se hizo en ella con motivo del Centenario: "Limitándonos a hablar de Cuenca, todo el Adviento (de 1896) ha sido en esta ciudad una preparación continuada para la fiesta del 30 (de Diciembre). En la dominica 1ª salió una numerosa procesión del Rosario de la iglesia de los Padres Redentoristas; en la 2ª, de la de los Padres Dominicos; en la 3ª, de la Merced; y en la 4ª, de la iglesia parroquial de San Francisco. En la Merced se celebró, además, una piadosa y muy concurrida Novena que terminó el 27 de Diciembre con una suntuosa fiesta, durante la cual las asociaciones piadosas establecidas en aquel templo se alternaron sin interrupción en el rezo del Rosario. Otra Novena igualmente muy piadosa se celebró en la Catedral, y concluyó el 30 por una comunión numerosa por la mañana, y una procesión solemnísima por la tarde, y a la misma hora en que tuvo lugar, hace dos siglos, la Aparición portentosa. El Rvdmo. Señor Administrador Apostólico acompañado del Venerable Capítulo, en hábitos canonicales, el Seminario y la Comunidad de Sacerdotes Oblatos; la Comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas con sus numerosos alumnos Caballeros, Señoras y pueblo formando un concurso que apenas cabía en dos cuadras llenas de extensión, formaron el cortejo de la Santa Imagen que fue conducida a hombros de jóvenes minoristas. En todo el trayecto de la ordenada y edificante procesión se cantó el Rosario, entre el humo casi continuado del incienso que, de trecho en trecho, se quemaba en braserillos colocados en las calles; éstas convenientemente endoseladas presentaban un espectáculo de grande recogimiento y piedad. Tal ha sido la manera sencilla pero grandemente hermosa y edificante con que se ha celebrado en Cuenca el *Segundo Centenario de la Aparición de Nuestra Señora de la Nube*".

III

A mediados del siglo XVIII floreció en Quito la venerable sierva de Dios sor Catalina de Jesús María, cuya vida escrita por ella misma se conserva hasta hoy inédita en el convento de Santa Catalina, al cual perteneció es-

ta célebre religiosa. Fue originaria de la Costa, según parece, y quizás de Guayaquil; dejó el mundo y entró en el claustro aleccionada por grandes tribulaciones, especialmente las causadas por su padre que tan duramente la trató, que llegó hasta el extremo de atentar contra su vida. Dedicóse Sor Catalina con gran fervor a la práctica de todas las virtudes, y entre otras gracias del Cielo alcanzó ser favorecida con singulares y extraordinarias revelaciones, referentes muchas de ellas a la suerte futura de Quito y, por consiguiente, del pueblo que más tarde se había de llamar República del Ecuador. Aquella curiosísima autobiografía permaneció completamente ignorada hasta que se inició la reforma del clero y comunidades religiosas en la Iglesia ecuatoriana, merced al impulso vigoroso y netamente católico que el gobierno del inmortal García Moreno comunicó a toda esta nación; entonces vinieron a Quito algunos ilustres y beneméritos hijos de Santo Domingo, enviados directamente de Roma, para inocular en las casas de su instituto, fundadas en este suelo, el primitivo espíritu de la Orden. Por ese tiempo una religiosa de Santa Catalina fue advertida, de modo maravilloso, sobre el paradero del libro de que hablamos. Hallóse efectivamente éste oculto dentro de una pared del convento. El Prelado de la arquidiócesis noticioso de lo acontecido hizo examinar la obra por algunos religiosos doctos, que declararon no encontrar nada censurable en ella.

Sin dar a ese escrito ninguna importancia sobrenatural, y aun considerándole sólo como un conjunto de reflexiones piadosas, forjadas por la mente de la autora, es cosa que admira encontrar allí anuncios de sucesos que entonces no se podían prever, y que ahora los contemplamos realizados a la letra. Varios de estos anuncios son alusivos a la devoción del santo Rosario; sirva de muestra el siguiente que, en lenguaje simbólico, nos muestra los tratos que produce en las almas esta excelente práctica de piedad, haciéndolas resucitar a unas de la muerte de la culpa, y fortificando a otras en el arduo sendero de la perfección cristiana, como que el Rosario no es más que una fórmula sintética de varias y

preciosísimas oraciones, y la oración es la que atrae todas las gracias del Cielo. "Cierto día, dice Sor Catalina (compendiamos la relación original que es extensa), me vi en el interior de un templo que aparecía cubierto de sepulturas y muertos desenterrados, o enterrados mal; al salir del templo una persona que no vi me tocó con agua bendita. Saliendo de ese sitio fui a orillas de un mar en el que estaba una embarcación, entréme en ella y me acompañó mi misterioso conductor. Reparé entonces que Nuestro Señor estaba en la proa y hacía de piloto. No llevábamos en la embarcación más que unas pobres lentejas. Sopló viento favorable con lo que la embarcación caminó hacia el norte, hasta que Nuestro Señor mandó a mi conductor, que era un ángel, que me llevase a un paraje determinado. Allí entramos en un palacio; atravesamos dos salones oscuros, y, llegamos a un tercero que estaba claro, y sin embargo en una mesa de él estaba una vela encendida junto a un cuaderno. Salió a recibirme un ángel que custodiaba aquel palacio: hízome sentar en un tálamo, luego tomando el cuaderno principió a leer en él los misterios de la Encarnación y vida de Cristo. Apenas el ángel cerró el cuaderno, de súbito, sin saber cómo, me encontré de nuevo en aquella misma iglesia, con los mismos muertos y el mismo horror de antes". Por dos veces se repitió el viaje misterioso a aquel celestial palacio, donde en la vez segunda se leyeron a Catalina los misterios de la Pasión del Salvador, y en la tercera los de su gloriosa Resurrección; y al regresar de estos viajes hallaba que los muertos iban desapareciendo del templo, hasta que al fin se le presentó éste, limpio de todos aquellos pestilentes cadáveres, y con el ornato y hermosura propios del lugar santo. En otra visión contempló que flotaba en el cielo una hermosa y magnífica bandera, y entendió que era el estandarte del santísimo Rosario, con el cual en no lejano tiempo "había de alcanzar la Iglesia completo triunfo sobre todos sus enemigos". Pero entre estos cuadros ninguno más curioso y enigmático que el siguiente. Entre las sombras de la noche aparecieron de repente en el horizonte de Quito, a las miradas extáticas de la Religiosa, ciertas embarcaciones aéreas, dis-

puestas de modo tan peregrino que el cordaje y demás aparejos se componían solamente de rosarios. ¿Qué buques eran éstos, y qué significaban esas rosarios? El andar del tiempo y el desarrollo de los sucesos dirán si estas visiones de aquella alma cándida y piadosa fueron solamente ilusiones de su fantasía, o anuncios verdaderamente proféticos de recónditos acaecimientos del porvenir.

Hános traído a la memoria las predicciones de Sor Catalina de Jesús María, el hecho de que vamos a ocuparnos. Las fiestas del Centenario, arriba descritas, han reavivado grandemente la antes olvidada y casi extinguida devoción a Nuestra Señora de la Nube. Hoy se la rinde fervoroso culto en todo el Ecuador; se buscan con empeño sus imágenes, y hasta se la erigen templos.

El 23 de Mayo de 1897 se puso en Turi, parroquia que pudiera llamarse casi suburbana de Cuenca, la primera piedra de un santuario en honra de Nuestra Señora de la Nube; desde entonces acá la obra ha progresado tanto que admira, merced al celo del activo Cura de aquella localidad, el Señor Dn. Ignacio Durán, y la cooperación generosa del Señor Doctor Remigio Astudillo, que con entusiasmo digno de toda alabanza se han constituido en Cuenca apóstoles de la nueva advocación. Azogues no ha quedado atrás: el 29 de Agosto del presente año se puso en esa ciudad la primera piedra de otro templo, aplicado al mismo nobilísimo objeto que el anterior, como nos lo indica el siguiente impreso que reproducimos textualmente:— *"Solemne Bendición de la primera piedra de la capilla dedicada a Nuestra Señora de la Nube.*— ¡Cuántas veces los pueblos necesitan de un milagro de Dios para salvarse, levantan sus ojos y su corazón hacia Aquella que trajo al mundo la salvación desde el principio. Por esto hoy, en medio de la prueba, buscamos anhelantes a la Virgen y le pedimos confiados, que se muestre como Madre de cuantos nos gloriamos de pertenecerle a toda costa y para siempre!

"Nuestras lenguas callarán y estaremos en breve

confundidos con el polvo, no obstante las piedras inertes con las que hoy levantamos una Capilla a la Reina de los Cielos, bajo el título de Nuestra Señora de la Nube, vivirán más que nosotros... Cual perenne monumento de que el pueblo de Azogues se ha confiado a la salvaguardia de María Santísima; cual invencible atalaya que defienda intactas nuestras creencias; cual poderoso estímulo, que dejaremos en herencia religiosa a las generaciones de mañana; y en fin, como un público desagravio de la ingratitud en corresponderla, tanto por su aparición en Quito, como por el juramento que a nombre del pueblo hizo el I. Municipio, consagrándose a su Purísimo Corazón, hace diez años.

"Siendo notorio el adelanto de la fábrica de la Capilla, y para satisfacer el entusiasmo del pueblo, hemos resuelto dar la mayor solemnidad a la bendición e imposición de la primera piedra.

"Con tal motivo, la ceremonia tendrá lugar en este orden:

"Domingo, 29, día del Purísimo Corazón de María, a las once y media a. m. procesión con la imagen de la Santísima Virgen, desde la Iglesia parroquial hasta el paraje destinado para la erección de la Capilla. A las 12, Misa y panegírico relativo a la ceremonia. En seguida la bendición e imposición de la Primera Piedra, que la hará el Rvdmo. Señor Administrador Apostólico de la Diócesis". La ceremonia se verificó de perfecto acuerdo con su programa, con concurso numerosísimo de pueblo, y con muestras de viva fe y ardiente piedad; el discurso sagrado pronunciado por el distinguido sacerdote, Señor Dr. Nicanor Aguilar, coronó magníficamente la solemnidad. El venerable Párroco de Azogues, Sr. D. Virgilio Maldonado, y su celoso e infatigable vicario, el Sr. D. Manuel Ordóñez, han tomado a cargo suyo obra tan hermosa, y al paso que va podemos prometernos que antes de un año estará concluido el nuevo santuario.

Ahora bien, es de notar cómo los dos templos, sin que haya mediado acuerdo ninguno entre sus autores, han quedado situados en la cima de dos elevadas colinas que son como centinelas la una de Cuenca y la otra de Azogues; terminada la construcción de esas obras, y cuando la piedad del pueblo las circunde de luminarias, con la profusión que acostumbra cuando se trata de honrar a la Santísima Virgen, entonces tendremos realizada a la letra la visión profética de Sor Catalina de Jesús María, pues entre las sombras de la noche aparecerán los dos santuarios como dos misteriosas navecitas adornadas con sendos cordones de luz, a modo de rosarios, que remedarán el cordaje y jarcias de una embarcación aérea. Este era precisamente el encantador espectáculo que en tiempos pasados ofrecía a Cuenca la casa de Nuestra Señora de Cullca; desgraciadamente desapareció, hace ya muchos años, ese trono de amor desde el cual la Reina de los Cielos vigilaba solícita por esta su ciudad querida; y ¡cosa verdaderamente digna de ser ponderada!: en la terrible jornada del 22 de Agosto de 1896, en que el ejército radical, compuesto de tres mil hombres, vino a atacar a esta indefensa ciudad, los cañones del combate que vomitaron torrentes de metralla sobre Cuenca, se apostaron precisamente en la colina de Cullca, y junto al sitio donde antes era venerada, la prodigiosa Imagen; para enseñarnos que una cruz que cae y un santuario que se destruye son brechas que se abren en la invisible pero fortísima muralla con que Dios circunda y protege a los pueblos. La capilla de Nuestra Señora de la Nube, en Turi, será el nuevo baluarte que defenderá a Cuenca en los nuevos asedios y combates que acaso le depare el porvenir.

Para terminar este humilde trabajo reproduciremos aquí, por ser muy oportuno, algunos de los conceptos de la publicación que se hizo al aproximarse las fiestas del Centenario: "Debemos esforzarnos por agradecer a Dios sus gracias si anhelamos alcanzar otras nuevas; la ingratitud es cieno inmundo que ahoga y ciega el torrente de los beneficios divinos; el Altísimo no nos pide en

cambio de los dones que generosamente nos prodiga sino un poco de gratitud y reconocimiento.

"Los hechos más trascendentales en la historia de un país son precisamente los religiosos, ya porque son fuentes fecundísimas e inagotables de gracias para muchas generaciones, y quizás siglos, ya porque sostienen nuestra fe y alimentan nuestra esperanza, que de otra suerte desmayarían, y aún tal vez llegarían a faltar del todo. ¿Quién al considerar, por ejemplo, nuestras sangrientas revoluciones políticas y los esfuerzos desapoderados que hace el Radicalismo para hundir a la nación en los abismos de su ruina, no se siente tentado a considerar al Ecuador como una nación maldita, condenada a próxima e inevitable catástrofe? Pero si recordamos que esta mísera e infeliz República fue un día visitada por la Santísima Virgen en una aparición grandiosa y estupenda, y que se halla solemnemente consagrada al Corazón Divino de Jesús, al punto renace la esperanza en nuestros pechos, y confiamos que un pueblo tan favorecido del cielo no ha de ser fácilmente abandonado por la diestra del Señor.

"Además, el portento de Nuestra Señora de la Nube está en pleno acuerdo con las sabias Encíclicas de Nuestro Santísimo Padre León XIII acerca del Rosario: esta devoción hermosa ha de salvar a la Iglesia, y a todas y a cada una de las naciones católicas, de las garras del error, y de la dominación detestable y tiránica de las sectas masónicas. ¿No podríamos, por lo mismo, decir que el culto a Nuestra Señora de la Nube es muy a propósito para las circunstancias de la hora presente?

"Por desgracia el *naturalismo,* ese error soberbio que declara guerra a muerte a todo lo sobrenatural, ha penetrado más de lo que se piensa en la gente que se llama ilustrada y culta aun en los países más declaradamente católicos. Hay muchos que pretenden pasar por sabios con sólo decir: "yo no creo en milagros; aquello era bueno para la Edad Media. En nuestros tiempos todo lo que se reputa milagro no es más que super-

chería"; encastillados en esta fútil objeción no admiten prueba en contrario. Las reglas de la crítica no tienen valor para ellos, tratándose de hechos sobrenaturales. Pero el católico verdadero no procede de este modo: emplea sí una prudente reserva, como es justo; pesa, discute los hechos; no admite a ojos vistas ni con insensata credulidad cuanto de maravilloso propaga el vulgo irreflexivo; mas, si un criterio desapasionado y los principios de la lógica le demuestran la verdad de un hecho, por sobrenatural que parezca, no lo niega. Sabe que lo sobrenatural es la vida de la Iglesia católica y que los milagros forman, por decirlo así, la trama de la historia de la única Religión verdadera, y son su carácter distintivo; y para no equivocarse en punto tan sustancial, tiene una regla segurísima, y es acatar los fallos de la Autoridad eclesiástica". El juicio de esta Autoridad en el asunto de que tratamos, lo conocemos ya; esperemos que el desarrollo de la devoción a Nuestra Señora de la Nube atraerá gracias de predilección sobre esta República.

La América Española, tan favorecida por la Santísima Virgen con raros y admirables prodigios, debe corresponder a la ternura amorosa de la Reina de los Cielos manteniendo incólume y propagando con solicitud la dulce y encantadora devoción del Rosario, que tanto bien hace a los pueblos y tan eficazmente contribuye a sostener y propagar el culto de la Inmaculada Virgen. Un ilustre Prelado francés ha dado al Rosario el hermoso título de *Sacramento de María;* el Rosario es, en efecto, el arma poderosa con que la augusta Madre de Dios vence al infierno, triunfa sobre el pecado, despierta a los pueblos dormidos en la molicie, y los hace crecer en gracia y virtud. Las milagrosas apariciones de Chiquinquirá y Nuestra Señora de la Nube nos enseñan que la Santísima Virgen quiere hacer de nuestra pobre América un vergel ameno; florezca lozana y viva siempre en él aquella devoción preciosa. Podría escribirse una historia bellísima sobre este tema tan atractivo como nuevo: el *Rosario en América.* ¿Qué no podría decirse, por ejemplo de nuestros Santos, con relación a este asunto?

Del Beato Juan Massías, una de las más fulgentes glorias de la Orden dominicana en el Nuevo Mundo, nos refiere el Breviario: "que se consagró plenamente a la práctica de esta devoción: *Deiparae Virgini Rosarii Reginae se totum dicavit;* de suerte que cada día rezaba tres veces todo el salterio, la una por sí propio, la otra por la conversión de los pecadores, y la tercera por las almas detenidas en el purgatorio; esta costumbre la observó fielmente en todo el curso de su vida, y alcanzó por este medio gracias admirables de lo alto para sí y los demás". El Rosario ha mantenido viva la fe católica en el Japón, durante tres siglos, aun después que los misioneros fueron expulsados de su suelo; esperemos que esa misma práctica de piedad, tan general en América, arrancará el Nuevo Continente de las garras del Liberalismo y de la Masonería que hoy le aprisionan, y que muy luego podremos cantar entre transportes de júbilo aquella consoladora antífona con que la Iglesia saluda a la Emperatriz del orbe, en sus principales fiestas: *Gaude Maria Virgo, cunctas haereses sola interenisti in universo mundo:* ¡gózate, Virgen incomparable, porque tú sola, como la Judit de la Nueva Ley, has aplastado la cabeza del dragón y triunfado gloriosa sobre todas las herejías!

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO *

El 30 de Diciembre de 1696, a las cuatro y tres cuartos de la tarde, se apareció en Quito, flotando en el aire, una hermosa imagen de la Santísima Virgen, formada de una blanca y transparente nube, a tiempo que una procesión del Santo Rosario recorría las calles de aquella piadosa capital. Este es el tema de la siguiente composición poética; en la cual se hace resaltar algo de la grande significación religiosa de aquel portentoso suce-

* Estos breves apuntes acerca de las Fiestas celebradas en honra de la Santísima Virgen, se han escrito en la tarde misma del día 30, y se adjuntan a los pocos ejemplares de la siguiente composición poética, que no alcanzaron a ser repartidos entre el pueblo en aquella fecha. Por este motivo, los otros ejemplares carecen de esta introducción.

so, pues ésta, y otras semejantes manifestaciones de la Santísima Virgen en América, tuvieron probablemente por fin indemnizar a la Iglesia Católica de las ruinas que la Reforma protestante amontonaba por entonces en Europa.

La advocación de *Nuestra Señora de la Nube* que debía ser muy popular en el Ecuador ha llegado a quedar un tanto olvidada con el transcurso de los años; por felicidad en el presente, en que se completaba el segundo Centenario de la Aparición milagrosa, se ha encendido nuevamente la devoción de los católicos ecuatorianos para con aquella manifestación admirable de la Santísima Virgen, el Ilustrísimo y muy celoso Arzobispo de Quito, Monseñor Pedro Rafael González Calisto, y el Rvmo. Administrador Apostólico de Cuenca Dr. D. Benigno Palacios, tan decidido siempre por todo lo que contribuye a fomentar la fe y piedad en su Diócesis, han publicado entusiastas Cartas Pastorales para excitar a sus respectivos fieles a celebrar dignamente el memorado Centenario, y han obtenido plenamente ver satisfechos sus deseos.

Limitándonos a hablar de Cuenca, todo el Adviento ha sido en esta ciudad una preparación continuada para la fiesta del 30. En la domínica 1ª salió una numerosa procesión del Rosario de la Iglesia de los Padres Redentoristas; en la 2ª, de la de los Padres Dominicos; en la 3ª, de la Merced; y en la 4ª, de la iglesia Parroquial de San Francisco. En la Merced se celebró, además, una piadosa y muy concurrida Novena que terminó el día 27 de Diciembre con una suntuosa fiesta, durante la cual las asociaciones piadosas establecidas en aquel templo se alternaron sin interrupción en el rezo del Rosario. Otra Novena igualmente muy piadosa se celebró en la Catedral, y concluyó el 30 por una comunión numerosa por la mañana, y un procesión solemnísima por la tarde, y a la misma hora en que tuvo lugar, hace dos siglos, la Aparición portentosa. El Rvmo. Señor Administrador apostólico acompañado del Venerable Capítulo, en hábitos canonicales, el Seminario y la Comunidad de Sacerdo-

tes Oblatos; la Comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas con sus numerosos alumnos; Caballeros, Señoras y Pueblo formando un concurso que apenas cabía en dos cuadras llenas de extensión, formaron el cortejo de la Santa Imagen que fue conducida a hombros de jóvenes minoristas. En todo el trayecto de la ordenada y edificante procesión se cantó el Rosario, entre el humo casi continuado del incienso que, de trecho en trecho, se quemaba en braserillos colocados en las calles; éstas convenientemente endoseladas presentaban un espectáculo de grande recogimiento y piedad. Tal ha sido la manera sencilla pero grandemente hermosa y edificante con que se ha celebrado en Cuenca el *Segundo Centenario de la Aparición de Nuestra Señora de la Nube.*

Debía contribuir no poco a solemnizar esta Fiesta la publicación oportuna de una *Corona poética* en honra de Nuestra Señora; desgraciadamente, los grandes trastornos políticos por los que ha atravesado la República han retardado la realización de este hermoso proyecto, pero no serán parte a que se frustre, pues muy luego saldrá, lo esperamos, aquella publicación engalanada con obras de verdadero mérito de los mejores y más renombrados literatos del Ecuador. Mientras tanto, el autor de estas líneas deseando que los altares de Nuestra Señora de la Nube no queden desprovistos enteramente de flores, en el aniversario dos veces secular de su Aparición, se atreve a depositar a las plantas de la Reina de los Cielos este pobre y descolorido ramillete, formado casi de improvisto con flores incoloras y silvestres recogidas en un campo hace mucho tiempo ajeno a la gaya ciencia.

A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

EN EL

SEGUNDO CENTENARIO DE SU APARICION.

¿Y he de cantarte, hermosa Madre mía
Dueña del corazón, Reina del alma?
¿Podré cantarte celestial María,
En noche de dolor y sin la calma
Que exigen los cantares de alegría?
¿Cuando de guerra asoladora el luto
Silencio nos demanda por tributo
Y homenaje a la Patria en agonía?...
Pero el amor no calla, no consiente,
Virgen Santa, olvidar aquella tarde,
En que amable sin par y peregrina,
Radiante apareciste en nuestro cielo
Cual la bíblica Nube del Carmelo.

Reina eres de piedad, Madre divina,
Eres fuente de gozo y de consuelo;
A tus plantas de hinojos
Nos postramos humildes; nuevamente
Dígnate aparecer a nuestros ojos
Como aurora de paz en el oriente.

Era el glacial Diciembre: del Pichincha,
La inaccesible y enriscada cumbre
Bañada en resplandores semejaba
El trono de la luz; la pesadumbre
De la escueta montaña, donde se hincha
La tempestad furiosa, donde se arde
Volcánico fulgor, ora ostentaba
Los rosados cambiantes de la lumbre
Tranquila de la tarde.
El fatigado sol hacia el ocaso
La carroza guiaba, de centellas
Tachonando las huellas

Que en la azulada esfera deja al paso,
Del Ande majestuoso en el regazo
La adolescente Quito se dormía;
Mas de pronto despierta
A las notas del dulce Ave María,
Cual los guerreros a la voz de alerta,
El cantar escuchó con que en diaria
Ferviente procesión, multitud pía
Elevaba al Eterno, por plegaria,
Entretejiendo el ramillete vario
De rosa, de azucena y trinitaria
De las célicas preces del Rosario.

En ondas de armonía
Llenando de fragancia los espacios,
Las voces del melifluo Ave María
Aljófares derraman y topacios;
Se enciende el sol en vivos resplandores,
Aparecen del iris las guirnaldas,
De los campestres montes en las faldas
Desabrochaban el cáliz nuevas flores;
La casta, extasiadora melodía
Del santo Ave María
Conmueve a todo el orbe,
De rodillas le postra, le arrebata
En impetuosa y rauda catarata
De júbilo y de paz: todo lo absorbe
Aquel de la oración divino beso
Que al corazón encumbra y le dilata
De ardiente caridad en el exceso.

*
* *

Al cantar melodioso
Levanta el cielo las fulgentes puertas;
En escuadrón airoso
Asoman tras las gasas entreabiertas
De la mansión del gozo
Innúmeros, bellísimos querubes;
Sueltan la blonda cabellera al viento

Pueblan el firmamento
En grupos vagarosos como nubes;
Y uniendo el puro celestial acento
Con las terrestres voces,
En canción alternada,
Ensalzan a la Virgen coro a coro,
Entre el tañer de cítara argentada
Y el flébil trino de las arpas de oro.

No bien preludia el cántico celeste,
Fulgente brilla entre el celaje pardo
El Arcángel Gabriel, que majestuoso
Ciñe de nácar estrellada veste
Y esparce en torno aromas cual de nardo,
Llegando a la felice
Muchedumbre de espíritus alada
Con grata voz les dice:
"Vosotros del Señor la santa armada,
El victorioso ejército del cielo,
¡No contempláis el duelo
En que yace la tierra?
El dragón infernal la mueve guerra
Con ímpetu terrible, furibundo.
A la engañada Europa
Embriaga con la copa
De falsa libertad y goce inmundo;
El cisma de Lutero,
Armado de poder, con saña impía,
Abate los altares de María,
Y amenaza inundar al mundo entero.
De la alma Virgen ya la faz no alegra
Las regiones que al ártico avecinan;
El torpe vicio y el error protervos
En tempestad se hacinan,
Y extienden por doquier el ala negra
Como bandada fúnebre de cuervos,
¡Ay, que el infierno todo
Sumerge ya la terrenal esfera
Entre torrentes pútridos de lodo!
Volemos al combate, hagamos frente
De la rabia infernal a los extremos;

Angeles del Señor, decid: ¿qué haremos
Para humillar ese envidioso encono
De la antigua serpiente?...

"En la mitad del Nuevo Continente
Grandioso y bello trono
A la Madre de Dios levantaremos,
No en el oscuro bronce, ni en la piedra
Que vil olvido enlutará con yedra,
No con pincel humano, ni en el lienzo;
Del firmamento en el azul inmenso
Pondremos una imagen de María,
Con primor esculpida sin segundo,
Al resplandor del día,
Dándole por peana al Nuevo Mundo".

*
* *

Las preces alternadas del Rosario
Que salmodiaba Quito,
En alas de los Angeles llevadas
Alzábanse en oleadas
Como esas que levanta el incensario.
Mientras el canto vibra, de repente
Una rara Visión fascinadora
Aparece flotante, a la misma hora,
Entre el níveo celaje del oriente;
Derrama en torno dulces resplandores
Como lluvia de flores,
De esas que esparce el carro de la aurora.
Una Virgen de fúlgido alabastro
Esculpida en hermosa y blanca nube
Prócera se alza, y sube
Esplendente, radiosa como un astro.
De regio porte, de actitud serena,
Ciñe la Imagen imperial corona,
Por cetro ostenta un ramo de azucena,
La izquierda mano púdica eslabona
Con los brazos del Divino Niño;
Le cae por la espalda

En anchos pliegues majestuoso manto
Velando en copos nítidos de armiño
El talle esbelto y la ondulante falda.
Las plantas virginales
De la Visión celeste y peregrina
Descansan en los cándidos cendales
De una densa neblina.
¿Cuánto dieran las rosas,
Cuánto las frescas, perfumadas dalias
Por besar esas plantas pudorosas
Y estrecharlas a modo de sandalias;
Entonces cuán gustosas
Ofrendaran del cáliz esas perlas
Con que el alba acostumbra enriquecerlas?

A los fulgores que destella grandes
La célica Visión en las alturas,
Póstrase humilde de rodillas Quito;
La cerviz de granito
Doblan las altas cumbres de los Andes;
El gallardo Cayambe se conmueve,
Yergue la faz ufana
El plateado y fantástico Antisana,
Y extienden las alfombras de la nieve
Ante esas plantas bellas
Que se calzan de soles y de estrellas.

Reina del Cielo, amada Madre nuestra,
Que en esta tierra triste
Como radiante nube apareciste,
Amparando a este pueblo con tu diestra:
Luce ahora tu poder, tu amor demuestra
Salvando al pueblo tuyo que elegiste.
En tu amplio corazón no cabe olvido,
¿Y, no ve, Madre amada,
Esa tu activa, maternal mirada
Cual, tu pueblo escogido,
Sobre sangre y cenizas clama herido?
¿Desdeñará, Señora,
Tu pronta siempre y compasiva mano
A un pueblo que te implora,

A un pueblo tuyo, el pueblo ecuatoriano?
¡Ah! la nación que ayer se proclamaba
Amante fiel, discípula de tu Hijo,
Hoy del error la envilecida esclava
Ante el mundo aparece;
¿Y lo sufre tu amor? ¿Tu afán prolijo
Al mirarlo no gime, no padece?
¡Peregrina Paloma de los cielos,
Aquí donde el cóndor el vuelo expande,
Entre las cumbres áridas del Ande
Con tierna dilección has escogido
Lugar para tu nido;
La herencia tuya somos, tus polluelos;
A tu sombra acudimos por amparo:
¿Nos negarás tu amor ni tus desvelos?
El buitre no abandona el nido caro,
Ni a la tímida prole que le aguarda
Buscando el ala amante que le incube;
¿Tu tierno corazón, dulce María,
Podrá olvidar al pueblo que en ti fía?...
¡Sé Madre nuestra, oh VIRGEN DE LA NUBE!

Cuenca, Diciembre 30 de 1896.

Julio Matovelle.

SANTUARIOS

de la Virgen Santísima en Colombia

OBRA ESCRITA POR A. H., MISIONERO APOSTOLICO,

Y REDUCIDA A MEJOR FORMA POR

José Julio María Matovelle,

SUPERIOR DE LA CONGREGACION DE SACERDOTES OBLATOS

DE LOS SS. CC. DE J. Y. M.

Y CANONIGO HONORARIO DE CUENCA.

Cuenca: Imprenta del Clero, 1929.

753

SANTUARIOS

DE LA VIRGEN SANTISIMA EN COLOMBIA

Obra escrita por A. H., misionero apostólico, y reducida a mejor forma por José Julio María Matovelle, Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, y Canónigo Honorario de Cuenca.

BREVE NOTICIA DE ESTA OBRA

Por una feliz casualidad o, digamos mejor, por una oculta dispensación de la divina Providencia, ha llegado a nuestras manos una preciosa colección de manuscritos que contienen historias, tradiciones populares y otros variadísimos datos acerca de las principales imágenes y santuarios de la Virgen Santísima en la vecina República de Colombia; esta paciente y meritoria labor se debe a un distinguido religioso europeo, que como misionero ha recorrido gran parte de la nación expresada, y al visitar los pueblos y ciudades donde tenía que ejercer tan santo ministerio, ha recogido las noticias que ahora damos a luz. Habríamos deseado que estas relaciones apareciesen bien documentadas, de modo que pudiesen satisfacer a todas las exigencias de la moderna crítica histórica; pero esto que muchos echarán de menos en esta obra, no amengua, sin embargo, las preciosas cualidades que le adornan, y que los lectores sabrán apreciarlas como merecen; por otra parte, este vacío podrá ser llenado después, mientras que sería una pérdida irreparable condenar al olvido un trabajo literario tan apreciable y meritorio, solamente por algunas sombras que se proyecten sobre él.

Autorizados plenamente por el venerable autor del libro a hacer en él los cambios, supresiones y adiciones

que juzguemos convenientes, abreviaremos algunos relatos demasiadamente largos, y daremos lugar preferente a los santuarios de *Chiquinquirá* y *Las Lajas* por ser los más célebres de Colombia, y más conocidos en el Ecuador.

Quiera Dios bendecir este humilde trabajo, de modo que contribuyamos con él a acrecentar un tanto más siquiera, en nuestros pueblos, el conocimiento, la devoción y el amor a la Santísima Virgen, la Inmaculada Madre de Dios y augusta Emperatriz de cielo y tierra, a quien toda la América Española rinde vasallaje como a su Reina, principal Apóstol, Protectora, Abogada y Madre, gloriándose el *Nuevo Mundo*, de ser el *Mundo de María*.

Cuenca, en la gran fiesta de la Epifanía de 1928.

JULIO MATOVELLE.

INTRODUCCION

La América, Imperio de María

Antes de dar una breve noticia de los principales *Santuarios de la Virgen Santísima en Colombia*, digamos algo de cómo no solamente Colombia, México, la Argentina o el Perú, han logrado la especial protección de la Reina del Cielo, sino toda la América Latina, en general, ha alcanzado esta gracia y merece llamarse el *Imperio de María*. La Iglesia católica es, toda ella, el reino de Jesucristo, y, por consiguiente, el reino de María, porque la Inmaculada Virgen ha sido asociada, de modo especialísimo, al reinado de su divino Hijo; con justo título, pues, todas las naciones católicas se glorían de estar bajo la protección de la Madre de Dios; así: Francia, desde tiempo inmemorial, se ha proclamado siempre feudo de María: Regnum Galliae, Regnum Mariae; otro tanto lo hacen España, Italia, Hungría, Polonia, Austria, etc.; pero, de modo singular le sobran títulos a toda la América Latina para proclamarse *Imperio de María*. Desgraciadamente, la historia eclesiástica del Nuevo Continente no se halla escrita aún, que, si lo estuviera, estudiaríamos en sus páginas los caminos admirables de que se ha valido la divina Providencia para implantar la fe católica en esta parte del orbe. Nos contentaremos, por nuestra parte, en echar una rápida ojeada sobre estos tres puntos de la Historia Americana, a saber: 1º— Los tiempos que transcurrieron antes del descubrimiento de estas tierras por Cristóbal Colón; 2º— los días aquellos en que se realizó la conquista de estas tierras por los europeos; y 3º— la labor de los misioneros para convertir a la verdadera Fe, a las innumerables tribus bárbaras que habitaban estas regiones. Si nos fijamos, aunque sea rápidamente, en estos tres distintos aspectos, o períodos de la historia americana, tendremos que confesar que ver-

daderamente América es el *Imperio de María.*

I

En los tiempos prehistóricos del Nuevo Continente, es decir, en aquella época de su existencia que precedió al grandioso descubrimiento realizado por Cristóbal Colón, estas regiones estaban envueltas en las densísimas tinieblas morales de un caos; por consiguiente, no podemos aducir dato ninguno verdaderamente histórico, y tenemos que contentarnos con leyendas y tradiciones mas o menos fantásticas y fabulosas. Sin embargo, así como, mucho antes de la salida del sol despunta ya la aurora con su penumbra, y algunas ligerísimas ráfagas de luz; también, ahora, tratando de nuestro asunto, mucho antes que amaneciera el sol de la fe católica en los horizontes de América, discurrieron ya, por su oscuro cielo, algunas tenues ráfagas de luz que anunciaban la evangelización de este continente, y su conversión a la fe católica. En México, el Perú y casi toda América, hallamos, en aquella época prehistórica, rastros de tradiciones acerca del diluvio universal, la necesidad de un regenerador, o Redentor de la decaída raza humana, y algunas como profecías sobre la próxima aparición de una magnífica Reina, o Virgen Madre, que asociada a ese Redentor, había de cooperar al resurgimiento del desgraciado linaje de Adán.

Dentro de los límites demasiadamente estrechos de este Prólogo o Introducción a nuestra labor, no podemos hablar detalladamente de esta materia, y tenemos por fuerza que contentarnos con mencionar solamente estas tan curiosas como interesantes tradiciones. He aquí una de ellas, que tomamos de una hermosa monografía, publicada por Monseñor Passalongue, prelado del Brasil, Protonotario Apostólico *ad instar*, y miembro del Instituto histórico y geográfico de San Paolo, en el mismo Brasil; tradición, atestiguada por uno de los misioneros españoles que primeramente evangelizaron a las tribus de indios bárbaros que poblaban las orillas del gran lago de Titicaca; este religioso benemérito fue Fray Pedro Simón,

quien refiere que halló, entre dichas tribus, como muy válida, y aceptada por todos, la tradición siguiente: "Un hombre blanco, entrado ya en años, de luenga barba, vestido con humildad y sencillez, en tiempos remotos, había ido a establecerse a orillas del lago. en Carabuco. Allí habitaba en una cueva, como ermitaño, se alimentaba de raíces silvestres, y se ocupaba en adoctrinar a esa gente rudísima y salvaje acerca de una nueva religión, hasta entonces desconocida en estas tierras. Al ver los muchos prosélitos que hacía con su predicación, airáronse grandemente contra él los sacerdotes de los ídolos, y le dieron muerte; tomando luego el cadáver, lo colocaron en un débil esquife, y lo entregaron a merced de las olas tempestuosas del lago; a punto ya en que esa diminuta embarcación iba a zozobrar, los indios todos que contemplaban ese bárbaro espectáculo, quedaron aterrados a la vista de una súbita y grandiosa Aparición, y señalando con la mano el punto del cielo en que ella se presentaba, exclamaron: "¡una Señora! ¡una Señora!...". Efectivamente flotaba en el aire la imagen esbelta y de forma agigantada, de una mujer, de hermosura celestial, que tenía circundada la cabeza de una diadema de doce estrellas, y, a las espaldas de la cual flotaba un manto regio de anchos pliegues, formado de esplendente plata. Aterrados los indios ante esta maravillosa visión, creció aún más su asombro cuando aquella mujer celestial descendió hasta el esquife, posó en él sus plantas, y resucitó al misionero que yacía muerto en él".

Estas y otras muchas tradiciones semejantes contribuyeron no poco para que los indios abrazaran más fácilmente la fe católica, cuando esta les fue predicada, y los misioneros les enseñaron lo concerniente al Divino Redentor y su Madre Santísima.

II

Es mucho más maravilloso todavía lo que aconteció en estas regiones a tiempo de su conquista por los españoles. Al que se detiene a considerar despacio cómo,

después de tantos siglos de predicación evangélica, y de labores estupendas, de apóstoles tan insignes como S. Francisco Javier, permanecen sin embargo sumidos en la profunda noche de la idolatría, imperios vastísimos como la China, la India, y el Japón, es ciertamente maravilla extraordinaria que todo el dilatadísimo continente americano haya sido convertido a la fe católica, en menos de tres siglos que duró la dominación española en estas tierras, y como en tiempo relativamente corto llegaron a profesar la verdadera religión imperios tan vastos como los de México y el Perú.

Raya en los lindes de lo sobrenatural y maravilloso la extraordinaria rapidez con que un puñado de españoles recorrieron estas comarcas, sometiéndolas a su dominación, cuando todo parecía conspirar en contra suya: los moradores, el clima y la naturaleza del país. Miles de bárbaros y no pocos salvajes hambrientos de carne humana, armados de flechas envenenadas y en tren de guerra, les hostilizaban con sus emboscadas, sorpresas y cuántos otros arbitrios les sugería su rudo ingenio. Los climas mortíferos de la zona tórrida, las enfermedades endémicas, las nubes de molestos insectos, los reptiles ponzoñosos: todo conspiraba contra la empresa heroica, y al parecer imposible, de los conquistadores europeos; y, sin embargo, ese puñado de valientes se sobrepuso a todas las dificultades imaginables, y sometió, en pocos años, todo este vastísimo continente a la monarquía española, que en los planes de Dios tenía el encargo sublime de implantar la fe católica en el Nuevo –Mundo. Pero esto habría sido imposible que se realice sin auxilios extraordinarios del Cielo, en los que ocupa lugar preferente la intervención de la Virgen Santísima.

Nos contentaremos con presentar uno sólo de esos hechos maravillosos, y que él valga por todos los demás. El inca Garcilaso de la Vega, en su bien conocida obra "Comentarios reales de los Incas", refiere detalladamente la rebelión formidable en 1534, de Manco–Inca, que ocupó el trono de Atahuallpa, a la muerte de este príncipe, y cómo doscientos mil indios cercaron a doscientos españoles en la ciudad del Cuzco, y les sitiaron

por ocho meses seguidos, siendo moralmente imposible que los europeos pudiesen librarse de aquel formidable asedio, sin un socorro extraordinario del Cielo. "Eran ya muertos treinta cristianos, dice el citado historiador, en la obra expresada (Libro II, capítulo 24 y siguientes), y heridos casi todos sin tener con qué curarse. Temían que a pocos días más habían de perecer todos; porque ni ellos podían valerse, ni esperaban socorro de parte de alguna sino del Cielo, donde enviaban sus gemidos y oraciones, pidiendo a Dios misericordia y a la Virgen María su intercesión y amparo". Este no se hizo esperar mucho, pues a tiempo que aquellos bárbaros disponían el ataque que había de ser el último y más decisivo, "estando ya los indios para arremeter contra los cristianos, se les apareció en el aire nuestra Señora, con el niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos". "Los efectos de esta aparición maravillosa fueron dejar a los indios tan amedrentados que desistieron finalmente de su intento, alzaron el sitio, y los españoles se hallaron victoriosos, escapando así de su completo exterminio". "El trance fue tan apurado y tan inaudito el peligro, añade un anotador de Garcilaso, que a poco tiempo se elevó (por los españoles) en el sitio donde había tenido lugar la pelea, y en donde se decía apareció la Virgen... una capilla a la que se bautizó con el nombre de —*El Triunfo.*— En el Cuzco dice Hurteaga, anotador de Garcilaso, me han señalado una losa colocada en el centro de la nave del templo (la catedral); dicha losa se considera sagrada, y con la mayor ingenuidad asegura el pueblo, haber posado allí sus plantas la Virgen María". Todo lo cual, advierte el inca historiador, se realizó en favor de los españoles, porque a ellos se había confiado, por la divina Providencia, la gran empresa de difundir el Evangelio en estas regiones del Nuevo Mundo.

Efectivamente en el descubrimiento de América por Colón, desde los principios de esta gran empresa hasta su coronamiento, se ve manifiesta, y casi tangible, la protección soberana de la Virgen Santísima; de modo que el mismo almirante atribuía a la Reina del Cielo haber

obtenido el éxito glorioso de aquella empresa tan gloriosa como atrevida. Baste recordar que aquel incomparable Descubrimiento se verificó un doce de Octubre, fiesta de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza. Hernán Cortés, los dos Pizarros, Alvarado, Mendoza, Balboa y otros mil caminaron por la senda del ilustre Almirante, y fueron devotísimos de la celestial Señora. Y, si es cierto, que se cometieron muchas faltas, varios desaciertos y no pocos crímenes en la conquista de América, también es indudable que habrían sido incomparablemente mayores las ruinas que habrían acumulado en el Nuevo Mundo los conquistadores, si no hubiesen sido éstos, hijos de la católica España, nación entonces de ardiente y vigorosa fe, y tan impulsiva y emprendedora como pocas veces han contemplado los siglos.

III

Los conquistadores españoles fueron ciertamente poderosos auxiliares de la propagación de la fe católica en todo este Continente; pero la obra prodigiosa de la evangelización de las innumerables tribus bárbaras y salvajes, y los poderosos imperios de México y el Perú, que entonces poblaban estas regiones, esa obra estupenda, así por la rapidez como por la perfección con que se llevó a efecto, es gloria exclusiva de los misioneros católicos. Los hijos de S. Francisco y Sto. Domingo, de S. Ignacio, San Agustín y S. Pedro Nolasco, religiosos de abnegación sin límites (acompañaron a los conquistadores, o siguieron sus huellas, y bien pronto cubrieron el suelo de América, a modo de benéfica niebla que por todas partes esparcía el rocío de la divina gracia; esos héroes incomparables, con sólo el poder de la palabra, y sostenidos por la fuerza de lo alto, derrocaron por doquier los ídolos, y en lugar de sus altares manchados de sangre humana, y contaminados de mil abominaciones, levantaron templos al verdadero Dios, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego.

¿Pero cómo pudo verificarse hazaña tan prodigiosa como fue la conversión de todo un mundo a la fe católica, en menos de un siglo, cuando el antiguo tardó tres

centurias hasta rendirse ante la Cruz que con el Lábaro victorioso tremolaba en sus manos Constantino? Para esto no hay sino una respuesta: la conversión de América a la Fe católica, se debe manifiestamente a una intervención extraordinaria y prodigiosa de la Reina del Cielo. Por esta razón así los Misioneros, como hasta los mismos Conquistadores españoles, iban siempre acompañados de una imagen de la Santísima Virgen. Varias de estas tradicionales imágenes se han hecho famosísimas por estupendos y continuados milagros, y son hasta hoy veneradas con singular amor y culto en todo el suelo de la América Española. El clamor de todos aquellos insignes misioneros era éste: "Con la Virgen Santísima iremos a todas partes; sin Ella, a ninguna"... Gumpemberg, en su *Atlas Marianus*, dice: "No extrañéis si encontráis en la América del Sur, una veneración tan grande y un celo tan ardiente por el culto de la Inmaculada Concepción, porque los primeros apóstoles que vinieron de España, deseosos de ver bendecida por el Cielo su empresa, llevaron consigo la imagen de la que venció al demonio, desde el primer instante en que fue concebida. De aquí que esta devoción muy querida para el corazón de los españoles, fuese propagada por los misioneros que se valieron para lograr este intento, de mil santas industrias, y especialmente de estampas piadosas, que repartían entre los indios, quienes, de esta manera llegaron a conocer a la Reina del Cielo, y luego le tributaron un culto ferviente y un amor especial. La Virgen Santísima correspondió a estos homenajes multiplicando generosamente sus portentos y apariciones, desde México hasta Buenos Aires; pues la celebérrima manifestación de Ntra. Sra. de Guadalupe en la colina de Tepeyac, comprueba esta verdad, igualmente que el culto antiquísimo, y avalorado con innumerables portentos que se tributa a Ntra. Sra. de Luján en el otro extremo de América.

Ni hay que extrañarlo, pues el Nuevo Continente fue descubierto en vísperas de que estallara en el antiguo el destructor y horrendo cisma de Lutero, que había de hacer una guerra implacable al culto y devoción

a la Madre Santísima de Dios, derribando por todas partes sus altares, e impugnando encarnizadamente sus más gloriosos privilegios. Para reparar estas ruinas fue descubierta América, donde por cada altar de María que se derribara en Europa, se levantaban ciento en su honor y memoria. Es por tanto incontestable que América es el *Mundo de María*.

IV

El medio de que ordinariamente se valía la Virgen Santísima para proteger y amparar a los misioneros y a los neófitos, en la incomparable obra de la propagación y sostenimiento de la Fe católica en el Nuevo Mundo, ha sido alguna milagrosa aparición de la Reina del Cielo, o, más ordinariamente, gracias milagrosas obtenidas ante un piadoso simulacro de la Madre de Dios. Por este motivo, referir la historia de esas prodigiosas imágenes es describir la trama admirable de que se ha valido el Cielo para difundir el Evangelio en estos países. Otros autores se han ocupado ya de este asunto, tocante a la América Española, y aún a toda la América Latina; nosotros en el presente libro nos limitaremos a presentar la historia compendiada de los Santuarios más célebres y conocidos de la Virgen Santísima en la República de Colombia. Algunas de las advocaciones de que vamos a tratar, pueden calificarse de exclusivamente colombianas, por haber tenido su origen y desarrollo en la expresada Nación; otras, y en su mayor número, han sido trasplantadas de Europa, señaladamente de España, al suelo americano; pero de tal manera se han arraigado y robustecido en él, con nueva vida, que podemos muy bien llamarlas *advocaciones colombianas*, aun cuando hayan tenido su origen en el *Viejo Mundo*. Entre ellas daremos lugar preferente a Ntra. Sra. de *Chiquinquirá*, y a Ntra. Sra. de *Las Lajas*, por ser las más célebres entre todas. Luego publicaremos por su orden las siguientes:

1ª.—Nuestra Señora del Darién,
2ª.— " " " el Topo,
3ª.— " " " los Remedios (Cali),
4ª.— " " " la Pobreza (Cartago),
5ª.— " " " la Capilla (Panamá),
6ª.— " " " la Peña (Bogotá),
7ª.— " " " las Gracias (Torcoroma),
8ª.— " " " el Rosario (Popayán),
9ª.— " " " las Botas (el Tambo),
10ª.— " " " Caloto,
11ª.— " " " los Milagros (Almaguer),
12ª.— " " " Caquiona,
13ª.— " " " el Palmar,
14ª.— " " " los Desamparados (Bogotá),
15ª.— " " " las Caldas,
16ª.— " " " el Campo (Bogotá),
17ª.— " " " la Popa (Cartagena),

y algunas otras más.

NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRA

I

Importancia y celebridad de esta Advocación.

Entre las advocaciones de la Sma. Virgen, la de Chiquinquirá es indudablemente una de las más populares, más célebres y más amadas, no solamente en Colombia, sino en toda la América Española. Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora de Chiquinquirá, Nuestra Señora de Copacabana y Nuestra Señora de Luján son, desde México hasta la Argentina, las cuatro imágenes de la Virgen Santísima más renombradas en el suelo americano, y cuyo culto se ha extendido hasta algunos países de Europa. Ocupándonos aquí exclusivamente de los santuarios marianos de Colombia, damos entre ellos el primer lugar, con toda justicia, al de Nuestra Señora de Chiquinquirá: su historia es hermosísima al par que edificante, y merece ser conocida de cuantos aman el honor y la gloria de la excelsa Reina del Empíreo.

La importancia de esta advocación se desprende de que parece ha sido suscitada por el Cielo para propagar en el Nuevo Mundo la devoción del santo Rosario, con una serie de estupendas y no interrumpidas maravillas, raras veces presenciadas ni aun en los países más solidamente católicos del Viejo Continente. ¿Quién podrá decir las singulares gracias y bendiciones que el ferviente culto tributado por más de tres siglos, por los pueblos, a Ntra. Sra. de Chiquinquirá ha atraído sobre tantos países y regiones de América? Colombia especialmente se reconoce deudora a esta devoción preciosa de los más insignes favores dispensados a su nación, por la diestra del Altísimo.

En proporción a este ingente cúmulo de gracias es la celebridad de que goza Nuestra Señora de Chiquinquirá en toda la América del Sur. No solamente Colombia, también Venezuela y el Ecuador honran a la Santísima Virgen bajo este título, como advocación que les pertenece; en la hermosa ciudad de Maracaibo, junto al lago que lleva su nombre, constrúyese actualmente una grandiosa basílica a Nuestra Señora de Chiquinquirá. En cuanto a Colombia nos bastará citar el autorizado testimonio de un notable viajero francés, de los últimos tiempos, el Dr. Saffray, que ocupándose del santuario de que tratamos, se expresa así, en su muy conocida obra intitulada *Viaje a Nueva Granada:* "Las Vírgenes milagrosas (o sea, imágenes más veneradas de la Madre de Dios) tienen, dice, muchos devotos en Nueva Granada; hasta se ha creado en favor de ellas una cierta competencia en el pueblo; pero hay una especialmente que se invoca a cada momento, oyéndose decir con mucha frecuencia: ¡Válgame la Virgen de Chiquinquirá! —Chiquinquirá significa *brumas:* los indios llamaron así a un valle donde las nubes solían con frecuencia aproximarse mucho a la tierra, valle que formaba parte de los terrenos concedidos a D. Antonio de Santa Ana, compañero del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada. Aquel caballero fundó allí una ciudad, o mejor dicho, mandó construir algunas cabañas"... "El Arzobispo Fr. Luis Zapata de Cárdenas aprobó (las informaciones recibidas acerca del prodigio) y acto continuo erigióse una iglesia... En 1823 se levantó un nuevo templo. En este último, sobre el altar mayor, y bajo un dosel con adornos de plata, se ve el famoso cuadro, cubierto de pedrerías y joyas, entre las cuales se observa una media luna de oro con filigramas y esmeraldas, que se ha colocado a los pies de la Virgen. La santa Imagen tiene además un cinturón de diamantes, regalo de la Duquesa de Alba, y una corona de oro con piedras preciosas: el lienzo desaparece casi bajo tantos adornos. Todos los años van a visitar a la Virgen de Chiquinquirá unos 30.000 peregrinos, procedentes de todos los puntos de Nueva Grana-

da, el Ecuador, el Perú y hasta de España" (1). Se calcula que pasan de 80.000 las personas que, en cada uno de los últimos años, han visitado a Chiquinquirá.

II

Manifestación prodigiosa de la santa Imagen (2)

Uno de los principales conquistadores españoles de la vasta región de Sud–América, que forma ahora la República de Colombia, y a la que dio el título de Nueva Granada, fue el capitán Gonzalo Jiménez de Quesada; entre los peninsulares que acompañaron al Conquistador fue uno de los principales, Antonio de Santa Ana, a quien en premio de sus trabajos y fidelidad se le dio en encomienda, después de pacificada toda esa tierra, los pueblos de Suta y otros que le estaban anexos. Santana fijó su morada en el pueblo recientemente fundado de Suta–Marchán, para lo que hizo venir de España a su legítima consorte, la Sra. Catalina García de Irlos; como era caballero creyente y buen cristiano, deseó colocar en el oratorio contiguo a las casas de habitación que se había construido, una imagen de la Santísima Virgen del Rosario, de quien era muy devoto, ya por su propia afición, y ya por el trato continuo con los religiosos dominicos que acompañaron a Quesada y fueron los primeros en evangelizar esa región; para el intento, encargó al religioso lego de la misma Orden, fray Andrés Jadraque, que buscara en la ciudad de Tunja quien pudiese trabajar el cuadro que deseaba; fray Andrés se trasladó a dicha ciudad y dio con un artista español, llamado, Alonso Narváez, quien se comprometió a realizar

(1) Cita tomada de la obra "Imágenes y Santuarios de la Virgen Santísima", por J. M.— Actualmente el cuadro no ostenta más alhaja que un rosario de oro que lleva pendiente de la diestra.

(2) Para tejer esta relación nos han servido: 1º la historia de Ntra. Sra. de Chiquinquirá, por el P. Tobar y Buendía, cuyo título es: **Verdadera histórica relación etc. de la Imagen de la Santísima Virgen María de Chiquinquirá**; 2º **la Historia de la Provincia Dominicana de San Antonino**, por el P. Zamora; y 3º **Nuestra Señora de Chiquinquirá**, por el P. Mesanza. Todos tres religiosos de la Orden de Santo Domingo.

la obra por el precio convenido.

"En aquel tiempo, dice el P. Zamora, no había otros lienzos, que mantas de algodón, ni más colores que los que usaban los indios para pintarlos. misturando tierras de diferentes colores con el zumo de algunas yerbas y flores correspondientes. Cogió Alonso Narváez una manta de algodón que son más anchas que largas, según el modo tosco que tenían los indios en sus tejidos, y pintó en medio una imagen de Nuestra Señora del Rosario, que lo tiene pendiente de la mano derecha, y está sobre los pies del Niño, que tiene en el brazo izquierdo con un pajarito en la mano. La actitud es de viaje; y por eso lleva el manto un poco recogido hacia adelante y los ojos bajos. Advirtieron, continúa el historiador, que por lo ancho de la manta había lugar para otras imágenes que acompañaran a la de Nuestra Señora, y dispusieron que al lado derecho se pintara la imagen de San Antonio de Padua, por ser el santo de quien costeaba la pintura, y al izquierdo la del glorioso San Andrés, para que el santo apóstol favoreciese con su protección al hermano que encargó la pintura, fray Andrés Jadraque" (1).

Pintado ya el cuadro lo extendieron sobre un bastidor de cañas y lo colocaron en la testera del pequeño oratorio de Antonio de Santa Ana, oratorio que, al decir del P. Tobar, era una miserable choza pajiza, de vara en tierra, y que, sin embargo, iba a ser nada menos que la iglesia parroquial de Sutamarchán, levantada en las tierras del encomendero y a costa del mismo. Allí permaneció el cuadro por algunos años; pero en tan lamentable estado que daban sobre él los rayos del sol y las lluvias, que se abrían paso por entre la descuidada cubierta de paja, y estaba continuamente expuesto a la acción destructora de los vientos; de manera que en poco tiempo quedó la tela como lavada, y ya no se sabía que estuviese pintada. Por lo cual el párroco, Juan de Leguizamón, solicitó del encomendero le proporcione otra ima-

(1). Zamora.— Historia de la Provincia Dominicana de San Antonino.

gen, y efectivamente le dio un santo Cristo pintado también en tela; la de la Virgen del Rosario, por estar totalmente arruinada e invisible, se la descolgó de su sitio y se la devolvió a Antonio de Santa Ana. Este arrinconó la tela entre los desechos de la casa, de suerte que se le empleaba a veces como una manta cualquiera, para secar trigo y otras mieses al sol. Después de todo esto murió el encomendero, y su viuda Doña Catalina García de Irlos se trasladó a vivir en Chiquinquirá, que era otra de las propiedades de su difunto marido, a donde, con otros enseres, fue a parar la tela, asunto principal de esta historia.

Por ese tiempo vino de España a Chiquinquirá una piadosísima señora española llamada María Ramos, nativa de la ciudad de Guadalcanal, en Andalucía: casada con un hermano de Santa Ana; por cuyo motivo, y en busca de su consorte, se trasladó a América, y fue a vivir en el hato antedicho con la viuda de su cuñado. "Como quien era buscó en la casa un lugar a propósito para orar y encontró el oratorio (que así llamaban a una miserable choza pajiza), pero tan descuidado estaba que entraban en él todos los animales del hato, pues ni puerta tenía. Entró en él, discurrió con la vista y vio que estaba tirado en el suelo un bastidor desarmado, con una imagen tan rota, ajada y destruída, que no supo entonces de qué santo era. Por si acaso aquel lienzo fuese de alguna imagen de Nuestra Señora, de la cual era devotísima, compusieron el marco María Ramos y una criada, lo mejor que pudieron, pusiéronlo en alto sobre el altar, y lo aseguraron en unas cañas con un cordel fuerte dándole cuatro o cinco nudos. Cuando la Ramos supo que aquella pintura había sido de la Virgen del Rosario, y le contó la esposa de Antonio de Santa Ana, Catalina García de Irlos, las vicisitudes del cuadro, se afligió grandemente por el descuido en que había estado la imagen de la Madre de Dios.

"Consolada María Ramos por ver el cuadro libre de los animales y en sitio más decente, frecuentaba la capilla, y apenas entraba a hacer oración, con muchas lá-

grimas significaba a la Madre de Dios el pesar que sentía porque no veía ni un rasgo siquiera de su Imagen entre las líneas de la pintura. Miraba y volvía a mirar el cuadro, y como no viese lo que tanto anhelaba, decía: "¿Hasta cuándo Rosa del Cielo, habéis de estar escondida? ¿Cuando será el día en que os manifestéis y dejéis ver al descubierto, para que mis ojos se regalen en vuestra soberana hermosura, que llena de gustos y alegrías mi alma?". Estas afectuosas deprecaciones repetía la piadosa española todos los días, hasta que por fin fueron benignamente escuchadas, como vamos a ver.

"Continuaba María Ramos sus piadosos ejercicios, y habiendo estado retirada en la capilla, como de costumbre, el 26 de Diciembre de 1586, entre las ocho y nueve de la mañana, después de haber orado la devota señora más de dos horas, pidió a la Santísima Virgen, con mayores instancias que nunca, se dignase manifestar su Imagen en aquella tela destrozada. Levantóse de su asiento para salir de la Capilla y visitar a una pobre ciega, e hizo una profunda reverencia. A este tiempo pasaba por allí una india con un niño de la mano. Al pasar por la puerta de la capilla dijo el niño a la mujer que le llevaba: ¡Mire, mire! Miró la mujer hacia el altar de la capilla y vio que la Imagen de Nuestra Señora estaba en el suelo, de pie, y despidiendo de sí tan grande luz, que llenaba de claridad toda la capilla. Quedóse asombrada la mujer y, asustada, dijo en altas voces a María Ramos, que iba saliendo del oratorio: "Mire, mire, señora, que la Madre de Dios se ha bajado de su sitio y está en vuestro asiento, y parece que se está quemando". Volvió María Ramos la cara y vio que el cuadro estaba de la manera que se le decía. Admirada de ver tan estupendo prodigio, llena de asombro y derramando lágrimas, fue corriendo al altar, y arrojándose a los pies de la Santísima Virgen, con mucho temor puso los ojos en Ella, y vio cumplidos sus deseos, pues estaba patente la Imagen de la Madre de Dios, con una hermosura sin igual y con unos colores muy vivos y despidiendo de sí grandísimo resplandor; pues, bañando de luz a los santos que tenía a los lados, llenaba de claridad toda la capilla, y a

María Ramos de un celestial consuelo. Estaba la milagrosa Imagen un poco inclinada hacia el altar en el mismo sitio en que la piadosa Ramos solía estar de rodillas y acababa de orar. Tenía el rostro muy encendido, San Andrés y San Antonio muy mejorados de facciones, y toda la pintura renovada completamente. Sin embargo, quedaron por entonces en el cuadro las roturas y pequeños agujeros que antes tenía" (1).

III

Establecimiento y propagación del culto a la Santa Imagen.

"La noticia del prodigio corrió inmediatamente por todos los lugares circunvecinos, cuyos moradores vinieron presurosos a ver la Imagen renovada. Entre los concurrentes vino un ciego llamado Pedro Gómez, y lleno de fe empezó una novena de rosarios ante la sagrada reliquia, y antes de concluirlo recobró completamente la vista. Otros siete favores se encuentran jurídicamente comprobados en las informaciones de la Renovación de Nuestra Señora, hechas en Chiquinquirá con los requisitos del caso a los quince días de acaecido el milagro, y en el mes de septiembre del año 1587. En enero del siguiente, 1588, se levantó en Tunja información jurada de lo dicho arriba, por auto mandado hacer por el Arzobispo de Santafé de Bogotá, el cual vino de esta ciudad con un prebendado y otros eclesiásticos a venerar la santa Imagen en el mes de agosto de 1588. Estaba aún en Chiquinquirá el Ilustrísimo señor Zapata cuando llegó con el mismo propósito el Presidente del Reino, con muchos caballeros y personas principales de Santa Fe. El Prelado quedó tan sobrecogido y poseído de devoción y respeto al ver a la Santísima Virgen, que inmediatamente dispuso se edificase una buena iglesia a Nuestra Señora de Chiquinquirá en ese lugar. El propio mes dióse principio a la obra, poniendo el Sr. Arzobispo la primera pie-

(1) El P. Mesanza.

dra, y sacando el Presidente y su comitiva tierra para poner los cimientos. Fue la primera iglesia de piedra y de ladrillo, y tenía de largo 150 pies y 38 de ancho, o sea 42 metros de longitud, y 10 y medio metros de latitud" (1).

Nuestro Señor Jesucristo reprochaba a los judíos de su tiempo, su falta de fe, pues si no veían milagros no querían creer en la misión del Salvador, ni en su divinidad, pero la bondad divina que, en cierto modo, se abaja hasta nuestra pequeñez y ruindad, multiplica las gracias y milagros para obligarnos a creer. De modo semejante obra la Virgen Santísima, que es el principal instrumento de las misericordias de N. Señor para con los infelices pecadores, se conquista la afición y el amor de estos, multiplicando sin reparo los favores y milagros en bien de cuantos la invocan; así ha procedido la Reina del Cielo mediante su hermosa imagen, de Chiquinquirá. De tal manera fueron estos portentos, que apenas verificada la manifestación milagrosa de la santa imagen, inundaron con su fama no solamente las colonias españolas de Sud–América, sino a la misma madre Patria. Gran parte de la obra del P. Tobar se concreta a referir esos portentos. Siéndonos a nosotros imposible presentar aquí un cuadro, ni siquiera abreviado, de esas maravillas, por los estrechos límites a que está ceñido este trabajo, nos contentaremos con decir en resumen, que desde la manifestación prodigiosa de la Santa Imagen, hasta estos días, su historia es una serie no interrumpida de las más espléndidas bendiciones del Cielo en favor de los hombres.

Una de las pruebas más elocuentes de ello es que Nuestra Señora de Chiquinquirá es invocada por todo el pueblo colombiano en todas las necesidades privadas y públicas, oyéndose repetir, casi a cada momento a esas gentes creyentes y sencillas: "¡Válgame Nuestra Señora de Chiquinquirá!", y la *Rosa del Cielo* no ha bur-

(1) Mesanza.

lado jamás esta confianza filial que en Ella tiene fincada todo el pueblo colombiano. Sobre todo, en las calamidades públicas, como en las epidemias, es cuando más ha resplandecido la misericordia de María en favor de sus devotos. "Cuatro veces, dice el P. Mesanza, ha salido Ntra. Sra. de Chiquinquirá de su población predilecta: la primera, al año siguiente de la Renovación (milagrosa de la Imagen); la segunda, el de 1633; la tercera en 1816, y la última, en 1841". Propiamente hablando, la última salida de Ntra. Señora de Chiquinquirá, fue en 1919, cuando se trasladó la santa Imagen desde su Santuario hasta Bogotá, para su solemnísima *Coronación pontificia*. Todas estas salidas han sido procesiones devotísimas, sembradas, a cada paso, de innumerables portentos. Diremos dos palabras solamente, acerca de la primera salida.

En 1586, el 26 de Diciembre, tuvo lugar la famosa renovación del cuadro, y al año siguiente, el 3 de Dbre., salió ya el cuadro milagroso, de su diminuto santuario, para visitar una extensa región del Virreinato de Nueva Granada, por hallarse sumamente afligida con una horrenda epidemia que diezmaba a toda la población. "El 3 de Diciembre (1587), dice el P. Mesanza, salió la Virgen de su rincón chiquinquireño, en hombros de sacerdotes, los cuales le llevaron a Tunja, en cuya importante ciudad entró derramando gracias el 5 (de 1587), al mediodía. Los cinco pueblos del tránsito quedáronse sin habitantes; pues, enfermos y convalecientes de la fea enfermedad íbanse tras aquella Señora, salud de los enfermos y consuelo de los atribulados. Indescriptibles fueron los transportes de ternura y verdadero amor que de españoles, mestizos e indios de regulares y seculares, contempló Tunja. ¿Qué de raro si todo el mundo fue testigo de milagros en la ciudad, en los pueblos vecinos, que a Tunja vinieron a pedir portentos, en sus familias, casas y personas?" (1).

(1) Ib.

IV

Principales portentos realizados, mediante esta Santa Imagen

La misma renovación del cuadro es el primero de estos portentos, obrados por la Santísima Virgen, para ensalzar esta su preciosa Imagen, y por medio de ella excitar la confianza de los pueblos en su maternal y soberano patrocinio; pero, propiamente hablando no es una renovación; esto es, no se ha reproducido con ella la antigua pintura al temple que por la acción destructora de los elementos fue borrada de la tela, sino es una obra completamente nueva y celestial, que no tiene nada de parecido a ningún artefacto humano. Así lo atestiguan desde Tobar hasta Mesanza todos los autores, antiguos y modernos, que han escrito acerca de esta Imagen. Citaremos solamente al último de los escritores indicados. A primera vista, dice el P. Mesanza, lo que contemplan las miradas del espectador en la tela son "los vestigios, que el agua dejó en un tiempo, corriendo ya sobre los vestidos de los santos, ya por el medio... Obsérvase un fenómeno singular en esta maravillosa Imagen; y es que, viéndola de lejos, se ve tan perfecta como una escultura cuando acaba de recibir la última perfección; las facciones sumamente perfectas y tal viveza de colores en toda la pintura, que encanta y mueve instintivamente el corazón y los sentidos a un santo recogimiento; y vista de cerca, subiendo sobre el altar, no se ve sino una cosa oscura con ciertas sombras muertas y ciertos rasgos confusos, que parecen haber sido lavados" (1).

El segundo portento, no menos extraordinario y singular, fue que seis grandes roturas o agujeros abiertos en el cuadro, por el descuido en que se le había tenido, persistieron aún después de su transformación; pero con el transcurso del tiempo, poco a poco, casi de modo

(1) El P. Ruiz citado por el P. Mesanza.

insensible, fueron desapareciendo, hasta que el lienzo quedó tan entero y tan unido, cual se le ve ahora, cual si jamás hubiese sido rasgado ni deteriorado en parte alguna.

El tercero es que en el sitio, en que antes de la renovación, acostumbraba orar María Ramos, que fue precisamente donde fue a colocarse el maravilloso cuadro al tiempo de su transformación, de ese sitio, repetimos, principió la gente piadosa a arrancar puñados de tierra, y como la encontrasen suave al tacto, y agradable al gusto, cual si fuese almidón, obtuvieron un sinnúmero de portentos, como curaciones de toda clase de enfermedades, mediante el empleo de esa tierra bendita, sea comiéndola o aplicándola a llagas o a partes del cuerpo atacadas por alguna enfermedad, esta tierra es de color blanco ceniciento, se la emplea hasta hoy para hacer cuentas de rosario, o estatuitas como el *Agnus Dei.* Y siendo así que en el transcurso de más de tres siglos no se ha cesado jamás de extraer tierra de aquel sitio, con la que podría haberse formado pirámides como las de Egipto, dice Groot, el hecho es que la cavidad dejada por esas extracciones es actualmente como un pequeño pozo seco y nada más.

Al lado de este, y casi al mismo tiempo de la manifestación prodigiosa de la Santísima Virgen, cuando menos se esperaba, brotó de improviso un manantial de agua límpida, clara, y dulce que permanece hasta hoy sin secarse, y que es como celestial piscina en que hallan remedio toda clase de accidentes malignos, como fiebres pestilentes, flujos de sangre, llagas, tumores, o picaduras de serpientes. De manera que tierra y agua son en ese bendito sitio instrumentos eficaces de la piedad de la Reina del Cielo en favor de sus devotos.

La lámpara de aceite que desde los principios del santuario arde constantemente ante el cuadro milagroso háse también convertido en instrumento de copiosas bendiciones para los pueblos. Refiere el P. Tobar que el 4 de Octubre de 1.607, rezando en la capilla el Sr. Anto-

nio Hernández, ante la sagrada Imagen, María Ramos advirtió que se había apagado la lámpara que continuamente ardía ante el cuadro; por lo cual advirtió a Hernández que compusiese la lámpara y la encendiese, porque ella, la Ramos, tenía una ocupación precisa que la obligaba a ausentarse. El piadoso caballero acabó de rezar sus oraciones, y en seguida se levantó para buscar aceite en la casa; y cuando regresó con él a la capilla, halló, que la lámpara que había dejado apagada, se había encendido por sí misma y reverberaba con grandísimo esplendor. Espantado del prodigio se acercó a la lámpara y vio sorprendido que el vaso, antes vacío, rebosaba ahora de aceite, de suerte que se derramaba en abundancia hasta la tierra. Atónito del portento repicó las campanas de la capilla, de suerte que acudió mucha gente, entre ellas el mismo párroco, y todos contemplaron el milagro. Eran las 5 de la tarde, y el pueblo se dejó estar en la capilla, hasta media noche, cantando alabanzas a la Madre de Dios. Consérvase hasta hoy la *Lámpara del milagro,* como la llaman, incrustada en otra de plata. Este mismo prodigio se renovó después, en 1617, delante de varias personas, y de los regidores de la ciudad de Tunja, D. Bernardino de la Cerna y D. Juan Gómez. El aceite maravilloso recogieron los concurrentes en frascos, y se curaron innumerables enfermos ungiéndose con ese líquido portentoso. De aquí la costumbre que ha quedado hasta hoy, de que los peregrinos que acuden a Chiquinquirá, al regresar a sus casas, se llevan un poco de aceite de la *Lámpara del milagro,* y una larga experiencia, de más de tres siglos, prueba cuán agradable es a la Sma. Virgen esta confianza pues el número de las curaciones obtenidas por el uso de ese aceite son incontables.

V

El Santuario y la Coronación de la santa Imagen

Por más de un año permaneció la santa Imagen en el rústico oratorio en que se verificó la renovación; después, como queda ya dicho, por orden expresa del

Arzobispo de Santa Fe, D. Fr. Luis Zapata de Cárdenas, se construyó la primera capaz, pero modesta iglesia. En 1636 se hicieron cargo de ella los religiosos dominicanos, que son hasta hoy los celosos guardianes de la maravillosa Imagen. En 1794 un espantoso terremoto arruinó el templo primitivo; por lo cual la Comunidad Dominicana resolvió construir otro mejor, en sitio más estable y firme; se dio principio a la obra en 1801, y en 1824 estuvo ya terminado y lo consagró el Ilmo. Obispo de Mérida, de Venezuela. Tampoco quedó abandonado el lugar bendito donde se renovó tan maravillosamente la Imagen de María, porque sobre él se ha levantado otra iglesia, inferior ciertamente en mucho al santuario, pero también hermosa, y que lleva el título de *Jesús, María y José*, la que es servida por religiosas dominicanas. "En el presbiterio de esta capilla, dice un testigo de vista, está la fuente que manó en el mismo sitio en que se verificó la renovación milagrosa"; junto a la fuente está el pozo seco, del cual se extrae por la gente piadosa, la tierra de que antes se ha hablado.

Chiquinquirá era al principio un lugar insalubre y deshabitado por la continuación de las lluvias, y las densas nieblas que de continuo se posaban en él: que eso significa Chiquinquirá en el idioma chibcha; al presente es un sitio ameno, próspero y bien cultivado, donde en pingües dehesas se apacientan numerosos rebaños. Junto al santuario se eleva la bonita ciudad del mismo nombre, poblada por más de veinte mil habitantes.

Nuestra Señora de Chiquinquirá fue solemnemente coronada en Bogotá, por todo el episcopado colombiano, congregado al efecto, el 9 de Julio de 1919, previo el indispensable Decreto dado en Roma, el 9 de Enero de 1910, por el Capítulo patriarcal de la insigne Basílica Vaticana. Una vez más María, la Madre Santísima de Dios, ha sido reconocida y proclamada Reina y Emperatriz del Nuevo Mundo.

NUESTRA SEÑORA DE LAS LAJAS (1)

I

Descripción del Santuario

A poca distancia del Carchi, río caudaloso donde parten límites las repúblicas de Colombia y el Ecuador, se encuentra la notable ciudad de Ipiales, del Departamento de Nariño, y cerca de ella el Santuario de *Nuestra Señora de Las Lajas*, que, después del de Chiquinquirá, es el más célebre y concurrido de nuestra vecina del Norte.

Lo que en gran parte ha contribuído para la popularidad extraordinaria de *Las Lajas* es la posición sumamente pintoresca del Santuario, y hallarse éste colocado cerca de la línea divisoria de las dos repúblicas; de manera que ambos pueblos lo consideran como suyo. Por cuya razón, si, como es obvio y natural, son innumerables las peregrinaciones que de todo el sur de Colombia acuden a Las Lajas, por ser parte de su territorio, son también muchísimos los que del Ecuador concurren a ese templo, por hallarse situado a orillas del Carchi.

En cuanto a lo pintoresco del lugar, bástenos hacer de él una rápida descripción. Cuando se sale de Ibarra y de los valles ardientes bañados por el Chota, se asciende lentamente hasta los páramos de Tulcán, última

(1) Para esta breve noticia de **Las Lajas** nos hemos servido no solamente del relato del R. P. A. H., autor de esta obra, sino también de la "Descripción de la Virgen de Las Lajas", publicada recientemente en Quito (en 24 de Diciembre de 1927), por el Sr. D. Benjamín Endara, ilustrado y piadoso escritor ecuatoriano, y de nuestras propias observaciones, pues tuvimos la dicha de visitar personalmente ese hermoso Santuario, en 1917.— J. M.

población ecuatoriana, por ese lado; a poco se pasa por un puente natural llamado Rumichaca, formado por una concreción calcárea, el caudaloso río Carchi que divide las dos repúblicas, y luego se entra en el nudo de Pasto, que es una inmensa planicie colocada en la parte más alta de la cordillera, al pie de los vistosos nevados que se elevan hacia la costa occidental (1). En esa planicie vastísima están edificadas hermosas y florecientes ciudades, tales como Ipiales y Pupiales, Túquerres, y otras poblaciones prósperas y comerciales; y finalmente esa dilatadísima llanura va a terminar en Pasto, ciudad episcopal, capital del departamento de Nariño, y una de las ciudades más acomodadas y notables de Colombia. La temperatura de toda esa región, elevada a tanta altura sobre el nivel del mar, es muy fría y además regada por continuas lluvias, de modo que con frecuencia se dibujan los colores del iris, hasta en las mismas nubes; por cuyo motivo Montalvo llegó a decir que en el cielo de Ipiales las nubes eran verdes, y hemos llegado a constatar que esta frase del escritor ecuatoriano, es verdadera en ocasiones.

A primera vista esta inmensa planicie parece tan unida y compacta como el tablero de una mesa; pero a poco de caminar en ella se advierte que a grandes trechos se halla interrumpida por profundísimas quiebras que, en Colombia, llaman *huaicos,* palabra quichua que significa *quebrada.* Estos huaicos o quebradas, en vez de disminuir la amenidad del campo, lo embellecen más; pues, en medio de esa región tan fría y desapacible, en cada una de esas quebradas se goza de una temperatura abrigada y sumamente agradable, que contrasta deliciosamente con el frío de las cumbres.

Al salir de Ipiales y tomar una senda que se dirige hacia el nordeste, después de caminar un tanto, el viajero queda admirado al ver que repentinamente se interrumpe la llanura, y se presenta ante él una profundísi-

(1) El Chiles y el Cumbal.

ma sima, a cuya orilla se levanta un hermoso y apiñado caserío, desde el cual se divisa al frente el hermoso pueblo denominado Potosí, con sus casitas blancas, y asentado también en una vasta llanura, pero algo más deprimida y de mejor temperatura que la anterior, y guarnecida por la cordillera oriental.

Al descender por un estrecho sendero que va serpenteando por las paredes casi perpendiculares de la roca, se desenvuelve ante el viajero un paisaje único por su belleza austera, e imponente majestad. Al fondo de esa profunda sima se contempla el caudaloso Carchi, que aquí se denomina el *Guáitara,* el que comprimido a trechos por las dos paredes de la quiebra, precipita sus tumultuosas ondas cubiertas de blanca espuma en esa cárcel de roca, bramando, furioso, sin tener como escapar de ella. Con ese espectáculo aterrador e imponente contrasta la placidez y silencio de esas enhiestas murallas de granito, a las que se ha dado el nombre de *Las Lajas* (1), cuya superficie está tapizada, a trechos, de césped y aromático tomillo, y enguirnaldada con aromáticos ramilletes de flores silvestres. Al descender algo más por esos derrumbaderos, se nota con gran sorpresa, y no poca fruición, la elegante y atrevida silueta del Santuario de Las Lajas, que como una masa de nieve descendida de la cumbre de un nevado, se adhiere a las paredes perpendiculares de la roca, cual si fuese a desplomarse sobre el vórtice del Guáitara. Y, como para suavizar lo austero del paisaje, se ve por las rocas del frente, al otro lado del río, precipitarse un vistosísimo salto de agua formado de los arroyos que, de la parte oriental vienen a tributar sus corrientes al Guáitara.

El Santuario se asienta sobre una obra atrevida e ingeniosa, construida por el arquitecto ecuatoriano D. Mariano Aulestia; sobre una serie de arcos sobrepuestos y adosados a la roca, descansa un plano, sobre el

(1) **Laja** es, según el Diccionario de la Lengua castellana, una peña que suele naber en la barra o boca de los puertos de mar, laja es, por tanto, lo mismo que breña o risco.

cual se asienta una pequeña capilla precedida de un atrio o plazoleta circundada de un barandal de cal y piedra, para proteger a los concurrentes al templo, e impedir que, por un descuido u otra causa semejante, sean precipitados en las corrientes del Guáitara. En la testera de ese pequeño pero gracioso y elegante templo, que lanza su par de blancas torrecillas al aire, se destaca una piadosa imagen de Ntra. Sra. del Rosario, pintada en la roca, con el divino Niño en los brazos, y con Sto. Domingo y S. Francisco, arrodillados a sus lados. La imagen no es ciertamente una obra de gran mérito artístico, pero es piadosa y bella, e infunde devoción en cuantos se acercan a contemplarla, pues la Virgen Sma. está representada de modo que mira de frente a los espectadores, y los abraza a todos con la dulzura y suavidad de sus ojos maternales. Esta devota efigie está encuadrada en un hermoso altar de mármol, obsequio del Ilmo. Sr. Velazco, uno de los obispos de Pasto, a cuya Diócesis pertenece el Santuario. Este es el lugar bendito al cual acuden, a implorar mercedes de la divina Madre, peregrinos de Colombia y el Ecuador, ya solos, ya ordinariamente en apiñadas muchedumbres, organizadas a veces en grandiosas romerías.

Desde el Santuario hasta el río, el cual se atraviesa por un puente, hay todavía como treinta metros que se recorren por un cómodo sendero, abierto en la misma roca; desde ese puente se contemplan, no sin sobresalto y miedo, las aguas tumultuosas del río, que se precipitan espumantes y rugientes por su estrecho cauce.

II

Historia del Santuario

Desgraciadamente la historia verídica y documentada de este tan hermoso Santuario, no se ha escrito todavía. Uno de los autores que más detenidamente se han ocupado de él, el P. Cepeda, en su *América Mariana*, dice: "nada se sabe con certidumbre del primer origen o motivo que hubiera para pintar esta imagen de la

Virgen en un punto tan agreste y retirado de toda población humana. Tal vez los peligros que ofrecía para los caminantes la bajada por tan escarpadas pendientes; acaso también los desastres que no dejarían de sufrir, ya en sus mismas personas, ya en sus acémilas, al vadear el peligroso río, serían parte para que se encomendaran a la Madre de Dios, implorando su patrocinio en los peligros del tránsito por aquellos horribles precipicios. Y alguna alma piadosa mandaría pintar esta devota imagen para refugio de los caminantes y consuelo en semejantes soledades".

A falta de historia, han ocupado su lugar algunas curiosas leyendas, que aunque ingeniosas no son aceptables, por aparecer contradictorias y carecer de documentos en que apoyarse. El Sr. Benjamín Endara ha revuelto archivos y registrado pacientemente no pocos documentos, y basado en ellos, ofrece publicar en breve una historia verídica de *Ntra. Sra. de Las Lajas,* de la cual hace un brevísimo compendio en un artículo publicado, como se ha dicho ya, en Quito el 24 de Diciembre último; hablando de esto, dice: "lo que acabo de exponer es un *ligerísimo resumen* de la Historia documentada de la Virgen, que me he permitido dedicarla a su Santidad Pío Undécimo, y hoy tiene 126 páginas en papel ministro. Hallé documentos y un gran número de datos, a fuerza de investigar, desde Enero de 1923 hasta el 30 de Noviembre del actual 1927". Esperemos se realice esta tan deseada publicación, mientras tanto, extractaremos del brevísimo compendio que nos da el autor, las siguientes noticias:

"La Virgen se apareció en Septiembre de 1764, en el peñasco occidental de la profunda hoya del río Guáitara... En los tres primeros días se apareció a una niña de unos cinco años, y en aquellos hizo nueve milagros de primera clase. En el acto formáronle una capilla provisional, con paredes de madera y cubierta de paja, en la que empezaron a celebrar el adorable sacrificio de la Misa... La capilla, verdadera choza de paja, duró treinta y ocho años y meses. Después la Virgen ha

seguido haciendo asombrosos milagros, y conservo reunidos los principales.

"La piedra laja (1) en que está pintada la Virgen tiene dos metros noventa centímetros de longitud, de arriba abajo, dos metros veinticinco centímetros de latitud, y en el lado derecho de ella hay unas piedras de largos picos...

"La estatura de la Virgen es de 120 centímetros, por 30 de ancho, de hombro a hombro; pisa en el cerco de media luna; tiene calzados los pies, con zapatos negros, y sólo se ven las puntas; viste *traje lacre* hasta los pies, adornado con diminutas flores amarillas; sobre el traje lleva *manto azul,* con pequeñas estrellas amarillas, dispuestas con mucha simetría; el color del traje y manto se conservan muy *relucientes.* Su aspecto (el de la Virgen) es de mujer de veinte años; la ciñe una diadema de color de oro; su larga y hermosa cabellera negra desciende sobre la espalda; la frente es blanca y espaciosa; las cejas negras; los ojos, medio pardos, cuasi vivos y encantadores; la mirada es tierna, amorosa y atractiva, y sigue al peregrino en cualquier lugar en que se sitúe; también mira verticalmente a toda persona que se halle ante el altar Mayor; la nariz es recta; las mejillas, rosadas; la boca, pequeña; los labios, de color carmín. El manto se halla ligeramente plegado en la mano izquierda de la Virgen, con la cual sostiene al Niño Dios, que es lindísimo, de pelo rubio, y viste *traje rosado;* a la derecha está Santo Domingo de Guzmán, y a la izquierda San Francisco de Asís, ambos de rodillas, con las manos puestas hacia el pecho; el Niño mira tierna y dulcemente a San Francisco, y con ambas manos está dándole un cordón; la Virgen, con la mano derecha, está dando un rosario de color de oro a Santo Domingo, y

(1) Ya hemos dicho que según el Diccionario de la Academia de la Lengua, Laja es "peña que suele haber en la barra o boca de los puertos de mar". Laja equivale, pues, a peña o risco. Llámanse también, en esta parte de América, **Lajas** a las láminas de piedra en que se dividen las rocas descompuestas, de cualquier clase que sean.

de las manos de él pende un rosario, también de color de oro".

"En Químiag, pueblo al oriente de la ciudad de Riobamba, Ecuador, nació un niño legítimo, hijo de los señores José Mejía y Rosa Navarro, de muy noble linaje; administrándole el bautismo en el propio Químiag, el 20 de Agosto de 1753, y le llamaron Eusebio Mejía Navarro; el padrino fue un doctor Cipriano Guillor; de Químiag a Riobamba hay 15 kilómetros. Estudió en Quito, para sacerdote secular, en la Recoleta de los Padres Agustinos; logró ilustrarse bien, y ser muy virtuoso desde su niñez; le confirió el sacerdocio el Ilmo. Sr. Blas Sobrino y Minayo, el 16 de Marzo de 1781, en el palacio episcopal; lo nombró *Cura de Ipiales* el Ilmo. Fray José Díaz de la Madrid, quiteño, en un jueves, 6 de Febrero de 1794; llegó a Ipiales en un lunes, 26 de Mayo del mismo 1794, y lo recibieron espléndidamente; conoció a la Virgen de Las Lajas, después de veintinueve años de aparecida. Don Eusebio Mejía Navarro edificó la parte occidental de la iglesia de Las Lajas, conforme a los planos que trazó, por ser gran arquitecto; empleó miles de su dinero en ella, y la inauguró en un jueves, 21 de Abril de 1803".

El Sr. Eusebio Mejía Navarro fue elegido por la divina Providencia para dar vigoroso impulso al Santuario de Las Lajas; habiéndose criado en Riobamba, en cuya Provincia, a orillas del Chambo, se eleva, desde los primeros tiempos de la conquista española, el piadoso y pintoresco Santuario de *Ntra. Señora de Pungalá,* que es en todo, hasta en la advocación del Rosario, uno como gemelo del Santuario de Las Lajas, adviértese fácilmente el empeño y celo con que el piadosísimo sacerdote riobambeño hubo de impulsar la construcción de la capilla de Ipiales. La Santísima Virgen le pagó abundantemente sus afanes, pues la memoria que este primer capellán, como cura de Ipiales, lo fue del Santuario de Las Lajas, ha dejado en ese lugar, es la de un verdadero servidor de la Reina del Cielo, que al fin murió en *"olor de santidad* en uno de los primeros días de marzo de 1821, en Ipiales; y su cadáver está sepultado en una bóveda

de la iglesia matriz de esta ciudad". Esta última noticia se la debemos también al Sr. Endara; pero en una carta que una persona muy respetable e ilustrada de Ipiales se dignó escribirnos acerca del Sr. Mejía, se dice que: "el Sr. Bucheli, cura de Ipiales, sacó los restos del Sr. Mejía, del lugar de la iglesia donde estaban enterrados, y hoy descansan en la pared principal del altar mayor de la misma iglesia".

III

Capellanes notables del Santuario, Peregrinaciones al mismo, y Portentos acaecidos en él.

Es de toda justicia dar una noticia, siquiera sea muy breve, de los sacerdotes ilustres que por su abnegación, celo y constancia han dado impulso a la construcción del Santuario, y contribuido eficazmente a propagar la devoción a Nuestra Señora de Las Lajas. El primero entre ellos, digno de imperecedera memoria, es el cura de Ipiales, D. Eusebio Mejía Navarro, de quien se ha hablado ya. El segundo es el Sr. D. Joaquín Pío Torresano, que fue el primer capellán propiamente dicho, del Santuario: pues, antes de él, habían servido esas funciones los mismos curas de Ipiales. De este notable sacerdote nos da la siguiente noticia el Sr. Endara en su escrito ya citado: "Juan Pío Torresano nació en Ipiales después de trece años y meses de aparecida la Virgen de Las Lajas (1). Era hijo legítimo de padres españoles, llamados Juan Torresano y Liberata Ortega; lo bautizaron el lunes, 13 del propio Julio; la madrina fue una señora Magdalena Huertas; lo confirmó en Quito el Ilustrísimo Sr. Blas Sobrino y Minayo; el padrino fue un sacerdote mercedario, Fray Ramón Araujo. El Ilustrísimo

(1) Carece, por tanto, de todo fundamento la leyenda que presenta a Juan Pío Torresano, en el acto de la aparición de la Sma. Virgen en Las Lajas, como un joven descreído, muerto en castigo de sus blasfemias y luego resucitado por un prodigio del Cielo. Torresano fue siempre, desde niño, ejemplar y piadoso, y luego un sacerdote santo, según los datos rigurosamente históricos del Sr. Endara.

Dr. José Cuero y Caicedo confirió el sacerdocio al Sr. Torresano, en un viernes 18 de Marzo de 1803, en la Iglesia del Carmen Alto de Quito, después de estudiar, para sacerdote secular, en la Recoleta de la Merced, hoy *El Tejar*, al lado de su hermano mayor, Fray Andrés Torresano, quien fue provincial de El Tejar por cuatro veces. Mereció la dicha de ser el primero y muy celoso capellán del Santuario de Las Lajas, por unos seis años; era bien ilustrado, al par que virtuosísimo desde su niñez; tenía buena forma de letra, buena redacción y buena puntuación. Murió en Ipiales, en opinión de santidad, en uno de los días de la segunda quincena de Septiembre de 1819. El Ilmo. Sr. Dr. Leonardo Santander, Obispo de la Diócesis de Quito, nombró en seguida capellán de Las Lajas a un sacerdote Manuel Herrera".

Ha habido, pues, una serie edificante de párrocos y capellanes que han servido con celo y piedad al santuario de Las Lajas, y lo han elevado al alto grado de esplendor en que hoy se lo contempla. Entre ellos merece ser mencionado el sacerdote europeo D. Enrique Collins que pretendió construir en reemplazo de la actual hermosa pero diminuta capilla que sirve de Santuario, una suntuosa basílica sobre el mismo Guáitara, pero con poco acierto, y tan mala suerte que hallándose ya adelantada la fábrica se vino al suelo, o mejor dicho se precipitó en el río, y se perdieron los grandes caudales gastados en ella (1). El actual párroco de Ipiales y capellán de Las Lajas, el P. José Cabrera, de la Congregación del Oratorio de San Felipe, es otro sacerdote dignísimo de toda loa por el empeño con que atiende al culto de la Santísima Virgen y al incremento del Santuario, y que

(1) Respetamos el parecer de los prelados y sacerdotes que, desde algún tiempo acá, se empeñan, sin duda para comodidad de las peregrinaciones, en construir un grandioso templo sobre el mismo río Guáitara; pero, en nuestro humilde sentir, el nuevo Santuario jamás será tan bello y pintoresco como el actual; lo que gane en amplitud lo perderá en gracia y originalidad: quizás habría sido preferible construir el **nuevo grandioso templo** en lugar más seguro que las orillas del Guáitara, y dejar el actual Santuario, pequeñito pero muy poético, en el mismo sitio en que se encuentra.

probablemente llevará a cabo la obra colosal en que fracasó el P. Collins.

El gran renombre de Las Lajas, y las numerosas y constantes peregrinaciones que acuden a ese lugar bendito, lo están proclamando centro de gracias, y piscina donde hallan remedio toda suerte de enfermedades y miserias humanas. Saldríamos del plan que nos hemos propuesto en este brevísimo compendio, si quisiéramos relatar los milagros, siquiera no fuesen sino los principales, de los realizados por la intercesión de la Sma. Virgen en Las Lajas; pues son incontables las personas que han obtenido la salud, los pecadores obstinados que han alcanzado su conversión, y toda clase de personas, otras gracias semejantes; nos contentaremos con referir algunos solamente de los más señalados y últimos portentos que trae el P. A. H. en su relación.

Una señora del Sur de Colombia tenía un hijo desperdiciado, de quien hacía ya tiempo no sabía su paradero, ni recibía noticia alguna; fue a Las Lajas, encomendó con gran fervor este negocio a la Sma. Virgen; regresó a la casa, y a los pocos días, apareció en ella, de sorpresa, el joven pródigo, contra toda probabilidad y esperanza.

En Ipiales existía un matrimonio mal avenido, cuyas continuas y tremendas discordias traían alborotada a toda la familia, que se veía próxima a su completa ruina. Algunas personas piadosas de ella hicieron una novena a la Sma. Virgen, pidiendo el remedio de esta gravísima necesidad. Acabada la novena, el autor de todas esas discordias, que era el jefe de la casa, que se mostraba siempre como terrible león, y no entraba en la iglesia ni hacía acto alguno de religión, pues se jactaba de radical genuino: por una casi visible intercesión de la Virgen Sma., cambia súbitamente de carácter, se reconcilia con Dios, reza como un niño, y llega a ser el padre de familia más ejemplar de toda la comarca.

Una joven desgraciada que fugó de su casa a paí-

ses muy distantes, y fue por último a dar en una casa de perdición, habiendo sido arrancada de allí por la fuerza, y devuelta a su hogar, por obra de uno de sus parientes, continuaba sin embargo en su vida de prostitución y escándalo, cuando una amiga de la familia, al regresar de una peregrinación a Las Lajas, regaló a la miserable una estampa y una medalla de la Sma. Virgen, y juntas empezaron una novena a la Reina del Cielo; no la habían terminado aún, cuando la joven movida a sincera contrición y resuelta a cambiar de vida, hizo una confesión general de sus innumerables culpas, y de tal modo reformó sus perversas costumbres, que la que antes había sido el escándalo de la población, vino a ser después la persona más edificante y ejemplar de ella, con admiración de todos.

En cuanto a curaciones maravillosas, sirva de muestra la siguiente, que consta de una carta dirigida a Las Lajas en Septiembre de 1909, por la Srta. Sofía Isabel Montenegro, de Tulcán: "Rebosa mi corazón de gratitud hacia la *Sma. Virgen de Las Lajas.* Desde hace algún tiempo venía sufriendo de un fuerte reumatismo en una pierna sin que la ciencia humana pudiera aliviar mi dolencia; pues, me vi forzada a caminar con muletas. Así estuve por espacio de cuatro años sin hacer uso ya de medicina humana; sin embargo, una esperanza, una fe viva y ardiente en María me animaban y, por lo tanto, no dejaba pasar día alguno sin elevar largas plegarias pidiendo mi completa curación. Así, casi inválida, entré al Colegio de Madres Bethlemitas de esta ciudad para educarme; estuve tres años y el último me propuse hacer flores con el fin de llevarlas al Santuario de Las Lajas y de cumplir una promesa que había hecho. Iba yo a terminar mis ramos y sentía en mi alma una alegría, un no se qué de inexplicable, que venía del cielo:... no sabía que éste debía ser el día de mi curación. Después de comer salí al recreo con mis condiscípulas; experimentaba un vivo contento interior. Cuando tocaron la campana a clase: ¡cosa providencial! una niña me escondió las muletas. Todavía más, me suelta la compañera a pocos pasos dados, y yo como si no hubiera tenido jamás na-

da, caminé, subí la grada y me eché a correr. ¡Oh bondad de María!: oyó mis súplicas, mis ruegos; me curó por completo! En la efusión de mi alegría y reconocimiento no hice otra cosa que dirigirme a la capilla del colegio, para dar gracias a mi bienhechora. Todas las RR. Madres con las niñas que presenciaron el milagro, me acompañaron y, entre gritos de alegría, fueron a bendecir al Señor y a la Sma. Virgen. Sea ésta la ocasión de manifestar a nuestra poderosa y bondadosa Madre mi indecible gratitud".

En cuanto a romerías, son innumerables las que se hacen continuamente a Las Lajas; no pocas, organizadas y dirigidas por los mismos SS. Obispos de Pasto; mencionemos la que se llevó a efecto en tiempo del Ilmo. y santo Sr. Moreno, con asistencia del Ilmo. Sr. Shumacher, Obispo de Portoviejo, desterrado entonces del Ecuador y residente en Colombia, con una enorme concurrencia de pueblo piadoso; recordaremos también la magnífica peregrinación organizada y llevada a cabo, más recientemente, en Septiembre de 1920, por el actual celoso y dignísimo Obispo de Pasto, Monseñor Pueyo de Val.

Que la augusta Reina del Cielo, la Madre Santísima de Dios, movida a compasión de nosotros por las preces fervorosas del Rosario, proteja y salve a toda la América Española que, cual el pequeño templo de Las Lajas, es un santuario exclusivo suyo, pero elevado a los bordes de un abismo.

SANTA MARIA DE LA ANTIGUA DEL DARIEN (1)

I

Las primeras tierras que Cristóbal Colón descubrió en América fueron las Antillas, esto es las varias islas bañadas por el Mar Caribe; del vastísimo continente americano lo único que llegó a conocer y descubrir el insigne Genovés, fue aquel pequeño rincón de tierra que se llamó *Tierrafirme*, y ahora es conocido con el nombre de *El Darién*, que pertenece a la República de Panamá. "A principios del siglo XVI, dice el historiador Don José Manuel Groot, vino con Rodrigo de la Bastida, Vasco Núñez de Balboa, a la conquista de la Tierrafirme, descubierta por Cristóbal Colón al terminar el siglo anterior. Después de una larga serie de acontecimientos, Balboa vino a quedar de jefe de la conquista y pacificación del Darién. Su buena capacidad, unida a un valor incontrastable y a un genio activo y emprendedor, le procuraron el descubrimiento del Mar del Sur, mucho oro, perlas y la fundación de varios lugares, después de vencer a algunos caciques y hacer paces con otros" (2).

La primera población que fundó Balboa en la región por él conquistada fue "La Antigua" que subsistió algún tiempo, y vino a ser la primera ciudad de españoles en toda la América del Sur. Desgraciadamente desapareció esta población, porque no bien establecida luego se presentó en ella el famoso Pedro Arias Dávila, que, dice Groot, era hermano del marqués de Puñonrostro y había sido nombrado Gobernador de *Castilla de Oro*, como se llamaba entonces en España a la región conquistada por Balboa. Pedro Arias partió de la Península, "haciéndose a la vela el día 12 de Abril de 1514, con una armada

(1) En esta obra nos ocupamos de los **Santuarios de María, en Nueva Granada**; por esto incluimos entre ellos al del **Darién**, aunque ya no forma parte de Colombia, sino de la moderna república de Panamá.

(2) Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada.— Cap. I.

compuesta de quince naves y 1500 hombres, fuera de familias y tripulaciones; y llegando a Tierrafirme sorprendieron a Balboa, cuando él menos lo esperaba, los mensajeros del nuevo gobernador". Este era un hombre duro y ambicioso, y llegó a concebir una negra envidia y un odio gratuito contra Balboa, que era caballero a carta cabal, adornado de las más preciosas prendas, y muy amado de los suyos y hasta de los indios, por la humanidad y benevolencia con que les trataba; y como esto contrastaba con el carácter del nuevo Gobernador, resolvió éste, al fin, perder a Balboa, como lo realizó, condenando a muerte, con la mayor injusticia, al gran descubridor de la *Mar del Sur,* o sea el Océano Pacífico, y primer conquistador y colonizador de la América Meridional. Balboa murió en el cadalso, perdonando a su asesino, como buen cristiano "y protestando contra la injusticia con que le había condenado a muerte".

El historiador a quien venimos citando, reproduce, en favor de Balboa, y en contra de Pedro Arias Dávila el siguiente autorizado y brillante testimonio de uno de los últimos y más notables Virreyes de Santa Fe de Bogotá, el arzobispo D. Antonio Caballero y Góngora, que en su relación de mando, o sea cuenta de su administración del virreinato, enviada a la corte de España, en 1789 dice: "El Darién, por haber sido el primer continente descubierto en el Nuevo Mundo y aún mantiene el nombre de Tierrafirme, así como fue el primero que por medios políticos y de humanidad consiguió reducir Vasco Núñez de Balboa, así fue también la posesión que primero perdimos en América, por las tiranías y envidia del perverso Pedro Arias Dávila, sacrificando a su implacable pasión al descubridor del Mar del Sur. Mal hallado este hombre en la ciudad de Acla que estaba fundada cerca del río Sacareli, ni en la Santa María, el antiguo teatro de sus crueldades, consiguió trasladar la silla episcopal a donde hoy se llama Panamá, el año 1518. Desde esta época se abandonaron las casas del Darién, y los indios viéndose libres de la fuerza de las armas, empezaron a sacudir el yugo y a tomar venganza

de las tiranías de Pedro Arias, cuyos estragos han trascendido hasta nosotros".

Pedro Arias molestado de continuo por los remordimientos con que le torturaba su mala conciencia y la vista de los sitios donde había perpetrado sus maldades, abandonó las costas del Darién, y se trasladó a la otra parte del estrecho, donde fundó a la antigua Panamá en la costa del Pacífico. De este modo desapareció la primera ciudad fundada por los españoles en la América del Sur con el título de Santa María de la Antigua, que no solamente fue la primera ciudad de este continente, sino también sede del primer obispado que con autoridad pontificia, después de la de Santo Domingo, se estableció en el Nuevo Mundo. "Con Pedro Arias vinieron de España el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y el Obispo don Fray Juan de Quevedo, (cuya sede fue Santa María de la Antigua, que después se trasladó a Panamá)". De esta manera desapareció para siempre Santa María de la Antigua, de la que no quedan actualmente sino unas pocas ruinas, a orillas del río Atrato, en el golfo del Darién.

II

¿Por qué puso Balboa, a la primera ciudad fundada en este Continente, el nombre de Santa María de la Antigua? La respuesta es clara y obvia: porque la celebérrima imagen de este título era la principal de Sevilla. Esta brillante y populosa ciudad española ha tenido en todo tiempo por centro de su amor filial a la Reina del Cielo en esa advocación histórica; por este motivo a aquel hermoso simulacro de María se le llama la Reina o Princesa de la capital de Andalucía.

La imagen de que nos ocupamos era ya amada y venerada de todos los españoles en tiempo de los reyes visigodos; el origen romano de ella consta de la inscripción que, en caracteres antiquísimos, circundan en forma de nimbo o diadema el rostro de esta hermosa efigie. Hallábase pintada en un pilar de ladrillo de la cate-

dral hispalense, y allí permaneció recibiendo los homenajes de fe y amor que le rendían las poblaciones creyentes del reino visigótico, hasta que subyugado éste por los Moros y habiéndose apoderado Muza de la grandiosa catedral, la convirtió en mezquita; y como el moro vencedor quisiese hacer borrar la imagen de María, por un prodigio del Cielo no logró su intento, y entonces hizo construir un paredón para con él hacer desaparecer de la vista del pueblo la milagrosa imagen; pero quedó en él la tradición constante de que volvería a mostrarse la imagen cuando llegase el fin de la dominación de los Moros en Sevilla. Efectivamente, cuando el rey San Fernando, gran guerrero y conquistador, que recuperó del poder de los musulmanes gran parte de los antiguos dominios de los monarcas católicos de España, sitiaba ya a Sevilla, cayó el paredón que cubría a la afamada imagen, en lo cual vieron los cristianos que se acercaba la hora de su libertad; y fue así, porque venciendo toda clase de dificultades San Fernando entró victorioso en Sevilla. Su primera visita fue a la magnífica imagen de María, a la que presentó, en prenda de rendido vasallaje, las llaves de la ciudad reconquistada. Desde entonces se dio a esta efigie portentosa el título de Santa María de la Antigua, por ser una de las imágenes de la Virgen Santísima venerada desde remotísimo tiempo en España (1).

Cuando se descubrió América, acababa de ser Granada redimida del poder de los Moros, con lo cual se extinguió la dominación de estos infieles en España; por lo cual Sevilla vino a ser por algún tiempo como la ca-

(1) Groot, en la obra ctiada (tomo 1º, página 2), da a esta imagen el título de **Santa María la Antigua**; pero los autores españoles la denominan **de la Antigua**, es decir de la primitiva o **vieja** catedral de Sevilla; véase, por ejemplo a Villafañe, en su **Compendio Histórico** de las principales Imágenes de la Reina del Cielo que se veneran en España. Para probar que éste es el título propio de este afamado simulacro de María, bástenos citar las siguientes palabras, que trae este último autor, del Papa Julio II, tomadas de un rescripto pontificio, en que concedía indulgencias a la capilla **de la Antigua** de Sevilla, en 22 de Octubre de 1507; "dice que concede tales gracias: **Ob crebra miracula quae D. N. J. C. intercessione ejusdem Beatae Mariae del Antigua, inibi operatur.**

pital de la Península. En esa ciudad se organizaban las expediciones para el Nuevo Mundo; de Sevilla salieron muchos de los primeros conquistadores, como Hernán Cortés; y siendo entonces España uno de los principales centros del catolicismo en Europa, aquellas expediciones al Nuevo Mundo se proponían no tanto lograr fines mercantiles, sino principalmente la propagación del Evangelio en estas tierras; por lo cual tomaban parte en dichas expediciones, no solamente soldados y aventureros, sino también sacerdotes y religiosos, muchos de los cuales acompañaron a aquellos expedicionarios, como el obispo fray Juan de Quevedo, que vino con Pedro Arias Dávila hasta el Darién y Panamá. En Sevilla, el deán de la catedral, y todo el Capítulo de ella se interesaban porque la imagen de la Santísima Virgen, de su mayor predilección, esto es Santa María de la Antigua, fuese conocida, amada y venerada en todo el Nuevo Mundo. De aquí que los primeros conquistadores venidos de Sevilla propagasen esa devoción en las Américas. Hernán Cortés la estableció en México, Balboa en Colombia, y otros en el Perú, en cuya catedral metropolitana es hasta hoy venerada y obsequiada con culto singular una hermosísima imagen de Ntra. Sra. de la Antigua. Todo esto explica por qué Balboa dio el título de Santa María de la Antigua a la primera ciudad fundada por él en este contienente, y la razón por qué se empeñó en difundir su culto en estas regiones. La Virgen Santísima ha tomado, pues, posesión de la América del Sur bajo el título celebérrimo de Santa María de la Antigua, y es muy de desear que los católicos colombianos (1) no olviden esta hermosa historia, y contando con el concurso generoso de muchos católicos sudamericanos, se empeñen en restaurar las ruinas de *Santa María de la Antigua,* en el Golfo de Darién, y restablecer en ella el culto de la Princesa de Sevilla y Reina de toda la América del Sur, por haber sido la Conquistadora de esta porción del Nuevo Mundo.

---

(1) Aunque Panamá forma ahora un Estado independiente, pero le consideramos formando aún parte de Colombia, en todo cuanto concierne a las glorias de esa nación.

III

Veamos, para concluir, cómo se estableció el culto de esta advocación de María en el Darién. Gil González Dávila, cronista del rey don Felipe II, en su "Teatro eclesiástico de los orígenes de la Iglesia en las Indias occidentales", dice: "La primera iglesia de Tierra firme edificada por los europeos, y en la cual se celebró la primera misa, fue la de Santa María de la Antigua. Esta población construida a orillas del Océano Atlántico y a la desembocadura del río Darién (hoy Atrato), debió su nombre a la devoción especial que Vasco Núñez de Balboa, Rodrigo de Bastidas y Martín Fernández de Enciso profesaban a María Sma. de la Antigua de Sevilla en España". ¿Y cuál el origen de esta devoción? En Sevilla residía el *Consejo de las Indias*, con el cual debían previamente entenderse los conquistadores y los gobernantes que pasabań para América, para tratar con esa junta los asuntos concernientes a sus empresas, recibir las facultades del caso, y obtener la solución de sus dificultades. El alma del Consejo era el deán de la Catedral hispalense, D. Juan Rodríguez de Fonseca, devotísimo de Ntra. Sra. de la *Antigua*, y como tal, empeñadísimo en la propagación de su culto; a los que se embarcaban para el Nuevo Mundo les auxiliaba con sus luces y consejos, y les daba ordinariamente una copia en lienzo, de la santa imagen, diciéndoles: "poned en la Virgen vuestra confianza, y Ella os auxiliará en todas vuestras necesidades". Más de una vez la Virgen Sacratísima favoreció de modo casi visible a los viajeros, obrando en su favor verdaderos milagros, algunos de los cuales refiere Fr. Pedro Simón, en su obra intitulada "Conquista de Tierra firme". He aquí uno de esos hechos portentosos. Un hombre de Málaga, llamado Gonzalo de Cabrera, en la travesía de Tenerife a Santa Marta, divertíase imprudentemente sobre la chillera del navío, cuando en un movimiento brusco de éste, cayó de estribor al mar. La embarcación surcaba las aguas a toda vela, empujada por un viento favorable; la velocidad era tal, que, cuando los marineros trataron de maniobrar hacia atrás para recoger al náufrago, éste se hallaba ya muy lejos, y

quedó para él perdida toda esperanza de salvamento, pues el navío siguió adelante y quedó el desgraciado Cabrera entregado a merced de las olas; pero Gonzalo que era muy devoto de Ntra. Sra. de la Antigua, no perdió la esperanza, y se encomendó fervorosamente a la Virgen Santísima, que vino inmediatamente en su ayuda; pues al punto apareció en las aguas hasta ponerse junto a él, un navío mercante, cuyos marineros lo sacaron del piélago y lo pusieron a bordo, y así se salvó contra toda esperanza: era que el náufrago llevaba consigo una pequeña imagen de María Santísima de la Antigua a quien con tanta piedad se había encomendado. El barco velero en que iba Gonzalo navegó tan de prisa que arribó al puerto antes que el navío de guerra español; de modo que cuando éste llegó a Santa Marta con sus tripulantes, Gonzalo de Cabrera salió a su encuentro. Al verle en la playa sus compañeros de viaje, que lo creían ya muerto, se asustaron grandemente, tomándole por un fantasma; pero Cabrera les tranquilizó refiriéndoles la manera maravillosa con que la Madre de Dios le había salvado. Fácil es entrever cuánto se acrecentaría la devoción y confianza de aquellos hombres en la Virgen Santísima y en su portentosa invocación de la Antigua. Otro hecho no menos extraordinario y portentoso vino a enfervorizar todavía más la confianza de esos conquistadores en la Reina del Cielo. He aquí como lo refiere el historiador antes citado, Fr. Pedro Simón: "Después de una feliz travesía, los tres capitanes (Balboa, Bastidas y Enciso) anclaron en la bahía de Urabá (1), junto al estuario del caudaloso Darién. Decididos a emprender la conquista y la exploración del país, hicieron, sin pérdida de tiempo, los preparativos del caso. Al día siguiente, los 150 valerosos y aguerridos soldados que componían todo el efectivo estaban listos a marchar. Pero los indígenas habiendo maliciado sus proyectos, diéronse cita sobre la colina que domina la bahía para esperar al enemigo que venía sobre ellos. Miles y miles de salvajes aguar-

(1) A lo que los españoles denominaron **Tierra-firme**, los aborígenes llamaban **Urabá**, y **Darién**, al río que la bañaba; ahora el río tiene el nombre **Atrato**, y el de **Darién**, toda esa comarca, que pertenece a la república de Panamá.

daban allí con la aljaba repleta de flechas y dardos envenenados, la pica y la macana terciadas a la espalda. Fiel a las órdenes recibidas de España, Balboa trató de hablarles de sumisión y de paz, pero la respuesta fue un grito de guerra que estalló formidable como un trueno y cuyo eco fue seguido inmediatamente de una lluvia de flechas que, por un instante, cubrieron el cielo y vinieron a estrellarse contra los españoles".

Sin una protección divina todos hubieran perecido. El combate estaba empeñado. "Al asalto!, al asalto!"..., exclaman los jefes: "todos oficiales y soldados escalen la escarpada falda del río". Viose entonces en medio de la trabazón más horrible de los bandos, la más atroz carnicería. Pero los idólatras por un hábil movimiento de contramarcha envuelven a los cristianos y los cercan de una barrera de saetas y macanas.

Sólo la Virgen puede salvarnos, grita Balboa, hagámosle un voto: "soldados, prometed conmigo a Ntra. Sra. de la Antigua dar su nombre a la primera población que edifiquemos y levantarla un templo si nos da la victoria". Todos a una voz contestaron: "Lo prometemos!"... ¿Qué pasó entonces?... El historiador no lo dice, pero lo que sí afirma es que, apenas formulado el voto, cambió de rumbo el combate; empezaron a flaquear los indígenas y a desbandarse, y Balboa quedó dueño del campo y después de dar gracias a la celestial *Princesa,* repartió entre sus soldados el rico botín abandonado por los idólatras.

Hecha esta conquista, los españoles, fieles a su promesa, fundaron una población que apellidaron: "Santa María de la Antigua" y edificaron un modesto oratorio donde expusieron provisionalmente una de las imágenes que trajeron de España, Misioneros, (diez franciscanos conducidos por Fr. Alonso de Espinar) y conquistadores esforzándose por todos los medios para congregar a sus pies a los pobres indígenas; y Ntra. Sra. de la Antigua, por su parte, comenzó desde luego, aquella larga serie de beneficios que ganaron el corazón de los

pueblos y les dispusieron a la conversión y el bautismo.

Los vencedores pidieron a España una copia mejor y más hermosa de su muy amada Protectora.

¡Qué fiesta tan espléndida la que tuvo lugar el día en que después de larga espectación, el simulacro hizo su entrada triunfal en la población de su nombre! Españoles y naturales ya convertidos a la verdadera fe, no formaban sino un corazón y un alma, al rededor de la veneranda Imagen. Cada cual tenía a honor llevarla en hombros durante el largo desfile de la procesión que lentamente recorrió las nacientes calles del pueblo, adornadas todas con guirnaldas y arcos. Los indios, nada acostumbrados a estas solemnidades, contemplaban estupefactos y llenos de intenso júbilo aquellos grandiosos espectáculos, creyéndose transportados a regiones superiores; una atmósfera divina les circundaba.

Cuando penetraron en la choza que servía de capilla, cuyos muros se halladan endoselados con telas de variados y hermosos tintes, y percibieron embalsamado el ambiente por el perfume del incienso y de las flores, cuando vieron la sagrada Imagen en su trono resplandeciente de oro y piedras preciosas, en su capilla adornada por una multitud de cirios; cuando vieron las alhajas que la ornaban, centellear a su alrededor como las estrellas del firmamento en torno del astro de la noche, tuvieron como una visión del cielo, de ese cielo que tantas veces los catequistas les describieron y prometieron, si permanecían fieles. El deseo de poseerlo les inflamó más y más en piedad y devoción, y salieron de la santa ceremonia más resueltos que nunca a conocer y amar mejor una religión que así les hablaba del cielo, para poder arribar más tarde al paraíso que les prometía.

En recompensa de tan magnífico triunfo, María de la Antigua concedió a los misioneros iniciadores de esta santa empresa, una cosecha tan abundante de almas, que bien pronto surgió una hermosa cristiandad, bajo el cayado de un pastor único, a quien obedecían españoles

e indígenas. Hemos dicho ya cómo por acuerdo entre la Santa Sede, reinando León X, y la corte de España, Fr. Juan de Quevedo, religioso franciscano, fue nombrado y consagrado en España, 1513, Obispo de Tierrafirme, y tomó posesión el 20 de Julio de 1514. Esta insigne iglesia, "La Antigua del Darién", fue pues, la primera de las decoradas con el título de Catedral en la vasta región americana, sede episcopal que, por la destrucción de *La Antigua,* fue poco después trasladada a Panamá.

IV

La imagen de Nuestra Señora de la Antigua es de estatura elevada, pero sin desproporción; el rostro muy hermoso, de ademán regio y mucha majestad, templada por una celestial dulzura: todo lo cual inspira respeto y amor a la soberana Emperatriz de la gloria. Viste una túnica blanca, desceñida, y le cubre toda un manto de color azul celeste. En torno del rostro está figurada una ancha diadema que realza no poco su hermosura. En el brazo izquierdo sostiene al divino Niño, y en la mano derecha ostenta una rosa. No se ven los pies de la santa imagen, porque la pintura por ese lado es incompleta, termina un poco más abajo de las rodillas. Los entendidos en la materia juzgan que es ésta una obra romana, anterior en mucho a la dominación visigótica, cuyas producciones artísticas, como de semi bárbaros recientemente conquistados para la civilización cristiana, carecían del gusto y pulcritud que se advierten en la imagen de la Antigua, en la cual el gesto, la forma del vestido, el color blanco de la túnica, el aire imponente de la figura, todo es hermoso, regio, de singular majestad, y está como denunciando su procedencia romana.

En cuanto a la extensión del culto de Nuestra Señora de la Antigua, copiaremos aquí algunos fragmentos de la extensa noticia que, acerca de este punto, nos da el P. Villafañe, en su obra antes citada (1): "El invicto

(1) **Milagrosas y devotas Imágenes de María Santísima**, que se veneran en España, etc. Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla.

emperador Carlos V no cedió a sus abuelos (los reyes de España) en la devoción con Nuestra Señora de la Antigua, antes bien quiso que se extendiese el nombre y culto de la Emperatriz del Cielo en su Imagen de la Antigua, en toda Alemania, a donde condujo copia suya, porque a su vista fuesen felices sus armas, y se postrasen ante ella todos los protectores de las herejías... Manifestaba el glorioso Emperador Carlos su tierna y cordial devoción a Nuestra Señora de la Antigua, en la demostración de ir a postrarse ante sus aras, siempre que entraba en Sevilla... Apuntaré con brevedad la devoción que han profesado a esta sacra Imagen, personas de insigne santidad, entre las cuales sobresale un San Fernando, un San Diego de Alcalá, etc... Ni se ha estrechado a sola España la devoción con la prodigiosa Imagen de Nuestra Señora de la Antigua, sino que en otras muchas partes del orbe cristiano se ha dilatado por medio de sus copias y retratos. En Polonia es tenida en gran veneración, por una copia que se adora y reverencia en la iglesia catedral de Cracovia, corte de aquellos cristianos monarcas".

Desgraciadamente el culto a esta santa Imagen, tan propagado un tiempo en toda Sud-América, hoy casi ha desaparecido de ella. Según se ha dicho ya, queda una copia auténtica y muy hermosa en la catedral de Lima, colocada en una capilla del lado del evangelio, y resguardada bajo vidrio, dentro de un rico y bien labrado marco de plata; otra copia se venera en el histórico y suntuoso templo de Guápulo, en Quito, donde esperamos tomará nuevo vuelo esta devoción y tornará a florecer quizás con más brillo que antes. Nuestra Señora de la Antigua, que fue llevada a Alemania y Polonia como un escudo de defensa contra el Protestantismo, acoja bajo su manto a toda la América del Sur, ahora que esa secta destructora y maldita, se empeña en hacer desaparecer de estas tierras la santa fe católica, para implantar en ellas el cisma de Lutero.

NUESTRA SEÑORA DE LA CAPILLA

Nuestra Señora de la Antigua del Darién es la imagen de la Santísima Virgen más célebre, entre todas las veneradas en la moderna República de Panamá, y que está reclamando que se construya en la capital de esa nación una Basílica grandiosa, que esté en proporción con la nombradía y bellísima historia de la advocación antedicha. Pero la efigie de la Reina del Cielo más generalmente amada, y de todos invocada en la ciudad de Panamá, es *Nuestra Señora de la Capilla.* Desgraciadamente nadie que sepamos se ha encargado de escribir el origen, los portentos y demás hechos memorables relacionados con este simulacro venerando de la Madre de Dios.

Todo lo que se sabe al respecto es que un piadosísimo sacerdote de la Orden de la Merced, pasando por la antigua ciudad de Panamá, a mediados del siglo XVII, impulsó a los vecinos de aquella importante población para que construyeran una capilla, o pequeño santuario, en honor de Nuestra Señora de la Merced; para cuyo intento obsequió un hermoso cuadro de la Virgen Santísima pintado en lienzo, que había traído consigo de España, y de tal suerte, y con tal elocuencia exhortó a los vecinos de Panamá, para que llevasen a cabo esa obra, que en poco tiempo estuvo ya realizada, y se colocó en ella la devota Imagen de Nuestra Señora de la Merced, y con tan buen éxito que en poco tiempo llegó el diminuto Santuario a ser el centro favorito de la piedad y asidua concurrencia de todos los panameños, que mediante esa advocación han alcanzado siempre de la Madre de Dios los más estupendos y señalados favores. Desde entonces es conocida esta santa Imagen con el título de *Nuestra Señora de la Capilla.*

La devoción a Nuestra Señora de las Mercedes es tan antigua en América, como su descubrimiento por Colón, porque según muchos historiadores, los primeros religiosos españoles que vinieron al Nuevo Mundo con el ilustre genovés fueron mercedarios; y sea de es-

to lo que fuere, lo cierto es que Nuestra Señora de las Mercedes es una de las advocaciones de la Virgen Santísima más veneradas y célebres en la isla de Santo Domingo, por el brillo de los portentos y la soberana protección que la Reina del Cielo dispensó al mismo Colón, y a los que con él, y después de él, descubrieron y conquistaron esa isla para la fe católica y la corona de España.

De las Crónicas de la Orden Mercedaria aparece que fue igualmente célebre la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, en todo el istmo, señaladamente en la ciudad de Portobelo, donde se realizaron portentos verdaderamente singulares, que la acreditaron como una de las más milagrosas de la Virgen Santísima. El P. Mariano Rivera, en su obra intitulada *"María Elogiada"*, refiere que en Portobelo aconteció, en 1608, el siguiente caso maravilloso, acerca del cual la autoridad eclesiástica recibió las informaciones del caso; y fue que un español nativo de Atamís, villa del Arzobispado de Sevilla, llamado José de Espinosa, que era devotísimo de Ntra. Sra. de las Mercedes, y había invertido en honrarla gran parte de su vida y caudales, murió con todos los auxilios de la religión. Cuando los cofrades de la Merced velaban el cadáver, levantóse éste a media noche sobre el féretro, con gran asombro de todos los concurrentes, llamó en alta voz al P. Alfaro, Comendador del convento de la Merced de esa ciudad, y en presencia de todos declaró que, por un criminal descuido de sus padres, y por culpable negligencia de él mismo, había muerto sin bautismo, y puesto ante el tribunal de Dios, había sido condenado a las penas eternas del infierno; pero que por la intercesión poderosa de Ntra. Sra. de las Mercedes, que había abogado por él, se le había concedido volver a la vida, para que recibiese el santo bautismo; y habiéndosele administrado este sacramento por el Comendador, el resucitado exclamó que iba a gozar de Dios en la gloria, en compañía de la Virgen Santísima, y expiró con una paz y alegría propias de los predestinados.

El P. Talamanco, otro de los cronistas de la Orden

Mercedaria, escribe que a principios del siglo XVIII, aconteció otro suceso no menos maravilloso, en la misma ciudad de Portobelo, situada al otro lado de Panamá, a orillas del Atlántico. El hecho fue el siguiente: una piadosa Señora, llamada Ana de Santa María, nativa de dicha ciudad, y devotísima de Ntra. Sra. de las Mercedes, murió el año 1708; y cuando se celebraban las exequias de cuerpo presente, en la iglesia de la Orden, apareció en la frente de la imagen de la Virgen de Mercedes, colocada en el altar mayor, una brillantísima estrella que eclipsó con sus resplandores todas las luces de hachas y cirios que ardían entonces en la iglesia, como si quisiera testificar con ello la Reina del empíreo, que el alma de su difunta devota era una de las estrellas de su imperial corona, en el cielo.

Con estos y otros semejantes hechos maravillosos acontecidos en el Istmo, fácil es calcular cuánto habrán crecido en él el amor y devoción a Ntra. Sra. de las Mercedes, y se explica fácilmente la singularísima veneración que Panamá ha profesado siempre a Ntra. Sra. de la Capilla.

Cuando el feroz pirata o filibustero inglés, Morgan, en 1671, invadió y destruyó a la antigua Panamá, y robó y quemó, en su odio satánico al catolicismo, todos los templos y sagradas imágenes, se salvó providencialmente la de Ntra. Sra. de la Capilla, por los cuidados de un abnegado y diligente devoto suyo, que tornó a colocar la Imagen en el pequeño santuario que se le dedicó en la nueva Panamá, que es actualmente la capital de la República de este título, y que fue construida para reemplazar a la antigua, que desapareció para siempre, dejando solamente las ruinas que son hasta hoy visitadas por los viajeros.

El templo actual de Ntra. Sra. de la Capilla es pequeño, pero hermoso y de sólida construcción; y cuando se celebra su fiesta (1), para dar cabida a la inmensa

(1) La fiesta de Nuestra Señora de la Capilla se celebra cada año el ocho de Septiembre.

concurrencia que acude a ella, se traslada en pomposa procesión la prodigiosa Imagen al templo de la Merced, que es distinto de la Capilla. En cuanto al amor y devoción que profesan los panameños a su celestial Reina y Protectora, basta decir que es tan grande e incesante la concurrencia de los devotos a la *Capilla,* a implorar la intercesión de Ntra. Sra. de las Mercedes, que las puertas del diminuto Santuario no se cierran jamás; pues, permanecen abiertas de día y de noche a la interminable serie de personas piadosas que acuden a venerar a la Madre Santísima de Dios, en esa su predilecta Imagen.

NUESTRA SEÑORA DEL TOPO

I

Obra muy laudable sería referir los inmensos y costosísimos sacrificios que los misioneros católicos hicieron para propagar el Evangelio en el Nuevo Mundo, y someter las duras cervices de los indios paganos y bárbaros al yugo suave y dulce de la civilización cristiana; pero es casi imposible decir los sudores y fatigas con que esos varones apostólicos conquistaron la América para la fe de Cristo; porque la mayor parte de esos sacrificios han sido conocidos únicamente por Dios. Entre esos denodados, heroicos y pacientísimos heraldos de la Buena Nueva, especialmente en Nueva Granada, ocupan lugar preferente los beneméritos religiosos de la Orden de Santo Domingo. Fueron ellos los primeros que asentaron sus plantas en Tierrafirme; de ellos salieron los primeros misioneros, los primeros obispos y los primeros catequistas de este vasto Continente. En cada una de las expediciones que venían de España para América, acompañaban a los conquistadores escuadrones compactos de religiosos dominicos. El historiador José Manuel Groot refiere que para la conquista de Santa Marta y Tierrafirme, en solo una ocasión fueron enviados cuarenta religiosos de la Orden, en otra, treinta, por el General de ella, el P. Silvestro (1). ¿Y cuánto tuvieron que sufrir y padecer para evangelizar a aquellos indios feroces, entre los que se contaban varias tribus de antropó-

(1) "Expidiéronse (por el general de la Orden) letras patentes y se confirieron facultades al Padre Carvajal, para que de las provincias de España asignase treinta religiosos que viniesen al Nuevo Reino (de Granada, en 1562)". Groot, en la obra citada, cap. VIII.

fagos?... Mientras que en las regiones subyugadas por los Incas, que no eran ajenos a toda civilización; la labor del misionero fue más llevadera; en los territorios de Nueva Granada, a donde no había llegado ni aun la sombra de esa semicivilización de los Quichuas, se contaban varios pueblos entregados al horrendo vicio de la antropofagia. A Heredia, descubridor y conquistador de la costa, donde se edificó Cartagena, "habiendo llegado al Canei, según refiere el mismo historiador, el Cacique del pueblo salió a recibirle ofreciéndole, para que lo comiese, un niño que tenía en los brazos. Heredia le contestó horrorizado, que ellos (los españoles) no comían gente". Idéntica cosa le aconteció al conquistador Jiménez de Quezada, "a cuya disposición, indios de diferente tribu, pusieron a un viejo, para que se lo comiese"; y como los españoles se abstuviesen de semejante maldad, "creyendo los indios, que por ser viejo no se lo habían comido les botaron desde un cerro dos niños de pecho, cuya barbaridad horrorizó a los europeos, que vivos aún los recogieron, y el P. las Casas alcanzó a bautizarlos" (1).

II

Entre estos antropófagos sobresalieron, por su ferocidad y otros crímenes, los indios Muzos, que no perdonaban a nadie, y buscaban, en sus semejantes, su alimento ordinario. Habiendo penetrado por esas comarcas algunos europeos, "y entre ellos el P. Fray Pedro Guzmán, dominicano, se lo comieron vivo. El cronista Herrera habla de este hecho, y dice que con tal motivo quedaron escarmentados los indios muzos para no volver a comer carne humana; porque todos cuantos participaron de la del Padre fueron atacados de una enfermedad con-

(1) Groot, en su **Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada**— capítulos II y III. El mismo autor, hablando de otra tribu de caníbales, los **Pijáos**, dice que estos indios "eran de costumbres sumamente bárbaras y feroces: andaban desnudos y no tenían poblados... No respetaban los muertos, ni en sus uniones los grados de parentesco; agregándose a esto la poligamia; y para complemento de barbarie eran antropófagos; se comían unos a otros, y tenían carnicerías públicas de carne humana".— Cap. VII.

tagiosa; según parece sería el mal de San Lázaro" (1).

No por eso los misioneros desistieron de su santa empresa; al contrario, cuanto más feroces y bárbaros eran esos desgraciados indios, mayor empeño y solicitud ponían en sacarles de su barbarie y reducirles a la vida cristiana y civilizada. Dios premió con magnificencia extraordinaria a la benemérita Orden Dominicana, por sus heroicos trabajos de evangelización en Nueva Granada; pues les dio un santuario de la más alta trascendencia y celebérrimo por su piedad hasta nuestros días, el de Chiquinquirá; e hizo que entre las filas de sus ínclitos misioneros se contase un siervo de Dios, de primer orden, San Luis Beltrán, a quien el Beato Nicolás Factor le llamó serafín, por la sublimidad de sus virtudes. San Luis Beltrán, evangelizó, durante siete años, las costas del Mar Caribe, desde Cartagena hasta Santa Marta, convirtiendo a innumerables bárbaros a la verdadera fe, y sembrando por todas partes la semilla evangélica, tanto con el ejemplo de sus extraordinarias virtudes, como con su predicación impregnada de la unción más penetrante y conmovedora. "Obró Dios, dice Groot, infinitos milagros entre los indios por medio de su siervo, y ellos constan del proceso de su canonización... Como no entendía el idioma de (las innumerables tribus bárbaras de indios, a quienes tenía que reducir), tenía que servirse de intérpretes, para la predicación y enseñanza, con lo que tuvo que padecer mucho, hasta que orando le pidió a Dios le concediese el don que a San Vicente Ferrer. El Señor le oyó; pero el Santo no se había apercibido de esto, hasta que los indios le dijeron que no les hablase más por intérprete, porque le entendían perfectamente cuanto les decía. Pasaba todo el día predicando, enseñando y bautizando, y las noches en oración y penitencia. En medio del bosque, hincado en tierra, desnudo de la cintura para arriba, y los brazos en cruz, pasaba muchas horas en oración, dejando sus carnes a discreción de la plaga de zancudos, que

(1) Groot: cap. VIII.

le cubrían como una manta. Los que conocen esos sitios del Magdalena (y en general, los que habitan en las costas del mar, en la zona tórrida), podrán juzgar qué horrible penitencia, qué martirio tan insufrible sería éste, cuando ni los indios, ni los bogas endurecidos al sol y el agua, pueden sufrir el aguijón de aquella plaga" (1).

Tras los Dominicos vinieron los Franciscanos, luego los Agustinos, y después los Jesuitas; y esta poderosa falange de misioneros apostólicos dirigida por obispos y prelados de relevante virtud, hicieron de toda aquella región habitada por bárbaros y caníbales, la culta y próspera nación, conocida con el título de *Nuevo Reino de Granada* durante la Colonia, y que es ahora la católica República de Colombia.

III

Lo que indudablemente infundió este celo en los misioneros, e influyó eficazmente en la conversión de los indios, fue la intercesión poderosa y extraordinaria de la Reina del Cielo en favor de esos desgraciados gentiles: un ejemplo elocuente de ello es la hermosa historia de *Nuestra Señora del Topo*. "Tuvo principio (la fundación de este pequeño Santuario) en el fervor religioso de un venerable sacerdote, llamado Diego de la Puente; que desengañado de las vanidades del mundo abrazó el estado sacerdotal, resuelto a emprender una vida solitaria y penitente, lo que puso por obra retirándose con otros compañeros a los montes de Ráquira (donde profesaron la Regla de San Agustín, adjuntándose a los Recoletos). El sitio no podía ser más a propósito, por lo quieto y solitario entonces. Después fue otra cosa, porque el convento de religiosos atrajo gentes y con el tiempo se hizo allí un centro de población, aunque diseminada en estancias, fuera del monte donde está el convento" (2).

(1) Ib. cap. VIII.
(2) Groot.— Capítulo XIII.

Estos religiosos evangelizaron, entre otras tribus de bárbaros, a la de los feroces y caníbales Muzos. Entre los varios lugares donde establecieron iglesias, o por lo menos capillas u oratorios, fue uno conocido con el nombre de el Topo, donde en una pobre choza colocaron una imagen de la Santísima Virgen, que vino a ser fuente de las más copiosas bendiciones del Cielo para aquellos miserables indios.

El territorio denominado *Muzo,* por sus pobladores los indios muzo, es célebre hasta hoy, pero lo fue aún mucho más durante la Colonia, por sus riquezas minerales, especialmente por sus inagotables minas de esmeralda. Según Fray Pedro Simón, autor de la obra ya citada *Conquista de Tierrafirme:* las minas de esmeraldas del Muzo han sido tan ricas, y han dado piedras tan hermosas y grandes "que se ha llenado el mundo de ellas, y han hecho bajar de la cumbre en que estaban a pequeños precios las esmeraldas que, antes de estos descubrimientos, eran tenidas en el mundo como de inestimable valor; como sucedió en un caso que cuenta Acosta, que llegando un español a Italia al principio que se hallaron estas minas, mostrándole al lapidario una esmeralda y preguntándole qué valdría, respondió el italiano que cien escudos. Mostrándole otra algo mayor, aunque de la misma laya y brillantez, dijo valdría 30: de lo cual engolosidado el español, llevó a su posada al italiano y mostróle un cajón de ellas, que pesaría cuatro arrobas; viendo tantas dijo el lapidario: estas, señor, valen a escudo, que al paso de como apreció las primeras, valdrían algo menos de cincuenta escudos cada una, que las bajó hasta uno la abundancia. De allí sacaron dos tan limpias, verdes, finas y brillantes que juzgaron no ser dignas de otra mano y tesoro que el de un rey; las llevaron para el efecto a la corte y tasaron los que bien lo entendían en veinticuatro mil pesos de buen oro castellano, de que dio el Rey equivalente satisfacción a todos los de la compañía que los habían hallado, en esta su real caja de Santafé".

IV

La piedra verdaderamente preciosa, que Dios depositó en el Muzo, fue la devoción a la Santísima Virgen, mediante la cual y los incesantes y heroicos trabajos de los misioneros, esos indios ferocísimos y caníbales que, según refiere el cronista Herrera, hacían guerra a los pueblos vecinos, especialmente a los Muiscas que habitaban la dilatada planicie de Bogotá, para proveerse de prisioneros, a los que alimentaban y engordaban como a rebaños de ovejas, para comérselos en seguida; estos indios fueron, al fin, subyugados y abrazaron la verdadera fe, atraídos principalmente por lo que los misioneros les decían de la Santísima Virgen.

La pequeña imagen que había llevado consigo a su ermita, el P. Diego de la Puente, cuando este religioso abandonó su primer asilo para internarse aún más en aquellos solitarios desiertos; ese piadoso simulacro de tan santos recuerdos, llegó a ser famosísimo entre los indios muzos, con el título de *Nuestra Señora del Topo*, por el sinnúmero de beneficios que les dispensaba continuamente y el brillo de los portentos que le circundaban como con una aureola.

Uno de los primeros entre esos hechos maravillosos, atribuidos a Ntra. Sra. del Topo, es referido por Fray Pedro Simón, en la obra antes citada; dice que este hecho fue debidamente comprobado por la Autoridad eclesiástica, y consistió en que por dos diferentes ocasiones, la santa Imagen se cubrió de un sudor maravilloso, y tan abundante que los indios, que presenciaron el portento, empaparon varias piezas de tela en ese líquido extraordinario; y como conservasen después, con gran veneración esos paños a modo de reliquias, aplicándoselos en sus llagas, tumores y otras muchas enfermedades, especialmente en tiempo de epidemias, obtuvieron del Cielo asombrosas curaciones, verdaderamente milagrosas.

Otro prodigio acontecido en los primeros años del

siglo XVII y referido por el historiador Groot, contribuyó no poco a mantener y acrecentar la confianza de los fieles en la Santísima Virgen. "Un señor de Bogotá, llamado García de Varela, había ido en compañía de algunos de sus amigos en peregrinación a Ntra. Sra. del Topo. Apenas entraron en la iglesia para oír la santa Misa y cumplir sus devociones, cuando vieron que del altar de la Sma. Virgen, como de una hoguera incandescente, salían rayos de fuego que esparcían en el templo luminosa claridad; maravillados los peregrinos llamaron al Capellán, P. Francisco de Párraga, quien acudió en seguida; los vecinos al oír los gritos se apresuraron igualmente a salir de sus chozas y se dirigieron a la iglesia, de tal modo que al cabo de algunos minutos ésta se colmó de gentes, quienes pudieron contemplar el prodigio durante un lapso de tiempo bastante considerable. Poco a poco aquella luz muy superior a la del sol fue disminuyendo y debilitándose paulatinamente; al fin se apagó, dejando a los espectadores encantados de un tal prodigio, contentos de haberlo gozado, pero tristes de perderlo tan pronto".

Tan asombrosos y repetidos prodigios hicieron celebérrima en todo el Nuevo Reino la advocación de Nuestra Señora del Topo, a tal punto que el Capítulo metropolitano de Bogotá pensó seriamente en si sería del caso trasladar la Santa Imagen a la Catedral, arrancándole del miserable villorrio en que estaba como abandonada y sin el culto espléndido que se merecía. Pero los habitantes del Topo, al saber esta determinación del Capítulo, alzaron el grito a las estrellas: "esta Virgen es nuestra", decían españoles e indios; "¡es nuestro tesoro, y nadie lo arrancará de aquí!... Así andaban las cosas, dice el canónigo Castrillón, cuando cierta noche se produjo un voraz incendio que redujo a cenizas aquella miserable aldea; siendo la iglesia, con su cubierta de paja, el edificio en que más se cebaron las llamas, y, por lo mismo, no quedaron de él sino residuos humeantes.

Lo que más lamentaban todos los vecinos, contristadísimos con la catástrofe, era el desaparecimiento de la

prodigiosa Imagen. Sin embargo, reanimados por la voz de su cura, el P. Fray Francisco de Párraga, aúnanse todos, remueven los escombros, escarban las cenizas humeantes, y ¡oh prodigio! encuentran intacta la taumaturga Imagen que, por un evidente milagro, se había salvado de aquel devastador incendio, sin lesión ninguna, y sin que quedasen en ella ni aún las huellas del humo. Todos vieron en esta maravilla una demostración de la voluntad divina, de que la Imagen fuese trasladada a Bogotá; pues hallándose por el siniestro, imposibilitados de reconstruir sus miserables viviendas, mucho menos podrían intentar la construcción de un nuevo y magnífico templo que reclamaba aquel tan portentoso simulacro de la Reina del Cielo. El Capítulo metropolitano (no el arzobispo), decretó pues la traslación de la Santa Imagen a Bogotá, por hallarse su Diócesis en sede vacante. Esta vez, sin oposición ninguna del pueblo del Topo, antes con beneplácito de todos sus habitantes, fue Nuestra Señora del Topo trasladada, desde este lugar, hasta Bogotá, en una muy concurrida y solemnísima procesión, que terminó en la capital en medio de las entusiastas aclamaciones de una inmensa muchedumbre. Desde entonces, es decir desde 1600, la Santa Imagen ocupa un puesto de honor en la Catedral arzobispal, hoy, *Primada*. .

El historiador D. José Manuel Groot, en su obra tantas veces citada, *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada,* de quien tomamos estas últimas noticias, dice que a Nuestra Señora del Topo "se le dio capilla al lado derecho de la nave mayor, en la antigua iglesia (metropolitana), y se le puso dentro de un rico marco, y bajo un sitial de plata. Hoy (la Santa Imagen está colocada) a espaldas del altar mayor".

V

Varias copias se han sacado, en todos tiempos, de esta portentosa Imagen; una de ellas existe en Popayán. Quien hizo sacar esta copia fue un canónigo de esta última iglesia, el Sr. Castrillón, mencionado arriba, pues a su pluma se debe una breve memoria de Ntra. Sra. del

Topo. Cuando el buen prebendado estuvo a punto de muerte ordenó por testamento que el lienzo de Ntra. Señora, que hasta entonces lo había tenido consigo, fuese colocado, después de su fallecimiento, en la iglesia del Rosario de los Padres Predicadores, dejando para este intento una cuantiosa donación.

He aquí la descripción que el historiador Groot hace de la imagen primitiva, que se halla colocada en la catedral de Bogotá, y que representa una de las escenas más conmovedoras de la Pasión del Salvador: "El cuadro es de media vara, la pintura, común y ordinaria; no se ve en ella sino los rostros (de Ntra. Sra. y del Salvador) con algo del pecho del Cristo, cuya cabeza carga sobre el pecho de la Virgen, que lo tiene en sus brazos (muerto) después de bajado de la cruz". Según el mismo historiador, "los habitantes de Bogotá no se han enfriado en su amor y confianza a Ntra. Sra. del Topo; ahora como en tiempos antiguos la invocan con gran fe en las calamidades públicas y jamás han dejado de experimentar los efectos de su poderosa mediación cerca de Dios". Especialmente "cuando la sequía amenaza la destrucción de las cosechas, todo el pueblo de Bogotá saca por sus calles, en procesión, a nuestra Señora del Topo, y la experiencia ha comprobado que nunca se ha organizado tal procesión, sin que haya dejado de llover en el mismo día". Que la poderosísima Reina del Cielo ampare siempre bajo su maternal protección, no solamente a Bogotá, sino a toda la República de Colombia, y haga llover sobre ella las gracias del Cielo que la preserven del radicalismo y la impiedad.

NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS

I

Otra de las imágenes de la Virgen Santísima, de las renombradas y más antiguas, de la República de Colombia, es *Nuestra Señora de los Remedios,* venerada en Cali, hermosa ciudad del valle del Cauca. He aquí la descripción que nos hace de ella el Dr. Saffray, en su muy conocida obra *Viaje a Nueva Granada:* "Cali es una de las más bonitas ciudades de Nueva Granada; su posición en medio del valle del Cauca le promete un gran porvenir, cuando un buen camino la ponga en comunicación con el Pacífico (actualmente un ferrocarril la une con el puerto de Buenaventura). Entonces será aquella ciudad una de las plazas comerciales más importantes de la República, y en el valle se desarrollarán todos los cultivos que convienen a su suelo y su clima. El azúcar, el café, el cacao, la vainilla, el algodón, el índigo y la quinina, llenarán muy pronto los depósitos, acumulándose también en ellos los productos europeos que se destinan al Estado del Cauca y a otros próximos.

"Edificada al pie de las últimas ondulaciones de la cordillera occidental, Cali ofrece un aspecto muy pintoresco por la variedad de sus horizontes: está limitada en el lado de las montañas por un límpido río, sobre el que los Padres Franciscanos construyeron un sólido puente, que se enseña con orgullo a los extranjeros. Por el norte se cansa inútilmente la mirada cuando busca el límite de la tierra y del cielo entre los azulados vapores que se elevan del valle. Al este se descubren, a siete u ocho leguas, y disminuidos por la distancia, los esbeltos picos de la cordillera central, con sus apizarrados

tintes: y al sur se fija la vista en una inmensa extensión de llanuras, que limitan las montañas de Quilichas. Aquí se ve un paisaje suizo, con sus colinas de un delicado tinte verde, bañadas por el sol y cubiertas de rebaños; más allá se desarrolla la gran cadena de los Andes, coronada de bosques sombríos, en los que el viento del sur agita las grandes nubes blancas, semejantes a la espuma de un remolino gigantesco. Por un lado, en un espacio que se pierde en lontananza, desarróllanse inmensos pastos que envidiaría la misma Irlanda; por el otro hay campos de cañas de azúcar y de maíz, cortados por vergeles en que abundan el naranjo y la guayaba, donde el ananás perfumado crece junto a la yuca de fécula, donde la diamela se abre al pie de la orgullosa astromela. Allí ostentan sus flores y sus frutos el árbol del cacao y el cafetal; el pisamo eleva su copa cargada de flores de color escarlata, entre las cuales van por la tarde a buscar un abrigo las bandadas de blancas garzotas; y de trecho en trecho despliega la palmera su capitel de hojas amarillentas, sobrepuesto de un verde penacho que despide reflejos a los rayos del sol. A corta distancia se distingue una laguna, punto de reunión de las aves acuáticas, y un poco más lejos, percíbese por ciertos sitios el tranquilo (y caudaloso río) Cauca, gran arteria del valle. En último término y como complemento del cuadro, se divisan picos nebulosos, de color gris, de formas fantásticas, rocas desnudas, cimas blanqueadas por la nieve, y glaciares en cuyo seno se oye a veces rugir un trueno ahogado, mientras que el suelo se estremece bajo los pies del viajero.

"Las calles de Cali son regulares, las casas están bastante bien construidas, todas con jardín o patio; y las aguas, muy abundantes, conservan el aseo y la frescura. El clima, aunque cálido, es sano y agradable.

"Entre los antiguos edificios se distinguen sobre todo el convento, habitado por los Padres Franciscanos, y después la catedral, construida según el gusto italiano del siglo XVI. Esta iglesia es la única del país en que he visto una colección de pinturas de algún valor. El co-

legio, antiguo claustro, revela también los esfuerzos que hicieron las corporaciones religiosas, hace dos siglos, para introducir en el país las artes europeas".

Cali posee un tesoro de inestimable valor y es una hermosa imagen en piedra, de la Santísima Virgen, cuyo origen se remonta a los primeros días de la conquista española, pues asciende, por lo menos, al año de 1580, que fue el de su invención; pero, probablemente, la imagen, ha debido ser esculpida muchos años antes. Desgraciadamente, como ocurre con la mayor parte de los piadosos simulacros de la Santísima Virgen, tenidos en gran veneración por los pueblos, carece el nuestro de documentos escritos que nos certifiquen la autenticidad de su hallazgo y las circunstancias maravillosas que le han acompañado; tenemos solamente tradiciones, más o menos fidedignas, en que apoyar nuestro relato. Advertimos, eso sí, que esas tradiciones se han continuado uniformes, de siglo en siglo, hasta llegar hasta nosotros; más adelante citaremos algunos testimonios de autores respetables, que nos demuestran que no se trata aquí de una leyenda fantástica, siquiera sea muy piadosa, sino de un verdadero hecho histórico en el fondo, aunque algunas de las circunstancias de que aparece revestido, hayan sido quizás alteradas, por la imaginación popular, durante el transcurso de los siglos.

II

Es muy célebre en la Orden de la Merced la advocación de *Nuestra Señora de los Remedios;* fue esta sin duda la causa de que se diera este título a la Virgen de Cali, que muy pronto se hizo famosa por el sinnúmero de enfermos que recobraron la salud, implorando la poderosa intercesión de María.

Entre las órdenes religiosas que evangelizaron a las tribus aborígenes y bárbaras de Colombia, ocupa un lugar distinguido la de la Merced. Algunos de sus Misioneros se situaron en el valle del Cauca, y fundaron un convento de su instituto en la reciente fundada ciudad

de Cali. Por los años de 1580 los superiores de los Mercedarios, que tanto se distinguieron entonces por el fervor de su observancia, como por el ardor de su celo por la salvación de las almas, nombraron al P. Fray Miguel Soto "doctrinero, o sea cura, de las varias tribus de indios gentiles que habitan en la cordillera occidental, las montañas y vastas regiones selváticas de Anchicayá, Cubá, Micó y Dagua que posteriormente formaron la que fue denominada provincia del Raposo" (1)

Este virtuoso sacerdote ejercía su ministerio sagrado, desde las orillas del Dagua, donde se había construido una choza que quedaba situada en el centro, poco más o menos, del territorio confiado a su labor evangélica. Este piadosísimo misionero mercedario estaba dotado no solamente de actividad y celo, sino también de un carácter dulce, bondadoso y sumamente atractivo que le conciliaron muy pronto la admiración, el respeto, la confianza y el amor de aquellos indios bárbaros que escuchaban complacidos sus predicaciones y pláticas sobre la religión católica, y veneraban los altos ejemplos de virtud con que edificaba a toda esa comarca aquel santo religioso. Hallábase éste baldado de una pierna, de modo que cojeaba y no podía hacer largas marchas a pie; pero los indios venían en su auxilio y en una camilla portátil le trasladaban de un punto a otro en hombros, por considerables que fuesen las distancias que tuviesen que recorrer.

El Padre Soto era devotísimo de la Reina del Cielo; le rezaba todos los días el rosario, y tenía en su mísera habitación una imagen de esta celestial Señora, ante la cual ardía constantemente una lámpara, en testimonio del amor que le profesaba.

Un día que el misionero estaba en su rústica celda,

---

(1) Noticias extractadas de un antiquísimo y lacónico documento, muy precioso por su misma antigüedad, conservado en el archivo del convento de la Merced de Cali; del cual copiaremos los muy breves pero interesantísimos datos que siguen acerca del origen de Nuestra Señora de los Remedios.

entraron a visitarle varios indios y al ver la imagen de la Virgen Santísima quedaron como sobrecogidos de asombro, y con sonrisa placentera, hablaban en voz baja entre sí, como de algo que les interesara en gran manera. Deseoso el padre de saber de qué trataban, les preguntó cuál era la causa del asombro y curiosidad que manifestaban ante esa pequeña imagen de María. Los indios contestaron con sencillez: "padre, es que allá en las cabeceras de Cubá, en medio de las encumbradas serranías de Micó, también nosotros los indios tenemos una gran Señora que es de la misma forma que esa imagen tuya; está esculpida en la roca, y en su presencia arde igualmente una luz brillante y maravillosa, pero con la ventaja de que jamás se apaga". Estas son las palabras textuales del documento anteriormente citado. ¿Quién puso en aquel agreste sitio esa hermosa imagen de la Santísima Virgen? —No se sabe. "Dicen que se descubrió la dicha imagen en las dichas montañas de Micó, en montañas ásperas y cerros montuosos entre peñas y que este descubrimiento fue porque andando por aquellos desiertos reconocieron unos naturales tres luces de parte de noche, por las que fueron buscando el puesto y hallaron que en aquellas breñas estaba la dicha santa imagen en una cuevita, sin que se entendiese que ningún hombre la hubiese labrado". Según algunos autores la estatua maravillosa estaba esculpida en la roca, y formaba parte de ella; según otros estaba ya desprendida del bloque primitivo, y era un cuerpo aparte, y una estatua bellísima y perfecta. Pero ¿quién trabajó esa obra primorosa?... ¿Quién fue a esculpir, en medio de montañas selváticas y completamente deshabitadas un simulacro de la Reina del Cielo, tan perfecto, conforme a todas las reglas del arte, en un bloque de piedra vulcánica, o de sílice, tan ingente y pesada que ahora mismo apenas la pueden mover, para trasladarla de un punto a otro, varios hombres reunidos?... Ciertamente entre los conquistadores españoles no faltaban algunos artistas distinguidos que nos han dejado lienzos y esculturas verdaderamente admirables; sin embargo, no es creíble que ninguno de ellos haya ido a sepultarse en aquellas montañas ingratas y desapacibles, ocu-

pado durante días y aun meses en esculpir un bloque informe de roca silícea, sin ninguna retribución. Indudablemente nos hallamos aquí en presencia de un hecho sobrenatural; esto es, de un verdadero milagro.

Grandemente sorprendido el padre Soto de la relación que le hicieran los indios, les instó con la mayor elocuencia que pudo, para que le trasladaran en camilla, ya que no podía andar por sus pies, al lugar en que se hallaba colocada esa singular imagen, recibiendo los homenajes y rústicas ofrendas de los indios, se ignora desde cuánto tiempo hacía. Los neófitos que amaban tiernamente al misionero, accedieron, no sin dificultad, a su petición. Colocado el Padre ante aquel maravilloso simulacro de la Virgen Santísima, quedó sobrecogido de asombro y veneración de lo que contemplaban sus ojos; y como ya no era posible dudar del extraordinario portento que significaba esta invención maravillosa, resolvió en su interior, pero sin decir nada a los indios, porque no era todavía oportuno, trasladar la Imagen a Cali. Al efecto fue a esta ciudad, dio cuenta del milagroso hallazgo a las autoridades eclesiástica y civil, que entusiasmadas todas abrazaron con fervor el proyecto del Padre Soto, quien apoyándose en los principales jefes de la colonia, y valiéndose del poderoso e irresistible influjo que ejercía en los indios, al fin obtuvo de ellos lo que deseaba. Con grandísimo trabajo, durante muchos días de constancia y esfuerzo logró dar cima a su atrevido plan, y la maravillosa Imagen fue trasladada a Cali, y colocada en el frontispicio de la iglesia de la Merced: todo en medio de solemnísimas fiestas, y como en remate de la grandiosa y nunca vista procesión que se hizo con la Imagen, desde el lugar de su invención, hasta que fue colocada en el templo antedicho.

Pero el regocijo de los moradores de Cali les duró poco tiempo, pues al cabo de algunos días, según quisiera cierta tradición, desapareció la maravillosa Imagen, y habiéndosela buscado por todas partes, con exquisita diligencia, fue encontrada por los indios en el mismo selvático sitio donde por años había sido vene-

rada por ellos, durante quizás muchas generaciones. Por segunda vez fue traslada a Cali, y también por segunda tornó a desaparecer la Imagen. En la tercera, se le encontró ya no en el sitio primitivo, sino en medio de la montaña, llamada hasta hoy, del Queremal.

III

Haremos una breve descripción de la maravillosa estatua. Mide ésta ùn metro de altura, y con la peana a la que está unida, no puede pesar menos de algunas arrobas; así lo han calculado siempre los entendidos en esta materia. El simulacro de la Virgen Santísima, con el Niño Jesús en los brazos y la peana están esculpidos en un solo bloque de sílex o piedra cristalina tan fina que despide chispas de fuego al herirla con un eslabón; la piedra es de color gris, como de todo pedernal, y está surcada por venas de color verde claro. El trabajo de escultura es de un primor exquisito, y las dos imágenes de belleza verdaderamente inimitable, y en grado tal que los artistas, notables algunos, que se han propuesto copiar esta imagen, con el buril o el pincel, jamás han logrado su intento, y han acabado por confesar que es obra verdaderamente inimitable. El rostro de la Virgen está suavemente inclinado, hacia el lado izquierdo; tiene los ojos elevados al cielo; los labios ligeramente entreabiertos; y toda la figura en actitud de una persona absorta en oración, o transportada en éxtasis. El Niño Jesús se asienta sobre el brazo izquierdo de su Madre Santísima que, como ya se ha dicho, inclina suavemente el rostro hacia su Hijo divino; éste tiene clavados los ojos en su Madre incomparable. Ambos rostros son de hermosura celestial; las formas del Niño, en lo que aparecen descubiertas son de perfección verdaderamente artística, y en tal ademán como si la Reina del empíreo ofreciese el niño al amor y adoración de los fieles; con la mano derecha tiene asida la túnica de la Virgen hacia la extremidad del cuello, y con la izquierda estrecha una pequeña fruta, cual si la ofreciese a los que van a visitar tan piadosa escultura. La túnica y el manto de la celestial Señora están recogidos, o flotan en pliegues, con

tal naturalidad, que revela un gusto y delicadeza incomparables en el artífice; todo el ropaje es de una sencillez, delicadeza y elegancia tan admirables, que no se puede explicar cómo en una materia tan dura, tan vidriosa, y tan difícil de ser labrada se ha podido esculpir esta obra artística de singular perfección.

IV

La relación que precede está basada no solamente en la tradición oral sino también en la declaración de testigos contemporáneos, si no presenciales de todos los hechos que quedan referidos, sí de los más importantes del suceso, lo que basta para que sea éste calificado, por las personas prudentes, como una verdadera historia y no como una simple leyenda. Para conciliar a nuestra relación toda la fe y respeto que se merece, citaremos aquí algunos fragmentos de esos testimonios (1).

"En la ciudad de Cali, en veintinueve días de Septiembre año de 1672, ante el maestro Joaquín López de la Espada, cura y vicario, Juez eclesiástico en ella, el capitán Don Toribio Moro presentó por testigos al licenciado Pablo de Saucedo y Sosa, Presbítero, de quien recibió juramento y puesta la mano en el pecho, *in verbo sacerdotis,* prometió decir verdad de lo que supiere y le fuere preguntado, y habiendo leído el mandamiento de suso dijo, entre otras cosas: que lo que sabe es que estando ordenado de Epístola o Evangelio, vio que trajeron esta gran Señora de piedra, de las montañas y cabeceras de Cubá y que la llamaban la *montañerita cimarrona* y que su color era de piedra, blanco moreno, y de lustre, que después Angelino Medoro Romano le in-

(1) En 1672 el capitán Toribio Moro Vigil, vecino de Cali, atacado de epilepsia, invocó a Nuestra Señora de los Remedios y fue curado milagrosamente de tan terrible enfermedad; en reconocimiento de este insigne favor, pidió y obtuvo de la autoridad eclesiástica licencia para **levantar una Información acerca de la Invención y Traslación** (sic. en singular) **de la Imagen.** De esa información quedan sólo fragmentos, en el archivo del antiguo convento (hoy suprimido) de la Merced de Cali, y son los que reproducimos aquí.

tentó embarnizar la cara y que por tres veces le exaltó el encarne, hasta que por medio de un cambray lo consiguió, y que la dicha Señora como dicho tiene, es de piedra pedernal muy dura y muy pesada, y es de una pieza, Madre, Hijo y peana; imposible que artífice humano pudiese labrar cosa alguna por la dureza y perfección que tiene... y que ha hecho muchos milagros; y que esta es la verdad so cargo del juramento, en que siéndole leído se firmó y ratificó: Pedro de Esquivel, Notario".

Según la tradición, aunque no consta esto de la declaración jurada que acabamos de copiar, el simulacro de la Virgen, cuando desapareció de Cali, fue encontrada en el Valle del Queremal, que queda a la mitad del camino, que corre entre la ciudad expresada y las cabeceras de Cubá, en el ramal occidental de la cordillera, donde primeramente fue hallada; entonces se dispuso una magnífica y piadosísima procesión, pues conforme al testimonio de Saucedo y Sosa que la presenció, luego que en Cali se dio noticia del paradero de la santa Imagen, "salieron todos los vecinos de dicha ciudad, niños y mujeres, con toda la clerecía, descalzos, a recibirla, y la entraron en procesión, con mucha devoción, y habiéndola entrado debajo de palio, y colocádola dentro de la iglesia (de la Merced), se quedó allí" (1). Esta información como de testigo presencial, es de la mayor importancia para nuestro objeto: desgraciadamente está truncada e incompleta.

En el siglo XVIII, el P. Bernardo Recio, jesuita español e insigne misionero que murió en olor de santidad en Italia, después de la supresión de la Compañía, y que en sus correrías evangélicas llegó hasta Cali, habla así de Nuestra Señora de los Remedios: "En la ciudad de Cali hay una Imagen muy portentosa, que llaman Nuestra Señora de los Remedios, cuya aparición cuentan así: En unos farallones o peñascos, como a dos o tres leguas

(1) Ib.

de la ciudad, vieron unos indios una hermosa matrona con su niño en sus brazos. Los indios le dijeron: ¿Qué haces aquí Señora? y la regalaban a la Madre y al bendito Niño con chontaduros, que es el fruto de una especie de palma. Avisaron a la ciudad y acudió lo más granado de ella con el clero y el Obispo, que a la sazón se hallaba en Cali. Vieron y admiraron una bella imagen de bello y hermoso pedernal que representaba una gran Señora. Llevároнla con la debida reverencia a la ciudad, y aunque de esta vez desapareció la imagen volviéndose a su primer sitio, después labrándola una hermosa capilla en la iglesia de la Merced se dignó su majestad quedarse en este nuevo trono, para ser, como es, el remedio de toda aquella tierra con sus frecuentes milagros. El Niño Jesús mantiene en sus manos el chontaduro, ostentando así su regalo que mira con agrado, como apreciándoles a los pobres indios" (1).

El Dr. Saffray, en su obra tantas veces citada *Viaje a Nueva Granada,* que escribió a mediados del siglo XIX, da igual testimonio de la tradición que nos ocupa. Dice que la estatua fue hallada en el valle del *Queremal*, nombre derivado de *Quiéreme*, con que se designa a una graciosa florecilla, propia únicamente del territorio del Cauca, a la que el autor del *Viaje* llama *flor milagrosa*, por haberse manifestado junto a ella la Imagen de este relato. "Todos los pueblos civilizados, añade, poseen un lenguaje de las flores, símbolos graciosos que hablan por los tímidos, reliquias cuya vista recuerda emociones adormecidas. Europa tiene el *no me olvides;* en el Cauca se encuentra el *quiéreme* (Thibaudia quereme) que es la flor favorita de la juventud. ¿Qué puede haber más inocente que ofrecer una flor? Y sin embargo ¡cuántas palabras quisieran su poesía! Después que la flor ha hablado ¿qué vale lo que los labios pueden murmurar"?

(1) Imágenes y Santuarios célebres de la Virgen Santísima.— Apéndice VI.

V

Haciendo un brevísimo resumen de todo cuanto dejamos escrito acerca de la invención de la portentosa *Imagen de Nuestra Señora de los Remedios de Cali*, diremos que es obra de artista desconocido, si no es, como parece más probable, una escultura verdaderamente milagrosa. Fue hallada primeramente por indios bárbaros, casi salvajes, entre los riscos abruptos de la cordillera occidental, en el sitio denominado Cubá, y de allí trasladada al valle del Queremal; y desde este último sitio a la ciudad de Cali, donde es grandemente amada y venerada hasta hoy.

¿Por qué quiso el Cielo que la santa Imagen se manifestase en el valle del *Queremal?*... Parece que con ello la Madre Santísima de Dios dice a todo el que la visita: "Búscame, *quiéreme* y sírveme que yo soy tu verdadera Reina, Madre, Abogada y Protectora... Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles, y si me hallas, encontrarás también tu eterna felicidad en el cielo"...

Siendo innumerables y verdaderamente portentosos los favores dispensados por la Santísima Virgen, a los que la invocan en esta piadosísima Imagen, con el título de *Nuestra Señora de los Remedios* o los Milagros, nos contentaremos con referir uno de los últimos, acontecido casi en nuestros días. "Las personas, dice un autor moderno (1), atacadas de males tan grandes e incurables como perlesía, fiebres malignas, epilepsia, etc., han sido instantáneamente curadas recurriendo a la celestial Médica de Cali, (y los que no lo han sido han alcanzado bienes todavía mayores, como su salvación eterna). Entre estos favores citaré uno que es de fecha reciente y del cual pueden dar testimonio varias personas distinguidas de esta ciudad (Cali):

---

(1) Breve noticia de Nuestra Señora de los Remedios:— por N. Palacios, escritor nativo de Cali.

"Con motivo de la mortal enfermedad de un caballero principal de nuestra familia, se le mandó a suplicar a una santa mujer que vivía, hacía muchos años tullida, en el convento de la Merced (que ahora es un beaterio de mujeres), que rogara a la Virgen le concediera la salud al enfermo, padre de una numerosa prole. Esa mujer justa contestó al recibir el recado: "Pediré a la Virgen conceda la salud al enfermo, si le conviene para su salvación; y, si no le conviene, pediré le haga una visita antes de la muerte".

"Esta promesa de la humilde beata mercedaria, la ignoraba absolutamente el enfermo. En altas horas de la noche el 8 de Mayo de 1874, quedóse el enfermo en profunda tranquilidad, y viéndolo así los deudos que lo rodeaban, se retiraron en puntillas a la pieza vecina, haciendo completamente silencio. Un cuarto de hora después oyeron que el enfermo se movía, y volvieron al rededor de su lecho, encontrándolo lleno de alegría, y les dijo: "Muero contento, porque ha venido a visitarme la Santísima Virgen; la he contemplado radiante de hermosura, aquí, frente a mi cama". En el acto recordaron todos lo que había contestado la beata de la Merced, en la tarde del día anterior, al encargarse de pedir por la salud del enfermo; y pocas horas después murió éste lleno de tranquilidad y de confianza, habiendo conservado sus facultades intelectuales en perfecto buen estado hasta que expiró".

Salve Regina, Mater Misericordiae et Salus Infirmorum!

NUESTRA SEÑORA DE LA POBREZA

(Cartago)

I

En el mismo territorio de Nueva Granada, pero diferente del célebre e importante puerto denominado, durante la Colonia, *Cartagena de Indias*, situado en las costas del Atlántico, es Cartago, pequeña y modesta ciudad, construida a cinco leguas del caudaloso Cauca, y a orillas del río llamado *La Vieja*. Cartago tiene actualmente al rededor de diez mil habitantes, y fue fundada por uno de los conquistadores, el adelantado Suero de Nava, a orillas del río Otún, en un sitio montuoso y expuesto a las continuas incursiones de los feroces y caníbales indios Pijáos; por lo cual, años después, en 1691, fue trasladada a seis leguas de distancia del sitio primitivo, al lugar denominado *Las Sabanas*, donde por más de dos siglos permanece la actual ciudad.

En la Cartago primitiva ocurrió un hecho célebre, en 1618, que ha dado origen a una advocación de las más notables de la Santísima Virgen, en la República de Colombia; no ciertamente tan ilustre y renombrada en toda América, como la de Nuestra Señora de Chiquinquirá, sino restringida al recinto de la ciudad, donde se conserva hasta hoy el cuadro milagroso, origen de esta advocación, pero que entraña provechosísimas lecciones para la práctica de las virtudes. Siendo muy de notar que la manifestación sobrenatural de esta Imagen prodigiosa es como una confirmación celestial de la historia peregrina y verdaderamente admirable de Nuestra Señora de Chiquinquirá, y una como reproducción exacta de los prin-

cipales sucesos de élla. Es muy curioso cómo hasta el nombre de la principal protagonista en ese maravilloso acontecimiento, *María Ramos*, lo es también de la inventora del cuadro de Cartago; de manera que estaríamos tentados a creer que la fantasía popular, tan amiga de imitaciones, ha entrado no poco en la composición de esta historia, si la verdad de ella no estuviera comprobada por testimonios auténticos, y por una serie de portentos indudables que se continúan hasta nuestros mismos días.

II

El hecho es el siguiente. Fundada la primitiva Cartago en 1540, como se ha dicho arriba, los misioneros franciscanos se establecieron en ella, y desde su convento atendían no solamente a remediar las necesidades espirituales de los pobladores de la nueva ciudad, sino también a la evangelización de las numerosas tribus de indios bárbaros, que habitaban en las selvas vecinas, especialmente los indómitos y feroces Pijáos. Una piadosísima joven de Cartago, llamada María Ramos, exactamente como la protagonista de Chiquinquirá, servía al nuevo convento seráfico, en calidad de lavandera, y aconteció un día del año 1608, que habiéndosele dado a lavar la ropa del convento y de la iglesia, fue entre todo eso una pieza de tela sumamente vieja y deteriorada, que a los sacristanes servía de estropajo para fregar y limpiar candeleros, lámparas y otros objetos de metal propios del templo. Aunque los fieros Pijáos llegaban en sus depredaciones hasta los arrabales de la ciudad, la buena de María Ramos no se intimidaba por ello, y, confiando en la protección poderosa de la Santísima Virgen, cumplía tranquilamente su oficio, de manera que las demás mujeres del pueblo cuando veían a la Ramos ir a lavar ropa en las aguas del caudaloso Otún, no se arredraban del temor de los Pijáos, sino que también ellas iban en seguimiento de la virtuosa menestral, seguras de que nada malo les había de acontecer; y así sucedió en efecto, por una protección muy señalada y visible de la Reina del Cielo. El indio pijáo Juan Guavío, años después con-

vertido al cristianismo y bautizado ya, declaró que los indios de su tribu, o sea su parcialidad, "habían hecho grandes esfuerzos por matar (a la Ramos) cuando la veían lavando en la orilla del río y no lo habían podido conseguir, porque una Señora desconocida (y de grande majestad) con una luz o candela, les hacía huir, y no dejaba que la hiciesen daño".

Aconteció, pues, que habiendo la piadosa y abnegada María Ramos, lavado, en el día dicho, la ropa que se le había confiado, después de haberla secado al sol, advirtió que en una de las mantas, la más deteriorada y casi inservible, resaltaban algunos rasgos como de antiquísima pintura ya borrada, de la Madre de Dios: gozosa del hallazgo fue a participarlo al guardián del convento, fray Fernando Masías Escobar. Este no se preocupó del aviso, por tratarse de una pieza ya inútil, y se la cedió de buena gana a la acuciosa lavandera; exhortándola, eso sí, para que colocara el lienzo en un bastidor de madera, o siquiera de cañas, y que la expusiera en su habitación con la veneración y respeto que pudiese, por tratarse de la Santísima Virgen. Puédese calcular cuál sería el regocijo de la buena mujer al verse repentinamente dueña de una imagen de la Virgen, en tiempos en que era dificilísimo proveerse de tales simulacros, aunque sólo fueran en papel. Fue por tanto a su casa y con la mayor diligencia posible, puso en práctica lo que el guardián le había aconsejado.

Colocada ya la imagen en la habitación de María Ramos, se convirtió el devoto simulacro en centro de la más fervorosa piedad entre todos los vecinos del pueblo, y principiaron a realizarse tan estupendos prodigios, que vino esa imagen bendita a ser la más célebre y venerada de toda la comarca. El primer hecho milagroso fue la transformación lenta, sí, pero continua del cuadro; la pintura no solamente borrada, sino desaparecida, se renovó con vivos colores; las numerosas rasgaduras del lienzo fueron uniéndose y desapareciendo progresivamente, una tras otra. Las curaciones de enfermos, a veces desahuciados de todos los médicos, eran frecuentes; a tal

punto que ya la habitación de la Ramos era una verdadera capilla, centro de la más intensa piedad de toda Cartago. Con esto se vio la necesidad imperiosa de que el lienzo prodigioso fuese colocado en un lugar más capaz y decente, y al fin, los mismos religiosos franciscanos lo trasladaron con júbilo a su iglesia y vino a ser ese cuadro el principal joyel de ella.

Tal es el origen, en breves rasgos, de la imagen de *Nuestra Señora de la Pobreza*. Pero ¿por qué se le ha dado un título, no ciertamente impropio, pero sí algo raro y desacostumbrado?... La explicación es sencilla y obvia. Cuando principió a renovarse el cuadro se advirtió que al pie de la imagen de María había una inscripción, de la que no quedaban sino pocas palabras, habiendo desaparecido las obras por completo. Quizás la inscripción total diría algo como esto: "Nuestra Señora de la Pobreza, Castidad y obediencia religiosas, Modelo y Protectora"; actualmente no quedaba sino esto: *Nuestra Señora de la Pobreza*... Al presente, aun eso ha desaparecido, y no quedan sino estas tres letras: N... S... B...; es decir las iniciales de Nuestra Señora, y la letra B, de la palabra Pobreza. Que este título no sea inadecuado para la Santísima Virgen, sino al contrario muy glorioso para ella, se desprende de que es la Reina y ejemplar de todas las virtudes, muy especialmente de la pobreza, en cuyo seno, y al amparo de la cual se elevó a la cima ideal de toda perfección. Por consiguiente, la Orden Franciscana que hace profesión de esta virtud sublime, tan difícil a nuestra corrompida naturaleza, debía ser llamada a dar culto especial a la Virgen Santísima, bajo el título de *Nuestra Señora de la Pobreza*.

III

Para demostrar la verdad de la narración precedente, aducimos aquí un fragmento de la declaración dada ante Juez competente, por algunos testigos contemporáneos de la invención de la maravillosa Imagen, declara-

ción que por felicidad, se conserva todavía (1); pero antes, a lo que se ha dicho ya, añadiremos algunos detalles concernientes a la fundación de la ciudad de Cartago. Fray Pedro Simón en su obra tantas veces citada de la *Conquista de Tierra-firme*, refiere cómo, a orillas del río Otún, fue edificada Cartago y, dice, pusieron este nombre, a la nueva ciudad, porque los fundadores fueron soldados españoles, procedentes de Cartagena, a donde habían ido con el licenciado Badillo. "Suer de Nava y sus compañeros, refiere el historiador citado, todos alegres vinieron bien en que se fundara un pueblo en este sitio que pareció muy a propósito para ello y así, precediendo todas las ceremonias que suelen en las nuevas fundaciones... nombróse cabildo y regimiento: por alcaldes a Pedro López Patiño y a Martín de Arriaga, por teniente de Gobernador a Suer de Nava; y esto fue entrado el año de mil quinientos cuarenta". Treinta y ocho años después de su fundación Cartago tuvo la buena suerte de que se estableciera en su seno una Comunidad de Franciscanos, siendo cura del pueblo el sacerdote secular D. Francisco Frías.

En 1608 se recibió en Cartago por autoridad competente una declaración jurada de testigos oculares de la lenta transformación de la Imagen, siendo de advertir que todos los declarantes eran personas respetables del lugar, entre las cuales se cuentan tres sacerdotes y tres empleados del gobierno colonial; según esas declaraciones consta "que la tela en que estaba pintada esta Imagen era una manta con que se limpiaban, en el convento de San Francisco, las lámparas, candeleros y ampolletas de la iglesia; cuando la invasión de los indios Pijáos, la fue a lavar al río una mujer de nombre María Ramos, y descubrió en ella una como pintura y una como imagen de

(1) Esta breve noticia acerca de **Nuestra Señora de la Pobreza** extractamos de la **América Mariana**, por el P. Cepeda; de la **Novena**, en honor de esta santa Imagen, por el Sr. Dr. Uladislao González, primeramente párroco de Cartago, y después Vicario General de la Arquidiócesis de Popayán; y de un antiguo documento original, conservado, aunque incompleto, en el archivo de la Iglesia de San Francisco de Cartago, del cual copiamos el fragmento insertado arriba, en el texto.

la Virgen y la extendió en un bastidor de cañas; poco después se descubrieron ya los colores de la Virgen y del Niño Jesús, aunque muy apagados; más tarde se descubrieron cuatro ángeles en las cuatro esquinas y unos ramos de rosas al rededor de la imagen; y por último se descubrió también al pie un letrero en letras grandes que decía: *Nuestra Señora de la Pobreza.* Tenía la manta entre rotos y rasgaduras nueve de a cuarta y de a jeme; otros daños más, ocasionados después por un terremoto que hizo caer la pared de que pendía el cuadro, y una rasgadura más notable cerca de un brazo de la Virgen, que la hizo un ladrón sacrílego por robarse violentamente una pulsera o manilla que estaba adherida al lienzo; las aberturas eran algunas tan notables que, por delante, se veía distintamente la pared que estaba tras el cuadro; los rotos estaban diseminados en toda la manta: unos junto al rostro de la Virgen, otros en el pecho, otros en el brazo y en las manos, y otros en la parte inferior del vestido; y eran tantas las picaduras, que sólo se veía sano el pedazo donde estaba pintado el rostro de la Virgen".

IV

Una circunstancia muy digna de ser tenida en cuenta, y que aleja toda sospecha de superchería en esta historia, es que el cuadro representa a la Santísima Virgen, no en alguna de las advocaciones propias de la Orden Franciscana, como la Inmaculada Concepción o Nuestra Señora de los Angeles, sino en la del Rosario, propia de la Orden Dominicana, lo cual se comprueba por la siguiente descripción de la Imagen.

"La tela mide 1 m. 48 de alto y 1 m. 12 de ancho, está engastada en doble marco de madera forrado con planchas de plata de una finura verdaderamente admirable; los colores han tomado un ligero tinte de hoja seca que da al cuadro un aspecto de antigüedad que no le quita nada de su valor. El grupo de los personajes se presenta en el orden siguiente: en el centro la Madre de Dios de cuerpo entero, de pie, y con el Niño Jesús en

el brazo izquierdo; en la mano derecha tiene un cetro, sobre la cabeza una corona imperial, y bajo sus plantas la media luna. El rostro de color trigueño es de persona como de veinte años. La túnica amplia y de color rosado apagado, cubre todo el cuerpo y está sostenida en la cintura por un cordón de púrpura. Tiene sobre los hombros un manto azul celeste que parece cubrir por la espalda toda la túnica y que, volteando por el lado derecho, va a recogerse en armoniosos pliegues sobre el brazo izquierdo" (1).

El Niño Jesús, tiene ceñida la frente con una corona; y tiene la mirada fija en su Santísima Madre. La Virgen, a su vez, inclina la vista llena de dulzura sobre su Santísimo Hijo.

En cuanto a los ángeles, que ocupan los cuatro ángulos del cuadro, tienen en la mano derecha un rosario de cuentas negras, y en la izquierda sendos ramilletes de rosas; los de abajo tienen en la mano derecha una cruz, y en la izquierda rosarios; estas cuatro figuras, vueltas hacia la Señora, parecen ofrecerle respectivamente la camándula, la cruz o las rosas. En fin, en derredor de la imagen y como formando un arco o portada, están pintados ramos de rosal con rosas sueltas, y como en el aire, y en algunos de estos ramos las rosas más parecen frutas que rosas".

Este es el cuadro tal cual lo contemplan los peregrinos que lo visitan en la iglesia de San Francisco de Cartago; siendo no pocos los que de diversos lugares de Colombia acuden durante todo el año a implorar gracias y mercedes del Cielo, por la intercesión poderosa de la Santísima Virgen, en esta su renombrada Imagen. Su fiesta se celebra con gran pompa y solemnidad el ocho de Septiembre; En Cartago es muy ferviente y unánime la devoción a Nuestra Señora de la Pobreza, pero su culto no se ha extendido fuera de la ciudad, ni se iguala al de Nuestra Señora de Chiquinquirá que es muy célebre en toda la América Meridional.

---

(1) Descripción extractada de la **Novena.**

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA (1)

(Bogotá)

La hermosa capital de la actual república de Colombia es *Bogotá*, como se la llama hoy día, o *Santa Fe de Bogotá*, como se la denominaba en tiempos de la Colonia. Se asienta al extremo de una "vasta llanura de ocho leguas de largo, por dieciséis de ancho. Desarróllase graciosamente en la falda del Monserrat y el Guadalupe, a dos mil seiscientos cuarenta y cuatro metros sobre el nivel del mar, cuando se la ve desde la llanura, con sus torres y múltiples campanarios, aparece como una bonita ciudad europea. En ella los monumentos son numerosos: cuéntanse treinticuatro iglesias o capillas, ocho conventos y dos hospicios, todos de construcción antigua". Esto escribía el Dr. Saffray, citado ya antes en esta obra, a mediados del siglo pasado; es de suponer que al presente será mucho mayor el número de los monumentos públicos como de los notables edificios de particulares.

A kilómetro y medio de esta populosa capital, en la aplanada cumbre de una vistosa colina, que se destaca entre los pliegues formados por los declives de los cerros que rodean la urbe, por su lado oriental, se destaca la blanca cúpula de un templo que emerge en un macizo de verdura, formado por los imponentes bosques que cierran el horizonte; ese es el santuario de *Nuestra*

(1) Extractamos estas noticias de los siguientes escritos: **Crónica de la Peña**, publicada en 1815 por el Pbro. Dr. D. Agustín Matallana,— y **Reseña histórica**, dada a luz por el último capellán del clero secular, Pbro. Dr. D. R. Pardo.

Señora de la Peña; esta imagen ha sido siempre de la mayor veneración para todos los bogotanos, y centro de frecuentes y piadosas peregrinaciones para todos los pueblos circunvecinos. Hermosa al par que peregrina, es la historia de Nuestra Señora de la Peña, de la que vamos a hacer una sucinta relación en las siguientes líneas.

II

A fines del siglo XVII todo el territorio de la Nueva Granada fue probado con varias calamidades públicas que trajeron por consecuencia una apremiante miseria para todo el país; uno de los que sintió más hondamente los efectos del hambre y la pobreza fue un español llamado Bernardino de León, que residía por entonces en Bogotá, quien no pudiendo subvenir holgadamente al remedio de sus necesidades como deseaba, se dedicó como lo hacían otros varios peninsulares, en esa época, a buscar imaginarios tesoros; pues suponían que todo el suelo de América estaba sembrado de *huacas* y entierros riquísimos de los aborígenes. El buen Bernardino, armado de su varita mágica, recorrió afanoso, pero inútilmente, las distintas cimas de la cordillera que dominan la ciudad; desalentado, a la postre, por no encontrar nada, estaba ya por desistir de su temeraria y loca empresa, cuando de súbito le vino una como inspiración que le decía en lo más interior de su alma: "sube a lo más alto de la cordillera y allí hallarás un tesoro de inestimable valor". Pensando si esto sería o no aviso del Cielo, para asegurar el éxito de esa nueva y arriesgada jornada, recurrió a los auxilios sobrenaturales: el 10 de Agosto de 1685, fiesta del egregio mártir San Lorenzo, después de encomendarse a su protección asistiendo a una misa celebrada en su honor, provisto de un bastón, ceñido a la cintura el indispensable machete, y cargado de algunos comestibles, emprendió su aventurada expedición hacia los cerros fronterizos al barrio de Santa Bárbara. La subida de la cordillera, por ese lado, era de lo más fragoso y difícil, por ser las rocas abruptas y cortadas a pico, y además cubiertas de zarzales y malezas, co-

mo que nadie transitaba por ahí; pues precisamente estas dificultades, al parecer invencibles, llamaron su atención, y resolvió subir por esa cuesta agria y empinada, por donde nacie acaso había subido, para ir en busca de su imaginado tesoro. Con inmenso trabajo, y abriéndose paso por entre rocas, árboles, zarzales y bejucos entretejidos, logró al fin subir al pináculo de uno de los cerros; allí en una pequeña explanada de una cresta rocallosa, que apenas brindaba espacio donde pudiera sentarse, descansar y tomar su mísero e indispensable alimento, detúvose sudoroso, casi agotado, pero lleno de una secreta y animosa esperanza de que, por fin, iba a ver realizados sus ensueños. Extiende la vista, como para medir la distancia que todavía le separa de las más altas cimas de la cordillera, cuando alcanza a divisar sobre uno de los picos que ante él se elevan, un punto luminoso, algo así como la claridad del sol naciente, que dora con apacible resplandor las más empinadas cumbres. ¿Qué será aquello?... se decía entre sí; pero reflexionando, conforme a las preocupaciones populares, que donde hay entierros de metales preciosos allí se ven, a veces, esas misteriosas luces, Bernardino reanimó su valor, y haciendo un esfuerzo supremo se encaminó resueltamente hacia la tentadora cresta, donde esperaba encontrar su anhelado tesoro.

III

Confortado con tan alentadores pensamientos, Bernardino de León se aproximaba ya a la cumbre hacia la cual encaminaba sus pasos, cuando de súbito, y con gran sorpresa suya, le pareció ver, al otro lado de una hondonada, unas figuras humanas talladas en la roca del frente. Haciendo un nuevo esfuerzo se dirige hacia ellas; pero a poco de caminar piérdese en el laberinto de los riscos y los árboles del bosque, y con todos sus afanes no encuentra lo que busca, y aquella visión tal vez fantástica, o puramente imaginaria, desaparece completamente ante él. Mientras tanto una sed ardiente le devoraba, sin hallar ni una gota de agua para sus resquebrajados labios; con lo que su desaliento llegó a lo

sumo. Sin embargo, continuó bajando por el declive de las rocas, y he aquí que en lo profundo de una quiebra encontró una piedra hueca en forma de taza de surtidor, rebosante de una agua clara, pura y cristalina: aproximóse a ella y bebió cuanto quiso. Restauradas con esto sus fuerzas, deja la hondonada y sube por la roca opuesta, y a poco de andar descubre ante sus ojos, clara y distintamente, las imágenes que una hora antes había entrevisto como en sombra y entre nieblas. Ahora, sin ofuscación ninguna, y con toda claridad, mira ante sí esculpidas en todo el ancho de la piedra, las imágenes de la Sagrada Familia. En el medio está la Virgen Madre con el Niño Jesús en el brazo izquierdo; hacia ese mismo lado el Patriarca San José en actitud de ofrecer al Niño una granada, como para significar que la Nación conocida entonces con el nombre de *Nueva Granada* sería propiedad del Redentor y su inmaculada Madre. Al lado derecho aparece un ángel sosteniendo una custodia en sus dos manos: todo esculpido de tamaño natural, clara y distintamente, de modo que se reconocía sin duda alguna lo que representaba cada una de esas figuras, talladas en la roca agreste por un escultor piadoso, hábil y desconocido. Al pie de las imágenes se veían unas letras, grabadas en la piedra, pero que por entonces no se pudieron descifrar con certeza, un siglo después esto es en 1824, el presbítero Juan Gualberto Caldas, capellán del santuario, y otras personas entendidas en la materia, con gran trabajo, y exponiéndose a caer precipitados en esas simas, lograron fijar el sentido de esa inscripción, contenida en los versos siguientes:

"Quien pisare estos umbrales
Salúdeme con amor,
Pues soy la Madre mejor
Que han tenido los mortales".

Hay que advertir que estos versos no son originales, sino imitación de los que, por ese tiempo, resonaban en todos los labios españoles, y se inscribían en el

frontispicio de los templos dedicados a la Inmaculada Concepción:

"Nadie pase de este umbral
Sin que jure por su vida
Ser María concebida
Sin pecado original".

¿Quién podrá expresar los sentimientos de admiración, júbilo y gratitud que inundarían, ante semejante hallazgo, el corazón del dichoso don Bernardino?... Buscaba un poco de plata y oro, es decir, un puñado de tierra, y la divina Providencia le presenta en cambio un tesoro celestial de inestimable valor. Gozosísimo con lo que acababa de sucederle, el español afortunado, sin temer ya pasos malos ni precipicios bajó rápidamente a Bogotá y se dirigió al Colegio de los Jesuitas, donde refirió al P. Rector, detallada y minuciosamente lo que acababa de sucederle. El prudente superior antes de dar entero crédito a lo que se le refería, resolvió que Bernardino de León acompañado de algunos hombres, de sano e ilustrado criterio, fuesen al sitio donde se había realizado la extraordinaria invención de las estatuas, y les encargó que examinasen todo minuciosamente y determinasen con exactitud y precisión el lugar, la existencia de las esculturas, su calidad, forma, etc. Todo se realizó según lo dispuesto por el advertido jesuita. Con la noticia de estos sucesos tan inesperados, el pueblo de Bogotá, y tras él no pocos religiosos y sacerdotes, principiaron a ascender en frecuentes y numerosas romerías al sitio donde estaban esculpidas las ya célebres imágenes. Fue esto de manera que el Arzobispo de Bogotá, que lo era entonces el Ilmo. Sr. Antonio Sanz y Lozano, ordenó se hiciese una información de todo lo acaecido, y en vista de ello permitió se edificase una pequeña capilla en el lugar antedicho, y nombró un sacerdote que hiciera el servicio religioso en ella, al que se dio principio en bien de los numerosos peregrinos que acudían a ese lugar, el domingo de Carnestolendas del año de 1685.

El campo donde se levantó el nuevo y humilde santuario de la Reina de los Cielos, bajo el título de *Nuestra Señora de la Peña*, aunque muy escarpado y árido, no carecería sin embargo de atractivos, pues desde él se contemplaba un panorama imponente y hermoso: a derecha e izquierda, rocas cortadas a pico y dominando horrorosos precipicios, medio ocultos por rústicas y enmarañadas arboledas; a los pies del espectador la populosa ciudad de Bogotá, y a continuación de ella el vastísimo valle que con el nombre de Sabana se extiende por el espacio de seis leguas, con una superficie de 150.000 hectáreas. El santuario fue con el tiempo trasladado a otro lugar; actualmente, en el sitio primitivo de la invención de las imágenes, no existe, para recuerdo, más que una sencilla cruz, a cargo de la *Cofradía de Nuestra Señora de la Peña*.

IV

¿Por qué motivo el Santuario cambió de lugar? Luego de descubiertas las santas imágenes, se pensó en construir un templo suntuoso en el lugar de la invención; pero el sitio era tan estrecho e inadecuado para este objeto, que apenas se logró elevar allí una modestísima capilla. Sin embargo, las continuas peregrinaciones y la afluencia de gente piadosa que acudían no solamente de Bogotá sino de otros varios puntos del virreinato, sobre todo después que el Arzobispo dio su sanción al hallazgo maravilloso, hicieron palpar que el templo era completamente inadecuado para su destino; por lo que uno de sus capellanes, el celoso Presbítero D. Dionisio Pérez, de acuerdo con la autoridad metropolitana, proyectaron la construcción de un nuevo santuario más capaz y hermoso, en sitio amplio y más al alcance de las peregrinaciones piadosas; para todo lo cual se contaba con 4.000 pesos y bastantes materiales colectados por los primitivos capellanes. Este proyecto no pudo realizarse porque la opinión pública le fue adversa. Para que se llevara a debido efecto fue necesario que interviniese el Cielo de manera clara y manifiesta, lo que aconteció así. En el transcurso del año 1714 se desencadenó

repentinamente una violentísima tempestad, una verdadera tromba que recorriendo airada gran parte de la cordillera, envolvió el cerro en que se asentaba la santa capilla, y con sus torbellinos la desquició de modo que no quedó de ella ni escombros, en el brevísimo espacio de cinco minutos, pues todo fue arrojado en los hondos precipicios que circundaban al Santuario. A pesar de la catástrofe el animoso Sr. Pérez no se desalentó, y creyó llegado el caso de trasladar el templo a otro lugar más cómodo; pero nuevamente tropezó con la oposición tenaz del pueblo, y hubo de resignarse a reconstruirlo en el mismo sitio, aunque no con la suntuosidad que deseaba.

No pasó de esto mucho tiempo cuando, en vida del mismo, aconteció en la capilla un ruidoso portento; y fue que una tarde, esto es, en pleno día, al principiar el rezo del rosario, a vista de treinta personas, entre ellas el capellán, la sagrada imagen de la Virgen pareció entristecerse súbitamente, y derramar lágrimas de sus ojos, de manera tan clara que todos los presentes testificaron con unanimidad el prodigio. Este duró bastante espacio, pasado el cual se serenó el rostro de la Santa Imagen, y se cubrió de un tinte rosado, mientras en sus labios se dibujaba una dulce sonrisa; finalmente apareció en torno de la estatua un círculo de fuego que despedía rayos luminosos en todas direcciones, y la Santísima Virgen apareció resplandeciente como el sol, y circundada de una aureola de gloria: fenómeno sobrenatural que subsistió durante el rezo de una decena del rosario y el canto de las letanías lauretanas.

Indecible fue la emoción que experimentó todo aquel piadosísimo concurso, y más todavía cuando nadie podía entender lo que significaba aquel portento; pero el transcurso del tiempo vino a demostrar que todo aquello era una profecía de lo que había de realizarse en breve. El 8 de Mayo de 1716, cuando todo yacía tranquilo en el Santuario, y nadie podía ni sospechar la inminencia de la catástrofe, he aquí que las personas que cercaban la capilla, oyen en ella, a eso de las dos de la tarde un es-

pantoso ruido y ven que una espesa nube de polvo envuelve el edificio, y luego a éste completamente destruido, pues toda aquella maciza fábrica de cal y canto, con su cubierta de teja, en un abrir y cerrar de ojos se había venido al suelo, y no quedaban ni escombros, pues todos habían rodado por las pendientes del risco, viéndose abajo hacinados, en las hondonadas, ladrillos, tejas y demás materiales de construcción, despedazados por la caída.

Era manifiesto e indudable ya que el Cielo imponía la traslación del Santuario; así lo pensaron esta vez no solamente los prelados y capellán, que lo era todavía el celoso e infatigable Sr. Pérez, sino todo el pueblo. Bogotá se conmovió, y magistrados, nobles y plebeyos, todos prestaron generosamente su concurso para la construcción de un nuevo templo, si bien solamente provisional, pero en sitio más adecuado a su objeto, no tan distante del centro del virreinato, y de más fácil acceso; en cuanto al derruido Santuario el ascenso era penosísimo por las quiebras, riscos y breñales que a cada paso interrumpían el sendero. Quedaba todavía una grave dificultad por vencer, esto es: ¿y cómo se trasladarían las imágenes?... El acucioso capellán lo resolvió todo, con su acostumbrada actividad y no vulgar inteligencia, pues contrató a un hábil cantero, llamado Luis de Herrera, quien con industria y paciencia separó de la roca las estatuas benditas, divididas en tres bloques. Luego en una procesión solemnísima que se verificó el 30 de Noviembre del mismo año, a la que concurrió toda la ciudad de Santa Fe, fueron aquellas conducidas triunfalmente al lugar donde descansan hasta hoy, no sin que se verificaran en el trayecto varios lances felices y oportunos que fueron considerados, por algunos, como milagrosos.

V

Hemos advertido que la capilla a que fueron trasladadas las imágenes era solamente provisional; en seguida el benemérito e infatigable Sr. Pérez, con su actividad

y celo acostumbrados acometió la ardua empresa de construir un grandioso templo, que en alguna manera fuese digno de la Reina del Cielo, y estuviese más en armonía con la fe y ardiente piedad de lo bogotanos. En seis años quedó concluida esta obra y vino a ser uno de los templos más suntuosos no solamente de la capital, sino de todo el virreinato. Ese lugar bendito se trasformó en centro de fervientes y numerosas romerías, de manera que constantemente era allí visitada la Madre Santísima de Dios, no solamente por los habitantes de Bogotá, sino por romeros que iban allá hasta de Venezuela y el Ecuador. Se erigió con autorización de la Santa Sede una devotísima Cofradía, la que tenía facultad de usar un escapulario azul en honra de *Nuestra Señora de la Peña*. En una palabra: después del Chiquinquirá, el Santuario de la Peña vino a ser uno de los más célebres y concurridos en toda Nueva Granada: allá iban los arzobispos, virreyes, magistrados y todo el pueblo granadino a implorar los beneficios del Cielo, mediante la poderosa intercesión de la Madre Santísima de Dios.

Pero precisamente cuando este afamado Santuario había llegado al más alto punto de su gloria y esplendor, sobrevino su ruina. Los próceres de la Independencia habían subido también al Santuario de la Peña a encomendar al Cielo el buen éxito de su ardua y peligrosísima empresa, esto es, la emancipación de su Patria de la dominación española. Súpolo el gobierno colonial, y primeramente la Real Audiencia de Bogotá, y luego el feroz Morillo ordenaron la clausura del templo bajo severísimas penas contra los que se atreviesen a subir a él. A continuación vino el largo y azaroso período de las guerras de Independencia con todo su obligado séquito de muerte y devastaciones; a consecuencia de todo lo cual el Santuario de la Peña cayó primeramente en olvido, y luego se convirtió en un hacinamiento de ruinas.

Por los años de 1897 el Ilmo. Sr. Dr. D. Bernardo Herrera, dignísimo y piadosísimo Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, que tanto trabajó por propagar en su Patria el culto de la Santísima Virgen, concibió el pro-

pósito de restaurar el Santuario de la Peña y nombró capellán de él al celoso y emprendedor presbítero Dr. D. Rosendo Pardo, quien desde luego se dedicó a hacer publicaciones que recordasen al pueblo bogotano las glorias de aquel histórico templo; en seguida empezó a reparar el edificio casi enteramente derribado, y a construir hospederías y casa para los capellanes; a plantar en los contornos bosques y jardines, y sobre todo a promover fiestas y peregrinaciones de tal trascendencia y magnitud, que en pocos años volvió el arruinado templo a ser de nuevo un gran santuario de Colombia, a donde en apiñadas multitudes van hasta hoy los hijos de esa católica nación a pedir a Jesús, María y José el remedio de sus particulares necesidades y la paz y la prosperidad de su Patria. Pero ninguna de esas peregrinaciones puede compararse con la del 8 de Septiembre de 1902, que revistió tan grandiosa solemnidad, que eclipsó a cuantas otras se habían hecho en los siglos precedentes; asistieron a ella el Presidente de la República, el Arzobispo Primado, y cincuenta mil personas de todas clases y condiciones sociales.

La Madre Santísima de Dios, Medianera universal ante el trono de la Divina Misericordia, ha manifestado en todo tiempo ser el amparo y refugio no solamente de individuos particulares sino de ciudades, reinos y pueblos enteros que la reconocen y proclaman su soberana y Reina; la advocación de *Nuestra Señora de la Peña* es un elocuente testimonio de esta verdad. La Reina del Cielo es también Reina nuestra, y es la esperanza más sólida y firme de cuantos acuden a su poderosísimo valimiento, e imploran su poderosísima protección con confianza, perseverancia y amor.

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(Popayán)

Popayán es una de las ciudades más importantes de Colombia, por su antigüedad, los grandes hombres que han dado al Estado, y la influencia decisiva que, en todo tiempo, ha ejercido en la marcha de la república. Nativos de ella fueron el sabio Caldas, el arzobispo mártir Ilmo. José Manuel Mosquera, Arboleda y otros personajes célebres en esa nación. A pesar de los esfuerzos que han hecho para descatolizarla algunos de sus hijos extraviados, como el famoso general D. Tomás Cipriano Mosquera de triste memoria, Popayán ha persistido siempre firme en su antigua fe, y hoy está condecorada con una sede arzobispal. Debe, en gran parte, la conservación de sus creencias religiosas a su ferviente devoción al Rosario, que generalmente es rezado con gran piedad y exactitud en la mayor parte de las familias católicas de la ciudad; y esta devoción preciosa se conserva en ella muy floreciente por el culto constante que rinde, desde su origen, a una hermosa imagen de la Santísima Virgen del Rosario, que es invocada con el hermoso título de la *Reina de Popayán*.

Fue fundada esta ciudad en 1536, por Belalcázar, uno de los primeros y más atrevidos y aguerridos tenientes del conquistador del Perú, D. Francisco Pizarro, y se la dio por Patrona a la Sma. Virgen en el misterio de su Asunción, de modo que desde entonces se la llamó: "Asunción de Popayán". Esta última denominación es un recuerdo de *Popayán*, el último cacique o régulo indígena de la comarca, al tiempo de la conquista española.

Entre los conventos levantados en la naciente colonia el primero fue el de Padres Predicadores, quienes dedicaron su iglesia a Nuestra Señora del Rosario. En 1588, algunos vecinos de la nueva ciudad, españoles, nativos de Vizcaya, regalaron al templo la hermosa estatua de ese título, "Imagen de bulto de Nuestra Señora del Rosario. En 1588, algunos vecinos de la nueva ciudad, españoles, nativos de Vizcaya, regalaron al templo la hermosa estatua de ese título, "Imagen de bulto de Nuestra Señora del Rosario, declaran los donantes, en un documento conservado hasta hoy, hecha y labrada en los reinos de España, visto que en el dicho monasterio (de Santo Domingo) no había imagen de bulto (de la Reina del Cielo) concertaron la hechura de ella en trescientos ochenta pesos de oro de a veinte quilates". Esta es la hermosa imagen de María, venerada con singular devoción en Popayán, hasta nuestros días, y a la que se honra, cada año, con solemnísima fiesta en la domínica de Octubre.

La santa efigie se conserva, cuidada con gran esmero en su respectivo camarín, y no se la saca de allí casi nunca, si no es en tiempo de grandes calamidades públicas, como terremotos o mortíferas epidemias, y entonces la Emperatriz de la Gloria ha manifestado más de una vez el poder de su intercesión haciendo cesar repentinamente dichas calamidades, y derramando a su paso, en los campos y ciudades por donde ha sido llevada en solemnísima procesión, las más copiosas y preciosas bendiciones, sobre cuantos la han invocado con fe, confianza y amor; por lo cual es proclamada universalmente por todas las clases sociales, sin distinción, como la Reina de Popayán.

El Rosario salvó al mundo católico de la inminente ruina que le preparaban las sectas de entonces, especialmente la herejía de los Albigenses; él le salvará de la no menos espantosa catástrofe a que quiere hoy empujarle el Socialismo. Las creencias católicas se conservaron en el Japón en los descendientes de los Mártires, por el rezo constante del santo Rosario; por él resiste

el Catolicismo en la mayor parte de las repúblicas de la América Española, peleando denodadamente contra los furiosos embates de la Masonería, el Radicalismo (de los gobiernos) y las sectas protestantes; por ahí se puede entrever cuán sublime y excelsa es la misión del Rosario en el Nuevo Mundo. He aquí por qué el Cielo ha multiplicado sus portentos en favor de esta devoción admirable; bástenos decir que son ya muchas las imágenes de Nuestra Señora del Rosario, coronadas con autorización de Roma en nuestro Continente austral: Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, en Chile; Nuestra Señora del Rosario de Córdoba en la Argentina (1); Nuestra Señora del Rosario de Lima, en el Perú; Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, en Colombia; quizás también, dentro de poco, Nuestra Señora del Rosario de Cuenca, en el Ecuador.

(1) En la misma república han sido también coronadas Nuestra Señora del Rosario de Río Blanco, y Nuestra Señora del Rosario de la Nueva Pompeya.

NUESTRA SEÑORA DE LAS GRACIAS DE TORCOROMA

I

Ocaña es una ciudad de segundo orden en la actual república de Colombia; tiene alrededor de doce mil habitantes, y está situada entre el río Magdalena y los territorios del Zulia de Venezuela, a 595 kilómetros de Bogotá, y a la altura de 1.165 metros sobre el nivel del mar; en lo eclesiástico pertenece a la diócesis de Santa Marta, y en lo político al departamento de Santander. Es muy conocida en la historia de la gran Colombia, por haberse reunido en su recinto la por este motivo, denominada *Convención de Ocaña;* pero es mucho más célebre todavía por guardar en uno de sus templos la preciosa imagen de *Nuestra Señora de las Gracias de Torcoroma,* de que vamos a ocuparnos ahora. Fue encontrada del modo más raro, singular, o para hablar con la debida exactitud, maravilloso, el año de 1710; y apenas había transcurrido medio siglo, cuando en 1778, se dio a luz por la prensa, con las debidas autorizaciones, la noticia de su invención y milagros por el celoso sacerdote D. Joaquín Gómez Farelo; autor contemporáneo de los hechos que relata, y que merecen, por lo mismo, entero crédito.

II

A principios del siglo XVIII, habitaba en Ocaña una honrada familia de labradores, cuyo jefe era D. Cristóbal Melo, que tenía en estado ya de cosecha una sementera de caña de azúcar. Para extraer de ella el precioso jugo y convertirlo en mieles, le hacía falta un recipiente que, como era costumbre entonces, se labraba en for-

ma de canoa, del tronco de algún árbol que fuese a propósito para ello. Con este fin envió D. Cristóbal a dos robustos mozos, hijos suyos, José y Cristóbal, al vecino cerro de Torcoroma, en que tenían al escoger leños de todas especies y dimensiones, y tales como podían desearlo. Partieron, pues, animosos los dos jóvenes a realizar su empresa; se internaron en el bosque, lo recorrieron a derecha e izquierda, y siendo ya como las tres de la tarde, salieron a una meseta, para descansar allí un tanto de la fatigosa labor; pero este reposo fue sólo momentáneo, pues luego divisaron al frente un árbol corpulento y adecuadísimo para la obra que intentaban realizar. Acercáronse a él y quedaron gratamente impresionados viéndole cubierto de bellísimas flores de un rojo escarlata, que despedían una exquisita fragancia, siendo así que estaban en Agosto y la estación no era para flores. Sin más vacilaciones, toman sus hachas, acércanse al gigante de la selva y lo derriban, pero con tan mala suerte que el árbol cortado se fue cuesta abajo, y se desplomó en lo profundo de un precipicio; y como estaba ya muy avanzada la tarde, resolvieron tornar al hogar, para al siguiente día constituirse en el mismo sitio y continuar su faena. Eso sí no descuidaron de llevar consigo varios ramilletes de aquellas hermosas y fragantísimas flores, y aun astillas desprendidas del tronco, pues hasta la madera de aquel árbol singular despedía de sí un perfume delicioso. La familia toda se congregó a escuchar el relato de lo acontecido en ese día, y todos admiraron el primor de las flores y la suavidad balsámica que de ellas y de los diminutos fragmentos del tronco se exhalaba.

Pocos días después José y Cristóbal, acompañados esta vez de su padre, ascendieron nuevamente al cerro para proseguir su labor; por segunda vez recorrieron el bosque por sí podían dar con un árbol mejor que el que se les había escapado de las manos, y como no lo encontrasen, se resignaron al fin a labrar el mismo que tenían cortado, bien que descendiendo al fondo de la sima donde estaba caído. Van, pues allá con sus hachas, y a los primeros golpes que descargan en el madero, rómpese

la corteza y aparece tras ella una cavidad, y dentro un cofrecillo misterioso. Con la sorpresa y admiración que ya puede suponerse, lo toman en sus manos, lo abren, y encuentran dentro de él ¡oh prodigio! una pequeña imagen de la Santísima Virgen, esculpida en bajo relieve. Dícese que al dar el primer hachazo en el tronco, se ostentó sobre él una luz resplandeciente. El que lo dio fue José y el que tomó el cofre en sus manos y lo abrió fue Cristóbal, el padre de aquella dichosa familia. Con la maravillosa invención de la pequeña estatua de la Madre de Dios, olvidáronse de todo, y llenos de júbilo dejaron el cerro y descendieron inmediatamente a su casa, rezando en todo el trayecto el santo rosario. Llegados al hogar refirieron lo que acababa de sucederles. La casa se llenó muy pronto de gente piadosa y de curiosos, y la mansión de los Melos se convirtió desde entonces en un oratorio donde alternaban constantemente el rezo del santo rosario con los cánticos piadosos y alabanzas a María.

He aquí los hechos: ¿cómo explicarlos?... Atribuirlo todo a un milagro no sería acertado ni prudente. A los principios de la conquista de Nueva Granada por los españoles, estos, como gente de veras cristiana, llevaban de ordinario consigo alguna pequeña imagen de la Sma. Virgen, y como gran parte de ese territorio colonial, especialmente las tierras contiguas a la costa, lo poblaban indios feroces, aguerridos y hasta caníbales, es muy probable que algún peninsular, creyente y piadoso, viéndose atacado por los indios haya depositado el cofrecillo con la joya celestial que encerraba, en la cavidad expresada del árbol, el que al continuar creciendo y llegar a su pleno desarrollo, unió los bordes de la corteza, y cerró la entrada, con lo cual quedó allí la santa imagen, olvidada para siempre, por muerte acaso prematura del dueño u otra causa semejante. Bastante parecida a esta es la historia de Ntra. Señora de Andacollo en Chile. Lo verdaderamente extraordinario, respecto de la imagen que nos ocupa, es el modo singular y maravilloso de su invención.

III

Esta efigie de la Sma. Virgen es una pequeña estatua en madera que representa a la Inmaculada Concepción, con el rostro y la mirada levantados al Cielo, y las manos unidas devotamente ante el pecho, algo así como Ntra. Señora de Luján, Ntra. Señora de Caacupe, y otras muchas veneradas en América. La estatua es pequeñita, mide solamente 18 centímetros de altura; es muy piadosa, aunque no muy artística, dicen los que tratan de ella, y la describen. El cofrecillo ofrece la curiosísima singularidad de que la cubierta o tapa de él, que está en contacto inmediato con la santa imagen, está vaciada a modo de un molde perfectísimo de aquella, a tal punto que sirviéndose de él, han sacado en yeso copias muy exactas de Ntra. Señora de Torcoroma que, en otro tiempo, se han distribuido copiosamente en varias regiones de América y hasta en España.

Desde la feliz invención de la santa efigie, la pobre mansión (1) de los Melos se convirtió no solo en oratorio sino en teatro de insignes maravillas del Cielo. Una infeliz mujer que hacía días batallaba con la muerte, a consecuencia de un parto dolorosísimo y difícil, por habérsele muerto el feto en el vientre, invocó a Nuestra Señora de Torcoroma, se hizo llevar la imagen, la besó devotamente, y al instante se verificó el desembarazo, con lo que pudo recobrar la salud y la vida. Una india ciega recuperó la vista, perdida completamente hacía mucho tiempo, con sólo aplicarse a los ojos algunos pétalos de amapola que habían tocado a la estatua prodigiosa. Un agonizante que sufría horriblemente, víctima de un cólico miserere, invocó con fe y piedad a la Santísima Virgen, y en el acto quedó curado y sano. Con estos y otros innumerables hechos semejantes se acrecentó la fama de la santa imagen de modo que ya no solamente de Ocaña y los pueblos circunvecinos, sino de lugares muy distantes acudían a Nuestra Señora de Tor-

(1) De **choza** la califican las informaciones.

coroma, implorando su omnipotente mediación en todas las necesidades, enfermedades y miserias de la vida; no contentos con venerar la portentosa efigie iban en peregrinaciones numerosas al lugar de su invención, y se llevaban flores, hojas y astillas del árbol en que fue hallada, pues aun por medio de estos objetos, alcanzaba la piedad sencilla del pueblo favores insignes de la Madre de Misericordia. Y como ya no quedasen restos de aquel árbol singular, apelaron a las raíces que habían quedado de él, y entonces aconteció otra maravilla, y fue que debajo brotó de repente un copioso manantial de aguas limpias y cristalinas las que aplicadas a los enfermos obraron también estupendas curaciones.

Mientras tanto los Melos se habían encerrado en un receloso silencio, y nada de lo ocurrido hasta entonces habían puesto, como debían, en conocimiento de la autoridad eclesiástica. En esas circunstancias era párroco de Ocaña el respetable sacerdote Dn. Diego Jácome Morineli, y como por momentos se difundía y dilataba más y más por todas partes la fama de la santa imagen y de los prodigios realizados por ella, y hubiesen transcurrido ya seis meses desde su admirable invención, el prudente sacerdote juzgó llegado el caso de intervenir en el asunto, como representante de la autoridad eclesiástica de la Diócesis: ordenó, pues, que ante él se presente Don Cristóbal Melo con la estatua y todos sus accesorios, y abrió una indagatoria en que, bajo la gravedad del juramento, testigos oculares y abonados declarasen todo lo que les contaba o sabían al respecto. El resultado de estas informaciones fue que D. Cristóbal Melo, sus hijos José y Felipe y otras muchas personas, que habían presenciado las maravillas realizadas en la invención de la imagen y los prodigios obrados por ella, declararon con grande uniformidad, como testigos oculares, lo que habían visto y presenciado. El ilustrado párroco dictó entonces la siguiente resolución: "hasta nueva orden, Cristóbal Melo puede conservar en su poder la pequeña estatua de la Virgen encontrada en el monte Torcoroma y exponerla a la veneración de los fieles".

IV

Esta aprobación, aunque no definitiva, sino solamente provisional, del culto de la santa Imagen, lo acrecentó en gran manera, pues, acudían de todas partes, aun de las más distantes, a venerar la sagrada efigie de María, e implorar sus favores. Creciendo más y más la fama de ésta, el Obispo de Santa Marta, que a la sazón era el Ilmo. Sr. D. Fray Antonio Monroy y Meneses, avocó la cuestión a su tribunal; se trasladó a Ocaña, examinó de nuevo a los testigos que habían declarado en la primera información, y asegurado, cuanto era posible, de la verdad de ella, aprobó con autoridad episcopal el culto de la santa imagen, y ordenó que esta fuese traslada a la iglesia parroquial de Ocaña, hasta que se construyese una capilla en honor de la milagrosa efigie, en el lugar donde había sido encontrada, contiguo al sitio donde había brotado el prodigioso manantial.

Todas estas resoluciones del Prelado se cumplieron exactamente. Pascuala Rodríguez, esposa de Cristóbal Melo, fue la que más sintió desprenderse de la pequeña escultura de la Virgen; pero ante la orden expresa del Prelado no vaciló un punto, y resolvió cumplirla inmediatamente. Iban ya a trasladar la imagen a la iglesia parroquial, pero sin pompa ninguna, cuando de repente se armó una furiosa tempestad con truenos y rayos espantables que a todos pareció como indicio de la indignación del Cielo por aquel como desacato con que trataban a la Sma. Virgen. Retardaron, pues, la traslación por algunos días hasta que pudieron realizarla en medio de una solemnísima procesión, en que tomaron parte todos los habitantes de Ocaña y sus alrededores.

V

Hemos dicho ya que la efigie de Nuestra Señora de Torcoroma es una estatua pequeña que mide solamente unos 18 cm. de altura; es obra ciertamente piadosa y devota, pero no de primor artístico; por cuyo motivo dio

lugar a un hecho que sirvió no poco para acrecentar la popularidad y fama de la santa Imagen. Más de medio siglo después de la invención de ésta, fue a Ocaña, en 1786, el Sr. D. José Ignacio Cardona, Cura de Borotaré, investido con el cargo de Visitador Eclesiástico, por el Ilmo. Sr. Navarro y Acevedo, obispo de Santa Marta, para en su nombre y representación hacer la visita canónica de la parroquia de Ocaña. Entre los objetos que en cumplimiento de su delicado cargo, observó y examinó detenidamente el Sr. Cardona, fue uno de los primeros el simulacro de Nuestra Señora de Torcoroma y viéndolo tan pequeño y nada artístico, le chocó que la imagen ocupara el primer lugar de honor en el retablo principal del templo parroquial, y en presencia de todos los que asistían a la visita, que eran innumerables, ordenó que se quitara la estatua del altar mayor, y se la colocara en otro sitio menos honorífico. El párroco y los demás concurrentes replicaron que la efigie estaba colacada allí por orden del Obispo Monroy y Meneses, y que cuantos visitadores eclesiásticos habían venido a Ocaña habían ratificado esa misma orden. A estas observaciones repuso el Sr. Cardona: "todo eso puede ser así; pero si hubiese sido yo el primer visitador, no solamente habría mandado como lo hago ahora, relegar la estatua a un sitio secundario, sino la habría hecho quemar, porque no tiene las perfecicones debidas". Todos los presentes quedaron no sólo entristecidos, sino escandalizados, de oír tales expresiones de labios del visitador eclesiástico; pero al día siguiente fue debidamente reparado este escándalo. Ocurrió pues que habiendo ido el Sr. Cardona, después de la celebración de la misa a tomar su desayuno en casa de un pariente suyo, que habitaba en Ocaña, se vio atacado súbitamente, de la manera más inesperada, por un dolor vehementísimo de estómago que le puso en los umbrales de la muerte, a tal punto que los médicos que acudieron para asistirle se declararon impotentes para conjurar un mal tan extraño y violento. Entonces el Visitador Cardona recordó, mal de su grado, lo que había dicho el día anterior; arrepentido ya sinceramente de su falta quiso dar una reparación pública de ella. En presencia de todos los concurrentes pide con

lágrimas en los ojos perdón a la Santísima Virgen, de lo mal que se había expresado contra su devota imagen de Torcoroma, y le suplica con el mayor fervor que le alcance la salud. Toma entonces algunas gotas del agua milagrosa, e instantáneamente queda dormido. Cuando despertó, el mal había desaparecido, a tal punto que el Visitador fue por sus pies a la Iglesia de Ocaña, donde celebró una solemne misa de acción de gracias por el beneficio recibido. Para que la reparación fuese pública y duradera, en el acta de la visita parroquial dejó el Sr. Cardona constancia de este hecho, refrendándolo con su propia firma y la de las personas más principales que asistieron al acto. "De este caso, dice el historiador de Nuestra Señora de Torcoroma, el ya citado Sr. Farelo, fuimos testigos D. Diego Quintero, cura propio de estos pueblos circunvecinos, D. Rafael Peinado, D. Vicente Pieschacón y yo Joaquín Gómez Farelo, a quienes en los términos que llevo referidos, lo expresó el mencionado Visitador, y lo vimos con nuestros mismos ojos". Con todo lo cual no es fácil decir cuánto se ha acrecentado la fama y popularidad de la santa Imagen, y la devoción que le han profesado los pueblos en todo tiempo, hasta nuestros mismos días.

VI

La imagen de la Sma. Virgen, hemos dicho ya, es una escultura de bajo relieve, tallada en madera, y representa a la Reina del Cielo en el misterio de la Inmaculada Concepción, con las manos devotamente unidas al pecho, y hollando con los pies la media luna. La cubierta del cofrecillo, en que estaba encerrado el piadoso simulacro de María, está vaciado en su interior, en forma de molde, tan perfecto que con pastas de yeso u otras sustancias semejantes, aplicadas a aquel, se han obtenido copias exactísimas de la estatua maravillosa. Lo más singular es que esa misma cubierta, que desprendida del cofre fue obsequiada poco después de la invención, a la iglesia parroquial de Simiti, y que, hasta el día de hoy, se conserva encerrada en un soberbio relicario, en el altar de Nuestra Señora del Carmen, ha obrado

también muchos portentos, por lo cual es objeto de gran veneración para el pueblo, que la conoce bajo los títulos de *Nuestra Señora de Simiti, la Virgen de la Concepción o Nuestra Señora de la Tapita.* Celébrase cada año una espléndida y muy concurrida fiesta en su honor, el 15 de Diciembre, octava de la Inmaculada Concepción. Refiérense de ella muchas maravillas: aquí recordaremos una sola. Una venerable sacerdote, D. Juan Rodríguez, hallábase a punto de muerte, víctima de una fiebre perniciosa: dos días, o sea 48 horas seguidas, había permanecido en un profundo letargo, sin dar señales de vida, y sin que pudieran hacer nada en su favor dos facultativos que le asistían. Esto acontecía en Simiti, y la familia del enfermo no halló otro recurso que trasladar de la Iglesia la imagen milagrosa de la Santísima Virgen. Colocada en una habitación vecina a aquella en que estaba el agonizante, éste que en manera alguna podía ver ni darse cuenta de lo que sucedía, he aquí que repentinamente abre los ojos, y pide que se traiga junto a su lecho a Nuestra Señora de Simiti, y apenas la ve y la invoca, dice "estoy ya curado: la Virgen me ha sanado", y salta del lecho, en perfecta salud, contemplándolo atónitos y admirados todos los concurrentes, especialmente los dos médicos, que apenas podían creer fuese verdad lo que presenciaban.

Tan continuados y admirables prodigios exigían que el pueblo creyente erigiese un suntuoso templo en honor de Nuestra Señora de Torcoroma, y sin embargo, ¡cosa increíble! hubo tan grandes dificultades para ello, que solamente desde 1880 se ha puesto manos a la obra, pero con tal eficacia que hoy, a las faldas del monte Torcoroma, junto a la fuente milagrosa, se eleva un hermoso templo, aunque no de vastas dimensiones, a donde acuden, en todo el año, innumerables peregrinos, ya aisladamente, ya en compactas romerías, a implorar gracias y favores del Cielo, mediante la intercesión poderosa de la Virgen Santísima, que es invocada allí con los títulos de Nuestra Señora de Torcoroma, la Inmaculada Concepción y Nuestra Señora de las Gracias..

Este último título es debido a la piedad de uno de los últimos obispos de Santa Marta, el Ilmo. Señor Don Francisco Simón y Rodenas, de santa memoria, que considerando el sinnúmero de favores que en todo tiempo había dispensado a su Diócesis la Reina del Cielo, mediante su estatua de Torcoroma, elevó sus preces, para impetrar de la Santa Sede que concediera misa y oficio propios en honor de esa santa Imagen, a la que en adelante, por el motivo expresado, se le denominaría *Nuestra Señora de las Gracias de Torcoroma.* La Santidad de Pío X despachó favorablemente, y en toda su amplitud, la petición del celoso prelado, y desde entonces el santuario de ese título es uno de los más frecuentados y célebres que, en honor de la Santísima Virgen, tiene actualmente la república de Colombia.

SEGUNDA PARTE

El gran Santuario nacional de la república de Colombia dedicado a la Santísima Virgen es *Chiquinquirá;* la hermosa historia de la manifestación milagrosa que le dio origen; las repetidas informaciones recibidas por la autoridad eclesiástica, a raíz de la renovación maravillosa del cuadro de Nuestra Señora del Rosario; los magníficos y continuados portentos realizados desde entonces hasta nuestros días por la Santísima Virgen, mediante esa hermosa imagen; y hasta el suntuoso templo elevado en su honor y servido por una numerosa y brillante comunidad de religiosos dominicanos: todo eso ha contribuído para hacer de Chiquinquirá el santuario nacional de Colombia, y uno de los principales de la América Española, entre los dedicados a la Reina del Cielo.

Después de Chiquinquirá viene el de Las Lajas, y los otros de que nos hemos ocupado en la *Primera Parte* de este trabajo; ahora, en la *Parte Segunda,* vamos a dar una sucinta noticia de los otros santuarios mariales de la misma república, que podríamos llamar secundarios, porque su historia no es tan interesante como la de los anteriores; porque carecen de informaciones auténticas y fidedignas, y constan sólo de tradiciones populares más o menos merecedoras de crédito; o, finalmente porque no han alcanzado el grado de esplendor y popularidad de los anteriores.

Si bien todos los templos católicos son dignos de veneración y respeto, y aun la capilla más pobre dedicada al culto de la Santísima Virgen es acreedora a nues-

tra veneración y respeto; con todo, aquellos lugares benditos que ha elegido la Emperatriz de la Gloria, para que fuesen teatro de su compasión y misericordia en favor de los hombres, llaman justamente la atención de los desgraciados, y todos concurrimos a ellos como a sagradas piscinas donde se remedian todos nuestros males y dolencias. En cuanto a esos templos secundarios de la Virgen Santísima son innumerables, así en Colombia como en todos los pueblos católicos. Aquí nos ocuparemos únicamente de aquellos lugares benditos que por la afluencia de peregrinos, su renombre y el esplendor de las gracias sobrenaturales, alcanzadas frecuentemente en ellos, son centros extraordinarios de piedad y merecen llamarse verdaderamente *Santuarios de la Virgen Santísima.* El P. Mesanza, de la Orden de Santo Domingo, en su conocida obra acerca de "Nuestra Señora de Chiquinquirá", enumera los más afamados de esos templos en Colombia, esto es casi todos, de los que se ha dado noticia en este trabajo, y además el de "Manare en los Llanos, de La Candelaria en el Departamento de Boyacá, y el de Monguí en ese mismo Departamento".

LA NIÑA MARIA

(El Tambo)

Principiaremos esta *Segunda Parte* por dar una breve noticia de dos imágenes que, bajo el título de la *Niña María*, son grandemente veneradas en dos distintas regiones del extenso valle del Cauca.

La gran cordillera de los Andes se divide en tres ramales casi paralelos, en el territorio de Colombia; llámanse *Occidental, Central y Oriental,* según la posición que ocupan. Entre las dos primeras cordilleras y bañada por el río de su mismo nombre, está situada en el valle del Cauca, al cual pertenece, la importante parroquia del *Tambo,* de la arquidiócesis de Popayán. En un anejo humilde de esa parroquia, llamado *Las Botas,* se venera en una pobre capilla una hermosa imagen de la Santísima Virgen, bajo la advocación antedicha de *Niña María,* porque la representa en el misterio de su santa infancia.

Es Imagen muy afamada en todo el valle por el gran número de portentos que se le atribuyen, por los incontables romeros y peregrinos que acuden hasta de lugares muy distantes, para implorar la protección de la Santísima Virgen y buscar el remedio de sus necesidades.

Ese villorrio, aunque muy pintoresco por las hermosas arboledas entre las que está edificado, no cuenta más de quince familias, casi todas de negros o mulatos descendientes de las esclavos africanos, con los que en tiempos de la Colonia se laboraban las minas de me-

tales preciosos, abundantes en esa región. Estas gentes, aunque de escasos recursos, son, sin embargo sinceramente creyentes, y honran a la Niña María con cuanto tienen y lo mejor que pueden. La estatua de la Santísima Virgen es de 35 centímetros de altura; descansa sobre una media luna y es conservada en un decente camarín.

He aquí como describe a la santa Imagen un testigo de vista: "su mirada es dulce, su rostro de hermosura celestial, agraciado con una sonrisa encantadora, cual la de una amable niña. La túnica que le cubre, que es de seda recamada de oro, y su diadema incrustada de piedras preciosas, le dan un aspecto de Reina; al contemplarla tan ricamente ataviada, el piadoso peregrino eleva su pensamiento desde esa graciosa estatua hasta la sublime Emperatriz de cielos y tierra".

Ignórase por completo cuál sea el origen de esa santa Imagen, ni el motivo porque ha sido colocada en Las Botas; pero lo que todos saben es que la Santísima Virgen ha hecho de ese humilde lugar un centro privilegiado de sus gracias y bondades en favor de los mortales.

NUESTRA SEÑORA DE CALOTO

En el pueblo de este nombre, perteneciente a la provincia de Popayán, se levanta el santuario del mismo título donde es venerada una antiquísima imagen de la Santísima Virgen, bajo la advocación también de la *Niña María,* cuyo origen se remonta a los tiempos de la conquista española. He aquí la breve historia que de esta santa Imagen nos da el autor de la "Historia de la Conquista de Tierrafirme" citada antes en esta obra, fray Pedro Simón.

Caloto fue edificada primeramente en medio de las montañas de la cordillera central, esto es, la que va al medio de las tres de los majestuosos Andes, que dividen el territorio de Colombia de Norte a Sur. La nueva población se estableció en las hermosas faldas del monte Huila, conforme al plano que trazó para ello en 1643 el capitán español Juan Moreno, que dio al pueblo recientemente fundado el nombre de *Nueva Segovia.* Mas los habitantes de ella viéndose acosados incesantemente por las incursiones de los feroces salvajes Pijáos, viéronse en la necesidad de dejar la montaña y bajar a un ameno valle situado a orillas del río San Francisco. De lo cual resultó que quedaron establecidos dos pueblos llamados, el uno *Caloto Arriba,* y el otro, *Caloto Abajo.* Poco después mancomunados los crueles Pijáos y los indomables Paeces atacaron a las dos nacientes poblaciones. A la primera, esto es, a la de Arriba, la arrasaron por completo, matando sin piedad a cuantos moradores encontraron en ella. Lleváronse consigo, eso sí, a los niños, y una devota imagen de la Santísima Virgen, venerada en una rústica capilla de la población arruina-

da, bajo el título de la Niña María, y además la campana colocada en la entrada del templo, y que servía para llamar a los colonos a las funciones piadosas que se celebraban en él. Entonces se verificó un portento de que da noticia fray Pedro Simón en los siguientes términos:

"Para desfogar los salvajes su rabia pretendieron hacer pedazos la campana con hachas de hierro, pretensión que les salió fallida, pues por entre las cisuras causadas en el metal de la campana por los golpes repetidos del hacha, aparecieron gotas de sangre, por lo cual intentaron destruirla por el fuego, de que viéndose también defraudados la echaron en una quebrada profunda, donde desapareció entre las rocas lanzando sonidos plañideros. Cuando se desencadenaba una tempestad, el lúgubre tañido de la campana llegaba a los oídos de los indios, los cuales se alejaban espantados. Momentos después cesaba la tempestad". Se hizo tan célebre este prodigio, no solamente en estas regiones de América, sino hasta más allá de los mares, que en España llamaban *calotos* a los metales que llevaban de aquí, y que con mucha frecuencia se hallan en los sepulcros de los aborígenes, y semejan algo así como fragmentos de una campana rota.

Cuando los salvajes descendieron a la *Nueva Caloto,* los habitantes de ella que sabían ya lo ocurrido en la primitiva población de ese nombre, salieron armados al encuentro de los atacantes, y después de un reñidísimo combate los derrotaron por completo y los pusieron en vergonzosa fuga. Entonces los caloteños resolvieron restaurar la iglesia y parte de la ciudad destruida, y para ello fueron en demanda de lo que los Paeces les habían arrebatado, y lo primero que encontraron fue la campana. Dícese que la fundieron para hacer una nueva, la que con gran pompa y regocijo colocaron otra vez en el campanario del templo reconstruido. Lo que sobró de la fundición conservaron como reliquias en una arca cerrada con dos llaves.

Fray Pedro Simón añade que antes de estos sucesos, "caían de ordinario muchos rayos en Caloto, pero que cesaron desde que la campana volvió a entrar en esa población, y que la tañían en apuntando la armazón de nublado y tempestades de donde fueron tomando devoción de quitar algunos pedacitos menudos y ponerlos en la cabeza de la lengüeta de pequeñas campanillas que se hacen de todos metales, que con sólo tener este pedacito de esta campana, experimentan el mismo efecto de desvanecer nublados, tocándolos los que los traen consigo: algunas de estas he visto y me certificaron personas de crédito les ha sucedido esto que está muy admitido por estas tierras y las del Perú".

Sin embargo no era la campana la joya que principalmente, y de preferencia, buscaban los habitantes de Caloto; lo que avivaba sus anhelos y encendía su fervor era el ansia de encontrar la pequeña imagen de la Virgen Santísima que les había sido arrebatada. Búscanla por todas partes, y ¡oh portento! la encuentran al fin colocada por los mismos salvajes en un nicho rústico, labrado en la peña, y circundada de flores silvestres. Según explicaron los mismos bárbaros, cuando fueron ya convertidos a la fe católica, la causa porque esos furiosos rindieron a la santa Imagen aquellos homenajes de respeto fue "por haberla visto circundada de una luz maravillosa y que la estatua lanzaba sobre ellos miradas terribles y amenazadoras".

Rápida, como un relámpago, se difundió por toda aquella comarca la noticia del feliz hallazgo. Inmediatamente aquellos creyentes y piadosos españoles organizaron la procesión más solemne y magnífica que les fue posible en su pobreza y aislamiento, y con las muestras del más grande regocijo condujeron triunfalmente a la santa Imagen, y la colocaron de nuevo en la rústica cabaña que le servía de templo. Desde donde, convertida ya la cabaña en más suntuoso edificio, no ha dejado la Reina del Cielo de prodigar sus favores a cuantos la invocan con piedad y confianza, hasta los presentes días.

La venerada Imagen representa a la Santísima Virgen en forma de una graciosa adolescente; no es ciertamente muy artística, pero es tal que infunde piedad y devoción a cuantos la miran; mide unos 22 cm. de altura, y a usanza española está vestida de sedas y brocados con gran riqueza y magnificencia. La corona que la ciñe es de oro macizo, la que tiene también su pequeña historia, que el autor de la Novena, en honor de la Imagen, la narra así: "el Sr. Juan Minota ejerció la profesión de minero, y como fuese escasísima o ninguna la utilidad que reportaba de su trabajo, ofreció a la Santísima Virgen hacerla una corona, si daba con un rico filón. En efecto, en breve halló lo que deseaba; y reconocido por el beneficio cumplió fielmente su oferta".

Sería tarea interminable y fastidiosa para los lectores referir el sinnúmero de gracias que la Niña María, o sea la Virgen de Caloto, dispensa diariamente a sus devotos y a los muchísimos peregrinos que van a visitarla; pero entre esos favores, merece mención especial el de que la población de Caloto, por una protección manifiesta de la Niña María, ha permanecido hasta hoy firme y denodadamente católica, a pesar de los continuos y furiosos embates que han armado y arman continuamente, contra la fe de ese invicto pueblo, los radicales colombianos. El 10 de Mayo de 1900 fue asaltado Caloto por un ejército de 3.000 radicales, provistos de armas de precisión y cuantos otros recursos podían desear; mientras tanto los caoloteños no contaban sino con 250 soldados, entre ellos una tropa de 50 niños; y con tan exiguas fuerzas sostuvieron un reñidísimo combate y pusieron en vergonzosa derrota a toda aquella frenética y aguerrida chusma de impíos: todo mediante la protección poderosa, manifiesta y visible de la augusta Reina de los Cielos, Patrona de esa población heroica y creyente.

NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS

(Almaguer)

Poco después de iniciada la conquista de esta parte de Sudamérica por los españoles, en 1551 fue fundada la ciudad de Almaguer, por Briceño, gobernador de Popayán. El motivo de esta fundación fue saberse que en un punto de la cordillera central, llamado Guachicono, situado entre Pasto y Popayán, abundaban minas de oro y plata; con el fin de hacerse de ellas, y dedicarse a la extracción de aquellos metales preciosos, organizó Briceño una expedición compuesta de cien hombres, al mando de Vasco de Guzmán, quien, sin necesidad de combates redujo fácilmente a su obediencia toda aquella comarca, habitada por la numerosa tribu de los Quillas, indios pacíficos y de costumbres más cultas y suaves que los demás aborígenes de esa misma región. Para someter más facilmente a estos indios, el gobernador expresado de Popayán fundó una villa, con el nombre de *San Luis de Almaguer*, en recuerdo del *Corral de Almaguer*, en España, patria de Briceño. La nueva población progresó rápidamente en los primeros años de su existencia, pues familias distinguidas, y los principales conquistadores, fueron a avecindarse en ella atraidos por la fama de los pingües rendimientos de las mencionadas minas, especialmente cuando se dedicaron hombres acaudalados, y con todos los recursos de la industria a su laboreo; sabiendo lo cual Felipe II elevó a Almaguer a la categoría de ciudad. El oro extraído de esos famosos yacimientos se contaba por millares; según informes jurídicos de aquella época, cincuenta millones de pesos en oro se llevaron de Almaguer para España.

Desgraciadamente tan asombrosa prosperidad se desvaneció como el humo, porque la opulenta población fue de súbito sacudida por horrendos terremotos. El de 1740 obligó a todos los habitantes a dejar sus casas, y buscar moradas provisionales en los despoblados, bajo toldos de campaña. Más desastroso todavía fue el terremoto de 1765 que redujo a Almaguer a un montón de escombros. Sin embargo de tan repetidas y lamentables ruinas ha sobrevivido el nombre de la desventurada ciudad en una reducida población de 700 a mil almas, que existe hasta nuestros días. Su situación es hermosa y pintoresca, por estar situada al pie de la colina de Belén que se apoya en uno de los contrafuertes de un nudo andino, a 2.700 metros sobre el nivel del mar, desde donde se descubre un vasto y hermoso panorama sobre el curso del río Patía.

Almaguer es muy nombrada por una bellísima imagen de la Santísima Virgen que, con el título *de los Milagros,* se venera en su iglesia parroquial, a donde acuden innumerables peregrinos en demanda de gracias y favores que dispensa allí, sin cuento, la Reina del Cielo, mediante aquella su prodigiosa imagen. Extractaremos aquí la descripción que hace de ella uno de los últimos párrocos de ese pueblo, el Sr. D. José Guevara. La Virgen Santísima está representada en pie, solamente de medio cuerpo, y de tamaño natural. Sostiene al Niño Jesús con ambas manos. El rostro de la dulce Madre es ovalado, de color de rosa, y revela una edad como de diez y seis años, y lo tiene inclinado hacia la derecha. El cabello lo lleva suelto, pero arreglado con gracia debajo de una toca de color carmesí. La túnica es de color ocre apagado, sembrada toda ella de florecitas doradas. El manto es de color azul turquí, recamado de oro también. Ciñe su frente de Reina una diadema igualmente dorada, y embellecida con brillantes estrellas. El Niño Jesús es muy gracioso, asiéntase en la mano derecha de su bendita Madre, envuelto en una mantilla blanca. En una palabra: todo el cuadro es piadoso, bello y artístico, y está pintado sobre tablas ensambladas de madera de fresno americano. Ignórase el origen de la santa

Imagen, aunque corren varias leyendas y tradiciones populares que, si bien son hermosas y poéticas, no se apoyan sin embargo sobre ningún fundamento histórico. Preténdese que este devoto simulacro de la Madre de Dios es el resultado de una transformación milagrosa muy semejante al de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Lo que es indudable y cierto es que la Virgen Santísima derrama de continuo singulares gracias y mercedes sobre cuantos le invocan con fe, en esta su preciosa Imagen de Almaguer; siendo por lo mismo, incontables los peregrinos que a diario la visitan. Como nadie se ha ocupado de recopilar los portentos obrados en Almaguer, no constan ellos de informaciones jurídicas, sino sólo de tradiciones populares. Háblase de enfermos que estaban a punto de muerte, y han recobrado súbitamente la salud, la cesación de calamidades públicas y otros mil favores semejantes. Recordaremos aquí solamente dos hechos, por ser de nuestros mismos días. Un labrador que tenía precisión de pasar al otro lado del río *San Jorge*, que corre junto a Almaguer, al intentar vadearlo, y hallarse ya en la mitad de su curso, fue de repente arrastrado por el ímpetu de las aguas, que en ese momento llegaban tumultuosas y crecidas. Iba ya a ahogarse, cuando invocó a la portentosa Imagen, y al punto fue arrojado sobre una enorme piedra que sobresalía sobre la corriente, y vino a ser su salvación. No menos maravilloso fue el modo como una tierna niña se libró de una muerte, al parecer inevitable. Sin saber cómo, viose precipitada, a vista de su madre, en el cárcavo de un molino; y a punto de ser despedazada por la rueda del mismo, la señora invocó con el más intenso fervor a la Virgen de Almaguer. ¡Oh prodigio! en ese momento llega un hombre, y como fuese a extraer de las aguas el cadáver de la niña que se pensaba estaría completamente desbaratada, encuentra a ésta sonriente y festiva, que había quedado sentada en una de las paletillas del rodezno, que había parado súbitamente en su vertiginoso movimiento. ¡Tan grandes y estupendas son de continuo las maravillas que la Virgen Santísima obra en favor de sus devotos!

NUESTRA SEÑORA DE CAQUIONA

Otro santuario de la Reina del Cielo, en Colombia, bastante frecuentado por peregrinos, es el de *Caquiona,* pueblo de indios, situado en una región montañosa y muy fría, contigua al páramo de Barbillas; calcúlase en dos mil el número de habitantes de esa extensa comarca, celebrados por sus costumbres cristianas y acendrada piedad. La principal riqueza de ese villorrio es una pequeña estatua de la Virgen Santísima con el Niño Jesus en brazos, venerada en su templo parroquial, desde remotísimo tiempo, bajo el título, del nombre del pueblo en que se conserva, de *Nuestra Señora de Caquiona,* a visitar la cual acuden muchas personas, ya separadamente, ya organizadas en devotas romerías, hasta de puntos muy distantes de la república.

Ignórase el origen de esta santa Imagen, ni cuándo principió su culto. Por una tradición conservada en las principales familias de esos indios, sábese que "fue encontrada en la hendidura de una pared de cierta choza vetusta, derruída y abandonada. La agraciada, a quien cupo la buena fortuna de hallarla, fue una pobre campesina llamada *María Quinayas,* indiecita inocente, candorosa y conocida de todos por su acendrada piedad". Es todo lo que se sabe acerca del origen de esta Imagen que se remonta quizás a más de doscientos años. "¿Cuál es la historia de sus gracias y portentos?... Es poco menos que imposible saberlo, porque han desaparecido todos los documentos". Lo único cierto es que la Virgen Santísima, mediante aquel devoto simulacro, dispensa innumerables gracias y mercedes a cuantos acuden a implorarlas, de su poderosa intercesión, en aquel piadosísimo santuario.

NUESTRA SEÑORA DEL PALMAR

Otra imagen de la Santísima Virgen, muy renombrada en el valle del Cauca, es la de *Nuestra Señora del Rosario del Palmar*, que se venera en la iglesia parroquial y matriz de la ciudad de Palmira, de la que es Patrona, su tesoro y su gloria. Principió a existir dicha población en 1722, y ha progresado de manera que cuenta actualmente veinte y cinco mil habitantes. Desde entonces, y aun mucho antes, ha sido célebre este precioso simulacro de la Reina del Cielo. Así aparece de sus libros parroquiales; en la primera partida de bautizos asentada en ellos se lee: "En la iglesia de la Madre de Dios del Rosario del Palmar, en *Llano Grande*, a 20 de Septiembre de 1722, el Doctor Vargas de Oviedo, como doctrinero, bautizó solemnemente, etc.". *Llano Grande* se llamaba el sitio donde se estableció la parroquia, que andando el tiempo se transformó en ciudad, a la que años después se llamó Palmira. Cuando era todavía un incipiente pueblo rural, hizo la visita pastoral del mismo el Obispo de Popayán, a cuya diócesis pertenecía el Ilmo. Sr. D. Fray Diego Francisco Fermín de Vergara, y en el libro de visitas pastorales, de esa parroquia, firmó este decreto, el 15 de Julio de 1737: "En cuanto que por manos de María Santísima bajan todos los bienes que Nuestro Señor Jesucristo nos reparte por su infinita bondad, mandamos, respecto que es Patrona de este lugar *Nuestra Señora del Rosario del Palmar*, y experimentan los fieles muchas piedades de su clemencia, mandamos que todas las noches se rece su santísimo[e] rosario, y concedemos 40 días de indulgencia a todas las personas que asistiesen en él, así cantado como rezado". Consta pues, por documentos auténticos y fidedignos, que

Nuestra Señora del Palmar era muy venerada por todos, y ya célebre por sus prodigios, así en 1722, como en 1737.

Pero, ¿cuál era el origen de esta santa Imagen, y desde qué tiempo principió a venerársele con cultos solemnes, y a ser visitada con frecuentes y numerosas romerías?... "Densas tinieblas, dice el autor de las apuntaciones que compendiamos en este opúsculo, envuelven la historia de Nuestra Señora del Palmar; hemos multiplicado nuestras indagaciones para dar con algún documento que nos dé noticia del origen de este simulacro de María, y nada hemos encontrado". Lo único que se sabe, por tradición conservada en el pueblo, es que los aborígenes que habitan esa región, tan luego como fueron convertidos a la fe católica, construyeron en el punto denominado El Palmar una rústica y muy pobre cabaña, donde colocaron un hermoso cuadro de Nuestra Señora del Rosario, que andando el tiempo tomó el nombre *del Palmar*, por cuanto aquella mísera capilla estaba situada en medio de un bosque de palmeras. El sacerdote que hacía de *doctrinero*, o párroco de aquel lugar, viendo que la cabaña primitiva, por pobre y destartalada, no era a propósito para que se guardase en ella una Imagen que cada día se hacía más célebre por la fama de sus portentos, y las innumerables personas que constantemente acudían allí a visitarla, resolvió construir una verdadera capilla en sitio más amplio y adecuado. Opusiéronse a ello los habitantes del Palmar, pero el párroco apeló al Obispo de Popayán, y con su autoridad se dirimió el pleito; la nueva Capilla fue edificada en *Llano Grande*, y a ella se trasladó la santa Imagen que hasta ahora conserva el título de *Nuestra Señora del Palmar*, por el campo en que fue primitivamente expuesta a la veneración de los fieles. Algunas leyendas que corren entre el vulgo acerca de su invención no merecen tomarse en cuenta, porque no se apoyan en ningún dato histórico digno de crédito, y manifiestamente son plagios, más o menos exornados, del origen maravilloso e histórico de otros simulacros de la Madre Santísima de Dios.

La descripción que de este cuadro célebre hace un ilustrado párroco de Palmira es la siguiente. El lienzo en que está la pintura al óleo es de un metro setenta centímetros de estatura: lleva al Niño Jesús en sus brazos y presenta a los fieles el santo rosario. Todos están conformes en que esta obra se debe a un muy diestro pincel español, porque ambas figuras, así la de la Madre Santísima como la de su divino Hijo, son hermosas, atractivas y dulces sobremanera. La Virgen viste túnica encarnada, y se cubre con un amplio y blanquísimo velo, por entre el cual se escapa su linda y abundosa cabellera. El lienzo está encerrado en un rico y ancho marco de plata bocelada.

Palmira, lo hemos dicho ya, es una de las ciudades de Colombia a las que aguarda un brillante porvenir, por la fertilidad de su suelo y su comercio cada día más floreciente y próspero. A la distancia de legua y media de Palmira, el viajero que, por ferrocarril, sale de esta población para Cali, atraviesa un llano extenso llamado de *Malagana*, cortado a trechos por bosquetes de árboles silvestres y alguna que otra palmera, restos de la antigua espléndida vegetación que hizo se diera a ese sitio el nombre de *Palmar*, que lo conserva hasta hoy, y que es el origen de la denominación de Palmira dada a la ciudad, y de la graciosa advocación de Nuestra Señora del Rosario del Palmar, que nos recuerda aquellas hermosas palabras de la biblia, que aplica la iglesia a la Virgen Santísima :"extendí mis ramas (esto es mi protección sobre cuantos imploran mi mediación) como una palmera de Cades y como un rosal plantado en Jericó".

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

(Bogotá)

Entre las más célebres imágenes de la Santísima Virgen, que se veneran en España, ocupa lugar preferente *Nuestra Señora de los Desamparados*, Patrona de la hermosa e importante ciudad de Valencia, cuya edificante historia podemos compendiarla así. En 1407, un santo y piadosísimo misionero de la Orden de la Merced, el bienaventurado Jofré fue a la ciudad indicada a predicar al pueblo; al pasar por una plaza vio con gran pena y desagrado que una turba de muchachos desalmados llevaban al centro a un loco, haciendo burla de él, y maltratándole sin piedad. Compadecido el misionero de la suerte de este desgraciado, y de otros varios que se hallarían en igual caso, exhortó con gran fervor y elocuencia a su auditorio, para que tuviesen caridad con tales infelices. Por resultado de esta fervorosa exhortación se formó en Valencia una *Cofradía*, con el título de *Nuestra Señora de los Inocentes*, que luego lo cambió por el de *Nuestra Señora de los Desamparados*, que se proponía socorrer, como lo hizo en efecto admirablemente, a los locos, niños huérfanos y toda clase de desgraciados que no hallan protección ni amparo en el mundo. La Santísima Virgen demostró en seguida cuán de su gusto era esta bellísima advocación, con estupendos y repetidos prodigios que hicieron famosísima a Nuestra Señora de los Desamparados, no solamente en España, sino también en Italia, Francia y otras regiones de Europa.

Cuando en 1492 fue descubierta América por Cristóbal Colón, los españoles trajeron al Nuevo Mundo la devoción a Nuestra Señora de los Desamparados, y la

propagaron en gran parte de sus colonias. El venerable y santo jesuita P. Francisco del Castillo fue apóstol de esta devoción en Lima, donde hasta nuestros días subsiste un bellísimo templo bajo el título de Nuestra Señora de los Desamparados. Otro templo, si no tan hermoso, pero muy concurrido, se le ha dedicado en Bogotá. También en Popayán se celebra anualmente, en honor de esta advocación, una suntuosísima fiesta, precedida de su novena. En el Ecuador no sabemos se haya erigido ningún templo en honor de Nuestra Señora de los Desamparados; pero, sí se ha dado este título a varias imágenes de Nuestra Señora del Rosario, de la Merced, etc. Ultimamente se ha hecho muy célebre en Cuenca la advocación de Nuestra Señora de los Desamparados, por cuanto un sacerdote valenciano, sin precedente ninguno, remitió a esta ciudad una hermosa copia de la célebre Patrona de Valencia, la que ha sido colocada en la iglesia de la Merced, donde es venerada con culto ferviente por todo el pueblo cuencano, a causa del sinnúmero de admirables portentos que a diario, obra la Virgen Santísima en favor de cuantos la invocan como a Madre y Protectora de Desamparados.

En Bogotá, como en Lima y en Cuenca, Nuestra Señora de los Desamparados ha hecho ostentación magnífica de su poder, favoreciendo en todo tiempo con singulares prodigios a cuántos la invocan bajo este título, tan de su agrado, principalmente a aquellos que son como el desecho de este mundo, y que carecen de todo amparo y protección de parte de los hombres. En prueba de ello, referiremos aquí un solo caso. En el periódico "La Sociedad", de Bogotá, el P. Héctor Hernández cuenta que cuando era solamente diácono, fue llamado a confesar a una moribunda, por un campesino que, viéndole con hábito eclesiástico, le tomó por sacerdote. Esto ocurría en la notable población de Facatativá. El buen diácono fuese al convento de Religiosos Agustinos de la villa, y comunicó lo que ocurría al P. Ruiz, y convinieron entre los dos que el P. Ruiz iría inmediatamente a confesar a la moribunda, y el diácono Hernández le llevaría el santo Viático. Así lo hicieron, y al llegar al lugarejo, a

donde les llevó el campesino conductor, dieron con una choza miserable y ruin, donde se hallaba en agonía una anciana que el día anterior había caído desgraciadamente en un precipicio, se había roto las piernas, y estaba ya a punto de muerte. La infeliz se confesó con las muestras de la más grande piedad, y declaró que gracia tan admirable debía a la Reina del Cielo, a quien siempre había invocado como Madre de Desamparados; recibió en seguida con gran fervor el sagrado Viático, y teniendo ya al Señor en su pecho expiró con gran dulzura y suavidad, dejando admirados, de tan extraordinaria gracia, a los dos ministros del santuario. En ese momento llegó un emisario a advertir que el conductor se había equivocado, pues la moribunda para quien se había pedido confesor y Viático, se hallaba a alguna distancia de allí. Van, en efecto, a esa otra choza tan pobre y ruin como la primera; encuentran en ella a otra anciana moribunda, sumida en la más extremada miseria, pero piadosísima y fervorosa, al par de la anterior; le administran los últimos sacramentos, y expira en seguida con la muerte envidiable de los justos; demostrando así la Virgen Santísima, que es verdaderamente la Protectora y Madre de cuantos desamparados y miserables la invocan con fe, amor y confianza.

NUESTRA SEÑORA DE LAS CALDAS

Entre las advocaciones españolas de la Virgen Santísima que pasaron a América en tiempos de la Conquista, es una de ellas la de *Nuestra Señora de las Caldas*, que equivale a *Nuestra Señora de las Aguas Termales*, con cuyo título hállase construido un pequeño pero hermoso santuario, en honor de la Emperatriz de la Gloria, en los montes Cantábricos, junto a un camino desierto y solitario que conduce de Santander a Burgos y Madrid. Precisamente por esta causa, los religiosos de Santo Domingo a quienes, por la respectiva autoridad eclesiástica, se había confiado el servicio espiritual de esa vasta y abandonada región, para llenar su cometido edificaron ese pequeño templo en honor de la Virgen Santísima del Rosario, que con el tiempo vino a tomar el título de *Nuestra Señora de las Caldas*, por hallarse junto a unos manantiales de agua termal.

El Ilmo. Señor Coruña, primer obispo de Popayán, que por haber fundado un convento de religiosas agustinas de la Encarnación, a cuya orden pertenecía el santo obispo, y que por haberlo hecho sin atenerse a las reglas despóticas y arbitrarias del ominoso patronato español, fue tomado y conducido preso a Quito, contra toda razón y justicia, implantó la devoción a Nuestra Señora de Caldas en el monasterio por él fundado. Andando los tiempos, las religiosas agustinas de la Encarnación fueron trasladadas al convento del mismo título en Quito, y el monasterio que ellas tenían en Popayán se halla ahora servido y ocupado por las religiosas francesas de *San José de Tarbes*. En la Capilla de dichas religiosas se conserva hasta hoy un lienzo de Nuestra Señora de las Caldas, traido a Popayán por el Ilmo. Sr. Co-

ruña, que es centro de mucha devoción en Popayán. Al pie de este histórico cuadro se lee la inscripción siguiente: "Verdadera reproducción de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de las Caldas, venerada en la iglesia de los Hermanos Predicadores, en Barrós, en el distrito y montaña de Santander (España). Su excelencia el cardenal Borja concedió cien días de indulgencia a los que recitaren la salve ante esta imagen y rogaren por la exaltación de la fe".

NUESTRA SEÑORA DEL CAMPO (1)

(Bogotá)

En un suburbio de Bogotá se levanta el antiguo y observante convento de Franciscanos Recoletos, en cuya iglesia, la de San Diego, es venerada, desde hace tres siglos, una célebre imagen de piedra de la Inmaculada Concepción, conocida con el título de *Nuestra Señora del Campo,* cuya breve, pero interesante historia, nos da el autor del opúsculo, a quien seguimos en este trabajo, en los siguientes términos (2).— "Consultando los monumentos de la antigüedad, sobre la advocación y origen de Nuestra Señora del Campo, no he podido hallar cosa más segura, sobre este particular, sino lo que literalmente paso a referir: *Nuestra Señora del Campo* está en el convento de Frailes Recoletos de San Francisco, nombrado San Diego, en la ciudad de Santafé (sic); es de piedra que delineó Juan de Cabrera para poner en la portada de la Cathedral, (donde está otra de la Concepción, como lo está, y dos admirables bultos de su mano,

(1) Hasta aquí, para escribir lo concerniente a los **Santuarios de la Virgen Santísima en Colombia,** nos han servido las curiosas apuntaciones del P. A. H.: lo que sigue es obra exclusiva nuestra, inclusive la conclusión. Para el presente trabajo tenemos a la vista la "Historia de la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Campo que se venera en la iglesia de San Diego de Bogotá, editada por el R. P. Rafael Almansa, ex—definidor de Recoletos franciscanos. 1916.— Bogotá. Imprenta de San Bernardo". La labor del P. Almansa se ha limitado a reproducir, esto es, a hacer una segunda edición de la obra del P. Fray Rafael de la Serna, de la propia Orden, publicada con el mismo título, también en Bogotá, en 1825.

(2) Copiamos este fragmento, con todas sus incorrecciones de lenguaje, tal como lo encontramos en la citada obra del P. Almansa. Este fragmento está tomado de las "Genealogías del Nuevo Reino de Granada" —por Juan Flores de Ocariz— impreso en Madrid en 1674.

de San Pedro y San Pablo), y por haber salido angosta de ropague, paró en alto o por ser la piedra dura la dejó informe y se echó al campo, y no conocida servía de puente en un arroyuelo, hasta que la mujeril piedad de la familia de Alonso López de Mayorga la recogió en el Oratorio de una de sus haciendas de campo cercana, en donde un religioso Recoleto, de esta orden y convento de San Diego, (comunmente llamado: *Dome a Dios*, por tener esto por continuo estribillo de su hablar), trató de que se perfeccionase, a que ayudó el fomento, y liberalidad devota, del Oidor Juan Ortíz de Cervantes, y se consiguió, quedando una imagen corpulenta, y hermosísima, con Capilla propia, desde el año de mil y seiscientos y veinte y nueve, y ha hecho milagros, con reconocimiento, que hay de algunos".— Este es el documento, que aparece más antiguo, sobre la advocación de Nuestra Señora del Campo, y al que debemos estar porque él se presta en los términos de la mejor seguridad".

En resumen: un hábil escultor, Cabrera, talla una imagen de la Inmaculada Concepción, en una piedra tosca, para colocarla de adorno en un arco de la catedral de Bogotá que se construía por los años de 1629; pero notando que la obra, a medio hacer, estaba desproporcionada para el fin que se proponía el arquitecto, arrojan el bloque, no bien tallado aún, en medio del campo. Después de yacer allí olvidado como cosa de menos valer, lo colocan de puente sobre una acequia, al paso de una vía pública; entonces, se dice, principiaron a verse, por la noche, algunos resplandores sobre la piedra, con lo cual algunas gentes piadosas advirtieron que estaba en ella esbozada una imagen de la Santísima Virgen. La familia Mayorga se hizo al punto dueño de ese fragmento de roca; valiéndose de artífices hábiles pulieron y perfeccionaron la escultura antes informe, y la colocaron en la capilla de una hacienda suya situada en el campo (1). La Santísima Virgen invocada, mediante este su devoto

(1) Probablemente por esta circunstancia, se habría dado a esta santa Imagen el título de **Nuestra Señora del Campo.**

simulacro, principió a derramar lluvia de gracias y bendiciones sobre cuantos acudían a su poderoso valimiento; sabiendo lo cual los religiosos del convento de San Diego obtuvieron fuese trasladada a su iglesia la portentosa Imagen, en honor de la cual el oidor Cervantes hizo construir dentro del ya expresado templo una bella y suntuosísima capilla, que ha venido a ser el trono de Nuestra Señora del Campo, y se ha convertido en uno de los centros de más piedad y devoción para toda la ciudad de Bogotá.

Atribúyense a esta santa Imagen innumerables portentos, realizados ya en favor de particulares, ya del pueblo en general, como la cesación de calamidades públicas, curaciones de enfermos, etc., por lo cual es llamada la *Milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Campo*.

La descripción que de ella se hace, en la obra que venimos citando es la siguiente: "Su altura es de un metro y ocho decímetros; descansa sobre una peana, de la misma piedra, de un decímetro o cuatro pulgadas de altura. Su actitud es la misma en que se representa de ordinario a la Inmaculada Concepción; tiene las manos devotamente unidas ante el pecho, y los ojos dulcemente inclinados hacia la tierra, en ademán de orar. La Imagen es toda pintada al óleo. La encarnadura del rostro es regular, y de un blanco mezclado de rosado, y es admirable que tenga una encarnadura tan bella en un pedernal tan áspero y nada a propósito para ser convenientemente pulido. La estatua está de pie sobre una media luna que se le adjunta, para que parezca que reposa en ella las plantas. Desde el principio personas piadosas contribuyeron a esta obra; con las limosnas que dieron se pintó el manto de azul turquí; la túnica de blanco recamada con hermosas bordaduras pintadas y, al parecer, de oro; fue encarnado el rostro y manos, y se dio a la Virgen una rica corona de plata dorada, y un velo carmesí, muy vistoso y rico. El Ilmo. Sr. Don Julián de Cortázar, Arzobispo de este Nuevo Reino, vino a este convento (de San Diego), bendijo a la Imagen, celebró la primera misa ante ella, y con ello se hizo la primera fiesta de esta advocación, con

la mayor devoción y solemnidad que pudo ser, ni se ha visto jamás en esta ciudad, ni en todo este reino".

De entonces acá el culto de Nuestra Señora del Campo se ha sostenido con todo brillo y pompa al par de la devoción de los fieles para con esta incomparable Madre, que paga con magníficos e incesantes beneficios los homenajes de fe y piedad que le rinden sus fieles hijos.

NUESTRA SEÑORA DE LA POPA (1)

"Cartagena de Indias, llamada así para distinguirla de la ciudad española del mismo nombre, es puerto de mar, y su bahía pintoresca, espaciosa y de buen fondo puede albergar cuantas naves acuden a su amparo. A poco más de una milla de la ciudad hay una colina que se llama *la Popa,* de 590 pies de altura, que los navegantes divisan desde muy lejos, y que es uno de los sitios preferidos de los viajeros porque desde su cima se disfruta de espléndidos panoramas. Los españoles la llamaron *Galera,* porque a la distancia semeja una galera sin mástiles, o sea el casco de una gigantesca embarcación de este nombre. La cara que mira al océano es como la popa de dicha nave, y de ahí el nombre con que ahora se le conoce. En la base han construido familias acomodadas hermosas quintas de recreo, donde pasan la estación del verano, y se ha formado un barrio con su respectiva parroquia titulado *Pie de la Popa.* La parroquia fue erigida en 1827. En la cumbre hay una ermita y restos de edificios abandonados".

"En el año de 1602 los Agustinos Recoletos, o descalzos, habían fundado un convento de su orden, en un sitio llamado La Candelaria, del Departamento de Boyacá, jurisdicción de Tunja". Uno de los religiosos creyó haber recibido aviso del Cielo para fundar otro convento de la misma Orden en Cartagena de Indias; los superiores no se negaron a ello, pero dieron largas al asunto.

(1) Extractamos de la muy conocida y afamada obra del R. P. Félix Alejandro Cepeda, intitulada **América Mariana**, Cap. XXVIII, la sucinta noticia que damos aquí acerca de esta célebre Imagen, antes muy amada y venerada en Cartagena de Indias, pero al presente bastante olvidada.

Algo más tarde se realizó al fin esa tan deseada fundación con algunos Recoletos Agustinos de santa vida, que se establecieron en la cima de la Popa, donde los indios adoraban un ídolo monstruoso llamado *busiraco.* El demonio que era quien recibía esos homenajes idolátricos, por medio de aquel simulacro, armó furiosas tempestades, y se valió de cuantos otros medios pudo para ahuyentar a los religiosos de ese sitio, y hacerles desistir de su propósito; pero ellos permanecieron firmes en su heroica resolución, y al fin lograron destruir al ídolo horrendo, derrotar al demonio y convertir a los indios que acudían a ese lugar.

Estos héroes de la fe llevaban en la Popa vida eremítica, austerísima y edificante: construyeron una modesta cabaña para capilla; en ella colocaron una devota imagen de *Nuestra Señora de la Candelaria,* que más tarde tomó el título de Nuestra Señora de la Popa, y en torno, y a alguna distancia de la capilla, construyeron para su habitación, como ermitaños que eran, reducidas y muy pobres chozas de ramaje. Con todo esto la Popa se convirtió en centro de piadosísimas romerías que iban a pedir a Nuestra Señora de la Candelaria remedio a las innumerables y variadísimas necesidades de esta mísera existencia terrestre. La Virgen Santísima mostró al punto su gran poder y clemencia impetrando de su Divino Hijo los más singulares prodigios en favor de sus devotos. Los navegantes, sobre todo, que desde el Mar Caribe divisaban dibujarse en lontananza la silueta de la Popa, se encomendaban con gran fervor y repetidas veces a Nuestra Señora de la Candelaria, y alcanzaron, por su mediación, muchas y admirables gracias del Cielo; con lo que Nuestra Señora de la Popa llegó a ser muy célebre en toda América.

Desgraciadamente durante el largo período de las guerras de la Independencia, Cartagena cayó de su antiguo esplendor y con ella la Popa. Los religiosos fueron expulsados en virtud de las leyes dictadas contra la Iglesia, por el tristemente célebre general Santander. El convento de Agustinos Recoletos que había reemplaza-

do a las primitivas cabañas de ermitaños de la misma Orden, fue deteriorándose paulatinamente, y al fin no han quedado de él sino ruinas; el pequeño santuario de Nuestra Señora de la Popa sigue el mismo camino, si con tiempo no se le repara como es debido. La célebre imagen de la Madre de Dios, aunque un tanto deteriorada, subsiste todavía y es visitada cada año por gente piadosa en las modestas fiestas que de vez en cuando se celebran en su honor. Esperamos que alguna alma ferviente y emprendedora acometerá la hermosa empresa de restituir la Popa a su primitivo esplendor, para mayor gloria de Dios y de su Madre Santísima y para incremento de la fe y piedad del católico pueblo de Colombia.

CONCLUSION

I

En la rápida visita que acabamos de hacer a los principales Santuarios de la Virgen Santísima, en Colombia, preséntanse de suyo algunas importantes reflexiones, en las que debemos detenernos unos instantes, para completar este trabajo.

Desde luego, al considerar las hermosas y singulares manifestaciones con que la Reina del Cielo ha favorecido, no solamente a Colombia, sino a toda la América Española, a más de los sentimientos de reconocimiento y gratitud que por tan insignes beneficios le debemos, surge la esperanza bien fundada de que, esta porción del Nuevo Mundo, al parecer, colocada bajo la poderosa protección de la Madre de Dios, no ha de perecer fácilmente para la Iglesia y Fe católicas, como sus enemigos lo anuncian victoriosos. No es un secreto para nadie que las sectas protestantes de la América del Norte hacen esfuerzos desesperados para implantar entre nosotros la destructora herejía de Lutero, extirpando de raíz el Catolicismo en toda la América Hispánica. Desgraciadamente cuentan para ello con el poderoso ariete de la Masonería universal, y con la impiedad propagandista de los modernos hierofantes, llámense *socialistas, radicales,* o con cualesquiera otras denominaciones. Por la inercia y desidia censurables de los católicos, y por las malas artes de los gobiernos liberales, aduéñanse aquellos perversos del poder público, se constituyen directores de los pueblos, y ponen todo su empeño en perseguir al Catolicismo y favorecer a las sectas disidentes.

En menos de un siglo se ha visto surgir en la América Española a innumerables déspotas y tiranos tan abominables como los peores de que hace mención la Historia Eclesiástica en toda la serie de los siglos desde la fundación del Cristianismo, tales como un doctor Francia, un Rosas, un Mosquera, un Rufino Barrios, y sobre todo un Plutarco Elías Calles, tirano de México, digno de ser colocado entre Domiciano y Decio, que en esta gran nación católica, en pleno siglo XX, ha suscitado la *Era de los Mártires*.

Otros tiranuelos, no de tanta monta como los nombrados, pero animados igualmente de furor sectario acumulan ruinas lamentables en estas regiones de América. Para ejemplo tenemos a la vista, en Bolivia, a Hernando Siles que ha emprendido una campaña sin treguas contra los establecimientos de enseñanza católicos de esa simpática nación, y que gasta los dineros de ella en implantar, por todas partes, escuelas y colegios protestantes. Con esto esos hombres insensatos son, a sabiendas, factores poderosos y eficaces de la descatolización de la América Española, y colaboradores decididos de la anexión de estas pequeñas Repúblicas al gran coloso del Norte. Háblase con frecuencia, en la prensa de *el peligro amarillo*, el *peligro negro*, etc., refiriéndose a la temible expansión con que, al andar de los tiempos, pueden chinos y negros presentar, para la hegemonía de la raza blanca en todo el mundo; y, sin embargo, todos esos peligros son todavía muy lejanos. El gran peligro que está a las puertas, y a nuestra vista es el *Peligro Yanqui;* es decir, la absorción de toda la América Española por la gran nación protestante de Estados Unidos; y de este último peligro no se percatan los gobiernos de la América Hispánica, ya que tratan de echar abajo la única valla de defensa que tenemos, que es la conservación del Catolicismo en nuestros pueblos.

Sin embargo, a pesar de todo lo que acabamos de decir, confiamos en la protección del Cielo, mediante la poderosísima intercesión de la Virgen Santísima, que esta región del Nuevo Mundo, tan favorecida con mani-

festaciones sobrenaturales por la Reina de la Gloria, como lo comprueba la historia de sus Santuarios, confiamos, lo repetimos, que la América Española no será, al menos en su totalidad, absorbida por el gran *Leviatán del Norte* (1). Dios es quien ha criado los pueblos y naciones para su gloria; quien ha fijado sus destinos en el tiempo; quien ha señalado sus límites; y quien vela por la realización de sus destinos providenciales. Dios ha puesto vallas de menuda arena al océano, y le ha dicho: "hasta acá vendrás, y de aquí no pasarás"; pues ese mismo Dios, Rey y Señor de todas las naciones fija a cada una los límites forzosos de su expansión y grandeza. Por consiguiente no hemos de temer se realicen esas absorciones ideadas por el orgullo y ambición desmedidas de algunos pueblos que no cuentan con Dios para lograr sus ideales de dominación universal. La civilización latina que tiene por principal base y fundamento la Religión Católica, es, ha sido y será por mucho tiempo, la más grande, la más ideal y la más bella de todas las civilizaciones. La de las razas anglo–sajonas, que se basan principalmente en el industrialismo, son efímeras y transeúntes; y como el protestantismo es su bandera, tienen que rendir parias a la grandiosa civilización católica, llamada a regir los destinos del mundo hasta el fin de los siglos. La América Latina permanezca firme e incontrastable en la profesión de la verdadera fe, y será suyo el porvenir, y no tendrá nada que temer de los progresos y ambiciones de Norte–América.

II

Otro punto de vista que reclama toda nuestra atención, en esta materia, ante las maravillas de la estupenda y providencial protección divina dispensada a la Amé-

(1) Se dice que en Estados Unidos hay veinte millones de católicos; pero su acción no la sentimos para nada en la América Española; mientras tanto nos encontramos, a cada paso, con esos fanáticos ministros protestantes, enemigos declarados del catolicismo, verdaderos emisarios del diablo, y que presentan a su país, como laboratorio de todas las herejías, como el tremendo **Leviatán del Norte.**

rica Española, es la grandeza y plenitud de vida sobrenatural religiosa infundida por la Madre Patria en estas sus antiguas colonias, durante los tres siglos de su dominación en estas tierras. Al tiempo del gran Descubrimeinto del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, España era una de las naciones más profunda y arraigadamente católicas; lo prueba la firmeza y gallardía con que resistió al embate del Protestantismo, hasta barrerlo completamente no sólo de la Península, sino también de Bélgica y algunas otras regiones de Europa. Lo prueba también la eflorescencia de aquellos eminentes héroes de virtud que llenaron a España con el esplendor de sus ejemplos, como San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús, San Juan de Dios, y otros ciento, o, por mejor decir innumerables, que cubrieron de gloria, no solamente a España, sino a toda la Iglesia católica. Esa plenitud de fe y vida sobrenaturales se vertió a torrentes sobre la América Hispánica, especialmente por medio de sus admirables Institutos religiosos; esa plenitud, aunque, un tanto amortiguada en nuestros días, subsiste todavía y se presenta radiante de luz a nuestros propios ojos.

Una de las manifestaciones más hermosas de esa sobreabundante vida católica es la tierna, constante y ardentísima devoción a la Virgen Santísima que florece sin marchitarse en toda la América Latina. Una de las partes principales de la historia de esta devoción preciosa es ciertamente la que nos da a conocer los múltiples y variadísimos Santuarios erigidos en honor de la Madre de Dios en nuestro Continente; pero, al fin, no es sino una parte de esa historia hermosísima; lo restante está aún por escribirse. Sería libro en verdad curiosísimo, edificante y muy hermoso, el que nos relatara las variadísimas formas de que se ha revestido la devoción a la Reina del Cielo en la América Española.

Pondremos aquí sólo dos ejemplos. En Chile el Mes de María se celebra cuando es la primavera en esa región austral. Esto es desde el 8 de Noviembre hasta igual fecha del mes siguiente, o sea hasta la fiesta de la

Inmaculada Concepción. En ese Mes bendito todos los templos y oratorios se adornan con preciosos ramilletes de flores blancas, que esparcen un suavísimo perfume por doquiera y simbolizan la alba nitidez de la Concepción de María. En Nicaragua, cuando se aproxima la misma grandiosa fiesta, se celebran suntuosísimas novenas en honor de la Madre de Dios en todas las ciudades de la República, pero más principalmente en León que fue su antigua capital y primera sede episcopal. En esta ciudad, la víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción se erigen ricos y bellísimos altares en todos los zaguanes de las casas; y al dar el reloj público la señal de media noche, todas las numerosas torres de la ciudad hacen oír a un tiempo, alegres y sonoros repiques de campanas; se encienden los múltiples y variados cirios que arden en todos los altares arriba indicados, en honor de la Inmaculada Madre de Dios; se abren en un solo instante, y movidos como por un solo resorte, todas las puertas de las casas, y los habitantes de ellas saltan a la calle, y festivos y entusiastas se saludan y abrazan, preguntándose los unos: "¿Qué causa nuestra alegría?"; y respondiendo los otros: "¡La Concepción de María!". ¿Quién puede figurarse lo que es aquella escena indescriptible de fe, piedad y de más virtudes religiosas, haciendo explosión de fervor a un mismo tiempo?... Juzgamos que en pocas partes del mundo católico se celebrará la fiesta de la Inmaculada Concepción con mayor pompa y solemnidad que en Nicaragua; lo cual demuestra la ardiente devoción que a la Virgen Santísima se profesa en esa católica república, al par que otras varias del mismo continente.

III

El estudio atento de las milagrosas apariciones de la Virgen Santísima, que han dado origen a tantos célebres santuarios como se han construido en su honor, en estas tierras, comprueba no solamente la fe viva de los pueblos americanos, sino también la predilección de la Madre de Dios en favor de ellos, que se ha dignado revestir de tanto atractivo, novedad y encanto muchas de

esas admirables manifestaciones que, podrían tomarse por poéticas leyendas, forjadas por la fantasía popular si no estuviesen apoyadas en irrecusables documentos históricos. Tal es, por ejemplo, la sencilla y hermosísima aparición de Nuestra Señora de Guadalupe: tal es también la siguiente de la *Virgen de los Remedios*, que se venera en el templo de San Juan de Dios, en la Capital de La Paz, en Bolivia, de la cual pocos autores se han ocupado todavía; lo cual nos advierte que es vastísimo e inagotable el tema sobre el cual escribimos; y para muestra de ello, y por no ser muy conocida daremos aquí una breve noticia de esta última manifestación de la Virgen Santísima, y tal será el remate del presente trabajo (1).

Hace cerca de doscientos cincuenta años, poco después de fundada la ciudad de La Paz, hoy capital de la república de Bolivia, una familia de origen español, poderosa y rica habitaba en el renombrado pueblo de Copacabana, asiento del celebérrimo santuario de este nombre, dedicado a Nuestra Señora de la Candelaria. Era miembro de esa familia un apuesto joven, llamado Pedro Cañizaris Pizarro; sexto hermano de diez que moraban en Copacabana, dedicados a sus negocios. Pedro era activo y emprendedor; por el lago de Titicaca, en cuyas orillas se levanta el antedicho santuario, pasaba en un barquichuelo a la vecina ciudad de La Paz, y allí, entre otros pasatiempos, no buenos, frecuentaba de continuo un garito, donde pasaba noches enteras en ese nada laudable entretenimiento. El origen de esa casa era el siguiente. Los Religiosos de San Juan de Dios que fueron al Alto Perú, establecieron en La Paz, providen-

(1) Extractamos esta noticia de un opúsculo impreso en La Paz, en 1923, en la **Tipografía Salesiana**, intitulado "Novena devotísima en honor de Nuestra Señora de los Remedios, etc.", por el Padre Juan Blelaudel de la Congregación del Santísimo Redentor, que, en su parte histórica, es reproducción de otra **Novena** escrita por el Sr. Remigio Zelada en 1859. Como este prodigio fue ocasión de un pleito ruidoso que, para su resolución, fue elevado a Roma, es consiguiente suponer que aquel hecho maravilloso fue debidamente examinado por la Curia Romana; pues de otra suerte el pleito aquel habría carecido de base y de razón de ser.

cialmente, en un muy modesto edificio que hasta hoy se conserva, y es conocido con el nombre de "Tambo de Harinas"; en esa pobre vivienda hicieron los religiosos pintar en una de las paredes, una imagen de la Virgen Santísima, copia fiel del simulacro de *Nuestra Señora de los Remedios* que hasta hoy se venera en el templo de San Francisco. Como el local era inadecuado, para el objeto, por su estrechez y pobreza, los religiosos se trasladaron a otro sitio más cómodo, donde fundaron un hospital, y al fin se establecieron, y levantaron la actual iglesia de San Juan de Dios. El Tambo de Harinas quedó abandonado, y se alquiló primeramente para posada pública, la que a su vez se transformó en una taberna, o sea casa de embriaguez y juego; con la circunstancia de que la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, pintada en la pared, allí se quedó, aun después de convertido el local en taberna.

Pedro Cañizaris Pizarro, aunque de costumbres libres, era sin embargo creyente, y todas las noches encendía una lámpara delante de la imagen de la Virgen, con el fin, sin duda, de que le ayudara en el juego, su pasión favorita. Una noche en que se había entregado de lleno a esta diversión pecaminosa, resultó que perdiera todo el dinero que había llevado consigo; entregado entonces a un satánico despecho, como acontece de ordinario a tales jugadores, olvidado completamente de su fe y cristianos sentimientos, fue a parar en lo profundo de la desesperación, lo que le impulsó a cometer un horrendo crimen. Armado, como todos los jóvenes caballeros de ese tiempo, saca de la vaina una daga, y en un acceso de furia se va insolente ante la imagen de María, y entre otros desahogos blasfemos, exclamó ciego de cólera: —"Toma por desagradecida", y clavó el puñal en el rostro de la Virgen. Quiso hacer lo mismo con el Niño, y a ese tiempo salió de la imagen una clarísima voz que dijo al sacrílego: "¡a El no!", y por un estupendo prodigio alzó la Virgen la mano derecha y paró el golpe dirigido contra el Niño, recibiendo en consecuencia, en

esa mano una segunda y profunda herida. En el mismo instante principia a correr sangre viva del rostro y mano heridos de la Virgen.

Mientras esto ocurría en el Tambo, se verificaba otra escena paralela en el pequeño hospital de San Juan de Dios. Una bella y majestuosa matrona preséntase a los religiosos, pidiendo le curen de dos graves heridas que acababa de recibir en rostro y mano, dando aviso donde se había verificado el suceso. Mientras los religiosos preparaban vendas y remedios, aposentaron a la Matrona en un salón de espera; pero cuando volvieron a atenderla, la misteriosa Señora había ya desaparecido. Sin embargo, en todo el barrio de San Juan de Dios se produjo grandísima animación entre los vecinos, que buscaban indignados ya a la Señora desaparecida para atenderla, ya al criminal para que se le impusiera el condigno castigo. A ese mismo tiempo en el Tambo de Harinas otra multitud de gentes gritaba con exaltación: "¡Milagro! ¡Milagro!: la Virgen que ha sido herida en el rostro y en la mano derecha, derrama sangre como si estuviera viva...".

Este estupendo portento tuvo gran resonancia no solamente en La Paz, sino en todo el Alto Perú; y mucho más aún cuando se trabó un muy ruidoso litigio entre los religiosos de San Francisco y los de San Juan de Dios, porque unos y otros pretendían llevar para sí la milagrosa imagen. El pleito se elevó hasta Roma; y, al fin, triunfaron los religiosos del hospital, a donde trasladaron el portentoso simulacro, y lo colocaron en el templo de San Juan de Dios, donde hasta hoy se conserva, y es honrado con solemnísimos cultos por los Padres Redentoristas, que tienen a cargo suyo el expresado templo.

En cuanto al desgraciado jugador, profunda y sinceramente arrepentido de su execrable crimen, al ver la sangre milagrosa que brotaba de la santa Imagen, se postró humildemente ante ella, y le pidió perdón de su atentado, e inmediatamente se puso en cobro, huyendo

hasta Arequipa, donde nadie le conocía, y donde pudo evadirse de ser aprehendido por la justicia para su condigno castigo. Finalmente, allí mismo, para hacer penitencia de su mala vida, especialmente de su horrendo sacrilegio, se entró de fraile agustino, y perseveró en esta santa profesión hasta la muerte.

En el joven libertino y pródigo de esta historia podemos ver una figura de la mayor parte de los gobiernos liberales de la América Española, que despilfarran miserablemente el rico patrimonio de civilización y progreso que nos legara la Metrópoli, y que asestan sendas puñaladas a la Religión Católica, que es su benéfica madre, y a quien deben rendir todo honor y gloria. Dios tenga piedad de esos gobiernos extraviados, y por la mediación poderosa de la Santísima Virgen, les arranque del abismo de perdición, en que progresivamente van hundiéndose más y más, como México, les haga volver al recto sendero, y por la profesión constante de la verdadera fe, les ponga en posesión del orden, la prosperidad y la paz.

INDICE GENERAL

IMAGENES Y SANTUARIOS CELEBRES DE LA VIRGEN SANTISIMA

Dedicatoria IX
Razón de esta obra XI

PRIMERA PARTE

Introducción 1
De los santuarios que figurarían en la obra 9
Nuestra Señora de la Rábida 16
Nuestra Señora de Guadalupe. Méjico. 29
Nuestra Señora de la Caridad, del Cobre. Cuba 49
Nuestra Señora bajo el título de Madre de la Divina Providencia, Patrona de Borinquen, en Puerto Rico 57
Nuestra Señora de Chiquinquirá. Colombia 65
Nuestra Señora de las Lajas. Colombia 77
Nuestra Señora del Rosario. La Imagen de la predilección de Santa Rosa de Lima 87
Nuestra Señora de Copacabana. Bolivia 111
Nuestra Señora de Andacollo. Chile 135
Nuestra Señora del Rosario, de Córdoba. República Argentina 155
Nuestra Señora de Luján. República Argentina 163

PARTE SEGUNDA

Introducción 185
Imágenes Portentosas de la Virgen Santísima veneradas en la República del Ecuador .....
Nuestra Señora de la Merced, la Peregrina de Quito 191

La Virgen del Terremoto, la Protectora Celestial de Quito 203
Siervos de Dios devotísimos de esta santa Imagen. El Venerable Urraca 206
Origen de la Advocación de nuestra Señora del Terremoto 217
Nuestra Señora de la Merced ampara a Quito en las calamidades públicas 230
Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona del Ejército 233
Descripción de la Imagen y su Santuario 239
Nuestra Señora de la Merced, Patrona especial de la ciudad de Quito 242
Nuestra Señora de la Paz, venerada en el Monasterio de la Concepción, de Quito 247
Manifestación prodigiosa de la Santa Imagen en 1577 251
Nuestra Señora del Buen Suceso 257
Nuestra Señora de Loreto, venerada en el Templo de la Compañía de Jesús, en Quito 263
Origen de la Imagen 265
Nuestra Señora de Loreto y el P. Onofre Esteban .. 269
La Azucena de Quito ante los altares de la Santísima Virgen 277
Nuestra Señora de Loreto y la Beata Mariana de Jesús 280
Cofradías en honor de Nuestra Señora de Loreto .. 290
Carta de esclavitud a Nuestra Señora 293
Traslaciones de la Efigie prodigiosa 294
Descripción de la Imagen, su culto y sus prodigios . 299
La Reina de los Angeles 303
Nuestra Señora del Amparo, venerada en el Monasterio de Santa Clara, de Quito 315
Nuestra Señora de la Escalera 331
Nuestra Señora La Borradora 339
Nuestra Señora de la Consolación de Guangacalle 345
La Dolorosa del Colegio 347
Nuestra Señora de Guápulo. Origen de la Santa Imagen 365

La Virgen del Terremoto, la Protectora Celestial de Quito 203
Siervos de Dios devotísimos de esta santa Imagen. El Venerable Urraca 206
Origen de la Advocación de nuestra Señora del Terremoto 217
Nuestra Señora de la Merced ampara a Quito en las calamidades públicas 230
Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona del Ejército 233
Descripción de la Imagen y su Santuario 239
Nuestra Señora de la Merced, Patrona especial de la ciudad de Quito 242
Nuestra Señora de la Paz, venerada en el Monasterio de la Concepción, de Quito 247
Manifestación prodigiosa de la Santa Imagen en 1577 251
Nuestra Señora del Buen Suceso 257
Nuestra Señora de Loreto, venerada en el Templo de la Compañía de Jesús, en Quito 263
Origen de la Imagen 265
Nuestra Señora de Loreto y el P. Onofre Esteban .. 269
La Azucena de Quito ante los altares de la Santísima Virgen 277
Nuestra Señora de Loreto y la Beata Mariana de Jesús 280
Cofradías en honor de Nuestra Señora de Loreto .. 290
Carta de esclavitud a Nuestra Señora 293
Traslaciones de la Efigie prodigiosa 294
Descripción de la Imagen, su culto y sus prodigios . 299
La Reina de los Angeles 303
Nuestra Señora del Amparo, venerada en el Monasterio de Santa Clara, de Quito 315
Nuestra Señora de la Escalera 331
Nuestra Señora La Borradora 339
Nuestra Señora de la Consolación de Guangacalle 345
La Dolorosa del Colegio 347
Nuestra Señora de Guápulo. Origen de la Santa Imagen 365

Algunos portentos de la Santa Imagen 378
La milagrosa Imagen y su Santuario de Guápulo ... 383
Nuestra Señora de la Nube. Importancia de esta advocación 389
Nuestra Señora de la Antigua 391
La Virgen de San Lucas 399
Aparición portentosa ocurrida el 30 de Diciembre de 1696 401
Apreciaciones críticas del suceso 406
Forma verdadera de la aparición 410
Establecimiento y propagación del culto a nuestra Señora de la Nube 415
Devoción de Cuenca a nuestra Señora de la Nube . 422
Fiestas y Romerías en honor de Nuestra Señora de la Nube: sus imágenes, sus prodigios 425
Nuestra Señora del Quinche 435
La Virgen de Oyacachi 439
Nuestra Señora de la Presentación del Quinche ... 446
El nuevo Santuario 448
La Reina de Misericordia, salud de los enfermos y refugio de los pecadores 454
Delicadeza y ternura maternales de la Santísima Virgen para con sus devotos 460
Nuestra Señora del Quinche ampara a Quito y otros lugares en las calamidades públicas ... 466
La fuente inexhausta de bendiciones para todo el Ecuador 473
La santa Imagen y su culto 481
Nuestra Señora de los Molinos. Ibarra 489
Nuestra Señora del Salto. Imagen de la Santísima Virgen, venerada en la Ciudad de Latacunga .. 493
La Niña María. Sanmiguelito de Píllaro 499
Nuestra Señora de Baños o la Virgen de Agua Santa 505
Tradiciones y Leyendas 520
Nuestra Señora de Macas 525
Nuestra Señora de la Peña en Pungalá 547
Nuestra Señora de Cicalpa 551

Nuestra Señora del Guaico 555
Nuestra Señora del Rocío y el Santuario de Biblián 563
Nuestra Señora del Extasis o la Virgen de los Hervideros, de Baños. Cuenca 577
Nuestra Señora del Cisne 593
Imágenes portentosas de la Santísima Virgen veneradas en la Costa del Ecuador 605
El Santuario Nacional del Corazón Purísimo de María. Consagración solemne de la República del Ecuador a la Virgen Santísima 609

PARTE TERCERA

Documentos 623
El Santuario de Andacollo en Chile 625
Nuestra Señora de los Molinos 629
Nuestra Señora de la Escalera 635
Nuestra Señora del Extasis 650
Apéndice V.— Imágenes y Santuarios célebres de la Santísima Virgen en el Ecuador 658
Apéndice VI.— Noticia de los principales Santuarios que, en tiempo de la Colonia, existían en el territorio sujeto a la Real Audiencia de Quito 660
Apéndice VII.— Un opúsculo acerca de un Santuario Ecuatoriano en la República del Perú ... 674
Apéndice VIII.— La Virgen del Vergel 694
Apéndice A.— Documentos relativos a la aparición de Nuestra Señora de la Nube 698
Apéndice B.— El segundo centenario de la Aparición de Nuestra Señora de la Nube 723
Santuarios de la Virgen Santísima en Colombia ... 753
Introducción. La América, imperio de María 757
Nuestra Señora de Chiquinquirá 767
Nuestra Señora de las Lajas 781
Santa María de la Antigua del Darién 793
Nuestra Señora de la Capilla 804

Nuestra Señora del Topo 809
Nuestra Señora de los Remedios 819
Nuestra Señora de la Pobreza (Cartago) 831
Nuestra Señora de la Peña (Bogotá) 839
Nuestra Señora del Rosario (Popayán) 849
Nuestra Señora de las Gracias de Torcoroma 853
La Niña María (El Tambo) 865
Nuestra Señora de Caloto 867
Nuestra Señora de los Milagros (Almaguer) 871
Nuestra Señora de Caquiona 875
Nuestra Señora del Palmar 877
Nuestra Señora de los Desamparados (Bogotá) ... 881
Nuestra Señora de las Caldas 885
Nuestra Señora del Campo (Bogotá) 887
Nuestra Señora de la Popa 891
Conclusión 895

La Comunidad de Misioneros Oblatos ofrece la publicación de esta Obra en conmemoración del CENTENARIO DE SU FUNDACION.

CONGREGATIO SACERDOTUM ss. cc. JESU et MARIAE OBLATORUM
ΘΑΔ